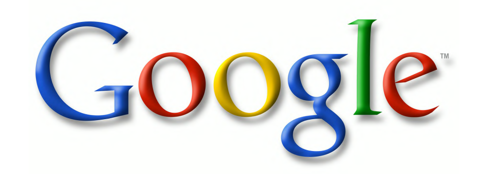


EL RENACIMIENTO

PERIÓDICO LITERARIO.

TOMO I.

EDITORES:

IGNACIO M. ALTAMIRANO. GONZALO A. ESTEVA.

REDACTORES:

IGNACIO RAMIREZ. JOSÉ SEBASTIAN SEGURA. GUILLERMO PRIETO.
MANUEL PEREDO. JUSTO SIERRA.

COLABORADORES:

Señora Doña Isabel Prieto de Landázuri.
Señorita Gertrudis Tenorio Zavala.
Casimiro Collado.
Manuel Payno.
Manuel Mª de Zamacona.
Luis G. Ortiz.
V. Riva Palacio.
P. Ignacio M. Montes de Oca.
Anselmo de la Portilla.
Alfredo Chavero.
José Maria Bandera.
José Rosas.
Luis Ponce.
Aniceto Ortega.
Pedro Santacilia.
Ricardo Ituarte.
Juan Clemente Zenea.
Enrique de Olavarria.
José Maria Ramirez.
Julian Montiel.
Hilarion Frias y Soto.
Francisco Villalobos.
Emilio Rey.
Joaquin M. Alcalde.
Joaquin Tellez.
José de J. Cuevas.
Gustavo Gosdawa.
Jesus Alfaro.
José M. Rodriguez y Cos.
Luis G. Pastor.
Rafael Gonzalez Paez.
Juan A. Mateos.
Manuel Lopez Meoqui.
Estéban Gonzalez.
Martin F. Jáuregui.
Roberto A. Esteva.
Pedro Landázuri.
Feliciano Marin.
Juan P. de los Rios.
Joaquin Arroniz. (hijo)
Niceto de Zamacois.
Eligio Ancona.
Anastasio Zerecero.
Joaquin Baranda.
Guillermo A. Esteva.
José Fernandez.
Crescencio Carrillo.
Olegario Molina.
Manuel de Olaguibel.
Antonio G. Perez.
José T. de Cuellar.
Santiago Sierra.
Rafael de Zayas.
Francisco Sosa.
Eduardo Ruiz.
José Maria Vigil.
Manuel Sanchez Facio.
A. Lancaster Jones.
Manuel Sanchez Mármol.
Leon A. Torres.
Gabino Ortiz.
A. M. de Rivera.



MÉXICO
IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON Y SANTIAGO WHITE,
SEGUNDA DE LA MONTERILLA NUM. 12.
1869


EL
RENACIMIENTO.
PERIÓDICO·LITERARIO.
MÉXICO.
1869.

INTRODUCCION.

Las reuniones literarias.—Diez años de silencio.—Obras históricas de la última época.—«Geografía de las lenguas» y carta etnográfica de México por Orosco y Berra.—Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México, por Pimentel.—Noticias para formar la historia y estadística de Michoacan, por Romero.—Historia del P. Durán publicada por Ramirez.—Las publicaciones de García Icasbalceta.—Coleccion de poesías por Roa Bárcena.—Las odas de Prieto.—Los cantos de Valle.—Las poesías patrióticas de Isabel Prieto y de Esther Tapia.—Movimiento literario en el año de 1868.—El libro de Santacilia.—«*Martin Garatuza*» por Riva Palacio.—Coleccion de leyendas y poesías por Gonzalo Esteva.—Los idilios de Bion de Esmirna por el P. Montes de Oca.—«*El Tálamo y la horca*» por E. de Olavarría.—Las poesías de Collado.—Traduccion del *Mazeppa* de Byron por Roa Bárcena.—*La Desposada de Abydos*.—Las poesías de Isabel Prieto.—La Historia de Orizava por Joaquin Arrónis (hijo).—Manual de geografía é historia del P. Carrillo.—De García Cubas.—Nuestro periódico.—Lecciones de literatura por Ignacio Ramirez.—La crítica.—Llamamiento á todos los literatos.

HACE poco mas de un año que algunas personas estudiosas y amantes de las bellas letras se reunieron de comun acuerdo, no para fundar una Academia, ni un Liceo, pues bastante desconfiaban de sus débiles fuerzas para intentar una obra de tal magnitud; sino para comunicarse sus inspiraciones y para procurar por medio del estímulo restaurar en el país el amor á los trabajos literarios, tan abandonados en los últimos tiempos.

Efectivamente, ¿quién no ha observado que durante la década que concluyó en 1867, ese árbol antes tan frondoso de la literatura mexicana, no ha podido florecer ni aun conservarse vigoroso, en medio de los huracanes de la guerra?

Era natural: todos los espíritus estaban bajo la influencia de las preocupaciones políticas, apenas habia familia ó individuo que no participase de la conmocion que agitaba á la nacion entera, y en semejantes circunstancias ¿cómo consagrarse á las profundas tareas de la investigacion histórica ó á los blandos recreos de la poesía, que exigen un ánimo tranquilo y una conciencia desahogada y libre? Verdad es, que en esa época es justamente cuando deben vibrar poderosos y arrebatadores los cantos de Tirteo, y cuando en el fuego de la discusion deben brotar los rayos de la verdad; pero es indudable tambien que esta poesía apasionada, que esta discusion política, no son los únicos ramos de la literatura, y que generalmente hablando, se necesita la sombra de la paz para que el hombre pueda entregarse á los grandiosos trabajos del espíritu.

Los hechos confirman á nuestros ojos esta aseveracion. Si comparamos el movimiento literario que ha tenido lugar de un año á esta parte, con el que se efectuó en toda la época de lucha, encontraremos una desproporcion colosal.

Ciertamente, y seria injusticia no confesarlo, pueden mencionarse trabajos útiles y dignos de encomio que fueron llevados á cabo en esos tiempos; pero ademas de que fueron pocos relativamente, pasaron inapercibidos, ó no han producido á sus autores, por entonces, la fama y la admiracion que justamente por ellos merecian, lo cual desalienta no pocas veces, é influye en que se paralice la civilizacion de un pueblo, casi siempre.

Para no hablar sino de algunos eminentes trabajos publicados en los últimos cuatro años de la guerra extranjera, debemos hacer notar

que uno de nuestros sabios mas laboriosos, el Sr. D. Manuel Orozco y Berra, dió á luz en 1864 su *Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México*, y su *Memoria para la Carta Hidrográfica del valle de México*, que tan apreciadas han sido en el extranjero y le han valido tan lisonjeras manifestaciones de parte de varias sociedades científicas.

Ya dos años antes otro literato distinguido, el Sr. D. Francisco Pimentel, habia tambien publicado su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, que obtuvo en 1863 una calificacion honrosísima de los Sres. Ramirez, Romero y Orozco y Berra, nombrados por la Sociedad de Geografía y Estadística para examinar esa obra, y que valió tambien á su autor la estimacion de los sabios europeos.

Por ese mismo tiempo el Dr. D. José Guadalupe Romero imprimió tambien sus *Noticias para formar la historia y estadística de Michoacan*, que como las anteriores, merecieron el justo aprecio de los inteligentes.

El Sr. D. José Fernando Ramirez publicó en 1867, con notas é ilustraciones, el primer tomo de la *Historia del P. Durán* en una bellísima edicion; y hé aquí confirmado una vez mas lo que hemos dicho arriba: los sucesos políticos fueron causa de que el segundo tomo se suspendiese. El Sr. García Icazbalceta, tan empeñoso y sabio anticuario, tambien dió publicidad al tomo II de sus *Documentos para la Historia de México*, en 1865, cuya obra ha ganado una envidiable reputacion en Europa.

Todos estos escritores han tenido la oportunidad y la fuerza de alma necesarias para consagrarse á semejantes tareas, á pesar de la convulsion del país; pero lo repetimos, tal vez por esa causa no fueron estas debidamente apreciadas aquí. La voz de la ciencia histórica se apagó entre el ruido de los combates.

Pero si la historia nacional puede á justo título envanecerse con esos monumentos, la bella literatura no cuenta con fortuna semejante. Escasas eran las producciones de aquella época, y eso apenas conocidas en círculos reducidos. D. José María Roa Bárcena publicó en 1862 sus *Leyendas Mexicanas* y sus *Cuentos y baladas del Norte de Europa*, que son tradiciones de nuestra historia é imitaciones del aleman, y con cuya coleccion cualquiera otro menos conocido habria alcanzado nombre de poeta; pero no recordamos en este momento otra produccion de la misma naturaleza. Apenas de nuestro lado solia suavizar las páginas fogosas de los periódicos una que otra composicion fugitiva que no fuese un canto de guerra. En esta parte sí podemos contar las magníficas odas de Prieto, los admirables cantos del ciego Valle y las sublimes inspiraciones de Isabel Prieto, la Corina jalisciense, y de Esther Tapia, esa Safo cuya lira ha enmudecido no por la desgracia en amores, sino por la felicidad conyugal.

Pero con esas excepciones, los demas discípulos de las musas habian colgado sus liras de los sauces extranjeros, ó las habian arrojado para empuñar el sable. Hondo silencio reinaba en la república de las letras.

Cesó la lucha, volvieron á encontrarse en el hogar los antiguos amigos, los hermanos, y natural era que bajo el cielo sereno y hermoso de la patria, ya libres de cuidados, volviesen á cultivar sus queridos estudios y á entonar sus cantos armoniosos.

Con este fin, pues, se hicieron las reuniones que hemos mencionado al principio. Cordiales, entusiastas, dominando en ellas solo la fraternidad y el deseo de ser útiles á la patria, dieron el resultado que todos han visto. De entonces acá, se ha verificado una revolucion grandiosa en la literatura, y numerosos jóvenes vinieron á aumentar las filas de los primeros apóstoles de esta propaganda. Pocos meses despues, los folletines estaban llenos de artículos literarios, la política abria campo en sus *diarios* á las inspiraciones de la poesía, las prensas se agitaban constantemente dando á luz novelas históricas y estudios filosóficos, y tres ó cuatro periódicos aparecian consagrados exclusivamente á la literatura. Son largas de enumerar las publicaciones que se han hecho, y en su mayor parte han sido registradas ya por el elegante escritor D. Pedro Santacilia en su precioso volúmen que ha visto la luz pública con el título de *El movimiento literario en México*.

Todavía despues de haberse impreso este libro, deben contarse otros nuevos que han salido ya ó están para salir de las prensas. La novela de Riva Palacio *Martin Garatuza*, la coleccion de leyendas y poesías de Gonzalo Esteva, la deliciosa traduccion de los idilios de Bion de Esmirna, hecha por Ipandro Acaico (el P. Montes de Oca), helenista de primer órden y miembro de los Arcades de Roma. Estos

ocho idilios, traducidos en hermosos versos de un sabor clásico, se han publicado en Guanajuato últimamente, y los reproduciremos aquí. Y la novela de Enrique de Olavarría, intitulada *El Tálamo y la Horca*, cuya dedicatoria á nosotros, con la que tanto nos honró ese estimable jóven sin merecerlo, no será un impedimento para que digamos que ha sido recibida con un entusiasmo extraordinario por el público, que ha agotado dos ediciones de las primeras entregas.

La «*Constitucion Social*» ha enriquecido su folletin con el estudio precioso del Sr. Pimentel sobre la famosa sor Juana Inés de la Cruz, que ha venido á aumentar la reputacion de tan eminente literato.

Ademas, están para salir á luz la bellísima coleccion de poesías de D. Casimiro Collado, tan ventajosamente conocido en nuestro país desde hace tiempo, y que esperan con ansiedad todos, particularmente despues de haber leido en «La Iberia» esa soberbia «Oda á México,» que nos ha recordado por su vigorosa entonacion, por su clasicismo y por su color americano, «La Agricultura de la zona Tórrida» de Andrés Bello.

Despues vendrán: el ramillete de las clásicas rosas que prepara el correcto D. José Sebastian Segura; la excelente traduccion del *Mazeppa* de Byron, que hace algunas noches hemos tenido el placer de oir á su autor D. José María Roa Bárcena; la que un querido amigo nuestro, cuyo nombre no nos es dado revelar, está haciendo de la *Desposada de Abydos*, tambien de Byron; la coleccion inestimable de las obras de Isabel Prieto, que ya hemos anunciado otra vez.

A estas producciones de bella literatura, debemos añadir una de carácter histórico y digna de figurar al lado de aquellas que llevan los nombres de Orozco y Berra, García Icazbalceta, Romero, Pimentel y Ramirez; á saber: *La historia de Orizava*, de D. Joaquin Arróniz (hijo), publicada en un hermoso volúmen con cartas geológicas y estampas, en Orizava, á fines del año antepasado y á principios del pasado. Esta obra, no lo dudamos, será apreciada como lo merece en el extranjero, y ha valido aquí á su autor una lisonjera y unánime manifestacion de la prensa. El Sr. Arróniz publica ademas una obra de geografía. Tenemos tambien un precioso trabajo del erudito P. D. Crescencio Carrillo, intitulado *Manual de historia y geografía de la Península de Yucatan*, que ve la luz en Mérida, y pronto veremos el *Manual de geografía* de nuestro apreciable amigo García y Cubas.

En fin, el progreso de las letras en México no puede ser mas favorable, y damos por ello gracias al cielo, que nos permite una ocasion de vindicar á nuestra querida patria de la acusacion de barbárie con que han pretendido infamarla los escritores franceses, que en su rabioso despecho quieren deturpar al noble pueblo á quien no pudieron vencer los ejércitos de su nacion.

Con el objeto, pues, de que haya en la capital de la República un órgano de estos trabajos, un foco de entusiasmo y de animacion para la juventud estudiosa de México, hemos fundado este periódico. La misma familia literaria que estableció las primeras reuniones el año pasado, es la que viene hoy á patrocinar y á plantar este jóven árbol, que no arraigará sino con la proteccion generosa de nuestros compatriotas que no pueden ver con indiferencia los adelantos de su país. Lo esperamos llenos de confianza en el porvenir, y no omitiremos medio alguno para ponernos á la altura de la mision que nos hemos propuesto desempeñar, supliendo nuestra falta de inteligencia con nuestros esfuerzos y buena voluntad.

Mezclando lo *útil con lo dulce*, segun la recomendacion del poeta, daremos en cada entrega artículos históricos, biográficos, descripciones de nuestro país, estudios críticos y morales.

El Sr. D. Ignacio Ramirez comenzará á publicar desde el número próximo una larga serie de estudios sobre literatura, siguiendo el órden de las lecciones que ha dado como profesor en la Escuela preparatoria.

Las revistas teatrales están encomendadas al distinguido crítico Manuel Peredo, cuyos artículos insertos en el *Semanario Ilustrado* que acaba de suspenderse, llamaron tanto la atencion por su lenguaje castizo y por sus concienzudos y eruditos juicios.

Los artículos críticos que aquí van á salir no serán censurados, como fueron algunos otros por su excesiva indulgencia que, á nuestro parecer, fué oportuna. Ha llegado el tiempo de una severidad saludable, y se procurará emplearla con medida, pero con empeño.

Nada nos queda ya que decir, si no es que

fieles á los principios que hemos establecido en nuestro prospecto, llamamos á nuestras filas á los amantes de las bellas letras de todas las comuniones políticas, y aceptaremos su auxilio con agradecimiento y con cariño. Muy felices seriamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia á los hijos de la madre comun.

Por la redaccion,

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El invierno.—En Europa.—En México.—Las fiestas de Diciembre.—Las últimas horas del año que pasó.—Las primeras del año que comienza.—Costumbre mexicana.—Las *strenœ* de los romanos.—Los aguinaldos.—El dios Jano.—Lo que cuenta Macrobio.—Saludo del cronista.

El invierno con su manto de nieve cubre la tumba del año que murió y envuelve la cuna del año que nace. ¡Qué dulce y tierno padre es el invierno! ¡Y cómo estrecha cariñoso al mismo tiempo los cuerpos de sus dos gemelos, el uno que representa el pasado, el otro el porvenir, Diciembre y Enero!

El invierno derrama sobre ambos la luz de su sol radiante, los abriga bajo su cielo azul y limpio, los acaricia con el fresco soplo de las cordilleras cubiertas de hielo, pero que se entibia y se perfuma al bajar á las praderas del valle donde las flores aun sobreviven á la primavera, donde las mieses han resistido á la influencia del otoño y donde los árboles se mecen todavía coronados con la guirnalda de oro de sus hojas secas.

Nada es mas bello y mas alegre que este tiempo en el risueño valle escogido por los aztecas para colocar el trono de la señora de sus ciudades. Aquí el invierno no es ese anciano pálido y trémulo de Europa, que se envuelve silencioso en su capa de brumas glaciales, que se sienta fatigado y triste bajo los árboles cubiertos de escarcha, hundiendo su mirada sombría al través de las nieblas para contemplar las colinas desnudas, los rios helados, las blancas llanuras tan solo atravesadas por los rengíferos, las montañas dibujándose en la opaca luz del horizonte encapotado, como fantasmas nocturnos, y las ciudades alzándose como vastos sepulcros cubiertos con una mortaja de nieve. No: en México, la última estacion del año nada tiene de comun con aquella que siembra la muerte en los tristes paisajes del Norte. Aquí, el invierno es un viejo alegre y sonrosado, de ojos picarescos y de movimientos vigorosos, que juega, que rie, que canta y que muere como Anacreonte, con una corona de rosas sobre sus cabellos de plata.

Aquí los pobres no se mueren de frio; el dia es tibio y dulce, la noche serena y agradable, y no hay necesidad para los goces de la tertulia, de encender la clásica chimenea, ni de agruparse en derredor del antiguo brasero de los españoles. Eso es aquí un lujo superabundante y que no indica sino sobrada riqueza y excesivo refinamiento.

Aquí, solo en las madrugadas se permiten las gentes decir, tiritando de frio, lo que Mecenas á Horacio:

"*Matutina parum cautos jam frigora mordent,*"

que puede traducirse: «*es necesario abrigarse un poco porque el frio de la mañana pica.*» Pero en el resto del dia, eso fuera tambien un refinamiento. Hasta pueden los jóvenes en la mañana del dia 1º de Enero purificarse de las manchas del año que pasó, hundiéndose voluptuosamente en los estanques de Chapultepec ó en la alberca Pane, como Séneca refiere á su amigo Lucilio, que lo hacia en Roma en el mismo dia tomando el baño helado de la fuente Vírgen. Este baño no es en México sino muy delicioso y muy saludable. En Europa seria capaz de hacer morir á cualquiera, como si estuviera metido entre la nieve del gran San Bernardo.

Por lo demas, estos son los tiempos de las alegrías íntimas y de las fiestas en que á nadie es permitido dejar de regocijarse. Si el filósofo á quien acabamos de citar, decia que *Diciembre era el mes en que Roma sudaba mas*, á causa del movimiento y de las turbulentas alegrías de los Saturnales, nosotros podemos decir lo mismo en nuestras ciudades modernas, y en México es mucho mas cierto que en ninguna parte, porque á la gran fiesta del dia 12, que es de una popularidad todavía inmensa, se siguen las *posadas* y la Navidad con todos sus placeres de que tanto participan las clases ricas como las menesterosas; de modo que puede decirse que el mes de Diciembre es una fiesta continuada. El cristianismo ha satisfecho tambien por una singular coincidencia, ese deseo de alegrarse que viene con la última estacion del año, llevando la ventaja sobre el paganismo, de haber dado á sus fiestas religiosas menos turbulencia y menos ruido, y mas dulzura y mas intimidad. Otro dia haremos notar las raras analogías que existen entre la costumbre antigua y la moderna y sus orígenes respectivos, cuando, si el cielo nos permite vivir hasta el mes de Diciembre, escribamos un largo artículo sobre la Noche Buena en México.

Por hoy solo hablaremos del primer dia de Enero.

Hé aquí, pues, que Diciembre ha muerto, todavía saboreando los goces del festin y de la danza, y alumbrado y perfumado por la antorcha divina que ha inclinado sobre él, cariñoso, el genio de la Navidad presente, como dijera Cárlos Dickens.

Los últimos suspiros del bullicioso y simpático mes, armoniosos como el canto del cisne, se han extinguido acompañados por la música del último baile en la noche de San Silvestre, y las hermosas le han visto desaparecer entre las sombras del pasado, diciéndole adios con ternura, porque se lleva quizás sus ilusiones perdidas ó sus mas dulces recuerdos, y los jóvenes le han visto huir con alegría, porque les permite dar un paso á la deseada virilidad, y los

viejos, en sus horas de insomnio, le han sentido extinguirse con tristeza, porque yéndose parece arrastrarlos hácia la tumba.

Por fin aparecen andando risueñas con sus piés de hada, las primeras horas del nuevo dia. Hénos aquí abordando otro año y avanzando un paso mas en el corto camino de la vida. La juventud se va á pasos rápidos. ¡Gran Dios! Algunos dias mas como este, y sentiremos nuestras encías desiertas, nuestra frente surcada por el arado de la vejez, y nuestra vista débil.

Estos pensamientos no son nuevos, ya se ve; pero se vienen al espíritu, natural y espontáneamente, cuando despues de la noche última del año, pasada en la vigilia de la meditacion, nos asomamos á nuestra ventana y contemplamos á *la aurora de los dedos de rosa abriendo las puertas del Oriente*, como decian los poetas antiguos, y sacudiendo su blonda cabellera y sonriendo al saludar á los séres de este triste mundo, deseándoles un feliz año!

¡Oh, sí, feliz año; y aun nos enjugamos la última lágrima que nos arrancara el pasado! ¡Feliz, y aun resuena en nuestro corazon el último gemido que nos hizo sofocar el orgullo!

Feliz año, quiere decir nuevos sueños, nuevas esperanzas, nuevos delirios y nuevos infortunios. Feliz año, quiere decir leer otra página del libro sibilino de la existencia, para acabar desgarrándola con la desesperacion del dolor! ¡Feliz año! Eso es... arrastraos otro poco en ese sendero escabroso y erial, en el que, en cambio de una que otra flor descolorida que puede encontrarse, mil espinas punzadoras os causarán sangrientas heridas hasta que alcanceis el término, que es la tumba!

Entristeceos recordando el año que pasó, y reid pensando en el que comienza; representad la estátua de Jano con media cara triste y la otra media alegre. Una memoria y un sueño, una experiencia y un nuevo ensayo, una maldicion y una plegaria. Hé aquí lo que encierran las primeras horas del dia de año nuevo.

Y los pájaros, alborozados, cantan sobre los árboles que sacuden vigorosos su follaje, los rayos del sol quiebran su punta contra la nieve de las montañas y rielan en la superficie tranquila de los lagos, las campanas repican alegremente, las nieblas corren en las praderas y las flores abren á la luz sus corolas entumecidas. El anciano besa á sus hijos y los bendice y les da consejos, la jóven medita y reza, el adolescente sueña y sonríe, el niño salta y grita viendo sus juguetes de año nuevo. Es un himno infantil y triste que eleva la naturaleza toda hasta el cielo, y que va en busca del gran Sér para quien no hay tiempos pasados ni tiempos futuros.

Es la hora de arrodillarse y de orar. Hay dias solemnes en que el alma mas escéptica cree en Dios instintivamente, en que las lágrimas brotan sin poderlo resistir, en que los labios murmuran una plegaria á impulso de un movimiento involuntario, y en que la frente se inclina humilde ante un poder superior.

Horas de esperanza y de fé, en que el hombre reconoce á la Providencia y siente que la necesita. Los que todo lo explican con esta palabra tenebrosa, *Fatum*, no dejarán de sentirse débiles alguna vez, y se verán obligados á buscar entre las profundidades de la creacion, algo que no sea esa negra y ciega divinidad.

En la mañana del primer dia de Enero es uno creyente y torna á la juventud con la memoria y con el corazon, acaba de llorar y sonríe, acaba de deshacer los hermosos tejidos de su imaginacion y vuelve á comenzarlos, como Penélope, en espera de la felicidad.

En cada Enero sentimos la amargura de un desengaño, pero saboreamos al mismo tiempo el néctar de un deseo; nos hace desfallecer el tósigo del hastío, pero al punto viene á rejuvenecernos el elixir de la esperanza. ¡Oh! la esperanza que no muere sino en el borde del sepulcro.

En cuanto á lo que acostumbramos hacer el dia de año nuevo, ya lo sabeis, todo se reduce á desearse mútuamente un año feliz. La costumbre francesa imitada de los romanos, de hacerse regalos que estos llamaban *strenœ*, no se ha naturalizado en nuestro país, lo mismo que la de hacerse visitas y de besar á las conocidas, lo cual será muy bello, pero nunca podrá aceptarse, y menos con los recuerdos que dejó aquella guerra de invasion, que nunca se borrarán de nuestra memoria.

Nosotros seguimos la costumbre española, que es tambien la inglesa y la alemana. Los regalos y las cortesías se hacen en la Navidad, y los primeros que llevan desde antaño el nombre de *aguinaldos*, suelen ser de mucho lujo y de mucho gusto, segun el carácter del que obsequia. Lo mas comun es que consista en suculentas viandas y en deliciosos dulces al estilo mexicano.

A propósito de Enero, permitidme algunas noticias. Este mes fué consagrado por los romanos á Jano, rey antiguo de Italia que dividió su trono con Saturno, segun la fábula, cuando este fué arrojado del cielo por su hijo Júpiter. El reinado de este príncipe, que se conoce con el nombre de «*Edad de oro*,» fué tan benéfico que los pueblos del Lacio hicieron de Jano un dios. Se le representaba con dos caras. A esto dieron desde aquella época diversas interpretaciones. Algunos pensaron que era porque Jano conoció las cosas pasadas y previó las futuras; otros decian que bajo el nombre de este dios se ocultaban dos divinidades, Apolo y Diana; otros, que representaba al sol, y que se le daban dos caras porque las dos puertas del cielo estaban bajo su dominio, abriéndolas al salir y cerrándolas al ponerse; algunos querian que Jano representara al mundo y que su nombre viniese de *eundo*, yendo, porque el mundo rueda sobre sí mismo en forma de globo. De allí venia quizá el que los fenicios le representasen en forma de dragon formando un círculo y devorándo-

se la cola para designar que el mundo se alimenta de sí mismo y se replega sobre sí mismo. Gavio Basso decia que se le representaba con dos caras porque era el portero del cielo y del infierno. A veces se le invocaba como al dios de los dioses, y presidia no solo al primer mes del año, sino á todos, por lo que se le llamaba *Janus Junonius*, pues todas las calendas estaban consagradas á Juno. Solia ponérsele en la mano derecha el número 300, y en la izquierda el de 65, para designar la medida del año, y otras veces una llave y una varita, como guardian de las puertas y guía de los caminos. Las puertas le estaban consagradas, y aun les dió su nombre *(januæ)*, y esto se llevaba á tal punto, que en los sacrificios se le invocaba antes que á todos los dioses, á fin de que les franquease el acceso hasta ellos. Las puertas de su templo en Roma se cerraban en tiempo de paz, se abrian en tiempo de guerra. Esta costumbre tuvo orígen de una tradicion legendaria. Cuando los sabinos vinieron á hacer la guerra á los romanos por el robo de sus hijas, los segundos procuraban cerrar la puerta de la muralla al pié del monte Viminal (despues Janículo), á fin de que los enemigos no penetrasen; pero la puerta se volvia á abrir sola. Los romanos, viendo eso, decidieron guardarla armados; pero de repente súpose que Tacio, rey de los sabinos, habia triunfado; entonces los guardianes huyeron. Los enemigos intentaron penetrar por esa puerta, pero entonces salió de ella un torrente de agua hirviendo que hizo perecer á los asaltantes. Por eso se estableció despues aquella costumbre. Los romanos eternizaban con su gratitud toda especie de tradiciones patrióticas. Eso es lo que dice Macrobio en el cap. IX, lib. 1º de sus «*Saturnales*.»

Hé aquí, pues, el orígen del nombre que lleva el mes de Enero.

Ahora, lectores, perdonad este recuerdo clásico y deseadme un buen año, como yo os le deseo con todo mi corazon; y vosotras, bellísimas lectoras, sed felices, y que en este año ni por un momento la melancolía anuble vuestra frente pura y encantadora, ni el menor pesar aflija ese corazon generoso y bueno, como es el de todas las mexicanas. Al contrario, que os amen con el amor noble y grande que mereceis, y que si llegais á derramar algunas lágrimas, sea por el placer que os cause el recuerdo de una buena accion ó la dicha de sentiros amadas.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

EN EL MAR.

(INÉDITA.)

¡Oh cuánto ansiaba de la mar profunda
Volverme á ver sobre el cerúleo seno
Volando á la region de nieblas frias,
Y en esta inmensidad que me circunda
Saludar el Atlántico sereno
Como al amigo de pasados dias!

Niño era yo, cuando el instinto ansioso
Que á la razon tardía se adelanta,
Me lanzó á recorrer mundos extraños;
Y dejando á su impulso mi albedrío
Salí á buscarte al piélago espumoso,
Libertad sacrosanta,
Y te encontré por fin, ídolo mio,
Primer amor de mis primeros años!
Y nunca mas desde tan gratas horas
Te pude ya olvidar.—Tu voz solemne
Como la voz de una mujer querida,
Con músicas sonoras
Llenó las soledades de mi vida,
Y como un himno de ilusion perenne
En mis momentos de dolor ó calma,
Despertó mi esperanza adormecida
Y fué á vibrar en lo mejor del alma.

Cuando las albas de mi edad hermosa
Doraban ¡ay! del porvenir el velo,
Y entre aromas y flores
Abriendo el ala de jazmin y rosa,
La imágen de mis sueños seductores
Halló un albergue en el azul del cielo;
Entonces, dí, ¿te acuerdas, dulce amigo,
Cuál iba yo con silencioso paso
A tus orillas á espaciarme á solas
Y á errar meditabundo,
Y de mi afan y mi querer testigo
Al eterno ondular de eternas olas,
El sol me vió cuando en su rojo ocaso
Cerró las puertas de la luz al mundo?
Y despues, y despues, cuando otro dia
El déspota iracundo
La móvil tienda replegar me hacia,
Y siempre, siempre, si entre duras penas
A mis oidos á gemir venia
El querellarse del cautivo hermano
Al són de sus cadenas,
¿Adónde fuí á llorar la patria mia
Sino en medio del mar?....
¡Salve, Oceano!
¡Salve otra vez! ¡oh fuente inagotable
De la vida y la muerte!
¡Salve, abismo insondable,
Por cuya tersa superficie anhela
Arrastrarnos la suerte!
Y tú, brisa de Cuba, con tu aliento
Llena y dirige la túrgente vela,
Y dime adios pues que por fin me ausento!

Muda, impasible sobre tí se alzaba
La bóveda del ancho firmamento,
Y semanas de siglos estuvistes
En el reposo sepulcral sumido;
Ninguna nave recorrer osaba
Tus regiones ignotas,
Y en aquel sin igual profundo olvido,
Solo de vez en cuando resonaba
El canto dolorido
Con que se quejan los alciones tristes,
O el grito aterrador de las gaviotas.
Pasaban sin cesar las estaciones
Trayendo en pos el luminar brillante,
O el fúnebre cortejo de sus brumas;
Y al suspirar la ventolina errante,
O al fragor de los rudos aquilones,

Ya tus aguas tranquilas se adormian,
Ya sacudiendo y levantando espumas
Hondos abismos en tu seno abrian.
Y tú, desconocido, abandonado,
Por las costas risueñas
Del hemisferio occidental corriendo,
A las islas del trópico abrasado
Ibas á acariciar con ronco estruendo
Las duras rocas y las calvas peñas.
Y ¿cómo fué que presintiendo entonces
Los futuros destinos,
Al ver las carabelas españolas
No hiciste revolver tus torbellinos?
Y al proclamar con su estridor los bronces
La aparicion de la ignorada tierra,
Cuando tu imperio profanado viste,
¿Por qué no dieron la señal de guerra
Los raudos vientos y las gruesas olas,
Y hombres y barcos en la nada hundiste?

No el peso atroz del ominoso yugo
De infausta servidumbre
Sufrido hubieran inocentes séres;
Y el indio humilde de color de cobre,
Y el blanco abyecto con su tez de rosa,
Y el hijo del dolor, el negro pobre,
Y mártires mujeres,
Y niños ay! que asesinó el verdugo,
Ninguno de ellos contemplado hubiera
La suerte ignominiosa
De aquella desgraciada muchedumbre
Que pasto fué de la indomable fiera!....

Las míseras pasiones que se anidan
En el pecho mortal, las amarguras
Que con las ansias y el tumulto acrecen,
Al blando arrullo de tus auras puras
Se ahuyentan y perecen,
Y pasan como sombras y se olvidan.
Allá en el polvo el infeliz postrado
Ni busca glorias ni apetece un nombre
Ni se duele de ajenas desventuras;
Mas aquí sobre el piélago salado
El hombre es dueño de su ser, y es hombre.
Allá donde se elevan los altares
Y en lentos giros vacilando sube
Al són de los salterios imponente
Del incensario la azulosa nube;
¿Quién puede descubrir al prepotente
Señor de los señores,
Al que frena las aguas de los mares,
Y aprisiona los vientos bramadores?
Aquel pequeño Dios que en sus palacios
El fanatismo abrumador encierra,
No es el Dios que se admira y que se adora
En esta inmensidad.—Aquí en el seno
De la grandeza suma es donde mora
El monarca del cielo y de la tierra;
Y aquí de gloria lleno
Se le siente cruzar por los espacios,
Y entonces yo, Señor, trémulo y mudo
Tus pasos oigo al retumbar el trueno,
La frente humillo y tu poder saludo!

1868.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

EL SUEÑO DE CAIN.

(KRUMMACHER.)

Cuando Cain habia partido al remoto país del Oriente, lejos de sus padres, y caminaba lleno de pesadumbre, le dijo su mujer: "Consuélate, amado mio, pues de mi seno te nacerá en poco tiempo un hijo que te traiga gozo. ¡Por esto llevará el nombre de Hanoch!" Así dijo ella. Empero Cain estaba pensativo todo el dia, y no hubo gozo en su corazon.

¡Cómo habrian de florecer gozos al padre que destruye el gozo y la esperanza de su padre y de su madre! ¡Cómo podria de mala simiente renacer lo bueno y alegrador!

Cuando se hizo noche, cayó un profundo sueño en Cain, y tuvo una vision, y Cain miró la futura raza que de él descenderia.

Primeramente se le apareció Lamec, su biznieto; su semblante estaba descompuesto; en la mano vibraba una espada de dos filos, y sus mujeres, Ada y Zila, retrocedian ante la flamígera espada y temblaban. Lamec, empero, salió afuera y encontró á un hombre y le dijo: ¡Tú me has herido! y al punto le traspasó. Y vino el hijo de la víctima, y se echó por tierra ante Lamec, y suplicaba. Lamec, empero, dijo: ¡Tú me has dado de golpes! y le traspasó tambien. Y hubo gemidos y lamentos de las mujeres é hijos de ambas víctimas. Y Lamec contemplando la sangrienta espada, exclamó con iracunda voz: ¡Como siete fué la venganza de Cain; empero Lamec será vengado setenta veces siete!

Un temblor sobrecogió al soñador. Empero continuó viendo, y hé ahí que se le apareció Tubalcain, hijo de Lamec, extrayendo toda clase de metales de la tierra, oro y plata y hierro, y cómo los fundia y con arte trabajaba toda suerte de utensilios. A su lado y en derredor de él habia preciosos vasos, coronas de oro y cetros de plata, y el férreo arado que surca la tierra.

Entonces se alegró Cain en sueños, y dijo: ¡Qué dicha! Al fin gozo yo tambien de espectáculos deliciosos. ¡Bendito seas, Tubalcain, mi amado!

Despues se le apareció Jubal, hermano de Tubalcain. Y Cain veia cómo Jubal con el hacha de su hermano hubo derribado un árbol!—¡Ay! suspiró Cain; este labrará tambien una clava, y para espanto mio, repetirá mi propio crímen!

Jubal, empero, esculpia y meditaba — hé ahí que habia hecho del árbol una arpa y una flauta pastoril. Y cuando Cain oyó los dulces sonidos que salian resonando de la madera y de las cuerdas, entonces se consoló su alma y exclamó: ¡Oh! ¡antes que todos alabado seas tú, Jubal, descendiente mio! ¿Cómo infundes á la muda madera el delicado aliento de la alegría y enseñas el canto á los muertos árboles? ¡Bendito seas, Jubal! ¡tú has reconciliado la culpa de Cain y traido paz y gozo á los hombres! ¡La paz sea con vosotros, hijos de Lamec!

La tierra está sometida á vuestro arado, la selva á vuestra hacha, y lo bravío huye ante vuestras espadas. ¡Qué hermosas resplandecen las cabañas de los hombres, adornadas con oro y plata y preciosos metales! ¿Qué puede faltarles para su felicidad? ¡Sed ensalzados, hijos de Lamec!

Así hablaba Cain soñando, y los dulces sonidos del arpa le inundaban, y por todas partes el lejano estruendo de las cornetas; tanto, que dormia con mas fuerza que al principio.

Y soñaba Cain de nuevo, y se le aparecieron dos hermanos, caudillos del pueblo, jóvenes, ambos de alto talle como Adam, y de noble rostro como Abel. Gallardos como cedros, descollaban, y ambos veian con fulgurantes ojos una de las coronas de Tubalcain y el cetro de plata. Una multitud de pueblo estaba de ambos lados; empero los dos jóvenes sobresalian entre los demas. Tambien resonaban los himnos de los cantores en las arpas y en las flautas.

¡Magnífico progreso de la civilizacion humana! exclamó el soñante padre de las tribus. Ellos han recibido lo útil y lo bello; unidos producirán lo noble!

Luego se acercaron ambos jóvenes y tendieron ambos simultáneamente la diestra hácia el cetro y la corona de oro. Entonces se dividió la turba del pueblo en dos ejércitos, como una nube de tempestad se divide en la montaña y se agita en derredor de dos altos picos. Cada turba señalando á uno de los jóvenes, exclamó: «¡Al mas digno!» Y ambos hermanos, hechos brasas los ojos, se separaron y corrieron á la cabeza de sus pueblos. Un temeroso tumulto se levantó, y un estrépito como cuando la tormenta remueve el mar y las espumantes ondas lanza contra los peñascos.

Y Cain vió que los arados se convirtieron en espadas, los árboles florecientes en lanzas. Los campos fueron hollados y las cabañas subian en llamas. Crujiendo con los dientes y espumando de furor se embistieron ambos ejércitos. Hermanos peleaban contra hermanos, la espada se revolcaba en las entrañas de los hombres; los campos humeaban de sangre y la floreciente tierra estaba cubierta con los cadáveres de los muertos. Y entre los alaridos de los combatientes y el gemir de los moribundos, resonaba el estridor de los pífanos y de los metálicos clarines.

Luego se encontraron los dos jóvenes, y el combate comenzó; sangre y sudor chorreaba de sus cabezas. Finalmente, la espada del mas mozo traspasó el pecho del de mas edad. Este cayó en tierra y el vencedor le puso el pié en la ensangrentada cerviz.

Al punto trajeron al vencedor la corona de oro. Himnos de triunfo y cantos de héroes resonaban en las arpas y flautas: á lo lejos ascendian columnas de fuego. Se condujo al jóven príncipe en un carro enguirnaldado, pasando sobre los cadáveres en medio de los gritos triunfales.

Y cuando enmudeció el estruendo aparecieron las madres de los muertos y sus mujeres y esposas y hijos, y vagaban entre los cadáveres: unos se mesaban los cabellos y gemian, otros erraban entre las sombras......

¡Justo Dios, basta! gritó Cain, y despertó del sueño, y el sudor de la congoja goteaba de su frente.—¡Oh tú, Eterno Juez!—exclamó—¿por qué vivo todavía para ver el fruto de lo que sembré? ¡Ay! un sueño como este es mas que los horrores de diez muertes! ¡Tambien el dón de profecía ha de convertirse en tormento para el pecador!

José Sebastian Segura.

Á MI SIMPÁTICA AMIGA

LA SEÑORA

DOÑA GUMESINDA CALDERON DE CORTINA.

EL SALTO DE SAN ANTON EN CUERNAVACA.

De dos gigantes y soberbias peñas,
Magníficas, divinas,
Que altivo un arco de follaje cubre
Bajando á acariciar con sus festones
Tus aguas cristalinas;
Te desprendes rugiendo sin descanso,
Sublime catarata....
Y cuando allí tan poderosa nace,
En dulce y fresco y plácido remanso,
Se pierde y se deshace
Tu hermosa linfa de luciente plata.

¿De dónde vienes con tu voz sonora,
Con tu incesante rebramar que escucha
El sol cuando se pone,
Y al despertar la aurora?
¿Quién eres tú que cuando quieres subes
En pura emanacion hasta las nubes,
O refrescando la agostada tierra
Pronta á perder sus gayas vestiduras
La fecundizas con tus aguas puras?

Con fuerzas de titan te precipitas,
Y en vez de marchitar cuanto te cerca,
La exhuberancia vegetal excitas.
De tu torrente de cristal arrojas
Chorros de limpias, deliciosas perlas
Que convidan, meciéndose en las hojas,
En vasos de esmeraldas á beberlas.
Naturaleza toda
Te brinda sus caricias y primores,
Y á tu existencia inagotable unida
Esparce plantas y derrama flores
Que se alimentan de tu propia vida.

¡Con qué sublime majestad desciendes!
¡Con qué placer en tu corriente pura
En que embozarme anhelo,
Se mira la hermosura
Del verde campo y del azul del cielo!

El sol sus rayos en tus aguas quiebra
Suavizando sus vívidos fulgores,
Y en tus cristales reproduce amante
El iris misterioso sus colores.

En horas excusadas,
Cuando el pudor de cándidas doncellas
No teme las miradas
De algun adorador de su hermosura,
Deben bañarse en tu corriente pura
La luna y las estrellas.

En tí se ven las flores,
Hermosa catarata,
Y hasta la imágen del Señor del mundo
Que en tí se mira con amor profundo,
En tu cauce risueño,
Sublime y majestuosa se retrata.

Deja que al eco de tu voz demande
Poder para cantar tanta belleza,
Y que mi lira que olvidada estaba
Y que de nuevo á resonar empieza
Cediendo á un dulce y poderoso anhelo,
Repita sin cesar que todo es grande
Cuando el Señor lo quiere,
En la tierra, en los mares y en el cielo.

JULIAN MONTIEL.

Diciembre de 1868.

ROSSINI.

Ha muerto el cisne de Pésaro, el dios de la melodía; velad vuestros rostros, ¡oh musas! Rossini no existe. El poeta lo ha dicho: los muertos van aprisa. Crueles son vuestros golpes, implacables Parcas; y cuando en este siglo de hierro nos quedaba como único intérprete de los divinos conciertos de los ángeles, un genio á quien todos amábamos, habeis cortado sin piedad la trama de esa vida que habríamos deseado inmortal. Las víctimas no os faltan sin embargo. Contad cuántos de nuestros semidioses habeis segado en un cuarto de siglo; solo Rossini nos quedaba. Habia visto morir á Bellini, á Donizetti, á Meyerbeer, á Halévy y á muchos otros. ¡Oh credulidad humana! esperábamos que la muerte respetaria largo tiempo aún esa existencia que habia cantado á Dios y al amor como nadie antes de él. Pero no, Rossini debia sernos arrebatado; su hora, como la del último de los mortales, estaba señalada en el inflexible reloj del tiempo. La tierra recogió el cuerpo que nos habia dado; volverá al polvo segun lo quiere el eterno destino, pero su alma y su genio quedarán en sus obras entre nosotros. Mas feliz que Epaminondas, el héroe tebano que solo tenia para eternizar su memoria las batallas de Leuctres y Mantinea, á las que llamaba sus hijas inmortales, Rossini no ha tenido necesidad de sangrientos trofeos para asegurar su inmortalidad; su memoria no inspirará una idea de venganza ó un recuerdo de pesar; si alguna vez hizo correr nuestras lágrimas, era la dulzura del dolor la que nos las arrancaba; lágrimas nacidas de una embriaguez llena de encantos. Al dejar este mundo en que por mas de diez lustros brilló como un sol sin crepúsculo, Rossini deja á las generaciones del porvenir una larga serie de obras imperecederas, de las que una sola bastaria para consagrar para siempre la gloria de un hombre.

Gioachinno Rossini nació el 29 de Febrero de 1792, de una familia de artistas nómades. Desde su infancia manifestó las mas extraordinarias disposiciones musicales. Su padre le hizo aprender el *corno*, y siendo músico de la orquesta de una compañía ambulante, fué como el jóven Gioachinno hizo sus primeros ensayos. Pero en 1807, despues de una vuelta bastante provechosa, la vocacion se determinó de una manera tan decisiva en el jóven Rossini, que enviando su arte al diablo, declaró perentoriamente á su padre que queria ser compositor. El padre, furioso, le arrojó de su casa, diciéndole: Vé pues, *disgraziato;* hubieras podido ser el primer *corno* de Nápoles, y no serás sino el último compositor de la Italia.

Pero gracias á la proteccion de una jóven viuda llena de seducciones, la condesa Olimpia Perticari, Gioachinno, próximo ya á los diez y seis años, fué admitido en el liceo de Bolonia en la clase de contrapunto de maese Estanislao Mattei. Los principios del jóven fueron muy felices, pero bien pronto se fastidió del estudio. Aquel genio poderoso se irritaba con los obstáculos, y queria desplegar sus alas en plena libertad. La naturaleza, ese compositor sublime, ha inventado la melodía en las zonas del sol y de la mar, en las tibias regiones en donde son las noches dias luminosos. La melodía nació italiana; en ningun otro país la naturaleza ha dado á los árboles, á las montañas, á los valles, á los jardines, á las riberas, mas encantadoras voces, mas suspiros amorosos, mas suaves murmurios. La Italia es el conservatorio de Dios; en ella los niños cantan; fuera de ella los niños balbuten. Y luego acontece que uno de los innumerables alumnos de esa escuela peninsular, recibe del cielo una especial vocacion; entonces el niño escogido continúa insensiblemente sus estudios, y se recoge para escuchar dia y noche las lecciones de melodía que le llegan de todos los horizontes italianos. El artista privilegiado por Dios para dar dulzuras á la vida; el artista que saturó su alma y su memoria con los melódicos acentos de ternura, de *reverie*, de melancolía y de amor, debe traducirlos inmediatamente en otro idioma, segun la edad de las civilizaciones y segun el instrumento que su siglo coloca entre sus manos, y ese elegido de Dios se llamará Virgilio ó Rossini.

Gioachinno no quiso otra ciencia que aquella cuyos elementos le inculcaba esa radiosa naturaleza italiana, manantial de armonía y de éxtasis. Abandonó, pues, el liceo, y ayudado por la munificencia de la condesa Perticari, volvió á Venecia, en donde á la edad de diez y ocho años hizo representar su primera ópera, la *Cambiale di matrimonio*. El público del teatro San Mosé se mostró lleno de indulgencia por los defectos juveniles de la partitura, y cuidó sobre todo de los aires llenos de vivacidad, de gracia y de frescura, del imberbe maestro. Ros-

sini, embriagado por su triunfo, corrió á Pésaro para depositar su primera corona á los piés de su noble amante.

Despues de distintas óperas representadas con fortuna vária, Rossini compuso, hácia el fin de 1813, el *Tancredi*, que le colocó de un golpe en la cima de su reputacion.

En Venecia, en el teatro de la *Fenice*, fué en donde Rossini hizo ejecutar esa magnífica partitura, que obtuvo un éxito entusiasta, de los mas brillantes y prolongados. «Si el emperador y rey Napoleon, dice Stendhal, hubiese llegado á Venecia en estos dias, ni aun siquiera se habria notado su presencia.»

Todas las miradas, todos los corazones, todas las admiraciones eran para Rossini. De un extremo á otro de la ciudad, no se oia otra cosa que los trozos de la nueva ópera. Los nobles los cantaban en sus palacios, el pueblo en los arrabales, los gondoleros en las lagunas.

Cuéntase que los jueces en plena sesion del tribunal, se veian obligados frecuentemente á llamar al órden á abogados y á litigantes, á quienes oian tararear durante las mas solemnes deliberaciones:

Ti rivedri, mi rivedrai.....

aire delicioso, canto celestial, que Venecia enseñaria á todos los ecos del mundo.

NEMO.

(*Continuará.*)

Á LOLA.

PENSANDO EN TÍ.

Solo pensando en tí las noches paso,
solo y pensando en tí paso los dias,
y presa del amor en que me abraso
vánse en pensar en tí, las horas mias.

¿Qué mas dulce, mi bien, para el que amante
cifra tan solo en tí toda su gloria,
que tener ocupada en todo instante
en tu dulce recuerdo la memoria?

¿Dudas? ¿Por qué, mi bien? no estás leyendo
en la ardiente mirada de mis ojos,
la sublime emocion que estoy sintiendo
al leve roce de tus labios rojos?

¿No sientes el latido apresurado
de este mi corazon ya todo tuyo,
gozando de placer y enamorado
al tierno impulso del impulso suyo?

¿Quién sabes, dime, que mi amor te robe,
quien si no tú que mi cariño obtenga,
quien si no tú cuyos amores trove,
quien si no tú que por mi diosa tenga?

Ah! tú no sabes, no, lo que es amante
soñar una mujer, al fin hallarla
y de la vida hasta el menor instante
ocuparle tan solo en adorarla.

De su anhelado amor tornarse avaro,
mirarle conseguido y no creerlo,
y batallar con el capricho raro
de soñar en la pena de perderlo.

Que por su solo amor todo se olvida,
que hasta el deber mas santo se atropella,
si nos roba un instante de la vida
consagrada á su amor, cifrada en ella.

Tú no lo sabes, no; si lo supieras,
llena tu alma de mi amor sincero,
tanto cual yo te quiero me quisieras,
me amáras tanto como yo te quiero.

Si entero el dia en recordarte paso,
hasta el menor instante de tus dias
en pago del amor en que me abraso,
en amarme á mí solo emplearias.

Mas perdona, mi bien, si loco amante
de la pasion dudé que me juráras,
que aunque te adoro ciego y delirante,
no te quisiera yo, si no me amáras.

No te quisiera yo, si no leyese
En tus miradas dulces y hechiceras,
Que si eterna y sin fin tu vida fuese,
tan solo para amarme la quisieras.

Tan solo para amarme cual la aurora
ama á las aves que su albor despierta,
cual la sencilla mariposa adora
la rosa favorita de su huerta.

Por eso yo te adoro con fé ciega
cual la ilusion dulcísima soñada,
cual el rocío que á las flores llega
por besar su corola nacarada.

Por eso solo en recordarte paso
la noche triste y los amargos dias;
que presa del amor en que me abraso
vánse en pensar en tí, las horas mias.

ENRIQUE DE OLAVARRÍA.

CRISTAL DE BOHEMIA.

Á RAFAEL DE ZAYAS.

No te vayas á figurar, teuton, que voy á hacerte, como el difunto M. de Balzac acostumbraba, una sucinta descripcion de alguno de esos bazares maravillosos en los que un viejo judío amontona infinitas obras de arte, y en donde deben tener un lugar muy principal, candelabros, vasos y urnas de cristal de Bohemia, de ese cristal ligero, trasparente y puro como un sueño de doncella. No, y mucho menos pretendo analizar las baratijas del célebre vidrio, que brillan ante los ojos fascinados de los transeuntes, mostrando sus graciosos contornos y sus facetas chispeantes, en los aparadores de las agencias de Christophle.

¿A qué viene, pues, el título que he colocado allá arriba? Es muy sencillo. Acabo de recibir un billete de mi señor editor, perfumado y elegante (ya te figurarás quién es) que bajo una cifra azul y coqueta, decia: *Recibí de Justo un artículo en prosa por un ramo de violetas.*—Gonzalo.

Aquello hacia alusion á mi compromiso de redactor del Renacimiento; pero encontrándome desprevenido, registré mis apuntes y hallé los renglones que verás muy luego, escritos en mi agenda de estudiante. Son hijos de esos ratos de laboriosa pereza en que se subleva en nosotros todo lo que tenemos de *bohemios* y en que el espíritu apenas roza con sus alas nuestra imaginacion dándole un vago colorido, como el que da á la copa de agua limpísima una gota de Jerez. Son, pues, pensamientos de Bohemia, y solo me resta explicar á mis lectores lo que esta frase geográfica indica, cosa que ejecutaré brevemente para entrar, no en sustancia, pues no la hallarian, sino en esas regiones de éther en donde tanto se complace en volar nuestra alma, acaso porque en ellas encuentra hermanas.

Declaro solemnemente no pertenecer á esa raza misteriosa que se pasea por Europa hace muchos siglos, que los ingleses llaman egipcios; los daneses y suecos, tártaros; gitanos, los españoles; *singari*, los italianos, y que han bautizado con el nombre de bohemios los parleros habitantes de ese país que rie y aguanta entre los Alpes, el Mediterráneo, los Pirineos, el Atlántico y el Rhin.—Nosotros nos hemos llamado bohemios porque siendo para nosotros la humanidad una especie de gitana de los siglos, queriendo comprender adónde va, sin poder saber de dónde viene, algunas veces la vida con todo lo que tiene de amargo y de serio, nos parece una inmensa chanza; en el fondo de todas las cosas de este mundo se nos figura hallar un enorme hueco, y medio risueños, medio tristes, pero siempre poetas, nos lanzamos, vagabundos del sentimiento, por los caminos anchos y libres de la imaginacion, con nuestra alforja de ilusiones al hombro, tomando por mision en esas horas excepcionales, decir la buenaventura á todas las niñas y dar á algunos hombres la mano y á otros el guante.—Luego, cuando la prosa nos arrastra por los albañales de la sociedad, hemos bautizado á ese nuestro espectro que vuela tras el ideal en las altas regiones, con la frase geográfica que he querido explicaros: Bohemio.

I.

Del cristianismo acá, pasados los tiempos griegos, destrozada por el hacha de los bárbaros la herencia que Aténas cedió á Roma, no hay sin duda un siglo mas caro, mas simpático, como se dice ahora, al corazon del poeta y del artista, que el que ha sido bautizado con el nombre de siglo del Renacimiento.

No es, sin embargo, admirable tan solo en los lienzos de Sanzio, en las sobrehumanas esculturas de Miguel Angel, en las estrofas imperecederas del amante de Leonor, ó en el cerebro inmenso de Cristóbal Colon; todas estas prodigiosas producciones, que en todas partes se sucedian, brotando tal vez á impulsos del alma de la antigua Grecia, huyendo al Occidente espantada por los cañones de Mahomet; toda aquella serie de maravillas fulgurando sobre la Europa católica desde la capital de Augusto y de Mecenas, no eran sino las fases del espíritu del siglo, manifestándose por doquiera sacudiendo el genio de la humanidad y despertando á los descendientes de Pedro y de Pablo con un ósculo de reconciliacion sublime, con palabras que decian: Paz, cristiano, paz en nombre de Homero, en nombre de Fidias, en nombre de Apéles. Aquella grande hora de reconciliacion debió haber visto sonreir en sus ignoradas tumbas á los santos y á los mártires del cristianismo; debió ver consolada la sombra de Juliano, ese santo, y de Hipatias, esa mártir del politeismo moribundo.

Ese siglo era Buonarotti queriendo adivinar á Praxiteles, el Bramante soñando la cúpula cristiana sobre el templo griego; era Leon X gastando los tesoros que provenian de las bulas é indulgencias, en consagrar á lo bello un inmenso templo que se llamaba Roma, que podia llamarse Aténas; era Jesucristo tendiendo, desde su cruz de oro, los brazos á todas aquellas divinas concepciones del arte y de la inteligencia; era, en fin, Platon y San Agustin en el altar de Picco de la Mirandola.

Aquel fué un inmenso sueño de poeta, del poeta de las alturas. En aquel divino abrazo iban á morir la guerra, la hoguera y la ignorancia. Un monje aleman, de alma severa, de cerebro nublado, que preferia la turbia cerveza á la linfa de topacio del lacrima-cristi, que habia visto á Babilonia en Roma sin poder comprender en su acre ascetismo lo que queria decir aquella comunion divina de lo bueno y de lo bello, levantó la voz allá entre las nieblas del Norte, y turbando el agapa del génio, lanzó su anatema como un meteoro sangriento sobre aquel cielo purísimo, dorado como el cielo del Atica; y el mundo, despertando del delicioso sueño en que yacia, ciñó el cilicio, se lanzó á la lucha, tornó á encender las hogueras inquisitoriales y condenó á Galileo en nombre de Josué.

La humanidad abandonaba los placeres de Capua.

Oh dolor! aquella magnífica florescencia del génio humano en el templo del pasado, desaparecia..... ¿para siempre? Quién sabe! Italia, la del cielo de luz, ese nido de amor, meciéndose como una paloma entre el sol y el mar, al ver morir á la época mas bella que sus brisas han arrullado, que sus armonías han adormido, lloró, lloró amargamente; pero en su rostro bañado de lágrimas, habia, como en la bellísima *Dolorosa* de Leonardo de Vinci, un reflejo de esperanza.

Justo Sierra.

REVISTA DE TEATROS.

Quien todo lo quiere...... proverbio cómico por D. Manuel Peredo, estrenado en el teatro Principal la noche del 29 de Diciembre de 1868.—Su ejecucion.—Las Sritas. Mendez y Cejudo.—Aplausos del público.—El Maestro de baile.

Aunque esta seccion de teatros está encargada especialmente al distinguido crítico Manuel Peredo, y aunque él se propone emitir su juicio, que segun sabemos será muy severo, sobre su propio ensayo dramático, se nos permitirá usurpar su lugar esta vez, á fin de dar cuenta simplemente de la funcion que tuvo lugar la noche del mártes 29 de Diciembre, en el teatro Principal.

Despues, nosotros tambien escribiremos un artículo para juzgar á nuestro modo la pieza citada. El autor la intituló *Quien todo lo quiere*...... y modesto como siempre, no se atrevió á llamarla comedia, sino proverbio en dos actos, no revelándose ademas como autor de ella. El público, sin embargo, hizo completa justicia al mérito relevante de la nueva pieza, y la aplaudió con entusiasmo desde el primer acto, al concluir el cual, hizo llamar al autor á la escena para tributarle el homenaje merecido.

Siguió el público escuchando el segundo acto con extraordinario silencio, interrumpido á veces con nuevos y estrepitosos aplausos, y al echarse el telon volvió á llamar al jóven autor. Entonces, al presentarse este en medio de las señoritas Cejudo y Mendez, y de los Sres. Ossorio y Morales, el entusiasmo no tuvo límites, mil *bravos* resonaron en el salon, la orquesta tocó dianas, y en suma, la ovacion fué tan espontánea como unánime. El triunfo de Peredo ha sido brillantísimo, y él debe animarle á continuar cultivando el género de literatura en que con tal éxito se ha revelado, y para el que tiene excelentes dotes.

Lo repetimos: hemos de consagrar un artículo extenso para juzgar esta comedia, pero no dejaremos de indicar que su asunto es de la mas alta moralidad; que su trama es sencilla, como las de Breton, y bien combinada; que su versificacion es de tal modo flúida y encantadora, que aunque algunas escenas son largas, no se sienten ni cansan, y al contrario, desearia uno que se prolongaran. Nosotros oimos decir esa noche á varias personas estas palabras: *«Hé ahí una comedia que sin bufonadas de mal género, sin frases coloradas, sin alusiones groseras, sin embrollo y sin otro artificio que la imitacion de la vida real, hace reir, agrada y moraliza.»*

Y en efecto, es así. La pieza de Peredo es tan delicada, que no tiene un solo verso que pueda ofender el pudor mas susceptible; sus tipos son perfectamente retratados, su verso corre fácil y sin estorbos, ni ripios, ni licencias. Peredo como poeta dramático tiene porvenir y está llamado á honrar la escena en que han brillado los Gorostiza, los Rodriguez Galvan y los Calderon. Nosotros le deseamos esta gloria, él lo sabe bien.

Añadiremos ahora, que este triunfo es tanto mas notable, cuanto que el público que aplaudió en el Principal la noche del 29, es el mismo que tan severamente ha juzgado otras piezas en el Nacional, no hace mucho tiempo.

Para concluir diremos: que los espectadores todos estuvieron agradablemente sorprendidos de ver desempeñar sus papeles de Elena y de Carolina á los Sritas. Mendez y Cejudo. Estuvieron admirables, y eso que no habian ensayado mas que tres veces. Al verlas nosotros, abrigamos las mas risueñas esperanzas respecto de nuestra escena. De los Sres. Ossorio y Morales no tenemos que decir, sino que esa noche estuvieron á la altura de su merecida reputacion artística.

El primero hizo reir todavía al público en el *Maestro de baile*, deliciosa caricatura que siempre agradará. La noche del 29 de Diciembre se recordará siempre con placer por los amantes del arte dramático.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

FACUNDO DADO A LOS VIAJES.

REAL DE CATORCE.

Mi querido Pepe:

Solo por satisfacer tu insaciable curiosidad te voy á contar lo que le pasa al desgraciado transeunte á quien toca en suerte conocer estos mundos.

Suponte que vas en la diligencia, á oscuras por supuesto; que al fin para toda empresa arriesgada es necesario cerrar los ojos, y esto de echarse á andar por estos caminos de Dios, no es poca cosa.

A la luz del crepúsculo se pára en la Estanzuela, que es un lugarejo feo si los hay: con esta pequeña interrupcion vuelve el desvelado pasajero á conciliar ese sueño peculiar del que viaja en diligencia, que se compone de dos partes de fastidio, una de recuerdos y otra de sueño. Si abres los ojos á las seis dentro de uno de esos vehículos, te encuentras rodeado de unas cuantas copas de sombreros, de bufandas y emboces, de frazadas ó de plaids, porque casi todos hacen lo mismo que tú: dormir.

La primera brisa penetra por los postigos y hace asperezarse á tus compañeros, que van despertando azorados y haciendo gestos. Suele salir un *buenos dias*, medio ronco, de algun chusco, y todos se rien, aunque en realidad no haya motivo.

Pero esta risa es el principio de la cordialidad. Si hay españoles en el coche, ellos son los que toman la palabra para comenzar la conversacion sacramental de las diligencias: los ladrones; hasta que te horripilan y te hacen reflexionar en tu reloj y en tu pellejo. Páras en Bocas, que es una gran hacienda, con mas de ocho mil habitantes, y crees por esto que vas á almorzar bien; pero te llevas chasco, pues si no fué sueño lo que traias en el camino, el buen almuerzo sí lo es.

Te sirven una cazuela con manteca derretida, y en el fondo dos huevos que no te atreves á sacar de aquel naufragio. Pan, Dios lo dé, y carne de chivo, mas dura que en vida, tortillas y café, de lo que es todo el café para estas posaderas, de garbanzo.

Temeroso de encontrarme con este percance tan conocido de todos los viajeros, pregunté á la que me servia si seria de garbanzo aquel café, y me respondió la inocente posadera de Bocas:

—No señor, es de frijol.

Renuncio á describirte las paradas, porque todos los pueblos que se recorren hasta llegar aquí, tienen un aire de familia tal, que parecen uno mismo; no obstante, Matehuala es mas grande, mas regular y tiene sus pretensiones, tiene su obelisco de cantera en la plaza, y hay allí mas vida y mas animacion que en otros pueblos.

Se duerme en Charcas, que es un mineral con sus haciendas de beneficio y su meson, donde no duermes mal si estás cansado, y comes bien si tienes hambre.

El segundo dia es mas pesado que el primero; el camino se vuelve mas árido y comienza á percibirse las ondulaciones del terreno, que son el principio de una sierra. Duermes en el Cedral, en donde no hay un cedro ni para un remedio, y á otro dia, con la ayuda de Dios y de un caballo que te aguante, subes, y subes y subes, durante cinco leguas, por mal camino, hasta llegar á la falda de una altísima montaña, desde donde vuelves á subir á mas de nueve mil piés sobre el nivel del mar; tienes la dicha de respirar la atmósfera de las águilas, sin que por esto dejes de darte al diablo con aquella subida, en que necesitas compadecerte de tu cabalgadura, que se queja lastimosamente, porque te carga y sube; por supuesto que no te falta en qué pensar: llevas riesgo de que te despojen de tu maleta y de tu insignificante existencia, porque por aquellos vericuetos se ve todos los dias á ciencia y paciencia de la autoridad local.

Por fin, ya entre las nubes, comienzas á descender, y despues de un recodo, ves á Catorce. La primera impresion que se recibe al aspecto de la poblacion, es la de volverse atrás.

Figúrate que en una falda que plugo á la madre naturaleza dejar allí como por favor, entre cuatro grandes montañas, está edificada una poblacion triste, monótona, árida, sin ese claro-oscuro de árboles que hace á las poblaciones pintorescas: aquí todas las casas son amarillas; parece una poblacion que se está muriendo de ictericia.

Desciendes á una plaza cuadrada, hecha en un desvan, donde si una naranja se cae del primer puesto, llega hasta el último: este es el centro de la poblacion y el único perímetro de terreno de alguna regularidad, porque todas las avenidas de esta plaza son mas inclinadas.

Es un pueblo sin horizontes, porque tienes á los cuatro vientos altísimas montañas, como los muros de una gran cárcel. Casi no hay gente, porque los pobladores de Catorce lo pueblan como las ratas, por debajo; quiere decir, á algunos miles de piés bajo de tierra, buscando plata.

Hé aquí un tipo especial que me ha llamado siempre la atencion. El barretero.

Este es una especie de presidiario por su voluntad, que se mata sin conseguir nunca su objeto.

El barretero posee en el mundo un calzon y una camisa de manta, una faja, un sombrero y una frazada, y generalmente una mujer.

Sabe que su juventud durará cinco años á mas tirar, porque no llegará á los treinta sin estar *cascado*, como llaman aquí, ó *maduro*, como dicen en otros minerales: quiere decir, inútil, muerto.

El metal precioso llamado con razon por Fernandez y Gonzalez el rey del mundo, es rey para todos, porque con él todo se alcanza, menos para el barretero.

El barretero ama el metal por el metal, porque nunca le proporciona mas que la muerte.

Y sin embargo, el barretero se lanza con una avidez asombrosa en busca de esas piedras negras ó verdes que tienen plata, como si con ellas fuera á comprar el mundo, desciende al seno de la tierra, donde ya no hay ni aire respirable, donde no puede haber ni luz, ni combustion, y á ciegas, y mientras le dura el aire contenido en los pulmones, descarga furibundos golpes contra aquellas rocas durísimas, y cuando ya no puede respirar, cuando siente que se muere, corre á tomar aire á cien varas y vuelve con su pulmon lleno, pero jadeante, desvanecido, ébrio, y repite blasfemando otros golpes: siente que caen algunos fragmentos y vuelve á agonizar, y luchando todo el dia, ó toda la noche, que allí es lo mismo, con la roca, con la oscuridad y con la vida, saca un costal de piedras con que gana su subsistencia.

Pero si esas piedras son valiosas, el barretero pone el sábado su asqueroso sombrero para recibir cien ó mas pesos acuñados, y baja por unas veredas á la poblacion: allí se encuentra sin ropero, sin mesa; sin un lugar donde depositar siquiera aquella carga, desconfia de todos y prefiere gastarlos: apera á su mujer de lienzos y atavíos, y con algunas botellas de mescal en la cabeza, es víctima de los comerciantes de mala fé: paga tres veces mas el valor de lo que compra, da al traste con su dinero y con su juicio, y despierta en la cárcel.

La mujer le rescata el lúnes sacrificando las compras que habia salvado, y el mártes, el barretero vuelve á quebrar rocas, á trepar á un precipicio para abrir un barreno, á librarse de la explosion, escondiéndose en una obra, sofocándose, luchando, muriéndose, hasta que se *casca* y sale á respirar un poco de aire libre, para morir.

Hé aquí el mas poderoso esfuerzo de la voluntad, mal gastado, estéril, contraproducente.

Empleado este esfuerzo de trabajo y de constancia en la agricultura ó en la industria, redimiria de la miseria al hombre, haria ingresar á una familia

mas á una posicion social mejorada; y á pesar de esto, esos lóbregos y profundos subterráneos, abiertos por la codicia humana, están llenos de millares de víctimas que vienen de todas partes, atraidos como por una vorágine para morir en ella, siempre pobres y siempre desheredados.

Una de las cosas que mas llama la atencion de este pueblo, es su nombre.

La tradicion vulgar me ha revelado que en estas sinuosidades se refugiaron catorce españoles y que por mucho tiempo catorce familias vivieron colonizando en una de estas barrancas, donde se ha levantado una poblacion que conserva todavía el nombre de *Las Catorce*, y está á corta distancia de la poblacion principal, que se llamó el Real de Alamos, sin duda porque aquí los hubo, pero que hoy, como en el Cedral los cedros, no se encuentran ni restos de aquella perdida vegetacion.

El cielo de aquí parece indignado de ver tanta fealdad, tanta ambicion y tantos *cascados*, y se vuelve por esto lo mas caprichoso que puedas imaginarte.

En veinticuatro horas llueve, llovizna, hiela, nieva y se esconde la poblacion, y los cerros se cobijan mal encarados con un inmenso *plaid* de neblina: despues cruza un viento corajiento y furioso que barre las calles, despeina á las mujeres, abre las puertas y no deja títere con cabeza; luego se nubla, y á ratos sale el sol parpadeando al través de los cerros y dirigiendo su última mirada á *Los Catorce*, que por la mañana es lo último que ve el rubicundo, porque Los Catorce quisieron desde antaño que no les diera mucho el sol de la insurgencia.

El único llamado paseo de Los Catorce, es el camposanto: por sus contornos se diseminan algunas parejas escuálidas y silenciosas los domingos en la tarde, y hasta hay muchos que por hacer algo, visitan á los muertos, y cuando ya algunos pastores de las cercanías guian á sus ovejas al aprisco, regresan las personas á las casas amarillas de la poblacion.

Desde una de las sinuosidades de la montaña, es el único punto por donde se ve el horizonte, siempre limitado por enormes cordilleras; desde allí se percibe una ondanada baja, sombría, nebulosa, en que se destacan algunas labores.

Mi anfitrion me condujo á aquel mirador como para esplayarme, y me dijo:

—Vea vd., allí están los ranchos: aquel es el Tanque de Dolores, el otro es el *Perdido*, mas allá está *Sierra hermosa*. Allí tengo mis posesiones.

—¿Y qué tal? le pregunté.

—Pues vea vd. Los leones no me dejan potrillo, y solo con la ayuda de la estricnina se logra que en cada manada me dejen cinco ó seis. A veces bajan unas águilas que se *arrean* los animales en el pico como si fueran ratones.

—¡Con que hay tantos animales!

—Sí, sí, señor; hay gatos monteses, y una verdadera plaga de coyotes. Los lobos, que son los mas astutos, se han ausentado desde que usamos la estricnina.

—Pues en materia de ganadería está vd. mal.

—Sí señor; pero los ladrones son los que hacen mas daño, porque se arrean las manadas.

—¿Pero las tierras de sembradura serán fértiles?

—No, no, señor. Son tan delgadas que es necesario estacadas para que no se las lleve el agua y deje el cerro limpio y duro.

—Pero en fin, se recoge......

—Hace dos años que no llueve.

—¿Y la temperatura?

—Le diré á vd. Algunos pastores se me han muerto: por ejemplo, un niño de doce años que apacentaba unas cabritas, se fué al campo una mañana y le *cogió la nieve*, las cabras volvieron la cara y echaron á andar para librarse, y el pastor tras ellas: así anduvieron cuatro leguas, perdidos, porque todo era blanco por todas partes. Sin duda se cansó el pastor y se escondió debajo de unas palmitas: allí le encontraron á los quince dias comido de los coyotes.

—Pues es la tierra de promision! exclamé.

—Y que los indios......

—¿Con que tambien los indios?

—Sí, señor; no he podido conseguir que vivan en el rancho mas de cuatro familias.

—Con razon.

—Ya no vienen tan seguido.

—¿Pero vienen?

—Sí, señor, de vez en cuando.

—¿Y qué hacen?

—Vea vd. Una de las veces que vinieron me mataron una manada bruta, y en nueve dias que permanecieron por allí, mataron veintitres personas.

—¡Qué horror!

—A los chicos y á las mujeres no las matan.

—¡Ah!

—Se las llevan, contestó.

—Pues señor mio, no le envidio á vd. sus posesiones. Venda vd. ese infierno y no aporte por esos lugares.

—Quia! no, señor! si no hay cuidado.

—Hé aquí otra aberracion: noto en ese deseo de poseer, algo del delirio del barretero, dije para mí.

—Y es vd. minero? le pregunté.

—Sí, señor, toda mi fortuna la he gastado en minas.

—Pues Dios le dé á vd. una bonanza, con la condicion de que no vuelva á acordarse ni del rancho, ni de las minas, ni de Catorce.

Dime, querido Pepe, si quieres venir á darte un paseito por estas tierras.

Espero tu respuesta.

FACUNDO.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

La enseñanza primaria en México.—Las escuelas municipales.—Las de la Compañía Lancasteriana.—Las de Beneficencia.—El Hospicio de pobres.—El Tecpan.—El Instituto de Sordo-mudos.—Los colegios particulares.—La Sociedad filarmónica.—La tertulia de Benitez.—El nuevo Ayuntamiento.—Gran banquete.—La vajilla regalada por el emperador de Austria á los Sres. Riva Palacio y Martinez de la Torre.—La tertulia de los Bustos.—Novedad en el teatro de Iturbide.

Dejemos por ahora la conversacion inútil, y hablemos de un asunto que debe ser caro para todo corazon que desee sinceramente el engrandecimiento de su patria: la instruccion primaria.

En todo país civilizado, pero principalmente en las Repúblicas como la nuestra, la base en que debe apoyarse el sistema de gobierno y en que pueden fundarse las esperanzas de grandeza y de gloria futuras, es la instruccion pública; pero no la instruccion pública como se ha tenido hasta aquí en México, á causa de sus constantes agitaciones, y como se tiene en los países regidos por el absolutismo, reducida á un limitado círculo de personas y otorgada solamente á ciertas clases; sino difundida en las masas, extendida hasta á las clases mas infelices, comunicada de la ciudad populosa al pueblo pequeño, á la aldea humilde, á la cabaña mas insignificante y escondida entre los bosques. La instruccion primaria debe ser como el sol en el medio dia, debe iluminarlo todo, y no dejar ni antro, ni rincon que no bañe con sus rayos. Mientras esto no sea, vanas han de ser las ilusiones que se forjen sobre el porvenir de nuestro país y las esperanzas de que se desarrollen el amor á la paz y al trabajo, y de que se ahuyenten de nuestros campos yermos y de nuestras poblaciones atrasadas los negros fantasmas de la miseria, de la revolucion y del robo que hasta aquí han parecido ser los malos genios de la nacion. Cuanto se pudiera decir sobre esto, es muy sabido, todo el mundo lo comprende, y por eso en los hombres amantes de su país, en los verdaderos patriotas y buenos ciudadanos hay un deseo inmenso de procurar, de todos modos, la propagacion de la enseñanza primaria en nuestro pueblo. Solo los déspotas, solo los mentidos liberales, solo aquellos que no pueden asentar su dominio de pillaje y de crímenes sino sobre el embrutecimiento de los hombres, ponen todo su empeño en mantener la barbárie en las desdichadas regiones en que viven, porque saben muy bien que no podrian dominar sino á hombres de quienes la ignorancia hubiese hecho de antemano esclavos abyectos y sumisos.

Triste, muy triste es considerar que en nuestra República hay todavía pueblos enteros sumidos en esa crasa ignorancia que coloca á los hombres muy cerca de las bestias, y que sin embargo, podrian muy bien hallarse en un estado de instruccion y de prosperidad envidiables, si una mano feroz no los hubiese privado de los beneficios de la enseñanza.

Pero, gracias al cielo, la paz ha venido á ponernos en posibilidad de hacer llegar á todas partes el incomparable bien de la civilizacion y esta propaganda, en la que vemos con placer animados á todos los buenos mexicanos; no hay que dudarlo, producirá cuantiosos frutos dentro de poco tiempo.

El año de 1868 será siempre de tierna y feliz recordacion por el eficaz empeño que han mostrado tanto las autoridades como los particulares en trabajar por la enseñanza, y los últimos dias de ese año y los primeros del presente, han venido á hacernos consoladoras revelaciones á este respecto.

No parece sino que ha habido emulacion de parte de todos en tan santa y noble tarea, porque hemos visto al ayuntamiento de la capital, á las sociedades de instruccion pública y á los directores de establecimientos particulares, esmerarse á porfía en mostrar al público los adelantos de la juventud de todas las clases. ¡Qué consolador es esto y qué grato para los que desean el bien de la humanidad!

Las distribuciones de premios se han sucedido sin interrupcion, solemnes, espléndidas, conmovedoras. No han sido esas fiestas lujosas é insultantes para la miseria pública y que la adulacion prepara á los poderosos ó que el vicio sueña para sus saturnales, no; han sido las solemnidades modestas de la virtud y del saber, sin pompa y sin ostentacion, pero con la sublimidad de lo bello y de lo grande; han sido las fiestas del porvenir, en las que la juventud inocente ha venido á depositar su pura ofrenda en el altar de la paz. Todo el mundo se ha regocijado en ellas, todo el mundo ha elevado sus ojos para tributar su gratitud al Dios de los pueblos, que nos permite concebir lisonjeras esperanzas para la patria. Y aunque es verdad que estamos atravesando una época de miseria pública en que no escasean las angustias, ni la tristeza que es consecuencia de ellas; tambien es cierto que espectáculos como los que nos presenta el desarrollo de la instruccion primaria, vienen á endulzar estos momentos amargos y á avivar nuestra fé en el engrandecimiento de México.

En una de las últimas noches de Diciembre, el teatro Nacional se hallaba hermosamente iluminado y decorado. La concurrencia se apiñaba en las puertas; en el ancho salon resonaban á cada instante estruendosos aplausos. Algunas veces se oia un coro alegre y dulce de voces infantiles. Era la distribucion de premios de las escuelas municipales. El Presidente de la República, los ministros, el Ayuntamiento y las autoridades todas del Distrito federal asistian á esta funcion, y el primero iba entregando á los niños del pueblo los premios que habian merecido.

A la izquierda del proscenio habia grandes mesas cargadas de libros atados con listones de colores. A la derecha se hallaban las autoridades. Una inmensa multitud de niños de ambos sexos ocupaban toda la extension del *foro*. Allí estaban confundidos los hijos del artesano, del labrador, del cargador, del soldado y del doméstico, con sus vestiditos nuevos ó usados, y con sus piés calzados ó desnudos.

La concurrencia, por un sentimiento de noble entusiasmo y de generosidad, aplaudia estrepitosamente siempre que algun niño pobre de vestido raido y humilde, venia á recibir su premio. Este aplauso queria decir: *Pobre niño, tú no tienes un vestido bueno y nuevo, pero en cambio tienes nuestra admiracion y nuestro cariño.* Y estos aplausos deben haber resonado dulcemente en el corazon de estos pequeños desvalidos, y les deben haber hecho llorar de orgullo allá á sus solas. Era aquello muy conmovedor. Habia niñas vestidas con enaguas muy pobres y envueltas con un rebocito ordinario; pero se veia en ese vestido tan humilde el esmero de una madre afectuosa y buena, que habia procurado aderezar á la hija de su corazon de la mejor manera para presentarse en público.

Habia pequeños niños de semblante melancólico y dulce, que avanzaban tímidos con su sombrero viejo y con su pantalon raido, á recibir en medio de aquella luz y de aquella grandeza el premio de su aplicacion y la ovacion del público, y se alejaban luego trémulos de placer y de vergüenza. ¡Cuán divina es la caridad! Ella como Jesus, dice á todas las grandezas de la tierra, á todas las preocupaciones sociales, á todos los obstáculos: «*Dejad que los niños se acerquen á mí,*» y les abre sus brazos y les prodiga sus caricias y los estrecha contra su corazon y sopla en su alma los divinos gérmenes de la felicidad y de la virtud! No pudimos menos los que sabemos cuánto debe la niñez de México al grande Vidal Alcocer, que recordarle en este momento; y parece que le vimos contemplando con lágrimas de ternura los progresos de esos niños á quienes él amó tanto!

Así se comprende el patriotismo, así se rinde culto á la humanidad, así se funda la grandeza de los pueblos! Pocas Universidades, millares de escuelas primarias; eso es lo que necesita una nacion para ser grande.

El Ayuntamiento de 68 trabajó bastante en favor de la enseñanza primaria. Él encontró establecidas 24 escuelas y las ha mantenido con empeño y con eficacia. Todavía eso no es el ideal de los que quieren la luz á torrentes por todas partes y siempre; pero es ya mucho para el elogio de los que han tenido á su cargo la administracion de la primera ciudad del país en este año.

La Sociedad Lancasteriana, perseverante, firme, tenaz, ha hecho tambien por su parte cuanto ha podido, ha aumentado el número de sus establecimientos hasta tener hoy ocho, y con mayores fondos que de los que dispone actualmente, no es dudoso que esta Sociedad benemérita pueda llevar á cabo las grandes ideas que abriga.

La Sociedad de Beneficencia ha tenido tambien un lugar distinguido en los triunfos de la enseñanza primaria en México. Con pocos fondos, tropezando con mil obstáculos, ha podido, sin embargo, mantener sus trece escuelas, de las cuales nueve son de niños y cuatro de niñas.

Viene ahora el lugar del Hospicio de pobres; aunque debia haberle ocupado primero por el tiempo en que tuvo sus exámenes. En esa casa de caridad fundada por aquel hombre de corazon de ángel que se llamaba el capitan Zúñiga, están refugiados los huérfanos, los que buscan en los primeros dias de la vida un padre ó una madre, y no encontrándolos, acaban por refugiarse en los brazos de la sociedad, que los acoge tierna y cariñosa. En ese Hospicio se educan y mantienen 263 niños y 370 niñas, bajo la vigilancia del Ayuntamiento y de un administrador. Pues bien; en el año de 68 el regidor encargado, D. Juan Abadiano, ha sido un padre amoroso para esos niños, y le ha secundado eficazmente el administrador actual D. Juan Pablo de los Rios, persona á propósito por su excelente corazon, por su blando carácter y por su amor á los desgraciados, acrecido por el recuerdo de sus propios infortunios. Allí los exámenes fueron muy modestos, pero no por eso menos brillantes, y los profesores que se encargaron de ellos quedaron altamente satisfechos y complacidos. Los niños que cursaron la escuela, fueron 24.

Del Tecpam, la prensa ha hablado unánimemente bien. Segun los que le han visto y presenciaron sus exámenes, aquel Instituto se halla floreciente y progresa de una manera admirable. Los 245 niños que allí hay, adquieren una educacion sólida, y sus trabajos en el dibujo, en la imprenta y en todas las artes mecánicas, merecen todo elogio. Las personas encargadas de ese establecimiento se consagran asíduamente á su mejora, y nosotros con este motivo, desearíamos igual proteccion para el Hospicio de pobres, ya que el año pasado se organizó una Sociedad de apreciables señoras para tomar bajo su amparo esa casa, presididas por una muy elevada y virtuosa matrona, que, no lo dudamos, abriga los mejores deseos en favor de aquellos niños desvalidos.

Esta santa emulacion que debe nacer de la vista del Tecpam, producirá ventajosísimos resultados, y la caridad los registrará con letras de diamante en sus anales.

El Instituto de Sordo-mudos, tambien sostenido por el Ayuntamiento, se halla en excelente estado. Es para llorar la vista de aquellos pobres niños, que por su porte, vestido y modales no revelan su desgracia.

¡Bendito sea el abate L'Epée, que ha convertido en séres inteligentes á los que estaban condenados por la desdicha al idiotismo! Los sordo-mudos de México son pocos; pero sus adelantos son notables, merced á los esfuerzos de los dignos Mr. y Madame Huet. Hagamos la justicia, porque ser liberales no es ser injustos ni ciegos, de decir que la fundacion de este Instituto se debe al difunto Maximiliano y á su esposa, que tuvieron especial predileccion por él. Que la historia los condene por otras causas; pero la caridad debe hacer que conste este hecho, y los que hemos sido enemigos leales del imperio no podemos negarle, ni dejarle de apuntar.

Enumerar los colegios particulares seria larguísimo; baste decir que ellos honran el nombre de México, y que el año de 68 mas que nunca, ha sido notable por la aplicacion de los profesores y por el adelanto de los discípulos. Mencionaremos solo, y eso porque hemos oido entusiastas elogios de ellos, los colegios de los Sres. Rodriguez y Cos y Luis G. Pastor.

El número de establecimientos de educacion, tanto gratuitos como particulares, es el de ciento setenta, muy honroso para una ciudad del censo de México; pero el de los alumnos que concurren es de 4,441, lo cual sí deja mucho que desear, pues en este punto no podemos, ni con mucho, rivalizar con las ciudades de los Estados-Unidos, en donde tal vez haya menos escuelas, pero donde ciertamente hay mas alumnos.

De la Sociedad filarmónica ¿qué podemos decir? Los que la conocen saben lo que allí se adelanta, merced á los afanes de los profesores y del director, el P. Caballero. Ese plantel honraria cualquier país de la culta Europa. Ademas de la instruccion musical y de los idiomas frances é italiano en que allí han sobresalido los alumnos, hemos admirado con placer los adelantos en geografía (clase que da García Cubas) y en el idioma mexicano (clase que da el Sr. Lic. Galicia). ¡El mexicano! El Conservatorio de música es el único establecimiento donde se guarda como el fuego sagrado, la enseñanza del rico idioma de nuestros padres.

Concluimos con la instruccion primaria. Despues vendrán los premios de los colegios científicos; pero de ellos hablaremos despues. Nosotros consagramos nuestra admiracion y nuestra alabanza particularmente á la instruccion, porque creemos que ella dará grandeza á la República, que mas que sabios, necesita ciudadanos que sepan leer y escribir. Todo puede tenerse al mismo tiempo; pero los cuidados de un gobierno ilustrado y de los ciudadanos en general, deben dedicarse de preferencia á la instruccion primaria, base de la civilizacion y de la libertad. ¡Ojalá que pudiera decirse dentro de pocos años de México, lo que se dice de la Prusia y de algunos Estados de la Union americana: *no hay nadie allí que no sepa leer!* Eso tardará todavía en llegar; pero, obreros incansables, trabajemos por abreviar el término.

Las reuniones agradables no han escaseado en los últimos dias de Diciembre y los primeros de Enero. Justo Benitez tuvo una tertulia en su casa, calle de D. Juan Manuel núm. 4, deliciosa, é hizo los honores como hombre que lo entiende. Habia allí muchas y bellísimas señoritas de la mejor sociedad de México, y numerosos caballeros de posicion distinguida, ya en la política, ya en el comercio, ya en las letras. Los elegantes salones del diputado y amigo del general Diaz estaban llenos. Despues del *té*, servido espléndidamente, se siguió el baile, que duró hasta el amanecer del dia 1º de Enero. La concurrencia se separó en medio de las dianas que tocaban algunas músicas que acababan de llegar y saludaban el año nuevo. Estamos seguros de que se conservarán algunos recuerdos de esta noche agradable, y aunque para algunos que conocemos, se mezclará á aquellos cierta tristeza, será de esas tristezas que se saborean con inefable delicia y que no se sabe á punto fijo si son néctar ó veneno para el corazon.

El Sr. Riva Palacio, presidente del Ayuntamiento pasado, como del presente, obsequió á numerosos amigos con un soberbio banquete la noche del 1º de Enero, en el salon de la Lonja. Magnífico fué este banquete, en el que tomaron parte los hombres mas distinguidos de México, notables los brindis que se pronunciaron y notable tambien la vajilla con que se sirvió, y es el regalo del emperador de Austria á los defensores de su infortunado hermano.

Despues, los apreciables jóvenes Bustos, esos dos gemelos que no se distinguen el uno del otro ni por la figura, ni por las dotes del alma, tuvieron tambien el dia 4 una de las elegantes y gratas reuniones que con tanta finura saben hacer, en su casa frente al teatro Principal. Animacion, entusiasmo, buen tono, pero al mismo tiempo sencillez y fraternidad; he ahí lo que fué esa tertulia que nuestros jóvenes de la moda y del gran mundo recuerdan con placer. Los Bustos tienen un carácter á propósito para crearse un círculo de sinceros amigos.

Así pues, el año de 69 ha nacido entre los festejos de la amistad y las solemnidades de la civilizacion. Que bajo tan felices auspicios siga, y que el cielo de la patria en el invierno próximo, mas sereno y mas hermoso que nunca, alumbre á un pueblo mas adelantado y mas feliz.

El domingo próximo tendrán los lectores una agradabilísima sorpresa yendo al teatro de Iturbide, donde se prepara, con todo secreto, para esa noche, un espectáculo nuevo y curiosísimo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

BIOGRAFIA.

Que el hombre está dotado de libre albedrío, es una de aquellas verdades contra las cuales en vano se quiere argüir, porque es *un hecho*, y los hechos están fuera de discusion. Sin embargo, no puede negarse que cada individuo tiene su carácter particular, tendencias propias que le arrastran en diverso sentido que á los demas, y de esto será una prueba la vida de la poetisa Sor Juana Inés de la Cruz. El amor al estudio era su pasion ingénita, y esa pasion fué el móvil de sus esfuerzos contra todos los

obstáculos que se le oponian; obstáculos provenidos de la condicion de su sexo, de las costumbres de su familia, de la ignorancia que la rodeaba y de la piedad mal entendida de su época y de su país.

Sor Juana Inés de la Cruz nació el dia 12 de Noviembre de 1651 en San Miguel Nepantla, lugar situado entre los volcanes de México y Atlixco, á doce leguas de la capital.

Sus padres, de una fortuna mediana, que consistia en una propiedad rústica, lo fueron D. Pedro Manuel de Asbajé, noble vizcaino, y Dª Isabel Ramirez, mexicana, aunque de ascendencia española.

No habia cumplido tres años Juana Inés, cuando acompañando á la escuela por afecto y travesura á su hermana mayor, y viendo que le daban leccion, sintió vivamente el deseo de leer, y engañando á la maestra le dijo que su madre ordenaba la enseñase. Comenzaron las lecciones, como de chanza; pero el caso fué que en tan breve tiempo aprendió, que ya sabia leer cuando su madre tuvo noticia de ello.

Una circunstancia curiosa dió á conocer, desde esa época, lo que nuestra poetisa apreciaba las dotes intelectuales, y fué que se abstenia de comer queso porque oyó decir que hacia rudo el entendimiento. No es, pues, extraño que con tales inclinaciones, á los seis ó siete años supiese escribir y todas las labores propias de su sexo, dando á los ocho años la primera muestra de su sutil ingenio, pues compuso una loa en honor del Santísimo Sacramento, animada por la oferta que se le hizo de un libro, para ella la mas preciosa alhaja.

Y como oyese contar entonces que habia en México Universidad y escuelas donde se estudiaban las ciencias, rogó á su madre con repetidas instancias que la vistiese de hombre y la mandase á estudiar allá, proposicion candorosa que no pudo ser admitida; pero ella se desquitó leyendo diversos libros que tenia su abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones á estorbárselo.

A eso de los ocho ó nueve años la enviaron sus padres á México, donde todos se admiraban de los conocimientos de aquella tierna niña, notables en su edad, y sin embargo escasos para sus deseos: así es que se dedicó con empeño al estudio del latin, recibiendo solo cosa de veinte lecciones de un bachiller Olivas; pero por sí misma se perfeccionó tanto, que llegó á leer y escribir correctamente aquel idioma.

Es preciso oir de la misma poetisa las siguientes palabras, para comprender bien los alientos que la animaban.—«Desde que me rayó la primera luz de la razon, dice, fué tan vehemente y poderosa la inclinacion á las letras, que ni ajenas reprensiones, que he tenido muchas, ni propias reflejas, que he hecho no pocas, han bastado á que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí...... Y creo tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, é imponiéndome la ley de que si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabia tal ó cual cosa que habia propuesto aprender en tanto que crecia, me lo habia de volver á cortar en pena de la rudeza. Sucedia así que él crecia y yo no sabia lo propuesto, porque el pelo crecia aprisa, y yo aprendia despacio, y con efecto lo cortaba en pena de la rudeza; que no me parecia razon que estuviese adornada de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era mas apetecible adorno.»

Algunos biógrafos de Sor Juana aseguran que su fama creció de tal manera, que llegó á oidos del virey marqués de Mancera, quien la hizo conducir á su palacio; pero otros dicen que fué colocada allí por su propia familia. Lo cierto es que fué nombrada dama de honor de la vireina y que vivió al lado de esta noble señora, la cual le cobró tal aficion, que no podia vivir sin ella, prodigándole las mayores pruebas de cariño y confianza.

Esta fué la época de mas actividad en la vida de Sor Juana, la época en que brilló en el gran mundo, y debe haber herido vivamente su imaginacion el cambio que experimentó al separarse de una familia rígida y recogida para entrar á la corte de un magnate cuya autoridad estaba entonces bien constituida; á una corte de estrecho círculo, es cierto, pero donde reinaban las costumbres galantes (y algunos añaden que algo licenciosas) del reinado de Felipe IV. Juana Inés era de notable hermosura y discrecion, poseia un raro ingenio y una instruccion poco comun; fué, pues, no solo celebrada, sino admirada, adorada de todos, y un círculo de galanes se agrupó en derredor suyo, proponiéndole varios casamientos ventajosos.

Empero, el mundo era muy reducido teatro para satisfacer aquella alma elevada, y no encontrando en torno suyo nada que pudiera satisfacerla, alzó los ojos al cielo, los fijó en el Sér Perfecto, único que podia comprender aquel corazon ardiente, y pensó encerrarse en un claustro.

La literatura romántica de nuestros dias nos ha pintado los sentimientos de una mujer que acaso, en el fondo, pudieran explicar los de Juana Inés: hablo de la *Lelia* de Jorge Sand, de ese tipo de sentimentalismo, de esa mujer que sentia arder en su corazon un amor inmenso; pero no encontrando en el mundo real objeto digno, se refugió en un convento, no obstante sus creencias antireligiosas. El padre Calleja, principal biógrafo de Sor Juana, dice: «Desde edad tan floreciente se dedicó á servir á Dios en una clausura religiosa, sin haber amagado jamas su pensamiento á dar oidos á las licencias del matrimonio, quizá persuadida la americana fénix que era imposible este lazo *en quien no podia hallar par en el mundo.*»

Solo una explicacion de esta especie puede admitirse para conciliar la entrada en el claustro de nuestra poetisa con los sentimientos amorosos que se encuentran en algunas de sus poesías, contraste

que ha hecho apuntar suposiciones infundadas á algunos biógrafos.

Cabalmente cierta repugnancia que experimentó Juana Inés para entrar al convento, lo que confirma es la verdadera pasion que la dominaba, acaso la única mundana que agitó su ánimo, y fué el amor á la ciencia de que tantas pruebas hemos visto hasta aquí. En efecto, ella misma en su *Carta á Filotea*, dice: «Entréme religiosa porque aunque conocia que tenia el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) repugnantes á mi genio; con todo, *para la total negacion que tenia al matrimonio*, era lo menos desproporcionado y lo mas decente que podia elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvacion, á cuyo primer respeto, como el mas importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no tener ocupacion alguna obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros.»

Sin embargo, consultando Juana Inés sus vacilaciones con personas doctas, al fin se decidió á abrazar el estado religioso cuando se hallaba en la flor de su juventud, pues apenas contaba entonces diez y siete años. Primero tomó el hábito de carmelita descalza en el convento de San José de México, hoy Santa Teresa la Antigua; pero habiendo perjudicado su salud la severidad de la regla, entró en el convento de San Gerónimo, donde hizo su profesion.

Veintisiete años vivió Sor Juana en el claustro, reuniendo á la estrecha observancia de la vida monástica, el cultivo de las ciencias y de la literatura, procurando vencer cuantas dificultades se le presentaban, una de ellas la de no tener mas maestro ni compañeros que sus libros. «Ya se ve, decia ella, cuán duro es estudiar en aquellos caractéres sin alma, careciendo de la voz viva y explicacion del maestro...... es sumo trabajo no solo carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo solo por maestro un libro mudo y por condiscípulo un tintero insensible.»

El lector puede figurarse cuántas contradicciones experimentaria Sor Juana en la vida de comunidad, de esas que aunque pequeñas molestan mas que las grandes, porque estas nos postran completamente y aquellas nos irritan. Ya interrumpia su lectura algun canto en una celda vecina; ya dos criadas que habian reñido entraban á constituirla juez de su pendencia; ya una amiga venia á visitarla y quitarle el tiempo con insulsas conversaciones. Pero Sor Juana todo lo sufria con resignacion y dulzura, no solo por cumplir con sus deberes religiosos, sino porque naturalmente era de buena índole, siendo notorio entre sus compañeras que jamas se la vió enojada, nunca quejosa ni impaciente.

Como toda persona de facultades vastas, Sor Juana no se contentaba con poseer determinados conocimientos, sino que aspiraba á saberlo todo, y en efecto, logró abarcar conocimientos poco comunes en filosofía, retórica, literatura, física, matemáticas é historia. Ademas, se dedicó con empeño á la música, en la que fué muy diestra; y todavía en medio de sus estudios y ocupaciones, le quedaba lugar para recibir de visita multitud de personas que solicitaban su trato, y para sostener correspondencia epistolar con diversos individuos.

Queriendo conciliar sus estudios con los deberes religiosos, á lo que se dedicó principalmente fué á la Teología, y aun los demas ramos los consideraba como auxiliares de esa ciencia: la lógica, para conocer los métodos con que está escrita la Santa Escritura; la retórica, para entender sus figuras, tropos y locuciones; la historia, para apreciar debidamente los hechos y las costumbres de sus personajes, y así respectivamente todo lo demas.

No obstante esto, es decir, no obstante que sus estudios los dirigia al perfeccionamiento de su estado, una prelada muy santa y muy cándida (segun las propias expresiones de Sor Juana) creyó que el estudio podia ser cosa peligrosa, y le mandó que no estudiase, lo cual obedeció durante tres meses en cuanto á no tomar libro; pero sus reflexiones la arrastraban á la contemplacion de todo lo que veia, aun lo mas insignificante. No solo levantaba sus pensamientos á las obras mas sublimes de la naturaleza, sino que descendia á hacer observaciones acerca de los manjares cuando guisaba, y aun á cosas tan fútiles, al parecer, como la manera de bailar un trompo; y de tal manera ardia la imaginacion de aquella mujer extraordinaria, que aun dormida hacia versos, cosa que ella misma cuenta con tal acento de verdad, que no puede menos de creérsela.

Otra ocasion, á causa de una enfermedad de estómago, le prohibieron los médicos que estudiase; pero ella los convenció pronto de que era mayor el mal que le resultaba de sus profundas meditaciones, y así le concedieron que leyese.

Empero, dos años antes de morir, hubo una circunstancia que al fin venció las inclinaciones de la poetisa, concurriendo probablemente á ello el tener mas de cuarenta años, edad en que acaso su ánimo se encontraba ya fatigado de tantas contradicciones.

El acontecimiento á que nos referimos, fué que Sor Juana recibió una carta del obispo de Puebla, D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, con el nombre de Sor Filotea, en cuya carta el autor alaba el opúsculo que escribió nuestra monja impugnando un sermon del padre Vieyra; pero concluye exhortándola á que deje las letras profanas y se dedique únicamente á la religion.

En esta carta recuerda el obispo que Santa Teresa, el Nazianceno y otros santos escribieron versos; pero observa que desearia ver á Sor Juana «imitándolos, así como en el metro, tambien en la eleccion de los asuntos.» Y mas adelante agrega: «Mucho tiempo ha gastado usted en el estudio de

los filósofos y poetas; ya será razon que se perfeccionen los empleos y se mejoren los libros.»

Contestó Sor Juana esta carta con otra mas extensa, la cual es el documento mas precioso que nos queda para su biografía, pues relata con sencilla verdad la mayor parte de los acontecimientos de su vida. Hemos aprovechado ese escrito para formar estos renglones, dejando á un lado lo que no está de conformidad con él en las biografias que se han publicado de la poetisa.

La contestacion de Sor Juana tuvo por objeto disculparse de su dedicacion á las letras, fundándose principalmente en la inclinacion invencible que desde niña sintió al estudio. Manifiesta tambien que no se habia dedicado, como deseara, á los asuntos sagrados, porque desconfiaba de quedar bien en materia tan delicada, y por miedo á la Inquisicion. Cita con erudicion notable la multitud de mujeres que con buen éxito se dedicaron á las ciencias y artes, y tambien hace mencion de los santos padres y autores graves que han aconsejado la educacion elevada de la mujer, haciendo palpables las ventajas que de ello resultan á la sociedad. En fin, se defiende con mucho acierto de las contradicciones que sufria por hacer versos, manifestando que no encontraba el daño que pudieran causar, y citando con la misma erudicion que antes, los santos y personas virtuosas que los compusieron ó aprobaron. Pero lo que demuestra el carácter elevado y digno de Sor Juana, es que defiende sin embozo, y á pesar de las preocupaciones de la época, su libertad de pensar y el derecho de expresar sus ideas, cuando habla de la impugnacion que hizo al Padre Vieyra, manifestando que su entendimiento era tan libre como el de aquel eclesiástico, pues ambos tenian un mismo orígen.

Sin embargo de todo esto, Sor Juana cedió: manda vender, para los pobres, cuatro mil volúmenes de que se componia su biblioteca, así como sus mapas, instrumentos científicos y de música y diversos objetos que poseia, la mayor parte regalos de sus admiradores; hace una confesion general de sus culpas, escribe con su propia sangre dos protestas de fé, y no deja en su celda mas que algunos libros ascéticos, cilicios y disciplinas. Es propio de las imaginaciones fogosas tomarlo todo con exageracion, y temiendo acaso Sor Juana haber cometido una falta por su continua dedicacion al estudio, se entregó tanto á la penitencia, que su confesor tuvo que irle á la mano, ordenándole que se moderase.

Afortunadamente para ella, poco tuvo que sufrir: una peste de fiebre apareció en México, invadió el convento de San Gerónimo y atacó á varias monjas. Sor Juana, despreciando la vida en obsequio de sus hermanas, se dedica asiduamente á atenderlas, se contagia y muere víctima de su celo caritativo, á la edad de 44 años y algunos meses.

Francisco Pimentel.

Nuestra apreciable colaboradora la distinguida poetisa Dª Isabel Prieto de Landázuri, nos ha remitido la siguiente hermosa composicion, que nos apresuramos á publicar. Su esposo el Sr. Landázuri nos ha enviado tambien el prólogo de un drama intitulado «La hija del charlatan,» que publicaremos en el número próximo, por estar ya casi formado este.—RR.

EL ÁNGEL Y EL NIÑO.

Era una noche perfumada y tibia,
Noche de otoño de indecible encanto,
Que de crespon azul en rico manto,
Majestuosa y serena se envolvió.
Ni el celaje mas leve y delicado
A estampar se atrevió sus blancas huellas
En la corona fúlgida de estrellas
Que en su diáfana frente colocó.

La blanca luna, desde el limpio cielo,
Con su luz apacible y argentina,
Los campos melancólica ilumina
Y atraviesa el follaje del jardin.
Se desprenden las hojas amarillas,
Con un rumor doliente y misterioso,
Y se exhala un perfume delicioso
De las flores de nieve del jazmin.

¡Es tan dulce esa calma de la noche,
En que el alma, serena y recogida,
El misterio insondable de otra vida
Pretende comprender y adivinar!
¿Qué hay mas allá del azulado velo,
Que del mortal detiene la mirada,
Y no puede la vista deslumbrada
Ni por un solo instante penetrar?....

Al través del cristal de una ventana,
El pálido destello de la luna
Baña de lleno la graciosa cuna
Do duerme un niño de rosada faz.
Al resbalar el argentado rayo
Por su serena y apacible frente,
Parece circundarla, dulcemente,
De una aureola de inocencia y paz.

Una sonrisa pura y candorosa
Entreabre su labio nacarado,
Fresca como el aliento perfumado
Que se exhala del cáliz de la flor.
¡Cuán bello es ese sueño de la infancia
Lleno de confianza y de pureza!....
El corazon que á palpitar empieza
Ignora los latidos del dolor.

De súbito un celaje trasparente
Empañó el blando rayo de la luna,
Como empaña el cristal de la laguna
El soplo de la brisa matinal.
Un rumor se escuchó lánguido y vago,
Como el rumor del viento entre el follaje.....
Mientras tomaba el diáfano celaje
Una forma divina é ideal.

Era un ángel de faz pura y suave,
De alas azules, del azul del cielo;
De luz envuelto en deslumbrante velo
A la cuna del niño se acercó:
Apartando la blanca muselina
Sobre el niño inclinó su tersa frente,
Y con acento al par dulce y doliente,
Suavemente, entre un beso murmuró:

—Duerme, querube de cabellos de oro,
El sueño celestial de la inocencia;
Duerme, que en el umbral de la existencia
Dulce y risueña la existencia es:
Duerme, antes de llegar tu puro labio
A un cáliz de amargura y sinsabores,
Antes que se marchiten esas flores
Que alfombran el abismo ante tus piés.

—Hermano, no comprendo tus palabras:
¿Qué llamas tú pesares y tormento?
¿Qué llamas tú sufrir? Feliz me siento;
¿Por qué me hablas así?
¿Por qué dices que males solamente,
Solo males sin fin el mundo encierra?
Yo no puedo encontrar triste la tierra;
¿No está mi madre aquí?

—Abandonaste una region mas pura,
Do no llegan jamas pena y quebranto,
Para venir á derramar tu llanto
Del llanto y del dolor á la mansion.
Pronto verás perderse en lontananza
La blanca faz de tu ilusion divina;
Sentirás del dolor la aguda espina
Desgarrar tu inocente corazon.

—El mundo es un verjel, hermano mio,
Lleno de frescas y fragantes rosas,
De pintadas, ligeras mariposas,
Con alas de rubí;
De aves de canto melodioso y dulce,
Que llenan con su voz el bosque umbrío......
El mundo es muy hermoso, hermano mio;
¿No está mi madre aquí?

—¡Pobre capullo, que la frente tiendes,
Perfumada, purísima y graciosa,
A los besos del aura cariñosa,
A los rayos de un sol primaveral!
Pronto verás nublarse el firmamento,
Y soplando con ráfaga violenta,
Airada é implacable la tormenta
Destrozar tu corola virginal.

—Está límpido el cielo, hermano mio,
¡Y es tan brillante el sol, y son tan bellas
Esa pálida luna, esas estrellas
Que me hablan desde allí!
¡Oh! yo no temo el huracan que lleva
Espanto y destruccion doquier consigo......
Los brazos de mi madre son mi abrigo;
¿No está mi madre aquí?

—Ven, abandona un mundo de dolores,
Vuelve conmigo á tu mansion primera;
Una dicha sin fin allí te espera,
Que ni una leve sombra turbará.

Ven, partamos; es la hora mas propicia,
Hoy que aun ciñe tu cándida cabeza
La virginal corona de pureza,
Que un dia ¡ay! el mundo empañará.

—¡Oh! no puedo partir.... es imposible....
Dulce el recuerdo el corazon agita
De esa dicha, inefable é infinita,
Que en un tiempo sentí;
Pero partir...... Perdon, hermano mio,
Yo no puedo sentir tu vivo anhelo;
Aunque una dicha inmensa haya en el cielo,
¡No está mi madre allí!

Al pronunciar las últimas palabras
Agitóse en su sueño levemente,
Y sintió al punto por su pura frente
Como una hoja de rosa resbalar.
Entreabrió su párpado de nieve,
Y halló gozosa su primer mirada
A su madre ante el lecho arrodillada,
Sonriendo del niño al despertar.

Entre esa dulce y plácida sonrisa
Que asomaba á su labio, en su embeleso,
Aun palpitaba el cariñoso beso,
Prenda inefable de materno amor.
Tendió el niño los brazos anheloso,
De su madre enlazándolos al cuello,
Y de la luna el pálido destello
Alumbraba ese cuadro encantador.

Lentamente una sombra indefinible,
Que comprender la madre no podia,
Sobre la faz del niño se extendia
Y su mirada límpida empañó:
Era que el ángel á partir cercano,
En el cielo fijando su mirada,
Con tristeza profunda y resignada,
Como un canto de adios su voz alzó:

—Cumple pues la mision que has elegido;
Una ley inmutable así lo ordena:
Ese amor inmortal es la cadena
Con que al mundo te liga el mismo Dios:
Lazo que une dos almas desde el cielo,
Para que una en la otra confundidas,
Mas allá de la muerte, siempre unidas,
Por una eternidad vivan las dos.

Adios, mi amable y dulce compañero,
No volverás á verme; la existencia
Presto mancha ese velo de inocencia
Que aun me permite presentarme á tí;
Pero invisible me hallaré á tu lado,
Seré tu apoyo, tu consuelo y guía;
Tu conciencia será mi voz un dia;
Mientras, tu madre te hablará por mí.

Al terminar su tierna despedida
Una lágrima pura y trasparente
Cayó del niño en la rosada frente,
Una huella de luz dejando allí.
Tembló el ángel—¡Artista! murmurando,
Al contemplar el fúlgido destello;
Llevas del génio el deslumbrante sello;
¿Será menos cruel tu suerte aquí?

Dijo; y lloroso desplegó las alas,
Otra vez se inclinó sobre la cuna,
Y en el pálido rayo de la luna
Se elevó con graciosa languidez.
Juntó el niño las manos sollozando,
Al ver al ángel elevar el vuelo:
¡Ay! exclamó, para olvidar el cielo
¡Oh! madre mia, bésame otra vez!

Isabel Prieto de Landázuri.

Guadalajara, Enero 24 de 1868.

POESIAS DE D. CASIMIRO COLLADO.

I.

ADVERTENCIA.

Allá por los años de gracia de 1841 á 44, quien estas líneas escribe, iba á la escuela ó acababa de salir de ella, y, aunque algo soñador por carácter y amigo de frecuentar el valle de las ilusiones en que habita segun Sófocles la juventud, era poquísimo aficionado á leer versos, ora porque, careciendo de educacion literaria, no se le habia dado á paladear la miel de los latinos, ora porque los castellanos y franceses que le caian á las manos no fuesen del género y especie mas á propósito para cautivarle; ora, en fin, y es lo mas probable, porque en su tiempo un rapazuelo de doce á quince abriles era mas adecuado á recibir lecciones de analogía y sintáxis mezcladas de unos cuantos azotes, que baños de erudicion y filosofía y destellos de sentimiento como en los dias que alcanzamos.

No se asuste, sin embargo, el lector creyendo que voy á ministrarle por pasto mi biografía. Lo expuesto sirve únicamente de preámbulo para decir que de mi indiferencia y hasta repugnancia por los versos vinieron á sacarme la lectura casual del «Moro expósito» del Duque de Rivas y la aparicion en el «Museo mexicano» de las primeras poesías de Casimiro Collado; agradándome de tal modo el uno y las otras, que á los buenos ratos que me proporcionaron, siguióse el deseo de hacer pinos por la senda en que con tanto desembarazo campeaban aquellos dos escritores. Convirtiéndose el deseo en aficion y esta en manía, díme á borronear con tales empeño y constancia, que voy llegando á viejo y aun lucho por amansar la fiera del arte, que, para burla y escarnio de quienes con ella cierran, no vemos domada sino cuando en los abrojos de la vida y á la accion de los años hemos ido dejando en nuestro camino imaginacion, ternura, entusiasmo, y en suma, todos aquellos ingredientes sin los cuales la conquista del arte nos sirve, por lo comun, para cantar en versos muy redondos y bien acabados los dolores reumáticos, las esperanzas de una jubilacion, ó las alegrías de la extirpacion de un callo.

Pero me divago como si aun fuese periodista ó académico, sin acabalaros la idea del entusiasmo que me inspiraron las primeras poesías de Collado; entusiasmo irreflexivo entonces y que ahora comprendo al ver unida en ellas á la valentía ó ternura de ideas ó afectos, la belleza que prestan á la forma un lenguaje siempre castizo y elegante y una versificacion que pocas veces deja de ser rica y sonora. Sin comprender, repito, el mérito de tales poesías, sonábanme bien, hallaba en ellas el eco ó la expresion de muchos de mis propios sentimientos, las leia á mis amigos, las aprendia de memoria, y hoy mismo despues de haber hojeado y estudiado algunas de las mas notables producciones del ingenio humano en esta línea, mas bien que con pasajes de ellas, asocio con frases y pinturas de Casimiro las sensaciones y los afectos que experimento y abrigo, recordando indeliberadamente, al ver cruzar á un pájaro el cielo, aquello de

Surcando errante el vespertino ambiente
Un ave sola va.

O al oir música nocturna, estotro:

¿No oís cómo en la noche silenciosa
Suena la voz de un arpa armoniosa
Por la calle desierta?

ó al contemplar el ataud de una jóven á quien lloran sus deudos:

¿Qué te valdrá su llanto, derramado,
Mujer, en tu semblante descarnado,
En tu pupila hueca?
Lo que vale la gota de rocío
Que el soplo de las auras del estío
Lleva á una planta seca.

Y como el entusiasmo es contagioso, comunicóse el mio á una sociedad de literatos en ciernes, de que yo formaba parte en provincia dos ó tres años despues, y la cual no habria cambiado á nuestro vate romántico por Young ó Lamartine. Volvíanse oidos mis compañeros al referirles yo, no sin orgullo, de regreso de un viajecillo á la capital, cómo habia conocido á Collado y estrechado su mano en un entreacto de funcion dramática, y cómo la cortesanía y el franco y simpático aspecto del autor correspondian con creces á la idea que de él nos habian hecho formar sus obras. Y ya que sin advertirlo he incurrido en cuanto llevo escrito en el prurito de charla, hoy tan en boga, y que tan cordialmente detesto en otros y en mí mismo, corto aquí este período, diciendo del modo mas conciso y llano posible, que quien tales impresiones guarda de las poesías de Collado, es el menos á propósito para juzgarlas hoy que aparecen coleccionadas, llamando y cautivando la atencion de la parte inteligente del público. En mí las apreciaciones de la juventud se sobreponen al raciocinio de la edad madura, y esme prueba de ello la especie de pesar con que he visto corregidos por el poeta verdaderos defectos de sus primeras producciones que, mejoradas hoy en varios pasajes, no me causan, sin embargo, la misma ilusion que antes. No voy, en consecuencia, á trazar un juicio crítico del tomo, sino simplemente á decir

á la ligera, sin método ni mas circunloquios, lo que acerca de él pienso. Y desde luego y á pesar de todo lo escrito, creo que las personas de buen gusto me apoyarán si asiento que esta coleccion de poesías, cualesquiera que sus lunares puedan ser, es capaz por su mérito de romper por un momento la costra de hielo con que cubre sus afectos la actual generacion, y de llevar á la cuna y metrópoli de la literatura castellana, patente prueba de los adelantamientos de su cultivo en México, donde Collado—aunque nacido en España—se ha formado y ha escrito.

II.

LA IDEA.

Si, como parece lógico y natural, inquirimos ante todo la sustancia del libro, hallaremos en él, como en la mayor parte de los de su género, consignados ideas y afectos del autor respecto de cuanto abarcan el mundo intelectual, el mundo físico y las esferas del sentimiento. Dios, la humanidad, la patria, la familia, el aspecto de la naturaleza, el amor y el dolor, la fé y la duda, la indiferencia y la esperanza, todo ha prestado tema á los cánticos que tenemos á la vista.

Entonados los mas antiguos en la época en que ejercia universal dominio la escuela llamada romántica, cuya forma llevan, no podian eximirse por completo del sello de sus ideas; y la duda, anterior y posterior á esa escuela, pero que tuvo en ella su mas activo y simpático apóstol, aparece en una que otra de las composiciones, como la intitulada «Era un sueño» (pág. 33). En «La Campana de las doce» se traslucen las opiniones del romanticismo sobre la vida monacal, y en otras páginas se revelan el cansancio, la indiferencia, el hastío de la vida y el juicio desconsolador que los propios desengaños inducen á formar del hormiguero humano llamado sociedad. En «El árbol viejo,» no obstante pertenecer á lo mas recientemente escrito, hay acerca de la obra de las revoluciones y de la destruccion ó sustitucion de instituciones antiguas, pensamientos que emanan de cierto órden de apreciaciones sociales y políticas muy en boga, pero con el cual no estamos de acuerdo los que no creemos en lo que se designa con la frase de «perfectibilidad humana.»

Pero al lado de esto poquísimo, que para nosotros constituye lunares, y en que otros hallarán, naturalmente, la expresion de ideas y de convicciones propias, ¡cuántos y cuán hermosos versos inspirados por la fé que se nos inculca en el hogar doméstico, que sobrenada en los mares procelosos de la vida, y que, á semejanza del amianto, se conserva intacta en el fuego de las pasiones, sin que por otra parte la alteren los encontrados vientos de los sistemas que el hombre, casi á un mismo tiempo, formula, modifica y destruye, no sin creer á la aparicion de cada cual, que ha llegado al último límite de las magnificencias filosóficas! Prescindiendo de las poesías religiosas, en que brilla la piedad y en que el mas severo ortodoxo no encontrará materia de censura, en una gran parte de las mismas composiciones románticas de otra especie hallamos la fé en Dios y en su Providencia, en la inmortalidad del espíritu, en la existencia de la virtud y del bien; y esta fé, que podemos llamar luz del mundo moral, tambien aparece en las producciones posteriores—calcadas en el patron de la escuela clásica—al lado de los ya mas sazonados frutos del raciocinio y del sentimiento, del saber y del amor á la humanidad.

Hay, pues, ideas en este libro, lo cual no se puede decir de todos los libros, por voluminosos que sean algunos. Hay verdad y claridad, hay belleza y grandeza en la generalidad de las ideas de este libro. Hermanados en sus páginas el raciocinio, la imaginacion y el sentimiento del modo que prescribe la estética, resulta el haz de flores del entendimiento y del corazon, que á tan pocos es dado formar; resulta la verdadera poesía, cuya lectura ó audicion toca y hace vibrar como las cuerdas de un piano cuanto hay de inteligente, de noble y de sensible en cada criatura humana, reconciliándola consigo misma y con sus semejantes.

III.

LA FORMA.

Queda ya dicho que las composiciones de que hablamos pertenecen á la escuela romántica las mas antiguas y á la clásica las posteriores.

Se engañaria quien, sin conocerlas, juzgara de la forma de las primeras por las muestras que la ignorancia y el mal gusto dejaron en el campo del romanticismo, y que aun suelen tener imitadores. No lo fué Collado de quienes parece que cifraron el mérito de sus composiciones en la oscuridad y la hinchazon y en el quebrantamiento de las reglas todas del arte, sin excepcion de las gramaticales, produciendo monstruos como el de que habla Horacio en su epístola á los Pisones, y sustituyendo una jerigonza infernal á la noble y rica habla de los Rioja y Argensola. Si por una parte cedió al torrente de la moda literaria, tiránica como todas las modas, infiérese que estudió los modelos latinos y los del siglo de oro de la literatura castellana, del hecho innegable de haber mostrado juicio y buen gusto en la mayor parte de sus composiciones. A semejanza del Duque de Rivas y de algunos otros escritores contemporáneos, tomó del romanticismo lo que en realidad tenia de bueno, la profundidad en el sentimiento, la viveza en las imágenes, la energía en la elocucion, la novedad y la brillantez en el conjunto, y á esto se debió, sin duda, el agrado con que fueron acogidos y con que hoy mismo se leen sus primeros ensayos.

Los posteriores, y que mas bien pertenecen á la

escuela clásica, ademas de conservar todas las buenas dotes de aquellos, muestran un conocimiento mas profundo y un manejo mas franco y expedito del idioma y del arte poética, lo cual se revela en la mayor claridad y precision de la frase, en la riqueza de la rima y en la elegancia verdaderamente horaciana de giros y períodos. Estimamos propicia para la fama del autor y para el adelantamiento de nuestra bella literatura, la circunstancia de que hoy pueda aquel aunar en sus composiciones á la unidad, sencillez, claridad y aticismo de que la Grecia dió al mundo lecciones que no caducan ni caducarán, el vigor de inspiracion y de estilo que constituye acaso el rasgo mas característico de estos versos, y cuyo gérmen, si bien ha de existir en la índole misma del poeta, es casi seguro que se desarrolló en los cármenes del romanticismo, cuyo trazo es debido á ingenios de la categoría del Dante y de Shakespeare.

IV.

EL CONJUNTO.

En toda obra de arte, y con especialidad en la poesía, es tan íntimo y necesario el enlace de la idea con la forma ó expresion, que si aquella es falsa ó débil ó innoble, la obra carecerá de verdadero mérito, no obstante lo esmerado de su ejecucion. Lo propio hay que decir del caso en que siendo buena y hasta magnífica la idea en sí misma, no esté debidamente expresada. De uno ú otro modo queda igualmente incompleta la obra.

Lo difícil de reunir á la facultad de concepcion la de ejecucion ó expresion, explica la circunstancia de que tras tantos siglos y la incesante accion del espíritu humano aplicada á tan varios objetos, contemos relativamente tan pocos maestros en los diversos ramos del arte. Quien desatienda en él la idea por la forma, ó esta por aquella, podrá obtener boga mas ó menos pasajera, sin lograr al cabo eximirse de la oscuridad y del olvido, cuyas olas se tragan á todas las medianías.

En el libro que hojeamos, y que en su género y especie, sin ser una obra portentosa, se halla en nuestro concepto muy encima de lo mediano, tienen debido y justo enlace la idea y la forma, corresponden natural y perfectamente la una á la otra, y de tal hecho resultan la perfeccion y belleza del conjunto.

Nuestra pobre opinion acerca de tal libro queda ya asentada; mas, con el doble objeto de disminuir á este artículo la aridez de que se va resintiendo, y de hacer que el lector pueda juzgar por sí mismo de las composiciones de Collado, insertaremos breves muestras de algunas de las que nos parecen mas notables.

V.

POESÍAS ROMÁNTICAS.

Figuran entre ellas, ademas de algunas canciones muy bonitas y de las tres leyendas «Tal agravio, tal venganza,» «Un rey caballero» y «Zelmira,» en las cuales hay interes dramático, las composiciones intituladas «Laura en el templo,» «El ave sola,» «Lágrima perdida,» «Las palmas,» «La flor muerta,» «Indiferencia,» «Pensamientos del crepúsculo,» «Paisaje,» «En la iglesia de***,» «Esperanza de la vida,» «América» y «En la muerte de mi hermana.»

Sin duda el autor quiso darnos hoy una muestra de lo que solia ser el romanticismo en ciertos géneros, é incluyó la poesía «Los muertos,» que, sin carecer de hermosos detalles, no nos parece buena en su conjunto. Pero, en materia de bellezas, abundan estas en las composiciones románticas, sin que cueste el menor trabajo hallarlas. En la «Esperanza de la vida» leemos:

Es la ventura como flor que nace
En aurora lluviosa del Abril,
Y al cierzo de la tarde en lodo yace,
De aroma despojada y de matiz.
Quizá sus dulces ilusiones vanas
Preludios de la eterna dicha son,
Y pasan como ráfagas livianas
Para avivar nuestra esperanza en Dios.

Véase la descripcion de un templo en las primeras horas de la mañana:

....Poco á poco la luz por las ojivas
Ventanas entra; cae y resplandece
Del templo en la extension:
Repliéganse las sombras fugitivas;
La bóveda profunda se estremece
Del bronce al sacro son.

Véase esta pintura del desierto y las palmas:

....En calma todo está. No se oye el ruido
Del árabe corcel cuando galopa,
Ni del beduino la flotante ropa
Vése á lo lejos blanca aparecer.
No mueve en pos de tímida gacela
Sus plantas el chacal; y cuando escasa
Una ráfaga de aire brota, pasa
Sin árboles ni ramas que mover.
Solo una palma—vírgen del desierto—
Ostenta en él su pompa y lozanía;
Su tronco, su ramaje envidiaria
La ciudad de las palmas, Jericó.
Crece mas lejos—árabe sin tribu—
Velando á su hembra, colosal palmero,
Cual vela el peregrino al compañero
Que dormido en la arena se quedó.

Véase la introduccion de su poesía «América» leida en la sesion inaugural del Ateneo de México:

Sus miembros de amazona en dos océanos
Baña morena vírgen de Occidente:

Los ardores del sol templa en su frente
La diadema glacial del Septentrion:
Y á su pié, que al austral polo dilata
Y el giganteo patagon ocupa,
Como escabel magnífico se agrupa
De la tierra del fuego la extension.

No acabariamos si fuésemos á señalar los pasajes mas notables por su ternura, por el brillo de las imágenes y por lo enérgico y rotundo de la frase en «La flor muerta,» «Pensamientos del crepúsculo,» «Paisaje» y diversos sonetos. Pero citaremos este rasgo con que termina la poesía «Indiferencia.» Despues de pintar el poeta la que le aqueja, exclama:

Mas esta indiferencia
¿Qué importa que huya al fin del pecho mio,
O que eterna acompañe mi existencia?

Tambien citaremos algunos versos de la composicion «En la muerte de mi hermana,» que es una de las mas sentidas:

Del alba las neblinas,
De la tarde las nubes
Álzanse á las esferas cristalinas:
Tiende hácia allá el espíritu su vuelo:
Allá ¡santa oracion! temblando subes,
Allá tornan alegres los querubes,
Que es patria de los ángeles el cielo.

. . . .

Fuiste cisne que en la noche
Orillas de un lago cae,
Y con las luces del alba
Deja allí una pluma y párte.
¿Qué mucho ¡oh ángel caido!
Que junto al Señor tornases
Si él es de las almas centro,
Si él es imán de los ángeles?

. . . .

Fué ¡oh niña! la postrer hora
De un negro tremendo dia;
Yo abandonaros debia
Y estábais allí las dos:
Tú de una madre á los pechos
Que por su hijo lloraba....
Yo en el beso que te daba
Decia á mi madre ¡Adios!

Pobre niña que antes eras
De nuestro hogar embeleso
Y, ángel agora, aquel beso
Fué el último que te dí!
¿Será tambien á mi madre
Aquel adios el postrero?
¿Se abrirá el sepulcro fiero
Para ella ó para mí?

Ningun lector sensible, entusiasta y de buen gusto, ha de estar reñido con romanticismo de tal linaje.

VI.

COMPOSICIONES CLÁSICAS.

Entre las composiciones de segunda época ó que llevan la forma clásica, y que nos parecen muy superiores á las románticas, las mas bellas para nuestro gusto son las intituladas: «Meditacion» (pág. 106); «Meditacion» (pág. 131); «El Sueño del infortunio,» «El sueño de la prosperidad,» y las dos «Odas» á España y á México. Cualquiera de estas composiciones por sí sola habria bastado para conquistar el lauro á su autor, así como las dos ó tres composiciones de Fernando de Herrera que conserva el parnaso español, bastan á la generacion actual para admirarle.

La «Meditacion» (pág. 131) escrita en 1845, fué acaso la primera de las producciones de Collado en su nueva forma; y ante tal muestra era fácil prever que quien tan airosamente salia de los lindes románticos, muy alto llevaria el vuelo por los espacios que recorrieron los Argensola. Citemos las tres últimas cuartetas:

....Las miserias que en torno la circuyen,
La amargura que arrastra con desmayo
La flaca humanidad, ante tu rayo,
¡Sol de la eternidad! cual sombras huyen.—

Cuando sucumba la materia inerte,
De esperanza y de fé mi ánima llena,
Para partir se ceñirá serena
El invisible velo de la muerte.

Así de la dorada prision rota
El águila caudal lánzase al cielo;
Así arrojado en el marmóreo suelo,
Rómpese el vaso y el perfume brota.

La otra «Meditacion» (pág. 109) fué escrita ó refundida muy posteriormente; versa sobre los estragos del tiempo, y no la habria desdeñado Fr. Luis de Leon, cuyo estilo y grandeza de ideas hácenos recordar su lectura. Véanse estos pensamientos:

Del uno al otro polo
Cuanto viene del polvo al polvo torna;
El espíritu solo
Vence y en luz de eternidad se adorna.

Y al paso que engrandece
Su terrena mansion, aspira á un cielo
Do existe y resplandece
Cuanto grande, inmortal, soñó su anhelo.

De alta filosofía
Y religion sublime las nociones;
Del arte y poesía
Las blandas consolantes emociones;

Cuanto estudiosa alcanza
La razon y adivina el sentimiento,
Da á esta doble esperanza
De grandes corazones, fundamento!

En «El sueño del infortunio» y en «El sueño de la prosperidad» brillan la filosofía y la caridad en versos acabadísimos y cuya elegancia los constituya

acaso en los mejores del tomo á tal respecto. El pobre se sueña rico y el rico pobre. Aquel,

Trémulo de placer, dudando abarca
Tesoros que fatigan su codicia,
Ciñe á su sien corona de monarca:
Ni el corruptor poder su virtud vicia,
Ni cae en avaricia;
Mas en copia feliz bienes derrama:
Póstrase ante él la agradecida tierra,
Y la historia le aclama
Pericles nuevo en paz, César en guerra.

El pié del magnate despierta al mendigo que dormia en la escalinata del palacio: torna al dolor y á los trabajos, y el narrador exclama:

¡Del prócer los estériles despojos
Cuánta horrible miseria aliviarian!
Cuánto llanto secáran ¡ay! en ojos
Que solo á Dios sus lágrimas confian!
¡Cuánto amor cogerian!
Mas cierran sus alcázares las puertas
Al infortunio, al mérito; y tan solo
Encuéntranlas abiertas
La gárrula lisonja, el sagaz dolo!

La introduccion de «El sueño de la prosperidad» es magnífica, y, en rigor, á toda la composicion se puede aplicar tal epíteto. El rico se sueña, como deciamos, reducido á la pobreza.

¡Con cuánto afan estériles trabajos
Mira pasar y cálculos prolijos!
¡Con cuánto horror contempla sus andrajos,
La flaca esposa, los hambrientos hijos!
Ante sus ojos fijos
La desnudez, el hambre, el abandono
Las dulces prendas de su amor oprimen,
Y con rabioso encono
Por última esperanza abraza el crímen.

Despiértale la impresion que le causan la vista del verdugo y el contacto del hierro justiciero en su cuello; reconoce la propia alcoba, el lecho, y comprende que todo aquello ha sido un sueño.

¡Quién bastará á decir el gozo inmenso
Del ya tranquilo pecho, que aun palpita
Cual, tras fiera borrasca, el mar extenso
En remolinos túrbidos se agita?
¿Quién pintar la exquisita
Gratitud que al Excelso su alma rinde?
Mas, pronto olvida el saludable aviso:
Traspuesto el falso linde,
Torna la tierra á serle un paraíso.
¡Oh Caridad! Si quien miró severa
La faz del infortunio en sueño vano,
Tus advertencias útiles siguiera
Con franco pecho y generosa mano;
Nuevo José, el arcano
Del ensueño profético, en sublime
Sentido interpretara,
Y el que en miseria ó en angustia gime,
Beneficios, consuelos cosechara.

Hemos mencionado las odas á España y á México. Ambas llenan las condiciones de su género: inspiracion ó númen, grandeza de pensamientos é imágenes, valentía de conceptos, el *ordenado desórden* causado por los arrebatos del entusiasmo, la pulcritud y nobleza de la frase, lo escogido de la rima, la rotundidad y melodía de los versos; todo reunen ambas odas.

En la consagrada á España, tras una introduccion levantada, leemos:

¿Qué lengua habrá que diga,
Cuna de los antiguos paladines,
De tus proezas ínclitas la historia?
Del mundo los confines
Aun recuerdan medrosos tanta gloria.

El poeta se remonta á la época mas gloriosa de España, cuando triunfante de los musulmanes y árbitra de los destinos de Europa, descubria y conquistaba un hemisferio, negando al sol ocaso en sus dominios.

Así en opuestas zonas
¡Oh Iberia! para tí crecen laureles,
Y de sus montes brindan los verjeles
Inmarcesibles palmas y coronas:
Así tu fuerte mano el cetro rige
Y de un mundo le tiende al otro mundo.

Envidioso el sol, predispone á los demas astros contra España, y la discordia y la traicion asuelan y convierten en mar de sangre su tierra. Como se estremece esta á impulsos del fuego, cayendo durante el temblor torres y cúpulas,

Así del godo imperio
Que formidable doma
Uno y otro hemisferio,
La soberbia grandeza se desploma.

Pero ¿es acaso irrevocable tan dura suerte?

¡Domadora de monstruos y naciones!
La misma sangre que en el seno hervía
De tus nobles campeones,
Arde en tus anchas venas todavía.
¿Y sumergida en lánguido desmayo,
Sucumbes al dolor, mísera España,
Mientra el orin empaña
El victorioso acero de Pelayo?

A este apóstrofe siguen la esperanza y la vision del renacimiento de la gloria de España, terminando con el ardiente deseo de presenciar su realizacion.

La oda á México es todavía mejor, á nuestro juicio. La pintura del aspecto físico del país con la variedad de sus zonas y productos, con sus volcanes, sus torrentes, sus rios y lagos, sus fieras y aves, sus minas, sus terremotos y su espléndido cielo, constituye un cuadro de mano maestra, ejecutado *con amore*, como dicen los italianos, y en que se admira el colorido, el tono, la armonía y la vida que ofrecen los paisajes de Claudio de Lorena y algunos de los admirables lienzos de nuestro Landesio. Lo reciente de la publicacion de esta oda en los periódicos—eco de las alabanzas á ella tributadas por los inteligentes—nos induce á omitir la insercion de algunos de sus pasajes mas bellos. No dejaremos

de citar, sin embargo, su parte final. Halla el cantor en este nuevo paraíso una poblacion desgraciada; alude á los funestísimos resultados de nuestra lucha con el coloso de América; tiembla por la suerte de México en lo futuro, le exhorta á recordar é imitar el valor, la virtud y el heroismo de su extirpe, y concluye diciendo:

Si benigno acogiera
Mis votos el Señor, á cuyo arbitrio
Los tronos sublimados caen rotos,
Surgen á dominar pueblos humildes,
Brotan y se hunden déspotas violentos,
Rudos tribunos, razas ó naciones,
Todos de sus designios instrumentos;
La paz, la libertad, gloria y ventura
Tus ámbitos risueños morarian:
Los campos que hora yerma el amargura
En feraz plenitud florecerian;
Y en hosannas de júbilo las varias
Del mundo de Colon gentiles zonas
A tu justo poder rindieran párias,
Como á tu gran beldad rinden coronas.

En nuestra calidad de mexicanos—porque los rayos políticos que reducen á ceniza ciertos derechos, mas bien acrisolan que destruyen el amor á la patria—estrechamos la diestra al poeta en señal de gratitud.

VII.

CONCLUSION.

Por no alargarnos mas, no hemos citado ni los títulos de otras composiciones de positivo mérito entre las religiosas, ni nos hemos detenido á hablar de las leyendas, ni hacemos referencia siquiera á la rtaduccion de las célebres estrofas de Lord Byron al mar, en su poema «Childe Harold.» Nos faltan tiempo y espacio para dar idea cabal del libro.

La muy somera que ofrecemos, ni era posible que incluyese un juicio crítico, por las causas al principio expuestas, ni producirá mas efecto que despertar con las citas que contiene, el interes de los aficionados que aun no conozcan el tomo de Collado. Ábranle y léanle, y nos agradecerán nuestro artículo, trazado á toda prisa, y que por su brusquedad y aridez acusa el linaje de nuestras nuevas ocupaciones.

Del seno de estas ha renacido en nosotros por un momento el hombre antiguo, para descubrir su frente en presencia de Casimiro, y decirse á sí mismo: «No todos los que se dedican al arte se hallan sin númen cuando llegan á dominarle: los cánticos de la religion y de la filosofía son mas hermosos y útiles que las flores pasajeras abiertas al calor de los primeros años; y tú mismo aun no tienes acartonado el corazon, puesto que le has sentido latir de entusiasmo á la lectura de estas páginas.»

J. M. ROA BÁRCENA.

México, Enero de 1869.

REVISTA DE TEATROS.

EL QUE TODO LO QUIERE...... proverbio en dos actos, original de autor mexicano.

Donde las dan las toman, dice un refran castellano, tan conciso y exacto como todos los de su clase, y cuya esfera de aplicacion es acaso la mas extensa, por cuanto en el tal refran se consigna la realidad de la justicia distributiva que á todos los nacidos alcanza, y de la que ninguno es bastante poderoso á librarse. Y así verás, benigno lector mio, cómo en esta vida tócanos á todos, así á los grandes como á los chicos, desempeñar alternadamente el papel de víctima y el de verdugo; y ora nos arrellanamos con tranquila severidad en el respetado sitial del juez, ora nos posamos vacilantes con trémula inquietud en la temida banqueta del acusado; sufre hoy humilde el látigo quien ayer lo enarbolaba altanero.

Y no lo digo por otra cosa, sino porque la suerte me ha puesto en tal aprieto, que haya de hacer ahora el juicio crítico del proverbio que en dos actos y con el título de *El que todo lo quiere......* sacó á luz noches pasadas un autor mexicano; el cual autor, si no lo has por enojo, lector bueno, es tu humilde cronista, el que abajo firma, el mismísimo que ya en otros dias apuró tu paciencia con sus soñolientos artículos teatrales en el *Semanario Ilustrado* (de feliz recordacion), y el que desde este punto y hora, va á continuar aquella propia tarea en este *Renacimiento*, arca afiligranada en donde se te ofrecen tantas, y tan primorosas, y tan ricas joyas literarias.

Confiésote que de muy buen grado hubiera yo hecho punto omiso de esa mi obrilla, dejando á ingenios mas capaces el cuidado de censurármela, á lo cual me inclinaban entre otras razones dos muy principales: sea la primera, lo mucho que me pesaba, y aun me pesa, ocupar todavía tu atencion con una obra que apenas es mediana como mia; sea la segunda, el mayor provecho que habria de resultarme, viendo patentes los muchos defectos de mi primer ensayo dramático, descubiertos por otros ojos perspicaces y bien iluminados, que no por los mios, ante quienes la ignorancia tiene todavía extendido su espeso velo. Decidíme, sin embargo, á escribir el artículo que vas leyendo, movido por un sentimiento de justicia; pues si yo me he atrevido á aplicar en otras veces con usurpado magisterio las medidas de la crítica á las obras de aquellos poetas cuyo nombre es pronunciado con universal respeto en la república de las letras, hoy que mi atrevimiento ha ido mas lejos, puesto que he llegado á traspasar los umbrales de ese templo levantado por los sucesores de Lope de Rueda, hoy era de estricta justicia que mi obrilla fuese tambien medida con aquella misma vara, y por mis propias manos para la mas completa expiacion.

Animo, pues, y ayúdame á salir del trance, oyéndome con doblada benevolencia de la que sueles, y

dándome tu vénia para que te hable de mí mismo como de tercera persona, en obsequio de la imparcialidad.

A juzgar por el título de la obra que nos ocupa, y por la accion en ella desarrollada, el pensamiento que el autor quiso inculcar fué sobre poco mas ó menos este: *el amador sobrado exigente, no es en realidad sino un tirano egoista;* ó en otros términos: *hay mayor suma de abnegacion en el amor, cuanto mas verdadero sea.* Para llevar á buen término la cuestion propuesta, debió el autor ofrecer á tu vista el ejemplo de un hombre cuyas inconsideradas y excesivas exigencias respecto de su prometida esposa para poner á prueba el amor de esta, le produjesen el resultado contrario. Ese hombre es Ricardo, es el protagonista de la comedia, y por consiguiente su carácter tiene que ser el mejor realzado, como que su accion es la *única*, aquella en la cual ha de concentrarse el interes. La exposicion, pues, tiene que versar directamente sobre él, de tal manera que cuando esta quede hecha (y debe estarlo en las primeras escenas), ya tú le hayas descubierto el vicio que en su persona trátase de condenar. No sucede así; aparece abriendo la escena con una exigencia, cual es la de renunciar á una fiesta campestre sugerida por él y deseada ya por Elena su prometida: semejante versatilidad, efecto de su sistema, que consiste en dominar absolutamente y manejar á su capricho las acciones, los pensamientos y los deseos de la jóven, seria un buen rasgo característico si el autor te lo presentase suficientemente claro; pero es el caso que en ese pasaje hay suma vaguedad, y es que allí comenzaba á moverse la mano del principiante. Con esto, y con el ligero bosquejo que Elena hace á poco andar del carácter del protagonista, creyó el autor haber dicho todo lo que se necesitaba en tan importante punto de la obra. Ricardo desaparece muy á los principios, y no le vuelves á ver sino á mediados del acto siguiente para preparar y rematar el desenlace; él es en rigor el protagonista, pero tal cual lo presenta el poeta, queda reducido á ser un mero personaje episódico. Mira tú, lector amigo, si es este un defecto, y no muy venial que digamos. De él se deriva otro no menos grave, y es el de que la accion ya no es única, como verás: al lado de Ricardo te presenta el autor otro personaje que le sirve de contraste, y es Fernando, igualmente enamorado de Elena; sea porque su categoría en la trama es igual á la del protagonista, sea porque al dibujar su carácter anduvo el autor algo mas acertado, sea, en fin, porque resulta simpático, el hecho es que Fernando te interesa tanto ó mas que su opositor, y ahí tienes ya dos acciones, contra la mas sábia de las reglas del arte.

En cuanto á la estructura dramática, no falta por cierto que censurar. Sabes muy bien que la exposicion es la base de toda comedia, y que para ser buena tiene que reunir estas tres condiciones: clara, breve é ingeniosa. Por desgracia, en *El que todo lo quiere......* no es clara, como te demostré poco há; no es breve, puesto que vas sabiendo los sucesos preparatorios poco á poco, y la mayor parte en el largo diálogo de la escena VII, en la cual se te explican situaciones presentadas en las anteriores escenas, y que no es fácil que comprendas por el pronto; ingeniosa, tal vez lo sea, por cuanto los preliminares de la trama los sabes tú indirectamente, que es lo que se exige á la exposicion para merecer aquel epíteto.

Sea como fuere, y traspuesto con mas ó menos tropezones el umbral, prosigue el autor su camino, y enlaza el nudo, poniendo en choque los afectos: Elena, luchando entre su amor que le aconseja obedecer á ciegas, y su dignidad que ya se siente humillada; Carolina, la coqueta, la fácil triunfadora en los lances de amoríos, interesada en conquistar el corazon apasionado de Fernando, cuyo desvío es para ella un incentivo; Fernando, idolatrando con la abnegacion de un mártir á Elena, haciendo todo género de sacrificios por ella, y luchando contra las seducciones de la poco escrupulosa Carolina; Ricardo, buscando nuevas concesiones que arrancar á Elena. En esta parte, lo mas notable que la censura encuentra es la circunstancia de que el triunfo de Fernando sobre los artificios empleados por Carolina para atraerle á su amor, no es tan meritorio como se necesitaba: para desterrar de un corazon organizado como el de Fernando el amor casto, ideal que Elena le inspiraba, poco era el amor vulgar de aquella ligera coquetuela; debió, pues, el autor oponer á Elena una rival de su misma altura, para que el vencimiento de Fernando mereciese los honores de un combate glorioso.

El desenlace llega con tal cual espontáneidad, si bien para esto tiene que haber una transicion que no deja de ser violenta. Elena ve hacerse pequeño á su ídolo, pero muy de repente; verdad es que Ricardo se manifiesta demasiado brusco al rehusar que se celebrase la boda lo mas pronto posible, para acallar las murmuraciones que ya iban tomando cuerpo; pero nunca el amor se disipa de una manera tan súbita. Algo de esto quiso dar á entender el autor con la vacilacion de Elena para aceptar la mano salvadora de su otro amante.

Nada te diré de la versificacion, que parece no haber sonado del todo mal á los benévolos oidos de los amigos del autor; quizá sea, en efecto, lo mas pasadero que la obrilla tenga. Tampoco haré mencion del éxito que tuvo el proverbio en la noche de su estreno, como no sea para consignar que ese buen éxito se debió á los actores encargados de su ejecucion, cuyo talento alcanzó á suplir lo que de mérito real faltaba á la obra. Cónstame que el autor les está profundamente agradecido, así como al público, á quien debió el favor de un honroso aplauso.

En resúmen, el proverbio en cuestion, considerado como un mero ensayo, y como el primer paso dado en la escabrosa senda de la literatura dramática, puede aceptarse en calidad de obra mediana.

Y ahora, lector mio, que he juzgado el pobre parto de mi ingenio con la merecida severidad, no habiéndome extendido á marcarte otros muchos defectos que le conozco bien, por parecerme que seria darle demasiada importancia, ahora te ruego que me coloques, siquiera sea por cinco minutos, al lado de Abraham, de Bruto y de Guzman el Bueno, á quienes me he asemejado en aquello de acuchillar á sus propios hijos. Hijo mio es el *proverbio* que acabo de destrozar, al cual por mas que sea pati-estevado, y tuerto, y enclenque, he debido algunas horas de solaz y esparcimiento, y mas que nada la felicidad de palpar el puro, leal y desinteresado cariño de los amigos cuya memoria tiene un santuario en mi corazon.

M. PEREDO.

México, Enero 4 de 1869.

TÚ Y YO.

La luz eres que colora
Sobre el firmamento el alba;
Yo el ave soy pasajera
Que canta por la mañana.

Eres la hechicera rosa
Que en los pensiles se alza;
Yo el aura soy peregrina
Que la acaricia y que pasa.

Arroyo eres tú que corre
En lecho de verde grama;
Yo el vientecillo que riza
En mil espumas el agua.

Eres melodiosa nota
Que se desprende del arpa;
Yo el eco que la recoge
Para armonizar las auras.

La ilusion eres que finge
De los poetas el alma;
Yo soy el alma que encierra
Esa ilusion adorada.

Eres ángel que del cielo
Para consolarnos baja;
Yo el poeta que te adora
Y tus perfecciones canta.

GONZALO A. ESTEVA.

CRISTAL DE BOHEMIA.

II.

La civilizacion cristiana no puede ser destruida en su esencia, que es la verdad; pero sí debe sufrir el agrupamiento en torno de ella de otras verdades conquistadas por la humanidad despues de largos siglos de gestacion. Considerando las cosas en abstracto, se observan dos corrientes de ideas. Una bajando de Dios al hombre; otra, ascendiendo de la humanidad á Dios.

La íntima union de estas dos corrientes producirá la religion universal, la religion eterna.

Jesucristo, esa divina figura que aun el género humano no ha comprendido, no habló en la montaña ni de la industria, ni del comercio, ni de las artes, por ejemplo; y era que en los designios del que vela siempre, estaba reservada la conquista de ese género de verdades al hijo de Adan; labor inmensa que ha hecho brotar el progreso del sudor del hombre, y que allá en los dias seculares del porvenir le colocará tal vez en la perdida ruta del Eden.

Los sabios han llamado á la palabra de Dios *religion*, y al pensamiento del hombre *filosofía*, dejando caer entre ellas la manzana de Páris.

De ahí las terribles convulsiones de la humanidad; de ahí los errores, la sangre y las tinieblas.

La palabra de paz no ha salido aún de los labios de los combatientes; me equivoco, esa palabra fué pronunciada, fué balbutida en el siglo del Renacimiento y bajó de la cátedra de Pedro; por ello esa centuria ha sido consagrada en el tabernáculo de recuerdos de los hombres de buena voluntad. La doctrina de conciliacion fué desoida, pocos estaban preparados á escucharla; pero lo que siembra el espíritu del Señor, fructifica en los siglos.

Por ello jamas en el seno de la civilizacion, cuyo Génesis se llama el Evangelio, resonará la voz misteriosa que al brillar el cristianismo sobre la tierra, exclamó entre las islas del mar Egeo: «el gran Pan ha muerto.» Voz del mundo pagano que iba á desaparecer.

III.

Lutero y sus discípulos, los sectarios de Zwingle y de Munster, vieron en el viejo Testamento una especie de ley suntuaria. ¡Sacrílegos! que llevando en las manos el Cantar de los Cantares, quemaban y destruian los maravillosos objetos de arte que la munificencia y el lujo de los magnates habia acumulado.

Los poetas, ó los que así nos llamamos, somos por lo general unos Zwingles de la imaginacion. Anatematizamos el lujo, algo mas, ¡oh miseria! ¡nuestros cantos son una perpetua maldicion! ¿á qué, Dios mio? Al oro.

El oro es el único medio de realizar un sueño democrático: el reinado de todo el mundo.

El *vil metal* es el cetro y la corona en el bolsillo de un harapiento.

El hombre le ha adorado siempre. Desde el becerro de oro en el altar de Jehovah, desde los viajes pasmosos de los fenicios, hasta el siglo XIX en que el amor al hijo del sol toca en paroxismo. Toda esa inmensa civilizacion material que va dejando muy atrás á la moral, nació del primer cambio, de la primera moneda, del primer peso de oro.

Del trabajo vino el ahorro, del ahorro el capital, y el capital es oro.

De esta manera quiso Dios hacer fructificar el sudor del hombre, de esta manera templó el rudo anatema del paraíso.

Bien ha dicho Lamennais: el Señor escondió en el trabajo un tesoro. Por eso en nuestra vecindad,

donde se trabaja tanto, poco á poco se ha encontrado el tesoro; por eso esa nacion que allende el Bravo se mueve siempre y sin cesar sobre su acerada alfombra de telégrafos y rieles, será dentro de doscientos años una nacion de ricos. Si pudiéramos abarcar de una sola mirada ese país fenomenal, desde el Niágara hasta el Delta del viejo Meschacebe, desde la sabana dorada de California hasta ese monumento que lleva tan bien el nombre de Capitolio, veriamos sobre ella una infinita guirnalda de humo, escalada por millares de máquinas, y que se eleva lentamente al cielo como el himno del trabajo.

Y allí, el dinero hace á los hombres dichosos á pesar de todos los proloquios: ¿y sabeis por qué? porque los hace libres.

¡Da risa nuestro atraso! Ya el tiempo de maldecir la riqueza pasó. El vulgo se afana por conseguirlas, los sábios las estudian.

Nosotros, los adoradores de las musas, confesemos en primer lugar que nos agrada muchísimo el consonante en *oro;* y luego cantemos un himno á ese otro redentor de la humanidad, cuyo rostro luminoso y radiante como el sol, llenamos aun hoy de salivas; cantemos á ese padre de la civilizacion presente, á esa sonora garantía de la civilizacion por venir.

Nuestra es la culpa, si al zapar las bases de la aristocracia nobiliaria, hemos dejado formarse otra mas estúpida y soberbia: la aristocracia del dinero. Nosotros la hemos ensalzado, nosotros nos hemos humillado ante ella.

¡Baste ya! A esos necios que aman el dinero porque es dinero, y no porque detrás de él están los grandes y nobles goces de la inteligencia, á esos el látigo, el látigo de Juvenal, sin reposar un momento. Porque ellos profanan el metal sagrado, porque hieren el derecho de todos á ser ricos.

Esto lo digo con la mano sobre mi frente de poeta, detrás de la cual van y vienen tantos sueños de oro.

Le admiro por sus reflejos de sol, me encanta por su brillo; pero le adoro porque detrás de él veo á la que bate sus alas de ángel en el rincon de cielo azul por donde la inspiracion baja á mi alma, á la que está identificada en mi corazon con el recuerdo de los besos maternales, con el titánico latido de las ideas de la juventud; le adoro, porque detrás de él estás tú, mi amor, tú, Libertad.

Raro seria hallar, teuton, un cristal de Bohemia de las dimensiones de este titulado así, no por pretension alguna, sino porque al través de él ha podido verse mi interior en una hora de pensamientos bohemios. Adios: sigue cantando en esa Veracruz que se esfuerza en ser la coqueta del desierto; sigue cantando á los dos mayores misterios de la creacion: el mar y la mujer.

Justo Sierra.

EL LEON.

Soberbio sacudiendo la melena
Cruza el lëon el arenal ardiente:
Es el rey de las selvas, que valiente,
De horror y espanto la comarca llena.

Súbito un eco pavoroso suena;
La fiera al pié del mugidor torrente
Se pára, y alza la encrespada frente,
Y el eco escucha que el espacio atruena.

¡Ay! que ya asoma el cazador temido
Que humillar al lëon altivo quiere;
Del fragoroso rifle al estallido

El plomo vuela que su seno hiere,
Y en sangre tinto cae, y enfurecido,
Ruge, vacila, se estremece, y muere.

1863.

Ricardo Ituarte.

A LA LUNA.

SONETOS.

I.

Bella, apacible, con placer te miro
Cual la esperanza del amor mas puro,
Lejos de Orion y el esplendente Arturo,
Brillar en ese cielo de zafiro.

Hay, luna, una mujer por quien deliro;
Que es un ángel del cielo me figuro,
Porque al sentirme de su amor seguro,
Nada falta á mi dicha, á nada aspiro.

Quizás la miras, luna encantadora;
Tal vez tu luz magnífica destella
En ese su semblante que enamora.

Quizás ¡oh luna! su mirada bella
En tí se fija cual la mia ahora,
En mí pensando, como pienso en ella.

II.

Su imágen en un tiempo idolatrada
Arrancar he logrado de mi pecho;
Mas siempre, á mi pesar, de menos echo
Aquella dicha por mi mal pasada.

Tú me miraste, luna platëada,
A su lado gozando satisfecho,
Y hoy me miras en lágrimas deshecho,
Lamentando mi suerte infortunada....

¡Oh Luna! si la ves, no mi querella
Le vayas á contar, se alegraría....
Aparta ¡oh luna! tus fulgores de ella;

No merece gozarlos la que impía
Desvaneciendo mi ilusion mas bella,
Tronchó la flor de la esperanza mia.

J. M. Bandera.

Fig. 11. Fig. 2. Fig. 12.

Fig. 7.

Fig. 10.

Fig. 9.

Fig. 8.

Fig. 6. Fig. 4. Fig. 1. Fig. 3. Fig. 5.

ANTIGÜEDADES.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Pocas palabras contendrá hoy nuestra crónica de la semana, porque tambien la vida de la capital no ha sido agitada por ningun acontecimiento notable, y juzgamos de poca utilidad referir á nuestros leclectores lo que pasó en un banquete del Tívoli ó en un baile de compadres.

El nuevo Ayuntamiento se ha instalado otra vez bajo la presidencia del señor D. Mariano Riva Palacio, cuya reeleccion ha sido grata á todas las clases de la sociedad, pues este señor ha sabido captarse la simpatía general, por sus virtudes privadas y por sus raras cualidades administrativas. Así pues, se tiene la mayor confianza en su empeño por dotar á la ciudad de México de nuevas instituciones de beneficencia, y por mantener las ya establecidas bajo buen pié, mejorándolas cuanto sea posible. El embellecimiento de la ciudad es cosa secundaria y que sin embargo puede procurarse al mismo tiempo, pero sin perder de vista que la cultura de una poblacion, mas que por sus monumentos y por su ornato, se conoce por sus establecimientos de beneficencia; de modo que estos deben preferirse sobre todo.

Las nuevas autoridades del municipio no necesitan de nuestros humildes consejos, y nosotros no queremos tampoco dar semejante carácter á nuestras palabras, sino el de una excitativa respetuosa. Aunque hemos dicho en nuestra crónica pasada que el estado de la enseñanza pública en el año pasado habia sido brillante, añadimos que dejaba algo que desear, y así es en efecto, porque el número de niños que se educan en las escuelas municipales es sumamente reducido todavía; de modo que se hace preciso duplicar el número de escuelas y dar providencias eficaces para que no dejen de concurrir tantos niños infelices del pueblo como carecen ahora de los beneficios de la educacion.

Para una gran parte de estos niños es un obstáculo la miseria en que se hallan sus familias, que á veces es tal, que no tienen qué desayunarse, y esa circunstancia impide que sean enviados á la escuela.

Ya en otro tiempo el filantrópico D. Vidal Alcocer tuvo presente esto y discurrió dar en las escuelas de Beneficencia el desayuno á los niños pobres, lo cual produjo desde luego el resultado que esperaba, porque las familias, sea que realmente careciesen de medios de subsistir, ó sea que quisiesen hacer una economía, enviaban á los niños con este interes.

¿No podria el Ayuntamiento apelar á un recurso semejante? Cuando se trata de la enseñanza primaria no debe perdonarse sacrificio alguno, no debe omitirse ningun medio de lograrla.

Si el Ayuntamiento de 69 logra establecer la enseñanza para el pueblo en mas grande escala que hasta aquí, ya podrá decir al terminar su período administrativo, que *ha erigido un monumento mas duradero que el bronce.*

La Compañía Lancasteriana ha hecho la distribucion de premios de sus escuelas con no menos empeño que el Ayuntamiento y los particulares. Esta solemnidad tuvo lugar en el circo de Chiarini, que estaba hermosamente decorado. La concurrencia fué numerosa, y tomaron parte en la festividad los socios del Conservatorio de música, que ejecutaron algunas piezas de concierto, y algunos jóvenes literatos que leyeron discursos y poesías.

Una Sociedad que se ha distinguido siempre por sus trabajos humanitarios y que debe ser esencialmente benéfica, ha venido en los últimos meses á aumentar las filas de la Compañía Lancasteriana, y desde luego se ha notado con ese refuerzo mayor asiduidad en los trabajos y un grande entusiasmo para ensanchar la esfera, hasta aquí reducida, en que la Compañía habia procurado la enseñanza. Se ha organizado una asociacion de señoras que se halla presidida actualmente por la apreciabilísima esposa de uno de nuestros hombres mas elevados, y no dudamos que bajo tan tierna como eficaz proteccion, los establecimientos de niñas se multiplicarán y mejorarán en el año de 1869.

Tenemos que felicitar á nuestros lectores, así como nos hemos felicitado á nosotros mismos, por la adquisicion que ha hecho «El Renacimiento» contando desde hoy entre sus redactores al eminente literato D. Manuel Orozco y Berra, tan justamente apreciado en nuestro país y en el extranjero por sus trabajos históricos y estadísticos. Contamos, ademas, con la fortuna de habernos cedido generosamente el señor D. Francisco Pimentel doce biografías, de las cuales once son inéditas, de doce poetas mexicanos antiguos y modernos, que van acompañadas de un juicio crítico cada una, tan erudito y tan concienzudo como el que ha visto ya el público sobre sor Juana Inés de la Cruz.

Esta sola noticia compensará sobradamente á nuestros lectores de la pequeñez de nuestra crónica actual.

Ignacio M. Altamirano.

BREVE NOTICIA *

SOBRE LAS

ANTIGÜEDADES DE JONUTA

(CÁRMEN)

CERROS Ó MONTÍCULOS ARTIFICIALES EXISTENTES EN DICHA VILLA

Situado Jonuta en una comarca risueña, á orillas del caudaloso Uzumacinta, lo primero que atrae las miradas del viajero es una serie de alturas ó montículos artificiales, que se hallan situados de N. á S. en los arrabales de la referida villa.

Los naturales los llaman con el vulgar nombre de *cuyos*.

* Un amigo nuestro nos ha cedido este interesante manuscrito, que nos apresuramos á publicar por contener datos muy importantes.

En realidad, la figura geométrica de estas alturas, segun tuvimos ocasion de observar, es la de un cono truncado, cubierto por una espesa capa de tierra vegetal.

Entre estas alturas que ocupan un radio considerable, contándose en todo el distrito hasta 150 ó mas, llama particularmente la atencion la mayor, situada en el extremo S., á 26 metros del San Antonio, uno de los rios que bañan por este lado la mencionada poblacion.

Hay en este montículo practicada una abertura ó seccion en la parte meridional que mira al expresado rio, la cual fué emprendida con el objeto de abrir una calle, mejora que (si mejora puede llamarse mutilar y destruir monumentos históricos de una antigüedad tan remota) no tuvo nunca su completo verificativo, pues apenas se prolongaba dicha seccion hasta la mitad de la base, cuando se suspendieron los trabajos.

Segun relacion de un testigo ocular, presente durante aquella operacion, al empezarse á horadar la base de este montículo, apareció un suelo de ladrillos groseramente formado, y á pocos metros unas gradas ó paredes concéntricas formadas de ladrillos, piedras areniscas, caliza, arcilla, etc...... Dichas gradas subian en forma de anillos, de trecho en trecho, por toda la circunferencia del monumento hasta su vértice. Las primeras gradas descubiertas fueron tres, posteriormente aparecieron ocho mas, todas las que desgraciadamente fueron destruidas, y hoy solo existen diseminados por donde quiera algunos fragmentos de las materias que entraban en su composicion. Se halló tambien entre las repetidas gradas trozos de yeso finísimo, marga, pómez, sílice, muchos fragmentos de alfarería, restos de crustáceos y aun huesos humanos.

La altura vertical del montículo que nos ocupa, es de 18 metros sobre el nivel general de la villa. Su base mide, poco mas ó menos, una hectárea.

Súbese á la meseta por un suave declive: desde allí, el panorama que se descubre es hermosísimo.

Los vecinos lo han hecho su paseo favorito durante los grandes calores, porque ademas de los bonitos puntos de vista que desde su cima se gozan, respírase una atmósfera mas fresca y balsámica.

Entre los rústicos circulan mil consejas sobre la existencia de esta pirámide: quién asegura que hay en su centro una gruesa campana de oro, de un peso tan enorme, que cuando en años atrás se propusieron sus antecesores extraerla, á pesar de los grandes afanes y esfuerzos que para ello impendieron, no pudieron ni moverla; quién haber oido en su cima, hácia la media noche, el alegre canto de un gallo; aunque á la verdad, esta última version no es tan absurda que digamos, en una poblacion en que á todas horas pululan estas aves por donde quiera.

Los montículos ó pirámides existentes en la villa son siete, situados, como he dicho, en direccion N. S. Desde este último extremo van decreciendo progresivamente, hasta formar el posterior de la cordillera solo una ligera ondulacion sobre el nivel del terreno.

Todos rematan en un cono ó meseta circular de fácil acceso. Aunque en los demas no se haya intentado aún exploracion alguna, adviértese en su formacion el mismo órden que en el descrito, á saber: el propio sistema de gradas ó paredes concéntricas, los mismos materiales, etc., entre los que se hallan tambien fragmentos de alfarería y otros objetos de arte.

Al contemplar esas prodigiosas construcciones, esa lucha titánica de la inteligencia y energía humanas contra la naturaleza bruta, el espíritu queda absorto y mudo de admiracion. ¿Con qué objeto fueron erigidos estos montículos? ¿Qué mano poderosa ha alzado esas soberbias construcciones, que como las erigidas en las llanuras del Nilo, han visto impasibles sucederse unas á otras las generaciones y los siglos?

Mr. Stephens, uno de los viajeros que han investigado y descrito con mayor fruto algunas de las ruinas y antigüedades de nuestro país, en particular las que existen en algunos parajes del departamento de Yucatan, refiriéndose á los montecillos ó cerros facticios de la extinguida ciudad de Mayapan (en todo semejante á los de Uxmal y Palenque), dice que probablemente alguno de ellos era el *teocalli*, ó templo de los sacrificios, donde los sacerdotes, en presencia del pueblo reunido, arrancaban los corazones á las víctimas.

La existencia de algunos sarcófagos en el oscuro seno de estos montículos, indica que se destinaban á objetos fúnebres igualmente. ¿Guardarán acaso dichos sarcófagos las cenizas de los reyes y caciques?

El número considerable de alturas de esta especie que existen en todo el distrito de Jonuta y aun fuera de él, su situacion topográfica casi siempre á la márgen de los rios y en las llanuras, su forma exterior, cierto órden observado en su colocacion &c., todas estas circunstancias parecen demostrar que el objeto general de su creacion fué formarse un abrigo en esos montículos contra los frecuentes desbordes del Uzúmacinta: sin embargo, imperitos en la materia, no nos atrevemos á consignar esto sino como una mera hipótesis: á los arqueólogos, á los inteligentes toca la gloriosa tarea de revelarnos el misterioso designio que precedió á la formacion de estos monumentos, muy dignos en verdad de un detenido exámen, toda vez que el orígen de sus fundadores (segun general creencia) se remonta, así como los palencanos sus contemporáneos, á una época muy anterior á la conquista.

LAS MEXICANAS.

CANCION.

I.

Me ausenté de mi tierra buscando
Dulce alivio á mis rudos pesares,
Y las ondas crucé de los mares,
Y en extrañas regiones me hallé.
Y del túrbido Sena en la márgen
Contemplé sus mujeres hermosas;
Mas no vence ninguna á las diosas
Que envió el cielo á mi patrio verjel.

II.

Del potente vapor én las alas
Salvé montes y valles y ríos,
Y mil pueblos de indómitos bríos,
Y de Francia veloz me ausenté.
Y en las nieblas del Támesis frio
Contemplé sus mujeres hermosas;
Mas no vence ninguna á las diosas
Que envió el cielo á mi patrio verjel.

III.

Caminaba doquier entre abrojos
Apurando la copa del tedio,
Poner quise á mis penas remedio
Y de Albion á otro clima volé.
Del Danubio á la orilla risueña
Contemplé sus mujeres hermosas;
Mas no vence ninguna á las diosas
Que envió el cielo á mi patrio verjel.

IV.

Ni en el Rin, ni en el Mincio, ni el Arno,
Ni en el Tíber, ni en Nápoles miro,
Bajo un cielo de azul de zafiro
Las beldades que animan mi Eden.
Ni en Venecia, gentil como Vénus,
En sus góndolas de oro y de rosas,
Ví hermosura que venza á las diosas
Que envió el cielo á mi patrio verjel.

V.

Como el ave echa menos su nido
Eché menos mis dulces hogares,
Y del Bétis corrí al Manzanares,
Y en el Darro y Genil descansé.
Y en la Alambra, mansion del deleite,
Ví entre sueños sultanas hermosas;
Mas ninguna igualaba á las diosas
Que envió el cielo á mi patrio verjel.

VI.

Y cruzando de nuevo los mares,
Adios dije á la espléndida Europa;
Y sentado del barco en la popa,
Solo en México alegre pensé.
¡Que la paz le dé Dios cual le ha dado
Oro y flores y piedras preciosas,
Y virtudes y amor á las diosas
Que honra son de mi patrio vergel!

José Sebastian Segura.

ROSSINI.

(CONTINUACION.)

La ópera *Tancredi* se distingue por una verba prodigiosa, por una inspiracion siempre sostenida. Hállase en la parte instrumental el empleo de nuevos medios, y su estilo armonioso desarrolla en ella una variedad infinita de rasgos vivaces, una mágia de acompañamientos desconocida por los antiguos maestros, y que trasporta al cielo.

Rossini habia conquistado un lugar entre los semidioses. Las mas bellas mujeres de Venecia, las mas nobles, las mas orgullosas, se arrojaban literalmente en sus brazos y se disputaban su corazon.

El maestro contaba entonces entre sus queridas á la Malanote, adorable cantatriz del género bufo, tan notable por su talento como por su belleza, pero caprichosa y violenta como diez mujeres juntas. La víspera de la representacion de *Tancredi*, abusando la *diva* de su intimidad, declaró que no cantaria una romanza escrita para el momento en que desembarcase el caballero cruzado. Sobre ese trozo cifraba Rossini casi todas sus esperanzas; mas la cantatriz pretendia que no armonizaba con las cuerdas de su voz.

Rossini, fuera de sí, lanzóse á una góndola para pensar en el modo de salir de aquel apuro cruel. Era un domingo á la hora de vísperas. Al pasar cerca de una pequeña iglesia de las lagunas, escuchó una especie de himno griego, cantado por los monjes, sobre un ritmo en extremo melodioso.

—Pronto á mi hotel! gritó al gondolero; y diez minutos despues entraba en su aposento y corria al piano.

—¿Pongo el arroz á la lumbre? preguntó el cocinero entreabriendo la puerta.

—De aquí á un momento, respondió el jóven.

—Ah! *signor*, solo á vd. esperan.

—En ese caso, prepara el arroz; voy allá.

Bueno es que se sepa que no hay una sola comida en Venecia que no principie por un plato de arroz casi crudo, servido despues de haber estado cinco minutos en el agua hirviente; de suerte que la pregunta del cocinero equivalia á decir: la mesa está servida.

Así pues, en el momento en que se traia el plato tradicional, Gioacchino bajó frotándose las manos.

—He encontrado un aire para la Malanote, un aire hecho para su voz, exclamó; y acabó de escribirlo. Es imposible que lo rehuse, so pena de pagar mil sequines de multa.

Y en el mismo instante cantó á los convidados esa famosa *di tanti palpiti*, considerada generalmente como la obra maestra de las cantilenas.

¡La habia hecho en cuatro minutos! Todo el mundo en Venecia cuenta la anécdota, y los italianos llaman este trozo *aria del rizo* (aria del arroz).

Tancredo fué representado durante el Carnaval de 1813, cuando su autor tenia veintiun años.

Habia algo de sobrenatural en la facilidad de composicion de Rossini. No hay una sola persona que no conozca la sublime plegaria de Moisés, y hé aquí cómo fué compuesta.

En el tercer acto de la ópera, el poeta Totola habia traido á colacion el paso del mar Rojo, sin reflexionar que el tal paso no era tan fácil de ejecutar como la plaga de las tinieblas. Por efecto del lugar que ocupa el patio, en ningun teatro puede percibirse el mar sino á lo lejos, y aquí era necesario absolutamente que estuviese en el segundo plan, pues que se trataba de pasarlo. El maquinista de San Carlo de Nápoles, queriendo resolver un problema insoluble, habia hecho cosas de una increible ridiculez. Desde el patio veíase el mar, elevado cinco ó seis piés sobre sus orillas; desde los palcos, muy mas altos que las olas, podia verse á los pequeños *lazzaroni* que las hacian abrirse á la voz de Moisés.—Hubo muchas risas, y el éxito de la obra quedó muy comprometido.

En la siguiente estacion íbase de nuevo á ejecutar *Mosé*, y Rossini temia mas que en el estreno de la ópera, el instante de aquel malaventurado paso del tercer acto. Frecuentemente hablaba de ello con el desgraciado poeta Totola, que despues de haberse torturado el cerebro, llegó una vez á la habitacion del maestro, la víspera del dia en que debiera representarse *Mosé*. Era el medio dia, y Rossini, como de costumbre, permanecia en el lecho, dando audiencia á una veintena de amigos. *Maestro*, *maestro*, gritaba Totola entrando, *he salvato l'atto terzo*.—¿Y qué habeis hecho? preguntó Rossini.—He hecho una plegaria que entonarán los hebreos antes de pasar el mar Rojo: y diciendo esto saca de su bolsa un gran pliego de papel y le entrega á Rossini, que se pone á descifrar aquellos jeroglíficos. El infortunado libretista saludaba sonriendo durante la lectura: *Maestro, e lavoro d'un ora*, repetia en voz baja cada vez que Rossini lo miraba.

—¿Es trabajo de una hora, eh?—El pobre poeta, todo trémulo y temiendo mas que nunca una chanza pesada, se hacia pequeño y miraba al maestro con una risa forzada: *Sí señor, sí, señor maestro*, decia.—Y bien, si has consagrado una hora para escribir esta plegaria, yo voy á hacerle la música en un cuarto de hora. Diciendo esto Rossini, salta de su cama, se sienta frente á una mesa, y en paños menores, compone la música de la plegaria de Moisés en ocho ó diez minutos á lo sumo, sin piano, y en tanto que los amigos que estaban con él, continuaban la conversacion en voz alta.—Hé aquí tu música, dijo al poeta, que desapareció velozmente.—Al otro dia el público de *San Carlo* se preparaba á reir, como de costumbre, del famoso paso del mar Rojo.—Los *lazzi* se cambiaban ya, cuando oyóse á Moisés comenzar una aria nueva: *Dal tuo stellato soglio*. Era la plegaria que el pueblo entero repite en coro despues del profeta. El auditorio escuchó sorprendido y las risas cesaron. Pocos instantes despues, la sala estallaba en aplausos, el entusiasmo llegaba á su colmo, y los napolitanos, enajenados de admiracion al escuchar aquellos acentos sublimes, olvidaron la ridiculez del escenario.

Despues de *Tancredi*, Rossini hizo representar con igual éxito en el teatro de San Benedetto, *l'Italiana in Algieri*. El entusiasmo de los venecianos rayaba en delirio, y cuando el compositor se mostraba en cualquiera parte, rendíasele homenaje como á un rey.—El *Turco en Italia*, que sucedió á la *Italiana*, obtuvo un triunfo espléndido en la *Scala* de Milan.

Los años, empero, volaban, y los acontecimientos políticos de 1815 ponian de nuevo á la Italia bajo el yugo del Austria. Diez meses hacia que los héroes de la república Cisalpina tascaban su freno. Pero una noticia imprevista reanima la audacia de los patriotas. Napoleon desembarcaba en Cannes, y el águila imperial *volaba de torre en torre hasta las de Notre-Dame*. De uno á otro extremo de la península estalló el grito de rebelion.

Rossini hace causa comun con los mas exaltados, y compone un himno á la independencia, que dió en horas la vuelta á Italia. Desgraciadamente tres semanas despues la vanguardia austriaca penetra en Bolonia, y el general Stephanini levanta sus listas de proscripcion, encabezadas con el nombre del ilustre autor de la Marsellesa italiana.

—Sálvate, sálvate, hijo mio, decia llorando el viejo Stanislao á su antiguo discípulo, porque te van á fusilar, como si no fueses el mas grande compositor de Italia.

—Bah! repuso Gioacchino, apostemos á que el general me da un salvoconducto.

—Desgraciada criatura, no lo creas, es implacable.

—Vaya! es un austriaco; si no lo mistifico, renuncio á llamarme Rossini.

El intrépido jóven se presenta efectivamente en la casa del comandante en gefe de las fuerzas, á eso de las dos de la tarde.—General, dice á Stephanini, presentándole un legajo envuelto en cintas con los colores austriacos, he creido de mi deber rendir un homenaje á nuestro magnánimo emperador Francisco, poniéndole música á *la Vuelta de la Astrea*.* Os traigo este himno, que las músicas de vuestros regimientos ejecutarán, si es de vuestro agrado.

El gefe austriaco desenvuelve gravemente el manuscrito, se asegura por sus propios ojos de que las palabras de la cantata son efectivamente las que Rossini afirma, toma una hoja de papel y extiende el salvoconducto. Gioacchino va apresuradamente á encontrar á su anciano profesor para darle parte de lo que ha hecho. Pero como temia las consecuencias, abraza á Mattei y parte inmediatamente para Nápoles, en donde Barbaja, el rey de los *impresarii*, le esperaba hacia tiempo.

Al otro dia tuvo lugar un gran escándalo; Bolonia entera oia á las músicas alemanas tocar la Mar-

* Oda compuesta en honor del emperador de Austria por el poeta italiano Monti, en 1814.

sellesa italiana que Gioacchino habia dado á Stephanini, sin quitar una nota, y despues de haber escrito simplemente sobre la música los versos de *la Vuelta de la Astrea.* Buscóse por todas partes al audaz maestro, pero estaba ya fuera de alcance.

Nosotros hemos oido al mismo Rossini contar en 1863 esa burla, que pudo costarle muy caro.

NEMO.

(Continuará.)

DEGRADACION.

(Horacio.—Oda VI.—Libro III.)

(INÉDITA.)

Sin merecerlo sufrirás, romano,
Por el paterno error, castigo sumo,
Mientras no vuelva á levantar tu mano
Los templos que arruinados bambolean,
Y hasta que limpias del negror del humo
Ay! las estatuas de los dioses sean!

No busques la razon que á un pueblo doma
O lo eleva al poder, si tú de hinojos
No tienes fe para rogar por Roma:
Al Señor de los cielos ofendiste,
Y el Señor ha lanzado en sus enojos
Todos los males sobre Hesperia triste.

Dos veces nuestros ímpetus gloriosos
Los soldados de Pácori y Meneses
Rechazaron audaces y orgullosos;
Y así como se trata á los vasallos
Nos trató el enemigo, y por dos veces
Ornó con nuestras joyas sus caballos!

El Dacio con sus naves poderosas
Amenazó nuestra existencia, y luego,
En medio de pasiones tumultuosas
La flecha del etiope nos heria,
Y fuera y dentro, entre el horror y el fuego
La dulce patria á sucumbir corria.

Los vicios de esta edad, con torva frente
En el lecho nupcial se congregaron,
Y fué pasando el mal de gente en gente
A las familias, y al hogar, y á todo,
Y al ídolo del crímen adoraron
En cieno el pueblo y nuestra patria en lodo!

Formada apenas la mujer hermosa
El dócil cuerpo á doblegar enseña
En la danza de Jonia voluptuosa,
Y aguijoneada por brutal deseo,
En sus albas de Abril su mente sueña
De un incestuoso amor el devaneo.

Sin esquivar del cónyuge los ojos,
Mas tarde en brazos de un galan se rinde
Y se entrega sensual á sus antojos,
Y en medio de las sombras y el misterio
Del gusto mismo y la eleccion prescinde
Y eleva á santidad el adulterio.

Cómplice vil el degradado esposo
Sus gracias pone á precio, y no se ofende
Del trato de la infamia escandaloso,
Y la mira con rostro placentero
Si el cuerpo entrega y el decoro vende
Al rico mercader de un barco ibero.

No nacieron de padres tan menguados
Aquellos bravos que de Pirro un dia
Y de Aníbal vencieron los soldados,
Y á cuyos golpes y feroz embate
Tiñó el cartaginés la mar sombria
Con roja sangre en el mortal combate.

De rústicos varones prole fuerte
Eran aquellos que con férreo arado
Trazaron surcos en la tierra inerte,
Y á la voz maternal diestros cortaban
Las duras ramas, y con dulce agrado
Los rudos haces al hogar llevaban;

Y cuando el tibio sol, los horizontes
Pintar de gualda y carmesí le plugo
Y alargaba la sombra de los montes,
Al bosque hojoso á libertar corrian
El tardo buey del opresivo yugo,
Y á su cabaña á reposar volvian.

Mas ¿qué no altera el tiempo desastroso?
Superando á sus padres en el crímen,
Nuestros mayores en su afan vicioso
Producen hijos, que á su turno un dia
Producirán, mientras los dioses quieren,
Otros hijos mas viles todavía!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

PARÁBOLAS

DE

FEDERICO ADOLFO KRUMMACHER.

Entre las naciones modernas quizás no hay otra que posea un tesoro literario tan rico como Alemania. Emula de la antigua Grecia, se ha consagrado al estudio profundo de todos los ramos del saber humano. Apreciadora del talento, le favorece y anima, y habla con entusiasmo y admiracion de los insignes sabios que la decoran. En Alemania abundan los filósofos, los jurisconsultos, los matemáticos, los naturalistas, los poetas, los historiadores, los médicos, los filólogos, los artistas. Nada es difícil para el germano. Estudia con paciencia, con penetracion, con fruto y gloria. La Francia de Luis XIV, la Italia de Leon X, la Inglaterra de Isabel, tributarian aplausos á los ingenios de toda Alemania. Sus volúmenes son registrados por las academias y universidades de las naciones mas cultas del globo. La literatura germánica no es tan popular como la francesa; porque el idioma de Schiller no es tan conocido como el de Racine. Los que ignoran la lengua alemana la tienen por bárbara, pobre é ingrata al oido. Baste decir que entre las vivas es una de las mas copiosas, expresivas y elegantes. Los bardos alemanes imitan admirablemente los bellísimos metros de los griegos. Los exámetros de la Iliada y Odisea de Homero, los de Bion, Moscho y Teócrito, renacen en las correctas versiones que de tan ilustres obras han hecho los alemanes. En otra ocasion nos ocuparemos de tan interesantes trabajos, para que nuestros jóvenes literatos aumenten

el caudal de su instruccion. Por ahora nos limitamos á decir dos palabras tocante al precioso libro que con el título de «Parábolas» escribió Federico Adolfo Krummacher, quien nació el 13 de Julio de 1767 en Tecklenburg y murió el 4 de Abril de 1845. Familiarizado con las lenguas orientales, con la griega y latina, empleó su vida en la lectura de los clásicos de la antigüedad. La Biblia no se le caia de las manos, y la explicaba al pueblo. De aquí esa imaginacion florida y apacible como un dia de hermosa primavera, y esa diccion ática y delicado pincel que le hacen único en su modo de escribir. Su inclinacion á revolver diariamente la Sagrada Escritura le inspiró la idea de tratar asuntos dignos de su carácter pastoral, en la forma de *parábolas*. Esta palabra, como saben nuestros lectores, significa comunmente en los libros Santos, un discurso que presenta un sentido que tiene otro, pero que se puede conocer con un poco de inteligencia y atencion. Las *parábolas* de la Sagrada Escritura, dice Bergier, son instrucciones indirectas y comparaciones por rodeos, emblemas que ocultan una leccion de moral, á fin de excitar la curiosidad de los oyentes.

Este modo de enseñar con discursos figurados era muy del gusto de los orientales; sus filósofos y sus sabios han hecho siempre grande uso de él. Los profetas le emplearon para hacer mas sensibles á los príncipes y á los pueblos las reprensiones, las promesas y las amenazas que les hacian de parte de Dios. Jesucristo, nuestro Señor, usó frecuentemente esta clase de instrucciones, porque es la mas proporcionada á la capacidad del pueblo y la mas á propósito para llamarle la atencion. ¡Cuán magníficas, sencillas y nobles son sus parábolas! ¡Otras, cuán terribles á la vez!

El nombre de *parábola* designa algunas veces una simple comparacion. Cuando se trata de *parábolas*, dice San Clemente Alejandrino, no debemos apurar todas las palabras ni exigir que la alegoría esté sostenida; únicamente debemos considerar el objeto principal, el fin y la intencion del que habla.

El libro de Krummacher que tengo á la vista es el de la octava edicion, publicado en Essen el año de 1850. Le debo á la generosidad de mi excelente amigo y maestro el respetable y erudito Sr. D. Lorenzo Küpfer. Encierra doscientas cinco parábolas, de las cuales tengo traducidas la mayor parte.

El público conoce ya la que salió en el primer número del *Renacimiento*, intitulada «El sueño de Cain.»—Para que mi traduccion sea útil á los aficionados á la lengua alemana, he seguido el método literal, á pesar de sus dificultades. Tambien he procurado conservar el estilo del autor hasta donde mis débiles fuerzas han alcanzado.

El pundonoroso, instruido y valiente Luis Martinez de Castro, muerto en la flor de la edad en 1847 en defensa de la independencia y honra de su patria, fué el primero que nos dió á conocer en castellano una parte de las bellezas de la literatura alemana. Ahí están las hermosas traducciones que hizo de la pieza de Juan Pablo Richter, intitulada «*Ein schaudervoller Traum,*» y la de Godofredo Augusto Bürger, «*Leonore,*» elogiadas por el apreciable y modesto profesor de idiomas D. Oloardo Hassey, á quien somos deudores de la primera gramática impresa en esta ciudad para aprender la lengua de Klopstock, seguida de los «*Estudios de la literatura alemana.*» Terminaremos estas breves líneas con la siguiente

PARÁBOLA.

(KRUMMACHER.)

LAS ROSAS DE LA TIERRA.

Eva, la madre de los mortales, solitaria y triste caminaba un dia por el profanado campo de la pecaminosa tierra. De repente divisó á lo lejos un rosal lleno de lozanas rosas que derramaban un resplandor, semejante á la aurora, sobre las verdes hojas.

¡Oh! exclamó arrobada, ¿me engaño, ó estoy viendo tambien aquí la amable flor del Eden? Ya siento desde lejos su delicioso aroma. ¡Salve, amabilísimo emblema de la inocencia y alegría! ¿No es cierto que tú me anuncias que entre los abrojos de la tierra florecerán tambien para nosotros goces del paraíso? ¡Cuál me encanta tu aspecto y el puro aliento de tu flor!

Mientras ella así hablaba y en la hermosura de las rosas se complacia, levantóse un blando viento y movió la mata y los ramos. Y hé ahí que se desprendieron las hojas de las lozanas flores y cayeron en tierra. Entonces suspirando Eva, dijo: ¿Sois tambien vosotras hijas de la muerte?—¡Os comprendo, imágenes de los placeres terrenales!....

Con melancólico silencio fijó la mirada en las marchitas hojas de las rosas.—Despues se levantó de nuevo y dijo: ¡Sed para mí, mientras el boton os encierra, las imágenes alegres de la inocencia!

A estas palabras se inclinó hácia ellas. Entonces descubrió las espinas y se espantó. ¡Oh! exclamó, ¿tambien vosotras necesitábais de amparo? ¿Tambien llevais al lado del gozo la conciencia—y son estas espinas—vuestro sonrojo?..... ¡Salve, pues, hermosas hijas de la primavera, imágenes de la celestial aurora en la espinosa tierra!

José Sebastian Segura.

LA ABUELA.

—¡Oh! guárdate del amor,
La anciana abuela decia;
El amor es, hija mia,
Un manantial de dolor.
—¿No es, pues, la dicha mayor,
Madre?—No, no ciertamente.
La niña inclinó la frente,
Y murmuró suspirando:
—¿Por qué me dice Fernando
Que es de la ventura fuente?

—Tan fresca como la aurora,
Tan pura como una estrella,
Se conserva la doncella
Que ese sentimiento ignora;
Mil tormentos atesora
Esa funesta pasion,
Que con agudo teson
Van el alma destrozando......
—¿Por qué me dice Fernando
Que es la luz del corazon?

—¿Por qué es, madre, tan temible
El amor?—Porque arrebata
La paz, y el reposo mata
Del alma tierna y sensible:
Su poder irresistible
Lanza el corazon ansioso
En medio á un mar borrascoso,
Do en vano el puerto anhelando.....
—¿Por qué me dice Fernando
Que es el puerto del reposo?

—¿Ves, hija mia, esa rosa,
Del jardin ornato y gala,
Que blando perfume exhala,
Que besa el aura amorosa?
¿La ves levantar airosa
Su frente púdica y bella,
Que entre las flores descuella,
Su fresca pompa ostentando?.....
—A mí me dice Fernando
Que soy hermosa como ella.

—Si un instante el sol ardiente
La acaricia apasionado,
Su cáliz embalsamado
Se marchita tristemente;
Mustia se inclina su frente
Ante el rayo abrasador,
Fiel emblema del amor,
Que el corazon agostando.....
—¡Por qué me dice Fernando
Que es de la vida la flor!

—¡Una ilusion deshojada
Hace tan terrible daño!
¡Es la faz del desengaño,
Tan fria y tan descarnada!
No queda al alma angustiada,
Despues de tanto sufrir,
Mas consuelo que gemir
Su muerta dicha llorando.....
—¡Ay! y me dice Fernando
Que solo amar es vivir!

Calló la anciana, y llorosa,
Desconsolada la niña,
Fijó en la fresca campiña
Una mirada angustiosa;
Una lágrima preciosa,
Como perla sin mancilla,
Por su rosada mejilla
Va lentamente rodando.....
Cuando descubre á Fernando
Del arroyuelo á la orilla.

Era hermosa la mañana,
Cual de un niño la sonrisa;
Pura y amante la brisa
Besaba á la flor galana;
El ave cantaba ufana
Sus amores en su nido,
Y agitado, conmovido,
De esperanza palpitando,
Miraba á Clara Fernando,
En su hermosura embebido.

No sé lo que le diria
Esa mirada anhelante;
Mas de la niña el semblante
Perdió la expresion sombría:
Volvió á su alma la alegría,
Volvió á su faz el color,
Y con virginal candor
Murmuró en acento blando:
—¡Oh! ¡tiene razon Fernando
Si lo que siento es amor!

ISABEL A. PRIETO DE LANDÁZURI.

Guadalajara, Noviembre de 1867.

REVISTA DE TEATROS.

MENTIRAS GRAVES, comedia en tres actos, de D. Gaspar Gomez Trigo.—JUGAR POR TABLA, comedia en tres actos, de Hartzembusch, Rosell, y Valladares.

Todo vicio es rèpugnante, lector mio, todo vicio es perjudicial, y por eso mismo atrae sobre sí perpetuamente el severo fallo de la conciencia pública. Pero sucede con esas enfermedades del alma igual cosa que con las del cuerpo: las hay que afectan á un reducido número de individuos, al paso que otras extienden sus estragos á la casi totalidad de los nacidos. Muchos de estos hay que jamas se verán afligidos de la tísis, del mal de San Lázaro ó de las afecciones orgánicas del corazon; muchos asimismo que nunca merecerán la fea nota de jugadores, borrachos ni incontinentes; pero ¿quién es aquel que no ha sufrido un catarro, una indigestion ó una reuma? y de igual manera, ¿quién es aquel que con mas ó menos frecuencia no ha sido mentiroso? Es, pues, la mentira una falta de la que acaso nadie se ve exento, que se comete con facilidad, que produce resultados siempre dañosos, y que por todos estos motivos exige con mayor eficacia la implacable correccion de quien, como el poeta dramático, tiene el noble deber de señalar toda culpa, empleando los recursos del ingenio para hacerla aborrecible. Ya nuestro Alarcon, en especial, habia combatido victoriosamente á la mentira, hiriéndola de muerte con aquella *Verdad sospechosa*, imperecedero monumento de indisputable gloria; pero el esclarecido poeta solo sacó á la vergüenza al mal ya arraigado, á la mentira convertida en vicio por la repeticion de actos, al mentiroso consuetudinario. Por desgracia, el vicio que nos ocupa no es perjudicial solo cuando ha llegado á tal exceso; cometido una vez, siquier

sea la primera, hízose ya el gérmen de incalculables daños, teniendo, como tiene, la mentira esa condicion excepcional de exigir para sostenerse, una série de idénticas faltas en creciente progresion. No hay, pues, mentira inocente, no hay mentira leve; que si tal lo parece vista en abstracto, gravísima es considerándola en sus consecuencias.

Hé ahí, lector amigo, la trascendental máxima que con tanta habilidad desarrolló el distinguido poeta español D. Gaspar Gomez Trigo, en la preciosa comedia que con el título de *Mentiras graves*, viste representada en el Teatro Nacional la noche del sábado pasado. Para comprender el mérito de la obra, bueno será dar una ojeada á la accion dramática, asunto de la comedia en cuestion.

Luisa, jóven recien casada, buena, sencilla, cariñosa, idolatra á su marido Fernando, quien acaba de marchar á Segovia por pocos dias. Una baronesa, tia de ambos, para distraer la tristeza de la afligida esposa, la compromete á asistir al teatro, adonde van las dos acompañadas de Ricardo, íntimo amigo del ausente marido. Vuelve este al siguiente dia, por ser ya inútil la comision que llevaba, y entre otras cosas, refiere á su mujer, cómo pensando en que estaria triste, habíase negado á aceptar la invitacion que para el teatro de Villalva le habian hecho. Ve sobre la mesa los gemelos que á Luisa habian servido la noche anterior; pregúntale con ese motivo si habia estado en el teatro, y Luisa azorada, sorprendida, no queriendo que él la tuviese por menos consecuente, pronuncia un *no*, que la obliga á seguir mintiendo como verás. La madre del amigo Ricardo la invita en el teatro para una fiesta que debia tener lugar aquella misma noche; Luisa rehusa, aquella señora le escribe insistiendo; mas como hacia su carta referencia al espectáculo á que habian asistido juntas, para sostener la primera mentira Luisa oculta el papel, no con tanta prontitud que Fernando no lo notase, y miente por segunda vez, diciendo que la tal carta es de la modista. Ricardo entra de visita, á la sazon que Luisa vuelve con un vaso de agua para su marido; cree ella que va á descubrir lo del teatro, y aturdida deja caer el vaso; poco despues aparece en el bolsillo de Ricardo el abanico que Luisa habia olvidado en el palco; con tal incidente, Luisa se turba mucho mas, la baronesa previene furtivamente á Ricardo que no diga la verdad, este sorprendido no puede disimular su extrañeza, y entretanto el esposo, á quien no se escapan aquellas diversas situaciones cuya causa ignora, llega á creerse víctima de la mas horrible traicion. Preocupado con semejante idea, recapitula esos y otros sucesos que han ido encadenándose con fatal coincidencia desde el punto en que volvió á su casa, y que él interpreta sin violencia en el peor sentido. Ya no le cábe duda de que su esposa y su amigo le engañan; así es que, arrebatado de indignacion infiere á Ricardo uno de esos ultrajes que solo con sangre pueden ser lavados: un duelo va á tener lugar entre ambos, sin pérdida de momento. Luisa, entretanto, no pudiendo ya con sus remordimientos, ni con las fatigosas luchas que ha estado sosteniendo en todo aquel amargo dia, se resuelve á declarar á su esposo la verdad, de cuya confesion resulta el desenlace. Fernando recobra la tranquilidad; Ricardo, á cuya alma generosa hizo Luisa un llamamiento, cede y perdona sin desdoro para su adversario; y así queda confirmado por la accion el pensamiento moral de la obra, en virtud del cual «las mentiras acarrean sérios disgustos, pues por sencillas que parezcan, siempre son mentiras graves.»

Si crees, lector amigo, que anduve prolijo al referirte el argumento de la comedia que nos ocupa, hícelo por parecerme que ese simple relato seria bastante á hacerte apreciar la excelencia de la obra, por cuanto la sencillez, la naturalidad y la destreza con que, segun has visto, combinó el poeta la trama y desató el nudo, son las principales condiciones de una buena composicion dramática. No omitiré por eso decirte algo tocante á la estructura de esta comedia.

Lánguido pareció á muchos el primer acto, por cuanto la primera mentira de Luisa, que es el móvil de la accion, no viene sino hasta el segundo, y tacharon por ello de viciosa á la exposicion; no me lo pareció así. Adoptó el poeta un sistema (nada reprobado por cierto, y mucho menos en comedias de este género), sistema que consiste en presentar primero con todos sus rasgos el carácter de cada personaje, con lo cual se logra que la accion vaya resultando ya motivada, á medida que se desarrolla. Con esto, y con la ida al teatro, orígen de los acontecimientos posteriores, cierra el autor su primer acto y deja casi completa la exposicion. Pero desde el punto en que Luisa pronuncia aquel malhadado *no*, la accion camina rápida, sin tropiezo, con absoluta verdad (y este es acaso el mayor mérito de la obra), creciendo á cada instante el interes, que se mantiene vivo hasta las últimas palabras.

Los caractéres están dibujados con maestría; ninguno de ellos se falsea, y hasta el fin quedan todos perfectamente sostenidos. Fernando y Ricardo son dignos, elevados, tiernos, simpáticos. Luisa, angelical, adorable, tipo de casta dulzura; duele el mirarla cometer aquella falta, que se juzgaria menor si no apareciese resaltando en una alma tan pura como la suya. La baronesa es un tipo cómico por excelencia; Breton no se desdeñaria de haberlo creado.

Es la versificacion tan lozana, tan correcta y fluida, como la que suele brotar de la pluma de Larra ó de Pastorfido; el diálogo animado, lleno de aticismo, especialmente en todo cuanto dice la baronesa.

Por último, la justicia dramática queda ampliamente satisfecha, por cuanto Luisa expia su falta, pequeña en sustancia, con terribles angustias, y con la humillacion á que se sujeta, confesándose mentirosa ante aquellos dos hombres, cuya estimacion temeria perder.

Pero si la obra tiene en sí positivo mérito, realzáronlo mucho mas los actores encargados de la ejecucion. El Sr. Ossorio, que estrenó esta comedia en la corte de España acompañado de la célebre Teodora Lamadrid, dirigió en nuestro teatro los ensayos y se encargó del papel de Fernando. Conocida te es su maestría en el difícil arte, y cómo parece contagioso su talento; tan esmerado resulta el desempeño de las obras que dirige. Hábilmente secundado por sus inteligentes compañeros, logró hacer que la comédia del Sr. Gomez Trigo tuviese todo el merecido lucimiento. El tercer acto, en especial, quedó irreprensible por parte de los cuatro artistas, distinguiéndose la simpática Srita. Servin en las escenas VIII y IX, la Sra. Cañete en la II, el Sr. Morales en el final de la VII, cuando recibe de súbito el ultraje que Fernando le infiere. Son esas las situaciones mas difíciles y de mayor efecto, y á la verdad que en ellas los apreciables artistas salieron airosos. Complázcome en consignar aquí este desinteresado homenaje al talento, especialmente dirigido á la Srita. Servin, cuyas primeras jornadas en el camino del arte pueden llamarse gloriosas.

Fáltame espacio para hablarte, como queria, de esa otra comedia que muy bien pudiera contarse entre las clásicas, de *Jugar por tabla*, obra en que anduvo la venerable mano de Hartzembusch, y que se representó el domingo pasado en el teatro Principal. Acaso en otra vez me permitirás que me atreva á analizarla; ahora solo haré mencion del brillante éxito que obtuvo en el difícil papel de Sofía, la misma inteligente y aplicada artista Srita. Servin, especialmente en la penúltima escena del tercer acto. Verdaderamente esta modesta jóven adelanta con prodigiosa rapidez, y no sin razon mira hoy en ella la escena mexicana una de sus mas brillantes y lisonjeras esperanzas; yo no temo tributarle estos elogios (muy merecidos por otra parte) sabiendo, como sé, que ni el pobre incienso mio es de aquel que embriaga, ni en su modestia es capaz de hacer mella el peligroso influjo de las alabanzas. Excuso decirte que el Sr. Ossorio alcanzó en esta, como en las otras veces que ha desempeñado en México el papel de Fernando, un triunfo tan brillante como legítimo. La Sra. García y el Sr. Mata estuvieron á la altura de su talento. Del Sr. Morales (hijo) pareció al público ser superior á sus fuerzas, por hoy al menos, el papel de Cárlos; cónstame la empeñosa dedicacion con que le estudió, y el esmero con que el Sr. Ossorio le dirigió en los ensayos. Mucho debe haber influido en el ánimo del jóven galan, el natural temor de quien comprende la magnitud de la empresa intentada.

M. Peredo.

Enero 11 de 1869.

LA COQUETA Y LA ABEJA.

APÓLOGO.

Cuentan que cierto dia,
Dentro de su retrete,
Frente á su tocador se componia
La simpática y bella Rosalía,
Untándose albayalde y colorete.

Cuando por la ventana
Se introduce una abeja,
Y la punza en los labios con tal gana,
Que la nombra: —*¡Malévola! ¡Tirana!*
Y grita y jura y sin cesar se queja.

El insecto, galante
Dice á la TARAVILLA:
—¡Ay! al hincaros mi agüijon punzante,
Pensé libar el néctar embriagante
Del boton de una rosa de castilla.»

¡Adios de sus dolores!
Sonriendo se aquieta
Y á la abeja le dice mil primores;
Lo que quiere decir que: POR LAS FLORES,
TODO LO OLVIDA LA MUJER COQUETA.

Estéban Gonzalez y Verástegui.

México.—1867.

VIGILIA.

A ROBERTO A. ESTEVA.

Hay en la puerta de la vida un ángel, dice la religion. Es él sin duda quien nos muestra su faz radiosa en esos dias tan fugaces, ¡ay! como dulces de la primera edad. Es él sin duda quien velado á veces por las borrascas de la juventud, reaparece en nuestro cielo, tranquilo y blanco como una de esas estrellas que brillan con igual esplendor, antes y despues de las pasajeras tempestades de verano.

Esa vision celeste que en la niñez viene en nuestro seguimiento, que fulgura en el zenit de nuestra juventud, y en la edad avanzada nos precede por el rumbo de Ocaso, no tiene nombre para mí. Muchos la llaman *ideal*, palabra cuya traduccion tal vez sea: realidad de ultratumba.

Dichoso aquel que conoce un momento en que ese ideal se encarna. Bienaventurados los que aman.

Era una tibia noche de otoño. Los astros miraban suavemente, prendidos en un velo negro con reflejos azulados.

Las noches muy tranquilas, las noches sin nubes, no me permiten dormir; la imaginacion se agita con tanto vigor en el fondo del cerebro, que el sueño huye. Recuerdos, aspiraciones, lágrimas y sonrisas, todo se agolpa en derredor nuestro, como queriendo dulcificar el insomnio.

¡Oh, Dios mio! ¿por qué esa lucha entre los instintos de nuestra alma y la naturaleza? ¿por qué la

materia siempre está ahí, tenaz, estúpida, castigando la vigilia con la enfermedad, recompensando el pensamiento con la fatiga? ¡Seria tan dulce soñar despiertos durante mucho tiempo! ¡Seria tan bella la expansion perenne de la fantasía en el poético firmamento de la noche! ¿Por que no vivir siempre? ¿por qué ese anatema que se llama sueño? ¿á qué ese remedo cuotidiano de la muerte? Así pensaba yo mientras el insomnio encendia mis párpados y atormentaba mi cerebro. El alma refrenada por el dolor, iba cediendo. No dormia, no pensaba.

¡Cómo recordé entonces el terrible mal que, segun los sagrados libros, aquejaba á Saul, y que solamente alcanzaba á dulcificar la cítara del poeta del Terebinto! ¡Cómo lo recordé cuando rompiendo el solemne silencio de la noche y despues de un preludio robusto y cadencioso en el piano, la voz de una mujer se tendió en el espacio, como un niño que se reclina sobre una almohada de seda, entonando *la Casta diva.*

Esa romanza, que es la mas espiritualmente tierna de las melodías italianas, esa cancion sencilla, sin lluvias de perlas, ni cascadas de oro; severa, pero desbordando de amor; triste, pero henchida de resignacion, tenia algo de balsámico para mí, en aquellos momentos horribles en que la carne domeña al espíritu.

Aquel canto era una esperanza, era una promesa. ¡Oh, santa poesía, madre de todo lo bueno y de todo lo bello, cómo te comprendí en aquel instante, al escuchar ese suspiro del alma que no se explica en el palacio y en los labios de la mujer del mundo, y sí en el templo, exhalado del seno de una vírgen, de una vestal de la naturaleza, anidada entre los corpulentos sabinos y arrullada por el grave murmurio del Océano, tocada de albo lino y sin mas joya que el ramillete de flores destinado al altar! Escuchando aquella voz femenil, que Teófilo Gautier hubiera llamado azulada, desaparecian de mi interior muchas de mis locas ideas.

Siempre que á mis oidos llegan las notas de la música, aparece en mi mente la imágen de una mujer.

Al escuchar la *Casta diva*, apareció en mi mente una imágen celeste.

¿De qué servís vosotras las hijas de la frivolidad y del placer, vosotras las que vestís riquísimo terciopelo, tú, la que te coronas de pedrería, tú, coqueta, que tomas á la vida por juguete, cuando no eres otra cosa que un juguete de la vida?

Arropaos en buena hora con vuestra riqueza; vestid de tisú el esqueleto de vuestras miserias; sois unos cadáveres teñidos de arrebol en las mejillas, que sabeis decir algunas banalidades y os atreveis á deshojar flores.

Yo creo que la mujer hija de Dios es diferente de la formada por el mundo. Esta última se ha agregado á la obra divina, como en una de esas piezas de música clásica, la enfermiza inspiracion de un *virtuoso* de mala ley agrega una multitud de huecas y sonoras variaciones.

Y si no, decidme, ¿cómo podreis comparar á la pura y noble niña que es la alegría de su hogar, que es la sonrisa y la bendicion del cielo en la familia, con esa otra que es incomprensible porque es débil y malvada, con esa otra que malgasta, infeliz, toda la savia de la juventud y de la vida? ¿en qué, Dios mio? ¿en hallar el modo de engañar á un hombre, el sér mas crédulo que hay bajo el sol?

Y ¡cuán difícil es hallar á la mujer buena! ¡cuán difícil es que el ideal, la vision surgida del purísimo seno de la infancia, se encarne en la mujer digna de cantar la divina romanza de Bellini! Entonces la mujer es un perfume encerrado en el arca de dolor de la existencia; entonces es el ángel que nos acompaña en la cuna y en la tumba de nuestra vida.

No digais nunca, amigo mio, que el sueño es un anatema; en esas horas benditas reposamos en el seno de nuestro ideal, ajado tal vez entre las manos blanquísimas de una beldad de salon. Entonces somos dichosos porque amamos.

Bienaventurados los que duermen.

JUSTO SIERRA.

Á****

AYER Y HOY.

SONETO.

Ayer mi porvenir era risueño
Como un jardin en la estacion florida;
Ayer era el encanto de mi vida
De amor el dulce y regalado ensueño.

Ayer mi corazon con loco empeño
Anhelaba placeres sin medida,
Y para el alma en su ilusion perdida,
El goce mundanal era pequeño.

Hoy, no me queda ya ni la memoria
De ese precioso edén que alcé yo ufano,
Para cederte á tí la vanagloria

De echarlo abajo con placer insano....
Hay páginas muy negras en mi historia;
Mas la mas negra la escribió tu mano.

J. M. BANDERA.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Hemos determinado publicar cada mes un artículo con el título puesto arriba, y que será consagrado á registrar todas las obras publicadas nuevamente en México y que sean esencialmente mexicanas. Este registro será muy útil á los curiosos, servirá tambien para que los bibliógrafos extranjeros, como los autores de la obra importantísima intitulada *Manual del librero*, tengan una fuente adonde recurrir para sus apuntes, y por último, irá marcando el movimiento de nuestra prensa nacional.

Por ahora, comenzaremos mencionando las obras publicadas ya ó que hayan comenzado á publicarse en el segundo semestre del año de 1868, y que no estén mencionadas en el libro del Sr. Santacilia, intitulado *El movimiento literario en México*, pues él puede servir perfectamente para conocer las que se publicaron en el primer semestre del dicho año.

Y en primer lugar mencionaremos este precioso volúmen, notable por mas de un título, y que va á revelar en el extranjero nuestros adelantos intelectuales en los primeros meses de la restauracion de la República. Está escrito con un estilo florido y correcto y con apreciaciones justas, menos en lo que atañe á nuestras humildes producciones, que en esto el autor nos honró demasiado y vió nuestras obras á la luz de la amistad.

Su título es: Del movimiento literario en México, por Pedro Santacilia. Es un volúmen en 8º, de 128 páginas, en hermoso papel y de magnífica impresion.—México, imprenta del Gobierno en Palacio, á cargo de José María Sandoval, 1868.—El autor mandó imprimir un número regular de ejemplares, que regaló á sus amigos y que envió al extranjero.

Monja y Casada, Vírgen y Mártir (historia de los tiempos de la Inquisicion), por el general V. Riva Palacio, publicada por Manuel C. de Villegas. —México, imprenta de la *Constitucion Social*, 4ª calle de la Providencia núm. 6.—1868.

Esta novela muy bien impresa y que se publicó por entregas, forma un hermoso volúmen de 602 páginas en 4º con estampas.—Se halla de venta.

Martin Garatuza (historia de los tiempos de la Inquisicion), por el general V. Riva Palacio.—México, en la misma imprenta que la anterior. Se está publicando todavía por entregas esta última novela del general Riva Palacio, y formará tambien un volúmen en 4º con estampas.

El Sol de Mayo (Memorias de la intervencion francesa), novela histórica por Juan A. Mateos.—México.—1868.—Imprenta de Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2.

Está concluida ya esta novela, que forma un volúmen grueso en 4º y de muy buena impresion. Con estampas litográficas.

Poesías de D. Emilio Rey, antiguo miembro de la Academia literaria de San Juan de Letran y del Liceo Hidalgo.—*Cantos históricos mexicanos, Leyendas y tradiciones, Flores marchitas, Acentos del corazon.*—México.—1868.—Tip. de Neve.

Esta preciosa coleccion de poesías fué publicada en el folletin del diario político intitulado *El Globo;* pero su autor mandó hacer una impresion aparte de ellas, y forman un lindo tomo de 400 páginas en 8º, buen papel y muy esmerada impresion, con el retrato litográfico del autor, por C. Escalante. De venta.

Biografía y crítica de los principales escritores mexicanos desde el siglo XVI hasta nuestros dias; por D. Francisco Pimentel.[1]

De la serie de estudios que el autor se propone publicar con este título, está concluido ya el relativo á la célebre sor Juana Inés de la Cruz, y se imprimió en el folletin de la *Constitucion Social.* El Sr. Pimentel mandó hacer una impresion aparte para regalar á sus amigos. Es un pequeño cuaderno de 80 páginas en 8º, buen papel.—Este estudio, así como los demas que aun permanecen inéditos, se publicarán en el *Renacimiento.*

Nuevo Código de la Reforma. Coleccion de disposiciones que se conocen con este nombre, publicadas desde el año de 1855 al de 1868; formada y anotada por el Lic. Blas J. Gutierrez, catedrático de procedimientos judiciales en la Escuela de Jurisprudencia.—México.—1868.—Imprenta del *Constitucional*, calle del Corazon de Jesus núm. 16.

Esta obra interesante para todos, está publicándose aún por entregas semanarias, y formará varios volúmenes, segun entendemos, en 4º, buena impresion y buen papel.

Diccionario de la Legislacion mexicana, que comprende las leyes, decretos, bandos, reglamentos, circulares y providencias del Supremo Gobierno y otras autoridades de la nacion, publicados desde el 31 de Mayo de 1863 hasta el 30 de Setiembre de 1868; formado por Luis G. Zaldivar.—México.— 1868 y 1869.—Imprenta de la *Constitucion Social.*

Esta obra, tambien interesante para todos y particularmente para los jueces, abogados y litigantes, se publica por entregas semanarias de 32 páginas en 4º mayor, en dos columnas, letra *breviario.*

El Tálamo y la Horca, novela original por Enrique de Olavarría y Ferrari.—México.—F. Diaz de Leon y Santiago White, editores, 2ª calle de la Monterilla núm. 12.—1868 y 1869.

Esta novela está publicándose por entregas semanarias, y tiene muy buen papel y bellísima impresion. Formará un volúmen grueso en 4º con estampas litográficas.

Idilios de Bion de Esmirna, traducidos en versos castellanos por Ipandro Acaico (el P. Montes de Oca.)—Guanajuato.

Es un cuaderno de pocas páginas, buena impresion y buen papel. Estas traducciones serán reproducidas en el *Renacimiento*, con un juicio crítico sobre ellas, del Sr. D. José S. Segura.

Biblioteca para todos.—Novelas ilustradas.—Bajo este título los Sres. Delanoé hermanos están publicando desde el año pasado una interesante coleccion de novelas francesas, traducidas al castellano é ilustradas con buenos grabados en madera. La publicacion se hace por entregas que salen dos veces á la semana, y cuyo tamaño es el folio á dos columnas.—La impresion es buena, lo mismo que el papel.

Hasta ahora van publicadas las siguientes:

El hombre rojo ó el médico de los pobres, por J. de Montepin, traduccion de D. Manuel C. Ituarte. —México.—Delanoé hermanos, editores; calle del Refugio núm. 12.—1868.—Imprenta de Cumplido. —De venta: 10 reales, rústica.

Picolet, por E. de Kock, traduccion de D. Manuel C. Ituarte.—Idem idem.—De venta. Precio, 8 y medio reales.

La Juventud de Enrique IV, por el vizconde Ponson du Terrail.—1ª, 2ª, 3ª, 4ª y 5ª partes.—Idem idem.—Imprenta de Cumplido.

Ahora se hace esta publicacion en la casa de Diaz de Leon y White.

Manual de historia y Geografía de la Península de Yucatan, por el presbítero Crescencio Carrillo.—Mérida.—Imprenta de J. D. Espinosa é hijos.—1868.

Esta obra, recomendable por la erudicion que encierra, se publica aún por entregas quincenales de 32 páginas en 8º

Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la intervencion francesa y del imperio.—Obra escrita y publicada de órden del Gobierno constitucional de la República, por M. Payno. De 1861 á 1867.—México, 1868.—Imprenta de I. Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2.

Esta importantísima Memoria oficial forma un grueso volúmen de 934 páginas en 4º mayor, muy buen papel y esmerada impresion.

Poesías de D. Casimiro Collado.—México. —Imprenta de I. Escalante y Cª, Bajos de San Agustin núm. 1.—1868.

Esta coleccion forma un bellísimo volúmen de 296 páginas en 4º, excelente papel y muy hermosa impresion. El autor solo ha mandado imprimir un número limitado de ejemplares para regalar á sus amigos.

El Derecho.—Periódico de Jurisprudencia y Legislacion, redactado por una sociedad de abogados, notarios y agentes de negocios.—México.—1868–1869.—Imprenta del Comercio, de N. Chavez, á cargo de J. Moreno, calle de Cordobanes núm. 8.

Tan importante y útil publicacion, comenzada el año pasado, forma ya un volúmen en 4º mayor, y se está publicando actualmente el 2º—Se hacia sentir ya la falta de un periódico como este, y sus redactores han satisfecho una exigencia social.

Curso de Geografía especial de México, por Márcos Arróniz (hijo), miembro corresponsal de la Sociedad de Geografía y Estadística de México. Edicion adornada con un mapa de la República.—Orizava.—Imprenta de J. B. Aburtó.—1868.

Esta nueva produccion del erudito autor de la *Historia de Orizava*, é importantísima por su objeto, está ya concluida, y forma un bonito volúmen de 311 páginas en 8º—Es muy recomendable para la juventud.

Ignacio M. Altamirano.

SILVA.

¿No conoceis á Elena?
—Es mas bella y hermosa
Que una tarde serena
Cayendo en brazos de la noche umbrosa.
La viva luz de sus vivaces ojos
En blanda dicha el corazon anega,
Y si sus labios encendidos, rojos,
Cariñosa despliegá,
A la misma beldad causa sonrojos,
Nunca en florida vega
Mas nítida y preciosa
Se alzó purpúrea rosa,
Ostentando sus galas y primores
De la carmínea aurora á los albores,
Cual la que pura brilla
En su sin par angélica mejilla.
Su riza cabellera
Es la hermosa guirnalda
Que ciñe el sol en la celeste esfera
Al dar sus rayos de carmin y gualda:
Y su boca pequeña,
Cuando graciosa rie,
Cándidas perlas nítidas enseña
Entre hojas de alelíe.

No tan gallarda la flotante palma,
Orillas del torrente,
Se mece del estío
Al vagaroso ambiente
De la tarde en la calma;
Ni los juncos del rio
Tan blandos se adormecen,
Cuando las auras plácidas los mecen,
Cual su talle gentil y delicado
Donde el amor suspira encadenado.

Yo la ví gentilísima y ligera,
Al compás de la música sonando,
Como sílfid fantástica, hechicera,
Sus encantos y galas ostentando.
Yo la miré: su risa lisonjera
Ilusiones de amor iba sembrando,
Y doquier que su rostro revolvia
Los pechos mas indómitos vencia.
—¿Y no la conoceis? Su hermosa frente,
¿No habeis visto cercada en negros rizos,
Donde el amor rïente,
Selló un beso, dejando mil hechizos?

De su boca gentil la voz sonora,
¿Nunca habeis escuchado?
Pues es la de la tórtola que llora
Su dulce bien amado.
¡Quién me diera decir el sentimiento
Que el corazon me agita desde la hora
En que la luz de su gentil belleza
Mi ser todo abrasó!
Como la aurora
La niebla ahuyenta de la noche oscura,
Y el éter de los cielos esclarece,
Así su gallardísima hermosura
Entre otras mil beldades resplandece,
Y las ofusca con su lumbre pura.
Como el invierno perezoso abate
El árbol rumoroso, y le despoja
De su fresco verdor hoja por hoja,
Y luego la florida primavera
Blanda le torna su beldad primera,
Así á mi alma cubierta de aflicciones
Retornó su presencia lisonjera
De un inocente afan las ilusiones.

Mi corazon á su beldad rendido
No la puede olvidar: entre la sombra
De la callada noche,
Oigo su voz que al suspirar me nombra;
Y al despuntar el dia,
Miro su imágen celestial y bella
Envuelta en el fulgor de alguna estrella
Al esconderse tras la mar bravía:
Creo en los campos descubrir su huella,
Y de amor en los lánguidos desvelos
La veo cruzar aérea y vaporosa
Por el íris gayado de los cielos.
Las bóvedas hendiendo de zafiro
En mis sueños la miro;
Escucho que la cantan los querubes,
Y cuando la orla de su manto apenas
A contemplar el corazon alcanza,
Ligándome el dolor á sus cadenas,
Con voz grave me dice:
«Desespera, infelice,
Que hasta el cielo volóse tu esperanza....»

¡Ay! que no basta al infortunio el dia,
Si hasta en horas del plácido sosiego,
Su saña y su porfía
Amor me trae arrebatado y ciego.
¿Y esta esperanza á mi infelice vida
Ya nunca brillará? No, que en las ramas
De la encina aterida
Por el sañudo invierno,
No posa y canta el pajarillo tierno.
¡Adios, bella esperanza! ¡ángel querido!
Mas si en la triste vida y transitoria
Todo se hunde en la tumba del olvido,
Desde el eterno cielo de tu gloria,
En pago de mi amor, blando te pido
Un suspiro no mas, una memoria!

RICARDO ITUARTE.

[illegible].

A MI MADRE.

LA HIJA DEL CHARLATAN

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

ESCRITO EN PROSA

POR PEDRO LANDÁZURI.

PERSONAS DEL PRÓLOGO.

MARIA FILOUTIER.	BAUTISTA FILOUTIER (padre de María.)
MELANIA.	FERNANDO DE ALARCON.
PALMIRA.	VICTOR DE AGUILAR.
POLKETA.	FRANCISCO FILOUTIER (hermº de Bautista)

Concurrentes y mozos de café.

LA ESCENA ES EN PARIS, POR EL AÑO DE 1852.

PROLOGO.

Decoracion de calle. A la derecha la fachada de un café con dos puertas practicables; delante de estas, ocupando parte de la calle, varias mesas redondas rodeadas de sillas. A la izquierda y en el fondo, fachadas de tiendas y casas de mas de tres pisos.—Es de dia.

ESCENA I.

Al levantarse el telon aparecen algunas personas sentadas en distintas mesas, formando grupos. Víctor y Fernando por el fondo, dirigiéndose hácia el café.

FERN.—Continúa, amigo mio, continúa; me estás edificando. Descubro en tí disposiciones pasmosas para sermonear; tienes todos los tamaños de un orador. Sigue, pues; te escucho con la mas profunda atencion.

VICTOR.—Todo lo tomas á broma, Fernando, y sin embargo te hablo sériamente: no es que no comprenda yo las exigencias de tu posicion y de tu edad; pero tus locuras han llegado á un extremo......

FERN.—¡Bravo! mejor que mejor.

VICTOR.—Tus locuras, repito, y es preciso que tomes mis palabras en su verdadero sentido. No puedes suponer que yo pretenda desaprobar que á los veinte años, huérfano, heredero de una inmensa fortuna, y en Paris, te hayas entregado con furor á toda clase de placeres; en la edad de las pasiones y de los sueños de oro, con los medios de satisfacer todos tus deseos, es muy natural que hayas obrado así; todos lo habrian hecho en tu caso.

FERN.—Por supuesto.

VICTOR.—No es eso, pues, lo que desapruebo en tí. Lo que pretendo es que reflexiones algo mas en lo que haces, que no te dejes alucinar por las apariencias doradas de un mundo corrompido y egoista, y que ya que te has lanzado en ese torbellino de excesos y locuras que todos mas ó menos seguimos, tengas bastante sangre fria para defenderte de los lazos que se te tienden á cada paso, y en los que has caido hasta ahora, con una inocencia verdaderamente infantil.

FERN.—Pero hombre, cualquiera diria que estás hablando de una niña.

VICTOR.—Y una niña, mi pobre Fernando, no tendria mas candor que tú.

FERN.—¡Bravísimo!

VICTOR.—Escucha. En los tres años que hace que estás en Paris, en los dos últimos sobre todo, desde que murió tu padre en México, dejándote dueño absoluto de tu libertad y de tus bienes, tus gastos han sido tan locos, tan exorbitantes, que no bastándote ya tus rentas, estás derrochando el capital. Es el resultado, amigo mio, del candor de que te hablaba.

FERN.—No vas á imaginarte, supongo, que mi ligereza llegue hasta arruinarme enteramente.

VICTOR.—Precisamente es lo que temo.

FERN.—¡Bah!

VICTOR.—El mundo se compone, con muy pocas excepciones, de pícaros y tontos......

FERN.—Colócame, te lo suplico, en la segunda categoría.

VICTOR.—Evidentemente, es á la que perteneces; porque jóven, rico y generoso, con no poca vanidad......

FERN.—Gracias. (inclinándose con aire irónico.)

VICTOR.—Te hallas rodeado de una multitud de intrigantes y aduladores de ambos sexos, que explotan tus debilidades y tus defectos.

FERN.—¿Preferirias acaso que yo explotara las debilidades y defectos de los demas?

VICTOR.—No; querria que fueras la excepcion. Tu delicadeza y tus principios te impedirán siempre colocarte entre los primeros; pero es necesario que tengas bastante experieneia y sangre fria, como dije antes, para no ser colocado entre los segundos.

FERN.—¡Bien! estás de vena.

VICTOR.—Tus relaciones con Melania, por ejemplo, son una prueba irrecusable de la exactitud de mi clasificacion.

FERN.—¡Bueno!

VICTOR.—¿Cómo es posible que un jóven de tu inteligencia y de tu posicion, consienta en representar el insípido papel de amartelado hácia una mujer á quien debe eso parecerle cosa del otro mundo? ¿Cómo es posible que te hayas convertido en el juguete de sus mas extravagantes caprichos? ¿Ignoras que en una Melania es insaciable la sed de lujo y de riqueza? ¿No comprendes que un amor puramente *financiero* y un amor quijotesco como el tuyo, hacen una mezcla detestable, cuyo resultado es la ruina de un hombre?

FERN.—Tus observaciones son muy sábias y juiciosas, Víctor, no se puede negar; pero son inmerecidas: no creo que algunos acaloramientos de cabeza, muy naturales en un jóven, como tú mismo has confesado, puedan dar lugar á las lúgubres profecías con que estás amenazando mi porvenir. Es cierto que este año he gastado mas de lo que debia; pero con alguna economía en adelante, espero reparar las pérdidas que mis desvaríos me han ocasionado; y sobre todo, confiesa, amigo mio, que Melania es encantadora y que merece la pena de......

VICTOR.—Ciertamente; Melania es una muchacha encantadora, como dices, alegre, elegante, de talento; pero es...... Melania, y......

FERN.—Y no es digna del afecto exaltado que me supones, ¿no es verdad?

VICTOR.—Del afecto exaltado que aparentas por ella, pues no quiero hacerte el poco favor de creer que abrigues una pasion ardiente por una mujer semejante.

FERN.—No es poca fortuna.

VICTOR.—Sin embargo, tu excesiva complacencia le hace comprender cada dia mas todas las ventajas que pueden resultarle de conservarte en la posicion en que por tu inexperiencia te has colocado. Tú debes saber, aunque no lo parece, que una mujer como esa no abandona nunca fácilmente tan agradable perspectiva.

FERN.—Me parece que no llevas trazas de concluir, y juzgo oportuno que nos sentemos, como debiamos haberlo hecho tiempo ha; de ese modo podrás desarrollar tus teorías mas á tu sabor, y yo escucharlas mas cómodamente. ¡Francisco! (llamando.)

ESCENA II.

Dichos, FRANCISCO.

FRANC.—¿Señores?

FERN.—¿Ha venido Melania?

FRANC.—No, señor, todavía no.

FERN.—Si viene, dígale vd. que esperamos en el último salon. Vamos, Víctor, son las once; tiempo tenemos antes de almorzar, para jugar una partida de ajedrez. Me siento capaz de derrotarte en menos de un cuarto de hora.

VICTOR.—Vamos. (Entran.)

ESCENA III.

Dichos, menos FERNANDO y VÍCTOR.

FRANC.—¡Vaya unos jóvenes felices! para ellos la vida es una serie de goces y distracciones. Son tan ricos!...... Si yo lo fuera, creo que estaria siempre alegre como unas pascuas; pero un pobre mozo de café está destinado á pasar toda su vida en medio del bullicio de los placeres, con la amarga conviccion de que jamas podrá alcanzarlos......

1er CONC.—¡Mozo! (á un mozo que está en el fondo.)

2º CONC.—Una taza de café.

3er CONC.—(Llamando en la primera mesa y golpeando con una moneda.)

FRANC.—Voy allá. (dirigiéndose á la primera mesa.)

3er CONC.—Tres helados con bizcochos. (sacando dinero del bolsillo.)

FRANC.—Son tres francos cincuenta céntimos. (Recibe el dinero de manos del tercer concurrente; este y los otros dos que estaban en la misma mesa, se levantan y se van. Francisco se dirige de nuevo al proscenio.)—¡Dos sueldos de propina cuando han consumido por valor de mas de tres francos! Con muchos parroquianos como estos, llevo trazas de salir de pobre!

2º Conc.—Dejemos ya el dominó (á sus compañeros de mesa).—Son vdes. incansables.

1er Conc.—Para mí es un juego muy divertido.

Franc.—No todos son tan bondadosos como los dos señores mexicanos que acaban de entrar: si no hubiera sido por ellos, no habria podido soportar los gastos de mi enfermedad el invierno pasado. Casi todos los mexicanos que he conocido, son ricos y generosos...... Dichoso país!

2º Conc.—Vuelven á dar esta noche en el *Vaudeville* «La Dama de las Camelias.»

1er Conc.—Magnífica pieza! Mademoiselle Page es inimitable.

Franc.—Muy bien hace mi hermano en decidirse á ir á México á buscar fortuna; no sé por qué se me figura que allí debe ser fácil encontrarla. Si yo pudiera, le seguiria con gusto: ya que nos resolvimos á abandonar la Suiza, nuestra patria, mientras mas nos alejemos de ella, mas favorable debe sernos, á mi entender, la suerte. ¡En fin!...... vamos á limpiar las lámparas del salon; lo mismo da que ir á México á recoger montes de oro. (Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

Dichos, menos FRANCISCO; BAUTISTA.

Entra Bautista precedido de un carro pequeño conducido por un muchacho; el carro es solamente un cajon con cuatro ruedas y un arco en la parte de adelante, en el cual habrá colgadas algunas ratas muertas. La parte exterior del carro estará forrada de anuncios, con grandes letras de distintos colores.

Baut. (con énfasis).—¡Hé aquí, señores, el descubrimiento mas portentoso y mas útil que ha obtenido hasta ahora la ciencia! (Varios concurrentes del café y algunos transeuntes rodean á Bautista, mientras este dice lo siguiente con volubilidad y charlatanismo.)—No hay palabras que puedan dar una idea aproximada de las virtudes maravillosas de este específico sublime; es el arma mas segura y poderosa contra el mas encarnizado enemigo del hogar doméstico. ¡Las ratas! ¡Oh, las ratas! ¿Saben vdes. lo que es una rata? La ruina de las casas, el perseguidor acérrimo del queso, del jamon, del salchichon y de todas esas viandas exquisitas que con tanto esmero conserva una buena ama de casa; el fantasma aterrador de toda niña delicada y nerviosa; el bicho mas incómodo y perjudicial de todos los que escaparon del diluvio. ¿No será la mayor felicidad para el género humano obtener los medios de libertarse de esta plaga verdaderamente infernal? Ese medio, señores, yo lo poseo.—Basta con uno solo de estos paquetitos de polvos, para destruir todos los individuos de esa raza malévola que hayan invadido una casa, un palacio y hasta una ciudad entera. Un alimento cualquiera, ligeramente sazonado con ellos, da la muerte en menos tiempo de lo que tardo en decirlo.—Vdes. se imaginarán, justamente, que no bastarian todos los tesoros del mundo á pagar este talisman precioso; y sin embargo, ¡oh dicha! su módico precio está al alcance del pobre como del rico, del miserable como del opulento. Dos sueldos son suficientes para conquistar la tranquilidad doméstica; y ¿quién no tiene dos sueldos en el bolsillo? ¡Compren vdes., señores! ¡compren vdes! ¿Quién desperdicia tan favorable ocasion? ¡Dos sueldos! ¡nada mas que dos sueldos!

(Estas últimas palabras las dice Bautista encaminándose al café y dirigiéndose á los que aun permanecen sentados; los que le rodeaban se han ido separando poco á poco de él, despues de haberle comprado algunos paquetes de polvos.)

ESCENA V.

Dichos, FRANCISCO.

Baut. (á Francisco que sale del café con un periódico en la mano).—¡Eh, Francisco! Ven acá, tengo que hablarte.

Franc.—Espera. (Pone un periódico sobre una mesa y vuelve hácia Bautista.)—¿Qué querias, Bautista?

Baut.—Darte una buena noticia. He decidido mi viaje para la semana entrante; pienso embarcarme el juéves próximo, en un *brik* ligero como el viento, que si el tiempo lo permite, extendiendo sus blancas y potentes velas y hendiendo gallardamente las embravecidas ondas del Océano, me conducirá, en menos de cuarenta dias, á las bellas regiones donde se pone el sol tras de montañas henchidas de oro, que sus insípidos habitantes, afortunadamente para nosotros, no saben aprovechar.

Franc.—¿Y todo eso quiere decir, en sustancia, que te embarcas para México?

Baut.—Efectivamente, querido hermano, dentro de un mes á mas tardar, me tendrás á tres mil leguas de distancia de este maldito país, donde el genio pasa desapercibido, en medio de una muchedumbre egoista é indiferente, y dentro de dos ó tres años á lo mas, tendrás la honra de contar un millonario entre los miembros mas allegados de tu miserable familia.

Franc.—Hace cuatro años, al abandonar nuestra patria, me decias poco mas ó menos las mismas palabras, y hasta ahora no veo que se hayan realizado tus predicciones.

Baut.—¿Y cuentas por nada la fama que he adquirido en el desempeño de mis funciones públicas? el ilustre nombre que legaré á la posteridad?

Franc.—¡Qué nombre ni qué......

Baut.—Siempre he observado que tu cerebro es demasiado estrecho para comprender las sublimes ideas que brotan en el mio. ¡Siempre vivirás sumido en el mas profundo oscurantismo! Tú no sabes, ni sabrás nunca, toda la rica cosecha de conocimientos *filosófico-sociales* que puede recoger en cuatro años un hombre inteligente y observador, frente á frente de un público necio, crédulo y novelero.

Franc.—¡Bah!

Baut.—Grandes y luminosas verdades he llegado á descubrir durante mi residencia en esta inmensa capital: acostumbrado á tratar con la multitud,

mis juicios han sido generales; en ellos he considerado la humanidad, no el individuo: ¿y sabes cuál ha sido, en pocas palabras, el fruto de mis observaciones?

FRANC.—Veamos.

BAUT.—Que en este mundo, en esta sociedad, virtud, honradez, delicadeza, inteligencia, etc., todas esas cualidades que se dice forman el verdadero mérito, y ante las cuales aparentamos todos inclinarnos, no son mas que palabras vacías de sentido, con que se explota la credulidad de los cándidos y de los tontos; manto mas ó menos deslumbrador con que se encubre, por un resto de pudor mal entendido, el verdadero ídolo de nuestros tiempos; que todos esos nombres huecos y retumbantes pueden reasumirse en una sola palabra: ¡dinero! porque todo aquel que posee ese talisman poderoso, tiene el derecho de poseer ante el mundo esas cualidades que aparentamos tanto admirar y respetar, y cuyo tímido brillo se oscurece, sin embargo, ante el luminoso resplandor de una moneda de oro.

FRANC.—¡Eh! no sé lo que quieres decir, ni deseo tampoco saberlo.

BAUT.—¡Los menguados que, como tú, no comprenden toda la verdad de este principio, están condenados á vivir siempre en la miseria; el hombre diestro y poco escrupuloso está seguro de conquistar un brillante porvenir: yo te respondo del mio.

FRANC.—¿Y cuáles son los medios con que cuentas para......

BAUT.—El comercio, que presenta un vasto campo para sacar partido de la ignorancia y buena fe de nuestros semejantes, explotando impunemente estas dos cualidades. Hoy poseo algunas economías, que empleadas con tacto é inteligencia, serán el pedestal de mi grandeza futura. México, segun la opinion de nuestros mas célebres viajeros contemporáneos, poblado de habitantes mentecatos y medio salvajes, es el teatro mas adecuado para mis sábias operaciones *financieras*.—Pero veo que te fastidias, y pierdo un tiempo precioso para mí en estos momentos: al grano.

FRANC.—Me parece lo mas oportuno.

BAUT.—Quiero darte mis últimas instrucciones. Mis escasos recursos no me permiten llevar á mi hija conmigo; pienso, pues, confiártela. Si viviera mi difunta Juana, no te daria esa molestia; pero......

FRANC.—¡Tu difunta Juana! Era una buena mujer; si la hubieras tratado con alguna consideracion, todavía viviria, y no nos habriamos visto en tantos aprietos, ni tu hija se veria obligada á ganar su pan cantando por las calles.

BAUT.—No me parece que unas cuantas palizas, que no vienen mal de tiempo en tiempo en un buen matrimonio, sean un motivo suficiente para marcharse al otro mundo; la pobre era muy delicada y algo nerviosa, y cuando el vino me exaltaba...... En fin, todo esto no viene al caso. Te dejo á María; tú quieres mucho á la chica, y ella se encuentra muy bien al lado del tio Francisco...... A propósito; ¿no ha venido?

FRANC.—Todavía no es su hora; no debe tardar.

BAUT.—Te advierto que no te des por entendido con ella sobre mi determinacion; no quiero lloriqueos desde ahora; tiempo hay para ello...... Ah! ya se me olvidaba lo mas interesante. Al partir, siempre deseoso de sacarte de esta existencia mezquina y oscura, quiero abrirte el camino de la prosperidad y del progreso, poniendo en tus manos todos los medios que están á mi alcance; trata de aprovecharte de ellos, siguiendo las huellas de tu ilustre predecesor. Te nombro mi heredero: te dejo mi carro y mi inmensa clientela, instrumentos materiales de mi fortuna; te dejo mis consejos, fruto de mi larga experiencia, instrumento moral que se embotará sin duda alguna en tu obtusa inteligencia. ¡Ojalá puedas, sin embargo, apreciar todo el valor del obsequio que te hago, y á la vuelta de algunos años te halles en una posicion digna de la sangre que corre por tus venas! Pero me voy, ya es tarde. Antes de emprender mi viaje necesito hablar contigo largamente; será otro dia, hoy no puedo detenerme mas.—(Al muchacho.) Estira, muchacho. (A Francisco.) Hasta la vista, hermano.

FRANC.—¡Anda con Dios! (Váse Bautista por el fondo.)

ESCENA VI.

Dichos, menos BAUTISTA; MELANIA, PALMIRA, POLKETTA.

FRANC.—Creí que no acababa nunca; y lo peor de todo es que no le entiendo una sola palabra.

MELAN. (entrando por el fondo con Palmira y Polketta).—Estoy cansada de vivir en la calle de San Lázaro, querida mia; pero acabo de encontrar una encantadora habitacion en la calle Tronchet, con cochera y caballeriza en la misma casa, lo que es una grandísima ventaja.

POLK.—En efecto, es muy ventajoso. ¿Qué renta pagas?

MELAN.—Tres mil francos, querida. Solo espero que concluyan de poner el papel del comedor para mudarme. (Sentándose á una de las mesas del café y llamando.)—¡Francisco! ¿está aquí Fernando?

FRANC.—Sí, señora, está adentro jugando ajedrez con su amigo.

MELAN.—Avíseles vd. que aquí esperamos. Hace un calor insoportable.

PALM.—¡Polketta! ¿qué has hecho de tu viejo conde? Desde su última aventura en el bosque de *Boulogne*, no le he vuelto á encontrar en ninguna parte.

MELAN.—¿Qué aventura? no me habias dicho nada......

PALM.—Figúrate, Melania, que el pobre anciano, al salir de las carreras de Long-Champs, tal vez exaltado por los recuerdos de su juventud á causa del espectáculo que acababa de ver, quiso mostrar á sus amigos que aun era digno de pertenecer al Jokey-Club. Lanza su caballo repentinamente con

toda la velocidad de que era capaz, y sin tener en cuenta que su altura habia aumentado de todo el cuerpo de su fogoso corcel, se enderezó gallardamente en la silla. La rapidez de la carrera, unida á una fuerte ráfaga de viento, le hicieron perder el sombrero, y tropezando violentamente su cabeza desnuda contra la rama de un árbol, quedó prendido de los cabellos cual otro Absalon: ¡considera mi espanto! mas con grande admiracion mia ví al conde continuar inmediatamente su carrera, sano y salvo, dejando la peluca oscilar graciosamente al extremo de la irreverente rama, y haciéndonos ver la luna á las cuatro de la tarde.

MELAN.—Ja, ja, ja! ¡Pobre conde!

PALM.—Yo pasaba en ese momento en mi victoria y tuve la dicha de admirar al desgraciado conde en todo el esplendor de sus ochenta años.

POLK.—A pesar de su peluca y de sus ochenta años, le prefiero á otros que consideran la juventud como una de sus mayores cualidades; y para una mujer que no es tonta......

MELAN.—Tienes razon; mucho dinero y muchos años, son cualidades inapreciables para quien sabe aprovecharse de ellas. Consérvale, Polketta; un hombre de estos es un tesoro que no se encuentra á cada paso. Si logro arruinar á Fernando en todo este año, me dedicaré á la especialidad de los viejos.

PALM.—Harias mal, Melania; Fernando es muy complaciente contigo.

MELAN.—¡Qué candor! Un hombre que se arruina por una mujer, amiga mia, le da siempre un gran realce á los ojos del mundo, y yo todavía no me he dado ese placer.

POLK.—¡Qué tontos son los hombres!

MELAN.—Afortunadamente para nosotras. Mira á la Papillon; si no hubiera sido por lord Richemond, que tuvo la feliz idea de arruinarse por ella el invierno pasado, no se veria hoy tan obsequiada, á pesar de ser vieja y fea.

PALM.—Y muy orgullosa.

POLK.—Si hubieras visto qué magnífico aderezo de brillantes llevó la otra noche á los Italianos! Estaba muy bien puesta; es mujer de mucho mundo.

PALM.—Yo no la puedo soportar.

POLK.—(¡Envidiosa!)

PALM.—Tienes toda la necedad de una mujer juiciosa, mi pobre Polketta.

POLK.—Erraste la vocacion; no harás nunca carrera.

PALM.—Sin embargo, no envidio tu fortuna (con ironía) ¡aunque has llegado á ser condesa!

POLK.—A propósito; la vieja condesa, mi rival legítima, pretende arrebatarme mi venerable adorador, so pretexto de un *steeple-chase* en sus tierras de Normandía; pero me he propuesto no dejarle salir de Paris, á menos que para endulzarme la amargura de la ausencia, no me haga el obsequio de una casa de campo.

MELAN.—¡Bellísima idea!

PALM.—Pero es una lucha cuerpo á cuerpo con la condesa.

POLK.—En la que venceré, no te quepa duda. En esta clase de batallas, siempre llevamos nosotras la ventaja sobre las damas del gran mundo.

MELAN.—Y es muy justo; porque en general solo nos falta la hipocresía para ser iguales á ellas. Tu vieja condesa, por ejemplo: si yo refiriera todas las anécdotas galantes con que escandalizó á las gazmoñas de su tiempo, y que sé de muy buena tinta......

PALM.—Haznos gracia de las historietitas de ese Matusalem con faldas; detesto el estilo Luis XV, y supongo que solamente la sombra de uno de los marqueses de esa época, puede haberte dado tan curiosos detalles.

POLK.—¡Debe fastidiarse mucho el conde al lado de semejante antigualla!

PALM. (con ironía).—¡Pero encuentra en tí tan dulce compensacion! Tú te tomas el trabajo de hacerle olvidar las arrugas de su cara mitad.

POLK.—Por caridad cristiana, querida.

ESCENA VII.

Dichos, VÍCTOR, FERNANDO (saliendo del café.)

FERN.—¿Cómo estás, Melania? ¡Señoras! ¿han esperado vdes. mucho?

VICTOR.—Aseguro que Polketta debe tener un hambre devoradora.

POLK.—Por eso detesto á los hombres que juegan ajedrez. Tomaremos una copa de madera antes de almorzar.

VICTOR.—Con algunas soletas, ¿no es verdad? ¡Francisco! (Habla bajo á Francisco, y se sientan.)

FERN.—¿Se han fastidiado vdes. mucho?

PALM.—Así, así: afortunadamente llegaron vdes. á tiempo para impedir á Melania el darnos un curso de historia antigua.

VICTOR.—¿De qué se hablaba? (Francisco trae un azafate con copas llenas de madera y las coloca en la mesa.)

MELAN.—De la condesa d'Orvais.

VICTOR.—Lo siento por Polketta.

POLK. (mojando una soleta en el vino despues de haber dado un trago.)—Escucha, Fernando: este vino viene de tu país, ¿no es cierto?

VICTOR (en tono de burla).—El que te enseñó geografía debe devolverte tu dinero, Polketta.

POLK.—¿Acaso Madera no es un país?

VICTOR.—Solamente que no es el nuestro.

MELAN. (á Fernando).—Estuve en mi nueva habitacion esta mañana. He pensado entapizar mi alcoba, de brocatel blanco y rosa.

VICTOR.—¿Como emblema de tu inocencia, has escogido sin duda esos colores? (Sonriendo irónicamente.)

MELAN. (con un aire de resolucion cómico).—No; es un desafío á las preocupaciones sociales.

PALM.—Yo prefiero el azul para una alcoba; aunque es un color menos delicado, no se echa á perder tan pronto.

MELAN.—Es muy comun; no hay alcoba de portero que no sea azul.

POLK.—A mí me agrada mas el amarillo.

VICTOR.—Yo protesto contra ese color, en nombre del respetable conde d'Orvais.

FERN.—Víctor, ¿nos acompañas á Enghien esta tarde? Melania tiene deseos de respirar el aire libre del campo. Iremos á comer á la orilla del lago.

VICTOR.—No tengo inconveniente; y si Palmira y Polketta quieren acompañarnos......

PALM.—Acepto con gusto.

POLK.—Yo siento mucho no poder acompañar á vdes.; pero un negocio importante......

VICTOR.—¿Habrá negocio, por importante que sea, capaz de hacerte despreciar un pavo trufado que te ofrezco para las seis de la tarde?

POLK. (despues de un momento de reflexion).—Tienes razon, querido Víctor; buscaremos una disculpa plausible para explicar mi ausencia al pobre conde.

FERN.—Pocas veces reflexionas; pero en cambio eres de una encantadora originalidad en tus determinaciones.

POLK.—Confiesa sinceramente que en ninguna parte has encontrado mujer mas inteligente que yo; ni en tu país.

VICTOR.—México, por fortuna para sus habitantes, carece totalmente de criaturas de tu mérito.

MELAN.—Pero abunda en revoluciones y......

VICTOR (con galantería burlona).—Y sobre todo en oro, ¿no es verdad, Melania? (Melania se encoge de hombros.)

ESCENA VIII.

Dichos; MARIA vestida pobremente y con una guitarra en la mano; FRANCISCO.

MARIA (canta la siguiente estrofa acompañada de la guitarra):

* Mi fin está cercano; voy á dejar la vida:
Tú, pobre ángel que quedas sumido en el dolor,
Al recibir mi triste, eterna despedida,
Fija en mí tus miradas dulcísimas de amor.
De la mansion celeste tú me abrirás las puertas,
Y la ley del Eterno dulcificando así,
Cuando veas caer, caer las hojas muertas,
Tú que me amaste tanto, ruega al Señor por mí.

(Se acerca María con un platillo de metal en la mano, en ademan de pedir limosna á los concurrentes mas lejanos del proscenio, que la rechazan.)

FERN.—¡Qué voz tan dulce tiene esta chiquilla!

VICTOR.—Canta con mucha expresion.

POLK.—Está flaca como un escuerzo y amarilla como un membrillo.

FRANC.—(¡Cuando se tiene hambre y frio, no es extraño!)

* Música de «*Les feuilles mortes*.»

MARIA (vuelve al proscenio y canta):

Sí, Abril va á florecer sobre un sepulcro helado,
El sol es ya á mis ojos la antorcha funeral;
Cada hoja desprendida del árbol despojado
Me muestra de la muerte la amenaza fatal.
De las aves del cielo las cohortes benditas
Se volarán ligeras sin detenerse aquí....
Cuando veas caer ¡ay! las hojas marchitas,
Tú que me amaste tanto, ruega al Señor por mí.

(Vuelve á acercarse á los concurrentes como la primera vez.)

MELAN.—Parece que la cancion de esta pequeña vagabunda te ha puesto melancólico, Fernando.

POLK.—Sí, y es á la verdad imperdonable; yo creo que hasta se ha olvidado de que estamos sin almorzar.

VICTOR.—Donde tú estás, es difícil ese olvido.

POLK.—Yo declaro que si no almorzamos al momento, me desmayo.

VICTOR.—Vamos, pues. (Se levantan todos y se dirigen hácia el fondo; Fernando se queda un poco atrás.)

FERN. (pensativo).—¡Este contraste hace mal! (señalando el grupo de sus compañeros que se alejan). Allí el lujo, la alegría, el desórden; aquí la miseria, el hambre, el sufrimiento...... ¡Pobre criatura! (Se acerca á María y le da un bolsillo de seda que contiene algunas monedas de oro.) Toma, hija mia....... ¡que Dios te haga feliz! (con acento conmovido, y se aleja rápidamente.)

MELAN. (desde el fondo).—¿Vienes, Fernando?

ESCENA IX.

MARIA, FRANCISCO.

MARIA.—¡Tanto oro!....... (con admiracion y como dudando). ¡Ese caballero se ha equivocado sin duda........ ¡tiene una fisonomía tan dulce y bondadosa!...... (Enternecida.) ¡Hay, pues, almas generosas en el mundo!

FRANC. (acercándose á María, que se ha quedado pensativa).—¿Qué tienes, María? ¿no has recogido nada hoy?

MARIA (preocupada).—¿Quién es ese caballero que acaba de irse de aquí, tio?

FRANC.—Es un jóven mexicano. ¿Pero qué tienes, muchacha?

MARIA.—¿Su nombre?

FRANC.—Fernando de Alarcon. ¿Pero qué te sucede?

MARIA (conmovida).—¡Me ha dado esta bolsa!

FRANC.—¡Dios le bendiga! ¡es un buen corazon!

CAE EL TELON.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

México, Enero 23 de 1869.

Los domingos.—La embriaguez.—Las calles de Plateros y San Francisco.—Las violetas.—El Casino español.—La Sociedad de Geografía y Estadística.—Comisiones.—Petronilo Monroy y su cuadro de la *Constitucion de 57*.—El jóven paisajista Velasco, discípulo de Landesio y profesor de perspectiva en la Academia de San Cárlos.—Sus cuadros para nuestros versos.—*La cancion de La Campana* de Schiller, traduccion de Segura.—El idioma aleman y el profesor Hassey.—El Ángel del porvenir, novela de Sierra.—Galería de pequeñas novelas.

Nada hay mas bello que los domingos en la bulliciosa México. En las ciudades protestantes, y especialmente en las de los Estados-Unidos, este dia es triste y se guarda, como los judíos guardaban y guardan aún el sábado. En México se consagra al descanso y á la alegría. Con que á esto se limitara el pueblo, nada podria decirse, y aun no tendriamos que envidiar á los protestantes su recogimiento y su austeridad, porque en fin, el descanso, los placeres inocentes, la expansion del ánimo, los festines de familia, las horas consagradas al amor puro y legítimo ó á los goces de la amistad, todo esto debe ser grato á Dios, y de ninguna manera puede suponerse que ese Supremo Sér, todo bondad y dulzura, exija que despues de los seis dias de faenas, de angustias y de tristes cuidados de la semana, el alma que desea distraccion y solaz, se torture en el austero encierro de la casa, que causa tedio y que debe ir haciendo poco á poco melancólico el carácter y dolorosa la necesidad del trabajo.

El descanso del domingo tiene por objeto restaurar las fuerzas y mantener en la debida templanza el ánimo, que, como el poeta antiguo decia muy bien, es comparable á la cuerda de un arco, que es preciso no mantener siempre tirante, para evitar que se rompa.

Sobre todo, para nuestro carácter meridional, ese enclaustramiento severo de los protestantes del Norte seria poco menos que imposible, y por eso, á pesar de las prescripciones del catolicismo, la Iglesia misma ha tolerado siempre nuestras costumbres, limitándose á prohibir todo lo que pugnara abiertamente con el precepto de *santificar las fiestas*. Así es que con mandar que los fieles oyesen misa é hiciesen oracion para manifestar su gratitud al Autor del universo, juzgó que los deberes cristianos estaban cumplidos, sin anatematizar los placeres honestos del domingo.

El pueblo ha seguido estas máximas. Se levanta el domingo, se viste de limpio, oye misa, y despues pasea y se divierte. Hasta aquí todo está bien. Si hay teatro y sus economías le permiten concurrir, va al teatro y se distrae honradamente riendo y llorando cuando la comedia ó el drama lo piden, y aprende allí algunas lecciones de moral que conserva en la memoria largo tiempo, lo que debia inspirar á los gobiernos el deseo de proteger este género de espectáculos, tan útiles como inocentes.

Antes el pueblo iba á los toros, á que era aficionado con pasion; pero hoy, gracias al cielo, esa diversion de bárbaros no existe en la capital, y solo queda vigente en algunos Estados donde aun la creen necesaria para su civilizacion y su progreso. Si á esto se limitara la expansion popular, lo repetimos, nada habria que decir y podriamos envanecernos de ir marchando á pasos mesurados, pero seguros, en la senda de la ilustracion y del bienestar.

Pero nos es triste decir que hace tiempo que notamos los progresos cada vez mas crecientes que hace un vicio en nuestro país, un vicio que corroe las entrañas de un pueblo, como las del individuo: la embriaguez. Esta horrible plaga aumenta el número de sus víctimas cada dia, escogiéndolas lo mismo entre las clases proletarias que en las aristocráticas. Todo el mundo bebe: el pobre, *pulque ó aguardiente de caña;* el rico ó el hombre de levita, *ajenjo ó ginebra.* Para el proletario se abren las tabernas; para el hombre educado y bien vestido se abren los cafés, las fondas y las cantinas elegantes, donde hay muebles de lujo para los caballeros que se emborrachan; de modo que el miserable rueda en el fango y el señor decente en cojines de terciopelo; pero sin esta diferencia y la de que la policía lleva á la cárcel al primero luego que ha perdido el sentido, y amigos oficiosos al segundo á su casa, la crápula es igual y el vicio es tan repugnante y tan devorador en los unos como en los otros.

La embriaguez todavía tiene mayores y mas funestas consecuencias. Las riñas, las heridas, los asesinatos, el robo, el hambre de la familia y el idiotismo por último, que acaba con el borracho y con el porvenir de sus hijos.

Ya esto no solo no es *santificar las fiestas*, pero ni descansar, ni restaurar las fuerzas para emplearlas en los trabajos de los dias venideros. Ya para acabar con tan espantoso mal no solo deben unirse los anatemas de la religion y de la moral, sino los afanes de la higiene pública y los cuidados de la autoridad, si no quiere gobernar sobre un pueblo imbécil, inepto para los trabajos de la guerra y de la paz.

En los Estados-Unidos, para no hablar de Europa, la embriaguez hace tambien estragos, y la multitud de leyes de policía para combatirlos, prueban este aserto; pero si ellos allí no son tan terribles, débese á la circunstancia de recaer en un pueblo laborioso por excelencia, fuerte, alimentado con sustancias que sostienen su organizacion, y sobre todo, el clima contribuye mucho á neutralizar los efectos desastrosos de semejante veneno.

Pero el pueblo de México, poco inclinado aún al trabajo, poco económico, de organizacion débil, mal alimentado generalmente y viviendo bajo un cielo templado y dulce, no puede menos que resentir doblemente los peligrosos efectos de este vicio.

La extension y el carácter de nuestra crónica no nos permiten decir cuanto quisiéramos sobre esta materia importante, y ponemos aquí punto, sometiendo á la consideracion de las autoridades estas pequeñas reflexiones, á fin de que prevengan, con medidas eficaces, los efectos de un mal que mina la

existencia de la clase trabajadora particularmente. El fomento de la enseñanza pública, la proteccion de espectáculos útiles y honestos, como el teatro puesto al alcance del pueblo, y otros recursos por el estilo, que tengan por objeto apartar al pobre de ese vicio en que encuentra un placer barato, poniendo ante su vista las ventajas de otros placeres mas baratos aún; hé aquí el remedio único y que será eficaz.

Por fortuna, nuestro pueblo es inclinado al bien y no hace sino comenzar en esa nueva pendiente de desdicha y de abyeccion, de modo que se le detendrá fácilmente.

Solo es difícil ó imposible detener á los pueblos envejecidos ya en el vicio, como al pueblo romano en los tiempos del Bajo–Imperio. Las leyes *suntuarias* y las prohibitivas de la embriaguez se sucedian unas á otras sin conseguir nada. Y ¿cómo lograrlo si los patricios y los senadores eran los primeros en dar el ejemplo del mas refinado lujo y de la mas incurable prostitucion?

Pero en México, la estadística del vicio aun no puede desconsolarnos. Aun es tiempo de evitar el desarrollo de estos males, y una prudente y sábia prevision lo conseguirá con algun empeño.

Dejemos este asunto, enojoso siempre para cronistas y lectores, pero que era preciso tocar, siquiera sea para clamar en favor de la enseñanza pública, y continuemos hablando del domingo en otro sentido.

México se anima por todas partes en el dia del Señor; las calles están henchidas de gente, las iglesias concurridas, la alegría derrama una lluvia de luz y de flores sobre esta poblacion zumbadora y turbulenta que va y viene, que canta, que rie, que grita y que parece olvidarse de las penas de la vida, entregándose á los regocijos de una fiesta deseada en seis largos dias de trabajo.

Pero donde México es encantador los domingos, es en la plaza de Armas, en el atrio de la Catedral y en las calles centrales, particularmente en las de Plateros y San Francisco. Allí está el corazon, el foco de la belleza, del lujo y del buen gusto. Allí se ve á la flor y nata de las hermosuras mexicanas, con sus elegantes atavíos y en todo el esplendor de su beldad. Allí la escogida juventud de ambos sexos cambia sus miradas de fuego y sonríe á la luz de una mañana radiante y tibia.

Particularmente en estos dias de Enero, esos lugares de reunion y de tránsito son admirables en la mañana del domingo. Diríase que aquellos son salones en donde la buena sociedad de México se da cita, para saludarse, para hacerse ver, para brillar, para amarse. Allí se sitúan á ambos lados de las calles los jóvenes *dandys* y se están largas horas en pié, en lo cual no hacen ningun sacrificio, porque ni se siente el tiempo cuando se deleitan los ojos mirando un rostro de ángel medio velado por una rica mantilla de Chantilly, al través de la cual brillan los rayos de dos hermosos ojos, la nieve de una frente encantadora y la rosa de una boca pequeña y fresca. En otro tiempo, nos admirábamos de la paciencia de estos *dandys*, á quienes llamábamos *pelícanos* (mucho nos arrepentimos de ello) por la semejanza que tienen, puestos en hilera, con esos pájaros marinos que se paran meditabundos en las riberas del mar. Pero hoy, que hemos pensado mejor, que hemos saboreado un momento sus goces *domingueros*, asomándonos un momento por una puerta de esas calles, hoy comprendemos toda la razon que tienen los *pelícanos* para estarse allí, en vez de irse á sus casas.

Como cada estacion tiene sus flores, el invierno, ingrato á los jardines, tiene sin embargo las mas preciosas, en nuestro concepto, las mas lindas, las queridas de aquellos atenienses antiguos, maestros eternos del buen gusto, las adoradas por los poetas y las que seguramente fueron creadas para perfumar el alma y para excitar el corazon:—las violetas.

Quién sabe á qué filósofo adorador de la modestia se le ocurrió la idea de simbolizarla con la violeta. Pensó tal vez abatir á la hermosísima flor, y en realidad dió con ella el cetro á aquella virtud, porque las violetas no tienen rival, y junto á ellas, las rosas mismas nos parecen reinas caidas, y las camelias alcaldesas de pueblo. Sobre todo, cuando se aspira el perfume sin igual de las violetas, se desea amar; es un filtro para el corazon que le trastorna, que le rejuvenece, que le vuelve osado y generoso.

Poned junto á un viejo que no sea un celibatario incurable ó un hipocondríaco fastidioso, un ramo de violetas, y vereis, lectora bella, cómo ese viejo se pone encendido y pálido y trémulo, cómo se compone la peluca, y sonríe enseñando los dientes postizos, y cómo todo él se agita y es presa de las angustias de un amor poderoso é indomable.

Da tú, lector querido, ese ramillete á una jóven esquiva y orgullosa, y le tomará sonriendo, si no es una tonta ó una fatua, y sentirá un ligero desvanecimiento de placer con el blando perfume de estas flores, que ellas solas han hecho mas conquistas que toda la poesía del mundo, y que no ceden en fuerza sino ante el dorado metal, cuyo sonido tiene mayor mágia que ninguna otra cosa, triste es decirlo.

Cuando las violetas son los emisarios del talento y del corazon, pueden mucho; pero cuando son la vanguardia del oro, son irresistibles.

Todos los dias de invierno, pero especialmente los domingos, las calles de Plateros y San Francisco están perfumadas con los lindos ramilletes que al borde de las banquetas y prosaicamente puestos en el suelo, venden las jóvenes indígenas y los muchachos. Si hay algo que llame la atencion despues de las bellas, son las violetas, entre las cuales van cruzando ligeros los pequeños piés de las mexicanas, lindamente calzados de seda.

El Casino español, esa sociedad que en tanto alboroto pone al gran mundo mexicano cuando anun-

cia una de sus espléndidas reuniones, tuvo una el dia 16 del mes actual, pero solo para sus socios. A pesar de no serlo, fuimos invitados con la mayor finura y no nos fué dado poder asistir; pero algunos amigos nos han hecho, saboreando aún sus recuerdos, una descripcion animada de esa tertulia, en la que siempre reinan el buen gusto, la noble franqueza, la cordialidad y el entusiasmo.

Se representaron varias piezas dramáticas, una zarzuela, y en suma, la noche se pasó deliciosamente. Se espera con impaciencia la tertulia general.

La Sociedad de Geografía y Estadística, esta corporacion tan útil al país y tan respetada en el extranjero, ha hecho la nueva eleccion de su mesa para el año de 1869, quedando como vicepresidente (pues el presidente nato es el ministro de Fomento) el sábio D. Leopoldo Rio de la Loza, y como secretarios los Sres. García Cubas y Muñoz Ledo.

Las comisiones quedaron organizadas de la manera siguiente:

POLICIA Y FONDOS.—La mesa.

PUBLICACION DEL BOLETIN Y OTRAS OBRAS.—Sres. Payno, Muñoz Ledo, Riva Palacio, Altamirano, Peredo, Prieto, Ortiz.

ESTATUTOS.—Sres. Lafragua, Riva Palacio, Malanco.

JUNTAS AUXILIARES.—Sres. Lafragua, Hay, Alvarado, Diaz Soto, Liceaga.

GEOGRAFIA.—Sres. Diaz Covarrubias (Francisco), Fernandez Leal, Fuentes Muñiz, Baranda, García y Cubas.

ESTADISTICA.—Sres. Reyes, Bustamante (D. Gabino), Hernandez.

CENSO GENERAL DE LA REPUBLICA.—Sr. Fernandez Leal.

HISTORIA DEL PAIS.—Sres. Lafragua, Altamirano, Riva Palacio, García Icazbalceta.

HISTORIA DE LAS AMERICAS.—Sres. Ramirez, Payno, García Icazbalceta.

FORMACION DE ITINERARIOS.—Sres. Alvarez, Gagern, Contreras Elizalde, Hill, Bustamante (D. Miguel).

FORMACION DEL DICCIONARIO GEOGRAFICO, ESTADISTICO E HISTORICO DE LA REPUBLICA.—Sres. García Cubas, Hernandez, Magaña.

MEJORAS MATERIALES.—Sres. Magaña, Herrera (D. Francisco), Hay.

IDIOMAS Y DIALECTOS DEL PAIS.—Sres. García Icazbalceta, Muñoz Ledo.

OBSERVACIONES METEOROLOGICAS.—Sres. Hay, Cornejo, Hill, Barreda.

AGRICULTURA.—Sres. Rio de la Loza, Herrera (D. Alfonso), Mendoza.

MINERIA.—Sres. Balcárcel, Castillo, Bustamante (D. Miguel), Bustamante (D. José), Hill.

LEVANTAMIENTO DE PLANOS.—Sres. Magaña, Herrera (D. Francisco), Zamora, Hill.

ADQUISICION DE LIBROS, MANUSCRITOS Y PLANOS.—Sres. Bustamante (D. Gabino), García Icazbalceta, Lafragua, Malanco, Diaz Soto.

CONSERVACION DE MONUMENTOS ARQUEOLÓGICOS.—Sr. Malanco.

ADQUISICION DE VISTAS DE LA REPUBLICA.—Sres. Bustamante (D. Gabino), García Icazbalceta, Lafragua, Malanco, Diaz Soto.

CIENCIAS NATURALES.—Sres. Barreda, Castillo, Herrera (D. Alfonso), Rio de la Loza (D. Maximino), Ortega (D. Aniceto), Liceaga, Hay, Reyes, Mendoza.

SISTEMA METRICO-DECIMAL.—Sres. Diaz Covarrubias (D. Francisco), Paz, Fuentes Muñiz.

CORRECCION DE ESTILO.—Sres. Lafragua, Ramirez, Ortega (D. Eulalio), Malanco, Muñoz Ledo.

PARA DICTAMINAR EN LA POSTULACION DE SOCIOS.—La mesa.

ASTRONOMIA.—Sres. Diaz Covarrubias (D. Francisco), Fernandez Leal, Hay, Bustamante (D. José), Cornejo.

La Sociedad ha publicado ya su primer entrega del tomo I (segunda época) del *Boletin*, que contiene interesantes artículos, como siempre.

Como á Guillermo Prieto, el jóven pintor D. Petronilo Monroy, discípulo aventajado de la Academia de San Cárlos, tuvo la bondad de enseñarnos su cuadro *La Constitucion de 57*.—La pluma de Fidel ha descrito ya esta composicion en su revista del *Monitor* del domingo pasado, y nuestra descripcion seria pálida despues de la suya. El cuadro de Monroy es hermoso; la figura que representa la «Constitucion» es bellísima. El pensamiento que inspiró al Sr. Monroy, es muy loable; pero nosotros habriamos preferido verle consagrar su notable talento, no á la pintura simbólica, sino á la histórica. Es tiempo de que nuestros artistas exploten las riquezas no tocadas aún de nuestra vida antigua y moderna. Esto que decimos, lejos de desalentar al Sr. Monroy, debe estimularle, y en nuestra calidad de amigos suyos, le damos este consejo.

Otro jóven de talento tambien muy notable, segun le califica su maestro el Sr. Landesio, el Sr. Velasco, profesor de perspectiva en la misma Academia, está consagrado hoy á la composicion de cuadros cuyos asuntos ha tomado de nuestros pobres versos descriptivos. Estos cuadros serán reproducidos por los Sres. Cruces y Campa en la fotografía, para ilustrar la edicion que preparamos. El primero, intitulado *El Alba*, está ya concluido, y bástenos decir que ha merecido los elogios del Sr. Landesio, y que se disputan ya su propiedad varios jóvenes que tienen dinero y aficion á las bellas artes. Este cuadro es precioso, y francamente, ha dejado muy abajo nuestra humilde descripcion. El Sr. Velasco es un paisajista de porvenir.

En uno de nuestros números siguientes publicaremos la magnífica traduccion de la *Cancion de la Campana* de Schiller, què en buenos versos ha hecho el Sr. D. José Sebastian Segura, redactor del RENACIMIENTO, y que segun la opinion de los que conocen el idioma aleman, es la mejor que se ha publicado en castellano, lo cual es mucho decir, pues hay la de Hartzembusch, que tiene gran reputacion. A esa

seguirán otras traducciones de Schiller, por el mismo Sr. Segura.

A este propósito nos permitimos preguntar: ¿por qué no se protege mas el estudio de este riquísimo é importante idioma? Antes se creia que el frances era la clave de las ciencias; ahora es preciso estudiar el aleman si se quiere *saber*. Los franceses traducen; los alemanes piensan y crean. Las ciencias naturales, la literatura, la crítica, hoy están resplandeciendo en Alemania. Sus universidades son los faros de la ciencia, sus libros son rayos de luz, sus sábios son hoy los maestros en todo. Y ¿así descuidamos el estudio del aleman, cuando al contrario, debia enseñarse este idioma de preferencia á los demas extranjeros que se hablan hoy?

Nos permitimos sobre esto llamar la atencion del Gobierno, y recordarle que hay en México un sabio y modesto profesor, el Sr. D. Oloardo Hassey, que hace años está consagrado en el país á la enseñanza de esta lengua, y que ha compuesto métodos y estudios que han aprovechado en gran manera á la juventud. Pero este profesor, empeñoso y honrado, tiene pocos discípulos, y es preciso que se le rodee de muchos, para bien de México. Ya el Sr. Segura ha dicho lo bastante acerca de la importancia de este estudio, en su introduccion á las parábolas de Krummacher, y nosotros no hacemos sino secundarle con entusiasmo.

En los próximos números comenzarán á salir la hermosa novela de Justo Sierra *El Angel del porvenir*, y una serie de otras pequeñas, á las que pertenecen la nuestra, *Clemencia*, cuyos primeros capítulos verán los lectores en el núm. 5, y otras de Gonzalo Esteva, nuestro estimable co-editor.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

BREVE NOTICIA

SOBRE LAS

ANTIGÜEDADES DE JONUTA

(CÁRMEN)

(CONCLUYE)

TERRAPLENES.—OBJETOS DE ARTE.—SU DESCRIPCION.

Jonuta, con muy pocas excepciones, puede asegurarse que se halla sentado sobre un vasto terraplen artificial, que en los puntos culminantes como en la *Tejería*, tiene casi cuatro metros de espesor. En algunos lugares baja hasta dos metros, ó menos; pero siempre á la falda de los cerros conserva dichos cuatro metros.

Algunas hondonadas que existen en el suburbio S. de la poblacion, demuestran claramente que de ellas se extrajo la gran cantidad de tierra que se empleó para formar los referidos terraplenes.

Causa maravilla la extraordinaria multitud de ladrillos, fragmentos de vasijas, huesos de tortuga, piedras areniscas, caliza y otras diversas materias que en confuso desórden se hallan mezcladas en su composicion. En cualquiera parte que se hiera la tierra, vénse surgir estas subsistencias heterogéneas, entre las que suelen aparecer figuras ó ídolos de barro cocido, ostentando las formas mas raras y caprichosas.

Hácia el extremo oriental de la villa y en la márgen derecha del San Antonio, hay un recodo muy escarpado y lleno de malezas, cuyo continuo desbarranco, especialmente en las grandes avenidas, hace aparecer grandes capas de fragmentos de alfarería y otros objetos.

Deseando examinar este punto, que se halla en este lugar á tres y medio y cuatro metros de profundidad bajo el moderno, que es todo de aluvion, pude observar que está sembrado de trecho en trecho y en una longitud de mas de trescientos metros, de huesos humanos, restos de vasijas, conchas de tortuga y otros fósiles. Entre estos llama la atencion el largo extraordinario de algunas canillas.

Cavando en otro lugar, en la propia márgen del San Antonio, descubrimos una gran cantidad de cenizas y carbon vegetal, entremezclados con restos de vasos de barro, etc.

Probablemente existia allí algun horno de alfarero, pues á cada golpe de azadon veíanse surgir grandes trozos de tierra fundida ó como cristalizada por la accion del fuego. Allí mismo se descubrieron algunas de las figuras que ofrezco en mi dibujo.

Una de las artes favoritas que cultivaban estos pueblos, y en la que adquirieron bastante destreza, fué sin duda la plástica.

En efecto; hemos observado algunas figuras cuyas líneas atrevidas y perfeccion de contornos no dejarian que desear al mas diestro modelador de nuestros dias. Regularmente para este objeto empleaban una especie de arcilla ó barro finísimo, el cual vaciaban en moldes de tierra mas grosera donde estaban esculpidas las figuras que querian modelar, dejando siempre en la parte posterior de ellos un respiradero que figuraba un pito, para que al exponerlas en el horno no se abriesen.

Todas las figuras é ídolos que hemos examinado, y de las que da una idea la estampa, tienen guarnecidas de patenas las orejas, y los ojos colocados en sentido diagonal, al modo de los chinos; cuya particularidad, que (siendo dichas figuras un reflejo de su existencia y costumbres) puede arrojar alguna luz sobre el verdadero orígen de estos pueblos, nos parece digna de estudiarse por los inteligentes.

El uso de las patenas era muy comun entre los aborígenes, como lo indica la frecuencia con que se las encuentra. Hemos hallado algunas de hueso del tamaño de un peso. Las hay tambien de barro.

Para la guerra usaban lanzas de pedernal adheridas á un mango de madera.

Casi todos los colores les eran conocidos. Entre algunos restos de vasijas hemos encontrado cinabrio de excelente calidad.

En la confeccion de sus vasijas, jarros, &c., hacian uso por la parte exterior, de una especie de pasta de un blanco puro y bruñido, bastante parecido á nuestra loza ordinaria. Preparada así la superficie, grababan con un punzon de pedernal figuras de animales, pájaros, flores, &c., con una pulcritud y pureza de líneas que admiran.

Para la fabricacion de sus ladrillos no observaban regularidad alguna. Los hay de todas dimensiones y tamaños; pero en tanta cantidad, que los vecinos de Jonuta los emplean regularmente en la construccion de suelos y banquetas.

Otra de las sustancias que abundan tambien mucho, son unas aristas ó tiras semejantes al pedernal, trasparentes como el cristal, blancas, jaspeadas ó negras. Desprendíanlas los aborígenes con arte de una pieza cilíndrica de la propia sustancia, para usarlas como punzones en el grabado de sus vasijas y demas objetos de barro. Heridas con el eslabon, despiden chispas.

Se han encontrado igualmente algunas piedras de moler (metates), pero algo diferentes á las que se usan hoy en el país, consistiendo aquellas únicamente en una piedra ancha, convexa en el medio y con un solo pié en la parte posterior. Tambien se han hallado anillos de dientes de cocodrilo ó lagarto, guarnecidos de unas piedras verdes, semejantes á la esmeralda (las llamadas *chalquites* de los antiguos aztecas).

Entre las figuras que aparecen en la estampa adjunta, recomiéndase particularmente la señalada con el *número 1.* Como se ve, un poco mas abajo de la parte superior en forma de abanico, se halla figurada la cabeza de un niño.

En ambos lados de la figura hay una faja semioval, marcada con nueve rayas; en la base, nueve jeroglíficos ó signos, y tres en cada pié.

¿No representará esta figura un simulacro místico erigido á la propagacion del género humano? ¿Qué mucho que á semejanza de los antiguos griegos y romanos, que llegaron en su supersticion á dedicar templos á la Envidia, á la Discordia, &c., hayan querido los primitivos pobladores de Jonuta, tributar honores divinos á este acto tan capital de la especie humana?

El *número 2* es tambien un simulacro religioso. Bajo el círculo, que semejante á una corona, se delínea en la parte superior, se advierten tres cabezas colocadas verticalmente unas sobre otras. Las dos primeras se hallan diseñadas apenas; la inferior, ademas de estar muy bien marcada, lleva patenas en las orejas. Paralelas á dichas cabezas hay dos hileras de jeroglíficos en sentido recto é inverso. En ambos lados de la figura grupos de nubes, de las que parten rayos de luz que van á morir al centro. Estas mismas líneas parten de la corona ó círculo hácia la extremidad superior, figurando un resplandor.

Número 3. Representa un guerrero aprestándose al combate. Lleva á la espalda el carcax, en la mano izquierda una porra ó maza, y en la derecha tres flechas. Su vestimenta es un lienzo ó estera arrollada á la cintura, que le baja hasta las rodillas. En la cabeza, ademas de las patenas, lleva otros adornos ó colgajos que le dan un aspecto feroz y repugnante. Tiene el cartílago de la nariz atravesado por un hueso de pescado, y la boca abierta, como si estuviese lanzando esos gritos salvajes con que en el combate infundian terror á sus enemigos.

Número 4. Esta figura, que es tambien muy interesante, simboliza una adoracion al sol. Hay en ambos contornos del ídolo grupos de nubes que suben en semicírculo, heridas por los rayos del foco luminoso que brilla detrás del penacho de la cabeza que se ve dibujada en el centro. Al pié de la referida cabeza hay una hilera de jeroglíficos.

Número 5. Pedazo ó fragmento de una taza de barro cocido. Representa la figura de una mujer con cabeza de cocodrilo, sentada sobre una estera ó tapiz, al pié de una palmera.

Número 6. Este interesante grupo representa un hombre y una mujer abrazados. Simboliza alguna de sus divinidades mitológicas.

Número 7. Fragmento de vasija: figura una mujer con un brazalete en la mano derecha y un tocado de palmas ú hojas silvestres.

La figura que sigue, *número 8,* es una de las muestras mas curiosas de las costumbres de los primitivos jonutecos. Representa una mujer desnuda, condecorada con una especie de banda que le desciende del hombro derecho al pecho. Tiene patenas en las orejas, y el labio superior seccionado, figurando á ambos lados como el rabo de una S. En el espacio intermedio se ven asomar los dientes.

El *número 9* es un pito (silbato). Tiene seis agujeros, á semejanza de una flauta ordinaria.

Número 10. Representa un jiboso. Tiene suspendido al cuello un cordon á modo de amuleto.

Número 11. He aquí otra muestra de labios seccionados.

El *número 12* es un fragmento de jarro. Lleva la figura zarcillos en las orejas, y en la boca un tubo que sostiene con una de las manos.

La escasez de medios con que contábamos durante nuestra residencia en Jonuta, nos impidió, á nuestro pesar, emprender una exploracion en forma, en la que quizá habriamos encontrado mil objetos que nos hubieran proporcionado datos preciosos para escribir con algun acierto: sin embargo, aunque persuadidos de lo muy desaliñado de esta ligera noticia, nos hemos decidido á presentarla al Gobierno, constante admirador de las bellezas naturales y arqueológicas de nuestro país, con el fin de llamar su ilustrada atencion hácia las que existen en la mencionada villa de Jonuta; sintiendo no hacerlo de algunas de las piezas originales á que se refiere nuestro dibujo, por habérsenos extraviado cuando la desocupacion de la plaza de San Juan Bautista (Tabasco) por las fuerzas del imperio.

La poca distancia de la referida villa de Jonuta

VICTOR.—Escucha. En los tres años que hace que estás en Paris, en los dos últimos sobre todo, desde que murió tu padre en México, dejándote dueño absoluto de tu libertad y de tus bienes, tus gastos han sido tan locos, tan exorbitantes, que no bastándote ya tus rentas, estás derrochando el capital. Es el resultado, amigo mio, del candor de que te hablaba.

FERN.—No vas á imaginarte, supongo, que mi ligereza llegue hasta arruinarme enteramente.

VICTOR.—Precisamente es lo que temo.

FERN.—¡Bah!

VICTOR.—El mundo se compone, con muy pocas excepciones, de pícaros y tontos......

FERN.—Colócame, te lo suplico, en la segunda categoría.

VICTOR.—Evidentemente, es á la que perteneces; porque jóven, rico y generoso, con no poca vanidad......

FERN.—Gracias. (inclinándose con aire irónico.)

VICTOR.—Te hallas rodeado de una multitud de intrigantes y aduladores de ambos sexos, que explotan tus debilidades y tus defectos.

FERN.—¿Preferirias acaso que yo explotara las debilidades y defectos de los demas?

VICTOR.—No; querria que fueras la excepcion. Tu delicadeza y tus principios te impedirán siempre colocarte entre los primeros; pero es necesario que tengas bastante experieneia y sangre fria, como dije antes, para no ser colocado entre los segundos.

FERN.—¡Bien! estás de vena.

VICTOR.—Tus relaciones con Melania, por ejemplo, son una prueba irrecusable de la exactitud de mi clasificacion.

FERN.—¡Bueno!

VICTOR.—¿Cómo es posible que un jóven de tu inteligencia y de tu posicion, consienta en representar el insípido papel de amartelado hácia una mujer á quien debe eso parecerle cosa del otro mundo? ¿Cómo es posible que te hayas convertido en el juguete de sus mas extravagantes caprichos? ¿Ignoras que en una Melania es insaciable la sed de lujo y de riqueza? ¿No comprendes que un amor puramente *financiero* y un amor quijotesco como el tuyo, hacen una mezcla detestable, cuyo resultado es la ruina de un hombre?

FERN.—Tus observaciones son muy sábias y juiciosas, Víctor, no se puede negar; pero son inmerecidas: no creo que algunos acaloramientos de cabeza, muy naturales en un jóven, como tú mismo has confesado, puedan dar lugar á las lúgubres profecías con que estás amenazando mi porvenir. Es cierto que este año he gastado mas de lo que debia; pero con alguna economía en adelante, espero reparar las pérdidas que mis desvaríos me han ocasionado; y sobre todo, confiesa, amigo mio, que Melania es encantadora y que merece la pena de......

VICTOR.—Ciertamente; Melania es una muchacha encantadora, como dices, alegre, elegante, de talento; pero es...... Melania, y......

FERN.—Y no es digna del afecto exaltado que me supones, ¿no es verdad?

VICTOR.—Del afecto exaltado que aparentas por ella, pues no quiero hacerte el poco favor de creer que abrigues una pasion ardiente por una mujer semejante.

FERN.—No es poca fortuna.

VICTOR.—Sin embargo, tu excesiva complacencia le hace comprender cada dia mas todas las ventajas que pueden resultarle de conservarte en la posicion en que por tu inexperiencia te has colocado. Tú debes saber, aunque no lo parece, que una mujer como esa no abandona nunca fácilmente tan agradable perspectiva.

FERN.—Me parece que no llevas trazas de concluir, y juzgo oportuno que nos sentemos, como debiamos haberlo hecho tiempo ha; de ese modo podrás desarrollar tus teorías mas á tu sabor, y yo escucharlas mas cómodamente. ¡Francisco! (llamando.)

ESCENA II.

Dichos, FRANCISCO.

FRANC.—¿Señores?

FERN.—¿Ha venido Melania?

FRANC.—No, señor, todavía no.

FERN.—Si viene, dígale vd. que esperamos en el último salon. Vamos, Víctor, son las once; tiempo tenemos antes de almorzar, para jugar una partida de ajedrez. Me siento capaz de derrotarte en menos de un cuarto de hora.

VICTOR.—Vamos. (Entran.)

ESCENA III.

Dichos, menos FERNANDO y VÍCTOR.

FRANC.—¡Vaya unos jóvenes felices! para ellos la vida es una serie de goces y distracciones. Son tan ricos!...... Si yo lo fuera, creo que estaria siempre alegre como unas pascuas; pero un pobre mozo de café está destinado á pasar toda su vida en medio del bullicio de los placeres, con la amarga conviccion de que jamas podrá alcanzarlos......

1er CONC.—¡Mozo! (á un mozo que está en el fondo.)

2º CONC.—Una taza de café.

3er CONC.—(Llamando en la primera mesa y golpeando con una moneda.)

FRANC.—Voy allá. (dirigiéndose á la primera mesa.)

3er CONC.—Tres helados con bizcochos. (sacando dinero del bolsillo.)

FRANC.—Son tres francos cincuenta céntimos. (Recibe el dinero de manos del tercer concurrente; este y los otros dos que estaban en la misma mesa, se levantan y se van. Francisco se dirige de nuevo al proscenio.)—¡Dos sueldos de propina cuando han consumido por valor de mas de tres francos! Con muchos parroquianos como estos, llevo trazas de salir de pobre!

2º Conc.—Dejemos ya el dominó (á sus compañeros de mesa).—Son vdes. incansables.

1er Conc.—Para mí es un juego muy divertido.

Franc.—No todos son tan bondadosos como los dos señores mexicanos que acaban de entrar: si no hubiera sido por ellos, no habria podido soportar los gastos de mi enfermedad el invierno pasado. Casi todos los mexicanos que he conocido, son ricos y generosos...... Dichoso país!

2º Conc.—Vuelven á dar esta noche en el *Vaudeville* «La Dama de las Camelias.»

1er Conc.—Magnífica pieza! Mademoiselle Page es inimitable.

Franc.—Muy bien hace mi hermano en decidirse á ir á México á buscar fortuna; no sé por qué se me figura que allí debe ser fácil encontrarla. Si yo pudiera, le seguiria con gusto: ya que nos resolvimos á abandonar la Suiza, nuestra patria, mientras mas nos alejemos de ella, mas favorable debe sernos, á mi entender, la suerte. ¡En fin!...... vamos á limpiar las lámparas del salon; lo mismo da que ir á México á recoger montes de oro. (Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

Dichos, menos FRANCISCO; BAUTISTA.

Entra Bautista precedido de un carro pequeño conducido por un muchacho; el carro es solamente un cajon con cuatro ruedas y un arco en la parte de adelante, en el cual habrá colgadas algunas ratas muertas. La parte exterior del carro estará forrada de anuncios, con grandes letras de distintos colores.

Baut. (con énfasis).—¡Hé aquí, señores, el descubrimiento mas portentoso y mas útil que ha obtenido hasta ahora la ciencia! (Varios concurrentes del café y algunos transeuntes rodean á Bautista, mientras este dice lo siguiente con volubilidad y charlatanismo.)—No hay palabras que puedan dar una idea aproximada de las virtudes maravillosas de este específico sublime; es el arma mas segura y poderosa contra el mas encarnizado enemigo del hogar doméstico. ¡Las ratas! ¡Oh, las ratas! ¿Saben vdes. lo que es una rata? La ruina de las casas, el perseguidor acérrimo del queso, del jamon, del salchichon y de todas esas viandas exquisitas que con tanto esmero conserva una buena ama de casa; el fantasma aterrador de toda niña delicada y nerviosa; el bicho mas incómodo y perjudicial de todos los que escaparon del diluvio. ¿No será la mayor felicidad para el género humano obtener los medios de libertarse de esta plaga verdaderamente infernal? Ese medio, señores, yo lo poseo.—Basta con uno solo de estos paquetitos de polvos, para destruir todos los individuos de esa raza malévola que hayan invadido una casa, un palacio y hasta una ciudad entera. Un alimento cualquiera, ligeramente sazonado con ellos, da la muerte en menos tiempo de lo que tardo en decirlo.—Vdes. se imaginarán, justamente, que no bastarian todos los tesoros del mundo á pagar este talisman precioso; y sin embargo, ¡oh dicha! su módico precio está al alcance del pobre como del rico, del miserable como del opulento. Dos sueldos son suficientes para conquistar la tranquilidad doméstica; y ¿quién no tiene dos sueldos en el bolsillo? ¡Compren vdes., señores! ¡compren vdes! ¿Quién desperdicia tan favorable ocasion? ¡Dos sueldos! ¡nada mas que dos sueldos!

(Estas últimas palabras las dice Bautista encaminándose al café y dirigiéndose á los que aun permanecen sentados; los que le rodeaban se han ido separando poco á poco de él, despues de haberle comprado algunos paquetes de polvos.)

ESCENA V.

Dichos, FRANCISCO.

Baut. (á Francisco que sale del café con un periódico en la mano).—¡Eh, Francisco! Ven acá, tengo que hablarte.

Franc.—Espera. (Pone un periódico sobre una mesa y vuelve hácia Bautista.)—¿Qué querias, Bautista?

Baut.—Darte una buena noticia. He decidido mi viaje para la semana entrante; pienso embarcarme el juéves próximo, en un *brik* ligero como el viento, que si el tiempo lo permite, extendiendo sus blancas y potentes velas y hendiendo gallardamente las embravecidas ondas del Océano, me conducirá, en menos de cuarenta dias, á las bellas regiones donde se pone el sol tras de montañas henchidas de oro, que sus insípidos habitantes, afortunadamente para nosotros, no saben aprovechar.

Franc.—¿Y todo eso quiere decir, en sustancia, que te embarcas para México?

Baut.—Efectivamente, querido hermano, dentro de un mes á mas tardar, me tendrás á tres mil leguas de distancia de este maldito país, donde el genio pasa desapercibido, en medio de una muchedumbre egoista é indiferente, y dentro de dos ó tres años á lo mas, tendrás la honra de contar un millonario entre los miembros mas allegados de tu miserable familia.

Franc.—Hace cuatro años, al abandonar nuestra patria, me decias poco mas ó menos las mismas palabras, y hasta ahora no veo que se hayan realizado tus predicciones.

Baut.—¿Y cuentas por nada la fama que he adquirido en el desempeño de mis funciones públicas? el ilustre nombre que legaré á la posteridad?

Franc.—¡Qué nombre ni qué......

Baut.—Siempre he observado que tu cerebro es demasiado estrecho para comprender las sublimes ideas que brotan en el mio. ¡Siempre vivirás sumido en el mas profundo oscurantismo! Tú no sabes, ni sabrás nunca, toda la rica cosecha de conocimientos *filosófico-sociales* que puede recoger en cuatro años un hombre inteligente y observador, frente á frente de un público necio, crédulo y novelero.

Franc.—¡Bah!

Baut.—Grandes y luminosas verdades he llegado á descubrir durante mi residencia en esta inmensa capital: acostumbrado á tratar con la multitud,

VOCES ORIGINARIAS.	VOCES ACTUALES.
Cor	Corazon.
Astr–oso	Desastroso.
Es	Estar, sentarse.
Ser–dar	Estructura, construccion.
Fa ó fé	Facer, hacer.
Ome	Hombre.

En la lista anterior y en otros nombres de que nos hemos ocupado, notamos por lo menos dos elementos, uno cuya significacion es obvia, y otro ú otros que comprendemos de un modo confuso y que nos causan increible trabajo cuando tratamos de definirlos. En cambio de esas palabras que tienen una de sus faces en la oscuridad, nos ocurren millares de otras cuyos principales elementos son todos significativos: *maniroto, barbicerrado, sobrenombre, desventura.* Si fijamos nuestra atencion en tan notable diferencia, fácilmente descubrimos que esos elementos oscuros no son sino palabras que con el tiempo han quedado inusitadas fuera de composicion, pero que en un tiempo mas ó menos remoto disfrutaron una vida propia; cuya circunstancia nos convida á afirmar que el parasitismo de las sílabas es la medida de la vejez de los idiomas y llega hasta provocar su decadencia.

Resulta de todos modos, que en la lengua hispano–americana existen las formas primitivas debajo de las secundarias, para expresar los pensamientos; y tambien queda probado que innumerables palabras primitivas no se mantienen todavía sino en estado de ingerto, y por lo mismo son infecundas. De aquí proviene la oscuridad que acompaña á muchas partículas, y sobre todo á las desinencias; hablamos de muchas partículas, porque las preposiciones, las conjunciones y los artículos no figuran en realidad sino como elementos agregados.

Hay mucho que estudiar en las palabras; recomendamos por lo mismo un frecuente análisis de ellas á la juventud estudiosa; y como la base segura del aprovechamiento es pasar de lo conocido á lo desconocido, nuestras primeras observaciones deben consagrarse al habla del vulgo: los resultados no serán completos, pero sí seguros. En seguida conviene comparar el lenguaje actual con el anticuado; este procedimiento despejará muchas incógnitas. La adquisicion de los idiomas *modernos* de la Europa tambien es favorable para la perfeccion de la anatomía de la palabra. Vienen en seguida las lenguas muertas, que llamamos clásicas, y coronan la obra los estudios sobre los idiomas asiáticos. Asia y Europa, desde la antigüedad mas remota, por medio de la guerra, del comercio, de la religion y de la literatura, han mantenido relaciones estrechas; por todas partes han mezclado sus huellas, y las que se conservan en la palabra son imborrables.

Un idioma es el mar de la palabra agitado por el pensamiento humano; cambia sin cesar; cada época y cada hombre forman su lenguaje; los que para fijar este ocurren al arcaismo, no logran retroceder, sino desfigurar; los que apelan al neologismo, á todo se aproximan menos á la permanencia; los helenismos, los latinismos, los galicismos no pasan de faces, unas veces empañadas y otras brillantes, pero donde la estabilidad no se refleja. Una lengua no se fija sino cuando muere; pero á ejemplo de los animales y vegetales, mientras vive conserva las leyes de su organizacion y la naturaleza de sus elementos.

IGNACIO RAMIREZ.

DANTE.

A JUSTO SIERRA.

....."J'ai d'abord été, dans les vieux âges,
" Une haute montagne emplissant l'horizon;
" Puis, âme encore aveugle et brisant ma prison,
" Je montai d'un degré dans l'échelle des êtres,
" Je fus un chêne et j'eus des autels et des prêtres,
" Et je jetai des bruits étranges dans les airs;
" Puis je fus un lion rêvant dans les déserts,
" Parlant à la nuit sombre avec sa voix grondante;
" Maintenant je suis homme et je m'apelle Dante."

VICTOR HUGO.

El poeta marchaba meditando
Por las antiguas calles de Ravena;
Los secos ojos fijos en el suelo;
Baja la frente arada por la pena,
Y la aguileña faz enjuta y triste.
Negra túnica viste;
Los flacos brazos sobre el pecho cruza;
Y si anduviera la potente encina,
Caminara del paso que él camina.

No contempla del muro las ojivas;
Ni la sonante fuente
Que á su lado murmura dulcemente;
Ni al niño que asombrado
Le ve y tiembla; ni el árbol que frondoso
Extiende su ramaje y le da sombra;
Ni oye á la vírgen que de espanto llena
Cuando pasa le nombra.

Absorto en sí, con poderoso genio
Atraviesa del mundo las regiones;
Eleva de astro en astro el vuelo osado;
Va á llamar en el templo del pasado;
Va á saber la historia de su alma
Puestas sus vidas todas á su vista;
A abismarse en la luz que inunda el cielo,
Mientras su planta hunde
En el fangoso lodazal del suelo.

Torbellinos de fuego en su cabeza
Ruedan violentamente;
Y como azota el mar embravecido
Con poderosas olas el peñasco,
Así un turbion de inmensos pensamientos
Azota las paredes de su casco.
¿Quién comprender podria
Lo que abarcó su mente
Tan solo en un instante,
Si pensaba con alma de gigante?
Todo lo vió en el fugaz minuto
Que forma del relámpago la vida;
Y absorto en sí, se concentró en la gloria
De la Odisea de su ardiente alma,
Que así le dijo su brillante historia:

«A la orilla del Ganges caudaloso,
Bajo las sombras de soberbias palmas,
Cuando ya el Himalaya estaba viejo,
Y su cabeza cana se veia
Reflejando en su nieve como espejo
La luz del luminar que enciende el dia,
Yo era pastor, y en bosques dilatados
De plátanos salvajes y de higueras
Mi rebaño llevaba;
Y á la hora tranquila que la tarde
Deja caer sus sombras extendidas,
Dentro de mí pensaba;
Y cuando el sol sus fuegos apagaba,
Del azul de los cielos las estrellas
Brotaban como lágrimas brillantes,
Y meditaba mi alma en el misterio
Qué eran esas miradas rutilantes.

«Entonces los gemidos de la selva
Al pasar pronunciaban como un nombre,
Y sombras impalpables se veian
Con figuras de hombre
Atravesar gigantes el espacio,
Mientras la triste luna
Encendia al confin del horizonte
Su fanal de topacio.

«Los murmurios sublimes de la noche,
De las flores el cántico de aromas,
El aire modulando en los bananos
No sé qué voces vagas,
Los arrullos de amor de las palomas,
Y del rio los cantos soberanos,
Hiciéronme buscar algo sublime
Que se ocultaba al hombre;
Y en las cifras de luz del firmamento
Leyendo un alfabeto, inventé un nombre.
Yo inventé á Dios!

«El mundo prosternado
Escuchó mi cantar y elevó el vuelo
Con impulso de águila hasta el cielo.
Oh! mision del poeta!
El hombre ayer en lodazal inmundo
Revolcaba su vida perezosa,
Y á la nota primera de tus cantos
Ve ya pequeño el mundo
Para su alma ansiosa
De cubrir con sus alas desplegadas
La inmensidad.

«Brotaron las naciones;
El hombre adoró á Dios; las religiones
Fueron la primer ley sobre la tierra.
Los himnos de los Vedas se escucharon,
El Baghavat, el Ramayana hermoso
Y el Sacontala fueron mis cantares;
Y aquel pueblo admirado, presuroso
Me hizo su dios; y altares me elevaron.
No fué el dios poderoso de los mares,
Ni el Júpiter que truenos
Del Olimpo fulmina
El primer dios del hombre: fué el poeta
Que primero cantó con voz divina.

«Creada ya la sociedad humana,
Unida con el lazo de los dioses,
Para marchar necesitaba el hombre
Otro afan, otro nombre,
Y yo inventé la patria, soberana
De la vida y placeres de sus hijos.

«Errante y ciego por la playa jonia,
Recitaba al acento de la lira,
Ya de Aquiles la ira,
O ya del viejo Néstor los consejos;
Y llevaba en mis cantos inmortales
El amor á la patria,
Como llevan los frutos la simiente.
De esa luz de mi canto á los reflejos,
De Licurgo brotó la gran idea,
Y de Solon el grande pensamiento,
Y el eco de mi canto fué el acento
De la falange de héroes de Platea.

«Despues otros cantaron. Yo vivia
En la region de luz, y allí cantaba;
Y cuando el gran Pitágoras creia,
Inclinado el oido hácia el espacio,
Escuchar vagaroso
De los astros el canto cadencioso,
Era mi voz, la voz del infinito;
Porque así como canta sobre el suelo
La flor con voz de aromas,
Cantan tambien sublimes
Con voz de luz los astros en el cielo.

«Acabó el primer dia de la tierra;
Se levantó la aurora en el Oriente
A la voz del profeta nazareno;
Miré brillar sobre su tersa frente
Como un rayo de luz blanco y sereno
El porvenir del mundo;
Y descifré en esa sola hoja
La redencion del hombre
Del dolor, de la infamia y las cadenas,
La redencion del llanto y la congoja,
La redencion de castas y de tronos,
La igualdad sobre el mundo entronizada,
La esclavitud infame esclavizada:
Lejos, muy lejos, pero al fin seguro,
El puerto en que se hallaban esos bienes.
Y yo le amé; y acompañé al profeta
Hasta la cruz. Allí estuvo el poeta.

«Tú has sentido los vértigos sublimes
Del anciano de Patmos. La misma alma
Sin temblar ha bajado á los infiernos.
Has visto tú tambien grande, con calma,
Los dragones, las hidras, los vestiglos.
De una sola mirada
Has mirado el minuto de los siglos.
Ya no te queda sobre el mundo nada.»

Y calló.

El poeta meditando
Seguia por las calles de Ravena;
Los secos ojos fijos en el suelo,
Baja la frente arada por la pena,
Y la aguileña faz enjuta y triste.
Negra túnica viste
Que se despliega en prolongada sombra
A la luz de los rayos de Occidente.
Negra vision, asombra
La viva luz que brota de su frente:

Así al nacer el sol brilla y fulgura
Sobre las crestas de la sierra oscura.
Pasa como misterio el gran poeta,
Y si anduviera la potente encina,
Caminara del paso que él camina.
No contempla del muro las ventanas,
Ni la sonante fuente
Que á su lado murmura dulcemente,
Ni oye al infante tierno
Que cuando pasa dice con espanto:
«Es el hombre que vino del infierno.»

ALFREDO CHAVERO.

México, Abril de 1868.

PARÁBOLA.

MUERTE Y SUEÑO.

Traducida directamente del aleman.

(KRUMMACHER.)

Fraternalmente abrazados recorrian la tierra, el ángel del sueño y el ángel de la muerte. Al venir la tarde se acamparon en una colina, no lejos de las moradas de los hombres. Melancólico silencio reinaba en torno, y la campana de las oraciones enmudecia en la distante aldea.

Silenciosos y serenos, como de costumbre, estaban sentados los dos benéficos genios de la humanidad en confidencial abrazo, y la noche se acercaba.

Entonces se levantó el ángel del sueño de su musgoso asiento, y desparramó con ligera mano la invisible é impalpable simiente del sueño. Los vientos de la tarde la llevaron á las pacíficas moradas del cansado labrador. Y el dulce sueño cogió á los habitantes de las agrestes cabañas, desde el anciano que anda con el báculo hasta el recien nacido en la cuna. El enfermo olvidó sus dolores, el triste su afan, la pobreza sus cuidados. Los párpados de todos se cerraron.

Luego, terminado su quehacer, volvió el benéfico ángel del sueño al lado de su mas severo hermano. ¡Cuando la aurora despierte, exclamó con alegre inocencia, entonces me alabarán los hombres como á su amigo y bienhechor! ¡Oh, qué gozo el de hacer bien sin ser visto y en secreto! ¡Cuán felices somos nosotros, invisibles mensajeros del Espíritu bueno!

Así decia el amable ángel del sueño. Le miró el ángel de la muerte con blanda melancolía, y una lágrima, como los inmortales la lloran, asomó en sus grandes oscuros ojos. ¡Ay! dijo él, yo no puedo, cual tú, regocijarme con la alegre gratitud! ¡La tierra me llama su enemigo y perturbador del contento!

¡Oh, hermano mio! replicó el ángel del sueño. ¿El bueno, no reconocerá tambien en tí á su amigo y bienhechor, y no te bendecirá agradecidamente? ¿No somos nosotros hermanos y mensajeros de un mismo Padre?

Así hablaba: entonces brilló el ojo del ángel de la muerte, y con mas ternura se abrazaron los fraternales genios.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

A....

REGALÁNDOLE UN RAMILLETE DE FLORES.

Ya la estacion risueña
De los amores
Pasó con sus perfumes
Y con sus flores;
Si vieras, niña,
Tan solo hay hojas secas
En la campiña.

Pasó así de mi vida
La primavera,
Y una flor que ofrecerte
No hallo siquiera.
¡Triste mudanza!
Solo hay las hojas secas
De mi esperanza.

Mas por una cañada
Donde transito,
Me hallé de frescas flores
Un jardincito;
A verlas llego,
Y de tí, hermosa niña,
Me acuerdo luego.

Corté las mas fragantes
Y las mas bellas
Y un lindo ramillete
Formé con ellas.
Y lo he traido,
Y estaré, si lo aceptas,
Agradecido.

Si en el páramo triste
¡Ay! de mi vida,
Hallara un jardincito,
Vírgen querida,
De mil amores
Yo te daria todas,
Todas sus flores.

J. M. BANDERA.

Tizapam, Diciembre de 1868.

REVISTA DE TEATROS.

EL PELO DE LA DEHESA, comedia en cinco actos, de Breton.—DEL DICHO AL HECHO, proverbio en dos actos, de Tamayo y Baus.

Allá va, lector mio, este mi mal perjeñado artículo, mas árido si cabe que cuantos hasta el dia llegó á producir, con los trabajos que Dios y yo sabemos, el exíguo ingenio de tu mísero cronista. Y no es, por cierto, la voluntad lo que me falta para servirte con el esmero que tu delicado gusto se merece; téngola, y muy grande, y de la buena, que á ser ella lo bastante para el efecto de que tú quedases satisfecho, por mi fé te aseguro que estos mis pobrecitos artículos habian de guardarse como oro en paño para orgullo de la patria, y contento y enseñanza de nuestros pósteros. Mas como quiera que el adagio aquel de *querer es poder*, en mil ocasiones ha dejado feo á su autor (yo testigo), sucédeme ahora lo mismo que todos los dias, y es que

buscando yo, con aquella grande y buena voluntad, hermosas, y aromadas, y galanas flores con que salpicar y alegrar el yermo de mis conceptos, no hallo por mi mala suerte sino cardos borricales, que engendrarán en tu ánimo antes hastío y disgusto, que solaz y provecho.

No es, con todo, mia solamente la culpa, si en lo que vas leyendo y en lo que por leer te queda no encuentras á lo menos la salsa de la novedad, con la que muchas veces se encubre y disimula el desabrimiento y la pobreza de ideas, patrimonio de quien sin vocacion escribe, y sin talento hace sudar las prensas. Escasa de novedades nuestra escena en la última semana, ¿de qué te hablaré yo sin caer en estériles repeticiones, sin que me sea dable mostrarte alguna belleza, antes desapercibida, en cualesquiera de las obras que la compañía del teatro Principal sacó últimamente á luz? Si no es la comedia de Breton ó el proverbio de Tamayo y Baus, únicas de verdadero mérito que en la dicha semana se han representado, no hallo cuál otro asunto sea digno de ocupar tu benévola atencion en esta mi revista. Y aun así, poco ó nada es lo que de una y otra produccion pudiera yo decirte, que no lo hayas leido ya mejor y mas extensamente explanado por boca de mas entendidos críticos. Sabes ya que *El pelo de la dehesa* es una de las comedias que mas renombre han dado á Breton, especialmente en su país; y digo especialmente, porque siendo, como es, comedia de carácter local, hubo de aparecer mas esmerada la copia allí donde tan á las manos se tenia el modelo, pudiendo por esto mismo ser mejor apreciados hasta los detalles mas menudos. Verdad es que la intencion moral en esta comedia no es tanta como la que campea en algunas de las muchas que el inmortal poeta tiene escritas, reduciéndose, como se reduce, á mostrar la incompatibilidad de cariño entre una señorita melindrosa de la corte y un ricacho indisciplinable de aldea; pero no faltan en ella caricaturas de aquellas con que Breton cumple su deber de corregir al pueblo: ahí tienes esa marquesa, esa madre como hay muchas, que compran las comodidades y el lujo, á costa de la felicidad de sus hijas; ahí tienes ese D. Remigio cuyo original anda por esos mundos tan multiplicado, ese parásito envilecido, lacayo sin librea, que se arrastra, que se presta á desempeñar hasta los mas humildes oficios, que ha perdido el sentimiento de la delicadeza y de la propia estimacion, y á quien aplastan con su desprecio aquellos mismos que le emplean. Tampoco falta la crítica de ciertas costumbres, como la de trasnochar y la de jugar, tan comunes sobre todo entre las damas europeas de la alta clase. Mucho menos habia de faltar la versificacion *sui géneris*, el aticismo, el gracejo, la chispa y el brillante colorido; que quien dijo Breton, ya lo dijo todo. Con esto, y con añadir que la ejecucion en la noche del juéves último resultó esmerada por parte de todos los actores, pero muy particularmente por la de los Sres. Sanchez Ossorio en el D. Frutos, y Morales en el D. Remigio, queda terminado cuanto sobre el particular pudiera ocurrírseme.

Por lo que hace al proverbio de Tamayo y Baus *Del dicho al hecho*, obra tan acabada como todas las de ese eminente escritor, ya te hablé menudamente de su mérito én el *Semanario Ilustrado*, cuando no há mucho la puso en escena el inolvidable Valero; paréceme, por lo tanto, ocioso repetir aquí lo que entonces dije como Dios me dió á entender. No será, con todo, inoportuno ni fuera de camino desvanecer una objecion que contra esta obra suele oponerse por algunos, que acaso no se hayan fijado en la composicion tan atentamente como debieran. Dícese que la comedia no está concluida, que el interes queda pendiente, que la accion no terminó cuando el autor hubo escrito la última palabra. Tengo por infundadas tales aseveraciones: Leandro, pobre, censura agriamente á los ricos, tachándoles de egoistas, altaneros y crueles; protesta que si él fuese millonario, el mayor placer suyo, el único, seria aliviar las miserias ajenas; Leandro enriquecido, se trueca en tirano de sus inquilinos y arrendatarios, en perseguidor de sus deudores; se hace déspota con sus criados, olvida á sus bienhechores, traiciona el puro y desinteresado cariño de su futura esposa, y por remate manda matar á aquel pobre perro, fiel compañero en sus dias de pobreza. Los actos de Leandro están en completo desacuerdo con sus propósitos, que es cuanto el autor intentó probar en la cuestion por él sentada al desarrollar el vulgar proverbio; á solo eso se reducia la accion, la cual por consiguiente se termina al quedar mostrada la inconsecuencia del protagonista. El castigo de este resulta de la misma accion dramática: mírase de bulto la ambicion que le desvela, la humillacion que de los grandes sufre, el abandono y el desprecio de los únicos séres que antes le amaban con sincero y leal cariño, y por último, queda entregado á un pícaro que le explota, á una mujer que le hará traicion; contempla horrorizado el espectador aquellas nubes tan preñadas de tempestades, que ennegrecen el porvenir del desdichado rico. Todo esto se ve, todo pasa claro ante los ojos del auditorio; ¿qué mas restaba, qué otra cosa tenia que decir el autor? Ni él dijo mas, ni mas podia exigírsele.

Para terminar lo concerniente al proverbio de Tamayo y Baus, te diré que la ejecucion gustó hasta el punto de ser llamados los actores á la escena por dos veces, triunfo alcanzado especialmente por la Srita. Cejudo y el Sr. Morales. El mayordomo D. Vicente habria producido mejor efecto, á no estar aún tan fresco el recuerdo de Valero.

No promete la siguiente semana ser menos estéril de novedades, á lo que sé; si no es que ya para el número próximo me es dado hablarte de *La cuerda templada*, comedia nueva que está en ensayo, y de la cual tengo noticias favorables.

Enero 19 de 1869.

M. Peredo.

A TÍ.

Entre las doradas rejas
De una jaula prisionero,
Melancólico un jilguero
Al viento daba sus quejas.
Su tierna cancion oyendo
Un rústico labrador,
Se acercó al pobre cantor
Y un rato le estuvo viendo.
—«Por qué tan triste cancion
«Entonas? dice apiadado.
—«Porque me tiene encerrado
«Isabel en mi prision,»
Le contestó el pajarillo
Con voz llena de dolor.
—«¿Es posible tal rigor?»
Dice el rústico sencillo.
Y con ademan violento
De la jaula abre la puerta,
Y el ave, viéndola abierta,
A ella se lanza al momento.
Pero cuando iba á salir
Su libertad recobrando,
Detúvose cual dudando
Entre quedarse ó partir.
—«Sal. ¿Qué dudas? Vé á gozar
«Tu libertad anhelada;
«Vuela pronto á la enramada,
«Tu compañera á buscar.»
Y el jilguero silencioso
Escucha al que así le ayuda,
Y su indecision y duda
El labrador ve curioso.
—«No saldré de esta prision,»
Contesta el jilguero al cabo;
«Prefiere ser el esclavo
«De Isabel mi corazon.»

Así preso en las cadenas
De tu belleza, podria
Librarme de ellas un dia
Haciendo acabar mis penas.
Mas aunque así mi amargura
Terminara al olvidarte,
Jamas dejaré de amarte
Ni olvidaré tu hermosura.
Que á pesar de mis enojos,
A la libertad preciada
Prefiero yo una mirada
Compasiva de tus ojos.

Roberto A. Esteva.

AMOR QUE MATA.

Se hablaba una noche del amor en un salon, y las señoras unánimemente declararon que los hombres no saben amar.

—Los hombres en lo general son demasiado pretensiosos y egoistas para amar, decia una linda jóven con pretensiones de mujer de mundo y experiencia.

—¡Son muy inconstantes! exclamó una coqueta.

—Nos sacrifican á su ambicion como Abelardo á Eloisa, dijo una literata de treinta.

—Los hombres no comprenden los tesoros de felicidad que encierra el amor de una mujer, exclamó una hechicera *pollita* de quince.

—Si no temiera yo cansaros, contaria una historia en que se prueba que los hombres sabemos amar al par que las mujeres, dijo á su vez un jóven que hasta entonces habia permanecido silencioso.

—¡Contadla! exclamaron en coro las señoras.

—No, replicó el jóven, mi historia es muy romántica, y temo que no la juzgueis verdadera.

—¡Contadla de todos modos! replicaron veinte voces femeninas.

—Os complaceré entonces, dijo el jóven, y comenzó su historia.

Estaba yo en Madrid, cuando un dia entró en mi casa uno de mis amigos de la infancia; pálido y desencajado, y llorando casi, con acento de profunda tristeza y desesperacion me dijo:

—¡Cárlos, María ha muerto anoche en México!

Creí que Enrique se volvia loco, y le miré asustado.

—Tranquilízate, me dijo, y escúchame hasta el fin. No creas que mi cerebro esté trastornado por la conmocion que acabo de sufrir. Tú sabes que al separarme de María, ella me juró que si moria en mi ausencia, volveria á verme en el mundo, hasta que Dios reuniese á ambos en el cielo. Dos dias há que una melancolía inexplicable se apoderó de mí. Pretendiendo vencerla, concurrí anoche al «Teatro Real,» á oir á *la Patti* en «Lucía.» La música de Donizetti y la voz divina de la cantatriz me conmovieron de tal modo, que estuve á punto de llorar en el teatro, y tuve que retirarme á casa. Negros presentimientos asaltaron mi ánimo y aumentaron mi tristeza. Tardaba en dormirme, el sueño huia de mis ojos, cuando sonaron las doce en el péndulo del salon. Al vibrar la última campanada, la puerta de mi cámara se abrió silenciosamente, y á la escasa luz de la lámpara de noche, contemplé con indecible terror á María, pues era ella, avanzar con un andar que nada tenia de humano. Llegó hasta mí. Se inclinó sobre mi pecho. Sus lábios se aproximaron á los mios. Sentí como un aliento helado que penetró en mi corazon, y su voz débil como un suspiro, murmuró:—¡Volveré! Trémulo, palpitante de terror y de angustia, tendí los brazos, y palpando el vacío, un grito agudo desgarró mi pecho, y caí sin sentido sobre las almohadas. ¿Me comprendes ahora? ¡María ha muerto, y vuelve como me lo ofreció!

Enrique tenia fiebre; sus dientes se chocaban; su piel estaba seca y rígida; su cuerpo temblaba de frio, y la sangre inyectaba sus ojos. Le hice colocar en mi lecho, y corrí por un médico.

Un mes luchó entre la vida y la muerte. En su delirio, repitió constantemente el nombre de María, pidiendo reunirse con ella.

Al fin, el vigor de la juventud triunfó de la enfermedad, y Enrique entró en convalecencia.

El *paquete* de Veracruz llegó entretanto á Cádiz, y supe con dolor que la muerte de María era una realidad.

Comparando las fechas, ví que habia muerto la misma noche de la vision de Enrique. Por su parte él como convencido de la muerte de María, desde que entró en convalecencia no volvió á pronunciar el nombre de su esposa; pero estaba profundamente triste y abatido. Una tarde salimos él y yo á un terrado que caia al jardin de la casa. Los postreros rayos de un sol de Octubre calentaban apenas los árboles y las plantas desnudas de sus hojas. Algunos *gorriones* hambrientos piaban en las tapias del jardin.

—Cárlos, me dijo Enrique fijando sus ojos en el cielo, María me espera allá arriba. Pronto me reuniré con ella, antes de que los árboles vuelvan á despojarse de sus hojas. Dame las cartas que hablan de su muerte.

Creí una crueldad inútil pretender ocultarle mas tiempo la verdad; corrí al escritorio y le presenté las cartas. Las leyó con avidez; sus ojos se llenaron de lágrimas; pero en su frente resplandeció una resignacion cristiana.

Permanecimos silenciosos. Él absorto en su dolor.

Vino la noche. La luna pálida de otoño iluminaba el jardin con una claridad funeraria. El viento frio hacia crujir las secas ramas de los árboles. Vestia á aquella hora el jardin como un manto lúgubre, que le prestaba el aspecto de un cementerio.

Enrique se empeñó en permanecer en el terrado, á pesar de la crudeza de la noche.

Empezó á sonar á lo lejos una música con los acordes de una danza habanera.

Era una de esas danzas que despiertan en el alma un deleite de melancolía y de recuerdos, y que hacen vibrar al compás de sus notas las cuerdas mas íntimas del corazon.

Enrique se estremeció.

—Lo último que bailé con ella, cuando éramos novios, fué una danza, dijo tristemente.

De súbito su talla se irguió. Sus facciones se contrajeron.

—¡Mírala! ¡mírala! exclamó con un acento que nada tenia de humano. ¡Allí!!...... ¡bajo aquellos sauces! ¡Me llama! ¡me llama! ¡María! y dando un grito desgarrador, estridente, cayó al suelo.

Enrique conoció á María cuando él tenia veinticuatro años y ella contaba diez y seis. La amó con todo su corazon, y durante dos años dedicó todo su afan á hacerse amar de ella.

Enrique, dotado de un carácter caballeresco, hizo de María su ídolo, su Dios.

María comenzó por desdeñar á Enrique; pero un dia, convencida de su amor, le amó tambien con toda la pasion de su alma vírgen, enérgica y valiente.

María era una criatura bellísima de cuerpo y de alma, y fué una esposa sumisa, apasionada y tierna, como Enrique un marido afectuoso y enamorado.

Un año hacia que su union duraba, un año de embriaguez y felicidad para ambos, cuando uno de los banqueros mas ricos de México propuso á Enrique le fuera á representar en un litigio entablado ante los tribunales de Madrid, y en el cual mediaban cuantiosos bienes.

Aceptando, Enrique tenia asegurada su fortuna. Para él nada queria; pero tenia ambicion por María. Deseaba ser rico para adornar la espléndida belleza de su esposa con todos los encantos del lujo que él habia soñado para ella. Anhelaba rodearla de las comodidades y goces que la riqueza acumula en el mundo. Así, por cruel que le fué separarse de María, aceptó y partió.

María, que habia reconcentrado en su esposo todos los tesoros de ternura que guardaba su corazon, no pudo soportar el dolor de la separacion, y languideció y enfermó. Pero la delicadeza exquisita de su carácter y la fuerza superior de su voluntad, hizo que ocultara sus sufrimientos, pues queria corresponder dignamente al sacrificio y al amor de Enrique, y así fué tarde fatalmente cuando su familia conoció la afeccion del corazon que la mataba.

María murió como una luz que paulatinamente se extingue, tranquila, resignada, sonriendo, y pronunciando el nombre de Enrique.

Su alma voló en alas de los ángeles al seno de Dios.

Desde que Enrique tuvo la confirmacion de la muerte de María, un abatimiento profundo embargó su espíritu. Su noble inteligencia cayó en la atonía, y tuvo que abandonar los asuntos de que estaba encargado. Ya no volvimos á escuchar sus amigos aquellos torrentes de elocuencia que brotaban en otros dias de sus lábios. Su palabra fácil y amena enmudeció, y su cuerpo como su espíritu doblegóse al peso del dolor que minaba su ser.

Por órden de los médicos partimos á Paris.

La capital de Francia es la ciudad que mas distracciones ofrece al dolor. No pretendí arrastrar á Enrique á aquellos devaneos que hubieran sido una profanacion para la memoria de María, cuya tumba acababa de cerrarse; pero le conduje á los museos, á las academias, á las bibliotecas y á los mil lugares donde podia encontrar distraccion su inteligencia y donde podian despertarse en él sus antiguos hábitos de estudio.

Los primeros dias creí logrado mi objeto y salvado á Enrique. Con avidez acogió y siguió mis planes, y aun comenzó á ocuparse de un sério trabajo, tan glorioso para él si lo realizaba, como útil para nuestra legislacion patria.

Pero bien pronto iban á desvanecerse mis esperanzas.

Con el fin de restablecer las fuerzas físicas de Enrique, una vez que su espíritu parecia recobrar su vigor, nos trasladamos en los primeros dias de la

primavera á una quinta que póseia un amigo nuestro en las orillas del Sena, cerca de Meudon.

La quinta estaba guardada por un viejo campesino y su mujer, la que nos preparaba esos platos comunes, pero apetitosos, que recordaban á nuestros estómagos la cocina de la patria ausente.

Durante el dia recorriamos el magnífico bosque de Meudon, ó embarcándonos en un ligero esquife bogábamos por el Sena, contemplando extasiados sus encantadas riberas pobladas de quintas pintorescas y engalanadas con las primeras caricias de la naciente primavera.

Los últimos recuerdos del invierno desaparecian, se alejaban las postreras nubes, y á través de los leves encajes de los últimos vapores invernales, aparecia un cielo de zafiro.

Las noches comenzaban á ser tibias é impregnadas del aroma de las flores recien abiertas.

Fatigados de las excursiones del dia, nos retirábamos despues de la comida á la biblioteca de la quinta, donde nos entregábamos á la lectura de libros amenos y escogidos, ó trabajaba Enrique en la obra que habia emprendido, y me leia algunas páginas escritas.

Allí permaneciamos hasta las diez, á cuya hora se recogia cada uno en su aposento.

Leiamos una noche las poesías de Alfredo de Musset. Aquellos versos en que el sentimiento se desborda del alma del poeta, y corre sobre cada estrofa, como por un cauce, en torrentes de armonía, nos interesaron vivamente.

Leiamos á «Lucía,» esa deliciosa y tiernísima elegía en la que cada verso es un suspiro y una lágrima, y toda la poesía una plegaria. Esa elegía en que se ve á Lucía pálida y rubia como una ondina y bella como un sueño de amor, suspirando su garganta con los suspiros de Desdémona y haciendo brotar del piano acordes tan suaves «como el roce de las alas de los céfiros, deslizándose sobre las flores discretamente, temerosos de turbar el sueño de los pájaros.» Esa elegía en que se respiran los aromas voluptuosos de una noche de primavera, y se escucha suspirar la brisa en los castaños del parque. Esa elegía en donde Lucía reflejando en sus azules ojos la pureza de su alma, se ostenta tan casta y pura al lado del poeta, que este cree amar en ella á una hermana.

Tant ce qui venait d'elle était plein de pudeur!

Esa elegía dulcísima en la que el poeta, al concluir, llora la muerte de Lucía, muerte tan dulce como su vida.

Ta mort fut un sourire aussi doux que ta vie
Et tu fus rapportée á Dieu dans ton berceau.

. . . .

Enrique parecia absorto en los versos del poeta frances.

De repente sus facciones tomaron una expresion de congoja inmensa y de terrible ansiedad.

—¡María! ¡María! dijo tendiendo los brazos hácia el fondo del salon.

Procuré calmarle. Cuando le ví tranquilo, alcé la vista al péndulo. ¡Señalaba las doce y diez minutos de la noche!

Al siguiente dia, el dueño de la quinta, prevenido por mí de lo sucedido la víspera, vino á ella.

Era médico, y escéptico como todos sus cofrades.

—¿Cómo podeis suponer, amigo mio, le dijo afectuosamente á Enrique, que una persona muerta vuelva á este mundo?

—No lo sé; pero despierto sueño con María, y me parece que ella muerta y vivo yo, estamos ligados por un lazo misterioso, y que bien pronto iré á reunirme con ella, replicó Enrique.

En la noche el doctor llevándome aparte, me dijo:

—Enrique morirá pronto, presa de esa monomanía que le alucina. Para prolongar algunos dias mas su existencia, debe volver á respirar los aires de su patria.

Enrique se embarcó en Saint-Nazaire.

Hasta allí le acompañé, y me despedí de él como de una persona á quien no debia volver á ver.

Cuatro meses despues recibí un pliego sellado con lacre negro.

Encerraba el adios postrero de Enrique.

«Cárlos, voy á morir, me decia. Siento que María «me llama, y obedezco á su voz. Allá arriba sere«mos mas felices que en la tierra, y ya no nos se«pararémos jamas!

«¡Hubiéramos sido tan felices aquí abajo si se «hubiera prolongado su existencia; ella amándome, «yo adorándola siempre! Pero nuestro amor en es«ta vida no ha sido sino un paso transitorio para «nuestra union perfecta en la otra, donde gozaré«mos de una eternidad de amor; de un amor santo «y puro como el alma de María, despojado de toda «miseria terrenal.

«María cumplió su promesa, y ha vuelto siempre «hasta que me lleva consigo. La muerte no fué bas«tante fuerte para romper el lazo eterno que ligaba «nuestras almas.

«Adios, Cárlos. Los árboles aun no se despojan de sus hojas. Yo muero ántes.

ENRIQUE.»

Cuando el jóven acabó de hablar, el mas profundo silencio reinaba en el salon, y se hubiera escuchado el ruido de las alas de un insecto que volara.

Las señoras parecian hondamente preocupadas de la narracion.

—Era una locura la que trastornaba el cerebro de Enrique, y le mató al fin, dijo una.

—¡La locura producida por el amor puro, infinito, desinteresado! replicó el jóven.

GONZALO A. ESTEVA.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Las escuelas de Beneficencia.—Las alumnas del Conservatorio de música.—Los ricos.—Discursos de Frias y Soto, Alcalde y Prieto.—Vidal Alcocer.—Nuestro periódico.—El Sr. Pimentel.—El Sr. Hassey.—«El Ángel del Porvenir.»—El artículo del Sr. Orozco y Berra.

México, Enero 30 de 1869.

Pocos acontecimientos han ocurrido en la semana, del género de aquellos que podemos referir aquí. Las solemnidades de la instruccion pública han continuado con el mismo entusiasmo con que empezaron en Diciembre. El domingo pasado tuvieron lugar las distribuciones de premios de las escuelas de Beneficencia y de las nacionales; la primera se verificó en el circo Chiarini y la segunda en el salon del Congreso.

La de las escuelas de Beneficencia fué conmovedora en alto grado. Se trataba de los niños á quienes educa la caridad pública en las escuelas fundadas por el benemérito Vidal Alcocer, y que se conocen con el nombre de *Escuelas de la Providencia.* Habia en el circo Chiarini mas de mil niños de ambos sexos que asisten á las trece escuelas que protege la Sociedad, entre los que se distinguian los que viven en la casa de asilo del antiguo colegio de San Gregorio, y que son huérfanos á quienes la Sociedad mantiene y educa.

El general D. Alejandro García, comandante militar del Distrito, fué quien distribuyó los premios, por encargo del Presidente de la República, que hacia lo mismo á esa sazon con los alumnos de las escuelas nacionales. La Sociedad Filarmónica mexicana, que siempre se presta gustosa y entusiasta á dar lucimiento á estos actos de solemnidad pública, con el talento y habilidad de sus individuos y alumnos, se mostró generosa esta vez, y un coro de alumnas del Conservatorio cantó escogidas piezas de la *Vestal*, de Mercadante; de *Márcos Visconti*, de Petrella; de *Roberto el Diablo*, de Meyerbeer, y de *Il finto Stanislao*, de Verdi, acompañando á la niña Rosa Bernal que cantó la *cavatina* de la misma ópera admirablemente, bajo la direccion del profesor D. Bruno Flores. El notabilísimo profesor D. Julio Ituarte ejecutó en el piano una marcha, y al finalizarse la funcion, la popular y ya célebre *Marcha Zaragoza* del Sr. D. Aniceto Ortega.

La *Memoria* de la Sociedad de Beneficencia fué leida por el secretario, y en ella expuso el Sr. Zayas las dificultades con que se ha luchado durante el año que pasó, para mantener en buen pié los establecimientos de los que tanto bien recibe el pueblo; acompañó á esta *Memoria* la lista de los socios protectectores que han contribuido con su cuota, grande ó pequeña, á la educacion de la niñez desvalida. Asombrado quedó verdaderamente el público al conocer los mezquinos recursos de la Sociedad; particularmente cuando pudo compararlos con los resultados que se obtuvieron, y cuando vió el gran número de infelices criaturas que han recibido el alimento de la enseñanza, merced al cual, podrán aspirar á mejor puesto en el mundo, que el que les reservaban la ignorancia y la desdicha.

¡Oh! ¡Cómo deseábamos nosotros que los ricos de México hubiesen concurrido á esa solemnidad, para que la vista de aquellos pequeños desvalidos les hubiese inspirado la idea de invertir lo superfluo de sus rentas en actos de caridad, que causan mas puro y mas intenso placer en las almas generosas, que el producido por la vanidad y el lujo. El oro, cuando solo sirve para proporcionar los goces materiales, es como esos lagos pantanosos é insalubres que todo lo secan y destruyen en derredor suyo; pero el oro cuando se emplea en objetos de beneficencia es un rio de aguas puras y cristalinas, que va llevando por donde pasa la fecundacion y el bienestar. Solamente la caridad hace al rico digno de serlo.

Continuamos nuestra narracion. Despues de haberse dado lectura á la *Memoria*, ocuparon la tribuna los Sres. Frias y Soto, Alcalde, y Prieto. Nosotros tambien leimos un pequeño y humilde discurso. Pero los de aquellos señores fueron brillantes por su elocuencia, por su sentimiento y por sus ideas nobles y grandes. El Sr. Frias y Soto habló de la invencion del alfabeto, y á ese propósito, el cuadro que hizo de la civilizacion fenicia y de aquel pueblo ilustre y poderoso, fué hermosísimo. Este orador tiene una manera de decir elegante y llena de originalidad. Se cree, cuando se le escucha, estar oyendo una página de Pelletan, ó uno de esos discursos que tan notable han hecho á Emilio Castelar. Ciertamente, Frias y Soto puede y debe cultivar ese estilo, para el que le ayudan su imaginacion ardiente y su verba fácil y atrevida.

Despues, saltando sobre siglos, nos habló de la invencion de la imprenta, trazando tambien un magnífico cuadro de la Europa, en aquella época tan terrible como grandiosa. Este discurso es de los mas bellos que hemos oido.

Alcalde habló despues, improvisando una alocucion tiernísima, que arrancó á los concurrentes lágrimas y aplausos. Se dirigió á los niños, les habló con la sencillez que era necesaria para ser comprendido, les recordó á aquel hombre santo á quien debian su educacion, á Vidal Alcocer, cuyo nombre, eclipsado momentáneamente entre las sombras tempestuosas de la política, viene á brillar ahora con un esplendor que nada podrá opacar en lo sucesivo. Cuando él hablaba, una jóven modesta y graciosa que estaba sentada entre las niñas, se conmovia extraordinariamente y llevaba con frecuencia su pañuelo á los ojos. Era una hija de Alcocer, hoy profesora en uno de los establecimientos de la Sociedad. Así es que los hijos llevan á cabo la sublime tarea, herencia única que les dejó su noble padre. ¡Benditos sean tan dignos vástagos!

Siguióse la distribucion de premios. Niños infelices y vestidos con la mayor humildad vinieron á recibir sus diplomas y libros, ó las medallas de plata

con que la Sociedad premiaba sus adelantos y su buena conducta. Cuando algun niño recibia mas de un premio, los aplausos estallaban, y eran sus mismos condiscípulos los que daban el ejemplo. ¡Qué magnífica señal es esta para augurar por ella el porvenir del pueblo mexicano!

Terminada la distribucion, Guillermo Prieto, trémulo de emocion y casi con el llanto en los ojos, ocupó la tribuna. Los que conocen á Prieto, ya supondrán lo que seria aquel discurso. Palabras que parecian salir del corazon de una mádre, pensamientos elevados, arranques de patriotismo, frases valientes á veces y á veces dulces y tiernas, todo esto encerró la alocucion de ese tribuno privilegiado, que parece llevar en el alma siempre, una lira que guarda sus mas encantadoras armonías para el pueblo y para los que sufren. La funcion terminó, y los que á ella asistimos, hemos recibido nuevas fuerzas para trabajar en beneficio de la niñez desvalida. Espectáculos como estos, no pueden menos que alentar y fortificar.

La excelente acogida que el público ha dispensado generosamente á nuestra publicacion, ha recompensado con demasía nuestros débiles esfuerzos, y nuestras esperanzas han sido realizadas completamente. Los pedidos de suscriciones llegan todos los dias, y quizá nos veremos obligados á hacer nueva edicion de las primeras entregas, pues con la timidez de los que emprenden una cosa nueva y de este género, no quisimos imprimir sino un número limitado de ejemplares. Pero nuestros nuevos suscritores pueden estar seguros de que tendrán su coleccion completa, aunque para esto tengamos que hacer el cuantioso gasto de la reimpresion. Nuestro objeto ha sido popularizar las producciones de la literatura mexicana; y no perdonaremos medio de lograrlo.

Ahora podemos felicitar á nuestros lectores otra vez, por la adquisicion que hemos hecho, contando desde hoy entre los redactores de nuestro periódico, al Sr. D. Francisco Pimentel, cuyos trabajos literarios han sido ya acogidos con alta estima, tanto en México como en el extranjero. Ademas de sus biografías y juicios críticos de los poetas mexicanos, á cuya conclusion está hoy consagrado, publicará diversos estudios, y el núm. 6 contendrá ya uno sobre algunos idiomas del país, que será visto con aprecio.

Ademas, nuestro maestro y amigo el sabio profesor D. Oloardo Hassey, tan entendido en el estudio de las lenguas orientales y de las modernas, va á prestarnos como colaborador su utilísimo auxilio, y en el núm. 6 tambien verán nuestros lectores su primer artículo sobre el alfabeto. Así, estos trabajos de filología y de crítica, que se añadirán á los ya emprendidos por el Sr. Ramirez, ofrecerán á los lectores una utilidad que no se encuentra en algunos artículos que suelen salir por ahí, obra de gentes llenas de pretension y que se hallan en la necesidad de estudiar aun su lengua porque la maltratan lastimosamente, pretendiendo corregir á otros.

La autoridad de críticos como el Sr. Ramirez, el Sr. Pimentel y el Sr. Hassey, está basada en el conocimiento que se tiene de sus talentos y estudios, y sus decisiones por eso tienen gran valor. Ellos, por su posicion y por su carácter, elevándose de esa esfera mezquina en que revolotean los criticastros vulgares, sabrán dar á la juventud aficionada á las letras, la enseñanza de que tanto necesita. Tales trabajos harán disimulable á los lectores del RENACIMIENTO, la pequeñez de aquellos que son hijos de los que nada sabemos.

El Angel del porvenir, novela de Justo Sierra, comienza á publicarse hoy, y para hacer compatible la encuadernacion separada de ella y la impresion de los demas pliegos del periódico, debemos advertir que hemos dispuesto que el pliego de la novela vaya en medio del cuaderno, de modo que pueda ser desprendido (pues no lleva costura) para que se compagine aparte.

Por la abundancia de material para el número 5, nuestra pequeña novela *Clemencia* comenzará á salir hasta el núm. 6. Nuestros lectores ganan en el cambio.

Por hoy, llamamos su atencion sobre el artículo *Acuñacion en México*, nuevo trabajo de uno de nuestros redactores, el Sr. Orozco y Berra, y que por su importancia en la Estadística, será leido con sumo interes.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

CARLOS DICKENS.

SU CARACTER.—SUS OBRAS.

Entre los escritores mas notables del siglo XIX figura el novelista inglés Cárlos Dickens, cuyas obras, con justicia han llamado la atencion pública en ambos mundos.

Muy hábil, como Walter Scott, en la descripcion de lugares y personas, dotado de una sensibilidad exquisita y de un espíritu de observacion fino y sagaz, Dickens no se ha consagrado á la novela histórica, sino á la moral, y en ella, por su dulce gracejo, por su agudeza y por su profunda filosofía, tiene muy pocos rivales, si es que los tiene.

En sus cuadros, no solo retrata con la mayor fidelidad las costumbres inglesas, sino que encierra en ellos siempre una leccion de la mas sana y pura moral, dándoles así un interes de que carecen todas las copias fotográficas de costumbres, cuando no tienen por objeto la correccion de un vicio ó la enseñanza de algo bueno y útil.

Muy al contrario de algunos novelistas franceses que solo cuidan de herir la imaginacion, sin hacer mayor caso de la verosimilitud, y que procuran conmover aun sacrificando la moral, presentando á



CARLOS DÍCKENS.

veces á la vista de inocentes lectores, cuadros de una repugnante disolucion, ó pintando el vicio con colores brillantes, Dickens describe con verdad, omite toda escena que pudiera herir el pudor, y se afana en anatematizar lo malo, haciendo amar la virtud por los admirables encantos de que sabe rodearla.

El escritor inglés es un narrador apacible, sencillo y lleno de gracia, y en esto, por mas brillantes que sean, no le aventajan los mas distinguidos en el mundo, siendo apenas iguales á las suyas las hermosas leyendas de Enrique Zschokke y de Clemencia Robert. Dickens tiene la verba, la experiencia y la agudeza del abuelo que narra en las veladas del hogar entretenidas historias á sus hijos; tiene la filosofía y el tino del que se propone conmover á una asamblea de gente sencilla, y á veces posee una elocuencia arrebatadora y entusiasta. Pero en lo general es el narrador de la familia. Por eso en Inglaterra y en los Estados-Unidos, cuyas costumbres se prestan á la aceptacion de esta especie de narraciones que podriamos llamar evangélicas, las obras de Dickens son leidas con avidez y se han hecho de ellas numerosas ediciones, unas veces ilustradas magníficamente, y otras económicas para ponerlas al alcance de todas las clases.

Sinceramente deseamos que el género de Cárlos Dickens se cultive en México. Sus ventajosos resultados serian palpables en poco tiempo, y el gusto por la lectura cundiria entre el pueblo prodigiosamente, porque para hacer una novela popular, bastan la exacta pintura de costumbres, el estilo que, sin dejar de ser elegante, sea sencillo, y la bondad y el amor á los desgraciados, que deben resplandecer en las palabras del escritor. Cárlos Dickens nació en Portsmouth en 1812, y su padre Juan Dickens era empleado en la marina real. Despues de la guerra famosa de esa época contra Napoleon I, Juan Dickens, separándose del servicio, fué á Lóndres y colocó á su hijo en el estudio de un abogado en calidad de escribiente. Pero el jóven Cárlos se aficionaba ya con pasion á la literatura, y comenzó á escribir algunos artículos en el *Morning Chronicle*, que estaba entonces muy en boga, dirigido por John Black. Este notó desde luego las buenas disposiciones del escritor principiante para la crítica y la sátira, y le encargó que hiciera las revistas de teatros, lo que él ejecutó publicando numerosos artículos que llamaron la atencion y que hoy están coleccionados bajo el título de *Bosquejos por Boz* (*Sketches by Boz*).

Casi al mismo tiempo escribió una ópera cómica, *Las coquetas de aldea*, y entonces, notando los editores Chapman y Hall la gracia y la inventiva del autor de los *Bosquejos*, particularmente para describir escenas de costumbres, le pidieron una novela. Cárlos escribió *Papeles póstumos del club Pickwick (Posthumous papers of the Pickwick club)*, obra tan llena de chiste y de novedad, que obtuvo un éxito asombroso y que fué ilustrada con magníficos dibujos de Seymour y de Brown.

Ella hizo la reputacion de Dickens, y entonces numerosos editores se apresuraron á pedir á este nuevos escritos, seguros de una ganancia extraordinaria. El prefirió á Bentley é hizo un contrato con él para redactar su *Miscelánea*, apareciendo á principios de 1837 la primera entrega de *Las aventuras de Oliverio Twist*, cuya obra, que formó despues tres tomos y fué ilustrada por Cruikshank con soberbios dibujos, llegó á ser de una popularidad inmensa, y hoy se reputa como la mejor que ha salido de la pluma de nuestro autor.

Parece, segun lo indica el prefacio que él puso á esta novela, despues de que salió en el periódico *Bentley Magazine*, que hubo muchas censuras contra el escritor, por haber ido á escoger sus tipos entre los criminales del populacho de Lóndres; porque Sikes es un ladron, Fagin un receptador de bienes hurtados; porque los muchachos son cortadores de bolsas (*pickpockets*) y la muchacha una perdida; pero Dickens se defendió de estos ataques insensatos con copia de luminosas razones, que le hicieron triunfar completamente.

Puede decirse que desde entonces sus cuadros de la vida inglesa no volvieron á ser acusados de inconveniencia, y al contrario, el autor no volvió á recibir sino homenajes de admiracion.

En seguida apareció *Nicholas Nickleby*, novela que tiene por objeto pintar las horribles crueldades con que se atormenta á los niños pobres en las escuelas baratas, particularmente en algunos condados del Norte de Lóndres. El autor manifestó en su prefacio que habia sido testigo de los hechos que referia, en una visita que hizo al condado de Yorkshire, y á este propósito se cuenta una anécdota. Un maestro de escuela se creyó retratado en la novela y entabló un juicio contra Dickens; pero el abogado de este contestó diciendo: que el demandante era tuerto (y en efecto lo era) y el personaje pintado por el autor tenia los dos ojos buenos, con lo que el juicio no se continuó y el maestro de escuela quedó confuso y vencido.

En 1840, Dickens empezó una serie de cuentos por entregas semanarias, bajo el título de *El reloj de master Humphrey*, á la cual pertenecen *El almacen de antigüedades* (Old curiosity shop) y *Barnaby Rudge*.

Por este mismo tiempo aparecieron *Las Memorias de José Grimaldi*, en las cuales Dickens nada ó casi nada puso de su cosecha, pues se limitó á ordenar los apuntes de Grimaldi. Se sabe que este célebre gracioso, amigo de Byron, no solo era notable por su habilidad para representar las escenas que él mismo componia, sino por su instruccion literaria, y particularmente por sus estudios en historia natural. Pues bien; Dickens queriendo tributar un homenaje á su memoria y socorrer á su viuda, publicó las citadas Memorias, que algunos editores con razon no han colocado entre las obras de nuestro escritor. Luego Dickens quiso visitar la América y vino á los Estados-Unidos, en donde reunió nume-

rosos apuntes, que despues publicó bajo el título de *Notas americanas para general circulacion.* Molestáronse mucho los americanos por las observaciones picantes que esta obra contiene, y publicaron otra en respuesta que se intituló: *En cambio de las notas americanas.* Hoy los mas despreocupados han comprendido que el escritor inglés tenia justicia.

En 1844 salió á luz *Martin Chuzzlewit,* y en ese mismo año viajó Dickens por Italia, de cuyo viaje ha hecho una encantadora narracion en el *Daily News,* que despues fué reimpresa aparte. (Esta es la primera obra del escritor inglés que llegó á nuestras manos en 1857, que nos hizo aficionarnos á él, aunque no es la mejor de sus producciones.)

A su vuelta de Italia, Dickens influyó en la fundacion de un periódico barato para la propagacion de las ideas liberales y de la educacion, y este fué el orígen del mencionado *Daily News,* de que nuestro novelista fué el principal redactor y editor.

Separado despues de esta empresa, se consagró de nuevo á sus novelas pequeñas y morales, y escribió la serie que intituló *Historias de Navidad* (Christmas Stories), y á ella pertenecen la que se intitula *Una cancion de Navidad,* ó como la llamaria un español, *un villancico* (A Christmas carol), y que es el cuento mas bello y conmovedor que hemos leido. 1843. *Los repiques* (The chimes). 1845. —*El grillo en el fogon* (The cricket on the hearth). 1846.—*La batalla de la vida* (The batle of life). 1846.—*El hombre perseguido por los espíritus* y *El contrato con un aparecido* (The haunted man and the ghost's bargain), á los cuales se han seguido despues para completar la serie, otros ocho pequeños cuentos, entre los cuales está el bellísimo intitulado *El Doctor Marigold.*

Las demas obras de Dickens son: *Tiempos malos* (Hard times).—*Dombey é hijo.*—*David Copperfield.* 1850.—*La casa desmantelada* (Bleak house), 1853, sátira contra los curiales.—*La pequeña Dorrit.*—*Cuento de dos ciudadanos,* del tiempo de la revolucion francesa.—*Grandes expectativas* y *Nuestro mutuo amigo.*

En 1850 Dickens comenzó á publicar un periódico semanario intitulado *Household words,* es decir, *Palabras caseras;* pero le suspendió en 1859 y emprendió la publicacion de otro que se llama *All the year round,* que aun dirige.

El fecundo escritor, ya rico de fama y de honores, ha hecho su segundo viaje á los Estados-Unidos, en donde ha sido recibido con un entusiasmo que raya en idolatría. Allí se ha puesto á hacer lecturas, ya de sus obras publicadas, ó ya de escritos que improvisa, y el éxito que ha obtenido es tal, segun nos refieren amigos veraces que le han visto, que acude siempre á oirle un número de personas asombroso. Contribuye en gran parte á esta boga que tienen sus lecturas, la circunstancia de ser un habilísimo actor, pues da á sus narraciones una animacion y una gracia de que hay pocos ejemplos. Su gesto expresivo y elocuente, su ademan, su voz sonóra y que sabe tomar todos los tonos del dolor, de la queja, de la cólera y de la burla, y hasta su elegancia en el vestir y sus maneras distinguidas, dan realce infinito á su palabra; y esto y la generosidad de sus sentimientos, que brilla siempre en todas sus composiciones, no pueden menos que cautivar en su favor todas las almas. Dickens ha fundado el *Gremio de literatura y artes* en Inglaterra, ha sido un empeñoso propagandista de la enseñanza primaria, y en suma, las clases pobres de su país le deben mucho, y ven en él á un ardiente apóstol del progreso y de la mejora del pueblo en todos sentidos.

Aunque no es conocido como poeta, sin embargo, nosotros hemos leido dos composiciones suyas bellísimas, una *A word in season* (*una palabra oportuna*), y otra intitulada: *The children,* tan hermosa y tan tierna, que nos sentimos inclinados á traducirla, y lo haremos quizá dentro de poco. Tiene versos y pensamientos de un sabor evangélico y divino, y se revela en ellos esa inmensa bondad que es como el fondo del carácter de Dickens. Este tiene hoy 57 años; pero su naturaleza sana, robusta y vigorizada por el constante ejercicio físico y por costumbres sencillas, promete hacerle vivir aún largo tiempo. Escritor infatigable y sincero amigo del pueblo, no descansa en sus trabajos civilizadores, y la vieja tierra de Shakespeare, de Milton, de Byron y de Walter Scott, aumentará sus tesoros literarios con nuevas obras de este gran moralista, que en union de Bulwer, mantiene con honor la reputacion gloriosa que el Cervantes escocés supo dar á la novela inglesa.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

México, Enero 26 de 1869.

LA FLOR DEL JAZMIN.

No así doblegues la frente,
Flor por el viento abatida,
Porque es tu amor á mi vida
Lo que Dios al serafin:
Quiero aspirar en tus hojas
El amor que me consume,
Porque tú eres mi perfume,
Mi blanca flor del jazmin.

Hay una vaga tristeza
En tu faz, amada mia;
Respira melancolía
Tu corazon juvenil:
Tormenta que se desprende
Sobre el azul de tu cielo,
Copo importuno de hielo
Sobre la flor del jazmin.

Tú la ilusion mas hermosa,
Creacion del alma divina,
Cándida luz que ilumina
De mi existencia el confin:
Tu faz al cielo levanta,
Bella, pura, encantadora,
Como al nacer de la aurora
La blanca flor del jazmin.

¿Quieres llorar?.... lloraremos
Del destino la amargura;
Tengo un raudal de ternura
En el seno para tí:
Verteré mi triste llanto,
Llanto amargo, como mio!...
Caerá en gotas de rocío
Sobre la flor del jazmin.

Tú de mi árida existencia
En el porvenir incierto,
Del arenal del desierto
Formarás bello jardin:
Yo alentaré en mi memoria
Y en mi corazon sensible,
Ese amor tierno, apacible,
Como la flor del jazmin.

Hallo en tí, vírgen de amores,
Sombra á la existencia mia,
Y en tu aliento la ambrosía
Que traen las auras de Abril;
A la paz que hay en tu frente
Mi corazon no resiste.....
Lánguida, apacible, triste,
Como la flor del jazmin.

Porque á tu dulce cariño,
Celaje que el cielo esconde,
Hay una voz que responde
De una esperanza sin fin:
Rayo de luz bienhechora
Que en mi existencia resbala,
Aroma puro que exhala
La blanca flor del jazmin.

Este amor que es mi creencia
De eterna duda entre el velo,
Llena al mundo, y pasa al cielo
Para eternizarse allí:
Niña, ven; llega á mi seno,
Como una ofrenda de amores;
Entre las nupciales flores
Pondré la flor del jazmin.

JUAN A. MATEOS.

PARÁBOLAS
DE
FEDERICO ADOLFO KRUMMACHER.
TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ALEMAN.

I.
LA ROSAMUSGO.

El ángel que cuida de las flores y las riega en el silencio de la noche con gotas de rocío, se adurmió un dia de primavera á la sombra de un rosal.

Y cuando despertó dijo con alegre semblante:

—¡Oh, tú, la mas gallarda de mis hijas! Gracias te doy por tu consolador y delicado aroma y por tu fresca sombra. Si anhelaras aún algo para tí, ¡oh, con cuánto gusto te lo concediera!

—Adórname, pues, con un nuevo encanto, pidió entonces el espíritu del rosal.

Y el ángel de las flores adornó á la reina de las flores con simple musgo.

Seductora se ostentaba con el modesto adorno la rosamusgo, la mas hermosa de su género.

* * *

Hechicera Lina, déjate de oropeles y de relumbrantes piedras, y sigue los consejos de la maternal naturaleza.

II.
LA ROSA Y EL LIRIO.

Malvina estaba con su padre delante de un lirio que crecia debajo de un rosal. Un blanco deslumbrador, cual rayo de luz, realzaba el abierto y fragante seno de la hermosa flor. Sobre ella pendia lozana rosa juvenil, derramando resplandores de púrpura en las tiernas y plateadas hojas del lirio, y de este modo ambas flores confundian entre sí su aliento.

—¡Oh, qué bella union! exclamó Malvina; y sonriéndose inclinó la cabeza hácia las flores.

—Es la union de la inocencia y del amor, replicó el padre. Así permanecieron silenciosos ante las flores.

Entretanto, Oscar, el amante secreto de Malvina, llegó al jardin. Al punto se derramó un tinte de carmin por las mejillas de la vírgen, semejante al resplandor de la rosa sobre el lirio.

Entonces los miró el padre y dijo:—¿No es verdad, Malvina, que las flores tienen un lenguaje y un semblante?

—¡Para la inocencia y el amor! añadió Oscar.

III.
OSIAN.

Osian, hijo de Fingal, el ciego bardo de Morven, estaba una vez sentado, al declinar el dia, á la entrada de su peñascoso pórtico. Malvina, la gallarda hija de Oscar, se hallaba junto al silencioso anciano.

Entonces preguntó él:

—¿Ha terminado ya el sol su carrera y hay arreboles en el cielo del Poniente?

—Desciende en este momento, respondió Malvina suspirando.

—¿Por qué suspiras tú, Malvina? preguntó el ciego anciano.

—¡Ay, padre mio! respondió la vírgen, porque tú no ves ni la aurora ni el arrebol de la tarde.

—Y ¡ay! añadió el anciano con la sonrisa en los labios, tampoco el hechicero rostro de Malvina mi hija. ¿Empero, no oigo yo, Malvina, el metal de tu dulce voz al sonido de mi arpa? ¿y el girar de los espíritus en torno de sus cuerdas?

—¿Cómo puedes tú, padre mio, percibir los acentos de los invisibles espíritus? preguntó Malvina.

—Malvina, dijo el anciano, solamente para quien el mundo exterior murió y se hundió, resuena el blando murmurio de mundos superiores. Hé ahí,

Malvina, que sus ojos están ya cerrados antes que llegue la muerte, y la tierra yace envuelta en noche y oscuridad. Tal como para la velada tierra aparece solamente el resplandor de las estrellas, así descienden sobre Osian resonantes rayos y hieren las cuerdas de su arpa y las de su impaciente espíritu...... Tráeme el arpa, Malvina.

Así dijo Osian. Malvina le trajo en silencio el arpa, y al punto se arrojó á sus cuerdas el ciego anciano.

José Sebastian Segura.

ACUÑACION EN MÉXICO.

I

En la Memoria del Ministerio de Fomento impresa en 1857, vió la luz pública el *Informe sobre la acuñacion en las casas de moneda de la República*, escrito por mí; comprendia una noticia general de la moneda fabricada en nuestro país desde 1537 hasta fines de 1856, adelantando tres años mas el trabajo inserto en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía bajo el título de *Moneda en México.*

Posteriormente, en 1866, hice nuevo resúmen de lo acuñado en México hasta fin de 1865, valiéndome para ello de los documentos oficiales del Ministerio de Fomento; y como en la Memoria de esta misma secretaría dada á la prensa en 1868, se contengan nuevos datos para llevar la repetida noticia hasta 1867, me propuse ahora continuarla, siquiera por curiosidad, ya que de estudio poco sirve. Pero es el caso que comparando las cifras y los resultados que se me comunicaron dos años hace, con las publicadas en la Memoria del año anterior, no confrontan ni con mucho, á pesar de ser todas auténticas y oficiales. No quiero indagar cuál sea la causa de semejante diferencia, que haria dudar de la veracidad de tales documentos cuando se repiten en ciertos intervalos; lo evidente es, que los antiguos datos han sido fuente de error para mis cálculos de 1866, y que es indispensable rehacerlos. Con no pequeña ligereza, ya que no han sido buenamente examinados, suponemos que no merecen confianza las relaciones adoptadas al principio, y declaramos, bajo la autoridad del Ministerio de Fomento de 1868, que lo que publica merece fé y entero crédito.

Bajo estos supuestos y sin mas preámbulos, entremos en materia.

El monto total de lo acuñado hasta fin de 1856, es el siguiente:

CASAS DE MONEDA.	ORO.	PLATA.	COBRE.	TOTAL.
Chihuahua............	956,992	10.593,397 45	50,428 62	11.600,818 07
Culiacan............	2.604,410	7.037,530 12		9.641.940 12
Durango............	2.831,916	29.841,957 00		32.673,873 00
Guadalajara............	651,317	25.056,753 80	62,069 87	25.770,140 67
Guadalupe y Calvo.	2.311,104	2.063,958 06		4.375,062 06
Guanajuato............	10.885,820	122.635,825 25		133.521,645 25
México............	76.447,439	2,129.093,200 25	5.493,765 10	2,211.034,404 35
San Luis Potosí.....		37.302,201 12	23,517 37	37.325,718 49
Sombrerete............		1.551,249 25		1.551,249 25
Tlalpam............	203,544	959,116 87		1.162,660 87
Zacatecas............		167.980,493 12	107,949 50	168.088,442 62
Totales.....	96.892,542	2,534.115,682 29	5.737,730 46	2,636.745,954 75

Si de la suma general exceptuamos lo correspondiente á la moneda de cobre, tendremos acuñados en metales preciosos la enorme cantidad de dos mil seiscientos treinta y un millones, ocho mil doscientos veinticuatro pesos, veintinueve centavos.

Se hace ahora preciso advertir que en el estado anterior figuran las casas de moneda de Sombrerete y de Tlalpam; ambas existieron por poco tiempo. La de Sombrerete subsistió únicamente de 1810 á 1812; la de Tlalpam comenzó sus labores el 28 de Febrero de 1828 y las terminó el 13 de Julio de 1830. Así es que las casas de moneda, al fin de 1856, eran:

Chihuahua.	Guanajuato.
Culiacan.	México.
Durango.	S. Luis Potosí.
Guadalajara.	Zacatecas.

De aquella época á acá han sobrevenido algunos cambios.

En Oajaca se planteó una fabrica de moneda el año de 1858, comenzó sus trabajos en Febrero de 1859, y todavía subsiste.

La casa de moneda de Catorce principió sus labores el 1º de Febrero de 1865, acuñó durante aquel año, y desapareció despues.

En Alamos y en Hermosillo, lugares del Estado de Sonora, hay tambien nuevas casas de moneda.

Sentado esto, vamos á buscar el monto de la acuñacion en cada una de las expresadas oficinas hasta fin de 1867, para encontrar en seguida el resúmen general hasta la misma fecha.

CASA DE MONEDA DE CHIHUAHUA.

	ORO.	PLATA.	TOTAL.
Hasta fin de 1856.	956,992	10.593,397 45	11.550,389 45
» 1857.	20,194	568,790 00	588,984 00
» 1858.	50,192	573,000 00	623,192 00
» 1859.	53,760	603,000 00	656,760 00
» 1860.	45,760	432,000 00	477,760 00
» 1861.	60,080	702,000 00	762,080 00
» 1862.	50,928	625,000 00	675,928 00
» 1863.	24,688	649,000 00	673,688 00
» 1864.	16,736	513,000 00	529,736 00
» 1865.	14,992	382,000 00	396,992 00
» 1866.	40,272	402,000 00	442,272 00
» 1867.	25,360	602,000 00	627,360 00
Total.......	1.359,954	16.645,187 45	18.005,141 45

CASA DE MONEDA DE CULIACAN.

	ORO.	PLATA.	TOTAL.
Hasta fin de 1856.	2.604,410	7.037,530 12	9.641,940 12
» 1857.	236,764	639,775 00	876,539 00
» 1858.	183,040	768,178 50	951,218 50
» 1859.	220,912	716,266 00	937,178 00
» 1860.	154,944	793,509 00	948,453 00
» 1861.	150,880	670,381 87	821,261 87
» 1862.	86,464	426,764 00	513,228 00
» 1863.	104,816	539,922 00	644,738 00
» 1864.	131,200	407,062 00	538,262 00
» 1865.	177,632	640,733 00	818,365 00
» 1866.	181,776	972,010 00	1.153,786 00
» 1867.	168,192	1.279,714 00	1.447,906 00
Total.......	4.401,030	14.891,845 49	19.292,875 49

CASA DE MONEDA DE DURANGO.

	ORO.	PLATA.	TOTAL.
Hasta fin de 1856.	2.831,916	29.841,957 00	32.673,873 00
» 1857.	56,000	588,771 00	644,771 00
» 1858.	40,016	612,460 94	652,476 94
» 1859.	38,410	560,125 56	598,535 56
» 1860.	15,696	384,010 00	399,706 00
» 1861.	36,823	464,026 00	500,849 00
» 1862.	49,297	595,678 75	644,975 75
» 1863.	32,464	832,560 00	865,024 00
» 1864.	21,587	789,561 00	811,148 00
» 1865.	17,680	625,431 00	643,111 00
» 1866.	27,808	614,546 00	642,354 00
» 1867.	32,784	718,000 00	750,784 00
Total.......	3.200,481	36.627,127 25	39.827,608 25

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

ELENA.

Á LA MEMORIA DE UN ÁNGEL.

I.

Un poeta que ya no existe ha dicho que Jalapa es el eden de ese eden que se llama México. En efecto, Jalapa por la riqueza de su suelo, por la variedad de sus producciones, por la belleza de su clima, por la afabilidad de sus habitantes y por la hermosura y atractivo de sus hijas, cuya fama es general en el país, merece la comparacion de Juan Diaz Covarrubias, cuya cuna mecieron sus brisas embalsamadas.

Allí pasé los años de mi adolescencia, que con los de la infancia son los mejores de la vida, y allí sentí latir mi corazon por primera vez bajo las miradas y el amor de una criatura que como el poeta aquel, no hizo mas que tocar de paso con sus alas de ángel esta tierra de miseria y dolor.

II.

En 1858 tenia yo quince años, y hasta entonces no habia ocupado mi corazon otro afecto que el amor de mi madre y de los mios. Pero comenzaba á sentir esa vaga inquietud, que dulce como la melancolía que la acompaña, se despierta en el alma del adolescente la víspera de la primera pasion, que le convierte en hombre. Imágenes de ángel, rosadas visiones de mujeres de blanca frente y casta sonrisa, atravesaban mi cerebro y poblaban los espacios imaginarios por los que se complacia en vagar mi mente. Buscaba á la hora del crepúsculo los sitios sombríos y retirados, para entregarme á la contemplacion de mis sueños sin temor de ser turbado en ellos por la presencia de extraños.

El sitio favorito de mis paseos era «el Dique.» Aquella llanura cortada por un rio, que cae con estruendo desde una altura y que va serpenteando como una cinta de plata, por un campo de esmeraldas; los graciosos edificios de las fábricas que se levantan en ambas orillas; los altos liquidámbares alzándose aquí y allá en grupos aislados hasta perderse en ese bosque vírgen que se llama «la Cañada de Pacho;» «la Casa de campo» que se oculta á medias y coquetamente entre sus flores, sus bosques de naranjos, de limoneros y de *jinicuiles*, sus quiebras y sus arroyos, forman un gracioso paisaje que corona imponente allá á lo lejos y remontándose hasta tocar el cielo con su frente de titan, el «Cofre de Perote,» destacándose de los montes gigantes que forman esa serranía, continuacion de la de los Andes, que se extienden de Norte á Sur por todo el continente americano.

En frente del Dique se alza Jalapa, la coqueta, la favorita de los españoles y de los mexicanos; la beldad coronada de flores las mas bellas, y reclinada con lánguido abandono sobre sus colinas á los piés del Macuiltepec, guardian de su belleza, y desde cuya altura se mira el Océano en lontananza.

Una tarde en que allí, reclinado al pié de un árbol, me entregaba á la somnolencia producida por la hora y por el sitio, arrullado por el canto de *los clarines de la selva* y de *los zentzontles* que se despedian de la luz espirante del dia; sin que bastaran á sacarme de mi letargo los mugidos del ganado que los vaqueros recogian en el llano, ni los cantos monótonos y tristes de estos, oí una voz dulce y armoniosa que vibró en mí con una sensacion desconocida. Me incorporé, y ví á diez pasos una niña de doce años al parecer, que se empeñaba en alcanzar una rama de esas rosas que solo he visto en Jalapa, y que llaman allí *trepadoras*.

La niña era esbelta y alta para sus años; su talle tenia la languidez de movimientos de una palma mecida por el viento; sus cabellos castaños caian en rizos sobre sus hombros; su piel fina como los pétalos de una rosa, dejaba trasparentarse la sangre que circulaba debajo: su nariz era recta, pequeña, fina, sonrosada; tenia el perfil de una estatua griega, y sus ojos grandes y rasgados en forma de almendra, eran del color del Océano agitado, y profundos como él en su mirada de infinita dulzura.

Al ver la inutilidad de sus esfuerzos me adelanté, corté la rama, y trémulo y balbuciente se la ofrecí.

La niña me miró con extrañeza, como sorprendida y cortada á la vez de mi accion; tendió su manecita, y tomando la rama echó á correr en direccion de otros niños que jugaban á lo lejos.

Yo me quedé en el mismo sitio viéndola, aunque habia desaparecido, y oyendo su voz allá en el fondo de mi corazon.

III.

Cinco años despues, una hermosa tarde de Abril, me encontraba yo en la *huerta* de una de las mas ricas *haciendas* de los alrededores de Jalapa. Una jóven de diez y nueve años, alta y bella, con una belleza lánguida como la de una criolla y correcta como la de una estatua antigua, mirándome á los ojos como queriendo impregnar el fluido de los suyos hermosísimos y de mirada dulce y profunda, en

mi alma, me condujo delante de un hermoso rosal, —enredadera que cubria por aquel lado una parte de la pared de la huerta.—¿Ves qué hermoso rosal? —me dijo con un gracioso movimiento de cabeza que llevó hasta mí el perfume de sus rizos:—¿recuerdas la rama que me diste hace cinco años aquella tarde? pues héla aquí cómo ha crecido...... como nuestro amor, desde entonces......

IV.

¿Por qué el primer amor no es eterno? ¿Por qué el olvido, la distancia, el tiempo ú otras impresiones subsecuentes, le borran de nuestro corazon hasta arrancar de él el aroma de su recuerdo? ¿Por qué la Providencia no nos hace vivir siempre amantes y amados al lado de la mujer que primero amamos? Es un arcano cuyo orígen está en la falta del primer hombre y de la primera mujer y en el castigo que pesa sobre nuestra pobre humanidad.

Tres años despues de la escena que acabo de referir y ocho desde aquella tarde en que le ofrecí á Elena la rama que produjo aquel rosal, volví á ver aquellos sitios.

En esos tres años el destino me habia llevado lejos; otras escenas, otros países, otras personas y otras impresiones habian ocupado sucesivamente mi mente y mi corazon; en ese tiempo no habia sabido nada de Elena, y apenas ¡triste inconstancia de la condicion humana! si su imágen habia ocupado mi mente en horas de tristeza y de recuerdos.

Volví á Jalapa. Pregunté por Elena. Su amor habia revivido en mí á la vista de aquellos sitios. Un amigo mutuo me llevó al cementerio. En una losa que representa magníficamente esculpida una mujer que conducida por un ángel sube al cielo, leí en letras de oro esta inscripcion: «Elena,» y al pié una fecha. Registré mi memoria; era el aniversario de aquella tarde que me mostró el rosal en la huerta de su hacienda. Sentí que la emocion me ahogaba y huí de aquel sitio.

Despues supe que la madre de Elena, arruinada por la revolucion en sus intereses, la habia hecho contraer un matrimonio de conveniencia con un rico extranjero, que cuando murió ella le hizo erigir aquel magnífico mausoleo.

V.

Hace seis meses volví á ver la tumba de Elena. Un rosal enredadera crecia allí agarrándose á las rejas doradas de su sepulcro......

GONZALO A. ESTEVA.

REVISTA DE TEATROS.

LA CUERDA TEMPLADA, comedia en tres actos, de D. Luis San Juan.

Es la felicidad conyugal, lector amigo, una de las flores paradisiacas que en escaso número suelen brotar para el hombre en las áridas llanuras de la vida; flor tanto mas preciada, cuanto que á duras penas se la encuentra allí donde solo abundan el envidioso espino, el aleve abrojo y la maligna ortiga. No cante victoria, sin embargo, quien logró la dicha de alcanzarla, ni juzgue eterna su posesion quien ya la hubo trasplantado á su huerto. Tan delicada cuanto hermosa, puede esa flor celestial doblegarse marchita; que así deseca sus hojas el calor excesivo, como las tuesta el extremado hielo. En el amor conyugal, tanto daña el celo inconsiderado como la sobrada confianza.

Sobre ese tema, que no por muy trillado deja de parecer siempre nuevo é interesante, trazó D. Luis San Juan la comedia que con el título de *La cuerda templada* viste estrenarse en nuestro teatro la noche del domingo último, y cuyo análisis procuraré hacer de la mejor manera que se me alcance.

Dos eran los escollos que el autor se proponia mostrarte, y así comprendes que dispuso su plan ofreciendo á tu vista dos matrimonios, cuya respectiva accion, contrastando en su marcha, hiciese al cabo sentir la necesidad de ese término medio, que en esta, como en todas las circunstancias de la vida, constituye la virtud. Pablo, esposo de Lola, hombre dotado de recomendables prendas, adora á su mujer; y para no hacerle enojoso el yugo matrimonial, la da libertad completa, prescindiendo con ese fin aun del placer de acompañarla fuera de casa. El reverso es un su amigo, Cárlos, esposo de Adela, celoso y suspicaz, que de buena gana llevaria á su mujer en el bolsillo, á poder hacerlo; y cuenta que ambos obran así por sistema. Dice Pablo: «la mujer ha de avenirse á la coyunda matrimonial por amor, no por deber; si al ave enjaulada se le impide hasta el consuelo de mirar la luz, pretenderá con mas teson romper los hierros de su cárcel, por ser la privacion causa del apetito.» Dice Cárlos: «corre el arroyo mansamente, dando vida á las flores de sus márgenes; pero si no hay quien guie su curso, puede acabar envuelto en las aguas del torrente: arroyo son las mujeres, torrente el mundo.» Y merced á ambos opuestos sistemas, ni Lola ni Adela son felices: Lola, porque en su concepto no le basta á una mujer que la quieran, sino que le es necesario saberlo á cada momento, y que asimismo lo sepa el mundo, lo cual no sucederá si jamas se la ve en público acompañada de su marido; Adela, porque no puede dar un paso sin permiso de Cárlos, sin que descanse un punto la celosa vigilancia de este, y ella se aburre, y le apellida tirano, y reniega de su suerte; Lola anhela menos holgura, Adela menos estrechez. Sobreviene un D. Diego, tio de Lola, mas que tio, segundo padre; entérase de la situacion, y trata de mejorarla influyendo en los ánimos para ver de encarrilarlos por mas acertada senda. Al efecto, alarma á Pablo llamando su atencion sobre Cárlos, aunque sin fundamento ninguno, para despertar en el corazon de aquel tal cual celosa desconfianza, que le haga ser algo mas asiduo al lado de su esposa. Para curar á Cárlos, trata de emplear el sistema opuesto, con harta torpeza por mas señas; de todo lo cual resulta que aquel va

demasiado lejos, que este halla nuevo pábulo á su manía, y que á poco andar todos están embrollados, puesto que aun las dos damas aparecen recíprocamente celosas. La catástrofe viene con su acostumbrado acompañamiento de duelo, divorcio, lágrimas y barahunda; y el desenlace, con el medio corriente de aclaraciones mas ó menos satisfactorias, de abrazos, protestas de arrepentimiento, y la moraleja para postre.

Tal es la accion vista en conjunto, la cual no tiene tacha que ponérsele merezca, si no es la falta de originalidad, no ya en el pensamiento, mas en la manera de desarrollarlo, idéntica á la que has visto en otras obras de este género, en *El ramo de oliva* sin ir mas lejos. Pero si nos engolfásemos en los pormenores, acaso tropezariamos con tal cual lunar, que si bien no hace de esta obra un despropósito, sí rebaja un tanto su mérito, á los ojos de la escrupulosa crítica cuando menos.

Al aconsejar D. Diego á Pablo que dé menos suelta á su esposa, comete una grave imprudencia, cual es la de hacerle notar que en el espacio de ocho dias han salido juntos y solos siete veces á la calle Lola y Cárlos: al precisar de este modo las cosas, ¿qué habia de suceder? que desde aquel momento Pablo duda á la vez de su mujer y de su amigo. Al aconsejar el mismo D. Diego á Cárlos que deje un poco en libertad á Adela, trata de tranquilizarle advirtiéndole que su mujer está sola en el jardin con Pablo; que muchas veces un marido se ha visto burlado por su mejor amigo, especialmente si las entrevistas son en el campo, en donde hasta la naturaleza conspira para rendir á la virtud mas firme; y todo esto se lo dice con tan menudos detalles, pintándolo con tan vivos colores, que el susceptible Cárlos vuela en busca de su mujer, abrigando ya terribles sospechas, y dispuesto á traducir en el peor sentido cuanto vea desde aquel punto y hora. Tal proceder, difícil de concebir en un mozo aturdido y ligero, se torna en inverosímil al tratarse de un viejo como D. Diego, en quien se supone haber toda la cordura que dan las canas, la experiencia y la buena intencion. Que el D. Plácido de *El ramo de oliva* embrolle á todo el mundo de la misma manera que lo hace nuestro D. Diego, no causa extrañeza, porque ya el autor desde el principio cuida de mostrarte la ruindad de sus pensamientos, por mas que su intencion sea sana; pero en *La cuerda templada* el D. Diego es un anciano como cualquier otro, carácter natural, sin rasgo ninguno que modifique las cualidades de prudencia, seso y circunspeccion peculiares de la edad. Tenemos, pues, que el dichoso tio es lo que se llama un carácter *falso*, es decir, un personaje que obra de una manera diversa de la que debia.

Adela tiene siempre sobre sí la mirada suspicaz y vigilante de su marido; en estas circunstancias toda mujer evita aun las mas inocentes acciones, sabiendo, como sabe, que el celoso hace de todo un *casus belli;* y las evita, cuando no sea mas que por ahorrarse disgustos y quimeras: ¿cómo se explica, pues, que Adela ande menudeando los cuchicheos con Pablo, y las entrevistas á solas, y por fin, que le permita aquel beso en la mano? No es así como obra la mujer de un marido celoso, y de aquí se deduce que Adela es otro carácter *falso*.

Determina la catástrofe el doble beso dado simultáneamente por cada marido en la mano de la mujer del otro; hé aquí, lector amigo, una escena de todo punto inverosímil: Cárlos y Lola salen de un aposento, y se dicen en voz alta nada menos que cuatro versos; Pablo y Adela están allí hablando entre sí, y no los oyen, como ni aquellos á estos, sino hasta que resuena el consabido beso, con una coincidencia harto rebuscada: ¿es posible tal sordera, por extenso que se suponga el recinto de una sala?

Pablo y Cárlos, persuadidos cada uno de la traicion del otro, se insultan y salen á batirse; tal suceso es motivado de una manera inmediata por los celos, no cabe duda; pero el verdadero móvil fué la imprudente conducta de D. Diego, que en uno y en otro despertó aquella pasion: si los efectos deben referirse á sus verdaderas causas, y los hechos tienen que imputarse á quien les da orígen, hay que cambiar enteramente la moraleja de la comedia, la cual, rectamente deducida de la accion, debia ser esta: «huye de los consejeros imprudentes, porque pueden arrastrarte á lastimosos excesos.» Lo que Pablo sufre no es originado por la amplia libertad que á su esposa daba, que lo mismo hubiera sucedido sin eso; lo que sufre Cárlos tampoco proviene de su extremado celo; no se infiere, pues, de ambas acciones dramáticas la leccion final, de que en el matrimonio no ha de tenerse ni sobrada confianza ni excesiva precaucion. Si Lola hubiese sido infiel á Pablo por dejarla este expuesta á riesgos, y si Adela desesperada hubiera roto criminalmente el vínculo que á su marido la ligaba, entonces sí que venia de molde la moraleja, porque entonces sí los daños habrian sido resultado natural y directo de los viciosos extremos que en la obra tratáronse de condenar.

Hay un personaje puramente episódico, el criado Perico, quien en lo poco que habla tiene dos rasgos censurables. Indica en un monólogo, harto claramente, que su ama le gusta mas de lo regular: esto hace mal efecto, es repugnante, y no se tolera ni en ficcion. En el tercer acto hace una relacion en esdrújulos, relacion impropia en su boca, puesto que los personajes de un drama deben hablar conforme á su condicion, y no es lo regular que un criado llame *vehículo* á un coche, ni *escuálido* á un caballo flaco, ni use de ordinario las voces *ámbito, estentórea*, ni *extático:* muchos criados conozco yo tan españoles como el de la comedia, y te aseguro que su estilo es poco mas ó menos como el de los criados mexicanos, estilo que no peca ciertamente de culto y atildado.

Díjete ya todos los defectos de *La cuerda tem-*

plada, y con esto no llevo hecha sino la mitad de la tarea; fáltame la otra mitad, que es el ponderarte las muchas bellezas que encierra. Porque has de saber, lector amigo (y perdóname la digresion), que en mi concepto el verdadero crítico, el que se atreva á ejercer concienzudamente tan espinoso magisterio, no ha de limitarse á solo buscar las tachas, dejando pasar por alto, intencionalmente ó no, los primores; que esto, sobre ser notoriamente injusto, da á quien de tal manera obra, la antipática apariencia del avinagrado pedagogo, para quien solo son familiares la reprimenda destemplada y la disciplina de cinco ramales; sus observaciones, mas que correctivo saludable parecen el desahogo de su vanidad, la ostentacion de su saber, y el indicio vehemente de su mala índole. Sentado lo cual, paso á enumerarte las buenas cualidades que recomiendan á la comedia de que nos venimos ocupando.

Sea en primer lugar la versificacion: ya consideres el romance asonantado, ya la redondilla octosílaba, que en esos metros está escrita la comedia, gozas saboreando la fluidez de aquellos versos, que corren sueltos y galanos como arroyo entre flores. La escena III del primer acto se recomienda muy particularmente por la brillantez de las imágenes, por la delicadeza de los conceptos y por la facilidad con que se desata en melodioso raudal aquel diálogo tan animado, tan verboso, y tan impregnado de ese lirismo sóbrio, que sin salir de su órbita acaricia blandamente el oido. Como esa escena hay otras muchas, que no detallaré para no llenar este espacio con números; básteme asegurarte, que acaso esta sea una de las pocas comedias cuya versificacion pueda servir de modelo, despues de las de Moratin, Breton y Gorostiza. En la parte de las damas, campea ademas el sentimiento y la ternura. El diálogo todo, particularmente en el primer acto, es animado y vivo, abundante en sales cómicas; los finales redondos, los efectos bien buscados. Tiene situaciones presentadas con gracia, tal como la distraccion de Pablo y de Cárlos en el segundo acto, distraccion en que el detalle del cerillo y del puro hace reir de gana; no es menos feliz la de la escena VII del tercer acto, cuando D. Diego encerrado en un aposento por Lola, llama tímidamente, mientras Pablo que lo escucha, cree que es el amigo infiel, y se lanza furioso hácia aquella puerta. La exposicion queda hecha con todas las reglas del arte, y la accion camina sin embarazo hasta desatarse el nudo. En suma, *La cuerda templada* es lo que se llama una comedia bonita, de aquellas que se oyen con gusto, y cuyos defectos acaso pasen desapercibidos para el auditorio que no se cuida de minuciosidades.

Tuvo feliz desempeño, tan feliz como el que yo desearia siempre en nuestro teatro para gloria de nuestros actores y adelantamiento del arte; un pequeño incidente originado por la torpeza de quien tenia que dar un ramillete al Sr. Morales en una salida, lo cual fué causa de que la escena quedase *rada* por un momento, no es cosa que merezca llamar la atencion ni provocar una advertencia de la crítica; tales desgracias no son raras aun en los primeros teatros de Europa. Las dos hermanas Cejudo, y los Sres. Ossorio, Morales, Mata y Sanchez, cada uno por su parte tuvo muy buenos rasgos artísticos.

Acaba de representarse el *Tasso* á la hora en que escribo estas líneas. Aun siento viva la profunda emocion que en mí, como en el público todo, supo excitar el talento de Manuel Ossorio: aquel laurel enviado por Clemente VIII, ciñó dignamente las sienes del distinguido actor, que con tanta verdad acababa de interpretar al sublime cantor de la *Jerusalen*.

Enero 26 de 1869.

M. Peredo.

LA FLOR Y LA MARIPOSA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA G.... S....

Alzábase una rosa una mañana
 En su tallo gentil;
Era la flor mas pura, mas galana,
 De un ameno pensil.
Una bella y ligera mariposa,
 De variado color,
Inquieta, alegre, tierna, presurosa,
 De flor volaba en flor.
Llegó á la casta rosa, y con ternura
 Así comenzó á hablar:
«En tus pétalos suaves, rosa pura,
 «Déjame reposar.
«Eres tú la mas bella de las flores,
 «Yo te amo con ardor;
«Dame toda la esencia que atesores,
 «Dame, rosa, tu amor.»
Al oirlo, la flor enamorada
 Su cáliz entreabrió,
Y de dicha y de amor enajenada,
 Su esencia le entregó.
Mas la rosa infeliz ¡ay! al perderla,
 Presto se marchitó,
Y la inconstante mariposa á verla,
 Ingrata, no volvió.
Y la flor que ostentaba su hermosura
 Ayer en el pensil,
Hoy marchitada y llena de tristura
 Yace en el polvo vil.

Guarda, niña, en tu memoria
De esta flor la triste historia,
Y sigue siempre afanosa
Por la senda del deber,
Pues es la esencia en la rosa
La virtud en la mujer.

Guillermo A. Esteva.

ROSSINI.

(CONTINUACION.)

A la llegada á Nápoles, es decir, á los 24 años de edad, Rossini era un hombre ilustre; solamente hospedaba, como dicen, al diablo en su escarcela: apresuróse, pues, á acoger las ofertas pecuniarias de aquel famoso Barbaja que de antiguo mozo de café habia llegado á ser mas rico que el rey de Nápoles, á fuerza de tallar naipes en los garitos; y mediante cuatro mil escudos por año, nuestro compositor se comprometió á escribir dos partituras por año.

Por este tiempo nació en el corazon del maestro una de las mayores pasiones. El objeto de este amor era la deliciosa Isabel Colbrand, astro de belleza cuyo brillo iluminaba el cielo napolitano, primera cantatriz de San Carlo y amada de Barbaja. Para ella escribió Rossini su *Elisabetha regina d'Inghilterra*, y en esta ópera la Colbrand obtuvo mayor éxito aún que la Malanote en Tancredi. Esta partitura daba la norma del vasto talento magistral y del gran arte que debian mas tarde traducir el *Mosé*, el *Otello*, la *Semiramide* y llegar hasta *Guillermo Tell*.

Rossini gozaba en Nápoles de una existencia muy agradable. Ganaba mil francos al mes, trabajaba poco y hacia la corte á la *Diva* de San Cárlos. A fuerza de estudiar y de cantar juntos, acabaron por estar tan acordes, que se desposaron en las barbas del pobre Barbaja, que no habia previsto este exceso de armonía.

De 1816 á 1822, Rossini compuso diez y ocho partituras, entre las cuales es preciso citar *Otelo*, *Armida*, *Moisés*, el *Barbero de Sevilla*, representadas en Roma, así como *Cenerentola* y la *Gazza ladra*, representada en Milan.

Otelo y *El Barbéro de Sevilla*, hecho con seis meses de intervalo, pusieron sucesivamente al maestro en contacto íntimo con la verba cómica de Beaumarchais y la potencia trágica de Shakespeare, y, preciso es decirlo, no quedó mas abajo de ninguno de los dos.

Lozana, risueña y ligera en la garganta de Fígaro, la melodía se trueca en sombría, solemne y fatal en la del Moro. Jamas un filarmónico buscó la inspiracion en tan diversas fuentes, ni identificó á ellas su genio con tal felicidad.

Gioachino abandonó á Nápoles poco despues de su matrimonio, á fin de sustraerse al odio de Barbaja, convertido en enemigo suyo. Despues de haber estado en Viena, en donde su mujer cantó Zelmira en presencia de la corte, se dirigió á Venecia, en donde era esperado con la partitura de la *Semiramide*: En Venecia, la cólera de Barbaja persiguió al maestro, y á fuerza de dinero, el empresario de Nápoles sedujo á los mejores cantores del teatro de la Fenice é hizo rodar la *Semiramis* en el mismo lugar en que *Tancredo* habia recibido tantas coronas. Indignado con lo que él llamaba la ingratitud de sus conciudadanos, Rossini resolvió abandonar la Italia. Por otra parte, brillantes contratas le esperaban en Lóndres y en Paris. En esta última ciudad, Rossini tomó á su cargo la direccion del teatro italiano, y en 1828 hizo representar el *Conde Ory*. Esta composicion y el *Viaje á Reims*, escrito con motivo de la consagracion de Cárlos X, eran las solas óperas que el maestro tan fecundo en Italia habia compuesto para la escena parisiense, y así decíase que la inspiracion del grande hombre se habia agotado.

La aparicion de *Guillermo Tell* fué un acontecimiento. Aun aquellos que esperaban prodigios, quedaron confundidos en presencia de una tan repentina evolucion del genio. Desertar la rutina italiana para entrar francamente en la via de la escuela francesa, ya era hacer mucho; pero apoderarse resueltamente del nuevo espíritu, apropiarse el romanticismo, apasionar su melodía con todas las agitaciones febriles del momento, he aquí lo que en un extranjero debia sorprender.

Guillermo Tell es sin contradiccion la obra maestra de las obras maestras. En él, el maestro ha unido á la abundancia italiana y al vigor de inspiracion que reina en sus primeras composiciones, la inteligencia exquisita, el sentimiento dramático y una delicadeza de gusto excesivamente rara.

Despues de *Guillermo Tell*, Rossini no ha escrito ópera alguna. Hanse dado muchas explicaciones á este silencio. Los unos lo atribuyeron á la caida de los Borbones, á los cuales el maestro estaba íntimamente ligado; otros, con mas razon acaso, hacen remontar la causa al advenimiento triunfal de Meyerbeer en la ópera. Rossini ya no reinaba solo; el sol se ofuscaba al pasar esos astros errantes que perturbaban momentáneamente su sistema. El gran compositor se aisló, el armonioso anacoreta retiróse á las alturas del teatro italiano, en donde ha podido vérsele durante tres años, entregado á las mas filosóficas consideraciones concernientes á los hombres y á las cosas de aquel tiempo. Aquella rechifla era implacable; en cuatro minutos daba cuenta de la reputacion de ayer y de la de mañana; casi todos los epigramas que de él nos quedan, pertenecen á esta época. De repente Rossini se fastidió de la Francia y abandonó á Paris para ir á habitar su palacio en Bolonia, en donde su vida resbalaba en medio de una clerecía amable y tolerante. Rossini gustó siempre de la sociedad de los cardenales; predileccion debida al recuerdo de las bondades con que fué colmado en su juventud por el cardenal Consalvi, uno de los hombres mas afectos á la música. La revolucion de Febrero de 1848 sorprendió al feliz *dilettante* en el seno del bienestar. Lleno de espanto por los sucesos que acaecieron en Bolonia, emigró á Florencia, en donde habitó hasta 1857.

Durante su permanencia en Bolonia, Rossini no quiso oir hablar de su arte, y solamente el banquero

Aguado, su amigo íntimo, pudo hacerle escribir el famoso *Stabat Mater*, compuesto para el abate Varela de Madrid, que conoció la gloria del maestro, ungiéndolo rey, tanto de la música religiosa como de la profana.

En 1859 Rossini volvió á Paris, en donde por el invierno habitaba una casa situada en la Chaussée d'Antin, y todas las mañanas bajaba á las diez de su casa, y todo el mundo podia verle hacer, envuelto en su inmensa hopalanda, un paseo por los *boulevarts*, sin variar nunca de direccion. Por la tarde reunia en sus salones algunos amigos, se tocaba un poco de música, y lo que es mas, el maestro no desdeñaba, de vez en cuando, sentarse al piano y ejecutar alguna fantasía improvisada; amaba la buena sociedad, y su buen humor sabia alegrar á los mas misántropos. En sus últimos tiempos quiso con paternal cariño á Adelina Patti, y los consejos del gran compositor han contribuido ciertamente á la gloria y á la fama de la encantadora cantatriz. Rossini se oponia al matrimonio de la artista mimada del público europeo: «cuando se es la Patti, le decia, debe uno casarse ó con un tenor ó con un archiduque.» Adelina no era de esta opinion, puesto que fué un marqués, y lo que es peor, un escudero de Napoleon III, el que supo triunfar del juramento hecho por la gran cantatriz á su viejo amigo. En 1864, Rossini se dirigió á Pésaro para asistir á una ceremonia y á un triunfo, hasta entonces sin ejemplo en la historia. Su pueblo natal le elevaba una estatua, y á este testimonio de inmortalidad acordado á un vivo, la Italia entera quiso agregar la manifestacion de una festividad gigantesca. Todas las principales orquestas del reino, organizadas en orfeon inmenso, bajo la direccion poderosa del gran Mercadante, dieron á esta majestuosa apoteosis un aspecto cuyo recuerdo vivirá eternamente en la memoria de la muchedumbre enorme venida de todos los países de la Europa para rendir homenaje á la gloria del cisne de Pésaro.

No hay un hombre que haya sido colmado de lo que llamamos convencionalmente honores y distinciones, en mas alto grado que Rossini. Revestido de todas las grandes condecoraciones del globo, rico, proclamado maestro por todo lo que el mundo califica de grande y de poderoso, el autor de *Guillermo Tell* ha gozado durante cuarenta años de una verdadera inmortalidad.

En 1867, Rossini compuso para la apertura de la grande exposicion universal de Paris, un *himno á la paz*, y, sarcasmo sangriento del escéptico maestro, introdujo en esa obra (por otra parte muy débil) acompañamientos de cañon y de atambores, que trasformaban el himno á la paz en una verdadera marcha de guerra. Desde entonces el cantor de Desdémona no ha escrito nada. No hacemos cuenta de la célebre misa estudiada en este momento por el Conservatorio de música de Paris, pero que hemos tenido la felicidad de escuchar, ejecutada en una reunion íntima en los salones de Mme. Pillet-Will, en 1864. Podemos asegurar que en esta misa se reconoce en toda la plenitud del genio al autor del *Stabat* y de la introduccion de Moisés.

NEMO.

(*Continuará.*)

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

(CONTINUACION.)

APUNTES ESTADISTICOS DEL DISTRITO DE TUXTEPEC (Estado de Oajaca), por el Lic. José Santos Unda, diputado al Congreso general.—México, imprenta del Gobierno, en Palacio, á cargo de José María Sandoval.—1868.

Es un opúsculo pequeño, pero que contiene noticias interesantes.

JUANA DE ALMENDARIS, novela original de Roberto A. Esteva.

Está publicándose aún en el folletin de «La Iberia.»

CONSTITUCIONES Y ESTATUTOS GENERALES DEL RITO MASÓNICO MEXICANO.

Cuaderno que contiene las reglas y estatutos de la masonería mexicana. No trae el nombre de la imprenta en que se publicó.

BIBLIOTECA RECREATIVA, DE GONZALEZ, NEVE Y COMPAÑIA.

Con este título, los editores mencionados han comenzado á publicar una serie de novelas traducidas del francés, é ilustradas algunas de ellas. Han salido á luz las siguientes, que se han repartido por entregas semanarias.

LA JUVENTUD DE ENRIQUE IV, por el vizconde Ponson du Terrail.—Sin estampas.

EL REY DE LOS BOHEMIOS, por el mismo.

Se está publicando actualmente

LOS AMORES DE ARTAGNAN, por Alberto Blanquet.—Imprenta de Neve, callejon de Santa Clara núm. 9.—1868-1869.

MEMORIAS FANTÁSTICAS DEL PÁJARO VERDE.—Ensayos para una novela, por Mariano Villanueva.—México.—Imprenta del autor, calle de San Felipe Neri núm. 14.—1868-1869.

Está publicándose aún, y se han repartido nueve entregas.

En el mes actual han visto la luz diversas publicaciones; pero de ellas hablaremos en nuestro primer número de Febrero, segun dijimos arriba.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

ATENCION.—El asunto «Hermógenes» se contesta en los forros.



VIDAL ALCOCER.

VIDAL ALCOCER.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

Plutarco, en la Vida de Arístides, dice hablando del sobrenombre de *justo* que llegó á obtener este hombre ilustre, que los reyes y los príncipes, envaneciéndose con los títulos de *Poliorcetes* (conquistador de ciudades), de *Ceraunus* (rayo), de *Nicanor* (vencedor), y aun con los de *Aguila* y de *Buitre*, han preferido la gloria de las cualidades que denotan la fuerza y el poder, á la de las denominaciones que designan la virtud; que Dios mismo, á quien ellos pretenden asemejarse, no se diferencía de los otros séres sino por tres atributos, á saber: la inmortalidad, el poder y la virtud, y que de estas tres la virtud es sin duda la mas augusta y la mas divina.

Estas palabras de uno de los mas grandes escritores de la antigüedad, pueden repetirse aquí, en México, á propósito del hombre insigne de cuya vida y de cuyas virtudes vamos á hablar.

En la República mexicana, tan abundante en señalados varones, los mas han querido enorgullecerse con los dictados de *generales*, de *sabios*, de *políticos*, de *oradores*, ó bien de *millonarios*, de *nobles*, de *ostentosos*, y aun de *calaveras*, de *devotos* y de *hipócritas;* pero muy pocos han querido merecer el renombre de *benéficos* y asentar su reputacion sobre la base mas segura, mas duradera y mas hermosa: *la caridad.*

Muy pocos han sido estos por desgracia, y aun su gloria ha permanecido oscurecida por mucho tiempo en medio de las tempestades de la guerra civil, pues entonces no brillaban sino los astros sangrientos de la ambicion, que uno á uno aparecian repentinamente en el cielo, derramaban allí durante algunos dias sus siniestros fulgores, y se apagaban para siempre en las sombras del desprecio y de la nulidad.

Pero ha cesado por fin aquel tiempo de matanza y de agitacion, y á la luz purísima de la paz, echamos una mirada en nuestra patria para buscar en ella los monumentos de las grandezas pasadas, las huellas de tantas reputaciones colosales, algo que nos obligue á inmortalizar en nuestros recuerdos y en nuestra gratitud, á tantos hombres que han pasado por el poder, que han vivido con la savia del pueblo y que han tenido en sus manos todos los elementos para hacer la felicidad pública.

Triste es confesarlo; pero de la independencia á acá muy poco queda de verdaderamente útil que sea obra de los grandes. En el órden político se han hecho inmensas conquistas; pero en el órden moral, en el órden de las ideas, falta mucho por hacer, y eso que falta, pudieron haberlo creado nuestros gobernantes y nuestros próceres, haciendo que la civilizacion marchase sobre las revoluciones de la política.

Este reproche, que con justicia debe dirigirse á los gobernantes, tambien recae sobre los ricos de México. Sumas fabulosas han consumido en las ostentaciones de su lujo y de su vanidad; ricos palacios, suntuosos banquetes, fiestas dispendiosas, magníficas casas de recreo, hé aquí las huellas de su paso por el mundo; pero entrad á las casas de beneficencia y pedid los registros y los archivos, y encontrareis los nombres de unos cuantos hombres virtuosos á quienes la humanidad deba algun beneficio. Verdad es que para honra de nuestros antiguos capitalistas, varios establecimientos caritativos deben su existencia á algunos de ellos; pero entre nuestros contemporáneos, muy contados han sido los que han querido imitar aquel ejemplo de verdadera nobleza. Y á fé que esto les habria dado una preponderancia, una respetabilidad, una supremacía social que no pueden dar nunca ni la cuna, ni el mas alto empleo, ni la influencia pasajera del poder, ni el oro en abundancia. Pero prescindiendo de esos intereses, del egoismo político é individual, es evidente que nada engrandece al hombre á sus propios ojos, ni nada le ennoblece tanto á los ojos de los demas, como la práctica de la beneficencia. Esta virtud es la única que sin necesidad de las demas, hace de un hombre un semidios.

Pero entremos en materia:

Era la época de nuestras luchas civiles. Los dictadores se sucedian á los dictadores, las proscripciones de Mario y de Sila se reproducian en la desventurada México, y los soldados eran los árbitros de los destinos de la patria. Invocábanse diversos principios políticos, elevábanse distintas banderas, y á su sombra se ocultaban los rencores políticos y la ambicion. Cada año se señalaba con un motin, cada ciudad se envanecia á su turno con ser la cuna de una revolucion nueva; el pueblo era arrastrado á los campos de batalla, antes fecundados con el sudor de su frente, y entonces yermos y abrasados con el vapor de su sangre. ¿Quién pensaba en esos tiempos de agitacion y de odio, en arrojar en las masas el bendito gérmen de ilustracion que mas tarde debia fructificar y producir la paz y la dicha? ¿Quién cuidaba del porvenir, preocupado por las angustias del presente?

No era ciertamente el mandarin, que no tenia recursos sino para levantar legiones que defendiesen su poder y su vida; no era el rico, que escondia su capital ó le comprometia en los azares de una revolucion; no era el pueblo, rechazado de las asambleas deliberantes y solo utilizado para servir de instrumento á las pasiones políticas. Nadie podia, sin tener la fé de un apóstol, la conviccion de un genio ó la abnegacion de un mártir, acometer la empresa de difundir la instruccion entre las clases pobres, solo, sin elementos y combatido por los mil obstáculos de la preocupacion, de la miseria y de la resistencia del pueblo mismo.

Todas estas dotes sublimes del espíritu y del corazon se hallaban reunidas en un hombre oscuro en-

tonces y que vagaba perdido en esas inmensas oleadas de la muchedumbre popular, que esconden tantas virtudes y tantas grandezas ignoradas. Y parece que Dios quiso buscarle allí precisamente, como á todos sus misioneros de ideas sublimes, para dar á su empresa todo el brillo de una mision providencial.

Si Vidal Alcocer hubiese hecho descender sobre el pueblo desvalido una mirada de compasion desde la cumbre del poder, su mérito habria sido grande; pero no habria tenido el inmenso valor, el carácter divino que hoy tiene el hijo humilde del pueblo, que hizo beneficios á sus hermanos sin contar con mas elementos que su pensamiento y su abnegacion.

Si Vidal Alcocer hubiese consagrado lo superfluo de sus rentas de millonario á dar pan á los desheredados de la sociedad, su nombre estaria registrado en las tablas de bronce que ya inmortalizan los nombres de miles de ricos que se han hecho perdonar su opulencia en gracia de su caridad; pero con privarse del alimento necesario y privar tambien de él á sus hijos para repartirlo entre los necesitados, Alcocer ha hecho que la humanidad le consagre un templo en su corazon, identificándole con la Providencia.

Si afortunado, hubiese consagrado su oro á la compra de bibliotecas y á la edificacion de colegios para difundir la ciencia entre las masas, habria llegado á hermanarse con Estéban Girard y con Jorge Peabody y con los antiguos españoles de México, que fundaban casas de asilo y capellanías para sus compatriotas y parientes. Pero Alcocer pobre, Alcocer tambien menesteroso, tambien desheredado, y sin embargo, fundando escuelas para los niños infelices y dotándolas con los recursos que pedia á la caridad pública, y sufriendo por lograr su objeto toda clase de penas, de desaires y aun de censuras, ciertamente merece un lugar mas distinguido que los filántropos comunes; merece colocarse al lado de Jesus y de Vicente de Paul.

Vidal Alcocer, cuya gloria pura é inmensa no ha aparecido hasta aquí como debia, á los ojos de los mexicanos, fascinados aún por las pasajeras de sus guerreros y de sus triunfadores, hoy que estas palidecen, reaparece alumbrando como un sol en el cielo de la patria.

Hoy todo el mundo tributa al bienhechor de la juventud sus homenajes de admiracion; todo el mundo desea saber quién es, desea conocer los detalles de esa existencia consagrada á la virtud; y en medio de las solemnidades de la enseñanza pública, que con tanta pompa han tenido lugar en esta ciudad populosa y descuidada, ha resonado mil veces en los ámbitos de los salones, antes solo llenos con los nombres de los poderosos y de los héroes, este nombre aclamado con gritos de alegría por los niños, repetido entre sollozos por los hombres...... ¡VIDAL ALCOCER!

¡Oh! pues Vidal Alcocer no era un magnate, y por eso no tuvo biógrafos que hiciesen gemir las prensas con mentidos panegíricos; no tenia deudos enriquecidos, y por eso su modesto nombre no ha sido grabado con letras de oro en lápidas de mármol, ni descansan sus cenizas en soberbio mausoleo de pórfido, atrayendo las miradas de los curiosos.

Vidal Alcocer hoy duerme en paz como los justos, en una modesta tumba; Dios, y no la vanidad humana, recompensa sus virtudes, y el pueblo hace su epitafio con lágrimas de gratitud.

Si veis que un artesano humilde, que una madre de familia, pobrísima y menesterosa, abren un libro y leen á sus hijos vuestros escritos...... vuestros poemas ó vuestras leyendas, ya tendreis solo con eso, ¡oh publicistas, oh poetas ó literatos! el elogio de Vidal Alcocer. Él fué quien enseñó á leer á esos infelices, y vosotros le debeis el ser comprendidos y estimados, y el pueblo le debe tambien el haber dado un paso mas en la senda del progreso y de la mejora.

Su vida es un himno á la beneficencia. No hay en ella pompas, ni honores, ni fausto; pero en las páginas de ese hermoso libro, recreo de los ángeles y de los hombres de bien, no hay una sola mancha de sangre, ni la huella de una lágrima de pesar. Percíbense, es verdad, como señales de un rocío brillante y perfumado, sus lágrimas de agradecimiento. Un libro como esos, es la llave del seno de Dios.

Por lo demas, el hombre egoista y frívolo, aquel que tiene el corazon gastado en torpes placeres ó carcomido por atroces pasiones, encontrará el relato de esta vida muy simple y muy pobre. Que no le vea, pues; Alcocer era un hombre benéfico, y no un conquistador, ni un héroe de novela. El heroismo de la caridad es mas grande, pero se comprende mas difícilmente, porque tambien es mas difícil de practicarse para las almas vulgares.

Alcocer nació en México el dia 28 de Abril de 1801, y quedó huérfano de padre á los cinco años de su edad. Recibió su educacion primaria en los Betlemitas y en el colegio de San Juan de Letran, y concluida esta, á los doce años comenzó á aprender el oficio de encuadernador: despues pasó á aprender el de armero; pero á consecuencia del mal trato que recibia del maestro, emprendió la carrera militar á los trece años, sirviendo al mismo tiempo en la casa de Moneda hasta el año de 1814 en que fué á prestar sus servicios en la gloriosa guerra de independencia.

A los diez y siete años se separó, siendo sargento 1º; pero á los veinte volvió al ejército trigarante en clase de subteniente, retirándose á poco para continuar sirviendo en la casa de Moneda.

En este tiempo, se nos ha contado que el jóven Alcocer, teniendo un sueldo muy corto en la casa de Moneda, y no alcanzándole este para sostener á su anciana madre como él quisiera, aprovechándose de su habilidad para tocar algunos instrumentos de música, en las tardes y en las noches se le veia en las procesiones entre los músicos, y con lo que ga-

naba de ese modo y con sus estrictas economías, podia hacer vivir á la señora en una vivienda alta y proporcionarle ademas algunas comodidades.

En el año de 1828 le ocupó el Ayuntamiento de esta capital en el ramo de coches, y durante el saqueo prestó muy importantes servicios, entre otros el de salvar tres mil pesos de la administracion de coches, que devolvió luego á sus dueños. Desde este tiempo hasta el año de 1849 continuó sirviendo al Gobierno en diversos empleos, y cooperó á la formacion de algunos cuerpos para la guerra contra los franceses.

En 1841 concibió la idea de plantear la Sociedad de Beneficencia, formando al efecto un proyecto basado en la adquisicion de terrenos baldíos que existian en la capital, para formar en ellos, con los desperdicios de las obras del Ayuntamiento y de las de otras corporaciones y empleando algunos presidiarios, jacales ó cuartos de alquiler para subvenir á los gastos de la Sociedad. Pero este proyecto no se pudo realizar.

Sin desalentarse por los obstáculos, Alcocer reunió á algunas personas caritativas el dia 16 de Octubre de 1846, en la sala del curato de la Palma, que pidió prestada al cura D. Cristóbal Martinez de Castro. Expuso allí su pensamiento, que fué acogido con entusiasmo, y ese orígen tuvo la *Sociedad de Beneficencia*, que se instaló en el instante.

No queremos privar á nuestros lectores de la encantadora narracion que de este suceso, así como de los trabajos de Alcocer, hace Guillermo Prieto en su crónica del *Monitor* del domingo 31 de Enero, describiendo al mismo tiempo la figura de nuestro filántropo con esa gracia y ese colorido que solo posee el gran poeta del pueblo.

«Era por los años de 1845, dice, y cruzaba oscuro los barrios de México un hombre como de cuarenta y cinco años, solo conocido de algunos patriotas de mala fortuna, que así le complicaban en una conspiracion contra la soldadesca y el retroceso, como le confiaban secretos y comisiones importantes.

«Envuelto en un maltratado barragan verde, con su sombrero de pelo blanco á los ojos, moreno, enjuto de carnes, entrecano, con una mirada radiante de penetracion y empapada en ternura...... Siempre estaba como *ad latere* del Ayuntamiento en destinos subalternos; pero en las puntas de los dedos tenia las leyes del impuesto municipal, los reglamentos sobre policía y elecciones, y en cuanto á trabajos electorales era realmente una potencia.

«Un D. José Romanos, personaje muy amigo del pueblo y de eminentes cualidades, hacia poco que habia instituido la *Retama*, primer paseo popular, que formaba competencia á los toros y á los gallos, con la música, el baile y otras distracciones mas inocentes y civilizadoras, como hoy la Granja.

«El personaje que describimos apareció como empresario de la *Pradera*. En ese lugar, situado en un recodo de la plazuela de Pacheco, que contiene prados risueños y arboleda alegre, instaló columpios, y volatines, y bailadores, y figones portátiles, que llevaron la concurrencia y el contento á la *Pradera;* pero mas que todo, el prestigio del empresario, amante del pueblo, y á quien este llamaba con familiaridad y cariño...... D. Vidal...... sin otros agregados ni circunloquios.

«D. Vidal, con este motivo, se interiorizó en la vida íntima de sus parroquianos; les auxiliaba y aconsejaba, dirigia sus pequeños negocios, llevaba la paz al seno de las familias, con amor, gratuitamente, y su grande alma, allí alentándose con su valía entre los mas menesterosos, concibió la idea eminente de mejorar la condicion del pueblo, fomentando y extendiendo la instruccion primaria.

«Con los padres de familia, en medio de las maromas y de las jamaicas, estableció su propaganda fervorosa. Reunió algunos niños: no teniendo donde alojarlos, los puso en el cubo de la torre de la parroquia de la Palma, y así fué la fundacion de las escuelas de Beneficencia.

«Absorbido en su idea, lleno de su mision bienhechora, hacia contribuir á cuanto le rodeaba, á su objeto.

«Entre la gente mas infeliz, con recauderas, curtidores, carniceros y la gente dedicada á oficios mas humildes, establecia su colecta con la diligencia de una abeja, para formar su rico panal de civilizacion.

«Insuficientes los rendimientos de la limosna, ideó unos cuadros en que estaba pintado el Divino Salvador llamando á sí á los niños, y le colocaba sobre una mesilla á las puertas de los templos en los dias de jubileo y de funcion, para implorar la piedad de los fieles.

«Así trabajando incesante, así sacrificando su tiempo y sus pequeños intereses, así comprometiendo en ese complot contra la ignorancia, á sus hijos, sus amigos y sus conocidos, llegó á ver instituidas treinta y tantas escuelas en los barrios mas desatendidos de la ciudad.»

Así habla Prieto, que fué testigo ocular de todos estos trabajos de Alcocer.

Cuando este se hallaba mas empeñado en su noble tarea, sobrevino la guerra de invasion norteamericana. El antiguo patriota abandonó entonces por unos dias la enseñanza, y fué á servir como soldado en las fortificaciones de la capital. En los momentos de mayor peligro se le pudo ver, ó bien conduciendo heridos, ó llevando víveres para las tropas que se batian en Chapultepec.

Hasta 1859 fué cuando Alcocer pudo lograr que el Gobierno dirigiese una mirada compasiva hácia la santa institucion que con tanta dificultad se mantenia. Merced á los empeños de D. Ignacio Sierra y Rosso, el Congreso, por decreto de 17 de Mayo de ese año, concedió una rifa á favor de estas escuelas, y con este recurso y con otros que el fundador se proporcionaba, aumentó el número de los establecimientos, de manera que en el mes de Agosto de 1852 ya se contaban veinte repartidos en los ca-

torce barrios de la ciudad, á los que concurrian mas de cuatro mil niños.

En 1853, tambien por interposicion del mismo Sr. Sierra y Rosso, Alcocer obtuvo del general Santa-Anna el decreto de 19 de Agosto, por el cual se concedió á la *Sociedad de Beneficencia* el 25 por ciento de la alcabala que pagaban en el Distrito los barriles de aguardiente, y ademas expidió un reglamento que honra á los profesores y profesoras de la Sociedad.

De este modo pudieron aumentarse de dia en dia las escuelas, y ya en los años de 1854 á 1858, se contaron treinta y tres, en las cuales siete mil niños de ambos sexos recibian la educacion primaria.

En el *estado* que presentó la Sociedad en 1855, y que tiene fecha de 18 de Octubre y está firmado por D. Ignacio Sierra y Rosso como presidente, por D. Vidal Alcocer como fundador tesorero, y por D. José Antonio Araujo como secretario, ya constan 30 escuelas, á las que concurrian 6360 niños. Al calce de este estado hay unas notas que dicen así:

«Los ramos de instruccion primaria que se enseñan á los niños de esta Sociedad, son los siguientes: Doctrina cristiana, Lectura, Escritura, Ortología, Caligrafía, Aritmética, Gramática castellana, Urbanidad y Dibujo. Los de niñas son los mismos que los de los niños, y á mas, costura, tejidos, bordados y música; lo que se les da gratis, tanto en enseñanza como en útiles para el aprendizaje. Esta misma mantiene un número considerable de niños huérfanos, que por su instituto caritativo se ha atraido; así como socorre á los mas necesitados, vistiéndoles y dándoles desayunos y comidas, con el noble objeto de que estén puntuales á recibir la instruccion que se les da en los mencionados establecimientos.

«Los elementos con que cuenta esta noble empresa son todos eventuales y constan de los ramos siguientes: El derecho adicional sobre cada barril de aguardiente del país, la rifa de la Divina Providencia, las cotizaciones de algunas personas piadosas que saben darle á esta empresa su valor, y otros ramos muy precarios que el tesoro ha puesto en juego; todos estos no dan el lleno para cubrir las atenciones de los treinta establecimientos que mantiene. Uno de los institutos de esta Sociedad, son las casas de asilo, en las que los niños huérfanos y abandonados, que por su total insolvencia ó por el mal ejemplo de sus deudos, no pueden recibir una educacion como se desea, deben encontrar casa, alimentos, ropa, enseñanza, maestros y todo lo necesario para que sean buenos ciudadanos, los que no se han establecido en forma por la escasez de fondos: por la misma causa no han tomado el curso debido los cuatro talleres de zapatería, ojalatería, carpintería y encuadernacion, en los cuales pueden los niños tomar de estos el oficio que les agrade, y aun para que den su lleno estos planteles, falta el completo de las herramientas.»

Como se ve, en esa época, que puede llamarse de engrandecimiento de la Sociedad, aun faltaba mucho para que fuesen realizados todos los deseos de Alcocer. ¿Qué diria este hombre insigne ahora si viese reducido el número de escuelas á trece y el de los niños educandos á dos mil escasos? Y eso, merced todavía á los laudables esfuerzos del presidente actual Vicente Riva Palacio, del secretario Zayas y de algunos pocos ciudadanos más que han tenido bastante fé para luchar con todo género de inconvenientes.

Despues de una vida tan santa y tan hermosa. Alcocer murió en México el dia 22 de Noviembre de 1860. Su cadáver fué sepultado en el cementerio de los Angeles, y ante su tumba abierta fueron á llorar amargamente los millares de niños que se educaban entonces en las escuelas de la Sociedad, muestra de sentimiento que no se ve en la muerte de los héroes, ni de los poderosos de la tierra.

Tal fué la vida de este apóstol de la enseñanza, tal fué su muerte, que hasta hoy es sentida entre las clases del pueblo.

En cuanto á la Sociedad de Beneficencia, plantada por la mano de aquel varon insigne, vive todavía; pero los tiempos no han sido bastante favorables para hacerla prosperar. Hoy mas que nunca lucha contra toda clase de obstáculos, y si no hubiese sido por la perseverancia y por el empeño de su jóven presidente, de su secretario y de algunos de sus miembros, habria dejado de existir, abandonando á la ignorancia y á la infelicidad á centenares de niños desvalidos.

Justo es decir que el actual Gobierno ha contribuido á mantener las escuelas de la Providencia, dando quinientos pesos cada mes, cuya suma, agregada á otras pequeñas que se arbitra la Sociedad, sostienen, aunque con pena, la benéfica institucion fundada por D. Vidal Alcocer.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

México, Febrero 4 de 1869.

ACUÑACION EN MÉXICO.

(CONTINUACION.)

A consecuencia de lo que ya notamos hablando del resúmen de la casa de moneda de Guanajuato, la suma de las dos primeras columnas del estado de arriba no es igual al monto de la tercera; es preciso añadir á las primeras la cifra de 8.143,000 pesos, que tienen de menos, correspondiente á los años de 1866 y 1867.

Resulta, pues, que la cantidad de metales preciosos acuñada en la República hasta fines del año anterior, asciende á dos mil ochocientos veintitres millones, cuatrocientos treinta y siete mil, doce pesos, cuarenta y seis centavos.

¡Suma prodigiosa! Cada una de esas piezas de moneda habrá servido una y muchas veces para remediar la miseria, para adquirir lo necesario, para

satisfacer un antojo, para comprar un crímen. Ese torrente de oro ha ido á influir en la humanidad como si tuviera vida y pensamiento, incitando las malas pasiones, dando consejos saludables, removiendo los ánimos y siendo el árbitro de gran número de acciones. La mole inerte arrancada á las entrañas de la tierra con grandes sudores y no pocas muertes, convertida en un dios por la codicia, salió á recibir general adoracion, y á disponer del comercio, de la industria y aun de la suerte de los pueblos.

Divagamos: volvamos á nuestros números.

La acuñacion, en los últimos once años, de 1857 á 1867, estará representada de esta manera:

1857	18.289,501 12
1858	16.631,098 69
1859	17.034,336 12
1860	15.306,208 31
1861	17.174,393 42
1862	17.428,470 09
1863	18.301,744 62
1864	17.966,767 69
1865	18.288,687 18
1866	17.720,400 74
1867	18.278,869 96
Esto dará una suma general de	192.420,477 94
Ó sean por término medio en cada año	17.492,770 72

Por poco que se suponga acuñado en las casas de moneda de Sonora, resultará, para los últimos años, que la acuñacion média pasa de diez y ocho millones, como calcula el Ministerio de Fomento. A propósito de ello asegura que:

«Computando sobre esta cantidad los derechos del tres por ciento y minería, así como la contribucion general que le corresponde, percibirá anualmente el Gobierno por esta sola renta mas de un millon de pesos.»

«Teniendo en consideracion el contrabando que se hace de platas pastas, sobre todo por las costas del Pacífico, no será exagerado estimar en veinte millones de pesos la produccion anual de nuestras minas.»

«Como la mayor parte de la plata acuñada se exporta para el extranjero, es probable que de los diez y ocho millones que dan anualmente las casas de moneda, catorce, cuando menos, salgan fuera de la República; y como los derechos impuestos á la moneda por circulacion y exportacion, ascienden, incluyendo la contribucion federal, á ocho pesos setenta y cinco centavos por ciento, al erario nacional le producirá la exportacion de la plata acuñada una renta de un millon, doscientos veinticinco mil pesos (1.225,000); la cual, agregada á los otros derechos que pagan las platas, hacen una suma de mas de dos millones de pesos.»

Así la minería no solo es nuestra principal industria nacional; la que forma nuestra riqueza casi única; la que constituye nuestra sola manera de adquirir los artefactos extranjeros; la que sostiene innumerables familias; sino que tambien contribuye en una fuerte proporcion á los gastos públicos y á la conservacion de los gobiernos.

II.

La acuñacion general pertenece á dos épocas principales; primera, á la dominacion española; segunda, á México independiente.

Aquella estará representada de este modo:

	ORO.	PLATA.
Moneda macuquina *ó de cruz* (1537-1731)	8.497,950	752.067,456 52
Id. *columnaria ó de mundos y mares* (1732 á 1771)	19.889,014	441.644,270 50
Moneda de *busto*, con las efigies de los monarcas españoles de 1772 á 1821	40.329,866	869.216,943 15
Suma	68.716,830	2,062.928,670 17

Lo que forma un total de 2,131.645,500 17 pesos fuertes.

La segunda época se subdivide en

	ORO.	PLATA.
Moneda con el busto de Iturbide (1822-1823)	557,392 00	18.575,569 68
Id. de la República (1824-1867)	38.237,210 60	630.799,477 16
Id. imperial (1864-1866) décim. y vigésimos.		55,132 85
Id. con el busto de Maximiliano (1866-67)	165,480 00	3.401,250 00
Suma	38.960,082 60	652.831,429 66

Lo que produce un total de 691.791,512 29.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(*Continuará.*)

DUELO DOMÉSTICO.

«Tú, dulce luz de mis nublados ojos
De súbito apagada!»
A. ALCALÁ GALIANO.

Raya en Oriente el alba, y su primera
Luz se difunde por el ancho cielo.
¡Oh si jamás á desgarrar viniera
El que la noche dió manto á mi duelo!

Por la abierta ventana entra en mi alcoba
Donde el bendito cirio arde crujiente;
Lucha con su fulgor y se le roba,
Y baña de mi Paz la helada frente.

Sin afan ni dolor yace tendida:
Mírola en el nupcial aun tibio lecho,
Inmóbil ya la faz entristecida
Y cruzadas las manos sobre el pecho.

La muerte ha respetado el gesto afable
De sus cárdenos labios antes rojos;
Sella su frente calma inalterable;
Mi diestra acaba de cerrar sus ojos.

¡No así vinos el alba en grato dia!
¡No hallóla el alba así cuando dichosa,
De su amor en las alas, acudia
A darme ante el altar mano de esposa!

Siempre contenta y fiel, mansa y discreta,
De dulzura y piedad venero abierto,
Me alentaba en mis sueños de poeta
Y en el dolor sus brazos me eran puerto.

Yo jugaba con ella cuando niño
En el verjel nativo en dulce calma;
Más tarde fué la flor de mi cariño;
Más tarde ha sido el alma de mi alma.

¡Todo acabó! Mi báculo recojo
Siguiendo de mi vida la carrera,
En sombra y soledad, con paso flojo,
Sin la que fué mi luz, mi compañera.

El árbol soy que resistió potente
Las nieves del invierno, el sol de Mayo;
A las lluvias y al ábrego hizo frente;
Pero en ceniza le convierte el rayo.

¡Todo acabó! Las penas de la vida
Halláronme sereno, cual sus gozos;
Pero á mi amada al contemplar tendida
Débil mi corazon rompe en sollozos.

¿Qué en ella, empero, atrae las miradas
Que al través de mi llanto la dirijo?
Sus manos, cual si fuese á orar, cruzadas,
Guardan sobre su seno el Crucifijo.—

¡Omnipotente Dios, cuya sapiencia
Los dolores y el júbilo reparte;
La muerte endulza al hombre tu clemencia
Con la esperanza cierta de gozarte!

Tú su esperanza postrimera fuiste
Como su fé de niña. En el lindero
De la vida y la muerte, recibiste
Su alma blanca en el ósculo postrero.

Tú en el cielo á que al punto la llevaste
Sus alas de ángel haces que recobre,
Y al dejarla en su asiento le estrechaste
Las dulces manos que bendijo el pobre.

Ella las pliega de tu trono enfrente
Y, sus pupilas en tu rostro fijas,
En blando tono y súplica ferviente
Ruégate por su esposo y por sus hijas.

Yo.... solo y triste en el hogar desierto
Que los despojos de mi dicha encierra,
Mi corazon, Señor, á tí convierto,
Mi frente pecadora humillo en tierra.

De tu severa diestra fuí tocado
Y el llanto y el dolor moran conmigo:
Los bienes que me diste me has quitado,
Y con el santo Job, yo te bendigo!

J. M. Roa Bárcena.

Enero 28 de 1869.

DESCRIPCION SINÓPTICA DE ALGUNOS IDIOMAS INDÍGENAS DE LA REPUBLICA MEXICANA.

EL HUAXTECO.

Faltan al idioma huaxteco los sonidos correspondientes á las letras *f*, *ll*, *ñ*, *r*; pero su alfabeto tiene una letra mas que el nuestro, la *tz*.

La pronunciacion del idioma es muy suave.

Generalmente es proporcionada la reunion de vocales y consonantes; pero mas bien propende el idioma á la repeticion de vocales y al uso frecuente de la aspiracion.

El idioma es polisilábico, siendo la mayor parte de las palabras de dos ó tres sílabas.

Es de mucho uso la composicion de palabras y partículas.

Abundan los sinónimos y las onomatopeyas.

No hay signos para expresar el género, ni declinacion para el caso; pero sí una terminacion, *chik*, para indicar el número plural.

Los nombres abstractos se forman añadiendo al primitivo la terminacion *talab*. Para los colectivos. no hay signo propio; súplense por medio de la preposicion *tam*, que significa *en ó donde hay*.

La terminacion *il* suele indicar posesion, y, á veces, diminucion; pero lo comun es formar los diminutivos por medio del adjetivo *chichik*, pequeño.

No hay inflexiones para formar comparativos, por lo cual es preciso suplirlos con adverbios. El superlativo se expresa por medio de la sílaba antepuesta *le*.

El pronombre personal no tiene cosa notable que observar. El posesivo se forma por medio de la partícula *kal* anteponiéndole las sílabas *u; ana, an*, ó *a; in;* v. g., *akal*, mio: basta anteponer dichas sílabas al nombre para indicar posesion; v. g., con *hab*, vihuela, diré *uhab*, mi vihuela.

El único demostrativo que hay es *exe* ó *naxe*, que significa este, ese, aquel.

Carece el idioma de pronombre relativo.

El verbo tiene modos indicativo, imperativo, subjuntivo é infinitivo.

Tomando por punto de comparacion este último modo, resulta que el verbo huaxteco se forma por medio de partículas, el pronombre posesivo ó signos de posesion, usados como prefijos, y terminaciones. Por ejemplo, el infinitivo del verbo *hacer* es *tahjal;* si quiero formar la primera persona de singular del presente de indicativo, diré *utahjal*, yo hago, agregando al infinitivo, el prefijo *u*, ó sea el signo de posesion de la primera persona del singular: en *u-tahjal-itz*, yo hacia, vemos tambien el prefijo y ademas la terminacion *itz:* en *tata-katahja*, *haz tú*, tenemos el pronombre personal *tata*, tú; la partícula prepósita *ka*, y *tahaja*, perdida la *l* final del infinitivo.

El verbo huaxteco no solo tiene voz activa, sino tambien pasiva, y ademas otras cinco modificaciones para expresar diversas relaciones. Hé aquí un ejemplo que dará una idea de ello:

1ª *Utahjal*, yo hago.
2ª *Tanintahjal*, yo soy hecho.
3ª *Utahjaltuba*, yo me hago.
4ª *Utahchialtuba*, yo me lo hago.
5ª *Tatutahchial*, yo te lo hago.
6ª *Utahchial*, yo se lo hago.
7ª *Utahchinchial*, yo lo hago muchas veces.
8ª Esta modificacion del verbo indica *compulsion;* v. g., *kapunza*, obligar á comer á otro.

No hay en huaxteco verbo sustantivo. Súplese unas veces por elipsis, otras con el verbo *estar*, y en el tiempo pasado se expresa agregando al pronom-

bre la terminacion propia del verbo, *itz;* v. g., *nana* significa *yo; nanaitz*, yo fuí.

Hay abundancia de adverbios, y algunas preposiciones correspondientes á las nuestras. Ademas, existen algunas partículas componentes, que significan unas como adverbios, otras como preposiciones, y varias como unas ú otras, segun el contexto del discurso.

EL MEXICANO.

No tiene el mexicano los sonidos correspondientes á las letras *b, d, f, g, j, ll, ñ, r, s;* pero sí dos consonantes de que carece nuestro alfabeto, *tl, tz*, y ademas una vocal que suena entre *o* y *u*.

Abundan las letras *l, x, t, z, tz* y *tl*. No hay ninguna palabra que empiece por *l*.

La pronunciacion del mexicano es suave y nunca requiere el uso de la nariz.

Tiene palabras hasta de diez y seis sílabas.

Es rico en número de voces.

Las onomatopeyas son pocas; pero en palabras metafísicas es el mas abundante de los idiomas mencionados en este resúmen.

La composicion es de mucho uso, y de ella resultan palabras muy expresivas que definen ó describen por sí solas perfectamente aquello de que se trata.

Es rico el idioma en terminaciones para expresar el plural, aunque solo usadas generalmente con nombres de séres animados: los nombres de inanimados por lo comun no se alteran para expresar multiplicidad, y esta se explica por medio de los numerales, ó del adverbio *miek*, mucho.

Para distinguir el sexo no hay otro medio sino aplicar á los nombres las palabras *macho ó hembra*. Carece de declinacion para expresar el caso, y solo para el vocativo se añade una *e* al nominativo.

Es riquísimo el idioma en derivados de nombre y verbo, los cuales se forman por medio de terminaciones, con la mayor regularidad. Por ejemplo: la terminacion *tzin* indica respeto; *tontli* y *ton* diminucion; *pol*, aumento; *tla* sirve para formar colectivos; *otl*, abstractos, etc. Las terminaciones de los verbales son tantas como las siguientes: *ni, oni, ya, ia, yan, kan, ian, tli, li, liztli, oka, ka, ki, k, i, o, tl.* Cada una de estas terminaciones da á la palabra con que se junta un sentido particular. Por ejemplo, los terminados en *oni*, son adjetivos correspondientes á los nuestros terminados en *ble*, como *amable, estimable*, etc.

Empero, entre tantos derivados como tiene el mexicano, no hay terminaciones para el superlativo ni el comparativo, y se expresan por medio de adverbios.

El pronombre personal tiene varias formas, de las cuales unas son abreviaturas de las otras; v. g., *nevatl, neva, ó ne*, significan *yo*.

El posesivo se expresa con partículas prepositivas añadidas al nombre de la persona ó cosa poseida: la final de algunos nombres se altera al juntarse con las partículas posesivas; v. g., *teotl*, Dios; *noteoh*, mi Dios.

El verbo mexicano tiene los modos indicativo, imperativo, optativo y subjuntivo. El mecanismo de la conjugacion consiste en la adicion de prefijos, partículas y terminaciones. Por ejemplo: *nichivas*, yo haré, se forma del prefijo *ni*, que indica primera persona de singular; *chiva* radical; *z* terminacion: *maxichiva*, haz tú, se compone de la radical *chiva*, el prefijo *xi* y la partícula *ma*.

En modificaciones ó derivados es muy rico el verbo mexicano, pues con una sola raiz se expresan muchas relaciones de una idea. Por ejemplo, la terminacion *tia* es signo de verbo compulsivo; de *choka*, llorar, *choktia*, hacer llorar.

Los verbos irregulares son pocos.

El verbo activo tiene varias partículas que se intercalan en él, con las cuales se distingue del neutro, y se indica que le sigue acusativo tácito ó expreso.

El verbo *ka*, ser, haber ó estar, carece de la primera significacion en el presente de indicativo, por lo cual se suple agregando al nombre los signos del verbo; v. g., con *tlatlakoani*, pecador, diré *nitlatlakoani*, yo soy pecador.

Son muy abundantes en mexicano los adverbios y las preposiciones: estas se usan pospuestas á su régimen.

FRANCISCO PIMENTEL.

(*Continuará.*)

REVISTA DE TEATROS.

TORCUATO TASSO, drama en cinco actos de Mr. Duval, traducido al español por D. Ventura de la Vega.—QUIEN SIEMBRA VIENTOS...., comedia en tres actos, de D. Manuel Ortiz de Pinedo.—ESTUDIOS PRÁCTICOS SOBRE LA DECLAMACION, por D. Manuel Osorio.

Inclínase el corazon de una manera irresistible y espontánea á amar lo bello, á admirar lo sublime; pero si la sublimidad y la belleza se hallan reunidas en un sugeto afligido tenazmente por la desgracia, ese amor y esa admiracion se truecan en cariño piadoso, y duradero, y profundo; acaeciendo entonces, que el desventurado ingenio es ya para nosotros como un amigo de la infancia, como un hermano. Y así te explicarás, lector bueno, la predileccion con que son amados Homero, Dante, Camoens, Cervantes, Alarcon, y entre estos el tierno amante de Eleonora, el divino Tasso, protagonista del drama que el martes último viste representado en nuestro teatro. Y á la verdad, pocos asuntos se prestan tanto como este de las desventuras del poeta sorrentino, para llevar á feliz término una composicion dramática; imposible es que al espectador no mueva á lástima el contemplar á aquel hombre tan bueno, tan dulce, tan amable, perseguido injustamente por la rastrera envidia de ignorantes y malvados palaciegos, atormentado por las crueles penas de un amor imposible, y á quien la muerte

misma, como si hiciese alianza con sus viles enemigos, le roba hasta el consuelo de endulzar tantos y tan crudos padecimientos con los espléndidos y merecidos honores que le preparaba el Pontífice Clemente VIII, al coronarle públicamente en el Capitolio con el eterno laurel de Virgilio, del Dante y del Petrarca. Y si el interes y la compasion llegan á ser inevitables en el ánimo del espectador profano, que solo ve al hombre y no al poeta, en razon de no conocer sus obras (como me sucede á mí, que solo he leido el prólogo del Quijote), ¿qué sucederá con los que ya habian saboreado con deleite sus inmortales cantos, su *Jerusalen libertada*, y por cima de todo esto aquellas estancias de Herminia, en las que el poeta derramó todos los raudales de ternura que brotaban de su enamorado corazon? El autor frances (dicho sea en obsequio de la justicia) se remontó á la altura del asunto, comprendió á su héroe, y le resucitó dignamente, arrancando al auditorio una piadosa lágrima, ofrenda funeral que la augusta sombra del ilustre poeta habrá recogido sonriendo.

Desfigurada en parte la verdad histórica, sin lo cual no habria podido el autor ceñirse á las unidades de tiempo y de lugar, divide su obra en cinco actos, destinados cada uno á presentar en sucesiva serie las peripecias que determinaron la catástrofe: el amor del Tasso á la princesa, las intrigas de los cortesanos de Ferrara, el lance acaecido en el palacio con Belmonte, la prision de Torcuato, la demencia y la muerte del grande hombre. Sobre este plan perfectamente metódico se inicia la accion, se desarrolla, y se termina libre de trabas, de confusion, de episodios inútiles; nada sobra, nada falta.

Dije antes, que la verdad histórica quedó un tanto desfigurada en el drama, y hé aquí, lector mio, el punto en que brilla la habilidad del autor: segun los biógrafos del Tasso, trascurrieron muchos años, diez y seis á lo menos, entre su primer destierro y su muerte, durante los cuales volvió dos veces á Ferrara, recorrió la Italia, habitó en su casa de Sorrento, fué encerrado en el hospital de locos, y por fin se dirigió á Roma, en donde murió la víspera de su coronacion. Reducir todas estas épocas á una sola sin dividir la accion ni debilitar por consiguiente el interes, arriesgada empresa era, á no contar con el suficiente tino, y con el necesario conocimiento del teatro; salió, no obstante, airoso el autor frances, y supo llenar todas las exigencias, sin que en lo sustancial quedase desvirtuada la verdad de los hechos. Quien haya intentado alguna vez escribir comedias, comprenderá el mérito del drama que nos ocupa, bajo ese respecto.

La dificultad mas espinosa en un drama de este género consiste en la pintura exacta de los caractéres históricos, especialmente si son tan conocidos como el Tasso, cuyos rasgos se conservan no solo en las noticias de sus biógrafos, sino lo que es mas, en sus obras mismas. Quien las haya leido con tal cual meditacion, ya se habrá forjado el retrato moral del gran poeta, con una fidelidad casi absoluta: grandeza de ánimo, elevacion de ideas, pureza de costumbres, delicadeza de sentimientos, ternura, modestia, suave índole; tales eran, evidentemente, los rasgos fisonómicos de aquella alma, reflejados en sus creaciones, tales son los que Mr. Duval da á su héroe al resucitarle para la escena. Ama á Eleonora, como amó Aminta el pastor; descuella como soberano en el palacio de Ferrara, contrastando su natural dignidad con la bajeza de los humillados cortesanos; grande y noble en la prosperidad como en la desgracia, es, en suma, una figura en la que brilla sin eclipse la luz del genio, que nace, que vive, y que se apaga con la majestad de un sol.

Los demas personajes del drama no desdicen de sus originales; uno hay de mera invencion, la Florella, tipo angelical de candor y de inocencia, suave como el lucero de la tarde, y cuyas lágrimas y besos son las últimas caricias que en la tierra recibe el espirante poeta.

La estructura dramática no deja que desear, por mas que parezcan sobrado desleidos los incidentes á quienes no conocen la índole del teatro frances. La exposicion está hecha desde las primeras escenas, y no se termina el primer acto sin quedar ya iniciada la trama y excitado el interes. Desde este punto, las situaciones vienen sucediéndose naturales y oportunas; los efectos teatrales están diestramente preparados, y producen toda la emocion que con ellos se intenta, sin que aparezcan rebuscados, como suele acontecer en no pocas obras. La situacion del Tasso, comisionado por el duque para obtener de su Eleonora que consienta en unirse con otro, es de las mas interesantes; la llegada de los diputados de Roma con el laurel, en los momentos en que el poeta delira y muere, es uno de los efectos que mas hondamente conmueven al espectador.

Para ponderarte el esmero de la ejecucion en nuestro teatro, solo te diré que si el autor se elevó á la altura del asunto, á la altura del autor eleváronse nuestros artistas. Los honores, empero, corresponden al Sr. Ossorio, ya como actor en el papel del protagonista, ya como director de escena. El último acto, sobre todo, le procuró indisputable triunfo; preciso es presenciar tantos y tan delicados detalles como supo dar á la difícil escena del delirio, escena que en el ensayo arrancó lágrimas á sus compañeros, para comprender y apreciar el talento del distinguido actor. La Srita. Servin demostró una vez mas, que la ternura es entre todos los afectos el que mejor sabe expresar, por ser al que mejor se avienen sus recursos naturales; tampoco dejó nada que desear en la accion muda, como pudo notarse especialmente en el diálogo del tercer acto con Torcuato, y en todo el final del quinto. La dulce, la angelical Florella, fué desempeñada por la Srita. Montañés; básteme consignar que estaba *en carácter*, como se dice en el lenguaje de bastidores. Los demas actores contribuyeron felizmente al buen éxito.

Viniendo ahora á la comedia estrenada el do-

mingo 31, someramente voy á exponerte mi juicio. *Quien siembra vientos......* es una comedia de carácter, con un gran pensamiento moral, que no es otro sino el castigo de la maledicencia. Un galan, cuya lengua mordaz no perdona á nadie, pone con sus habladurías en peligro la honra de su prometida; amenázanle el desprecio de esta, las burlas de sus amigos, la muerte misma en un duelo á que con tal motivo le provoca un coronel, pariente de la dama ofendida; queda libre de angustias á costa de la humillacion que sufre retractándose públicamente. Fecundo en recursos este plan, hubiera llegado á buen término con mas atinado desarrollo: tiene en verdad la obra tal cual carácter bien dibujado, como el del santurron Agapito; no falta algun incidente presentado con destreza; pero hay tal confusion en el enredo, tal atropellamiento en la marcha de la accion, tal hacinamiento de tipos repugnantes y de acciones indignas, que causa hastío, por mas que pueda ser copia del natural. La mayor parte de los sucesos es reproduccion de los de otras comedias que acaban de sacarse á luz. Abunda en inverosimilitudes, no siendo la menor aquella manera sobrado llana con que se conducen los amigos de la marquesa, quienes dan á la casa mas bien la apariencia de un lupanar, que de la habitacion de una señora honrada. Todo esto, y la versificacion incorrecta y dura, dió por resultado que la obra no gustase, á pesar de haber tenido regular desempeño.

Está ya en prensa, y para el 15 de este mes verá la luz pública, una interesante obra titulada: *Estudios prácticos sobre la declamacion*, escrita por el inteligente actor D. Manuel Ossorio. Aun cuando va dirigida especialmente á las personas que se dedican al teatro, los preceptos que contiene son utilísimos para cuantos necesitan hablar en público, ya sea en el púlpito, en el foro ó en la tribuna. He leido el manuscrito, y puedo asegurarte que como obra elemental llena todas las exigencias de claridad, método y buena doctrina; cualidades que no son de extrañarse en autor que ha bebido en las mejores fuentes, el cual, por mas que se abroche la levita y se mire las botas, mereció de personas tan capaces como D. Ventura de la Vega (entre otras) la calificacion de *actor distinguido*, allá donde se tiene costumbre de ver á los Latorre, los Romea, los Valero y los Arjona.

M. PEREDO.

Febrero 1º de 1869.

A LOLA.

TERNURA, AMOR, SENTIMIENTO.

DEDICADA
AL SR. D. JOAQUIN M. ALCALDE.

No la puedo olvidar, aunque lo ansío,
que la amé con el alma,
y al quererla olvidar huye la calma,
bien solo por mi mal del pecho mio.
No la puedo olvidar; mi amarga suerte
es mas terrible aún sin sus amores:
cuerpo sin vida soy, campo sin flores.
¡Por qué te conocí para perderte!
Gozaba de tu amor; en tu sonrisa
me deleitaba amante,
y cual beso fugaz de ténue brisa
no duró mi ilusion mas de un instante.
No de otra suerte el postrimer reflejo
del claro dia al trasponer el monte,
de nuestra dicha sin igual bosquejo,
se pierde en el confin del horizonte.
No de otra suerte la armonía süave
del canto melodioso
de la pintada ave
se apaga del silencio en el reposo.
No de otra suerte el bienhechor rocío
que de brillantes revistió las flores,
seca el calor impío
del sol á los primeros resplandores.
No de otra suerte las enjutas almas
agostan con su hiel los desengaños,
y como abate el huracán las palmas,
dobla el hombre su cuerpo por los años.
Todo pasa fugaz en nuestra vida,
más pronto si más bueno;
solo el pesar de la ilusion perdida
no nos deja jamás, de acíbar lleno.
Él royendo voraz los corazones,
su obra al contemplar aun mas se goza,
y donde ve esperanzas é ilusiones,
hiriéndolas de muerte las destroza.
¿Esta es la vida? ¿La ilusion primera
más no dura en el alma que en el sueño
la imágen seductora y hechicera
producida por mágico beleño?
¿Y puede loco el necio pensamiento
volar á esas regiones
de ternura, de amor, de sentimiento,
si sueño son su amor, sus ilusiones?
Si así á la necedad paga tributo
sin que á su voluntad obligue y mande,
¿Dios le dió el alma para hacerle grande
ó para hacerle miserable y bruto?
Nada enseña el pesar; no la experiencia
en el yunque se forja de las penas,
que no nace jamás ni luz ni ciencia
del pesado eslabon de las cadenas.
Curtir el alma en el dolor y el llanto,
pulir el corazon en los dolores,
y con la hiel de amargos sinsabores
querer cegar las fuentes del quebranto,
es empresa, por Dios, que á los titanes
en tierra postraria fatigados,
haciéndoles por siempre desgraciados,
sin el logro alcanzar de sus afanes.
Nada enseña el pesar: su hiel maldita
ni el gérmen envenena de que nace,
ni mártir suyo ser tampoco evita
á aquel del cual el infortunio hace.
Nada enseña el pesar: y no su herida
al hombre forma precavido y cauto,
que en los lances no escritos de la vida,
quien dice saber mas, es mas incauto.
Por eso el hombre, por secar su lloro,
y el dardo despuntar de su tormento,
va buscando doquier ese tesoro
de ternura, de amor, de sentimiento.

Y sin ver que tras máscara tan bella
quizás se oculta del pesar la fuente,
marcha el hombre infeliz siempre tras ella,
fuerte de corazon, alta la frente;
porque el alma del hombre de decoro
no se abate jamás si el pensamiento
en busca siempre va de ese tesoro
de ternura, de amor, de sentimiento.
Por eso es que aun cuando yo lo ansío
no la puedo olvidar, pues que del alma
al quererla olvidar huye la calma,
bien solo por mi mal del pecho mio.
No la puedo olvidar aunque quisiera;
magnetízanme sí sus ojos bellos,
porque recuerdo aún pintada en ellos
la castidad de la pasion primera. *
Piedad, ángel de amor; libres de enojos
tus ojos vuelve á mí, ya que me adoras,
y dulces para mí serán las horas
mirándome en las niñas de tus ojos.
Vuelve, mi bien, á mí, que mi tormento
cesará de una vez, pues que te adoro,
si en tí puedo encontrar ese tesoro
de ternura, de amor, de sentimiento.

ENRIQUE DE OLAVARRÍA.

* Ignacio M. Altamirano. *Canto á María.*

REVISTA
DE ALMACENES Y DE MODAS.

Yo veré un poco, leeré algo, preguntaré mas.

Os conduciré galantemente á un cajon de ropa, á una tienda de modas ó á un almacen de joyería, y os hablaré de telas, de trages y de joyas.

Me permitiré de cuando en cuando algunas noticias históricas, que tal vez no sean enteramente inútiles.

Procuraré indicaros hasta qué punto suelen engañar las apariencias.

Vosotras perdonareis lo que yo pueda tener de necio ó de enojoso.

Y unidos así mi empeño decidido y vuestra buena voluntad, guiados, no por mi gusto, bastante fácil y acomodaticio, sino por el vuestro, que me complazco en suponer perfecto y delicado, haremos algunas excursiones á esa region encantada de la quimera que se llama *Moda.*

Podrá suceder—y aun es lo mas probable—que leyendo el artículo presente os parezca bien volver la hoja. Tanto peor para mí, tanto mejor para vosotras, que llegareis mas pronto á una sabrosa crónica de Nacho Altamirano, á una elegante revista del Dr. Peredo, y aun tal vez á una bella poesía de Isabel Prieto, esa poetisa que parece gastar un corazon en cada verso y una alma en cada idea.

No sé dónde he oido contar, que dos amigos íntimos se introdujeron, sin anuncio alguno, al brillante salon de una rica familia.

—Señora, dijo el uno con ese tono ridículo y solemne de las presentaciones, tengo el honor de presentar á vd. á mi amigo H***, persona muy recomendable.

—¿Y á vd. quién lo presenta?

—Yo, señora, se apresuró á contestar H***—yo que estoy presentado y me tomo la libertad......

Y los dos amigos fueron perfectamente recibidos.

El presente artículo os presenta á su autor, no muy recomendable, pero que hará mil cosas para serlo; y yo os presento á mi artículo como una de las mil cosas ofrecidas.

Acompañadme á la «Ciudad de México.» Es una de las muchas capitales del reino de la *Moda.* Las autoridades os recibirán con esa finura exquisita, con esa minuciosa complacencia que os permiten verlo y admirarlo todo.

Tomad una lista de los objetos de perfumería que podreis hallar en dicha casa, y encontrareis en materia de esencias, por ejemplo, ciento setenta y cuatro diferentes, preparadas por Lubin, y cada una de las cuales os embriagará tanto como suele á nosotros embriagarnos el aliento de una boca linda y perfumada. Inútil es deciros que en otros ramos de perfumería hallareis la misma abundancia, y que se puede creer que todos esos productos salen de las acreditadas fábricas de Lubin en la capital de Francia, y de Atkinson en la del Reino Unido.

Si buscais en qué depositar dignamente esas preciosidades, no os faltarán objetos de tocador, de formas fantásticas y caprichosas, pero siempre delicadas y elegantes.

Permitidme el neologismo y que os recomiende algunos *neceseres* de viaje ó de costura, entre los cuales me pareció notable uno bastante sencillo de erablo y rosa con incrustaciones de concha, conteniendo todo lo que puede contener un objeto semejante.

Sé que en varias partes existen álbums para retratos ó para poesías; pero no he visto en otra (quizá porque he visto muy poco) ningunos tan elegantemente artísticos. Escoged entre ellos los de *bizcocho* con preciosos grabados, ú otros muy sencillos de cuero con aplicaciones de ébano y de rosa.

Me seria fácil hablaros de abanicos, de libros de misa, de otros mil objetos de carey y de marfil, de pañuelos, de cintas de seda y terciopelo, de bordados ya empezados con el objeto de facilitar el aprendizaje; no seria tampoco muy difícil que os recomendase el surtido de cuchillería fina y el de objetos para fotógrafos, así como el de productos químicos de Wittman y Poulene, que segun los informes que me han dado, son sumamente apreciados por los inteligentes. Decidlo así á vuestros conocidos fotógrafos. «La Ciudad de México» es, en suma, un almacen que, si no temiera faltar á la propiedad del lenguaje, me atreveria á llamar enciclopédico.

La posicion geográfica del reino de la Moda es tan variable como la de una de esas isletas flotantes, que obedecen al leve impulso de una oleada ó al soplo ligerísimo del viento. Su descripcion, en consecuencia, es imposible faltando aquella base primitiva. Lo es doblemente para mí, viajero pretensioso que casi se arrepiente de haber pisado sus fronteras encantadas.

Tomaré, sin embargo, otro rumbo aun mas escabroso y mas difícil que el que he recorrido hace un instante. Permitidme que con humilde torpeza procure describiros algunos de los trages que formaban parte de la canastilla de novia de una de las mas elegantes señoras de la capital.

El primero de raso blanco, formando por delante una doble enagua recogida por flores de azahar; la parte posterior de la falda se componia de varios olanes de encaje de Bruselas, dispuestos de manera que el superior apenas cubre el talle, y aumentan progresivamente, hasta que el inferior abraza la cuarta ó quinta parte de la orilla de la falda. El corpiño liso y montante, adornado con flores de azahar, y un gran velo cuadrado de blonda de Bruselas, completan un precioso trage de novia, no tanto por su riqueza cuanto por su exquisita sencillez.

Sabeis sin duda que existe una cierta clase de *moiré* que no es el que se conoce con el nombre de *moiré antique*, é igualmente sabeis que está de moda un bellísimo azul que lleva el nombre de nuestra hermosa patria. El segundo trage era de *moiré azul México*. Adornado con trenzas del mismo género, convenientemente dispuestas y primorosamente trabajadas, sin que le faltasen algunos de esos lindos encajes de Bruselas que parecen ser hoy uno de los adornos obligados para este género de trages, y completado por un ancho cinturon del mismo *moiré*, guarnecido en la misma forma que el vestido, es este uno de los mas elegantes que puedan usarse para una comida ó una visita de etiqueta.

Y permitidme que por hoy dé punto á mi tarea. Mi presentacion y mi programa la han hecho tan larga, que ni yo mismo la perdono con ser hija de mi mucho empeño.

Pensad que aunque no lo aparente, estoy muy distante de pretension alguna; pensad que la honra es de quien la da, y creed á pesar de todo que es vuestro humilde servidor y besa los piés á las lectoras del RENACIMIENTO,

M. F. DE JÁUREGUI.

NO TE VAYAS....

A. T.

I.

No te vayas, niña hermosa,
¿Por qué tan pronto te alejas?
Contigo se va mi dicha,
Contigo mi alma te llevas.
¿No viste qué desgraciado
Era yo la vez primera
Que fijaste en mí tus ojos,
Cuyas miradas revelan
La candidez de tu alma
Tan sencilla como tierna?
Era yo muy desdichado,
¿Verdad, niña, que lo era?
Mas tú, de mí te apiadaste;
Tú, tan compasiva y buena,
Me dijiste: «En este mundo
Que todos lloren es fuerza;
Mas cada lágrima ardiente
Que una mano amiga seca,
Al brotar del corazon
Se lleva dél una pena.
Solo así el alma se alivia,
Solo así el llanto consuela;
Si quieres así llorar,
Aquí está mi mano, estréchala.»
Y yo estreché aquella mano
Con la alegría suprema
Con que el náufrago la tabla
Que lo va á salvar estrecha.
Son desde entonces, ¡oh niña!
Menos amargas mis penas,
Y solo cuando tú sufres
Tambien yo sufro de veras.
Y cuando por tí la dicha
A vislumbrar mi alma empieza,
Y mi corazon del sueño
De sus pesares despierta,
¡Implacable mi destino
De mí tan lejos te lleva!
No te vayas, niña hermosa,
¿Por qué tan pronto te alejas?
Contigo se va mi dicha,
Contigo mi alma te llevas.

II.

¡Ay! cuán fugaces, bien mio,
Cuán dulces, cuán placenteras,
Junto á tí se deslizaron
Las horas de mi existencia!
Que cuando así el tiempo corre
Ni se siente ni se cuenta.
Mirando tus bellos ojos
¿Quién puede tener tristeza?
¿Quién al mirar tu sonrisa
Angelical no se alegra,
Y quién al ver tu semblante
En adorarte no piensa?
Mas, volaron esas horas,
Volaron, ¡quién lo creyera!
Llevándose de mi alma
La ilusion mas halagüeña....
No te vayas, niña hermosa,
¿Por qué tan pronto te alejas?
Contigo se va mi dicha,
Contigo mi alma te llevas.

III.

Mas son en vano mis ruegos,
Niña, te vas y me dejas,
Y yo no comprendo cómo
Lejos de tí vivir pueda.
¿No te acordarás de mí
Al recorrer las florestas

Y los bosques de azahares
Del país en que risueña
Se deslizó tu niñez
Dulce, tranquila y contenta?
¿Al mirar sus limpias fuentes
Y sus montes y sus vegas,
Y al ver, de nuevo, los campos
Do la rubia mies ondea
Al blando soplo del viento
Perfumado con la esencia
Del jazmin y de las rosas,
Del nardo y las azucenas?
Cuando allá en los cafetales
Escuches, niña hechicera,
De una paloma el arrullo,
Entonces de mí te acuerda;
Que esa paloma llorando
Estará tal vez la ausencia
De su bien querido, como
Ha de llorar mi alma tierna
La tuya hasta que mis ojos
Otra vez á verte vuelvan.

J. M. Bandera.

México, Enero de 1869.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

(continuacion.)

Apuntes y rectificaciones á la Historia de México que escribió D. Lúcas Alaman, formados y publicados por José María de Liceaga.—Guanajuato.—Editor, E. Serrano.—1868.—Imprenta de E. Serrano, Hotel del Emporio, á cargo de Francisco A. Oñate.

Esta obra importantísima, porque viene á rectificar numerosas aserciones de la Historia de Alaman que hasta aquí habian pasado sin contradiccion, se hace notable por los nuevos é importantes datos que contiene, por el espíritu de imparcialidad que en ella reina, y mas que todo porque el autor fué testigo de muchos sucesos de los que refiere. La Historia del Sr. Liceaga viene á enriquecer el tesoro de monumentos históricos que sobre la época de Independencia existe ya, y que aguarda al historiador, que en la posteridad podrá escribir, libre de las pasiones contemporáneas, los verdaderos anales de aquella gloriosa revolucion.

Los *Apuntes* se publican por entregas quincenales de 24 páginas en 4º, buen papel y esmerada impresion.

Desagüe de la vega de Metztitlan, por una sociedad anónima, formada por el ingeniero civil y de minas D.r Juan Cecilio Barquera, en virtud de contrato celebrado con el Lic. D. Domingo Nájera, representante jurídico de los propietarios de la misma vega.—México.—Imprenta de I. Escalante y Cª, Bajos de San Agustin núm. 1.—1868.

Este cuaderno, que se ha publicado á la rústica, consta de 24 páginas en 4º mayor—y dos planos—buen papel y esmerada impresion.

Cartilla del sistema métrico-decimal.—Breve, clara y precisa explicacion del sistema métrico—decimal y de las reglas para convertir las medidas, pesas y medidas mexicanas antiguas en las métrico—decimales, ó estas en aquellas: escrita para uso de las escuelas, por el profesor Manuel Ruiz Dávila: obra examinada y aprobada por la Sociedad de Geografía y Estadística, y previo nuevo exámen, adoptada como texto de asignatura para las escuelas primarias por la Junta directiva de instruccion pública.

Esta cartilla ha merecido la aprobacion unánime de los mas distinguidos profesores.—4ª edicion, aumentada.—México.—Imprenta de F. Diaz de Leon y Santiago White, Bajos de San Agustin núm. 1.—1868.

Este utilísimo tratado es un pequeño cuaderno de 44 páginas en 8º, buen papel y elegante edicion.—De venta, á 20 centavos el ejemplar.

Cálculo decimal.—Clara y precisa recordacion de las operaciones de números decimales, escrita por el profesor Manuel Ruiz Dávila: obra útil á toda clase de personas, y especialmente dedicada á los que estudian su Cartilla sobre sistema métrico—decimal.—1ª edicion.—México.—Imprenta de F. Diaz de Leon y Santiago White.—Bajos de San Agustin núm. 1.—1868.

Este nuevo trabajo del inteligente profesor Ruiz Dávila, es un cuaderno de 16 páginas en 8º, elegante impresion.—De venta, 10 centavos el ejemplar.

Nueva Cartilla de taquigrafia universal, segun el sistema de Marti, Fuentes Villaseñor y Somolinos.—Adicionada con nuevas abreviaturas y terminaciones, para uso de la juventud mexicana, por F. B. Galan, director del Colegio Hispano-mexicano.—México.—Tipografía del Comercio, de Nabor Chavez, á cargo de J. Moreno.—Cordobanes núm. 8.—1868.

Este tratado importante del laborioso profesor Galan, es un cuaderno de 32 páginas en 4º y cuatro láminas, buen papel, correcta y clara impresion.—De venta, 75 centavos ejemplar.

Ignacio M. Altamirano.

NECROLOGÍA.

Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros lectores la muerte del Sr. D. MANUEL J. de LIZARDI, ocurrida el 4 del corriente.

El Sr. Lizardi era una de las personas mas distinguidas de México por su talento, su instruccion, su corazon generoso, sus finas maneras y su elevada posicion social.

Los pobres de México recordarán siempre que durante el sitio que en 1867 sufrió la capital, el Sr. Lizardi fué uno de los ricos que mas empeño tomaron en socorrer á los necesitados.

Damos el mas sincero pésame á la apreciable familia del finado.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El Carnaval en México.—El paseo de Bucareli.—Los teatros.—El miércoles de Ceniza.—*Los Piratas del Golfo*, novela de Riva Palacio.—*Sacerdote y Caudillo*, novela de Mateos.—*Las jóvenes vaporosas*, polka de bravura, por Luis G. Moran.—*Torcuato Tasso.*—El actor D. Manuel Ossorio.—Necrología.

México, Febrero 13 de 1869.

Sea que vayamos saliendo á pasos rápidos de la edad juvenil, ó sea que México esté realmente triste, el hecho es que el Carnaval de este año nos ha parecido poco alegre.

Hace un mes que los ricos aparadores de la calle de Plateros ostentan detrás de sus cristales una variedad infinita de máscaras de todos colores y de todos tamaños, y preciosos disfraces de fantasía, capaces de causar tentacion á un anacoreta.

Regularmente al solo aspecto de estos vestidos deslumbradores, que parecen encerrar mil promesas de loco regocijo, despiértanse los deseos de gozar, fórmanse mil proyectos de bailes, de intrigas amorosas y de atrevidas empresas; dánse consignas misteriosas á los amigos y á las mujeres amadas, se elige el trage, se arregla el programa, y sobre todo, se prepara el bolsillo.

Las comparsas se organizan, se discute la forma del disfraz y se da quehacer á los sastres, á las modistas y á los peluqueros. La ciudad entera toma ese aspecto de las personas que se preparan á una gran fiesta. Los músicos ensayan piezas de baile nuevas, porque esta es la época precisamente en que salen á luz por la primera vez los walses, las galopas, las cuadrillas y las danzas que adquieren celebridad.

Todo el mundo espera ser feliz en las locuras del Carnaval, los jóvenes ricos, los estudiantes pobres, la gente miserable, que cambia en ese tiempo sus harapos de todos los dias por los harapos de colores brillantes que alquila en los *bazares* ó en las barberías, las damas aristócraticas y las humildes jóvenes de barrio. Aun suelen mezclarse á estas turbas regocijadas, no pocos viejos sesudos, numerosos varones graves, y á veces respetables matronas que se alegran de hallar una oportunidad para hacer en estos dias de autorizada locura una exhumacion de sus calaveradas juveniles.

Es el bello tiempo de la farsa; la máscara cubre las canas y las arrugas del dolor y de la edad; la fiesta sanciona los anacronismos, la embriaguez da un color de verdad á esta alegría preparada adrede, y el *champagne* tiene la misma virtud en estas noches, que tenian en los tiempos fabulosos las aguas del Letheo. Olvido, placer, frenesí—hé aquí los dioses lares del Carnaval.

¿Hay en la vida acaso necesidad de estos paréntesis de delirio? Tal vez: porque los que han sufrido, los que consumen su cerebro y su corazon en tareas fatigosas y tristes, y los que tocan ya los linderos de la vejez, son los que se precipitan con mayor ansiedad en el revuelto mar de esta crápula. La juventud lleva allí su franca y espontánea alegría; pero la edad madura y el infortunio concurren impulsados por una especie de necesidad.

Todo esto pasa regularmente en los dias del Carnaval; pero, lo repetimos, hoy no ha sido así. Los preparativos para la fiesta han sido insignificantes, los teatros han estado medianamente concurridos; en las tiendas de modas han quedado sin descolgarse millares de disfraces, los aparadores están llenos todavía de caretas, no ha habido bailes particulares, y el paseo de Bucareli no ha tenido la animacion que otros años.

Solia suceder entonces que los coches de alquiler se agotaban en la tarde del mártes. Hoy, algunos han permanecido sin ocupacion en sus sitios. Todo indica que hay una miseria suma en México, y la miseria es el mayor obstáculo para los placeres del Carnaval. A la miseria solamente debe atribuirse esta frialdad del pueblo, porque aunque algunos acontecimientos políticos llegaron por estos dias á preocupar los ánimos de los habitantes de México, ellos no influyen hoy, como no han influido en otras épocas, en las alegrías de la capital.

Con esto no queremos decir que las fiestas hayan sido completamente tristes. No: México tiene demasiada vida para agonizar con un año de escasez. Hubo paseo, hubo numerosa concurrencia en Bucareli, casi todos los carruajes particulares se vieron allí, ocupados por las familias mas distinguidas de la ciudad. Numerosísimos ginetes formaban vistosas cabalgatas, y la multitud pedestre se apiñaba en los costados de la magnífica calzada é inundaba las calles de la Mariscala, por donde segun la prevencion de policía, debian dirigirse carruajes y ginetes al paseo, y las del Calvario, Corpus Christi y Puente de San Francisco, por las que debian volverse al centro de la ciudad.

En la noche del mártes especialmente, la animacion de las calles de Vergara, del Factor, de San Francisco, de Plateros y demas vecinas de los teatros de Vergara y de Iturbide, fué grande. A ambos lados de la primera, la concurrencia mas escogida permanecia en pié, dejando apenas una estrecha calle para los que se dirigian al gran teatro. Esta es una costumbre antigua de México; y verdaderamente lo que hay entonces que ver de mas bello y de mas lujoso, se halla en esa parte que comienza en la esquina de Vergara y de las calles de San Francisco, y concluye en el vestíbulo del teatro Nacional, que se halla siempre espléndidamente iluminado.

Otras veces, el año pasado todavía, los palcos de este teatro estaban llenos. Hoy no sucedió así tampoco, y eran pocas las familias que se veian en ellos.

En suma, se advertia á primera vista que la fiesta era inferior á la de otros tiempos. Quizá en el año venidero la situacion pecuniaria haya mejorado, y entonces veremos el Carnaval en todo su apogeo.

Imitadores siempre de las costumbres paganas, los hombres del mundo moderno han fundido en esta fiesta los caractéres de tres diferentes que se cele-

braban sucesivamente en la antigua Roma. El Carnaval, por las verdades amargas que durante él suelen decirse á favor del antifaz, por el ruido y tumulto que reina en las calles de la ciudad entonces, y por los festines y embriaguez, que son el verdadero objeto de sus diversiones, participa del carácter de las Saturnales, de las Lupercales y de las Bacanales romanas.

El grito del primer máscara que aparece el domingo, da la señal de la alegría pública, como el famoso *¡io! ¡Saturnales!* que conmovia á la señora del mundo, y al oir el cual, los viejos senadores y consulares dejaban la toga para conformarse *con las costumbres* y *alegrarse como los demas*, como dice Séneca, y para no parecerse á aquel Charisiano á quien hiere Marcial en uno de sus epigramas, porque *se paseaba llevando su toga en medio de las Saturnales.*

La gente hoy corre bulliciosa en pos de cada *máscara*, como corria entonces siguiendo á los desnudos sacerdotes del dios Pan en las Lupercales, y se embriaga furiosamente como los paganos en las fiestas de Baco, para celebrar el suceso de haber tomado sus hijos la toga *libre*. Por lo demas, en nuestras bacanales modernas, los fondistas y cantineros ocupan el lugar de las viejas sacerdotisas, que vendian pastelillos con miel blanca. El pavo trufado, el jamon de York, los pasteles de ostiones, sustituyen ventajosamente á los buñuelos, y el *cognac* y el *champagne* se consumen por cajas, como el antiguo Falerno por ánforas.

Hé aquí en lo que ha parado esta costumbre pagana, despues de tantos siglos. En México es apenas un pálido remedo de aquella, y no brilla ni por su grandiosidad como el Carnaval de Roma, ni por su *romanticismo* como el de Venecia, ni por su frenética alegría como el de Paris. Tenemos el Carnaval como tenemos el lujo, como tenemos la civilizacion, como tenemos el ferrocarril y como tenemos muchas cosas.

Al extinguirse las últimas armonías de la música voluptuosa que ha resonado en los salones, al apagarse las bujías confundiendo su resplandor moribundo con los primeros rayos de la aurora naciente, los bailadores fatigados, se detienen á mirar en su derredor. La luz de un nuevo dia penetra por las ventanas y alumbra las fisonomías de todos, demacradas por la vigilia, los pómulos salientes, las ojeras verdosas, los labios pálidos, los cabellos desordenados, ajado el trage y marchitas las flores de los ramilletes...... La embriaguez se disipa en los cerebros y el hastío se apodera del corazon.

En este momento de cansancio y de saciedad la campana de la iglesia vecina suena lenta y tristemente. Este es el *Memento, homo*, que el cristianismo hace llegar á los oidos de los que han olvidado todo entre la algazara del festin y de la danza.

Despues de tres dias de orgía y de desórden, como si quisiese purificar el alma del hombre, sacándola del pantano de los placeres sensuales, la religion se presenta de súbito, y la primera hora de la Cuaresma se enlaza severamente con la última de la locura del Carnaval.

El miércoles de ceniza!..... el recuerdo de la muerte! Esto hiela los corazones y disipa las últimas nieblas del cerebro. Los paganos tenian tambien su *memento*, era la calavera circulada entre los convidados á la hora del mayor desórden; pero la indiferencia romana se reia ya de esta costumbre banal. La religion cristiana puede mas todavía, porque su *memento* no es la frase del materialista romano, á la cual el escéptico podia contestar encogiéndose de hombros: «*Post mortem nihil est et ipsa mors nihil*» (*despues de la muerte nada hay, la misma muerte es nada*), sino que expresa muchas y muy grandes cosas que no pueden menos que preocupar el espíritu y conmover el corazon.

Hé ahí, pues, la cuaresma, el tiempo de penitencia y de ayuno. Verdad es que los desordenados no corren á poner ceniza en sus cabellos y á vestir el saco del penitente; pero cesan en su fiesta...... hasta el baile de Piñata.

La primavera envia ya sus primeros soplos, y al contacto de su dulce aliento, las plantas comienzan á cubrirse de botones, el aire á suavizarse. ¡Oh! Ya está cerca Marzo con su brisa tibia y balsámica, con sus hermosas flores, con sus fiestas de la cuaresma tan poéticas y tan bellas, con sus lindas vírgenes que corren á los templos á orar y á lucir sus encantos; ya viene la Semana Santa con sus ceremonias patéticas y grandiosas y con su concurrencia devota.... y elegante.

Bajo el punto de vista cristiano y bajo el punto de vista profano, son halagüeñas las primeras horas de la cuaresma.

La nueva creacion de Riva Palacio *Los Piratas del Golfo*, pronto verá la luz pública. El autor, mas experimentado cada vez en su tarea de escritor de novelas históricas, ha llevado á cabo una obra mas feliz todavía que las anteriores. El plan, el estilo, el estudio histórico, todo hará conocer á los lectores la superioridad de este nuevo trabajo, que, no lo dudamos, será acogido con el mismo entusiasmo público que tanto animó al jóven autor en sus primeros ensayos.

Tambien Juan Mateos va á comenzar la publicacion de su nueva obra *Sacerdote y Caudillo*, que pondrá en escena el grande y terrible asunto de nuestra guerra de independencia. No necesitamos decir mas para hacer fijar la atencion pública en este trabajo, tambien superior á los anteriores de Mateos.

Luis G. Moran, el simpático y distinguido director de la orquesta de la ópera, ha compuesto una *Galopa de bravura* que se intitula *Las jóvenes va-*



Manuel López Cotilla

porosas, que ha publicado ya en la conocida casa de los Sres. Rivera é hijo. Ningun artista que ame lo bello, ninguna señorita que sepa traducir los himnos del corazon en el piano, pueden dispensarse de tener en su repertorio esta bellísima pieza, que nosotros, profanos, pero que sabemos sentir, hemos saboreado con delicia. Dentro de poco el mismo autor publicará su *Andante melancólico*, *Los Celos*, y una *Mazurka á Concha*, que están ya copiándose en la piedra. Felicitamos al Sr. Moran por estas creaciones, que honran el arte musical mexicano.

Manifestaremos un deseo que hemos oido expresar unánimemente. El drama *Torcuato Tasso*, en que tanto y tan notablemente brillan las eminentes facultades artísticas del actor D. Manuel Ossorio, no se ha representado mas que dos veces, y no todo el público ha podido concurrir al teatro. Hoy que los elogios que se hacen del desempeño del mencionado drama han llamado la atencion de todos, creemos que el Sr. Ossorio nos haria un gran bien si repitiera aún una vez la representacion de esa pieza. La deferencia con que el distinguido artista ha obsequiado otras veces las indicaciones del público y de la prensa, nos hacen esperar que accederá.

La muerte, que parece haberse ensañado desde el último otoño, no ha cesado de descargar sus terribles golpes sobre personas que eran el ornamento de la sociedad mexicana. Hace algunos dias que sucumbió el Sr. D. José Cervantes, personaje muy distinguido, y que por su posicion, por sus numerosas relaciones y por sus virtudes privadas, deja un gran vacío en México. Su familia, por tantos títulos estimable, ha quedado sumida en el mayor pesar.

Despues la Srita. Dª Guadalupe Gomez Parada ha dejado tambien de existir. Esta amabilísima dama era la honra de su sexo en México, por sus relevantés virtudes, por su infatigable empeño en hacer el bien, y por su carácter dulce y benévolo. Habia sido, como hermana mayor, la madre de sus demas hermanos, que lamentan hoy, por decirlo así, su pérdida con un dolor filial.

A poco falleció el Sr. D. Manuel Lizardi, uno de los capitalistas mas conocidos de México. El carácter recto de este caballero, su sensatez y experiencia de los negocios, y mas que todo, su ardiente caridad, que derramaba constantes beneficios entre los pobres, han hecho muy sensible su muerte. El Sr. Lizardi no era de esos ricos á quienes el pueblo ve pasar indiferente, sin cuidarse de su estéril fortuna. No, en él veian los infelices un hombre benéfico, y bendecian su buena suerte, que le permitia hacer partícipe de ella á los menesterosos.

Ademas de estas desgracias, hay que lamentar la pérdida del Sr. magistrado Godoy, tan respetable y probo, la de los Sres. Fuente, Muriel, y Movellan, que últimamente han fallecido, y la de la Sra. Pacheco, la virtuosa madre del Dr. D. Ramon y de D. Casimiro, que sucumbió despues de una larga agonía, que tan digna matrona supo sufrir con resignacion.

Hé aquí los motivos de pena que han venido á afligir á esta sociedad mexicana, por lo regular tan alegre.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

MANUEL LÓPEZ COTILLA.

(Apuntes biográficos.)

Si alguno merece colocarse al lado del ilustre Vidal Alcocer, es sin duda el no menos ilustre Manuel López Cotilla, hijo de Guadalajara, y que tambien tuvo lá gloria de haber prestado inmensos servicios á la humanidad, siendo un apóstol de la civilizacion.

Con mayores recursos que Alcocer, y mejor comprendido y auxiliado en su benéfica tarea, López Cotilla, sin embargo, luchó con iguales obstáculos, y puede decirse que levantó con sus propios esfuerzos y desde sus cimientos el edificio de la enseñanza primaria en Guadalajara, hasta dejarle convertido en un magnífico palacio.

Antes que Alcocer, Cotilla sintió la necesidad de llévar á cabo su mision providencial, y colocado en un puesto en que podia ampliamente poner en práctica sus planes, se puso á trabajar con ardor y decision, consagrándose desde el año de 1835 hasta el de 1861 en que acaeció su muerte, al desarrollo de su obra, que tuvo la fortuna de ver próspera y grande, dejándola al morir encomendada á personas que estaban dotadas, como él, de un espíritu de caridad y de un noble entusiasmo.

D. Manuel López Cotilla nació en Guadalajara á fines del año de 1800, siendo sus padres D. Manuel López Cotilla y Doña Juana Beregaña. Cotilla el padre, que era un comerciante muy acomodado, dió á su hijo una esmerada educacion, y murió cuando este se hallaba estudiando en el Seminario conciliar de aquella ciudad, el primer curso de Filosofía, bajo la direccion del Dr. Cumplido, siendo rector del Seminario el canónigo Cerviño.

A consecuencia de los sucesos de 1810 y del segundo matrimonio de la Sra. Beregaña, Cotilla perdió su fortuna, de la que solo le quedó una pequeña parte. Entonces se resignó á vivir en compañía de su madre y de su padrastro, á los que guardó siempre las mayores consideraciones. En esta época se dedicó al estudio de las Matemáticas.

Pudo algun tiempo despues aumentar considerablemente su módico capital con los bienes de un mayorazgo que poseia en España; pero hizo de él una donacion absoluta al inmediato poseedor del vínculo, contentándose con las rentas medianas que hasta allí tenia y que conservó hasta morir, viéndose no obstante obligado á veces, para completar

sus gastos, á vender algunas pequeñas casas que tenia en Guadalajara.

Pero pasemos ya á la enumeracion de sus trabajos en favor de la enseñanza.

En el año de 1821 solo existian en Guadalajara tres escuelas municipales, ademas de algunos establecimientos que dirigia el clero. Enseñábase á leer en ellos por el antiguo sistema de *deletreo*, á escribir segun la escuela de Palomares y de Torío, y esto y el Catecismo de Ripalda y las cuatro reglas fundamentales de la Aritmética, formaban la educacion primaria de los niños. A pesar de que era muy triste ya el estado de la enseñanza en aquella ciudad, hay que agregar que habia un descuido espantoso en los expresados establecimientos; los preceptores no estaban pagados, carecian hasta de papel para hacer la lista de los alumnos, y en suma, podia decirse que la enseñanza no existia. Así lo manifestó una comision que visitó las escuelas poco antes del año de 1835.

En los de 28 y 29 se habia abierto, es verdad, una escuela Lancasteriana en el Instituto; pero se suprimió al poco tiempo, y todo quedó como antes.

En ese año de 1835, el Sr. Cotilla fué nombrado regidor del Ayuntamiento y se le confirió la comision de escuelas. De esa época datan la reforma y el desarrollo de la instruccion primaria, en la que se llama segunda ciudad de la República.

Cotilla hizo y propuso al Ayuntamiento el primer reglamento de escuelas municipales, que se publicó el 27 de Noviembre de 1835, estableciéndose en él un nuevo método de enseñanza, reglas para los profesores, distribucion de premios y exámenes periódicos. Se fundaron tres escuelas mas de niños, seis de niñas, y se abrieron tambien en los suburbios de Mesquitan, Toluquilla, S. Sebastian, Sta. María y San Pedro, para educar á niños de ambos sèxos.

Cuando Cotilla dejó de ejercer su encargo de regidor, continuó asociado indefinidamente á la comision de escuelas, que le sustituyó en el Concejo municipal, y ni este nuevo carácter, ni la falta de retribucion influyeron en resfriar su celo. En 1837 adicionó el reglamento, haciendo en él varias prevenciones para asegurar su observancia.

Nombrado miembro de la Junta departamental, se vió colocado en una esfera de accion mas extensa, y propuso á la Junta el primer plan para el arreglo de la enseñanza primaria en el Estado de Jalisco, que se publicó el 8 de Agosto de 1838, y para dar á su reglamento de escuelas toda la perfeccion que deseaba, comisionó á dos preceptores para que formasen un segundo, que rige aún con algunas ligeras adiciones.

Este reglamento se publicó el 28 de Enero de 1839, y en él se notan nuevas é importantes prescripciones: 1ª Se establece un cuerpo central en calidad de Junta directora de la instruccion primaria. 2ª Se organiza la instruccion, no solo para la capital, sino para todo el Estado. 3ª Se manda difundir la enseñanza gratuita, y á este propósito es bueno copiar literalmente el artículo 4º de dicho plan; dice así: «Todas las poblaciones del Departamento tendrán el mayor número posible de escuelas para niños de ambos sexos, *sin que haya pueblo, por pequeño que sea, en que deje de haber una para niños.*» Ademas, se creaban el profesorado de primeras letras y la inspeccion que serviria como de poder ejecutivo, ya para observar las leyes y mandatos de la Direccion, ya para proponer las mejoras necesarias. El Sr. Cotilla fué nombrado inspector, encargo que desempeñó hasta que por sus enfermedades se vió obligado á renunciarle.

En 1842 se dió por el Gobierno general la ley erigiendo las Juntas Lancasterianas, y muchas personas temieron que este cambio produjera un mal en la instruccion; pero la Junta de Jalisco no innovó nada, y continuando Cotilla en su cargo de inspector, tuvo la satisfaccion de entregar íntegro y con creces el depósito que se le habia confiado.

A la Sociedad Lancasteriana sucedió la Junta directora, creada por el decreto de la Asamblea departamental de Jalisco con fecha 27 de Diciembre de 1845, cuyo decreto fué redactado y propuesto por Cotilla, que trató de seguir en él, el mismo plan que se seguia respecto de instruccion en Prusia y Francia.

En 1847, á consecuencia de un cambio político, quedó la enseñanza sujeta á la Junta directora que estableció el decreto núm. 66, y el Sr. Angulo, gobernador entonces de Jalisco, y que tenia un carácter conciliador, propuso que la Junta creada por el decreto de Diciembre de 45, continuara sujeta á la que entonces formaban los profesores del Instituto, y aunque tal medida fué juzgada inútil por los miembros de dicha Junta, el Sr. Cotilla expuso que no teniendo familia, todos los niños eran sus hijos, y que continuaria prestando sus servicios, cualquiera que fuese el modo con que quedaran arregladas la direccion y la enseñanza.

En 1851 proyectó la creacion de una escuela Normal de profesores, y con este motivo escribió un magnífico informe, que presentó á la Junta directora de estudios, y que es admirable por las ideas que en él se emiten sobre tan importante institucion. Este proyecto no llegó á realizarse por el cambio político verificado en Guadalajara en 1852.

En 1855 renunció su cargo de inspector general de instruccion primaria, en que se le habia conservado por la Junta directora, y lo hizo obligado por sus enfermedades, que se aumentaban cada dia, y que segun decia él, le impedian llenar sus obligaciones.

Dejó, pues, una ocupacion que hizo las delicias de su vida, y en los veinte años que sirvió, solo fué remunerado durante siete, porque en los trece primeros no disfrutó sueldo ninguno, y aun el que recibió al fin, fué gastado, en su mayor parte, en el fomento de escuelas.

Encerrado en su casa por sus dolencias, sostuvo

hasta donde le fué posible una correspondencia forránea con los encargados de la educacion, consultaba sobre esta materia cuanto se le preguntaba, y solo pensaba en los niños, para quienes trabajó é imprimió todavía algunos opúsculos importantes, de que hablaremos despues.

Desde que renunció la inspeccion no volvió á salir de su casa, y se mantuvo tan aislado, que algunos vecinos de Guadalajara le creian ya muerto. Sus dolencias se hicieron cada vez mayores, perdió completamente el oido, lo que le quitó el único placer que le quedaba, que era la conversacion; pero un hombre de las altas virtudes de nuestro filántropo, debia tener tambien en alto grado la de la paciencia cristiana, y así es que soportó con dulce resignacion sus males, diciendo que se veia en tal estado para poder contemplar mejor las graves faltas de su vida pasada, y él, el hombre de la caridad, el padre de los huérfanos, el apóstol del bien, el que habia consagrado sus fuerzas y sus talentos tan solo á proteger y amparar á la niñez desvalida, creíase justamente condenado al sufrimiento en expiacion de sus culpas. No hablan así aquellos que al verse en el borde de la tumba y al echar una ojeada sobre su vida, la encuentran inútil para sus semejantes, infecunda en bienes, sobrada de faltas, y tal vez manchada por los crímenes.

El Sr. López Cotilla murió el 27 de Octubre de 1861 como un varon justo, como un hombre grande. Para dar una muestra de su humildad cristiana, debemos referir que entre sus papeles se encontró uno que decia: «*Mi epitafio: Los restos mortales de un pecador arrepentido, esperan aquí la resurreccion de la carne.*» Y despues: «Como creo perjudicial á los vivos el entierro de los muertos en gavetas, encargo que el entierro de mi cadáver sea en la tierra, es decir, un verdadero entierro.»

Sus bienes, que inventariados produjeron una cantidad pequeña, se destinaron á objetos de beneficencia, á juicio de sus albaceas, despues de cubrir una pension vitalicia destinada á la persona que asistió al Sr. Cotilla en sus últimos años.

Sus exequias fueron solemnes: la ciudad de Guadalajara se llenó de duelo, y los restos mortales de ese hombre eminente fueron acompañados hasta el sepulcro por comisiones del H. congreso del Estado, de la Junta directiva de estudios, del Ayuntamiento, del cuerpo de preceptores de instruccion primaria, y por un gran número de niños de las escuelas municipales y particulares.

El Espejo, periódico que se publicaba entonces en aquella capital, dice hablando de tan esclarecido ciudadano, las siguientes palabras, que no pueden menos que hacer suyas todos los que amen las verdaderas glorias de México: «*Si algun jalisciense merece llamarse benemérito de la patria, es el Sr. D. Manuel López Cotilla, porque extraño á las discusiones políticas de los partidos, solo se ocupó, en los mejores años de su vida, del bien de sus semejantes.*»

La gratitud del Estado honró la memoria del ilustre bienhechor de Jalisco, publicándose el siguiente decreto, que honra á los legisladores de aquel pueblo y á su gobierno, desempeñado entonces por un eminente patricio, el Sr. Ogazon.

El decreto dice así:

«El C. Pedro Ogazon, gobernador constitucional del Estado libre y soberano de Jalisco, á los habitantes del mismo, sabed que:

«La H. legislatura del Estado me ha dirigido el decreto siguiente:

«Núm. 20.—El Congreso de Jalisco, reconocido al mérito del C. Manuel López Cotilla, decreta:

«Artículo único. Todos los empleados civiles y militares del Estado llevarán luto por tres dias, en señal de duelo por el fallecimiento del benemérito C. Manuel López Cotilla.

«Comuníquese al ejecutivo para su promulgacion y observancia.

«Guadalajara, Octubre 28 de 1861.—*Ramon Hijar y Haro*, diputado presidente.—*Justo V. Tagle*, diputado secretario.—*Juan L. Valdés*, diputado secretario.

«Por tanto, mando se imprima, publique y circule y se le dé el debido cumplimiento. Dado en el palacio del gobierno del Estado de Jalisco, en Guadalajara, á 29 de Octubre de 1861.—*Pedro Ogazon.*—*Ignacio L. Vallarta*, secretario del despacho.»

Cotilla desempeñó varios puestos públicos de importancia, siempre con rectitud intachable. Tuvo mucha influencia en que Mr. Newel no interrumpiera sus trabajos en el plano de la Penitenciaría, para cuyo fin prestó su garantía personal, asegurando el pago de los trabajos de ese ingeniero. Fué individuo de la Junta directiva de la Escuela de Artes, de la Junta revisora para el pago de contribuciones directas, de la de fomento de agricultura, de la subdirectora de instruccion en Jalisco, y socio corresponsal de la de Geografía y Estadística militar.

Escribió, tradujo é imprimió varias obras, todas de grande utilidad á la juventud, y las mencionaremos aquí.

En 1852. Un *Cuaderno de Geometría práctica para las escuelas.* En 1859 tradujo del frances el *Curso de Pedagogia de Mr. A. Rendu*, con que obsequió á los preceptores. Escribió la *Estadística del Estado de Jalisco*, única obra hasta entonces de ese género que tratase de aquella parte de la República. *Noticia histórica sobre la introduccion del agua en Guadalajara*, que se imprimió por cuenta del Ayuntamiento. Por encargo del general Paredes trabajó un proyecto para la nomenclatura de las calles de aquella ciudad. Tradujo é imprimió los *Manuales del Cerrajero y Carpintero*, y aun estando agobiado por las dolencias, en su última enfermedad, escribió todavía unos cuadernos de *Recreaciones geométricas y las curiosas combinacio-*

nes para formar vistosos pavimentos, y ya casi próximo á la muerte, mandó imprimir un *Juego de Lotería* para que los niños pudieran ejercitar el cálculo. Escribió multitud de dictámenes sobre asuntos de educacion, y una especie de opúsculo intitulado *Veinte años de escuelas*, que es un resúmen de lo ocurrido en ellas durante ese período.

Para dar una ligera idea de los resultados que obtuvo en sus trabajos el Sr. Cotilla, diremos que ya el año de 1839 habia en la capital y suburbios establecidas 22 escuelas, á las que concurrian 2,469 alumnos, y se enseñaban en ellas la geometría práctica, la gramática castellana, geografía, aritmética, dibujo, doctrina, lectura, escritura y urbanidad, siendo las obras de texto de las mejores, como escogidas por un hombre que dotado de un claro talento, de una instruccion poco comun, y que poniendo toda su atencion en la enseñanza, habia hecho un profundo estudio del modo de difundirla con mayor provecho.

En cuanto á su carácter, nada mejor ni mas exacto podemos decir que lo que se lee en el número 34 del *Espejo*, periódico que, como hemos dicho, se publicaba en Guadalajara. Dice así:

«El Sr. Cotilla era de un carácter en la apariencia severo, pero de un trato excelente y humano. Sus pasiones, si las tuvo, jamas se le conocieron, porque no las manifestó; así que todo indica que ha vivido como un hombre justo. Esto se confirma de una manera satisfactoria, si se recuerdan las grandes virtudes que poseia. Era hombre caritativo sin ostentacion, humano por carácter, religioso por sentimiento, y modelo de honradez y de sinceridad, porque Dios le habia criado para ejemplo de sus semejantes.»

¿Qué elogio mejor puede hacerse de un hombre?

Despues de su muerte, es decir, el año de 1862, se publicó en Guadalajara, en la imprenta del Sr. D. Dionisio Rodriguez, una *Corona fúnebre en honor del Sr. D. Manuel L. Cotilla*, con su retrato, al que se acompañan una larga biografía, de la cual hemos extractado nosotros lo esencial, y varias poesías.

La ciudad de Guadalajara en esto se ha mostrado mas agradecida y mas ilustrada que la ciudad de México, que no ha hecho tanto por la memoria del ilustre Vidal Alcocer. Fuerza es decirlo, aunque nos cause pena.

Cotilla no solo tuvo la rara fortuna de haber sido estimado en lo que valia, sino tambien tuvo al morir, la mas rara todavía de dejar un digno sucesor en el Sr. D. Dionisio Rodriguez, á quien sus compatriotas no pueden menos que ver como un filántropo poco comun en estos tiempos, y que sigue en todo las huellas de su eminente predecesor, haciendo cuanto puede en favor de las clases desvalidas.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

México, Febrero 11 de 1869.

CANCION DE LA CAMPANA.

COMPUESTA POR SCHILLER
Y
TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL ALEMAN.

AL SR. D. SALVADOR DE LA FUENTE,

APRECIABLE POETA ESPAÑOL.

DEDICATORIA.

Envuelto en las tinieblas del abismo
Estaba de la tierra el elemento;
Mas truena Dios y en el instante mismo
En viva luz se inunda el firmamento.

En un punto congréganse los mares
Y aparecen los valles y los montes,
Y el sol, la luna, estrellas á millares
Iluminan desiertos horizontes.

Y los árboles brotan y las yerbas,
Y lindas flores de perfumes suaves,
De animales distintos mil catervas,
Ligeros peces y canoras aves.

Y á la voz de Jehová se alza del barro
El primer hombre cual venado esbelto;
Y cual la cebra en ademan bizarro
Eva la madre del amor resuelto.

Y entre lirios, al pié de alto manzano,
Al soberbio Luzbel escucha atenta;
Y en muerte y lloros el linaje humano
Trocó su dicha, y en maldad y afrenta.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

La luz del corazon es el sonido:
Tú que bebes de Dios el sacro fuego,
Canta las glorias del Eden perdido
Y vence á Milton que cual tú fué ciego.

Y resuenen tus dulces armonías
Del mundo de Colon en las regiones:
Guarda la fé cual la guardó Tobías,
Y espera del Señor las bendiciones.

La luz del corazon es el sonido;
De Schiller la magnífica campana
Haré que vibre plácida en tu oido,
Sonora cual la lengua castellana.

Del cantor aleman la excelsa gloria
Mérito preste á la mezquina ofrenda
Que hoy, Salvador, consagra á tu memoria
Mi humilde musa, de amistad en prenda.

CANCION DE LA CAMPANA.

Vivos voco. Mortuos plango. Fulgura frango.

De barro cocido al fuego
Fijo en tierra el molde está:
¡Hoy la campana se hará!
¡Al trabajo, amigos, luego!
Sudor caliente
Broto la frente:
Honra al maestro predice
La obra, si Dios la bendice.

Sérias palabras consagrar conviene
A la obra digna que emprender se anhela;
Si con pláticas buenas se entretiene,
Alegre entonces el trabajo vuela.

Ahora contemplemos con cuidado
Lo que una fuerza débil origina;
Miremos con desprecio al desdichado
Que nunca sus labores examina.

Al hombre se le dió la inteligencia,
Como rico presente soberano,
Para que estudie en su alma con vehemencia
Lo que produce con su propia mano.

Escoged de seco pino
Trozos de leña bastante,
Y la flama resonante
Hiera el hogar de contino.
Del fuego al baño
Cobre y estaño
Ligados formen un todo
Que corra del mejor modo.

Lo que en el cerco del profundo foso
Con auxilio del fuego se fabrique,
De la alta torre en campanil vistoso
Nuestra memoria resonando indique.

Triunfando de los tiempos mas remotos
Penetrará de muchos los oidos,
Y al coro se unirá de los devotos,
Y con el triste lanzará gemidos.

Lo que en el mundo á la familia humana
El mudable y fatal destino envia,
Lo anuncie la metálica campana
Con piadosos clamores noche y dia.

Blancas ampollas revientan;
Bien! se funden los metales.
De cenizas echad sales,
Que ellas la fluidez aumentan.
Y la mixtura
De escoria pura
Quede, y el bronce brillante
Limpio se oiga y resonante.

Con pregones de fiesta al gozo unida
Saluda al niño cándido, risueño,
En el primer camino de la vida
Que empieza en brazos de tranquilo sueño.
En la urna del tiempo están inertes
Para él las negras y las blancas suertes.
Del maternal amor tiernas caricias
Velan de su alba de oro las primicias—
Los años van cual flecha voladora.
Mozo imberbe se aparta audaz ahora
De la muchacha que era sus delicias;
Se lanza de la vida al torbellino,
Mide con el bordon del peregrino
La tierra, y cruza los ignotos mares:
Torna extranjero á los paternos lares,
Y en la flor juvenil, casta y sencilla,
Como hechura de la alta Omnipotencia,
La modestia y pudor en la mejilla,
Ve á la vírgen gallarda en su presencia.
Incógnita pasion penetra luego
El corazon del jóven, solo vaga,
Sus ojos brotan lágrimas de fuego;
El bullicio cual antes no le halaga,
Tímido sigue los senderos de ella,
Y su saludo le hace venturoso;
Para adõrnar á su gentil doncella
Escoge en la floresta lo precioso.
¡Oh del primer amor ensueños de oro!
¡Oh tierna languidez, rica esperanza!
Se abren las puertas del celeste coro
Y el corazon rebosa en bienandanza.
¡Oh si por siempre viésemos florida
Del amor juvenil la dulce vida!

¡Cada tubo se ennegrece!
Con la vara toco adentro;
Si vidrio al sacarla encuentro,
Perfecta fluidez ofrece.
¡Eh! gente amiga,
Probad la liga!
Si á duros blandos metales
Se juntan, buenas señales.

Si lo áspero á lo dulce se combina,
Y lo fuerte á lo suave, se origina
Gratísimo sonido de esta union.
¡Quien por siempre se ligue, bien ahonde
Si el corazon al corazon responde!
La pena es larga, breve la ilusion.
De la esposa en rizos de oro
La corona virginal
Brilla y realza el decoro:
Del templo el bronce sonoro
Convida al festin nupcial.
¡Ay! la fiesta mas preciosa
De la vida en raudo vuelo
Pasa, y la edad venturosa.
Como el cinto, como el velo
Se rasga la dicha hermosa.
La audaz pasion huye,
El casto amor crece,
La flor se destruye,
El fruto aparece.
El hombre doquiera
Su afan multiplica,
Trabaja, trafica,
Y planta y mejora,
Se ingenia, atesora,
Apuesta, aventura,
La dicha asegura.
Entonces acuden los bienes sin tasa,
Se llenan las trojes de ricos haberes,
Se extiende el terreno, se agranda la casa.

Por dentro la rige
La esposa modesta,
La madre fecunda;
Y manda prudente
A toda su gente.
Y enseña á las niñas,
Y al hijo reprime,
Y mueve afanosa
La mano industriosa,
Y gira y aumenta
Con órden su renta.
Y llena de alhajas el cofre oloroso,
Y el hilo retuerce con huso ruidoso,
Y acopia en armarios que el gusto previno
La espléndida lana, el cándido lino,
Y á tanto tesoro mas brillo dar osa,
Y nunca reposa.

El padre con mirada placentera
Desde el techo que el ámbito domina,
Sus riquezas floridas enumera.
Ve los árboles altos de puntales,
Y en hartura las granjas siempre iguales,
Vencidos con los frutos sus graneros,
Y ondas el trigo hacer en los tableros,
Y así se jacta en orgulloso acento:
«Firme, cual de la tierra el fundamento,
Contra el furor de la desgracia miro
El fausto y pompa que en mi casa admiro.»
Empero con la suerte y su pujanza
No hay que hacer pacto ni eternal alianza,
Y en piés volando el infortunio llega.

¡Bien! Vamos á vaciar luego;
Propio es el nuevo metal:
Antes que salga el raudal
Levantad piadoso ruego.
¡Sangrad! ¡Que corra!
¡Dios nos socorra!
Humeando al arco del asa
Va en onda hirviente la masa.

Es el fuego benéfica potencia
Cuando el hombre le doma con prudencia;
Y lo que forma y producir se atreve,
Todo á esa fuerza celestial lo debe;
Mas esa fuerza celestial se llena
De furor si quebranta la cadena
Y su propio sendero luego alcanza,
Y el hijo libre de natura avanza.
¡Ay! que en rápidos momentos
Por pobladas calles vaga,
Y con ímpetus violentos
Horrible incendio propaga!
Que han de odiar los elementos
Las obras que el hombre haga!
Y la nube
Bienes trae,
La agua cae,
Y se lanza de repente
Rayo ardiente.
¿Hay clamor en la alta torre?
¡Alarma corre!
En sangre roja
Se tiñe el cielo;
No es la luz que el sol arroja.
¡Con el recelo
Crece el tumulto
En plaza y calles!
El humo ondea,
¡El fuego asciende y flamea!
Por tendidas calles crece,
Con los vientos se enfurece;
Quemando cual boca de horno
Arden los aires en torno,
Marcos, puertas, vigas crugen,
Postes caen, techos se atierran,
Niños gimen, madres yerran,
Entre ruinas bestias rugen;
Gritan, corren, huyen todos,
De salvarse buscan modos;
Es la noche claro dia,
Y por las largas cadenas
De las manos á porfía
Sube el cubo; en anchas venas,
Formando arcos eminentes,
Brota el agua de mil fuentes.
La tempestad vuela, brama,
Busca la sonante llama,
Viva lumbre desparrama
De la troje en seco trigo,
Cercas, puntales quemando,
Cual si quisiera soplando,
De su furia en el exceso,
Arrancar, llevar consigo
De la tierra el grave peso:
Crece, á los cielos se lanza
Cual gigante!
Sin esperanza
Cede el hombre en un instante
Al rigor de la fortuna,
Y con las manos cruzadas
Considera una por una
Sus obras aniquiladas.

Solitario está el paraje,
Mansion de huracan salvaje;
En los huecos de las puertas
Y de ventanas desiertas
El horror tiene su centro;
La nube del cielo pasa
Y ve la casa
De lo alto adentro.

Una mirada
Al triste escombro
De su morada
Echa aún llena de asombro.
El báculo de viaje empuña ufano;
En medio del furor del fuego insano
Que el fruto le robó de su vigilia,
Un consuelo la vida le sustenta:
Alma por alma de los suyos cuenta,
¡Y ve! que nadie falta en su familia.

En tierra está la fusion,
Por dicha en el molde sobra;
¿Premio feliz será la obra
Del arte y la aplicacion?
¿Si el mixto falla?
¿Si el molde estalla?
¡Ay! ¡tal vez mientras confiamos
Ya una desgracia encontramos!

Al seno oscuro de la santa tierra
La labor de las manos se confía;
En él simiente el campesino encierra,

Y espera que germine cuando envia
El cielo bendicion. Aun mas preciosa
Semilla sepultamos tristemente
De la tierra en el seno, y de la fosa
Esperamos que se alce floreciente
A suerte mas hermosa.
La campana
Del santuario
Suelta el doble
Funerario.
Con clamores de luto á un peregrino
Grave acompaña á su último camino.

¡Ay! es la querida esposa,
Es la fiel y dulce madre,
Jóven linda de amor puro
Que el Rey de las sombras duro
De los brazos del esposo
Robó, y del cerco amoroso
De los hijos que á sus pechos
Criaba en abrazos estrechos—
¡Ay! de la casa los lazos
Tiernos, se hicieron pedazos;
La que madre de ella un dia
Fué, yace en la tumba fria:
En vez de esa madre amada
Imperará con rigor
En la huérfana morada
Una extraña sin amor.

Mientras el bronce se enfria
Dejad el trabajo grave;
Libres estais como el ave
Que juega en la rama umbría.
Si al sol cadente
Libre la gente
La oracion dar oye ufana,
Siempre el maestro se afana.

Alegre por el sendero
De áspera selva lejana
Va al patrio nido el viajero.
Balando el rebaño vuelve,
Los ganados
De ancha frente y piel lustrosa
Van mugiendo
Su antiguo establo cubriendo.
Lento el carro
Bambolea
Con el trigo
Que acarrea;
Mil colores
Eslabona
Sobre espigas
La corona;
Y turba de segaderes
Vuela al baile.
Plaza y calles están mudas.
De la amiga luz en torno
Se reunen los vecinos,
Y la puerta de la villa
Cruge y se cierra de golpe.
Negro manto
Cubre el suelo;
Mas al bueno nunca espanto
Da la noche
Que del malo el sueño turba;
Pues do quier y con cautela
De la ley el ojo vela.—

¡Orden santo, hijo del cielo!
Tú el hombre al hombre en el suelo
Libre, alegre, fácil ligas;
Ciudades alzas y abrigas.
Del campo á darte homenaje
Vino á tu voz el salvaje,
Y al entrar en tu recinto
Depuso el feroz instinto:
¡Tú del patrio amor fogoso
Tejiste el lazo precioso!

Manos mil hay industriosas
Que auxilio grato se prestan,
Y que ágiles y afanosas
Su habilidad manifiestan.
Maestro y socio andan presto
De libertad á la sombra;
Cada cual guarda su puesto
Y el insulto no le asombra.
El trabajo ensalza al hombre;
¡Bendicion al que mas rinda!
Honra al rey su ilustre nombre,
Honra la industria nos brinda.

¡Paz divina!
¡Fiel alianza!
Moradoras
Sed benignas de estos muros.
Nunca jamás venga el dia
En que horda vil de guerreros
Turbe del valle el reposo,
En que el cielo,
Tinto en carmin por las tardes
Blandamente,
De las ciudades y aldeas
Al salvaje incendio brille.

Destruid el edificio,
Ya cumplió con sus intentos;
Y ojos y alma estén contentos
Al ver la imágen sin vicio.
¡Con mazos duros
Romped los muros!
Que la campana renace
Cuando el molde polvo se hace.

Ahora el molde con destreza y bríos
Hacer pedazos el maestro trata;
Pero ¡ay! si hirviendo en fulgurantes ríos
El metal derretido se desata!
Ciego y furioso al estallar tronando
Hiende y derrumba con fragor la casa,
Cual boca del abismo va arrojando
Estrago y ruinas y el contorno abrasa.
Do rudas fuerzas insensatas rigen,
Edificio ninguno se establece;
Cuando por sí los pueblos se dirigen,
El bienestar allí nunca florece.
¡Ay! las ciudades que en su culto seno
En silencio acumulan combustible,
Dejan que el pueblo quebrantando el freno
Las garras tienda en actitud horrible.
La rebelion allí del bronce duro
Las cuerdas tira, destemplado toca,
Y solo consagrado al placer puro
Da la señal y á destruccion convoca.
¡Libertad! ¡Igualdad! do quier resuena,
Se arma en defensa el recto ciudadano,

Y feroz banda de asesinos llena
Plazas y calles con furor insano.
Entonces las mujeres como fieras,
Cual hienas á la burla atroz concitan;
Despedazan con diente de panteras
Los pechos del contrario que aun palpitan.
Ya nada santo se respeta, y presto
Todos los lazos del pudor se rompen;
El bueno cede al criminal su puesto,
Y al pueblo el vicio y la maldad corrompen.
Despertar al leon es peligroso;
Son los dientes del tigre destructores;
Empero es monstruo aún mas espantoso
El hombre que se goza en sus errores.
¡Ay de quien preste al de eternal ceguera
La antorcha de las célicas regiones!
No le alumbra, mas tórnala en hoguera
Y á cenizas reduce las naciones.

¡Mi alegría es celestial!
Ved salir cual áurea estrella
De la cáscara, á la bella
Limpia almendra de metal.
De asa á cintura
Cual sol fulgura;
Y al escultor dan laureles
Del blason las marcas fieles.

Venid, compañeros, venid ahora mismo,
Formaos en rueda, no falte un solo hombre;
Pues hoy la campana reciba el bautismo:
CONCORDIA que sea por siempre su nombre.
Con brazos amantes y vínculo tierno
Reuna los hijos del suelo paterno.

Cumpla desde hoy ese feliz destino
Que al fundirla el maestro le previno.
Sobre la baja vida de este suelo,
Allá do el trueno deja ardientes rastros,
Penda vibrando en el azul del cielo,
Y linde con el mundo de los astros.
Y produzca dulcísima armonía
Como el luciente ejército de estrellas
Que al Hacedor alaba noche y dia
Y al año rige con sus luces bellas.
A lo grave y augusto, eterno ó leve,
Voces consagre de metal sonoras,
Y el tiempo volador con ala leve
La toque y marque sin faltar las horas.
Y sirva de instrumento á la fortuna
El insensible bronce, y con medida
Oscilacion señale una por una
Las perpetuas mudanzas de la vida.
¡Y cuán pronto se apaga en el oido
La voz que por el aire se divaga!
¡De la misma manera que el sonido
Todo en el mundo terrenal se apaga!

Con cables de fuerza igual
Sacad la campana, unidos;
Y al reino de los sonidos
Suba, al aire celestial.
¡Sus! ¡tirad! ¡presto!
¡Ya está en su puesto!
Gozo al pueblo signifique
Y Paz su primer repique.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL ABECEDARIO.

Mi muy apreciado amigo el Sr. D. Ignacio Altamirano, me indicó que acaso serian gratos á una parte de los numerosos lectores de este periódico literario, algunos artículos sobre filología, para aumentar la variedad de las materias de recreo y de instruccion; y aunque desconfío de la propiedad de mezclar mi nombre con los de aquellos escritores castizos y maestros del idioma castellano que escriben en este periódico, no puedo, sin embargo, rehusarlo á la amistad, y presentaré como una prueba de mi buena voluntad algunos artículos, empezando con el presente sobre el Abecedario, es decir, sobre el principio y fundamento de todo saber en los tiempos modernos.

Las letras son signos que sirven para expresar el simple sonido de la voz, y por su composicion hacen *visibles* todas las modulaciones de la voz para expresar nuestras ideas. El conjunto de las letras en un órden fijo se llama *Abecedario ó Alfabeto.*

Cada lengua tiene su alfabeto propio, pero ninguno de ellos está formado con órden filosófico, ni con el valor preciso de las letras. Si un gramático ó filósofo quisiera formar un alfabeto perfecto, un alfabeto universal, como ya lo habia propuesto el famoso Leibnitz, pondria *juntas* todas las vocales, aumentando su número hasta que tuviésemos signos exactos para todos los sonidos simples, largos y breves; despues se colocarian las *consonantes simples,* segun los órganos que sirven principalmente para su pronunciacion, como los labiales (que requieren los labios para su pronunciacion), los dentales (de los dientes), los guturales (de la garganta), los paladiales (del paladar), y despues los diptongos. Cada consonante debia tener un sonido fijo, su figura y uso determinado, omitiéndose las consonantes supérfluas, por ejemplo, en el español la *x*, y en griego ψ, ξ etc. Pero en todos los alfabetos conocidos sirve muchas veces una sola letra para expresar diferentes sonidos, como por ejemplo, en español la *g* en las combinaciones *ga, ge, gi, go, gu,* lo que ha producido mucha confusion en las lenguas y ha hecho difícil su aprendizaje, como lo vemos en el inglés y frances.

En cuanto al número de las letras, hay mucha variedad. Así tenemos en frances 25 letras, en hebreo 22, en griego 24, en el árabe 28, en el persa 31, en turco 33, en ruso 43, en español 27, en el etíope y tártaro 202, en el othomí 34, en el mexicano 20, en chino 80 mil.

Sobre el orígen del alfabeto reina la mayor oscuridad; no se sabe quién inventó las letras. Los griegos dicen que *Cadmo* las trajo de la Fenicia á la Grecia. Podemos suponer, con mucha probabilidad de no equivocarnos, que *Moisés* trajo de Egipto el alfabeto hebreo. Pero ¿de dónde provino el alfabeto de los egipcios?—Estos tenian en su escritura, como en los dogmas de su religion, una forma

doble; la una para el vulgo ó pueblo, y la otra para la aristocracia del país, que eran los sacerdotes. Así vemos que el *uno* de los alfabetos se componia de verdaderas letras para el uso del pueblo, y el otro en una combinacion de jeroglíficos combinados con letras, para los sacerdotes.

Antes de hablar de los jeroglíficos, hagamos una revista corta del modo de escribir de otras naciones primitivas, ó á lo menos muy antiguas, empezando por la América.

Los peruanos usaban en lugar de letras, *cuerdas* con nudos de diferentes colores, llamadas *quipos*. Los mexicanos hacian la *pintura* de los objetos; pero en breve emplearon ciertos *signos constantes*, y aun muchos simbólicos, para expresar las ideas y objetos mas importantes de la vida, pudiendo por una disposicion variada ó modificada de estas figuras, expresar con claridad y precision una serie de acontecimientos históricos.

Comparando este modo de emplear signos simbólicos para darse á entender en la escritura de los mexicanos y de los salvajes con los jeroglíficos egipcios, llegaremos á convencernos de que todas las naciones han tomado el mismo camino para llegar de un principio natural y sencillo, á la escritura perfecta.

Otra observacion debemos hacer si comparamos los muchos alfabetos del mundo, y es, que algunas naciones no pueden pronunciar ciertas letras, y que hay en otras abundancia de sonidos, que son impronunciables á muchos pueblos; así por ejemplo, les faltan á los chinos las letras *b*, *d*, *r*, y en el othomí hay porcion de sonidos que ningun europeo puede pronunciar.

La escritura de los chinos es seguramente la mas curiosa del mundo, pues tienen ochenta mil letras; pero no son letras verdaderas, sino mas bien signos para expresar ideas ú objetos. Estos signos se dejan reducir á 330; pero un solo signo tiene algunas veces 600 diferentes significados, segun la diferente entonacion, ó segun el lugar que ocupa entre otras palabras. Cosa semejante se ha observado en varias lenguas de las islas del mar Pacífico. Estas lenguas tienen en consecuencia el defecto de no servir para imprimirse con nuestros tipos.

Los alemanes antiguos tenian tambien una escritura semejante á la de los egipcios, y se llaman letras *rúnicas* ó jeroglíficos alemanes, que servian para conmemorar sucesos históricos ó de familia, y se encuentran trazados sobre sus espadas, utensilios caseros y otros objetos.

En consecuencia de lo antes dicho, debe concluirse: que la invencion de las letras del alfabeto no se puede atribuir á una persona ó nacion, sino á varias naciones en diferentes tiempos. Si fuera invencion de una sola nacion, se encontraria cierta semejanza visible entre todas, aun cuando por la distancia del tiempo y del lugar se hubiesen modificado los signos. Pero las letras de algunas naciones asiáticas no tienen *ninguna* semejanza con las europeas ó americanas.

Llegamos, pues, á concluir que todos los alfabetos del mundo han principiado con los signos jeroglíficos y simbólicos, y que han tenido que pasar con el trascurso de los siglos, por las mismas escalas graduales de perfeccionamiento. Estoy convencido de que todas las naciones hubieran acabado con tener alfabetos de la sencillez y perfeccion que el nuestro, si hubieran quedado por mas tiempo independientes y sin contacto con naciones mas adelantadas que ellas. Todos los alfabetos comenzaron con signos jeroglíficos, y estos con el tiempo perdieron la exactitud de su delineacion, cambiándose las pinturas jeroglíficas en verdaderas letras, con un sonido constante. Para probar la grande probabilidad de esta trasformacion de jeroglíficos en letras, y del cambio paulatino de la forma cuando pasaban á otras naciones, compararemos algunas letras hebreas, griegas y españolas.

En hebreo, como en el egipcio ó copto, tenian todas las letras un significado de objetos naturales. Así, el hebreo ב (b) (la figura tosca de un techo) significa *casa;* ד (d) *puerta;* י (i) (figura de la palma de la mano medio cerrada) *mano;* כ (k) una *cueva ó cavidad;* ש (s) *dientes;* פ (f) *boca*, etc.

Para convencernos, por último, del cambio gradual de las letras hebreas en griegas y latinas ó españolas, apuntaré las siguientes:

Hebreo.	Griego.	Latin.
א	α	*a*
ג	γ	*g*
ז	ζ	*z*
ט	ϑ	*t*
י	ι	*i*
ק	κ	*k*
ל	λ	*l*
מ	μ	*m*
ס	σ	*s*

Oloardo Hassey.

MARÍA ANA

HISTORIA DE UN LOCO

A Don José María Roa Bárcena

DEDICA ESTA RELACION

El autor.

PRÓLOGO.

El doctor Leon y yo nos encontrábamos una noche en el teatro de *Variétés* en Paris.

Se daba esa noche por la centésima vez la *Belle Hélène*, y no por eso dejaba de estar tan concurrido el teatro como en la primera representacion de la pieza, y mas de una *avant-scène* habia sido pagada en el triple de su valor por algun rico extranjero, ó algun hijo de familia perteneciente á ese original tipo que el parisiense en su pintoresco lenguaje ha bautizado con el nombre de *cocodés*, y

que forma el rico filon explotado por las *traviattas* del *dèmi-monde* de Paris.

En el momento en que la hermosa Schneider tenia suspensa con su picante mímica y su voz deliciosa á toda la sala, la puerta de una *avant-scène* se abrió estrepitosamente, y por ella entró en el palco con estudiado ruido una mujer, seguida de tres *dandys* vestidos con el frac negro de anchas solapas y la camelia roja de ordenanza en el ojal.

—Chit! chit! silencio! gritó el público, impaciente de que le distrajeran de su entusiasmo por la eminente actriz y la original música de Offembach.

Los tres dandys pasearon una impertinente mirada por la sala, como buscando á quien hacer responsable de la irreverencia del público, mientras la dama, sin fijar la menor atencion en lo que pasaba, se acomodó en un sillon, haciendo gran ruido con su vestido de seda al sentarse, y en voz alta se dirigió á uno de sus acompañantes y le dijo:

—Alberto, tomad mi *bouquet*, porque el aroma de las violetas me irrita esta noche los nervios, y pasadme el anteojo.

Aquella mujer era de una belleza notable. Elegantemente vestida, tenia el buen gusto de no llevar mas alhaja que un medallon de forma pompeyana, sujeto al cuello por una cinta de terciopelo negro. Su peinado á la griega era sencillo, y en medio de sus abundantes cabellos castaños se ostentaba una camelia blanca.

—¡Qué bella mujer! le dije al doctor Leon. ¿La conoceis?

—Es compatriota vuestra.

—¡Compatriota mia!

—Mexicana por los cuatro costados, de una provincia del interior de vuestro país. ¡Qué! ¿no habeis oido hablar nunca de la bella María Ana de Alarcon, que un dia, hija de familia aún, puso en conmocion á todo México, con su belleza mucho y mucho con su coquetería y sus aventuras galantes con sus novios? La vírgen de ayer, la jóven que jugaba entonces con sus novios, es hoy la cortesana griega, Friné ó Aspasia, que arrastra en pos de su beldad y de su ingenio, banqueros americanos, lores ingleses, príncipes rusos, embajadores turcos, y á todos los arruina y devora su fortuna con la misma facilidad con que despedazan sus menudos dientes el ala de una perdiz. La llaman *Mademoiselle Malheur*, porque hay mas de una triste historia en su camino, y sus pequeños piés han resbalado mas de una vez en la sangre vertida por su causa. Hay un episodio, sobre todo, muy doloroso, de un jóven español á quien el amor insensato por ella costó la pérdida de la razon y de la vida.

—Contádmelo, pues; lo que me decís de esa mujer, me interesa en extremo.

—¡Chit! ¡silencio! gritó el público.

—A la salida os lo referiré, pues el público se impacienta con nuestra charla.

Una hora despues, el doctor Leon y yo ocupábamos un elegante gabinete del «Restaurant Vachette,» en torno de una mesa en que habia servida una excelente cena, y entre dos platos suculentos regados con *champagne Clicquot* me refirió lo siguiente:

Hará poco mas de un año que hice un viaje á España. La tierra épica de la caballería y de las grandes proezas tenia para mí un atractivo irresistible, y me condujo á hacer una peregrinacion por la Península. Me detuve particularmente en Andalucía, teatro principal de la guerra con los moros, y patria de las mujeres mas bellas de España. Llegué á Sevilla, la capital de Don Pedro el Cruel, de aquel terrible rey que hizo mas por las libertades públicas castigando y decapitando nobles, que lo que hicieron mas tarde los comuneros peleando en Villalar contra Don Cárlos de Austria. Sevilla es la ciudad tradicional de las aventuras galantes del regio amante de la Coronel, de la Padilla y de tantas otras. Aun parecen resonar en los jardines del Alcázar los suspiros de la hermosa é interesante Doña María de Padilla. Aun tintas en sangre aparecen las losas del patio en que Don Fadrique cayó herido de muerte por el feroz Juan Diente y los ballesteros de maza, á la voz enronquecida por la ira del fratricida Don Pedro.

Hermosas son las noches de Sevilla alumbradas por su melancólica luna, é impregnadas de los aromas de sus flores y de sus bosques de naranjos, donde susurra mansamente la brisa. Hermoso es contemplar á esa hora las plateadas ondas del Guadalquivir, en cuyo cristal se retrata aquella famosa Torre del Oro, donde Don Pedro tenia encerrados sus tesoros, fruto de las rapiñas de su tesorero el judío Simuel Leví.

—Permitidme, querido, que os interrumpa; pero me dais un curso de historia y no me decís palabra de lo que me interesa.

—Voy á ello. Bien sabeis que toda historia está precedida de un prólogo fastidioso, y ya os dije el mio. Ahora entro en el asunto.

Habia yo llevado cartas de recomendacion para un cofrade, director del hospital de locos.

Era mi colega instruido, estudioso y asíduo en el cumplimiento de sus deberes. Veia con un amor particular á sus enfermos. Habia viajado mucho y su conversacion era amena. Frecuentemente nos reuniamos, y solia yo acompañarle en sus visitas al hospital.

Entre los locos conocí á nuestro héroe. Era entonces un jóven de veintiocho á treinta años, aunque algunos hilos de plata en sus cabellos y una calvicie que comenzaba á despoblar sus sienes, le prestaban en apariencia mas edad. Su exterior prevenia en su favor. Eran sus modales los de un hombre de educacion perfecta. Vestia con elegancia natural, y unia á estas prendas un carácter dulce y talento sólido. Si María Ana no hubiera estado destinada por la fatalidad y sus pasiones á ser una cortesana, le hubiera sonreido la felicidad, esposa de aquel hombre. Era el último vástago de una ilustre familia mexicana, cuyo fundador fué uno de

los capitanes de Cortés. Sus padres emigraron el año de 28, estableciéndose en Sevilla, cuando la impolítica é inhumana expulsion que hizo el gobierno mexicano de los españoles, igual en sus causas y resultados á la que tres siglos antes hicieron estos de los moriscos.

—Decididamente estais, querido amigo, en vena de historia, y os envidiaria esta noche un académico.

—Vuelvo á mi cuento, y perdonadme estas digresiones *sábias* en la época en que todos, desde el portero hasta el monarca, queremos demostrar erudicion.

Decia yo que aquel jóven D. Alvaro de Molina, marqués de San Juan, era descendiente único de una ilustre familia. Al perder la razon, la autoridad política le nombró un curador y le hizo conducir al hospital de locos, donde era asistido con el esmero y consideracion que le daban su rango y su fortuna.

Su locura era periódica, y cada dos meses era víctima de furiosos accesos que obligaban frecuentemente á ponerle la camisola de fuerza para evitar que llevara á cabo su deseo de concluir con su vida. Cuando se aproximaba la época del ataque, él lo conocia y prevenia á sus guardianes; pasado el acceso, les pedia perdon por las penas que les habia causado, y les repartia dinero. Sobre todo, era grande su desconsuelo si en la lucha entablada durante su frenesí, habia herido ó maltratado á alguno.

El director conocia en parte la lamentable historia de D. Alvaro, y me la habia referido. La mas viva compasion se despertó en mí por aquel desgraciado jóven, á quien ví desde entonces con frecuencia, pues él por su parte buscaba mi compañía y á menudo me invitaba á su mesa en el departamento que ocupaba por separado.

Una noche mi criado me despertó con un billete urgente de mi colega, llamándome al hospital. Trasladéme allí en el momento. Luego que llegué, el director me dijo:

—D. Alvaro acaba de pasar un furioso acceso de su enfermedad, y está espirando. Me ha rogado que os llame, y he creido de mi deber complacerle. Corred, pues se muere.

Entré en las habitaciones de D. Alvaro, á quien encontré con un sacerdote á la cabecera, que le prodigaba los postreros consuelos de la religion.

Tan pronto como me vió me dijo:

—Siento que la vida se extingue en mí por instantes. No veré la luz del nuevo dia. Vos sois el amigo de mis dias de amargura; á vos os quiero confiar un depósito que entregaria á un hermano si lo tuviera.

Diciendo esto, puso en mis manos una caja de sándalo, ricamente incrustada de oro.

—Cuando yo muera, podeis abrir esta caja. Destruid todo lo que contiene. Dadme vuestra mano; que la estreche por última vez.

Fueron sus últimas palabras. La luz del alba penetraba amarillenta por los cristales de las ventanas, y se unia á la de la lámpara espirante, produciendo una claridad fantástica.

Cuando el frio de la muerte heló el cuerpo de D. Alvaro, corrí á mi casa sofocado por la pena, y no tuve valor de abrir la caja.

Dos meses mas tarde estaba yo en Paris de vuelta, cuando recibí la visita de un notario para advertirme que D. Alvaro por su testamento me instituia un rico legado.

Entonces me decidí á abrir la caja para cumplir con la última voluntad de D. Alvaro.

En ella encontré el retrato de María Ana, un bucle de sus cabellos encerrado en un rico medallon, un pañuelo de batista con antiguas manchas de sangre, un ramo de violetas ya secas, y un legajo atado con una cinta morada.

El retrato era una fotografía de Levitzki, iluminada por Diaz. El pincel del hábil pintor habia dado vida y animacion en la fotografía á la espléndida y voluptuosa hermosura de María Ana.

Por aquella época ya era esta la cortesana que eclipsaba á Cora Pearl; mas bella y con mas ingenio que la roja inglesa, y tambien con menos corazon y mas disimulada corrupcion.

En el legajo encontré las cartas de María Ana á D. Alvaro, y una relacion de sus desventuras escrita por él mismo.

—Y qué, ¿destruísteis esos papeles?

—No; los conservo con los demas objetos, y mañana podré dároslos si os interesa mi historia, pues por el momento me parece hora de retirarnos.

Al dia siguiente recogí del doctor Leon aquellos papeles. En ellos encontré la historia que va á seguir.

GONZALO A. ESTEVA.

(*Continuará.*)

A....

(Traduccion de Victor Hugo.)

Flores y mariposas á la tumba debemos
Descender;
¿Por qué esperarla? ¿Quieres que unidos caminemos
Por do quier?

Por do quier; en los aires, si ambicion te consume
Celestial;
En los campos, si en ellos exhalas tu perfume
Virginal.

Donde quieras ¿qué importa? Sí, ya seas aliento
Ó color,
Mariposa radiante, corola, pensamiento,
Ala ó flor,

Unirnos es la dicha, realizar nuestro anhelo
Inmortal....
¡Y despues en la tierra habitar ó en el cielo
Es igual!

ISABEL A. PRIETO DE LANDÁZURI.

Escoba, Julio 29 de 1865.

REVISTA DE TEATROS.

EL SUPLICIO DE UNA MUJER, drama en tres actos, de Emilio Girardin, arreglado á la escena española por Carreras y Gonzales, y representado en el teatro "Alarcon" (San Luis Potosí) la noche del 14 de Enero de 1869.

A punto estaba yo, lector amigo, de entregar á la prensa mi habitual articulejo sobre teatros, cuando vino á mis manos la revista del drama que al principio menciono; revista escrita por la entendida pluma de José T. Cuellar, nuestro ausente poeta. Leer ansioso yo el artículo de este leal amigo y tomar la resolucion de cambiártelo por el mio, fué obra de un instante. Allá va, pues, y agradécemelo, que á fé mia saliste ganancioso.—M. Peredo.

«Cuando aparecen en el teatro algunas de esas joyas de la literatura dramática, que con el prestigio de su belleza dejan una profunda y duradera impresion en los amantes á las letras, nuestro dulce recuerdo se convierte en una necesidad de escribir; y sin medir nuestra insuficiencia, dejamos correr la pluma, saboreando los deleites que nos embriagaron, y compláciéndonos en tributar nuestros pobres elogios á los que nos hicieron experimentar tan gratas emociones.

«El *Suplicio de una mujer* es uno de esos dramas cuyo recuerdo no se borra jamas, porque sus escenas han tenido una voz para el corazon, un espejo para la conciencia, una luz para la filosofía y una leccion para la moral; dramas que son como los monumentos en cuyas inscripciones lee la sociedad lo que pretende olvidar, movida por ese impulso por el que todos procuramos apartar pronto de la mente el R. I. P. de una tumba.

«Cuando aparece una de estas columnas erigidas por un hombre superior, á la moral, á la verdad y á la justicia humanas, es preciso descubrirse al pasar ante ellas, y depositar como en el mausoleo de un sér querido, la corona de nuestros recuerdos.

«El *Suplicio de una mujer* es uno de esos dramas: cuando la cortina ha caido, los espectadores siguen oyendo otra voz que no es ya la de los actores; entre las densas sombras de la noche y sobre mil almohadas, se improvisan soliloquios que por lo menos han sugerido un pensamiento, han engendrado una resolucion, han detenido un paso ó han fijado una máxima. Hé aquí el aplauso mudo que recoge el autor, aplauso que no lisonjea la vanidad ni hace retemblar el teatro, pero que en el silencio de la noche es escuchado por los ángeles buenos, porque la paz y la justicia han podido tocar á algunas almas, como las auras bienhechoras tocan á las flores entreabiertas para darles vida.

«El matrimonio, ese gran albur de la vida del hombre, esa gran corona de la mujer, ese pequeño circo donde luchan á muerte, como los antiguos gladiadores romanos, el placer con el hastío, el amor con los celos, la felicidad con la desgracia, la paz contra la desesperacion; crisol de las virtudes y los vicios, Calvario y Tabor del alma, que ya aparece como condena ó ya como recompensa, tan pronto á ser infierno como paraíso; el matrimonio, en fin, es la cuna del drama. Elena y Luis son los esposos.

«Ocho años han trascurrido como uno de tantos períodos ocultos, envueltos en un secreto terrible, que ni la maledicencia ni la curiosidad han descubierto; secreto velado con sonrisas y con apariencias de dicha, que el mundo no ha vacilado en aceptar como moneda corriente.

«Pero un dia, el dia del drama, la mano funesta del destino levanta el velo que encubria la lucha de los delincuentes, y el autor nos hace ver con un talento admirable el interior de varios corazones; nos identificamos con ellos, sentimos hasta derramar lágrimas, y despues pensamos, pensamos y nos estremecemos.

«La mujer, ese abismo de donde millones de inteligencias han pretendido sacar millones de pruebas fotográficas, nos descubre en el teatro algun dia el interior de su alma, para que la estudiemos.

«Elena se casó, quiere decir, contrajo matrimonio con Luis; pero ni las expansiones del espíritu, ni esa embriagadora abnegacion del sér que se sacrifica y se inmola triunfante, formaron parte de la posesion de Luis: tenia mujer, se habia casado, y sin saberlo, sin adivinarlo, no habia sido el dueño absoluto de Elena. El amor generoso, el verdadero amor, casi no exige recompensa, y Luis se sentia feliz amando con todas sus fuerzas, sin sospechar siquiera que Elena no le amase: ya se ve, el amarla era ya mucho, y esta felicidad normaba todas sus acciones; cuanto hacia, era por Elena: trabajos, sacrificios, obsequios, todo, porque durante ocho años habia estado enamorado.

«Acaso muchas veces, las nubes sombrías que aparecian en la frente de Elena las disipaba el sol de la pasion de Luis, antes de verlas y por eso nunca notó las huellas del dolor sobre aquella frente, que él imaginó siempre pura.

«Pero las pequeñas causas producen á veces los grandes efectos. Un dia, el 4 de Noviembre, cumpleaños de Carolina, hija única de aquel matrimonio y lazo tierno de aquellas dos existencias, en aquel dia Luis sintió el regocijo del aniversario, y su alma mas sedienta de dicha, su amor mas avaro de amor, sorprendió en la mirada de Elena como la languidez de un sufrimiento oculto: la interroga cariñosamente, y como inspirado por una idea feliz, propone á Elena un viaje. Elena vacila, duda, teme; pero cede al fin, y van á partir.

«Hay otros dos personajes de quienes debemos ocuparnos: Cárlos y Enriqueta.

«Cárlos es el amigo de Luis, le ha anticipado fondos, es su socio, el padrino de Carolina y su amigo íntimo; el autor no ha querido al crear este personaje, sino presentar á un hombre, á uno de tantos, sin hacer mas que lo que por desgracia hacen todos los dias muchos personajes de la comedia social.

«Enriqueta es una mujer de la alta sociedad, viu-

da, rica, locuaz y curiosa; en su carácter de mujer del gran mundo, hace de la crónica su profesion y su ejercicio; hablar de todo y á todos, es su pan cuotidiano. Este personaje es de mano maestra, no solo bajo el punto de vista filosófico, sino dramático. En la sociedad, en que el interior de las conciencias forma un mundo desconocido y terrible, velado por apariencias engañosas y guardado por deleznables velos, un carácter como el de Enriqueta es una púa de hierro que rasga á cada paso el velo de un secreto, que descubre una poridad, que arruina una reputacion, y que á la manera de *los niños terribles*, descubre un drama social con cada palabra indiscreta.

«Hé aquí uno de esos caractéres grandemente explotables en el teatro; el talento de Mr. Girardin le confió el primer escollo dramático, la exposicion, y Enriqueta la hace admirablemente: el espectador se encuentra de repente, sin esfuerzo, enterado de cuanto necesita saber.

«Cárlos llega á la casa trayendo una muñeca para su ahijada, y encuentra á Elena abatida: se trata de la partida iniciada por Luis; y Cárlos, de quien el espectador habia recelado tanto, se descubre al fin: hasta en este incidente, que es el primer nudo del drama, hay verdad y filosofía.

«Todo lo que no está admitido por la moral y las buenas costumbres, es violento y es falso; no hay cosa mas fácil de perder que la posesion ilegal. El amante criminal cuyos títulos de posesion son la infamia y el secreto, está expuesto á cada paso á perderlo todo; y la razon y el cálculo prudente no se avienen con el que delinque. Cárlos, arrastrado por su amor á Elena, le prohibe obedecer á su marido; y hé aquí el amor criminal hiriéndose á sí propio y destruyendo con un exceso de vida su vida misma.

«No faltan á este drama ninguno de los detalles que lo constituyen una obra filosófica; encierra una de esas verdades amargas, que son como las solemnes campanadas que llaman á la sociedad al sendero del bien: la palabra *seductor* usada con cariño por Luis y dirigida á Cárlos, la palabra *amigo* pronunciada con la frente erguida, cuando detrás de esa palabra está la infamia, y la mayor parte de las frases de Enriqueta, de un tornasol compuesto de ingenuidad y de sarcasmo. Enriqueta juega, á los ojos del espectador, como los equilibristas con un objeto de cristal, que está siempre en riesgo de romperse; y no obstante, Enriqueta parece obrar muy naturalmente: se ve en ella la sociedad produciendo ese murmullo indefinible que se levanta en derredor de los crímenes ocultos. En cuanto á la lucha de los sentimientos, no faltan ni el amor filial ni la inocencia pura, tomando su papel en una negra historia, que no comprende, pero en la que está envuelta el porvenir y la dicha.

«Llega para Elena el terrible momento en que su situacion se le presenta ante la vista como el negro cuadro de horrores y desgracias que no tienen remedio; la falsa posicion en que se ha colocado hace ocho años, ha llegado á su irremisible término desastroso, y el inexorable dedo de la justicia eterna señala á la víctima de sus propias faltas, porque no hay sobre la tierra un delito sin pena, y el dia de su justicia es el dia del drama. Las situaciones supremas engendran las supremas resoluciones, y Elena, en el despecho de su irremediable falta, se entrega á su marido. Le entrega la prueba de su falta y espera su condenacion.

«Este momento es horrible. El público llega á olvidar que está en el teatro, porque allí no hay actores ni telones; hay algo mas grande y mas cierto: allí está el corazon humano, allí está la conciencia, allí está manifiesta la gran justicia señalando á la humanidad la llaga del crímen con todas sus desastrosas consecuencias. Apelamos al testimonio de todas las almas nobles que vieron el drama, para recordarles esta escena en vez de describirla.

«A esta altura los acontecimientos, se espera solamente el desplome de un edificio minado en sus cimientos: la deshonra, el desengaño, el crímen, el castigo, la inocencia, todos los afectos y todos los dolores en lucha abierta; el espectador espera con ansia el fin del drama, y este final es donde precisamente se encierra una cuestion de la mas alta importancia: este final provocó una polémica literaria entre Mr. de Girardin y Mr. Alejandro Dumas, hijo, este final ha dado márgen á largas discusiones, y la gran cuestion ha sido ya la muletilla de muchas conversaciones en los salones, en los gabinetes y detrás de bastidores. Nosotros, por nuestra parte, no vacilamos en colocarnos del lado del autor, exponiendo, aunque someramente, las razones que justifican este desenlace.

«Los pecados de la humanidad cometidos contra la justicia y la razon, traen la inevitable consecuencia de una catástrofe. Las pasiones se han encargado y se encargan siempre de resolver estas altas cuestiones y de saldar estas grandes cuentas, generalmente con un nuevo crímen.

«La legislacion y lo que han dado en llamar vindicta pública, han fingido quedar muy satisfechas, cuando para castigar un crímen han matado á un criminal. La intuicion de la justicia en el hombre busca á ciegas un castigo palpable, indignada del crímen; y por eso en el teatro, espectáculo civilizador por excelencia, hemos visto á los espectadores, inspirados por una alegría salvaje como en las corridas de toros, al ver morir de una puñalada al padre Froylan en *Cárlos II el hechizado;* pero como no son las pasiones, sino la razon y la filosofía las que deben resolver las grandes cuestiones de la vida, ciñéndonos á juzgar bajo estos principios incontrovertibles, el desenlace del drama *El Suplicio de una mujer* es el *Eureka* de la filosofía.

«Matar á un hombre en la escena, lo hace tan fácilmente un autor de drama como un tribunal de justicia de aquí abajo; pero sostener los derechos de la gran justicia, solo puede hacerlo la filosofía y el talento.

«Mr. Dumas, cuyo talento respetamos, condenó el

desenlace de Mr. Girardin; muchos le condenarán tambien porque no palparon sobre las tablas el escarmiento palpitante y conmovedor del culpable que muere, y porque la malicia de los que no profundizan la cuestion de la filosofia sigue á los amantes del drama, los une y los supone felices y triunfantes; lo que equivale á no reconocer jamás, ni á la conciencia como regulador, ni á la verdad como luz, ni al alma susceptible del bien por el arrepentimiento y por la razon.—Es llevar el fatalismo de la maldad por delante de todo lo que puede haber de bueno y de espiritual en la criatura humana.

«Aunque bastaria lo dicho, nos permitiremos reasumir la cuestion bajo sus dos fases.

«En la conclusion de Mr. de Girardin se ha observado este corolario:

«La honra es preferible á la vida.

«La honra es preferible á la hacienda.

«El remordimiento es el verdugo que mas hace suffir á sus víctimas.

«El que quita una honra, paga con la suya, que vale mas que su vida.

«No son ni el escándalo, ni el crímen, lo que Luis buscó despues de su horrible desengaño; buscó los corazones para señalar en ellos la llaga, para dejarla descubierta y dolorosa; buscó las conciencias para marcar en ellas, con solo su mirada, una página negra, manchada, que no se borrára ni en la tumba; arrancó del lado de los culpables á la hija del amor, como se arranca una flor lozana y pura de un tallo que ha empezado á gangrenarse.

«Ahora, en la conclusion que aconsejan la pasion y la ira:

«Luis y Cárlos debian haberse batido, llevando por padrinos al escándalo y á la deshonra, despues de lo cual no quedaba mas recurso á los que sobrevivieran, que romper abiertamente con todas las leyes sociales y con la vergüenza, para poder vivir infamada la madre, infamado el marido é infamada la hija inocente.

«Cárlos saldaba una enorme cuenta, endosándola con réditos y usura contra su acreedor, quien tendria que pagarla á la vista, al contado y por toda su vida.

«Esta seria la condicion del marido, en el caso de salir victorioso.

***

«Hasta aquí el drama; pasemos á su desempeño.

«Nada es mas grato para nosotros que tenemos el pésimo defecto de ser exigentes, que vernos en la necesidad de hacer elogios; y cuando llega á vencernos de tal manera el mérito, nuestra derrota es nuestro triunfo.

«Se trata de personas para nosotros muy apreciables, y á las que por lo mismo no lisonjeamos fácilmente; tal vez nos hayan tachado muchas veces de sobriedad en nuestros aplausos; pero hoy les pertenecemos, y les confesamos que nos han impuesto el dominio de su triunfo.

«La Sra. Dª Amelia E. de Castillo está destinada á ser una de las mas preciosas joyas de la escena nacional: los que la hemos perdido de vista por algun tiempo, podemos apreciar hoy la rapidez de sus adelantos dramáticos. En el papel de Elena, sin parcialidad y sin hipérbole, ha rayado en lo sublime.

«Ha estado irreprochable en todo el drama, hasta arrancar el aplauso de las lágrimas.

«El Sr. D. Gerardo L. del Castillo ha estado magnífico, verdaderamente inspirado, tocando en la perfeccion del arte, y nos ha hecho olvidar al hombre y al artista para dejarnos arrebatar del sentimiento que ha sabido inspirar al público, hasta hacerle contener la respiracion y derramar lágrimas.

«Ambos esposos, como artistas de corazon y de capacidad, han podido, apenas han tenido delante algun gran modelo, adoptar la nueva escuela, la declamacion moderna, tan en armonía con la verdad dramática.

«La Sra. Dª María de los Angeles García estuvo tan feliz, que dificilmente puede mejorarse el papel que desempeñó, y para probarlo vamos á hacer una observacion.

«Los caractéres del teatro frances tienen un tipo tan marcado, que los Sres. Carreras y Gonzalez y C. Rodriguez, que arreglaron este drama al teatro español, no pudieron quitar al personaje su tipo frances por excelencia: la Sra. García no hubiera dejado nada que desear en el teatro frances. Marcó perfectamente todas sus frases, y les dió toda esa intencion tan peculiar de la mujer ilustrada y del gran mundo, y con justicia fué objeto de muchos aplausos, aun cuando por la índole de su papel está colocada á un lado de los dos principales; pero ella representó tan bien *la intencion*, como Amelia y Castillo el sentimiento.

«Reciban, pues, estos apreciables artistas el mas sincero parabien por el mas completo de sus triunfos, congratulándonos por nuestra parte en consignar aquí este testimonio de nuestro imparcial aplauso, y deseándoles en la dificil carrera del arte dramático ovaciones tan espléndidas, en galardon de su estudio y de su talento.

«San Luis Potosí, Enero 14 de 1869.

«JOSE T. DE CUELLAR.»

A LOS LECTORES.

Por el recargo de material que hemos tenido para este número, y porque hemos querido publicar íntegra la hermosa traduccion de la *Campana* de Schiller que ha hecho el Sr. Segura, suprimimos el pliego del *Angel del porvenir* y otras piezas ya prometidas. En el próximo número verán la luz.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Gran baile en el Casino español.—El baile de Piñata.—La Cuaresma.—La primavera.—El café cantante del hotel Iturbide.—*Tratado de notacion* por Agustin Siliceo.—La compañía de zarzuela de Albizu.—La de Cadena-Costa.—Los Bufos habaneros.—Una compañía dramática.—Una de funámbulos.—Necrología.

México, Febrero 18 de 1869.

No pudimos asistir al gran baile que se dió en el Casino español, al que estábamos invitados; porque ese mismo dia tuvimos un grave motivo de pesar. Acababa de sufrir un respetable y querido amigo nuestro un golpe terrible. Teniamos el alma profundamente conmovida por esta desgracia, y no podiamos entregarnos á los placeres de una tertulia.

Pero por las descripciones que nos han hecho nuestros amigos, sabemos que fué verdaderamente encantadora, y que por su concurrencia, por su lujo, por la cordialidad que en ella reinó, evidentemente debe tener el primer lugar entre las tertulias que ha habido de un año á esta parte.

La elegante pluma de los Sres. Portilla, Zamacois y Perogordo, que fueron de los asistentes, ha hecho ya en la *Iberia* y en el *Monitor* la relacion minuciosa del baile del Casino, y todo lo que nosotros dijéramos seria pálido despues de aquellos artículos, en los que campea un estilo fácil y gracioso.

Nos contentaremos con añadir que observamos con gusto que de dia en dia van estrechándose mas los vínculos de amistad y de fraternidad que ligan á la poblacion mexicana con los españoles residentes aquí, que á gran prisa van desapareciendo las preocupaciones que habian levantado una muralla entre nosotros y los hijos de la antigua metrópoli, y que todo esto es de muy feliz agüero para predecir que dentro de poco las relaciones entre México y España, por tanto tiempo interrumpidas, volverán á establecerse.

En cuanto al Casino, repetimos lo que hemos dicho en una de nuestras crónicas pasadas: la juventud elegante de México le recuerda siempre con placer y espera con vivo deseo cada una de sus fiestas anuales, en las que reinan siempre el buen gusto, la cortesanía y la esplendidez.

Todo el mundo pensaba que el baile de Piñata iba á estar triste, tanto porque el del mártes de Carnaval, que generalmente es el mas concurrido, no habia brillado por su alegría, como porque el sábado se dió el baile en el Casino español. Las mil trescientas personas que asistieron á este y que se retiraron hasta las cinco de la mañana, debian estar fatigadas y con pocos deseos de desvelarse en la noche siguiente. Pero contra todas las suposiciones, el baile de Piñata estuvo animadísimo. Muchas señoras de la buena sociedad, elegantemente disfrazadas, tomaron parte en el baile; los palcos primeros todos fueron ocupados por familias distinguidas, y la afluencia de gente fué extraordinaria.

Se nos ha dicho tambien que el baile fué notable, y que el entusiasmo que habia en otros tiempos en los dias del Carnaval volvió á aparecer esa noche, como una compensacion de la frialdad y de la tristeza que habian reinado el domingo y el mártes. Si esto sigue así, el espíritu de compuncion que antes avasallaba los corazones durante la Cuaresma, habrá perdido mucho de su poder, y podemos esperar que el baile de la *Vieja* será mas alegre todavía.

Así tiene que suceder: nuestras bellas gustan de oir la misa en la mañana, de escuchar con recogimiento, en la tarde, los sermones de Cuaresma; la asistencia á las iglesias los viérnes se hace de moda; los predicadores tienen sus partidarias que por nada dejan de ocupar su asiento debajo del púlpito, tanto para oir claramente la voz del sacerdote, como para tener el gusto de ver á los *pollos*, que se convierten tambien en furiosos devotos, y entre los cuales hay alguno que especialmente merece la preferencia. Pero en la noche, las hermosas penitentes han olvidado á su *padre Jacinto*, y desean un poco de baile, de música y de amor para mantener la cuerda templada. ¡Es tan dura la penitencia que hacen!

De modo que esta deliciosa mezcla de lo temporal y eterno, hace el encanto de la sociedad mexicana, y particularmente de la juventud, que en todo encuentra motivos de placer y ocasiones de comunicarse y de brillar.

Apenas hay una época del año mas bella que la de la Cuaresma, y es que entonces la primavera vuelve sonriendo, cada vez mas jóven y alegre, mas rica y fecunda, extendiendo sobre los prados y los jardines su velo de esmeralda y de flores, embalsamando con su aliento el aire, iluminando el cielo con su mirada ardiente y animándolo todo con su accion bienhechora.

Y como en el alma ejercen tambien su influjo las estaciones, á la primer caricia de la primavera los deseos despiertan de su letargo de invierno, el árbol de las ilusiones retoña, y un nuevo y misterioso calor engendra nuevas esperanzas.

En estos dias llega la Cuaresma, y el conflicto de los sentimientos profanos y de los deberes religiosos tiene que verificarse necesariamente, concluyendo las mas veces, como sucede en México, por celebrarse una transaccion, en virtud de la cual, de la penitencia se hace un placer, y de la solemnidad religiosa una distraccion nueva.

No hay que alarmarse por esto que decimos, ni que acusarnos de inexactos. No somos nosotros los únicos en tener esa opinion acerca de las prácticas religiosas en México. Es D. Lucas Alaman, católico rancio si los hay y conocedor de nuestras costumbres, quien cree lo mismo cuando dice: «El pueblo, poco instruido en el fondo de la religion, hacia consistir esta en gran parte en la pompa del culto, y careciendo de otras diversiones, se las proporcionaban las funciones religiosas, en las que, especialmente en la Semana Santa, se representaban en multiplicadas procesiones los misterios mas venerables de la redencion. Las fiestas de la Iglesia, que debian ser todas espirituales, estaban, pues, todas convertidas en vanidad, etc., etc.»

Ahora bien: aquellas costumbres del tiempo de los vireyes no han variado en lo relativo al culto, y aunque hoy las diversiones abundan y las procesiones faltan, todavía nuestra sociedad hace de la concurrencia á las iglesias un objeto de vanidad y de placer. La Reforma no cambió, ni podia cambiar con tanta rapidez, estas costumbres.

Así es que lo único que puede llamarse *nuevo* en esta época, y hablando de las prácticas religiosas de la Cuaresma, es la *frialdad* que ha cundido en todas las clases para la observancia del culto, y á esto han contribuido mucho la desaparicion de numerosas iglesias y conventos, la extincion de las órdenes regulares, la falta de los fondos del clero y la supresion de las manifestaciones exteriores del culto.

Todavía hace diez años existian en la capital numerosos monasterios, y las comunidades de ambos sexos, que disponian de cuantiosos capitales, se esmeraban á porfía en solemnizar con la mayor pompa los misterios que la Iglesia recuerda en este tiempo. A su vez los mexicanos, atraidos por el incentivo de la magnificencia, acudian presurosos á los templos, y la antigua capital de la Nueva España no se ocupaba entonces mas que en celebrar la Cuaresma.

Las naves de los templos estaban constantemente ocupadas por un concurso numeroso, los blandones ardian á todas horas sobre los altares adornados con las hermosas flores de la estacion, las armonías del órgano acompañaban la voz de los profetas, y la palabra del orador cristiano procuraba imitar la elocuencia de los Bossuet, de los Massillon y de los Lacordaire. Junto al confesonario se agrupaban las bellas penitentes, medio avergonzadas y con el rostro encendido por el recuerdo de sus faltas, que iban á confiar á los oidos del sacerdote. Grandes cuadros representando pasajes del Evangelio colgaban de los muros, ora representando *La pesca milagrosa*, ora *El sermon de la montaña*, ora *La expulsion de los mercaderes del templo*, ora *La conversion de la Samaritana*, y otras muchas escenas de la vida de Jesus.

Afuera se instalaban las vendedoras de agua fresca y de dulces, y los legos pedian limosna y los mendigos importunaban á los concurrentes con sus quejas ó los ensordecian canturreando sus versos y sus ejemplos.

Despues de diez años, aquel cuadro ha cambiado algo; los conventos no existen, la concurrencia á las iglesias que quedaron es menor, parece que se ha resfriado el sentimiento que animaba á las gentes de esa época, y todavía creemos que para hablar de las costumbres religiosas que subsisten, deben repetirse las palabras de Alaman.

Con todo, es preciso decir que esta regla, como todas, tiene excepciones. Siempre ha existido y existe aún, un pequeño círculo de personas verdaderamente cristianas y que no hacen del culto un objeto de vanidad y de diversion. Comprenden el Evangelio y no dan á la forma la importancia que solo debe tener la esencia, á la cual no hacen falta ni las suntuosas basílicas, ni las riquezas, ni la pompa. Los cristianos primitivos eran mártires y santos y no tenian mas que las catacumbas, los altares rústicos y su propio corazon, que es el mejor santuario para guardar los preceptos evangélicos.

Bajemos ahora al mundo de las cosas profanas.

El dia 16 se abrió en lo que era la «Fonda del Hotel Iturbide,» un *café cantante*, como dicen en Francia. El salon es amplio y hermoso, y en uno de sus extremos hay un tablado donde cantan algunos aficionados, el apreciable Varguitas *exhibe* sus *vistas disolventes* y sus *cromotropos*, y el gracioso actor frances Mr. Lepauvre entretiene al público con algunas canciones francesas del género bufo.

Los concurrentes, pagando una peseta, pueden tomar chocolate, café, helados ó licores y divertirse al mismo tiempo, durante un rato, porque concluida una *tanda* deben despejar el salon ó pagar de nuevo.

La noche en que se abrió el café, la concurrencia era numerosa, y algunos curiosos que habian acudido desde temprano y que ignoraban seguramente lo que era un *café cantante*, al alzarse el telon y aparecer los aficionados á cantar un coro, se quitaron el sombrero llenos de respeto, como si fuera en una iglesia ó en un teatro. Ese precedente no era nada bueno, porque estar quitándose en un café á cada instante el sombrero, y sobre todo, tener que ponerle en el suelo, porque no habia uno de arrimarle junto á las tazas de chocolate y á los platos de bizcochos, es sumamente incómodo. Por fortuna, á poco tiempo comprendieron los *dandys* que habian hecho un desatino y volvieron á calarse sus sombreros, ya seguros de que en un *café cantante* puede uno estar como le plazca.

Vamos á tener dentro de poco tiempo muchos espectáculos con que aliviar nuestra miseria. La compañía de zarzuela de Albizu está para llegar á la capital y comenzará sus funciones en la semana próxima. Segun noticias, esta es la mejor compañía de zarzuela que ha venido á México, y la han empujado las circunstancias en que se halla la isla de Cuba. La compañía es numerosa, pues se compone de cuarenta y tantas personas, entre las que figuran las primeras tiples Sras. Llorens y Corro, los barítonos Cresi y García, el primer tenor Grau, el primer bajo Santa Coloma, y el tenor cómico Payo, todos los cuales disfrutan de una merecida reputacion en España y en Cuba. Los coros son compuestos de catalanes de ambos sexos. Parece que hoy sí se nos darán íntegras las zarzuelas, que no conocemos sino mutiladas, pues siendo completo el personal de la compañía, no hay motivo para suprimir una sola nota. Ademas, se pondrán con todo su aparato esas mismas zarzuelas y se harán conocer otras muchas nuevas. Ignoramos aún si la compañía trabajará en el teatro Nacional ó en Iturbide; pero es proba-

ble que lo haga en el primero. El Sr. Vazquez Vidal, agente de la empresa de Albizu, está en México hace algunos dias.

Otra compañía de zarzuela, la de Cadena-Costa, se halla trabajando en Veracruz, y tal vez venga despues á la capital. Ademas, *El Progreso* de Veracruz anuncia la llegada á ese puerto, de la compañía de *Bufos habaneros* y *Funámbulos* de la empresa Albizu, á los que se agrega una compañía dramática. Es probable, ó mas bien dicho, seguro, que todas ellas se dirigirán á México.

Por último, tenemos á última hora la noticia de que la compañía de zarzuela de Gaztambide, que habia llegado de España últimamente á la Habana, y que por los sucesos allí ocurridos no pudo trabajar, viene tambien á la República y ha tomado ya por su cuenta el teatro Nacional para el mes de Marzo próximo. En esta compañía, que dirige en persona el afamado maestro, se cuenta á la notabilísima artista Sra. Zamacoïs, la cantatriz de zarzuela que tiene mas reputacion en España.

Así pues, en el mes de Marzo ojos han de faltarnos para ver á tantos artistas, oidos para oir tantas cosas buenas, y dineros para pagar tantas entradas. ¡Dios nos socorra! ¡A buena hora vienen tantas notabilidades al país de Moctezuma! A la hora en que aquellos que tienen segura la sopa se creen muy dichosos.

Agustin Siliceo, que lo mismo improvisa un discurso en la tribuna parlamentaria como unas variaciones ó una serie de danzas en el piano, va á publicar un *Tratado de notacion* que ha merecido las mas honrosas calificaciones de profesores tan entendidos como Aniceto Ortega, Agustin Balderas, Luis Muñoz Ledo y otros muchos. El primero no teme asegurar que el trabajo de Siliceo es lo mas completo que ha visto en su género. Así pues, Agustin habrá puesto con esta obra su gran piedra en el edificio del arte musical mexicano. Nosotros le felicitamos cordialmente.

La muerte sigue implacable en México. No contenta con abrir sus sepulcros entre las hojas secas del otoño ni entre los hielos del invierno, todavía sigue cavándolos entre las flores nacientes de la primavera. Ha sido una especie de furia.

A las pérdidas que la sociedad mexicana lamentaba y hemos enumerado en nuestra pasada crónica, hay que agregar ahora la del Sr. Lic. Moreno, magistrado del tribunal superior del Distrito, que murió casi repentinamente.

Otra que nosotros hemos sentido profundamente y que nos ha hecho estar de duelo en estos dias, es la de la muy estimable Sra. Dª Concepcion Orta de Cardoso. Esta matrona dignísima, esposa del respetable magistrado D. Joaquin Cardoso, despues de una larga enfermedad, en la que sufrió con la santa resignacion de una mártir atroces padecimientos, sucumbió el sábado 13 en la mañana, dejando en el mayor desconsuelo á su familia. El pesar de nuestro muy querido amigo el Sr. Cardoso nos impresionó de una manera indecible, lo mismo que á la sociedad entera, de la cual tan sabio y probo magistrado es uno de los mejores ornamentos.

Por fortuna el Sr. Cardoso une á sus notables talentos una alma fuerte y bien templada, y esto le hará no abatirse, para ser, como hasta aquí, el robusto apoyo de su familia huérfana.

El suicidio del apreciable D. Ernesto Masson tambien ha consternado á todos. Cuando un acto de desesperacion semejante es cometido por un jóven, la consideracion sobre las pasiones de la edad, sobre los arrebatos de insensatez que suelen acompañar á estas, disminuye en parte la impresion causada por una muerte voluntaria. *Estaba loco*, dicen las gentes hablando del suicida, y á este juicio se siguen regularmente la acusacion, las disertaciones sobre el carácter violento, sobre el amor desesperado, etc.... y despues hay algo de una compasion despreciativa hácia el que puso fin á sus dias tal vez por vanidad.

En el suicidio de Masson no pasa lo mismo. Era un anciano de setenta y tantos años, dotado de un talento notable, de una moralidad que jamas se desmintió. Tenia hijos, sus costumbres eran regulares y sencillas, habia escrito contra el suicidio y habia luchado contra el gigante de la miseria durante larguísimos años, quedando siempre vencedor. Sus ideas sobre la Divinidad, sobre la moral cristiana, sobre la desigualdad social, eran intachables y parecian dictadas por un espíritu superior, por una resignacion dulce y serena y por un juicio maduro. ¿Por qué, pues, arrancarse la vida este anciano filósofo?

Es un misterio terrible y que nos causa espanto.

El suicidio de Masson ha sido *catoniano*, es decir, premeditado, frio, tranquilo, por decirlo así. En la carta que dejó el anciano, alega su miseria como excusa, y aun sobre su mesa puso unas cuantas moneditas de plata como su único patrimonio. Pero tenia hijas casadas que habrian tenido placer en auxiliarle en su vejez y pobreza. ¿Esta delicadeza extrema de parte suya es excusable?

¿Hay en el fondo otro secreto doloroso que aquella alma vigorosa y severa encerró todavía en un abismo? Quién sabe! Hace poco que leiamos su último artículo lleno de amargura, y en que no auguraba sino desdichas para este año por haber comenzado en viérnes. ¿Meditaba desde entonces su funesto proyecto? De todos modos, el hombre que así atentó contra su vida, es digno de conmiseracion y de respeto. Lo repetimos, un hecho semejante sale de las reglas comunes y causa una especie de estupor en el alma de los que meditan sobre él.

El Sr. Masson era un escritor gracioso y lleno de ingenio. Sus artículos, que generalmente se publica-

ban en el *Monitor* bajo el seudónimo de «El de la Olla,» eran leidos con la sonrisa en los labios.

¡Descanse en paz el hombre honrado que no tuvo dicha sobre la tierra!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

TIVOLI.

Os ofrecí, querida amiga mia, escribiros algunas de mis impresiones durante mi paseo por Italia, y cumplo hoy tan agradable deber, feliz con vuestra memoria, muy triste por vuestra ausencia y con los ojos húmedos al contemplar el magnífico cuadro que tengo ante mi vista! Si me fuese posible, mi encantadora amiga, os enviaria al menos un rayo de este sol fulgente y soberano, para que dorase vuestra frente pálida, animándola con su beso celeste, con su beso puro y ardiente como el cariño que os profeso. ¡Ay! las frias y espesas brumas del orgulloso Támesis no son sin duda los velos de azul, de oro y de luz que deben envolver vuestra cabeza angelical. ¿Por qué así os aferra el destino con su mano de hierro á aquellas márgenes sombrías? ¿Por qué un seno de fuego, respirando en una atmósfera de panteon? ¿Por qué la divina flor de los trópicos vegetando y muriendo entre las nieves del polo? ¿Por qué no os conduzco hoy de la mano en medio de esos bosquecillos de verdura, sintiéndoos estremecer de emocion al contemplar estas cascadas? ¿Por qué no os oigo á mi lado repitiendo con voz de armonías los inmortales versos de Byron, de Young y de Milton?

Nos separa una inmensa distancia, y sin embargo, acabo de sentir en el corazon y en el oido, uno de vuestros suspiros que responde tierno y armonioso á mis preguntas......

Hablaba yo de vos, mi pálida y encantadora amiga, y era natural que me olvidase de Tívoli. Escuchadme, pues.

Esta deliciosa poblacion, á ocho millas de Roma, se cree fundada por los sículos, cerca de dos mil años antes de la era vulgar, quedando despues bajo el dominio de Tibur, cuando los mismos sículos derrotados por los resenas, ó huyendo de la persecucion de los aborígenas, se vieron obligados á refugiarse hasta las orillas del mar. Entonces el vencedor dió su nombre á la bella ciudad, que fué insensiblemente cambiando en el de Tibori y despues Tívoli. Mas tarde la conquistadora Roma, sujetando este pueblo á su dominio, le convirtió en un lugar de delicias para los patricios y senadores romanos, que construyeron allí hermosos palacios de recreo.

El punto no podia ser mejor elegido.

Despues de atravesar grandes bosques de olivos, que se levantan frondosos sobre una alfombra de esmeralda, el viajero llega al encantador pueblo de Tívoli, adonde en medio de las ruinas á que le redujeron varias veces las invasiones y las guerras civiles de la edad media, aun se miran algunos restos de su grandeza y esplendor pasados. Llegando al hotel de la Sibyla, y una vez en el patio, os acercareis á los pretiles que le rodean; bajareis la vista á los abismos que yacen á vuestros piés, y vereis inmensas moles de agua agitarse en repetidos choques, formando confusos truenos entre las peñas, donde la yerba empapada y temblando, crece entre el horror y el ruido de aquellos torrentes. Son, pues, los poderosos caudales del Anio que, precipitados desde la altura, bajan á las cavernas, sonoros y espumosos, atravesando las magníficas grutas de Neptuno y las Sirenas; grutas austeras y sorprendentes y cuyos negros antros parecen habitados por los terribles genios que rigen las tormentas. Cuando descendeis á visitar aquellos sitios, el trueno de las aguas remeda voces amenazantes, que parecen reconvenir al que llega con atrevida planta á profanar tan sombrías y solitarias moradas.

De pié sobre una de las peñas que parecen nadar entre la espuma, he mirado con susto una roca inmensa suspendida sobre mi cabeza; y sin embargo, los siglos han resbalado sobre su faz oscura, sin moverla. En ella, amiga mia, he grabado vuestro nombre, que pronunciado por mi labio, era repetido en el hueco de las rocas, claro y armonioso, sin que le confundiese el estruendo de las aguas.

Despues he abandonado aquellos palacios misteriosos, he cruzado el Puente nuevo y llegado por fin frente á frente del monte Catillo. Sobre su cima se ven agrupadas como un rebaño de ovejas, las casas, los templos y las ruinas del antiguo Tibur, destacándose risueñas sobre el azul del cielo, mientras á sus piés el Anio, dividiéndose en cien corrientes, se precipita de lo alto de la montaña, formando innumerables cascadas, que con sonoro estruendo, bajan como torrentes de luminosa plata desde la altura; luego chocan quebrándose entre las peñas cubiertas de un verde aterciopelado, hasta que al fin bañando alfombras de flores y de césped perfumado, corren llegando al valle, donde ya sus cristales azules y tranquilos retratan aquellos bosques de olivares, de álamos, de moreras y de laureles, inclinados siempre bajo el peso del rocío de las cascadas, que les forman como trémulas coronas de brillantes.

Allá, á la orilla del precipicio y como sostenido por la mano invisible de un genio misterioso, se mira suspendido al borde del abismo el templo de la Sibyla! ¡Qué erguido se levanta con su pórtico circular formado por sus hermosas columnas acanaladas, por las que trepa amorosamente la opaca yedra derramando sus festones de flores, mientras las hojas del vivaz acanto de Corinto crecen lozanas buscando arrimo junto á los carcomidos pedestales! Mas allá, entre las musgosas peñas, un pastor canta en voz triste y melancólica, mientras su manada, esparcida entre la yerba aljofarada, asemeja un campo sembrado de lirios blancos; la atrevida cabra, sostenida sobre las patas, y al borde de la sima, se afana por alcanzar los renuevos de la madre-selva que se mecen al viento en la extremi-



Lit. de Iriarte

TIVOLI

dad aérea de un peñasco! ¡Por todas partes luz, flores, aguas, verdores y armonías, y coronando aquel cuadro indescriptible la banda magnífica del arco-iris, desvaneciéndose entre las brumas producidas por las cascadas!

¡Ay! ¡cuánto ha gozado y cuánto ha palpitado mi corazon ante tan sublime espectáculo! ¡Cuántos recuerdos hermosos y cuántas memorias tristísimas!

Horacio, sin duda al pié de estos frondosos olivos, fué donde entonaba sus deliciosas odas; tal vez Cátulo, sentado sobre este florido césped, y entre los brazos de su Lesbia, bebia en los ardientes labios de su amada el embriagante néctar que mana de sus tiernísimas canciones! Aquí Tibulo y Propercio suspiraban sus apasionados cantos, y Zenobia, la reina infortunada de Palmira, lloraba rodeada de sus hijos la crueldad de Aureliano, despertándose en las noches agitada, creyendo ver las sombras dolientes é irritadas de Odeonato y de Longino!

¡Oh amiga mia! si alguna vez uno de esos decretos irrevocables del cielo me condenase á no pisar mas el dulce y adorado hogar de mis padres, obligándome á buscar en una tierra extraña un sitio donde cavar mi humilde sepultura; aquí, al pié de las armoniosas cascadas de Tibur, en medio de esta naturaleza espléndida, escogeria un lecho para mi eterno sueño. El ruido de estas aguas seria la cancion amante que me adurmiera, y en medio de las noches azules de esta zona, y al rayo de la luna, mi sombra vagaria ocultándose entre la espesura, para contemplar la de los inmortales poetas, y oir los dulcísimos suspiros de la Cintia de Propercio y de la Delia de Tíbulo. Tal vez sorprenderia sobre mi ignorada losa á una mujer que llorando, colocaba una adelfa sobre mi tumba.

En este momento que os escribo, sentado sobre una peña y apoyado el papel sobre la rodilla, el sol va declinando, y derrama como una lluvia de polvo de oro sobre la ciudad y las cascadas, cuyas perlas se convierten en topacios.

Siento que al recordaros, una lágrima silenciosa se escapa de mis pestañas, porque es la hora divina y melancólica que siempre nos encontraba juntos contemplando á la naturaleza; esta hora en que estoy seguro de que vos estais pensando en mí, y enviándome con vuestros suspiros una memoria del corazon!

Adios, la sola confidente de mi alma, adios.

L. G. Ortiz.

Tívoli.

UNA NOCHE EN EL MAR.

(Traduccion de Victor Hugo.)

Cuando vagando en el mar,
Cercano el dia á morir,
Los dos oimos al par,
Al hombre débil cantar,
La ola potente gemir;

Cuando á mi lado sentada,
De la lona entre el capuz,
En esa sombra velada,
Parece que tu mirada
Roba á los astros su luz;

Y cuando á leer aspira
En la natura la mente,
¡Oh tú á quien el alma admira!
¿Por qué mi pecho suspira?
¿Por qué sonríe tu frente?

¿Por qué, á cada ola, inunda
Toda mi alma el pensamiento
Como un cáliz de tormento?....
¡Yo veo la mar profunda,
Y tú ves el firmamento!

Yo veo la ola, embebido,
Tú los astros brilladores,
Y en su multitud perdido,
Yo las sombras cuento y mido,
Tú cuentas los resplandores.

Cada uno, es la ley suprema,
Hasta el fin trabaja y rema,
Con constancia ó desaliento;
No hay hombre ¡oh fatal problema!
Que no edifique en el viento.

El hombre á la onda se lanza,
Sopla el huracan sobre él,
En la oscura noche avanza....
¡Y al mar se va la esperanza
Por las juntas del bajel!

Su vela, que rasga el viento,
Se destroza sin cesar;
El agua burla su intento,
Y hace obstáculos sin cuento
Sobre su proa espumar.

Ante tu augusta mirada
Todo trabaja ¡oh Jehová!
Do quier la vista inclinada,
Encuentra una ola agitada,
Encuentra un hombre que va.

—¿Dó vas?—A la noche oscura.
—¿Tú?—Del dia al resplandor.
—Yo á la gloria que fulgura.
—¿Tú?—Yo voy á la ventura.
—¿Y tú?—Yo voy al amor.

Todos vais al panteon,
Vais do el misterio os envuelve;
Paloma, águila ó halcon,
Todos vais á esa mansion
Do va todo y nada vuelve.

Vais do la ruta se ignora,
Adonde el mas grande irá,
Do va la flor que Abril dora;
Vais adonde va la aurora,
Vais donde la noche va.

¿Por qué ese tormento duro?
¿Por qué esas penas? decid.
Bebed del arroyo puro,
Coged el fruto maduro,
Amad, y luego.... dormid.

Que cuando se ha trabajado
Como la abeja paciente,
Y mil sueños se han forjado,
Cuando se han acumulado
Los años en nuestra frente,

En vuestra mas bella rosa,
Brillante de juventud,
¿Sabeis ¡ay! lo que se posa?
¡El olvido en toda cosa!
¡En todo hombre el ataud!

Que del labio nos retira
El fruto intacto el Señor;
Él dice al navío, en su ira:
—«¡Naufraga!» A la llama: «¡Espira!»
Y «¡Palidece!» á la flor.

Al guerrero, en mal fecundo,
Dice:—Solo venzo yo;
Sube, sube, ¡oh rey del mundo!
El descenso es mas profundo
Del que mas alto subió!

—Presto, dice á la doncella,
Deslumbra al que te ama ardiente;
Antes de morir, sé bella;
Sé por un instante estrella;
Luego, polvo eternamente.

Esa órden tu loco anhelo
Rompe con golpe fatal....
Mortal, quéjate en tu duelo
Al Dios que hizo grande el cielo
Y tan pequeño al mortal.

Cada uno, en su duda impía,
Se abre paso y lucha insano;
Y la eternal armonía
Pesa como una ironía
Sobre ese tumulto humano.

La dicha ansiada y mentida
Pasa, cual sueño encantado,
Entre la sombra perdida....
¿Qué queda ¡ay! de la vida,
Excepto el haber amado?

Así tu frente está quieta
Y oscura la mia está;
Así sobre la onda inquieta
Yo escucho, triste poeta,
Lo que la ola me dirá.

Para que algo me responda
Temblando interrogo.... ¡Oh!
A un golfo lanzo la sonda,
Do el fango se mezcla á la onda....
¡Oh! no hagas tú como yo!

Que sobre la ola turbada
Fijo mi húmeda pupila;
Mas tú, bella alma velada,
A la esperanza estrellada
Alzas la frente tranquila.

Sí, ve los cielos lucir,
Ve los astros centellear;
Tu alma puede á ellos subir....
¡Tú ves á Dios sonreir,
Yo veo al hombre llorar!

ISABEL A. PRIETO DE LANDÁZURI.

Guadalajara, Enero 30 de 1869.

ESTUDIOS SOBRE LITERATURA.

ESTUDIO SEGUNDO.

La frecuencia en el análisis de algunos idiomas, comenzando por el nuestro, nos descubre que no hay una sílaba en las palabras que no contenga una significacion propia y absoluta; la diferencia entre los idiomas monosilábicos y polisilábicos, fuerza es repetirlo, consiste en que los últimos encierran, en sus palabras compuestas, elementos que han caido en desuso para emplearse aislados. Pero ¿cuál es la causa lógica, la necesidad natural que multiplica las palabras compuestas hasta convertirlas en rasgos permanentes y característicos de todas las lenguas?

Para descubrir ese importante secreto, comencemos por observar que toda palabra compuesta se forma de algunos elementos necesarios, fuera de otros accidentales ó que dependen exclusivamente de su empleo.

ELEMENTOS ABSOLUTAMENTE NECESARIOS. Uno de los grandes defectos del lenguaje de accion, del lenguaje de los animales y de las interjecciones, consiste en que todo signo que proviene directamente de una sensacion, la representa, no hay duda, con fidelidad, pero aislada. Dos ó mas movimientos de cabeza en señal de asentimiento; dos ó mas gritos de un perro, correspondiendo á otros tantos golpes, y una serie de carcajadas ó una repeticion de ayes en un hombre, indican igual número de sensaciones, todas consecutivas, pero sin designar relacion entre ellas, como si en la inteligencia estuviesen simplemente justapuestas y no debiesen la contigüedad sino al acaso.

No se verifican así los fenómenos en la naturaleza: para el hombre, la existencia es movimiento; la constancia en el paralelismo es un cuerpo, cuando á ese grupo de movimientos paralelos llamamos sustancia, designando el sustantivo lo que es susceptible de *número;* el equilibrio es una lucha latente entre las fuerzas; la convergencia y la divergencia y la resultante, se llaman causas y efectos; y nada sale del círculo de las relaciones, aunque sin cesar puede y debe cambiarlas: por lo mismo, despues de designar una sensacion con una palabra, faltaba un paso para la perfeccion del lenguaje; y ese paso se

ha dado agregando á cada signo, otro para caracterizar el enlace entre la sensacion principal y otra cualquiera, ya sean las dos sucesivas, ya simultáneas. El resultado es que toda palabra expresa su significado y anuncia otro; los monosílabos, cuando no son interjecciones son complementos.

Fuera de esos dos elementos de la palabra, que la obligan á duplicar sus raíces, descubrimos, en la sensacion complementaria, diversos modos de obrar, á los cuales corresponden diversas voces, ó por lo menos diversas modificaciones.

Té—Una planta.
El té } Relaciones de la planta.
Con té }
Color de té—La partícula *de* se incorpora con *té*.
Tés=Varias plantas.
Veo=Ver+yo, en la actualidad.
Ves=Ver+tú.
Veré=Ver+he.
Verás=Ver+has.

A veces completamos con el énfasis ó con el lenguaje de accion, ó con la simple continuidad las relaciones que unen los monosílabos á las demas palabras de la frase correspondiente; y esto sucede principalmente en el diálogo. Un *no* tímido y un *no* de enfado, se pronuncian de diverso modo; y, por el tono, un *no* irónico afirma y con mas energía que un *sí* sencillo.

Este requisito, que da á la mayor parte de las palabras una significacion constante y otra variable y relativa, se presta á diversas y numerosas aplicaciones en el estudio del lenguaje; con su auxilio investigaremos por ahora: 1º, por qué es difícil fijar el uso de algunos monosílabos; 2º, por qué cuando se cambia el mas pequeño elemento en una frase, es necesario modificar los demas miembros de la proposicion; y 3º, por qué el estilo de los grandes oradores y poetas tiende á suprimir y modificar muchos miembros de la oracion y aun construcciones enteras, atropellando las reglas de los gramáticos y de los puristas: las observaciones sobre esa materia son tan importantes en la teórica como en la práctica; pondrán, por lo menos, un término á cuestiones inútiles.

¡En cuánto diera,
Porque la suerte trocara
Aquel espejo á ese libro!
Tan obligada
Quedé á que quieras de mí
Hacer esta confianza.
Hidras las desdichas son;
Pues apenas muere una,
Cuando otra á su sangre nace.
A espacio *á* espacio, desdichas;
A espacio *á* espacio, pesares.
De un lance en otro, caí
A un jardin, donde un amante....
En una red de oro y seda
Labrada *á* colores mil....
Despues, señor, que tu espada
Fué con trofeos mayores
Admiracion á la envidia,
Miedo *al* hado, horror *al* orbe....
Hermosísimo desvelo
A cuyo desmayo pierde
El suelo su pompa verde....

No quiero....
Esperar *á* ser testigo
Yo del daño que me ha muerto.

Todos los ejemplos precedentes sobre las diversas acepciones de la preposicion *á*, son de Calderon; veamos unos pocos entre los muchos que traen otros autores.

Temo de mirarme á ellas.

TIRSO.

....é lo facen, que han robado treinta mulos de farina *á* la prima cabalgada que ficieron. CENTON EPISTOLARIO.
....los que el pecado de la division pasada ficieron, é quieren agora de nuevo facer otra, reputándolo *á* pecado venial. FERNANDO DE PULGAR.
Los franceses tiraban mucho *á* Salsas, y ella no *á* ellos: parecióme que salia mucho polvo cuando *le* daban los tiros. CARTA II DE GONZALO AYORA.
El que *entró en* la religion en Cristo *á* ser cristiano, no tiene licencia de ser soberbio. EPÍSTOLA IV DE GUEVARA.
....*unos la* copia llamaban lujuria ó lozanía de palabras, otros *al* ornato notaban *por* afectacion.
....porné dos solos lugares de dos cartas de vuestra señoría, que *á mí* han caido mucho en gracia.
....mi perseverancia procede.... de mucha y cierta voluntad *á le* servir.
....conocimiento singular de letras, y amor y celo *á* ellas. PEDRO DE RHUA.

Cuando venga media noche,
Apos que el gallo cantaba,
La puerta del mi aposento
Non para tí se cerraba.

LA INFANTINA DE FRANCIA.

....é otrosí ante la ira del rey non saben los omes que facer, cá siempre están *á* sospecha de muerte. PARTIDA II.

Estar *á* la puerta.
Dar agua *á* las manos.

DON JUAN MANUEL.

Otros hay que antes que comiencen *á* contar el donaire, se rien antemano; y otros que en tanto que lo dicen, se caen de risa. Esto es convidar á risa á los oyentes, como si dijesen yo bebo *avos*, y para que sepan que es cosa de reir, y que no sean necios. EL DOCTOR VILLALOBOS.
Estais por ventura al sereno y al frio tratando con vuestro Eterno Padre? FR. LUIS DE GRANADA.
.... por no andar *á* contentar *á* los del mundo. SANTA TERESA.
.... que no hay árbol tan cierto *en* su fruto, cuanto es cierto *al* pecado producir pena y tormento. FR. LUIS DE LEON.
Atreviéndose Zambri, á vista de Moysén y del pueblo de Dios, *á entrar á* la tienda donde estaba una ramera de Madian.... FR. JUAN MARQUEZ.

En los precedentes y otros innumerables ejemplos aparece que la preposicion *a*, aislada ó en compuesto, tiene un valor equivalente al de la mayor parte de las otras preposiciones, simples ó compuestas.

Por otra parte observemos que la preposicion *de*, una de las menos variables en sus aplicaciones, nos ofrece las siguientes: pluma *de* Pedro; pluma *de* oro.

Subir quise, cuando hallé
En el camino la estampa
De un desafirmado pié.

CALDERON. Saber *del* mal y *del* bien.

Buscó *de* que yo entendiese
Las mudas cifras del alma.
Y pues dar satisfacciones
De cómo un hombre procede
Nunca puede ser desaire.
A predicar *de* secreto
La ley de Cristo
Llamado *de* tu voz vengo.

Todos estos ejemplos son del mismo Cálderon; fácil me seria multiplicarlos; pero es inútil. Entrando ahora en explicaciones, recordemos que la conjuncion es la forma mas sencilla para expresar la union entre dos ó mas objetos; sin embargo de su sencillez, la vemos variar de este modo *é, y, o, u,* y aun á veces la preposicion *á* no tiene sino una fuerza simplemente conjuntiva: paso *á* paso. Alumbra el sol de Sur *á* Norte. Sea de esto lo que fuere, despues de la conjuncion, el elemento mas sencillo para unir las ideas, es el verbo *ser;* este verbo en su primitiva significacion no vale tanto como identidad, puesto que no hay dos cosas idénticas, sino igualdad, lo cual supone dos ó mas objetos y una propiedad en que son iguales. El verbo *ser* es una conjuncion conjugada, ó con número, tiempo y personas. Las *preposiciones á* y *de* tienen primariamente una fuerza conjuntivá y ademas expresan el modo con que la union se verifica. Por eso en su orígen y en sus aplicaciones se confunden con el verbo *ser* y sus equivalentes, sin que hoy se pueda saber si los verbos *ar* y *to* de algunos idiomas fueron padres ó hijos de las partículas *á* y *de.* En esta preposicion *de* notamos dos clases de significacion muy marcadas en el curso del lenguaje. La significacion primitiva quiere que una cosa *participe* materialmente de otra; y en la significacion secundaria la relacion es convencional. De aquí nacen el genitivo y el ablativo: pluma *de* oro; pluma *de* Pedro. Pero estos matices, mas ó menos constantes, son comunes á todas las palabras; y, como en todas, producen alguna confusion en los artículos.

El hombre de que me hablas es un barbirojo? El hombre de que me hablas es uno de barba roja? En estas dos frases *es un barbirojo, es uno de barba roja,* hay identidad de pensamiento y de palabras; la diferencia aparece en las partículas modificativas. *Un* y *uno* no presentan en su forma, sino la discrepancia de la *o* terminal, cuyo valor es el de un artículo. En *barbi* la *i* tiene el valor de la *de. Rojo* en el primer ejemplo recae sobre hombre, pero considerado en su barba; y en el segundo recae sobre barba. Pues bien, el solo hecho de cambiar *un* en *uno* ha obligado á las demas palabras á sufrir una modificacion. ¿Por qué? porque la *o* da una fuerza designativa á *un* que antes no tenia. Sin embargo, como estos matices son delicadezas del lenguaje, fácilmente se pierden y se sacrifican cuando por otra parte se conserva intacto el sentido.

En el uso acertado y en el sacrificio oportuno de esas pequeñeces consiste la *elegancia* en el estilo; elegancia que admiramos muchas veces aun en ausencia de los tropos. Los grandes oradores y los poetas no solamente omiten partículas, sino frases enteras. Así, por ejemplo, leemos en Quintana:

Tambien Nelson allí!.... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra
Que vil insulte á tu postrer suspiro.
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.

El poeta considera á Nelson en cuerpo y alma; despues como sombra, y sin embargo, habla de su postrer suspiro; y por último vuelve á considerarlo vivo cuando le llama inglés y héroe. Gramaticalmente faltan muchas frases de transicion.

Cuando Júpiter tira
A las alturas de esta vana tierra,
Jamas alcanza su ira
Al valle, que en la sierra
Yace penando quien le armó la guerra.

FRANCISCO DE LA TORRE.

Hilaba la mujer para su esposo
La mortaja primero que el vestido....
Todas matronas y ninguna dama....

QUEVEDO.

Quísome un tiempo, mas agora temo,
Temo sus iras.

VILLEGAS.

Nótese en los ejemplos anteriores con qué desembarazo, y sin preparacion, en una misma frase, se cambia el sugeto de la oracion, y la misma osadía se descubre para unir mental y no gramaticalmente los períodos.

Examinemos, por último, un caso en que las partículas hacen posible la union de palabras con idéntico sentido, sin que por esto alguna de ellas sea redundante. En la estrofa de Fr. Luis de Leon que comienza *y entre las nubes mueve, etc.,* tenemos las palabras *luz, lumbre, fuego* y *ardiente;* y en ellas los sufijos y afijos, *a, o, iente,* impiden que jueguen en la descripcion, como idénticas, repetidas las sensaciones simples de la luz y el fuego. En resúmen, la supresion y la conservacion de las partículas no solamente caracteriza el estilo de diversos hombres, sino el de diversas épocas.

Ansí descrece y se amengua el uso de la razon, y su clara y limpia luz, dice Fr. Luis de Leon; y nosotros diriamos: *así decrece y mengua etc.* Dice Rhua: *Celando la honra de vuestra señoría y del reino, no me contenté haberle escrito una carta de aviso.* Un gramático escribiria: *no me contenté con haberle.*

Conclusion: en la lengua española usamos las partículas modificativas, incorporadas ó aisladas y con superabundancia; lo mismo hacemos con las frases de transicion. Por eso la gramático–manía disputa con frecuencia sobre el valor de algunos elementos que no solo tienen diversas y vagas acepciones, sino que pueden impunemente suprimirse. Los gramáticos van seguros, porque ademas de servirse de sus piés se apoyan sobre muletas.

Todo signo nos obliga á pensar sobre el objeto que representa y sobre otros objetos; esto se nota en las partículas mas sencillas y en las frases mas complicadas. El fenómeno depende de que al hablar, si no es en obras didácticas ó en cierta clase de índices, las pasiones nos preocupan hasta dominar los esfuerzos de una razon poderosa; la misma imaginacion sale y brilla como una llama entre las tempestades de los afectos. Cuando alguno me dirige la palabra, yo voy repitiendo en mi inteligencia las

sensaciones que se me tocan; pero estas pueden aparecer de tal suerte combinadas, que de repente yo las olvido para sentir el placer, el entusiasmo, el temor ó los dolores ajenos. Si un amigo me cuenta que le faltan noventa y cinco pesos para comprar en cien una obra literaria, yo sé que tiene cinco pesos y cierto deseo de adquirir un libro; pero si lo que le falta lo salvaria de un compromiso grave, la impresion que me deja es de una afliccion que corresponde á la suya y á la amistad que le profeso. Un disputador de palabras, aun en artículo de muerte, solo me despertará ideas de régimen y de concordancia.

IGNACIO RAMIREZ.

LA POBRE FLOR.

(Traduccion de Victor Hugo.)

A la azul mariposa la pobre flor decia:
—¿Por qué huir?
¡Suerte cruel! me quedo y tú vas, alma mia,
A partir.

Y te amo, y nos aleja del hombre y sus placeres
Nuestro amor;
Y ambos nos parecemos, y dicen que tú eres
Cual yo, flor.

Pero ¡ay! yo pertenezco á la tierra, y tú al cielo,
Por mi mal;
Embalsamar quisiera con mi aliento tu vuelo
Celestial....

Mas no, tú vas muy lejos, de esa florida alfombra
Al través,
Y yo.... yo quedo sola, viendo girar mi sombra
A mis piés.

Huyes, vuelves, bien lejos te vas de quien te adora,
A lucir;
¡Así empapada en llanto me encuentras cada aurora!
¿Por qué huir?
Para que nuestro amor, gozar dulces instantes
Pueda aquí,
Toma tú mis raíces, ó tus alas brillantes
Dame á mí.

ISABEL A. PRIETO DE LANDÁZURI.

Escoba, Julio 28 de 1865.

REVISTA DE TEATROS.

EL VIEJO Y LA NIÑA, comedia en tres actos, de Moratin.

Si recuerdas, lector amigo, hasta qué exceso de corrupcion habia llegado la escena española en los siglos XVII y XVIII, y consideras atentamente cómo resucitó, y se purificó, y tornó á ser fuente de beneficios y de enseñanza en manos de D. Leandro Fernandez de Moratin casi al comenzar nuestro presente siglo, no dudo que tributarás gustoso un homenaje de admiracion y de agradecimiento al amable ingenio, que supo restaurar en su prístina grandeza al teatro, á ese poderoso elemento de civilizacion.

Mas si por acaso no eres tú de los que se dan á la amena literatura; si la índole de tu oficio no te ha dejado espacio para observar cuidadosamente la marcha de ese arte en sus progresos ó en su decadencia; si eres, por fin, de los que se contentan con gozar de buena fé en el espectáculo, y con admirar y aplaudir sinceramente los primores de la musa dramática, déjame mostrarte, aunque sea muy á la ligera, hasta qué punto estaba derruido el edificio teatral, y cómo lo reedificó perfeccionado el insigne Moratin.

Habia pasado ya esa época tan brillante para el teatro español, el reinado de los Felipes III y IV, época de los grandes poetas dramáticos, que comienza en Lope de Vega y termina en Solís. Cárlos II habia pasado tambien, arrrastrando consigo á la tumba cuanto habia quedado en España de grandeza y poderío, y legando á su sucesor una corona disputada por largos años y conseguida á costa de tanta sangre y de tanta ruina. El teatro habia llegado á una decadencia tal, que para celebrar las bodas de Cárlos II apenas pudieron reunirse tres compañías, cuando algunos años antes no habia villa, por pequeña que fuese, en la que no hubiera una casa de comedias. Restablecida la paz en el primer tercio del siglo XVIII, comenzaron á dar señales de vida las ciencias y las artes; pero ya el mal gusto habia difundido ampliamente su contagio; así es que en el reinado de Felipe V, á duras penas pueden señalarse como notables dos poetas dramáticos, Zamora y Cañizares, si bien no exentos de graves tachas, compensadas á veces por recomendables cualidades.

A Fernando VI nada debió el teatro español, consagrado como estaba el apoyo de este monarca á la ópera italiana, en cuyo fomento invirtió no escasas sumas; y mientras Farinello desplegaba en el Retiro toda la pompa teatral que aun en nuestros dias pudiera causar asombro, y mientras los autores que escribian óperas para aquel sitio real, se llamaban Pico de la Mirándola y Pedro Metastasio, arrastrábase la escena nacional abandonada al desenfreno del vulgo, á la ignorancia de los poetastros y á la ineptitud de los cómicos. Para mayor desgracia, no logró salir al teatro tal cual obra de mérito debida á Luzan, Montiano, Trigueros ó Llaguno, únicos poetas que por aquellos dias conservaban el sentido comun. Porque la corrupcion lo habia invadido todo, el aula, el púlpito y hasta el foro; á las verdades útiles habian sucedido las sutilezas escolásticas; á la gravedad y sencillez de la doctrina cristiana, los cuentos y las bufonadas tabernarias; al espíritu y á la filosofía de las leyes, las cavilaciones y los retruécanos. Ya te imaginarás, lector amigo, lo que sucederia en el teatro, en donde se representaban de preferencia, con general aplauso, autos sacramentales, absurdos, insoportables y escandalosos. En resúmen, habian pervertido el gusto, amoldándolo á sus desvaríos, los extraviados ó infelices imitadores de las libertades de

Lope, de los ingeniosos enredos de Calderon y del culteranismo de Góngora.

El advenimiento de Cárlos III inició la reforma del teatro, mejor comprendida que ejecutada por el ilustrado talento del conde de Aranda y del marqués de Grimaldi, quienes intentaron dar á la escena mejor lustre y decoro, aun en lo material, desterraron los malhadados autos, y trataron de inculcar buenos modelos con las traducciones que de las mejores obras extranjeras hicieron algunos poetas por órden del monarca.

Pero estos remedios hubieron de ser ineficaces, puesto que no se logró encarrilar al gusto por la buena senda, á pesar de los ensayos (no del todo satisfactorios) que emprendieron los mejores ingenios de la época, como Jovellanos, Moratin el padre, Melendez é Iriarte. El teatro, pues, volvió á la postracion, bajo la influencia de esas y de otras causas de un carácter político; volvieron á enseñorearse de la escena poetas y comedias como D. Eleuterio y como el *Gran cerco de Viena*, cuyas caricaturas inmortalizadas en *El café*, son la muestra del estado que guardaba el arte dramático al comenzar el reinado de Cárlos IV.

Para llevar á cabo la importante reforma, anhelada por los buenos pensadores, no bastaba el saber ni la docta censura; necesitábanse ejemplos eficaces, que siendo irrefragables pruebas de la bondad de las sanas doctrinas, obligasen á la multitud convencida á tomar el buen sendero; necesitábase para ello esa cualidad indispensable á todo reformador: genio peculiar. El reformador de la escena española, tal como debia ser, habia nacido ya, se llamaba D. Leandro Fernandez de Moratin.

Persuadido de que la comedia ha de reunir las dos cualidades de utilidad y deleite; convencido de que el arte dramático resulta de principios ciertos é inalterables, sin cuyo conocimiento los mejores ingenios se precipitan y malogran, Moratin buscó (no sin fundamento) en los antiguos los preceptos de su nueva ley, consultó á Aristóteles y á Horacio, acomodó sus reglas á la moderna civilizacion, y haciéndose superior á los errores vulgares, dió la ley y el ejemplo.

La ley está encerrada toda en la siguiente definicion, que viene á ser el credo literario del gran poeta:

«Comedia es la imitacion en diálogo (escrito en prosa ó verso) de un suceso ocurrido en un lugar y en pocas horas entre personas particulares, por medio del cual y de la oportuna expresion de afectos y caractéres, resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad, y recomendadas por consiguiente la verdad y la virtud.»

El ejemplo es *El viejo y la niña*, primer comedia suya, estrenada en 1790.

Inútil é inoportuno seria el hacer en un artículo, tan ligero como este que vas leyendo, la esplanacion de las doctrinas contenidas en la definicion; fuera de que ya prácticamente conoces la profunda verdad que ellas encierran, por estar calcadas sobre esos preceptos las mejores comedias del teatro moderno, y sobre todo, porque ya están confirmadas por el buen sentido y por la recta razon.

En cuanto á la comedia-modelo, su mejor elogio es decir que no se aparta un ápice de todo lo prescrito en aquellas reglas, las cuales á su vez son el resultado de la profunda observacion de aquellos grandes maestros griegos y latinos, para quienes los siglos posteriores no han producido ni rivales ni semejantes en el arte dramático.

Moratin realizó su noble intento, reformó la escena, purificó el gusto, señaló de una manera segura el buen camino, y tras sus huellas aparecieron, haciendo brillar dignamente el arte, Cienfuegos y Quintana, Gorostiza, Martinez de la Rosa y Breton. Hubo de mostrar el reformador una severidad acaso excesiva, pero indispensable en medio de tanta relajacion; consideró peligrosas las galas de la rima, temiendo que perjudicasen á la recomendada sencillez; esquivó por igual motivo la ligereza en el movimiento dramático, y se encastilló intolerante en las tres unidades. A sus sucesores correspondia colocarse en el justo medio, evitando ambos extremos; y así lo hicieron, dando al diálogo mas animacion y chispa, á la versificacion mas flores, á la escena mas movimiento, sin apartarse por eso de la verdad, de la sencillez y de la moral. Así hemos visto á Gorostiza y á Breton, á Tamayo y Baus, á Larra, á Ayala y á Núñez de Arce, y así los aplaudimos y celebramos, dándonos el parabien por haber alcanzado una época floreciente para la literatura dramática. Esto te explicará por qué las comedias de Moratin parecen hoy desmayadas y tibias á los ojos de la mayoría espectadora; otra es la opinion de quienes pueden juzgar con conocimiento de causa el relevante mérito de aquellas obras, que con justicia se reputan como modelos en las academias literarias y en los Conservatorios dramáticos.

La virtud y la verdad estaban desterradas del teatro cuando apareció Moratin; él con su genio reedificó el derruido templo, en que desde entonces reciben digno culto.

Viniendo ahora á la ejecucion que por parte de nuestros actores tuvo en el teatro Principal, solo sé decirte que no hubo cosa notable ni en bueno ni en mal sentido; interpretó cada cual su respectivo personaje con estricta propiedad. El público en lo general oyó friamente la obra; no faltaron en compensacion algunos ojos húmedos y algunos aplausos íntimos, y es que todavía Moratin enseña y conmueve.

M. Peredo.

Febrero 16 de 1869.

A AMALIA.

SONETO.

Eres muy bella, niña! ni en la rosa
Mas fresca y mas fragante de Castilla,
Hallarás el color de tu mejilla
Y el atractivo de tu boca hermosa.

Del desierto á la palma mas airosa
La gentileza de tu cuerpo humilla;
Cada uno de tus lindos ojos brilla
Cual de Vénus la estrella esplendorosa.

Te miré, y palpitando de ternura
Grabé en mi corazon con vivo fuego
Tu dulce imágen celestial y pura.

Perdióse desde entonces mi sosiego,
Y, contemplando el sol de tu hermosura,
Caí de hinojos á tus plantas ciego.

J. M. B.

México, Febrero 8 de 1869.

A UNA NIÑA.*

Niña querida,
Pura, graciosa,
De blanca rosa
Fresco boton,
Por jardinero
Fiel cultivado
Y resguardado
Del aquilon.

Tierna paloma
De arrullo blando,
Que enamorando
Doquiera vas;
Crece al abrigo
De madre amante,
Ella constante
Te velará.

Niña hechicera,
De mi alma encanto,
¡Ay! cuánto, cuánto
Te quiero yo!
Ven á mis brazos,
Dulce embeleso,
Deja que un beso
Te dé, mi amor.

Deja que aspire
De tu inocencia
La grata esencia,
Niña gentil;
Como la abeja
Que liba ufana
La flor galana
Que brinda Abril.

Deja que mire
Tus ojos bellos,
Vivos destellos
De claro sol;
Y la auréola
Limpia, esplendente,
Que en tu alba frente
Puso el candor.

Mirar yo quiero
Tu boca breve
Cuando la mueve
Risa fugaz;
Allí dejando
Huella ligera
Do reverbera
Luz celestial.

Tus manecitas
Hácia mí tiende;
¡Ay! toda pende
Mi alma de tí.
Ven, dulce hechizo,
Dame otro beso;
Con solo eso
Me harás feliz.

MARÍA.

México, 1863.

* Publicamos con el mayor placer esta pequeña composicion que nos ha remitido una bella señorita, suplicándonos que ocultemos su nombre. Respetamos su deseo; pero debemos animarla á continuar cultivando la poesía, para la que tiene felices disposiciones.

DESCRIPCION SINÓPTICA
DE
ALGUNOS IDIOMAS INDÍGENAS
DE LA
REPUBLICA MEXICANA.
(CONTINUACION.)

EL MIXTECO.

El alfabeto mixteco tiene cinco letras de que el nuestro carece; pero le faltan la *b*, *f*, *g*, *l*, *ll*, *p*, *r*.

El idioma es polisilábico, encontrándose voces hasta de diez y siete sílabas, como *yodoyokavuandisasikandiyosaninahasahan*, andar cayendo y levantando.

La composicion de palabras y partículas es de mucho uso.

Abundan las palabras homónimas; pero no faltan sinónimas. Voces onomatopeyas no se encuentran. Lo mas notable del diccionario mixteco es que hay muchas palabras que varían de forma por solo aplicarse á los señores ó personas de respeto; v. g., *sata* significa espalda, generalmente hablando; pero las de un señor son *yusaya*.

No hay declinacion para expresar el caso. Sin embargo, el vocativo se forma agregando *y* al nominativo, cuando hablan los hombres, y *ya*, las mujeres. El acusativo se conoce por la partícula *ñaha*, que se intercala al verbo que le rige.

No hay signos para expresar el número ni el género.

Fórmanse los abstractos por medio de la partícula prepositiva *sa*, añadida al primitivo.

Para expresar otros derivados como colectivos, aumentativos, diminutivos, comparativos y superlativos, carece el idioma de signos propios, siendo preciso valerse de circunloquios.

El pronombre personal no tiene mas que las tres personas del singular y la primera del plural. Aquellas, es decir, las tres de singular, tienen variedad de formas para expresar respeto; v. g., *duhu* ó *ndi*, significa *yo*, hablando con iguales ó inferiores; con superiores se dice *ñadzaña*. Así como el pronombre *yo* tiene dos formas, *duhu* y *ndi*, así los demas, sirviendo la segunda forma para posponerla al nombre ó verbo como afijo.

Carece el idioma de pronombre posesivo, y le suple agregando los afijos personales al nombre de la cosa ó persona poseida; v. g., *huahi*, casa; *huahindi*, mi casa. Sin embargo, cuando se teme equivocacion, suele intercalarse entre el nombre y el afijo la partícula *si*, que indica posesion.

El mecanismo de la conjugacion mixteca es de lo mas sencillo, reduciéndose á marcar las personas con los pronombres enteros antepuestos, ó los afijos. Los tiempos se señalan con partículas antepuestas á la radical, la cual puede considerarse que es la segunda persona del singular de imperativo. Así pues, tenemos, por ejemplo, que significando *dzatevui*, peca tú, para formar la primera persona del

presente de indicativo diremos *yodzatevuindi; yo*, es la partícula que indica tiempo presente; *ndi*, es el pronombre afijo de la primera persona del singular.

El verbo no tiene mas que dos modos, indicativo é imperativo; los demas se suplen con estos. Por ejemplo, el infinitivo se suple con el futuro, y así en lugar de decir yo *quiero leer*, se dice yo *quiero leeré*.

Se encuentran en mixteco nombres sustantivos verbales, es decir, derivados de verbo, los cuales expresan tiempo agregándoles los signos del verbo; así es que, por ejemplo, hay un sustantivo que significa «comida *presente;*» otro, «comida *pasada;*» otro, «comida *futura.*»

No hay en mixteco voz pasiva; pero sí verbos pasivos, es decir, verbos independientes que por sí tienen significacion pasiva; v. g., *yokidzandi*, significa yo hago; y *yokuvuindi*, yo soy hecho.

Hay muchos verbos derivados para expresar diversas ideas, como compulsion, frecuencia, reiteracion, incoacion, etc., los cuales se forman generalmente por medio de partículas intercalares.

Los verbos irregulares abundan tanto, que son mas que los regulares.

El verbo sustantivo, de que carece el idioma, se suple con el pasivo del verbo *hacer*.

Es abundante el mixteco en adverbios, pero escaso en preposiciones.

Tiene tantos dialectos, que un antiguo misionero dice: «No solamente entre pueblos diversos se usan «diferentes modos de hablar, sino que en un mismo «pueblo se habla en un barrio de una manera y en «otro de otra.» El dialecto principal y que se entiende en todas partes, es el de Tepuzculula.

FRANCISCO PIMENTEL.

(*Continuará.*)

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

(CONTINUACION.)

MEMORIA QUE EL AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DEL AÑO DE 1868 PRESENTA PARA CONOCIMIENTO DE SUS COMITENTES.—México. Imprenta de Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2. —1868.

Con demasiado interes ha sido recibida esta publicacion, en que constan los trabajos del Concejo municipal del año pasado, así como la inversion de sus fondos. Bajo mil puntos de vista es útil esta obra, y particularmente interesa á los vecinos de la capital. Es un cuaderno de 176 páginas en 4º, buen papel y correcta impresion.

1869.

GRAN ALMANAQUE MEXICANO Y DIRECTORIO DEL COMERCIO DE LA REPUBLICA MEXICANA, PARA EL AÑO DE 1869. Publicado por Eugenio Mailleffert.—Tercer año.—México.—Eugenio Mailleffert, calle de Tiburcio núm. 2.—Impreso por Diaz de Leon y Santiago White, 2ª Monterilla núm. 12.—1869.

Este es el tercer Almanaque que publica el Sr. Maillefert, con todas las noticias que se pueden necesitar para toda clase de negocios en México, y particularmente para los comerciantes. Hacia gran falta una publicacion semejante, pues aunque en otros tiempos, y particularmente en los primeros años del siglo actual, salian á luz en México algunos calendarios que contenian una especie de guia de forasteros, se suspendieron pronto y no eran tan ricos de datos y de noticias. El *Almanaque* del Sr. Mailleffert tiene la *Constitucion de 57*, la Convencion consular celebrada entre la República mexicana y los Estados-Unidos de América.—Reglamento y arancel de corredores para la plaza de México, y otras leyes importantes, con una noticia geográfica de la República.—Directorio general de la ciudad de México, y numerosos avisos del comercio.

Es un tomo de 320 páginas en 4º, de excelente papel blanco y de colores, y de elegante impresion. —Su precio en México, un peso, y fuera diez reales, franco de porte.—En la carátula de color trae la fecha de 1869, y en la blanca la de 1868.

NUEVO CALENDARIO-GUIA DE DIAZ DE LEON Y WHITE PARA 1869.—México.—Imprenta de los editores, 2ª Monterilla núm. 12.—1868.

Este precioso Calendario contiene muchas noticias utilísimas al comercio, y un directorio de la ciudad de México, como el precedente, con el santoral, etc.

Es un cuaderno de 48 páginas en 8º, hermoso papel y elegante impresion.—De venta: á la rústica, 25 centavos. En pasta dorada, 50 idem.

ALBUM FOTOGRÁFICO MEXICANO.—Diversidad de vistas, representando antigüedades mexicanas, trajes, costumbres, edificios, montañas célebres, y todo, en fin, lo que pueda tener algun interes histórico y arqueológico, etc.—Precio de suscricion adelantada: en México, 1 peso 50 cents., y 2 pesos fuera de la capital.—Imprenta de Diaz de Leon y White.

Esta hermosa publicacion se hace por entregas quincenales, cada una de las cuales contiene una gran estampa fotográfica y un artículo.—En folio.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

ERRATA.

En la composicion *La Campana*, página 98 del RENACIMIENTO, línea 31, dice:

Con brazos amantes y vínculo tierno.

Léase:

Con lazos amantes, etc.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El suicidio.—Dos niñas apasionadas.—Una fondista idem.—Una anciana idem.—Los *pollos* alarmados.—La señorita X. y la señorita Z.—*La Biblioteca de señoritas, lecturas del hogar.*—*L'Indépendant*, revista quincenal.—El jóven actor Manuel Estrada.—Apertura de tres escuelas de la Sociedad Lancasteriana.—Un colegio de señoritas.—La cátedra de Historia de México por el Sr. Orozco y Berra.

México, Febrero 27 de 1869.

El suicidio está á la órden del dia, y justamente en la época en que no debieran reinar sino la oracion y la penitencia. En otros tiempos las gentes ayunaban en la Cuaresma y se maceraban las carnes, limitándose á eso su mortificacion corporal. Hoy se matan.

Decididamente hay algo que amenaza trastornar el órden moral, y que es preciso combatir por todos los medios posibles. En los últimos dias hemos podido observar un síntoma todavía mas terrible de esta revolucion desconsoladora. La manía del suicidio, que solo habia atacado á los individuos del sexo fuerte, ha penetrado tambien en el santuario de la debilidad y de la belleza, y allí se ha revelado de súbito, mas atroz y mas poderosa que antes. Las pasiones de la mujer son mas fuertes que las del hombre, tal vez porque ella se ve obligada á reprimirlas constantemente y á ocultarlas bajo la capa del disimulo propio de su sexo, ó tal vez porque su organizacion es mas privilegiada que la nuestra para sentir. El hecho es, que mientras el amor, los celos, el odio, no suelen llevar al hombre mas que á cometer acciones ridículas y mezquinas, las mas veces conducen á la mujer á resoluciones extremas y espantosas, que denuncian un grado de exaltacion á que no puede llegar el pobre sexo masculino.

Considerando esto, ya podemos calcular los estragos que causaria el suicidio, si por desgracia llegase á ser una enfermedad epidémica en el bello sexo. La misma antigüedad pagana, con todo y sus ideas estoicas, que presentaban el suicidio como un remedio natural para las penas de la vida, se quedaria muy atrás de nosotros; y en efecto, ella solo cuenta numerosos ejemplos de suicidio en los hombres, pero muy pocos en las mujeres, y estos pocos le parecen muy notables. Por otra parte, el orígen de ellos solia ser tan noble, si nobleza cabe en el suicidio, que casi hacia de este una virtud.

Lucrecia abriéndose el seno con su puñal, legaba su venganza al primer Bruto y libertaba á Roma del yugo de los tiranos.

Pero los mismos romanos estoicos no habrian deificado, como á la casta esposa de Colatino, á la mujer que por un amor no correspondido, ó por celos ó por miseria, se hubiera dado la muerte. Ellos, que preferian el sacrificio de la vida al de la dignidad personal, hubieran creido que era dejar esta muy mal parada, matarse por tan poca cosa como es un amante, ó por no sufrir las amarguras de la pobreza.

Despues vino el cristianismo, y entonces, convirtiéndose el martirio en apoteosis, ya el suicidio quedó relegado al rango de los crímenes mas vergonzosos y despreciables. La filosofía cristiana diviniza el sufrimiento y condena la desesperacion. ¿Por qué, pues, en una sociedad cristiana como la nuestra, ha podido penetrar tan de repente esa triste locura, y haciendo desde luego tan tremendos estragos? No lo sabemos, ó no queremos entrar en semejante indagacion. Dejamos á los filósofos esa tarea, y ellos revelarán cuál es la influencia misteriosa que pervierte hoy de tal modo los sentimientos, cuál es el miasma mortífero que envenena nuestra atmósfera social, cuál es, en fin, el motivo terrible que obliga á los hombres á buscar un remedio en la muerte, y que pone la pistola ó el veneno en las hermosas manos hechas para recoger flores ó para ser regadas con las lágrimas de los enfermos y de los niños.

Hé aquí las historias de los últimos suicidios, segun se refieren en todas partes.

Una bella señorita amaba apasionadamente á un jóven que la habia amado tambien. Sea que la ingratitud de este, ó motivos de profundo disgusto, los hubiesen separado por algun tiempo, el hecho es que las relaciones amorosas habian cesado y que el amante iba á casarse con otra.

La amante desdeñada no pudo sufrir esto, y por muchos dias y con la mayor reserva anduvo meditando su proyecto de muerte. Su profunda melancolía habia llamado ya la atencion de su familia, y adivinando esta la causa, procuraba prodigarle toda especie de consuelos, á los que respondia la jóven asegurando que ya estaba tranquila y que iba á olvidar.

Otro jóven que estaba enamorado de ella hacia algun tiempo, y que sufria en silencio viendo preferido á su rival, creyó entonces llegada la época de volver á hablar de su pasion desdeñada, y se acercó asiduamente á la señorita, en cuyo corazon él creia que la ingratitud habia borrado las huellas del amor pasado. Despues de muchas instancias, parece que tuvo seguridades de ser correspondido. El jóven soñaba con su felicidad. Esto pasaba un dia antes de que se consumara el suicidio, y la bella niña, aunque melancólica siempre, parecia estar serena, y aun habia sonreido mas de una vez.

Al dia siguiente, la jóven aprovechó la circunstancia de hallarse sola, y de repente se oyó una detonacion. Los que cerca de la casa vivian, alarmados por semejante ruido, acudieron con presteza, y encontraron á la desventurada bañada en sangre. Se habia disparado un pistoletazo y se habia hecho pedazos la cabeza.

El nuevo amante, el iluso mancebo que ya se creia dichoso, llegó uno de los primeros, y como si hubiese lugar á dudarlo, todavía se negaba á creer que el amor antiguo fuera causa de aquella catástrofe.

—¡Pero ella me amaba ya! gritaba el dedichado en el trasporte de su desesperacion; ¡ella me amaba! ¡ella habia olvidado al otro!

—Pues no lo parece, le contestaban los demas. Pero el pobre mancebo se enloqueció y quiso tambien matarse, y hubiéralo hecho á no estorbárselo los presentes, que tuvieron que sujetarle para que no continuase la tragedia. A poco llegó un hermano de la suicida, y sabiendo el acontecimiento, tambien corrió adonde estaban sus armas para aplicarse el mismo remedio, y los concurrentes se vieron obligados á sujetarle tambien; de modo que aquella casa se convirtió en un momento en un infierno.

No tardó el antiguo amante, aquel que iba á casarse, en saber tan funesta noticia; conoció entonces toda la grandeza de la pasion de su antigua novia; llenóse de remordimientos, vínole de nuevo su olvidado amor con toda la fuerza que puede dar un descubrimiento semejante, y suspendió el asunto del casorio y voló al panteon en que acababa de sepultarse su desdichada ex-novia, y regó con lágrimas su tumba. Cuando sus sollozos le permitieron ver y oir, vió á otro sugeto que no lejos de él sollozaba tambien. Era el sustituto, es decir, el nuevo amante, aquel que se habia quedado con sus esperanzas en boton.

Lo que pasó entre estos dos rivales, fué sublime. No habia motivo para matarse el uno al otro, y en consecuencia, se contentaron con llorar juntos y con depositar cada uno un ramillete de flores en el sepulcro de aquella heroina malograda, de aquel anacronismo que por no caber en el siglo XIX habia tenido que suprimirse; de aquella Dido, de aquella Safo, que ninguno supo comprender y que merecia figurar en las *Heroidas de Ovidio* para ejemplo de mujeres enamoradas, y para vergüenza y confusion de tantas *pollas* de nuestro tiempo, que no parecen formadas de sangre y de fuego, sino de granizo y de tapioca, para rabia de sus amartelados caballeros.

Unos dos dias despues de este suceso, otra amable y jóven señorita iba en la calle, no sabemos en cuál, pero presumimos que fué en la de Plateros ó San Francisco, por donde se andan regularmente los *liones* en todo el brillo de su belleza conquistadora, y entreteniendo su dulce ociosidad en ver á las chicas, flecharles los lentes y traspasarles el corazon de medio á medio.

La señorita, pues, iba muy tranquila, muy guapa, tal vez risueña, tal vez pensando hacer una víctima con sus lindos ojos negros y su rosada boca; tal vez descubria adrede, aunque con profundo é inocente disimulo, como hacen todas, un lindo piececito, calzado con una linda botita de seda, que dejaba ver en toda su provocadora realidad el arco de ese pié hechicero, la punta angosta y leve, y un tobillo delicioso. ¡Ay! así suponemos que iba contenta y descuidada, cuando de repente vió venir á un jóven elegante, de andar de *antílope*, como dijera Zorrilla en el *Drama del alma*. En el instante mismo las rosas desaparecieron de las mejillas y de los labios de la niña, un temblor nervioso recorrió su cuerpo de hada, y estuvo próxima á desmayarse. Aquel jóven, aquel *lion*, aquel Lovelace, aquel vampiro, habia sido su novio. ¡Jesus! ¡qué encuentro tan inaudito y tan fatal! El destino habia hecho que aquel caballerete tan ingrato como querido, se apareciese por ahí. Sí: el destino, el mismo que ha hecho que en las calles de Plateros y de San Francisco se junten todos los ociosos elegantes y todas las damas desocupadas de esta bella ciudad.

Por consiguiente, la Fatalidad pesaba sobre la hechicera jóven, y no habia remedio: era preciso matarse, porque si no ¿qué diria la Fatalidad? Y sobre todo, era preciso hacer saber al lindo D. Juan que su encuentro no podia quedar impune, y que era demasiado bello y demasiado desdeñoso y demasiado *gran cosa*, para que una muchacha razonable y prudente dejara de matarse. Sí, era absolutamente indispensable quitarse la vida. Pues qué, ¿se encuentra una todos los dias á sus antiguos novios así no mas? De ninguna manera: vamos, *el suicidio es el único recurso*, se dijo la niña.

—¿Qué tienes, Fulanita? le preguntaron sus amigas; ¿qué tienes que estás tan pálida y trémula? ¿El encuentro de Manolito, de Paquito, de Toncho (nosotros no sabemos á punto fijo cómo se llamaba) te ha causado tanta impresion? Pues mira, niña, lo que es él, se ha pasado sonriendo con indiferencia.

La niña se puso en peor estado con esta noticia, y en vez de continuar su camino para buscar á algun pisaverde con quien *dar muecas* al ex-amante, se volvió á su casa, pretextando una indisposicion cualquiera, y apenas entró en su cuarto, cuando se echó á llorar amargamente sobre su cama, despues de lo cual, cuando debia hallarse con este desahogo mas tranquila, abrió su *necesser* y sacó de él un pequeño pomo de cristal, le destapó, y como quien toma *marraschino*, se bebió el tósigo. Despues sacó de una cajita, en donde con otros de igual clase se hallaba, un pequeño retrato en un medallon de oro, le besó repetidas veces, le oprimió contra su seno, y así se arrojó en su lecho á esperar la muerte, que no tardó en llegar. Los dolores ocasionados por el mortal brevaje le arrancaban algunos ayes; pero ella los sofocó poniéndose el pañuelo en la boca, y cuando su familia, alarmada por aquella ausencia, y temiendo que estuviese enferma, penetró en el aposento, la bella suicida habia dejado de existir.

Considérese la afliccion de sus deudos. En cuanto á Manolito, Paquito ó Toncho, siguió andando como *antílope* en las calles de Plateros y de San Francisco, y todo lo que se le ha oido exclamar ha sido:

—¡Pobre Fulanita! me adoraba, no podia vivir sin mí; es claro, yo lo decia, esta muchacha se va á matar por mi causa. Pero ¡qué diablos! me era imposible amarla mas, estaba yo fastidiado, y Fulanita (otra) me adoraba tambien: era preciso concederme á la que estaba yo queriendo mas.

No ha parado en esto la manía del suicidio, sino que siendo tan romanesco y tan interesante, pronto ha bajado de las clases educadas á las que no lo son.

Es natural, la novela no debe ser el patrimonio de las señoritas elegantes; ¿y por qué no mas ellas habian de amar de esa manera tan feroz?

Cuando estas dos noticias llegaron á oidos de una fondista de la calle del Indio Triste, ella, que tenia tambien sus amores desgraciados y que los lloraba, mientras partia las calabacitas y las zanahorias, y mientras la manteca saltaba en la sarten, comprendió que puesto que aquellas señoras tan decentes se habian matado por sus novios, ella tambien debia hacerlo por el ingrato que habia pagado tan mal su cariño y tal vez su comida. Entonces se proporcionó un veneno, y dejando á sus parroquianos esperando un nuevo platillo, se tomó aquel brevaje y se fué de este mundo en un decir Jesus.

Y á propósito de venenos, ¿saben vdes. que es digno de atencion esto de que las muchachas puedan proporcionarse tósigos con tanta facilidad? ¿Dónde los compran y por qué se los facilitan?

Así pues, nuestra fondista dejó de existir, y cuando llamaron al médico para que la curara, la pobrecita no tenia remedio. Segun sabemos, no era esta desventurada una estúpida Maritornes, sino una muchacha bonita y graciosa. Y con esta van tres muchachas suicidas.

Pero lo que horripila, lo que sale de los límites de lo verosímil, es lo que vais á leer. Ya no es la jóven exaltada que cede como á un impulso de su sangre ardiente, ya no es el extravío ocasionado por las malditas leyendas francesas, ya no es la hermosa desesperada de veinte años que desciñe su joyante cabellera negra para hacer de ella un velo y cubrir las pálidas rosas de sus mejillas en el sueño de la muerte; no es la hermosa mano de marfil que empuña la pistola ó el pomo de veneno para arrancarse una existencia quebrantada en sus mejores años por el tormento de una pasion desventurada, no:

Una anciana de setenta y cinco años se ha suicidado en la Villa de Guadalupe, tomando una respetable dósis de láudano. Pero, señor, ¿cómo puede ser esto? ¿qué pasion terrible pudo conmover un corazon que debia estar hecho una ciruela pasa? ¿Qué leyenda francesa es capaz de presentar el ejemplo de una Cleopatra de setenta inviernos, de modo que causara tentacion de imitarla á esta venerable señora de la Villa?

Hay cosas que apenas se creen.

Ni modo de decir que esta señora era prematura, ni modo de disculparla con el ardor de la sangre; en cambio, si era amor lo que sufria, puede que haya tenido razon en matarse. Sin embargo, con haber esperado algunos meses, tal vez su deseo habria quedado satisfecho; pero seguramente se fastidió de aguardar, y dijo con Miguel de los Santos Alvarez:

Ea, vida, marchaté
Con dos mil pares de cuernos,
Porque si no, te daré
Tan furioso puntapié,
Que pares en los infiernos.

Y como la vida no se marchaba, el puntapié tuvo efecto. Hé aquí cómo el ejemplo de D. Ernesto Masson pronto fué imitado en el otro sexo. ¡Pobre vieja! Requiescat in pace.

Los suicidios de niñas enamoradas han producido una alarma terrible en el mundo perfumado y brillante de los *pollos*. Todos están temblando por sus novias, y á cada paso se sienten acometidos de sobresaltos espantosos.

No hace tres dias que encontramos en la calle á uno de estos barbilindos, jóven, morenito, que apenas tiene sombreado el labio por un bozo naciente, y que por lo regular anda en la calle silbando temas del *Juicio final*.

Esta vez le vimos cabizbajo y triste.

—¡Hola, querido! ¿qué tiene vd.? ¿por qué tan sombrío y taciturno? le dijimos con muestras de interes.

—¡Ay, amigo mio! nos contestó quitándose su pequeño lente para hacernos ver las lágrimas que empañaban sus ojos, tengo el corazon oprimido, me voy á casa á llorar, á gritar, á matarme...... la vida no tiene ya atractivo para mí; y ¿para qué quiero yo esta vida infame y estéril sin ese ángel de mi amor, que era mi esperanza, mi luz, mi encanto, mi......

—Pero, vamos, ¿qué es esto? ¿de qué se trata?

—¡Cómo! ¿vd. no sabe la noticia horrible, la espantosa catástrofe?

—Ni una palabra, ni una palabra...... ¿qué hay, pues?

—Hay que mi X...... se ha matado hoy en la mañana; desde ayer estaba melancólica; yo no fuí al paseo, no la ví, y me dicen que estaba desesperada. Así es que esta mañana se la encontraron muerta...... se habia volado la tapa de los sesos.

—¡Canario! ¡la tapa de las sesos!...... Criatura, vd. me asusta con esa nueva. Su padre es mi amigo.

—Pues esa es la historia; considere vd. cómo estaré: no he podido verla, no he querido tampoco entrar, porque he temido que mi presencia aumente la consternacion de la familia...... y voy, no sé si á matarme......

—Pero, ¿y no sabe vd. por qué tomaria esta niña una resolucion tan inesperada, ella que era tan alegre, tan ligera?

—¡Ay! mucho me temo, querido, que sea por mí. Casi estoy seguro de ello. En el baile del Casino, ella estuvo furiosa de celos, porque habia yo bailado con Amalia ***; al dia siguiente me agobió á reconvenciones, y pude ya notar que abrigaba un proyecto funesto; pero creí que se limitaria á suplantarme, á darme calabazas....... ¿quién iba á pensar que seria capaz de tamaño heroismo? ¡Oh, mujer admirable, valerosa, apasionada y divina! Pe-

ro ¿no es verdad que ya no hay de estas mujeres, amigo mio?

—No; ya no hay, en efecto. Hace tiempo que se acabaron.

—Pues bien: en las noches del Carnaval estuvo muy triste, y yo, queriendo hacerla rabiar, seguí galanteando á otras; ella me mostraba cierta indiferencia; pero yo no me engaño nunca, ella se volvia loca de dolor...... se habia puesto flaca, estaba perdida. Ayer esperaba verme en el paseo, como dije á vd.; pero no fuí, y esto acabó de trastornarla..... Por fin, no quiso ya vivir....... y adios, amigo, porque me ahogan los sollozos.

El pobre *pollo* gemia y derramaba unos lagrimones como nueces. Yo le abracé, procuré consolarle y volé á la casa de la suicida para cerciorarme de la noticia.

Cuando entré en la casa, observé que no habia ese malestar, ese aspecto sombrío que toman las casas en que hay un muerto. El portero cantaba, y me vió pasar sin decirme nada. Subí, y en los corredores llenos de preciosas y elegantes macetas, todo revelaba quietud y contento. Los canarios y los jilgueros gorjeaban como unos bienaventurados. Sin embargo, me acerqué de puntillas y toqué la puerta de la asistencia. A poco oí una voz fresca y juvenil que reia por allá dentro..... ¡Esa voz!..... No habia duda, la misma X......, la suicida, se me presentó y me alargó su pequeña mano de marfil saludándome cariñosa.

—¡Cómo! le dije, ¿es vd. verdaderamente?

—A no ser que me tome vd. por un fac-símile. ¡Pero qué extraña pregunta!

—Vd. perdone, pero acabo de encontrar á R.... y me ha dicho llorando que se habia vd. dado un pistoletazo esta mañana.

—¡Gran Dios! ¡qué horror! yo creo que voy á desmayarme; ¡un pistoletazo! ¡estoy loca! ¿y por qué habia de cometer esa tontería?

—Pues bien, mi hermosa X......, él temia mucho que fuese por causa suya.

—¡Oh! mire vd. qué modesto es el caballerito!.... Pues no es mucho lo que se estima para creer que se hagan esas tragedias del tiempo de Valero por sus bellos ojos...... Déjeme vd. reir á mi gusto; voy á llamar á mamá y á mis hermanos para que rian tambien......

La mamá y las otras chicas vinieron, la historia les pareció originalísima, y yo mandé á un criado á decir al desesperado pollo que no tomara resoluciones terribles, pues X...... estaba mas contenta, mas llena de salud y mas linda que nunca.

Otro chasco por el estilo pasó despues á P. M. J., precioso *lion* de treinta y ocho abriles, que se ha obstinado en hacer el papel de galan jóven, á pesar de su calva, que denuncia la entrada del otoño.

Amaba á Z......, heredera poco notable por su belleza, y que ya un poco ajada y próxima á entrar en la *cotorrud* (neologismo precioso que ha introducido Peredo) habia correspondido á P. M. J., como un náufrago que se agarra de una tabla cualquiera. P. M. J. se creia adorado; pero he aquí que un licenciado jóven, guapo y de muchas esperanzas (por las muchas picardías que á su edad ha llevado á cabo), se hace presentar en la casa de la cotorra, escribe unos versos detestables en su álbum, le dice que es una *jóven encantadora*, y en el primer baile que hay, se lanza con ella en los furores del wals y en las voluptuosidades de la danza, y le oprime el talle, y le dice mil requiebros, y le confiesa su amor, que si no es correspondido, solo se aliviará con un pistoletazo.

La cotorra, que ya tiene dos dientes pegados con oro, y que encontraba á P. M. J. un poco viejo, un poco pobre, un poco feo, un poco calvo y un poco ridículo, se decide por el nuevo partido, y comienza á emplear el desden con su antiguo amante. Este, exigente y orgulloso, fiado en sus dotes físicas responde del mismo modo, las pláticas por el balcon escasean, cuéntase al desdichado que un jóven de gran cadena de oro va con frecuencia á la casa; entonces nuestro *obstinado galan jóven* pide explicaciones, no se las dan, y acaba por exigir sus cartas, etc., mandando las de la cotorra con su retrato, cacadenita de pelo, pañuelos y flores. La *cotorra* para completar la farsa, finge desesperarse y envia al gallo sus *recuerdos*, pero diciéndole que es un ingrato y que su conducta le va á causar la muerte.

P. M. J......corre á la Concordia, á la peluquería, al Paseo, al teatro, y cuenta á sus amigos que su ex-novia debe suicidarse uno de estos dias, y los empeña para que le procuren una reconciliacion á fin de salvar la vida de tan interesante jóven.

Pero hé aquí que dos dias despues sabe que el señor licenciadito pide la mano de la jamona y que se la dan, con lo cual no ha quedado al *gallo* otro recurso que el de decir que *ese era el suicidio de que él hablaba.*

Quién sabe quiénes mas se estén suicidando á estas horas, y procuraremos tener al corriente á nuestros lectores, para que se edifiquen con semejantes ocurrencias.

El dia 2 de Enero de este año comenzó á publicarse en Mérida un Semanario de literatura con el título de *Biblioteca de señoritas*, del cual son redactores los Sres. D. Darío Manuera, D. Francisco Sosa y D. J. García Montero, tres jóvenes yucatecos de brillante talento y que se hallan dotados de un noble entusiasmo por las bellas letras. Los artículos y poesías que han comenzado á salir, son notables y dignos de reproducirse. Es verdaderamente raro que de todas las grandes ciudades de la República, solo Mérida y Veracruz presenten el ejemplo de un movimiento literario igual al de México. Damos por ello el parabien á nuestros colegas de Yucatan.

A estas horas debe haber visto la luz pública el primer número de *L'Indépendant*, periódico quin-

cenal que contendrá revistas políticas, literarias y comerciales, hechas con el objeto de remitirse á Europa. Su redactor es el baron Gustavo Gosdawa de Gostkowski, escritor elegantísimo que ya se ha hecho conocer en nuestro país por numerosos artículos políticos y literarios, que han sido apreciados debidamente. Estos últimos han llevado esta firma: *Nemo*. Gosdawa reune á un gran talento, una instruccion vasta, un conocimiento de los sucesos europeos y de los hombres de aquella region que pocos tienen, y unos principios liberales avanzados. Su calidad de polaco le permite ser imparcial respecto de nuestras cosas, y su amor á la América le hace ver nuestros acontecimientos á la luz de una sana filosofía. Creemos que su periódico está llamado á dar una verdadera idea de nuestras cosas y de nuestros hombres.

El juéves en la noche y en el gran teatro Nacional se presentó por primera vez en la escena el jóven actor D. Manuel Estrada, haciendo el papel de *Andrés Roswein* en el drama de Feuillet intitulado *Dálila;* papel que mas bien que para un *debutante* es para un actor de fuerza. Sin embargo, Manuel Estrada salió airoso en su desempeño y obtuvo numerosos y repetidos aplausos, siendo llamado á la escena por el público varias veces. El jóven Estrada, por su buena figura, por su excelente educacion y exquisitas maneras, así como por su talento y su vocacion para el teatro, tiene un gran porvenir. La noche de su estreno oimos decir á experimentados y distinguidos actores, que ellos á los tres años de representar, aun no podian hacerlo como este *debutante;* confesion que les honra sobremanera. Estrada es discípulo del distinguido actor español D. Manuel Ossorio, á quien pertenece por completo la gloria de haber hecho nacer esta nueva esperanza para la escena mexicana. El célebre actor D. José Valero, presidente del Conservatorio dramático mexicano, fué quien dió el diploma de alumno al jóven Estrada, y este patrocinio de dos artistas notables es de feliz agüero para nuestro querido compatriota.

La Srita. Ana Cejudo estuvo en su papel de *Leonora* admirable, y nos complacemos en confesarlo, para honra de esta amable y estudiosa actriz. En cuanto á lo demas de la funcion, toca describirlo á nuestro cronista Manuel Peredo, que prepara ya una de sus mas sabrosas revistas.

No hace muchos dias que el Presidente de la República, que lo es tambien de la Sociedad Lancasteriana, inauguró tres escuelas de niños con que la mencionada Sociedad ha aumentado el número de los establecimientos de enseñanza que ya mantiene en México. Se han bautizado estos nuevos planteles para la juventud con los nombres de *Libertad*, *Igualdad*, *Fraternidad*, hermosos nombres que son como númenes tutelares para la niñez del pueblo.

Innegable es que en esta época la enseñanza pública toma un incremento que no puede menos que darnos grandes esperanzas.

Otra Sociedad benéfica ha establecido un colegio profesional para señoritas, en la calle del Puente de Jesus María, bajo la direccion de la señorita Dª Dolores Prieto. En este colegio, y por la módica retribucion de tres pesos mensuales, una niña puede adquirir diversos y sólidos conocimientos, pudiendo en pocos años ser á su vez una profesora, ó tener con sus talentos un recurso para vivir con facilidad. Este instituto no puede ser mas útil, y él viene á llenar una necesidad que se hacia sentir en México, en donde la educacion de la mujer está bastante descuidada.

No habiamos hablado en nuestra crónica pasada de un acontecimiento que merece ser conocido; pero quisimos dejar ese asunto para hoy.

Se trata de la apertura de una cátedra de Historia de México, por el sabio D. Manuel Orozco y Berra.

Un poco antes, varios amigos manifestamos al Sr. Orozco el deseo que teniamos de que muchos acontecimientos de nuestra historia nacional se pusieran en claro, se estudiaran, se revelaran en toda su verdad.

Ademas, le expresamos la pena que nos causaba ver que en el extranjero, agotadas como están las indagaciones de toda especie que se han hecho sobre los pueblos antiguos del Egipto, de la India, etc., la atencion de los sabios se hubiese fijado en las antiguas naciones civilizadas de la América, emprendiéndose trabajos de grande importancia, sin que nosotros, que somos los mas interesados, hiciésemos mayor aprecio de nuestros monumentos históricos. Que él, que era uno de los pocos escritores mexicanos que se habian consagrado al estudio de la historia de nuestro país, debia proseguir sus valiosos trabajos, siquiera para mostrar que no necesitamos ir al extanjero á estudiar nuestras cosas, y para legarnos ese tesoro de conocimientos que ha sido el fruto de largos años de consagracion.

El Sr. Orozco, con su benevolencia acostumbrada, nos dijo que estaba dispuesto á comunicarnos sus ideas y sus observaciones sobre la historia de México, y que para hacer metódico este estudio, abriria una cátedra para todos los que quisiesen concurrir.

Semejante noticia nos alegró sobremanera, y agradecimos al Sr. Orozco su excelente disposicion para trabajar en favor nuestro, tanto mas, cuanto que generoso hasta el exceso, y hallándose en una situacion angustiada, se negó obstinadamente á aceptar ninguna retribucion, diciéndonos que estaba recompensado con el placer que sentia en consagrarse á estudios que le habian sido siempre gratos.

Las lecciones, que son orales, se dan los domingos por la tarde, y duran desde las tres hasta las seis. Por supuesto, la historia que allí se estudia no

es la historia para los niños, sino la historia crítica, el estudio elevado, con el exámen de cuantas autoridades, monumentos y opiniones hay en el mundo, sobre los acontecimientos de nuestro país. Por fortuna la biblioteca del Sr. Orozco es un tesoro inapreciable que satisface á todas estas exigencias, de modo que nada se dice sin que no pueda consultarse inmediatamente, y como el maestro no ha querido que sus opiniones se acepten ciegamente, se admite la discusion y se responde á todas las observaciones.

El Sr. Orozco en la primera leccion examinó diversos sistemas históricos ó diferentes modos de juzgar la ciencia histórica, por ejemplo, el de Vico, por ejemplo el de Schlegel, despues de analizar los cuales, estableció el que en su concepto era mas razonable, sin apegarse fanáticamente á ninguno de los mencionados.

De esto puede inferirse que verdaderamente su estudio puede llamarse *Historia de la civilizacion en México,* lo cual abraza una esfera mas ancha que la simple narracion de los sucesos.

El Sr. Orozco ha dividido esta historia en tres épocas, á saber: la antigua, que concluye hasta la conquista de México por los españoles; la media, que concluye en 1821, y la moderna, que llega hasta los tiempos presentes.

La segunda leccion ha sido notabilísima por su profunda y vasta doctrina, por las opiniones del maestro sobre las razas primitivas y anteriores á la *tolteca,* por la luz que ellas derraman sobre esa era desconocida, pero que puede juzgarse por sus grandiosos monumentos, y que se puede llamar *era palencana,* y en fin, por sus observaciones sobre las magníficas ruinas que aun se ven en nuestras regiones del Norte, del Oriente y del Centro.

Estamos seguros de que los sabios arqueólogos europeos de mas nombre no se habrian desdeñado de asistir á esta leccion, que ha sido para nosotros un mundo de revelaciones.

En la leccion siguiente vamos á hacer el estudio del *Códice Mendocino,* valiéndonos de la coleccion magnífica de Lord Kinsborough, tan apreciable y rara.

Nosotros quisiéramos que un triple número de los discípulos actuales asistieran á estas sábias lecciones, que, no lo dudamos, van á tener una gran trascendencia en nuestra literatura histórica.

Hay algo mas para los jóvenes estudiosos de México que hacer versitos y novelas. Hay la historia, que nos brinda con sus ricos tesoros desconocidos, y que cuando se exploten enriquecerán al mundo, como le han enriquecido los metales de nuestras minas.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

DELIRIOS.

¿Sabeis lo que es tener fija la mente
En un mundo sin dicha ni esperanza,
Sintiendo arder con el dolor la frente
Al contemplar un bien que no se alcanza?

¿Habeis contado las pesadas horas
Que largas son al que el pesar oprime,
Mirando de ilusiones seductoras
La luz lejana al que entre duelos gime?

Pues yo he sentido ese dolor terrible,
Y entre las sombras de una noche oscura,
Un mundo ví de dichas, imposible,
De placeres, de amor y de hermosura.

En óptica fugaz pasar veia
Cien ilusiones como el cielo bellas,
Entre las luces de un brillante dia
O al pálido fulgor de las estrellas.

Entre una selva, música lejana
De un ruiseñor acompañaba el trino,
Saludando á la espléndida mañana
Que brillaba en el cielo diamantino;

Montes, flores, magnífica verdura,
Arroyos cristalinos, frescas brisas
Que remedaban sobre el agua pura
Suspiros, gritos, juguetonas risas;

Despues la luna, pálida y hermosa
Surgía lentamente de los mares,
Como una ondina blanca y misteriosa,
¡Faro de amor, consuelo en los pesares!

Ya era un palacio con murallas de oro
O una llanura fresca y perfumada,
O ya el divino y armonioso coro
Que solo Dios escucha en su morada.

Ví levantarse la rosada aurora,
Subir el sol, altivo en su carrera,
Y el hondo espacio que su luz colora
Un mar de luces y arreboles era.

Músicas, bailes, plácidos amores,
Y mujeres de mágica hermosura,
Gallardos y amorosos trovadores
Cantándoles su amor y su ventura;

Del mar tranquilo la apacible calma,
De la estrella de amor la luz serena,
En el desierto la flexible palma
Y el tibio rayo de la luna en llena....

¡Ah! murmuré con sofocado aliento;
¿Quién encadena mi ambicion gigante?
Poder quisiera atravesar el viento
Y una emocion sentir á cada instante.

Quiero algo grande que mi sér conmueva;
Mi razon se consume en esta calma;
Gozar una ilusion, mas siempre nueva,
Para arrojar este sopor del alma....

Del agitado mar las roncas olas
A mi voz con sus quejas respondieron;
Mientras.... luché con mi delirio á solas,
Y una á una las horas se perdieron.

Salió la aurora en el rosado Oriente,
Y al disiparse de la noche el velo,
Volvió la calma á mi abrasada frente
La suave luz que iluminaba el cielo.

Veracruz, Junio 14 de 1864.

SOLEDAD MANERO.

MARÍA ANA

HISTORIA DE UN LOCO

DIARIO DE DON ALVARO*

PRIMERA PARTE

EL PAÑUELO ENSANGRENTADO

CAPÍTULO I

Un Baile en Tullerías.

Las ocho de la noche acaban de sonar en los relojes inmediatos. Una multitud inmensa se estaciona á lo largo de las arcadas de la calle de *Rívoli*, viendo desfilar los coches que desembocando de la calle de *Castiglione*, se dirigen al palacio de Tullerías, entrando por la plaza del *Carrousel*.

La Emperatriz da una de las reuniones del lúnes, y recibe esa noche dos mil invitados.

Con el órden admirable con que se hace en Paris todo lo que está sometido á la accion de la policía, van los carruajes desfilando uno en pos de otro. Solamente los pertenecientes á los miembros del cuerpo diplomático extranjero, y cuyos cocheros van provistos del *laisser-passer* del prefecto de policía, tienen el derecho de adelantarse en su marcha á los demas.

Dejando á la izquierda la arcada de la calle de *Rívoli*, y á la derecha la verja de fierro del jardin de las Tullerías, en cuyos desnudos árboles silba un viento frio, los carruajes de los diplomáticos extranjeros van á detenerse en el pabellon del Reloj, al pié de una pequeña escalera, que conduce á las habitaciones de la Emperatriz.

En el vestíbulo se agrupan los lacayos, que esperarán allí hasta la salida de sus amos.

Subiendo por la *pequeña escalera* nos encontramos en el *Salon del Trono*, reservado al cuerpo diplomático, mientras que el inmenso de *los Mariscales* se va poblando con los demas invitados que han entrado por la *gran escalera*.

En ambas, y en los corredores exteriores, se ven de distancia en distancia y haciendo centinela los *cien guardias*, con su brillante uniforme de gala, y el casco de plata en la cabeza. Mudos, inmóbiles, parecen estátuas colocadas allí.

En el primer salon, cubiertos de bordados y cuajado el pecho de condecoraciones, están de pié los embajadores, ministros y secretarios. Con ellos, y entre oleadas de encajes y deslumbrantes de pedrería, están sus señoras. Entre todas sobresale por su elegancia y su gracia la princesa de Metternich, como entre cuadros mil sobresale uno de Diaz, por la expresion y el colorido.

Envueltos en sus blancos caftanes están los embajadores de Marruecos, de alta estatura, anchos hombros, fisonomía aguileña, color aceitunado y larga y poblada barba negra, perfumada al uso oriental.

Los turcos visten de uniforme á la francesa, con el sable corvo ceñido en vez de espadin, y reemplazando el sombrero de tres picos con el gorro griego de color rojo. Los persas, con trage tambien europeo, no usan mas distintivo que el sable como aquellos y el gorro puntiagudo de Astrakan.

En la *sala de los Mariscales*, inmenso salon en que están los bustos de mármol blanco de los guerreros mas célebres de Francia, hay ya reunidos mil y quinientos invitados, hermosas mujeres elegantemente vestidas, empleados civiles, militares del ejército y de la guardia nacional, paisanos, todos de uniforme; aquellos con los de sus empleos ó grados, estos con la casaca y el calzon corto de terciopelo, el sombrero montado y el espadin.

De repente el bullicio se aumenta en los salones, los cuchicheos se multiplican, todos quieren ocupar las primeras filas como deseosos de ver algo que va á pasar.

Una voz resuena, que repetida por los ugieres, domina el ruido, y á cuyo eco todo el mundo guarda silencio.

Es la del duque de Cambacérès, gran maestro de ceremonias, que anuncia:

—¡El emperador!

Napoleon III aparece dando el brazo á la Emperatriz y seguido de toda su corte: prefectos del palacio, edecanes, oficiales de órdenes, chambelanes, grandes dignatarios del Estado. El cortejo va precedido por el gran maestro de ceremonias.

El Emperador lleva el uniforme de general con el gran cordon de la Legion de Honor, calzon corto, medias de seda y espada al lado.

La Emperatriz, bella como un ángel, lleva un vestido de *cola* de una tela blanca y vaporosa, con adornos azul claro y manto de raso del mismo color; una diadema de brillantes ciñe sus sienes.

Ambos se detienen en la sala del Trono. Allí cada embajador ó ministro presenta á sus nacionales.

Safvet-Pachá, embajador de la Sublime Puerta, se inclina ante el Emperador.

Delante, bella como la Haydé de Child Harold, está una mujer. Si es oriental, sus ojos son la entrada del Paraíso que ofrece Mahoma á los creyentes. Su boca es roja como la flor del granado. Su tez tiene la frescura de las rosas de Jericó. Su perfil es de una hija de Atenas; su busto el de una andaluza; su talle el de una peri ó una hada.

—Sire, presento á V. M. á la esposa de uno de los ricos banqueros de Pera, dice Safvet-Pachá.

Napoleon III, gran apreciador de la belleza femenina, como Luis XIV, se sintió fascinado desde luego por aquella beldad; pero encerrando su emocion en el fondo de su pecho y dirigiendo á otra parte la mirada apagada de sus ojos azules, balbuceó algunas frases galantes y siguió adelante.

* El autor coordinó á su modo los apuntes de D. Alvaro; perdone el lector si con esto pierden en sentimiento.

A su turno, la Emperatriz saludó ligeramente á la extranjera, presintiendo tal vez en ella una nueva rival en el corazon de su esposo.

El Emperador, la Emperatriz y la corte cruzaron por la *galería de la Paz*, y entrando en la sala de *los Mariscales*, ocuparon el estrado, á cuyo lado tomaron asiento los embajadores y los ministros extranjeros en favor, y sus señoras.

Entonces las dos orquestas dirigidas por Strauss y Waldteuffell, colocadas en el *salon de la Paz* esta, y aquella en el de *los Mariscales*, dan la señal de comenzar el baile.

Mientras que todos se precipitan á él, en el alfeizar de una ventana, frente al Emperador, fijos los ojos en este, se encuentra un hombre.

De elevada estatura y ancho de hombros; tez pálida y espaciosa frente, donde resplandecen la inteligencia, la meditacion y la energía; larga barba negra; ojos de fuego; manos y piés pequeños; aquel hombre lleva sobre la casaca bordada la cruz roja de los caballeros de Santiago, y respira toda su persona un aire de distincion perfecta.

Otro hombre se le acerca, y estrechándole la mano de un modo particular, exclama en voz apenas perceptible:

—« *Veritas.* »

—«*Labor,*» replica su interlocutor fijando en él su mirada límpida y profunda.

—«*Unitas,*» contesta el otro.

—Acabo de entrar en el baile, Maestro, continúa. Me dicen que *la Abuela* ha sido presentada esta noche al Emperador.

—Ella reemplazará á Margarita Bellangé en su corazon, y ejercerá mas influencia en el árbitro de la Europa, que la misma Eugenia.

—Sea para provecho nuestro.

—Los tiempos que corren son malos, y es necesario emplear todos los medios. El Imperio de México, que ahora se levanta, vendrá abajo; la Union americana triunfará de los confederados; el Austria, nuestro mas firme apoyo, pudiera ser vencida por la Prusia en la próxima lucha que *la Orden* está preparando; en España Isabel trata de reconocer al *Re-Galantuomo* como Rey de Italia, y este está en camino para Roma.

—Roma jamás será de los italianos.

—Roma y el Papa son de *la Orden;* pero ya estuvo Pio IX en Gaeta.

—Dios impedirá que vuelva.

—La demagogia es el Dios de la época.

—En pos vendrá la reaccion.

—Sí. Los tiempos de prueba pasan. El catolicismo es y será el señor del universo, y la monarquía su compañera inseparable. Los Estados-Unidos, esa república gigante que hoy antes de concluir su guerra civil desafía á la Europa y es la mas bella esperanza de los republicanos del universo, antes de medio siglo estará gobernada por un rey. *La Orden* trabaja y gana terreno diariamente allí.

Si Napoleon III llega á ser nuestro, y lo será; si en España derribamos antes de dos años á Isabel, y coloca *la Orden* allí gentes adictas; si el Austria por nuestros consejos vence al protestantismo con la Prusia; entonces Francia, España y Austria serán la vanguardia nuestra en el viejo mundo.

—La primera piedra está colocada. *La Abuela* hará lo que quiera de Napoleon III.

—¡*Frailty thy name is woman!* dijo un gran poeta; quién sabe lo que hará *la Abuela.*

—*La Abuela* no es una mujer, es un demonio con formas de ángel.

El de la barba negra suspiró y nada contestó.

Cerca de la media noche, el Emperador, dando el brazo á la Emperatriz, se dirigió recorriendo los salones á la *galería de Diana*, donde estaba servida la cena.

Con los soberanos cenan de pié, como ellos, los embajadores, ministros y secretarios extranjeros, y sus señoras.

Del brazo de Safvet-Pachá penetró la extranjera que ha sido designada con el nombre de *la Abuela*, en *la galería de Diana.*

El caballero de Santiago sonrió al verla pasar, y murmuró:

—Los hijos del Profeta trabajan tambien por *la Orden.*

Al concluir la cena, el Emperador y la Emperatriz se retiraron á sus habitaciones.

Al recogerse en su lecho Napoleon III, llamó al general Fleury y tuvo con él una conversacion secreta, que duró media hora, y que veremos en los capítulos siguientes.

Entretanto el baile continuó con furor hasta el amanecer.

GONZALO A. ESTEVA.

(*Continuará.*)

EN EL RESTABLECIMIENTO DE LA SALUD

DE LA MUY APRECIABLE SEÑORA

DOÑA CLARA CALVO DE MORAN.

Como Eva en el jardin de las delicias
Te ví gallarda y de hermosura llena
Gozando de los tuyos las caricias.

Mas ¡ay! que de repente la azucena
Y el carmin de tu rostro vi cubiertos
De extraña palidez, con honda pena.

En tus ojos hallé presagios ciertos
De que en la flor de tus serenos dias
A la region pasáras de los muertos.

Se amargaron las dulces alegrías
Que á todos nos causaba tu presencia
Muy mas grata que el fuego en noches frias.

De tu mal se agravaba la dolencia;
El corazon helábase en tu pecho,
Y era vano el conjuro de la ciencia.

Cual blanco lirio en temporal deshecho,
Tuerce el cuello y se agosta, así tu frente
Lánguida se inclinó en tu triste lecho.

Y de tus labios de coral luciente
La sonrisa que de ellos fué decoro
Se apagó como el sol en Occidente.

Sus alas plegó el céfiro sonoro
Que jugando en tus frescos corredores
Soltaba en rizos tu madeja de oro.

Y en boton marchitáronse las flores
Al ver postrada á la gentil señora,
Dueña de sus perfumes y colores.

Y las aves que al rayo de la aurora
Te saludaban con su dulce canto,
Mudas cruzan tus pórticos ahora.

Y el esposo de quien eres encanto,
Las prendas de tu amor, y cada amigo
Por tí gemian con mortal quebranto.

Envueltos en tinieblas por castigo,
Como en noche sin luna y sin estrellas,
Quedábamos llorando sin abrigo.

Pero entrada el Señor á las querellas
Dió en su oido escuchando los clamores
De los que oraban á sus plantas bellas.

Las sombras del sepulcro y sus horrores
Se disiparon cual la niebla oscura
Al despuntar del alba los fulgores.

El cielo de San Angel la frescura
De la rosa y jazmin á tus mejillas
Volvió y la gracia y tu sin par dulzura.

Humildes y en la tierra de rodillas,
Cantemos al Señor himnos de gloria
Adorando sus altas maravillas.

Perpetuemos por siempre su victoria
Quemando sin cesar incienso en la ara
Consagrada en el templo á su memoria:
¡Bendito al que la vida tornó á Clara!

José Sebastian Segura.

México, Octubre 10 de 1868.

REVISTA

DE ALMACENES Y DE MODAS.

II.

Tenéisme aquí, lectoras, por la segunda vez, tan empeñoso y bien dispuesto como en la primera, y mas que en ella ajeno de la pretension de alcanzar un fin tan deseado.

No ha sido poco lo perplejo y lo vacilante que me he visto sobre tratar, brevísimamente por lo menos, ó sobre hacer punto omiso de una cuestion, que con parecer muy fútil, es sin embargo importantísima, y que agitada casi en todos tiempos, ha vuelto á renovarse con las mismas dificultades, con la imposibilidad misma de una solucion absoluta que presentan las cuestiones sociales.

He querido hablaros del lujo, y he asentado lo de perplejo y vacilante por la razon sencilla de que la tal cuestion, relacionada con otras sobrado espinosas por sí solas, tiene aspectos muy variados para que pueda ser convenientemente tratada en una revista de modas simple y humilde, y mas aún cuando esta ha sido escrita por quien, como vuestro admirador, es incapaz aun para esas revistas, por mas simples y humildes que pudieran serlo.

Á propósito del lujo, podria comunicaros la opinion de alguno de los padres de la Iglesia, pudiera copiaros algun trozo de célebres historiadores de la decadencia romana, ó algunos versículos del Nuevo Testamento; me seria mas fácil aún recomendaros la lectura de una obra del jurisconsulto frances Mr. Dupin, y apoyarla, en fin, en varias disposiciones pontificias, entre las cuales se puede ver una muy reciente. La imparcialidad, en cambio, exigiria que no omitiese las contestaciones que se dieron á la obra del jurisconsulto frances, y que terminase con apuntaros las doctrinas de una multitud de economistas modernos, que os enseñarian que el lujo es el consumo, el consumo la riqueza, y esta la prosperidad de una nacion.

¿Pero creeis que despues de todo ello habríais adelantado algo que no fuese un entretenimiento? Yo tengo para mí que así seria, porque me parece que es muy aventurada una solucion absoluta para terminar cuestiones como esta. Consideradla en un sentido moral únicamente, y tal vez os parezca necesario cubriros con el botánico ó zoológico trage del tiempo primitivo; vedla del modo opuesto, y poco será que echeis al fuego por la tarde el opulento traje con el que os habeis engalanado en la mañana.

No seré yo por cierto el que pretenda daros en este punto una opinion segura, cuando, por el contrario, me he empeñado en presentárosle lleno de dificultades. Yo me conformaré con deciros: dejaos guiar por vuestra conciencia de madres, de esposas y de hijas, venerad á vuestros padres, vivid en vuestros maridos, alentad únicamente para vuestros hijos, y estad persuadidas de que sin que el individuo se mire en la miseria, sin que la nacion empobrezca, y sin que deje de existir el mundo, mejorará socialmente, y vosotras vivireis satisfechas y contentas como pudiera estarlo, á ser posible, el menudo grano de arena del dique que contiene la destructora invasion de un océano.

Podrá pareceros una inconsecuencia el que despues de aprovechar el tiempo de cuaresma para daros el anterior saludable consejo, propóngame en seguida hablaros algo de oro y de diamantes á propósito de una visita á la joyería del Sr. Baulot.—(Plateros 10.)

«El oro es el sueño del mundo,» ha dicho mi amigo J. Sierra en las columnas de este Semanario.

Plinio el naturalista aseguraba, hablando del primero que hizo uso del oro, «*que ninguno ha hecho á la humanidad un daño semejante.*»

¿A quién daremos la razon, á la «Historia natural» del siglo primero, ó al «Cristal de Bohemia» del venturoso siglo diez y nueve? Bohemio el mismo Justo, y poeta por añadidura, ó mas bien bohemio en consecuencia de poeta, ha colocado á pesar de ello la cuestion en un terreno que le da todas las ventajas, y hará que cualquiera exclame:—«¡Viva el oro!»

Si hemos de dar crédito á la Fábula, la primera joya fué un fragmento de la roca del Cáucaso donde estuvo ligado Prometeo, fragmento que se engastó en un anillo de hierro. De los griegos, los anillos pasaron á los romanos, como tantas otras cosas, y fueron usados, mas bien que como adorno, como una distincion del órden ecuestre. Poco significaria de lo contrario, hoy que todo el mundo los usa, el envío de tres modios llenos con los anillos, que habia arrancado de los dedos de los caballeros vencidos en la batalla de Cannas.

Apenas podreis creer que el modesto anillo, forma probablemente la primera de las joyas, haya venido á convertirse en las mil preciosidades que existen en la casa del Sr. Baulot.

Y os diré desde luego que el almacen mismo es una joya, por la elegancia y delicadeza del ornato, así como por el órden perfecto y armonioso con que se ven distribuidos los objetos.

Vereis allí zarcillos, y medallones, y relojes, y prendedores, y pulseras de formas excéntricas y caprichosas, pero de un gusto casi siempre irreprochable. Podrá ser que mireis un magnífico aderezo de oro y de diamantes perfectamente montados, ú otro no menos bello tambien de diamantes sobre plata. ¿Os agradan las perlas? Un solo collar con cuarenta y nueve de ellas y una gran calabacilla, reunidas todas de aquí y de allá para dar al todo esa regularidad de proporciones que constituye gran parte del valor de objetos semejantes; ese solo collar, pues, será suficiente para llenar vuestros deseos. Es verdad que entre los tres aderezos reunen el precio muy redondo de veinte mil pesos; pero por esa razon no compran joyas tan valiosas sino aquellos que son suficientemente ricos para pagar esas costosas vanidades.

Encontrareis tambien en la casa del Sr. Baulot otros mil objetos de exquisito gusto; relojes de mesa, candelabros, lámparas, espejos, y servicios de mesa de la acreditada fábrica «Cristofle y C^{a},» que disfruta de una fama tan merecida como universal.

Vereis, en suma, tanto como yo he mirado, y como yo, direis que es imposible el diario de viaje por esa comarca del reino de la Moda.

Y permitidme ahora que termine con la descripcion de algunos de los últimos trages que Celina ha compuesto para algunas elegantes señoras de la capital.

Es el primero de *moiré antique* negro, adornado con un olan encañonado, negro tambien, formando *cabeza*, segun un tecnicismo que no pretenderé explicaros; un largo fleco con azabache, y un abuchado de *crevé* á la *vieja*, en forma de delantal. El talle liso y montante, con una especie de estola afirmada con el cinturon de raso negro, teniendo por detrás un gran lazo sin adornos. El trage descrito es muy propio para la iglesia, aun cuando por su color y forma pueda servir con propiedad para otros usos muy variados.

El segundo vestido es de *chiné* gris claro, adornado con un olan gros verde, orlado con un fleco de seda tambien verde. *Sobrevest* recogido en forma *canastilla* (panier), con adornos del mismo género que los de la falda. Corpiño abierto con vuelta y mangas á la Pompadour, terminadas por un olan plegado al puño y adornado con blonda. Este trage, completado por un peinado correspondiente, es uno de los mas propios para visita ó para una comida elegante.

Quiero terminar esta revista con la descripcion de un vestido enviado por la casa de Worth, una de las mas acreditadas en el extranjero, para la señora de G., dos de cuyos trages tuve el gusto de describiros en mi pasada revista.

El trage era de gros plata muy claro, sembrado de flores *brochées* muy menudas. La enagua ó falda formaba por el frente un delantal gros verde con un olan del mismo. Liso por detrás, tenia á los lados unos grandes y elegantes lazos verdes. Talle alto, con adorno igual al de la falda. Cinturon angosto con un ancho lazo por la parte posterior. Tal es, segun mis recuerdos, el vestido que si por mi pobre descripcion no os ha parecido muy hermoso, no debeis creer menos que lo era.

No tan elegante como los trages descritos, ha sido mi revista, que tengo el gusto de recomendar á vuestra benevolencia, siquiera para verme perdonado por vosotras.

MARTIN F. DE JAUREGUI.

EL SUICIDIO.

Los casos tan repetidos de suicidio que han acaecido últimamente, no causarian asombro en Inglaterra, en los Estados-Unidos ó en Paris; pero en México se hace sumamente notable esa funesta moda.

¿Será que la vida se va haciendo realmente insoportable?

¿Será que es tan contagioso el mal ejemplo, que hasta el mas malo de todos tiene secuaces?

¿O será que la moralidad anda ya en este pobre mundo mal parada é insuficiente?

La cuestion del suicidio todavía no se declara suficientemente discutida, y há lugar á votar.

Hay quien diga que nadie tiene derecho de quitarse lo que no le pertenece.

¿Nos pertenece ó no nuestra vida?

Hé aquí la única vez en que el hombre es su ladron, su juez y su verdugo, y en que son inseparables el pecado y la penitencia.

Todo el mundo existe para regalo del hombre: todos nosotros, aunque llorando á ratos, nos regalamos de lo lindo.

Solo el suicida dice «muchas gracias» y se va al otro barrio, como aquel que le jugó un buen chasco á su anfitrion, quedándose sin comer.

El suicidio y la medicina suelen emplear los mismos recursos: suprimir al enfermo.

El suicida cree haber agotado todos los medios, y recurre al de dejar de ser.

La medicina, cuando siente su cabeza caliente, desahucia, fiada en que la muerte hará el resto.

De manera, que la última receta es al enfermo lo que la pistola al suicida: el último remedio.

En el enfermo se acaba, por ejemplo, el pulso y luego la respiracion.

En el suicida se acaba la fé y luego la esperanza.

Para curar el cuerpo hay la ciencia, si la enfermedad es curable.

Para curar el alma hay la razon, si la enfermedad es un engaño ó un error.

Pero ni la ciencia libra de la muerte al que se ha de morir, ni la razon enferma se cura sola.

Resultando entonces de dos cosas muy grandes dos cosas muy chicas, ó lo que es lo mismo, la ciencia y la razon convertidas en dos palabras.

En el pleno goce de la razon, ¿quién persuade á otro de que debe matarse?

El que preguntara si se debia matar, daria una prueba de que no queria morir.

Por eso los suicidas se alzan, se bajan y se pierden solos. Es un soliloquio en que la razon se mete en un callejon sin salida, hasta encontrar la pistola.

Si los suicidas volvieran al mundo, no reincidirian, por mal que les fuera en la segunda época.

Ningun animal se suicida, excepto el hombre. El animal tiene un instinto de límite prescrito, y es siempre el mismo.

El hombre que piensa mucho y que tiene la pretension de saberlo todo, llega hasta pensar que no le sirve la vida, y tira esa cháchara al basurero.

El animal, como no piensa, jamas hace esa barbaridad.

El hombre ejecuta todas sus buenas acciones de modo que lo vean todos, y para delinquir se esconde; y como el suicidio es la última de las torpezas, de las debilidades y de los delitos, el hombre se esconde para matarse.

Y lo peor es que el hombre no se mata por esconderse de los demas, porque entonces le bastaria esconderse, sino que muere por esconderse de sí mismo.

El hombre se mata por amor y por dinero, y muy satisfecho de sí mismo, discurre así:

Fulana no me ama; luego debo volarme la tapa de los sesos.

Debo tanto, y tengo menos, luego debo matarme por saldo.

Fulana tiene un pié muy chico, y no me pertenece ni el pié ni Fulana, sino que le pertenece á mi vecino. Mi vecino es mas feliz que yo, razon por la cual no puedo ser mas feliz que él mañana. El pié es chico; luego no podré encontrar despues cien piés mas chicos. Fulana dice que no me ama...... luego es cierto, supuesto que no hay mujer que mienta; que no me ha de amar nunca: cierto; todas las mujeres pueden decir: «de esta agua no he de beber.»

Razones todas por las cuales llenaré de luto á los mios, supriméndome; despues de lo cual crecerá el pié de la vecina, y dirá: «¡pobre!» el primer dia.

El que se suicida por dinero se vuelve el mejor aritmético del mundo. Valgo como un millon y debo como otro millon. Si pago el millon que debo con el millon que tengo, me quedo pobre; y no obstante, soy millonario y estoy muy contento.

Otro dice: «debo tres millones mas de lo que tengo, que es uno y medio,» y agrega: «seria yo capaz de vivir cien años por no dejar de pagar mis deudas.» Hé aquí un hombre que vive porque sabe vivir; este no es de los que se matan.

Pero un pelagatos debe quinientos pesos, y en su vida las ha visto mas gordas, y el pelagatos dice entonces: «no puedo pagar; luego debo darme un balazo, porque de esta manera, si bien es cierto que no pago, es cierto que me muero, lo cual será un argumento para probar que tenia yo vergüenza;» conviccion que el suicida aprecia en quinientos pesos, pero no el acreedor.

Hé aquí un modo honroso de no pagar.

De lo que se infiere que el hombre puede jugar una mala pasada impunemente al pinto de la paloma, con tal de que se la juegue tambien á sí mismo; ó de otro modo, la droga endosada á la vida, ya no es droga.

La partida doble es la verdadera filosofía del siglo XIX. *Debe*, luego *haber; haber*, luego *debe*. Toda deuda supone indispensablemente un deudor y un acreedor. Suprímase al deudor y se suprimirá la deuda; esto es lícito.

Porque si suprime vd. al acreedor, la justicia da en que es vd. un criminal, y se encarga, despues de suprimido el deudor, de suprimir al acreedor, ó lo que es lo mismo, de suprimir la deuda, pero en regla.

Con solo que los suicidas por amor hicieran lo que los suicidas por dinero, hallarian la piedra filosofal, y quedarian nulos los primeros; porque supuesto que uno es el amante y otro es el hombre, y una es la mujer y otra es la amada, quedan en el suicidio por amor, cambiadas así las palabras: deudor el amante, acreedor la amada: suprímase á la amada, supuesto que la justicia lo permite, y queda suprimida la deuda, sin homicidio y sin suicidio, que es mas llano y mejor.

Pero hé aquí que el hombre no puede acabar de

llamarle á las cosas por sus nombres, y de ahí nacen tantas aberraciones.

Hombre y *amante*, *mujer* y *amada*.

¿De dónde inventan los suicidas que estas palabras son iguales? Mientras no aprendamos á llamar á las cosas por sus nombres, estamos en el *abc* de la vida, y seguiremos matándonos por equivocacion.

H. y M. deben mucho; pero H. se da un balazo, mientras que M. dice muy ufano que tiene mucho crédito: este sabe la cartilla y entiende de palabras. Aquel murió sin saber de la misa la media. Todo comerciante sabe que crédito es dinero, y seguro de este axioma, dice: debo, luego tengo: la torpeza consiste en decir: debo, luego debo. Eso está bueno para cuando no habia partida doble, para los tiempos de pan pan y vino vino, para los tiempos en que no se sabia leer.

Sabido es que todo el mundo lee, pero no todo el mundo sabe leer.

Todos los males de la vida nos vienen de este atraso en que vivimos con respecto á las palabras. Así, por ejemplo, lee vd. *robo*, *pillaje*, *escándalo*, *assesinato*, *crueldad*. No se asuste vd., no se escandalice vd.; todo eso no tiene nada de malo, y si vd. lo ve así, es porque no sabe leer unas cinco palabras que querian decir esto:

Operaciones de la revolucion de...... (tal parte) *por la sagrada causa de* (tal cosa).

¿Dónde está el horror y el escándalo?

En otra parte lee vd.: *espolio*, *gravámen*, *ruina*.

O no dice así, ó no sabe vd. leer.

Lea vd. *Contribucion sobre......* (tal cosa) ó *impuesto decretado en......* (tal fecha.) Ya ve vd. que la cosa cambia completamente.

De todo lo cual se deduce, que por adelantados que se nos juzgue en este siglo, los pocos males que nos quedan por extirpar subsisten porque no sabemos leer.

FACUNDO.

MI CORAZON Y MI ALMA.

A P.....

Sin darme cuenta vivia,
Y en la vida no pensando,
Ni gozaba ni sufria.
Dí con la experiencia un dia,
Y atajando
Mis pasos, hablóme así:
—«Cuando tu alma
De tu pecho se haya huido,
Búscala con fé, con calma;
¿No la hallas? eres perdido,
¿La encuentras? serás feliz.»

Me burlé de la experiencia;
Ya se sabe
Que la duda siempre cabe
Del hombre en la inexperiencia.
¡Ay, cuán breve
Aquella inocente duda
Castigó mi suerte aleve,
Cuando miré sorprendido
Y sin darme la razon,
Que mi alma se habia huido,
Y con ella el corazon!

Sin corazon y sin alma
Fuí muy desgraciado, y luego
Echéme á buscarlos ciego;
Siempre en vano!
Muchas mujeres hallaba
(Que mi alma buscaba allí),
Mas mis prendas no encontraba,
Y pensé al fin en morir.

Te ví un dia,
Tan pura como una vírgen,
Y mas que una vírgen bella.
Mi alegría
Fué tan grande al ver mis prendas
Y en otra prenda al hallarlas,
Que no acerté á recobrarlas.
Desde entonces ya en la calma
No pensé del ataúd,
Porque tú eras mi alma,
Mi corazon eras tú.

M. F. DE JÁUREGUI.

Febrero de 1869.

VIVIR ES LLORAR!

El niño interrumpe su juego inocente
Y va entre los otros el llanto á enjugar;
La jóven devora su lágrima ardiente,
Y ya con tristeza murmura doliente:
Vivir es llorar!

Los hombres lloramos, y llora el anciano....
?Quién hay que no tenga dolor que ocultar?
El mal es del mundo sangriento tirano,
Y apenas razona, murmura el humano:
Vivir es llorar!

El mismo deleite febril, palpitante,
En pos de sí lleva cansancio y pesar;
Nos quema del goce la llama incitante,
Y el pecho latiendo repite anhelante:
Vivir és llorar!

Moviendo las gasas que adornan la cuna,
Secando del jóven la flor sin rival,
Hiriendo del hombre la loca fortuna,
Del duelo repite la voz importuna:
Vivir es llorar!

LUIS PONCE.

Tulancingo, Febrero de 1869.



FERNANDO OROZCO Y BERRA.

FERNANDO OROZCO Y BERRA.

(Apuntes biográficos.)

Por su originalidad, por su profundo sentimiento, por su fogosa y brillante imaginacion, Fernando Orozco y Berra merece ocupar uno de los primeros lugares en el templo de la literatura mexicana. Meteoro fugaz, Orozco no hizo mas que cruzar nuestro espacio inundándole de luz, para apagarse rápidamente en las tinieblas de una muerte prematura, no sin dejar una huella esplendorosa que contemplamos todavía con amor y con admiracion.

El malogrado autor de *La guerra de treinta años* vivió poco; y justamente cuando daba mas esperanzas, cuando la juventud le sonreia acariciosa, haciéndole entrever horizontes sin límites, cuando su patria aplaudia con entusiasmo sus notables producciones, la muerte vino á herirle sin compasion y á romper esa lira de la que él supo arrancar tan poderosas y mágicas armonías.

Sin esta desgracia, Fernando Orozco sería hoy una de nuestras lumbreras literarias, y habria ya enriquecido el tesoro de las musas mexicanas con numerosas y exquisitas joyas, de mas valor sin duda que las que nos ha dejado y que ya son bastante preciosas. Su talento progresaba, como es natural, y se notaba en sus últimas obras, no solo que la inspiracion era mas robusta, sino que el estudio era mas concienzudo y mas ilustrado.

No nos hemos propuesto escribir ni una biografía ni un juicio crítico de las obras de Orozco y Berra, sino bosquejar ligeramente los sucesos de su vida y los rasgos de su carácter literario, á fin de que sobre este diseño vengan otros escritores á hacer el estudio verdadero, amplio y minucioso que se necesita.

Por otra parte, lo confesamos francamente, profesamos bastante cariño á la memoria del infortunado poeta para que pudiésemos ser imparciales en la crítica. Nos contentamos, pues, con publicar estos apuntes, á fin de que los trabajos de Orozco no queden olvidados, y con esto hacemos cuenta que depositamos una humilde flor en la modesta tumba del malogrado poeta.

Fernando Orozco nació en San Felipe del Obraje, pueblo del Estado de México, el dia 8 de Junio de 1822, y fueron sus padres D. Juan N. Orozco y Dª María del Cármen Berra.

Siendo niño aún, su familia se trasladó á México, y en el Seminario conciliar de esta ciudad, Fernando comenzó á estudiar el idioma latino á la edad de catorce años. Su profesor el Dr. D. Juan B. Ormaechea (despues obispo de Tulancingo), certifica en varios documentos que tenemos á la vista, la aplicacion de su discípulo, y elogia su talento y sus conocimientos en la lengua de Ciceron, manifestando que por estos motivos mereció sustentar una *oposicion brillante* en cada uno de sus cursos, que se concluyeron en 1837. Despues estudió Filosofía y dos años de Medicina, mereciendo tambien en sus exámenes honrosísimas calificaciones.

Al concluirse el segundo año de Medicina el padre de Orozco murió, y su familia quedó entonces á cargo del hijo mayor, el Sr. D. Manuel Orozco y Berra, bastante jóven todavía, pero que comenzó á trabajar para subvenir á las necesidades de sus hermanos. Vióse obligado con este motivo D. Manuel á trasladarse á Puebla, y D. Fernando tuvo que seguirle.

En esa ciudad concluyó sus estudios de Medicina el año de 1845, y comenzó á ejercer su profesion con notable acierto y aceptacion universal. Pero el jóven doctor se sentia inclinado decididamente á las bellas letras, y consagraba á ellas todas las horas que le dejaban desocupadas sus trabajos humanitarios. Poco importaba á Orozco la fortuna; y ademas, en su calidad de médico, por su absoluto desinteres, por su independencia de carácter y por sus costumbres originales, no hubiera podido jamás allegar riquezas, como otros muchos de sus compañeros. Los médicos que hacen versos *no hacen dinero.* Este es el hecho, y la causa de eso está en la organizacion especial de los poetas que, cualquiera que sea su profesion, se entregan á las dulces ilusiones de la gloria, sin hacer caso del oro y de las comodidades que él proporciona. Por otra parte, el vulgo necio cree á veces que la poesía no es compatible con la ciencia, como si la imaginacion, como si el sentimiento, como si las nobles aspiraciones del alma fuesen una venda puesta en los ojos del sabio, como si la Patología estuviese reñida con la sensibilidad, como si no se pudiese analizar un cadáver despues de haber saboreado un verso de Homero y de Virgilio, como si la rudeza en el estilo fuese una condicion indispensable para disertar sobre una enfermedad.

Como quiera que ello sea, y sin preocuparse con las opiniones del vulgo, Fernando Orozco dividió su tiempo mientras estuvo en Puebla, entre sus ocupaciones médicas y sus estudios literarios.

Ya habia publicado en varios periódicos, que recogian entonces las inspiraciones poéticas de la juventud, muchas composiciones que llamaron justamente la atencion por su dulce melancolía, por sus brillantes imágenes, y no pocas veces por sus atrevidas concepciones y por su vigor apasionado.

No parece, leyendo aquellas poesías, sino que Fernando entraba en el mundo con el corazon maltratado por precoces amarguras, ó entristecido por dolorosos presentimientos. El, como todos los verdaderos poetas, sentia su alma agobiada por un sufrimiento desconocido, pero no por eso menos punzante é inmenso. El, como todos esos cantores de los grandes sentimientos, poseia una organizacion delicada, privilegiada, y que por lo mismo estaba mas dispuesta al sufrimiento y á las penas, que no logran conmover á las organizaciones vulgares.

Orozco era un poeta lleno de dolor. Sus canciones parecen moduladas en el arpa de Byron ó en

el laud de Espronceda. Era la época en que reinaba la escuela romántica, y nuestro poeta pertenecia á ella; pero no por imitacion, sino por vocacion, porque sentia. No se nota en él ese amaneramiento que caracteriza desde luego á los que siguen un sistema cualquiera, no: cantaba el dolor porque el dolor era su númen, porque su alma, como una pitonisa desesperada, era presa de una agitacion irresistible, y hablaba cediendo á un impulso superior.

Esos versos, hoy dispersos en varios periódicos de literatura, y particularmente en el *Liceo mexicano*, pueden consultarse, y su lectura confirmará nuestro juicio, así como el conocimiento de los pesares que amargaron desde muy temprano la vida de Orozco, y que están en parte revelados por él en su hermosa y triste novela *La guerra de treinta años*.

Pero volviendo al órden cronológico que seguiamos, diremos: que en 1848 y 49 se fijó mas la atencion en el talento literario de Fernando, á consecuencia de la publicacion de un periódico teatral, que con el título de *El Entreacto*, comenzó á redactar en Puebla. Este periódico se repartia en el teatro en las noches de representacion, y las revistas dramáticas que contenia, y que indicaban un gran talento y una instruccion variada y sólida, eran objeto constante de curiosidad. Como á veces estas revistas estaban escritas en tono satírico y hacian alusiones picantes y epigramáticas, ocasionaron al crítico frecuentes disgustos con los actores y con otras personas apasionadas.

Por otra parte, como Orozco profesaba principios liberales avanzados, sus escritos causaban alarma en los espíritus mezquinos de aquellos gobernantes de Puebla, meticulosos y susceptibles, y que no admitian la libertad, si no era con todas las restricciones que acababan por confundirla con el despotismo.

Por esta razon Fernando, ya bastante entristecido con el recuerdo de sus desgraciados amores, acabó de exasperarse con estas contrariedades, y completamente hastiado en Puebla, se vino á México en busca de otro círculo, de otra atmósfera y de otros goces.

Aquí empezó á escribir en varios periódicos políticos, y sus primeros artículos aparecieron en el *Monitor Republicano*, en cuya redaccion permaneció algun tiempo.

Entonces fué cuando concluyó su novela *La guerra de treinta años*, que se publicó en la imprenta de García Torres en el año de 1850, en dos volúmenes en 4º con 343 y 338 páginas, llamando luego la atencion por las interesantes escenas que describia, y porque casi todos los personajes que en ellas se hacian aparecer con nombres disfrazados, vivian y eran conocidos en la sociedad mexicana y en la de Puebla.

Hemos procurado en otra parte (*) dar una idea de esta leyenda, notable por mas de un motivo, y hoy juzgamos á propósito reproducir la parte relativa.

«Despues de Payno, dice, hubo otro paréntesis, hasta que Fernando Orozco y Berra publicó su *Guerra de treinta años*, novela bellísima, original, escéptica, sentida, que respira voluptuosidad y tristeza, y que es la pintura fiel de las impresiones de un corazon corroido por el desengaño y por la duda, y que habia entrado en el mundo ávido de amor y de goces. Nosotros pondriamos por epígrafe al libro de Orozco, esta quintilla de Enrique Gil:

¡Ay del corazon del niño
Que se abrió sin vacilar,
Sin reserva y sin aliño,
Pidiendo al mundo cariño
Y no le pudo encontrar!

«La *Guerra de treinta años* es la historia de un corazon enfermo; pero es tambien la historia de todos los corazones apasionados y no comprendidos. Fernando Orozco fué muy desgraciado, murió jóven y repentinamente, poco despues de la publicacion de su novela, que es la historia de su vida. Los personajes que en ella retrata, vivian entonces, viven aún; y los jóvenes, á quienes su narracion interesó en alto grado, hacian romerías para ir á conocer á aquella ingrata Serafina, que fué la negra deidad de los amores del autor.

«Fernando Orozco tiene una extraña semejanza con Alfonso Karr, y hasta la forma loca y original de la *Guerra de treinta años*, es la misma que la de *Bajo los tilos*, de aquel, que segun la carta final, es tambien la historia de sus pesares. Leyendo ambas novelas, se sorprende uno de su analogía.»

Tenemos que hacer, con motivo de este párrafo, una rectificacion ó aclaracion importante. Hemos calificado de escéptica la novela de nuestro poeta, hemos dicho que el corazon de este se hallaba *corroido por la duda*. Hicimos mal en emplear estas palabras que se prestan á varias interpretaciones. No hemos querido hablar de *escepticismo* en materias religiosas. Se sabe que este sistema filosófico que se llama *Escepticismo*, y que nació en la Escuela de Pirron de Elea, consiste en dudar *de todo*, hasta de la existencia propia, de modo que el calificativo *escéptico* admite naturalmente toda la extension que quiera dársele.

Ahora bien: no debimos emplear, por esta razon, la palabra *escéptica* en general, al hablar de la novela de Orozco, ni haber repetido que el corazon de este se hallaba corroido por la duda, sin agregar luego una limitacion que era necesaria, pues tales como se hallan estas expresiones, manifiestan que, en nuestro concepto, Fernando Orozco *dudaba de todo*.

Nuestra intencion, y la expresamos mal, fué decir que el autor de la *Guerra de treinta años* dudaba de muchas cosas, como del amor, de la dicha, del desinterés, porque así aparece en su leyenda; de modo que es escéptico, pero no en todo, pues en

* Revistas Literarias de México.—Primera edicion, págs. 47 y 48.

principios religiosos hubiera sido temerario de nuestra parte asegurarlo.

Fernando Orozco era creyente, y en sus composiciones y en sus hechos lo demostró de una manera clara y terminante. Profesaba la moral cristiana, y aunque pensador libre y profundo, siempre dirigia sus plegarias como un incienso á la Divinidad. La buscaba en sus horas de tristeza, la bendecia al contemplar las maravillas de la creacion, esperaba en ella al pensar en lo perecedero de la vida humana, la amaba con toda la pureza de su corazon virtuoso y juvenil.

La duda de Orozco, hija de sus desengaños precoces, nunca traspasaba los límites de la tierra, nunca empañaba las miradas que se dirigian hácia el horizonte de la vida eterna.

Por lo demás, aun en medio de esas dudas dolorosas que anublaron su espíritu, habia algunos relámpagos de fé y de ternura. Supo amar, creyó alguna vez á la mujer, acarició sus ilusiones de jóven, y si llegó á desesperarse, fué cansado en ese trabajo de Sísifo que acabó por desalentarle y por hacerle ver en la mujer un monstruo de corrupcion y de perfidia.

En este desencanto Orozco no ha sido el único, y justamente los mas grandes poetas de la escuela romántica profesaban estos principios, quizás con menos razon. Ahí está Espronceda, ahí está Bermudez de Castro, ahí está nuestro Rodriguez Galvan, que gritaba en un arranque sublime de amargura:

«Vuélvete al cielo, amor;»

y ahí está Arróniz, que engañado por una mujer sin corazon, llegó á no creer en ninguna y trató de ahogar en su alma los puros afectos de su confiada juventud.

Fernando Orozco sufria con este vacío del alma, con esta soledad, con estos desengaños. Así se iba marchitando su existencia, y el trabajo del periodismo y las luchas políticas no eran bastantes á arrancarle de su penoso hastío. Su corazon estaba enfermo, agonizante; sus fuerzas tambien se acababan con el trabajo. Aquella organizacion robusta sucumbia.

Por fin, en el mes de Abril ó en el de Mayo de 1851 sufrió un ataque de pulmonía, que le llevó rápidamente al sepulcro en la flor de su edad. Escribia entonces en el *Siglo XIX* y vivia con el sueldo que le pagaba D. Ignacio Cumplido, editor de ese periódico.

Al morir dejó dispuesta para la imprenta la coleccion de sus poesías sueltas, que prestadas por su hermano D. Manuel á un amigo suyo, desaparecieron completamente.

Ademas de las obras mencionadas, de las cuales solo vieron la luz pública su novela «La Guerra de treinta años» y varias poesías y artículos políticos y literarios que aun no han sido coleccionados, debemos enumerar las siguientes, que existen en poder del Sr. D. Manuel:

La tienda de modas, comedia en tres actos y en verso. (Inédita.)

Tres patriotas, comedia en cuatro actos y en verso. México, 1850. (Inédita.)

Tres aspirantes, comedia en tres actos. Puebla, Julio 1º de 1848. (Inédita.)

Comedia en cinco actos (plagio). México, 1849. (Inédita.)

Amistad, comedia en cinco actos y en prosa. (Inédita.)

Una comedia en verso y sin título. (Inédita.)

El novio y el alojado. Orozco escribió esta comedia en union del Sr. D. Manuel María de Zamacona.

Artículos.—*Ensayo dramático.*—*La política.*—*El público.*—*Primeras impresiones.*—*Los beatos.*—*Costumbres provinciales* (artículo), *La China.*—Puebla, Mayo 20 de 1848. (Inédito.)

Ademas, dejó numerosos fragmentos de otros artículos, y entre ellos muchos apuntes para formar la historia del teatro en México, que contienen datos preciosísimos y que fueron recogidos en largos dias de laborioso estudio. Orozco pensaba hacer una obra formal y concienzuda sobre el teatro mexicano, y es lástima grande que la muerte le haya impedido llevar á cabo tan importante trabajo.

Hé aquí, pues, los preciosos frutos de ese talento malogrado, que nos sirven para calcular cuáles hubieran sido los de una edad mas madura, si esa fatalidad que ha perseguido á los literatos de México, no hubiera venido á segar en flor una existencia rica en esperanzas.

Fernando Orozco, tan jóven como murió, supo adquirir títulos por su elevada inteligencia, por su estudio y por sus ideas generosas, á la admiracion y al cariño de sus compatriotas. Su nombre debe honrar el libro de oro de la literatura mexicana.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

México, Marzo 3 de 1869.

A VÍCTOR HUGO.

Poeta, tú que llenas con tu inspirado acento
De un goce indefinible, inmenso el corazon,
Que haces vibrar la cuerda de cada sentimiento,
De tu divina lira con el divino son;
Tú que haces que se inflame en entusiasmo ardiente
Con las heróicas notas de tu cancion marcial,
El alma que conmueve tu cántico doliente
Y hechiza con su gracia tu mágica oriental;
Tú, que tan bien expresas del alma la agonía,
Luchando entre las garras del infernal dolor,
Del corazon sereno la cándida alegría,
Los indecibles goces de un comprendido amor;
En medio á los aplausos que arranca al mundo entero
Con sus sublimes obras tu genio colosal,
En medio al entusiasmo tan justo y verdadero
Que circunda tu nombre de una aureola inmortal,

Ignoras que del mundo en un rincon lejano,
Del mexicano cielo bajo el azul dosel,
En esa bella tierra do con potente mano
Naturaleza ha hecho un eternal verjel,
Dos séres para un génio, cual tú, desconocidos
Devoran tus cantares con férvida emocion;
Dos corazones beben, absortos, conmovidos,
El néctar de tu dulce, radiante inspiracion.
¡Cuántas veces á la hora en que la tarde espira
Y empiezan las estrellas serenas á brillar,
Cuando la brisa tibia y lánguida suspira,
Haciendo á los naranjos las copas inclinar;
Cuando sobre la yerba la luciérnaga brilla,
Una huella de fuego sembrando en su redor,
Y á su nido se acoge gozosa la avecilla,
Dando su adios al dia en un canto de amor;
Ese libro cerrando, tesoro de armonía,
El adorado objeto de mi justa eleccion,
Silencioso estrechando en su mano la mia,
Reflejaba en sus ojos mi profunda emocion!
Es que hay en los acentos de tu cantar sonoro
La mágia que hace al labio de asombro enmudecer;
Es que las puras notas de tu laud de oro
Revelan del artista la fuerza y el poder.
Y al corazon arrancan con su imperioso encanto
Un ahogado suspiro de angustia y de terror,
Una dulce sonrisa, una gota de llanto,
Y un grito de entusiasmo inmenso, embriagador.
¡Oh! sí, ese libro un mundo de sentimiento encierra,
Que embriaga, que conmueve y entusiasma á la par....
Es el genio que roza con sus alas la tierra
Y hace con él las almas á otra region volar.

¡Oh poeta, poeta! yo querria
Que pudiera expresarte la voz mia
Lo que me haces sentir.
¡Pero es siempre tan débil el acento
Cuando intenta el profundo sentimiento
Del alma traducir!

Cuando quiero expresar lo que me inspira
Tu genio soberano, de mi lira
Con el tímido son,
Comprendo que hace á la emocion agravio
Cuando pretende interpretar el labio
La voz del corazon.

Quisiera que en la noche sosegada,
Al través del espacio, tu mirada
Pudiera penetrar,
Cual genio fabuloso é invisible,
En el santuario dulce y apacible
De mi tranquilo hogar.

En medio de ese cuadro de ventura
Tan completa, tan íntima y tan pura
Que encontraras allí,
Si un instante prestaras el oido,
Escucharas, tal vez enternecido,
Que se hablaba de tí.

Por la luz de la lámpara bañado,
Ante un hombre, en la mesa reclinado,
Un libro abierto está....
Acércate, poeta, sin ruido,
Un poco mas.... ¿el título has leido?
¿Lo has conocido ya?

Una mujer escucha conmovida,
Con su alma entera, absorta, suspendida
A la voz del lector;
Más de una vez, de su emocion llevada,
Ha dejado su mano descuidada
Escapar la labor.

Afuera el viento de Diciembre helado,
En los cristales del balcon cerrado
Bate en son desigual,
Y un rayo de la luna trasparente
Entra en el aposento dulcemente,
Al través del cristal.

Absortos en la mágica lectura
No escuchamos el viento que murmura
Con destemplado son....
Ni la furiosa voz de la tormenta
Pudiera distraer el alma atenta
De tu bella cancion.

Si apurando el raudal de melodía
Que exhala esa divina poesía
Nos pudieras mirar,
La expresion te dijera del semblante
Lo que trémulo el labio y vacilante
No te puede explicar.

Vieras brillar dos húmedas miradas,
Buscarse y encontrarse iluminadas
De una viva emocion;
Y en medio de un silencio reverente,
Escucharas, tal vez, distintamente
Latir el corazon.

¡Oh! debe ser, poeta, dulce y bello
Arrojar el magnífico destello
De una gloria inmortal
Hasta el hogar modesto y apacible
Do enciendes de entusiasmo inextinguible
El fuego celestial.

Debe ser dulce al alma del poeta
Saber que hace la fibra mas secreta
De otras almas vibrar;
Que al través de dos mundos poderosa
Puede su voz sublime y armoniosa
Goces inmensos dar.

Por eso quiso mi modesta lira
Hoy expresar lo que tu voz me inspira,
¡Y fué en vano!... ¡ay de mí!
Pero aunque en tosco y pálido lenguaje,
Hoy ofrecen al genio su homenaje
Dos almas desde aquí.

Y pues las bellas notas de tu canto
Han hecho derramar tan dulce llanto
Del espacio á través;
Ese llanto tu mérito pregona,
Que la perla mejor de tu corona
Una lágrima es.

ISABEL A. PRIETO DE LANDÁZURI.

Guadalajara, Agosto de 1866.

EL ÁNGEL DEL PORVENIR.

Para dar lugar á la interesante carta dirigida por el Sr. D. José Rafael de Castro al autor de «El Angel del Porvenir,» suprimimos en este número las páginas de dicha novela. Creemos que nuestros lectores no llevarán á mal esta medida, en gracia de la importancia de dicha carta.

«Señor D. Justo Sierra.—México, 4 de Febrero de 1869.—Muy estimado amigo: Desde que vi anunciado por los periódicos, y tambien por carteles, que iba vd. á publicar en el RENACIMIENTO su novela original titulada *El Angel del Porvenir*, se despertó en mí una curiosidad mezclada de impaciencia por ver cómo comprendia vd. el modo de desenvolver el argumento de una obra que lleva un título que tanto promete; y me dije á mí mismo que, al contraer vd. el compromiso de escribirla, debió ántes pulsar sus dificultades y acometer la ejecucion solo por la confianza que inspiran la fuerza y la juventud, alentadas con el *audentes fortuna juvat*, de Virgilio.

Dejo á la penetracion de vd. calcular con cuánta ansiedad no esperaria la entrega quinta del RENACIMIENTO, y con cuánta avidez no leeria el prólogo de *El Angel del Porvenir* que salió en ella.

Si el título de la novela promete mucho, el prólogo promete mas; así es que el compromiso contraido por vd. con el público, crece en proporcion del talento con que ha resumido en una hoja de papel el plan vastísimo de su obra.

Yo no sé si le habré comprendido bien; pero voy á decirle cómo le concibo, para que juzgue vd. si mi curiosidad y mi ansiedad carecen de fundamento.

Todo el plan de la obra está en gérmen en el primer párrafo del prólogo, y ya en fruto en la última línea, que sirve de epígrafe á su libro.

En efecto; vd. llena el ambiente con las oleadas fecundantes del pensamiento, y de la *idea* ya germinada brota su *Angel del Porvenir*.

¿Con qué mision ha venido al mundo este ser superior, creado por el genio del hombre?

—Con la mision de rédimir á la humanidad por medio del conocimiento y de la aplicacion de la verdad que se encierra en las palabras que sirven de epígrafe al libro:

In servitute dolor, in libertate labor.

El trabajo es en efecto la gran palanca de la civilizacion de los pueblos. En él encuentra el hombre, no solo su libertad, sino tambien su independencia, y con ellas el mejoramiento de su condicion material y moral. El trabajo es el agente mas poderoso de la redencion humana, como el cristianismo lo ha sido de la redencion divina.

Como la tendencia natural de todos los hombres creadores es dar á su idea una personificacion, para hacerla así mas perceptible á la generalidad, vd. le da á la suya la forma sublime de la mujer, *que quebrantará la cabeza de la serpiente* en esa lucha terrible entre el genio del mal representado por el reptil de la creacion, y el genio del bien representado por *El Angel del Porvenir*, por esa mitad del linaje humano, concepcion complementaria del Creador, que no contempló su obra acabada sino despues de haberla sacado de la costilla del hombre, á quien ántes habia hecho á su imágen y semejanza.

Ya ve vd. que á mi juicio la ejecucion de la obra es árdua, como atrevida su concepcion; pues para llevarla á cabo necesita vd. recorrer con paso firme y con vista de águila toda la historia de la humanidad, dividida en su prólogo en dos partes, por el advenimiento del cristianismo.

Este grandioso acontecimiento, que señala una época tan interesante de la historia de la humanidad, ocurrió en el tiempo marcado por el reloj certero de los destinos del mundo, cuando era mas necesario á nuestra felicidad, cuando Roma, señora de todos los pueblos de la tierra conocida de los antiguos, caía en la degradacion mas espantosa, convirtiéndose en cortesana complaciente de torpes tiranos. Las doctrinas puras del cristianismo se iban propagando, al paso que el politeismo desaparecia; y como no fuera bastante pronta su accion sobre aquellas almas perdidas, vino en su auxilio el enjambre de naciones que de los apartados confines de extrañas tierras, desconocidas hasta entónces, se acercaban á las puertas del imperio, como conducidas por la mano de la Providencia, para acelerar el fin de aquella grande obra de regeneracion.

Esos dos elementos combinados, la doctrina pura del Evangelio y la invasion de los hombres del Norte; es decir, la fuerza moral y la fuerza física, hicieron prodigiosas tentativas para alcanzar su intento; mas como el estado de desorganizacion en que se hallaba el pueblo que iban á rejuvenecer, tocaba á los últimos términos de su descomposicion, necesitaron de algunos siglos de un ímprobo trabajo para lograr su objeto.

Ese trabajo ocupó todo un evo, la Edad Média entera, y la humanidad representada en las nuevas naciones que se formaron del desmembramiento del coloso romano, pasó del estado de esclavitud en que gemia, al ménos abyecto de la servidumbre feudal, que la preparó para seguir despues el progresivo y anchuroso camino de la libertad.

El genio que anima la obra de vd. tiene que encumbrarse á la altura de los siglos para abarcar con su mirada penetrante la vida del hombre en todas sus épocas, y juzgar sus grandes actos con esa crítica moderna que, partiendo de los hechos particulares, se eleva á las teorías científicas, y de una á muchas individualidades nacionales, pasa á abrazar en extensas generalizaciones á la humanidad entera.

De esa manera tal vez se persuadirá vd. de la identidad natural que caracteriza á los distintos pue-

blos de la tierra, y acaso reunirá vd. en un gran todo los fenómenos comunes de cada uno en los diversos períodos de su existencia, despojándolos de su individualidad característica, para componer una historia abstracta que se acomode á todos los tiempos y se reproduzca en todos los países, sin determinar ninguno en particular.

En esa elevada contemplacion podrá vd. juzgar si la ley que preside á los progresos del linaje humano, ya se estudie en la esfera religiosa, ya se examine en los cantos del poeta, ó ya se analice en las acciones de los hombres, es la misma siempre.

El espíritu científico y el método filosófico que se emplean hoy en todos los estudios que son del resorte de la inteligencia, le señalarán á vd. la senda que debe seguir al interrogar los libros sagrados, las poesías primitivas y los hechos históricos, y le ayudarán sin duda á deducir de sus respuestas concordantes, si hay ó no una perfecta analogía entre el principio revelado y el principio racional.

Las tradiciones bíblicas, por ejemplo, ofrecerán á la contemplacion de vd., en primer lugar, á un *hombre* que sucumbe en la prueba de la obediencia; despues, iniciado, por su misma caida, en el conocimiento del bien y del mal; y por último, rescatando su falta con la sangre de una víctima inocente y voluntaria.

Pues bien; ese hombre de la Escritura, estudiado al traves del prisma de una filosofía mística, es á un mismo tiempo Adan, el pueblo judío y el género humano. El hijo de Dios que baja á la tierra para redimir á la humanidad, ofrece una triple expiacion: por María, su madre, es el hijo de Adan, el hijo de David, el hijo del *hombre;* es decir, el hijo del primer pecador, el hijo del pueblo escogido, el hijo del género humano. De suerte que hay cierta identidad mística entre un hombre, una nacion y la humanidad entera; y tres grados para alcanzar la redencion: la prueba, la iniciacion y la expiacion.

Pasando de las tradiciones bíblicas á los cantos del poeta, descubrirá vd. tambien en ellos la misma identidad.

El tipo es aquí la familia de Prometeo. Este hijo de la Tierra, deseoso de rivalizar en sabiduría y en poder con los Dioses, que fué precisamente la causa porque Adan comió la fruta prohibida, hizo su estatua de arcilla; y para animarla, arrancó la llama vivificadora del fuego celeste. Júpiter, para impedir que los hombres llegasen á ser iguales á los Dioses, creó á Pandora y la envió con su caja fatal á Prometeo, quien no quiso recibirla; pero Epimeteo, su hermano, menos avisado, la abrió, y los males se derramaron sobre la tierra. Prometeo, por haber querido competir con los Dioses, creando al hombre, fué atado por órden de Júpiter en el monte Cáucaso, donde un buitre le devoraba las entrañas que se le reproducian sin cesar, hasta que Hércules, hijo del mismo Júpiter, le liberta de ese suplicio, yendo á morir el libertador, es decir, el redentor, en la hoguera del monte Eta.

¿No se advierte aquí tambien identidad entre un hombre, una familia, es decir, un pueblo, y la humanidad entera; y tres grados para alcanzar la redencion: la *prueba*, la *iniciacion* y la *expiacion?* ¿No le parece á vd. que si se juzga esta tradicion mitológica al traves del prisma de una filosofía mítica, se encuentra una perfecta identidad entre ella y la tradicion bíblica?......

Si ahora consultamos la historia, tomando al acaso cualquiera nacion, la mas grande de la antigüedad, á Roma, por ejemplo, ¿no vemos asimismo la *prueba* en Bruto, que despues de consultar al oráculo, liberta al patriciado de la autoridad de los reyes; la *expiacion* en la sangre generosa de Lucrecia, derramada para lavar su afrenta, y la *iniciacion* en Virginia, víctima inocente y pura, sacrificada por su padre y cuya muerte consagra la emancipacion del pueblo romano, que es su verdadera admision en el conocimiento de la libertad?

Y si de este modo de considerar la vida de la humanidad no queda vd. satisfecho, entónces recorra con su mirada de águila, que caracteriza á los genios privilegiados, todas las grandes revoluciones del mundo; penetre vd. en las profundidades de la escuela alemana histórico-filosófica, y verifique si es cierto que el alma universal se manifiesta en el linaje humano de cuatro modos distintos, correspondientes á cuatro épocas y á cuatro partes del mundo; siendo el primer modo sustancial, idéntico é inmóbil, y está fijo en el Asia; el segundo, individual, variado y activo, tuvo su asiento en la Grecia; el tercero, compuesto de los dos primeros en perpetua lucha, se produjo en Roma; y el cuarto, en fin, resultado de la lucha del tercero, puso órden y armonía en lo desarreglado, y existe en las naciones actuales, oriundas de la fusion de las dos razas, la conquistada y la conquistadora, fusion laboriosa cuyo magnífico espectáculo nos presenta el largo período comprendido entre las invasiones que acabaron con el imperio romano y el renacimiento que dió principio á la era de libertad en que ahora nos encontramos.

¡Qué campo tan fecundo para un poeta que está en via de formarse un nombre para la posteridad!

Y no acaba aquí la empresa que vd. ha acometido. La obra quedaria imperfecta, es decir, no corresponderia á su título, si vd. se limitara á darnos el conocimiento de lo pasado para tener la debida inteligencia de lo presente. Falta todavía la Providencia de lo futuro, que es lo que yo supongo que nos va vd. á demostrar en el desenvolvimiento de su novela. Prever es recordar; y si vd. nos trae bien á la memoria la historia de la humanidad en su *Angel del Porvenir*, nos convencerá tambien, en el desenlace de su obra, que ha previsto cuáles serán en lo futuro sus destinos providenciales.

El desempeño de esta parte de su empresa es mas árduo, porqué tiene vd. que abandonar el mundo real para elevarse á la contemplacion del porvenir en el mundo moral. Los hechos morales tienen mas

latitud, mayor extension y están mas profundamente ocultos que los hechos materiales, siendo á un mismo tiempo mas complicados en su desarrollo y mas simples en su orígen: son tambien en el órden cronológico los primeros y los últimos de la vida humana; pues son los primeros cuya necesidad atormenta al entendimiento del hombre, y los últimos que llega á elevar á aquel grado de precision, de claridad y de certeza que constituye el carácter de la ciencia. De aquí resulta una dificultad mayor para observarlos, clasificarlos y poder deducir de ellos las consecuencias científicas que deben servirle á vd. para la parte final de su obra, en la que tendrá vd. que resolver forzosamente el gran problema de saber si los acontecimientos, la vida del mundo social, están, como el mundo físico, bajo el imperio de causas exteriores y necesarias; ó bien, si el hombre mismo, su pensamiento y su voluntad, concurren á producir esos acontecimientos y á gobernarlos; en cuyo caso, ¿cuál es la parte de la fatalidad, cuál la de la Providencia, y cuál la de la libertad del hombre en los destinos del género humano?......

La salvacion vendrá del Norte, dice vd., como insinuando una solucion plausible á este problema, y vendrá trayendo por egida el estandarte del cristianismo, que por dos veces ha salvado ya á la pobre humanidad. Dos grandes pueblos figuran en el Norte con caractéres enteramente distintos, siendo ámbos esencialmente civilizadores. El uno en Europa; el otro en América. Aquel se llama Rusia; este no tiene nombre, es un pueblo anónimo, que por antonomasia quiere llamarse *Americano*, y que por no tener nombre parece que se acomoda mejor al objeto de representarlos á todos por no representar á ninguno en particular. Aquel tiene un gobierno autocrático, esencialmente absoluto; este tiene un gobierno democrático, esencialmente liberal. Aquel es la monarquía en su expresion mas genuina; este es la república en su manifestacion mas lata. Ambos tenian un cáncer roedor que los devoraba. Ese cáncer era la esclavitud. El emperador de todas las Rusias dió un *úkase* emancipando á veinte millones de siervos adscritos al fundo que tenia en sus provincias. El presidente de los Estados-Unidos promulgó un decreto dando la libertad á cuatro millones de esclavos que habia en la gran república. Estos dos acontecimientos acaban de pasar en la presente década. En Rusia no se derramó una gota de sangre para alcanzar el inmenso resultado de emancipar de la servidumbre á una poblacion de la que se podian formar dos naciones y media como México. En los Estados-Unidos fué necesario sostener una guerra de titanes que consumió en cuatro años mas capitales que los que se necesitarian para fomentar el trabajo y la industria en las clases menesterosas del mundo entero, y emanciparlas así del avasallamiento en que gimen por su miseria, que es la esclavitud moderna.

Estos dos pueblos son, sin duda dos pueblos civilizadores. Ambos son dos potentes manifestaciones de ese gigante Briareo, con sus cien brazos y cincuenta cabezas, que se llama humanidad.

¿En cuál de ellos está encarnado el *Angel del Porvenir?*

Quizá lo esté en los dos, porque el uno y el otro trabajan por lograr el mismo resultado, aunque bajo formas muy distintas, bien que adecuadas sin duda á la condicion particular de cada uno de ellos.

Entónces la forma no es absoluta, como no hay nada que lo sea para el hombre, porque todo para él es relativo; y si así no fuera, el problema de la humanidad estaria definitivamente resuelto hace ya mucho tiempo. Por otra parte, la forma depende esencialmente del molde en que la vacían, y el molde aquí es la imágen fiel y animada del estado social del pueblo que representa.

Para el filósofo que se eleva á la altura adonde no llega el eco de las pasiones humanas, los resultados definitivos del constante movimiento social, son los jalones que le guían en el intrincado laberinto de la que ya he llamado historia abstracta de la humanidad. La luz que arrojan esos fanales debe bosquejarle á vd. en lontananza el porvenir, como una revelacion que solo á los videntes es dado percibir y comprender, y solo ellos nos la pueden explicar.

Yo espero del *Angel del Porvenir* la explicacion natural y comprensible de esa revelacion.

Si ahora me preguntara vd. qué autoridades seria bueno consultar para satisfacer mi esperanza, me tomaria la libertad de hacerle algunas indicaciones.

Los historiadores antiguos hasta el principio del cristianismo pueden reducirse á las dos trinidades griega y romana, formada la primera de Herodoto, Tucídides y Jenofonte, y la segunda de Tito-Livio, Salustio y Tácito. En la parte profana estas son las antorchas que nos guían; en la parte sagrada, la Biblia. Ya fundado el cristianismo, es muy difícil señalar escritores, porque el campo de las investigaciones se ensancha, las autoridades se multiplican, los acontecimientos se generalizan, los adelantos de la sociedad tienen un encadenamiento mas perceptible, el mejoramiento de la condicion material y moral del hombre es mas progresivo y su inteligencia se desarrolla en una esfera mucho mas dilatada, reflejándose sus conquistas en el terreno de su perfeccion, en estos cuatro puntos cardinales: en la pureza de sus creencias religiosas, en los progresos de su industria en todos los ramos de la actividad humana, en la accion civilizadora de su literatura, y en la bondad de su legislacion.

Apoyado en estas cuatro columnas que sostienen el edificio social, podrá vd. clasificar las revoluciones y los trastornos políticos de los pueblos, segun su mayor ó menor importancia, en la pauta inflexible de las edades y destinos del mundo. Así es como se comprenderá mejor la obra combinada de los siglos, en la que toman parte todas las naciones, todas las tribus, todos los hombres; pues todos ellos ocupan un lugar en la inmensidad de los tiempos,

aunque todos desaparezcan y mueran á su vez, pero tambien todos sobreviven en la humanidad, en ese producto de las generaciones, en ese ente impalpable, por decirlo así, que se desprende de las ruinas de los imperios, enriquecido con la experiencia de cada siglo, para seguir el curso de sus adelantos con los progresos de los que nuevamente se van sucediendo.

Esa es la civilizacion, que va siempre en aumento y que abraza en sus aspiraciones todas las necesidades del alma y todas las condiciones del bienestar material de la especie humana, cuyo destino no puede ser el de estar condenada á vivir girando irremisiblemente sobre sí misma, ni agitándose, sin esperanzas de ninguna clase, en derredor de un círculo de hierro del cual no pueda salir. Por el contrario; el destino de la humanidad es empeñarse en una ascension lenta, sí, pero continua, de esa escala misteriosa cuyas gradas invisibles unen á la tierra con el cielo y al Hombre con Dios.

Hasta ahora los poetas han supuesto la existencia de la edad de oro en una época la ménos propia á mi juicio para gozar de perfecta felicidad, en la época de los tiempos primitivos. Una filosofía mas cristiana, mas cuerda y mejor inspirada, me obliga á colocarla con vd. en un tiempo que todavía no ha llegado, y que vd. nos va á revelar en *El Angel del Porvenir;* porvenir concedido á la humanidad como el premio debido á sus merecimientos, por sus afanes en mejorar la condicion material, personal, del hombre, y su condicion moral é intelectual.

La personificacion de este bellísimo pensamiento en su *Angel del Porvenir*, redimiendo á la humanidad por medio de la influencia de la moral pura del cristianismo, ejercida por la accion constante y benéfica de la mujer sobre el hombre, del genio del bien que con su planta poderosa anonada al genio del mal, quebrantando la cabeza de la serpiente, es una prueba de la inteligencia con que ha comprendido vd. su obra, y una garantía de su buena ejecucion.

Y yo me complazco en predecírselo á vd., gozoso de ver que nuestra juventud, abandonando las frivolidades en que hasta ahora ha malgastado los mejores años de la vida, se ocupa en trabajos serios, que, bajo una forma grata y amena, pueden ser los preludios de una nueva era de prosperidad para el pueblo mexicano.

Con esta esperanza, y con los mas vivos deseos de ver coronados sus esfuerzos con el éxito mas feliz, quedo de vd. afectísimo amigo y seguro servidor.

J. Rafael de Castro.

IMITACION DE NOVALIS.

Á LA VIRGEN MARIA.

A LA SRITA. CRISTINA G. DE LA CORTINA.

Permite, Madre adorada,
Que ante tus plantas postrada
Te dirija mi oracion:
Permite, Vírgen piadosa,
Que mi súplica amorosa
Conmueva tu corazon.

Tiende hácia mí tu mirada;
Sea ella, Madre adorada,
Una muestra de piedad:
Mi sér todo, Madre mia,
Reposa en tí, niña pía,
Fuente de felicidad.

No te pido, Madre amante,
Mas que un solo, un solo instante;
Madre mia, por tu amor.
Y entonces, Niña querida,
No temeré de la vida
La amargura ni el dolor.

En mi infancia te he mirado
En mi ensueño sosegado,
Hija amada del Señor,
Mas casta que una paloma
Y mas pura que el aroma
De la mas fragante flor.

Veia que con cariño
Abrazabas á un Dios niño
De compasivo mirar.
Que era el Criador ignoraba,
Y en mi inocencia pensaba
Con Él, ¡oh Madre! jugar.

Y mil veces candorosa
Le fuí á ofrecer una rosa,
Y al tomarla sonrió:
Sí, piadoso, Madre mia,
Me miraba y sonreia:
¡Niño, como Él, era yo!

Pero tú, Madre adorada,
Apartabas tu mirada
Lejos, muy lejos de mí,
Y levantando tu vuelo
Te elevabas hácia el cielo,
Sola dejándome aquí.

¿Por qué, dí, te has ofendido?
¿Tuyo mi llanto no ha sido,
¿Mis súplicas y mi amor?
¡Madre mia! ¿qué te he hecho?
¿No es tu santuario mi pecho?
¡No me llenes de dolor!

Reina bendita mil veces,
¿No te dirijo mis preces,
Mi culto, mi adoracion?
Sonríe, Madre querida,
Y toma, toma mi vida,
Mi alma, mi corazon.

En mil cuadros te he mirado,
Pero nadie te ha pintado
Cual te ví en mi ensueño yo;
¡Oh! nadie, nadie, María,
Como aquí en el alma mia
Mi cariño te grabó.

Como delirio pesado
El mundo pasa á mi lado
Despues de esta aparicion,
Y venturosa he sentido
Que el cielo ¡ay! ha descendido
¡Oh Madre! á mi corazon.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

Ocotlan, 1868.

ROSSINI.

(CONCLUSION.)

Empero, la salud del gran artista decaia á ojos vistas desde los primeros dias del año de 1868, aun cuando por nada podia preverse un fin tan cercano. A principios del último Noviembre vióse Rossini en la precision de guardar el lecho, y en la noche del 13 al 14 del mismo mes, despues de una agonía lenta y dolorosa, el alma sublime del *maestro* fué á unirse á los seráficos coros de quienes estuvo separado durante setenta y nueve años.

Hasta el último momento conservó el doliente su presencia de ánimo, y el último nombre que pronunciaron sus labios fué el de su esposa, cuyas manos besaba con ternura pocos momentos antes de espirar.

Rossini murió como buen cristiano, y antes de recibir la visita eucarística, el gran compositor decia al abate Gallet: «Se me cree educado en los principios de Maquiavelo; ¡cuánto se engañan! ¿Creeis que haya yo podido hacer el *Stabat* sin haber tenido fé en Dios?»

Y tenia razon. Cuando la inspiracion llega á un grado tan elevado como en Rossini, no es otra cosa que la fé, no es sino una emanacion directa de la Divinidad. Lo que se ha convenido en llamar *el fuego sagrado*, ¿es algo distinto de la interpretacion de Dios mismo, puesta al alcance de la humanidad?

Todo lo que habia en Paris de notable, acompañaba el 21 de Noviembre los despojos del grande hombre, desde la Magdalena hasta la nueva y magnífica iglesia de la Trinidad, en donde tuvieron lugar las exequias, siendo depositado su cadáver en el cementerio de Père-Lachaise. Diputaciones venidas de Viena, de Lóndres, de Florencia, de Moscow y aun de la misma Constantinopla, habian querido unirse á la imponente comitiva; pero lo que debió alegrar sobre todo el alma de Rossini, fué la muchedumbre de pueblo que seguia triste y recogida el ataud del finado, y que queriendo tributarle un postrer homenaje, cargó el féretro sobre sus espaldas, llevándole así desde la pira funeraria hasta la fosa abierta para recibirle. El pueblo, con su inteligencia y su corazon, habia comprendido que Rossini trabajaba para él, mas bien que para los reyes, y que los aplausos de los desheredados eran mas apreciados por el *maestro*, que los cumplimientos de las cortes.

Los funerales de Rossini se marcarán hondamente en la historia del arte. El espectáculo era grandioso. El genio sobreviviéndose á sí mismo y celebrando su propia gloria. El compositor muerto haciendo oir á la multitud su altísima palabra y su voz de armonías. Todos los que llevaban un gran nombre, el reflejo de una gloria, se habian dado cita en la iglesia de la Trinidad, iglesia mundana que parecia tomar un aire de fiesta. Los funerales de los grandes hombres tienen de singular que el duelo mismo pierde su tristeza y semeja á un apoteosis.

La muchedumbre era inmensa, como hemos dicho, mas que recogida, apasionada. El ataud se presenta al fin. Precedíanle los suizos, con las puntas de sus alabardas ceñidas de crespon negro. Notábase una gran fatiga en los que llevaban el féretro. El muerto que ayer era grande, es ahora pesado.

La misa principia: el sonido vibrante y gemidor del órgano se eleva como una plegaria y arroja á la concurrencia sus ayes; el instrumento lloraba. Un himno responde, y el templo se llena de notas divinas y lúgubres.

¿Ha habido jamas un concierto semejante? La voz del ruiseñor español, de la diva Adelina, responde á los trinos de la alondra de Suecia, de la Milsson; el acento penetrante y simpático de Faure, se une al canto inimitable de Tamburini. El artista muerto es llamado á la vida por sus intérpretes. La plegaria de Moisés va á resonar en breve como un coro de gloria eternal. Y despues cae desde el coro, como una cascada de indecible armonía, la voz inmensa, ardiente, desgarradora, de la Alboni.

Un estremecimiento se apodera de la multitud. Se ve oscilar, inclinarse, moverse como un campo de trigo con el viento, ese mar de cabezas conmovidas, y todas las miradas buscan á la mujer, en ese momento invisible, cuya grande alma ha surgido en un acorde del *Stabat*. La Alboni habia querido cantar por última vez en los funerales del hombre que habia sido el profeta de su gloria; habia venido á traer al muerto, con el tributo de su admiracion, las lágrimas con que pagaba la deuda del reconocimiento.

El hombre ha desaparecido, pero sus obras seguirán cautivando, arrastrando, embriagando á las generaciones. Hé ahí el objeto constante del maestro en esas melodías, en esos temas, en esos moti-

vos acompañados por la orquesta de Haydn y de Mozart. Si no siguió en un todo las huellas de sus ilustres antecesores, fué porque, como él decia, *temo il publico italiano;* y conocedor profundo de su siglo, y dando, con razon, un gran lugar en su alma al culto del éxito, no quiso privarse de ningun recurso para obtenerle, aun cuando tuviese que separarse de la grandiosa y austera regla de los maestros alemanes.

¡Desgraciados de los espíritus altaneros que no quieren ceder á la corriente universal ninguno de sus derechos! Acaso la posteridad los recompense; pero entretanto, la sociedad en que vivan no tendrá para ellos ni fiestas, ni triunfos, ni régias dotaciones, goces mundanos á los que siempre aspiró Rossini. ¡Y cómo no los habria deseado, él, el cantor alegre, voluptuoso, fácil, benévolo, maravilloso, en fin, de la juventud y de la vida; él, á quien una sola cuerda faltaba, la de las lágrimas, y que parece no haber conocido del amor mas que las sensaciones físicas, y no su divino desfallecimiento y sus melancólicos sueños! Una luz indeficiente, el azul límpido y puro del cielo meridional, forman el fondo de sus cuadros, en que la realidad figura mas bien que lo ideal. Otros han escogido por horizonte la oscuridad y las tinieblas, de donde se desprende, como en los interiores de Rembrandt, el rayo celeste. En las obras de Rossini, al contrario; si hay una nube, es la sombra flotante que se destaca del sol y hace resaltar, *episódicamente*, el espléndido foco de melodía en que todo se absorbe.

Al autor del *Barbero* y de *Otelo* le pareció siempre gran necedad no disfrutar de los dones que el cielo nos envia. Rossini no hubiera comprado la gloria de Mozart, aun cuando esta no dejó de tentarle, al precio de los infortunios que tuvo que soportar el inmortal maestro de Salzbourg, para llegar á un fin prematuro y triste. Existen, aun entre los mas ilustres representantes del pensamiento humano, temperamentos tales, que prefieren el bienestar á la lucha, y que tienen al porvenir en poco, si el presente no les prodiga sus beneficios. Y en este sentido, ¿qué destino mas brillante que el de Rossini? De Rossini, que pudo decir al concluir su gloriosa carrera: Divertí á mi siglo, y ¡cosa mas rara! me divertí á mí mismo.

¡Dote venturosa, de la que Molière no obtuvo sino la mitad!

Nemo.

Diciembre de 1868.

LO QUE SUEÑO.

A ***

Figúrate á la orilla de un gran rio
Una casita blanca, hermosa, nueva,
Mirándose en las olas movedizas
Como en terso cristal una belleza.
Figúrate cubriendo sus paredes
La alegre rosa, la fecunda yedra,
Y en sus verdes persianas reflejando
Del tibio sol las ráfagas postreras.
Figúrate el silencio de los campos,
Los lejanos murmullos de la selva,
Y del cielo que aguarda ya la noche,
La vaga y melancólica tristeza.
Figúrate en mí seno reclinada,
Mi mano acariciando tu cabeza,
Fijos en mí tus ojos, y los mios
Fijos en tí, mi encantadora bella.
Lejos del mundo, lejos de los hombres,
Sin escuchar su voz ni oir sus quejas,
Confundiendo en un beso nuestras almas,
Consumiendo en amar nuestra existencia.
Olvidando mis locos extravíos
Con tus risueñas, cándidas ideas,
Sin mas pensar en sueños ambiciosos,
Sin mas buscar la gloria que envenena,
Sin mas probar del hombre á quien se ayuda
La ingratitud que al corazon deseca.
Siendo tú para mí gloria, placeres,
Fortuna, lauros, ilusiones bellas,
Siendo yo para tí dicha, amistades,
Familia, góces, cuanto el alma anhela....
Ay! ¿no te halaga un porvenir tan grato?
¿No es esto, vida mia, lo que sueñas?
¿No ves, cuando te duermes, la casita,
Con las flores, las aguas y la selva?....

Luis Ponce.

Tulancingo, Febrero de 1869.

Á LOLA.

LA AURORA.

UN RECUERDO DE CARIÑO Á MI HERMANO JUSTO SIERRA.

Apacible en Oriente
Borda de nácar la naciente aurora
El manso arroyo, la tranquila fuente
Y el prado ameno que la espiga dora.

Las aves en sus nidos
Sacúdense las plumas de sus alas;
Muévense sus hijuelos adormidos,
Y á los aires se lanzan presurosos,
Dando al viento sus trinos melodiosos.

Muge la vaca en el vecino aprisco,
Salta á la yerba el corderillo tierno,
Trepa la cabra al elevado risco,
Y el rio bullicioso
Crece en las nieves del pasado invierno.

Blancos vellones, el crespon del cielo
Cruzan las nubes que las brisas mecen,
Y las flores destilan sobre el suelo
Las gotas del rocío
Que sus tiernas corolas humedecen.

Embalsama el ambiente
El variado perfume de mil flores
De diversos matices y colores,

Y las zagalas dícense en la fuente
Las unas á las otras sus amores.

Aves, prados, zagalas, corderillos,
Las violetas hermosas,
Los claveles sencillos,
Lirios y nardos, matizadas rosas,
A cuanto el mundo en su extension habita,
A todos á gozar amor invita.

Tan solo para mí, Dolores mia,
Jamas nace la aurora,
Porque no puede dar luz ni alegría
Al que lejos de tí sufre y adora.

Ni calor puede darle al pecho mio
Ese sol, ni ilumina
Su luz mi porvenir triste y sombrío;
Que mi luz y mi sol y mis antojos
En tus ojos están, bien de mis ojos!

Enrique de Olavarría.

PARA EL SEPULCRO DE UNA NIÑA.

(inédito.)

Hendiendo va la nebulosa bruma
La paloma del arca mensajera;
Mas el valle y el monte y la pradera
Aun se cubrian de lodosa espuma.
Vuela, mas el cansancio ya le abruma,
No halla donde poner un pié siquiera,
Y hasta el arca revuélvese ligera
Por no manchar su inmaculada pluma.
Y tú que en alas de tu pura esencia
Giras hoy sobre el mundo en raudo vuelo,
Fatigada mañana en tu impotencia
¿Dónde reposarás sobre este suelo
Sin manchar tu purísima inocencia?
Vé á reposar con Dios.... tu arca es el cielo!

Fernando Orozco.

ALGUNAS OBSERVACIONES
sobre

ONOMATOLOGÍA.

(Compárese el Enquiridion de raíces griegas de O. Hassey.)

Las investigaciones sobre el orígen de los nombres, tanto de personas como de ciudades ó localidades, ofrecen gran interes al anticuario, al historiador y al lingüista. Las *lenguas* cambian en el curso de los siglos de tal modo, que una misma se divide en dialectos y estos en idiomas distintos. Pero los nombres de personas y localidades quedan generalmente invariables, y son como monumentos petrificados que nos indican de dónde vinieron ciertas familias y el camino que tomaron las naciones en sus emigraciones, ayudándonos aun á conocer la época histórica en que florecian ó desaparecieron.

Los interesantes trabajos de Bopp, Böckh, Klaproth, W. de Humboldt, etc., han servido para aclarar de un modo irrefutable la marcha del género humano desde un punto céntrico de Asia á los continentes enteros de Europa, Asia y Africa, por medio del exámen de las lenguas; y por las obras de Buschman sobre la lengua mexicana, hemos podido seguir á los aztecas en sus correrías y colonizaciones hasta Guatemala, pues nos guian los *nombres mexicanos* de las villas y ciudades, ocupadas ahora por otras razas y otras lenguas. Del mismo modo indicarán, aun despues de siglos, los nombres de algunas ciudades de Tejas y California, que en otro tiempo reinaba allí la lengua española.

Bastarán estas pocas observaciones para dar á conocer la importancia y el interes que ofrecen investigaciones de esta clase. Pero el objeto de este artículo es simplemente el de hablar del orígen y significado de los apelativos y nombres que están ahora en uso general.

La *historia* del género humano abraza solo el corto espacio de tiempo desde la invencion de la *escritura* hasta ahora; pero aun cuando retrocedemos hasta la época mas remota, vemos ya formados en todas las naciones los nombres de las personas, notándose sin embargo que no se encuentran los *apellidos* ó nombres de familias hasta al presentarse la *Edad Media*.

En la antigüedad se daba á la persona un nombre que expresaba generalmente una de las preeminentes calidades del individuo, y este nombre, en consecuencia, no era hereditario; mientras que nosotros damos en el *bautismo* nombres que mas tarde convienen poco ó nada á la persona que lo lleva, como si un hombre muy feo se llama Narciso, un mendigo Porfirio ó un peon Alejandro.

Como el mayor número de los habitantes de un país en la antigüedad eran esclavos, no habia ni siquiera gran necesidad de un nombre constante de familia, pues cada nuevo individuo de la familia recibia otro nombre con el que se daban á conocer sus cualidades corporales ó intelectuales. Muchos de estos nombres eran tomados de objetos naturales. Así los hombres se llamaban cebra, zorra, liebre, buitre, leon, etc., ó por las cualidades de estos animales se llamaban Ligero, Astuto, Cobarde, Cruel, Valiente, etc.

A las mujeres se daban frecuentemente en todas las naciones antiguas los nombres de plantas y flores, ó nombres que expresaban sus cualidades personales, como la Hermosa, la Constante, la Fiel, la Casta, etc. El significado de muchos nombres de la antigüedad es oscuro, pero en su mayor parte es claro, pues todos los objetos y sus cualidades é ideas abstractas sirvieron de nombre para las personas, con solo la diferencia que los reyes, gefes y patriarcas se daban nombres altisonantes, mientras que al pueblo se reservaban los nombres humildes. Así leemos en la historia griega los nombres: *Alejandro* (defensor del pueblo), *Menelao* (el que sostiene y gobierna al pueblo), *Agesilao* (el conductor del pueblo), *Aristarco* (el mejor gobernador), *Aristócrata* (el go-

bernador absoluto), *Crisóstomo* (el de boca de oro), *Diótrefo* (el alimentado de Dios), *Euricrates* (el de gran imperio), *Filodemo* (el que ama al pueblo), *Teodoro* (el regalado de Dios), etc.

Como el español se deriva del latin, es claro para nosotros el significado de muchos nombres de la historia romana.

Los hebreos se diferencian de los griegos solo en que muchos de sus nombres tienen alguna relacion con Dios y con la religion, pues eran un pueblo teocrático; pero no tenian tampoco apellidos de familia. En Europa fueron los judíos de la Polonia los últimos que carecian de apellidos. Cuando Napoleon I entró á Varsovia dirigió en primer lugar su atencion al aumento de las contribuciones, y creyendo necesario formar tablas estadísticas, dió la órden que todos los judíos, dentro de cierto plazo de tiempo, debian haberse dado un apellido permanente de familia. Estos obedecieron, tomando nombres algunas veces muy poéticos y orientales. Así conocí en un solo pueblo los nombres de *Rosenbaum* (árbol de rosa), *Rosenstrauch* (arbusto de rosas) y *Rosenzweig* (rama de rosal). En Marruecos y en otras partes de Africa y Asia, donde la estadística es aún desconocida, no tienen los judíos todavía apellidos de familia, y se llaman simplemente Samuel, José, Aaron, Salomon, etc.

Pero particularmente interesante es la observacion que por las conquistas de los romanos empezaron á mezclarse los nombres de todas las naciones conquistadas, pues por una especie de adulacion llegó á ser costumbre que los bárbaros que recibian algun beneficio de un romano, tomaban su nombre en señal de fidelidad, amistad ú obediencia.

La religion cristiana, á medida que se extendia sobre los países bárbaros, causó una nueva confusion, introduciendo por el bautismo los nombres hebreos, griegos y latinos en el lugar de los nacionales. Así se han perdido en México casi todos los nombres respetables mexicanos, con pocas excepciones, como son los de Montezuma, Chimalpopoca y algunos mas. Por otra parte, los bárbaros (principalmente los alemanes y godos) llevaron sus nombres bárbaros á la Italia, España y Francia.

Estos nombres así trasplantados entre naciones que no podian muchas veces ni siquiera pronunciarlos, se cambiaron paulatinamente; y causa admiracion encontrar algunos nombres de hermoso sonido en el italiano y español, que en el aleman original tienen un sonido extremadamente duro y desagradable para nuestro oido.

Será acaso grato á algunos de los lectores de este periódico saber el significado de sus nombres, y me permitirán añadir algunos, sirviendo eso al mismo tiempo para aclarar las observaciones anteriores.

Abrahám, *Abrám*, *Ibraim*, etc., es nombre hebreo, compuesto de *ab*, padre, y *rab*, muchos, y significa padre de muchos ó padre de muchas naciones. El cambio del nombre provino, como en muchos otros del hebreo y árabe, porque en estas lenguas se escribian solo las consonantes, y era muchas veces cosa arbitraria añadir unas vocales ú otras, segun que parecia mas grato al oido.

Adéla, *Adeláida* ó *Adhelheid*. Este nombre proviene del antiguo aleman; era nombre comun en las familias nobles alemanas, pues *Adel* significa nobleza, y la sílaba *heit* sirve para formar sustantivos, de modo que *Adelheit* significa de *noble nacimiento*, habiéndose corrompido en Adeláida ó Adéla.

Adolfo ó *Adulfo*, viene del antigno aleman, compuesto de *ádel*, nobleza, y *wolf*, lobo. Entre los alemanes era considerado el lobo como el animal mas valiente ó rey de los animales; corresponde entre nosotros al leon. Adolfo significa, pues, el noble héroe ó el mas valiente entre los nobles.

Alberto ó *Adalberto*, viene del antiguo aleman *ádel*, nobleza, y *bertha*, brillante, y significa el que brilla por su nobleza.

Alfonso, corrompido *Alonso;* antiguo *Alfunso;* viene del antiguo aleman *funs*, listo, apto, y *all*, todo; significa, pues, preparado para todo, bien inclinado.

Alfredo viene del aleman *all*, todo, *fried*, paz, y significa amante de la paz, el pacífico.

Alvina viene del antiguo aleman *wíni*, amigo, ó *winia*, amiga, y *all*, todos; significa amiga de todos ó amada por todos.

Amalia viene del antiguo aleman *amal*, ocupado, trabajador; significa la empeñosa, la trabajadora.

Ana es palabra hebrea, corrompida de *jannah*, misericordia, y significa la bondadosa y compasiva.

Andrés ó *Andreas* viene del griego *andreios*, varonil, y significa el fuerte, varonil.

Aniceto, ó correct. *Aníceto*, viene del griego *aníketos*, no vencido; significa el valiente, el invencible.

Anselmo ó *Anshelmo*, viene del antiguo aleman *ans* ó *ás*, Dios, y *helm* yelmo; significa yelmo de Dios ó proteccion de Dios.

Antonio. Su derivacion parece dudosa; acaso viene del griego *ónios*, vendible, *antí*, lo opuesto, lo contrario, y significa un hombre á quien no se quiere vender, ó muy estimado.

Arnoldo, *Arnolfo* ó *Arnulfo*, viene del antiguo aleman *aran*, *águila*, y *wolf*, lobo; significa lobo de águilas, fuerte lobo ú hombre valiente.

Arturo ó *Arcturo*, viene del griego *árctos*, oso, y *úros*, guarda; significa cuidador de los osos.

Benjamin se compone del hebreo *ben*, hijo, y *yamín*, la mano derecha, y significa hijo favorito ó predilecto.

Bernardo viene del antiguo aleman *Pernhart*, compuesto de *pern*, oso, *hart*, duro, firme, y significa hombre fuerte y duro.

Blas ó *Blasio*, corrompido de *Basíleo* del griego *basíleios*, real, significa hombre magnífico, *príncipe*.

Casimir se compone de las palabras rusas *kasátj*, mostrar, y *mir*, paz; significa hombre pacífico ó el que hace la paz.

Cárlos viene del antiguo aleman *jaral* ó *kerl*, hombre, marido, y significa hombre activo y fuerte.

Gaspar ó *Caspar* viene del persa *kandschwar*, tesorero, y significa hombre atesorado.

Catarina viene del griego *aicátarína*, siempre limpia y aseada.

Teófilo viene del griego *teós*, Dios, y *filéo*, amar; significa el que ama á Dios ó el que es amado de Dios, segun el lugar del acento.

Telesfóro viene del griego *téle*, lejos, fin, y *foreo*, llevar, y significa el que lleva las cosas al fin, ú hombre cumplido.

Sebastian viene del griego *sebastés*, honrado, venerado.

Macario viene del griego *makários*, feliz, bienaventurado.

Timóteo viene del griego *timáo*, honrar, y *teós*, Dios; el que honra á Dios.

Policarpo viene del griego *polys*, mucho, y *kárpos, fruto;* significa hombre que da fruto, fructífero, productor.

Dorotea viene del griego *dóron*, regalo, y *teós*, Dios; regalada por Dios.

Petronila viene del griego *pétros*, roca, y *híleos*, propicio; significa roca protectora, roca de refugio.

Margarita viene del griego *margarítis*, perla.

Porfirio viene del griego *porfíreos*, de púrpura; significa un hombre brillante, elegante.

Cecilia viene del latin *cæcus*, ciego; significa la miope ó ciega.

Conrado viene del antiguo aleman *kúon*, atrevido, y *rát*, consejo; significa atrevido en el consejo, hombre resuelto.

Daniel se deriva del hebreo *dân*, juez, y *él*, Dios; significa el juez divino.

Diógenes viene del griego *zeus*, genit. *Dios* Júpiter, y *géno*, engendrar; significa descendiente de Júpiter.

Eduardo, en anglo-sajon *Edward*, compuesto de *ead*, fortuna, y *weard*, cuidador; significa el cuidador de la fortuna.

Elisabet, *Elisa*, viene del hebreo *êli*, por Dios, *shebá*, el que jura; significa la piadosa, la que jura por Dios.

Isabel, en hebreo *isebel*, compuesto de *i*, no, y *sebél*, cohabitar; significa la casta.

Emilio viene del griego *haimylios*, lisonjero, hombre cortés ó de modales finos.

José, en hebreo *joséf*, él añade, significa el añadido, el último de los hijos.

Enrique viene del antiguo aleman *heim*, casa, y *rik*, príncipe, en aleman *Heinrich;* el gefe de la casa.

Gertrudis, del antiguo aleman *ger*, lanza, y *drud*, doncella; la que combate con la lanza.

George, corromp. *Jorge*, se compone del griego *gé*, tierra, y *érgon*, obra; significa agricultor.

Hánibal ó *Aníbal*, viene del hebreo ó fenicio *hanáh*, misericordia, y *baal*, señor, Dios; significa la misericordia de Dios.

Heléna ó *Eléna*, en griego *heléne*, hacha de brea; significa la resplandeciente.

Hérman ó *Germán*, viene del antiguo aleman *héri*, ejército, y *man*, hombre; significa hombre de guerra, valiente.

Ignacio viene del latin *ignis*, fuego; significa el fogoso, ardiente.

Jacobo viene del hebreo *akéb*, talon, el que agarra á otro del talon; significa el astuto, el segundo de nacimiento de los gemelos.

Ismaél viene del hebreo *jishmaél*, compuesto de *él*, Dios, y *shamá*, oir; significa Dios le oye.

Joaquin viene del hebreo *jehó*, Dios, y *jakím*, erigido; significa establecido por Dios.

Jesaias, en hebreo *jeshâh*, ayuda, salvacion; significa ayuda de Dios ó salvacion de Dios.

Juan ó *Joánes*, en hebreo *jehó*, Dios, y *janán*, regalar; significa regalado por Dios.

Lorenzo, en latin *laurentius*, de *laurus*, laurel; el coronado de laurel.

Luis, en aleman *Ludwig*, viene del antiguo aleman, *hlut*, gloria, y *wig*, guerra; significa glorioso por la guerra.

Lutero, *Lotario*, *Chlotar*, viene del antiguo aleman *hlut*, gloria, y *heri*, señor; significa el glorioso dominador.

Manuela, *Manuel*, *Emanuel* del hebreo, significa Dios con vosotros.

María, del hebreo *mirjám*, obstinacion, amargura; significa la amarga, la terca, la obstinada.

Matilde, del antiguo aleman *maht*, poder, y *hilta*, combate; significa la poderosa combatiente, heroina.

Para completar la lista de nombres véase mi «Compendio de raíces griegas.»

OLOARDO HASSEY.

A MI HIJA OLIMPIA.

Linda, gentil, primorosa,
Tengo una cándida niña,
Tan bella como la rosa
Orgullo de la campiña.

De mi camino de abrojos
En la negra oscuridad,
Las estrellas de sus ojos
Radian la felicidad.

Es tan süave su aliento
Cual de la flor el aroma;
Tan halagador su acento
Como arrullo de paloma.

Tan pura, tan seductora
Su casta sonrisa miro,
Como el rayo de la aurora,
Como del aura un suspiro.

Cuando con tierna emocion
Mi adusta frente acaricia,
Se inunda mi corazon
De indefinible delicia.

Y sus juegos inocentes
Me recrean seductores,
Como el campo con sus fuentes,
Sus pájaros y sus flores.

Desde que dispuso el cielo
Huérfana dejarla un dia,
Ella es mi único consuelo,
Ella es mi única alegría.

¡Hija de mi corazon!
¿Cuál será, niña, tu suerte
Cuando á la oscura mansion
Descienda yo de la muerte?

El cielo de mi alegría
Nubla esta idea infelice....
¡Dios te bendiga, hija mia,
Cual tu padre te bendice!

J. M. Bandera.

México, Abril de 1869.

REVISTA DE TEATROS.

DALILA, drama de Octavio Feuillet.—Estreno del actor D. Manuel Estrada.—La compañía de zarzuela.—DON FERNANDO EL EMPLAZADO, drama histórico de J. Sierra y de E. Olavarría.

Corria ya el siglo pasado, lector mio, cuando el teatro abrió sus puertas á un nuevo género de composicion, nuevo en la forma, ya que no en la esencia. Combinadas la elevacion trágica y la llaneza cómica, produjeron lo que se llamó por aquel entonces *tragedia urbana*, despues *comedia sentimental*, y hoy sencillamente y como por antonomasia, *drama*. La nueva composicion mixta tenia su razon de ser: en aquellas épocas en que el poder real por su orígen divino, y la aristocracia y las clases privilegiadas por ser emanacion suya, se consideraban colocadas en una esfera superior á la multitud, evitaban con esta toda especie de comunidad, aun en aquello en que no cabian distinciones; es á saber: en los afectos del corazon, en las luchas del sentimiento, en la desgracia y en la muerte. Y así verás que las acciones de los reyes, de los magnates y de los héroes, al convertirse en asuntos dramáticos, tenian exclusivamente la tragedia, el coturno, el verso de arte mayor, el tono elevado y vehemente; al paso que para representar la vida social de las clases inferiores, se habia creado la comedia, el zueco, el verso ligero y llano, el tono festivo; alzábase entre ambos géneros de composicion, como entre sus protagonistas, un valladar de todo punto insuperable; hasta en las regiones de lo ideal estaba marcada la division, el recíproco aislamiento.

La civilizacion moderna con su filosofía niveladora, con sus tendencias de unificacion, con la propaganda del principio de igualdad, rasgó el velo del templo, arrasó los pedestales de los semidioses, comunicó al palacio con la cabaña, hizo hombre al rey; y al crear á los monarcas-ciudadanos y á los pueblos-reyes, acabó la *tragedia*, nació el *drama*.

Desde entonces, el mendigo tiene derecho par
hacer llorar al auditorio con el espectáculo de su
desventuras; y sin temor de una profanacion, e
pone el rey en la escena sus debilidades á la ris
y al escarnio del espectador.

Mira tú, lector amigo, cómo y por qué el dram
moderno ha venido á ser en el teatro el símbolo d
una revolucion social.

Viniendo ahora á considerar al *drama* como un
nueva obra literaria, no seré yo por cierto quien s
engolfe en hondas reflexiones sobre si es ó no ven
tajosa su admision, sobre si acarrea para el progres
del arte daños ó perjuicios, cuando el mismo Ma
tinez de la Rosa en una obra didáctica suya, en l
cual, á mayor abundamiento, venia de molde la con
troversia, ese mismo autor, digo, esquivó la cue
tion, con ser tan competente en la materia. Qué
dese esto así, que ni yo calzo los puntos que s
necesitan, ni á la humilde índole de este mi artícul
cuadran humos de sabio, ni es bien que mas se ala
gue exordio tan prolijo como el que hasta aquí ll
vas leido.

Sea como fuere, ello es que el *drama*, sin tene
la elevacion trágica, ni el tono festivo de la come
dia, aspira á imitar una accion interesante entr
personas particulares, procurando excitar terror ;
conmiseracion con la lucha de afectos y pasiones
tal es al menos como lo define el autor de la *Con
juracion de Venecia*.

Como no dudo que admitirás sin dificultad es
definicion, por ser exacta, y por haberla formulad
tan competente maestro, habremos acertado á ha
llar el cartabon á que haya de sujetarse cualquie
drama que á nuestras manos venga, comenzand
por la *Dalila*, asunto de este mi artículo.

El drama de Octavio Feuillet es la señal colocad
en el borde de un precipicio, para avisar al inex
perto viandante, que si da un paso mas, si se atrev
curioso á inclinar la cabeza para registrar el fond
de la sima, la atraccion del abismo le hará precipi
tarse adonde encuentre lastimosa muerte. Buen
base es ya para una composicion dramática tan pro
vechoso y trascendental pensamiento, encaminad
á la salvacion de esa juventud que en sus primero
pasos, arrastrada por el ciego afan de averiguar l
desconocido, sedienta de ignorados placeres, se des
peña insensata en esos abismos sin fondo, que tale
son las mujeres de la especie de la princesa Falco
nieri.

Andrés Roswein es la personificacion de esa ju
ventud, con toda la inexperiencia, con toda la de
bilidad, con todo el candor de una alma vírgen, per
con todo el fuego de un corazon de artista conse
grado á la adoracion de lo bello. Recibe su talent
el bautismo de la celebridad; embriágase su alm
con las inefables delicias de un espléndido triunfo
embarga las miradas, los aplausos, el entusiasmo d
un público brillante á cuya cabeza está un rey, cuy
corona en aquel momento ha perdido su esplendor
ofuscado por los rayos de la auréola del genio. E

aquellos instantes de suprema exaltacion, cuando á su vista acababa de abrirse la encantada region de lo ideal, cuando todo á sus ojos tomaba las mas hechiceras formas, una mujer radiante de hermosura, de riqueza y de seduccion, clava en él la irresistible mirada, le cita disimuladamente y desaparece. Andrés llegó á la orilla del abismo, y no supo resistir á la atraccion. Jamas brotaron flores en el cieno; jamas brotó el amor en el alma insensible de esas cortesanas, que como la princesa solo tienen caprichos. Precipitóse Andrés en busca del amor, y cayó en brazos de la muerte.

Tal es, lector mio, la accion del drama que nos ocupa, para cuyo desarrollo empleó el autor acertados y convenientes medios. A fin de excitar una conmiseracion mas viva hácia su protagonista, lo presenta dueño del supremo bien, del amor de Marta, tipo adorable de la mujer angelical; nos le muestra poseyendo inmensa dicha, para que sea mas terrible el tránsito á la inmensa desventura. En ese episodio está el resorte de los conmovedores efectos teatrales que vienen despues; él es el móvil de la accion, porque él dió orígen al capricho de la princesa; y sin contribuir al nudo, sin determinar directamente la catástrofe, resulta ser tan necesario, que suprimido rebajaria considerablemente el interes, y no seria tan profunda la impresion que el final del drama deja en el ánimo del espectador.

Marta es el contraste de la princesa, es el bien frente al mal, el ángel frente al demonio, la castidad y la virtud frente á la impureza y el crímen: sabes ya el feliz resultado que producen los contrastes en el teatro, cuando se maneja ese recurso tan hábilmente como Feuillet en su *Dalila*.

Por lo demas, la estructura dramática no se aparta de las reglas que el buen gusto y la experiencia tienen establecidas. Queda terminada en el primer acto la exposicion, ordenada, clara, ingeniosa; bien marcados ya los caractéres; é iniciada la trama de Carnioli que dará lugar al nudo, marcha desde ahí la accion rápida, expedita, verosímil bajo todos aspectos; la catástrofe llega espontánea, imprevista, natural; el interes se mantiene vivo, y va creciendo gradualmente hasta el final. Los efectos todos están dispuestos y presentados con admirable destreza; pero el toque magistral está en el último cuadro: la sola aparicion de la princesa en su góndola, acompañada del nuevo amante, cuando acaba de pasar el cadáver de Marta, y cuando agoniza el desventurado Andrés, esa sola aparicion excita multitud de afectos en el espectador, y deja satisfecha la justicia dramática: ¿quién no experimenta entonces el mas profundo aborrecimiento hácia aquella mujer, y hácia todas las de su clase, personificadas en ella? ¿y qué mayor castigo que ese anatema mudo, lanzado por la indignada sociedad?

De mano maestra son los caractéres, y todos ellos naturales y verosímiles: parecen trasladados de la vida real, sin que por eso tengan el defecto de ser retratos.

No sé si andaré errado; pero tengo para mí que es este drama uno de los mejores que ha producido el teatro moderno, por su gran intencion moral y filosófica, por la sencillez de su plan, por la feliz combinacion de todas sus partes y por la armonía del conjunto.

Elegido para el estreno del galan jóven D. Manuel Estrada, debo decirte cómo el nuevo actor acertó á salir bien de tan difícil trance.

Destinado el personaje de Andrés á representar grandes luchas de afectos, y mas con la accion que con las palabras, requiere para su desempeño, fuerzas mas vigorosas que las que de un actor novel debieran esperarse; no sin visos de razon hubo quien juzgase temerario al director que tan delicado papel confiaba á aquel inexperto talento: el buen éxito, por esto mismo, causó mas agradable sorpresa. El director, sin embargo, ni obró fuera del arte, ni confió solamente en el azar: era ese papel el que mas convenia para el caso, porque siendo de suyo tímido el personaje, acomodábase mejor este rasgo á la disposicion de ánimo en que naturalmente habia de encontrarse el nuevo actor, con lo cual quedaban esquivados los peligros que el miedo, el encogimiento y la consiguiente falta de aplomo habrian acarreado para el buen éxito: sea de esto lo que fuere, el caso es que Manuel Estrada penetró ya con buen pié en la senda del arte. Ocioso es juzgar menudamente sus dotes, que ni llegan á ser apreciables en solo una funcion de estreno, ni á un discípulo pueden pedirse mas que promesas fundadas para el porvenir. Si la fé en el arte, el amor al trabajo, la inteligencia bien dispuesta, y asimismo la gallarda figura, la voz sonora y las maneras distinguidas, son la base de una gloriosa carrera artística, Manuel Estrada colocará legítimamente su nombre entre los buenos cultivadores de la declamacion, por cuanto en él concurren todas las cualidades antes mencionadas; ya su conciencia y sus inteligentes maestros darán feliz remate á la difícil empresa.

No quisiera terminar lo relativo al drama de Feuillet sin tributar aquí un homenaje de admiracion al talento con que Anita Cejudo desempeñó el papel de la princesa. Consistió desde luego el principal mérito de nuestra simpática actriz, en tener que adivinar por completo un tipo que no puede haber estudiado del natural, en razon á que ese tipo felizmente aun no existe entre nosotros; admirable fué, por lo mismo, la manera con que interpretó las difíciles escenas de los cuadros tercero y quinto, en las cuales supo desplegar la diabólica seduccion, el cruel sarcasmo, la fingida ternura, y todos esos variados matices que caracterizan á las cortesanas del género de la Falconieri. Para Anita Cejudo, *Dalila* es una nueva joya engastada en su corona artística, tan rica ya y tan legítimamente alcanzada. La angelical Marta, el honrado Sartorius y el original Carnioli, tuvieron dignos intérpretes en la señorita Servin y los señores Mata y

Ossorio; á este último corresponde doble gloria, ya como director de la obra, ya como maestro del nuevo actor, gloria que hizo indisputable el feliz éxito de la funcion.

Inauguró anoche sus trabajos en el teatro Iturbide la notable compañía de Albisu, con la zarzuela *Campanone*, de grato recuerdo. Feliz ha sido la primera impresion que al público causaron los distinguidos artistas en su estreno: solo como resultado de una primera impresion, te diré dos palabras acerca de ellos, reservando mas amplios pormenores para mi siguiente revista. El conjunto es perfecto; las partes, de lo mas notable. La señora Llorens es una cantante de mérito, y una actriz distinguida por su escuela correcta; acciona y dice con exquisita naturalidad; tiene una hermosa figura teatral, voz insinuante y simpática en la declamacion, maneras de irreprensible finura: aunque en el papel de Corila no campea el sentimiento, puede asegurarse que la señora Llorens interpretará satisfactoriamente los afectos tiernos, por la dulzura con que expresó ciertas frases de ese género, tal como el *mi pecho amante* del rondó final. El señor Grau, tenor, los Sres. Crescj, Santa Coloma y García, bajos, son asimismo notables como cantantes y aun como actores: no es posible todavía juzgarlos atinadamente, y mucho menos á la Sra. Lluesma y al Sr. Poyo, por ser tan de poca importancia los papeles que en *Campanone* desempeñaron. El cuerpo de coros es casi todo nuevo, y satisfizo plenamente. En suma, por lo visto hasta ahora, esta compañía es la mejor que de su género ha visitado nuestro país.

La semana entrante (y esta sí es la verdadera noticia) tendrá lugar en Iturbide la funcion cuyos productos se destinan, como sabes, á levantar un monumento á la memoria del *Pensador mexicano*. Justo Sierra, Enrique de Olavarría y el baron de Gostkowski, autores del proyecto, contribuyen con un drama histórico, obra de los dos primeros, titulado D. FERNANDO EL EMPLAZADO, y el último con la exhibicion de los espectros luminosos. No pidas al drama mérito literario, en razon de haber sido hecho solo como un pretexto para presentar aquel juguete de óptica; pero sí te ruego mires la buena intencion de nuestros dos poetas, y contribuyas con tu presencia al objeto de la fiesta. Y aquí es bien que yo dé como mexicano las mas expresivas gracias al Sr. Moreno, representante de la Empresa de zarzuela, por la deferencia con que cede el teatro, sin retribucion ninguna, para la funcion anunciada, y da ademas el valor de un palco, para lo cual no se le hizo mas indicacion que anunciarle el fin propuesto: puede contar el Sr. Moreno con que ese delicado rasgo suyo no llegará á olvidarse, porque en los corazones mexicanos brota fácil y se arraiga perenne la flor del agradecimiento.

M. PEREDO.

México, Marzo 5 de 1869.

MELANCOLÍA.

El sol apenas en el éter arde;
La estrella de la tarde
En el azul se mira titilar;
Ya la noche se acerca; el alma mia
Ora ¿qué siente misterioso y vago,
En el cristal del lago
La blanca estrella viendo reflejar?
¿Qué siente al ver la bruma nebulosa
Que levanta la noche en la ribera?
¿Qué siente al ver la luna silenciosa
Que su faz lisonjera
Asoma en el confin del horizonte
Tras de la cumbre de lejano monte?
El aura susurrando
Va misteriosa en la enramada oscura
Suspiros remedando;
El corazon que siente y que suspira
Y el alma que delira,
¿Qué tienen, dí? ¿Qué mágico misterio
Es el que así sujétame á su imperio
Que en vano el alma comprenderlo ansía?
—Es, vírgen de mi amor, MELANCOLÍA.

GONZALO A. ESTEVA.

1864.

EN UN ÁLBUM.

Niña, por tu pureza y hermosura,
Tu nombre y tu candor,
Eres ángel que enviara por ventura
Al mundo el Hacedor.

De virtudes y gracias el modelo
Aquí veniste á ser,
Y á mostrarnos que á veces en el suelo
Es ángel la mujer.

Un recuerdo que digno de tí fuera
Queria aquí dejar;
Mas tu encanto y tu gracia lisonjera
No puedo yo expresar.

Y un pobre pensamiento, Angela amada,
Tan solo dejo aquí.
Si alguna vez le encuentra tu mirada,
Acuérdate de mí.

ROBERTO A. ESTEVA.

México, 1866.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El tiempo.—La compañía de zarzuela de Albisu.—El teatro Principal.—D. José Valero.—Mil y quinientos cuadros de pintura.—El libro del Sr. Pimentel sobre los poetas mexicanos.

México, Marzo 19 de 1869.

La locura que siempre se ha atribuido al mes de Febrero, parece que en este año ha sido el rasgo característico del mes de Marzo.

La primavera habia sonreido quizás demasiado pronto, mostrando sus encantos precoces, y del mismo modo que un padre severo y ceñudo se apresura á retirar del balcon á la polluela coqueta y alegre, y enseña los colmillos á la turba de atrevidos amantes que la galanteaban, el irritado invierno ha hecho huir á la dulce diosa de las flores, y se ha puesto delante de nosotros con todo su triste arreo de granizo, de lluvias y de nieblas.

Por algunos dias hemos retrocedido á los tiempos de Diciembre y de Enero, hemos creido hallarnos en la estacion de aguas, hemos cerrado nuestras puertas y encendido lumbre en el hogar, y hemos visto el cielo, poco há sereno y radiante, cubrirse de negras brumas y de nubes color de plomo. ¡Qué trastorno del órden legal de la naturaleza! Tambien allá arriba reproduciéndose las escenas de acá abajo.

El mal tiempo se ha cernido con furia sobre nuestros bosques, que comenzaban á vestirse de verdura, y sobre nuestros jardines, que comenzaban á coronarse de flores. El granizo ha hecho caer de los rosales los botones ya próximos á abrirse, y de los árboles los tiernos retoños que se teñian de esmeralda; ha hecho huir á las golondrinas que empezaban á fabricar sus nidos, y ha encerrado los deseos de la juventud, que ya volaban ligeros en alas de la primavera.

Este capricho del tiempo es una perfidia que desespera. El poeta habia dicho hablando de la mujer: «*Pérfida como la onda.*» ¿Habrá que decir de hoy en adelante: «*Pérfida como el mes de Marzo?*» La verdad es que nos causa pena ver trocarse así nuestro florido y perfumado mes de primavera, en un oscuro y lluvioso apéndice de Agosto ó de Enero, y solo nos consuela considerar que esto es una excepcion, y que pasado este trastorno atmosférico todo volverá á su curso normal.

Por lo demas, México comienza á alegrarse, y no parece ceder á las impertinencias del viejo papá; olvídanse los suicidios, se deja de compadecer á los muertos y se califica de inoportuna y de ridícula la manía de abrirse uno mismo las puertas del sepulcro: el romanticismo no es de esta época, y para las amarguras de la vida se receta la distraccion como una panacea, ó al menos como el único lenitivo por ahora.

El teatro de Iturbide ha vuelto á abrirse, con el mismo entusiasmo que el año pasado con Ossorio y la Belaval. La compañía de zarzuela de Albisu le ha ocupado y ha comenzado sus representaciones. La compañía de Albisu no se hizo preceder de grandes elogios, ni de mucho ruido. Cuando los sucesos de la Habana y las batallas que los *voluntarios* de aquella ciudad han dado en los teatros, obligaron á los artistas á emigrar de la isla de Cuba, la empresa Albisu se resolvió á embarcar á sus jilgueros y á sus ruiseñores, con direccion á México. En Veracruz, un representante de Albisu, el simpático jóven Moreno, confiado en Dios y en su fortuna, tomó una diligencia, colocó allí á sus artistas, y despues de hacerlos cantar entre los naranjos de la risueña Jalapa y entre los ahumados muros de la desolada Puebla, volvió á meterlos en otra diligencia, luego en los wagones del secular camino de hierro de Apizaco, y hélos aquí de repente en la opulenta México, sin que las trompetas de la Fama los hubiesen anunciado. De modo que si uno que otro parrafito de los periódicos no hubiera dicho que estaban próximos á llegar unos zarzuelistas de la Habana, y si el precursor del alegre y rubicundo Moreno, que fué el sesudo y pálido Vazquez Vidal, no hubiera tambien anunciado de viva voz en cuantos corrillos de gente divertida y holgazana se encontró por ahí, tan halagadora noticia, de seguro nadie en México habria esperado oir tan pronto las suspiradas armonías de la *Marina*, ni las vibrantes quejas del maestro *Campanone*. Nadie se tomó el trabajo de ir á la estacion de Buenavista á ver apearse á las cantatrices, para saber cómo tenian los ojos, los dientes y los piés; nadie quiso averiguar si el tenor era como Mateos, y si el bajo se parecia á Ruiz. Así es que cuando se abrieron las puertas de Iturbide para poner en escena *Campanone*, todos ocurrieron por curiosidad, pero sin antecedente alguno.

Pero hé aquí que los coros parecieron excelentes, que la primera tiple Sra. Llorens pareció ser bella, muy graciosa, magnífica actriz y buena cantante; de modo que pronto el silencio con que se la recibió, trocóse en ruidoso aplauso y en entusiasmo justo y sincero. Nosotros creemos que los artistas deben preferir los aplausos que se tributan previo el exámen competente, á los que se dan en virtud de noticias; á no ser que sean tales, que vengan á constituir una prueba plena, como por ejemplo, las que se tenian del talento de Valero.

Despues se presentaron Cresj, que con todo y tener un nombre catalan y endemoniadamente glutinoso, es un barítono sobresaliente, y Santa Coloma, que tenia que luchar con los recuerdos de la gracia de Ruiz. Todos salieron airosos de la prueba, y desde luego la comparacion les fué ventajosa. Comenzaron los llamamientos, los bravos y las repeticiones. La compañía Albisu habia, como se dice vulgarmente, *caido bien*, demasiado bien, y la empresa Albisu podia felicitarse de ello.

Naturalmente, las noticias volaron de boca en boca; los pollos eran cartelones vivos, y hasta esa

tribu de gentes enfermas de hipocondría, que no van á los espectáculos sino á dormirse y á hablar mal de los artistas, quedaron contentos y dijeron á los que los reputan como oráculos: *Se puede ir á Iturbide.*

Esta primera funcion tuvo lugar el juéves: el sábado se dió *Luz y Sombra*, y se presentó en esa pieza otra primera tiple, la Sra. Corro. Nuestro cronista de teatros, Manuel Peredo, dará á nuestros lectores una cabal idea de estas funciones en la revista de hoy, que es una de las mas sabrosas que hayan salido de su elegante pluma. Pero sin pretender mezclarnos en asuntos que él conoce mejor que nosotros, y tan solo por satisfacer nuestro deseo de charlar, contenido por quince dias, diremos: que la zarzuela pareció enteramente nueva, á pesar de que el buen Villalonga nos la habia dado ya con el título de *Los ojos del alma*, pero con tales mutilaciones, segun aseguran los que se han entretenido en hacer la comparacion, que hoy, con razon, el público la desconoció.

Cristina Corro hizo el papel de la ciega. Como á la Llorens, se la recibió en silencio; se notó que era simpática, graciosa, *que tenia buena sombra*, como dicen en España, que parecia modesta, que poseia una boca bonita, manos muy finas y brazos bien hechos, cualidades estas últimas que algunos amigos íntimos que estaban muy cerca de nosotros, decian que eran las primeras que buscaban en toda mujer, actriz en la escena ó en el mundo.

Todo esto se observó desde luego; pero poco á poco se fué conociendo que declamaba muy bien, que animaba las palabras con el fuego del sentimiento, que habia una gran naturalidad en sus modales, y por último, al concluirse el segundo acto, cuando ella, sabiendo que es ciega, se agita, se desespera, corre gritando á su padre, se lleva la mano á los ojos con una ansiedad indescribible, su voz toda se convierte en gemidos y en gritos desgarradores, entonces el público, espontánea y unánimemente la saludó como actriz, y como buena actriz. Nosotros, apasionados del arte dramático, estábamos conmovidos por este triunfo, y orgullosos de que nuestro público hubiese sabido hacer justicia al talento. La Corro es una actriz, y esto nos bastaba á nosotros que no somos músicos, y para quienes las armonías del sentimiento son preferibles á todas las demas.

Cristina fué llamada despues á la escena, y de este modo quedó tambien bautizada con la simpatía de los mexicanos.

Despues de esa pieza se puso en escena *El niño*, zarzuelita en un acto, que conocemos mucho, pero que no habiamos apreciado tanto como ahora. La Corro volvió á ser aplaudida en ella con el tenor cómico Poyo, que ya habia comenzado á llamar la atencion haciendo el papel del ciego en *Luz y Sombra*. Este Poyo tiene una cualidad que el público irá apreciando cada vez mas, y es la de no exagerar, la de no hacer de un característico un payaso; la de no hacer piruetas, ni gestos, ni bufonadas de mal género. El verdadero gracioso debe serlo sin esfuerzo, dice con justicia el eminente crítico frances Julio Janin.

El domingo en la tarde se repitió *Campanone*, y fué estrepitosamente aplaudido por ese inteligente y buen público de la tarde, el mejor de todos los públicos y que no se da mucha importancia.

En la noche se estrenó aquí *El Relámpago*, zarzuela muy original y muy graciosa, que puede llamarse el caballo de batalla del tenor Grau. Este tenor tiene una voz dulce y bien educada, no de grande extension, pero agradable.

En el *Relámpago* tuvimos dos novedades. La primera, un solo de violin del jóven profesor Sanchez (oriundo de Puebla), y que fué aplaudido con furor, lo que ha hecho seguramente la reputacion de este artista, y la segunda, una *guaracha*, como llaman en Cuba á este género de canciones, y que fué desempeñada por el segundo barítono García y por el apuntador. La tal guaracha llegará á ser en el teatro lo que *La Paloma* y otras canciones favoritas.

El mártes se dió *Marina*, y el barítono Cresj acabó de revelarse. Se conocen demasiado nuestras opiniones sobre la zarzuela, y se sorprenderán algunos de ver que hoy nosotros hablamos de diverso modo que lo hacia *Próspero* en el *Monitor;* pero debemos advertir que sin dar, como nunca hemos dado, el primer lugar á este género de espectáculos, y pensando siempre que la zarzuela es la muerte del teatro clásico, convenimos en que debe preferirse de los males el menor, y que si se ha de aplaudir la zarzuela, siquiera que se aplauda la que no sea peor, como *Marina*. En esa pieza hay todo el sentimiento, toda la filosofía de que es capaz este género comun de dos, este baturrillo.

Hay otra tiple, la señora Lluesma (todos los individuos de la compañía tienen nombres raros: Llorens, Lluesma, Poyo, Areu, Grau, Cresj, que necesitan para pronunciarse un paladar educado con las dulzuras del portugués ó del gallego). Esta jóven es tambien simpática, y figura en otra línea como segunda tiple.

El teatro ha estado lleno, á pesar de la cuaresma, y lo estará mas despues de ella. Nosotros lo deseamos en obsequio de Albisu y de Moreno.

En cambio, el pobre *Teatro Principal* está como las iglesias, vacío. Hay algo de fúnebre y de imponente en la soledad del Principal. Los actores se esmeran en su trabajo; pero ¿cómo tendrán el corazon al ver en el patio y en los palcos á tan pocos concurrentes como almas en pena, y al oir tan pocos aplausos, como si sonaran allá en el fondo de un abismo?

El gobierno ha tenido la feliz idea de conceder á la compañía del Principal una subvencion, que con todo y no ser muy cuantiosa, es ya bastante para que por ella le estén agradecidos los que aman el

arte dramático y desean que no se extinga en el teatro mexicano. Este rasgo merece alabarse porque indica ilustracion.

A propósito de teatros, el eminente actor D. José Valero ha dejado ya la isla de Cuba y se ha embarcado el dia 28 del pasado Febrero con direccion á España. El nos encarga trasmitir sus últimos adioses á sus numerosos amigos de México, á quienes dice que nunca olvidará, lo mismo que al galante, al generoso é ilustrado público mexicano. *He dejado allí la mitad de mi alma, y volveré á llevar la otra mitad,* dice en su carta.

Al efecto, espera poder venir en el invierno próximo: ¡ojalá! Ya él sabe que los mexicanos le aguardan con los brazos abiertos, y que le ofrecen, tanto á él como á la bella Salvadora Cairon, en nuestro país, una segunda patria, que sabe admirarlos y estimarlos tanto como la primera, y tal vez mas.

Nuestra admiracion será constante para los artistas, como nuestro cariño es inextinguible para los amigos. D. José Valero ansía por volver á su querida México, y Salvadora dice: que aquel *¡ay, no veré mi cielo mexicano!* que como un gemido se escapó de su garganta en el Conservatorio, no puede repetirle ahora, porque volverá sin duda alguna.

Con esta esperanza damos un nuevo adios á los artistas esclarecidos, y les deseamos un viaje feliz y una pronta vuelta.

Permítasenos ahora una pequeña observacion que tiene por objeto salvar, lo mas pronto posible, algunos preciosos monumentos de arte, próximos á la destruccion. Se trata de unos mil y quinientos cuadros de pintura, que desde 1861 se hallan amontonados en el ex-convento de la Encarnacion, y que pertenecian á las iglesias y conventos que se destruyeron y cerraron entonces y despues. Seguramente el gobierno tuvo intencion de colocar debidamente estos cuadros en edificios á propósito para exponerlos á la vista de los viajeros y de los curiosos, pues son generalmente obras de nuestros pintores mexicanos mas ó menos afamados.

Pero entonces, preocupaciones de mayor importancia le obligaron á fijar en otra cosa su atencion. Durante el imperio, segun se nos ha informado, una comision de la Academia de San Cárlos, con órden del ministro imperial, se presentó en el convento de la Encarnacion, que ya estaba ocupado por las monjas, para sacar estos cuadros; pero esas señoras se resistieron á abrir las puertas, si no era con permiso del arzobispo. La comision vió á este prelado, que respondió muy formal que se gravaria su conciencia si otorgaba semejante permiso. La comision dió cuenta con esta contestacion al director del Museo (el Sr. Fonseca), y este, con el objeto de evitar una discusion desagradable que podia tener lugar entre el ministro y el arzobispo, no insistió. Los cuadros siguieron deteriorándose encerrados en los húmedos salones de la Encarnacion.

Hoy que no hay en ese edificio monja alguna que sepamos, ni arzobispo que impida la entrada á nadie, nosotros creemos que deberian sacarse esos cuadros de órden del gobierno, para salvarlos de la destruccion que les amenaza, particularmente á las *tablas,* de las que hay muchas preciosas.

Ademas, como muchos de esos cuadros son de grandes dimensiones, no pueden ser colocados sino en los templos. A la Academia no hay necesidad de llevarlos, pues ya posee las mejores pruebas de nuestros pintores antiguos, que todo el mundo puede ver en sus salones, y por otra parte, no habria en donde colocar estas que son de menor importancia.

En Palacio creemos que estarian mal asuntos puramente sagrados y retratos de santos; de modo que solo queda el recurso de colocarlos en las iglesias que quedan, y no debe vacilarse en ello, pues de todos modos las iglesias son monumentos nacionales que bien merecen estar decorados con obras artísticas que nos den honra y que sean examinadas por los viajeros.

Como quiera que sea, es preciso salvar esos cuadros, y excitamos para ello vivamente al director actual de la Academia y del Museo, que es, por decirlo así, el mas interesado en esta clase de asuntos, y al gobierno, que corre el peligro de perder un tesoro de gloria nacional.

Si nuestros colegas de México, como lo esperamos de su ilustracion, se dignan unir á las nuestras sus instancias, harán un positivo servicio á las artes nacionales.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

EL AMOR MUERTO.

I.

Entre límpidas olas con que juega
El sol, formando vívidos cambiantes,
Con su verdor galana,
Cual esmeralda en cerco de diamantes,
Chipre su dura esclavitud olvida
En los brazos del mar adormecida.

Cerca de ella se agrupan
El Africa servil, Asia cautiva,
Europa armipotente,
Por aspirar con avidez lasciva
El balsámico ambiente
Que en torno se difunde,
Y ansia de amor y de placer infunde.
Mas como antes no viene tibio, denso,
Entre nubes de incienso
Quemado en los altares
De la voluble diosa
Que nació de la espuma de los mares;
Ni en sus lúbricas alas
Discurren, como entonces,
Las cántigas de amor en vagos giros,
Entre sonoros besos y suspiros.

Del gran templo de Pafos,
Que fué del mundo asombro,
Apenas se descubre algun escombro
Dentro del sacro bosque,
Cuyas místicas sombras vacilantes
Velaban el rubor de las doncellas
Y el ímpetu febril de los amantes.
Hoy por do quier la voluptuosa Chipre
De alta desolacion muestra las huellas!
Y la que fuera en los antiguos tiempos
Emporio del placer, del mar señora,
Perfumada mendiga es solo ahora!

II.

¿Qué nueva ocasion acrece
La que allí de llanto existe?
El bosque ¿por qué mas triste
Aspecto que antes ofrece?

En señal de amargo duelo
El arrayan floreciente
La enramada mustia frente
Inclina marchito al suelo.

Errantes los ruiseñores
Huyen de sus compañeras,
Y ocultos en las palmeras
Niegan su canto á las flores.

Sin aroma, por la cuesta
Se arrastra el aura doliente,
Y á sus gemidos la fuente
Con ronco estertor contesta.

Muda, pálida, llorosa,
Sueltos los bucles y el cinto,
Cabe destrozado plinto
Yace de Pafos la diosa.

En el regazo adorable,
Y en muelle actitud, Cupido
Muerto aparece. Tendido
Sobre su arco formidable,

La cabeza rubia posa
Sobre su aljaba, esparcidas
Las ígneas flechas, y heridas
Sus alas de mariposa.

Fué que le plugo aquel dia
Ostentar con fiero porte
Cota de oro, cual Mavorte,
Cubierta de pedrería.

El peso agobióle rudo,
Creyó sus alas deshechas,
No pudo asestar sus flechas,
Ni tender el arco pudo.

Sintió el pecho comprimido
Bajo la armadura helarse,
Y al luchar por remontarse,
Cayó en tierra sin sentido.

Del templo en tanto pesar
Conmoviéronse las ruinas,
Los mirtos en las colinas,
Y hasta su fondo la mar.

Juntas las Gracias perdieron
Su donosura, su encanto,
Y con perlas de su llanto
La inmutada faz cubrieron.

De su laud la poesía
Las áureas cuerdas afloja:
Su lauro inmortal arroja
En la floresta sombría;

Y en su dolor abandona
Con el rabel placentero
La épica trompa de Homero.
Las ninfas una corona

De rayos de luz formaron,
Y al ponerla tristemente.
Del niño muerto en la frente,
Este cántico entonaron:

III.

—Amor, alma del mundo, númen del cielo,
Vagaroso como antes levanta el vuelo!
Tú en poder á los dioses todos excedes,
Y pues que dios naciste, morir no puedes.

A tu influjo se pueblan la tierra, el viento,
Y el líquido se puebla fiero elemento.
Si la creacion reanimas con tus placeres,
Si todo por tí vive, ¿por qué tú mueres?

¿Quién á buscar laureles al hombre inclina?
Al templo de la gloria ¿quién lo encamina?
Por tí los héroes triunfan, á tí los reyes
Se postran y reciben tus dulces leyes.

Júpiter á la tierra por tí bajaba,
A tus piés rindió Alcides la fuerte clava,
Sacrifica en tus aras Juno-Lucina,
Y en tu loor cantaron Safo y Corina.

Sin tí vida, placeres, poder y gloria
Sombra son y fantasmas, dicha ilusoria,
Sombras las perfecciones de la belleza;
Sin tí retorna al caos naturaleza.

Álzate, Amor! Como antes el arco tiende,
Y á tus hombros el leve carcax suspende;
En sacro fuego inflama los corazones,
Prueba otra vez el temple de tus arpones.

En mal punto la cota de oro vestiste!
Y pues tu aérea forma no la resiste,
A los pósteros siglos dirá la fama
Que el amor con el oro no se amalgama.

IV.

Al suspender su cántico las Ninfas,
La mas bella del coro,
La que yo con pasion ferviente adoro,
Fué trémula, llorosa,
A postrarse á las plantas de la diosa;
Y despues que las besa,
Y sollozando abraza sus rodillas:
Despues que á Venus su afliccion expresa,
Al exánime niño en brazos toma,

Lo estrecha al corazon, lo estrecha al cuello;
Y al darle de sus labios el aroma,
Lo cubre con su espléndido cabello.
De sus caricias al influjo blando,
El niño se remueve suspirando:
Abre los ojos, á cerrarlos vuelve,
Y fugaz, indecisa,
Se dibuja en su rostro una sonrisa:
Tiende luego los brazos,
Su tez divina de arrebol se tiñe:
Con ellos, de la hermosa dolorida
El cuello ebúrneo ciñe;
Y así vuelve á la vida
Tras letargo profundo,
Dándosela tambien de nuevo al mundo.

FRANCISCO J. VILLALOBOS.

Febrero de 1869.

SANTA MARÍA DEL RIO, OJO CALIENTE Y GUANAJUATITO.

En una vasta extension de terrenos áridos y tostados por el sol reverberante, en los que se enseñorea la triste familia de los cactus, como otros tantos séres expatriados de la metrópoli de la vegetacion lozana y exuberante; despues de vastas llanuras salpicadas como una inmensa venturina de nopales, mezquites, abrojos y sangre de drago, comienza el terreno á hacerse tortuoso á la presencia de mayores accidentes: altas montañas, mas áridas aún que las llanuras, elevan sus lomos encrespados, como si esos monstruos de piedra hubiesen querido escaparse del fuego subterráneo, y favorecidos por un cataclismo inmemorial, hubiesen llegado á la superficie; la naturaleza, espantada de la conmocion, respetó aquellas masas gigantescas que ostentaban desnudas sus crestones y sus grietas perpendiculares; los vientos fueron los primeros en acariciar á los menstruos y en llevarles en sus alas las emanaciones húmedas y las partículas de tierra vegetal, y como una muestra de confraternidad, aceptaron las rocas los vientos frescos de las praderas y se cubrieron en partes de manchas verdosas, y los líquenes ensayaban su tardío desarrollo sobre el granito; algunas grietas hicieron acopio de tierra vegetal, porque las corrientes de la lluvia la repartian en proporcion, las aves y los vientos llevaron las primeras semillas, y cada grieta fué el tiesto de un nopal ó un garambullo, de un abrojo ó de una biznaga, y desde entonces pobremente engalanados los monstruos del abismo, son eternamente los muros protectores de Santa María del Rio.

Caracoleando entre las faldas tortuosas de esas montañas se desciende, y como si la naturaleza, á guisa de hembra, no quisiera descubrir de golpe los encantos de Santa María, trae al viajero á las vueltas y como en el noviazgo de la hospitalidad.

Poco antes de entrar al pueblo, se eleva á la izquierda del camino una capilla, á cuyos piés duermen los muertos.

La primera señal de vida de aquel pueblo, es la muerte; dentro de aquel pueblo se vive, y cuando allí se cansa el hombre, sale á descansar afuera.

En Santa María del Rio, primero está el rio y despues Santa María, topografía que en toda tierra querria decir: aquí hay un puente. Santa María se ha conformado con decir: aquí está el rio; y como jamas ha tenido esta dulce poblacion la pretension de ser la tierra prometida, no se puede llegar á ella á pié enjuto.

El pedestre entra de pié limpio, ó se queda fuera, y si viene mucha agua se sienta á cantar en la otra banda hasta que baja la corriente. Por fortuna el rio es manso, el agua generalmente poca y los transeuntes sufridos, lo cual no quita algunos ahogados por año; pero por algo ha de haber sido inventado el refran de que *«el que no se arriesga no pasa la mar.»*

La prueba es que en 1540 Fr. Diego de la Magdalena, fraile español que bien pudo haber conocido el refran, conquistó á Santa María, como doctrinero, en union de los caciques Juan de Santa María, Pedro de Granada y Alonso de Guzman.

Los originarios de esta tierra son los huachichiles, de la misma raza de los chichimecas. Despues de la conquista inmigraron en número considerable los othomíes, y desde entonces se formaron las dos parcialidades en que aun está dividida la poblacion, distinguiéndose hoy en pueblo de Arriba y pueblo de Abajo. Los huachichiles, esclavos, como todas las razas indígenas, de sus tradiciones, sostienen todavía sus derechos con imperturbable constancia, al grado de que estándoles concedido desde 1728 el uso de la agua por semanas alternadas, para cederla á los othomíes concurren dos embajadas cada domingo al ponerse el sol, y los huachichiles entregan la agua á los othomíes y los ohtomíes reciben la agua de los huachichiles.

En 1811 aconteció que entre algunos entendidos huachichiles andaba el rum rum de que los españoles necesitaban tener juntos á todos los indios para marcarlos con hierro ardiente, y al efecto debian ser convocados á oir la misa del señor cura al dia siguiente, por considerar la iglesia el mejor cepo. La tarde de la víspera se convocó al pueblo, segun refiere la tradicion, que nos ha sido revelada por un huachichil puro; pero al ponerse el sol, un tropel de ginetes puso en alarma á la poblacion; eran los españoles que venian á hacerse fuertes á esta plaza: colocaron su artillería, y en breve se convirtió la pacífica poblacion en un sitio de guerra: huachichiles y othomíes, segun el cronista, permanecian impasibles ante el apresto extraño, cuando fuerzas enemigas, apareciendo simultáneamente por ambos lados de la cañada, rodearon la poblacion, advirtiendo á los indios que se pusieran en salvo: en efecto, estos salieron en grandes masas á refugiarse fuera del pueblo, y á poco se trabó el mas sangriento de los combates: las fuerzas independientes venian al mando del lego Villerías, y con intrépido

valor acometieron á los españoles, siendo fama que de aquí no salió ninguno.

Othomíes y huachichiles regresaron despues del combate para sepultar á los muertos.

Pero hasta sin puente se llega y se penetra en un extenso búcaro de árboles frutales. Santa María vive en una huerta; las casas y los árboles se mezclan en variada confusion, y casi no hay pared donde no se esté reclinando una higuera perezosa, que reparte por miles cada año sus dulces frutos. Los limeros asoman sus profusos follajes, coronados de azahares, sobre las tapias, y los árboles de ahuacates se levantan majestuosos sobre los demas con la arrogancia de su fuerza y su corpulencia; el granado se entrelaza con los duraznos amarillos; y las parras y los plantíos de camotes, de maíz y de legumbres, aprovechan los espacios que les dejan los árboles.

La iglesia, de forma antigua y pobre, se esconde detrás de un atrio bordado de fresnos, de naranjos y de cipreses, todos lozanos y frondosos, todos haciendo el papel que hace el rebozo de una mujer, medio encubriendo las facciones de la propietaria, tapando siempre la boca, algunas veces la nariz y un ojo, pero dejando siempre el otro descubierto: los árboles del atrio son el tapujo de la iglesia; le tapan á veces la puerta y la fachada, pero le dejan asomar el campanario.

El curioso tiene que írsele á las barbas á la fachada para conocerla.

Así vive Santa María, poco á poco, como sus vegetales. Con su poco de comercio, su poco de autoridades, su poco de rentas, su poco de agua, sus pocas de uvas, con las que se hace un poco de vino, que seria un poco mas bueno si se le dejara embodegado un poco mas de tiempo; y finalmente, con sus pocos habitantes, que no se dan prisa, porque poco les importa vivir aprisa, sino poco á poco.

El 15 de Agosto se da una poca de prisa, se esperezа el 14, y se pone de fiesta; entonces baila un poco, come mucho y descansa otro año entre sus montañas. Parece que durante este año no piensa en nada, y los vivos de adentro no se diferencian de los muertos de afuera mas que en que se mueven.

Una vez vino á despertar á este pueblo la civilizacion, trayendo en una mano el porvenir y el progreso y en otra una máquina de hilados; la industria traia desde muy lejos el producto de la ciencia, los desvelos de la mecánica, las combinaciones del arte y los descubrimientos del genio; al lado de la industria venia el bienestar, trayendo pan para los pobres, trabajo para los desvalidos; se pararon á la orilla del pueblo, y todos aquellos genios benéficos descubiertos ante la miseria y el hambre, pidieron no obstante con reverencia el permiso de impartirles todos sus bienes, colocándose cerca de la corriente del rio.

Santa María bostezó y miró de reojo á los recien ·idos, los oyó mudo, y no comprendiendo lo que decian los genios, buscó su intérprete para que les explicara la embajada extraña.

Saltó de entre todos un avisado, el leguleyo, el díscolo de pueblo, el oráculo, uno de tantos patriarcas que han quedado rezagados en el fango de los pueblos, como los sapos del retroceso y del fanatismo; reptiles sociales que forman la retaguardia del oscurantismo que va huyendo, y á los que la civilizacion en su carrera gloriosa tiene que aplastar con su locomotiva.

¡Atrás! dijo el leguleyo armado con la tradicion y fomentando el espíritu conservador, legado á los indígenas por los vireyes de Nueva España; atrás el usurpador de nuestros derechos! Esta agua es del pueblo, y solo el pueblo puede beber agua. Es cierto que no nos la quitan, porque no se la pueden beber toda; pero que vayan á otra parte á beber agua. ¡Usurpacion! grita el apóstol, y cada indígena despierta para empuñar un garrote; se forman oleadas de la multitud que acude, y las palabras *civilizacion*, *progreso*, *porvenir*, suenan en las masas como palabras cabalísticas y funestas, y ¡fuera! gritan frenéticos, ¡fuera los usurpadores! La civilizacion les vuelve el rostro, los genios huyen, la fruta sigue madurándose, el rio sigue corriendo, y el pueblo vuelve á acostarse á la sombra de sus ahuacates, muy contento por no haberse dejado hacer un beneficio.

No hay lógica posible contra la barbarie.

Si pudiera hacerse especial el derecho colectivo de la humanidad contra los que se oponen al engrandecimiento humano, moririan en una horca afrentosa los díscolos de pueblo; la humanidad tendria derecho para inmolar como carneros á los leguleyos en el ara del progreso.

Santa María ha seguido durmiendo de año en año, no despertando mas que para dar corridas de toros en Agosto.

Y Santa María podria ser una gran fábrica de vino, aguardientes y vinagres, podria ser repartidora de pasas y otras frutas secas, podria tener molinos y fábricas de hilados, podria ser feliz; pero no quiere.

Hace rebozos, pero esta industria la ejerce con la calma de la araña: se esconde un hombre en una pocilga, llevando consigo hilo y seda, é hilo por hilo hace un rebozo; al cabo de algunos meses lo vende mas caro que cualquiera otra tela, y empieza otro; y hasta aquí la industria especial manufacturera de Santa María.

Se dan camotes, pero no se explota la fécula, sino que se venden nada mas como golosina.

Se pasa la fruta, pero no se hace vinagre sino para el consumo de la poblacion.

Se venden cien higos en tres centavos, pero no se conservan.

Santa María frugívora espera cada año, al pié de sus árboles, á que se caiga el fruto, y lo que come á reventar lo digiere en el año siguiente, y así vendrá á encontrarla nuestra quinta generacion.

En abono de algunas personas activas y amantes del progreso, que han pretendido hacer adelantar esta poblacion, diremos que existen los cimientos del puente comenzados hace veinte años, y que tambien hay un principio de presa, proyectada para surtir de agua abundante al vecindario.

No obstante, los esfuerzos de las autoridades y de los hombres emprendedores encuentran constantemente una rémora insuperable en la índole de chichimecas y othomíes.

La naturaleza le ha dado gratis lugares tan hermosos como Guanajuatito y tan ricos como Ojo-Caliente, lugares ambos que no hemos podido menos de bosquejar en nuestro álbum de viaje.

Guanajuatito es la prolongacion de la cañada en cuyo fondo está Santa María. Se sale del pueblo por callecitas formadas de huertas pintorescas y siempre verdes, y se asciende por las mismas faldas de las montañas seculares, que conservan por todos lados su aspecto sombrío y árido, contrastando con los remansos, las praderas, los cármenes y las vegas de sus faldas; este es el camino de Guanajuatito: se llega al pueblecito sin sentirlo, y cuando ya se ha elevado el terreno de las cuestas, se ve á lo lejos á Santa María, dormida entre sus árboles.

Mas de cien personas formaban una risueña caravana, cabalgando en asnos y caracoleando por los vericuetos, los zarzales y las casitas que estrechan el camino, hasta que llegaron á una puerta desde la cual se descendia por una rampa hasta un verjel, en cuyo fondo se elevan árboles colosales tejiendo una bóveda de follaje por donde apenas penetra el sol; algunos viñedos y milpas se extienden al frente hasta tocar el rio, bordado con una doble hilera de sauces; y despues, otra vez la montaña aterida y triste, pero majestuosa.

Una orquesta nos esperaba, las jóvenes dejaron sus cabalgaduras y descendieron al verjel enlazadas con los galanes al compás de la danza.

Los dulces acentos de la orquesta y la presencia de aquellas jóvenes alegres y bulliciosas, completaban el cuadro en que la naturaleza se habia encargado de preparar el salon de baile, decorado con esos frescos que en vano se afana el hombre por imitar.

A esta animacion pasajera, parecia que los árboles se sonreian; y los habitantes de aquellas comarcas olvidadas del mundo, se creian sin duda bajo la impresion de un sueño extraño.

Antes de ponerse el sol, la cabalgata abandonó otra vez á su silencio las selvas, y la noche lo envolvió todo con su manto de terciopelo, al que el ayuntamiento suele regalar en el centro de la poblacion una que otra chispa con el pomposo título de alumbrado público.

Ojo-Caliente es otra cosa: es un verdadero lugarejo donde plugo á la madre naturaleza colocar, á la orilla de un rio de agua fria, como todos, un ojo de agua caliente como pocos; agua que sin ser uno químico ni recurrir á mas análisis que el del paladar, conoce que es potable y no tiene azufre; tan potable, que despues de nivelada con la temperatura ordinaria, es la de uso comun y de las mas gustosas.

A principio de este siglo se edificaron dos bóvedas formando dos baños, que si bien podian ser mejores, son, sin embargo, agradabilísimos; la agua es completamente diáfana, y á un grado de calor tan soportable como un baño tibio, templado al gusto. Hay una pequeña pieza anterior al cuarto del baño, el cual consiste en un cuadrilongo de ocho por cuatro varas y en el que se puede nadar; el piso es de arena un poco grosera, pero allí mismo hay otro manantial; la agua corre abundantemente á mezclarse con la del rio, que aprovechan constantemente muchas personas para lavar y para bañarse.

A este baño se le atribuyen prodigios medicinales sin cuento; los indios lo consideran una panacea, y es probado que cura todas las enfermedades, menos la de piedra en la cabeza.

Este baño es muy de los huachichiles, y en él se bañan gratis los nativos de Santa María. Los de otras partes pagamos medio.

Las reflexiones que vienen naturalmente á las mientes, al admirar por un lado el beneficio de la naturaleza y por el otro la incuria y el abandono de los huachichiles, hacen desear que el gusto y la civilizacion moderna se apoderasen de aquel pintoresco lugar, para edificar unos baños que cubrieran todas las exigencias del *confort*, y que serian, á no dudarlo, el punto de reunion de las familias y un pretexto para una hermosa temporada de baños como las de otros países cultos.

FACUNDO.

REVISTA DE TEATROS.

LUZ Y SOMBRA, zarzuela de Serra y Caballero.—EL RELÁMPAGO, zarzuela de Camprodon y Barbieri.

Si quisiese yo echarla de censor erudito y severo, te diria con voz campanuda y grave, lector amigo, que en general la *Zarzuela*, así como su hermana la *Opera cómica* de los franceses, literariamente hablando, es un género bastardo, de transicion, é inaceptable en el terreno de la verdad dramática. A la inverosimilitud, admitida por el público en la *comedia*, de que los personajes hablen en verso, la zarzuela agrega la otra de que canten, alternando con la declamacion. En la tragedia griega ya habia esa mezcla, pero solo era el coro quien cantaba. Mas tarde, en el teatro español y en tiempo de Lope, tambien habia canto; pero á semejanza de los griegos, cantaban solamente los músicos, como en la *Estrella de Sevilla* y otras. Vino despues Calderon, quien introdujo ya la música en la comedia con profusion mayor, y haciendo cantar tambien á los personajes, como en la *Púrpura de la Rosa*, el *Laurel de Apolo* y el *Golfo de las Sirenas*, que se representaron en la *Zarzuela*, sitio real llamado así, y que dió su nombre al nuevo género

de composicion. Acaso tomó la idea de la *Opera*, que á mediados de su siglo (el XVII) habia sido perfeccionada en Italia; pero al menos la *Opera*, ya que lleva la inverosimilitud hasta el punto de que una persona cante aun para exhalar el último suspiro, ó para preguntar á un enfermo si pasó bien la noche, conserva un carácter uniforme en la misma aberracion; en la zarzuela es mas de bulto la impropiedad, porque se te presentan súbitamente marcados los límites del hablar como los hombres y del trinar como los pájaros.

Esto, poco mas ó menos, oirás decir á los oráculos de la literatura, á los mas intolerantes partidarios del clasicismo; pero como á despecho de esas doctrinas, tan severas cuanto fundadas, el comun del auditorio aceptó con júbilo en España, lo mismo que en México, aquel abigarrado género, y goza ampliamente con él, y aun le prefiere á las mas puras y correctas formas del arte, inevitable es ya seguir la corriente del gusto general, en lo que (dicho sea de paso) poca ó ninguna violencia tiene que hacerse el ánimo. En efecto, sea que la mayoría de los espectadores solo busca en el teatro apacible solaz sin meterse en mas honduras, sea que la música de la zarzuela por su sabor español y por su forma en lo general sencilla, está mas al alcance de todas las inteligencias y mas en consonancia con el carácter de nuestros padres y por consiguiente con el nuestro, es el caso que el advenimiento de la zarzuela causó en el teatro una revolucion profunda, arrastrando al proselitismo suyo no ya solamente á la masa del auditorio, sino tambien á los mas notables poetas dramáticos, quienes como Breton, Vega, Camprodon, Larra y otros, hubieron de prestar al nuevo género el pleito–homenaje de sus producciones, escribiendo zarzuelas y aceptando las consecuencias del éxito á médias con los mas inteligentes músicos, como Gaztambide, Barbieri, Caballero, Arrieta y Oudrid. Si aquellos insignes escritores se adhirieron lisa y llanamente á la revolucion dramática, ó si la aceptaron meramente en calidad de hecho consumado, problema es este que no sabré yo resolver. Sea como fuere, ello es que escribieron zarzuelas, que el nuevo género no les fué ingrato, procurándoles, como les procuró, nuevas hojas de laurel para sus ya conquistadas coronas, y por fin, que los que en teoría condenan esta clase de obras, acuden gozosos al espectáculo y participan del comun placer, y aplauden al igual de sus mas ardientes partidarios. Declaremos, pues, beligerante á la *Zarzuela*, démosle el ósculo de bienvenida, y si algun escrúpulo nos queda, concedamos indulgencia plenaria á sus extravíos.

Tras lo cual, ya podemos tú y yo, lector amigo, departir en paz sobre las últimas representaciones que la compañía de Albisu nos ha hecho disfrutar.

Luz y Sombra es un capítulo de la fisiología del amor, una sencilla y deliciosa leyenda, toda idealismo, toda sentimiento. Combináronse de tan feliz manera la música y la poesía, que á veces no es posible distinguir cuándo habla el poeta y cuándo canta el músico; ambos hacen vibrar en el alma una misma cuerda, ambos producen una embriagadora melodía, que sumerge al espectador en la tranquila beatitud del éxtasis; y como si hubiesen tomado de consuno en la naturaleza cuanto esta tiene de suave y melancólico, trazaron un cuadro en cuya composicion concurren la tibia luz del crepúsculo vespertino, el lánguido murmullo de la escondida fuente, el triste arrullo de la tórtola viuda, el lucero de la tarde, el perfume de la violeta, el primer suspiro del primer amor. *Luz y Sombra* es la glorificacion de Serra y de Caballero.

Si recuerdas, lector amigo, un drama de orígen frances que con el título de *El fuego del cielo* estrenó en nuestros teatros el actor Fabre, allá por el año de 46, habrás reconocido en el *Relámpago* ese mismo drama, arreglado á la escena española por Camprodon y Barbieri. Pero si la obra genuina es ya de por sí bellísima á causa de su plan ingenioso y nuevo, de su hábil desarrollo, de sus bien dibujados caractéres, y sobre todo, de sus brillantes efectos teatrales, Camprodon sublimó sus atractivos, cuando á las primitivas galas añadió el rico atavío de esa versificacion melodiosa, modulada por aquella misma lira que entonó la *Flor de un dia*. Aquí es donde me pesa, lector amigo, de no poseer ni siquiera los rudimentos del arte divino; que á ser de otro modo, yo te detallaria menudamente las excelencias y los primores de la música que Barbieri compuso para el *Relámpago*, música que juzgada por mí favorablemente con solo el sentimiento (como profano que soy), mereció asimismo la entusiasta aprobacion de los inteligentes, cuyo voto hube de consultar; ténenla estos por excelente, si bien dan la preferencia á *Luz y Sombra* en lo relativo á la instrumentacion. Sea de esto lo que fuere, ello es que el *Relámpago* acaricia el oido, contenta el gusto, procura agradable esparcimiento al ánimo, y es por estas causas una obra de larga vida.

Viniendo ahora á los artistas que desempeñaron una y otra zarzuela, te manifestaré mi juicio, siempre con la salvedad de ser yo, en achaque de música, mucho mas ignorante que en cualquier otra materia.

En *Luz y Sombra* hizo su presentacion la señora Corro. Bella, simpática, interesante, la hermosa actriz tuvo en favor suyo el primer efecto, y pudo decir su romanza de introduccion bajo buenos auspicios; acaso la emocion consiguiente, ó la *tessitura* de la obra (como opinaron quienes mas saben), no permitió á su voz desplegar toda la dulzura y flexibilidad que el oido experto apetece; pero si es que realmente habia motivo para suscitar escrúpulos en ese punto, tales exigencias quedaron ampliamente compensadas con el fuego de la expresion. La señora Corro siente los afectos y los traduce con todo el calor de una alma inspirada; la señora Corro es una artista de corazon. Así supo arrebatar al auditorio en el final del primer acto, con aquel mag-

nífico arranque, con aquella suprema angustia de la enamorada ciega, tan felizmente interpretada por la señora Corro en el *yo quiero ver*, dicho con un acento cruelmente desgarrador. En este pasaje, en la escena VIII del segundo acto, cuando Aurora se decide á sufrir la operacion, y en la final, mostró ademas la señora Corro que sus facultades artísticas no están limitadas á solo el acento: el juego de la fisonomía, la accion en suma, concurren á formar un conjunto armonizado, perfecto, destacándose en toda su verdad el personaje ideal concebido por el poeta. Así fué como alcanzó del público el merecido honor de la *llamada* despues de concluido cada acto.

La dulce, flexible, extensa y modulada voz del tenor señor Grau, lució en los difíciles pasajes del *Relámpago:* este actor haria bien en dar mas calor á su expresion y mas movimiento á sus escenas.

El señor Poyo va conquistando paulatina pero sólidamente el aprecio del público; y es que manifiesta ser un actor concienzudo, que se respeta á sí mismo, al auditorio y al arte, y que no envilece á los personajes puramente cómicos, con las truhanescas maneras ni los abigarrados atavíos del payaso. No de otra manera se conduce el apreciable bajo señor Santa Coloma, como habrás podido notarlo si lo viste despreocupadamente en *Campanone* y en el *Caballero particular*. Mala idea da de su talento quien precipita el chiste al terreno de la chocarrería, quien convierte al actor en bufon, y en histrion al artista.

Veo con gusto confirmarse cada vez mas el juicio que del talento de la señora Llorens hube de formarme en la noche de su estreno; encanta verdaderamente el decoro, la gracia, la finura que, así en el decir como en el accionar, emplea la apreciable dama; ya sea en el canto, ya en la declamacion, hay en su acento esa dulzura grave y reposada, que sin fatigar el oido llega fácil al corazon, y lo posee, y se lo atrae, sin que parezca pretenderlo. Sabe dar á su voz esa diversidad de matices que constituyen lo que en el arte se llama claro-oscuro; y en los pasajes del género trágico, la lleva con maestría á la entonacion elevada que el caso requiere, como en el *parlamento* final del *Caballero particular*. La señora Llorens es de aquellas artistas á quienes con pesar se las ve salir de la escena.

Alargóse este artículo mas de lo que yo quiero y tu paciencia sufre; no te hablo por eso del eminente barítono Sr. Cresj, que en la *Marina* alcanzó un verdadero triunfo; ya en mi siguiente revista conversaremos sobre ambos puntos, con el detenimiento que se merece esta obra, y el artista que supo realzarla con su talento. Déjame solo ponderarte la habilidad del jóven primer violin D. Pablo Sanchez, que arrebató al público ejecutando aquel difícil *solo* en el tercer acto del *Relámpago:* ese distinguido mexicano es una nueva estrella que aparece radiante en el firmamento del arte, para legítimo orgullo de su país: yo le felicito cordialmente por su merecido triunfo, que será, como lo espera mi deseo, el precursor de otros no menos espléndidos.

Déjame, por último, consignar aquí la grata sorpresa que al público causaron los señores García, barítono, y Areu, apuntador, presentándose á cantar con admirable propiedad una de esas canciones peculiares á los negros cubanos, llamada la *Guaracha:* aseguran quienes la han oido originariamente, que no puede ser mas exacta la copia. Los dos fingidos negros contentaron sobremanera al público, quien les acordó los honores de la repeticion.

Con esto, y con decirte que nuestra acreditada orquesta sigue dejando bien puesta la honra adquirida en diversas épocas, cierro esta mi revista aplaudiendo, como se lo merecen, á los inteligentes coristas de la compañía de Albisu.

M. PEREDO.

México, Marzo 10 de 1869.

ADIOS!

Sorrento, nido de ruiseñores,
Con tu magnífico cielo sereno,
Ondina cándida que el mar Tirreno
En voz armónica te dice amores.
Tiesto balsámico de frescas flores,
Fenicio búcaro de aromas lleno,
Para oir mis cántigas abre tu seno;
Son tristes cántigas de mis dolores!
Yo errante pájaro, mi raudo giro
Corté en tus márgenes, amante al paso
El alma dándote con un suspiro.
Mas hoy que mísero retorno á Ocaso
Y por vez última te beso y miro,
¡Adios, oh célica mansion del Tasso!

L. G. ORTIZ.

Sorrento, 1866.

MARÍA ANA

HISTORIA DE UN LOCO

DIARIO DE DON ALVARO

PRIMERA PARTE

EL PAÑUELO ENSANGRENTADO

CAPÍTULO II.

Una isla del Rhin.

El Rhin es el rio padre de las fantásticas leyendas alemanas.

Hasta Bingen desciende manso y sereno, bañando con sus ondas las riberas cubiertas de lozanos viñedos, graciosas aldeas, góticos castillos, quintas modernas y antiguas ciudades, que en su conjunto ofrecen á la vista del viajero un pintoresco y animado cuadro.

Mas allá las olas se precipitan hirvientes en medio de las montañas, y se estrellan furiosas contra los arrecifes que cubren su lecho y quieren detener su curso.

En el límite del valle y de las montañas, entre el rio sereno y el irritado, se encuentra una isla, que angostando el rio por ambos lados, forma en uno y otro un canal.

En ella se levanta una torre vieja y abandonada. El tiempo ha respetado sus derruidos muros, que ennegreció el incendio. La tradicion la envuelve en el manto de lo terrible, y ningun habitante de los contornos, ni aun en pleno dia, osára penetrar tras de sus desmanteladas murallas.

Allá en los tiempos caballerescos de la Edad Média, Hatto, obispo de Fulda, fué elevado por sus intrigas, mas que por su mérito, á la sede vacante del arzobispado de Maguncia. Era el prelado uno de esos hombres que gobiernan, no para provecho de los pueblos, sino para el suyo propio; y aunque el país acababa de sufrir una guerra cruel, le cargó de contribuciones.

No bastando las ya establecidas para satisfacer su codicia, inventó otras nuevas.

Con el fin de cobrar á las embarcaciones que cruzaban el Rhin un derecho de pasaje, hizo edificar en una isla frente á Ehrenfels por una parte y á Rheinstein por la otra, una fuerte torre, y como á causa de la isla el rio es angosto en ese punto, ninguno pasaba sin pagar el impuesto.

A las exacciones del arzobispo y á la miseria en que estaba el país, uniéronse una sequía general y una nube de *langostas* que destruyeron las cosechas, asolando los campos. El pueblo sufrió el hambre con todos sus horrores.

Entonces el prelado, que habia acopiado las semillas del año anterior en sus graneros, mandó venderlas á un precio tan excesivo, que pocos pudieron pagarlas.

Pereciendo de hambre y á impulsos de la desesperacion, hombres, mujeres y niños penetraron un dia en tumulto á la mansion del prelado, á quien encontraron sentado á una mesa opípara en medio de sus cortesanos.

Estos, conmovidos á la vista de aquellos desgraciados, solicitaron la caridad del arzobispo. Pareciendo acceder á sus ruegos, mandó este al pueblo á una granja inmensa en donde guardaba provisiones, y una vez los infelices adentro, cerró las puertas, y rodeando con sus hombres de armas el edificio, mandó prenderle fuego.

Las víctimas, devoradas por las llamas, sofocadas por el humo, lanzaban horribles alaridos.

El prelado las oia en medio de sus cortesanos aterrados.

—Son las ratas que devoran mis semillas, exclamaba con una alegría infernal.

Hombres, mujeres y niños perecieron en el fuego. Pero la Providencia divina, que no deja impune al criminal, dispuso el castigo de aquel mónstruo.

De las cenizas de la granja incendiada salieron millares de ratas, que furiosas invadieron la morada arzobispal y atacaron al prelado.

En vano sus criados mataron á centenares de aquellos asquerosos animales. Su número se multiplicaba sin cesar.

Los criados huyeron espantados, y el arzobispo buscó un refugio en la torre, creyendo encontrar en las ondas del Rhin una barrera inexpugnable á las ratas. Pero estas atravesaron el rio á nado, y royendo puertas y muros, llegaron hasta el prelado y le devoraron, dispersándose y desapareciendo en seguida.

Nadie volvió á pisar los umbrales de la torre, hasta que en la guerra de treinta años la incendiaron los suecos.

La isla, como la torre, permanece desierta, pues nadie se atreve á llegar á ella.

La luna asomando tras de las montañas, empieza á iluminar el paisaje con su plateada luz, envolviendo los objetos con un velo de trasparente gasa.

Como el lomo de un inmenso cetáceo aparece la isla saliendo del seno del rio. Sobre ella, terrífica y sombría, se alza la *Torre del Arzobispo.*

Un bulto negro se mira en la ribera; casi se confunde con el fondo oscuro de la isla. Se inclina y presta el oido; algo espera que viene por el rio. Se impacienta y comienza á pasearse, cuidando sin embargo de no atravesar la zona bañada por la luna. Se detiene y escucha. El roce imperceptible de una barca que se desliza sobre las ondas, interrumpe el solemne silencio de la noche. Ya el esquife se acerca. Tocó la ribera. Dos hombres y una mujer vienen en él. La luna los baña con un rayo indiscreto. Están envueltos los tres en negros mantos, y un antifaz de terciopelo negro tambien, cubre parte de su rostro. El que lleva el timon lanza un silbido particular que repite el eco. El graznido de una ave nocturna le responde. La barca atraca. El que estaba en espera se aproxima, y pronunciando una palabra misteriosa, da la mano á la dama que viene en la barca y la ayuda á saltar en tierra.

Los otros dos se inclinan mudos y respetuosos, y cuando la dama se aleja con su acompañante, llevan la barca á una pequeña ensenada que la cubre por completo á la vista.

Entretanto la dama y su acompañante llegan al pié del muro de la torre, que mira al Poniente.

El caballero toca un resorte incrustado entre las piedras derruidas. Un cuadro del muro se hunde; por allí entran la dama y él en un largo y oscuro callejon.

—Señora, apoyaos en mí y no temais, dice el hombre.

—El frio húmedo de esta caverna es lo que me hace estremecer, no el miedo, murmura una voz firme y argentina.

—Bajad la cabeza, dijo el hombre.

La dama se encorvó lo bastante para evitar que su frente diera contra el marco superior de una pequeña puerta que atravesaron.

—Vamos á descender una escalera. Contad cuarenta escalones.

Medio minuto despues se encontraban delante de

otra pequeña puerta de fierro, que el hombre abrió tocando otro resorte oculto.

Bajaron de nuevo otra escalera mas prolongada que la anterior.

Al pié de ella se extendia un fuerte muro, húmedo, como todo lo que habian recorrido, por filtraciones de agua.

El hombre extendió el brazo y tocó el muro.

Un ruido prolongado como el de un trueno lejano se hizo oir, y pocos instantes despues, como por encanto, un hueco se dejó ver en el muro, por el que brotaron torrentes de luz.

La dama y el caballero entraron por él, y se encontraron en un salon perfectamente iluminado por una gran lámpara de cristal tallado que pendia del artesonado techo.

Los muros eran de blanco y oro, los muebles riquísimos, de estilo Luis XIV. Grandes espejos adornaban el salon, y una mullida alfombra de Persia completaba el ajuar. En la testera dos jardineras gigantescas contenian flores exóticas las mas raras, la camelia del Japon, las rosas de Alejandría y de Castilla, el jazmin de España, los súchiles y los nardos de México, magnolias, violetas de Parma, no me olvides, heliotropios, pensamientos, y con ellas mil flores desconocidas. Un aroma exquisito y embriagador impregnaba la atmósfera.

Era el salon de una gran dama de Paris ó de Lóndres.

La enmascarada aspiró con delicia aquellas emanaciones suavísimas.

El caballero le ofreció un asiento y permaneció respetuosamente de pié.

—Señora, descansad si estais fatigada. Estamos bajo el lecho del Rhin, y ese murmullo sordo y prolongado que oís, es el rio que corre sobre nuestras cabezas. Los ingleses muestran enorgullecidos, como una obra maestra sin rival, el túnel que atraviesa el Támesis. Hace un siglo *la Orden* descubrió este otro, obra sin duda de los antiguos romanos. En él *la Orden* construyó un palacio, donde cada año celebra el *Directorio* el *consejo supremo.*

Gonzalo A. Esteva.

(Continuará.)

NECROLOGIA.

El último paquete ha traido de Yucatan una noticia hondamente dolorosa y desconsoladora. El insigne poeta, el inimitable cantor yucateco Pedro Ildefonso Perez, ha fallecido.

¡Triste suerte la de ese país! Preciso era que mientras arrebatado por el vértigo de la revolucion, mientras desangrándose en horribles contiendas, agregaba una desolacion mas á tantas desolaciones, una hecatombe mas á las hecatombes sin cuento que se han llevado á cabo hasta en el último rincon de la península; preciso era que mientras la hidra del militarismo levantaba entre las ruinas humeantes de uno de los mejores Estados de la nacion su repugnante cabeza sobre la tumba de nuestros padres bajo el acecho constante del bárbaro, Dios, para dar un golpe irremediable á la juventud, á la inteligencia de ese país, haya querido arrancar violentamente de su seno al ruiseñor divino de sus bosques de palmeras, al bardo sublime de sus ruinas misteriosas, al gran poeta, que guardaba en su corazon, como en un altar, el amor sin límites á ese país tan interesante como desgraciado.

Los lectores de *El Renacimiento* tendrán muy pronto ocasion de conocer los versos de Perez, y sentirán su muerte como la hemos sentido nosotros. Perez era una gloria nacional, su nombre se escribirá por la posteridad allí en donde se escriban los de Ramirez, Valle y Prieto. Es un tesoro perdido para la América española. ¡Habia tan infinita ternura en su corazon! ¡era tan alta la inspiracion que ardia en el cerebro de ese gigante muerto!......

Nosotros damos á Yucatan nuestros pésames por la muerte de Pedro I. Perez, cuyas producciones siempre admiraremos, cuya pérdida lloraremos siempre.

Justo Sierra.

UNA PASION ITALIANA.

El baile estaba en su apogeo. Alberto y yo habiamos ido á buscar un refugio en un precioso gabinete, bastante lejos del salon de baile, y allí nos habiamos arrojado en un sofá, entregándonos á nuestras mutuas reflexiones, mecidos por los ecos de un wals de Strauss, que llegaban llenos de dulce armonía á nuestros oidos. Alberto estaba pensativo y meditabundo; yo me sentia inspirado por aquella música lejana, por aquella atmósfera tibia y perfumada, y por aquellos vagos murmullos que partiendo del salon del baile llegaban por interrumpidas oleadas hasta nosotros, y estaba improvisando una poesía filosófica sobre el último dia del año, aun mas disparatada que ninguna de las que he compuesto hasta ahora.

—Son las doce de la noche, exclamó Alberto de improviso, con tono melodramático. Un año mas ha caido en el abismo de los siglos, en esa incomprensible y tenebrosa eternidad.

—Fugaces pasan en verdad los años—murmuré yo sin hacer caso de las palabras de mi amigo, entregado como estaba á las elucubraciones de mi musa.

—Fugaces, sí, interrumpió Alberto, pero dejando cada uno de ellos una herida mas en nuestra alma y una arruga mas en nuestra frente.

—Ya que te has propuesto hacer huir la inspiracion interrumpiéndome de ese modo, exclamé con impaciencia, dime siquiera cosas razonables.

—¿Qué he dicho que no sea razonable?

—Nada, si así lo quieres; solamente te haré notar que tus palabras de ahora hacen contraste con

las que pronunciabas no ha mucho al oido de la bella Angelita, mientras bailabas con ella.

—¿Y qué deduces de ahí? me preguntó.

—Deduzco que tambien se encuentran goces en la vida.

—Goces que se olvidan una vez pasados, porque el hombre solo tiene memoria para el dolor, replicó Alberto.

—Gracias, exclamé; acabas de proporcionarme una cuarteta. Escucha:

Pasa el placer y la memoria olvida;
Mas si llega la amarga desventura,
Eternamente su recuerdo dura
En el alma por siempre entristecida.

—Es floja la cuarteta.

Miré de soslayo á mi amigo Alberto. Los poetas somos muy susceptibles.

—Querido, me dijo, si no quieres que te critique no me recites jamas tus versos, pues hablándote con franqueza, no creo que nunca consigas hacer uno solo bueno......

—Volviendo á lo que deciamos...... me apresuré á interrumpir, pues no me agradaba mucho el giro que tomaba la conversacion.

—Volviendo á lo que deciamos, te repetiré que solo los dolores dejan profunda huella en el corazon del hombre.

—Eso está bueno para decirlo en mis versos, pero no para creerlo sériamente.

—No opino como tú, y la prueba de ello es que estoy triste y melancólico en medio de una fiesta, porque hoy es el aniversario del dia mas amargo de mi vida, dia cuyo recuerdo no se ha borrado nunca de mi mente.

—Pues hace poco, al bailar con Angela, tu alegría......

—Mi alegría era ficticia, interrumpió Alberto. Por otra parte, ese nombre de Angela me recuerda el de una mujer á quien amé extraordinariamente, y que es á la que se refieren los recuerdos de que te hablaba.

—Despiertas mi curiosidad.

—Si quieres, te contaré esa historia.

—¡Magnífico! precisamente andaba buscando una para el *Renacimiento*.

—Pues te has sacado la lotería, porque mi historia es interesante.

—Cuidado; no diga yo de ella lo que tú de mis versos.

—Ya verás como te agrada.

—No lo dudo; pero opino porque dejes tu narracion para despues de cenar. Supongo, agregué al verle levantarse para dirigirse al comedor, que tu repentino romanticismo no te impedirá hacer honor á la cena.

—No tal, contestó riendo; es preciso cobrar fuerzas para poder soportar las penas de la vida.

Una hora despues estábamos de nuevo en el gabinete, sentados uno al lado del otro. Ambos guardábamos silencio, meditando Alberto probablemente en su historia, y yo aguardando á que hablara.

—¡Cuán rápido pasa el tiempo, dijo al fin, arrastrando tras de sí uno á uno, envueltos en los pliegues de su fúnebre ropaje, los cortos dias de la vida del hombre! ¡qué abismo tan inmenso entre el primero y el último dia del año! ¡cuántas ilusiones perdidas, cuántas esperanzas desvanecidas, cuántas ambiciones defraudadas!

—Querido, exclamé interrumpiéndole, ¿adónde van á parar esas lamentaciones?

—A mi historia. Le sirven de introduccion.

—Pues suprímelas, porque temo sean mas largas aún que las de Jeremías, y la noche y mi paciencia tienen límites.

—¿Te vengas de lo que antes te dije de tus versos? exclamó Alberto.

—Para probarte que no es así, te permito proseguir en el mismo tono que comenzaste. Vamos, te escucho, le dije, revistiéndome de una extraordinaria dósis de paciencia y resignacion, y de la cual desearia se revistieran á su vez mis lectores.

—No, replicó Alberto; me has hecho perder el hilo de mis ideas y me obligas á entrar de lleno en mi historia.

—Gracias á Dios, murmuré entre dientes.

—A fines de 186....... recorria la Italia, como tal vez recordarás. Llegué á Venecia en los últimos dias de Diciembre, y me apresuré á entregar una carta de introduccion que tenia para el príncipe Cavoni, el jóven mas elegante y aristócrata de la reina del Adriático. Se declaró desde luego mi cicerone, y pocos dias despues ya éramos íntimos amigos.

En la tarde del último dia de Diciembre atravesábamos, el príncipe y yo, en una góndola, la laguna de Mestra, adonde habiamos ido á dar no sé con qué motivo. Muellemente reclinados sobre los blandos cojines de la góndola, nos entregábamos al *dolce far niente*, aspirando con delicia el humo perfumado de los exquisitos cigarros que á mi llegada habia hecho pasar por la aduana de Venecia, á pesar de los rigorosos edictos de S. M. tudesca, cuando de pronto una magnífica góndola, conducida por lacayos de gran librea, pasó rápidamente junto á nosotros. Mas no llevaba tal velocidad que no pudiera percibirse entre las ricas cortinas de seda que la cubrian, el rostro mas encantador que habia yo visto en mi vida. Dejé escapar un grito de admiracion y sorpresa, y me enderecé bruscamente para seguir con la vista la embarcacion, que se deslizaba velozmente sobre la tersa superficie de la laguna.

—¿Qué sucede? me preguntó el príncipe, sin abandonar por eso su negligente postura.

—Esa góndola...... dije, indicándola.

Roberto A. Esteva.

(*Continuará.*)

MARÍA ANA

HISTORIA DE UN LOCO

DIARIO DE DON ALVARO

PRIMERA PARTE

EL PAÑUELO ENSANGRENTADO

CAPÍTULO II.

Una isla del Rhin.

(CONTINUA.)

La dama se quitó el antifaz y le arrojó lejos de sí con el capuchon que la cubria.

El hombre la imitó.

Son *la Abuela* y el *Maestro* que hemos visto dos meses atrás en el baile de las Tullerías.

La luz artificial presta reflejos de oro al mármol de los hombros y de los brazos desnudos de aquella y oscurece sus cabellos castaños.

El terciopelo negro de su trage aumenta la blancura de su tez.

El lector conoce tambien al *Maestro*. Si *la Abuela* está dotada de toda la hermosura que puede alcanzar su sexo, el *Maestro* es el tipo de Antinoo vestido de frac negro, y con el mayor grado de lo que el mundo moderno ha convenido en llamar aire distinguido.

—Y bien, ¿qué nuevo sacrificio exigís de mí? ¿qué tiene *la Orden* que mandar? dice *la Abuela*.

—Nada, señora; que sigais gastando sus millones en la via de placer que os ha señalado.

—Llamadla via dolorosa.

—La senda del mundo, señora, está regada de lágrimas, y nadie escapa al sufrimiento; pero unos aspiran el veneno en el aroma de las rosas, y los otros lo sorben gota á gota en un cáliz de amargura.

—Porque tengo millones para satisfacer mis caprichos, decís que gozo, que soy feliz: probádmelo.

—Señora, el oro cura todas las miserias. Los caprichos mas locos de vuestra fantasía, *la Orden* los realiza por costosos que sean. Reinais por el buen gusto, la riqueza y la moda en la primera corte de Europa, y Napoleon III está á vuestros piés.

—Dadme á mi hija y quitadme lo demas. ¿No sabeis que el remordimiento destroza mi corazon, que tengo el alma lacerada por los recuerdos, y que mi hija es mi esperanza y será mi redencion? Me siento ahogar en medio del lujo desenfrenado que gusto, y diamantes y sedas, y pieles, y carruajes y caballos magníficos, y el palacio de príncipe que me haceis habitar en Paris, son para mí la túnica de Dejanira. ¿Ignorais que mi padre murió de hambre, y tal vez maldiciéndome? ¿no sabeis que mi madre está loca y encerrada?..... ¡Oh! triste, horrible, fatal es mi suerte!

—Calmaos, señora; vuestra hija es la prenda que de vuestra obediencia posee *la Orden*. Está educándose en lugar seguro, y con el tiempo os será devuelta. No olvideis que íbais á perecer deshonrada y con una muerte trágica y espantosa, arrastrando á aquella inocente criatura en vuestra perdicion, cuando *la Orden* os salvó y cubrió á ambas con su egida poderosa.

—¡Fatalidad! murmuró *la Abuela*, y sollozando cubrió sus bellos ojos con sus manos.

En aquella actitud estaba sublime de hermosura y de muda elocuencia. Miguel Angel ó Praxiteles hubieran hecho de ella la estatua de un Angel del Dolor ó la de Vénus desesperada.

El *Maestro* la contempló, y un relámpago de infinita piedad brotó de sus ojos.

—Calmaos, señora, y llamad á vos toda vuestra energía. Teneis que combatir en breves instantes. El *Directorio* os ha llamado aquí para interrogaros, porque de Paris han denunciado que traicionais á *la Orden*. No temo revelaros la verdad, porque en mi conciencia estoy convencido de que sois fiel á vuestros juramentos, y os protegeré en la lucha contra los enemigos que teneis en el *Consejo Supremo* y que tratan de perderos. Ellos son fuertes y poderosos; pero contad conmigo: seguro de vuestra inocencia y de vuestra fidelidad, confundiré á los calumniadores.

—Estoy calmada y preparada á todo; pero esta tormentosa existencia me es insoportable, y si no tuviera la esperanza lejana de recobrar un dia á mi hija, preferiria morir. A menudo, en momentos de amargura, la idea del suicidio ha cruzado por mi mente.

—Ninguno tiene derecho á quitarse una vida que no es suya. El alma fuerte lucha contra la adversidad, y vos teneis un alma superior, señora. Yo tambien he llevado una existencia de contrariedades y de amarguras, la desgracia ha pesado á menudo sobre mí con su mano de hierro, y yo que hoy manejo millones, que poseo caudales inmensos y que gobierno como señor absoluto á muchos millones de hombres, he sufrido por largos años los horrores de la mas abyecta miseria en medio del lujo de las grandes ciudades; otra vez me he visto errante y perdido en los áridos desiertos del interior del Africa, sin una gota de agua que llevar á mis labios secos por la sed; mas tarde, agobiado por la fatalidad, he sido calumniado, y sobre mí ha pesado el estigma que merecia la falta de un miserable, y me he visto aislado y abandonado de la sociedad entera; los unos me maldecian, los otros me evitaban, y mis amigos huian de mí como de un leproso; pero he tenido fé, y fijos mis ojos en Dios, he luchado y siempre he salido triunfante, coronando mi esperanza la victoria.

—La esperanza aun no la pierdo, y ella me salva.

—Señora, en los años de amargura que he sufrido, en mis largas noches de insomnio, ví escrita á menudo en mi cerebro con caractéres de fuego aquella terrible frase que Dante Alighieri coloca en la puerta del infierno: *Lasciatte ogni speranza, voi che intratte;* pero la religion me envolvia en el manto

de la fé y un rocío benéfico bañaba mi corazon y me devolvia la esperanza. Creed y estais salvada; esperad y llegareis á vuestros fines.

En aquel instante, una puerta en el fondo del salon se abrió sin ruido.

En el dintel apareció un negro, tipo purísimo de la Nubia. Vestia de blanco y á la oriental; pero en vez de turbante llevaba en la cabeza un gorro rojo con borla azul, como los que usan los turcos modernos; calzaba sandalias tambien rojas y de encorvada punta, y entre los pliegues de una ancha banda del mismo color, que ceñia con doble vuelta su cintura, asomaba un pequeño yatagan de oro, con la empuñadura cubierta de pedrería.

Inclinóse el negro ante el *Maestro* cruzando los brazos sobre el pecho, á la usanza árabe, y dijo en este idioma:

—El consejo aguarda.

—Está bien, replicó el *Maestro*, y volviéndose á *la Abuela:*

—Vamos, señora, dijo ofreciéndole el brazo; valor y serenidad.

—Vamos, contestó *la Abuela*. Y arreglando con sus torneadas manos su sedosa cabellera, dirigió una mirada interrogadora á una luna magnífica de Venecia ante la cual pasó.

Sus ojos brillaron con satánico orgullo.

—Soy bella y triunfaré, pareció decirse.

GONZALO A. ESTEVA.

(*Continuará.*)

Con el mayor gusto damos lugar en nuestro periódico á la bella traduccion del «Cuervo» de Edgar Poe, obra del Sr. D. Ignacio Mariscal, y que dedicó á nuestro amigo Santacilia. Hemos creido conveniente, ademas, hacerla preceder de la carta que este nos envió, y que contiene un ligero pero exacto juicio de la pieza mencionada. Damos aquí las gracias á nuestro colaborador, por el presente que nos ha hecho.—*EE.*

«Casa de vd., Marzo 10 de 1869.—Sr. D. Ignacio M. Altamirano.—Presente.—Muy querido amigo: Tengo el gusto de remitir á vd., para que salga en las columnas del RENACIMIENTO, esa preciosa traduccion, inédita aún, que me dedicó el Sr. Mariscal hace dos años, y que merece por mas de una circunstancia ocupar un lugar preferente en las páginas de aquella publicacion.

Como vd. sabe, Edgar Allan Poe es uno de los poetas mas distinguidos y populares de la república vecina, y figura entre sus mejores composiciones, como notable por la originalidad del pensamiento y por la novedad de la forma, la titulada *The Raven*, que es precisamente la traducida por el Sr. Mariscal, que tengo el gusto de acompañarle.

Nadie mejor que vd., que conoce la obra del escritor americano, podrá apreciar en todo su valer el mérito de esa traduccion, que sobre ser buena de suyo por lo castizo del lenguaje y por lo fácil de la versificacion, reune ademas la particularidad de conservar con admirable exactitud las ideas y hasta los giros que nos sorprenden en el original.

No contento el Sr. Mariscal con vencer las grandes dificultades que necesariamente debió encontrar para traducir bien y fielmente la obra fantástica de Poe, quiso crearse, por decirlo así, una nueva dificultad al escoger la forma de versificacion castellana que menos libertad podia ofrecerle para su propósito, lo cual, sin embargo, no le ha impedido obtener un triunfo envidiable, como verá vd. con solo fijar su vista conocedora en las primeras líneas de la traduccion.

Creo sinceramente que no habrá uno solo entre los lectores del RENACIMIENTO, que no tenga un verdadero placer en conservar ese trabajo, y por eso me apresuro á ofrecérselo á vd., convencido, como estoy, de que en aceptarlo é imprimirlo tendrá vd. una verdadera satisfaccion.

Deseaba yo hace tiempo cumplir como colaborador del RENACIMIENTO, enviando á vd. algo para las páginas de esa publicacion; pero deseaba naturalmente mandarle *algo bueno*, y esto era de todo punto imposible, si pretendia yo buscar y escoger entre mis propias obras, una que fuese, en parte siquiera, merecedora de aquella calificacion.

Afortunadamente puedo llenar mi cometido de una manera satisfactoria, aunque sea solo por esta vez, enviándole esa preciosa traduccion del Sr. Mariscal, que es *mia* hasta cierto punto, por haber tenido la bondad de dedicármela su ilustrado autor.

Quedo de vd., como siempre, amigo afectísimo que sinceramente le quiere.—*P. Santacilia.*»

A MI AMIGO PEDRO SANTACILIA.

EL CUERVO.

(TRADUCIDO DE EDGAR A. POE.)

Reina la media noche: calma fúnebre
Se tiende en pos del recio temporal:
Cansado al fin de recorrer volúmenes
De mi estancia en la triste soledad,
Al sueño me rendia, cuando súbito
Un sonido me viene á despertar.
«Alguien está llamando en el vestíbulo:
¡Importuna visita!» exclamo, «¡bah!
Será un necio que venga con farándulas,
Un necio y nada mas!»

Pasado ya el turbion, en ayes lúgubres
De lejos se oye al viento suspirar:
Sobre el tapiz imágenes fantásticas
Arroja la luz trémula del gas:
Vanamente en los libros un narcótico
A mi acerbo dolor pensé encontrar,
Que hasta mi sueño acibaró la pérdida
De esa adorada, angélica beldad,
Que al cielo para siempre huyó, dejándome
Tormento y nada mas.

Meditando seguí: el rumor del céfiro
Las cortinas de seda al agitar
Me hacia estremecer, y un terror pánico
Me tenia clavado en mi sitial,
Repitiendo con aire incierto, estúpido,
Sin dominar por ello mi ansiedad,
Sin dar yo mismo á mis palabras crédito:
«Es álguien que me viene á visitar
Y tocó suavemente en el vestíbulo:
Eso es, eso es no mas.»

De repente sentí llenarme de ánimo,
Y esforzando el acento mas y mas,
«Caballero, ó señora,» grité impávido,
«Allá voy: usted ha de dispensar:
Es el caso que estaba ya durmiéndome
Cuando de su venida la señal
Confusa y débil resonó en mi tímpano:
Fué tan suave, que usted comprenderá....
Allá voy.» Y la puerta abrí con ímpetu:
¡Tinieblas, nada mas!

Largo tiempo miré el espacio lóbrego,
Receloso, temblando al comenzar,
Absorto al fin en sueño atrevidísimo,
Cual nunca lo soñara otro mortal.
Reinaba hondo silencio por los ámbitos
Del universo, en calma sepulcral:
Solo mi voz lo interrumpió, ¡Felícitas!
Gritando en la vacía inmensidad,
Do un eco flébil repitió ¡Felícitas!
Un eco y nada mas.

A mi estancia volví cual ciego autómata,
Con solo un movimiento maquinal,
Y al punto á sonar vuelve toque ríspido
Que su orígen trazó con claridad.
«Vaya, vaya,» exclamé, «no en el vestíbulo;
Por la ventana alguno quiere entrar.
Veamos, que no tocan los espíritus
De ese modo: el misterio penetrar
Es preciso; de espantos ya dejémonos;
Será el viento no mas.»

En esto á la ventana llego rápido,
Y de golpe la abrí de par en par.
A poco revolando entró en mi cámara
Negro cuervo de aspecto funeral,
Y sin mas ceremonia ni preámbulo
Que un vuelo silencioso, circular,
Sobre un busto de Palas, grave, tétrico,
Paróse en filosófico ademan:
Posado allí quedó con aire estólido,
Posado y nada mas.

Tan serio continente en aquel pájaro
Parecióme fingida gravedad,
Y su actitud á risa provocándome,
Así con desenfado empecé á hablar:
«Por tu calva y tu gusto mitológico
Te reconozco al fin, ave infernal:
Cuervo mas viejo que Saturno, prófugo
Del reino de la Noche, dime ya
Cuál es tu nombre en la region plutónica;
Y él respondió: «Jamás.»

A tan clara respuesta quedé atónito,
De un cuervo no pudiéndola esperar,
Si bien al pronto parecióme bárbara,
Sin sentido, ó sin mucha urbanidad;
Pues en verdad no pudo figurárseme
Que un adverbio de tiempo y nada mas
Bastara á contestarme, ó que el ridículo
Avechucho que hiciera pedestal
Del sacro busto de una diosa olímpica,
Se nombrara *Jamás*.

En tanto el cuervo, taciturno, tétrico,
Quedó sin otro acento articular,
Cual si el que lo animaba negro espíritu
En un vocablo comprendiera ya.
Ni un movimiento en su plumaje de ébano,
Ni un rumor descubría al animal;
Hasta que dije con acento lánguido:
«Lo haré mi amigo y pronto volará;
Me dejará cual me dejaron pérfidos....»
El prorumpió: «Jamás.»

Asustado al oir tan pronta réplica,
Que ya no pareció casualidad,
«Tal vez (dije) la ciencia de este pájaro
Tiene esa voz por único caudal,
Y la aprendió de un loco ó de una víctima
Del infortunio.... Mísero! trovar
Quizá no pudo su cancion monótona
Sin esa muletilla, y por final
De cada estrofa recalcó fatídico
Ese *jamás, jamás*.

Así pensé, y el misterioso cárabo
Volvió mi fantasía á recrear,
Y á contemplar me puse busto y pájaro,
Tendido muellemente en un divan,
Imaginando en posicion tan cómoda
Cuanto pudo la mente cavilar,
Sin penetrar en el sentido místico
(Ni siquiera entendí el gramatical)
Que daba á su graznido el ave exótica
Al repetir *jamás*.

En medio aquel delirio, ni una sílaba
Dejaba yo á mis labios escapar;
Miraba al cuervo, y su mirar flamígero
Convertia mi mente en un volcan.
Débil, exhausto, mi cabeza lánguida
Reclinaba en la pluma del sofá,
Y á su contacto mi cerebro mórbido
Evocaba una imágen celestial.—
En vano; ya el divan su forma angélica
No ha de oprimir jamás.

Mas al punto un aroma preciosísimo
De incienso comenzóme á circundar,
Y el eco me arrulló de blanda música
Que ahuyentaba del seno todo afan.
«Desdichado,» clamé; «el Señor benéfico
Te envía con sus ángeles la paz:
Apura, apura el delicioso bálsamo,
Y cese tan continuo lamentar;
Olvida para siempre á tu Felícitas....»
Gritó el cuervo: «Jamás.»

«Profeta de dolor, inmundo oráculo,
Ministro aterrador de Satanás,
Ora te envíe Belcebú del Tártaro
Y te arrojara aquí la tempestad
Para engañarme con falaz pronóstico,
O el destino infalible revelar,
«Dime,» exclamé, «por compasion á un mísero
Responde: ¿tendrá término mi mal?
Yo te conjuro por tu dios; respóndeme.»
Y él contestó: «Jamás.»

«Profeta de dolor, inmundo oráculo,
Ministro aterrador de Satanás,

Por ese cielo de esplendor magnífico,
Por su Dios, que obedecen tierra y mar,
Dime si de la tumba tras el límite,
En la region de inmensa claridad,
Podré ver algun dia á mi Felícitas,
Y absorto en su belleza virginal,
A par de los querubes darle un ósculo....
El respondió: «Jamás.»

«Esta sea,» grité, «la prenda única
De nuestra despedida, ave infernal;
Húndete pronto en el profundo báratro,
Tumbos dando al furor del huracan.
No dejes ni una pluma que en mi cámara
Me recuerde tu horóscopo fatal.
Vuela ya de ese busto y del vestíbulo;
Suelta, suelta; tu garra pertinaz
Mi alma rompe: retírate, retírate....»
Y él contestó: «Jamás.»

Y desde aquella noche el cuervo lóbrego
Posado allí, clavado siempre está
Sobre ese busto de la diosa pálido,
Que le sirve de eterno pedestal.
Fiero demonio vigilando al réprobo,
No aparta de mí un punto su mirar,
Larga sombra arrojando, negra, fúnebre,
Do muere el sol y el luminoso gas....
¡Ay! de esta sombra que enlutó mi espíritu,
¿No he de salir?—¡Jamás!

IGNACIO MARISCAL

Washington, Marzo 30 de 1867.

LA FIESTA DE SANTA MARIA DEL RIO.

Amantes del pueblo, lo seguimos con la vista en todas partes, y en donde quiera que lo vemos agruparse en grandes masas, es para nosotros un objeto de contemplacion y de sérias reflexiones. Y sin hacer alarde ni de eruditos, ni de filósofos, ni de escritores, cedemos á esta manía nuestra, en el pleno goce de nuestro libre albedrío.

Esto supuesto y bajo la inmediata impresion de los sucesos, tomamos la pluma para bosquejar un cuadro tomado del natural: aquí venia de molde el *aprés nature* de los que hablando el rico idioma español, recurren al frances para mayor claridad.

De todos los animales, los hombres y los perros son los únicos que hacen fiestas; muy diferentes las unas de las otras, es cierto, pero las dos son la expresion de la alegría.

Se conoce que cierta porcion de hombres van á tener fiesta, en que se preparan á comer doble.

Comer mas, es la primera condicion de las fiestas. En un pueblo puede no encontrarse ni pan en tiempos normales; pero si ese pueblo está de fiesta, se ostenta repleto de comestibles, y atrae á su centro á todos sus circunvecinos, como si quisiera comérselos.

Llegó el 15 de Agosto, en que la Iglesia celebra la Asuncion de María, y en consecuencia, todos los devotos dijeron: *comamos*, con la misma solemnidad con que hubieran dicho *oremos*.

Como consecuencia de esta fiesta religiosa, una multitud inquieta abusa, en primer lugar, de sus fuerzas digestivas; en segundo lugar, de sus recursos pecuniarios, y en tercer lugar, de sus buenas costumbres, y lo que es mas extraordinario, casi todos, pero muy especialmente los devotos, se retiran de la fiesta con la conciencia tranquila, están satisfechos, son católicos, han ido á la fiesta.

Al llegar esa fiesta, dice el jugador: ¿La Asuncion de María? pues juguemos; y al coro general de *comamos*, agregan los borrachos *emborrachémonos*.

***

La placita de Santa María del Rio es risueña, pero tiene esa sonrisa de las doncellas viejas: hay algo de resignacion en el contraste de su hermosura y de su soledad: se parece á esas mujeres de hermosos ojos y de linda boca, pero sin amores.

Esta placita, dividida en dos cuadriláteros, de los que uno es el atrio de la iglesia y otro la plaza, que es á la vez paseo y mercado, está poblada de naranjos, cipreses y fresnos pomposos y lozanos y en perfecto contraste con la aridez de las montañas del Norte, á cuya falda está la poblacion: pues bien, esta plaza, en virtud de la fiesta, se disfrazó lo mas que pudo con toldos de palma y arpillera, con mantas y palos, con enramadas y domicilios improvisados, y con una plaza de toros; porque era preciso que el espectáculo condenado por la civilizacion moderna, formara parte integrante de esta fiesta, mezcla extraña de devocion y barbarie, de oracion y vicios, de ociosidad y paseo, de despilfarro y comercio.

Los primeros que invaden estas fiestas, que antes eran ferias y tenian un objeto mas mercantil y razonado, son esa familia ambulante de varilleros, que cual otros judíos, no tienen patria, sino que incansables viajeros y con una especie de papelera á las espaldas, atraviesan los mas áridos caminos, en pos de una multitud atraida con cualquier pretexto.

Una fiesta de pueblo atrae irremisiblemente y sin distincion, desde los vagos y los jugadores hasta los altos magistrados, desde la mujer aristocrática hasta la aventurera, y todos se congregan con un fin particular, con el pretexto de un objeto general.

Merced á nuestro espíritu de observacion, pudimos sorprender una industria de cierto género, peculiar de esta fiesta. Algunos pillástres, despues de las fatigas y los desórdenes del dia, despues de haber hecho papel en los fandangos y en las cantinas, se escurren bonitamente del teatro de sus hazañas, y protegidos por el crepúsculo, dejan su centro y van á arrodillarse en las avenidas de la multitud: el pendenciero y perdonavidas se trasforma en ciego plañidero y empalagoso, que con acento desgarrador y compungido explota la caridad de los transeuntes.

¿Quién se fija en aquella fisonomía contraida por un dolor que si se estudia se le ve falsificado? ¿quién no pone una moneda de cobre en la mano de aquel pobre ciego, cuyo dolor y miseria contrasta con la alegría de los transeuntes? La conciencia puesta entre el placer propio y el dolor ajeno, se cree obligada en compensacion á aplicarse, como una medicina, la caridad, y todos los prosélitos del desórden y la crápula se sienten inclinados por un momento al bien, y muchos despues de haber bebido cognac ó de haber hecho una diablura, meten mano al bolsillo y socorren á un ciego, que es tan ciego como aquella caridad.

Benefactor y beneficiado trabajan cada uno para sí, y el diablo se sonríe de ambos.

*
* *

Los jugadores presentaban un cuadro que nos complaciamos en contemplar.

Los empresarios de roleta soñaron en esas bonanzas que forja la ambicion, y no vacilaron en hacer gastos para trasportar sus carpetas y sus inmensas tasas de madera, donde una bolita soltada por la mano de un proyectista, seduce la imaginacion del inexperto, y como por arte del diablo, hace pasar las monedas del incauto á los bolsillos del *tagarote.*

Estos tahures de profesion tienen siempre cierto aire de suficiencia, como el que posee el secreto de un *gregorito,* y se creen con el derecho de ver pequeñas á sus víctimas, á quienes llaman desdeñosamente *pichones.* Se dan el aspecto de hombres de mundo, tienen buena vista y actúan con el aplomo del que desprecia el dinero; saben disimular sus emociones cuando se ven azotados por un pichon; pero á manera de los perros, no resisten las miradas directas y francas; se fingen preocupados con su ocupacion cuando alguna persona los estudia, y es que la conciencia del hombre siempre está despierta y siempre le dice la verdad.

Pues bien, en Santa María del Rio estos poseedores del secreto de un *gregorito* poseian otro: el de su desengaño. Las mesas de juego estaban solas, por mas que los paleros (que son los verdaderos jugadores, porque son los únicos que no lo hacen de veras) se empeñaran en probar á los curiosos que se podia ganar. El juego estaba jugándose á sí mismo una mala pasada y trabajando, contra su costumbre, por cuenta de la moral pública.

Los roleteros estaban chasqueados ni mas ni menos que si la sociedad hubiera llegado á su perfeccion.—¡Ilusion risueña!

Hé aquí la moral protegida por la inopia; prueba inequívoca de que las virtudes no son patrimonio de los ricos.

Nadie tenia con que comprar el papel de vicioso: ¡bendita pobreza!

Y el áspid se quedó mordido con su propio aguijon. Ya que la autoridad, cerrando un ojo, dice despechada: ¡pues que jueguen!, es justo que los de las roletas encuentren un desengaño mas elocuente, porque viene de abajo.

Cuando la autoridad prohibe el juego, el tahur se rie con media boca.

Pero cuando los concurrentes se prohiben jugar, el tahur llora con los dos ojos.

¡Habian de ser los destinados al suplicio los que acabaran con el verdugo! esto probaria que la sociedad se cura sola.

*
* *

De los pecados que se cometen en una fiesta, el de la gula es el mas comun y mas contagioso, y los golosos suelen tambien tener sus tiranos, como si cada vicio tuviera su castigo.

Nosotros, sin el deseo de excedernos, y permítasenos la digresion en elogio nuestro, quisimos solamente comer, y recurrimos al mejor *restaurant,* como se llaman hoy las fondas, porque esa palabra es otra de las cosas que les quitamos á los franceses, y la usamos como botin de guerra, á despecho de la Academia, que al fin no entiende de botines.

Encontramos una mujer gorda, tan gorda que si, como era de suponerse, comia lo que guisaba, la comida debia ser buena, ó por lo menos alimenticia. Era toda una cocinera, nutrida por absorcion á mas del método comun, y esto era una garantía: era una mujer con líneas de fardo, y apenas se comprendia cómo aquella exuberante humanidad formada á grandes curvas, pudo haber sido beldad ni haber pertenecido al bello sexo; pero nos ofreció de comer, colocando una mano en lo que probablemente debia ser la cintura, y nos tranquilizó con una promesa.

Envió la comida á nuestro domicilio, y á los postres, ó mejor dicho, en lugar de los postres, hicimos las siguientes reflexiones:

O la cocinera no ha engordado con sus productos culinarios, ó no sabemos nada en materia de nutricion, porque nos hemos quedado sin comer, y como lo malo de la comida estaba en razon directa de su exorbitante precio, comprendimos tambien que la cocinera ó nunca habia comprado su comida ó era muy rica.

No parecia al cobrarnos sino que estaba viendo venir nuestra pluma; pero de todos modos, la sarten fué...... mas afortunada que la roleta, y la gorda mas afortunada que nosotros, porque comia bien y cobraba lo mismo, mientras que nosotros pagamos bien y comimos mal.

*
* *

En suma, hemos contemplado una multitud que en caravanas, cabalgando en asnos, caminando difícilmente, rompiendo sus vehículos y matando bestias, llega á la fiesta, ve la fiesta y se fastidia. No parece sino que todos hemos venido por equivocacion. Nos movemos en todas direcciones sin objeto, vemos veinte veces una misma cosa, y estamos en la fiesta sin estar festejosos. Llega la hora de los

toros, y tres mil espectadores se encaraman en andamios y toldos, que quedan cubiertos como esas cintas donde duermen las moscas: no hay mas que cabezas humanas por todas partes; desde la superficie de la tierra, donde ven boca abajo los primeros locadores, hasta ocho varas arriba, todas son cabezas apiñadas como un platon de higos.

Una mala música de viento suena durante la corrida, dejando el divino arte de Bellini mas mal jugado que el toro; cinco ó seis desgraciados parodian de andaluces, sin duda por no cargar con la responsabilidad de la invencion de *los toros*, capotean á la fiera y la martirizan un tanto cuanto.

La autoridad es todavía parte integrante de la corrida, y dirige las operaciones por medio del clarin de la fuerza armada.

En las veces que ya nos hemos ocupado de hacer la guerra á esta española diversion, hemos observado que ó todos estamos de bullanga en los toros, incluso el clarin y la autoridad, y entonces no hay ni clarin, ni autoridad, ó que la autoridad no mande poner banderillas, ni el clarin toque mas que lo de ordenanza y donde lo reza la ordenanza.

Siempre hemos considerado degradada á la autoridad y la tropa en las corridas de toros, donde al menos debia dirigir la fiesta el empresario ó un torero, que siempre entenderán mas de banderillas que un alcalde.

* * *

En los antros de baile encontramos una notabilidad coreográfica en el recuerdo de ese tipo nacional que saca de sus casillas á Guillermo Prieto, la china; pero la china de estos tiempos, adulterada y como siguiendo de cerca la moda francesa de los vestidos de cola; la china morigerada, falsificada, en una palabra, echada á perder; china que barre el piso con la orla de sus enaguas, que esconde los piés como la capuchina y como la devota, y que no acepta de lleno su papel. ¡Lástima que tambien ese tipo tan exclusivamente nacional, se vaya perdiendo en la irrupcion de las modas francesas, que es un resultado funesto de la intervencion dominante en las costumbres, aun á través del Océano!

Tomasa, que tal es el nombre de la bailarina del pueblo, pespuntea de lo lindo y podia mostrar sus piececitos calzados con piel de plata en mejor sitio, donde podia ser mas vista y se le haria mas justicia.

* * *

La feria casi se acaba antes de concluir; los comerciantes recogen, un tanto chasqueados, sus pacotillas, la gente se hastía con la quinta indigestion, los pequeños ahorros se agotan, ya casi no se juega, porque ya casi se perdió todo. Las corridas de toros siguen exactamente, los de hoy como los de la víspera. Una compañía de atrevidos comediantes amenaza de muerte por medio de un pregonero, en los toros, una pieza del teatro moderno, titulada *La cosecha*. La Julita Flores ha venido con su consorte Sr. Aldama á bailar la «Inglesita,» y el patio de un meson se ha convertido en teatro. Esto va á estar muy bueno. ¡Lástima que no podamos contarlo á nuestros lectores, porque sale el correo que lleva este artículo!

FACUNDO.

DESCRIPCION SINÓPTICA
DE
ALGUNOS IDIOMAS INDÍGENAS
DE LA
REPUBLICA MEXICANA.

(CONTINUA.)

EL MAME.

Faltan al alfabeto mame los sonidos que representan las letras *d, f, j, ll, ñ, r, s*, y tiene una letra mas que nosotros, la *tz*.

La *h* (que es una aspiracion), y aun mas la *k*, son las letras que dominan en el idioma, por lo cual es muy gutural.

La reunion de vocales y consonantes es generalmente proporcionada. Sin embargo, hay varias voces en que abunda la vocal.

Las palabras son por lo comun de dos ó tres sílabas.

Se usa la composicion, pero no tanto como en mixteco, huaxteco, tarasco, y otras lenguas mexicanas.

El idioma parece rico en número de voces, abundando las onomatopeyas.

No hay signos propios para expresar el género ni el caso.

El plural se forma agregando al singular la partícula prepositiva *e*, cuando se trata de séres animados. Los nombres de inanimados no tienen signos propios para expresar plural, sino que es preciso usar adjetivos numerales ó adverbios que indiquen pluralidad.

Tampoco hay signos propios para formar aumentativos, diminutivos, comparativos, ni otros derivados, sino que se expresan por medio de adjetivos ó adverbios. Para formar superlativos, abstractos y verbales sí hay terminaciones propias. Ademas, hay unos nombres derivados que significan la persona que ejecuta ó usa lo que el primitivo significa; v. g., *zu*, flauta; *ahzu*, el que la toca, es decir, el flautista.

El pronombre personal tiene las mismas personas que el nuestro.

El posesivo se denota por medio de partículas, compuestas con el nombre de la cosa ó persona poseida; v. g., *chu*, madre; *nu-chu*, mi madre. Una misma persona tiene varios de estos signos, para cuyo uso se consulta la eufonía.

El verbo sustantivo se expresa conjugando el

pronombre personal, ó lo que es lo mismo, agregándole los signos del verbo. *Ain*, quiere decir *yo;* para decir «*yo era*» diré *aintok*, pues *tok* es el signo del pretérito imperfecto.

Los verbos adjetivos tienen modo indicativo, imperativo, otro que sirve de subjuntivo ú optativo, é infinitivo. Hay algunos tiempos que se expresan bajo diversas formas. El mecanismo del verbo es complicadísimo, pues concurren á su formacion los pronombres enteros ó abreviados, los signos de posesion, partículas y terminaciones. Ejemplos: *tzum-xtalem-a*, tú amas, se compone del infinitivo *xtalem*, amar, de la partícula *tzum* y del pronombre afijo *a*, abreviatura de *aia*, tú. *Ix-vuit-ko-xtalem-o*, ojalá que vosotros hubiérais amado, se compone de la partícula prepositiva *ix;* la intercalar *vuit*, que indica deseo; *ko*, uno de los signos con que se suple el pronombre posesivo; *xtalem* infinitivo, y *o*, afijo. *Ix-tal-in-ke-hu*, amen aquellos, se compone de la partícula prepositiva *ix;* la raiz *tal;* la terminacion *in;* el signo de posesion *ke*, y el afijo personal *hu*, abreviatura del pronombre *aehu*, aquellos.

La voz pasiva se forma cambiando las terminaciones de la activa.

Los verbos derivados de que se da noticia en las gramáticas, son pocos.

Los adjetivos verbales se conjugan, ó lo que es lo mismo, se les adaptan las terminaciones del verbo y significan bajo esta forma como si se les acompañara el verbo sustantivo; v. g., con *zubet*, engañado, diré *tzum chim zubet*, yo soy engañado; *tzum* y *chim* son partículas de la primera persona del singular de indicativo.

Hay algunos verbales sustantivos que segun su terminacion indican tiempo; v. g., *kimil*, muerte presente; *kimilen*, muerte pasada.

Hay adverbios de todas clases y significados, así como varias preposiciones y conjunciones correspondientes á las nuestras.

EL OTHOMÍ.

El alfabeto othomí tiene treinta y cinco letras, de las cuales trece son vocales, pues una misma vocal tiene diferentes sonidos modificados.

La pronunciacion es muy difícil, y no es posible explicarla bien sino por medio de la práctica.

El othomí es monosilábico.

Abunda en homónimos y palabras muy expresivas. Esto último proviene de que cada sílaba tiene un significado que no pierde en la composicion; v. g., *hêmé*, madrastra, es una palabra compuesta de *mé*, madre, y *hê*, fingir.

Las categorías gramaticales se hallan tan poco determinadas en el othomí, que muchas palabras ya son sustantivos, ya adjetivos, ya verbos ó adverbios: unas veces pende el sentido de una voz, solo del contexto del discurso; pero otras se usa de algunos medios de que luego se hablará, á fin de evitar anfibologías.

El nombre no tiene declinacion ni género. El número plural se marca con las partículas pospuestas *ya* ó *e*, que significan *la lluvia:* el singular con la palabra *na*, que significa *el, la, lo; aquel, aquella, aquello; uno, una.*

Con esa misma palabra *na* se puede diferenciar el sustantivo del adjetivo. Este puede marcarse con *ma*, que significa cosa; v. g., *nanho*, la bondad; *manho*, lo bueno.

El pronombre personal tiene por signo la sílaba *nu*, y posee variedad de formas para expresar acusativo ó dativo.

El posesivo carece de plural, que se suple con el personal; v. g., para decir «padre nuestro,» se dice «mio padre nosotros.»

El verbo no tiene mas que modos indicativo é imperativo. La conjugacion se forma con el auxilio de partículas separadas, que denotan el tiempo y marcan la persona; pero como las mismas partículas que se usan en singular hay en plural, se distingue este número con los pronombres personales. La forma mas pura del verbo es la segunda persona del singular de imperativo, pues no lleva partícula ni nada que le acompañe. Ejemplos de lo dicho: *nee* significa quiere tú; *di nee*, yo quiero, pues *di* es el signo de la primera persona del singular de indicativo; *di nee hé*, nosotros queremos, marcado el número plural con el pronombre abreviado *hé*, nosotros. Sin embargo de lo dicho, la segunda persona del singular de imperativo, se forma á veces repitiendo el verbo ó agregándole otro verbo ó un nombre con el que tiene analogía.

No hay verbo sustantivo propio, sino que se suple generalmente agregando al nombre algunos signos como si fuere verbo; v. g., *nho*, bueno; *gna nho*, tú eres bueno.

Los adverbios pueden ser los adjetivos tomados en sentido adverbial; pero lo comun es agregar al adjetivo la palabra *tho*, todo.

Hay algunas palabras que equivalen á algunas de nuestras preposiciones.

Los dialectos ó variedades del othomí son tantos como los pueblos que le hablan.

EL TARASCO.

Faltan al idioma tarasco nuestras letras *f, j, l, ll, n, v;* pero tiene otras seis letras de que carece nuestro alfabeto.

Ninguna palabra empieza por *b, d, g, r*, y esta última letra no se junta nunca en una misma sílaba con otra consonante. Generalmente no hay cargazon de estas en las palabras. La letra dominante es la *h*, que es una aspiracion.

El idioma tarasco es polisilábico, y se usa mucho en él la composicion de palabras y partículas.

Abundan las voces onomatopeyas.

No hay signos para marcar el género; pero el número y el caso se expresan por medio de terminaciones, teniendo los nombres de séres animados una declinacion que consta de cinco casos, nomi-

nativo, genitivo, dativo, acusativo y vocativo. Para el dativo y el acusativo hay la misma terminacion; pero aquel se distingue por medio de partículas que re intercalan al verbo que le rige. El ablativo se suple por medio de ciertas partículas de que luego se hablará, las cuales incluyen el sentido de nuestras preposiciones, ó por medio de la preposicion *himbo*, propia de este idioma.

Los nombres de séres irracionales no tienen mas que nominativo de singular y de plural, y los de inanimados solo de singular, supliendo el plural con adverbios que indican muchedumbre.

Hay varias terminaciones para formar nombres colectivos, abstractos y otros derivados, especialmente verbales, en que es muy rico el tarasco.

El pronombre personal tiene declinacion.

Hay abundancia de pronombres demostrativos. El relativo se forma agregando á los pronombres personales la terminacion *ki*.

El verbo tarasco tiene indicativo, imperativo, subjuntivo é infinitivo, y su mecanismo es tan perfecto como el de las lenguas clásicas, pues se forma por medio de terminaciones añadidas á la raiz, la cual puede considerarse que es la segunda persona del singular de imperativo. El verbo tiene un gerundio correspondiente al nuestro.

El adverbio, la conjuncion copulativa y los pronombres se conjugan en tarasco, pues así puede llamarse la facultad que tienen estas partes de la oracion de adaptarse las terminaciones del verbo.

Es riquísimo el idioma en verbos derivados, los cuales se forman por medio de partículas intercalares: con esos verbos se pueden expresar pasion, indeterminacion, multitud, daño ó provecho, deseo, repeticion, costumbre, frecuencia, compulsion, pregunta, respuesta, lugar, etc. Por ejemplo, la partícula *htsi* significa *altura;* así es que del verbo *phameni*, doler, sale *phame-htsi-ni*, doler la cabeza.

El verbo sustantivo *eni*, ser ó estar, es regular.

Abundan los adverbios. Por el contrario, son tan escasas las palabras que equivalen á nuestras preposiciones, que propiamente no parece haber mas que una sola: *himbo*. Empero las partículas *componentes* de que antes se ha hablado, hacen su oficio, porque su sentido incluye ó encierra las relaciones que nosotros expresamos con la preposicion; v. g., *kuata*, que significa «en el suelo,» incluye el sentido de nuestra preposicion *en*.

FRANCISCO PIMENTEL.

(*Continuará.*)

LE LAC.

Ainsi, toujours poussés vers de nouveaux rivages,
Dans la nuit éternelle emportés sans retour,
Ne pourrons-nous jamais sur l'océan des âges
Jeter l'ancre un seul jour?

O lac! l'année à peine a fini sa carrière,
Et près des flots chéris qu'elle devait revoir,
Regarde! je viens seul m'asseoir sur cette pierre
Où tu la vis s'asseoir!

Tu mugissais ainsi sous ces roches profondes;
Ainsi tu te brisais sur leurs flancs déchirés;
Ainsi le vent jetait l'écume de tes ondes
Sur ses pieds adorés.

Un soir, t'en souvient-il? nous voguions en silence;
On n'entendait au loin, sur l'onde et sous les cieux,
Que le bruit des rameurs qui frappaient en cadence
Tes flots harmonieux.

EL LAGO.

Así como impelidos
Somos á ignotas playas,
Hasta esa eterna noche
De inalterable calma,
¿Así jamas podremos
Del tiempo en la mar rápida,
Echar un solo dia
De nuestra vida el ancla?

¡Oh lago! un año apenas
Cruzó con prestas alas,
Y yo, infeliz, tan solo
Me encuentro entre tus caras
Ondas, que tambien ella
Debió de contemplarlas,
Sentado en esta piedra,
Do la viste sentada.

Así bajo esas rocas
Profundas murmurabas;
Así contra sus flancos
Agrestes se estrellaban
Tus olas, y los vientos
Tu espuma leve y blanca
Sonoros extendian
A sus queridas plantas.

Una noche, ¿te acuerdas?
En silencio mi barca
Tranquila deslizábase
Sobre tus olas mansas;
Solo se oia á lo lejos
De los remos la blanda
Cadencia que se unia
Al rumor de tus aguas.

Tout à coup des accents inconnus à la terre
Du rivage charmé frappèrent les échos:
Le flot fut attentif, et la voix qui m'est chère
Laissa tomber ces mots:

«O temps! suspends ton vol; et vous, heures prospices!
«Suspendez votre cours:
«Laissez-nous savourer les rapides délices
«Des plus beaux de nos jours!

«Assez de malheureux ici-bas vous implorent,
«Coulez, coulez pour eux;
«Prenez avec leurs jours les soins qui les dévorent;
«Oubliez les heureux.

«Mais je demande en vain quelques moments encore:
«Le temps m'échappe et fuit;
«Je dis à cette nuit: Soit plus lente; et l'aurore
«Va dissiper la nuit.

«Aimons donc, aimons donc! de l'heure fugitive,
«Hâtons-nous, jouissons!
«L'homme n'a point de port, le temps n'a point de rive;
«Il coule, et nous passons!»

Temps jaloux, se peut-il que ces moments d'ivresse
Où l'amour à longs flots nous verse le bonheur
S'envolent loin de nous de la même vitesse
Que les jours du malheur?

Eh quoi! n'en pourrons-nous fixer au moins la trace?
Quoi! passés pour jamais! quoi! tout entiers perdus!
Ce temps qui les donna, ce temps qui les efface,
Ne nous les rendra plus!

Una voz, de repente,
De la tierra ignorada,
Se mezcló con los ecos
De tus riberas caras.
Por escucharla, atentas
Paráronse tus aguas,
Y aquella voz querida
Pronunció estas palabras:

—Suspende ¡oh raudo tiempo!
Tu vuelo, y vuestra marcha
Parad, horas propicias,
Y de esta dicha grata
Conceded que la copa
Apuren regalada
En sus mas bellos dias
Nuestras amantes almas.

Bastantes infelices
Te imploran con sus lágrimas;
Para ellos en la tierra
Rápido vuela, pasa;
Con sus amargos dias
Sus penas arrebata,
Y olvida á los dichosos,
Y olvida á los que se aman.

En vano unos instantes
Al tiempo que se escapa
Y huye, demando. A esta
Noche le digo: tarda
Tu curso; mas la aurora
Con su luciente cauda
Disipa de la noche
Las sombras adoradas.

Amemos, pues, gocemos
La dulce venturanza
Que esta hora fugitiva
Concede á nuestras almas.
No hay puerto para el hombre,
No tiene el tiempo playa,
Y vuela presuroso,
Y el hombre con él pasa.

¡Tiempo celoso! El hora
En que el amor derrama
La dicha y los placeres
Con fácil mano á el alma,
¿Así vuela tan breve,
Cual las horas ingratas
De duelo y honda pena
Que el corazon desgarran?

¿Y qué, ni la memoria,
Al menos, sacrosanta
De aquellos goces puros
Quedará en nuestras almas?
¡Ay! el tiempo que enciende
La luz de la esperanza,
Así como la alienta,
Así tambien la apaga.

Éternité, néant, passé, sombres abîmes,
Que faites-vous des jours que vous engloutissez?
Parlez: nous rendrez-vous ces extases sublimes
Que vous nous ravissez?

O lac! rochers muets! grottes! forêt obscure!
Vous que le temps épargne ou qu'il peut rajeunir,
Gardez de cette nuit, gardez, belle nature,
Au moins le souvenir!

Qu'il soit dans ton repos, qu'il soit dans tes orages,
Beau lac, et dans l'aspect de tes riants coteaux,
Et dans ces noirs sapins, et dans ces rocs sauvages
Qui pendent sur tes eaux!

Qu'il soit dans le zéphyr qui frémit et qui passe,
Dans les bruits de tes bords par tes bords répétés,
Dans l'astre au front d'argent qui blanchit ta surface
De ses molles clartés!

Que le vent qui gémit, le roseau qui soupire,
Que les parfums légers de ton air embaumé,
Que tout ce qu'on entend, l'on voit ou l'on respire,
Tout dise: Ils ont aimé!

A. de Lamartine.

¡Eternidad! pasado!
Abismos que en la nada
Sepultais nuestros goces
Entre amorosas ansias,
¿Qué haceis de nuestros dias
Que vuestra sed se traga?
Decid: ¿nos volvereis
La dicha arrebatada?

¡Oh lago, mudas rocas,
Selva oscura, y amada
Gruta, que el tiempo raudo
Rejuvenece ó gasta!
Guardad de aquella noche,
Guarda, natura cara,
Siquiera algun recuerdo,
Y una memoria grata.

Que viva en tus tormentas
Y en tu apacible calma:
O bien cuando los vientos
Alteren tus oleadas;
En la riente orilla
Que tus espumas bañan,
Y rocas y sabinos
Que tu cristal retrata.

Que viva entre las brisas
Que gimen, y en las auras
Que repiten los ecos
De tus riberas gayas:
En el astro divino,
Cuya frente de plata
Tu superficie llena
De su luz pura y blanda.

Y que el viento que gime
En tus sonantes cañas,
Y el plácido perfume
De tu aura embalsamada,
Y cuanto aquí se aspira,
Se escucha, vuela y pasa,
Repita: aquí dichosas
Amáronse dos almas!

Ricardo Ituarte.

UNA PASION ITALIANA.

(CONTINÚA.)

El príncipe se enderezó perezosamente sobre uno de sus brazos.

—¿Y bien? dijo, volviendo á su posicion primitiva, y extendiendo sus miembros con delicia sobre los mullidos cojines; es la góndola de la Catani.

—¿La Catani? repetí.

—Sí, la condesa Catani, que vuelve probablemente de su *villa*.

—¿Será entonces ella la que acabo de ver?

—Ella, ó su hija, la bella *Contessina*.

—He visto á una jóven rubia y esbelta, cuyo rostro tiene la blancura del alabastro, y cuyos ojos......

—No es necesario que enumereis sus perfecciones todas. Esa es Angiolina.

—¡Angiolina! exclamé; ¡qué nombre tan bello!

—Tan bello como la que le posee, dijo el príncipe suspirando.

Un pensamiento de celos cruzó por mi mente, y fijé en el príncipe una mirada de desconfianza que debió revelarle lo que pasaba en mi interior, porque me dijo sonriendo, con cierto tinte de compasion:

—*¡Povero!* ¿la acabais de ver por primera vez y ya la amais hasta ese punto? No temais encontrar en mí un rival. Mi suspiro fué originado tan solo por los recuerdos del pasado, pues estoy ya curado de mi pasion.

—¿Amásteis á Angiolina?

—¿Quién no la ha amado ó ama en Venecia? Ella y la célebre princesa Vendramini se disputan los corazones.

—¿Y ella?......

—No ha amado á nadie, ó á lo menos si ha tenido una pasion, ha guardado su secreto. Angiolina es de mármol para sus adoradores.

Quedé pensativo.

—Esta noche da un baile la Catani, agregó el príncipe.

—¡Ah! exclamé con desesperacion, al pensar que no seria yo de los dichosos que respirarian aquella noche el mismo aire que Angiolina.

Guardamos ambos silencio durante unos momentos. De pronto exclamó el príncipe dirigiéndose al gondolero:

—Giuseppe, apresúrate.... Necesitamos darnos prisa.

—¿Por qué? le dije.

—Porque tendremos que vestirnos esta noche.

—¿Vestirnos? ¿y para qué? pregunté sorprendido.

—Para ir al baile de la Catani, respondió el príncipe riendo.

Me arrojé á sus brazos con delirante alegría. Cuando se calmaron un poco mis trasportes de gratitud, me dijo el príncipe Cavoni:

—En casa de la Catani encontrareis á la rival de Angiolina en hermosura.

—¿Rival de Angiolina? exclamé con tono de duda. ¡Imposible!

—¡*Povero!* ¡cuánto la ama ya! murmuró el príncipe, observándome con cierta solícita curiosidad.

—¿Y quién es esa rival de Angiolina? le dije, para poner término á su exámen.

—Francesca, la célebre Francesca.

—¿Francesca? exclamé, buscando ese nombre en mi memoria.

—Sí, la princesa Vendramini. Imposible es que no hayais oido hablar de ella.

—En efecto, recuerdo ahora haber oido pronunciar su nombre alguna vez. ¿Es, pues, muy bella?

—Ya juzgareis vos mismo, contestó el príncipe.

Cuando penetramos en los salones de la Catani, se estaba bailando una cuadrilla. La condesa no bailaba. Nos dirigimos á ella á través de los numerosos grupos que obstruian el paso, y el príncipe me presentó. La condesa me dirigió una sonrisa y un cumplimiento, estrechó mi mano, y en seguida no se ocupó mas de mí. La alta sociedad italiana, bastante semejante en esto á la mexicana, es poco ceremoniosa, y reina la mayor franqueza en sus relaciones. Un hombre que ha sido presentado en una casa y á quien se ha dado un apreton de manos, es considerado desde ese instante como un amigo, y tiene las prerogativas de tal. El príncipe Cavoni pasó su brazo bajo el mio y me arrastró tras de sí, para hacerme recorrer los salones.

—Busquemos desde luego á Francesca, me dijo; tengo prisa en hacérosla conocer.

—A quien ansío ver es á Angiolina, le contesté.

—¿La *Contessina?* Hélà allí, exclamó el príncipe.

En efecto, allí estaba Angiolina, bailando con una graciosa majestad que daba aún mayor realce á su espléndida hermosura.

Angiolina era de elevada estatura y maravillosamente formada, tan maravillosamente formada, que ni Miguel Angel ni Benvenuto Cellini pudieron jamas soñar un tipo ideal que siquiera se le aproximara. Allí estaba, haciendo lucir al bailar la flexibilidad de su cintura, que inclinaba cual inclina su tronco con graciosa majestad la palmera del desierto; allí estaba, fijando con cierta expresion de vaguedad en todos y en ninguno, la altiva mirada de sus azulados ojos, puros como el cielo y profundos como el mar; allí estaba, mostrando al sonreir las perlas que adornaban su pequeña y rosada boca. ¡Cuán bella la miré! Sus cabellos, de dorados y suaves reflejos, cubrian en parte su alta y despejada frente, tal vez demasiado elevada para una mujer, y entrelazados con hilos de perlas del mas puro y matizado oriente, caian hácia atrás en luengos y sedosos rizos, que acariciaban su cuello de cisne y sus hombros de alabastro.

Estaba vestida de blanco con adornos azules, y con excepcion de las perlas, no llevaba alhaja ni adorno alguno de precio; mas á pesar de la sencillez de su trage, aparecia en medio de las nobles patricias venecianas que bailaban á su lado, como una reina en medio de sus vasallas.

—¿Y bien? me dijo el príncipe sacándome del éxtasis que produjera en mí la vista de Angiolina, ¿qué decís de la princesa Vendramini?

—¿De la princesa? pregunté con cierta sorpresa, pues la vista de Angiolina me habia hecho olvidar mis conversaciones con el príncipe Cavoni.

—Sí, de Francesca. ¿No la habeis visto?

—No he tenido ojos sino para Angiolina.

—Y bien, Francesca está en frente de ella, haciéndola *vis à vis.*

Tenia razon el príncipe Cavoni. Francesca era tan bella como Angiolina, mas sus tipos eran tan distintos, que no era posible compararlos uno al otro. Francesca Vendranini era de mediana estatura, y en su cuerpo, si no se encontraba la encantadora majestad del de Angiolina, se hallaba en cambio cierta blandura, cierta languidez, cierta gracia que no puede describirse. Sus cabellos tenian los azulados reflejos del ala del cuervo, y sus negros y rasgados ojos, velados por largas y sedosas pestañas, tenian un brillo y una vivacidad extraordinarias. Su cutis, que no tenia la blancura del de Angiolina, estaba cubierto por un ligero vello apenas perceptible, semejante al que cubre la piel de un albaricoque. Su boca era tal vez un poco grande; mas la frescura de sus entreabiertos labios, un poco gruesos pero mas rojos que la granada, y la extraordinaria blancura de sus dientes, hacian que ese defecto fuera en ella un encanto mas. Sus manos, mas pequeñas aún que las de Angiolina, no eran tan finas y afiladas como estas, sino un poco gruesas, y formando graciosos hoyitos en las coyunturas de los dedos. Francesca

era en conjunto la mujer mas linda, graciosa y atractiva que habia yo visto jamás.

La naturaleza parecia haberse complacido en formar dos obras maestras tan diferentes en todo, y ponerlas así una al lado de la otra, para que formaran contraste é hiciera este mismo comprender su mutuo valor: quedé asombrado, estupefacto ante la altiva hermosura de la majestuosa Angiolina y la atractiva belleza de la linda Francesca.

No sé cuánto tiempo hubiera permanecido allí contemplándolas, si el príncipe no me hubiera hablado.

—¿Y bien? me dijo.

—Príncipe Cavoni, teníais razon. Estoy deslumbrado.

—¿Cuál os parece mas bella de las dos?

—No sabré decíroslo, contesté. La hermosura de Angiolina me admira; mas la belleza de Francesca me fascina.

Cuando concluyó la cuadrilla, Cavoni se apresuró á presentarme primero á la *Contessina* y en seguida á la princesa. Sus voces ofrecian el mismo contraste que sus figuras. La de Angiolina era dulce y suave como el gemido de una arpa eólica, y la de Francesca tenia un acento lleno de fuerza y de pasion, que dominaba.

Bailé con ellas. La una bailaba con una majestad tal, que inspiraba la admiracion y el respeto; la otra con una indolencia llena de gracia y de encanto.

No podian existir dos tipos mas distintos; y á pesar de eso, ambas eran bellas como un ángel. Mas la una ofrecia el tipo casto é ideal del ángel que se inclina ante el trono del Señor, y la otra el tipo voluptuoso y atractivo del ángel caido, del ángel que ha perdido el sello de pureza que Dios le imprimiera cuando salió de sus manos.

Salí uno de los últimos de casa de la condesa Catani, y aun así fué necesario que el príncipe Cavoni me arrastrara tras de sí.

—¿Y bien? me dijo cuando nos encontramos reclinados sobre los mullidos asientos de su carruaje. ¿Qué pensais de las dos maravillas de Venecia?

—Solo podré deciros, querido príncipe, le contesté, que estoy entusiasmado, loco, enamorado.

—¿Enamorado? mas ¿de cuál de ellas?

Permanecí unos momentos en silencio. Esa pregunta del príncipe me hacia tratar de darme razon de mis sensaciones para poderlas descifrar.

—¿Y bien? preguntó el príncipe impaciente al ver que guardaba silencio.

—Y bien, príncipe Cavoni, no sé qué contestaros.

—¡Cómo! ¿que no sabeis que contestarme? Supongo, *mio caro*, que no estareis enamorado de las dos.

—Creo que precisamente eso es lo que me sucede.

El príncipe Cavoni soltó una franca carcajada.

—Reid, príncipe, reid. Mas os repito que no sé si estoy enamorado de Angiolina ó de Francesca, pues identifico en mi mente de tal manera la imágen de ambas, que á pesar de ser tan distintas, hago de ellas una sola.

—Mañana ya habreis analizado vuestras impresiones, y espero que podreis explicármelas mejor, dijo el príncipe riendo. Precisamente llegamos á vuestra casa.

Al dia siguiente, acababa de despertar cuando entró mi ayuda de cámara á avisarme que sabiendo el príncipe Cavoni que ya habia despertado, insistia en ser anunciado. Dí órden de que se le introdujera al momento.

ROBERTO A. ESTEVA.

(Continuará.)

REVISTA
DE ALMACENES Y DE MODAS.

III.

Si tuve la fortuna de que leyérais mi anterior revista, mucho será, lectoras, que no hayais recurrido al saludabilísimo consejo que os he dado, de volver la hoja cada ocasion que incurra en vuestro desagrado; lo cual tengo por cierto que ha de suceder á cada paso, si bien lo es mas aún que mi deseo ha de estar siempre opuesto á ello.

He debido consagrar esta revista al café y fonda de Fulcheri, que conoceis sin duda; y aunque pudiera cuestionar, sobre la propiedad con que hablaré de él bajo el título de los artículos presentes, he creido que el Diccionario y la Gramática me embrollarian un poco, y preferido en consecuencia rogaros sencillamente que disculpeis el que me ocupe de la citada casa.

Dispensad igualmente que con motivo de ser la cocina una de las excelencias del establecimiento mencionado, os hable un poco de la cocina antigua.

Sin pretender investigar lo relativo á la cocina de los egipcios y los chinos, que como es sabido, son los pueblos mas antiguos del mundo, haré mencion únicamente del potaje de lentejas, precio en que fué vendido á Isaac por su hermano Esaú el derecho de primogenitura. ¡Os diré tambien que Cadmo, el fundador de Tébas, habia sido cocinero del rey de Sidon, aun cuando por lo visto su elevacion le hizo olvidar su antiguo oficio, puesto que si lo hubiera enseñado á los griegos, habria sin duda sido mas opíparo el convite ofrecido por Aquiles, de que habla el divino Homero en el noveno canto de la Iliada. Tanto en esta como en la Odisea, se habla únicamente de carne asada; el cocimiento, pues, de ella no era conocido, y esta observacion, debida á Mad. Dacier, prueba que el arte de la cocina no estaba muy avanzado en los clásicos tiempos de los héroes y de los semidioses.

Muy pronto, sin embargo, y debidos al roce continuo producido por las frecuentes guerras de la

Grecia con las monarquías de Oriente, se introdujeron en aquella ciertos mejoramientos en el arte culinario. Comenzó á acostumbrarse el rodear las mesas de mullidos lechos, recostados en los cuales, al son de los cantos que tenian lugar en el tercer servicio, y con la vista de hermosas mujeres entregadas á bailes y á juegos, los griegos se olvidaban de sus continuas guerras con los persas, y aun de sus propias discordias intestinas.

No faltaron célebres gastrónomos, y Platon y Ateneo mencionan al famoso Arquestrato, autor de un poema intitulado «La Gastronomía,» del que solo existen fragmentos, que sugirieron á Berchoux la idea del que con el mismo nombre escribió en los tiempos modernos: Arquestrato hizo un viaje con el exclusivo objeto de conocer lo que de mas exquisito producian las diferentes regiones, y es de creerse que consiguió su objeto, pues Teótimo, hablando del poema «La Gastronomía,» dice: «Es un tesoro de ciencia.»

Con la comision romana que llevó desde Atenas las leyes de Solon, se introdujo en Roma la cocina griega, que progresó muy pronto en aquel pueblo, grande aún en cosas tan insignificantes.

El local destinado á las comidas se llamaba *triclinium*. Los lechos que rodeaban las mesas, se usaron primero en las comidas ofrecidas á los dioses. Muy pronto los adoptaron los ricos y se generalizó un uso tan incómodo: hechos primeramente de madera tosca, lo fueron en seguida de maderas preciosas con incrustaciones de marfil y nácar, de ébano y de oro, cubiertos con preciosos bordados y costosas telas. El uso de esos poco higiénicos lechos, de los cuales fué llamado *lectisternium* á ese modo de sentarse á la mesa, subsistió hasta el siglo cuarto, que el cristianismo triunfante reprobó aquella inmoral costumbre.

El número de servicios fué aumentado hasta veinte; en cada uno se empleaban útiles distintos, y distintos grupos de esclavos estaban destinados á cada uno de ellos, amén de los heraldos que proclamaban la excelencia de los manjares, y de los que escanciaban el vino, que con órden riguroso era servido en preciosos vasos de diferentes formas y dimensiones, que aumentaban con la buena calidad de cada vino.

Esta era otra de las cosas á que consagraban especial cuidado. Primeramente solo se bebia el vino cosechado en la República, pero despues fueron introducidos los vinos de Grecia, y con particularidad los de las islas del Archipiélago; por supuesto que el aprecio del vino aumentaba con su antigüedad, y es muy conocido aquel verso de Horacio:

«O nata mecum, consule Manlio.»

Los manjares raros eran otra de las cosas que constituian la mayor importancia de un banquete; y para no citar muchos, mencionaré un javalí que fué servido todo entero, estando una mitad de él cocida, y asada la otra, singularidad que valió al cocinero el honor de ser llamado al *triclinium*, donde explicó el modo de preparar aquel manjar: no menos raro y mas costoso fué aquel otro platillo preparado con las lenguas de cinco mil ruiseñores que todos habian cantado, y que suministraria sin duda uno de aquellos mercaderes de manjares raros llamados *cupidiarii*, cuyas tiendas se hallaban siempre llenas de gastrómanos.

No os hablaré de Octavio, de Gabelio, ni aun de Lúculo, que al reñir á su cocinero porque no le habia servido en una ocasion cual deseara, como aquel se disculpase con que Lúculo no habia tenido convidados, le dijo este irritado:—«Desgraciado, ¿no sabias que Lúculo cenaba en casa de Lúculo? Tampoco me ocuparé de Apicio, que despues de consumir cien millones de sextercios ($5.300,000) en la mesa, y como no le quedasen mas de diez millones ($530,000), se dió la muerte, no hallando diferencia entre vivir con esa suma y morir de hambre.

El cocinero, llamado *promuscondus*, era un personaje importante, y Salustio compró al famoso Dama en cien mil ases. Disfrutaban mil consideraciones, hasta un término verdaderamente ridículo, lo cual no impedia que una ligera falta en el condimento les acarrease algunos centenares de azotes. ~~Cuando hierven mis cacerolas, decia un famoso *promuscondus*, y las descubro, con el perfume que se exhala de ellas cena Júpiter.—Y cuando no guisas? se le preguntaba.—¡Ah! entonces Júpiter se acuesta sin cenar.~~

Diré para terminar con los romanos, que el lujo en la comida fué causa de la ruina de tantas familias, que las leyes Orchia, Fannia, Didia, Cornelia, Æmilia, Antia, Julia y otras llamadas sumptuarias, trataron de ponerle coto, limitando el gasto por convidado, el número de estos y el de los banquetes, é imponiendo penas muy severas para cortar el mal.

La invasion de los bárbaros acabó por de pronto con aquellas locuras culiniarias. Los invasores se conformaban con los productos de la caza, las bebidas embriagantes, y con hacer un combate al fin de cada orgía. Poco á poco, sin embargo, fueron adoptando las costumbres de aquel pueblo, que aun vencido dominaba, y se restableció en parte la antigua esplendidez de los festines; esto se verificaba con especialidad en las abadías y conventos, hasta motivar algunas nuevas leyes sumptuarias.

Los venecianos fueron los primeros que importaron del Oriente las especias, y los holandeses los que introdujeron en Europa el café, á mediados del siglo XVII. Por este tiempo tambien comenzaron á usarse el tabaco, la azúcar y el aguardiente, con todo lo cual la cocina recibió un gran impulso, hasta elevarla al alto grado de variedad y de abundancia en que actualmente se halla.

Si no me hubiera alargado mas de lo debido, os hablaria aún, como tenia propuesto, de la cocina antigua mexicana, y os diria cómo se compraban, para ciertos banquetes, á los esclavos que mejor cantaban y bailaban, los cuales, recebados y bien adere-

zados eran finalmente comidos con delicia: os diria cómo tenian los antiguos mexicanos una variedad infinita de tortillas, entre las cuales habia algunas cuyo nombre solamente puede compararse, por lo largo, al artículo presente: se llamaban *totanquitlaxcallitlaquelpacholli*, que quiere decir tortillas blancas, calientes y dobladas, compuestas en un *chicuitl* y cubiertas con un paño blanco; os diria otras mil cosas que omito para llegar por fin al objeto principal de esta revista.

El Café Fulcheri fué primeramente establecido en un pequeño salon de la calle del Coliseo Viejo. Bastante frecuentado en su principio, se encontró poco á poco abandonado por el público. Los invasores hicieron de él un centro de reunion, y es sabido cuán poco se acomoda el carácter frances con el nuestro, que aun cuando no es muy grave, callado, taciturno y poco expansivo que digamos, está, sin embargo, distante de esa alegría de los franceses, continua, loca, descompasada, *bruyante*, como dicen ellos, y realmente insoportable.

Para librarse de la invasion no hubo otro remedio que trasladar el Café al sitio que hoy ocupa, y en el que bajo un pié de mejoramiento progresivo, ha permanecido por el espacio de seis años poco mas ó menos.

No pretenderé describiros el local, que debeis conocer con sus elegantes salones lujosamente empapelados, sus mesas de mármol siempre lucientes, sus mullidos asientos, que pudieran, llegado el caso, servir como los lechos romanos, sus espejos que reproducen indefinida y mágicamente los objetos á la luz del gas, clara, neta, purísima, brillante, con todas aquellas circunstancias, en fin, que hacen de él un sitio *confortable;* no os hablaré tampoco de la buena calidad de los efectos todos que en él se hallan, ni del órden y de la limpieza, que es una de sus cualidades mas notables; callaré igualmente que la exactitud y la prontitud en el servicio se han conseguido plenamente, merced á la empeñosa y continua vigilancia del dueño; no os diré que periódicamente recibe de Europa la casa mencionada, no solo lo que necesita para reparar lo consumido, sino todo aquello que en algo puede serle útil aunque insignificante. Omitiré, en fin, mil cosas para no hacer del fin de este artículo una fastidiosa, por la no interrumpida laudatoria; me conformaré pues con recomendaros á *Fulcheri*, como dicen nuestros elegantes, como uno de los primeros establecimientos de su género que existen en la capital.

Si no temiera faltar al deseo del Signor Fulcheri, cometería la indiscrecion de detallaros las próximas mejoras que piensa introducir; pero ha querido que ellas causen al público una sorpresa agradable, y voluntariamente me hago cómplice de tal proyecto. El tiempo os desengañará dentro de poco.

Perdonad por hoy la falta de la parte de modas relativa; no perdereis mucho, y ganareis con que se acorte este larguísimo artículo.

Siquiera por el gusto que recibais al ver que aquí termina, perdonad á su autor, que no se consolaria si no se creyese perdonado de antemano, pues aunque temerariamente, cree todo lo bueno y lo espera todo de la bondad de las lectoras del RENACIMIENTO.

M. F. DE JÁUREGUI.

ACUÑACION EN MÉXICO.

(CONTINUA) *

CASA DE MONEDA DE GUADALAJARA.

	ORO.	PLATA.	TOTAL.
Hasta fin de 1856.	651,317	25.056,753 00	25.708,070 00
» 1857.	21,574	769,424 81	790,998 81
» 1858.	7,612	354,788 50	362,400 50
» 1859.	18,354	622,323 81	640,677 81
» 1860.	11,346	187,510 56	198,856 56
» 1861.	29,772	85,668 12	115,440 12
» 1862.		265,394 37	265,394 37
» 1863.	14,512	294,153 00	308,665 00
» 1864.		252,963 00	252,963 00
» 1865.		480,417 00	480,417 00
» 1866.	12,176	503,842 00	516,018 00
» 1867.	2,480	603,304 00	605,784-00
Total.......	769,143	29,476,542 17	30.245,685 17

CASA DE MONEDA DE GUANAJUATO.

	ORO.	PLATA.	TOTAL.
Hasta fin de 1856.	10.885,820	122.635,825 25	133.521,645 25
» 1857.	566,600.	4.747,300 00	5.313,900 00
» 1858.	449,744	4.725,256 00	5.175,000 00
» 1859.	438,840	5.046,120 00	5.484,960 00
» 1860.	317,729	5.371,271 00	5.689,000 00
» 1861.	496,640	4.887,200 00	5.383,840 00
» 1862.	409,156	4.250,844 00	4.660,000 00
» 1863.	495,200	5.242,200 00	5.737,400 00
» 1864.	546,800	4.113,200 00	4.660,000 00
» 1865.	488,000	3.572,000 00	4.060,000 00
» 1866.			4.061,000 00
» 1867.			4.082,000 00
Total......	15.094,529	164.591,216 25	187.828,745 25

Debo no dejar pasar en silencio la observacion de que en la Memoria de Fomento de 1868, al hablarse de la acuñacion de Guanajuato, solo se ponen los resultados finales, sin la division del oro y de la plata: en los antiguos datos que poseo se hizo aquella separacion, y por esta causa he conservado mis primeros números, que en manera alguna van acordes con los nuevos. Se notará igualmente que en la suma anterior, los resultados de la primera y segunda columnas no confrontan con la tercera; esto proviene de que he tenido que aceptar en globo las cifras para 1866 y 1867.

CASA DE MONEDA DE SAN LUIS POTOSÍ.

SOLO ACUÑA PLATA.

Hasta fin de 1856............................	37.302,201 00
» 1857............................	1.227,044 75
» 1858............................	556,581 50
» 1859............................	230,249 00
» 1860............................	247,337 00
» 1861............................	2.210,933 50
» 1862............................	2.924,384 50
» 1863............................	2.093,105 00
» 1864............................	1.771,960 00
» 1865............................	1.501,846 00
» 1866............................	1.263,000 00
» 1867............................	1.371,260 00
Total................	52.699,902 25

* Al continuar en la pág. 80 del RENACIMIENTO la publicacion de este artículo, se omitió por un descuido la parte que hoy se inserta, y que debe intercalarse entre el trozo que concluye en la pág. 71 y el que comienza en la 80.

CASA DE MONEDA DE MÉXICO.

	ORO.	PLATA.	TOTAL.
Hasta fin de 1856	76.447,493	2,129.093,200 00	2,205.540,693 00
" 1857	164,156	4.878,006 57	5.042.163 57
" 1858	195,176	4.362,597 75	4.557,773 75
" 1859	166,950	4.487,776 75	4.654,726 75
" 1860	140,524	3.379,494 75	3.520,018 75
" 1861	177,300	2.414,958 75	2.592,258 75
" 1862	154,393	2.834,707 75	2.989,100 75
" 1863	162,682	3.148,076 00	3.310,758 00
" 1864	151,960	4.985,209 20	5.137,169 20
" 1865	213,957	4.281,645 55	4.495,602 55
" 1866	278,368	4.328,120 05	4.606,488 05
" 1867	146,336	4.157,977 95	4.304,313 95
Total	78.399,297	2,172.351,770 07	2,250.751,067 07

CASA DE MONEDA DE ZACATECAS.

	ORO.	PLATA.	TOTAL.
Hasta fin de 1856		167.980,493	167.980,493
« 1857		3.805,000	3.805,000
« 1858	41,456	3.801,000	3.842,456
« 1859	137,552	3.662,448	3.800,000
« 1860	106,000	3.594,000	3.700,000
« 1861	124,000	4.576,000	4.700,000
« 1862	75,000	4.475,000	4.550,000
« 1863	56,000	4.344,000	4.400,000
« 1864	31,000	3.969,000	4.000,000
« 1865	52,000	4.268,000	4.320,000
« 1866	36,000	4.754,000	4.790,000
« 1867	42,000	4.833,000	4.875,000
Total	701,008	214.061,941	214.762,949

CASA DE MONEDA DE OAJACA.

	ORO.	PLATA.	TOTAL.
1859	997 00	57,212 00	58,209 00
1860	512 00	28,565 00	29,077 00
1861	13,303 12	74,427 06	87,730 18
1862	47,404 68	158,054 04	205,458 72
1863	89,534 54	166,232 09	255,766 63
1864	53,220 63	212,308 86	265,529 49
1865	48,734 95	202,073 68	250,808 63
1866	36,730 63	208,752 06	245,482 69
1867	46,385 05	168,073 96	214,459 01
Total	336,822 60	1.275,698 75	1.612,521 35

CASA DE MONEDA DE CATORCE.

1865, en plata........................ 1.321,545

No he adquirido otras noticias.

De las casas de moneda de Alamos y de Hermosillo, ninguna noticia contiene la Memoria de Fomento, ni me he podido proporcionar la mas mínima por otro conducto.

Con estos elementos formaremos el resúmen siguiente:

CASAS DE MONEDA.	ORO.	PLATA.	TOTAL.
Catorce		1.321,545 00	1.321,545 00
Chihuahua	1.359,954 00	16.645,187 45	18.005,141 45
Culiacan	3.401,080 00	14.891,845 49	19.292,875 49
Durango	4.200,481 00	35.627,127 25	39.827,608 25
Guadalajara	769,143 00	29.476,542 17	30.245,685 17
Guadalupe y Calvo	2.311,104 00	2.063,958 06	4.375,062 06
Guanajuato	15.094,529 00	164.591,216 25	187.828,745 25
México	78.399,297 00	2,172.351,770 07	2,250.751,067 07
Oajaca	336,822 60	1.275,698 75	1.612,521 35
San Luis Potosí		52.699,902 25	52.699,902 25
Sombrerete		1.551,249 25	1.551,249 25
Tlalpam	203,544 00	959,116 87	1.162,660 87
Zacatecas	701,008 00	214.061,941 00	214.762,949 00
Total	186.776,912 60	2,708.517,099 86	2,823.437,012 46

MANUEL OROZCO Y BERRA

Continuará.

JAMAS.

(ADIOS IMITADO DE CAMPOAMOR.)

Forget me not!...

¡Adios, mi bien! Es el postrer instante....
Pero seca en tu pálido semblante
¡Ay! ese llanto que vertiendo estás.
Lejos me voy, tristísimo y errante,
Mas no te olvida el corazon jamas.
—¿Jamas?
¡Jamas, mujer! La noche de la ausencia
Enlutará doliente mi existencia
Y tú mi corazon no alumbrarás;
Pero en vez de la luz de tu presencia
Tu dulce imágen miraré no mas.
—¿No mas?
¡No mas, mi bien...! Levanta tu cabeza,
Déjame ver tu pálida belleza
Aun otra vez.... la postrimer quizás....
De este tu adios supremo la tristeza
¡Ay! ¿cómo ingrato olvidaria jamas?....
—¡Jamas?
¡Jamas, mujer! En mi alma por do quiera,
Hasta que suene al fin mi hora postrera,
La inolvidable, la única serás....
¿Y tú me llorarás cuando me muera?
¿En mí tan solo pensarás no mas?
—No mas....
¡No mas, mi bien! Del querubin el canto
Son las palabras que diciendo estás....
Adios.... un beso.... beberé tu llanto....
—¿Te olvidarás de la que te ama tanto?
¡Jamas, mitad del corazon, jamas!...

MANUEL M. FLORES.

MIS SOMBRAS.

¡Doux fantômes! c'est là quand je rêve dans l'ombre
Qu' ils viennent tour à tour m'entendre et me parler.
VICTOR HUGO.

Es la hora melancólica y serena
De la alta noche. En apacible calma
Brilla la luna, y á lo lejos suena
Música alegre que entristece el alma.

Música de placer para el dichoso
Que dulces esperanzas atesora;
Música para mí como el sollozo
De un solitario corazon que llora.

Llegad.... llegad, tristezas de la vida!
Y aunque en llanto mis párpados se bañen,
Que en la honda noche de mi fé perdida
Las sombras de mis dichas me acompañen.

Que en el tranquilo rayo de la luna
Imágenes de amor lleguen flotantes,
Bañándome al pasar, una por una,
Con la serena luz de sus semblantes.

Miradlas.... ya se acercan, agrupadas,
Melancólicas, vagas, doloridas,
De los que amo las sombras adoradas,
Las memorias de mi alma tan queridas.

Imágen de mi madre cariñosa,
¿Vienes á visitarme, madre mia?....
¿Quién te dijo que á esta hora silenciosa
Aquí en mi triste soledad sufria?....

¿Sabias que tengo el corazon opreso?....
Oías que te llamaba el hijo ausente,
Y vienes á dejar tu santo beso
Como una bendicion sobre mi frente?....

Hermana de mi alma, hermana mia....
Tu dulce sombra con amor recoja
Esta profunda lágrima sombría
Que á la mejilla el corazon arroja.

Y tú, sangre de mi alma, mi consuelo,
Flor de mi vida solitaria y triste
A quien amé con la ilusion del cielo,
Alma del corazon.... ¿tambien veniste?....

Y vosotras, mis ángeles perdidos,
Las que adoró mi corazon creyente,
Las que al pasar dejásteis suspendidos
Tantos sueños de amor sobre mi frente;

Mujeres de mi amor, las cariñosas,
Que me veis al pasar, una por una,
Llegad, llegad flotantes y hermosas
Al tibio rayo de la blanca luna.

Recuerdos todos de mis bellas horas,
Sombras queridas de mis locos dias,
Venid y recoged consoladoras
En vuestras alas las tristezas mias.

¡Mirad mi corazon! lo ha consumido
Esta fiebre de amar nunca saciada;
En pos de un imposible ha envejecido,
En pos de un sueño.... que será la nada.

¡Venid, sombras, venid! Yo necesito
En estas horas en que sufro tanto,
Algo consolador, algo bendito
A cuyo amparo derramar mi llanto.

¿Es que ya nada el corazon alcanza
Del porvenir en la extension desierta?....
¿Deshojóse la flor de mi esperanza
Sobre la tumba de mi dicha muerta?....

¿Ha muerto todo en mí?... ¿Me sobrevivo?...
¿Soy mi sombra no mas en la existencia?....
¡Ay! nada sabe el corazon cautivo,
Mas que sin dioses se quedó mi creencia.

Yo no sé lo que busco, lo que anhelo,
Yo no comprendo lo que mi alma quiere;
Tan solo sé que en el ingrato suelo
Lleno de vida el corazon se muere....

Que hay en el alma idealidad sublime
Y realidad vulgar sobre la tierra;
Que la nada del mundo nos oprime
Mientras un cielo la esperanza encierra;

Que hasta que vaya á reclinar tranquilo
En el negro sepulcro mi cabeza,
Irá conmigo á mi postrer asilo,
Amiga inseparable, mi tristeza.

MANUEL M. FLORES.

¡ANGELA!

I.

Dormida está en la llanura
La dulce niña hechicera,
La niña de negros ojos,
Blanca como una azucena;
Las auras de la mañana
Agitan su cabellera,
Su cabellera que undosa
Cae en negrísimas trenzas:
En sus purpurinos labios
Blanda sonrisa pasea,
Que está arrullado su sueño
Por celestiales quimeras.
La niña aquella es un ángel,
Angel de paz é inocencia,
De esos que del cielo bajan
Trayendo paz á la tierra.
La dulce niña sin duda
Feliz y gozosa sueña
Que al coro de sus hermanos
De nuevo el Señor la lleva,
Y que une su voz süave,
Allá en la celeste esfera,
A los coros de querubes
Con que los cielos resuenan.
Aves, céfiros y flores
Que poblais esta arboleda,
No desperteis á la niña,
Dejad dormir á la bella.

II.

Duerme en paz, niña galana,
Y en paz y dichosa sueña
Con tus hermanos los ángeles,
Que del cielo te contemplan.
Duerme en paz; tu dulce madre
Feliz por tu dicha vela,
Y vela por tu hermosura,
Y vela por tu inocencia.
Busca en tus sueños la dicha,
La dicha que el alma anhela;
Busca imágenes celestes,
Busca imágenes risueñas.
Aves, céfiros y flores
Que poblais esta arboleda,
No desperteis á la niña,
Dejad dormir á la bella.

III.

Duerme en paz, niña galana,
Y con los ángeles sueña;
Dellos la hermosura tienes,
Dellos tienes la pureza:
Ellos por hermana te aman,
Ellos por tu dicha ruegan,
Ellos guardan el camino
Que Dios te trazó en la tierra;
Y viendo que de tu madre
Sigues por la recta senda,
Felices se regocijan
Al verte, como ella, buena:
Duerme en paz, y no despiertes
Tan presto, porque en la tierra
Tienen lágrimas los ojos,
El corazon tiene penas.
Aves, céfiros y flores
Que poblais esta arboleda,
No desperteis á la niña,
Dejad dormir á la bella.

GONZALO A. ESTEVA.

Junio de 1867.

EL DESCENDIMIENTO



Litog. de Iriarte

LA SEMANA SANTA.

La Semana Mayor.—Aspecto de desolacion que toma la Iglesia para celebrar el drama religioso de esta semana.—Ayuno de los cristianos en la Iglesia primitiva.—La Semana Santa en el siglo tercero.—La *Semana penosa* y la *Semana de Indulgencia.*—Las leyes civil y religiosa se unen durante esta semana.—Cárlos VII concede el perdon de algunos súbditos rebeldes.—Luis IX rehusa hacer gracia á un condenado.—Vacaciones del Parlamento de Paris y libertad de criminales á causa de la Semana Santa.—Ceremonias de la Semana Santa en Roma.—Los *Champs-Golots* en Épinal.—Las cédulas de remision eran selladas el Viérnes santo.—Costumbre practicada por el rey y la reina de Inglaterra el Juéves santo.—Rescate de los caballeros que atravesaban por *Durham.*—Los *pasteles de la cruz* en Lóndres.—Orígen de este uso.—Ceremonia del *fuego sagrado* en Jerusalem.

La última hora del domingo de Ramos ha sonado. Estamos en la *Gran Semana*, como se la llamaba en otro tiempo, ó en la *Semana Santa*, para hablar el lenguaje de nuestra época. La Iglesia ha despojado sus altares y cubierto con velos los cuadros y las estatuas de los santos. Ademas, y esto no contribuye poco á dar un aspecto de desolacion á las ceremonias de la Semana Santa, en ella no se escuchan sino lúgubres cantos.

Mas aún, el Juéves santo las campanas cesan de tocar; se han ido, segun una creencia infantil, á Roma á recibir la bendicion del Santo Padre, ó á celebrar sus pascuas, y la ruidosa matraca, inmortalizada en el poema del *Lutrin* de Boileau, es la que hace sus oficios en algunas provincias, y particularmente en el Artois.

En efecto, un gran drama religioso se prepara; un Hombre-Dios se ha dignado dejarse crucificar entre dos ladrones para rescatar á la humanidad: esta escena grandiosa es la que la Iglesia recuerda durante muchos dias. Los fieles apartan su pensamiento de toda cosa material y le llevan á la cumbre del Gólgota, en donde se cumplió, diez y nueve siglos há, la regeneracion del universo.

Pero el Viérnes santo ha pasado, y las ceremonias del sábado de Gloria, preludio de la alegría pascual, contrastan con las de los dias precedentes. Se hace el fuego nuevo, extraido del pedernal; se bendice el agua, las iglesias se despojan de su aspecto de tristeza, que impone aun á los mas irreligiosos; las matracas desaparecen, y los alegres repiques de las campanas invitan á los fieles á prepararse para la fiesta del dia siguiente.

En los usos de la Iglesia primitiva, el ayuno era mas rigoroso durante la Semana Santa, y no se comia mas que frutas secas, se abstenia todo el mundo de los placeres mas inocentes, renunciando á toda obra servil.

Los dias y gran parte de las noches se pasaban en los templos; los príncipes y los soberanos mismos daban el ejemplo de esta vida de mortificacion.

La Semana Santa, segun el testimonio de San Dionisio, obispo de Alejandría, estaba ya en gran veneracion en el siglo tercero. Un siglo mas tarde, San Juan Crisóstomo habla de ella en una homilia, y la designa bajo el nombre de *Gran semana*, «*no*, dice, *porque tenga mas dias que las otras, ó porque sus dias contengan mayor número de horas, sino á causa de la grandeza de los misterios que entonces se celebran.*»

Daban tambien á la Semana Santa los nombres de *Semana penosa ó penible* (pœnosa), á causa de los sufrimientos de Jesucristo; *semana de indulgencia*, porque entonces se admitia á penitencia á los pecadores. Con todo, el nombre de Semana Santa fué siempre el mas usado.

La ley civil se unió por mucho tiempo, durante esta semana, á la ley de la Iglesia para prohibir toda obra servil; la muerte de Cristo debia ser el pensamiento comun. Los procedimientos judiciales en virtud del Código Teodosiano, se suspendian cuarenta dias antes; se abrian los calabozos de los prisioneros, se rompian sus cadenas y se les volvia la libertad. No habia excepcion sino para los criminales cuyos delitos perjudicaban gravemente á la familia ó á la sociedad.

Esta amnistía no está solamente prevenida en el Código Teodosiano; se encuentra tambien su huella en los monumentos del derecho público de nuestros padres: San Eloy, obispo de Noyon, hace mencion de ella en un sermon predicado el Juéves santo.

Las Capitulares de Carlo-Magno concedian á los obispos el derecho de exigir de los jueces la libertad de los presos en los dias que precedian á la Pascua; este privilegio se extendia aun á las fiestas de la Navidad y de Pentecostés: en fin, bajo el dominio de la tercera raza podemos citar el ejemplo de Cárlos VII, que habiendo tenido que reprimir una rebelion de los habitantes de Rouen, ordenó dar libertad á los prisioneros, porque se estaba en la *semana penosa* y muy cerca de la fiesta de la Pascua.

En la antigua monarquía, por un uso que remontaba hasta los tiempos feudales, el Viérnes santo era el dia escogido para sellar las cédulas de remision, y la novela de *Girard de Roussillon* habla de una reina que rogaba al rey concediera su perdon, en este dia, á criminales cuyos bienes se habian confiscado.

El mas santo de los reyes de Francia, Luis IX, no pensaba que la justicia fuese compatible con los deberes religiosos. Se cuenta que los parientes de un gentil-hombre detenido en el Chatelet, habiendo venido á pedir perdon á este rey en el momento en que leia su breviario, San Luis puso el dedo sobre el versículo que decia: «*Dichosos aquellos que guardan el juicio y hacen justicia en todo tiempo.*» Despues ordenó que viniese el preboste de Paris. Habiéndole dicho este que los crímenes de ese gentil-hombre eran enormes, el rey mandó que se procediese en el acto á la ejecucion de la sentencia.

Un último vestigio de esta legislacion se conservó hasta el fin en los usos del parlamento de Paris. Siglos hacia que el palacio no conocia estas largas y cristianas vacaciones, que en otros tiempos se extendian á la cuaresma entera. Los negocios se suspendian solamente desde el Miércoles santo, para continuar despues del domingo de Cuasimodo. El Mártes santo, último dia de audiencia, el parla-

mento se trasladaba á las prisiones de palacio, y uno de los grandes presidentes, por lo regular el menos antiguo, abria la sesion en la cámara. Se interrogaba á los presos, y sin ningun juicio se ponia en libertad á aquellos cuya causa parecia favorable, ó que no eran criminales de primer órden.

Pero hace mas de medio siglo la Francia ha visto sucederse tantas revoluciones, que todo lo que nuestras costumbres públicas y nuestra legislacion habian tomado del sentimiento sobrenatural del cristianismo, ha sido borrado con la mayor rapidez.

Las ceremonias de la Semana Santa atraen todos los años una multitud de extranjeros á Roma; la ciudad es literalmente sitiada; cada uno quiere contemplar el espectáculo imponente de las prácticas religiosas, observadas en esta circunstancia con toda la pompa posible.

Comencemos por el domingo de Ramos.

Tres circunstancias sorprenden este dia á los extranjeros: la primera es el espectáculo del Soberano Pontífice, adornado con la tiara y llevado sobre un elevado trono, desde el cual domina á la multitud; la segunda es la distribucion de las palmas al clero y al cuerpo diplomático: estas palmas, trabajadas con un gusto exquisito, son mas ó menos grandes, segun la dignidad de aquellos á quienes se destinan; la tercera es el canto de la Pasion, que es ejecutado con una perfeccion rara. Las palabras que el Evangelio pone en la boca de la multitud, son pronunciadas por un coro de voces, cuyo efecto es delicioso. «Se halla uno entre dos sentimientos, dice un testigo, el de la armonía sábia que acompaña siempre al arte, y el de la realidad confusa que aquel quiere representar.»

El miércoles, el juéves y el viérnes, el soberano Pontífice y el Sacro-Colegio asisten, en la capilla Sixtina, al oficio de maitines. Se reserva un lugar para el cuerpo diplomático y para las señoras que están provistas de billetes.

El espacio que se deja para el público es bastante estrecho, y desde la mañana, las cercanías de la capilla están llenas de viajeros, ávidos de oir el canto célebre del *Miserere*. Ademas, en la mañana del Juéves santo siguen despues de la misa tres ceremonias interesantes: el Papa da desde el balcon de San Pedro la bendicion, como el dia de Pascua, y va en seguida al lado derecho de la basílica á lavar los piés á doce sacerdotes que representan á los apóstoles y que están vestidos de blanco.

No hace mucho tiempo, en 1828 (cuenta Mr. L. Simond en su *Viaje á Italia y á Sicilia*), se juntaba á los doce sacerdotes un negro que representaba á Judas. El autor asistió á una pequeña escena que se nos permitirá reproducir.

«...... Los apóstoles, durante este tiempo (se estaba quitando el vestido y la tiara á San Pedro, poniéndosele un delantal y recogiéndosele las mangas), se descalzaban de prisa, es decir, procuraban hacer salir sus piés por la extremidad del pantalon, que tenia la forma de una media con una abertura en el talon; y sea porque esta no era bastante grande, ó tal vez porque los apóstoles no eran bastante diestros, el caso es que el escarpin rebelde quedaba enganchado á la punta del pié de muchos de ellos, sin poder entrar ni salir. Hubo en la concurrencia un pequeño movimiento de hilaridad; pero con el auxilio que se prestó oportunamente, el miembro destinado al honor de ser lavado por el Papa, fué desembarazado: era un solo pié. El Papa derramó un poco de agua sobre este pié, y pareció enjugarle.»

La última ceremonia es aquella en que el Papa sirve la mesa á los pobres. Una mesa está dispuesta en la sala que está encima del pórtico y que conduce al balcon; hay tambien tribunas reservadas en que se sientan asistentes como en la capilla Sixtina y en la parte de la iglesia en que se hace el lavatorio. Como en estos dos lugares, el público permanece en pié; pero la sala, á pesar de su extension, no puede contener sino un pequeño número de los que han invadido la basílica. El Papa recibe los platos de mano de los obispos y los lleva á los doce pobres, representados por sacerdotes, delante de cada uno de los cuales se halla un ramillete monumental. Cada uno de los doce sacerdotes, concluida la comida, se lleva consigo el trage, el ramillete, el cubierto, la vajilla y los restos de la comida.

Una brillante iluminacion termina las ceremonias de la Semana Santa y de la fiesta de la Pascua. Una multitud de fuegos cubiertos dibujan los contornos arquitectónicos de San Pedro, al mismo tiempo que las músicas militares ejecutan algunas piezas en la plaza. Al dia siguiente tiene lugar la *girandola* ó fuegos artificiales.

En otro tiempo, durante el *Miserere*, existia una costumbre de la que no hacen mencion las relaciones de nuestra época. Este uso consistia en encender trece cirios que se extinguian sucesivamente hasta el décimotercio, que se colocaba detrás del altar, en memoria de la desercion de los doce apóstoles y de la fidelidad de la Vírgen. Hácia el fin de la ceremonia se imitaba tambien el entierro de Cristo, que por una ficcion se suponia verificarse. Esta ceremonia no habia sido imaginada sino par contribuir al efecto de la música.*

Veamos ahora cuáles son los usos populares qu se refieren á los diferentes dias de la Semana Santa.

En Epinal tenia lugar, el Juéves santo, una fies ta muy querida de los niños, y esperada cada ve con una extrema impaciencia.

Queremos hablar de los *Champs-Golots*, cuy orígen se pierde en la noche de los tiempos.

Los *Champs-Golots*, establecidos para solemn zar la vuelta de la primavera, se celebraban inv riablemente, al aire libre, durante una hora. Desd que se acababa el dia, una multitud de niños, ll vando unas tablitas ó cajas de abeto, donde ib pegados unos cabos de vela, invadian la calle d *Hotel-de-ville*. Allí todos confiaban á los arr yos de la calle sus embarcaciones, que dirigian s

* L. Simond, obra citada.

bre el agua unas detrás de otras, reteniéndolas por medio de un bramante, á fin de impedir que zozobrasen.

Nada mas curioso que ver á estos marinos de tan tierna edad, conducir sus navíos con una gravedad cómica, descender y volver á subir las corrientes, evitar con cuidado los escollos, y reir á carcajadas ó llorar á lágrima viva cuando el viento extinguia sus fanales, ó por desgracia las ondas sumergian sus esquifes.

De en medio de la muchedumbre de marineros, los padres, las niñeras y los paseantes se ponian á cantar una copla en *patois*.

Así es como en esta vieja ciudad, la infancia anunciaba el fin del invierno, la caida de las *veladas* y la espiracion de la cuaresma.

Pero tan divertida costumbre ha desaparecido desde que la administracion municipal restauró la calle del *Hotel-de-ville* y le ha puesto aceras. En 1861 se hicieron correr los arroyos en esta calle, á fin de permitir á los niños abandonarse á sus juegos como antes: muchos acudieron con sus navíos iluminados; pero aunque la alegría hubiese sido bastante grande, el carácter primitivo de la fiesta no reapareció enteramente; se lamentaban todos de que la caja de queso tradicional hubiese sido reemplazada por los navíos de alto bordo.

En Inglaterra, la mayor parte de las antiguas costumbres de la Semana Santa no son sino tradiciones católicas mas ó menos modificadas. El Juéves santo, el rey y la reina lavaban los piés á doce pobres que representaban á los doce apóstoles. Guillermo III, llamado *Cabeza de estopa* (á causa del color de sus cabellos), se dispensó el primero de esta formalidad, haciéndose reemplazar por su limosnero. Como quiera que sea, semejante costumbre subsistió largo tiempo todavía; y F. Colsini escribia en 1693 en su *Guía del extranjero en Lóndres:* «El Juéves santo, el rey, segun una muy antigua costumbre, lava los piés á tantos viejos cuantos son los años que tiene, y la reina hace lo mismo con otras tantas viejas.»

El *Gentleman's Magazine* nos enseña que todo caballero que atravesaba por *Durham* en la semana pascual, era despojado de sus espuelas por las muchachas de la ciudad, ó las conservaba mediante un rescate.

En Lóndres, el Viérnes santo las gentes se saludan diciéndose: «*Good friday*» (*buen viérnes*). Los almacenes y los talleres están rigorosamente cerrados, y los únicos traficantes á quienes se tolera en las calles, son niños que gritan en todos los tonos: «*Hot cross-bonnes.... one penny.... cross-bonnes*» (pasteles de la cruz, por un penique). Se ve, en efecto, sobre estos pasteles, una cruz adornada con pequeños confites blancos.

Este uso data de los primeros dias del célebre convento de Saint-Albans. Era entonces costumbre general la de ir en peregrinacion á ese convento el Viérnes santo. Despues de los oficios, los visitantes recibian de los habitantes del convento, pasteles llamados *cross-bonnes*. Se servian en las comidas de familia, y se conservaba uno que se suspendia encima del hogar, en donde permanecia hasta el Viérnes santo siguiente.

En Jerusalem, el Sábado santo se celebra la ceremonia del *fuego sagrado*, verdadero espectáculo que atrae á la iglesia de la Resurreccion una multitud de cismáticos, de armenios, de cophtos y de abisinios, y aun algunas veces concurren el pachá gobernador de la ciudad, y los cónsules europeos. Vamos á dar una idea de esta ceremonia.

Una procesion griega, con banderas desplegadas, desciende de la capilla del Calvario y avanza hácia el Santo Sepulcro. El *pope*, * revestido con una alba que le cae hasta los piés, tiene dos cirios en su mano. Un diácono lleva delante de él, en forma de haz, treinta y dos cirios que representan los treinta y dos años que vivió Jesucristo. La procesion da tres veces la vuelta en derredor del Santo Sepulcro, cantando salmos; despues el patriarca toma el haz de cirios de manos del diácono y entra solo en la capilla del Angel, cuya puerta se cierra precipitadamente tras de él. El *pope* debe permanecer en oracion, con los ojos cerrados, en la capilla, hasta que el fuego del cielo venga á encender los dos cirios que tiene en sus manos. El mas profundo silencio reina en el santuario durante este tiempo; se diria que nadie se atreve á respirar entre los griegos, y se teme que Dios, irritado, no se halle dispuesto á enviar el fuego, y que se pierda el fruto de tan larga peregrinacion.

Pero repentinamente las inquietudes cesan, se oye el *Alleluia* del patriarca, y la mano del *obispo del fuego*, teniendo un cirio encendido, se muestra en una de las ventanas de la capilla del Angel. Entonces no hay sino trasportes de alegría. Un griego se apodera del cirio y comunica el fuego sagrado á aquellos que le rodean. Por otra ventana, el patriarca pasa un segundo cirio al patriarca armenio que debe llevar el fuego á sus correligionarios. Encendidos los otros treinta y dos cirios, son en seguida entregados á los peregrinos mas próximos al Santo Sepulcro. Cada uno se precipita hácia los poseedores del fuego, y en pocos minutos todo el templo queda iluminado. Los unos le encierran en linternas, que ocultan bajo sus vestidos para librarlos de la religiosa codicia de los que no han podido procurarse un mueble semejante; los otros, no teniendo ni cirio, ni linterna, encienden, sea antorchas en el *fuego nuevo*, sea cuerdas ó girones empapados en grasa.

Los miserables, las mujeres estériles y los fanáticos rodean entonces el Santo Sepulcro, cuando comienza á ser desembarazado; los unos pasan la llama divina sobre sus miembros, las mujeres se queman voluntariamente los cabellos, los otros se embadurnan la cara con la cera fundida que cae de los cirios. Otros todavía procuran extinguir el fue-

* Sacerdote del rito griego, entre los rusos.

go de un peregrino con una especie de birreta blanca, que ennegrecida con la llama, debe ser sobre su cabeza un precioso talisman.

Cuando los peregrinos se han abandonado durante una hora á todas sus locuras, los soldados turcos hacen evacuar el santuario. El corazon se llenaria de disgusto, dice un escritor, Mr. Marius Fontane, cuya relacion de esta ceremonia no hacemos mas que analizar, si se quisiesen ver las baldosas del templo despues de esta profanacion de tres dias, cuya digna coronacion es el milagro del fuego sagrado.

EUGÈNE CORTET.

(Traducido para el Renacimiento por I. M. A.)

JESUS.

A E. G. de C.

Nonne hæc oportuit pati Christum,
et ita intrare in gloriam suam?

SAN LUCAS, XXIV, 26.

Despojado de luz el firmamento,
Rugiendo en quejas el salobre abismo,
La tierra en convulsion, natura toda
Absorta ante el horrendo cataclismo,
Anuncian se consuma el gran portento
Que sobre todos los prodigios crece;
Y un labio que alta inspiracion ampara,
Al asombrado Areópago declara
Que el Universo espira, ó Dios padece.

¡Ciega Salém! De Sinaí las tablas
A sabor de tus vicios interpretas;
Por Fariseos hablas,
Y los á tí mandados sacrificas.
Lapidadora antigua de Profetas,
¿Cómo la culpa explicas
Que al linaje de Adan mancha y oprime,
Si á la expiatoria cruz niegas la mente,
Que erigida del Gólgota en la frente,
Al Universo mísero redime?

¡Error de muerte tus entrañas roe!
De David el salterio
No alegra ya las ondas de Silóe.
Tiénete el oro en duro cautiverio,
El sensual paganismo te contagia;
Y de Ezechiél borradas las visiones,
Nada á tu yerto espíritu presagia
Que esperado Mesías
Ya huella de Israel los pabellones,
Y descifrando signos y figuras,
Apropiándose humanas amarguras,
Realiza el vaticinio de Isaías.
¡Salém! por eso en porvenir cercano
De tu garganta arrancará el romano
El lamento inmortal de Jeremías!

Bajo de un mismo cetro sojuzgada
La humanidad, tras lid desgarradora,
En vaga expectacion á toda hora
Vuelve á los cuatro vientos su mirada.
Entonce en un rincon de Palestina,
El humilde Moisés de Galilea
Promulgando vivífica doctrina,
La paz del alma y el consuelo crea.

Él beatifica la pobreza, el llanto:
Ensalza la humildad: el tierno niño
Al ángel equipara con cariño:
La mujer emancipa: el dogma santo
Del derecho á los débiles señala;
Y mientra á todos en su amor iguala,
Moralista, Profeta, Dios en suma,
Traza en rasgos divinos
El orígen del hombre y sus destinos.

¿Qué maestro enseñó la siempre nueva,
Trascendente doctrina, que así manda
Amar al enemigo, aun en su furia,
Como rogar al Padre respondiendo
Al flagelar de inmerecida injuria?
¿Quién dió de caridad tan alto ejemplo,
Y á la virtud tan célica fragancia?
¿Quién de fraternidad y tolerancia
Zanjó en la tierra el admirable templo?

Es su lenguaje extraña melodía,
Sencilla y poderosa:
Ni del genio de Grecia procedía,
Ni del arte de Roma portentosa.
El solo nombre de JESUS encierra
Tesoro de ternura y poesía
Que no cabe en el tiempo ni en la tierra.
Inventado en los cielos, de los mundos
Penetra la extension; allí fulgura
Por toda eternidad, y con fé pura
En torno de su gloria indeficiente
La adoracion erige sus altares,
La elevada razon en él se afianza,
Y por siglos y siglos á millares,
El áncora será de la esperanza.

Tal es, Salém, el Dios que con prolijos
Suplicios ya tu insensatez provoca,
Su sangre sobre tí, sobre tus hijos,
Llamando impía con blasfema boca.
Pudo burlar tu afan, como en su enojo
Pudo romper los diques del diluvio
Y secar los abismos del Mar Rojo;
Pero á su obra divina consagrado,
El rayo de su fuerza encadenado
Yace al pié de su cruz; y muerte, oprobio
Aceptando del hombre que le abruma,
Del hombre al fin la redencion consuma.

¡Creador! ¡Redentor! ¡Padre dos veces!
¿Cómo podrá elevarse el pensamiento
De gratitud al justo rendimiento
Que por tu inmensa abnegacion mereces?
Por tí con largas creces
La criatura el perdido Eden recobra;
De la copa del mal vierte las heces,
De gozo y bendicion en frutos sobra.
Los grillos del error y del averno,
Gran Regenerador, tu diestra rompe;
Y con libre conciencia,
Sin sangriento holocausto,
En incienso de amor, en inexhausto
Culto puro tu grey te reverencia.

Cumplióse el asombroso
Decreto inexcrutable: de la tumba
Renaces gloríoso!
¡Víctima y triunfador! doquier retumba
El son de tu victoria;

Y sus himnos jocundos
Estremecen de júbilo los mundos
Y los cercos eternos de la Gloria.

En tu suplicio y triunfo
Fenece el mundo antiguo, el nuevo empieza:
Cumplida con insólita grandeza
En la Sïon terrena tu justicia,
En la Sïon celeste ya propicia
Reina tu paternal misericordia;
Y de la crëacion en el gran templo
Siempre ¡oh Cristo! serás, será tu ejemplo
La clave de esperanza y de concordia.

C. Collado.

Marzo 20 de 1869.

EL BUEN PASTOR.

I

Dadme del querubin el arpa de oro,
Del ángel la armonía,
Y elevaré mi cántico sonoro
Al amor de Jesus y de María.

Cual Israel en Mitzraim cautivo
Gimió en duras prisiones,
Gemia así mi corazon altivo,
Juguete vil de indómitas pasiones.

Del mundo me sedujo el gozo breve,
La pompa y arrogancia,
Y á su fuego deshízose cual nieve
El candor inocente de mi infancia.

¡Ay! cual la leve gota de rocío
Se pierde en anchos mares,
En un mar de dolor el placer mio
Perdióse y sufro bárbaros pesares.

Y mustio, cual la flor en el desierto,
Quedé solo en la tierra;
Mi corazon rebelde estaba muerto,
Duro cual mármol que el sepulcro cierra.

Y ceñido de angustia y de congoja
Lanzaba hondo suspiro:
Caer, cual de árbol verde hoja tras hoja,
¡Ay! mis doradas ilusiones miro.

Mas ví en sueños pasar una doncella,
Muy mas que el sol hermosa,
Mas apacible que la luna bella,
Y mas fragante que lozana rosa.

El iris coronaba su alba frente;
Azul era su manto;
Su túnica cual lirio de la fuente,
Su rostro lleno de bondad y encanto.

Atónito mirábala y me dijo:
«No temas, soy María;
Tu Madre soy: levántate, mi hijo,
Y cese en mi regazo tu agonía.»

«Yo soy la Madre del Amor hermoso;
Mi amor es blando y tierno;
Ten fé y de nuevo te verás gozoso
Bajo las palmas del hogar paterno.»—

Y al punto se apagaron mis gemidos;
Y un jóven se presenta
Traspasando en beldad á los nacidos,
Y cariñoso junto á mí se sienta.

«¡Mísero! Yo conozco á mis ovejas,
Yo soy el Pastor bueno;
Oí benigno tus sentidas quejas,
Y aquí me tienes;» dijo de amor lleno.

Y en sus hombros poniéndome, camina,
Y va de risco en risco
Descalzo hollando la punzante espina,
Y me traslada á su seguro aprisco.

Y despues en tranquilo apartamiento,
Adonde nunca llega
Del mundo falso el corruptor aliento,
Conmigo á tiernas pláticas se entrega.

II

Y en mi pecho derraman la dulzura
Sus palabras de vida,
Y me convierte el cáliz de amargura
En sabrosa bebida.

Con su sangre inocente, del pecado
Lava la mancha horrenda,
Y de mis ciegos ojos, apiadado,
Quita la oscura venda.

Y me besa y la Cruz graba en mi frente,
Y cíñeme con brillo
Trage nupcial, y póneme clemente
De la gracia el anillo.

Y músicas prepara de alegría
Y espléndidos festines,
Y me sienta á la diestra de María
Entre mil querubines.

«Grande era, dice, mi afliccion y pena,
Que muerto lloré á mi hijo;
Mas le encontré, y mi espíritu se llena
Por él de regocijo.»

«Por el hombre que hiciere penitencia
Mas gozo habrá en el cielo,
Que por la dulce paz y la inocencia
Del justo en este suelo.»

«El pecador que pone su confianza
En mi Madre y Señora,
Vendrá con ella al arca de la alianza
Do eterna dicha mora.»—

Me inunda desde entonces dulce calma,
Del mundo en el retiro;
Y por volverse á Dios anhela el alma
Con férvido suspiro.

Al monte del Amor venid, mundanos,
Do habita el Pastor bueno,
Y limpiará con sus divinas manos
Vuestro manchado seno.

Y de la gracia ensalzareis rendidos
La sin igual victoria,
Y al salir de este valle de gemidos
Entrareis á la gloria.

Dadme del querubin el arpa de oro,
Del ángel la armonía,
Y elevaré mi cántico sonoro
A Jesus y á María.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

México, Marzo 18 de 1869.

GÓLGOTA.

A HILARION FRIAS Y SOTO.

Ecce lignum crucis.

La introduccion milenaria de la historia del género humano habia concluido. La mano de Dios principiaba el nuevo libro, grabando en su primera página esta solucion del problema de los siglos: JESUS.

Los tiempos se cumplian.

En su tortuoso sendero, en su camino de lágrimas, los hijos de Adan, amamantados con el dolor, marchaban á tientas á la incierta luz de fulgores intermitentes, inclinándose allí ante esa irradiacion sublime que se llamó Budah, ahogando aquí la voz de su conciencia con la copa de cicuta de Sócrates, y gravitando, en fin, en derredor de la prostituta que recibia el incienso del mundo dentro de su recinto de siete colinas, convertido en el ara gigantesca del cesarismo.

La humanidad arrastraba una existencia orgiástica. La adoracion del placer ha sido siempre el mayor indicio de los grandes vacíos del corazon.

Esperaba algo, pero tenia una ancha venda sobre los ojos.

¿Qué era lo que esperaba? Algo que una nacion habia adivinado, algo que en medio de la opresion era la consigna sagrada del pueblo en Palestina.

El Mesías.

El prefacio de la historia se podia reasumir en estas dos palabras: la lucha á ciegas. Los pueblos consumian en la noche sus fuerzas, aislados, buscando su destino en el dia siguiente, ignorando el porvenir en cuyo misterioso templo se efectuará un dia la comunion del género humano.

La historia era un tenebrario inmenso. De vez en cuando un hombre aparecia como el relámpago que hiere fugaz la nube, alumbrando con su sirte fosfórica las entrañas de la tempestad.

Esos relámpagos que hacian pensar á las generaciones en horizontes desconocidos, brillaban en medio de la fantástica teogonia de los sacerdotes de Brahma, en la inspiracion sombría de los profetas hebreos, en la trilogia mítica de Esquilo.

Y hé aquí que llega un dia en que Dios pone su mano en la historia y la historia se explica, y el hombre tiene un recuerdo que engendrará en su alma el ideal eterno: Jesus.

Era el *fiat lux* pronunciado en el caos de nuestros destinos, como en los dias genesiacos en medio del embrion monstruoso del orbe.

Los hijos de los hombres llegaban, cargados de cadenas, por la via dolorosa. Iban tristes hasta en el fondo de su ánima, peregrinando al través de los tiempos, sin fé y sin amor. Negras bandadas formaban en el espacio las aves de rapiña, espiando las agonías de los desheredados, acechando las fosas recien abiertas, en donde la humanidad indiferente enterraba los cadáveres de sus mártires.

En su camino encontraron una roca levantándose sobre la Salem de los bardos de Judea como el cráneo rugoso de un anciano profeta descollando severo y triste entre la multitud coronada de flores y aspirando con avidez las brisas que sopla de los campos de aromas.

Por la falda del peñasco subia un hombre seguido por el escarnio de la plebe.

En su frente parecia haberse anidado un rayo del sol; sus miradas encontraban en el seno de los hombres la fuente de las lágrimas, y cuando se dirigian al cielo, los horizontes se abrian como para dejar libre su paso á lo infinito.

La clépsidra marcaba la hora de nona.

Una cruz fué alzada como el *labarum* triunfal sobre la cima del Gólgota, y en ella estaba enclavado el mancebo.

La agonía del Hijo del hombre comenzaba.

Arrodillémonos.

El Maestro, henchida de angustia el alma, miró hácia el porvenir.

Su imágen sagrada se reproducia en la humanidad.

Del sepulcro del Salvador partian sus discípulos anunciando la buena nueva á todos los vientos del cielo: por do quiera el espectro del mundo antiguo aparecia junto al altar del paganismo contestando á los himnos de libertad con el rugido de los leones del circo, con el golpe seco de las hachas imperiales.

Un mar de sangre cubrió la superficie de la tierra, y en todas direcciones los horizontes se empurpuraban con sus oleadas. Y mientras Pablo trocaba en una tribuna sublime el lugar del martirio, Juan el hijo del trueno (*Boanerges*) descifraba la revelacion del porvenir en las páginas sibilinas de los cielos y comunicaba á sus hermanos un libro sombrío como la noche, pero por donde han pasado las constelaciones.

Maestro, enclavaron en la Cruz tu cuerpo desnudo y te colmaron de ignominia, é hiciéronte agotar el sufrimiento. Tu noble cabeza, en la cual fué coronado de espinas el género humano, se inclinó.

Un inmenso grito, repetido aún hoy en el corazon de las generaciones, se escapó de tu seno.

Y todo fué consumado.

Allí permaneces. En las horas solemnes de la historia, en los momentos en que se consuma un gran crímen, se han escuchado resonar, desgarrando la atmósfera impura de todas las tiranías, las palabras supremas exhaladas en tu supremo dolor: *Eloi, Eloi, lamma sabacthani.*

En ellas se reconcentra tu pasion entera; instante de vacilacion en que descorrido ante tí el velo del porvenir, abarcaste los tiempos con tu mirada inmensa......

Y te viste, Maestro, vilipendiado, vendido siempre, convertido en enseña de desolacion por los que se llamaban tuyos.

Y viste alzar tu Cruz bendita sobre las ruinas de todas las grandes ideas, sobre el cementerio de todas las conciencias.

En tu nombre hirieron los verdugos y se encendieron las hogueras.

Entonces fué cuando estremecido de angustia, tuviste un momento en que las tinieblas pasaron delante de tus ojos, en que sentiste llegar hasta tí los miasmas del campo de batalla del porvenir; el sol que surgia á tus piés, llevando como el ángel apocalíptico la señal del Dios vivo, tomó un denso color de sangre, y tus labios moribundos dijeron: ¡Padre, me has abandonado!

Lágrima sublime, recogida en tu divina leyenda como en un cáliz, para endulzar el llanto de los pueblos.

Tu pasion no ha concluido; el *Ecce lignum crucis* es el resúmen de los anales de veinte centurias; pero tu presencia en el corazon de los hombres de buena voluntad, será, Maestro, la promesa de Dios fraternizando en tí con el mundo.

Nosotros los hijos de la lucha y de la desgracia, aprendimos á adorarte en el regazo maternal, comprendimos tu mision en el seno llagado de nuestra sociedad, y hénos aquí agrupándonos en torno del Gólgota con la fé en el alma, con el amor en el corazon, con tu nombre en nuestros labios.

La lucha será sin tregua: bendícenos desde la Cruz, ¡oh tú, víctima de los adoradores del odio, que al enclavarte en el madero infame, dejaron tus brazos abiertos, como para que todos los que sufren pudiesen arrojarse en ellos!

Y en la hora en que nuestros ojos vayan á cerrarse para siempre, cuando nos sea dado contemplarte en el radiante mirage del porvenir, ¡oh ideal! elevaránse hasta tí nuestros corazones.

SURSUM CORDA.

JUSTO SIERRA.

Marzo, 1869.

LA PASION DE JESUCRISTO.

DRAMA SACRO DE METASTASIO

EN DOS PARTES,

TRADUCIDO DEL ORIGINAL ITALIANO

POR MANUEL PEREDO.

PERSONAJES.

Pedro. Juan.
María Magdalena. José de Arimatea.
CORO DE DISCIPULOS DE JESUS.

PARTE PRIMERA.

Campo cerca de Jerusalen.

PEDRO.

¿Dónde estoy? ¿á dó iré? la planta muevo
Insegura y sin guía,
Y en vano busco la perdida calma
Desque se consumó la culpa mia.
De los ajenos ojos, de mí mismo
Ocultarme quisiera;
Fluctúa en mil afectos encontrados
Confundida mi alma;
Tenaz remordimiento,
Y lástima á la par medroso siento;
Me anima la esperanza,
La duda me detiene;
Y sin vigor en mí con que los venza,
Dobléganme el temor y la vergüenza.
Hasta en el trino de la errante alondra
Paréceme que escucho,
Acusador de la inconstancia mia,
Al gallo, nuncio del naciente dia.
¡Oh ingratísimo Pedro!...
¿Vivirá tu Señor?... ¡No trastornado
Sin causa el órden miro
De la naturaleza!... ¿No su giro
Detuvo el sol, y en la tiniebla oscura
Apagada su luz ya no fulgura?
¿Por qué, por qué la tierra
Se estremece y vacila
Al retumbar el trueno,
Y la roca insensible abre su seno?
Ante prodigio tanto
Yélase el alma de terrible espanto!

Y pues débil y medroso
Te estremeces en mi pecho,
Sal, en lágrimas deshecho,
Tú, mi ingrato corazon.
Sal ya por los ojos mios;
Llora, pero llora tanto,
Que atestigües con el llanto
La verdad de tu dolor.

(Aparece el coro de discípulos, á cuya cabeza vienen Magdalena Juan y José de Arimatea.)

¿Mas qué grupo es aquel, doliente y triste,
Que á mí se llega?... Pediré noticias
De mi Señor... A interrogar nò acierto...
¡Ay! ¿Si en vez de aliviarme
Sollozando dirán: *¡ha muerto, ha muerto?*

CORO.

¡Cuánto cuesta tu pecado,
Delincuente humanidad!
Al contemplar los tormentos
Que el Dios tuyo sufrió ya,
Consternado el universo
Gime en mísera orfandad.
¡Tú sola no tienes lágrimas,
Tú sola insensible estás!
¡Cuánto cuesta tu pecado,
Delincuente humanidad!

PEDRO.

¡Oh Magdalena, Juan, amigos mios,
José! decidme.... ¿aun mi Jesus respira?
¿O quizás á la ira
De sus tiranos...? ¡Ah, llorais! ya leo
En vuestra palidez lívida, en esas
Por la pena exprimidas
Lágrimas doloridas,
Mi supremo infortunio;
¡Ya no me lo digais; callad, amigos!
¡De este dia tremendo
Todo el horror comprendo!

MAGDALENA.

Referirte quisiera las atroces
Penas que triste de sufrir acabo,
Pero no tengo voces;
Que desde el labio mio
El dolorido acento
Vuélvese al corazon, donde resuena
Con mas flébil lamento.
Ya para desahogar mi inmensa pena,
¡Ay triste! no me es dado
Mas que el hondo suspiro entrecortado!

JUAN.

¡Oh, tú, mas que nosotros
Dichoso Pedro, tú, que no miraste
Al Maestro adorado,
Del presidente injusto
Al tribunal llevado!
¡Desnudo no le viste
Derramar el torrente
De su sangre inocente,
A los crueles golpes que inhumano
En su cuerpo descarga
El feroz pretoriano!
¡Ni viste las divinas
Sienes atravesadas
Por las duras espinas
Con que el sayon malvado le corona;
Ni envuelta ¡ay Dios! la celestial persona
En andrajosa púrpura, ni expuesto
De la ingrata Sion ante la vista,
Escuchando paciente
Los insultos del pueblo delincuente,
Que en torno suyo....

PEDRO.

Acaba.....

JUAN.

Que en torno suyo con furor ahullaba!

JOSE.

A explicarte no acierto
Lo que mi alma sintió, cuando al hallarle,
Camino del Calvario,
Donde á morir le envia
Del implacable juez la saña impía,
Gemir le ví, agobiado
Por el enorme peso
Del duro tronco nada desbastado
Que sus hombros soportan;
Y vacilar, al fin, por el exceso
De la vertida sangre,
Y exánime caer!.... Gritando acudo,
Para ver si le ayudo;
Mas la guardia feroz llegar me impide
Adonde mi Señor postrado queda,
Sin que mi brazo socorrerle pueda.
¡Jerusalem ingrata!
¡Ni el mar embravecido,
Cuando tormenta horrible se desata,
Es mas sordo al gemido
Del triste atribulado navegante;
Ni fiera semejante
A tí, criaron las selvas
De la Hircania jamas!

PEDRO.

Qué! ¿tan crueles....

MAGDALENA.

Nada es cuanto escuchaste
¡Oh Pedro! comparado
Con los martirios que saber te restan.

JUAN.

¡Oh! ¡si hubieses, cual yo, si hubieses visto
En el funesto monte
La agonía del Cristo!
Con tosca mano, ya un sayon grosero
La túnica le arranca
Tenazmente adherida
A tanta abierta herida;
Llega otro, y le empuja,
Y sobre el mismo leño
Oblígale á caer; quién se apresura
A ponerlo en la cruz, y quién los miembros
De mi Señor con fuerza restirando,
Al largo tronco adapta;
Y de sangre sedientos,
Este apronta instrumentos,
Aquel aguarda con afan la hora,
De Jesus saboreando los tormentos;
Y esotro les ayuda
Con empeñosa actividad, jadeando,
En la obra criminal; y como suda,
Del calor agitado y de la saña,
A mi Jesus paciente
Con su infame sudor el rostro baña.
¿Cómo al ver amarguras tan fieras
No os armásteis de rayos ¡oh esferas!
En defensa de vuestro Hacedor?
¡Ah! comprendo: la Mente infinita
La grande obra cumplir necesita
Que compense del hombre el error.

PEDRO.

¿Y aquella madre en tanto
Entre la turba impía,
¡Oh Juan! dime, ¿qué hacia?

JUAN.

¡Madre infeliz!

MAGDALENA.

No pudo
Por entre los perversos
Ministros penetrar; mas cuando alzado
Miró en la cruz al hijo único suyo,
Y que se desgarraban
Las enclavadas manos soportando
Del cuerpo el peso todo,
A sostenerlo acude,
Llorando se abalanza.....
¡Mas ni á los sacros piés la triste alcanza!
Abrázase del leño
Con amoroso empeño,
Y lo besa, corriendo confundidos
Sobre el madero santo
Del hijo sangre, de la madre llanto.
Debia aquella sangre, debian esas lágrimas
Al mas empedernido mover á compasion;
Pero María doliente es para aquellos pérfidos
A la crueldad estímulo.... ¡insultan su dolor!

PEDRO.

¿Posible es que inventase
Mayor martirio la barbarie hebrea?

JOSE.

Sí, lo inventó: del hijo moribundo
Ante los ojos lánguidos, arrancan
Del tronco á viva fuerza á aquella madre
Que con él se abrazaba dolorida,
Y sañudos la alejan de su vida.
Ella, gimiendo, vuelve el rostro ansiosa
Al escuchar el apagado acento
De su Jesus; ¡oh escena dolorosa!
De hijo y madre los ojos se encontraron;
Habló Jesus entonces,
Mas con voz angustiada....
¡Qué voz aquella, Pedro, y qué mirada!

PEDRO.

¿Habló Jesus? ¿qué dijo?

JUAN.

En medio á su agonía,
De la nuestra se duele;
Que al distinguir entre la turba impía
A la madre y á mí, con voz y gesto
A una y á otro señalando, «*Ahí tienes*
A tu madre,» me dijo;
Y á la infeliz Señora: «*Ese es tu hijo.*»

PEDRO.

Dichoso tú, que en tu dolor profundo
Dulce alivio tendrás, cuando te llame
Hijo el labio de la Vírgen pura
Que á Dios llevó en su seno.
No envidio tu ventura;
Mas de vergüenza lleno
Conozco ya que por mí negro crímen,
Que lloro arrepentido,
Ese supremo bien no he merecido.

JUAN.

Despues de tan sublime
Prueba de amor, que la piedad excelsa
Del maestro me dió, Pedro, imagina
Cuál habrá sido mi dolor, mirando
Que de sed desfallece
Mi buen Jesus, y que un sayon le ofrece
Bebida amarga; y luego, agonizando,
Oirle clamar en alta voz: «*Ya todo*
Cumplido está:»....la sacra frente inclina,
Y al Padre entrega al fin su alma divina.

PEDRO.

¡Mas vivo ora te siento,
De mi nefanda culpa
Tenaz remordimiento!

MAGDALENA.

¡Recuerdo vergonzoso
De mi pecado, ya tu voz escucho
Dentro del corazon!

PEDRO.

¡Mi negro crímen!....

MAGDALENA.

¡Los mios, los mios fueron
Quienes en esa cruz ¡ay! te pusieron!
Apáganse los astros
Tu muerte al contemplar, ¡y yo la miro,
Yo que la causa fuí, y aun respiro!

PEDRO.

¡Oh débil pena mia!
¿Qué haces que no me matas todavía?

CORO.

Mira ¡oh mortal! qué sangre tan excelsa
Hoy se necesitó para lavarte
De aquella mancha impura,
Que hasta tí propagada
Vino desde la fuente primitiva
En Eva y en Adan contaminada.
A tan alto favor, agradecido
No soberbio te muestres; considera
Que al beneficio iguala
Tu obligacion, y que eres mas culpable
Si abusas de este bien inestimable.
La pasion de Jesus (piénsalo y tiembla)
Da con distinta suerte
Al justo vida y al impío muerte.

PARTE SEGUNDA.

Magdalena, Pedro, Juan, José de Arimatea, coro de discípulos.

PEDRO.

¿Y aun insepulto yace
De mi Señor el cuerpo?

JOSE.

No; le guarda,
Merced á mi cuidado,
Sepulcro afortunado.

PEDRO.

¡Oh! guiadme, y el llanto de mis ojos
Pueda regar al menos
Sus mortales despojos.

MAGDALENA.

Tente. Puesto ya el sol, el nuevo dia
Al reposo consagra
Nuestra ley; no debemos
Obra ninguna hacer.

JUAN.

Y que seria
Inútil nuestro celo.

PEDRO.

¿Por qué?

JUAN.

Guardan
Los centinelas ya la sacra tumba,
Temiendo los incrédulos judíos
Que el cadáver robado
Por nuestra astucia sea,
Y cumplida se vea
Con tal supercheria
De su resurreccion la profecía.
¡Necios! se cumplirán en daño vuestro
Las sagradas promesas del maestro!
¡Sí, volverá! mas no con rostro dulce
Y manso, cual le visteis
Cuando en Jerusalem le recibísteis
Entre aplausos y palmas.
Temblarán vuestras almas
Cuando aparezca armado
De aquel azote con que un dia os lanzaba
Del templo profanado.

JOSE.

¡Qué terrible venganza se te espera,
Jerusalem infiel! ¡Oh qué terrible!
El presagio divino
Se cumplirá; derruidas
Miro ya tus murallas; esparcidas
Por el suelo tus torres, y del templo
Las cenizas volar; los sacerdotes
Dispersos; en cadenas
Las esposas, las vírgenes; con sangre
Inundarse tus calles y con llanto.
Las llamas y el acero
Arrasarán en solo un breve dia
Tus seculares obras;
Hará el terror que abandonados sean
El amigo, el hermano, y de esta suerte
Horrorizados desearán la muerte.
Y del hambre voraz por el tormento
Enloquecidas, buscarán las madres
En sus propios hijuelos su alimento!
Sobrecógeme á mí pensar tan solo
En el horror de tus inmensos males;
¡Y tú, tú no detestas
Tus obras criminales?
A tu completa ruina
Por tí propia empujada
Vas, ¿y el rayo no temes
Que viste fulgurar?

PEDRO.

Las amenazas
No teme el pueblo infiel, porque insensato
No conoce en Jesus al unigénito
Hijo de Dios. ¿Pues qué? ¿de helada tumba
En Betania no vió que á su mandato
Vivo Lázaro sale? ¿ni en las mesas
De Caná convertida el agua en vino?
¿No vió, no vió saciarse
Con escaso manjar la numerosa
Turba en el monte? Del poder divino
De Jesus hablen las revueltas ondas
Del mar de Tiberiades, que á su planta
Duro sosten ofrecen; y la lengua
Que al habla desató, y los cerrados
Ojos que nunca vieron,
Y que al contacto suyo
Del sol á la ignorada luz se abrieron.
Pero si todavía
No basta á convencerte
La serie de milagros que él hacia,
Tuya la culpa es, pueblo insensato;
Miras la luz, y en la tiniebla vagas
Con torpe desvarío:
Ciego no quieres ser, y eres impío.

MAGDALENA.

Empero el mas incrédulo debia
Creyente fiel hacerse en este dia.

JUAN.

Sí, que hoy se descubren los arcanos
Que en nuestra antigua historia se encerraban:
No sin alto misterio del santuario
Al espirar Jesus rasgóse el velo.
Mi Señor es la luz que en el camino
Del desierto, alumbraba
Por las noches al pueblo peregrino.
El es la prodigiosa
Vara que de la peña
Hizo brotar la fuente deliciosa;
El es el sacerdote medianero;
El la arca, él la trompa
Que á Jericó destruye; el figurado
Verdadero Josué, cuyos afanes
Ya concluidos, el Jordan traspone,
Y caudillo á la vez y padre tierno,
Guiando á la combatida
Humanidad, la lleva
A poseer la tierra prometida.
En cualquier punto que la vista fije,
Inmenso Dios, te miro;
Si en tus obras te admiro,
Te reconozco en mí; y el firmamento,
Y la tierra, y el mar, con mudo acento
Proclaman tu poder; en todas partes
Estás, Señor, estás, y en tí nosotros.

MAGDALENA.

Sí, Juan, en todas partes
Se encuentra Dios; pero á los ojos mios
Ya visible no está. ¡Dónde aquel rostro
Consolador de nuestra pena, dónde
Aquel labio se esconde
Que á torrentes vertia
Alta sabiduría?

¡Qué se hizo, dí, la generosa mano
Pródiga de portentos?
¡Dó están aquellos ojos
Que en el alma encendian
Llamas de caridad? ¡Ay! ¡lo perdimos
Todo cuando murió! Y abandonados,
Y dispersos nos deja,
Solos entre la impía
Gente, sin consejeros y sin guía.
No conoce el sendero
La errante planta nuestra,
Ni en el cielo nos muestra
Ninguna estrella su fulgor; bogamos
Cual sin timon el navegante, y vamos
Cual la perdida oveja
Que del Pastor se aleja.

PEDRO.

¡Oh, te engañas, María!
No solos, no sin guía
Jesus nos abandona: mil ejemplos
Que imitar en su vida, y en su muerte
Símbolos mil de todas las virtudes
Nos dejó, no lo dudes.
La sagrada cabeza
Coronada de espinas, ya te enseña
A apartar de tu mente
El pensamiento criminal; las manos
Perforadas cruelmente,
A aborrecer te enseñan la avaricia;
Y el amargo brevaje
Los placeres condena.
Norma es la cruz de tolerancia en todas
Las desventuras de la humana vida.
Cada accion de Jesus, cada palabra
Nos da leccion cumplida:
Por él, la fé consoladora alumbra
Al incrédulo; él hace generoso
Al mísero envidioso,
Atrevido al cobarde,
Cauto al audaz, y humilde al orgulloso.
Si ora de nuestra vista
Se esconde, es porque quiere
El fruto contemplar de su enseñanza;
Mas si nuestra esperanza
Ve que vacila, y la virtud flaquea,
Él volverá sin duda
Para prestarnos poderosa ayuda.

MAGDALENA.

¡Ah! sí, ¡que resucite
Presto del feliz mármol!

JUAN.

Sí, resucitará; y esos que fueron
Objetos hoy de pena, de alegría
Mañana lo serán.

JOSE.

A su sepulcro
Acudirán un dia
Suplicantes los reyes
En peregrinacion.

PEDRO.

Fuerte socorro
A los fieles dará el leño santo,
Al cielo triunfos, y al infierno espanto.

MAGDALENA.

En ese árbol augusto,
Del pecador y el justo
Las almas cobrarán salud y vida.

JOSE.

Con este signo vencerán los reyes,
Y de Cristo impondrán las suaves leyes.

JUAN.

Y en pos de ese estandarte victorioso,
Irá con santo anhelo
La humanidad á conquistar el cielo.

CORO.

¡Dulce esperanza! tú que al alma nuestra
El divino favor comunicando,
De santa caridad el fuego blando
Enciendes, y la fé robustecida
Y el temor disipado por tí vemos;
Tú germinas fecunda
Entre el amargo llanto que vertemos.
Y de la humana vida
En el penoso viaje,
Tú nos inspiras dulce confianza
En la ayuda de Dios, ¡santa Esperanza!

FIN.

LA ORACION DEL HUERTO.

SONETO.

Al Sr. D. Miguel F. Jimenez.

Abba Pater, omnia tibi possibilia sunt;
transfer calicem hunc a me.
S. Marcos, cap. XIV, ver. 36.

Ya del Señor la caridad divina
En la postrera cena se ha mostrado,
Y sale del Cenáculo, turbado,
Y hácia el Monte de Olivas se encamina.

Se interna en él, al Huerto se avecina;
Allí llega, se postra, y contristado
Su espíritu á su Padre levantado,
De la Pasion la historia se imagina.

Y al venir á su mente la terrible,
La horrenda ingratitud del hombre impío,
Su alma sufre congoja indefinible:

Y de sangre un sudor su cuerpo frio
Cubriendo todo, exclama: «Si es posible,
Pase de mí este cáliz, Padre mio.»

J. M. Bandera.

México, Marzo de 1869.

AL DIVINO REDENTOR.

(PLEGARIA, EN UNA FIESTA DE LA MONTAÑA.)

Deus, tu conversus vivificabis nos: et plebs tua lætabitur in te.—Psalm LXXXIV, v. 7.

¡Oh mártir del Calvario!.... sublime nazareno
Que escuchas del que sufre la tímida oracion,
Que amparas y consuelas en su pesar al bueno,
Que alientas del que es débil el triste corazon.

Piedad para los hijos del pueblo, que inocentes
En la miseria yacen; protégelos, Señor,
Tu ves cómo se muestran en sus tostadas frentes,
Que inclinan sollozando, las huellas del dolor.

En tiempos ¡ay! mejores con tierno y dulce acento
Vinieron á cantarte de tu madero al pié;
Mas hoy las ágrias heces apuran del tormento
Y solo con su llanto te expresarán su fé.

¡Perdon!.... Hoy no pudimos en medio á los pesares
Que el pecho nos traspasan, venir á tributar,
Ni palmas en el atrio, ni frutos á millares,
Ni aromas en tu templo, ni flores en tu altar.

Los huertos sin cultivo perdieron su verdura,
Baluartes los peñascos de la montaña son,
Cadáveres de hermanos tapizan la llanura,
Y en vez de los arados arrástrase el cañon.

En los maizales tiernos las cañas se doblegan
Que de la sangre hiriólas el hálito mortal,
Las linfas abrasadas del rio ya no riegan
Sino collados mustios y estéril bejucal.

Nosotros, desdichados, debajo la cabaña
Las lágrimas vertemos en nuestro amargo pan,
Temblando por la guerra que invade la montaña,
Temblando por los hijos que á arrebatarnos van.

Conturban las congojas el alma del creyente,
De duelo está la patria, de duelo está el hogar,
Los brazos caen rendidos, y en la abatida frente
Descarga rudos golpes la mano del pesar.

Señor, cuando en un tiempo vagaban perseguidos
Los hijos de tu pueblo, tú fuiste su sosten:
Tus hijos tambien somos, llegamos afligidos
Al pié de tus altares; protégenos tambien.

Tú que la paz quisistes, Apóstol de los cielos,
Si á México contemplas, ¡oh! sálvala, Señor!
Aparta de sus hijos el cáliz de los duelos,
Aparta de sus hijos el bárbaro rencor.

¡Oh cuál en tu presencia renace la esperanza!
¡Cuán bella entre las sombras empieza á relucir!
¡Ah, sí, la blanca aurora ya surge en lontananza!
¡Gracias, Señor, es ella!.... ¡la paz del porvenir!

Entonces quemaremos incienso en tus altares;
Y en vez de esas coronas de fúnebre sauz,
Tendremos frescas palmas y frutos á millares,
Y flores de los campos que adornarán tu cruz!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

VIERNES SANTO.

El dia mas solemne de los tiempos! El dia en que, para vencerla, se hizo presa de la muerte el que es la vida misma, fué el que ofreció á los cielos y la tierra el mas sublime é incomprensible de los espectáculos de la bondad inmensa de un Dios infinitamente misericordioso. Morir el Criador por salvar de la muerte á su criatura, sufrir la pena de la culpa la inocencia misma, ¿puede esto comprenderse, puede alcanzarse tanta bondad, tan increible abnegacion por la sola inteligencia humana, si no la iluminan la luz de la gracia y los rayos de la fé?

Antorcha inextinguible de la fé católica, solo tú, encendida en el fuego del cielo, puedes iluminar vívidamente los inconmensurables horizontes del vastísimo plan del Criador con respecto al hombre. Un solo dia, preparado por siglos y seguido de millares de años, bastó á revelarnos el amor inmenso con que nos mira el Señor. Al pié de la cruz del Gólgota todo se ve claro. Su plan incomprensible á la raza humana, como una ciudad vista desde una eminencia cercana, se descubre íntegro desde la cumbre del Calvario. Un solo pasaje de la Historia Sagrada basta para explicarnos todos los secretos de la humanidad; es la clave que nos descifra los grandes misterios que parecen envolver su existencia; con él sabemos ya de dónde vienen y adónde se dirigen esos grandes grupos de viandantes, como perdidos en el desierto sin agua de la vida, y que se llaman razas y pueblos, hombres y naciones. ¿Quién soy, de dónde vine y adónde me dirijo? Hé aquí la pregunta que nos hacemos instintivamente y sin cesar todos los hombres, cuando envuelta la cabeza con los velos de la meditacion ó levantado en alas de la plegaria nuestro corazon, nos salimos, por decirlo así, de la atmósfera de la tierra, y nos hundimos en el éter sutil de la eternidad, para preguntarnos allí á solas y en silencio, sobre nuestro orígen y nuestro destino......

Yo existo, y yo no me crié á mí mismo. ¿Quién puede dudar de estas dos verdades evidentes? ¿Me crió un sér criado? ¿Quién crió entonces á mi criador? ¿Otro criador criado á su vez? ¿Dónde termina, pues, esta cadena de criaturas sin criador? Si me repugna que yo solo exista sin causa, mas repugnante me es todavía admitir que sin ella exista una serie incontable de criaturas. Me crió, pues, un Supremo Criador de todas las cosas. ¿Y á él, quién lo crió? ¿Se crió á sí mismo? No pudo ser antes como Criador y despues como criatura. No se crió porque fué siempre: solo así comprende su existencia mi razon. Pero si digo que fué siempre, digo entonces sin pensarlo, que será. Pero siempre, y tiempos pasado y futuro se excluyen; luego solo puedo decir: Mi Criador es. Mas si es el único sér que existe por sí, tengo necesariamente que decir tambien que cuanto existe es El ó criado por El.

Yo concibo un sér sabio y otro mas sabio, y así

sucesivamente. Yo concibo un sér bueno y otro mas bueno, y así continúo subiendo los grados de la escala de la bondad...... mas yo no puedo concebir algo mas sabio que la sabiduría, ni algo mas bueno que la bondad. La bondad y la sabiduría son algo positivo, algo que existe. Todo lo que existe recibió su existencia de Dios, ó es El mismo. Dios es, pues, lo mas sabio y lo mas bueno que se puede ser, es decir, su sabiduría y su bondad son infinitas.

El plan, con respecto á su criatura, de un Criador infinitamente sabio y bueno, debe ser, aunque no infinitamente con respecto al grado, sí infinitamente bueno en órden á un fin tambien bueno. Dios crió al hombre. ¿Para qué fin bueno y con qué objeto sabio lo crió? La respuesta á esta incesante pregunta del corazon humano, está escrita con la sangre preciosísima de Jesucristo sobre las rocas del Calvario, y allí la leen sin cesar los atónitos ojos de los espíritus celestiales con claridad sobrenatural, y la débil pupila humana alumbrada con los rayos de la fé.

Escuchemos á la verdad católica........ Nos lo explicará todo, porque todo lo que puede saberse lo sabe ella.

Dios crió un sér con una alma inteligente y libre, con un cuerpo bello y sano. Lo colocó en un lugar de delicias. Lo rodeó, por decirlo así, de dicha, de manera que á cualquier lado que se dirigiese se encontrase con la felicidad misma y fuese siempre feliz, porque esa era su naturaleza. Se la duplicó, ademas, dándole una compañera con quien duplicarla y compartirla. Le dió, en fin, la facultad de multiplicarla reproduciéndose á sí mismo, sin minorarse ni menos consumirse. Suponed desterradas para siempre de la tierra el hambre, la intemperie, las enfermedades y las pasiones, todo lo que pueda afligir el cuerpo ó contristar el alma. ¿No seria la tierra entonces una magnífica mansion, y muy grande la dádiva de nuestro Criador? Pues esto mismo y mas que esto fué el paraíso, es decir, el estado primitivo del hombre. ¡Oh! la dádiva era grande en sí misma. Pero ¿quién da mas, el que da la cosa, ó la cosa y con ella el derecho de darla? Pues dió Dios al primer hombre, no solo la felicidad, sino la libertad que envolvia el derecho á ella. Solo una bondad infinita puede dar sin dar. Solo un Dios puede darlo todo y darlo así.

Mas el hombre con libertad abusó de ella y se hizo desgraciado. La dádiva del Señor parece fué en este sentido peligrosa al menos. ¿Diriamos que era mala una madre que teniendo en sus brazos á su hijo, los abriese para dejarlo caer, sabiendo que antes de que diese en el suelo habia de poder asirlo y tornar á levantarlo, ya convertido en ángel? ¿Pues por qué reprocharle á nuestro bondadoso Padre que fingiese, por decirlo así, dejarnos caer para asirnos en el aire y levantarnos ángeles? ¿Dudais que fué esto lo que hizo con nosotros nuestro Padre?

Vemos el camino y no nos fijamos en el fin. La vida es tan solo un tránsito á la eternidad. La vida del hombre debe rematar en el cielo, y este es tan superior al paraíso terrenal, como la naturaleza angélica lo es á la corpórea. ¿Qué importa, pues, la caida original, si ella nos habia de abrir el cielo? Mas muchos desfallecen cansados en medio del camino y suspiran por el paraíso, porque temen no llegar con feliz arribo á la eternidad. La existencia humana es un sendero de abrojos. Las pasiones nos abrasan con su fuego devorador; enfermedades y miserias nos asaltan; la muerte nos espera. «El hombre nacido de mujer, decia Job, viviendo breve tiempo, se llena de muchos dolores.» ¿Y eso nos asusta?

¿Qué diriamos si al otro lado de los mares se nos pusiese un inmenso tesoro y se nos dijese: «es vuestro con tal de que atraveseis el océano tranquilos y confiados?» Si se nos asegurase de una manera infalible que sus tormentas serian aplacadas con solo quererlo nosotros, y que á medida que fueran mas procelosas seria mayor el tesoro que se nos daria, ¿tendriamos miedo de ir á recibirlo teniendo confianza de que ningun peligro seria mas fuerte que nuestros esfuerzos? ¿Pues por qué tememos entonces los azares de la vida si estamos seguros de que la gracia del Señor todo lo puede, y de que con solo quererlo verdaderamente, la tendremos siempre dentro de nosotros mismos?

Cayó el primer hombre, y la haz de la tierra se inundó de llanto, de tristeza y de dolores. Desobedeció el hombre, y todas las demas criaturas se conjuraron contra la criatura rebelde. La ofensa de la criatura al Criador era irreparable, porque el pecado llenaba esa inmensa distancia, é indispensable era una reparacion infinita. No podia el hombre por sí solo reparar su falta, y Dios en su bondad insondable le dió una Víctima cuyos merecimientos infinitos la borrasen ante su acatamiento. Una vez expiada la culpa humana que obstruia la gracia, la bondad divina llovió á torrentes sobre el hombre, rehabilitado ya ante el amor de su Criador.

Sobre una colina estéril y peñascosa que domina la ciudad de Jerusalem, el Hijo humanado del Eterno espira entre dos ladrones. Toda la Judea la habia llenado de admiracion con sus milagros: los corazones estaban llenos de su doctrina y sus ejemplos; el Hijo nacido de una Vírgen predicha por todas las naciones, habia vuelto la vista á los ciegos y la paz del corazon á los arrepentidos, habia sanado á los enfermos y alimentado á las turbas. Concluida su mision de Maestro, dió principio á su tarea sublime de Salvador de los hombres, preparándose con la oracion á cumplir la voluntad de su Padre celestial. Iban ya á tener su último cumplimiento las sagradas profecías.

El Hijo del Señor, en la cumbre del Gólgota, agonizaba á la vista de una turba impía y feroz que blasfemaba de su santo nombre. Un trastorno general de la naturaleza anuncia la muerte de su Criador. Cuando el ángel de la destruccion, segun la frase de Klopstock, volaba y revolaba ya en torno del

Señor sin atreverse á herirlo, levantando el rostro dijo el Unigénito del Padre: «Omne consummatum est.»

¿Qué fué, Señor, lo que se consumó entonces? El gran plan de la Divinidad estaba cumplido como lo habia ordenado su misericordia y prometido su palabra. La redencion del hombre estaba consumada; el Hijo de Dios se hizo hombre, y muriendo por sus hermanos, dejaba expiada con su muerte la culpa del linaje humano, quebrantado el poder de las tinieblas y abiertas las puertas del nuevo paraíso. Con su muerte dejaba á favor de sus débiles hermanos un tesoro infinito de gracias, del que pudieran tomar, como de un mar sin fondo, su esfuerzo los mártires, su pureza las vírgenes y su perseverancia los confesores; los atribulados, consuelo; los pecadores, arrepentimiento y luz para su mente; paz para su corazon, todos los hombres. La muerte del Señor habia trocado los padecimientos en joyeles de las coronas inmortales de los bienaventurados, las penas de la vida en palmas de los triunfadores de las pasiones. Todo estaba consumado. Al morir nuestro Señor Jesucristo, los velos se rasgaron y se disiparon las tinieblas. Los designios de Dios se hicieron patentes á los hombres.

Nacemos destinados para el cielo. La bondad de nuestro Criador nos proporciona durante nuestra vida, fugaz como una sombra, los brillantes de pena y de dolor con que debemos adornar nuestra inmortal corona: nos da estos brillantes y la fuerza para labrarlos, y nos dice, sin embargo, cuando muerto el cuerpo volamos ante su acatamiento: Hijos mios, son vuestras estas diademas que deben ceñiros la eterna bienaventuranza. El Señor da la simiente y el incremento, y la cosecha es nuestra. ¡Ah! todo se comprende á la luz de la fé. Dios mismo ha muerto por los hombres. ¿Qué podrá negarnos, segun la santa palabra del Apóstol, el Eterno Padre, cuando nos ha dado á su propio Hijo? La vida del hombre sobre la tierra, que pasa veloz como la nube, debe rematar en la eternidad. ¡Ventura plena y que jamas se acaba! ¡Señor, Señor! al morir Tú todo quedó consumado. Vuestros sacrosantos designios son dignos de vuestra bondad. ¡Qué felices somos en tenerte por Padre!

¿Qué importan las penas de la tierra, si despues, pasados pocos dias, hemos de vivir eternamente en tí, Señor? Tú has sufrido, Tú has muerto; ¿y no hemos de sufrir, y no hemos de morir nosotros?

Peregrinos somos los hombres sobre este suelo de dolor. La pena y la muerte rasgarán nuestro ropaje mortal; pero nuestra alma nunca morirá. Nos has amado, Señor, hasta la muerte. Por tu amor te lo pedimos, cúbrenos con tus alas cuando el vendabal de la desgracia nos azote, y despues Tú sé nuestro, pues solo Tú puedes llenar nuestro corazon criado por Tí, y solo para Tí!

JOSÉ DE JESUS CUEVAS.

México, Marzo de 1869.

JESUS
CON LA CRUZ A CUESTAS.

El Hijo del Inmenso, el Infinito,
Sale ya, de su Padre abandonado,
Hácia el Calvario, con la cruz cargado,
Gimiendo bajo el peso del delito.

Desde la eternidad estaba escrito—
Muera el justo, libértese el culpado;
Sea inocente Jesus sacrificado,
Y alcance redencion Adan proscrito.

¿Qué te espera, Señor, sobre esa altura?
Los clavos y la muerte tormentosa,
La bebida de hiel y de amargura:

De tu Madre la vista lastimosa:
La ingratitud del hombre.—¿Y aun procura
Llegar allí tu planta presurosa?

J. J. PESADO.

LA RELIGION CRISTIANA.

SONETO.

A MI QUERIDO AMIGO EL SEÑOR DON JOSE SEBASTIAN SEGURA.

¡Oh santa Religion! rico tesoro
De inagotable y celestial consuelo
Para el hombre infeliz que en este suelo
Va derramando por doquiera lloro.

Con tu auxilio la Fé sus alas de oro
Me dió; con ellas emprendí mi vuelo,
Y mi esperanza unida hallé en el cielo
A un Dios de caridad á quien adoro.

Tú sola eres la estrella esplendorosa,
Norte del desgraciado que navega
En la mar de este mundo borrascosa.

¡Dichoso el que contigo al puerto llega,
Guiado por tu luz maravillosa!
¡Ay! infeliz del que de tí reniega!

J. M. BANDERA.

México, Marzo de 1869.

CAMINO DEL GÓLGOTA.

Melancólico el sol con roja lumbre
Entibiaba las aguas del mar Muerto,
Estaba ardiente el polvo del desierto,
Y se abrasaba del Tabor la cumbre.

Flotan en Siria lánguidas las palmas,
Y en Jericó desmáyanse las rosas:
Las horas pasan lentas y tediosas,
Y están inquietas en Salén las almas.

El Señor entretanto, sin consuelo,
Y desangrado y con la cruz al hombro,
Iba llenando de estupor y asombro
Al pueblo y á los ángeles del cielo.

Caminaba con paso vacilante
Entre soldados de robustas cotas,
En medio de mil lanzas y garzotas,
Y triste el Centurion iba delante.

Entre la grita y el tropel impío
De la insolente guardia pretoriana,
Caminaba el Señor esa mañana
Envuelto con el polvo del gentío.

A sólas repasaba tristemente
En medio de tan lúgubre aparato
La amarga historia de su mundo ingrato,
Mundo á la par soberbio y delincuente.

Tal fué el calor y agitacion del dia,
Que va su cuerpo de sudor bañado,
Y sin aliento va, y en tal estado
Su corazon perdona todavía.

De este modo la tórtola sencilla
De las desiertas rocas moradora,
En garras del halcon que la devora
Sufre inocente, y muere sin rencilla.

En medio de las olas de la gente
Puédese apenas descubrir al Verbo;
En sus ojos se ve pesar acerbo,
Grande congoja en su abatida frente.

Al cansancio rendido, y desvelado,
Falto de fuerza á la fatiga cede,
Y en languidez mortal seguir no puede
Los grandes pasos del brutal soldado.

La sangre de Jehová corre caliente
Por su cuerpo blanquísimo hasta el suelo,
Cubre sus ojos tenebroso velo,
Y poco á poco desmayarse siente.

Aparta, oh Padre, del Ungido aparta
La copa de dolor que está bebiendo:
Su alma se rinde en lance tan tremendo,
Harta de tedio y de congojas harta.

En tan profunda y angustiosa pena
Inconsolable Dios lanzó un gemido,
Hasta que al fin, á su dolor rendido,
Cayó y su rostro se estampó en la arena.

Entonces crece el popular murmullo,
La burla entonces del gentil osado,
Entonces los insultos del soldado,
Y el triunfo vil del farisaico orgullo.

Cayó el Verbo en la arena desangrado,
Y quedóse un instante sin aliento,
Pálido, sin calor, sin movimiento,
Como la flor que deshojó el arado.

Ese que ves postrado y abatido,
Mojada en sangre y en sudor la ropa,
Hecho el ludibrio de insolente tropa
Y objeto de sacrílego alarido;

Es el mismo que estaba allá presente
Cuando el Padre los cielos extendia:
A los astros caminos prescribia
Y les daba la luz resplandeciente:

Es el mismo Criador, el Hijo mismo
Que si amenaza al mar, el mar se humilla,
Que pasar no lo deja de su orilla,
O bien lo arroja de su inmenso abismo.

Aquí rindióse á un pálido desmayo,
Pero cuando su rostro centellea,
La alta montaña formidable humea,
Y vuelan el relámpago y el rayo.

Se alzó por fin, y expuesto á mil sonrojos,
Bajaba el melancólico semblante,
Y solo á veces por algun instante
Tornaba al cielo sus nadantes ojos.

Entre negro terror y sobresalto
Al deshonrado Gólgota camina
Y al grave peso de la cruz se inclina,
Falto de sangre y de consuelo falto.

Cuando se acerca á tí la Vírgen bella
En sus ojos, Señor, tus ojos clavas,
Pero al mirarla, de dolor temblabas,
Y al mirarte temblaba tambien ella.

Y suda de amargura y de congoja,
Viendo el sudor de tu humillada frente,
Y sin consuelo llora la inocente
Al ver el llanto que tu rostro moja.

Huérfana ¡ay Dios! y atónita de espanto
Te acompaña tu Madre desvalida,
Pasada el alma con terrible herida,
Suelto el cabello y descompuesto el manto.

Entretanto la Roma de Tiberio
Dominada de lúbricas mujeres,
Al fausto se entregaba y los placeres
Con escándalo inmenso del imperio.

Allá las damas sus hermosos cuellos,
El pecho y piés descubren licenciosas,
Miéntras que por venderse las esposas
Perfuman sus adúlteros cabellos.

Piadosas á tu lado unas judías
Tu deshonra y suplicio van llorando:
¿Por qué no muestra corazon tan blando
El pueblo todo que escogido habias?

«¡Ay! no lloreis por mí, dices gimiendo,
Por vosotras llorad y vuestras hijos:
Tiene el grande Jehová los ojos fijos
En Salén y en el Gólgota tremendo.

«Si esto que veis le pasa al inocente,
Al Hijo mismo del Criador del cielo,
¿Qué esperanza le queda de consuelo,
Qué esperanza le queda al delincuente?

«Un enemigo irresistible y duro
Os cercará de foso y de trinchera,
Matanza sin piedad habrá por fuera,
Matanza sin piedad dentro del muro.

«Temblarán las doncellas delicadas
De las armas romanas al estruendo,
Y de Jerusalen saldrán huyendo,
¡Ay! huyendo como aves espantadas.

«El extranjero, de piedad ajeno,
Con el pueblo será tan inclemente
Que cruces faltarán para la gente,
Y para cruces faltará terreno.

«Vendrá la peste y la hambre asoladora,
Seguiránse batallas á batallas,
Y abrasará palacios y murallas
Y el templo ¡oh Dios! la llama vengadora.

«Sangre y mas sangre correrá en el foso,
Y en esas calles que darán espanto,
Y en esas plazas húmedas del llanto
Del niño, de la esposa y del esposo.»

Dijo, y los pretorianos sus vasallos
Lo impelen y urgen con terrible acento,
Y al tocar en el Gólgota sangriento,
Cayó en tierra á los piés de los caballos.

MANUEL CARPIO.

EN LA MUERTE DEL REDENTOR.

(Imitacion de Onofre Minzoni.)

Cuando Jesus en su última agonía
Conmovió de la tierra el fundamento,
De su ignorada tumba soñoliento
Entre sombras y horror Adan salia:

Alzado en pié, los ojos revolvia
Lleno de admiracion y sin aliento,
Preguntando ¿quién era el que sangriento
Del árbol de la cruz así pendia?

Cuando lo supo, su cabello cano
Arranca, y llanto de amargura vierte:
Ultraja el rostro con su yerta mano:

A su mujer clamando se convierte
Con voz, que el monte ensordeció y el llano—
¡Yo por tí he dado á mi Señor la muerte!

A LA SANTA CRUZ.

Salve, sagrada Cruz, firme confianza
Del que vive expatriado en este suelo:
De mi llagado corazon consuelo,
Dulce objeto de amor, dulce esperanza:

Tú me guardas de la ira y la venganza
Del Señor, que fulmina desde el cielo;
Y apareciendo en el etéreo velo
Eres seña de paz y de bonanza.

¡Ah! ¡cuál fuera sin tí la suerte mia!
Lanzado á las tinieblas exteriores
Nunca gozara de la gloria un dia.

Oprimido de culpas y de errores
Alcánzame piedad, y en mi agonía
Cúbreme con tus brazos protectores.

AL MISMO ASUNTO.

Misterio de la Cruz incomprensible:
Desprecio del gentil vano, orgulloso:
Escándalo al judío presuntoso,
Y del cristiano fiel signo visible:

Del que mora en la luz inaccesible
Hombre Dios, suplicio doloroso:
El serafin te adora silencioso:
Tiembla de tí Satán aborrecible.

Tú descubres verdades peregrinas
Al que humilde, de tí vive abrazado,
Y al empíreo segura lo encaminas.

Confie en sus victorias denodado
El guerrero, y el sabio en sus doctrinas:
Nosotros, en Jesus crucificado.

J. J. PESADO.

ORÍGEN DE LA IMPRENTA.

I.

Voy á tratar del descubrimiento sublime que, segun la expresion bellísima de Lamartine, «espiritualizó al mundo,» haciéndole dar un paso gigantesco.

Harto delicada é importante es mi tarea, y si la emprendí, fué aconsejado por bondadosos amigos que verán con indulgencia mi trabajo.

Lamartine ha escrito una vida de Gutenberg, que es el homenaje mas precioso rendido al ciudadano de Maguncia, y que durará mas que las estatuas levantadas en Estrasburgo y Maguncia, obras de David D'Angers y de Thorwaldsen.

Lalanne y Didot han publicado sobre el orígen de la imprenta obras que son definitivas, y con su ayuda y la de importantísimos documentos recientemente publicados, descubiertos en los archivos de Estrasburgo, que colocan para siempre á Gutenberg en el lugar que merece, trataré de llevar á cabo este estudio.

II.

Gutenberg (Juan ó Hans Gensfleisch llamado) nació en Maguncia hácia 1399 ó 1400, y murió en la misma ciudad en Febrero de 1468. Fijémonos en estas fechas, quizá las mas importantes en la historia de la civilizacion moderna.

El padre de Gutenberg era de la familia noble de los Gensfleisch y llevaba el sobrenombre de Friele. Casó con Elsa de Gudenberg ó Gutenberg, y se ignora por qué razon su hijo Juan es mas conocido con el apellido de su madre que con el de su padre.

Hace cuatro siglos, dice Didot, que se celebran solemnes jubileos en honor del inventor de la imprenta, proclamando el nombre de Gutenberg, y sin embargo, apenas se han disipado las nubes que cubren la personalidad del inventor.

Con la lista de las obras que tratan de la imprenta en su orígen, se llenaria un tomo, segun Laborde, pues pasan de mil. Esto, lejos de aclarar las dudas y de hacer penetrar el misterio del cual parece que Gutenberg quiso rodearse, ha vuelto á poner en cuestion hechos aceptados por la tradicion.

En estos últimos tiempos se ha tratado de atribuir la gloria de las impresiones de Gutenberg á un oscuro impresor de Nuremberg, llamado Pfister, que solo es conocido por algunas producciones imperfectas.

En Holanda se pretende que Coster es el verdadero inventor de las prensas y de los tipos de imprenta, y no falta quien se atreva á sostener que Gutenberg robó á Coster sus tipos y se marchó con ellos de Haarlem á Maguncia.

Pero los testimonios de contemporáneos, entre ellos el del hijo de Pedro Schoeffer, dan á conocer al fin la verdad.

Tratemos, como dice Didot, de probar los derechos de Gutenberg, quien, como la mayor parte de los inventores, tuvo la desgracia de ser suplantado por aquellos á quienes su escasez de recursos lo obligó á asociarse.

III.

En 1420, cuando la entrada solemne en Maguncia del emperador Federico III, hubo serios disturbios, y la familia de Gutenberg se vió obligada á expatriarse. No se sabe qué fué de Gutenberg hasta 1434; pero un acto público de ese año nos informa de que vivia en Estrasburgo y tenia regular fortuna.

Hácia 1436 ó 37 se ocupaba en fabricar espejos y en trabajos de joyería.

En 1436 formó, con un tal Riffe y otros dos, una sociedad para explotar algunas industrias.

Se pactó por escrito que las utilidades se dividirian en cuatro partes y que á Gutenberg le tocarian dos, siendo el accionista principal.

Uno de los socios supo que Gutenberg se ocupaba en secreto de una invencion que no entraba en la sociedad, y mediante 250 florines, obtuvo participar de ella en union de otro de los primitivos socios.

¡Esa invencion era la imprenta!

IV.

Andrés Heilmann, uno de los socios de Gutenberg, murió en 1438. Sus hermanos reclamaban de Gutenberg la suma de 100 florines ó su admision en la sociedad, á consecuencia de lo cual se suscitó un litigio, cuyo expediente se halló en 1745 en Estrasburgo, en la torre de Pfennigthurm, y por él aparece que el tribunal falló que Gutenberg pagase únicamente á los herederos de Heilmann 15 florines.

El conde de Laborde publicó en 1840 una traduccion del expediente mencionado, con facsímiles, y á pesar de haber pretendido el sabio Sotzmann últimamente que en él no se trata de la invencion de la imprenta, sino de alguna otra invencion ó industria, está fuera de duda lo asentado por el conde de Laborde con documentos irrefutables, copiados por él mismo ó á su vista.

Dichos documentos han dado lugar á muchas discusiones, sobre si los tipos de imprenta de que tratan eran metálicos ó jilográficos. Parece cierto que si hubo experiencias por medio de planchas ó letras de madera, las hubo tambien con letras de plomo.

Dice Didot: «que se puede fundir con matrices de plomo un número considerable de letras, pero que la forma se altera poco á poco sensiblemente, lo cual se nota en el *Donat* de Janua y aun en la Biblia de 36 líneas.»

No se sabe con seguridad qué libros imprimió Gutenberg en Estrasburgo, pero es seguro que la *prensa* aplicada á la *tipografía* se inventó ahí por Gutenberg.

Esto lo atestigua, entre otros, Arnoldo Bragelano en la introduccion de su poema en honor de la imprenta, impreso en 1541 en Maguncia.

La asociacion formada por Gutenberg en Estrasburgo, concluyó en 1438 por la muerte del socio Dritzehen, que trabajó con entusiasmo y murió á fuerza de fatigas y desengaños.

Tal vez nunca se sabrá lo que le corresponde á Gutenberg de los largos trabajos de Maguncia y Estrasburgo; pero aun concediendo al holandés Coster la ejecucion del *Speculum humanæ salvationis*, á Estrasburgo, dice Didot, le queda siempre la gloria de la invencion de la prensa de imprimir.

V.

Gutenberg estuvo en Estrasburgo hasta 1446, en cuyo año volvió á Maguncia, sin recursos ya, pues los habia agotado en sus trabajos y experiencias.

Uno de sus compatriotas, Juan Füst, le adelantó 800 florines de oro, bajo hipoteca de todos los utensilios que comprara Gutenberg, y pactando que las utilidades serian á medias.

Despues de imprimir con planchas fijas de madera un *Donatus minor*, Füst y Gutenberg fabricaron tipos movibles, y se han conservado algunos ejemplares de esas producciones.

Han querido atribuir á Schoeffer, pariente y obrero de Füst, esta última invencion, pero parece que solo ayudó á ella.

Gutenberg fué tan desgraciado en Maguncia como en Estrasburgo.

Tuvo que sostener un pleito contra Füst y lo perdió, teniendo que reembolsarle 2,020 florines de oro, y como carecia de fondos, se vió obligado á abandonarle todos los útiles de su imprenta.

Logró entonces asociarse con el síndico Conrado Humery y establecer una nueva imprenta.

El único libro, cuya impresion en ese tiempo se le atribuye, es el *Catholicon de Janua*, con fecha de 1460, en folio mayor.

En 1465, Gutenberg fué nombrado gentil-hombre del elector de Maguncia, y en 1468 murió.

Füst y su pariente Schoeffer siguieron imprimiendo despues de su separacion de la sociedad con Gutenberg, y el primer libro que dieron á luz es el *Psalterium* de Maguncia, de 1457, en folio mayor, obra admirable de tipografía.

VI.

Probados ya los derechos de Gutenberg á la invencion de la imprenta, ¿qué obras le pertenecen?

Son, segun Didot, las siguientes:

1ª El pequeño vocabulario llamado *Catholicon*, el que no queda ni una hoja.

2ª Una ó mas ediciones del *Donat*, impreso en Estrasburgo con los tipos que mas tarde sirvieron para la Biblia de 36 líneas.

3ª Las cartas de indulgencias, de 1454 á 1455.

4ª El calendario de 1457, impreso con los tipos de la Biblia de 36 líneas.

5ª El llamamiento contra los turcos en 1454, de seis hojas en 4º Solo existe un ejemplar en la Biblioteca de Munich.

6ª *La Biblia* de 36 líneas, en 3 tomos folio de dos columnas. No hay de esta Biblia mas de tres ó cuatro ejemplares. Se acabó de imprimir á fines de 1455.

VII.

CONCLUSIONES.

Segun los testimonios de los contemporáneos de Gutenberg, y son: Ulrich Tell, Wimpfeling, Tritemo y el hijo de Pedro Schoeffer sobre todo, cuyo padre siempre pretendió atribuirse la invencion de la imprenta, concluyamos con Didot:

1º Que el arte tipográfico nació en Maguncia.

2º Que la invencion se debe, antes que á nadie, á Gutenberg.

3º Que los capitales los dió Füst.

4º En fin, que los trabajos, es decir, la perfeccion de la ejecucion, pertenecen á Pedro Schoeffer.

OBRAS CONSULTADAS Y EXTRACTADAS.

Brunet. Manuel du libraire.
Dupont. Histoire de l'imprimerie.
Lalanne. Curiosités bibliographiques.
Nouvelle biographie générale, artículo «Gutenberg.»
De Laborde. Débuts de l'imprimerie.
Portrait Gallery, artículo Gutenberg.
Lowndes. The bibliographer's manual of English literature, etc., etc., etc.

Valentin Uhink.

México, Febrero de 1869.

MARÍA ANA

HISTORIA DE UN LOCO

DIARIO DE DON ALVARO

PRIMERA PARTE

EL PAÑUELO ENSANGRENTADO

(continua.)

CAPÍTULO III.

Lord Millon.

A mediados de 186... habitaba en Paris un britano á quien el pueblo mas espiritual de la tierra habia dado en llamar Lord Millon, como al difunto Lord Seymour Mylord l'Arsouille.

Lord Millon hacia treinta años que viniera á Paris, adonde llegó jóven aún. Poseedor de una fortuna inmensa y de un blason fabricado por Stern, se abrió fácilmente paso á las clases altas, y fundó y organizó con Lord Seymour, el duque de Orleans y

el de Cambyse, el Jockey-Club, siendo con los mismos personajes el que dió un grande impulso á las carreras de caballos.

Sus caballerizas, en las que gastaba una fortuna, eran de las primeras de Francia, y sus carruajes atraian las miradas por su magnificencia.

Dotado de una fuerza física poco comun, buscaba las luchas á golpes, á que es tan aficionado el pueblo inglés, y recorria con Mylord l'Arsouille los arrabales de Paris, en busca de riñas, en las que algunas veces salieron golpeados ambos lores.

Un dia el cupé de Lord Seymour fué atropellado por un ómnibus. El noble Lord, furioso, no quiso dejar escapar una ocasion mas de demostrar su fuerza; saltó á tierra y provocó á un duelo al *box* al conductor del pesado vehículo. Aceptó este, y abandonando las riendas á un compañero, cayó sobre Mylord l'Arsouille con tal ímpetu, que lo pasara este muy mal sin el refuerzo inopinado de Lord Millon, que llegando casualmente al improvisado circo, no quiso permitir la derrota de un compatriota.

Desde entonces los dos lores se juraron una amistad eterna, y fueron los nuevos Pílades y Orestes.

Ambos figuraban en el carnaval en el gran *break* de seis caballos de Lord Seymour, formando parte del cortejo del *buey gordo*, y el miércoles de Ceniza en la *descente de la Courtille*, repartiendo en ambas ocasiones y á puñados, los dulces y las monedas de plata al pueblo, que los aplaudia y silbaba en su marcha grotesca.

Muerto Lord Seymour, Lord Millon continuó sus extravagancias por cuenta propia, y para consolarse de la pérdida de su amigo se entregó mas que nunca á frecuentes libaciones y al juego.

A pesar de su edad y sus costumbres, el noble lord se conservaba vigoroso de cuerpo como de espíritu.

En su primera juventud habia servido en la *Royal Army*, con el grado subalterno que le comprara su padre, rico ganadero del Devonshire.

Mas tarde, y á la muerte de este, abandonó el ejército, y se estableció en Calcutta, uniéndose en matrimonio con la hija de un nabab millonario de Delhy, despojado de sus Estados por la Compañía inglesa. Su mujer era bella como la *Damianti* del poema indio *Nalo*, y fué tan desventurada como ella.

Ardiente como el sol que iluminó su cuna, apasionada y tierna, se vió encadenada á un hombre que ni la comprendia ni la amaba, y que rechazaba sus caricias y las expansiones de su alma.

La pobre niña languideció, contrajo una de esas terribles enfermedades del pecho, incurables y que hacen presa en las personas de organizacion en que el sentimiento predomina, y murió.

Viudo y millonario el lord, pensó en abandonar á Calcutta.

Pero no quiso volver á Inglaterra. En la aristocrática Albion, la opulencia sola no es pasaporte suficiente para las clases elevadas.

Se necesita el mérito. Cuando un plebeyo se distingue, los lores le abren sus puertas, la corona le ennoblece. He ahí el secreto con que ha sabido mantenerse fuerte y vigorosa esa aristocracia, mientras que en los países en que esta clase ha sido exclusivista, el torrente popular la ha hecho desaparecer.

Paris es la ciudad donde el oro es omnipotente. Allí se fijó el hijo del ganadero del Devonshire, convertido en Lord Millon.

Lord Seymour, aunque perteneciente á la mas alta aristocracia inglesa, habia recibido algunos desaires de ella.

La semejanza de carácter y de gustos le llevó á unirse á Lord Millon, y la aventura que hemos relatado estrechó mas la amistad de ambos.

En 186... Lord Millon alcanzaba el sexagésimo año de su vida.

En tan dilatado período nunca habia amado, aun cuando tuviera esas fáciles conquistas que en todas partes, y en Paris especialmente, se obtienen con el oro.

Pero no hay corazon humano á cuyas puertas no llame el amor alguna vez en la existencia; y desgraciado del hombre que ha pasado su juventud sin amor, porque con mayor fuerza amará despues, y se dejará llevar á los mayores extravíos por satisfacer su pasion.

Así le aconteció á Lord Millon.

Vió á *la Abuela*, y se sintió fascinado por su hermosura y por el atractivo irresistible que la rodeaba y con el cual adquiria tantos triunfos.

La Abuela se rió del lord, encontrando soberanamente ridícula la pasion de aquel sexagenario.

Herido en su amor propio el lord, sintió que su amor aumentaba, y redobló sus ataques.

Estamos en el salon de *la Abuela*, en su lindo hotel entre patio y jardin de la *rue de Galilée*.

En él no es la mujer que hemos visto primero en las Tullerías y despues en la isla del Rhin, no; ahora es *la cocotte*, la rival de Cora Pearl y de Ana de Lions.

Su naturaleza está creada para un doble papel. En las Tullerías hemos visto á una gran dama extranjera que el embajador de su nacion presenta al soberano francés. En la isla del Rhin nos hemos conmovido ante la mujer víctima de la fatalidad y ante la madre infortunada, que separada de su hija, lanza gritos de angustia, con la desesperacion de la leona á quien el cazador arrebata sus cachorros. En el salon de la *rue de Galilée* vemos á la mujer frívola y corrompida, á la criatura del placer y del amor; pero no del amor santo y puro, sino del amor de los sentidos, que se paga con oro.

La sociedad francesa, como la nacion á que pertenece, está en decadencia.

Como la Babilonia de los Asirios, como la Roma de los emperadores, la Francia marcha á la muerte coronada de flores y con la copa en la mano, y morirá en un festin inmenso, entre las risas y los can-

tos de placer de sus hijos, cuando cumplidas las setenta semanas de Daniel, un nuevo Ciro llegue á destruir á la Babilonia moderna.

La *cocotte* francesa, una de las gangrenas de esa sociedad, es la Mesalina romana. Como las matronas romanas de la época de Claudio y de Neron, llegada la noche, *las cocottes* corren las plazas y calles en busca del placer y del oro.

La Abuela es una *cocotte* distinguida; no recorre los bulevares; pero desde su magnífico carruaje á la Daumont en las carreras del Bois, de la Marche y de Vincennes, desde su palco de la Grande Opera, y en Baden ó en Dieppe en el verano, y en sus salones en invierno, es tanto ó mas peligrosa que aquellas infelices.

Está en su salon rodeada de media docena de jóvenes *dandys* ociosos.

Un gigantesco ramillete se ostenta en un jarron sobre una mesa de *malaquita* de una sola pieza, con incrustaciones de bronce dorado.

—Magnífico *bouquet!* dice con voz chillona un jóven moreno, bajo de cuerpo, vestido á la inglesa rigurosa, y empomadado, rizado y perfumado de manera que á leguas trasciende á muestra de peluquería; apuesto á que el noble Lord Millon os lo ha enviado esta mañana.

GONZALO A. ESTEVA.

(*Continuará.*)

A****

BENDITA SEAS!

MEMORIA DE CARIÑO

A Luis Gonzaga Ortiz.

Niña hechicera; si al recuerdo mio
llena de amor el alma
sonríes cariñosa y placentera
como al recuerdo tuyo yo sonrío
lleno de amor por tí, niña hechicera;
si de la vez primera que á tu lado
murmurar pude amores,
tampoco por mi bien te has olvidado;
si de aquella mañana de ventura
y ensueños seductores
ni su sol olvidaste, ni sus flores;
si capricho ligero
no fué tu amor jurado, y aun me quieres
tanto, bien mio, como yo te quiero;
si al pensar en mi amor sueñas placeres,
si cual yo te deseo me deseas,
si me quieres aún, bendita seas!

Tierna paloma de tu nido huida
por bien de mis amores,
y en medio de mi alma recogida
para dulce consuelo de mi vida,
para servir de alivio á mis dolores;
ven á mí, y en mis brazos
para tí de cariño tiernos lazos,
dime, sí, que mi amor es tu tesoro.
Que amarme es tu embeleso
oiga á tu pura voz que me enamora,
pues no suena mas dulce y seductora
del bosque umbrío entre el ramaje espeso
la armonía dulcísima de un beso.

Tú me quieres ¿verdad? sí, tú me quieres;
pensar en mí constante,
á pensar en tí misma lo prefieres:
¡si no puedes por menos, vida mia!
si forma mi alegría
tu amor: ¿cuándo las flores
dejaron de pensar en sus amores?

La vida es valle de amargura y llanto;
sin goce y sin encanto
le atraviesan las almas,
y á fuerza de sufrir logran ¡ay de ellas!
siguiendo de su mal las propias huellas,
del martirio las palmas.
Pero hay un cielo que al afan sonríe
del que sufre y padece
si un ángel halla que á su fin le guíe:
cielo es amor de plácido consuelo,
tú quien me guía á conquistar el cielo.

Adios, mi bien: al corazon fatiga
la expresion de su amor, y se adormece
como al beleño de la noche amiga;
cual la flor embriaga
con su dulce perfume á aquel que halaga.
Se fatiga, y no obstante,
cual el agua corriente
de la rápida fuente
no cesa un punto de bullir, amante,
amor y solo amor sueña constante.
Y al adormirse en el dorado lecho
que amor supo crear dentro del pecho,
repite una vez mas; «si tú me quieres,
si al pensar en mi amor sueñas placeres,
si cual yo te deseo me deseas,
si me amas aún, ¡bendita seas!»

ENRIQUE DE OLAVARRÍA.

UNA PASION ITALIANA.

(CONTINÚA.)

—Supongo, querido príncipe, le dije riendo, que me excusareis si os recibo en la cama; pero vuestra insistencia en verme me ha obligado á haceros introducir inmediatamente.

—Dejemos eso y hablemos de cosas formales.

El aspecto serio y grave del príncipe al pronunciar esas palabras, no pudo menos de llamarme la atencion.

—¿Qué pasa, pues? le pregunté con sorpresa.

—Pasa que á estas horas estais señalado como sospechoso á la policía austriaca, y que tal vez dentro de poco recibireis la cortés invitacion de salir inmediatamente de Venecia.

No pude menos de soltar una alegre carcajada al ver la gravedad con que el príncipe me dijo esas palabras.

—¡Yo bajo la vigilancia de la policía! excla-

mé: príncipe Cavoni, confesad que quereis burlaros de mí.

—No hay nada mas serio, y os repito que estais denunciado á las autoridades austriacas.

—Mas ¿por quién? ¿con qué pretexto?

—Anoche debe haber llamado vuestra atencion por la insistencia que ponia en no separarse del lado de la princesa Vendramini, un viejo alto y escuálido hasta el punto de parecer un esqueleto.

—Sí, un viejo cuyo demacrado rostro parece una calavera, y cuyos ojos despiden miradas tan frias y aceradas, que se siente en su presencia una sensacion semejante á la que se experimenta en presencia de una víbora.

—Precisamente de ese hombre os hablo.

—¿Y quién es?

—Un hombre al servicio del *buon governo.*

—Lo que quiere decir......

—Lo que quiere decir que ese hombre es un espía.

—¿Un espía en los aristocráticos salones de la condesa Catani? ¡Imposible!

—Nada tiene eso de extraño. En Venecia hay espías en todas partes. Tal vez en este momento un oido misterioso é invisible está recogiendo las palabras que os dirijo, y puede ser que mañana corra peligro mi libertad. Veo bosquejarse en vuestros labios una sonrisa de incredulidad; mas cuando habiteis algun tiempo en mi oprimida patria os convencereis de que no son exagerados mis temores.

—Mas ¿cómo ha podido introducirse un espía en los salones de la Catani?

—Ese espía ocupa una alta posicion social. Es el marqués Castel-Nuovo.

—¡Cómo! ¿ese espía es un hombre de elevado nacimiento? exclamé admirado.

—No es ese el único que hay entre los nobles patricios de la desgraciada Venecia, contestó el príncipe con amargura. El yugo austriaco nos ha degradado hasta ese punto, amigo mio, y el dia de las represalias tendremos mucho que vengar.

—Mas, en fin, todo eso no me explica cómo puedo haber sido señalado á la policía.

—Escuchadme y os lo explicaré. El príncipe Vendramini es un viejo melómano que no está contento sino cuando se halla entre artistas, y que no hace ni ha hecho jamas el menor caso de su mujer. El es quien últimamente ha traido á Venecia á la Fadolina, esa célebre cantatriz que ha hecho la fortuna del teatro de la Fenicia. Como os decia, no se ha ocupado jamas de su mujer; mas en los primeros años de su matrimonio se veia obligado algunas veces á acompañarla á los bailes, al teatro y los paseos. Queriendo libertarse de tarea tan enojosa para él, buscó á su alrededor un hombre que pudiera sustituirle, y encontró á mano al marqués Castel-Nuovo, quien le pareció á propósito para desempeñar ese papel. En efecto, la edad del marqués evitaba que su asiduidad al lado de Francesca pudiera hacer nacer sospechas injuriosas para el honor de ella. Tanto mas fácil le fué al príncipe conseguir que el marqués se hiciera el *cavaliere servente* de la princesa, cuanto que ya por aquel tiempo estaba bastante enamorado de ella. Ese amor ha llegado á convertirse en una pasion violenta y celosa, y el marqués cuida mas del honor del príncipe que este hubiera podido hacerlo nunca. Es el dragon que guarda la entrada del jardin de las Hespérides.

—¿Y él es quien me ha denunciado?

—Sí. Probablemente observó la admiracion que os causó la hermosura de Francesca, y á fuer de hombre prudènte ha querido evitar los peligros que pudieran amenazar su tranquilidad en el porvenir. No es el primer ejemplo de esto, y mas de un adorador de Francesca se ha visto expulsado de Venecia sin poder adivinar el motivo.

—¿Y cómo habeis sabido que me habia denunciado?

—Por un agente seguro que tengo en el seno de la policía.

—¿Es posible? ¿en esa policía tan afamada hay traidores que vendan sus secretos?

—¡Oh! el que yo haya encontrado quien me refiera los secretos de la policía austriaca, no significa nada. Es una excepcion única.

—Es ingeniosa, á la verdad, esa idea de tener un espía en la policía.

—Y que no ha dejado de costarme trabajo llevar á cabo. Es una historia bastante curiosa.

—Contádmela, pues.

—Cuando terminé los estudios que seguia en Paris, mi padre quiso que viajara por Europa antes de volver á Venecia, y que especialmente recorriese los diferentes Estados de la Italia.

En esa época visité la Córcega y permanecí algun tiempo en Ajaccio. Durante mi permanencia en esa ciudad, se cometió un crímen cuyas circunstancias llamaron la atencion de toda la poblacion y la conmovieron profundamente. Un tal Paoni, que habitaba un pueblecillo bastante lejano de Ajaccio, asesinó á dos célebres bandidos que hacia pocos dias se habian acogido al indulto que les concedieron las autoridades de la isla. Ese asesinato era originado por una *vendetta*, y Paoni se habia atraido las simpatías del público, quien deseaba que fuese absuelto. Hé aquí lo que habia causado ese asesinato. Dos años antes habitaba Paoni en compañía de un hermano suyo, el que componia toda su familia, un pueblecillo cuyo nombre no recuerdo, y estaba próximo á casarse con Marietta, la mas hermosa muchacha del lugar. Esta habia sido novia en otro tiempo de un tal Spiridione; mas Paoni la habia enamorado y expulsado á ese mozo de su corazon. El dia en que Spiridione conoció la traicion de su adorada, salió del pueblo jurando vengarse de ella. Poco tiempo despues se supo que habia marchado á la montaña á afiliarse entre los bandidos que se guarecian en ella, y que su decision y arrojo habian hecho que le eligiesen por gefe. Mas

como no volvió á ocuparse al parecer de Marietta ni de Paoni, estos se dispusieron tranquilamente á celebrar su boda. En la noche del dia en que esta tuvo lugar, la mayor parte de los habitantes del pueblo estaban bailando alegremente en casa de Paoni, cuando de pronto se oyeron algunos tiros de fusil en la parte opuesta del pueblo. Inmediatamente salieron algunos mozos en la direccion en que habian resonado esos tiros, para averiguar de dónde provenian. Pronto volvió uno de ellos anunciando que los bandidos atacaban el pueblo. Toda la poblacion corrió á las armas, y Paoni fué el primero en apoderarse de su fusil y correr al lugar del combate, dejando encargada la custodia de su casa á su hermano menor. Los bandidos fueron rechazados fácilmente, y una media hora despues pudo volver Paoni á su morada. Al aproximarse á ella observó con extrañeza que ni su hermano ni Marietta salian á su encuentro. Apresuró el paso, y viendo abierta la puerta de la casa, penetró apresuradamente en su interior, en donde le esperaba el espectáculo mas terrible y aterrador.

ROBERTO A. ESTEVA.

(Continuará.)

A MI MADRE.

En tanto que allí á lo lejos
Las aguas del mar se agitan,
Las olas son que aquí llegan
Imágen fiel de la vida;
En tanto que bulliciosas
Besan las limpias orillas,
Y entre palmeras y flores
Vagan errantes las brisas,
Oh! madre, llego á tu tumba,
Pulso doliente mi lira,
Y te cuento los pesares
De mi existencia sombría.
Si hoy en la tarde serena
Llego del mar á la orilla,
No soy la jóven dichosa,
La de apacible sonrisa;
No llego como otras veces,
Cuando era inocente niña,
Bulliciosa á las riberas
Como á los campos la brisa;
Ya no soy el ave tierna
Que canta sus alegrías;
Solo busco suspirando
Tu tumba santa y bendita:
Vengo á vagar en la playa
Como una sombra perdida,
Llorando el amor tranquilo
Que formaba mis delicias.
Si te perdí, madre amante,
¿Qué es ya sin tu amor mi vida?
Es un inmenso desierto
Donde mi alma peregrina,
Es una noche sin luz,
Es una mar intranquila,
Es un cielo nebuloso
Donde una estrella no brilla.

GERTRUDIS TENORIO ZAVALA.

Mérida, 1869.

NÍOBE.

A la Señora Doña Victoria Tornel de Segura, en prueba de aprecio.

SONETO.

De tanta prole, Níobe orgullosa
En su delirio al cielo desafía:
Rayos el cielo vengador envia
A castigar á la Tebana hermosa.

Sin abatir la frente, silenciosa
Contempla de sus hijos la agonía:
Presencia inmóbil, con mirada fría,
De sus hijas la muerte congojosa.

Pero la última cae; y su alma fuerte
Doblegándose al fin á peso tanto,
Amargo lloro la cuitada vierte.

Miran los dioses su mortal quebranto,
Y en duro mármol Jove la convierte;
Mármol que mana inagotable llanto.

LA FIEBRE Á BORDO.

SONETO.

Abrasador el sol, impuro el viento,
Boga mi nave por el mar hinchado;
Y el ángel vengador vuela á su lado,
Pálido el rostro y fétido el aliento.

Sopla; y entre dolores ciento y ciento
Muere el viajero, de terror cercado:
Sopla; y espira el marinero osado
Al sepultar su cuerpo macilento.

La gente en vano delirante clama:
Salir en vano del bajel pretendo
Y huir del fuego que mi sangre inflama.

Las manos con fervor al cielo tiendo;
Y la Estrella del mar su luz derrama,
Y huye á su vista el Querubin tremendo.

IGNACIO MONTES DE OCA.

DE UN LIBRO DE MEMORIAS.

ESTRELLA.

(Páginas íntimas á Juan B. Híjar y Haro.)

Como creo, Juan, que aun divides conmigo esa santa fraternidad del sentimiento, que se llama amistad; como creo, ademas, que eres todavía un poeta, un soñador, un contemplador de esos claroscuros que dejan en el fondo del alma los mirages desvanecidos de la vida, he querido escribir para tí esta

vaga reminiscencia de mi primera edad; para tí que, como yo, tienes el culto del pasado, la religion de los recuerdos.

***

Era yo muy niño, tan niño que aun no comenzaba á vivir, si, como dice Arsène Hoursaye, la vida del hombre no comienza sino hasta que sus labios tocan el vino y la mujer.

Apenas si tenia el vago presentimiento de la esperanza.

Cuando hé aquí que sin apercibirme de ello se despertaba mi alma.

Tú sabes que no hay palabra que explique el solemne momento de esa transicion. La aurora de la luz en el mundo de la naturaleza, acaso no es tan bella como la aurora del sentimiento en el misterioso mundo del alma niña.

Y fué esa hora en la que conocí á Estrella.

Era una niña de mi edad, y cuya alma estaba tambien despertando.

No trataré de pintarte á Estrella.

Pero era muy hermosa.

Mas hermosa que el recuerdo que de ella he guardado, y creeme, ese recuerdo es como el lirio blanco de mi pensamiento.

Hermosa, no como el primer amor, sino como la primera ilusion.

No trataré de pintártela. Porque mi pluma estropearia esa imágen de luz que está en mi alma. Porque necesitaria para ello un pincel ideal. Porque no se retrata el perfume, la armonía, ni la sonrisa que arroja al labio un pensamiento divino al cruzar por la mente, ni la ráfaga de luz, ni la estrofa que bulle aún informe, pero luminosa, musical, alada, en la fantasía del poeta......

Y todo esto era Estrella para mí.

Himno, perfume, armonía, blancura, iluminacion.

***

No la retrataré, Juan; pero al decirte «era hermosa y era mi primer amor,» evocarás tambien tu ilusion primera, llenarás de su luz blanca y ya melancólica como un rayo de luna, tu pensamiento; bañarás con ella la imágen de la vírgen del primer amor, y tendrás un parecido de Estrella.

Porque entre esta y tu amada habrá de semejante que estarán bañadas del mismo rayo del alma, el mas suave, el mas casto, el divino; ese destello que es una trinidad: ilusion, creencia, esperanza, y que son el primer amor.

Acaso la belleza ideal de la mujer querida no es mas que el reflejo de nuestra propia alma, de que el amor ha hecho un vaso de luz; como el oro purpurado del celaje no es mas que la coloracion de un rayo del sol.

Por eso mi Estrella se parecerá á tu Serafina.

¿Qué importa, por lo demas, el color del cabello ó de los ojos?

Para tí tiene ya una fisonomía desde que te digo: fué el ángel que se inclinó á la cuna de mi alma y la despertó buscándola. Y como dice Schiller: «Mis ojos al abrirse encontraron su corazon, y mi primer sentimiento fué un inefable regocijo.»

Jamas nos habiamos hablado.

***

Ni siquiera sabia yo en dónde habitaba aquella niña encantadora, cuya imágen vivia desde no sé cuándo en mi corazon.

Pero todos los dias, al caer la tarde, pasaba por delante de mi casa para ir á pasear con sus hermanas mayores, jóvenes ya, por las afueras de la ciudad.

Y todas las tardes nos veiamos.

¿Desde cuándo aquel tránsito por mi calle se convirtió en una cita? ¿desde cuándo nuestras miradas fueron un saludo de las almas, una caricia?..... No lo sé. Pero cuando Estrella se acercaba y pasaba delante de mí, inmóbil y absorto en contemplarla, su rostro angélico, habitualmente pálido, se coloraba de rosa, se encendia; sus grandes ojos negros y melancólicos brillaban con una mirada dulcísima é inefable; y cuando despues de haber arrojádonos, por decirlo así, una parte del alma en una mirada impensada y suprema, bajaba su frente divina de rubor, y se alejaba, tropezando á veces, y siempre volviendo á mí su cabeza...... entonces yo sentia mi corazon fundirse en una delicia tan íntima y tan grande, que no volvia en mí sino mucho tiempo despues de que Estrella habia pasado.

***

¡Cómo ha quedado allá en un rincon querido de mi alma, tu perfil virginal, tu frente iluminada, tu mirada nadante en un cielo de inocente ternura, ¡oh mi primer amor, blanca Estrella de mi alborada, mi inolvidable!......

Y sin embargo, no fuiste tú la que me revelaste lo que es el amor en su doble faz de luz y de sombra, en su felicidad rápida como una sonrisa interrumpida, en su amargura inagotable y jamas apurada.

No fuiste tú la que ciñó á mi corazon la fúnebre corona de sus recuerdos; no la que deshizo la flor idolatrada de la esperanza sobre la tumba de mi muerta felicidad.

No, no fuiste tú la Eva, la mujer funesta y adorada por quien el hombre pierde el divino paraíso de sus creencias.

No fuiste mas que mi Estrella, el astro de una aurora, la niña flor de mi primavera; y apenas si estas líneas, que no son una historia, pueden llamarse tu recuerdo.

***

Una tarde, cuando Estrella pasaba para ir á su paseo acostumbrado, maquinalmente la seguí. Iba á alguna distancia, y cuando al dar vuelta á la úl-

tima esquina de la calle, la buscaron mis ojos, ya no la encontré: la campiña se extendia delante de mí florida y solitaria. Creí no encontrarla ya, y me dirigí á un bosquecillo inmediato. Allí oí un rumor de voces: no se me ocurrió que pudiera ser ella la que hablaba, y no queriendo encontrarme con alguno, dejé bruscamente la senda y me interné entre los grandes árboles. De pronto, entre el follaje oscuro percibí una blancura; era su vestido: allí estaba Estrella, sola. Se habia separado de sus hermanas cortando flores. Tenia ya en la mano algunas pequeñas y azules, cuyo nombre no sé. Yo me detuve; ella me vió, sonrió, y con una sencillez adorable vino hácia mí.

—Tome vd., me dijo, dándome las florecillas azules.

Su palidez estaba ligeramente sonrosada, sus párpados bajos, y la pestaña rizada, larga y profusa hacia una suave sombra en su mejilla. El viento estremecia los luengos rizos de su cabellera negra y brillante. Alzó sus ojos llenos de una mirada intensa, cariñosa y risueña, volvió á sonreir y me dijo, tomando mi mano, como si me condujera:

—Andemos juntos.

***

Era una de esas tardes diáfanas y radiosas de la primavera, en que parece que algo del luminoso azul del firmamento se mezcla á nuestro espíritu, en que hay como una sonrisa en el interior del alma, en que nos sentimos dulce é irresistiblemente asociados á la armoniosa y magnífica serenidad de la naturaleza contenta.

El aliento de flores de la tarde perfumaba el aire. Los grandes follajes, envueltos ya en la media sombra, se estremecian con el aleteo incesante y el concierto loco de las aves; y allá á lo lejos, el sol poniente tendia su último rayo, como una gasa de oro, sobre las cúpulas del bosque.

Estrella y yo andábamos á la ventura. Ya no cortaba flores. No nos hablábamos, no nos veiamos; caminábamos sencillamente cogidos de la mano, bajo los grandes árboles. Aquel dulce sér angélico estaba tan en armonía con aquella tarde, con aquel cielo, con las nubes serenas del azul, con la música errante de las brisas, con el himno perenne de los pájaros, y sobre todo, con las flores, que parecia ser el alma poética y trasfigurada de la primavera, vagando á la sombra de las arboledas.

De pronto oimos voces que la llamaban; eran las de sus hermanas, inquietas ya por su tardanza. Hacia media hora, acaso mas, que nos paseábamos así, sin habernos dicho una palabra.

—Ya me voy......... me andan buscando......... adios!......

Al decirme esto tomó con sus dos manos la mia y la apretó á su pecho. Su frente estaba á la altura de mi boca...... Yo no sé cómo fué esto...... pero fueron nuestros labios los que se besaron......

Era aquel el primer beso, no solo de mi amor, sino de mi vida. Me sentí palidecer de emocion, casi de miedo, al mismo tiempo que un calosfrio de indecible delicia sacudió todo mi ser: temblaba, y me sentia como bañado en luz....... Sin embargo, era ya de noche cuando me apercibí de que aun estaba yo en el bosque, y de que, deslumbrado y como herido por aquel beso inefable con que acababa de ser bautizada mi alma para el amor, no habia visto cuando Estrella se fué de mi lado.

***

Despues de aquel instante, despues de aquel beso, el primero y el último, no volví jamas á ver á Estrella. Desapareció sin saber yo cómo. No habia sabido de dónde venia, y tampoco supe adónde fué. Y jamas he vuelto á encontrarla. Pasó por mi vida como una ilusion por el alma, inmaculada, luminosa y rápida. Fué el cándido y apacible lucero de la mañana de mi juventud; por eso la he llamado *Estrella*. Surgió en el sereno azul, radió purísima un instante, y se perdió despues.

¿De dónde venia? ¿adónde ha ido? ¿qué ha sido de ella?..... Esta ignorancia de su procedencia y de su posterior destino la han revestido de un prestigio ideal y poético en mis recuerdos. Es una dulce supersticion de mi corazon. Aquella niña angélica á quien nunca volveré á ver en este mundo, no era una mujer, no era mi amada.... era mi *ilusion*.

Ella hizo visible para mí, por un instante, en el azul constelado de la noche, la ardiente aparicion de la vírgen del amor con su frente de luz, con su auréola de estrellas, flotando al aura voluptuosa de los trópicos su nívea vestidura, y derramando en mi cabeza delirante, con sus besos de fuego, los inefables sueños de la dicha......

Y aun ahora, cuando pienso en esa niña misteriosa y querida á quien he llamado Estrella, mi corazon se estremece, se conmueve; levántase en él como una melodía que suspira su nombre, y mis ojos distraidos se pierden en el espacio como si la buscasen por el cielo......

MANUEL M. FLORES.

EN LA NOCHE.

Cuando en la triste y silenciosa noche
Sueñes conmigo y lánguida me veas,
Acariciando mi abatida frente
Y oyendo el eco de mi voz, contenta;

Piensa que es mi alma que visita tu alma
Y en alas va de su pasion, ligera,
Pues para el sér que quiere cual yo quiero,
Es un paso el abismo de la ausencia.

En vano mi destino inexorable
Lazos tan tiernos destruir intenta;
Si nuestros cuerpos separados duermen,
Nuestras dos almas enlazadas velan!

LUIS PONCE.

Noviembre de 1868.

LA INFANTICIDA.

Con furia espantosa
El viento soplaba,
La lluvia azotaba
Con sordo rumor,
Y en medio esa triste
Siniestra armonía,
De un niño se oia
El ¡ay! de dolor.

Ardiente en los cielos
Un rayo fulgura;
La extensa llanura
Su luz alumbró,
Y vése á una jóven
Que corre perdida,
La frente abatida,
La faz sin color.

Allá, junto al monte,
Salvaje y potente
Desborda el torrente
Con bronco rugir;
Sus aguas impuras
Cargadas de cieno,
Sepulta en su seno
Abismo sin fin.

Sus brisas refrescan,
Si el viento le azota,
El musgo que brota
Y el negro ciprés....
Y allá va la jóven,
La ropa en pedazos,
Y un niño en sus brazos
Desnudo se ve.

¿Por qué de sus padres
El sueño aprovecha,
Y en llanto deshecha
Sale de su hogar?
¿Qué fuerza la impele
En noche tan fria,
Sin luz y sin guia
Marchando al azar?

¿La pierde el delirio?
¿La fiebre la mata?
¿Por eso insensata
Y errante se ve?....
Encinas y abetos
El viento destroza,
Y el niño solloza
De frio tal vez.

Y luego si estalla
Horrísono el trueno,
El niño en su seno
Se quiere ocultar.
Mas ella no escucha
Su queja doliente,
Y al hondo torrente
Frenética va.

Y llega!... Temblando
Al borde se para,
Y vuelve la cara
Con frio pavor:
El viento las nubes
Pesadas deslíe....
Y el niño sonríe
Con risa de amor!

Sus manos pequeñas
Hácia ella levanta;
Pero ella se espanta,
Le quiere arrojar!
Y entonce aparece
La trémula estrella,
La luna destella
Sus rayos en paz.

En tanto, esa madre
Con torpe egoismo
Levanta al abismo
A su hijo infeliz;
Inmóbil le tiene
Suspenso un momento,
Sin voz, sin aliento
Y fuera de sí....

¡Aguarda! no veas
El turbio torrente.
¡Oh madre! detente!
¡Detente! ¡piedad!
El niño te mira
Con dulce ternura;
¡Pobre criatura!
¡No puede luchar!

El campo está solo,
La niebla es muy densa,
No tiene defensa,
Es débil su voz.
Soporta si puedes
Su limpia mirada;
Te mira irritada;
Rie con amor!

Sus débiles brazos
Extiende á tu seno;
Ignora el veneno
Que encierras ahí.
Si hablara, al instante
Mi madre! diria.
Mas tarde, daria
La vida por tí!

Y á tí no te apiada
Tan pura inocencia;
Rompes su existencia
Y salvas tu honor!....
Infame! recuerda
Que el niño que llora,
Muriéndose implora
Venganza de Dios....

Mas no, que es tu *hijo*,
Y tu *hijo* te mira,
Y llora y suspira
Y *da su perdon!*
Es tu *hijo*, y los brazos
Extiende á tu cuello:
¡Cuán dulce y cuán bello!
Piedad!.. compasion!...

Si el mundo escupiere
Tu pálida frente,
El labio inocente
De un ángel tendrás,
Que borre la infamia,
Que calme el delirio,
Y en tu hondo martirio
Derrame la paz.

Tu escudo en la tierra,
Tu dulce consuelo....
Las puertas del cielo
Por él se abrirán.
Sus besos son tuyos
Lo son sus caricias;
Mas tiernas delicias
¡Ay! ¡quién te dará!

Al ver en tus brazos
Un ángel tan puro,
El hombre mas duro,
Es madre!..... dirá.
Y en vez de mofarse,
Sus hijos mirando,
Tal vez suspirando
Un pan te dará.

Como á otras que lloran,
¡Oh madre infelice!
A tí te bendice
La Madre de Dios.
La gota de lluvia
Que surque tu frente,
Lágrima inocente
Será de su amor.

No temas la risa
Que insulta y oprime;
Tu nombre es sublime,
Contigo irá Dios!
Mas ¡ay! no me escucha
Su seno de roca....
¡Maldita esa boca
Que amores mintió!

¡Maldita la jóven
Que hundida en el cieno,
Levanta en su seno
Templo al falso honor,
Y en torpes caricias
Gozando aturdida,
Al sér que dió vida
La vida quitó!....

Que á tu paso cierren
Doquiera las puertas,
Y tierras desiertas
Veas reedor.
Que al verte, tus padres
Te nieguen tal nombre.
¡Maldígate el hombre!
¡Maldígate Dios!

LUIS PONCE.

DESCRIPCION SINÓPTICA
DE
ALGUNOS IDIOMAS INDÍGENAS
DE LA
REPUBLICA MEXICANA.
(CONTINUA.)

EL ZAPOTECO.

En el alfabeto zapoteco se ve una letra, la *th*, de que carecemos nosotros: faltan los sonidos correspondientes á nuestras letras *d*, *f*, *j*, *ll*, *v*.

Las vocales son tan poco marcadas, que frecuentemente se confunden la *a* y la *o*, la *e* y la *i*, la *o* y la *u*, y aun lo mismo sucede con algunas consonantes, como *b* con *p*, *t* con *r*, etc.

Es frecuente encontrar varias letras duplicadas, la *a*, *e*, *i*, *o*, *l*, *u*, *k*, *p*, *t*.

El idioma es polisilábico.

La composicion es de mucho uso.

No parece haber en zapoteco adjetivos *puros*, sino que los que existen son derivados de verbo, sustantivo ó adverbio.

No hay signos propios para marcar el género, número ni caso.

Tampoco los hay para formar nombres colectivos y otros derivados, que es preciso expresar por medio de circunloquios.

La partícula *hua* agregada al adjetivo verbal, indica comparacion. Tambien se forman comparativos por medio de las terminaciones *zi*, *ti*, *la*.

El superlativo se forma añadiendo al positivo la partícula ó adverbio *tete*, la terminacion *tao*, ó repitiendo la palabra.

El pronombre personal tiene varias formas para expresar respeto; pero carece de tercera persona de plural.

No hay pronombre posesivo; se suple con la palabra *xiteni*, perteneciente, lo que pertenece, agregándole los personales abreviados como afijos. Por ejemplo, *a* es una abreviatura de *naa*, yo; y así *xitenia* significa *mio*. Con la sílaba *xi*, abreviatura de *xitenia*, se expresa tambien posesion; v. g., *xi Pedro*, de Pedro. Pero la forma mas sencilla y mas propia que tiene el zapoteco para expresar posesion, se reduce á agregar el afijo personal al nombre; v. g., *xabalo*, tu manta, pues *xaba* es manta y *lo* es una abreviatura de *lohui*, pronombre de la segunda persona de singular.

La partícula *ni* antepuesta al verbo, sirve de pronombre relativo.

Los modos del verbo zapoteco son indicativo, imperativo y otro que sirve para subjuntivo ú optativo. El mecanismo del verbo es muy sencillo, pues se reduce á marcar las personas con los pronombres afijos, y los tiempos con partículas; v. g., *konalo*, tú cavas, se forma de la radical *na*, la partícula *ko*, que señala el tiempo, y el afijo *lo*, abreviatura de *lohui*, tú. Las primeras personas de plural, ademas de su afijo, tienen partículas prepositivas que las distinguen.

El infinitivo se suple con el futuro; de modo que en lugar de decir, por ejemplo, «quiero comer,» se dice: «quiero comeré.»

El gerundio se suple por medio de verbos compuestos; v. g., con *tagoa*, yo como, y *tatia*, yo muero, se dice *tagotatia*, que literalmente es: cómo muero, es decir, comiendo muero.

Hay muchos nombres sustantivos y adjetivos derivados de verbo; v. g., *xillaa*, calor; de *tillaa*, estar caliente; *zaa*, el que va, de *tizaya*, ir; *natopa*, chico, de *titopaya*, ser chico. Son notables entre los verbales unos sustantivos que expresan tiempo, y se forman agregando á cada uno de los del verbo la partícula prepositiva *kela*, y quitando el afijo; de *tagoa*, yo como, *kelatago*, comida presente.

No hay en zapoteco voz pasiva, pero sí verbos que poseen esta significacion, los cuales tienen muchas veces sus correspondientes activos; v. g., *totia*, hacer; *taka*, ser hecho. De la misma manera hay verbos de significacion reflexiva.

Abundan los verbos derivados de varias significaciones, que se forman por medio de partículas; v. g., de *tagoa*, yo como, *ta-ziya-goa*, vuelvo á comer, pues *ziya* es partícula que indica repeticion.

El verbo sustantivo, de que carece el zapoteco, se suple con el pasivo *taka*, ser hecho.

De la primera persona de presente de indicativo se forman adverbios de modo, volviendo la partícula prepositiva del verbo en *hua*, *hue* ó *ka*, y quitando el afijo; v. g., de *titopea*, estar junto, *huatope*, juntamente. De algunos adverbios se forman nombres anteponiendo *hua*; *niito*, antes; *huaniito*, el delantero.

Respecto á la preposicion no hay nada notable que observar.

Las conjunciones son muy escasas, de lo cual viene que el estilo zapoteco es cortado y sentencioso.

EL TARAHUMAR.

El alfabeto tarahumar es tan escaso, que puede reducirse á diez y nueve letras, al menos el del dialecto que se habla en Chinipas, que es del que hay mas noticias,

Se encuentran en tarahumar palabras agudas, graves, esdrújulas, y aun con el acento en la cuarta sílaba; v. g., *kusígameke*, los que manejan baston. Las palabras compuestas suelen conservar los varios acentos de sus componentes.

En el dialecto principal del idioma no se encuentran dos consonantes juntas, sino que cada una tiene su correspondiente vocal, lo que hace muy suave la pronunciacion.

Es polisilábico el tarahumar, y de bastante uso la composicion de las palabras.

No están bien determinadas las categorías gramaticales, pues una misma palabra puede ser nombre, verbo, adverbio ú otra parte de la oracion, aunque muchas voces por su uso mas comun son nombres ó verbos. Ejemplo: *rurayé* es una palabra compuesta de *rura* y la partícula *ye*, la cual puede ser signo de verbo ó preposicion. Si lo primero, *rurayé* significa *tener frio*; si lo segundo, *con frio*.

No hay signos para expresar el género, ni declinacion para el caso. El plural se expresa por medio de adverbios ú otra palabra que indique pluralidad, ó repitiendo una sílaba del singular; v. g., *muki*, mujer; *mumuki*, mujeres.

El comparativo y el superlativo se pueden expresar por medio de adverbios; pero hay formas mas propias. El comparativo se forma por medio de la terminacion *be*, y el superlativo alargando la pronunciacion del comparativo; v. g., *reré*, abajo; *rerebé*, mas abajo; *rerebéé*, muy abajo.

El pronombre personal tiene variedad de formas para expresar algunos casos; v. g., *nejé*, yo; *nechí*, á mí.

Los pronombres posesivos se confunden por su forma con los personales; pero hay varios modos de expresar posesion, con los cuales se evita la anfibología, como por ejemplo, el uso de la partícula *guara* acompañando al pronombre personal; v. g., *nejé sunuguara*, mi maiz; *sunu* es maiz; *nejé* ó *ne* el pronombre de la primera persona de singular; *guara* indica la posesion.

El relativo se expresa con la partícula *ma.*

Los únicos modos que realmente tiene el verbo, son el indicativo y el imperativo. Tambien tiene participios y cuatro gerundios; estos se usan diferentemente segun los tiempos. La conjugacion se forma por medio de terminaciones para marcar los tiempos, y de los pronombres para marcar las personas; v. g., *nejé tará,* yo cuento; *mujé tará,* tú cuentas. *Nejé* y *mujé* son las pronombres *yo, tú; ta* la raíz del verbo; *rá,* terminacion del presente de indicativo.

En tarahumar no solo hay verbos activos, sino tambien pasivos, neutros, frecuentativos, etc., que se distinguen por medio de sus varias terminaciones ó de las diversas partículas que se les añaden.

No hay verbo sustantivo *puro,* pues aunque á algunos se les dé tal significacion, tienen ademas otras varias.

La preposicion se pospone á su régimen.

El tarahumar se divide en varios dialectos, cuyas diferencias consisten en la varia pronunciacion, y en el uso ó forma diversa de algunas palabras.

FRANCISCO PIMENTEL.

(Continuará.)

DESPIERTA!....

(Traduccion libre de Víctor Hugo.)

Ya brilla la aurora y aun no abres tu puerta.
Al beso del aura la flor está abierta
Y aun duermes sonriendo, mi angélica flor?
Yo te amo y te canto, Señora, despierta,
Despierta, mi vida, que es la hora de amor.

Despierta, Señora,
Y escucha al cantor,
Que canta y que llora
Su trova de amor.

Están á tu puerta llamando, alma mia,
Dulcísimas voces de blando rumor:
La aurora te dice: *Abrid, soy el dia.*
El pájaro canta: *Yo soy la armonía,*
Y un alma suspira: *Yo soy el amor.*

Despierta, que es la hora
Del ave y la flor,
Del alma que llora
Sedienta de amor.

Arcángel, te adoro! Mujer, yo te amo!....
Nací para amarte.... pregúntalo á Dios!
Por eso á tus ojos la vida reclamo,
Por eso te canto, por eso te llamo,
Y somos de una alma mitades los dos.

Despierta, Señora,
Ya cesa el cantor,
Ya pasa la aurora....
Mas queda el amor.

UN BESO NADA MAS!.....

Kiss me quick!........

Bésame con el beso de tu boca,
Cariñosa mitad del alma mia!
Un solo beso el corazon invoca,
Que la dicha de dos.... me mataria....

Un beso nada mas!.... Ya su perfume
En mi alma derramándose la embriaga,
Y mi alma por tu beso se consume
Y por el borde de mis labios vaga.

Ven á tomarla, ven! que ya no puedo
Lejos tenerla de tus labios rojos....
Pronto!.... dame tus labios.... tengo miedo
De ver tan cerca tus divinos ojos!

Hay un cielo, mujer, en tus abrazos!....
Siento de dicha el corazon opreso....
Oh!.... sosténme en la vida de tus brazos
Para que no me mates con tu beso!....

MANUEL M. FLORES.

ACUÑACION EN MÉXICO.

(CONTINUA)

III.

Daremos ahora noticia de algunas de las monedas acuñadas en el espacio de los once años que vamos recorriendo.

I. La primera que conozco es una pieza de cobre. Anverso: la Libertad sentada en una silla curul: descansa el brazo derecho sobre el libro de la ley, y apoya la mano izquierda sobre una lanza; las haces romanas se ven junto al asiento, y la leyenda dice LIBERTAD. Reverso: una corona cívica en cuyo centro se lee OCTAVO DE REAL, 1861, y en la parte inferior una M con una o encima (México).

II. De cobre. Anverso: las armas nacionales, en la forma que las presentan las monedas de plata, con la leyenda REPÚBLICA MEXICANA. Reverso: una corona cívica y en el centro UN CENTAVO, 1862, M y la o encima, monograma de México.

III. De cobre. Anverso: la imágen de la Libertad en la misma forma y con los mismos accidentes que en el octavo de real, con la leyenda LIBERTAD Y REFORMA. Reverso: una corona cívica en cuyo interior se lee UN CENTAVO, 1863. En la parte inferior la M con la o encima.

IV. De plata. Anverso: el águila de las armas nacionales, con la leyenda en la parte superior REPUBLICA MEXICANA. Reverso: el gorro de la libertad, y en la parte inferior 10 CENTAVOS, 1863. M y la o encima.

V. De plata. Anverso: idéntico al de la pieza anterior. Reverso: el gorro rodeado de la ráfaga luminosa, con la leyenda 5 CENTAVOS, 1863. M. y la o encima.

VI. De plata. Anverso: el águila de las armas nacionales, sin otra diferencia que llevar una corona en la cabeza, y la leyenda en la parte superior IMPERIO MEXICANO. Reverso: una corona de laurel dentro de la cual se lee 10 CENT. 1864, M.

VII. Pieza mas pequeña que la anterior, y que no presenta variacion mas de en la leyenda del reverso que dice, 5 CENT. 1864. M.

Estos décimos y vigésimos se acuñaron

AÑOS.	DÉCIMOS.	VIGÉSIMOS.
1864..................	13,853 20	6,712 70
1865..................	11,555 70	6,377 35
1866..................	9,225 50	4,980 30
1867..................	2,000 10	428 00

VIII. De cobre. Anverso: el águila nacional con la corona en la cabeza, y en la parte superior la leyenda IMPERIO MEXICANO. Reverso: una corona de oliva y en el interior UN CENTAVO, 1864. M.

IX. De plata. Anverso: el busto de Maximiliano. con la leyenda circular MAXIMILIANO EMPERADOR. Reverso: las armas del imperio, en la parte superior IMPERIO MEXICANO, en la inferior 1 PESO, 1866, M. (con la o encima).

De esta moneda se acuñaron:

1866......	2.147,675
1867....................	1.238,000

X. De plata. Anverso: idéntico á la pieza anterior. Reverso: las armas del imperio sin los soportes; sobre la parte superior IMPERIO MEXICANO, en la inferior 50 CENTAVOS, 1866, Mº

De esta moneda se acuñaron:

1866.......................	8,575
1867.......................	7,000

Debe tenerse presente que las primeras prueba[8] de las monedas de Maximiliano se hicieron el 8 de Febrero de 1866, aunque la acuñacion comenzó en Julio del mismo año. Hasta esta fecha los pesos llevaron el cuño de la República con el año 1863; por esta causa no se encuentran monedas de la casa de México correspondientes á los años de 1864 y 1865.

XI. De oro. Anverso: el busto de Maximiliano, y en leyenda á uno y otro lado MAXIMILIANO EMPERADOR. Reverso: las armas imperiales en la misma forma que las monedas de plata del valor de un peso; en la parte superior IMPERIO MEXICANO, en la inferior 20 PESOS, 1866, M. (con la o encima).

Se labraron:

De Julio á Diciembre,	1866,	6.770 piezas....	$	135,400
De Enero á Mayo,	1867,	150 ,, ...	»	30,080

Estas piezas de oro fueron las únicas que se acuñaron; las menudas conservaron el tipo de la República. Las monedas de oro han desaparecido completamente en el mercado; de las de plata quedan algunas, aunque pocas, pues la mayor parte han sido llevadas al extranjero.

XII y XIII. Décimos y vigésimos de la República con el mismo tipo de las de 1863. Comenzó la acuñacion en Julio de 1867.

Por la ley de 28 de Noviembre de 1867 se mandó variar el sistema y tipo de las monedas. Las que se han acuñado en Diciembre de 1868 bajo el nuevo sistema, son:

XIV. De plata. Anverso: las armas nacionales, apareciendo el águila asentada sobre el nopal, mas ancha, y en un dibujo diverso del antiguo; formando un arco en la parte superior la leyenda REPUBLICA MEXICANA; al pié 1868. Reverso: dos ramas de oliva y de encina atadas por un lazo; en la parte superior Mº C. 902,7, que lo forman el monograma de México, la inicial del ensayador Contreras, y los 902,7, la ley de la moneda expresada en milésimos conforme al sistema decimal; en el centro, 10 CENTAVOS.

XV. De plata. Moneda mas pequeña que la anterior y en todo semejante á ella, y que cambia solo en la leyenda del reverso, que dice: Mº C. 902,7, 5 CENTAVOS.

XVI. De cobre. Anverso: el águila de las armas nacionales con el dibujo de las piezas de plata; en la parte superior la leyenda REPUBLICA MEXICANA. Reverso: una corona cívica de encina y de oliva, en cuyo interior se lee: UN CENTAVO, 1868, M. (con la o encima).

Como se advierte, todas estas monedas han sido acuñadas en la casa de México. De los Estados tengo noticia de las siguientes:

XVII y XVIII. De plata. Décimos y vigésimos de peso, iguales á los de México y con la fecha 1863, presentando por única diferencia las iniciales S. L. P. (San Luis Potosí).

XIX. De cobre. Anverso: la alegoría de la América, con el traje y penacho de plumas convencionales, sentada; en la mano izquierda empuña la macana *(maquiahuitl)* ó espada azteca, y en la derecha el gorro frigio sostenido sobre la punta de una flecha; al lado el nopal que hace parte de las armas nacionales, y por leyenda en la parte superior MEXICO LIBRE. Reverso: dentro de una corona de laurel un libro abierto en que se lee la palabra *Ley;* encima la cifra $\frac{1}{4}$ (un cuarto de real, *cuartilla);* al rededor, ESTADO LIBRE DE SAN LUIS POTOSI.

Estas cuartillas se acuñaron en la casa de moneda de San Luis en los años de 1859, 60 y 62, en cantidad de 89,294 12 pesos, segun consta de las noticias oficiales.

XX. De cobre. Anverso: la imágen de la Libertad sentada sobre una silla curul, descansa el brazo derecho sobre el libro de la ley, y apoya la mano izquierda sobre una lanza; están las haces romanas junto al asiento, y se lee las palabras LIBERTAD Y REFORMA: en la parte inferior el nombre del grabador *Sanabria*. Reverso: una corona cívica, dentro de la cual está la leyenda UN CENTAVO, 1863: en la parte inferior, S. L. P. (San Luis Potosí).

Estos centavos se acuñaron en Julio y Agosto de 1863, en cantidad de 10,248 12 pesos.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

CRÓNICA DE LA SEMANA.

La primavera en México.—Chapultepec.—Las casas de campo.—El teatro de Iturbide.—El teatro Nacional.—El maestro Gaztambide y la señorita Zamacois.—Entusiasmo del público.—Los actores del teatro Principal.—El teatro en la República.—El suicidio en el Interior.—Respuesta á la «Revista Universal.»—Inauguracion del hospital de Infancia.—Nuevas obras literarias.—La del Sr. Pimentel sobre los poetas mexicanos.—La *Abeja montañesa* de Santander.—El Renacimiento.

México, Abril 10 de 1869.

Despues de los dias lluviosos y frios de Marzo, la primavera ha aparecido por fin, en toda la plenitud de su belleza, y nos ha permitido disfrutar tranquilamente de la Semana Mayor y de la semana de Pascua. La atmósfera parece hoy de fuego, el sol abrasa; pero en cambio los árboles están cubiertos de un follaje verde y nuevo, los jardines se ostentan matizados de flores, las praderas y las colinas vuelven á engalanarse con su alfombra de grama, y hasta en las paredes de los edificios rústicos aparece esa blanda capa de verdura, en la que el ojo atento acaba por descubrir mil plantas en miniatura, llenas de animalillos imperceptibles, á los que alienta el soplo vivificador de la primavera.

Hé aquí la estacion de las flores, de las mariposas, del sol y del amor.

«Es la estacion propicia á los bosques y al follaje. En la primavera la tierra se hincha y pide simientes de vida. Entonces el Dios Todopoderoso desciende en lluvias fecundas al seno de su amante regocijada, y llenando con su alma inmensa este cuerpo, le hace llevar todos los gérmenes de los frutos. Entonces los matorrales resuenan con los cantos de las aves, entonces los rebaños comienzan á sentir en ciertos dias los fuegos de Vénus; por donde quiera el sol se hace fecundo y los campos abren su blando seno al tibio aliento de los céfiros. Una tierna humedad abunda en las plantas; el césped se atreve á confiarse á los rayos de un nuevo sol; los pámpanos no temen el soplo del ábrego ni las frias lluvias que el aquilon trae consigo, sino que arroja sus yemas y desplega todas sus hojas. Así fueron los dias que alumbraron al mundo naciente, tal fué la primavera, la primavera, á la que el mundo celebró, cuando aun el Euro retenia su helado soplo, cuando los animales comenzaron á gustar de la luz, cuando la raza de hierro de los hombres salió de las duras entrañas de la tierra, y cuando las bestias salvajes fueron lanzadas á los bosques y los astros á los cielos!»

Así dice Virgilio en su poema de las *Geórgicas.*

La primavera, ya hermosa en todo el mundo, lo es mas aún en este suelo privilegiado, en el que no se conocen las estaciones rigorosas, y en el que nos quejamos sin justicia de los dias un poco menos tibios de Diciembre y de Enero.

En México, durante esta época y la del estío, las familias no se ausentan para tomar los baños. Esa moda comenzará cuando haya ferrocarriles.

Las lindísimas albercas de Chapultepec y la de Pane están á un paso; de modo que para refrescarse en ellas basta una ausencia de una ó dos horas; y son particularmente los extranjeros residentes en esta capital los que mas gustan de tomar esos baños, tan saludables como deliciosos. Sobre todo, las albercas de Chapultepec son encantadoras, y cuando uno las ve y cuando se pasea ó descansa debajo de los ahuehuetes colosales y añosos de aquel bosque régio, comprende el por qué los sultanes del Anáhuac habian escogido ese lugar para su recréo.

Como deciamos, las familias no se ausentan para tomar los baños, pero acostumbran ir á pasar la temporada de calores á las casas de campo de esos pueblos graciosos y frescos que se llaman Tacubaya, San Angel, Mixcoac, Coyoacan, Tizapam y Churubusco. La Ribera de San Cosme se anima tambien y se convierte en el barrio aristocrático de la ciudad.

Esta ausencia no impide, sin embargo, la concurrencia á los teatros, como sucede, segun sabemos, en Madrid y en Paris. Como los pueblos están cercanos, la gente viene algunos dias á México, de modo que hace una vida mitad rústica y mitad urbana. Además, hemos dicho otras veces y en otra parte, que la concurrencia al teatro se compone de empleados, de comerciantes y de otras personas que tienen que estar *adheridas* á la ciudad por sus ocupaciones.

Hoy tenemos diversiones de sobra. El teatro de Iturbide ha seguido concurridísimo, como cuando se abrió con la compañía de zarzuela Albisu. La Llorens, la Corro, Cresj y Poyo se han hecho aplaudir con entusiasmo en diferentes piezas, pero sobre todo en la *Conquista de Madrid,* que ha agradado muchísimo, y cuyo libreto es de Mariano Luis de Larra, con música del maestro Gaztambide.

La Llorens y la Corro nos mostraron unos trages moriscos espléndidos, particularmente la última, que tuvo que vestirse un trage de odalisca y uno de moro, que sorprendieron por su propiedad y por su belleza. Debemos decir que fueron hechos por la inteligente modista Coralia Devaux, una de las mas antiguas y acreditadas de México.

El barítono Cresj cada dia se hace admirar mas por sus poderosas facultades, y el tenor cómico Poyo es ya el favorito del público.

Pero hé aquí que llegan de la Habana el célebre maestro y compositor Gaztambide, con la señorita Zamacois, que es una artista notable, y con el tenor Pratz, uno de los primeros tenores de zarzuela que hay en España, y desde luego esta sociedad, que no parece cuidarse de otra cosa mas que de divertirse, se ha conmovido con semejante noticia.

Abrióse el primer abono en el gran teatro Nacional, y en el acto se tomaron todas las localidades, al grado de que ha habido por ellas disputas, empeños, celos y desaires. Todos los propietarios que tienen el derecho de preferencia absoluta desde que se construyó el teatro Nacional, reclamaron sus

palcos primeros, y poco ha faltado para que el presidente de la República se quedase sin uno solo de ellos. En cuanto á las lunetas, todos los jóvenes *fashionables* se han apresurado á tomarlas: en fin, ha habido una curiosidad y un entusiasmo que no habiamos visto sino en los tiempos en que Max Maretzek trajo en 1852 su famosa compañía de ópera, y en los que vino nuestra Angela Peralta.

La compañía de Gaztambide es hoy el grande asunto de la capital. Ni quien piense en las discusiones del Circo de Chiarini, ni quien hable de los bárbaros en Nuevo-Leon ó de los pronunciados en Sinaloa. Todos preguntan con interes:—¿Ha visto vd. á la Zamacois?—¿Conoce vd. á Gaztambide?—¿Es cierto que la Castro es encantadora?—¿Qué figura tiene Pratz?—¿Tiene vd. luneta?—¿Consiguió vd. palco? etc., etc.

Tales son las grandes preocupaciones de esta bulliciosa y novelera capital.

Es seguro que la concurrencia al gran teatro será numerosísima y escogida, y no es este el menor estímulo para atraer al público. Probablemente volverán los tiempos en que las hermosas damas de México rivalizaban en lujo y en buen gusto. Las modistas harán su agosto, y los bolsillos de maridos y papás van á sufrir tremendos asaltos. La miseria pública no mostrará su espantosa faz sino fuera del vestíbulo del teatro Nacional.

El maestro Gaztambide es un hombre alto, delgado, de rostro pálido, barba entrecana, aspecto serio y maneras distinguidas. La Zamacois es guapa, y hay una gran vivacidad en su fisonomía. Nuestro amigo Niceto, hermano suyo, es asediado por los curiosos, que le piden retratos de la distinguida artista. Hay impaciencia por verla, por oirla, y segun sabemos, el público será satisfecho el domingo próximo, es decir, mañana.

Como la orquesta de la ópera está contratada en Iturbide, la de Santa Cecilia tocará en el teatro Nacional.

Hé aquí, pues, que nuestro público va á tener mucho en que divertirse. Jamas sus instintos de novelería y de curiosidad han sido mas vivamente excitados.

Entretanto, nuestros muy amados actores del teatro Principal, á quienes una afluencia incesante de nuevas compañías viene persiguiendo desde Enero del año pasado, y que apenas han tenido unos pequeños períodos de respiro entre los reinados de Ossorio y de la Belaval, de Valero y de la Cairon, de Villalonga y de la Montañés, al ver llegar primero á la compañía de Albisu y despues á la de Gaztambide, han acabado por fastidiarse y se han marchado de México con direccion á Puebla. ¡Pobres de nuestros antiguos amigos! Ellos personifican el teatro dramático derrotado por la zarzuela. Hoy nada es agradable si no tiene su poco de música y de piruetas, su *zopimpa* y su *guaracha*. Calderon de la Barca y Alarcon temblarian, si viviesen, al ver esta mudanza que sufre el teatro español, y dirian que habia llegado la edad de plomo del arte; y tendrian razon, porque comenzando por las joyas y acabando por los sentimientos, todo es plomo en este siglo.

La compañía del Principal se ha dispersado: Mata, Morales, Padilla, la Cejudito, la Cañete y otros mas se han ido á Puebla; la García va á trabajar en el teatro de Hidalgo, teatro muy modesto de barrio, pero que quizás es mas útil; Concha Mendez se queda en México, *torre escogida de las palomas*, como diria Guillermo Prieto, y que ella no quiere abandonar.

A propósito de esta dispersion, ¿qué piensa hacer el dueño del teatro Principal mientras que está ausente esa compañía? ¿Nada?...... Pues nos parece que haria muy bien en reponer esa necrópolis, y en aderezarla y en vestirla al estilo del dia, para quitarle ese aspecto de abuela del tiempo de Iturrigaray. El teatro Principal tiene algunas buenas condiciones y es preciso aprovecharlas; pero tiene tambien un sinnúmero de ratas, de polilla, de arrugas, de *cáries* que es preciso hacer desaparecer. De otro modo, el viejo coliseo va á tener la suerte que tienen las bailarinas viejas.

Causa verdadero placer ver hoy cuán generalizado está el gusto por los espectáculos teatrales en toda la República. Ademas de las compañías de México, deben contarse las siguientes: la de *Bufos habaneros*, que trabaja en Veracruz, la de zarzuela Cadena que está en Orizava (próxima á disolverse), las dramáticas de Puebla, una de Toluca, otra de Morelia, la de ópera que trabaja en el teatro Degollado de Guadalajara, la dramática de la misma ciudad, la de Gonzalez y la Belaval, que está en Zacatecas, la de zarzuela de Villalonga, actualmente en San Luis Potosí, y otras de menor nombradía que no recordamos. Así pues, *el rey se divierte.*

La manía del suicidio, como el cólera, viaja. Hoy está en Colima; pero gracias á Dios que nos ha dejado tranquilos. Desde las últimas tragedias que referimos en una de nuestras crónicas, no ha vuelto á aparecer por acá.

Con motivo de lo que escribimos en uno de nuestros números pasados sobre el suicidio, la *Revista Universal* ha publicado un artículo, haciéndonos algunas observaciones, y aludiendo á nuestros principios políticos y á nuestros pobres servicios en favor de la causa liberal.

Nuestro apreciable colega, con una moderacion y con una delicadeza que mucho estimamos y le agradecemos, y con un estilo que revela desde luego á escritores caballerosos é ilustrados, trata de probarnos que tal vez, sin quererlo, favorecemos las tendencias al suicidio y hemos contribuido á crear esta situacion de indiferencia religiosa y de perversion de ideas morales.

Nosotros, que acostumbramos hacer poco caso de escritos en que se nos ataca pero que no valen la pena de ser refutados por su ninguna importancia, hoy que vemos que un periódico respetable por la consideracion personal que nos merecen sus redactores, por contrarias que puedan ser á las nuestras sus ideas políticas y literarias, hemos determinado contestar este artículo con la mesura y dignidad que la cuestion requiere y que la estimacion de nosotros mismos exige. Así pues, verá dentro de pocos dias la luz pública nuestra contestacion, en las mismas columnas de la *Revista Universal*, si sus redactores, como no lo dudamos de su bondad, lo permiten. Entonces se convencerán de que no merecemos su acusacion.

Dispuestos, como siempre, á alabar toda accion que redunde en beneficio de las clases menesterosas, no podemos menos de mencionar un hecho reciente y que será conocido con placer. Se trata de la inauguracion de un *hospital para niños pobres*, que se verificó el dia 3 del mes actual.

Este *hospital* está unido al de *Maternidad*, que de paso sea dicho, se halla en un estado floreciente. Faltaba una casa consagrada exclusivamente á recibir á los niños enfermos y desvalidos. Habia, es verdad, en algun hospital, una sala dedicada á ese objeto; pero no llenaba las condiciones de salubridad y de bienestar que eran de desearse.

Considerando esto, una persona se consagró á procurar el establecimiento de tan benéfico asilo. Obtuvo del Ayuntamiento la autorizacion correspondiente, y la suma de mil y quinientos pesos para la fundacion. Los recursos eran pequeños; pero trabajando con teson y procurándose auxilios de otras personas, logró por fin llevar á cabo su pensamiento, y el *hospital de Infancia* ha podido abrir sus puertas á los pequeños enfermos, el sábado último.

Nosotros asistimos á la inauguracion y examinamos el edificio. Todo está allí previsto y dispuesto con un afecto paternal. Las salas de los enfermos son hermosas, están bien ventiladas, y reunen todas las condiciones de salubridad. Las camas de los niños no solo son buenas, sino elegantes; la ropa de toda clase es magnífica, los alimentos excelentes. Los enfermos tienen tinas de todos tamaños para bañarse, y hemos tenido ocasion de ver una cama de resortes, inventada por el director del hospital, para levantar á los enfermos sin causarles molestia ni sufrimientos.

Hay un pequeño pero lindo jardin para distraccion de los niños, y el afecto de las personas que dirigen la casa ha cuidado hasta de procurarles juguetes con que se diviertan en las horas tristísimas de la enfermedad. En suma, el edificio no puede ser mas cómodo ni mas alegre, y no contribuirá eso poco á procurar el alivio de los pacientes.

Francamente, nosotros nos conmovimos al visitar este hospital, como nos conmovemos siempre que consideramos que se hace bien al pueblo infeliz.

El Ayuntamiento debe estar altamente satisfecho de haber fundado esta obra, y merece por ello la gratitud pública. Justo es que mencionemos el nombre de la persona empeñosa que ha concebido el proyecto y lo ha llevado á cabo con tanta constancia. Es el jóven doctor D. Ramon Pacheco, director del hospital de Maternidad, y hoy tambien del de Infancia, y tambien es justo que digamos que ha sido auxiliado eficazmente en tan loable tarea por la Sra. Doña Luciana A. de Baz.

No podemos ser mas imparciales al expresarnos así. Es un deber de justicia, y la hacemos completa. Otra vez hablaremos del hospital de Maternidad, fundado por el gobierno liberal, protegido con empeño por la princesa Carlota, esposa de Maximiliano, y aumentado hoy con salas espaciosas y mejorado notablemente en todo. Verdaderamente es grato echar una mirada en estos establecimientos de beneficencia.

Si seguimos así, no tendremos que envidiarle nada dentro de poco á Guadalajara.

Por último, debemos hacer mencion del sentido y hermoso discurso que en el acto de la inauguracion pronunció el apreciable jóven D. Luis Muñoz Ledo, miembro del Ayuntamiento, así como del que pronunció el Sr. Pacheco y que brilló por su modestia. Si el Sr. Gaztambide quiere procurarse en México la popularidad de que disfrutó el inolvidable D. José Valero, tendrá ocasion de lograrlo consagrando una de sus funciones á beneficio del hospital de Infancia. Es un consejo que le damos. Este pueblo sabe apreciar semejantes rasgos.

En cuanto á la empresa Albisu, ya ha cedido una de sus funciones, que no ha tenido lugar por dificultades independientes de su voluntad, que segun nos consta, no ha podido ser mejor.

Nuevas obras literarias han venido á aumentar el movimiento literario de México en estos últimos dias. Enrique de Olavarría ha concluido su hermosa novela *El Tálamo y la Horca*, y ha comenzado á publicar una nueva con el título de *Venganza y Remordimiento*, que como la anterior, brilla por su elegante estilo y por su ingeniosa trama.

Vicente Riva Palacio está publicando sus *Piratas del Golfo*, que tienen la misma y justa acogida que las anteriores.

José Rivera y Rio, siguiendo el consejo que le hemos dado en alguna parte, se decide á publicar una serie de novelas sociales, y ha comenzado con *El Hambre y el Oro*, que va indudablemente á aumentar su reputacion, y que ha sido muy bien recibida.

Próximamente se publicará una coleccion de poesías y artículos, que son obra de varios jóvenes, miembros de una Sociedad literaria que con el título de *Netzahualcoyotl* ha estado trabajando desde hace dos años. De esta Sociedad hablaremos mas tarde.

Hoy comenzamos á publicar la importante obra del Sr. Pimentel, tanto tiempo hace anunciada. Advertiremos á nuestros lectores que los retratos correspondientes se publicarán sin distincion, pero con órden; y como de la obra podrá hacerse un tomo separado, los suscritores irán colocando los retratos en su lugar oportuno.

Tenemos que dar aquí las gracias al corresponsal de *La Abeja montañesa* de Santander, por la bondadosa calificacion de nuestros trabajos y de nuestros humildes talentos. En el núm. 6 de ese periódico, correspondiente al 9 de Enero de este año, ha visto la luz pública una correspondencia en que se habla en términos muy lisonjeros de nuestros amigos Peredo, Sierra y de nosotros, al grado de que nos sentimos verdaderamente conmovidos por tamaña bondad. El corresponsal, que creemos es un distinguido escritor español, residente en México, nos ve al través del prisma de su noble afecto, y por eso le estamos mas agradecidos.

El Renacimiento se ha fundado ya. La acogida que el público le ha dispensado nos permite augurar que vivirá, y de este modo nuestros afanes están recompensados sobradamente. Los resultados de la suscricion de nuestro primer trimestre no pueden ser mas favorables, y nos alegramos por la literatura, pues este periódico, sin pretensiones de ninguna especie, sirve de palestra á la juventud estudiosa, á quien solo pueden dejar de alentar los envidiosos ó los ignorantes.

Ignacio M. Altamirano.

EL BUZO.

POESIA DE SCHILLER

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL ALEMAN.

A LA MUY APRECIABLE SEÑORA

Doña Casimira Pardo de Keith.

DEDICATORIA.

SONETO.

El viento manso en que el Señor camina
Mostrando su dulzura y poderío,
La popa halague del feliz navío
Que á la márgen del Elba te avecina.

De Hamburgo el cielo tu beldad divina
Guarde y tu noble garbo y señorío;
Y nunca, nunca del dolor sombrío
Sienta tu corazon la aguda espina.

De la paz en los blancos pabellones
Que cubren de tu esposo los hogares,
Goza alegre tus bellas ilusiones.

Y al oir de mi musa los cantares,
Del Alster en las plácidas regiones,
Vuelve los ojos á los patrios lares.

EL BUZO.

¿Qué caballero ó paje se aventura
A sumergirse en el profundo abismo?
Esta áurea copa arrojo: ved, la oscura
Boca se la ha tragado al punto mismo.
Quien del hondo la saque con empeño
Della será, si me la muestra, dueño.

Dice el rey, y la copa desde lo alto
Del peñon escabroso que pendiente
Se alza en el ancho mar de fondo falto,
Echa en Caríbdis, vórtice rugiente.
«¿Quién es, pregunta, quién el atrevido
Que descienda á ese mar embravecido?»

Los nobles y escuderos que le cercan
Le oyen y la habla en sus gargantas muere;
Mudos á ver el piélago se acercan,
Y ninguno ganar la copa quiere.
Y por la vez tercera «¿no hay persona
Que se atreva al profundo?» el rey pregona.

Reina el silencio aún, cuando valiente
Un apacible paje del medroso
Círculo de escuderos sale al frente:
Tira la capa y cinturon, garboso.
Y de hombres y mujeres las miradas
En el mozo gentil están clavadas.

Por la rápida roca va adelante
Y en lo hondo del abismo á ver alcanza
Las aguas que se sorbe y que al instante
Con bramido feroz Caríbdis lanza,
Y al estallido del lejano trueno
Cáen espumosas del oscuro seno.

Y se enturbia y se encrespa y hierve y muge,
Como el agua mezclada con el fuego,
Y ola tras ola en incesante empuje
Al cielo salta vaporosa luego,
Sin que agotarse ni rendirse quiera,
Cual si otro mar del mar se produjera.

Calma en tanto el poder de su bravura,
Y entre las blancas ondas, denegrida
Y amplia y sin fin se forma una hendidura
Cual si al infierno se encontrase unida,
Y las aguas hirvientes el camino
Raudas siguen del fiero torbellino.

Presto, antes que el mar rompa de retorno,
A los cielos el jóven se encomienda,
Y un grito de terror suena en contorno;
Trágase al nadador la boca horrenda,
Ciérrase misteriosa, y acontece
Que el audaz para siempre desparece.

Se aquieta el mar y su furor sofoca;
Mas con hueco bramar en lo hondo acude,
Y óyese con temblor de boca en boca:
«¡Oh magnánimo jóven, Dios te ayude!»
Y mas hueco y mas hueco se oye el ruido,
Y el pavor crece y el tardar temido.

Y si tú arrojas la corona de oro
Y dices: «quien me traiga la corona
Llévela como rey!,» tanto tesoro
Vieras que mi alma en premio no ambiciona:
Lo que el abismo bramador encierra
Ignora el mas dichoso de la tierra.

Bien cual barca que impele el torbellino
Se precipita en lo hondo de repente,
Mas rota, quilla y mástil de contino
Luchan encima de la mar potente.
Claro y mas claro, como el viento zumba,
Cerca y mas cerca el piélago retumba.

Y se enturbia y se encrespa y hierve y muge,
Como el agua mezclada con el fuego,
Y ola tras ola en incesante empuje
Al cielo se alza vaporosa luego,
Y del lejano trueno al estallido
Cáen rugientes del seno denegrido.

Y ¡ved! entre olas y tiniebla ruda
Se alza y cual blanco cisne un bulto asoma;
Brazo y espalda de marfil desnuda
Muestra, y boga veloz y fuerzas toma,
Y él es, y en alto con ardiente fibra
En su izquierda la copa alegre vibra.

Y respira y respira y cobra aliento,
Y saluda la luz que el cielo envia,
Y el concurso prorumpe en gran contento:
«¡Vive! ¡aquí está! ¡no el mar le retenia!
De la tumba, del antro de agua hirviente
Salvó la vida el nadador valiente.»

Y llega, en medio de festiva tropa,
A las plantas del rey; con faz risueña
De rodillas ofrécele la copa,
Y el rey á su hija hermosa hace la seña,
Quien llénala hasta el borde de brillante
Vino, y el mozo al rey dice al instante:

«¡Viva el rey! Tenga gozo indefinible
Quien respire la luz en este ambiente;
Estar bajo el abismo es cosa horrible.
A los dioses el hombre nunca tiente
Y no quiera jamas ver lo que ocultan,
Y en noche y en horror pios sepultan.

«Cual relámpago lánzome al profundo,
Y rápido entre piedras se desata
Torrente de olas contra mí iracundo;
Con furia el doble rio me arrebata,
Y cual peonza, en girar vertiginoso
Rodando voy y en vano luchar oso.

«Entonces Dios, á quien mi pecho invoca,
Muéstrame, en trance tan aciago y fuerte,
En el profundo erguida áspera roca,
La que así pronto, y salvo de la muerte;
Y en puntas de coral suspensa en lo hondo,
Ví allí la copa que iba al mar sin fondo.

«Simas de montes á mis piés habia
Y roja oscuridad, y aunque mi oido
Eternamente en aquel mar dormia,
El ojo abajo ve despavorido
Salamandras, lagartos y dragones
Moverse del infierno en las regiones.

«Hormiguean allí en espantosas
Y negras masas de tamaño enorme,
Calamares y rayas espinosas,
Y el cangrejo terrífico y deforme,
Y con feroces dientes me amenaza
Del mar la hiena, el tiburon que caza.

«Y suspendido con horror y miedo,
Lejos allí de bienhechora mano,
El único entre larvas solo quedo,
Y en tan triste desierto sufro en vano,
Y ceñido de monstruos y distante
De la voz de los hombres resonante.

«Trémulo en mí pensaba. Un monstruo en tanto
Cien brazos mueve á un tiempo y se encarama
A tragarme. Penétrame el espanto
Y suelto del coral la asida rama;
Furioso el torbellino entonces iba
Y por mi bien me coge y lanza arriba.»

Admirado el monarca le decia:
«Tuya es la copa, y lo será este anillo
Que esmalta piedra de sin par valía,
Si la empresa otra vez con tanto brillo
De bajar al profundo acometieres
Y noticia me das de lo que vieres.»

Su hija le oye y se entristece luego,
Y «basta, padre, basta, no promuevas,
Dice amorosa, tan horrible juego.
De su arrojo cual nadie te dió pruebas;
Si al fin insistes en que al mar se baje,
Vencer bien puede un caballero al paje.»

Entonces el monarca con presteza
La copa arroja al torbellino fiero:
«Si aquí la copa traes, en nobleza
Tú serás el mas grande caballero,
Y hoy mismo abrazarás como á tu esposa
A la que habla por tí tierna y piadosa.»

Y poder celestial su pecho anima,
Y en su faz del valor brillan los rayos,
Y el pudor blando á su beldad sublima,
Y pálida la mira y con desmayos:
Esto á ganar el premio mas le excita,
Y á triunfar ó morir se precipita.

Ya se oye resurgir la marejada,
Lo anuncia el trueno de las aguas hondas;
Fíjase en ellas ávida mirada,
Y vienen, vienen las revueltas ondas,
Y chocan y rebraman de alto abajo,
Y al apuesto doncel ninguna trajo.

José Sebastian Segura.

México, Abril 5 de 1869.

ESTUDIOS SOBRE LITERATURA.

ESTUDIO TERCERO.

Hemos observado que el lenguaje humano se caracteriza por la tendencia á la composicion que aparece en todos sus signos elementales, fenómeno que resulta de que, ademas de las sílabas absolutamente significativas, existen en cada palabra sílabas, ó por lo menos acentos, que se consagran á

determinar el modo del objeto significado; estas sílabas determinantes despiertan en la memoria del que oye la palabra complementaria, aun cuando el que habla no llegue á pronunciarla; y sucede á veces lo contrario, que por la modificacion suplimos el objeto modificado: esto se ve con admirable claridad en los verbos; *leo*, no solo significa la accion presente, sino mi persona y las letras que están ante mis ojos.

Tal operacion es natural, puesto que para concretar nuestras ideas, para realizar nuestras sensaciones, tenemos que apelar á los recuerdos, que completan indefectiblemente los escasos datos que nos suministra la palabra; de aquí nace lo que se llama el sentido figurado ó los tropos.

Nunca proferimos palabra sin dar á entender lo que decimos y lo que está en íntima relacion con lo expresado, produciendo así el lenguaje efectos caprichosos é inesperados; pero lo que importa á nuestro presente estudio es descubrir cómo se verifica esa operacion que nos compromete á fijarnos, por medio de una palabra, en las ideas omitidas, y, sobre todo, ¿por qué estas no han sido, en esos casos, terminantemente enunciadas?

No son los tropos un adorno, son una necesidad, un procedimiento involuntario. Una jóven escucha ciertos pasos; y no dice: *son tacones*, ó con mas propiedad, *es ruido;* se ruboriza y murmura: *¡es mi novio!* Un vendedor grita por la calle; unas gentes dicen: *es el cabecero;* otras: *son cabezas;* y no faltan personas, que acostumbradas á que ese hombre pase á cierta hora, exclamen: *son las diez de la mañana!* Ve un campesino una huella y dice: *es mi caballo, va á la fuente!* Escuchamos un bramido, y decimos: *es un toro*. Se descubre una torre conocida ó esperada, y *vemos* en nuestra imaginacion *la ciudad*. Por el mismo procedimiento es para nosotros una hermosa, ya flor, ya estrella.

Y no solo en el lenguaje comun no nos expresamos sino por medio de tropos; esta costumbre es de tal suerte imperiosa, que nos domina en el lenguaje científico, á pesar de que la educacion de las escuelas tiende á borrar el colorido de la palabra con el pretexto de una *propiedad ó exactitud* que no siempre alcanzamos. Los mas antiguos escritores españoles, llenos de metafísica, cuando no se expresaban en abstracto, buscaban la frase pedagógica que cuadraba á la severidad teológica, enemiga del placer y aun de la vida; sorprende cómo se puede llenar una obra hablando siempre en sentido propio. Ellos lo consiguieron; á pesar suyo, sin embargo, y arrastrados por el idioma, se deshacen á veces en sinecdoques y metonimias. El genio del lenguaje los dominaba, no hay ni duda, puesto que todas las frases que sobreviven á su época pertenecen siempre á la fecunda raza de los tropos. El mismo Diccionario nos dice: *Mesa de abad;* mesa suntuosa, espléndida. *Abajo el ministerio;* grito de desaprobacion. *Abrir los ojos;* adquirir experiencia. *Seguir las aguas de un buque;* navegar siguiendo su rumbo.

Creo, pues, que en esos escritores antiguos, que llamo primitivos porque en ellos comienza la literatura formal para la España, creo que en ellos fué la naturaleza, y no la intencion, causa de algunos tropos que aparecen, no como sobrepuestos, sino como entretejidos inapercibidamente en su lenguaje. No es probable que pensara en la retórica el autor del Centon Epistolario, cuando escribia: *Yo ruego á Nuestro Señor que cierre mis labios, é no como el Salmista que me los abra.* Aquí cerrar y abrir los labios están por callar y hablar. ......*dijo al Rey*, un bufon, *que mandase á los donceles que no le agujasen; que por Santiago que andaria á San Pablo con el rey de Navarra, é con el Infante.* Irse, en este caso, es pronunciarse. ......*mas por los ojos de las ovejas los vereis en esta mi epístola.* En esta frase ver es oir, y oir es ver.

Por esa poesía de la naturaleza, no me sorprende que el prosaico Juan de Mena, ó mas bien el didáctico, el técnico padre de las trovas castellanas, nos ofrezca en abundancia inesperada tropos no estudiados pero bellísimos, como los siguientes:

Aquel en quien *cabe* virtud y reinado.
Tú, Caliope, me sey favorable,
Convida mi lengua con algo que hable.
Yace en tinieblas *dormida* su fama,
Dañada de olvido........

.... su vestidura
Bien denotaba su gran señorío;
No le *ponia* su fausto mas brio,
Ni le *privaba* virtud hermosura.
Vencíase della su ropa en albura,
Huyendo, no huye la muerte el cobarde,
Que mas á los viles es siempre *allegada*.
Ofende con dichos crueles al *cielo*.

El esfuerzo navegando
Quen los tales casos resta,
Con el miedo batallando
A todos les iba dando
El silencio por respuesta.

Ejemplos suficientes tenemos para descubrir en qué consisten los tropos. Los grupos de sensaciones que nos ofrece la naturaleza, son en gran número constantes, y así como á la vista de un limon recordamos su acidez, y al ver la cola de un perro creemos contemplar al perro, y al escuchar una campana decimos que llaman á misa, del mismo modo recordamos, sentimos, lo ácido del limon sin verlo, con que alguna persona hable de esa fruta: así las orejas cortadas, entre los apaches representan tantos enemigos; y así el sonido de una campana puede significar, con solo mencionarlo, *llamaron á refectorio. Está alegre*, se dice del que está animado por la embriaguez; pero no se dirá está alegre si está llorando. *Veo una vela*, se dice en el mar por el vigía, y en efecto la ve. Si viera el casco de un buque, no diria *una vela.* Todo esto quiere decir que en los tropos se ven, se sienten dos cosas: la primera es la que está expresada por las palabras, y la segunda es la que completa el sentido de la frase. La persona que dice: *va pasando la retreta*, se explica en sentido propio; la que escuchando esas palabras interpreta que son las ocho de la noche,

convierte la noticia que recibe en un tropo; entonces puede expresar su pensamiento indiferentemente con estas frases: *son las ocho; pasa la retreta; pues pasa la retreta, son las ocho.*

Entre lo que se siente directamente y lo que se reproduce por la imaginacion ó por la memoria cuando parece espontánea, hay una conexion tan íntima, que en todos los tropos aunque los conjuntos solo indican el complemento, viene de un modo tan lógico, que basta provocarlo con una palabra para que todo el mundo lo adivine y lo exprese. Así en los tropos siguientes:

Está alegre, porque......
Echó el agua á un niño, porque......
Está con tanta boca abierta, porque......

Es seguro, repito, que en todos estos casos, aun los menos entendidos en lo que es sentido figurado, añadirán: *está borracho; lo bautizó; está admirado.* Estos últimos complementos pudieran marchar por sí solos, pero quitarian al lenguaje la accion y la vida. Pudiéramos decir tambien *está alegre porque está borracho;* pero seriamos cansados. Lo que pone la figura en accion nos es bastante para ser comprendidos.

Conocido es el resultado mas frecuente de los tropos, que consiste en cambiar la significacion de las palabras, apareciendo estas con dos sentidos propios, como *dulce, duro*, y tal vez no conservando sino la segunda acepcion, sobre todo cuando ella no es sino una aplicacion especial de la misma acepcion primitiva. Así, ya nosotros no decimos como Juan de Mena:

Mas bien acatada tu varia mudanza
por ley te gobiernas, magüer discrepante....
es la tu regla ser tú muy *enorme*....

Pero la observacion mas importante sobre esta materia consiste en que muchos verbos, y aun adverbios, y acaso los idiotismos, en fin, las palabras compuestas con una preprosicion constante y sin complemento, conservan la apariencia de haber nacido de tropo; por lo menos se explican por el análisis que se vale de los *complementos equivalentes.* Ejemplos: *tú asaltaste;* tú saltaste sobre ó hácia; esto es, tú tomaste la ciudad; tú saltas para tomar la ciudad. *Cooperar;* obrar con; así se entiende aun cuando no se expresen los otros con quienes se obra mancomunadamente. *Yo comercio en ropa;* yo vendo y compro; yo cambio á otros la mercancía que se llama ropa. *Yo me contradigo;* yo digo contra mí; es decir, dije antes lo contrario. *Tú te demudas;* tú te mudas de; tú mudas de color. *Aquel desunió á los casados de su vecindad;* igual á quitó lo *uno* á los casados; les privó de la unidad matrimonial; enajenó sus voluntades; acaso equivale á *enamoró á la esposa.* En *me indigno*, el análisis da, *no digno para mí; al ver esos atentados me indigno,* los tengo por no dignos. *No te entonas;* no te pones en tono. Si parapeto viene de para pecho, cuando digo *yo me parapeto* doy á entender que levanto una defensa para mi pecho. *Aquel entierra su dinero;* tierra en su dinero; esconde en la tierra su dinero. *Parásito;* pegado al trigo; la persona que se aproxima á los platos. *Nada, nadie*, por último, no han venido de nacido, nado, nato, sin haberse visto fecundizados en una figura retórica.

La palabra tiene una vida que le es propia; luego que aparece un elemento, una raiz, hay atraccion, asimilacion de otros elementos, y de aquí provienen las formas fijas. En seguida la palabra se apodera de los significados inmediatos, sea por contigüedad física, sea por casualidad, y con mas frecuencia por semejanza, y entonces trasforma su significacion extendiéndola ó restringiéndola, produciendo en cada siglo y en cada persona con el mismo diccionario fundamental, diverso lenguaje.

El hombre comienza á hablar haciendo uso de los tropos; todavía no sabe duplicar la radical de *mamá* y *papá*, y ya con la sílaba *ma* llama á las personas, se queja, avisa, pide, y expresa su contento. ¿En qué consiste, pues, que cuando nos ponemos á hablar y escribir con pretensiones literarias, mientras mas buscamos los tropos menos damos con ellos? ¿por qué el sentido propio ahuyenta al figurado? Varias causas producen este fenómeno: en primer lugar, los idiomas fijan muy pronto su tecnicismo sobre todos los ramos de los conocimientos humanos; en seguida, cuando escribimos ó hablamos con cierta solemnidad, reprimimos nuestras pasiones, representamos un papel convenido, y nos servimos friamente del lenguaje dedicado á la enseñanza. Si en esa situacion pretendemos emplear los tropos, á falta de los que nos niega la naturaleza encadenada, los buscamos en la imitacion, y hacemos mas notable nuestra pobreza con los adornos de la estravagancia. Entonces tendremos la temeridad de decir, *reina la media noche*, reinado que autorizará otros, como el de la una de la mañana menos cuatro minutos. De esto nos ocuparemos en la patología literaria.

IGNACIO RAMIREZ.

EN LA TUMBA

DEL DISTINGUIDO POETA
GUANAJUATENSE

DON JUAN VALLE.

ELEGIA.

Del valle silencioso
Mansion de los amores,
Do en plácida quietud rodó tu cuna,
A verte vengo al asomar la luna,
Trovador de las fuentes y las flores.
Escucha cariñoso
Las tiernas armonías
Que en otro tiempo con placer oiste;
Tal vez te arrullen con mi canto triste
Dulces recuerdos de pasados dias.

De aquellas majestosas
Montañas escarpadas
A estos valles me arrastra mi destino,
Como arrastra el airado torbellino
A las pálidas flores deshojadas.
Yo hablé con las hermosas
Que tu esperanza fueron;
Yo allí tu nombre murmuré pasando,
Y en las grutas los ecos suspirando,
Mi angustiosa querella repitieron.

Yo soy el que al abrigo
De la amistad sincera,
Llorando junto á tí te dió consuelo;
Y he visto triste en tu nublado cielo
Morir la luz de tu ilusion postrera.
Yo recorrí contigo
Las rústicas cabañas,
Estrechando tu mano con mi mano;
Yo soy tu amigo fiel, yo soy tu hermano;
Yo soy el trovador de tus montañas....

No me oyes ¡ay! mi canto
En vano aquí resuena;
Lanzo en vano suspiro querelloso,
Que un eterno silencio pavoroso
De espanto y de dolor el alma llena:
Tu rostro está sin llanto,
Tu corazon inerte;
Y aspirando narcótico beleño,
Inmóbil duermes el eterno sueño
En el triste regazo de la muerte.

Ya nunca tus cantares
En nuestro bosque umbrío
Alegres sonarán como sonaban,
Cuando un tiempo feliz me despertaban
En las tibias mañanas del estío.
Ya nunca mis pesares
Mitigará tu acento;
Que entre cipreses fúnebres tu lira,
Solo en la noche lánguida suspira
Al rumor melancólico del viento.

Tu ausencia pesaroso,
En trova lastimera
Lloro en tu tumba ¡oh bardo! y mi destino,
Porque tú, venturoso peregrino,
Llegaste al fin á la feliz ribera.
Dichoso tú, dichoso,
Que al elevar tu vuelo,
Lejanas á tus piés miras las nubes,
Y escuchas la cancion de los querubes,
Y abres tus ojos á la luz del cielo.

Dejaste de la tierra
La triste noche oscura,
Las deshojadas flores, la esperanza,
Anhelo inútil que jamas se alcanza
Y es gérmen del dolor y la amargura.
Dejaste aquí la guerra
Que el corazon nos hiere;
Las tormentas que rápidas se agitan,
Por las flores que nunca se marchitan,
Por el radiante sol que nunca muere.

La sombra que á tus ojos
Fatídica envolvia,
Por la muerte se mira disipada,
Y hoy contemplas con ávida mirada
La patria de la paz y la alegría.
En tanto yo entre abrojos
Que honda ansiedad me inspiran,
Voy cruzando el desierto tristemente,
Sin hallar una palma ni una fuente....
¡Ay! infelices los que aquí suspiran!

Si la calumnia impura
Vuelve á ultrajar tu nombre;
Si no hallas ni una flor ni una plegaria,
¿Qué te importa en la tumba solitaria?
¿Qué importa aquí la ingratitud del hombre?
Dará á la edad futura
La patria tu memoria,
Pues ella te ama porque fué tu amada,
Y hoy alumbra su frente ensangrentada
El espléndido rayo de tu gloria.

Reposa en paz tranquilo,
Que si en mis ansias locas
Volviere alguna vez de tus verjeles,
Las hojas te daré de sus laureles
Y las agrestes flores de sus rocas.
De este piadoso asilo
Donde tu sombra vaga,
Conmovido me alejo tristemente,
Que la luna se acerca al Occidente
Y su luz melancólica se apaga.

Voy á mirar amante
Nuestros risueños prados:
Adios, por siempre adios, y en paz reposa:
Yo besaré la tumba silenciosa
Donde duermen tus padres olvidados.
Y atravesando errante
Las fértiles campañas,
Cuando canten los tiernos ruiseñores,
Yo entonaré, llorando entre las flores,
Los himnos de tu amor en tus montañas.

José Rosas.

Panteon de Belen.—Guadalajara, Octubre 25 de 1865.

UNA PASION ITALIANA.

(CONTINÚA.)

En medio del aposento estaba tendido el cadáver de su hermano, todo cubierto de sangre. Paoni se detuvo en el dintel, aterrado, trémulo, con los cabellos erizados. Pasado el primer momento de estupor, se lanzó en el interior de la casa é hizo resonar por todos sus ángulos el nombre de Marietta. Mas en vano; Marietta no contestó. ¿Qué habia pasado durante su ausencia? Los bandidos atacaron uno de los extremos del pueblo, con objeto únicamente de llamar la atencion de sus habitantes sobre el punto atacado, y que pudiera mientras tanto Spiridione asaltar la casa de Paoni y verificar el rapto de Marietta. Así sucedió en efecto, y el hermano de Paoni solo consiguió encontrar la

muerte, al querer impedir la audaz tentativa de Spiridione. En vano Paoni trató de saber lo que habia sido de Marietta, ni quién habia muerto á su hermano. Supuso, como todos los otros habitantes del pueblo, que aquello seria obra de los bandidos; mas no pudo conocer los detalles del drama. Con todo, no desmayó por eso, y desde ese dia todo su anhelo fué saber el paradero de Marietta y vengar la muerte de su hermano. Ese deseo era lo único que, por decirlo así, le hacia vivir.

Pasaron algunos meses, y cuando Paoni desesperaba de ver satisfechos sus deseos, un dia estaba sentado en el umbral de su puerta, hácia el anochecer, con la cabeza reclinada sobre las manos, cuando de pronto un sollozo sofocado le hizo levantarla. Miró delante de sí y creyó que soñaba. Marietta estaba allí sollozando, con el rostro cubierto con su delantal. La hizo entrar á la casa, y le dirigió mil preguntas. Por lo pronto solo contestó Marietta con su llanto. Mas al fin pudo comprender Paoni que Spiridione, por venganza, habia hecho que Marietta sirviese de juguete á toda su banda, y la habia obligado á seguir á esta por doquiera, tratándola cual si fuera una esclava. En esos dias habia vuelto á su antigua guarida, y Marietta, viéndose tan cerca de su pueblo, habia proyectado fugarse, y logró conseguirlo. Paoni se informó minuciosamente del lugar en que estaban acampados los bandidos, y saliendo en seguida de su casa, corrió á reunir á todos sus amigos del pueblo, es decir, á todos sus habitantes, pues Paoni era universalmente querido. Ni uno solo de ellos se negó á seguirle, y al frente de una numerosa tropa salió en direccion de la montaña, con objeto de sorprender á los bandidos. En efecto, hácia la madrugada llegó á su campamento é hizo romper el fuego. Los bandidos, sorprendidos y sin siquiera conocer los puntos por donde eran atacados, pues Paoni habia dividido su tropa en varias secciones, fueron derrotados prontamente, á pesar de su desesperada defensa, y sucumbieron todos, con excepcion de Spiridione y dos de sus compañeros. Paoni estaba desesperado, no solo por la fuga de Spiridione, sino por la de sus dos compañeros, pues hubiera querido vengarse hasta en el último miembro de la banda. Mas forzoso le fué resignarse y volver al pueblo. De regreso á este, se dirigió á su casa, donde le esperaba Marietta llena de inquietud, tanto por el resultado del combate cuanto por no saber lo que Paoni decidiria sobre ella. Pero mal hacia en inquietarse por lo segundo, pues Paoni todo lo que la dijo fué: «Has sido desgraciada y no culpable. Tratemos, pues, ambos de olvidar nuestra desgracia;» y jamas la volvió á hablar del pasado.

Seis meses habian trascurrido despues de los acontecimientos que he relatado, y ya Paoni habia tal vez comenzado á olvidar el pasado, cuando un dia, al volver á su casa, encontró á Marietta espirante, con un puñal clavado en el pecho. En el mango del puñal estaba grabado: SPIRIDIONE. Paoni arrancó el puñal del seno de su esposa, y juró sobre el cadáver de esta la *vendetta*. Desde ese dia se dedicó á seguir las huellas de Spiridione, y mas de una vez creyó tenerle en su poder; mas el bandido burlaba todos sus planes con una astucia infernal, y siempre conseguia escaparse de sus manos. Una vez que Paoni habia perdidolas huellas del bandido, recibió de pronto la noticia de que Spiridione y uno de sus compañeros habian pedido ser indultadospor sus crímenes, y que habiéndolo conseguido, se habian presentado á las autoridades de la isla de Ajaccio. En efecto, desesperando de capturar al célebre bandido, habian preferido indultarle, y que residiera en Ajaccio bajo la vigilancia de la policía, á que siguiera merodeando y cometiendo sus depredaciones. Pronto comprendieron que habian obrado prudentemente, porque otros muchos bandidos, siguiendo el ejemplo de Spiridione, pidieron tambien acogerse á indulto. Al saber esto Paoni se puso en marcha para Ajaccio, y alojándose cerca de la hostería en que vivian los dos bandidos, se puso á espiar la ocasion de llevar á cabo su *vendetta*. Pronto lo consiguió. Spiridione se enfermó y no pudo salir de su cuarto. Su compañero fué, pues, solo á la taberna, adonde acostumbraban concurrir todas las noches los dos bandidos. Paoni, informado de esta circunstancia, le esperó á corta distancia de la hostería y le dió muerte. Poniéndose en seguida los vestidos del bandido, que era de su misma estatura poco mas ó menos, penetró en la hostería y se dirigió al cuarto de Spiridione. Este estaba acostado, y al oirle entrar, creyendo que era su compañero, ni siquiera se movió. Paoni se acercó lentamente á su lecho y le llamó por su nombre. Al escuchar aquella voz tan conocida para él, Spiridione se enderezó sobresaltado y vió ante él á Paoni, armado con el puñal que habia arrancado del seno de Marietta. Spiridione se lanzó del lecho empuñando una daga, que por precaucion tenia siempre bajo su almohada, y se trabó una horrible lucha. Al ruido de esta, las gentes de la hostería corrieron al cuarto de Spiridione; mas Paoni habia cerrado la puerta por dentro y tuvieron que echarla abajo. Cuando penetraron en el aposento, Spiridione estaba tendido en medio de él, con su propio puñal clavado en el corazon, y Paoni de pié, cubierto de su propia sangre y de la del bandido, le contemplaba con una terrible expresion de odio satisfecho. Paoni fué entregado á la justicia.

Aunque Paoni se atrajo las simpatías hasta de los mismos jueces, fué juzgado con la mayor severidad, pues las autoridades temieron que la muerte de Spiridione hiciera arrepentirse de su propósito á los otros bandidos que habian pedido ser indultados. Paoni fué, pues, condenado á muerte, y su ejecucion estaba señalada precisamente para el dia siguiente del que yo habia fijado para salir de Ajaccio. No faltó quien me instara á que demorase mi partida para que pudiera ver consumarse el drama que os he referido; mas como comprendereis, no

me sedujo mucho la proposicion. La víspera de mi viaje estaba acabando de hacer mis últimos preparativos como á las doce de la noche, porque el buque en que yo partia debia darse á la vela al amanecer, y habia convenido con el capitan en que antes de las cuatro de la mañana habia de esperarme un bote en el puerto para conducirme á bordo. Estaba yo bastante contrariado porque mi ayuda de cámara, que me acompañaba siempre en mis viajes, habia salido con no sé qué pretexto y no habia vuelto á entrar.

Al fin llegó acompañado de otro hombre, que permaneció en el dintel de la puerta, y me dijo que se habia enfermado repentinamente, y que no pudiendo ya marchar conmigo, venia á presentarme un amigo suyo para que le reemplazara mientras se restablecia é iba á reunirse conmigo al punto que yo le designara. Mi criado era un hombre que me servia hacia ya largo tiempo y que me habia acompañado en todos mis viajes sin darme jamas el menor motivo de queja; mas se turbó de tal manera al hacerme esa explicacion, que me pareció algo sospechosa su enfermedad, y haciendo entrar al hombre que habia permanecido en la puerta, le sometí á un verdadero interrogatorio, al que contestó con visible repugnancia. Mis sospechas se aumentaron, y declaré á mi criado que si no partia conmigo partiria solo, pero que no podia admitir á mi servicio á su compañero. Este, al oir tal declaracion, quedó un momento como abatido; mas en seguida, levantando la cabeza, me dijo con voz resuelta:—Voy á deciros la verdad. No soy lo que parezco; soy Paoni, el condenado á muerte.

ROBERTO A. ESTEVA.

(Continuará.)

¿LA CONOCEIS?

Á LILIA.

Son dorados sus cabellos
Y sus labios de coral;
Y su boca ramillete
De rosas y de azahar.

Como la noche sus ojos
Son negros, y brillan mas
Que las fúlgidas estrellas
Que adornando el cielo están.

Es blanca como azucena
Su melancólica faz;
Y su melodioso acento
Celos al zenzontle da.

Su talle es gracioso y lindo,
Y de un ángel en su andar;
Y su pié pequeño y breve
Da envidia al aura fugaz.

Es puro como de un niño
Su corazon virginal;
¿La conoceis?—Ella tiene
En mi corazon su altar.

GONZALO A. ESTEVA.

Á LA SEÑORITA SUSANA X***

EN SUS DIAS.

Cándido lirio en su primer mañana,
Nevado cisne de rizadas plumas,
Tórtola blanca de amoroso arrullo,
Hija de Vénus.

Brilla la aurora en que el autor del dia
Un mayo añade á tus risueños mayos,
Hoy que de Flora las amantes hijas,
Mece favonio.

El dulce néctar de tu dulce risa
Beban las Gracias que tu lecho velan;
Te cante Apolo, y de Helicon las rosas
Orlen tu frente.

Vénus ornó con ceñidor gracioso
El talle leve de tu cuerpo lindo,
Y Amor risueño remeció tu cuna,
Célica vírgen.

El puro aljófar que la aurora llueve
Miro brotar de tus divinos ojos
Cuando al que sufre y desvalido pena,
Blanda socorres.

Almo decoro en tu marmórea frente
Brilla radiante, y de tus labios rojos
Vuela olorosa, perfumando el éter,
Púdica risa.

Sales al campo y las lozanas flores
Tiernas se mecen derramando aroma;
Suenan las auras, y el dormido lago
Riza sus ondas.

Sílfides, hadas y nereidas puras
Dulces te llaman de los cielos hija,
Y si la Grecia en su esplendor brillara
Fueras su diosa.

Bella Susana de mi patria orgullo,
Tierna recibe mis rendidos versos,
Que son del triste corazon las flores,
Flores del alma.

Y entre los rizos que tu frente adornan
Una coloque tu preciosa mano,
O prisionera en tu divino seno
Muera de amores.

Vive feliz: y que propicio el cielo
Colme de goces tu inocente vida;
Mas en los mares del olvido, nunca
Floten mis versos.

RICARDO ITUARTE.

REVISTA TEATRAL.

Presenciando estamos, lector amigo, una terrible crísis, cuyo término probable aun no puede señalarse con certeza. La compañía de Albisu, empujada á nuestras playas por la insurreccion de Cuba,

habia sentado ya sus reales en el teatro Iturbide, acogida por los entusiastas, á la par que justos aplausos del alborozado público; y tranquila, y satisfecha, desarrollaba en paz todos sus elementos para llenar cumplidamente su placentera mision. La expedicionaria tropa no habia hecho, sin embargo, lo que en términos guerreros se llama un mero paseo militar, ni sus laureles estaban incruentos, ni dejó de levantar sobre ruinas el obelisco de su triunfo. Ya en el camino habia arrollado á una guerrilla (la compañía Costa), y cuando se posesionó de la capital, pudo presenciar las últimas boqueadas de la compañía del Principal, atacada de inanicion desde que el telégrafo anunció el próximo desembarco de las fuerzas enemigas. El coliseo contemporáneo de los vireyes cerró sin estrépito sus puertas, por las que ya no entraba sino el viento colado, protector de las pulmonías; dispersáronse por distintos rumbos nuestros amigos los actores: Anita Cejudo, Morales y Mata huyeron á Puebla, Sanchez Ossório á Toluca, Manuel Ossorio puso el mar de por medio, y los demas permanecen aún entre nosotros dedicados al *far niente*, aunque no del género *dolce*, y sin saber qué otra cosa hacer ademas de fastidiarse. Albisu vencia; y al plantar su estandarte victorioso ante el cadáver aún caliente del difunto teatro cuyos ecos repetian íntegras las *Pesquisas de Patricio*, el transeunte filósofo, de pié en los umbrales de la peluquería de Covarrubias, entonaba á media voz la oda de Rioja á las ruinas de Itálica. Corramos un velo ante tamaña desolacion.

Rejuvenecíase en tanto el teatro Iturbide; por aquí se remendaba un guarda-polvo, por allá se refaccionaba de patas y brazos á una luneta; quién rehenchia de zacate la descolorida piel de un cojin, quién daba un alegron á los árboles de la *selva corta*, y Moro tenia que multiplicarse en la contaduría para el despacho de billetes. Poco despues desplegaba la Llorens su talento, sus encantos la Corro, su admirable voz Cresj, sus gracias Poyo. Todo presagiaba una era de tranquila prosperidad; la Fortuna misma parecia haber tomado su abono en palco primero para toda la temporada.

Pero ¡ay! que el destino sañudo, envidioso de tanta felicidad, ó vengador de los consumados daños, tomó vela en el entierro, intervino á la manera del tercer Napoleon, y derramó cuartillo y medio de vinagre en aquellos manantiales de leche y miel, que acababan de brotar en la chata esquina del Factor y la Canoa. Es el caso, que por el rumbo del Oriente comenzaron á llegar siniestros rumores que se mezclaban desacordadamente á las melodías del *Relámpago* y del *Juramento;* el alambre telegráfico trasmitia alarmantes avisos; preparábase un grave acontecimiento, sobrevenia un terrible conflicto. Por fin, cumplidos los tiempos, cayó en medio de los turbados ánimos, como un rayo, la espantosa noticia: *¡llegó Gaztambide! ¡Annibal ad portas!*

Solemnes son los momentos, lector amigo; estamos en vísperas de la gran batalla, á la que asistiremos tú y yo con ánimo neutral, y colocados sin riesgo en el cómodo sitio que para tí cuidé de reservar.

Apréstanse ya los contendientes para el reñido combate. En el campamento de Albisu, el maestro Ureña arenga á sus soldados; excítales el entusiasmo con la memoria de sus gloriosos hechos; les recuerda cómo noches pasadas salió perfecta la zarzuela *Jugar con fuego*, sin ensayo, leyendo la orquesta á primera vista en papeles incorrectos, sin partitura para dirigir, sin parte para apuntar; cómo los coros saben hacer de sus poderosas voces una voz sola; cómo los artistas han alcanzado legítimos triunfos en el *Sargento Federico*, en la *Conquista de Madrid*, en el *Secreto de una dama* y en el *Jóven Telémaco;* recuérdales, finalmente, la justa nombradía del maestro Gaztambide, ante quien es preciso dejar bien puesto el honor del pabellon.

Por su parte Moreno, el general en gefe, toma diversas medidas estratégicas, una de las cuales es la *iniciativa*, poniendo en escena cada obra antes que lo haga su adversario; refuerza sus filas haciendo venir del Interior al aplaudido actor Ruiz, y acaso á algunos otros; dispone trabajo siempre nuevo y siempre bueno; da la órden general de no pararse en gastos; y despues de pasar revista á sus tropas, debe seguramente de quedar satisfecho, cuando á los desertores del público no les dice *adios*, sino *hasta luego*.

En el campamento de Gaztambide reina tambien la confianza en el buen éxito, fundada en la sólida reputacion del maestro y de los artistas; el público no tiene ya mas que hacer sino confirmar con su aplauso la fama de que vienen precedidos; por eso acude en tropel á llenar el espacioso salon del teatro Nacional, en cuyo palco escénico le aguardan verdaderas notabilidades, al decir de quienes mas saben, que son los periódicos nacionales y extranjeros. La Compañía de Gaztambide ofrece ademas un placer completo, mas completo que el que ofrece Albisu, mas aún que el que ofreceria Biacchi; porque si éste solo puede prometer óperas en italiano, y aquel solo zarzuelas, la compañía del maestro español promete zarzuelas como Albisu, óperas en italiano como Biacchi, y ademas, óperas en español: inverosímil parece que tan seductoras promesas no sean secundadas por el mas brillante éxito.

Inevitable es ya el combate; paréceme escuchar el *arma, arma, guerra, guerra*, de las comedias antiguas. Hagamos tú y yo, lector amigo, fervientes votos por el triunfo de la buena causa, que para nosotros cualquiera de las dos lo es.

Tal vez á la hora en que esto leas, ya se han roto las hostilidades. ¡Dios tenga piedad de sus almas! *Væ victis!* ¡Sálvese el que pueda!

M. Peredo.

Abril 7 de 1869.

ACUÑACION EN MÉXICO.

(CONTINUA)

XXI. De cobre. Anverso: la efigie de la Libertad, sentada, y teniendo en la mano derecha sobre una vara, el gorro frigio; por leyenda, UN OCTAVO. Reverso: un arco y un carcax formando aspa, y sobre ella un pendon desplegado; al rededor, ESTADO LIBRE DE JALISCO, 1857.

La casa de moneda de Guadalajara acuñó cobre de 1857 á 1862, por valor de 118,656 62 pesos.

XXII. De cobre. Anverso: igual en todo á los octavos de México, con la leyenda E. CHIH. LIBERTAD. Reverso: una corona cívica, y en el interior $\frac{1}{4}$ DE REAL, 1860. El tipo es el mismo hasta 1865.

XXIII. De laton. Anverso: las armas mexicanas como en las monedas de plata, con la leyenda al rededor, EST. LIBRE DE GUANAJUATO. 1857.—CUARTILLA. Reverso: un óvalo central, dentro del cual se ven dos manos, la una empuñando una cuña de minero y la otra un martillo en actitud de golpear; en la parte superior el gorro frigio rodeado de una ráfaga, y en la parte inferior la leyenda OMNIA VINCIT LABOR: dos ramas de laurel encierran este emblema. Se encuentran tambien con la fecha 1856.

XXIV. De laton. Piezas mas pequeñas que las anteriores é idénticas con ellas: se diferencian en el valor, que en estas dice OCTAVO.

XXV. Una moneda de Sonora que parece ser particular y aun provisional, lo cual no impide que corra en el comercio. De laton. Anverso: las armas nacionales con la leyenda REPUBLICA MEXICANA, y en la parte inferior SONORA. Reverso: leyenda circular diciendo: MAQUINARIA DE LOS ANGELES, y en el interior, de letra cursiva, *M. Iñigo. 1. R.*

XXVI. De laton. Monedas pequeñas, iguales en todo á las anteriores, menos en el valor estimativo, que dice $\frac{1}{4}$.

Se me escapan á sabiendas algunas monedas que no he podido tener á la vista para mencionarlas. De las piezas que actualmente corren en el comercio, deben desaparecer dentro de poco el *real*, el *medio*, el cuarto ó *cuartilla*, y el *tlaco* ú *octavo*, supuesto que están mandados sustituir por los décimos y vigésimos de plata y los centavos de cobre. De las piezas de oro están suprimidas todas, y aparecerán con nuevos valores y diversas subdivisiones.

La ley de 27 de Noviembre de 1867 manda:

Art. 1º La unidad monetaria de la República Mexicana será, como hasta aquí, el peso de plata, con la misma ley y el mismo peso que tiene actualmente.

Art. 2º El peso de plata se dividirá en dos piezas de 50 centavos, cuatro de 25 centavos, diez de 10 centavos, y veinte de 5 centavos. La pieza de un centavo será de cobre ó de una liga particular, e cuya formacion predomine aquel metal.

Art. 3º Las monedas de oro serán piezas de 2 pesos, de 10 pesos, de 5 pesos, de 2 pesos 50 cen tavos y de 1 peso.

Art. 4º La ley de todas las monedas de pla será de 902,$^{mls.}$777 milésimos (10 dineros 20 gra nos), y la de todas las monedas de oro, 875 milé simos (21 quilates).

Art. 5º El peso de plata pesará 27 gramos, 7 milígramos; el de la pieza de 50 centavos, 13 gra mos, 536 milígramos; el de la pieza de 25 centavo 6 gramos, 768 milígramos; el de la pieza de 1 centavos, 2 gramos, 707 milígramos; el de la pie de 5 centavos, 1 gramo, 353 milígramos. El peso d la pieza de oro de 20 pesos, será de 33 gramo 841 milígramos; el de la pieza de 10 pesos, 16 gr mos, 920 milígramos; el de la pieza de 5 pesos, gramos, 460 mliígramos; el de las piezas de 2 peso 50 centavos, 4 gramos, 230 milígramos, y el de l pieza de un peso, 1 gramo, 692 milígramos. La pie de un centavo pesará 8 gramos.

Art. 6º El diámetro del peso de plata tendr 37 milímetros; el de la pieza de 50 centavos, 3 milímetros; el de la pieza de 25 centavos, 25 mil metros; el de la pieza de 10 centavos, 17 milím tros; el de la pieza de 5 centavos, 14 milímetro El diámetro de las monedas de oro se ajustará las dimensiones siguientes: pieza de 20 pesos, 3 milímetros; pieza de 10 pesos, 27 milímetros; pie de 5 pesos, 22 milímetros; pieza de 2 pesos 50 ce tavos, 18 milímetros; pieza de 1 peso, 15 milím tros. La pieza de un centavo tendrá 25 milímetr de diámetro, siendo de cobre, ó 20 milímetros fuere una liga especial.

Art. 7º Cada pieza de moneda llevará expres do con toda claridad su respectivo valor, las inici les del nombre del ensayador del gobierno, el lug y año de su fabricacion, debiendo ademas marcar la ley en las de plata y oro.

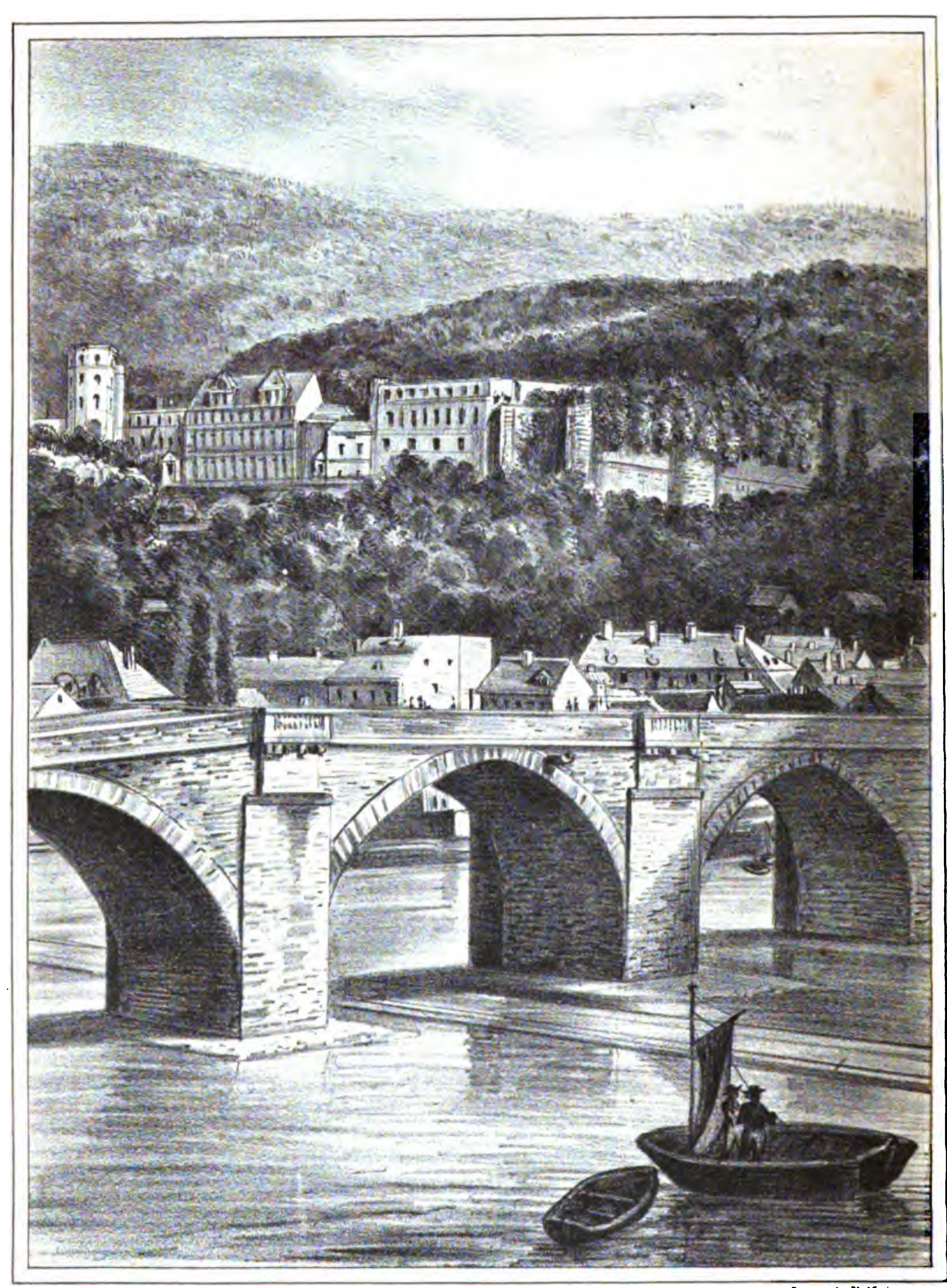
IV

Las cantidades acuñadas por las casas de mon da, en los once años corridos de 1857 á 186 son estas:

Culiacan	9.650,935
Chihuahua	6.454,752
Durango	7.153,735
Guadalajara	4.537,615
Guanajuato	54.307,100
México	45.210,374
Oajaca	1.612,527
S. Luis Potosí	15.397,701
Zacatecas	46.782,456

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(*Continuará.*)



Litog. de H. Yriarte

Vista de Heidelberg.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

(Alemania.)

LA CIUDAD Y EL CASTILLO DE HEIDELBERG.

I.

Existe en el centro de la Europa un pueblo llamado á un grandioso porvenir, y que en el pasado ha desempeñado ya una mision considerable en el mundo civilizado. A él se debe la invencion de la imprenta, de la pólvora, y en nuestros dias la del fusil de aguja, que con la victoria de Sadowa ha dado el primer paso en la unificacion de ese pueblo; queremos hablar de la Alemania.

La comarca de Europa por donde se extiende es una de las mas fértiles y pobladas del universo, como sus habitantes los mas industriosos y perseverantes.

Hay una parte sobre todo, solo comparable por su belleza física á los mas hermosos paisajes de México, y que encierra un tesoro de recuerdos en sus montañas, sus valles, sus góticos castillos y sus antiguas ciudades; es la Alemania del Rhin. En ella ha colocado la fantasía mil leyendas interesantes y poéticas. Cada ciudad, castillo ó montaña, y hasta las rocas, como la de Loreley, guardan su leyenda pagana ó cristiana.

Recorriendo el Rhin y sus orillas llegué á Heidelberg el 18 de Setiembre de 186......

Una luna hermosísima alumbraba la ciudad y el castillo, y aunque estaba ya avanzado el otoño, aun se respiraba con délicia un ambiente primaveral.

Recordé algunas de nuestras hermosas noches tropicales, y suspiré al recuerdo de la patria ausente, pues con la distancia se aumenta ese amor, tan puro y santo como el de la familia.

Fatigado con haber estado todo el dia metido y andando en un *wagon* del camino de fierro, me retiré á la cama tan luego como tomé un refrigerio en el hotel, en que paramos mis dos compañeros de viaje y yo.

Al dia siguiente temprano me levanté y me puse á recorrer la ciudad.

Heidelberg está situada á la entrada del valle del Neckar y á orillas de este rio; cuenta diez y seis mil habitantes, de los cuales mas de la mitad son protestantes.

Los primeros fundadores de Heidelberg fueron unos pastores; despues los romanos establecieron en ella un puesto fortificado, y mas tarde fué el campamento de una tribu guerrera del Norte.

En 1228, el conde Oton de Wittelbach hizo de ella su capital, y desde 1253 lo fué del Palatinado.

Bajo Luis XIV, los franceses la tomaron por asalto y la destruyeron de órden de Louvois.

De sus edificios antiguos solo conserva una casa situada en la Plaza del Mercado, construida por un calvinista frances refugiado. El estilo de esa casa es del Renacimiento, y hoy es el «Hotel del caballero Saint-Georges.»

Víctor Hugo, en su magnífica y singular fraseología, ha hecho una pomposa descripcion de ella.

Los otros edificios notables son la iglesia del Espíritu Santo, que encierra las tumbas de muchos príncipes, destruidas en parte por los franceses, y donde católicos y protestantes celebran su culto bajo el mismo techo. La iglesia de San Pedro, á cuyas puertas Gerónimo de Praga, el amigo y discípulo de Juan Huss, fijó las tésis que sostuvo con su palabra delante de una gran multitud, en el vecino cementerio. La Universidad, la célebre *Ruperta-Carolina*, de reputacion universal, fundada en 1386, y cuya biblioteca contiene 150,000 volúmenes, 50,000 disertaciones y 1,800 manuscritos. Los bávaros, que tomaron y saquearon á Heidelberg en 1620, regalaron los libros y manuscritos al Papa Gregorio XV, quien los colocó en el Vaticano con el nombre de *Biblioteca Palatina;* pero Pio VII la devolvió á Heidelberg en 1815.

Entre las curiosidades bibliográficas que posee la Universidad, se cuenta una antología griega, del siglo XI, manuscritos de Tucídides y Plutarco de los siglos X y XI, la traduccion de Isaías de la mano de Lutero, su exhortacion contra los turcos; una edicion del Catecismo, anotada por él, y el libro de oraciones de la electriz Isabel, con miniaturas, por Dentzel de Ulm (1499).

La Universidad posee tambien un jardin botánico, un museo zoológico, una coleccion de anatomía, una mineralógica con mas de 15,000 ejemplares, un gabinete de física y un laboratorio de química.

Heidelberg tiene tambien un teatro, únicamente abierto en invierno, y donde entonces se representa tres veces por semana.

Otra cosa notable de la ciudad es el puente sobre el Neckar, construido de piedra y de 233 metros de largo. Está adornado con las estatuas del elector Cárlos Teodoro y de Minerva, y desde allí se goza de una hermosa vista del valle, de la ciudad, del antiguo castillo y de las montañas adyacentes.

II.

El nombre de Heidelberg le viene al castillo, como á la ciudad, de que en época remota la colina en que el primero se levanta estuvo cubierta de mirtos (heidelbeeren).

El castillo, cuyas ruinas contempla hoy el viajero como una muestra de la instabilidad de las cosas humanas, se componia de una serie de edificios fundados sucesivamente por los electores del Palatinado, y alcanzó por su magnificencia el nombre de la Alhambra alemana.

Los franceses lo incendiaron dos veces, al mismo tiempo que á la ciudad, en 1688 y en 1693.

El elector Cárlos Teodoro emprendió devolverle su esplendor, y en efecto, lo reparó considerablemente; pero el mismo dia que concluidos los tra-

bajos iba á trasladarse á él con su corte, un rayo incendió y destruyó las nuevas construcciones.

Con profunda melancolía ve el viajero aquella mansion régia en ruinas; las fachadas destruidas, los techos hundidos, los patios obstruidos por trozos de columnas, de chapiteles y por estatuas mutiladas, y los salones, llenos un dia de cortesanos y donde resonaron entonces alegres músicas, cubiertos hoy por el polvo de los siglos y habitados por alguna ave nocturna que bate sus alas con siniestro ruido en aquellas bóvedas sombrías.

En la parte menos destruida del castillo existe un museo de curiosidades, que cuenta entre ellas la máscara de yeso de Kotzebue, momentos despues de sucumbir bajo el puñal de Sand, y un rizo de los cabellos de este.

Pero la curiosidad del castillo consiste en los dos toneles que encierran sus bodegas. El chico no ofrece nada de notable junto al grande.

Figúrese el lector un inmenso tonel de 8 metros de diámetro y 11 de largo, capaz de contener 283 mil botellas de líquido, y cuyo aspecto, como está, acostado, es el de un navío sobre su cala. Dos escaleras conducen arriba, á una plataforma, sobre la que el elector Cárlos Teodoro y su corte bailaron la primera de las tres veces en que ha estado lleno.

Enfrente, y junto á la puerta de entrada, existe un reloj, y debajo una caja de madera, de la que cuelga un hilo. Tirando de este, salta de la caja, que se abre entonces, una cola de zorra, que azotando la cara del curioso, le hace dar un salto de sorpresa y horror. El reloj y la caja fueron construidos por Perkeo, bufon del elector Cárlos Felipe, cuya estatua de madera está allí mismo.

Perkeo tenia un metro 80 centímetros de alto, y se bebia 15 botellas dobles de vino del Rhin diariamente.

Una vez visitado el castillo, el viajero puede descansar gozando de un hermoso paisaje y bebiendo un jarro de la excelente cerveza de Baviera en el *café-restaurant* establecido en las ruinas de la *Gran-Gruta.*

Allí no faltará quien le refiera la tradicion anexa al castillo, la leyenda del *Jettebull* (*el pozo del lobo*), lugar donde hoy se levanta el pabellon de Federico, y en tiempos remotos el templo de Jetta.

En el bosque sagrado de Hertha una profetisa pronunciaba sus oráculos. Era bella como una hija de Walhallas, y sus ojos azules resplandecian con una dulzura y una calma celestial, que infundian respeto y admiracion.

Pero un hermoso y jóven guerrero que vino á consultarla se enamoró de ella. Correspondiendo la profetisa á su pasion, le concedió una cita junto á la fuente cercana, cuando las sombras de la noche hubieran envuelto en su velo misterioso á la tierra.

Mas Hertha era una divinidad celosa, y cuando el jóven llegó al lugar de la cita, encontró á la desventurada profetisa revolcándose en su sangre, presa de la ferocidad de un lobo. Rápido como el rayo el jóven desnudó su espada, dando muerte instantánea á la fiera; pero solo consiguió recibir en sus brazos el cuerpo yerto de la infeliz sacerdotisa.

GONZALO A. ESTEVA.

GRAZIELLA.

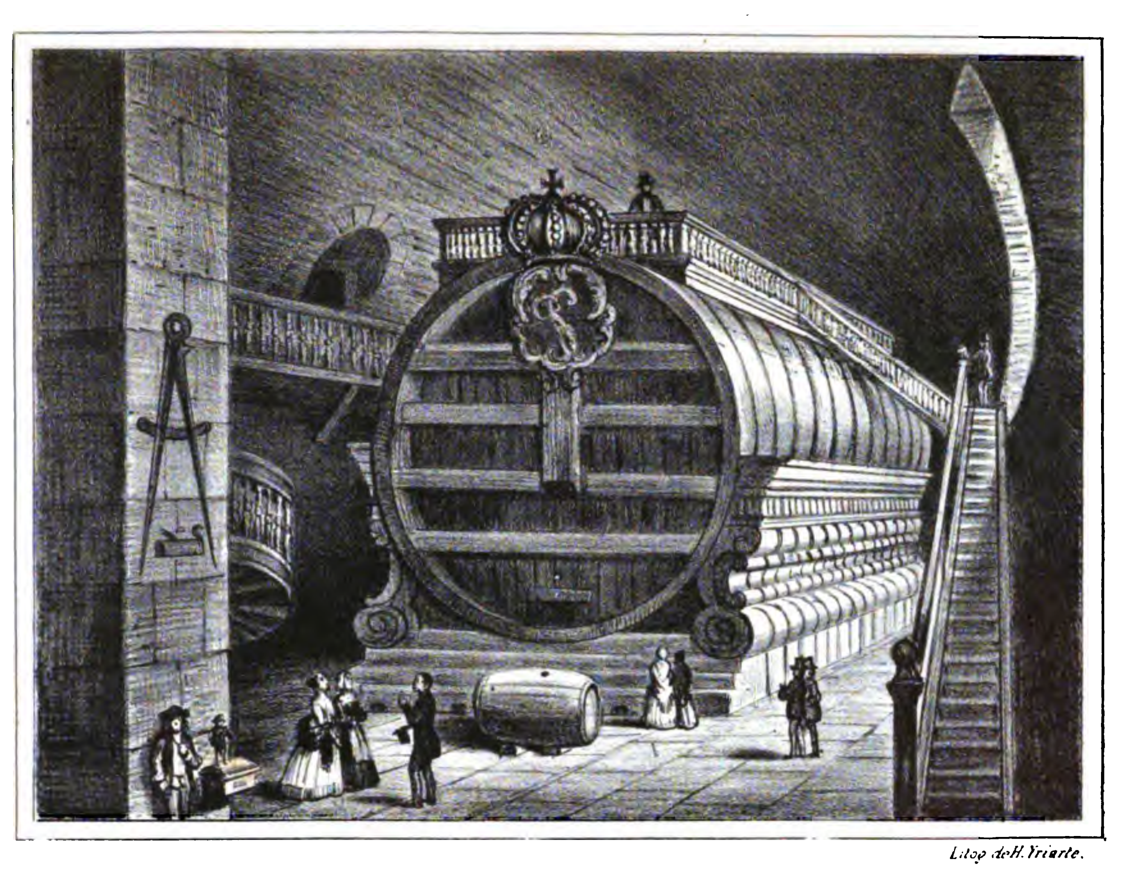
(Le premier regret.)

POR ALFONSO DE LAMARTINE.

En la sonora playa adonde azules
Sus mansas olas al amor del viento,
Del copado naranjo hasta el pié mismo
Trae á morir el mar desde Sorrento,
Bajo el seto, no lejos de la via,
Lápida humilde no del caminante
Detiene el paso y la mirada fria.
Un solo nombre en ella con sus ramas
Oculta el girasol; nombre que nunca
Sonó del eco repetido; empero
Si hace á un lado el follaje el extranjero,
Nombre y edad al ver, siente sus ojos
Humedecerse y clama desta suerte:
«¡Diez y seis años! ¡ay! ¡temprana muerte!»

¿Por qué tornar la mente á lo pasado?
¡Que gima el mar y que solloce el viento!
Recoge tú las alas, pensamiento.
¡Sueños! ¡Lágrimas no! ¡Mucho he llorado!

«¡Diez y seis años! ¡ay!» el peregrino
Repite.—Y esa edad no en otra frente
Más serena leyóse, ni el ardiente
Brillo de aquestas playas, sin enojos
Pudieron reflejar más dulces ojos.
Yo solo torno á verla en mi memoria,
Don del alma, inmortal como ella misma.
Viva torno á mirarla como cuando,
Fija la vista en mí, conmigo á solas,
Errábamos los dos junto á las olas
Nuestras pláticas tiernas alargando.
Suelta en rizos su negra cabellera
Que destrenzó la brisa lisonjera,
Y la sombra del velo en su mejilla
Jugando, ella escuchaba del nocturno
Pescador los cantares en la orilla.
El viento que en las flores se perfuma
Aspirando, la luna me mostraba
Que á trechos argentó cielo y espuma;
Y díjome: «¿Por qué del mar y el viento
La grata luz al par en mi alma siento?
Jamas esos espacios que tachonan
Astros sin fin, jamas esas arenas
Que besa el mar, los montes cuyas cimas
En el éther se pierden, los remansos
Que silenciosos árboles coronan,
Las luces de la costa y los cantares
Que se elevan del seno de los mares,
Conmovieron mi sér y en él vertieron
El mágico sopor que me enajena.
¿Por qué la noche al extender su manto
Hállame distraida y soñadora?
¿Para mi corazon luce otra aurora?
Dime si en el Oriente do naciste
Noches cual la que ves conmigo ahora
Sin tenerme á tu lado hermosas viste.»



Litog. de H. Yriarte.

Gran Tonel de Heidelberg.

Luego, la sien posando, de la madre
Que allí sentada extática la oia,
En el regazo blando se dormia.

—

¡Qué inocencia en sus labios! ¡Qué pureza
Y brillo en su mirada que inundaba
En luz mi corazon! El manso lago
Que las alas del céfiro no tocan
Su limpidez y trasparencia envidia.
Los afectos mas íntimos del alma
Daba á leer y el párpado celoso
Los ocultaba nunca. Ni la pena
Marchitó de su frente la azucena,
Ni la sonrisa juvenil, que el hielo
De la edad ó el dolor apaga al punto,
Abandonó sus labios, fiel trasunto
Del íris grato en despejado cielo.
Oscureció su faz sombra ninguna;
No al descender atravesó la nube
Más leve ese gentil rayo de luna.
Juguetona triscaba en la floresta,
O el paso moderando, en indolente
Dulce vaiven, su forma parecia
Ola suelta y voluble cuya cresta
Ilumina la luz del nuevo dia.
Y su argentina voz, música y eco
De un alma que era un cántico, alegraba
El aire mismo á que sus notas daba.

—

Della en el alma virginal impresa
La primera quedó la imágen mia,
Como en los ojos al aurora abiertos
Queda la luz. Y desde aquel instante
Otros séres que yo mirar no pudo:
De amor le hablaba el universo acorde,
A lenguaje diverso estando mudo.
Confundió con la mia su existencia;
Mi alma el único libro en que leia
Fué, y asocióme al encantado suelo
Que en torno se forjó su fantasía,
Y á su esperanza mística del cielo.
Ya no pensó ni en tiempo ni en distancia,
Solo viviendo absorta en lo presente:
Ni le ofreció recuerdos el pasado
Ni ella más porvenir vió que una tarde
De esos hermosos dias á mi lado.
Se entregaba á la plácida natura
Que nos reia; á la plegaria pura
Que el corazon en júbilo anegado
Alzó ante el ara al esparcir sus flores.
Y de la mano me llevaba al templo,
Y yo, cual dócil niño, iba á su ejemplo;
Y me decia quedo: «Ora conmigo:
Ni al cielo aspiro yo sino contigo!»

—

¿En su ancha taza el agua de la fuente
Vísteis hincharse hasta besar el borde,
Limpia y azul, del ábrego al abrigo
Y del rayo del sol? Cándido cisne
Que en el líquido manto nada y hunde
Su cuello, el agua en órbitas rugando,
Orna sin empañar el claro espejo
Do el Véspero gentil se está mirando.
Mas si remonta el vuelo hácia otras fuentes
La linfa con el ala húmeda azota,
Y quiebra sus cristales trasparentes
Y la vision del cielo queda rota;
Y las plumas que suelta el ave, como
Si del buitre enemigo presa fuera,
Y el arena del fondo removida
Dejan con turbia tinta oscurecida
Del lago aquel la claridad primera.
Así cuando partí, su alma inocente
Se conmovió; la luz que la alumbraba
A los cielos volvióse. No hubo dia
De mañana, cual antes, para ella:
Sin vacilar entre esperanza y duda,
Golpe hirióla fatal y en lucha ruda
No quiso entrar con su destino aciago:
El cáliz del dolor bebió de un trago:
Su ardiente corazon, blando cual cera,
Anegóse en su lágrima primera:
Y como el ave, menos rica en gala,
Pone cuando la noche se aproxima,
Para dormir, el cuello bajo el ala,
De envolverse en su duelo ella hizo alarde,
Y se durmió tambien; mas no en la tarde!

—

Quince años ha dormido en su tranquilo
Lecho de tierra en paz, y no hay quien riegue
Con tierno llanto su postrer asilo.
Y segundo sudario de los muertos,
El olvido cubrió la angosta senda
Que hubo en esos ribazos hoy desiertos.
Nadie acude á su lápida borrada,
Ora ó medita en ella; excepto solo
Mi pensamiento si remonto el curso
De mis aciagos turbulentos dias,
Y al corazon pregunto por los séres
Que ya no son, y sus queridas huellas
Descubro todavía, y en mi cielo
Lloro apagadas ya tantas estrellas!
La primera ella fué: su matutina
Piadosa luz la noche de mi alma,
Brillando aún, espléndida ilumina.

—

Por adorno á la humilde sepultura
Un espinoso arbusto dió natura.
De las marinas brisas combatido,
Con los rayos del sol seco y tostado,
Como recuerdo fúnebre arraigado
Al corazon, sobre la roca vive
Sin darle sombra. El polvo del camino
Su follaje ha dejado blanquecino:
Inclínase á la tierra macilento
Y á las cabras silvestres da sustento.
En él la primavera brotar hace
Flor cual copo de nieve; mas el viento
Rómpela sin que exhale su perfume,
Imágen de la vida humana si antes
Que al corazon halague se consume!
Pósase un ave allí breves instantes
En débil rama que su peso inclina,
Y canta en melodioso y triste acento
Cuando se pone el sol: «Flor peregrina
Que muy temprano de la vida el viento
Deshizo con su ráfaga en el lodo,
¿No hay otra esfera en que renace todo?»

—

Quede mi mente absorta en lo pasado
Pues que solo en él vive el alma mia.
Lágrimas, acudid. ¡Mucho he llorado!
¡Llorar mi corazon de nuevo ansía!

México, 1868. J. M. Roa Bárcena.

PÁTZCUARO.—SU LAGO.—RUINAS DE HIHUATZIO.

Pátzcuaro es una bella ciudad fundada por los españoles en los dias de la conquista, habiendo sido antes un lugar de recreo para los reyes de Michoacan, en donde habitaban algunos sacerdotes y servidores de la casa real. Su nombre significa en el idioma tarasco *estar sobre un declive*,* y es esta en efecto la situacion de la ciudad, disfrutándose desde algunos de sus paseos y de sus plazas la deliciosa vista de la laguna. Al Oeste se halla el encantador paseo conocido por *los Balcones*, desde donde los ojos pueden contemplar la grande y cristalina superficie del lago, los alegres caseríos de su contorno, las elevadas montañas que lo circundan, y las alegres islas que coronadas de casas, surgen del seno de las aguas. Enfrente del espectador se mira el pintoresco pueblo de Hihuatzio, ocultándose entre el verde ramaje de sus árboles frutales y reflejándose fantásticamente en la movible trasparencia.

¿Quereis ir á ese jardin riberano? ¿deseais visitar sus majestuosas ruinas, escapadas como por milagro de la mano destructora del conquistador? Atravesad la ciudad, seguid por esa larga calzada que se extiende hácia el Norte; allí está el embarcadero. Tomad una de esas ligeras canoas que vuelan sobre las rizadas ondas del lago, tranquilo y apacible por la mañana. Es la hora á propósito: el aire es perfumado y tibio, multitud de colibríes cruzan delante de vuestros ojos, como brillantes meteoros de aquel cielo azul y purísimo, las aves acuáticas abren camino á la embarcacion, y vuestros remos van levantando una luminosa cascada de gotas diamantinas.

Seguid. A la derecha mirais ruinas de antiguos pueblos destruidos por la terrible peste que asoló el país en 1576 y que se ensañó tan crudamente contra los desgraciados indígenas. No hay en esa parte de la costa mas que desolacion y miseria, y los terrenos que antes se ostentaban ricamente cultivados, son hoy ciénagas y pantanos.

Otro es por fortuna el espectáculo de la izquierda: en primer término veis levantarse de en medio de las aguas una solitaria peña, que por haber sido objeto de veneracion para los indios, fué el primer punto en que el sacerdote cristiano alzó una cruz, signo de redencion para la humanidad, pero de servidumbre y de tormentos para los naturales del país. Mas allá está el pueblo de *Janicho*, que tiende su caserío bañado por el agua, en la base de un pequeño cerro que se desprende de ella; *Jarácuaro* sobre una llanura á flor de agua, con sus blancas casas como ánades y sus sementeras de maiz; y á lo lejos, en la ribera opuesta, *Erónaricuaro*, que, como lo indica su nombre, es la *Atalaya* del lago, descubriéndose desde allí las dos grandes ensenadas que lo forman; *Güecorio* con su elevado templo y sus limpias habitaciones, y *Tzentzenguaro*, en cuyas aguas está sepultada una misteriosa campana de piedra que se levantará un dia para despertar con su sonido en el corazon del indio el santo amor de la patria, y encender en las montañas el fuego de la libertad.

Allí están los dos Pareo, Ichápitiro, Tómaro, Nocutzepo, Uricho y Puácuaro; pero no tenemos tiempo de consagrarles dos palabras, porque hemos llegado á las calles de Nihuatzio: multitud de hombres y mujeres entran á las canoas conduciendo sobre lechos de flores los frutos de su pequeña industria para el mercado de Pátzcuaro. Las jóvenes, hermosas generalmente, acompañan hasta el embarcadero á las madres, volviéndose en seguida á sus casas para mantener con la lumbre del hogar el fuego sagrado, que podria extinguirse entre la corrupcion de la ciudad.

Desde la orilla de la poblacion, en donde las casas están mojadas por el lago, el terreno comienza á elevarse en un suave declive. Sobre un terraplen que parece haber servido antes de base á un gran templo ó palacio, se halla situada la iglesia del pueblo; en su fachada se ve un jeroglífico compuesto de la figura de un *Coyote*, un ramo de flores, que entre los indios era señal de mando, una barca con seis remeros y un pescado. Acaso sea esto la fecha de la fundacion de aquella capilla, ó lo que es mas probable, indique el dominio que los de Hihuatzio tenian en la navegacion y pesca de la laguna.

De la pequeña plaza se continúa subiendo hácia el Norte; se traspasan las últimas habitaciones, y practicando un camino de media legua por una ancha y ya destruida calzada, se llega al sitio donde están las ruinas.

Figúrese el lector un inmenso paralelógramo formado por una muralla de seis piés de altura, escalonada por uno y otro lado con graderías que se conservan aún en regular estado, y sobre la cual cómodamente podria un carruaje rodar. En la cabecera occidental de este recinto, que mide 375 varas por lado, se levantan dos pirámides truncadas, á muy corta distancia una de la otra, perfectamente iguales, y cuya elevacion es de treinta piés, sobre un amplio atrio que les sirve de base y que está curiosamente empedrado. Estos monumentos se hallan exactamente orientados, y ambos tienen una escalera espiral que daba acceso á la cúspide. Hoy está casi destruida, y los piés de los profanos han buscado otro camino mas corto para subir. Desde su altura se domina un extenso paisaje, y es tal su posicion, que los monumentos reciben diariamente el primero y último rayo del sol, que atraviesa por entre el puerto formado por dos pequeñas colinas situadas enfrente de aquellos. Declinando la vista hácia Sureste se ofrecen en primer término, á doscientas varas fuera de la muralla, otras tres pirámides, casi unidas, de igual forma, pero menos conservadas; y mas lejos, como á trescientas varas, otra

* Algunos otros la hacen derivar de Patzácuaro, que es *donde se guarda algo*, y no falta quien asegure que este lugar se llamaba antes de la conquista Patzímacuaro, que significa *tular*.

aislada, cuya cima es enteramente cónica. Están en la direccion de los puntos cardinales, y todas reposan en cimientos amplios y bien terraplenados, donde comienzan las escaleras espirales. Segun los informes que he podido recoger, este último edificio estaba destinado para izar en él la bandera del rey de los tarascos, y los tres anteriores eran suntuosos mausoleos, tal vez los sepulcros de aquellos soberanos.

Pero llaman mas la atencion las dos pirámides encerradas en el recinto amurallado, por lo esbelto de su forma, por la pureza de su estilo, y porque desde luego puede notarse que era aquel el punto principal, el edificio mas grandioso de la ciudad arruinada. Efectivamente, esos monumentos fueron sin duda los templos del Sol y de la Luna, los dos solos objetos á que daban culto los primitivos habitantes de Michoacan. Allí iban á tributar sus ofrendas á estas dos benéficas deidades, ó á poner bajo su amparo los guerreros que partian á la campaña, ó que volvian de ella cargados de despojos y cubiertos de gloria; y durante este acto solemne el pueblo ocupaba las graderías de la muralla. Los indígenas, que han perdido hasta los nombres de lo que se refiere á su historia, conservan aún el recuerdo de estas grandiosas solemnidades, y dan á aquel recinto el nombre de *Plaza de Armaro*, agregando á dos palabras castellanas una terminacion tarasca.

Era Hihuatzio antiguamente una populosa ciudad, y puede considerársele como una parte de la de Tzintzuntzan, de la que estaba separada por la cresta del cerro que lleva el nombre de la última, y con la cual, sin embargo, se comunicaba por una primorosa calzada cubierta de árboles y con grandes peñas á los lados, colocadas de trecho en trecho, por cuyo motivo la llamaban *Queréndaro*. Habia ademas dos caminos subterráneos que unian los templos y palacios de ambas ciudades; pero estos no han podido descubrirse, ó porque los indígenas ignoran su existencia, ó porque, lo que es mas seguro, ocultan misteriosamente las entradas que conocieron y de que hacen referencia los cronistas de Michoacan. Es muy sensible que estos frailes franciscanos de la provincia de San Pedro y San Pablo se hayan ocupado mas de indagar las relaciones que en su concepto existian entre la religion de los indios y la antigua de los judíos, y en referir apariciones y milagros, que en consignar con sano criterio las tradiciones del pueblo, ó en descifrar los jeroglíficos que tanto abundaban en el país.

Todavía se refiere entre aquellos naturales que cuando uno de los antiguos reyes procedia á la fundacion de Hihuatzio, apareció un coyote en una colina inmediata y permaneció allí largo rato, á pesar de la gritería de los trabajadores y no obstante habérsele arrojado algunas piedras. Por tal motivo, el soberano dió al lugar el nombre de ese cuadrúpedo.—Hoy el pueblo está reducido á poco mas de mil habitantes y las casas estrechadas á la orilla del lago; pero aun se ven en los contornos de las pirámides restos de anchas calzadas y muchos montículos de piedras labradas, indicio claro del esplendor de otros dias. En donde el recinto cercado apenas podia contener legiones de guerreros brillantemente ataviados, el labrador solitario é indiferente rompe el terreno con su arado, molestándose de encontrar á cada paso grandes piedras, tal vez monumentales, que estorban su trabajo: las murallas que antes se veian coronadas de pueblo, sirven hoy de cerca para acotar miserables sementeras. ¡Cuánta gloria desvanecida! ¡cuánto recuerdo glorioso condenado al olvido!

Despues de contemplar esos monumentos, que por fuerza hacen impresion en la mente, el guia regresa al pueblo, pero os da una nueva sorpresa, conduciéndoos por un camino cubierto entre dos larguísimas murallas, que son ellas mismas otras tantas vias de comunicacion. Al través de las yerbas y de los arbustos que brotan entre sus hendeduras, se ven pulidas lajas que las tapizaban. Esas murallas terminan en una esplanada en la costa de la laguna, en uno de esos sitios que tan pintorescos son en sus alrededores. El delicioso paraje conserva su nombre anterior á la conquista: se llama *Erónsperacuaro* y significa *Mirador*.

Allí solia el rey ir despues de pasar revista á sus tropas en la plaza de Armas que hemos descrito, y la tradicion refiere que él practicaba el camino de la derecha á la vez que la reina seguia el de la izquierda, tapizándose previamente el suelo con finas esteras de Phatrimu:* en pos de los soberanos marchaban sacerdotes y funcionarios de la corte, y el pueblo y los guerreros iban á los lados en el camino cubierto y en la parte exterior de las murallas.

El aire que se desata por las tardes embravece las olas del lago. Es fuerza darse prisa á volver; seis robustos remeros os aguardan, y serios é impasibles emprenden la maniobra alejándoos de la ribera. Si os oyen hablar de su historia, aventurar algunas conjeturas sobre sus antigüedades ó vacilar en alguna opinion respecto de sus costumbres, jamas tomarán parte en la conversacion, aunque comprendan el idioma. Si narrais los hechos gloriosos de sus antepasados ó la triste época de su servidumbre, ni el orgullo ni la tristeza alterarán uno solo de los rasgos de su fisonomía. Jamas he podido comprender si esto es ignorancia, reserva ó fria indiferencia, y sin embargo, el indio es comunicativo con los de su raza y da muestra de oportunidad y de talento en su lenguaje, que es elocuente, expresivo y sonoro y que sabe manejar con elegancia y facilidad.

Si lo poseeis, habladle de todo y oidlo; pero no le pregunteis nada de su historia, porque os responderá con un helado «no sé.»

El sol trasmonta la elevada sierra bañando con sus últimos rayos la cresta de las olas; el crepúsculo despliega sus alas de gasa enfrente de vuestros

* Una especie de tul.

ojos, dejándoos ver los pueblos de la orilla y los de las islas que desprenden blancas columnas de humo del techo de sus casas; cruzan por todos lados ligeras embarcaciones que regresan de la ciudad como parvadas de gaviotas que surcan el trasparente lecho; y si en la mañana un sol de fuego hacia cintilar las gotas de rocío que se desprendian de los remos, ahora la noche viene, y sus tinieblas extienden un triste manto sobre la superficie del lago. Allí está Pátzcuaro; cada golpe de remo os hace ver mas cerca sus elevados edificios, que se destacan del sombrío fondo como los fantasmas de la conquista velando sobre aquel rico panorama en donde se han enseñoreado.

Habeis venido curiosos y llenos de ansiedad, y volveis en brazos de una lánguida melancolía.

EDUARDO RUIZ.

EL GUANTE.

POESIA DE SCHILLER

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL ALEMAN.

ROMANCE.

En su parque de leones,
De los combates la fiesta
El rey Francisco preside,
Y allí los grandes le cercan,
Y en torno del balcon alto
La flor de las damas bella.
Da la señal, y al momento
Abrese la plaza extensa
Y con majestoso paso
Un leon bizarro entra:
Y mira mudo en contorno,
Las anchas fauces abiertas,
Y las melenas sacude,
Y se estira y luego se echa.
Da el rey la señal segunda,
Y ábrese pronto otra puerta,
Y con terrífico salto
Un tigre sale por ella.
Y cuando al leon percibe,
Los aires rugiendo atruena,
Hace arco horrible la cola,
Sacando espumosa lengua;
Y tímido en el estadio
Aullando al leon rodea.
Despues se estira y rebrama
Y á un lado se tiende en tierra.
Otra señal el rey hace,
Y la doble jaula abierta,
Dos leopardos á un tiempo
Agiles pisan la arena.
Animosos y anhelantes
De emprender lucha sangrienta,
Sobre el feroz tigre al punto
Se lanzan como una flecha.
Con sus garras furibundas
Este en ellos hace presa.
Ruge el leon al instante,
Se alza y el silencio reina;
Y en derredor del palenque,
De la matanza sedientas,
Unas á otras se acosan
Amontonadas las fieras.
Cae del balcon entonces
Un guante de mano bella,
En términos que entre el tigre
Y el leon está la prenda.
Y al caballero Delorges
Con irónica manera
Se dirige Cunegunda,
Gentilísima doncella:
«Caballero, si es tan grande
El amor que el alma vuestra,
Como jurais cada hora,
A mi corazon profesa,
Levantadme, pues, el guante.»
Y él en rápida carrera
Al circo horrendo desciende
Con pié firme y faz serena,
Y de los mónstruos en medio
Levanta el guante su diestra.
Le ven los nobles y damas
Con espanto y con sorpresa,
Y mesurado y tranquilo
El guante á la hermosa entrega.
Entonces de boca en boca
Mil alabanzas resuenan,
Y con mirada de amores
Que dicha cercana encierra,
Recíbele Cunegunda,
Gentilísima doncella.
Mas él se inclina y le dice [1]
Con profunda reverencia:
«Vuestras gracias no las quiero;»
Y para siempre la deja.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

México, Abril 22 de 1868.

1 Schiller en lugar de este verso:
«Und der Ritter sich tief verbeugend spricht»
puso esta variante:
«Und er wirft ihr den Handschud ins Gesicht»
que traducido al pié de la letra, dice:
«El guante le tira al rostro.»
He preferido lo primero, porque una dama siempre es digna de consideracion.

EL REY DE LOS DUENDES.

Traduccion libre de Goëthe.

A RAFAEL DE ZAYAS.

¿Quién se atreve á correr por la llanura
Aguijando al corcel con ronco acento,
Cuando las nieblas de la noche oscura
Rápido extiende por la tierra el viento?

Quiere arrullar al sonrosado niño
Que entre sus brazos con afan se esconde;
Pero á su voz de paternal cariño
Solo con ayes de dolor responde.

—Hijo, ¿por qué tan incesante lloro?
Por qué no de mi cuello te desprendes?
—¡Padre! ¿no ves bajo su manto de oro
Al terrible y feroz Rey de los Duendes?

De su corona el esplendor sombrío
El aire en torno con sus rayos puebla....
—¿Duendes aquí?....No temas, hijo mio;
Celajes son de pasajera niebla.

«Niño hermoso á quien amo, ven conmigo;
«Sobre mis alas siéntate ligero;
«Ven á mi alcázar, pues á fuer de amigo,
«Juegos preciosos enseñarte quiero.

«Allí en jardines de inmortales flores
«Tendrás placeres, distraccion y encanto,
«Y mi madre con ricos prendedores
«Pondrá en tus hombros primoroso manto.»

—¡Padre!...padre!...¿no escuchas?...al oido
Ofertas me hace el duende cariñoso....
—Es el cierzo que exhala adormecido
Dulces murmurios entre el bosque umbroso.

«¿Quieres venir?... Mis hijas inocentes,
«Las que la dicha donde quier derraman,
«Con señales alegres é impacientes
«Desde el umbral de mi mansion te llaman.

«Mis hijas son las hadas; el que alcanza
«De sus caricias el amante empeño,
«Vive feliz, y en voluptuosa danza
«Arrullan ellas de su amor el sueño.»

—¡Padre!...padre! ¿no ves cómo aparecen
Sus hijos en aquel lugar umbrío?
—Sí que los veo; sauces que se mecen
Tristes y mustios en el viento frio.

«Tu hermosura me encanta, lindo niño,
«Y cuanto existe en mi palacio es tuyo....
«¡Ay de tí!... si desdeñas mi cariño,
«Rápido bajo, te arrebato y huyo.»

—¡Padre! se acerca por el aire el duende;
Ascuas sus ojos son....¡oh padre amado!
La mano eleva....sobre mí la extiende....
¡Ay, sus dedos de hielo me han tocado!

....

Estremecióse el padre, y anhelante
Corrió veloz por el camino incierto;
Llegó febril.... le descubrió al instante....
El niño estaba muerto.

Santiago Sierra.

Veracruz, Febrero 1º 1869.

LA CAZA DEL TIGRE.

NOVELA ORIGINAL.

(Fragmento.)

....

Los dos hombres principiaron á bajar, seguidos del tigre, que se habia acercado tambien á la abertura.

A los pocos instantes de descenso, empezaron á percibir lejanos y confusos ruidos, y un ligero hálito de humedad rozó sus frentes. A medida que bajaban, el guia de Luis iba encendiendo de trecho en trecho grandes teas embreadas, que apoyaba en lugares á propósito, y que venian á aumentar su contingente de luz al de la lámpara.

La escalera terminó; dieron los dos caminantes un rodeo á un gigantesco monólito, y un maravilloso espectáculo empezó á desarrollarse ante las miradas atónitas del hijo de Don Alejo.

Se hallaba en una caverna de estaláctitas.

Del caprichoso y abovedado techo desprendíanse en grupos informes multitud de pilastras cónicas suspendidas en el aire, terminadas en una gota de agua diamantina, que caia al cabo de cierto tiempo sobre la estalágmita correspondiente, dejando un sedimento calcáreo en los vértices de ambos conos.

Algunas de aquellas columnas de alabastro se habian reunido ya por las puntas, y formaban elegantes y primorosas galerías, que se perdian á lo lejos en las tinieblas.

Las bóvedas parecian cuajadas de brillantes, y al desprenderse de ellas, las gotas formaban un concierto monótono, cuyos ecos se repetian en las profundidades invisibles.

Multitud de concreciones á cual mas pintoresca y rara, amenazaban caer sobre los atrevidos visitadores, y el vacilante resplandor de las antorchas les prestaba aspectos fantásticos que infundian pavor invencible.

Algo como una órden de silencio y admiracion se desprendia de aquellos pórticos interminables; el mas allá que asaltaba la mente estaba envuelto en la sombra profunda del misterio, de un misterio que arrastraba á la temeridad, que daba el vértigo de la atonía.

De algunas bóvedas descendian cataratas de cristalizaciones prodigiosas, y el oido trataba en vano de escuchar el estruendo de su caida.

Decoracion soberbia de un teatro-sepulcro. En el proscenio, las rocas y los mármoles representaban un apoteósis de la naturaleza.

El trabajo lento pero incansable de los siglos, revelaba ahí una solucion geológica. Para que unas gotas que de hora en hora se filtraban al través de tantas capas esquitosas, de tantos sedimentos petrificados, llegasen á formar aquellas columnas sólidas y esbeltas, aquellas arcadas que se desvanecian en lo impenetrable, aquellos festones de eflorescencias incomprensibles, ¡cuántos millares de años trascurridos!

La geometría imprescripta de la naturaleza trazaba en lo profundo curvas irrealizables para el hombre, arcos sostenidos en cimientos invisibles, milagros sometidos al poder de unas cuantas gotas de agua mineral.

¿Qué arquitecto sublime dirigia aquella construccion incesante?

Ese habitante sombrío del abismo era tal vez hijo de la última convulsion del caos; su sangre corria en millones de arterias calcíferas.

Llevada ahí la luz, el pudor de esa virginidad se

alarmaba; entre una especie de aurora que en la niebla del fondo negro se formaba, se distinguia una desnudez espléndida, una encantadora opulencia de sencillez.

Ademas, la tierra era sorprendida infraganti en una de sus titánicas incubaciones; allí se hacia visible la marcha de una máquina intangible hácia lo ignorado; toda esa combinacion inimitable era quizá la ampolleta fatal de un período terráqueo.

El espíritu recelaba encontrarse en ese taller inmenso con una horda de obreros desconocidos, salvajes, tal vez de un organismo diferente del humano.

Los golpes del cincel y del martillo no se oian, pero se temian.

Era toda una ciudad subterránea; solo que en sus palacios y en sus templos no habia los vestigios de un cataclismo volcánico como en Pompeya y Herculano, ni de una cólera divina como en Sodoma y Gomorra, anegadas en el Asfaltita, ni de una barbaridad bélica cual en Uxmal y en Mitla; no, allí se asistia á una encarnacion de bellezas por un sér velado en el infinito.

Construccion, no destruccion.

Se presentia que una majestad tenia allí su solio, que un sultan del abismo se levantaba ahí un alcázar de recreo, convirtiendo una caverna en Tabor de la naturaleza.

El mundo, que ignora muchas cosas, ignoraba tambien aquella.

Los ojos buscaban un altar y solo veian aglomeraciones de pedrería; pero al través del velo de roca, se recordaba el cielo.

Y entonces del fondo del alma se alzaba un himno involuntario que el respeto del lugar detenia en la garganta; por el pensamiento cruzaba esta pregunta:

¿Será este un hipógeo de gigantes?

Una necrópolis de cristal opalino tendria ese aspecto.

Por entre algunas columnas trasparentes se abria paso el fulgor de las antorchas, y espectros luminosos se cruzaban en direcciones opuestas: de cuando en cuando un zig-zag rojo corria desde el techo sorprendente, á perderse en algun ángulo lúgubre.

Ese relámpago de sangre ¿era un efecto óptico producido por las antorchas, ó un nuevo secreto de la gruta?

En cada acrotera de diamantes, en cada frontispicio de pórfido, en cada chapitel de syenito, la vista se afanaba en vano por descubrir algun ente contemplativo, esperando con paciencia ilimitada la conclusion de todo aquel sésamo de las *Mil y una noches*.

Algunos trozos de granito semejaban esculturas incompletas; quizá un artista incógnito aguardaba la vuelta de la oscuridad para recomenzar su tarea.

Poco despues de la escalera, el pavimento, tan blanco como las paredes y columnas, descendia rápidamente á esconderse bajo las linfas purísimas de un *baño de Diana*, laguna cuyos orígen y paradero eran otro arcano: una piedra arrojada en aquella diafanidad líquida, producia una especie de música, y la superficie, antes clara como un espejo, se estremecia tomando un extraño tinte de zafiro.

Sobre el lago, las bóvedas se estrechaban y complicaban con nuevos caprichos del acaso, dispuestos con admirable simetría; diríase que eran arañas de agua suspendida, destinadas á recibir bujías de rosa para iluminar quién sabe qué dulces expansiones de ninfas aéreas: algunas de ellas parecian estar en éxtasis, contemplando formas de vírgenes que escapaban bajo el agua á la mirada del profano.

Una uncion suprema embargaba los sentidos al acercarse al baño, porque el perfume embriagador que de ocultos pebeteros emanaba, hacia soñar con guirnaldas de flores ciñendo frentes de ángeles en oracion.

En los bordes de aquel lago tranquilo las palpitaciones del agua habian logrado formar bancos de alabastro calcáreo, y las excrecencias que se elevaban sobre esos bancos, estalágmitas en miniatura, aparecian como jarros de fina porcelana en que temblaban primorosos *ramilletes* de perlas y topacios.

Mas arriba de las cornisas se divisaban otras cavernas inaccesibles, cuyos misterios de extructura interior se negaban á las miradas de los visitantes.

Ademas, en todas las paredes donde las superposiciones de cal no habian hecho grandes adelantos, aparecian incrustados millones de ciclóstomos, vestigios tal vez del paso del Océano; porque indudablemente Yucatan estuvo alguna vez bajo las aguas; visitad sus millares de *cenotes*, y en todos encontrareis esas conchas fósiles que son la delacion de un pasado tenebroso.

Como en ciertos desiertos del Africa septentrional, el nivel del suelo es en algunos puntos mas bajo que el de la mar; esas grutas aun parecen sentir las ansias del ahogamiento: visitadlas; calofríos irresistibles penetrarán vuestra mente. ¿Se ha retirado ya para siempre el terrible elemento? ¿no volverá?......

Alcázar magnífico desvanecido en lo ignorado del abismo, aquella complicacion de órdenes arquitectónicos en que se podia admirar desde la simplicidad y rudeza etruscas hasta la profusion y elegancia moriscas, tenia un guardian que se erguia imponente ante los que osaban penetrar ahí, como una terrible amenaza de lo imprevisto: el desplome, que parecia inminente.

Cada estaláctita era una especie de espada de Damocles.

Cuando se piensa en todo aquel trabajo indefinido practicado en las tinieblas, en presencia de quién sabe qué álguien incomprensible, se cree adivinar que en cada petrificacion hay un estímulo, que en cada gota una mirada, que en cada roca atrevida un reto.

Pero encima de todo el salvaje cúmulo de mis-

terios y secretos de lobreguez y mutismo, hay un Sol que ve y que dirige.

Esas sombras son proyecciones de luces infinitas; el espacio tambien es oscuro, y en él están los astros.

SANTIAGO SIERRA.

NI UNA LÁGRIMA SIQUIERA.

¡Qué grato es poder llorar
Cuando hay algo que sentir
Que no se puede explicar,
Ni se puede comprimir,
Ni hay fuerza para olvidar!

Llora el alma enamorada
Que mira su fé perdida;
Llora la flor deshojada,
Llora la fuente escondida
Y la tórtola olvidada.

Se llora con la inocencia
De nuestros años mejores;
Cuando es bella la existencia,
Y hay ilusion, y hay creencia,
Y hay esperanza y amores.

Entonces brota á raudales
De nuestros ojos el llanto
Y alivio tienen los males,
Y para el duro quebranto
Hay consuelos celestiales.

Mas llega despues un dia
En que se sienten enojos,
En que se va la alegría,
Y no hay, por desgracia impía,
Ni una lágrima en los ojos.

Queda un vacío profundo;
Queda una triste inquietud;
Un sentimiento infecundo,
Odio y rencor contra el mundo
Que heló nuestra juventud.

¡Qué dulce fuera soñar
Y de ilusiones vivir!
¡Qué hermoso es creer y esperar!
Mas ¡ay! ¡qué triste es sufrir
Si no se puede llorar!

SOLO SUSPIROS.

Tiene lágrimas la aurora,
Tienen sonrisas los niños,
Tienen murmurios las aguas,
Tienen perfumes los lirios.
¡Ay! mi corazon cuitado,
Mi corazon dolorido,
No tiene mas que amargura
Y se deshace en suspiros.

MANUEL RINCON.

MI DESEO.

¿Sabes, mi bien, lo que pido
A la gloria y al amor?
A la primera su olvido,
Al segundo su favor.
Vivir cual ave, escondido
De mi huerto en el verdor,
Siendo tu seno mi nido
Y tus ojos mi esplendor.
Nadie sepa do viví,
Ni cuando muera, la tierra
Qué para tumba escogí.
Que odio la fama y la guerra,
Porque solo, solo en tí
Todo mi mundo se encierra.

LUIS G. ORTIZ.

EL POETA Y LA PALOMA.

—¡Blanca paloma pura,
Que así en alas del viento
Vas rápida cortando
Los aires en tu vuelo!
¿Adónde vás, paloma?
—En busca de mi dueño.
—¡Blanca paloma pura!
Detén, detén tu vuelo,
Y llega á mis ventanas
A hablarme de tu dueño.
—Mis alas ya recojo
Y á tus ventanas llego.
Salúdote, poeta.
—¿Quién es tu dulce dueño?
—¿Anhelas conocerle?
Son negros sus cabellos,
Undosos y abundantes,
Y así como del cuervo
Las alas, azulados
Parecen sus reflejos.
Son cual la noche oscuros
Sus tiernos ojos bellos,
Pero como diamantes,
Como diamantes negros
De tal manera brillan,
Que al universo entero
Con clara luz alumbran
Sus mágicos destellos.
Sus purpurinos lábios,
Que dan envidia á Vénus,
Rojo clavel parecen,
Rojo clavel, tan fresco,
Que acuden las abejas
La miel buscando en ellos.
—Blanquísima paloma,
Ya sé quién es tu dueño.
—¿Lo sabes? Dí, ¿quién es?
—El ángel de mis sueños,
El sueño de mi dicha.
—Pero mi dulce dueño....
—Es Angela la bella,
Que en amoroso fuego,
En fuego inextinguible,
Arder hace mi pecho.

—Adíos, adios, poeta.
—¿Por qué tiendes el vuelo?
¿Adónde vas, paloma?
—En busca de mi dueño.
—Pues díle cuánto la amo.
—De amor el mensajero
Yo nunca ser pudiera.
—¿Por qué?
—Porque á mi dueño
Encuentran insensible
Los amorosos fuegos.
—¿Me niegas la esperanza?
—Aun la esperanza niego.
Adios, adios, que parto
En busca de mi dueño.

ROBERTO A. ESTEVA.

México, 1869.

A LESBIA.

Dicen que hay dicha en el cielo,
Que en los jardines hay flores,
Que hay ventura en los amores,
Que se goza en el desvelo;
Que da dulzuras el celo,
Suave tinta el arrebol;
Mas del placer el crisol
Que yo conozco, mi vida,
Son tus ojos, donde anida
Una luz que mata al sol.

Dizque con gratos primores
La estrella á el alma conmueve,
Pues su luz tranquila y breve
Luce en divinos fulgores.
Gozo con sus resplandores,
Ha encantado mi razon;
Mas la sin par ilusion
Con que tu vista me inflama,
Reune al fuego de la llama
La magia del corazon.

Dizque mil hebras la luna
De plata blonda derrama;
Dizque con la brisa llama
Que es su aliento, la fortuna:
Yo en las noches, una á una
Las comparo á tu hermosura,
Y no encuentro la ternura
Que prosternado de hinojos
La negra luz de tus ojos
Me da en rayos de ventura.

¿Por qué tan cruel, vida mia,
Volviendo tu rostro airada,
Me niegas una mirada
Que tanto mi pecho ansía?
Si cruel sigues, á porfía,
Prolongarás mi tormento;
Arder en mi pecho siento
El amor como un volcan:
Lesbia, contempla mi afan;
Lesbia, mírame un momento.

Todas las gracias del cielo
Encierran, Lesbia, tus ojos;
Para mí de tus enojos
Los oculta siempre el velo;
Ellos causan mi desvelo,
Forman mi ilusion querida.
Mas ¡ay! mi dicha perdida,
Como el color á las flores,
Volverá con los albores
Del sol que les da la vida.

Ruego á la brisa en mi canto
Que al tocarte suavemente,
Cual beso grabe en tu frente
Mis suspiros y mi llanto.
Con tus gracias gozo tanto
Como el aura regalada
Con la flor, que perfumada,
A sus caricias se mece:
¿Y tanto afan no merece
Como premio una mirada?

Es tu mirada de amor
Como el brillo de una estrella;
Tan apacible, tan bella,
Encierra tanto primor,
Que á su encanto seductor
Se destierran los pesares,
Del pecho brotan cantares,
Y en el naufragio del alma
Pido amor y pido calma
A esa estrella de los mares.

Con su luz nace mi dia,
Nace mi aurora risueña,
Y un mundo infinito enseña
A mis ojos, de alegría:
Yo, Lesbia, te pediria,
Si por otro no suspiras,
Si por otro no deliras,
Con el alma apasionada,
Solamente una mirada;
Dímelo, Lesbia, ¿me miras?

MANUEL G. PRIETO.

ACUÑACION EN MÉXICO.

(CONTINUA)

Las cifras que expresan los resultados finales de los trabajos ejecutados, asignan el lugar respectivo de cada establecimiento; así es que por el órden de su importancia monetaria están actualmente colocadas de este modo:

Guanajuato.	S. Luis Potosí.	Chihuahua.
Zacatecas.	Culiacan.	Guadalajara.
México.	Durango.	Oajaca.

Vemos, pues, que México, casa de moneda única y exclusiva durante el gobierno colonial y que ha llenado al mundo con las riquezas salidas de sus talleres, hoy apenas ocupa el tercer lugar entre las de la República, siendo sus productos relativamente cortos.

México ha perdido su importancia fabulosa, que tanta fama le daba y tanta codicia encendia en el extranjero; le queda la indisputable primacía de la perfeccion en la labor, de lo apropiado y bien dispuesto de sus oficinas, de sus máquinas y procedimientos, que la hacen superior á todas las casas de

su especie. Gruesas cantidades han sido invertidas, ya en reparaciones al edificio, ya en adquirir útiles perfectos, y merced á ello y á una acertada direccion, se puede conservar en pié y sin acabar de perder su antiguo lustre.

Ya que á mano se nos presenta el estado de la acuñacion en el año pasado de 1868, nuestros lectores no llevarán á mal que les demos conocimiento de él. Héle aquí:

ACUÑACION DEL AÑO DE 1868.

MESES.	Marcos de oro de 21 quilates ó 875 milésimos.				Marcos de plata de 10 ds. 20 gs. ó 902,77 milésimos.				Valor del oro.		Valor de la plata.		Total.	
Enero	„	„	„	„	34,292	1	6	0	$ „	„	$ 292,000	„	$ 292,000	„
Febrero	„	„	„	„	40,646	5	7	0	„	„	346,057	85	346,057	85
Marzo	294	3	5	0	41,150	5	1	0	40,000	„	350,273	25	390,273	25
Abril	„	„	„	„	36,067	2	4	0	„	„	307,000	„	307,000	„
Mayo	297	3	6	0	42,633	7	7	0	40,512	„	362,892	15	403,404	15
Junio	8	1	3	0	27,357	7	0	0	1,110	„	232,861	95	233,971	95
Julio	58	6	0	0	54,396	0	4	0	8,000	„	463,000	„	471,000	„
Agosto	312	5	7	0	27,139	3	7	0	42,584	„	230,998	15	273,582	15
Setiembre	„	„	„	„	31,385	4	0	0	„	„	266,999	30	266,999	30
Octubre	132	2	7	0	46,353	1	0	3	18,000	„	394,000	„	412,000	„
Noviembre	75	4	1	3	56,705	7	4	0	10,272	„	482,000	„	492,272	„
Diciembre	289	7	7	3	51,190	7	4	0	39,440	„	435,122	70	474,562	70
	1,469	3	5	0	489,319	6	4	3	$ 199,918	„	$4.163,205	35	$4.363,123	35

V

Si ponemos la vista sobre las cantidades acuñadas en cada año, tendremos, como arriba dijimos, que el término medio corresponde á 17.492,770.72, y que al menos para los últimos años, computados los productos de las casas de moneda de Sonora, el término medio es al menos de diez y ocho millones.

En 1857 pasó la acuñacion de esta cifra; bajó en 1858 á diez y seis millones, indicando la guerra que ardia hácia el Norte; subió á diez y siete millones en 1859, para bajar á 15 millones al año siguiente de 1860, y de 1861 á 1867 se ha mantenido entre 17 y 18 millones constantemente. Los años mejores han sido 63, 64, 65 y 67.

La guerra, como es natural, daña las empresas comerciales y perjudica inmensamente á la minería; pero, entre nosotros, la baja en la acuñacion no indica de una manera absoluta la falta de trabajo en las minas. Acostumbrados como hemos sido á que la guerra sea nuestro estado normal, mientras está lejana influye poco en las especulaciones mineras, que tienen para sostenerse el punzante aguijon de la codicia, y solo la guerra cercana ó en el mismo mineral causa graves perjuicios, que es lo que hace bajar los productos. No toda esta baja, sin embargo, debe ponerse á cuenta del trastorno; una gran parte consiste en que los especuladores se aprovechan de la revuelta para exportar fraudulentamente los metales preciosos.

La primera cuestion que naturalmente se presenta es, si la plata y el oro amonedados constituyen ó no la cantidad total de los metales preciosos producidos por nuestras minas. La cuestion es fácil así colocada, y á priori puede resolverse optando por la negativa. El fundamento del aserto consiste en que la ley permite sacar en bruto de la península de California los minerales arrancados á la tierra; en que se conceden á veces permisos para exportar el oro y la plata pasta; en que, con todo y la vigilancia ejercida en los puertos, una no pequeña cantidad se extrae fraudulentamente; en que tambien parte de esos metales se emplean en la joyería ó en objetos de usos personales ó domésticos.

La cuestion se hace casi irresoluble cuando se pretende fijar la cantidad de oro y de plata que no llega á las casas de moneda. Mr. St. Clair Duport ha pretendido resolver este problema en su obra intitulada: «*De la production des métaux précieux au Mexique, considérée dans ses rapports avec la geologie, la metallurgie et l'economie politique. Paris, 1843.*» A la pág. 187 dice:—«No faltarian en México los documentos estadísticos para fijar la cifra verdadera del producto anual del oro y de la plata, ya para uno solo, ya para muchos años, si los impuestos se cobraran con la misma exactitud que en Europa; pero allá sucede de otra manera, alterándose singularmente los documentos oficiales, por la lucha constante entre los contribuyentes y el Estado.»

«Los derechos cobrados por los ensayadores á las barras, suministrarian una primera cifra para el oro y para la plata; mas no existe en el Ministerio de Hacienda un documento con la reunion de estos datos.»

«Por lo que toca á la plata, seria una buena indicacion el derecho de un real por marco de once dineros, cobrado por el Establecimiento de Minería; pero como este Establecimiento hace muchos años tiene por objeto especial procurar á los acreedores al fondo los mayores dividendos posibles, sus administradores han dado pocas indicaciones. Sin embargo, en un informe publicado en 1838, se encuentra que el término medio de los derechos cobrados durante cinco años corridos de 1833 á 1837, representa un producto anual, computado en marcos, de 1.205,621

«A esta cantidad aumentan los administradores la tercera parte por la plata que no paga derechos............ 401,873

«De donde se saca un total de...... 1.607,494

«Estos son marcos de once dineros, que calculados á $8\frac{1}{4}$ pesos cada uno, dan un valor de 13.261,825 pesos, para el producto de la plata; pero los mismos administradores aseguran que el tercio, calculado como no pagando derechos, debe considerarse como supuesto muy pequeño.»

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(*Continuará.*)

DESCRIPCION SINÓPTICA DE ALGUNOS IDIOMAS INDÍGENAS DE LA REPUBLICA MEXICANA.

(CONTINUA.)

EL ÓPATA.

La lengua ópata tiene las letras *rh*, *th*, *tz* de que carecemos nosotros. Le faltan los sonidos correspondientes á la *ch*, *f*, *j*, *l*, *ll*, *ñ*, *y*.

Casi todas las palabras acaban en vocal, pero comienzan con variedad. Hay algunas consonantes dobles: tambien se juntan dos ó mas vocales; pero dos consonantes diversas rara vez se juntan, pues cada una tiene su correspondiente vocal, lo que hace suave y fácil la pronunciacion.

El idioma ópata es polisilábico y rico en número de voces.

La composicion de las palabras es de bastante uso.

No hay formas especiales para distinguir el sexo.

Los nombres de animales irracionales y de cosas no tienen signo para expresar plural; de manera que es preciso hacerlo por medio de algun adverbio ú otra palabra que indique muchedumbre. Los nombres de seres racionales sí tienen plural, al menos algunos: de estos varios le forman con solo duplicar la primera sílaba; pero en la formacion de los otros no se observa sistema fijo.

El nombre tiene declinacion, que consta de tres casos, nominativo, genitivo, y otro que expresa dativo ó acusativo. Cuéntanse diez declinaciones que se diferencian por las terminaciones de los genitivos. El dativo se distingue del acusativo en que aquel va regido de verbos que llevan un signo, el cual indica el caso que rigen, ó bien por la *posicion* de las palabras en el discurso.

Los adjetivos carecen de plural, y pocos tienen declinacion. Terminan en *a*, *e*, *i*, *o*, y solo uno parece haber en *u*.

El nombre tiene varias clases de derivados, que se forman por medio de terminaciones. Por ejemplo: la terminacion *ragua* sirve para formar abstractos; *massi*, padre; *massiragua*, paternidad: con la terminacion *de* y otras se forman unos nombres que indican abundancia de lo que indica el primitivo; *denide*, lugar de luz; *chukide*, lugar de oscuridad.

Los grados de comparacion se expresan por medio de adverbios.

El pronombre personal se declina lo mismo que el nombre, sirviendo el genitivo de pronombre posesivo; v. g., *ne*, yo; *no*, de mí ó mio. Cuando los genitivos ó posesivos se usan en composicion, se anteponen al nombre, al cual se agrega una terminacion; v. g., *xunut*, maiz; *noxunugua*, mi maiz.

Pronombre relativo no hay en ópata; súplese con los participios.

Los modos del verbo son: indicativo, imperativo y optativo. No hay signos para distinguir el número y personas; uno y otras se conocen usando del pronombre. Los tiempos se marcan con terminaciones, aunque en el optativo concurren tambien algunas partículas. Ejemplos: *ne hiokaru*, yo escribia, se compone de *ne*, yo, *hio*, radical; *karu*, terminacion; *iruna ne hioseakiru*, ojalá que hubiera yo escrito; se compone de *iruna*, partícula que indica deseo; *ne*, yo; *hio*, radical; *seakiru*, terminacion. En participios es rico el verbo ópata, pues tiene tres *adjetivos*, uno de presente, otro de pasado y otro de futuro, y cuatro *sustantivos;* v. g., *hioka*, escritura presente; *hiokara*, escritura pasada; *hioseaka*, escritura futura, lo que se ha de escribir; *hioseakaru*, lo que habia de haber escrito. En gerundios aun es mas rico, pues tiene diez, los cuales corresponden á diferentes tiempos, y se usan unos con oraciones de un supuesto y otros con oraciones de dos supuestos; v. g., *hiopa*, en oraciones de un supuesto, y *hioko* de dos supuestos, significan *escribiendo;* pero en tiempo presente, es decir, *ahora*, *hoy*, *actualmente*.

Ademas de los participios hay varios nombres verbales, es decir, derivados del verbo.

Tambien se encuentran diferentes clases de verbos derivados para expresar diversas relaciones.

Del sustantivo, adverbio y aun preposicion se forman verbos, por medio de terminaciones; v. g., de *takat*, cuerpo, *takagua*, tener cuerpo; de *goko*, pino, *gokotu*, ir por pinos.

Es abundante el idioma en preposiciones y tambien en adverbios. Fórmanse algunos de estos, de los adjetivos terminados en *i*, cambiando esta letra en *a;* v. g., *takori*, esférico; *takora*, esféricamente.

FRANCISCO PIMENTEL.

(*Continuará.*)

RECUERDOS DE UN VIAJE.*

(BELGICA.)

SPA.

I

Hay sitios, como hechos, que se conservan en la memoria á través del tiempo, tan indelebles, que basta cerrar los ojos para que se reproduzcan en el espejo de nuestra imaginacion hasta en sus menores detalles.

Algunos años hace que visité la Bélgica y me detuve algunos dias en Spa. Era en el verano, estacion en que tan concurridos se ven todos los lugares de recreo y de baños en boga en Europa, y á pesar del tiempo trascurrido, si me recojo en el fondo del alma con mis recuerdos, se me aparece Spa con sus pintorescas calles, sus lindos hoteles, sus casas de blanca fachada y verdes persianas, y la multitud de gentes que circulaban entonces en ella.

Aun te miro á tí, blonda extranjera, que rápida como un ensueño, pasaste delante de mí, dejándome herido el corazon de tal modo, que ni el tiempo ni la distancia han bastado á curarle. En Spa te conocí, allí te amé y te perdí, para nunca volver á verte. ¿Quién eres? ¿dónde estás? No lo sé. Angel de amor, tu imágen está perenne en mi cerebro. Aun aspiro contigo en mi corazon el aroma de aquellas horas de ilusion y de entusiasmo que pasaron con mis años de fé y de esperanza. Al recordarte, me parece que acarician mis sienes las brisas embalsamadas del paseo de las Siete Horas, bajo cuyos árboles seculares soñamos juntos una dicha no cumplida, porque no es de la tierra. Tu voz aun resuena en mi oido, melodiosa como las notas de la música, que juntos escuchábamos allí en las horas melancólicas del crepúsculo vespertino..............

....

....

II

Spa, dice el Guía del viajero, gefatura del canton de Verviers, á 27 kilómetros al S. E. de Lieja, á 3° 29′ 50″ longitud oriental del meridiano de París, á 50° 31′ 20″ latitud Norte y á 332 metros sobre el nivel del mar.

Las aguas minerales de Spa son vivamente recomendadas por el *Diccionario de medicina*, y gozan de una reputacion universal. Esencialmente ferruginosas, frias y gaseosas, tienen propiedades fortificantes y aperitivas, y participan á la vez de las de las aguas de Forges y de Vichy. Encierran una proporcion considerable de ácido carbónico, que Alibert estima en cinco veces su volúmen. Al visitar los manantiales, se fija la atencion en el ruido continuo causado por el desprendimiento del gas, ruido que los naturales llaman el *canto de la fuente.*

Henaux dice que la ciencia debe á las aguas de Spa la palabra *gas*, introducida en ella por Van Helmont, padre, quien la derivó del antiguo aleman *gahst* (en el moderno *geist*, espíritu), con que designa aquel todos los fluidos aeriformes dotados de trasparencia y compresibilidad, y que no pueden confundirse con el aire atmosférico. Las aguas minerales de Spa encierran carbonato de fierro, de soda, de cal, de alúmina y de magnesia, así como muriato y sulfato de soda. Son muy claras y espumosas, y su sabor es ligeramente acre. A esta clase de manantiales llamaban los antiguos *fuentes sagradas.*

Tanto las aguas minerales como las dulces de Spa, teinen la propiedad de matar instantáneamente las lombrices de tierra, ranas, camarones y pescados que entran en ellas. Las minerales de Spa no tienen iguales propiedades en todo tiempo. Cuando amenaza lluvia, se enturbian y pierden una parte de su accion curativa. Esta observacion, en extremo curiosa y confirmada por la experiencia, la atribuye el doctor Xthrouet á la presion atmosférica.

Ovidio en sus *Metamórfosis*, dice que las aguas de la fuente de *Lincestius* embriagaban como el vino. Las aguas de Spa producen el mismo efecto, debido á la presencia del gas ácido carbónico.

Debemos advertir aquí que las propiedades de los diferentes manantiales de Spa son tambien diversas en sus efectos.

En 1692, un terremoto cambió el curso de las aguas minerales de Spa, convirtiéndolas en dulces, por la desviacion que hizo sufrir á un manantial de estas últimas, mezclándolas con aquellas. Descubierto esto, fué prontamente reparado el mal por la industria de los hombres.

III

La moda ha hecho de Spa uno de los centros de recreo de la sociedad elegante de Europa, principalmente de la inglesa, en el verano.

Entre los viajeros ilustres que la han visitado, se cuentan la hermosa y célebre Margarita de Valois, primera mujer de Enrique IV; Descartes, Alejandro Farnesio, nieto de Cárlos V; Cárlos II de Inglaterra, Cristina de Suecia y Monaldeschi, y posteriormente *Felipe-Igualdad*, de triste memoria, la duquesa de Orleans su esposa, Mme. de Genlis, Alfieri, Luis Felipe, rey de los franceses, y el gran compositor Meyerbeer.

El orígen de Spa data del siglo VII. Su nombre se deriva del celta *Spaz* (fuente), segun unos; del latin *Spes* (esperanza), segun otros; no faltará quien traiga su etimología de *Spo* (fuente de la vida) en el idioma sagrado de la India. Algunos médicos de los siglos pasados, al hablar de Spa, derivan su nombre de *Spada* (espada), haciendo relacionar su nombre con las célebres fábricas de armas de Liège.

IV

Las diversiones de que goza allí el viajero, consisten en bailes, paseos en la ciudad y los alrededores, y principalmente en el juego.

Los paseos de la ciudad son varios, y el mas hermoso y agradable es el de las Siete Horas, alameda de árboles seculares, donde orfeones belgas y alemanes dan conciertos al aire libre, así como las músicas militares, contratadas con tal objeto.

El paseo de la Montaña ofrece gran interes por los accidentes del terreno y la hermosa vista de Spa y toda la comarca.

En los alrededores, á caballo, en asno ó en carruaje, se debe visitar principalmente la cascada de Coo, que aunque formada artificialmente, ofrece el aspecto interesante de una obra de la naturaleza.

Una de las excursiones que hacen con mas frecuencia los que visitan á Spa, es la del castillo, ó mejor dicho, de las ruinas de Franchimont, que en la edad média fué la capital de un marquesado, á que pertenecia Spa.

Para nosotros, poseedores de las magníficas ruinas del Palenque y de Mitla, rivales por su esplendor de las de Pompeya y de Herculanum, poco interes ofrecen los restos de los castillos de la edad média, los de los templos druídicos, y aun muchas de las ruinas de la arquitectura de los romanos y griegos, que el viajero europeo contempla con la avidez que nosotros debiéramos emplear en investigar los grandiosos recuerdos arqueológicos que encierra nuestra patria, tan interesantes para nuestra historia como para la de América toda.

V

La Redoutte, del italiano *Ridotti*, reunion, es el nombre de la casa de juego de Spa, donde tambien se dan los bailes, frecuentados particularmente por los extranjeros, que reciben gratis sus invitaciones. Para los vecinos de la poblacion, la entrada es de paga.

El juego allí consiste en el *treinta* y *cuarenta* y la roleta.

Napoleon I pensaba que un dia el cálculo acabaria con los banqueros y la banca. Será un bien para la humanidad, pues destruidas las inmensas ventajas del banquero, el juego concluiria, no habiendo quien quiera regalar su dinero.

Entre las diversas operaciones formadas contra la banca, vamos á referir una anécdota que oimos contar en Spa á testigos presenciales de los hechos.

Dos jóvenes prusianos ganaron considerables sumas á la roleta por medio de una combinacion sencillísima, fruto de sus observaciones.

Habiendo notado que todas las mañanas los criados de la sala de juego frotaban el cilindro de la roleta con tízar, calcularon que algunas partes sufririan naturalmente una presion mayor para quedar brillantes, y que entonces algunas moléculas de cobre quedarian mas hundidas que las otras, de un modo invisible, pero palpable en los resultados. La bola de marfil, extraviada de su camino por tales tropiezos, se detiene en determinados números, y esa es la razon porque salen en un dia repetidas veces los que la víspera tal vez para nada se vieron.

Hecha esta observacion, uno de los jóvenes se establecia durante dos horas en la sala de juego, anotando los números salientes; al cabo de ese tiempo, ambos jugaban á los que mas se repetian. De este modo obtuvieron considerables ganancias en Spa, Homburgo, Baden y otros sitios de juego.

VI

La industria de Spa consiste en porcelanas y cristales; pero su especialidad son los abanicos, cajas y otras chucherías de madera pintada, imitacion de la China.

Los que se ocupan en tal industria, preparan la madera con una larga infusion en agua mineral, la que le da un tinte gris; sobre este fondo pintan animales, flores, árboles, etc., etc. Los extranjeros hacen un gran consumo de tales artículos.

Tambien es célebre el calzado de Spa.

GONZALO A. ESTEVA.

EL CABALLERO DE TOGGENBURGO.

POESIA DE SCHILLER
TRADUCIDA DIRECTAMEMTE DEL ALEMAN.

«Caballero, amor de hermana
Este corazon os brinda;
No habrá otro amor que le rinda
Ni que le haga padecer.
Tranqüila estoy cuando os miro,
Tranquila si estais ausente;
Vuestro oculto llanto ardiente
Yo no puedo comprender.»

Con mudo dolor la escucha
Y su alma se hace pedazos,
La estrecha en fuertes abrazos
Y se aparta en su corcel.
Y en Suiza frente á los suyos
Su noble intento revela,
Y al Santo Sepulcro vuela,
La cruz en el pecho fiel.

Allí el brazo de los héroes
Se cubre de gloria suma,
Y de sus cascos la pluma
Tiñen en sangre de Agar.
Y de Toggenburgo el nombre
Es del musulman espanto;
Mas de su pecho el quebranto
Ni un punto logra calmar.

De sufrirle cuenta un año,
Sus fuerzas agota el tedio,
Y no encontrando remedio
Deja el campo del honor.
Y en Jope una nave mira
Que las velas ha tendido,
Y boga hácia el dulce nido
Donde respira su amor.

Y del castillo á la puerta
Llama latiéndole el seno;
¡Ay! la abren y cual de trueno
Escucha esta dura voz:
«La que buscais ciñe el velo;
Del claustro es vírgen modesta,
De su boda ayer la fiesta
Fué con el Hijo de Dios.»

Y abandona para siempre
De sus padres el castillo,
Y á ver no vuelve el caudillo
Sus armas y troton fiel.
Y sale de Toggenburgo
De incógnito, mustio y triste,
Y de áspero paño viste
Tan noble apuesto doncel.

Y construye una cabaña
Junto á los sitios tranquilos
Por donde entre verdes tilos
Puede el convento mirar.
Y desde que apunta el dia
Hasta que la noche viene,
Muda esperanza mantiene
Sentado solo en su hogar.

Y mira hácia el monasterio
Sin parar hora tras hora,
Hasta que del bien que adora
La ventana oye crujir.
Y el lindo rostro contempla
De la hermosura divina
Que al hondo valle se inclina,
Angel de dulce existir.

Y despues en duro lecho
Consolado se dormia,
Pensando en el nuevo dia
Que ya se tarda en venir.
Y así pasa en el retiro
Largos años sin cansarse,
Aguardando sin quejarse
De la ventana el crujir.

Y el lindo rostro contempla
De la hermosura divina
Que al hondo valle se inclina
Como el ángel de la paz.
Reclinado allí, cadáver
Se le encuentra una mañana,
Y vuelta hácia la ventana
La muda y pálida faz.

José Sebastian Segura.

México, Abril 19 de 1869.

PAISAJE.

A MI AMIGO GONZALO A. ESTEVA.

Cuando se deja la planicie inmensa
Do México, cual ánade, suspensa
En sus lagos se ve,
Y en rápidas pendientes el camino
Llega, cruzando la region del pino,
Del alta mesa al pié;
Se abre de pronto el encrespado monte,
Se dilata sereno el horizonte
En lejano confin;
Cual oásis que el árabe vió en sueño,
Aparece magnífico el risueño
Valle de San Martin.
Dan marco digno á sus extensos planes,
Coronados de nieve, los volcanes
Que brillan con el sol;
Quiébrase la intrincada serranía
Fingiendo ante la vária luz del dia
Peregrino arrebol.
Al blando impulso de favonio amigo
Miente onduloso mar el rubio trigo
Que el grano inclina ya:
Por él, líquida sierpe, sus raudales
Lleva un rio entre verdes carrizales,
Y en pos el alcion va.
Dejan ver como islotes su verdura
En la amarilla plácida llanura
Los árboles allí:
El sol mas lejos con su rayo baña
La torre, el caserío, la cabaña,
Los bueyes y el mastin.
En rudo canto su amoroso ruego
Murmura en las campiñas el labriego
Apañando la hoz;
Y amoroso rumor forman mezclados
El rio, el viento, el eco en los collados
De aquesa humana voz.
Mas, bajo el pabellon de oro y zafiro,
Al extremo oriental ¿qué es lo que miro,
Que absorta el alma está?
Perfil opaco, más azul que el cielo,
De alta montaña en el nativo suelo,
De otras cien mas allá.—
¡No es ilusion! ¡El Cofre! Su cuadrada
Roca inmensa, en el éther destacada,
Al cabo torno á ver.
La tempestad en ella forja el rayo:
Manto de nieve en el ardiente Mayo
Cubre su desnudez.
Préstanle base lóbregos pinares
En que rebrama el norte, cual los mares
En recio temporal:
Con ronco estruendo y grave pesadumbre
Desprenderse y rodar desde la cumbre
Suele el alud fatal.—
Un dia, de su cráter ya cegado,
El fuego hasta el Atlántico irritado
En rios descendió.
El estrago enarrar quiso la historia,
Y hasta la playa el rastro halló en la escoria,
Pero su fecha no.—
¡No es ilusion! ¡El Cofre! De esmeralda
En su mas extendida y rica falda,
La que al Oriente ve,

LA CONVERSION DE OMAR.

ORIENTAL.

Mahoma está de Safa
Sentado en la colina;
Profeta que el espíritu
Enciende del Señor,
Las glorias de otro mundo
Predica en su doctrina,
Las glorias que reserva
Al justo el Hacedor.

Sentado está Mahoma
En la desnuda peña,
Radiando están sus ojos
En santa inspiracion;
Y á los creyentes fieles
Que le rodean, enseña
Los goces con que brinda
La nueva religion.

En un verjel ameno
De frutos y de flores,
Donde las rosas crecen
En sempiterno Abril;
De hurís de negros ojos
Promete los amores
A los creyentes fieles
De su doctrina aquí.

En tanto, de Mahoma
Por su adhesion amado,
Alí de la colina
Vigila alrededor:
Las asechanzas teme
Con que el infiel osado
Sacrílego al Profeta
Persigue del Señor.

Por el vecino valle
La vista inquieto tiende,
Y ve un ginete al lejos,
Que en rápido corcel,
Como el simún ardiente
Que los espacios hiende,
Veloz corre á la altura
Do está el creyente fiel.

Omar es el ginete
Que corre á la colina,
El ínclito guerrero
De férvido valor;
Aquel que el esterminio
Juró de la doctrina
Que predicó el Profeta
En nombre del Señor.

¡Ya llega! ante el guerrero
Dispérsase azorado,
Cual tímidos corderos
Que el lobo persiguió,
El bando, y al Profeta
Se mira desarmado,
Que ante el feroz guerrero
Impávido quedó.

Guerrero, ¿qué detuvo
Tu brazo que no hiere
Al que osa así tu esfuerzo
Temido contrastar?—
El que la vida rinde
Por el Señor, no muere,
Porque á otra vida nace
De eterno bienestar.

¿Por qué del cinto pende
Tu cimitarra ociosa?
A la doctrina nueva
Juraste destruccion.
¡Y ahora se doblega
Tu frente temerosa,
Y tiemblas como niño
De débil corazon!

Mas el guerrero clama
«¡Confieso á Alá y su enviado!»
Y se prosterna y ora,
Creyente ya, al Señor:
Y tórnase el Profeta
Al pueblo amedrentado,
Y «¡Omar» exclama, «fieles,
En la verdad creyó!»

GONZALO A. ESTEVA.

1864.

ACUÑACION EN MÉXICO.

(CONCLUYE.)

«A consecuencia de los permisos de exportacion concedidos por el gobierno, y de la exportacion ilícita, no es posible tampoco obtener indicaciones exactas acerca de las cantidades amonedadas, y todavía menos de los derechos de exportacion, que se encuentran en las oficinas mucho menos que los de ensaye. En semejante caso, la amonedacion correspondiente á 1841, en cuyo año no se concedieron permisos para exportaciones, es el punto de partida mas seguro, añadiéndole únicamente lo que corresponde á la exportacion fraudulenta. Esta industria se ejerce poco en los puertos del Golfo, vigilados como lo están, así de parte de tierra como de mar; de manera que, por este rumbo, es poco empleado el medio de caminar con las barras sin los documentos en que conste el pago de los derechos, con peligro de perder las especies. De otra manera acontece en los puertos del Pacífico; los caminos están menos vigilados, las minas están mas cercanas á las costas, y por eso la exportacion fraudulenta se aventura á evitar el total de los derechos, que representan al menos la sétima parte de las especies que pueden ser decomisadas, estimulante contra el cual es impotente la ley. Conforme á las noticias que he podido recoger acerca de los embarques clandestinos, y que me han servido de guia para avaluar las cantidades de oro y de plata que, en mi concepto, deben adicionarse á la cifra de la amonedacion, á fin de conocer la produccion de estos metales en 1841,

creo que el oro y la plata en barras, exportados por los puertos del Pacífico, sube á 4.507,205 pesos.»

«La amonedacion para 1841 presenta un valor de

	751,058	pesos en oro.	12.731,737	pesos en plata.
Añado..	1.250,942	„	3.268,263	„
Total...	2.000,000	„	16.000,000	„

«Estos valores representan, á ley de la moneda mexicana, 12,687 marcos de oro (2,958^{k}) y 1,777,777 marcos de plata (468,676^{k}.)

«Se notará tal vez que en las cifras aumentadas á la acuñacion, el oro figura en una proporcion excesiva con respecto á la plata; la observacion perderá su peso considerando que de todos los distritos de México, el de Sonora es el que produce mas oro, y que no se trata únicamente del oro obtenido por la amalgamacion, que en Guadalupe y Calvo y en Durango representa un tercio de las cantidades amonedadas en 1841, sino tambien del mismo metal obtenido directamente en el lavado de las arenas, industria muy usada en aquella parte del país; y es bien sabido que un pequeño volúmen de gran valor, es una buena garantía para evitar los derechos.»

«La exportacion clandestina en barras, por los puertos del Golfo, debe haber sido casi nula en 1841; la cifra que indiqué corresponde solo á las costas del Sur; y si parece á primera vista exagerada, se hará admisible considerando, como tengo certeza de ello, que el valor de los metales preciosos, embarcados el año de 1840 en buques de guerra ingleses por los diversos puertos de México situados en el Pacífico, se elevó á mas de seis millones de pesos.»

«Segun el estado de los principales distritos mineros, en los cuales pasé el año 1842, me parece que el producto de las minas no ha tenido progreso sensible despues de 1841.»

Hasta aquí el Sr. St. Clair.

No voy á resolver la cuestion; no tengo elementos para ello. Por otra parte, el problema es muy complexo, y depende de multitud de circunstancias, públicas las unas, particulares las otras, aun algunas obra solo de la casualidad, como la de que entre en bonanza mas ó menos rica un distrito minero. Así la avaluacion de los metales preciosos que rinden nuestras minas, no es, ni puede ser constante; debe variar á ciertos intervalos, subir ó bajar segun influyan las causas que determinan los productos. Aventuraré solo algunas conjeturas, que las personas competentes pueden discutir y llevar á la verdad.

Desde 1772, la acuñacion en México subió y pasó de 18 millones anuales; pues si bien en algunos años subsecuentes disminuyó considerablemente, aumentó en otros de una manera prodigiosa, manteniéndose casi constante el término medio. El máximum lo marcan los años de 1804 y 1805, en que la acuñacion pasó de 27 millones; disminuyó luego, pero manteniéndose entre 26 y 19 millones que corresponden á 1810, año en que comenzó la guerra de Independencia. Esta ejerció fatal influjo sobre las minas: de 1811 á 1817 el término medio de la acuñacion es de poco mas de 7 millones: apenas hubo esperanza de paz, la cifra subió, de 1818 á 1820, á 11 millones.

Durante el gobierno colonial, en que pocos puertos estaban abiertos al comercio; en que arribaban pocos buques extranjeros á nuestras costas; en que el órden establecido hacia mas eficaz la vigilancia; en que, por último, el fraude no se tenia por inocente ni estaba convertido en ramo de especulacion, la amonedacion representaba poco mas ó menos el producto de las minas. La diferencia que deberia agregarse consistiria en los pocos permisos que se concedian para la exportacion en pasta, y en la cantidad de metales preciosos empleados en la joyería, en objetos del culto, en el adorno de los utensilios y en la fabricacion de las vajillas. Habia fraude, pero era insignificante; de manera que á la cantidad de moneda no habria que añadir arriba de un décimo de lo acuñado en cada año.

A principios de este siglo, el señor baron de Humboldt fijaba el producto medio de las minas de la Nueva España en 2.500,000 marcos de plata: reducidos á moneda, los hace equivalentes á 22 millones en plata y uno en oro, lo que da 23 millones para el producto medio de los metales preciosos. Los 1,600 kilógramos de oro y 537,000 de plata, formaban, en su concepto, la mitad del valor de lo extraido de las minas de todas las Américas.

De 1821 á 1823, la acuñacion disminuyó hasta nueve millones, cantidad menor que en los tiempos de la revolucion de independencia; todavía fué menor en 1825 y 1826, que bajó á ocho millones; pero en seguida aumentó á diez millones en 1827, subiendo progresiva aunque lentamente hasta llegar á 15 millones en 1847.

En tales circunstancias, el Sr. St. Clair Duport establecia, refiriéndose á lo acuñado en 1841, que el producto de nuestras minas podia estimarse en 18 millones. Para ello aumentaba el valor del oro en mas del duplo, agregaba al de la plata mas un cuarto del total, y dejaba los números finales en la relacion de uno á ocho. Hemos visto cuáles son los fundamentos de su dicho, que á mí no me toca contrariar.

La Memoria del ministerio de Fomento, publicada en 1868, calcula la produccion anual de las minas del país en veinte millones, y esto admitiendo una acuñacion de diez y ocho millones; se infiere que solo admite de mas la suma de dos millones.

Si se atiende á que la confianza pública no está asentada del todo; á que la vigilancia en las costas no se hace en todas direcciones con la misma severidad, siendo muy sabido que por Túxpan se extraen varias cantidades de minerales, y que en el litoral del Pacífico se mantiene un crucero para la exportacion del oro y de la plata; si se tiene en cuenta la piedra sacada de California, y no se desprecia lo

que en especies queda entre nosotros para la joyería y demas usos, el cálculo de una tercera parte mas, añadida al monto de la amonedacion, no parecerá exagerado en lo relativo á la plata.

Cálculo tambien pequeño será el que admita un aumento de la mitad para lo acuñado en oro. Este metal, por su menor volúmen en mayor valor, incita mas á la codicia y se presta de preferencia al fraude; se emplea mas que la plata en la joyería, y tiene otras muchas aplicaciones.

La hipótesis que de aquí resulta, si bien no está fundada en datos oficiales, descansa en datos aproximativos que les quita el carácter de completamente arbitrarios; y como de intento he tomado los supuestos menores, el resultado que se obtenga se acercará al mínimum, y no quedará en el ánimo la duda de que se haya cometido error por exceso.

Bajo estos supuestos, el término medio de la acuñacion, en los once años corridos de 1857 á 1867, hemos visto que sube á 17.492,770, 72.

El oro entra en esta cifra por valor de 1.008,914.	
La plata será entonces 16.483,914.	
Aumentada la plata en un tercio, dará...	21.978,552.
Aumentado el oro en un medio.........	1.513,371.
Suma............	23.491,923.

Veintitres millones y medio será actualmente, siguiendo mis conjeturas, el término medio del producto de nuestras minas.

Esta cifra es la misma que la propuesta por el señor baron de Humboldt para principios de este siglo. Se objetará que siendo menos bonancibles nuestros tiempos, mal puede contentar un resultado que hace estos idénticos á aquellos. Contestaré que de 1772 á 1809, el término medio de la acuñacion se sostiene en 23 millones, lo cual indica que el producto de las minas era superior al expresado por ese número. El fraude era poco; pero se permitia alguna extraccion en pasta, y el metal consumido en objetos de lujo era diez ó mas veces mayor que ahora, porque así lo querian las costumbres. La cantidad acuñada debia, pues, adicionarse, aunque no fuera en la misma proporcion que yo lo hago; y por pequeña que fuera, siempre resultará que los veintitres millones calculados por el Sr. Humboldt pecan por defecto, y que se quedó corto en su avaluacion.

VI.

Hé aquí reformado mi artículo de 1866: lo doy al público por lo que valga y con deseo de que sirva siquiera como dato estadístico. Bien lejos estaba yo de pensar en aquel año, que muchas de las líneas del escrito las habria de repetir bajo el techo hospitalario de la casa de Moneda de México, y tomando parte, hasta como obrero, en la acuñacion. No es esto una queja, no; de la mano de Dios viene el trabajo honrado de donde saco el pan para mis hijos. Repito que no es queja; consigno un hecho. Mi labor no puede concluir con una palabra que pudiera creerse arrancada por el despecho; debe terminar con un recuerdo de gratitud de las personas generosas que me han tendido su mano amiga en la desgracia.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

EN UN JARDIN.

Quiero pintar esas flores
Que como con alma viven;
Con sus hermosos colores
Sonriendo la luz reciben,
Y duplican sus primores.

Ya les percibo semblantes,
Ya soltura desdeñosa;
Ya se mecen inconstantes;
Asidas á encina hojosa
Flotan al viento colgantes.

Ya en olas de oro y de grana,
Agitándose en el suelo,
Al aura de la mañana
Le forman al arroyuelo
Orla vistosa y galana.

Su aroma es como un acento
Que al alma canta ó le llora,
Que va confiándole al viento
Arrullos con que enamora
Nuestro alegre pensamiento.

¿Quién pintarlas cuando juegan
Y á la abeja ufanas mecen,
Cuando su cáliz doblegan?
¿Y quién, cuando se estremecen
Sobre el agua á que se entregan?

En los verjeles contento,
En los desiertos encanto;
Preces en el altar santo,
En el festin, ornamento....
En las tumbas, cuasi llanto.

Rompe tu pincel, pintor,
Que de impotencia murieras
Si audaz, una sola flor
De estas, retratar quisieras
Con su gala y su esplendor....

GUILLERMO PRIETO.

REMINISCENCIAS DEL COLEGIO.

PRODUCCION DEL FINADO ESCRITOR MEXICANO

DON RAFAEL ROA BÁRCENA.

I

Carácter de nuestro Doctor.

Seguiamos nuestros estudios en el colegio Carolino de Puebla, y recuerdo que luego que acabábamos de comer, nos reuniamos en un cuarto cosa de una docena de estudiantes á esperar á nuestro Doctor, no tanto para que curara á los que estaban enfermos, cuanto para oir de su boca alguna historieta de las mil que brotaban siempre de la imaginacion brillante de aquel hombre, lleno de chistes y de las salidas mas ingeniosas.

El Doctor era de edad avanzada, como lo indicaba su cuerpo ya encorvado, y aunque gesticulaba mucho, tal vez á causa de la escasez de su vista, era muy respetable y simpático. Nunca le ví dejar su baston con puño de oro, y en cuanto al sombrero, lo arrojaba en cualquiera parte al entrar, permaneciendo casi siempre en pié para dar mayor fuerza con su ademan á sus expresiones; y cuando se dirigia hácia la ventana, sus blancos cabellos se agitaban sobre su frente á la merced del viento. Si se quiere saber algo de su carácter, basta citar una de sus ocurrencias relativas á su profesion.

Cierto viérnes de cuaresma en que habia pláticas doctrinales á las que debiamos concurrir á una iglesia próxima, más de seis estudiantes querian excusar la asistencia, y esperaban, á costa de una medicina ligera, ser considerados como enfermos para lograr su objeto. Llega nuestro Doctor y pasa lista á los presuntos enfermos, unos vendados de la cara, otros de la cabeza, y quiénes de una y otra; álguien se queja de terribles dolores en el hígado; éste manifiesta conatos indudables de náuseas, y no faltó atrevido que le pronunciara una larga disertacion sobre la gastritis de que decia adolecer y que, en su concepto, amenazaba ya pasar á su segundo período. Nuestro Doctor aplica el lente—que lo usaba, y de tamaño prodigioso;—observa las lenguas, reconoce con tiento los pulsos, y oprime levemente el vientre de los mas achacosos; y cuando ya pareció poseido del conocimiento de los males de todos, toma el recetario de manos del enfermero que le contempla extático; observa de nuevo con su gran lente y cerrado un ojo, á todo su inválido auditorio, y traza luego con la pluma unos caractéres tan raros y menudos, que los estómagos de los estudiantes comienzan á sentir presunciones vehementes de alguna catástrofe funesta.

«Las influencias de la estacion que atravesamos actualmente, amiguitos mios—dijo el Doctor rompiendo el silencio—amenazan ahora más que nunca con el desarrollo de cierta epidemia muy frecuente en los tiempos antiguos en estos países situados bajo la zona tórrida. Los síntomas de tal enfermedad, terrible bajo todos aspectos y muy funesta en sus consecuencias, son muy varios y se fijan en cualquiera parte del cuerpo, á veces con dolores agudos y á veces produciendo tan solo general desaliento. Vistos llevo en el dia algunos casos de este mal gravísimo y que por inexperiencia confundí de pronto con otras enfermedades comunes, por presentarse con síntomas semejantes á los de estas; pero ya considero los preludios del mal con una precaucion que es indudable ahorrará muchos padecimientos á la humanidad. He recetado, en tal virtud, cosas simples, es cierto, pero que seguramente atajarán una enfermedad que si llegara á estacionarse en un colegio como este, no dejaria de contagiar más que á los libros.»

Habló con tal seriedad y conviccion nuestro Doctor, y lanzó al través de su lente una mirada tan lastimosa á aquellos desgraciados, que le veian con indecible sorpresa, que todos quedamos persuadidos de su formalidad, y hasta comenzamos á sentir indicios mas ó menos graves de aquella epidemia que tanto habia asustado á nuestra imaginacion.

No pasó mucho tiempo sin que viéramos entrar al enfermero cargado de una media docena de botellas de un líquido verdoso, y una enorme marmita, llena hasta el borde de manteca lavada. El Doctor examinó con su lente las medicinas, habló dos palabras al oido al vicerector del colegio, y todos nos dirigimos con paso grave á la enfermería. Dispusiéronse en ella á toda prisa seis camas, fueron llamados los enfermos y despojados de su ropa, muy á pesar suyo, quedando desnudos y entre sábanas. Diré, por último, que, al mandato del Doctor, aquellos infelices sufrieron sucesivamente de piés á cabeza una larga friccion de manteca lavada, siendo obligado en seguida cada cual á apurar un enorme vaso de infusion de yerbabuena, tan fea y tan fuerte, que no pasó un cuarto de hora sin que se armara allí un concierto terrible en que se disputaban la voz el agudo gastritis, el hígado con espada en mano, y los dolores de cabeza, que tanto molestaban anteriormente á los pobres estudiantes, y que eran ya muy poca cosa en comparacion de las angustiosas náuseas y de lo pegajoso de la manteca.

El Doctor volvió á pasear su lente sobre aquellas fisonomías abatidas, y con voz ronca dijo, al salir, al enfermero:

—Basta ya. Todos estos jóvenes quedan fuera de peligro.

Cuando despues supimos que el Doctor habia comprendido perfectamente la clase de enfermedad de aquellos estudiantes y que les habia jugado la mala pasada de la manteca y de la yerbabuena, no pudimos menos de reirnos gran rato á costillas de nuestros infelices compañeros, quienes conservan hasta hoy el peregrino sobrenombre de *los amantecados*.

II

Algunos antecedentes de D. Roque Maldonado.

Hablamos un dia sobre diferentes materias que el Doctor exornaba con sus chistes, y á poco pasamos al capítulo del amor. Nuestro facultativo lo consideró como una de tantas enfermedades á que están sujetos los hijos de Adan, clasificándolo en la categoría de las mas peligrosas en su esencia y por sus accidentes; pero no satisfecho de que le creyésemos bajo su palabra, nos refirió dos historias para demostrar ambos puntos; y de ellas solo recuerdo ya la del amor funesto por sus accidentes. Héla aquí, y el Doctor es quien habla.

—Tuve hace treinta años (el Doctor contaba ahora mas de sesenta) un compañero llamado Roque Maldonado, muchacho atrevido en sus empresillas de aquella época, y dotado de cierto tino para salir airoso en los lances que él mismo preparaba, aunque no faltaron ocasiones é incidentes que burlaran su ingenio y malicia. Hasta el cuarto año de medicina, Maldonado siguió los estudios, si no contento, al menos resignado; pero siendo su familia de muy escasa fortuna, los trabajos que iba pasando en su alimentacion y vestido le aburrieron á tal punto, que iba ya á desistir de una carrera que le producia solo gastos, cuando una circunstancia muy ajena á su prevision, mejoró en gran manera el triste estado de su propia fortuna.

Solia Maldonado ir á estudiar la materia de sus clases á los claustros del convento de Santo Domingo, y una mañana que concurrió allí como de costumbre, se halló tan hambriento por haberle faltado el desayuno, que, cerrando el libro, comenzó á mirar las pinturas de las paredes, por si distraia así su apetito mientras la Providencia le enviaba siquiera un pedazo de pan. Contemplaba asombrado el cuadro de un gigantesco San Cristóbal, y se entretenía pensando en lo mucho que deberia comer aquel santo para alimentarse en proporcion á su estatura, cuando se le acercó un criado trayendo una canasta que, por su apariencia, indicaba contener un sabroso almuerzo. Maldonado túvole por un cuervo milagroso enviado del cielo á alimentarle, y procuró disimular el vivo placer que le causaba aquel hallazgo. Acercósele el mozo, y con voz apagada por respeto al claustro, le preguntó por el padre Morelos.

—¡Ah! ¡sí! ¡mi tio!—dijo el estudiante con la mayor gravedad del mundo.—¿Por qué habias tardado tanto con el desayuno?

—Pues señor—contestó el mísero criado—como apenas hoy entré á servir en casa de Su Paternidad, aun no sé cómo se hacen las cosas.

—¡Ah! pues entonces, eres disculpable. Vé á pedir abajo á los sacristanes la llave de la celda, porque mi tio está diciendo misa, y vuelve prontó, que aquí te espero con la canasta.

En efecto, desapareció el mozo por los recodos del claustro, y Maldonado se echó sobre la canasta, y en un abrir y cerrar de ojos la aligeró de dos pasteles rellenos, una exquisita torta de frijoles y dos de pan, coronando la obra con empinarse la vasija de pulque que servia como de punto de apoyo á las demas provisiones. Luego que se sintió con el estómago lleno, quiso ponerse en salvo, y atravesó rápidamente el claustro, dejando la canasta bien cubierta con la blanquísima servilleta, y como si estuviese intacta.

Fácil es concebir la sorpresa del padre Morelos al saber la aparicion de un sobrino cuya existencia no sospechaba, y la desaparicion de su almuerzo; y desde luego le ocurrió quién pudiera ser el protagonista de la aventura, pues veia con frecuencia á Maldonado estudiando en las inmediaciones de su celda. Pero sucedió que cuando este llegaba al tercer corredor, hubo de encontrarse de manos á boca con el padre provincial, á quien conocia y con quien habia consultado algunos temas de filosofía en el tiempo en que la estudiaba.

—¿Qué ocurre al Sr. D. Roque, que va tan de prisa?—le interrogó el provincial, asiéndole al mismo tiempo de las abiertas alas de su barragan.

—Nada, padre provincial; déjeme vd., que el padre Morelos está furioso.

—¿Furioso? ¿Y cuál es la causa? ¡Vamos allá! ¡Cuando él es tan pacífico!

—Disputábamos un punto de derecho natural, y se ha exaltado.

—Pero ¿qué disputaban?

Entonces el provincial abrió la puerta de su celda, que no distaba mucho, y empujando á Maldonado hácia adentro, y siguiéndole, cerró con tiento tras sí.

—Vamos, amigo mio, cuénteme vd. esa disputa que tanto ha exaltado al padre Morelos.

De advertir es que el provincial se complacia siempre que alguna leve contrariedad impacientaba al padre Morelos. En cuanto á Maldonado, ya habia tenido tiempo de serenarse, y es tambien de advertir que cuando estaba sereno, fraguaba mucho mejores salidas que alterado.

—Ha de estar vd., reverendo padre—comenzó Maldonado, limpiándose el sudor de la frente—que hace mas de veinte dias que me emplazó el padre Morelos para que discurriéramos hoy sobre ciertos temas que me dijo habian trabajado mucho su imaginacion allá en su época de estudiante.

—¿Y bien?......—interrumpió el provincial mirando á Maldonado por debajo de sus espejuelos y echando para ello hácia atrás su venerable calva de un modo alarmante. D. Roque prosiguió:

—Despues de andar de aquí para allí en varias materias espinosas, como el alma de los brutos, el sistema del influjo físico, las causas ocasionales y otros mil temas filosóficos, entramos á un punto de derecho natural de que poco se ocupan los autores....

—¿Y cuál es ese punto?—dijo el provincial poniéndose en pié y repasando ya en su mente los puntos mas difíciles del derecho natural, por si lograba

prevenir al estudiante.—¿Acaso trataban vdes. el punto de la propia defensa?

—No, señor; otro todavía mas difícil.

—¡Ah! ¡sí!—dijo el provincial alborozado—vdes. tocaban indudablemente la cuestion de á quién pertenece la nueva isla que surge en un rio. ¿No es eso?

—Todavía es cosa mas crítica, señor—prosiguió Maldonado, poniéndose en pié tambien y dando un paso hácia el provincial.

—Pues no atino—dijo este, algo contrariado.

—Hablábamos el padre Morelos y yo—agregó el estudiante con voz bien templada—de si cuando un hombre que ha empleado todos los medios honestos que están á su alcance para ganar el sustento, y que, sin embargo, no lo gana, puede adquirirlo por......

—¡Cuestion inaudita!—exclamó el provincial interrumpiéndole y dirigiendo una mirada de extrañeza á las hileras de pergaminos que llenaban sus estantes.

—Deciamos—prosiguió Maldonado—que si este hombre, puesto en el terrible trance de perecer de necesidad, podria hurtar lo necesario para alimentarse, mientras halla una ocupacion lucrativa.

—¡Cosa enteramente nueva!—repitió el provincial, lanzando á sus libros una mirada de lástima.

—¿Y qué resolvieron vdes.?

—¿Qué resolvimos? Pues ¿qué habiamos de resolver, reverendo padre? Mi contrincante seguia la afirmativa, apoyándose en no sé cuántos pasajes de San Agustin, y en dos líneas de la Suma de Santo Tomás, y yo seguia la negativa fundado solo en el derecho natural......

—¡Eso es! ¡eso es!—dijo el provincial lleno de entusiasmo:—puesto que se trataba de un punto de derecho natural, era mucho mas conforme á la razon demostrarlo fundándose en el mismo instinto, que no en las opiniones de los autores, pues estas solo podrian valer en punto de razon y no de sentimiento. Deploro sobremanera que el padre Morelos se haya equivocado tan lastimosamente......

—Pues no para ahí todo, padre provincial, sino que......

—¡Cómo! ¿se atreveria á defender algun otro absurdo?

—No precisamente, sino que, usando yo de su misma doctrina y aplicándola muy lógicamente á mis actuales circunstancias, me comí su almuerzo, y esto le ha enojado terriblemente. Paréceme, sin embargo, que soy disculpable, y mas cuando el hambre es tan apremiante.

—En efecto que sí—murmuró el provincial palpándose ligeramente el vientre y sacando á toda prisa del cajon de su mesa un trozo de pasta de almendra, que puso cerca para tener á raya las invasiones del apetito. Y recordando entonces la risible situacion del padre Morelos, se quitó los anteojos para no romperlos, y prorumpió en una carcajada que dejó retumbando gran rato las bóvedas del convento.

El estudiante quiso salirse, porque oyó pasos afuera y temió fuese el padre Morelos, que hubiera averiguado su paradero y se llegara á confundirlo en presencia del provincial. Llamaron efectivamente á la puerta, y se presentó el mismo padre Morelos, quien, habiendo oido por las rendijas gran parte de la conversacion, habia tomado un partido prudente y que contrariaba la satisfaccion del provincial; pareciéndole, ademas, que un jóven tan profundamente ingenioso como Maldonado, era mejor de aliado que de enemigo.

El provincial estalló en otra carcajada ante la aparicion del padre Morelos y el embarazo del estudiante.

—No me trae aquí el intento de reclamar al Sr. Maldonado la desaparicion de mi almuerzo—dijo el padre Morelos despues de saludar con una sonrisa al provincial—sino mas bien el de premiar hasta donde me sea posible su rasgo de ingenio.

El provincial se puso los anteojos, el estudiante se iba serenando, y el padre Morelos continuó:

—Tiempo há que deseo tener en mi celda un compañero de mesa, para sazonar la comida con la conversacion, que es para mí la mejor sal, desde que mis enfermedades me impiden bajar á refectorio; y ahora veo que he encontrado lo que deseaba, pues, si no me engaño, el Sr. Maldonado no tendrá inconveniente en ser mi comensal desde hoy, y creo asimismo que tendrá la generosidad de dejar algo á mi pobre estómago, no manejándose como ahora.

Desde entonces no tuvo que apurarse mi amigo Maldonado, pues, amen de la comida y la cena que recibia del padre Morelos, no le faltaba uno que otro peso fuerte que solian darle los reverendos padres de Santo Domingo, en cambio de sus buenos chistes y de alguna mala pasada que le mandaban jugar; pues mi compañero Maldonado hacia malas pasadas, como un pastelero puede hacer un pastel que se le pida.

III

Comienza la historia, y Maldonado se enamora de Juanita.

Apuntados estos antecedentes de mi amigo Roque Maldonado, entra aquí la verdadera historia del amor peligroso por accidentes.

En el invierno de 1813 vino á radicarse en Puebla una familia originaria de las provincias del interior de Nueva-España y propietaria de sendas barras de minas de oro y plata y de fuertes letras de cambio, amen de un equipaje magnífico para aquellos tiempos, y del cual se habilitó, sin duda, al pasar por México.—Aunque Puebla ciertamente no es una ciudad corta, adolecia en la época á que me refiero de los vicios de las localidades pequeñas, entre los que se cuenta el de que, no bien aparece un desconocido, cuando todas las miradas se fijan en él y todas las bocas se hacen mil preguntas que pueden quedar reducidas á tres. ¿Cuánto tiene? (que es la primera). ¿Quién es? (la segun-

da), y ¿De dónde viene y qué hace? (la tercera y última). Para satisfacer, pues, á las tres preguntas, diré que la familia citada tenia un fuerte y bien saneado capital; que era de D. Juan Esteves, componiéndose de un papá de 50 años todavía fresco y alegre, de una mamá de las mismas condiciones, de dos hijas verdaderamente guapas, Adela y Juanita, y de Jacobo, garzon de 23 años, enamorado y bailador. Ya indiqué de dónde procedia, y agregaré que su ocupacion consistia en raparse la mejor vida posible.

Desde luego la tal familia se hizo muy de moda—como se hacen los ricos en todas partes;—y aunque en Puebla ha habido siempre mucho recogimiento, no sé por qué entonces aquellas muchachitas de ojos negros y rasgados despertaron la sensibilidad y el entusiasmo hasta de los mas encogidos, y diariamente habia convites y brindis, y bailes y tertulias, y paseos pedestres al Alto, y cabalgatas por el Cármen. ¡Bien dicen que cuando un donado cuelga los hábitos, no hay peor diablo que él! Así sucedió con la bendita Puebla en aquella época; colgó su aire de santidad y se echó por la calle de enmedio. Los papás tuvieron que capitular y celebraron transacciones honrosas con los hijos de familia para tenerlos algun tanto á raya, y en cuanto á las madres, no hubo necesidad de transacciones para que entraran á la arena revolucionaria juntamente con sus hijas, y en són de cuidarlas.

Mi compañero Maldonado acababa de cumplir sus 25 años, y solo uno le faltaba para terminar su carrera y examinarse de doctor. Seguia siendo comensal del padre Morelos, y no faltaba vez por semana en que el provincial le hiciera sentar á su mesa para divertirse con los chistes del estudiante. Llegó hasta los respetables claustros de Santo Domingo el ruido y esplendor de la familia de Esteves, y mi compañero D. Roque, que andaba siempre en busca de nuevas aventuras, creyó llegada su hora. Empeña todos sus libros de medicina, recoge los pesos fuertes que tenia guardados en la gaveta del provincial, busca por aquí y por allá algunos otros reales; manda hacer un trage á la moda, rízase el cabello, perfúmase, compra una varita delicada y hácese presentar en casa de la familia Esteves.

No abundaban mucho entonces en Puebla talentos como el de Maldonado, y perteneciendo él, además, á una familia decente, y poseyendo gallardo y simpático aspecto, fué de todos acogido con muestras de la mayor complacencia. A la hora de comer, Maldonado tenia la palabra con sus chistes, que nunca empalagaban, y el Sr. Esteves le colocaba entre él y alguna de sus hijas, como por cierta especie de privilegio. En el baile todas las jóvenes ansiaban porque las sacara de preferencia; y si empuñaba la vihuela dando suelta á su voz en alguna cancion amorosa, todas aquellas pobres muchachitas, y aun algunas que ya no lo eran, se figuraban de moras en algun mirador sobre jardines, y veian á Maldonado de trovador que les cantaba sus languideces y sus quejas.

Al cabo de un mes de aquella vida encantada, en que no tomaron parte alguna los libros de medicina, Maldonado, no sé por qué casualidad, meditó á solas, y se encontró medianamente enamorado de Juanita, la hija menor del Sr. Esteves, y que, por cierto, no lo era en belleza respecto de Adela, la mayor. Tenia Juanita un talle esbelto, rostro apacible, voz melodiosa y lánguida, ojos negros rasgados, y la boca algo grande, pero muy bien formada y como adrede para dejar ver una dentadura admirable.

Maldonado habia dirigido á Juanita mil y un requiebros á la hora del baile y en el paseo, y la inundaba en lánguidas miradas durante la comida; pero la pobre niña no sabia á qué atenerse, pues aunque su corazon latia no poco en favor de D. Roque, era este tan galante con las demas muchachas buenas mozas, y aun con las feas, que no cabia escasa dificultad en investigar si hablaba de veras.

Me acuerdo de cuando Maldonado me presentó en casa de la familia Esteves. Salió á recibirnos Juanita con aquel trage blanco de olanes que le caian con tanta gracia, y al vernos se quedó pensativa y murmuró algunas palabras con aire triste; verdadera imágen de una jóven enamorada que sale á recibir á su amante y no le halla solo como lo esperaba. Lo conocí yo en el acto y le presenté mis excusas sin afectacion: ella se sonrió poniéndose colorada, y echó á correr desapareciendo como si tuviera diez años. ¡Desde entonces me simpatizó esa niña de tristes recuerdos!

Al llegar aquí, el doctor miró al través de su lente á cada uno de los que componiamos su atento auditorio, y encendiendo un cigarro, continuó como se verá en el siguiente capítulo.

(Continuará.)

VEHEMENCIA.

Á ROSA.

¡Cuán dulcísima suena en mis oidos
La música de su habla encantadora!
¡Cuál su régia mirada me enamora
En su luz conflagrando mis sentidos!

Si me encadena ausencia entre gemidos,
Enciende su memoria encantadora
Deseos que del pecho á toda hora
Rompen el valladar, mal reprimidos.

Pero templan al verla sus ardores;
Hiela el respeto mi atrevida mano,
Y ante ella caigo trémulo de hinojos.

Y es que ostentan sus ojos vencedores
De virtud el destello soberano:
La luz más bella de unos bellos ojos.

C. COLLADO.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

La zarzuela.—El teatro Nacional.—El teatro de Iturbide.—Verdes y azules.—La Zamacois en *La Hija del Regimiento*.—Cresj en la *Marina*.—Heberto, cronista de teatros del *Siglo XIX*.—Funcion notable de la Sociedad Filarmónica.—Funcion de la Sociedad Netzahualcoyotl.—Bibliografía.—*La mujer blanca*, poema fantástico por D. José María Esteva.—*Los conquistadores de México*, por D. Manuel Orozco y Berra.—*Gramática de la lengua mexicana*, por D. Faustino Chimalpopoca Galicia.—*Curso elemental de geografía universal*, por D. Antonio García y Cubas.

México, Mayo 1° de 1869.

Tenemos que comenzar nuestra crónica hablando de la zarzuela. ¿Quién no habla ahora de la zarzuela? La zarzuela es la gran preocupacion del público mexicano, que hoy ha tenido oportunidad de saber hasta dónde puede llegarse en este género, del que antes apenas teniamos idea.

Excelentes artistas de zarzuela que disfrutaban de una merecida reputacion en España, han venido á nuestra México en las dos compañías Albisu y Gaztambide. La una se enorgullece con justicia de contar con Cresj, el aplaudido y admirado barítono, con Poyo, el gracioso tenor á quien no puede verse en la escena sin sonreir, y con la Corro y la Llorens, dos tiples tan modestas como simpáticas, y que se han hecho acreedoras al cariño del público. Ademas, los coros de la compañía Albisu son lo mejor que puede desearse.

La otra compañía tiene la fortuna de poseer á la graciosa y hábil señora Zamacois, que ha llegado precedida de una fama tan justa como gloriosa, al tenor Prats, que es uno de los mejores que hemos conocido, y al señor Gaztambide, autor de nombradía, que es al mismo tiempo el empresario y el director de la compañía del Nacional.

Así es que el público puede escoger á su gusto, y despues de saborear las gracias y de deleitarse con los trinos de *La Hija del Regimiento* en el Nacional, pasar á Iturbide á aplaudir con entusiasmo ese *Roque*, que caracterizado por Cresj, ha hecho de la *Marina* una zarzuela inolvidable. Cada teatro tiene sus encantos. En el Nacional hay una concurrencia numerosa y brillante. En Iturbide es mas pequeña, pero mas íntima y que se muestra mas expansiva y entusiasta.

Las dos compañías frente á frente, luchan á fuerza de empeño y de trabajo, y el público es el que recoge los frutos de semejante antagonismo y el que gana en esa competencia de gorgoritos.

Como es de suponerse, se han formado partidos en favor de cada teatro, partidos que discuten alegando razones artísticas ó de mero afecto para hacer triunfar su causa. No faltan injustas calificaciones y hablillas de mal género; pero por fortuna no son muchas, por mas que se diga, y el buen sentido del público ha sabido desecharlas, haciendo á una y otra compañía la justicia debida. Semejantes calificaciones y hablillas no son parto de los empresarios, sino de los *papistas*, que como suele suceder, son mas vehementes que el Papa y realizan siempre aquello de *no suda el ahorcado y suda el teatino*. Pero de materia tan insignificante no debemos hablar aquí, relegándola al desprecio, único destino de aquellas cosas que no tienen un orígen noble y justo y que no son temibles por sus consecuencias.

Pero en el terreno legítimo, los dos partidos discuten y combaten con entusiasmo, renovando los antiguos ardores de los *verdes* y los *azules* de Constantinopla. Si los primeros alegan en su favor la destreza con que se han representado la *Marina*, el *Campanone* y la *Catalina* en Iturbide, los segundos hacen lo mismo recordando *La hija del Regimiento*, *Jugar con fuego* y *Estebanillo*. Respecto de *Luz y Sombra*, los *verdes* y los *azules* han convenido de comun acuerdo en adjudicar la palma del triunfo, en el canto á la Zamacois, y en la declamacion á la Corro. Tambien se hacen mutuas concesiones en otras piezas, porque debemos decir, en obsequio de esta guerra teatral, que todo el mundo se maneja con humanidad y observa el derecho de gentes.

Los amigos de Iturbide han ido al Nacional á aplaudir con frenesí á la Zamacois en *La hija del Regimiento*. Los del Nacional han convenido en que la *Marina* no puede aplaudirse sino en Iturbide, y artistas de gran mérito han asegurado que es muy difícil superar á Cresj en el papel de Roque.

Nosotros no hacemos aquí mas que consignar con rigorosa imparcialidad las opiniones que dominan en el público, y mal podiamos poner algo de nuestra propia cosecha, careciendo, como carecemos, de conocimientos en el divino arte musical, y no perteneciéndonos tampoco la tarea de la crónica de los teatros, encomendada exclusivamente á nuestro buen amigo Peredo, quien se asocia con algun profesor de música para calificar el negocio de la zarzuela.

A propósito de crónicas teatrales, hemos saludado con placer el advenimiento del nuevo cronista de teatros del *Siglo XIX*. Bajo el conocido seudónimo de *Heberto* se oculta el nombre de un distinguido y amable poeta y literato, muy conocido en la República. *Heberto* no necesita de la ayuda de nadie para escribir sus lindas revistas de zarzuela, porque así sabe pulsar la lira amorosa con la dulzura y pasion de Tíbulo, como sabe distinguir una armonía de Rossini de otra de Mozart, de modo que es un juez competente. Ademas, para crítico cuenta con una cualidad mas, y es la de poseer una alma elevada, incapaz de atacar por sistema, y un mérito reconocido que cierra la puerta de su corazon al bajo sentimiento de la envidia, que pone en ridículo siempre á los pseudo-críticos.

Felicitamos, pues, á los lectores del *Siglo XIX* por esta adquisicion, y aun á nuestros suscritores les recomendamos que saboreen esas revistas, en las cuales hallarán recreo y enseñanza.

La Sociedad Filarmónica mexicana, que no descansa un momento en sus útiles tareas, dió el viérnes 23 del presente una de sus mas alegres y brillantes funciones privadas. Lo mas notable en ella fué la representacion de dos comedias, *Jugar por tabla* y *Un loco por fuerza*. La Sociedad Filarmónica merece bien de la sociedad mexicana toda, por sus incesantes afanes en favor de la juventud.

Otra Sociedad de jóvenes estudiantes que hace años se consagra á los trabajos literarios sin ruido y sin descanso, y que ha tomado el nombre del poeta-rey de Texcoco, tambien celebró el aniversario de su inauguracion, en la casa del Sr. Lic. Sanchez Solís, que se ha mostrado favorecedor de esa juventud entusiasta. Presidió la reunion el eminente publicista y literato D. Francisco Zarco, á quien los socios hicieron subir al sillon presidencial con harta justicia, pues es uno de los patriarcas de la literatura nacional: leyóse la Memoria de los trabajos llevados á cabo en el año que concluyó, y se recitaron hermosas poesías que probablemente verán la luz pública.

Esta reunion de jóvenes es digna de alabanza por su entusiasmo, por el talento de sus miembros y porque la patria ve en ella una de sus mas risueñas esperanzas.

Nuestra seccion bibliográfica es hoy rica. Acaba de llegar á México un hermoso libro elegantemente impreso y que contiene una leyenda en verso, deliciosa. Es obra del distinguido poeta veracruzano D. José María Esteva, hoy desterrado en la Habana por causas políticas, y cuya lira, inspirada por la tristeza que siempre causa la ausencia de la patria, está produciendo las mas sentidas, las mas tiernas, las mas melancólicas armonías. Se halla en toda poesía de un desterrado, siempre el acento desgarrador, profundo, solemne, que nos oprime el corazon cuando leemos el sublime canto *Super flumina Babylonis*, y no puede menos que ser así, pues la nostalgia produce siempre idénticos sufrimientos.

Esteva consagra este poema á su amada esposa, que hoy sufre á su lado las amarguras de la proscripcion. Esta dedicatoria no puede leerse sin un profundo dolor. No hemos estado desterrados nunca; pero segun creemos, no hay mayor padecimiento que el de estar ausente del país natal. De seguro fué este dolor el que inspiró á Dante aquel verso que él puso en boca de Francesca, aunque aplicándolo á diferentes sufrimientos:

...... Nessun magior dolore
Que ricordarsi del tempo felice
Nella miseria......

En efecto, ¿qué tiempo mas feliz que el que se pasa en el suelo donde uno nació y bajo el cielo que iluminó nuestra cuna? ¿Y qué mayor miseria que la de arrastrar una vida triste y solitaria en extraña tierra y lejos del hogar, de los deudos y de los amigos?

El poema fantástico de Esteva no necesita de nuestra humilde recomendacion para ser leido. Tiempo hace que en el cielo de la literatura mexicana el nombre de Esteva es un astro fulgurante.

La mujer blanca es un poema comenzado en Veracruz y cuando el poeta era jóven y aun no se habia metido en el terreno cenagoso de la política. En efecto, puede verse la introduccion en el tomo de poesías que publicó el autor en Veracruz en 1850. Está concluido en la Habana durante el destierro.

Creemos que este poema lindísimo va á ser devorado por los aficionados á lo bello, tan pronto como puedan conseguirse los ejemplares fácilmente. Por ahora parece que el autor se ha limitado á enviar un ejemplar á algunos amigos, entre los que tenemos la fortuna de contarnos, por lo cual damos las gracias al ilustre poeta, que cualesquiera que hayan sido sus errores en política, es digno por su desgracia de respeto y de afecto.

Nuestro respetable maestro y amigo el Sr. Lic. D. Manuel Orozco y Berra, ha concluido ya un nuevo estudio histórico, que ha titulado: «*Los conquistadores de México*,» con cuya dedicatoria nos ha honrado, por lo cual le damos aquí las mas sinceras gracias. Ese estudio se publicará en el *Renacimiento*.

El trabajo sobre los conquistadores de México va á enriquecer la historia nacional, y los aficionados á ella deben felicitarse, porque ya se sabe que el Sr. Orozco reune á su vasta erudicion, un juicio recto é ilustrado, que le ha granjeado con razon el aprecio de los sabios de Europa y de América. Basta leer la pequeña obra de que se trata, para comprender cuántas han sido sus indagaciones, cuál su trabajo para arrancar de las tinieblas de la conquista las noticias importantes que hoy pone á buena luz, llenando de tal modo los huecos que se notan en los cronistas de esos tiempos. Solo la lista de los conquistadores que vinieron á México con Cortés, Narvaez Garay, Sahedo y Ponce de Leon, y de los que sujetaron á Yucatan, Chiapas y Guatemala, es una obra gigantesca. El Sr. Orozco no se contenta con expresar sus nombres, sino que cuando puede, en una pequeña nota hace la biografía de algunos de ellos, é indica cuáles fueron su destino y su influencia en la civilizacion de la Nueva España.

No vacilamos en asegurar, aunque con la timidez del discípulo respecto de la obra del maestro, que el estudio sobre «*Los conquistadores de México*» va á ser leido con avidez.

No contribuirá poco al acierto en los trabajos históricos sobre nuestro país, la gramática de la lengua mexicana que acaba de escribir el Sr. Lic. D. Faustino Chimalpopoca Galicia, que como se sabe, es la primera autoridad que puede citarse en México en materia de idiomas indígenas.

El Sr. Galicia ha prestado un gran servicio á los estudiosos y á los anticuarios, escribiendo su método para hacer fácil el aprendizaje de una lengua que



RAFAEL ROA BÁRCENA.

es indispensable conocer para profundizar la historia mexicana. En vano se procura fijar una fecha ó aclarar un acontecimiento histórico anterior á la conquista, si no se puede interpretar el jeroglífico, y en vano tambien se procurará descifrar este, si no se conoce el nombre del objeto que representa. La escritura mexicana, mas imperfecta que la tolteca, se hace menos difícil para el estudioso si se tiene la clave del idioma, porque este puede conducir hasta la verdadera y genuina significacion del símbolo, y por consiguiente hasta el conocimiento del hecho histórico. Así, por ejemplo, se puede leer la historia de los reyes mexicanos desde Acamapiztli en el Códice Mendocino, que tenemos reproducido fielmente por Lord Kinsborough, y del mismo modo puede interpretarse la famosa peregrinacion de los aztecas, que precisamente por la ignorancia del idioma, juntamente con preocupaciones infundadas, habia dado lugar á sendas equivocaciones en los autores antiguos.

El Sr. Galicia, considerando que los métodos antiguos para aprender la lengua mexicana, como los del padre Carochi y de Centeno, eran ya inadecuados á nuestra época, pues que estos autores habian querido ajustarlos á las formas de las gramáticas griega y latina de la Universidad, sin tener en cuenta el carácter peculiar del idioma nahuatl, ha arreglado el suyo conforme al sistema moderno de Ollendorf, y ha simplificado de tal modo las reglas, que el aprendizaje no solo será fácil, sino agradable para el discípulo.

Nosotros deseamos que la juventud de México se consagre al estudio de esta lengua tan interesante, pues causa pena considerar que un Brasseur de Bourbourg y un Smith y un Stephens, conozcan mejor la lengua de los antiguos señores del Anáhuac, que nosotros, en cuyas venas corre la sangre mexicana. El Sr. Galicia es digno del aplauso público por este trabajo.

Nuestro colaborador el apreciable é instruido D. Antonio García y Cubas, ha concluido tambien una nueva é interesantísima obra, que se intitula *Curso elemental de geografía universal*, de la que se ha publicado ya el primer tomo, elegantemente impreso, y con buenos grabados en madera hechos aquí.

Conocido como es el Sr. García y Cubas por sus trabajos anteriores, que le han valido tan lisonjera acogida de parte de los sabios extranjeros y nacionales, nada necesitamos decir para recomendar su precioso libro. El probablemente servirá de texto en los colegios y escuelas, porque es propio para tal objeto, por la sencillez del método, el encanto del estilo y la profundidad de la doctrina. El autor de la *Carta general de la República mexicana*, á pesar de su juventud es ya uno de los hombres que México se enorgullece de contar entre sus hijos.

Anunciamos, por último, volviendo al asunto del teatro, que en el de Iturbide se está ensayando, para representarse el 5 de Mayo, una loa cuya letra es de los conocidos literatos D. Enrique de Olavarría, D. Justo Sierra y D. Estéban Gonzalez, y cuya música han compuesto el Sr. Cresj y el maestro Ureña, director de la orquesta de la ópera que toca en dicho teatro. Se nos dice que la loa tiene versos hermosísimos y que la música es magnífica. Cresj representará al *Tiempo*, y se ha compuesto una romanza que no habrá mas que pedir. La Corro tendrá el papel de *la Patria* y se adornará con vistoso traje de las antiguas princesas aztecas. Los demas cantantes tomarán parte tambien, lo mismo que los coros. En suma, la loa alborotará, y este género se naturalizará en nuestro país, con gran contento del pueblo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

RAFAEL ROA BÁRCENA.

Apuntes biográficos.

Estamos en una época en que la sed del lujo ha invadido todas las clases sociales, enervándolas y corrompiéndolas; en que el oro y la vanidad son los dioses á quienes se rinde culto en los corazones; en que la duda y la impiedad han reemplazado á la fé, y en la que reina un vacío tan inmenso en el alma y un extravío tal en las ideas, que ansiosa aquella de placer, cuando esa ansiedad no puede satisfacerse las ideas precipitan al suicidio, porque sin fé y sin esperanza la cobardía hace desmayar al ánimo, ó lo conduce á la locura.

La juventud, que es la arteria *aorta* de las sociedades de todos los tiempos, la fuente que da frescura y vida al mundo, árido de por sí; la juventud, en la que deben residir el entusiasmo, la fé y las mas nobles y grandes aspiraciones, en la época actual dominada por la codicia y por una ambicion nada loable, dirige todos sus esfuerzos á adquirir un poco de oro para satisfacer sus pasiones.

Excepciones honrosas hay, sin embargo, y una de ellas es la persona de quien vamos á tratar en estos apuntes.

Don Rafael Roa Bárcena, hijo de una familia distinguida del Estado de Veracruz, nació en Jalapa, á 13 de Noviembre de 1832. Fué enfermizo en sus primeros años; pero al desarrollarse recobró la salud, y con ella la energía de carácter de que desde niño dió señales.

En 1844 sus padres le enviaron á Puebla á seguir los estudios para la carrera de abogado en el colegio del Estado, en donde sustentó en los años que duraron sus estudios, brillantes exámenes, obteniendo siempre las mejores calificaciones.

Al concluir su teórica vino á México á practicar en el bufete del Sr. Lic. Rodriguez de San Miguel; y en Febrero de 1857, previos exámenes lucidísimos, se recibió de abogado.

No es de omitirse la circunstancia de que estando la Suprema Corte de Justicia compuesta de liberales, y siendo de opiniones políticas opuestas el examinado, los magistrados, en señal de lo complacidos que quedaron de su aptitud y conocimientos, le otorgaron en la expedicion del título, distinciones no acostumbradas, lo cual es tan honroso para el agraciado, como para los magistrados que entonces componian la Corte, por la imparcialidad que ese acto demuestra.

Abrió en esta capital su bufete, haciéndose cargo de diversos negocios de particulares, que llevó á feliz término, y aumentando rápidamente su clientela.

Por la misma época comenzó á publicar sus obras de Derecho, dando á luz sucesivamente:

«Manual razonado de práctica civil forense mexicana.» De esta obra, escrita siendo pasante el autor, van hechas tres ediciones; y es de advertirse aquí en elogio de su editor, nuestro amigo D. José María Aguilar y Ortiz, que cuando otros editores por desconfianza en los pocos años y en lo novel del autor, rehusaron acometer la impresion de la obra, Aguilar la emprendió, confiando en el verdadero mérito que encierra ese manual.

«Manual teórico-practico de obligaciones y contratos en México.» Van hechas dos ediciones.

«Manual de Práctica criminal y médico legal.» Para escribir esta obra, de que van hechas dos ediciones, tuvo que emprender naturalmente estudios médicos á que era muy aficionado.

«Manual de Testamentos en México.» Van hechas dos ediciones.

«Manual de Derecho canónico mexicano.» Una edicion.

Todas estas obras son notables por su claridad y buen método, ofreciendo la ventaja de reunir en volúmenes cortos cuanto hay de esencial en cada ramo, y muestran la erudicion y el claro raciocinio de su autor. No es de extrañar, de consiguiente, la pronta popularidad que obtuvieron, ni que el nombre de tal jurisconsulto sea hoy citado como autoridad en el foro de México.

Ademas, escribió y publicó:

«Cartas á Josefina,» que contienen la amena descripcion y explicacion de fenómenos y bellezas físicas y procedimientos artísticos y mecánicos, con breves y oportunas disertaciones morales. Esta obra ha obtenido gran boga, y estando agotada su primera edicion, se va á proceder á la segunda.

Dejó inéditos un «Curso de Lógica» sin concluir, la novelita intitulada «Reminiscencias del colegio,» que estamos insertando en este periódico, y artículos y anotaciones sobre multitud de materias.

En 1858 fué regidor del Ayuntamiento de México, y posteriormente nombrado síndico de la misma corporacion, cuyo cargo no aceptó.

Los sucesos políticos de 1863 le obligaron á emigrar de Jalapa, donde se hallaba al lado de su familia, á la que amaba y sostenia eficazmente, á Orizava, y poco despues á Veracruz. En este puerto comenzó á ejercer su profesion con el mejor éxito, y fué nombrado juez de primera instancia de lo civil y de comercio.

Atacado del vómito algunos meses despues, no obstante los cuidados y asistencia de su íntimo amigo el Sr. Losada y Gutierrez, falleció en dicho puerto el 23 de Julio de 1863, á los treinta años de edad.

Casi todos los periódicos de México y de los Estados de Puebla y Veracruz enlutaron sus columnas y publicaron noticias biográficas de Roa Bárcena.

La juventud veracruzana, que le habia otorgado sus simpatías en vida, quiso colocar una lápida en su sepulcro; pero su familia no consintió en ceder su derecho de hacerlo. En la lápida que cubre sus restos, bajo la cruz que simboliza nuestra fé, se lee simplemente su nombre, coronado del lauro que le conquistaron sus virtudes y su talento.

Rafael Roa Bárcena fué de opiniones conservadoras, católico neto, austero en sus costumbres, de integridad consumada, enérgico de carácter, hombre de fino trato y elegancia en su trage y modales, é incansable en el trabajo, ya se ocupase en tareas intelectuales, ó ya en las mecánicas, á las que era muy aficionado.

GONZALO A. ESTEVA.

LA JÓVEN FORASTERA.

POESIA DE SCHILLER.

(Traducida directamente del aleman.)

En el valle á unos pastores,
Luego que la alondra trina,
Jóven de beldad divina
Se aparece cada Abril.
De donde viene se ignora;
Pues no ha nacido en el valle,
Ni al ausentarse hay quien halle
Su leve huella gentil.
A su aspecto soberano
Se alegran los corazones;
Y sus nobles perfecciones
Inspiran veneracion.
Trae flores consigo y frutas
Maduradas, de otro suelo,
En otro sol y otro cielo,
En mas dichosa region.
Y bondadosa reparte
Fruta y flores con sus manos,
Y los jóvenes y ancianos
Llevan el don á su hogar.
Risueña á todos recibe;
Mas si ve pareja amante
Lo mejor le da al instante,
La flor mas linda y sin par.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

México, Abril 27 de 1869.

ESTUDIOS DE ESTADÍSTICA

CONSIDERACIONES SOBRE EL CENSO DE LA CIUDAD DE MEXICO EN 1864.

I

Muchos son los censos que se han formado de esta capital, y ninguno, que sepamos, satisface la opinion que generalmente se tiene respecto de su poblacion. De todos los trabajos que se han ejecutado sobre una materia tan interesante, el que se hizo en 1864 es á nuestro juicio el mas completo, porque se llevó al cabo con mejor método que los anteriores, y porque abrazó mas objetos de averiguacion.

Sin detenernos en hacer una larga enumeracion de los obstáculos con que siempre se tropieza en obras de esta clase, obstáculos que no se esconden al que se ha ocupado algun tanto en operaciones estadísticas, vamos á exponer en un cuadro reducido los resultados finales que sacamos del expresado censo, comprendiendo el número de casas por cuartel, sus habitantes, las puertas y ventanas de luz y aire que tienen las fincas, los habitantes que corresponden por término medio á cada casa, y lo que á cada uno le toca, tambien por término medio, de abertura para ver y respirar. Despues haremos algunas comparaciones para fundar nuestras observaciones. Hé aquí, para que nos sirva de base, el resultado del censo de 1864:

Cuarteles.	Número de casas.	Habitantes.	Puertas y ventanas de luz y aire.	Habitantes por casa.	Luz y aire por habitante.
Núm. 1	950	20,729	23,179	21.82	1.11
» 2	987	18,956	19,345	19.20	1.02
» 3	962	17,744	19,268	18.44	1.08
» 4	832	16,522	19,341	19.85	1.17
» 5	979	16,587	11,402	16.94	0.68
» 6	807	13,733	13,786	17.01	1.00
» 7	553	9,566	7,220	17.30	0.75
» 8	653	15,190	14,308	23.26	0.94
Totales.	6,723	129,027	127,849	19.19	0.99

En el mes de Noviembre del año anterior se hizo otro padron que solo dió ciento diez mil y pico de habitantes á México, cuya cifra se desechó por muy baja, y con razon. En este de 1864 se tomaron precauciones mas acertadas para alcanzar mejores resultados; y sin embargo, todo el mundo cree que la poblacion de la capital llega á ciento cincuenta mil habitantes, y algunos la hacen subir á doscientos mil. La guarnicion no se incluye en nuestros cálculos, por ser accidental su residencia.

Segun el censo que mandó formar en 1790 el conde de Revilla-Gigedo, resultó que México tenia entonces una poblacion de 104,760 habitantes, sin contar las personas que vivian en los colegios y en los conventos, que eran 3,484 varones, 3,046 hembras, 748 religiosos y 888 religiosas; lo que hace una poblacion total de 112,926 habitantes, sin incluir tampoco la guarnicion, que seria en aquella época como de 5,500 hombres.—El cuadro por edades, sexos y razas de los 104,760 habitantes, con su correspondiente equivalencia del tanto por ciento, es el siguiente:

RAZAS Y MEZCLAS.	De 0 á 7 años.		De 7 á 16.		De 16 á 25.		De 25 á 40.		De 40 á 50.		De 50 á......		TOTALES.	
	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.
Europea......	3,954	4,087	3,646	4,715	4,380	6,099	6,314	8,616	2,978	3,347	2,184	2,386	23,456	29,250
Indígena......	1,862	1,896	2,171	2,587	2,111	3,204	3,351	4,523	939	1,170	798	991	11,232	14,371
Mulata......	936	1,240	403	560	514	621	721	944	191	425	193	346	2,958	4,136
Varias......	1,907	2,600	1,413	1,711	1,392	2,516	2,023	3,038	649	930	548	730	7,832	11,525
SUMAS...	8,559	9,823	7,633	9,573	8,397	12,440	12,409	17,121	4,759	5,872	3,723	4,453	45,478	59,282
TOTALES.	18,382		17,206		20,837		29,530		10,629		8,176		104,760	
Equivalencia.	$17\frac{1}{2}$ por 100		$16\frac{1}{2}$ por 100		20 por 100		$28\frac{1}{5}$ por 100		$10\frac{1}{5}$ por 100		$7\frac{3}{5}$ por 100		100	

En este cuadro saltan á la vista el mayor número que hay de hembras respecto de los varones en todas las razas y edades, la proporcion extraordinaria de habitantes de diez y seis á veinticinco años, y sobre todo, la de los de veinticinco á cuarenta años respecto de los habitantes que hay de otras edades, y por último, la bajísima proporcion de individuos de mas de cuarenta años. Esta diminucion

violenta de individuos de cuarenta años en adelante, indica cuán corta ha sido siempre la vida media en México. En otro artículo demostraremos que la vida media del hombre no llega en el valle de México á veintitres años, segun los datos estadísticos que nos hemos procurado.

Varias son las causas que producen este funesto resultado, y de ellas enumeraremos algunas.

México ofrece un triste ejemplo de los males de todas clases que traen consigo las revoluciones; y especialmente en el caso á que nos referimos en este escrito, el mal de que vamos á ocuparnos se agrava por la desidia con que se ha mirado hasta hoy el mejoramiento de la condicion higiénica de esta capital.

Los basureros se establecen dentro de las garitas de la ciudad, y hasta en el paseo público se sienten las personas que salen á respirar un aire mas puro del que tienen en el centro de la poblacion, incomodadas por los fétidos olores que se desprenden de las porquerías que arrojan á sus inmediaciones. La Alameda y otros parajes mas ó menos centrales están infestados por acequias inmundas cuyas pútridas emanaciones corrompen la atmósfera. La ciudad se encuentra cruzada por repugnantes atarjeas sin corriente bastante, adonde van á parar todas las inmundicias de las casas, y para remate de cuentas hay unos carros que en las primeras horas de la noche recorren las calles de México, presentando el aspecto mas asqueroso que pueda ofrecer una ciudad culta y civilizada.

Todos estos elementos deletéreos corrompen el aire que respiramos, y hacen de México una ciudad muy poco sana. Ademas, el censo de 1864 pone de manifiesto otras causas que aun cuando no sean tan visibles no por eso dejan de contribuir á hacer enfermiza esta poblacion.

En efecto, en las 6,723 casas que hay en los ocho cuarteles en que está dividida la ciudad, se incluyen 480 jacales que se encuentran diseminados en los suburbios de su jurisdiccion. A cada casa, comprendiendo los jacales, le corresponden por término medio 19.19 habitantes, sin que le toque á cada uno, para tener luz y para recibir aire que respirar, una sola puerta ó ventana por entero. Esta circunstancia debe tenerse presente en la cuestion de salubridad, porque la experiencia ha demostrado que las habitaciones en que escasea la luz y en que el aire no circula con libertad, son naturalmente insalubres.

En las enfermedades endémicas y epidémicas que se padecen en México, sus estragos se miden, como en todas partes, por el mayor ó menor bienestar que disfruta el hombre; de suerte que á medida que se va mejorando la condicion material del individuo, esto es, cuando se aumentan las comodidades en el modo de vivir, entónces se goza de mejor salud, se disminuyen las probabilidades de caer enfermo, y se ensanchan por consiguiente los límites de la longevidad humana.

Así, pues, podemos decir que el primer cuidado de una administracion que se desvela por el bien del pueblo que rige, es proporcionarle todo aquello que sirva para la conservacion de la salud; porque de aquí nace el vigor de las poblaciones, el mejoramiento de la raza humana y la prolongacion de la vida del hombre.

Del propio modo, lo primero que debe preocupar á un padre de familia prudente y avisado, es la bondad de la vivienda en que habitan sus hijos; porque la influencia que tienen sobre la salud los miasmas en medio de los cuales vivimos, se ejerce perennemente y de una manera tanto mas perniciosa cuanto ménos visibles son sus funestos estragos.

La ciencia y la cordura aconsejan que se minoren en cuanto sea dable, las causas permanentes que hacen mas activa entre nosotros la ley de la degeneresencia humana.

La mortandad de México se puede calcular, con extraordinaria aproximacion, por el número de casas y de habitantes que hay en cada cuartel, guardando la debida proporcion con los que viven en cada casa y con las puertas ó ventanas de luz y de aire que correspondan á cada individuo. Así, por ejemplo, en caso de epidemia, el cuartel que paga un tributo mayor á la ley de la mortalidad, es el número 8, porque en él hay 23.26 habitantes por casa, y cada uno tiene solamente 0.94 (noventa y cuatro cien avas partes) de puerta ó ventana por donde recibir la luz y el aire que son tan indispensables á la vida.

Esta cuestion de las viviendas cómodas y bien ventiladas preocupa mucho á los ayuntamientos de las grandes ciudades. En estas hay siempre gran concurrencia de individuos de ambos sexos, pertenecientes á las clases pobres y menesterosas que habitan hacinados en cuartos estrechos y mal sanos, expuestos á contraer las enfermedades del cuerpo y á caer en la degradacion del alma, que son una consecuencia forzosa de ese modo de vivir.

La sociedad entera está interesada en proporcionar á esas clases habitacion cómoda y sana, porque así se evitan los males que dejamos apuntados, males que cuando llegan á desarrollarse, suben de los peldaños mas ínfimos de la escala social hasta los mas elevados. Todos debemos, pues, hasta por egoismo, alentar y favorecer los esfuerzos que se hagan para sustraer al artesano y al jornalero de los grandes centros de poblacion, de las influencias perniciosas que les rodean, iniciándolos en el hábito moralizador de la economía, por cuyo medio únicamente puede el pobre mejorar con honradez su existencia material y moral, y salir noblemente de su humilde condicion.

Cuando el hombre se ha acostumbrado á vivir con ciertas comodidades, la necesidad de conservar el bienestar que ha proporcionado á su familia á fuerza de trabajo y de economía, le convierte en defensor celoso de los principios de laboriosidad, de prevision y de órden que tanto importan al sostenimiento de

la tranquilidad pública; porque de la conservacion de la paz y del órden depende que su familia pueda continuar gozando de las comodidades que le procura con su trabajo.

La aglomeracion de individuos de ambos sexos y de todas edades que habitan en los 480 jacales que se incluyen en el censo de 1864 entre las fincas urbanas de México, así como la que hay tambien en algunas casas llamadas de vecindad, ofrece el aspecto mas repugnante y mas doloroso al observador inteligente que estudia en sus causas la depravacion de costumbres que se advierte en cierta parte de las clases bajas de nuestra sociedad.

Los periódicos de México se han ocupado en estos últimos dias de los trabajos del juez 5º del registro civil, que confirman nuestras observaciones. Hé aquí lo que dicen, tomándolo del *Monitor:*

«Uno de nuestros amigos, juez 5º del registro civil, ha querido personalmente formar el padron y censo del cuartel que está encomendado á su cuidado, y que se extiende desde el Peñon de los baños hasta Atzcapotzalco, al Norte de esta ciudad, y nos ha trazado un cuadro sombrío y aterrador de lo que ha presenciado.

«En los pantanos insalubres que rodean la capital, hay 20 ó 30 familias de indígenas que por todo alimento comen juiles, ranas, lombrices y otros insectos.

«En los suburbios viven en cuartos húmedos é inmundos otras *tribus nómades*, compuestas de padre, madre, hijos, hijas, parientes y agregados, durmiendo en el suelo juntos, multiplicándose en plena poligamia y mormonismo.

«De estas uniones monstruosas han nacido muchos muchachos de ambos sexos que no tienen ni nombres, y que nadie reconoce ni inscribe sus nacimientos, por temor de declarar su orígen *incestuoso*.

«A estos desgraciados se les ha puesto nombres de héroes por la autoridad; de modo que los *Hidalgos*, *Morelos*, *Iturbides*, *Juarez*, etc., van á multiplicarse infinitamente.

«Han resuelto tambien estos desgraciados otro problema, que es el de vivir sin alimentos.

«Las cáscaras y las sabandijas los nutren; el vicio y el crímen son su solo recurso!

«Inútiles nos parecen los comentarios.»

En esas verdaderas pocilgas humanas habitadas por la gente mas inmoral y miserable, tiene á veces que buscar el jornalero honrado y laborioso un albergue para él y su familia, albergue en donde todos viven expuestos á contraer las enfermedades que engendra una atmósfera viciada, y en el que están en continuo contacto con las causas mas activas de desmoralizacion los jóvenes de ambos sexos que por su edád corren el mayor peligro de perderse.

II

Como punto de comparacion, y para hacer mas perceptible el mal que nos aqueja y que deseáramos ver remediar en lo posible, apuntaremos algunos datos y algunos hechos que indicarán el camino que debe seguirse para lograr el objeto que nos proponemos en esta comunicacion, cual es el mejoramiento de la condicion material y moral de las clases pobres y menesterosas de México.

Segun el censo practicado en Francia en 1851 y publicado en 1855 por el ministro de Agricultura, Comercio y Obras públicas, habia entónces en esa nacion 35.783,170 habitantes, alojados en 7.384,789 casas; lo que da solamente 4.84 habitantes por casa en todo el país, y en las 363 ciudades cabeceras de departamento y de partido (arrondissement), en las que se contaban 6.406,557 habitantes alojados en 707,693 casas, habia 9.05 habitantes por casa.

Por lo que respecta al número de puertas y ventanas, el censo de 1851 no dice en detalle sus resultados; pero del de 1846 se saca este cuadro:

NUMERO DE CASAS DE						NUMERO TOTAL DE CASAS.	NUMERO DE PUERTAS Y VENTANAS					NUMERO TOTAL DE ABERTURAS.
							De las casas de una á cinco aberturas.	DE LAS CASAS DE SEIS Ó MAS ABERTURAS.				
Una abertura.	Dos aberturas.	Tres aberturas.	Cuatro aberturas.	Cinco aberturas.	Seis ó mas abertu as.			Puertas cocheras y de tiendas.	Puertas comunes y ventanas del piso bajo y del 1º y 2º piso.	Ventanas del tercer piso y de los superiores.	TOTAL.	
313,694	1.805,422	1.433,642	996,348	692,685	2.220,757	7.462,545	15.674,278	619,976	27.004,642	984,467	28.609,085	44.283,363

La diferencia que aparece en el número de casas entre los censos de 1846 y 1851, siendo menor el número correspondiente al de este último, se explica por la sustitucion sucesiva de las casas grandes que se construyen nuevamente, á las casas chicas que se derriban, y tambien por los errores cometidos por los empleados en el censo de 1851, que tenian evidentemente menos interes en suputar con rigurosa exactitud el número de casas, que los empleados de las contribuciones directas, encargados en 1846 de esa operacion.

En Paris, donde se halla aglomerada una poblacion inmensa, la cosa cambia de aspecto. La superficie de la ciudad era de 3,288 hectáreas cuadradas en 1851, y su poblacion de 1,053,262 habitantes, alojados en 29,965 casas de muchos pisos; lo que

daba 35.17 habitantes por casa y 320.33 por hectárea cuadrada.

Esta condicion de la capital de Francia ha variado mucho de entónces acá, precisamente porque se ha querido mejorar su condicion higiénica, cosa que se ha alcanzado muy satisfactoriamente por medio de la mayor limpieza y amplitud de la ciudad, y por el aumento de casas y de viviendas.

Desde el 1º de Enero de 1860 los límites de Paris se extendieron de las antiguas demarcaciones fijadas para el cobro del derecho de puertas (*mur d'octroi*) al recinto continuo de las fortificaciones, lo que ensanchó la superficie de esa gran ciudad hasta tener hoy 7.806 hectáreas cuadradas, con una poblacion de 1.696,141 habitantes, segun el censo de 1861, alojados en 56,000 casas con 603,444 viviendas; lo que da 30.28 habitantes por casa y 217.28 por hectárea cuadrada. Ya con esto solo se advierte una diferencia favorable que equivale á cerca de 5 habitantes ménos por cada casa, y que pasa de 103 habitantes ménos por cada hectárea cuadrada.

Para dar una idea de cómo se aumentan en el departamento del Sena y en Paris las fincas urbanas, y cómo se amplían las viviendas de las casas nuevas que se fabrican, diremos que desde el año de 1852 que se restableció el imperio en Francia, hasta el año de 1861, se edificaron en el expresado departamento 50,417 casas, y 5,447 en 1862, lo que da un total de 55,864. De este total deben deducirse 10,143 casas derribadas desde 1852 á 1861, mas 1,049 en 1862, que son en junto 11,192; de suerte que queda un aumento positivo de casas durante ese período, de 44,672.

Paris figura en grande escala, como es de suponerse, en el cuadro de los edificios nuevamente construidos en el departamento del Sena, sobre todo, desde que se ensancharon sus límites. En el año corrido desde el 1º de Octubre de 1861 al 30 de Setiembre de 1862, el número de casas construidas en la capital de Francia fué de 2,582, y el de casas derribadas de 763 (250 por expropiacion y 513 por voluntad de sus dueños); hubo, pues, un aumento líquido de 1819 casas. En el período anterior se habian construido 2.932 casas, y derribado 1,144 (261 por expropiacion y 883 por voluntad de sus dueños), quedando como aumento 1,788 casas. En el año comprendido desde el 1º de Octubre de 1862 hasta el 30 de Setiembre de 1863, el número de casas construidas fué de 2,943, y el de las derribadas, de 993 (337 por expropiacion y 656 por voluntad de sus dueños), quedando de aumento 1,950 casas.

La comparacion de estas cifras bastaria para demostrar las ventajas con que anualmente favorecen á los habitantes de Paris, una administracion celosa por los intereses del municipio y una especulacion inteligente acometida por capitalistas emprendedores; pero si en vez de fijar solo nuestra atencion en el número de las casas, la fijamos tambien en el número de las viviendas que se aumentan en los nuevos edificios por hacerlos mas grandes y mas espaciosos, el resultado de nuestras investigaciones será mas concluyente.

En efecto, del 1º de Octubre de 1860 al 30 de Setiembre de 1861, hubo 8,952 viviendas derribadas y 17,485 construidas, lo que da un aumento de 8,553 viviendas.

Del 1º de Octubre de 1861 al 30 de Setiembre de 1862 hubo 2,882 viviendas destruidas y 15,551 fabricadas, lo que da un aumento de 12.669 viviendas.

Del 1º de Octubre de 1862 al 30 de Setiembre de 1863 hubo 6,189 viviendas demolidas y 16,490 edificadas, lo que da un aumento de 10,301 viviendas.

Si sumamos estos aumentos anuales, tendremos que en el trienio comprendido desde el 1º de Octubre de 1860 hasta el 30 de Setiembre de 1863 hubo un total aumento de 31,503 viviendas, que, calculadas á razon de tres personas cada una, término medio generalmente admitido, equivale á 94,509 habitantes mas que pueden vivir en Paris, ó bien á un mayor bienestar en la poblacion, correspondiente á la mayor amplitud y comodidad con que podria alojarse. Estos aumentos sucesivos hicieron subir, hasta el 30 de Setiembre de 1863, el número de las viviendas de las casas de Paris á 613,745, de las cuales habria desocupadas 16,000; mas como se calculan en 25,000 las viviendas que por lo menos debe haber siempre disponibles en esa populosa capital, la especulacion de fabricar casas tiene todavía un campo dilatado en donde extenderse, máxime si la poblacion sigue aumentándose.

Este mejoramiento de la condicion material de los habitantes de Paris, debida á lo que han ganado con el mayor número y mas amplitud y comodidad de las casas, arroja otro dato que debe llamar fuertemente la atencion de los hombres pensadores, por cuanto la ley de la mortalidad humana disminuye sus funestos efectos en la proporcion que se aumentan las comodidades de la vida. Ese otro dato es el que resulta de la comparacion entre el número de habitantes y el de defunciones que presentan los censos de Paris, en una série de quinquenios.

Así pues, comenzando por el censo de 1831, tenemos que entónces Paris tenia 785,862 habitantes, y que hubo, por término medio del quinquenio anterior, 24,328 defunciones por año, lo que da 3.08 muertos por 100 habitantes.

En 1836 habia 868,438 habitantes, y hubo, tambien por término medio del quinquenio anterior, 27,494 defunciones anuales, lo que da 3.16 muertos por 100 habitantes.

En 1841 habia 935,261 habitantes, y hubo, en los mismos términos, 26,033 defunciones, sean 2.78 por 100 habitantes.

En 1846 habia 1.053,897 habitantes, y hubo en el quinquenio anterior, como se ha calculado en los anteriores censos, 26,936 defunciones, sean 2.55 por 100 habitantes.

En 1851 habia 1.053,262 habitantes, y hubo, del mismo modo calculado, 32,203 defunciones, sea 3.05 por 100 habitantes.

En 1856 habia 1.174,346 habitantes, y hubo 32,820 defunciones, sean 2.79 por 100 habitantes.

Y en 1861, que es el año del último quinquenio de que tengamos apuntes, habia 1.696,141 habitantes, y hubo 33,585 defunciones por término medio del quinquenio anterior, sean 1.98 por 100 habitantes.

En las defunciones arriba espresadas no se incluyen los niños que nacen muertos ó que fallecen antes de dar el parte respectivo á la oficina del registro civil, ni los individuos que se depositan en la *Morgue* de Paris. Ademas, debe advertirse que en los quinquenios en que ha habido pestes ó revoluciones, estas causas marcan su huella con el tributo considerable que paga la poblacion á la ley de la mortalidad: por manera que el crecido número de defunciones que corresponde á los quinquenios anteriores á los años de 1831, 1836 y 1851, se explica por la revolucion de 1830, el cólera y los grandes motines de 1832 y la revolucion de 1848, con el agregado del cólera que sobrevino despues. A pesar de esto, la baja extraordinaria que aparece en las defunciones del quinquenio anterior á 1861, nos demuestra de un modo evidente lo que va ganando en salubridad la poblacion de Paris, merced á los progresos de la higiene pública, á la mayor sanidad que ha proporcionado á la capital la introduccion de nuevos sistemas de limpia urbana, y al mejoramiento de la condicion material de las clases pobres, obtenido con las viviendas cómodas y bien ventiladas que se construyen todos los años. Por estas circunstancias la vida media se ha alargado mucho, pues cuando en el período comprendido de 1817 á 1830 no era mas que de 32.07 años en toda la Francia, ya en el período de 1831 á 1845 habia subido á 34.72 años, y en el de 1846 á 1859 se calculó que llegaba á 37.50 años. La duracion de la vida media varía segun el lugar donde se vive y las condiciones de existencia de los habitantes; lo que se confirma por la observacion de que cuando en toda la Francia llega á 37 años 6 meses, en el departamento del Sena no pasa de 31 años 5 meses, á la vez que en las poblaciones rurales sube hasta 38 años 7 meses. La vida media de los que residen en el campo es 18.57 por 100 mas larga que la de los que habitan en el departamento del Sena, y mas aún respecto de los que viven en Paris.

III

Pasando ahora á otro órden de ideas, haremos algunas observaciones sobre otros datos, bien que de distinto linaje, á que se presta nuestro censo de 1864.

Las 6,723 fincas urbanas que hay en México, se estimaron en un valor de 48.223,152 ps. 88½ cts. Basta ver esta cifra para convencerse de que la estimacion es baja en demasía. Cuando Felipe III ordenó que se trasladara la ciudad de México á las alturas que hay entre Tacuba y Tacubaya, despues de la gran inundacion de 1607, el ayuntamiento de esta capital representó á la corte de Madrid, que las casas que seria necesario abandonar valian 21 millones de pesos. ¿Cómo es posible que el valor de las fincas comprendidas dentro del casco de México, haya aumentado tan poco en dos siglos y medio, cuando su número es mucho mayor ahora que entónces, y cuando se han mejorado tan considerablemente?

No se nos esconde que el ayuntamiento de principios del siglo XVII aumentara algun tanto el valor de las casas, para dar mas fuerza á sus razones; empero, la circunstancia de ser tan corta la diferencia entre la estimacion hecha en 1864 y la que se hizo despues de la inundacion de 1607, es tanto mas de extrañar, cuanto que los mejores cálculos que se han hecho sobre las variaciones que ha experimentado el valor de la moneda, nos demuestran que despues de la caida del imperio romano, cuane do las tinieblas de la barbarie cubrieron la partr occidental del antiguo mundo, se suspendió casi poa completo la explotacion de las minas de oro y platn que surtian de numerario á aquellas regiones, colo que fué desapareciendo poco á poco la existencia que habia de esos metales preciosos; llegando á suceder despues de algunos siglos, que se careciese en Europa de la moneda necesaria para las compras y ventas por mayor y menor. Esta escasez dió por resultado la subida extraordinaria que tuvo el valor del dinero, respecto del que tenian las otras mercancías. Mas con la explotacion de las minas descubiertas en ámbas Américas, se aumentó la circulacion del numerario y se experimentó un cambio en sentido inverso, que se hizo notable á mediados del siglo XVII con la baja que entónces comenzó á tener el valor de la moneda. Esta baja se ha calculado por los mejores economistas que han hecho de tan interesante materia un estudio especial, del modo siguiente.

El valor de la moneda era en el siglo pasado doble del que ha tenido en el segundo cuarto de este, ántes de que las grandes explotaciones de los terrenos auríferos de California, de Australia y de Siberia hubiesen roto el equilibrio entre los dos metales que sirven para la acuñacion del dinero, aumentándose considerablemente la cantidad de oro respecto de la de plata; de suerte que hoy la diferencia de valor debe ser mas del doble.

El valor de la moneda era triple en el tercer cuarto del siglo XVII, respecto del que tenia en el segundo cuarto del presente, que es el que nos sirve de punto de comparacion.

Ese valor era cuádruplo durante el segundo cuarto del mencionado siglo XVII.

Era séxtuplo durante el primer cuarto del mismo siglo XVII, así como en los siglos XVI, XV, XIV y XIII, en los que no tuvo variacion notable la moneda, por no haber causa para ello.

Durante los primeros años del siglo IX, su valor era ocho veces mayor del que tenia en el segundo cuarto del nuestro, habiendo llegado á ser once veces mas grande á fines del siglo VIII.

Estos cálculos señalan, pues, una baja que está en razon de 1 á 6 en el valor del dinero desde el primer cuarto del siglo XVII, que es la época en que hizo el ayuntamiento de México su representacion á la corte de Madrid, hasta el segundo cuarto de este siglo.

Sin tomar en consideracion la baja que despues ha experimentado ese valor en lo que va corrido del tercer cuarto de este siglo, con motivo de las cantidades enormes de oro que han entrado en la circulacion monetaria del mundo por los rendimientos extraordinarios de los placeres de California, Australia y Siberia, y sin pretender tampoco atribuir á este cómputo de los economistas una exactitud matemática, que es imposible obtener en cálculos de esta clase; no obstante, si aplicamos la diferencia del valor de la moneda al valor que se dió á las casas de México despues de la gran inundacion de 1607, tendremos que hoy valdrian 126 millones de pesos, y no los 48 que resultan del censo de 1864, suponiendo que las casas y su estimacion fuesen las mismas de 1607.

El producto de los arrendamientos de las 6,723 casas de México se estimó en 1864, en 4 millones 277,435,,27¾ cs., lo que corresponde á $636,,24 por casa al año. Si deducimos de este producto bruto el 20 por 100 por vacíos, reparaciones y contribuciones, sean $855,487,,05¼ cs., quedarán como producto neto $ 3.421,948,,22½; lo que equivale á $509 por rendimiento líquido de cada casa.

La relacion en este caso entre el valor estimativo de las fincas y el producto neto de ellas, corresponde al 7,,09 por 100 anual.

Si antes habiamos considerado bajo el valor de las fincas, es casi una consecuencia forzosa que juzguemos de la propia manera, corta su renta, mucho mas si se atiende á la clase de edificios que por lo regular se construyen en México. El interes particular ha de haber influido mucho para disminuir en ámbas cosas la apreciacion fijada por los dueños de las fincas; pues el temor de que se pidieran esos datos con un motivo fiscal, debió inducir á rebajar su importancia. Sin embargo, aun admitiendo que no sean enteramente exactos ni el avalúo de las casas ni el rendimiento que se les supone, esos datos, mas ó ménos inciertos, sirven de mejor fundamento para establecer una contribucion, que el que se quiso buscar con la averiguacion de las puertas y ventanas de luz que tenian los edificios, para imponerla sobre ellas.

En los países donde existe esta contribucion se ha observado que los propietarios, seducidos por un interes lamentable, disminuyen cuanto pueden el número de puertas y ventanas por donde los inquilinos de sus fincas reciben la luz que necesitan para ver y el aire que les es indispensable para vivir, lo que ya hemos visto cuán perjudicial es á la salubridad pública. En esto sacrifica el propietario los intereses de toda la poblacion á su conveniencia particular; y lo hace así, no con la intencion torcida de hacer un mal, sino porque ve muy remoto el daño que causa con el ahorro que hace no pagando contribucion por las puertas y ventanas que tapa ó deja de abrir en sus casas, cuando por el contrario, ve muy inmediato el perjuicio que se le irroga si las conserva ó las abre, por la mayor contribucion que por ellas tendria que pagar.

La higiene pública como la ciencia económica aconsejan igualmente que no se pongan en pugna el interes privado con la salubridad y la vida de los hombres.

Al llamar la atencion sobre un punto que tan de cerca atañe á la conveniencia de todas las clases de nuestra poblacion, conveniencia cuya manifestacion incumbe al escritor público que se ocupa en morigerar sus costumbres, mejorando su condicion material y consiguientemente su condicion moral, no tenemos otra mira que la de hacer patente la necesidad de una reforma que, si no extirpa de raiz, al menos minorará un mal que es una fuente perenne de peligros para todos los habitantes de esta hermosa ciudad. Y cabalmente la mision de la Estadística es señalar los males que sus cálculos revelan para que se remedien por quien corresponda.

J. Rafael de Castro.

LA MUERTE DEL MENDIGO.

Ya va á morir el infeliz anciano,
El que ayer extendia
Al que pasaba su callosa mano,
Y una limosna, humilde le pedia.

Ya va á morir el mísero mendigo
Sobre ese pobre lecho,
Unica playa do encontrara abrigo,
De este mundo en el piélago deshecho.

Casi muestra su labio una sonrisa,
Serena está su frente,
Y rueda de sus ojos indecisa
Una lágrima pura y trasparente.

La muerte corre con pesada mano
Ante su vista un velo,
Al través del que anhela el pobre anciano
Mirar la luz y descubrir el cielo....

Jamas, jamas mañana tan hermosa
Tuvo el florido Mayo,
Jamas tan bella se entreabrió la rosa,
Del rojo sol al fecundante rayo.

Las pardas golondrinas saludaban
La luz del nuevo dia,
Cantando las alondras se alejaban,
La brisa murmurando se perdia.

Oye el anciano esa armonía inmensa
Con semblante risueño,
Cual tierno niño que en su madre piensa
Al entregarse en su profundo sueño.

Un destello del sol baña la frente
Del hombre moribundo,
Recibe el beso del tranquilo ambiente,
Lanza un suspiro y abandona el mundo.

Y se eleva al Señor en raudo vuelo
El alma del mendigo!
Los últimos aquí, tienen el cielo,
El espléndido cielo por abrigo.

Cuanto es amarga su existencia impía,
Es hermosa su muerte:
Tiembla el soberbio ante la tumba fria,
Y el mendigo la ve tranquilo y fuerte.

LUIS PONCE.

Tulancingo, 1867.

REMINISCENCIAS DEL COLEGIO.

PRODUCCION DEL FINADO ESCRITOR MEXICANO
DON RAFAEL ROA BÁRCENA.

(CONCLUYE.)

IV.

Anuncio de una fiesta y descripcion de una costumbre rara, y de una casaca aun mas rara.

La Vírgen de Guadalupe iba á ser celebrada en casa de D. Juan Esteves con una fiesta, como cumpleaños de la señora su esposa. Habiéndome recibido en la casa con agrado, merced á mi padrino de presentacion, me convidaban á todas las diversiones, y quedé invitado, en consecuencia, á aquella fiesta.

Hacia tiempo que Maldonado habia fijado por escrito sus proposiciones de amor á Juanita, y esta le correspondia. En cuanto al papá de la niña, veia en D. Roque á un jóven que llegaria á ser su yerno, pues contaba con su carrera de médico y con la brillante dote que llevaria Juanita á sus bodas.

Existia en aquella época feliz en los círculos mas acomodados de nuestra sociedad, la peregrina costumbre de que en los convites pudieran los convidados, antes de sentarse á la mesa, despachar á sus respectivas casas, por medio de sus criados, á quienes llevaban consigo á tal efecto, uno ó dos platones de los mejores manjares que mas les agradaran. ¡Sabrosa galantería de nuestros anfitriones antiguos!

El doctor suspiró mirando á su auditorio al través de su lente y consumiendo de una sola fumada las dos terceras partes de su cigarro, en memoria, tal vez, de algun sabroso plato.

Todos seguiamos esta costumbre con el mismo agrado con que se imita una moda, y era cosa de ver la procesion de criados que se dirigian de la casa de quien daba el banquete, á las diversas de sus comensales. Quién se lleva un enorme pavo relleno, quién un platon de bacalao, aquel una docena de truchas, y no faltaba persona que, á despecho del bien parecer, barriese con una magnífica coleccion de estas y otras materias. Se equivocan vdes., sin embargo, si piensan que las mesas quedaban desmanteladas despues de un ataque semejante, pues apenas salia el último platon de los regalos, cuando aquellas eran cubiertas de nuevo, y aun para lucir su abundancia, se dejaban asomar las extremidades de otros mil manjares al través de los vidrios de los armarios.

Bien que muy grande esta generosidad de los ricos de aquel tiempo, aun parecia muy corta á la desmedida gula de un Don Gaiferos, honrado boticario de la calle de San Martin, pero gastrónomo por excelencia. Este Don Gaiferos, á despecho de las modas de entonces, se habia mandado hacer para concurrir á los banquetes, una casaca de paño grueso, sin talle, y que, por no decir que tenia mas de cuarenta bolsas en sus forros, mas vale asegurar simplemente que toda ella era una gran bolsa con divisiones y subdivisiones donde, durante la comida, iba acumulando comestibles, hasta el grado de que al terminarse la mesa, aquel hombre casi no podia levantarse, atendido el peso de su relleno casacon.

Muy original era por lo comun la estampa de aquel Don Gaiferos; pero mucho mas cuando se levantaba de la mesa: sus piés, grandes y en forma de guitarra á causa de los juanetes, apenas podian sostener su cuerpo, bien enjuto, doblado de hombros y rematando en un sombrero tan largo y puntiagudo como el regaton de su báculo: el chaleco le daba casi á la rodilla, y los sellos de su enorme reloj de seis tapas inclusa la de carey, peligraban romperse á cada paso contra el suelo; por último, a fisonomía de mi hombre era verdaderamente mefistofélica. Como Don Gaiferos pasaba por una de las notabilidades poblanas y afectaba gran amistad con el Sr. Esteves, fué tambien convidado á la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe.

Ustedes, amiguitos mios—prosiguió el doctor aplicando el lente á los estudiantes—no extrañarán que haya traido aquí á colacion á este Don Gaiferos, cuando sepan que tan honrado farmacéutico tenia un sobrino pícaro y de no malos bigotes, y que el tal sobrino estaba enamorado de la preciosa Juanita; y menos lo extrañarán cuando les diga que el tio Don Gaiferos estaba muy de acuerdo en estos amores, gracias á la buena dote de la pretendida, con que el honrado boticario esperaba montar su establecimiento bajo un pié espléndido, uniendo á la razon social de la casa el nombre ilustre de su sobrino Don Manuel. Habian trazado ya sus planes tio y sobrino, y estaban entonces tan amigos, que el sobrino despilfarraba diariamente dos tantos mas de las utilidades de la botica—lo cual deberia componer una enorme suma al cabo del mes, por-

que las boticas producen mucho—sin que el tio Gaiferos chistara una sílaba, pues veia que aquel dinero, tarde ó temprano, volveria centuplicado á la casa. Algo tambien hablaron tio y sobrino de los amores de mi compañero Maldonado; pero mutuamente se convencieron de que un muchacho tan escaso de fortuna como Don Roque, cederia fácilmente la presa á un descendiente del capitalista Don Gaiferos; presuncion muy disculpable en algunos ricos que creen poder allanar todos los caminos con su dinero.

V

Realízase la fiesta.—Fracaso de D. Gaiferos.

Llegó, por fin, la deseada fiesta del cumpleaños de la Sra. Esteves, y una alegre música recibia á los convidados en el patio. Me acordaré siempre de cuando entré en aquel magnífico salon del tercer piso, donde se respiraban mil perfumes y se sentia una comodidad voluptuosa. Allí estaba reunida la familia toda del Sr. Esteves. La señora de la fiesta se reclinaba en un canapé (hoy sofá) forrado de seda encarnada, que hacia resaltar la blancura de sus formas, dando un tinte carmesí, á trechos, á su elegante trage azul. Hallábase esta matrona á la derecha de su marido, á cuya izquierda aparecia Adelaida, la encantadora Adelaida, con sus ojos negros, el cabello de ébano peinado hácia atrás, levantado el seno, y los brazos de nieve medio ocultos en las amplias mangas de su vestido color de caña. En cuanto á Juanita, sentada á su lado, parecia un ángel envuelto en nubes de celeste gasa, y su hermano Jacobo la hizo ruborizarse al darle aviso de la aproximacion de Maldonado, que entró conmigo á la sala.

Al presentarse á poco rato D. Gaiferos con su sobrino, algo parecido á una sonrisa burlona retozó en los labios de todos, y los dos rivales, D. Manuel y D. Roque, se miraron en ademan provocativo. Maldonado ocupaba ya su asiento al lado de Juanita, y cuando D. Manuel se acercó á ocupar el otro, vacante por haberse ausentado Adelaida, recibió de la niña una mirada de desden y un movimiento imperceptible de hombros que queria decir mucho. Media hora despues el salon quedó lleno de convidados de uno y otro sexo.

Se aproximaba la hora de comer, y nos acercamos á aligerar antes las mesas, segun la costumbre que llevo referida. Encontramos ya frente á los aparadores á D. Gaiferos, que con la mano en la mejilla discutia en su interior la excelencia de los platos, en tanto que dos mozos esperaban á un lado sus órdenes. Decidióse al fin nuestro honrado boticario, y á despecho de toda consideracion, fué despachando, entre otras cosas, un cabrito en barbacoa, que uno de los hacendados de Puebla regalara pocos momentos antes á la Sra. Esteves, y una gran pierna mechada de exquisito venado, que reconocia análogo orígen. D. Gaiferos sabia que estos eran regalos, porque no faltó quien se lo dijera, y sin embargo, cargó con ellos, disgustando al amo de la casa y á los obsequiantes, quienes para suplir la falta hicieron traer de sus respectivas casas iguales materias. Con tal antecedente quedaron todos prevenidos contra D. Gaiferos, y Maldonado, que veia con satisfaccion aquel disgusto, no esperaba mas que una ocasion de vengarse del boticario á nombre de la concurrencia, y de ponerlo en ridículo juntamente con su sobrino.

Durante la comida estuvo D. Gaiferos llenándose descaradamonte de comestibles las innumerables bolsas de su casacon, y á la hora de los postres, al levantarse bajo pretexto de los brindis, se hundió en aquellas profundas faltriqueras dos botellas de Champaña—del primero que venia á América—y otras dos de jerez, y se las hurtó con tal disimulo, que solo el ojo de Maldonado pudo mirar tan inaudita desaparicion, y pudo tambien observar que habian sido repartidas en la parte média de los faldones del casacon de D. Gaiferos, que colgaban á los lados de su asiento. Maldonado habló dos palabras al oido de Juanita y á otras dos ó tres jóvenes inmediatas á ella, mirando en seguida todas al boticario con sonrisa lastimosa, y echándose hácia atrás para examinar los faldones de su casaca.

D. Gaiferos bebió vino hasta despues del café, y concluido este, se decidió que los convidados irian á dar una vuelta al jardin. Todos se habian ya levantado de sus asientos, y el honrado farmacéutico aun hacia esfuerzos para ponerse en pié, sin poder conseguirlo á causa del peso de los comestibles que contenian sus profundas bolsas, cuando D. Roque Maldonado, considerando como un deber de urbanidad el auxiliar á aquel buen señor, se acercó á ofrecerle sus servicios, permitiéndosele tan solo tomar del brazo á D. Gaiferos y ayudarle á dar los primeros pasos y á descender la escalera.

Iba tan graciosa pareja por delante de la comitiva á la mitad de la escalera, cuando el perro de Maldonado se acercó á este dando brincos y lamiendo la mano envinada de D. Gaiferos, quien lo consideraba con cierto miedo, y comenzó á dar voces cuando el animal pretendia efectuar una invasion violenta en los faldones del boticario, que despedian un suave olor de comestibles. Maldonado tomó el báculo de D. Gaiferos haciendo á este una respetuosa reverencia, como para pedirle permiso de ello, y asestó un furibundo palo al can, que estaba ya con medio hocico sumergido en el faldon izquierdo. El animal dió un salto tremendo á tiempo que Maldonado le dirigia un segundo palo que recibieron los faldones levantados de D. Gaiferos, oyéndose al mismo tiempo ruido como de un cántaro lleno de agua que se rompe. El boticario lanzó un gemido de despecho, y D. Roque retrocedió dos pasos sobre el descanso de la escalera, dejando á D. Gaiferos solo en la escena y chorreando á torrentes el vino. A mayor abundamiento, alguna de las botellas

de champaña que solo quedó cascada del golpe y que se habia bullido mucho con los movimientos del portador, estalló terriblemente dentro de la bolsa, y dió en tierra con nuestro hombre.

Todos los espectadores de aquella escena original prorumpimos en grandes carcajadas al ver á tan ilustre personaje tendido en un charco de vino y luchando con el perro de Maldonado, que volvió á la carga, consiguiendo, al fin, llevarse á viva fuerza una buena rebanada de jamon que todo el empeño de D. Gaiferos no pudo retener dentro de la bolsa. Lo mas original fué que al arrancar su presa el can, extrajo tambien y desparramó una ó dos docenas de bizcochos, que rodaron largo trecho, deshaciéndose luego en el vino y ocasionando nuevo concierto de carcajadas. El honrado boticario no sabia cómo ocultar su vergüenza y su chasco, hasta que de él compadecido el Sr. Esteves, mandó á sus criados que llevaran al coche á D. Gaiferos y lo trasladaran á su casa, quitándolo de las miradas de todos y del centro de aquel charco de vino. Entretanto, el sobrino D. Manuel habia desaparecido, murmurando palabras de venganza.

VI

El baile, y una tragedia sobrevenida.

Tuvimos en la noche de aquel dia un baile magnífico. Ahora que los años han entorpecido mis sentidos, amiguitos mios, muy poca impresion me causa un baile; pero entonces era otra cosa. No sé qué sentia mi corazon al aproximarme á aquella sala encantada, donde no se respiraba sino contentamiento y placer. Las mil luces de las arañas se multiplicaban en los grandes espejos; los perfumes que se esparcian en la atmósfera deleitaban el olfato y predisponian el cuerpo á los movimientos de la danza como una uncion de bálsamo. La música desata de improviso el torrente de sus melodías, los elegantes caballeros se apresuran á levantar á las damas de sus asientos, y á poco el salon todo no es mas que una vorágine mágica en que giran rostros deslumbradores, cuerpos que parecen tornearse mas y mas por el movimiento circular de la danza, y piés tan pequeños y fugaces, que se pierden en lo mullido de las alfombras. Sentíme entonces como alucinado por aquel espectáculo, y levantando á mi turno á una preciosa jóven que parecia una paloma blanca con cintas y cordones azules, me dejé llevar de los sonidos de la orquesta en medio de aquel mundo de gasa y de felicidad.

El Doctor miró á los estudiantes con su lente, y arrugando el entrecejo, continuó:

Aquel baile maravilloso tuvo su desenlace con una terrible tragedia. Se habian retirado ya todos los convidados cuando mi compañero Maldonado se despidió de la familia Esteves y recibió la última sonrisa de aquel dia de los labios de la graciosa Juanita. Envuelto en su capa iba D. Roque pensando en su felicidad y aun riéndose casi á carcajadas de lo acontecido á D. Gaiferos, cuando al dar vuelta de la calle de Mercaderes á la de la Compañía, se encontró cara á cara con el sobrino del boticario, que le detuvo por el embozo de la capa.

Maldonado no era hombre que se acobardara por nada de esta vida; así es que trató de hacer á un lado su capa, á fin de tener las manos libres y defenderse de su rival, quien le amagaba ya levantando el largo verduguillo de su baston, y llegó á herirle cinco veces, antes de que D. Roque pudiera desembozarse. Mi pobre compañero habria miserablemente perecido, si por casualidad no se oyen pasos en aquel momento, presentándose en la escena un nuevo actor, el criado de D. Roque, quien apenas vió á su amo en aquel trance, cuando se abalanzó sobre el sobrino del boticario, y cogiéndole por el cuello, se lo apretó bien, hasta dar en tierra con su individuo.

Entretanto, Maldonado habia caido sin sentido á causa de sus heridas, y una ronda que pasaba á la sazon, se llevó al mozo, aterrado de ver á su amo en aquel estado en que parecia dar muy pocas esperanzas de vida, y al sobrino del boticario, que no era ya sino cadáver, pues tenia roto el cuello.

Tal acontecimiento, como es fácil suponer, alarmó mucho á la poblacion al ser sabido á otro dia; y como se dijo que habia habido duelo entre Maldonado y D. Manuel por causa de celos relativos á la hija del Sr. Esteves, tuvo este caballero que ausentarse precipitadamente del teatro de las desgracias, retirándose con su familia á una hacienda inmediata á la ciudad.

La impresion de Juanita al saber el lastimoso estado de su amante, casi la dejó sin sentido por muchos dias.

La justicia metió, naturalmente, la mano en el negocio, y como era de esperarse, mi compañero Maldonado quedó absuelto, y su mozo condenado á una pena leve, no obstante los esfuerzos que el honrado boticario hizo para que ahorcaran á quienes él llamaba los asesinos de su sobrino.

El pobre D. Gaiferos murió á poco de la pesadumbre de haber perdido la brillante posicion que esperaba adquirir con el casamiento de D. Manuel; y aun mas le pudo el descalabro sufrido en su establecimiento con los despilfarros de su sobrino.

VII

La convalecencia.—El signo adverso.—Fin.

Muy presto comenzó Maldonado á reponerse de sus heridas, que no habian sido por fortuna peligrosas, pues tres de ellas solo rozaron ligeramente su costado izquierdo, y en cuanto á las otras dos, aunque algo penetraron en el mismo flanco, no causaron derrame alguno interior de sangre. Los vehementes deseos de volver á ver á Juanita, de quien

habia estado separado mas de dos meses, y los vientecillos precursores de la primavera, pronto volvieron la esperanza á su corazon y los colores á sus mejillas. D. Roque parecia ahora mas interesante, y las muchachas lo consideraban como un héroe de novela. Mas para desgracia suya, el Sr. Esteves le declaró por medio de una esquela, que, atendidas las circunstancias desagradables del lance reciente, se veia precisado á no recibirle por entonces en su casa, en obsequio del bien parecer y de la reputacion de su hija.

Aquí fueron los apuros de nuestro D. Roque, y creo que se habria muerto de pura desesperacion si su criado no le sacara pronto del mal paso. Temia mi compañero, y con razon, que durante la ausencia hubieran hablado á Juanita en contra de él, hasta consiguiendo, acaso, que le olvidara. A fin de desengañarse y de explorar el terreno, escribió D. Roque una tierna epístola enviada á la novia por conducto del fiel Martin su mozo, y no tardó mucho en recibir una contestacion, muy favorable de parte de la niña. Muy presto quedaron arregladas las relaciones por escrito, y aun se trataba ya mutuamente de proporcionarse una entrevista.

Se aproximaba entonces el Carnaval, y la familia del Sr. Esteves pensó dar en la hacienda un baile de máscaras, al que fueron convidadas muchas personas de la ciudad. Aquí fué donde Martin creyó posible realizar su proyecto de que tuvieran una entrevista los dos novios, y sugirió á su amo la idea de que le seria dable presentarse de máscara en aquel baile y hablar toda la noche con Juanita, merced al disfraz que salvaba los inconvenientes de la prohibicion del papá de la niña.

Quedó, pues, arreglado que D. Roque iria con Martin á la hacienda á la caida de la tarde; que el último se quedaria afuera á cierta distancia con los caballos, y que Maldonado se introduciria salvando la tapia del corral ó patio, donde le esperaria Juanita con un disfraz para llevarlo á la sala como á uno de tantos convidados.

Fácil es imaginarse si nuestro amigo anduvo listo en acudir á la cita. Salvó la tapia del patio de la hacienda y se puso á esperar con impaciencia á Juanita, detenida en aquellos momentos en la sala por cualquier causa. Los minutos se hacian horas largas á nuestro enamorado, cuya impaciencia se tornó al cabo en inquietud y temor, al ver que algunos mozos ó trabajadores de la hacienda invadian el corral y podian hallarle, sospechar de su presencia á causa de su trage, de la hora y del sitio, y hasta dar una alarma que le seria indudablemente funesta.

A la sazon rompia el baile en la sala, á unas cien varas frente al lugar donde se hallaba D. Roque, llegándole con el brillo de las luces las melodiosas notas de la orquesta y el espectáculo de las parejas fugitivas á que servia de marco la puerta de la sala, abierta al corredor de la casa, al cual se subia del patio por dos ó tres escalones bastante bajos. Atemorizado mi compañero con la aproximacion de los campesinos, ideaba cómo evitar que le vieran, cuando atinó á divisar en el patio mismo y á corta distancia suya, una bóveda ó *temaxcalli* de adobes, que supuso vacío, por no tener generalmente otro uso que el de los baños de vapor tales como se aplicaban en tiempo de los aztecas y cholultecas, y al cual daba entrada una puertecilla ó mas bien un boquete relativamente muy pequeño. Agradeciendo á su estrella el asilo que, en su concepto, le deparaba, divisarlo y correr hácia él, fueron un mismo acto para Maldonado; pero tropezó desde luego con la natural dificultad derivada de la pequeñez del boquete, y trató de vencerla poniéndose de espaldas y en cuclillas, y entrando hácia atrás á la manera de los cangrejos.

Hallábase precisamente en tan extraordinaria y crítica posicion, cuando un cerdo asaz grande, que pasaba las noches en el interior del abandonado *temaxcalli*, sintiendo invadida su mansion á una hora tan desusada y por un personaje tan poco conocido y en ademan tan raro, trató de salir de allí cuanto antes, juzgando conveniente, sin duda, ganar el campo; y aguijoneado del miedo, salió en efecto con ímpetu terrible y con la rapidez de una flecha, llevándose montado en sus lomos al desventurado D. Roque, quien sorprendido y arrebatado, no tuvo tiempo ni tino mas que para asirse casi instintivamente de las orejas del animal. Azorado este más y más con el peso que llevaba encima y con los tirones que le daba D. Roque en las orejas, como habia de tomar otro rumbo se dirigió á carrera tendida al salon del baile, por cuya puerta entró, arremetiendo con dos ó tres parejas y yendo á caer luego con todo y ginete en medio de la sala y de la concurrencia, que salió de su inexplicable sorpresa, para estallar en estrepitosas carcajadas. Repitiéronse estas cuando las pocas personas que al principio, conociendo el carácter del estudiante, creyeron que se trataba simplemente de una broma suya en tan peregrina entrada, al ver á D. Roque demudado el semblante y con ropa y cabello en el mas completo desórden, y al advertir la angustia de Juanita y el asombro y el disgusto de los demas individuos de la casa, comprendieron poco mas ó menos la realidad de lo acaecido, y sin querer, se acordaron de la ridícula escena del boticario en el descanso de la escalera de la casa de Puebla, y de la infalibilidad de aquella sentencia divina de «Quien á hierro mata á hierro muere.»

Antes de llegar aquí el Doctor habia sido ya interrumpido por las risas de los estudiantes. Encarándose con nosotros, mirónos de hito en hito al través de su lente, y en seguida agregó:

Aquella fué la señal del término del baile, que acababa de comenzar. Juanita cayó al suelo sin sentido viendo á su amante en tan rídicula situacion. D. Roque apenas repuesto de la sorpresa y del susto, se salió de la sala, y salvando nuevamente la tapia, corrió á caballo hasta Puebla á esperar re

sultas. En cuanto á la cólera del Sr. Esteves, no tuvo tiempo de estallar, porque la gravedad de la hija exigia todas sus atenciones. La pobre niña salió de su desmayo, pero su razon quedó extraviada y causándole continuos tormentos.

Maldonado llegó á Puebla á postrarse en una cama, y quince dias despues falleció de una terrible fiebre cerebral, asistido de los reverendos padres de Santo Domingo, cuyas simpatías conservaba, y de no pocos amigos y compañeros suyos que le prestamos hasta lo último los impotentes auxilios de la ciencia.

El Doctor se quedó gran rato sumergido en profunda meditacion, y luego se salió del cuarto, dejándonos sorprendidos con el relato de tan extraños sucesos.

México, 1857.

EL ANGEL DE LA TRISTEZA.

Yo he visto entre los sauces
Del negro bosque umbrío,
Cruzar como ligera
Y blanca aparicion,
Un ángel que humedece
Sus alas en el rio,
Y al compás de las ondas
Levanta su cancion.

Inclínanse á su paso
Las tímidas violetas,
Los nardos y los lirios
Su blando aroma dan;
Detiénense las brisas
Balsámicas é inquietas,
Detiénese en las rocas
La voz del huracan.

Y á la hora en que enmudecen
Los ecos de la selva,
Cuando en ocaso vierte
Su luz postrera el sol,
Antes que en negro manto
La noche al mundo envuelva,
Del ángel misterioso
Se oye vibrar la voz.

—¿Sabeis mi nombre? dice;
Llamáronme.... tristeza!
Mi frente coronaron
De flores sin olor;
Cuanto hay en este mundo
De gracia y de belleza
Se abate, se marchita
Cuando lo toco yo!

Yo he visto hermosas niñas
De frentes virginales,
De lánguidas miradas,
De voz angelical,
Doblarse al soplo mio
Cual pálidos rosales
Cuyo verdor secara
Siniestro vendabal.

Yo apago las antorchas
De la brillante orgía,
Yo en sus licores vierto
Mi emponzoñada hiel;
Yo los tiernos amores
Llego á romper un dia;
Yo descanso en el fondo
Del cáliz del placer.

El rayo de la luna
Que sobre el mar riela,
Alumbra suavemente
Mi blanca aparicion;
Yo velo en los sepulcros
Donde ninguno vela,
Y lloro, donde nadie
Para llorar llegó.

Descanso junto al lecho
Del pobre desterrado;
Junto á la humilde cuna
Del huérfano infeliz:
Despues de una derrota
Contémplame el soldado
Entre escombros y muertos
Errante discurrir.

Constante compañero
Del hombre que padece,
Del que se aturde y goza
Tenaz perseguidor,
Ante mi frio rostro
Su rostro palidece,
Lo mismo en el palacio
Que en lóbrega prision.

Cuando el vuelo levanto,
¡Qué negro es mi cortejo!
Formado de memorias
E imágenes de amor,
Helados corazones,
Miradas sin reflejo,
Risueñas esperanzas
Que la verdad mató....

Delirios que encantaron
Del hombre la existencia,
Proyectos que mostraban
Hermoso el porvenir:

Labios do se aspiraba
De amor la grata esencia,
Y hoy se contempla negra
La huella del sufrir.

Cuando en las tardes vago,
Todo esto me acompaña,
Todo esto asedia al hombre
Que me encontró al pasar.
En lágrimas ardientes
Mi corazon se baña,
Y el sér que me dé abrigo
Debe tambien llorar!....

Y pasa.... y á su paso
Las flores se estremecen,
Las tórtolas suspiran
Y llora el manantial:
En sus ligeros tallos
Las rosas palidecen,
Temiendo de su seno
El hálito glacial.

Y pasa.... ¡Ay! á mi frente
Sus labios han tocado,
Su voz á mis entrañas
Cual dardo penetró.
Las noches y los dias
Ligeros han pasado;
Mas la tristeza horrible
Dentro de mí quedó.

El hielo de sus alas
Por siempre heló mi frente,
Lo amargo de su acento
Impregna mi cancion.
Si entre bríndis y risas
Me aturdo locamente,
La tristeza me avisa
Que yo su esclavo soy.

Por eso entre la arena,
Sin brillo y sin esencia
Mis versos van cual flores
Que el huracan tronchó,
Creciendo en los abrojos
De una árida existencia,
Brotando de una frente
Que la tristeza heló.

LUIS PONCE.

Tulancingo, 1867.

SIMPATÍA.

SONETO.

No es la virtud, talento ó hermosura,
Ni de alta posicion el poderío,
Lo que doma y sujeta el albedrío
Con cadenas de mágica blandura.

Es corriente magnética, que pura
Del cielo del amor cae en rocío,
Sonora fuente en abrasado estío
Cuyas aguas producen la ventura.

Es que una alma de otra alma compañera
Se enciende en el volcan de una mirada,
Y aunque viva, entre hierros prisionera,

Por leyes y costumbres subyugada,
Se lanza como el águila altanera
Y al alma encuentra con que está hermanada.

M. LÓPEZ MEOQUI.

México, Abril de 1869.

NECROLOGIA.

Tenemos el sentimiento de anunciar que el dia 28 del corriente falleció en esta ciudad la Sra. Dª MARÍA DE LOS ANGELES CASO DE PRIETO, esposa de uno de los redactores del *Renacimiento*, el Sr. D. Guillermo Prieto.

La sociedad mexicana lamenta, y con razon, tan grande pérdida. La señora de Prieto era un modelo purísimo de virtudes como esposa y como madre, era el ornamento de su sexo, era una mujer de corazon sensible y caritativo. Angeles como ella no debian volverse nunca á su morada, abandonando este suelo, donde su proteccion hace falta.

Nosotros los que nos llamamos amigos del ilustre poeta lírico de México, le acompañamos sinceramente en su dolor y participamos de su luto y de su tristeza por la muerte de esa MARIA que fué siempre el númen inspirador de sus cantos juveniles, que fué la compañera de sus infortunios y de su patriótica peregrinacion, y que seguramente es hoy su protectora en el cielo.

ERRATA.

En la entrega 17, pág. 225, artículo *Spa*, 2ª columna, línea 21, dice: Esta observacion, en extremo curiosa, etc., léase: Este fenómeno, etc.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Fiestas del 5 de Mayo.—Inauguracion de la estatua de Guerrero.—La estatua de Morelos.—La avenida de los hombres ilustres.—Los teatros.—Himno patriótico en el Nacional.—La loa de los Sres. Olavarría, Gonzales y Sierra, con música del maestro Cresj.—Entusiasmo del público.—Esther Tapia, colaboradora del Renacimiento.—Bibliografía. Querétaro. Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano, por Alberto Hans, traduccion de D. Lorenzo Elizaga.

México, Mayo 8 de 1869.

Las fiestas del 5 de Mayo se han celebrado con la mayor pompa y con gran entusiasmo. A las nueve y media de la mañana, el Ayuntamiento de la capital salió de las casas consistoriales y se dirigió al Palacio nacional, desde donde partió despues una gran procesion cívica presidida por comisiones de los Supremos Poderes, y marchando por las calles 1ª y 2ª de Plateros, San José el Real, Cinco de Mayo, Vergara, San Andrés y Mariscala, y Puente de Alvarado, cuyas dos últimas calles recibieron ese dia el nombre de *Avenida de los hombres ilustres*, y llegó á la plaza de San Fernando, que se llamará de hoy en adelante *Plaza de Guerrero*.

Allí el regidor Landgrave pronunció un discurso conmemorando las glorias del 5 de Mayo de 1862, y el regidor Prieto, otro para inaugurar la estatua del inmortal Guerrero, que se descubrió en ese momento.

La concurrencia era numerosísima, y la pequeña plaza de San Fernando se llenó completamente. Hace algunos meses que el Ayuntamiento está preparando las dos plazas de San Fernando y de San Juan de Dios para este dia, y en la primera, sobre todo, se ha esmerado. Allí ha formado un pequeño *square*, que dentro de poco tiempo será uno de los mas hermosos paseos de la capital. Dos lindas fuentes, colinas en miniatura sembradas de musgo y de flores; numerosos bancos rústicos, hechos de troncos de árboles, pero que tienen muy cómodos asientos de bejuco; en derredor de la estatua un círculo de troenos, y mas lejos y en derredor del *square*, calles de fresnos, hé aquí lo que contiene la plaza de Guerrero, que presenta hoy muy diferente aspecto del que antes presentaba con su terreno liso y descubierto, su iglesia triste y la fachada pequeña y sombría del cementerio, que no tiene ningun adorno que la haga agradable.

La estatua es de bronce y bonita. Los inteligentes dicen que tiene muchos defectos. Nosotros solo notamos que carece de semejanza con el gran caudillo del Sur, de cuya cabeza arrogante y magnífica pudo el artista sacar un gran partido. Aquel cabello que se levantaba como agitado sobre la frente del héroe, aquellos ojos, aquella nariz, y sobre todo, la actitud que generalmente tenia la cabeza de Guerrero cuando hablaba ó cuando combatia, le daban una perfecta semejanza con la cabeza de una águila. Los que conocieron al ilustre general aseguran que era grandiosa su cabeza, y que la manera de erguirla, imitada por un artista inspirado, habria hecho la reputacion de este.

La estatua se halla colocada sobre un pedestal de piedra, que tiene en derredor un enverjado de hierro y cuatro farolas.

La otra placita de San Juan de Dios no presenta todavía sino un síntoma de jardin. Los arbolillos están casi secos, los arbustos marchitos, los prados aun están adornados solamente con el oscuro color de la tierra vegetal, y una que otra flor huérfana se mece acá y acullá en ellos; pero tambien con el tiempo el pequeño jardin será gracioso. En medio de él se levanta la estatua de Morelos que estaba en la plazuela de Guardiola, y que todo México sabe que no es precisamente una obra maestra de arte. Parece que nuestros escultores han creido que la estatua de un héroe no puede ser clásica si no tiene una espada en la mano. Habrian conocido su equivocacion si se hubiesen tomado el trabajo de estudiar los modelos antiguos, y aun los modernos de mejor gusto.

A causa de semejante mania la mano derecha de Morelos, que antes empuñaba una espada de madera, como un San Miguel Arcángel ó un Señor Santiago, hoy que no la tiene, parece que se prepara á dar un puñetazo.

Pero, en fin, á pesar de ser feas la estatua de Morelos y la de Hidalgo que se halla en Toluca, siquiera existen, y de esto debemos estar agradecidos al Sr. D. Mariano Riva Palacio, que siendo gobernador del Estado de México mostró el mas decidido empeño en tributar un homenaje de admiracion á los dos primeros héroes de la Independencia, colocando la primera en la expresada ciudad de Toluca, y haciendo preparar la segunda, que por diversas circunstancias no pudo ser colocada tambien en aquella época.

Ningun gobierno antes habia pensado en honrar la memoria de los padres de México elevándoles estatuas, y solo Santa-Anna se dispensó, él mismo, este apoteosis, poniendo su figura en la plaza del Mercado.

Hoy, segun sabemos, el general Arce, gobernador constitucional del Estado de Guerrero, ha proyectado tambien elevar una estatua al caudillo del Sur en la plaza principal de Tixtla, capital de dicho Estado y lugar donde nació el grande hombre. La idea del general Arce ha sido acogida con entusiasmo por todos los pueblos del Sur, se ha abierto una suscricion hace mas de tres meses, todos los ciudadanos, aun los de fortuna mas humilde, aun los jornaleros, han contribuido con su óbolo para esa obra, y creemos que dentro de poco la ciudad de Guerrero y el Estado todo, habrán reparado con ese monumento el injusto olvido en que han tenido hasta hoy las glorias del que fué verdaderamente el padre de los pueblos surianos.

Aplaudimos desde aquí sinceramente la idea del general Arce, que no solo en este asunto, sino en otros, ha mostrado que desea el progreso y el engrandecimientò de aquel desgraciado país, á cuyo gobierno ha sido llamado con justicia

Volviendo á la *Avenida de los hombres ilustres*, no podemos omitir algunas indicaciones que andan en boca de todos. La calle será hermosísima, la mejor de México; pero se necesita hacer desaparecer esa zanja infecta que aun existe al pié de la Alameda por el lado de la Mariscala, y de la que se desprenden miasmas deletéreos. Ademas, es preciso echar abajo los arcos que aun obstruyen la calle del Puente de Alvarado. Con esto y con poner bancas de trecho en trecho, y fresnos, ó al menos troenos, como se ha empezado á hacer en la Mariscala, la calle quedará deliciósa y será el paseo favorito de los mexicanos, que hoy juzgan una cosa muy agradable y de mucho tono ir metidos en un coche á dar vueltas en el lodazal de Bucareli, en donde se ha matado mas de un caballo y tambien mas de un ginete.

Un nuevo mercado se inauguró ese mismo dia 5 de Mayo en la plazuela de Madrid, y no hubo novedad.

Las gentes pasearon algo despues de las solemnidades de la mañana; pero las diversiones se redujeron en la tarde á oir las músicas que tocaban en la Alameda y en el zócalo, y á vagar como se vaga en los dias juéves y viérnes de la Semana Santa.

Los teatros Nacional y de Iturbide, adornados é iluminados magníficamente, se abrieron por la noche para dar cada uno una funcion escogida.

En el Nacional, el Ayuntamiento compró al empresario la funcion, segun sabemos, y se duplicaron los precios de entrada, por cuya razon la concurrencia no fué numerosa.

Se puso en escena la aplaudida zarzuela *La Hija del Regimiento*, en que la señora Zamacois hace furor, como dicen los franceses.

En uno de los entreactos se cantó un himno, cuya música compuso el señor Gaztambide, y cuya letra es de Justo Sierra. No le oimos; pero se nos dice que fué muy aplaudido y que los autores fueron llamados dos veces á las tablas.

El teatro estaba elegantemente adornado con armas, pabellones y ramilletes, moda que enseñaron aquí nuestros invasores, y que es de muy buen gusto.

En Iturbide se pusieron en escena el segundo acto de *Los Diamantes de la Corona* y la zarzuelita en un acto *La trompa de Eustaquio*, que tanta gracia tiene; pero lo notable ahí fué la *loa patriótica*, cuya letra es de los jóvenes poetas Olavarría, Gonzalez y Sierra, y á la que puso música el Sr. D. Manuel Cresj, barítono de la compañía Albisu.

Nuestro cronista Peredo dará cuenta á los lectores de la obra detalladamente. Nosotros solo decimos que tiene hermosos versos y preciosa música, y que la pieza es una alegoría ingeniosa y que no puede menos de entusiasmar siempre que se represente. La ejecucion fué muy feliz. La Corro estaba muy guapa representando á México, Grau caracterizó bien al pueblo mexicano, y le vimos tan animado que nos sorprendió. Si es capaz, como lo vimos esa noche, de declamar como declamó, ¿por qué no lo hace así siempre? Cresj representaba al Tiempo, y no es preciso decir que estuvo, como siempre, magnífico. Los personajes alegóricos de la Guerra, la Discordia, el Hambre y la Traicion, representados por Poyo, la Lluesma, la Areu y García, no dejaron nada que desear. La Areu sobre todo parecia una Furia de Macbeth personificando á la Hambre. Los coros de vicios y virtudes salieron muy bien.

El público se entusiasmó hasta un grado indecible, aplaudió todos los versos, todos los trozos de música, y llamó á los autores varias veces á la escena en medio de los mas estruendosos aplausos y de las dianas que tocaban la orquesta y la música del batallon de Supremos Poderes, que estaba sobre el tablado.

El Renacimiento tiene hoy la fortuna de anunciar á sus lectores que cuenta ya como colaboradora á la distinguida poetisa Esther Tapia de Castellanos, que con la amabilidad que la caracteriza, se ha prestado con gusto á honrar las columnas de este periódico con sus hermosas inspiraciones. Debemos semejante dicha al empeño de una distinguida señora, amiga nuestra, que protege con su simpatía nuestra humilde publicacion desde que nació, y que unida con los lazos de la mas tierna amistad á la amable poetisa, ha obtenido de ella y de su esposo el Sr. Castellanos, la autorizacion para poner su nombre al frente del Renacimiento.

Esther nos ha enviado ya tres bellas poesías, y nos anuncia la publicacion de todas las que ha escrito hasta aquí.

Damos las gracias á nuestra colaboradora porque ha interrumpido por fin su silencio de tantos años, y á la noble dama su amiga por habernos proporcionado esta nueva joya que adornará nuestra publicacion.

Acaba de publicarse un libro histórico de importancia. Titúlase «*Querétaro*.—Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano, por Alberto Hans.»

Nuestro amigo Lorenzo Elizaga ha hecho la traduccion, y con esto puede comprenderse que se ha añadido un atractivo mas á la lectura interesante de una narracion que por mil motivos debemos conocer. Todo lo que se refiere al desgraciado príncipe y á los tremendos sucesos del sitio de Querétaro, debe llamar la atencion vivamente, y el Sr. Elizaga ha prestado un servicio á la historia nacional traduciendo esta obra, de la que nuestros escritores sacarán útiles datos si son buenos, ó rectificarán algunas aseveraciones si son inexactas.

Ya hablaremos mas tarde de este libro, del que publicó el Sr. Arias hace un año y de los otros que se refieren á la misma época, pues nosotros en nuestra calidad de testigos oculares y aun de ac-

tores en el sitio de Querétaro, estamos escribiendo algo que apoyaremos en documentos incontestables. La obra es difícil, y por eso hemos retardado su publicacion; pero esperamos concluirla dentro de pocos meses.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

LA PATRIA.

A MI HIJO LUIS.

(Escrita para «El Renacimiento»)

«¡Patria, patria, nombre santo,
«Nombre dulce y bendecido,
«Voz de celestial encanto,
«Que haces derramar mi llanto
«Con tu mágico sonido!»

Así una mujer decia,
Y reclinado en su seno
Un tierno niño la oía,
Diciéndola de ansia lleno:
¿Qué es la patria, madre mia?

Hijo, ese nombre adorado
Es manantial de emociones;
Es lo que hay mas venerado,
Es un conjunto sagrado
De recuerdos é ilusiones.

Es el sitio do nacimos,
Donde primero lloramos
Y la luz primera vimos;
Do el amor filial sentimos
Y el de una madre gozamos.

Es aquel hogar risueño
Donde vivió nuestro padre,
Donde veló nuestro sueño
Con un semblante halagüeño
Nuestra cariñosa madre.

Son los templos majestuosos
Donde de niños rezamos;
El huerto donde jugamos,
Y los árboles frondosos
A cuyo pié nos sentamos.

El llano donde corrimos
Tras ligeras mariposas;
La fuente donde bebimos,
Y el arroyuelo que vimos
Serpentëando entre rosas.

Es la brisa perfumada
Que aspiramos en la infancia
En la pradera encantada
Do la rosa nacarada
Nos dió su dulce fragancia.

Es el techo do anidaron
Mansas y parleras aves
Que á la aurora nos cantaron,
Y nuestro sueño turbaron
Con trinos dulces, süaves.

Es el agua platëada,
Es la atmósfera y el viento,
Es esa tierra sagrada
Que por el sol fecundada
Nos da sabroso alimento.

El sitio donde crecimos,
Donde entre amigos moramos,
Donde entre hermanos vivimos,
En donde juntos dormimos,
En donde juntos jugamos.

Es ese lugar sagrado
De las tiernas afecciones;
Es lo que hay mas venerado;
¡Es un conjunto adorado
De recuerdos é ilusiones!

Así la madre decia,
Y reclinado en su seno
El tierno niño la oía,
Diciéndola de ansia lleno:
¿La amas mucho, madre mia?

¡Oh! sí, mi bien, yo la amo,
Como á una madre la adoro;
Por ella de amor me inflamo,
Y con orgullo la llamo
Mi adoracion, mi tesoro.

En esta patria nací,
En ella tuve una madre,
La vida en ella te dí,
Y el amor de un tierno padre
Y el de un esposo sentí.

¡Ante su bendita ara
Mi sangre toda daria,
Mi vida sacrificara,
Si con ella le comprara
La dicha á la patria mia.

Amo su cielo estrellado,
De su luna los fulgores,
De su sol los resplandores,
Y su suelo tapizado
De mil balsámicas flores.

Amo sus grutas hermosas
Por los amores formadas,
Sus magníficas cascadas,
Y sus fuentes primorosas
Y sus brisas perfumadas.

Amo sus altivos montes
Do alza el ave sus cantares;
Amo sus potentes mares,
Sus lejanos horizontes
Y sus bosques seculares.

Si la suerte me llevara
Hácia otra tierra mejor,
Que oro y dicha me brindara,
Siempre allá me marchitara
Como trasplantada flor.

Por esta tierra bendita
Llorara mi corazon,
Como lloró el israelita
En su tristeza infinita
Por su idolatrada Sion.

Que no hay aura embalsamada,
Ni hay alegre primavera,
Ni luz que brille argentada,
Ni corre hora sosegada
En una tierra extranjera.

Hay una aurora de amor
Que solo en la patria viene;
Un agradable calor,
Y un delicioso sabor
Que solo la patria tiene.

Mi vida toda daria
Por esta patria tan bella:
Así la madre decia,
Y el niño la respondia:
Madre, ¿qué quieres para ella?

Quiero mirarla elevada
Sobre todas las naciones;
Grande, sábia, respetada,
De laureles coronada,
Tremolando sus pendones.

Quiero verla de la gloria
Y la fama circüida;
Páginas de oro en su historia
Quiero ver, y su memoria
Por su virtud bendecida.

Ver su marina brillante,
Ver su ejército valiente
Por todas partes triunfante;
De la victoria radiante
Mirar la luz en su frente.

Mirar su corte formada
De filósofos profundos;
De ingenieros rodëada,
Y astrónomos que á otros mundos
Lleven su altiva mirada.

De músicos y pintores,
De poetas laureados,
De sublimes escultores,
De críticos afamados
Y justos historiadores.

De nuestro siglo á la altura
Ver en toda su grandeza
Su rica literatura;
Su feraz agricultura
Ver en toda su riqueza.

Ver en buques comerciales
Los anchos mares cruzando
Sus productos industriales,
Y mil vapores bogando
En sus lagos y canales.

No ver mas contiendas quiero
De hermano contra el hermano:
Mas si un osado extranjero
La ultraja, ver en su mano
Siempre empuñado el acero.

En fin, quiero, hijo del alma,
Para esta patria querida,
De la paz la dulce calma,
De la victoria la palma
Y la virtud bendecida.

Y por el amor sincero
Que tengo á esta patria amada,
Por único premio espero
Dormir mi sueño postrero
Bajo su tierra sagrada.

Esther Tapia de Castellanos.

Ocotlan, Abril 8 de 1869.

FANTASIA FUNEBRE.

POESÍA DE SCHILLER,

Traducida directamente del aleman.

A MI QUERIDO AMIGO

EL SEÑOR DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

Con yertos resplandores va la luna
Por los callados bosques de la muerte,
Y suspirando por los aires gira
El terrífico espíritu nocturno.—
Las nubes horrorizan entre nieblas,
Pálidas las estrellas se entristecen
Como en la tumba lámparas remisas.
A escuálidos fantasmas semejante
En negra pompa funeral avanza
Y muda y hueca y disecada turba
De cadáveres mil al campamento
Bajo del velo pavoroso y triste
De la tremenda noche del sepulcro.
Trémulo y en el báculo apoyado,
¿Quién con sombría y cóncava mirada
Y lanzando gemido lastimero,
Atormentado de la dura suerte,
Vacila en pos del ataud que llevan
Del silencio en las sombras? ¿Dijo «Padre»
De los labios del jóven el gemido?
Húmedo y frio horror convulso torna
Su esqueleto fundido de aflicciones
Y erízanse las canas en su frente.—
¡Sus heridas de fuego se desgarran!
¡Infernales dolores su alma oprimen!
«Padre» del jóven pronunció la boca,
«Hijo» articula el corazon del padre.
Helado, helado él yace en el sudario
¡Y tu ensueño dorado antes, tan dulce!
¡Por tu mal, Padre mio, dulce y de oro!
Helado, helado en el sudario él yace,
¡Tu alegría y tu Eden lleno de encantos!
Blando, como aire en torno del Elíseo,
Cual si dejase de la aurora el seno,



D. FERNANDO CORTÉS.

Gentil ceñido con olor de rosas
De Flora el hijo entre los huertos salta,
Por los risueños prados revolando
Y retratado por las ondas puras.
Las llamas del deleite de sus besos
Brotaban envolviendo á las doncellas
En amoroso fuego penetrante.
Intrépido corria entre los hombres
Como en los montes juvenil venado;
Volaba por el cielo en sus caprichos
Como águila en las cimas nebulosas;
Soberbio como indómito caballo
Que arroja blanca espuma y que sacude
Con ímpetu la crin á un lado y otro
Al freno resistiendo prepotente,
Ante esclavos y reyes se presenta.
Como de hermosa primavera un dia,
Sereno del vivir pasó las horas
Que huyeron con la estrella de la tarde.
De la vid en el oro ahogó sus quejas,
Divirtiendo el dolor en ágil danza.
En el jóven gentil mundos dormian,
¡Ah! si á su tiempo fuera hombre maduro!—
¡Gózate, Padre, en el gentil mancebo,
Si los dormidos gérmenes maduran!
No tal, Padre.—¡Escuchad! la puerta cruge
Del cementerio con fragor y se abre
Los metálicos gonces rechinando.
¡De la tumba la bóveda horroriza!
¡No tal, deja á las lágrimas su curso!
Anda, jóven hermoso, anda la senda
Del sol logrando perfecciones altas,
La noble sed apaga del encanto.
Libre de penas en la paz del gozo!—
Volver á ver—¡celeste pensamiento!—
¡Ver de nuevo en las puertas de la gloria!
¡Escucha! el ataud sordo se mece,
¡Gimiendo cruge el cable funerario!
Cuando tú y yo rodábamos beodos,
Nuestro labio calló y el ojo hablaba.—
¡Parad! ¡parad!—si ardiamos en ira
Por malignos—las lágrimas empero
Brotaban mas calientes de nosotros.—
Con yertos resplandores va la luna
Por los callados bosques de la muerte,
Y suspirando gira por los aires
El terrífico espíritu nocturno.
Entre nieblas las nubes horrorizan,
Pálidas las estrellas se entristecen
Cual lámparas remisas en la tumba,
Y con sordo rumor la tierra cubre
El ataud, y el túmulo formando.
¡Por los ricos tesoros de este mundo
Una mirada permitidnos sola!—
Del sepulcro el cerrojo resonante
Se cierra con horror eternamente;
Con mas sordo rumor cubre la tierra
El ataud, y el túmulo se forma.
Nunca jamas la tumba restituye.

José Sebastian Segura.

México, Abril 30 de 1869.

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

Hoy comenzamos á insertar el interesante estudio histórico que con este título ha escrito el erudito Sr. Orozco y Berra, tan conocido por sus trabajos sobre la historia de México.*

El Sr. Orozco honró á su discípulo el Sr. Altamirano dedicándole esta nueva obra, y le dirigió la carta que insertamos á continuacion, notable porque viene á poner en relieve, una vez mas, la excesiva modestia que caracteriza al autor de la *Geografía de las lenguas* y de tantos otros libros que están hoy llamando la atencion de los sabios europeos.

Las obras de tan eminente escritor no necesitan la proteccion de nadie para ser estimadas, y muy al contrario, honran demasiado el nombre de aquel á quien se dedican. En el caso presente, nuestro amigo Altamirano debe considerarse dichoso con haber recibido tan brillante prueba de afecto y de distincion de parte de su maestro.

La carta del Sr. Orozco dice así:

«Sr. D. Ignacio M. Altamirano.—Muy apreciable amigo: Acepte vd. como una ligera muestra del aprecio que le profeso, el pequeño trabajo que le acompañó. No le desprecie vd. por ello, porque para adquirir alguna valía busca la proteccion de su buen nombre.—Desea á vd. cumplida felicidad su afectísimo amigo y servidor Q. B. S. M.—Manuel Orozco y Berra.»

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

I

Cuando Cristóbal Colon presentó en la Península Ibérica las producciones del recien descubierto Nuevo Mundo, y con su entusiasmada y poética imaginacion describió los ricos y encantadores países encontrados al medio del Océano, las imaginaciones no menos vivas y pintorescas de los españoles se exaltaron, y el ardor nacional tomó el rumbo de las acciones arriesgadas y de las empresas de todo género. Multitud prodigiosa de hombres dejó su patria, para ir allá muy lejos, en busca de nuevas comarcas, de reinos poderosos, de tesoros inmensos, y allí enriquecer pronto, ganar fama, y destruyendo á los idólatras, hacer triunfar el culto de la Santa Cruz.

Nobles y pecheros siguieron el impulso general, si bien aquellos fueron respectivamente en corto número. La turba de aventureros abandonaba su país confiada y satisfecha, contando solo con su corazon y con su espada. Terminaban en España las porfiadas y sangrientas guerras contra los moros; estaban frescas aún las memorias de las hazañas prodigiosas rematadas en la Vega de Granada por los cumplidos caballeros cristianos; se admiraban

todavía las proezas de los zegriés y de los abencerrajes; se enardecia el pueblo con la relacion de los sitios y de los combates, abultados y revestidos de formas fantásticas en las tradiciones populares; y el orgullo de la victoria, largo tiempo disputada y por heróicos esfuerzos conseguida, infundia seguridad en los ánimos y les daba suficiencia. Comun y continuada la lectura de los caprichosos libros de caballería, nadie ignoraba, y muchos creian en los encantamentos, en el pacto con los espíritus superiores, en los portentos de la magia, obra de la ciencia, y en los horrores de los sortilegios nacidos del poder comunicado por el mismo Satanás. Mezcla de ideas paganas y católicas, abrigadas por fantasías meridionales, que daban por resultado la creencia de que nada habia imposible para el hombre, supuesto que no era difícil encontrar una proteccion sobrenatural para vencer todo linaje de obstáculos y de contradicciones. Y si esto podia lograrse por medio de la magia, mas fácil era aún alcanzarlo, si puesto fervorosamente el corazon en Dios, con fé sincera y con la santa idea de hacer triunfar la verdadera religion, tenia que combatirse contra los paganos y contra los infieles, gente descreida, abandonada por la Divinidad á los cristianos.

Si á estos elementos, tomados de entre los principales de aquella época, reunimos los constitutivos del carácter español, resultarán, sin entrar en un prolijo exámen, las buenas y las malas cualidades que adornaban y desfavorecian á los aventureros castellanos del siglo XVI. Leales á su rey, valientes y esforzados; tenaces, religiosos hasta la supersticion; confiados y arrogantes; crueles con los vencidos porque eran de una raza despreciada; implacables porque perseguian idólatras; rapaces para hacer fortuna; pródigos para desperdiciarla en el juego ó en los placeres, una vez conseguida; predicadores fervientes y soldados corrompidos; campeones nunca puestos en olvido por la fama, manchando sus laureles con los tormentos aplicados á las víctimas con fria impasibilidad; hombres de bronce, sufriendo sin quejarse toda clase de penalidades, rematando como por pasatiempo sus prodigiosas conquistas, para entregarse luego al reposo y á las delicias; removedizos en la tierra sojuzgada, sin apego á los trabajos materiales de la labranza y del comercio; turbulentos, reacios para sujetarse á la disciplina que no era impuesta por sus gefes militares; apegados nimiamente á las fórmulas forenses y buscando en ellas el remedio y el apoyo de sus faltas; amos intratables; padres de familia descuidados con los hombres y vigilantes con las mujeres. Reunion de fases contradictorias, ante la cual se vacila entre saludar al héroe ó despreciar al merodeador, porque lo eran todo junto.

Luego que se descubria alguna nueva provincia, se fundaban en ella las mas lisonjeras esperanzas, se la pintaban unos á otros como la region mas afortunada y feliz, llena de oro y de belleza, de prodigios y de fábulas; los aventureros acudian á bandadas para alistarse en la expedicion que iba á la conquista de aquel paraiso, y emprendian la marcha entretenidos con agradables sueños, platicando alegremente de su futura fortuna y del regalo que les aguardaba. Llegados al lugar apetecido, por rico y hermoso que fuera les parecia triste y pobre, segun ellos se lo habian figurado, y comenzaba el desengaño; seguian duras enfermedades, privaciones sin cuento, fatigas y molestias propias para abatir al mas robusto, y sobrevenia la saña de los indios que, acosados, pagaban la crueldad de los blancos con refinamiento de barbarie: el mayor número perecia, los demas se disgustaban y se retiraban desalentados á contar su malaventura, y muy pocos, hábiles ó afortunados, recogian, caramente comprada, alguna pequeña riqueza. Pero tan pronto como habia otro descubrimiento, volvian á presentarse las locas esperanzas, se ponian en olvido las lecciones de la experiencia, se presumia que no iba á acontecer entonces lo que sucedió antes, y los aventureros tornaban á alistarse para ir á caer en los propios males: recogian siempre desengaño y no les faltaba una ilusion que perseguir.

Las empresas se hacian de comun por cuenta de armadores que contaban con posibles ó con valimiento en la corte. Puesta la mira en alguna provincia, el empresario *capitulaba* con el rey, es decir, formaba un convenio para hacer á su costa la conquista, mediante una recompensa convenida, que consistia en títulos, ó tierras, ó rentas sacadas del país sometido, quedando el resto de lo domeñado á beneficio de la corona. Declarado el gefe de la expedicion, alzaba sus pendones y recogia los soldados que se le presentaban, hasta el número que podia ó juzgaba suficiente. El trasporte era en buques proporcionados por él; prevenia víveres para el pasaje, armas para repartir á los enganchados, quienes pagaban el importe y las municiones necesarias para las ballestas y los arcabuces: la artillería, de comun era exclusivamente suya. Los aventureros no gozaban sueldo alguno: los despojos ganados en la guerra se ponian en un fondo comun, y terminada se hacia la particion, sacando el quinto para el rey, del resto la parte estipulada para el gefe, y lo demas se subdividia en porciones, mayores las de los ginetes á las de los infantes. En campaña, se vivia sobre el país; sojuzgada la provincia, se repartia ó encomendaba la tierra, con lo que cada soldado se convertia en colono y en propietario: en estos repartimientos los gefes obraban á discrecion y generalmente con parcialidad.

II

Repitiendo lo que ya otra vez he dicho, la conquista de México es un acontecimiento tan maravilloso que parece un cuento de hadas. Si la historia no lo atestiguara con irrefragables documentos, esa relacion pasaria por una fábula, por el invento de una imaginacion descarriada.

Un puñado de aventureros llegó confiado á un país ignoto. Las noticias que adquirió le enseñaron que existia un reino poderoso, un señor fuerte y temido. Sin consultar mas de á su arrojo, resolvió apoderarse del reino y del señor. ¿Con qué medios? —Con su espada. ¿De cuál manera lo pondria en práctica?—No lo sabia.

El gefe de la banda era tenaz cuanto mañero. Apenas comenzó á penetrar al interior, supo aprovechar diestramente las circunstancias, sacar partido de los menores incidentes. Combatiendo donde quiera que le hacian resistencia, peleando con suma valentia sin contar el número de los enemigos, asombró á las tribus que poblaban la tierra, haciéndose aliados de los contrarios que vencia, súbditos sumisos los habitantes de los pueblos por donde pasaba. Llegado á la capital del grande imperio, con temeridad coronada por el éxito, se apoderó del señor. Perdidas las ventajas adquiridas por un acto de rapacidad, destrozados los merodeadores en una jornada infausta, el gefe se mostró siempre grande; derrotó en una batalla memorable los innumerables batallones que le salieron al encuentro despues de ya vencido, y casi por milagro pudo salvarse de su total pérdida.

Pocos meses despues, con los pequeños refuerzos que le llegaron, entró de nuevo en campaña. Las tribus indias, cegadas por la venganza, por la envidia, por bastardas pasiones, habian desertado de la causa de su patria para ayudar al gefe astuto; de manera que, cuando retornó contra la gran ciudad que codiciaba, quedaban á esta pocos y dudosos amigos, que al cabo fueron tambien domeñados y engrosaron las filas de los conquistadores.

Durante el asedio de la capital, el puñado de aventureros, sin tener un fuerte lazo de union con sus aliados; perdidos entre la multitud de los guerreros que les ayudaban; empeñados en lances de los cuales parece maravilla pudieran salir ilesos, se hicieron obedecer, se hicieron servir, se hicieron adorar. Hombres de hierro, pelearon mas de tres meses de dia y de noche, vestidas de continuo las armas, con escaso alimento, expuestos á la intemperie, y sin desmayar por los obstáculos, sin que llegaran ni á sospechar que acometian una empresa descabellada, sin que se hubieran puesto á pensar en su insuficiencia para tamaña labor.

El sitio y la toma de México es el acontecimiento mas grande de nuestra historia; honra á los sitiados y á los sitiadores. Sin que pueda achacarse á espíritu de nacionalidad, la defensa de su poblacion hecha por los mexicanos, se puede poner en paralelo con las celebradas de Sagunto, de Numancia y de Zaragoza. Los guerreros desnudos, con armas flacas, combatian contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos de cañones y de mosquetes; y derrotados siempre, volvian á la pelea sin que les flaquease el ánimo, convencidos de que les aguardaba la muerte, preferida á perder su libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del lago, los insectos del suelo, las yerbas, las ramas y las cortezas de los árboles; escarbaron la tierra para sacar las raíces: el acero enemigo colmó de cadáveres las cortaduras de las calzadas, los fosos, las casas; la corrupcion de los muertos envenenó el aire y la pavorosa peste se asentó entre los defensores: arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban aún sobre los escombros, y se refugiaban despues en lo que quedaba en pié: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurreccion, hicieron frente á todos y ademas á los extranjeros: combatieron y combatieron, nadie habló de rendirse, y la ciudad cayó en poder de los contrarios, cuando no habia mas de ruinas, cuando los hombres hambrientos, débiles, cansados, no podian blandir las armas, cuando el contagio hacia inútil todo esfuerzo, cuando los desampararon hasta sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en ofrecimientos, avaros á la hora de cumplirlos. Murieron muchos de hambre, sin tocar á las carnes de los cuerpos de los suyos, que tan negra costumbre solo se entendia con el enemigo detestado.

Vencidos y vencedores fueron grandes.

Si echamos una mirada sobre los personajes principales de esta terrífica y encantadora Iliada, encontraremos que Mocteuzoma II ó Xocoyotzin se mostró supersticioso é irresoluto; despreciado por sus súbditos, herido por ellos, acabó al acero de sus pérfidos huéspedes. No murió como rey, no; terminó como un pechero y sin dar lustre á su alta dignidad.

Cuitlahuac fué una estrella errante que dejó iluminado el pequeño espacio por donde atravesó.

La figura del último emperador azteca se alza limpia y sin tacha, demandando el respeto y la admiracion. Cuauhtemoc fué un gran príncipe y un cumplido caballero. Elevado al trono en los tiempos mas difíciles del imperio, aceptó el cargo con toda abnegacion; se entregó con ardor á salvar su nacionalidad moribunda, y combatió sin tregua ni descanso; la muerte respetó su vida en las batallas, que no quiso librar dándose á partido, ni aceptando las ofertas de sus enemigos; cuando ya no tuvo elementos para lidiar quiso dejar los escombros de su capital, no solo, sino llevando á su familia y á sus parciales. Alcanzado por el bergantin de García Holguin y mirando que encaraban para su canoa las ballestas y los arcabuces,—«No me tiren, dijo, «que yo soy el rey de México y desta tierra, y «lo que te ruego es, que no me llegues á mi mujer «ni á mis hijos, ni á ninguna mujer ni á ninguna «cosa de lo que aquí tengo, sino que me tomes á «mí y me lleves á Malinche.»—Este es el lenguaje que le presta Bernal Diaz, que si no es culto, encierra copia de sentimientos generosos. Su entereza no fué desmentida cuando estuvo en la presencia de su vencedor.—«Señor Malinche, exclamó, ya yo «he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi «ciudad y vasallos, y no puedo mas; y pues vengo

«por fuerza y preso ante tu persona, toma luego «ese puñal que traes en la cinta y mátame luego con «él.»—En aquel momento podia decir con mayor verdad que el rey frances, que todo lo habia perdido menos la honra. Llevado al tormento para que descubriera sus tesoros, desplegó la estoica indiferencia de que los salvajes saben hacer alarde contra la saña de sus verdugos, y dejó á la posteridad las palabras que le arrancó el valor y no la tortura. Fué á morir muy lejos, en una tierra extraña, de una manera inmerecida é ignominiosa, en un rato en que el miedo hizo flaquear al conquistador. La nacionalidad azteca quedó sepultada en aquella ignorada tumba.

D. Hernando Cortés ha sido juzgado generalmente de una manera apasionada. Sus panegiristas han loado de una manera enfática sus prendas, mientras sus detractores no han encontrado palabras para abultar sus defectos. Aquellos y estos se han engañado, en mi concepto; el retrato del hombre tiene fuertes toques de luz y de sombra, y de haberlo visto solo bajo una faz han procedido tan encontradas opiniones. Si se quiere obrar con imparcialidad, dígase lo bueno y lo malo; D. Hernando rebajará un poco entonces, mas no por eso dejará de aparecer grande. Sáquesele á plaza su ingratitud con Diego Velazquez, su trato doble y falaz con las tribus, la perfidia cometida con Moteuczoma; póngase á su cuenta la matanza inútil de Cholula, el asesinato del monarca azteca, su sed insaciable de oro y de placeres; no se olvide que ahogó á su primera esposa Dª Catalina Júarez, que cometió una villanía al poner en el tormento á Cuauhtemoc, que perdió á su émulo Garay, que por conservar el mando se hizo sospechoso de la muerte de Luis Ponce y de Márcos de Aguilar; acúsesele aún de lo demas que comprobado conste en la historia; pero entonces hágasele descargo de que fué político sagaz y capitan valiente y entendido; que dió cima á uno de los hechos mas asombrosos de los tiempos modernos; que acabada la guerra se dedicó á establecer una buena administracion, é introdujo en la colonia semillas y plantas útiles, la cria de animales, y planteó algunos ramos desconocidos en México; que fueron de suma importancia sus empresas agrícolas y mineras; que contribuyó mucho al conocimiento de la geografía de América con sus viajes así por tierra como por mar, y que merece bien de la ciencia por las naos que armadas de su cuenta recorrieron las costas de nuestros mares. Si expropió una raza, si la desheredó y la redujo á la servidumbre, dió principio con mejores elementos á otra nueva raza, que al llegar á independerse se encontró dotada con lo que nunca habia poseido la generacion maltratada. Desapareció la nacionalidad azteca; pero nació la nacionalidad mexicana, del consorcio de aquella y de la nacionalidad española. Si borró del mundo una civilizacion, la sustituyó con otra mas adelantada y perfecta. Solo elogios puede merecer por haber contribuido á derrocar una religion tenebrosa y sangrienta, para poner en su lugar las santas doctrinas del Evangelio.

De en medio de tan encontrados elementos veremos que la figura sombría y noble de D. Hernando se alza muchos codos sobre la estatura comun de la humanidad.

III

A fin de comprender la superioridad que los invasores tenian sobre los indígenas en materia de armas ofensivas y defensivas, vamos á ocuparnos en nombrar algunas de las que á nuestro país trajeron.

Panoplia, voz compuesta de las griegas *pan*, todo, y *oplia*, armas, ó como si dijéramos, conjunto de armas, significa hoy la armadura completa. Servia para las justas y los combates, se usaba únicamente por los ginetes, y el caballero que la vestia estaba de punta en blanco.

La armadura cubria completamente el cuerpo de cabeza á piés, y cada parte ó pieza llevaba un nombre diverso.

El yelmo defendia la cabeza, el rostro y el cuello; era de acero, y constaba de diferentes partes, unidas por muelles y goznes. La parte superior, que tomaba la forma redondeada de la cabeza, era el casco ó morrion; sobre él se alzaba la cimera, que tenia diversas formas y figuras, y que sustentaba de comun algun adorno. Este se decia airon, garzota ó penacho, y se componia de grandes plumas de aves, puestas en la parte posterior del morrion, y fijas en la pieza dicha cogotera, razon por la cual se llamaba tambien cogote al adorno. Algunas veces se cubria el casco con una pieza de tela que descendia en girones por detrás, á la cual se llamaba lambrequin.

El baberol cubria las quijadas, la boca y la barba; babera era la parte del baberol que defendia la boca, aunque en ocasiones se tomaba por el mismo baberol. El barbote era una especie de baberol trunco, supuesto que solo ocultaba la barba, dejando al descubierto la boca. Al conjunto de las piezas que cubrian la parte inferior de la cara, se le nombraba guardapapo.

Servia para defensa del rostro, de los ojos á la nariz, la visera, pieza movediza que á voluntad podia subirse á la frente ó bajarse á su lugar; para que en esta segunda posicion dejara libre la vista, la visera estaba provista de varias ranuras ó aberturas, que por la figura que presentaban tomaban el nombre de rejilla ó grilleta. Ademas de servir para la vista, la grilleta proporcionaba al caballero una libre respiracion. Visal es lo mismo que visera. Si la visera tenia aberturas para los ojos, señalada la nariz y con agujeros por donde respirar, tomaba el nombre particular de máscara: la visera se conocia tambien por la máscara del yelmo.

El gorjal rodeaba el cuello á manera de un corbatin; esta pieza, que se asentaba sobre el peto y el espaldar, y aun á veces estaba fija en ellos, servia para completar el yelmo y para sostener este sobre

la cota, á fin de que el peso no abrumara la cabeza: tambien se llamaba gola. Gorguera era la caida ó parte inferior de la gola que caia sobre el cuello del peto, y la gorjerina, especie de gorjal, hecha comunmente de mallas.

La cota y la coraza defendian el tronco del cuerpo; se usaron primero de correas anudadas unas con otras, despues de cuero ó baqueta fuerte, de mallas de hierro ó alambre grueso, y por último, de acero: era comun la costumbre de forrarlas por de fuera de brocado y otras telas exquisitas. La coraza entera se componia de dos piezas; el peto, que defendia el pecho, y el espaldar, que cubria la espalda: el peto ó el espaldar solos se decian una media cota ó coraza. El peto y el espaldar eran de una sola pieza cada uno, y ambos se ajustaban sobre el cuerpo, uniéndose en los costados y sobre los hombros y dejando en la parte correspondiente una salida para los brazos. A fin de que estos pudieran moverse y jugar, tenia un recorte con el nombre de escotadura.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

Á VÍCTOR HUGO

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

¡Ahí estás tú, titan!
Genio que se dilata en el lejano
Y perdido horizonte de la idea,
Manteniendo elevada sobre el mundo,
Con poderosa y vengadora mano,
De libertad la inextinguible tea.

Ahí estás tú, suprema inteligencia,
Lanzando tus cantares,
Eco de la conciencia
De un pueblo esclavizado;
Y de ese pueblo, allá cuando los mares
De llanto ignominioso, se conmueven
Al inspirado soplo de tu aliento,
Rugidos de venganza
Llegan aquí traidos por el viento.

Es noble la mision que te has trazado;
Revelas tú las llagas del presente,
Descubres del pasado
La miseria asquerosa, y el creyente
Ve surgir de tu pluma las palabras
De un porvenir de luz indeficiente.

Há mucho ya que el peso de la gloria
Se empeña en vano en inclinar tu frente;
Há mucho que la historia
Tiene tu nombre gigantesco escrito,
Y la inmortalidad vendrá mañana
A grabar esa gloria y ese nombre
En sus libros de bronce y de granito.

Mas no bastaba aún que roto el pecho,
Sangre brotando el alma,
Campéon inflexible del derecho,
Prefiriendo al baldon el ostracismo
Con romana entereza,
Pusieras un abismo
Allí entre su baldon y tu grandeza;

Ni que el abismo aquel, cual si se hallase
Vendido á tu tirano,
Como á otro nuevo Tántalo mostrase
Risueña y al alcance de tu mano
La siempre bendecida patria orilla,
Cuando al húir la bruma
Surgen sus playas de la blanca espuma.

Y ni bastó tampoco
Que de tu hogar en el sagrado templo,
Sonasen confundidos
Los supremos gemidos
De esa tu Galia hundida
En mares de quebranto,
Las bendiciones puras del que sufre,
A quien jamas negaran acogida
Los pliegues de tu manto,
Y el lastimero grito
Que lejos del país lanza el proscrito.

No, que aún existia
El infinito golpe que el destino
Guardaba á tu entereza,
Y que la gloria ayer entretejia
En tu corona inmensa de grandeza....
¡Ella murió! la amiga de tu infancia,
La tierna compañera que en tus lares
El fuego de la patria mantenia
De su aliento de amor con la fragancia.

¡Ella murió, sin que tuviesen eco
Sus postrimeros gritos,
Sin sentir amorosos
Los besos infinitos
Del amado de su alma
Sobre sus labios secos y ardorosos!....

Y tú perdonarás: eres tan grande!
¿Del hado así perdonará la mano?
Imposible; primero el océano
Llevara sus raudales á las fuentes
De arroyos y torrentes;
Primero el pez cruzara por el llano,
Primero el ave abandonando el cielo
Fuera en el Ponto á terminar el vuelo.
. . . .

Allá cuando á tu oído
Le parezca escuchar entre la brisa
De un sollozo el acento dolorido;
Cuando al besar tu frente
Las gotas de rocío,
Descubras con tu instinto de poeta
Una lágrima ardiente,
Que turbe acaso tu terrible calma,
Piensa entonces, titan, que el llanto es mio,
Piensa que para tí lo vierte el alma.

MARTIN F. DE JAUREGUI.

Noviembre de 1868.

ANGELA.

Entre mis recuerdos conservo uno que se abriga hace largo tiempo en mi corazon. Es un amigo de la época en que el alma vive del presente sin pensar jamas en mañana, ni acordarse de ayer, de esa edad en que todo se considera á través del prisma mágico que nos presenta el mundo como un hermoso y extenso panorama que nunca nos cansamos de admirar, por la variedad y belleza de sus cuadros.

En 18...... habia ido yo á habitar el pueblecillo de...... en esa estacion del año en que la naturaleza parece renacer á los halagos de un sol purísimo y de una atmósfera azul y serena.

En esa estacion las brisas suaves y embalsamadas que acarician nuestras sienes como el aliento de la mujer querida, las aves de variadas plumas que, meciéndose en los árboles recien cubiertos de lozano follaje, pueblan el aire con los ecos de sus cantos melodiosos, los arroyos con los murmullos de sus ondas, que resbalan saltando entre blancas guijas; todas estas y otras galas con que se reviste la naturaleza, conmueven nuestros sentidos agradablemente y despiertan en nosotros sensaciones de deleite desconocido.

Parece que, al par de la naturaleza, renace nuestro sér. La sangre hierve con nuevo vigor en nuestras venas, y se apodera de nosotros un deseo punzante é irresistible de amar y de comunicar á otro sér el torrente de ternura y de amor que desborda en nuestro corazon.

El pueblecillo de...... en esa estacion es un sitio encantador, una mansion de hadas. Sus blancas casitas de verdes persianas, se destacan graciosamente en medio de bosquecillos de rosales *trepadores* que las cercan, y que subiendo por sus alegres ventanas, forman una celosía con sus floridas ramas.

El pueblo está circundado por un rio, de ondas siempre serenas y trasparentes.

Cuando llegué allí, fuí á habitar la misma casa que la Sra. de......, quien en compañía de sus dos hijas habia llegado unos dias antes que yo para restablecer su salud quebrantada.

Yo ocupaba un pabellon en el fondo del jardin, ellas el cuerpo principal del edificio.

Eran Angela y Julia dos hermanas bien distintas la una de la otra, aunque de un grado de belleza igual.

Poseia Angela la belleza ideal que sueñan los grandes pintores para trasladarla al lienzo bajo el manto de una vírgen, y desean los poetas para sus amores.

Era Julia el modelo acabado de la belleza de las formas con que deslumbraba á sus amantes la cortesana griega.

Caian los rubios cabellos de Angela en ondeados rizos sobre sus hombros, y eran sus ojos azules, retratando la pureza y el candor de su alma.

Resaltaba la blanca frente de Julia encuadrada en sus magníficos cabellos, negros como el ébano, y reflejaban sus pardos ojos todo el fuego que encerraba su sér.

No sé quién dijo que en el primer sueño de amor nos sonrie un ángel de cabellos rubios y ojos azules, y que la primera pasion la sentimos por una mujer de ojos y cabellos negros.

Yo sé decir que siempre que he estado junto á una mujer de cabellos rubios y de ojos azules, he visto en ella un ángel que me ha conducido por regiones encantadas y aéreas, y no ha abrigado mi corazon sino impresiones sentimentales y tiernas. Al lado de una mujer de ojos y cabellos negros he soñado tambien, pero he soñado una dicha ménos etérea.

Así fué como amé á Angela y me impresionó Julia, y confundí en mi corazon el ardor de los sentidos con la ternura del alma.

En el campo bien pronto reina la intimidad, imposible en la ciudades, entre personas conocidas la víspera; de este modo en el curso de unos dias llegué á ser considerado como un hijo por la señora de...... y como un hermano por sus hijas.

En la expansion de nuestras reuniones íntimas tratábamos á menudo de nuestro pasado. Así supe que la Sra. de......, viuda de un antiguo militar de graduacion, residia habitualmente en C......, donde vivia lejos del mundo despues de la muerte de su marido.

La Sra. de...... contaba unos cuarenta y cinco años. Su conversacion grave y sentimental á veces, á veces festiva y animada con agudas y oportunas reflexiones, daba á conocer en ello la mujer de sociedad, dotada de una imaginacion ardiente y de alma noble y tierna.

El carácter de sus hijas correspondia á la belleza peculiar de cada una de ellas.

Hay ciertas plantas delicadas que palidecen y se doblegan á los rayos de un sol ardiente, y necesitan la sombra y los cuidados de una mano amiga para crecer y ostentar su belleza en todo su apogeo: como ellas, existen ciertas naturalezas femeninas incapaces de resistir á los duros embates de una pasion fuerte, y que sucumben al dolor de la primera decepcion. De esa naturaleza era el alma de Angela.

La de Julia era ardiente y apasionada. En el fuego de sus miradas, en los atrevidos contornos de su talle, se revelaba el alma que daba vida á aquel cuerpo tan seductor; Julia presentia los goces y tormentos de una pasion antes da haberlos conocido por sí misma, y su naturaleza enérgica deseaba esos goces y desafiaba esos tormentos.

Conocia el linaje de sensaciones que era su belleza capaz de despertar, y estaba orgullosa de ello. La Sra. de...... comprendia, con la perspicacia de una madre y el talento de una mujer de sociedad, el carácter de sus hijas, y velaba por cada una de ellas.

Un mes se habia deslizado para mí saboreando goces que me habian sido hasta entonces descono-

cidos, pues tú sabes la horrible desgracia que me privó en la infancia, de mi familia.

La Sra. de...... que se hallaba restablecida del mal que la trajera al pueblo, fué acometida repentinamente de una indisposicion que la retuvo algunos dias en la cama. El médico le prohibió recibir otras personas que las que la asistian, por exigirlo así la debilidad extrema de sus nervios; y aunque ella se empeñó en hacer una excepcion en mi favor, yo no me atreví á usar de esa excepcion.

Así fué que mientras una de sus hijas velaba á su cabecera, la otra permanecia conmigo en el saloncito inmediato.

Por efecto de la casualidad tal vez, casi siempre era Angela la que encontraba allí: aquella naturaleza delicada y poética me habia llegado á interesar vivamente. Ella prestaba una grande atencion á la relacion de mis desgracias, y amenudo cuando le hablaba de mi madre muerta, una lágrima humedecia sus rizadas pestañas.

Julia sentia tal vez hácia mí la misma ternura que su hermana; pero me la demostraba de otra manera.

Julia devolvia la alegría á mi alma, desvaneciendo con sus sonrisas mi tristeza.

Angela tomaba en ella la misma parte que yo, dándome con sus lágrimas un consuelo inefable.

Comenzaba yo á soñar con una existencia tranquila y sosegada al lado de una de aquellas castas criaturas.

Tal vez la Providencia, compadecida, me veia privado de esos goces tan puros del hogar, que son la compensacion de los dolores que nos causa el mundo, y me devolvia en aquellos tres séres la familia que me habia arrebatado la suerte.

Amenudo nos acontece, cuando la imaginacion se encuentra vivamente afectada por algun suceso que va á operar un cambio en nuestra suerte futura, que todas las horas del pasado desfilan á nuestra vista en fantástica procesion.

Así me sucedia entonces. Recordaba todas las amarguras que habian destilado su hiel en mi existencia.

Me veia de niño, en el colegio, al fin del año, en tanto que todos mis compañeros encontraban los brazos de un padre, los besos de una madre y los halagos de toda una familia, yendo á gozar en su seno la libertad y á acariciar los goces inocentes que tanto amamos á esa edad; yo permanecia allí, encerrado entre cuatro paredes, paseándome por aquellos largos y sombríos salones que habia recorrido todo el año, y sin mas distraccion á mi tristeza que el espacio de cielo que descubria á través de las rejas de las altas ventanas.

Pasaban de este modo algunos años. Ya de jóven, cuando mi corazon buscaba las expansiones tan necesarias en esa época de la vida, en vez de los afectos que soñaba, me veia encontrando fisonomías indiferentes y manos que rehusaban el contacto de la mia. En torno mio solo reinaba entonces la soledad; una melancolía profunda me devoraba, y recuerdo haber llorado mi vida del colegio, á pesar de todas las amarguras que encontré en ella.

La naturaleza del mundo es egoista, y en él cada uno se interesa exclusivamente por sí mismo. Esto en el dia ya no me afecta: pero de jóven laceró profundamente mi corazon.

El recuerdo de las amarguras que habia sufrido me hacia amar doblemente aquellos tres séres que me habian acogido como á uno de los suyos, dándome cada uno un sitio en su corazon.

Resolví ofrecer el mio con toda la ternura que encerraba, á una de las dos hermanas, y unir mi existencia á la suya, si ella aceptaba.

Como he dicho antes, yo creia amar á ambas igualmente. Angela me inspiraba una simpatía tierna y apasionada; Julia me deslumbraba con el brillo de su hermosura y su gracia.

Resolví, en consecuencia, fiar al acaso la eleccion de mi dicha. Confieso que procedí en esto sin reflexion; pero ademas de que soy un poco fatalista, era yo muy jóven todavía. El dia en que dí el paso que debia decidir de mi suerte, fuí mas temprano que de costumbre á casa de la Sra. de......

Me encontré solo con Julia, que bordaba en el saloncito.

El acaso se decidia por ella: recuerdo que al confesarle mi amor, la imágen de Angela atravesó por mi cerebro, y una inquietud vaga oprimió mi corazon. Le puse al cuello un medallon que me venia de mi madre, y ocho dias despues la suya daba su asentimiento á nuestra union, que aplazamos para un año mas tarde.

El fin de la estacion se acercaba; los campos comenzaban á despojarse de sus galas; los árboles se desnudaban de sus hojas, que formaban á sus piés una alfombra amarillenta: ya las aves no cantaban en sus ramas desnudas; los dias eran nebulosos y las noches eternas y frias.

Resolvimos abandonar el pueblo, lo que no hicimos sin derramar algunas lágrimas al apartarnos de unos sitios donde habiamos gozado horas tan deliciosas.

Tuvimos que separarnos. Ellas partieron para C...... y yo volví á..... á arreglar mis negocios y dar los primeros pasos para la nueva existencia que iba á llevar.

Hacia dos semanas que me encontraba yo en.... soñando siempre con Julia y formando mil planes quiméricos de felicidad futura, cuando una mañana recibí una carta de ella, en que me decia que Angela habia caido enferma, y que los médicos atribuian á una afeccion pulmonar la languidez y la melancolía que la postraba. Al saber la enfermedad de Angela, un vago presentimiento me mostró por un momento la verdad; pero lo consideré como un exceso de amor propio.

¿Qué razon tenia yo para creer que aquella creatura me tuviera otro afecto que el de la amistad, hasta el grado de entristecerse y caer enferma?

Atribuí, como su familia, la causa de su enfermedad á su naturaleza delicada.

Durante un mes recibí constantemente cartas de Julia, en que me pintaba agravándose el estado de su hermana, y á cada carta el mismo presentimiento me asaltaba, y lo rechazaba de nuevo ante los argumentos de la razon. Sin embargo, ese presentimiento habia llegado á apoderarse de mi mente, y me hacia abrigar como un remordimiento y un pesar de que Angela no ocupara conmigo el lugar de Julia. Tal vez el carácter de Angela se hermanaba mas con el mio, tal vez la felicidad me hubiera sonreido mas sentimental y mas tierna á su lado.

Se habia entablado en mi corazon una lucha entre el afecto que profesaba á cada una de las dos hermanas, y en aquella lucha Angela triunfaba.

Estaba á punto de correr á C......., echarme á los piés de Julia, implorar su perdon por el error que habia cometido mi corazon, y ofrecerle mi amor y mi ternura á Angela, á quien mis cuidados volverian á la salud y á la alegría; cuando una nueva carta de Julia me dió á conocer la muerte de aquel ángel.

Mi presentimiento era fundado: Angela habia muerto sacrificando su vida á la felicidad de su hermana. Julia habia sorprendido el secreto de la pobre niña al morir, y asombrada y enternecida por aquel sublime sacrificio, habia jurado sobre el cadáver de su hermana, consagrar su vida al Señor en expiacion de no haber adivinado el amor que mataba á aquella niña.

Aquellas criaturas eran dos ángeles; una hermana era digna de la otra.

Yo respeté la resolucion de Julia y su dolor. A mí tambien me parecia un sacrilegio nuestra union. Por otra parte, yo amaba á Angela, y su muerte habia aumentado mi pasion. A su lado la dicha no seria hoy una quimera para mí; pero perdí á Angela, y al perderla, la esperanza se ha alejado de mi corazon.

El recuerdo de Angela y Julia se despierta siempre en mí como un remordimiento. Yo he causado la desgracia de los séres que mas he amado. Yo llevé á Julia, esa criatura para quien el mundo tenia tantos atractivos y guardaba tantos triunfos, á encerrarse entre las húmedas y sombrías paredes de un claustro, donde martiriza su cuerpo encantador con el áspero contacto de un tosco sayal. Yo abrí para Angela, tan poética y tan bella, las puertas del sepulcro, cuando en la vida hubiera podido ser tan feliz! y sin embargo del dolor que me causa ese recuerdo, le amo y le abrigo en mi corazon, como el reflejo de un rayo del sol de la felicidad que se ocultó tan pronto para mí entre las sombras del pesar.

Esto me dijo un dia mi amigo Alfredo de R., cubriendo con sus manos, cuando acabó de hablar, su pálida é interesante fisonomía.

GONZALO A. ESTEVA.

MI TUMBA.

Espléndida la luna
Brilla en el cielo,
Las flores esmaltando
Y el arroyuelo.
Su luz de plata,
Va rielando en la linfa
Que la retrata.

El ruiseñor entona
Tristes querellas,
La bóveda parece
Jardin de estrellas.
Vírgen hermosa,
Diana sigue entre flores
Esplendorosa.

Entonces veo tu trage
Blanco cual nieve,
Flotante, vaporoso,
Que el aura mueve.
Y soñadores,
Me deslumbran tus ojos
Encantadores.

Entonces siento en mi alma
Que algo se agita;
Ardiente, enamorada,
Por tí palpita.
Vive formando
Ilusiones que el tiempo
Va marchitando.

Más dichosa es el ave
Que canta amores,
Las fuentes y las brisas,
Las gayas flores.
Si dicha quieren,
Un instante la gozan
Y luego mueren.

Agostada la dicha,
La angustia crece,
Se marchitan las flores
Que el aura mece.
Todo está yerto,
Y se oyen las campanas
Tocar á muerto.

Al pasar por mi tumba
Abandonada
Oirás cómo suspira
Mi alma llagada.
Y soñadores
Fija en mi cruz tus ojos
Encantadores.

MANUEL DE OLAGUÍBEL.

Abril 28 de 1869.

☞ Con el próximo número del RENACIMIENTO, recibirán nuestros suscritores tres litografías.

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

(CONTINUA.)

Braceral ó guardabrazo es la armadura completa del brazo, compuesta de brafonera, codal y brazal: se llamaba tambien bracil. La brafonera ó brahonera cubria la parte superior del brazo, desde el hombro hasta el codo; el brazal, brazalete ó avambrazo bajaba desde el codo á la muñeca de la mano; ambas estaban unidas por un gozne sobre la sangradera, y como dejaban descubierto el codo al doblarse el brazo, para llenar aquel vacío se usaba el codal, pieza cóncava y movediza á fin de que cumpliera bien su oficio. La parte inferior de la brafonera, donde se fijaba el codal, se llama codalera.

Las hombreras defendian los hombros en la parte donde se unian la cota y el braceral, y las sobaqueras cubrian la union de las hombreras para defender el sobaco; eran de ante ó de paño fuerte.

La defensa de la mano eran, el guante, de la misma forma de aquella, y de ante ó de paño muy gordo; el guantelete, guante de ante fuerte, guarnecido de escamas de hierro por la parte exterior; la manopla, especie de guante guarnecido de escamas ó planchas de hierro, y con remates de lo mismo hácia la entrada ó parte superior.

Jubon en el traje mujeril significa corpiño; en el de los soldados era una vestidura que cubria desde los hombros hasta la cintura, y se llevaba ajustado al cuerpo: el jubon ojeteado era de malla de acero muy menuda, puesta sobre ante ó paño grosero. El farseto, de la palabra latina *farcio*, era una ropa interior que se ponia debajo de la coraza, á fin de que las piezas de hierro no hiciesen daño al cuerpo: era una especie de jubon colchado ó relleno de algodon, que cubria el cuerpo y los brazos. El coleto tenia el mismo destino que el farseto, defender las carnes contra la armadura, y se ponia debajo de ella; pero de comun era de ante, y ademas de resguardar los brazos y el tronco, caia por debajo de la coraza hasta cerca de las rodillas: la parte á manera de faldas que quedaba por fuera, ó al descubierto, se llamaba faldar ó brial. Tambien se nombraba brial el faldon de tela que los hombres de armas se ponian de la cintura hasta las rodillas. Si el jubon sobre el cual descansaba la armadura era de paño fuerte, se nombraba velmez. Gambaje, y en algunas crónicas antiguas españolas gambaj, era, como el farseto, un jubon colchado de lana ó de algodon, para debajo de las armas.

La pieza de la armadura que defendia el vientre se conocia por ventrera ó pancera. El mismo oficio tenia la escarcela, que caia de la cintura á los muslos; unas veces era de hierro fuerte en figura de campana, y otras se componia de abundantes tiras de cuero, bien solas, bien revestidas de escamas de fierro. De la misma especie era el tonelete, suerte de brial que se amarraba á la cintura y bajaba hasta las rodillas. El guardarren defendia los vacíos é iba unido de comun á la pancera.

En las piernas, los quijotes cubrian los muslos y hasta cerca de las rodillas; las grebas ó grebones de las rodillas á la garganta del pié, diciéndose esquinela á la parte delantera porque comunmente formaba ángulo ó esquina; la rodillera cubria la rodilla como el codal el codo, y finalmente, el avampié cubria el resto de los piés.

Guardarremo se decia en general á cualquiera de las piezas de la armadura de los brazos y de las piernas.

La armadura ó el arnés de los caballos, llamado barda, era de vaqueta ó de fierro, ó de ambas cosas, y le cubria la cabeza, el cuello, las ancas, el pecho y aun parte de las piernas. No entraremos á nombrar las piezas de que se componia, porque en América no fué su uso muy comun, sino solo el de algunas de que tal vez nos ocuparemos en adelante. El caballo cubierto con la barda se decia bardado ó encubertado.

La silla del caballo y la manera de cabalgar sobre él recibian diversos nombres. La silla gineta, semejante á la que hoy se usa entre nosotros, se diferenciaba de ella en tener los arzones mas altos y menos distantes, con los estribos cortos; los frenos eran recogidos. Montaba á la gineta la caballería ligera, y el caballero iba encogido, no pasando las piernas de la barriga del caballo, á la usanza morisca: esto se conocia por montar á la gineta. La silla brida tenia menos altos los borrenes, los estribos largos, y anchas las camas del freno; montaba á la brida la caballería pesada, y el ginete parecia quedar de pié: el caballo ensillado y enfrenado á la brida se llamaba bridon. La silla media entre la gineta y la brida, y al modo de andar en ella, se decia á la bastarda. La silla estradiota tenia borrenes en que encajaban los muslos, los estribos largos, y anchas las camas de los frenos; el ginete cabalgaba con las piernas extendidas: el soldado que montaba á la estradiota se llamaba estradiote.

Conocidas parte de las armas defensivas, pasaremos á las ofensivas. El caballero iba comunmente armado de espada, puñal y lanza, no haciendo memoria de que entre nosotros se usaran el hacha y la maza de armas, el mangual ó azote de guerra, y otras semejantes. Todos saben lo relativo á la espada y á la daga, por lo que solo diremos algunas palabras acerca de la lanza. La lanza gineta era corta, con el hierro dorado algunas veces, y una borla por guarnicion; la lanza estradiota se distinguia en que era muy larga. El cañon que forma la extremidad inferior del hierro de la lanza y sirve para fijarlo en el asta, se llama cubo; solia tener dos tiras de hierro hácia abajo, que eran las orejas, y cada uno de los clavos con que el mismo fierro se aseguraba en el asta, se nombraba abismal. La lanza llevaba á veces la arandela, pieza fuerte de metal en forma de embudo, que se ponia cerca de donde empuñaba el asta el caballero, para resguardo de

su mano. El ristre era una piececilla de fierro que el hombre de armas se colocaba sobre el peto, en la parte derecha, para asegurar la lanza al ir á acometer con ella; enristrar la lanza, era ponerlaen el ristre.

Tendremos completamente armado y montado á un caballero, si embrazado en el brazo izquierdo le ponemos el escudo, destinado á los hombres de armas ó pesadamente armados; era de figura redonda, de hierro, ó guarnecido de hierro, con asas interiores para sujetarlo con brazo y mano; el pico saliente de hierro que tenia en el centro por la parte exterior, era el pezon ó umbon. La caballería ligera usaba de la adarga, de forma oval, de cuero muy duro, y con dos asas por el interior para embrazarla; la adarga forrada de cuero de vaca, se decia bàcarí.

«En las actas del capítulo que celebró la Orden de Calatrava en Madrid el año de 1552, se acordó que la Orden mantuviese trescientas lanzas, y que las armas fuesen *celada borgoñona, gola, coraza con su ristre y escarcelas largas, brazales, guardabrazos y guanteletes, y lanza de armas con hierro de punta de diamante.*» (Clemencin en sus comentarios al Quijote, tom. I, pág. 15.) Esto nos indica las piezas de la armadura que vestian aún los soldados en aquella época, y de ellas no hemos nombrado aún la celada. El mismo Clemencin asegura que:—«*Almete* es diminutivo de yelmo, y uno y otro venian á ser lo mismo que *celada*, la cual si era de *encaje* ó completa, entraba en la *babera* ó parte inferior, que cubria la boca y la barba, y descansaba en los hombros.»—La celada iba comunmente con visera; si dejaba la cara descubierta, por no tener la visera, se le decia *celada borgoñona.* Se usaba tambien llamarla borgoñota.

Los soldados de á pié no estaban tan pesadamente armados; la armadura comun para ellos se nombraba coselete, compuesto de peto, espaldar, gola, escarcela, brazaletes y celada. Llevaba igualmente el nombre de coselete el soldado que servia en las compañías de arcabuceros y tenia por arma ofensiva una alabarda.

Para defensa de la cabeza existian todavía otra porcion de objetos, de los cuales nombraremos el almofar, pieza de hierro sobre la cual se ponia el capillo de hierro; el capacete, que solo defendia la parte superior de la cabeza; el barrete, con el mismo oficio del anterior; el capillo, especie de capacete; la capellina, el casco, el gocete, etc.

Para cubrir el cuerpo habia la jaca, especie de cota de malla, llamada tambien camisa de malla; la jacerina, cota de malla muy fina; la coracina, ó coraza chica; el perpunte, especie de jubon colchado con algodon ó lana y perpunteado, semejante á los jubones ojeteados; el camisote, especie de camisa de ante acolchado ó de malla de hierro, cuyas mangas llegaban hasta la muñeca de la mano; el plaquin—«especie de cota de armas, de malla ó de ante, compuesta de cuerpo y de mangas anchas y redondas, y parecida á nuestras dalmáticas. Diferenciábase de la cota de armas comun en ser mas larga, y de la tinicla en ser mas estrecha por la cintura.»—La loriga, hecha de láminas pequeñas de acero, que caen unas sobre otras á modo de escamas, etc.

Las rodelas y los broqueles pertenecian á la infantería. Las primeras eran circulares, y ambas se fabricaban de hierro ó de maderas fuertes, guarnecidas de hierro, teniendo por el lado posterior una sola asa. El broquel, ademas, tenia una cubierta de ante, encerado ó baldés, y una cazoleta de hierro hueca á fin de que la mano pudiera empuñar el asa ó manija. El pavés, de figura oblonga, cubria casi todo el cuerpo de quien lo llevaba.

Réstanos decir algunas palabras acerca de dos de las principales armas ofensivas de aquella época, la ballesta y el arcabuz.

Habia varias especies de ballestas. La ballesta comun, que servia generalmente á los soldados de á pié dichos ballesteros; la ballestilla ó ballestin, muy ligera y portátil; el balleston ó ballesta mural ó de muralla, que solo se podia manejar apoyándola sobre el muro; la ballesta de bodoques, etc. La ballesta era—«arma para disparar flechas ó saetas. «Usase tambien para disparar bodoques. Es un palo de cuatro á cinco palmos de largo, y en el remate «un arco flexible de acero, en el que atraviesa de «punta á punta una cuerda, fuerte, que traida vio«lentamente á un disparador que está en medio del «palo, despide con gran fuerza al dispararse la fle«cha ó el bodoque.»

Ahora bien; el palo sobre que estaba armada la ballesta de mano se llamaba tambien tablero, cureña, fuste, y tenia una guarnicion de hierro nombrada quijeras; llevaba dos piezas de hierro, nombrada cada una fiel, de las cuales la una estaba embutida en el tablero y quijeras, y la otra fuera de ellas, lo bastante para que rodaran sobre ellas las navajas de la gafa cuando se armaba la ballesta. El disparador ó nuez en que se armaba la cuerda era un hueso labrado de la parte del nacimiento de los cuernos del venado, que por fuerte y duro era preferido para ello. La parte del tablero de la nuez abajo era la ravera; en la cabeza del mismo tablero iba una sortija ó argolla de fierro con el nombre de estribo. El instrumento con que se tiraba de la cuerda para armarla en la nuez era el armatoste ó la gafa; y las navajas de la gafa, los hierros de esta que hacian fuerza sobre los fieles del tablero: así, engafar era tirar de la cuerda con la gafa para montarla en la nuez. Empulgueras eran los agujeros de los extremos del arco donde se fijaba la cuerda; desempulgar, quitar la cuerda de las empulgueras.

La ballesta de bodoques ó trabuquete servia para disparar bodoques. Estos eran unas pelotas de barro, hechas en un molde y endurecidas al aire. El molde se llamaba bodoquera, y turquesa porque la

inventaron los turcos. Decíase tambien bodoquera á—«una especie de escalerita de cuerda de vihuela «que se forma en medio de la cuerda de la balles«ta; la cual cuando se arma abraza el bodoque, que «se pone encima como en una caja, y le tiene suje«to para que no se caiga ni tuerza.»

La saeta ó virote que se disparaba con la ballesta, así como todas las de su especie, se componia de una vara ó astil; uno de los extremos estaba armado con el hierro ó casquillo, y el extremo opuesto tenia amarradas ó fijas de otra manera, unas tiras pequeñas de carton ó de pergamino, ó de plumas, que se conocian con los nombres de aleta, oreja ó voladera.

La aljaba era una caja ancha por arriba y angosta por abajo, que servia para llevar las flechas; el interior estaba formado de nichos ó huecos, cada uno de los cuales se llamaba cachucho, y contenia una flecha. El carcax se diferenciaba de la aljaba en que el interior no tenia divisiones y las flechas iban sueltas. El carcax ó aljaba en que se llevaban las saetas, se decia goldre. Linjavera se hace sinónimo de carcax y de aljaba.

El arcabuz era arma de fuego semejante á nuestros fusiles actuales; se diferenciaba en que el cañon era mas largo, de mayor calibre, sin bayoneta, y se disparaba por medio de una cuerda encendida que estaba fija en el serpentin. La cazoleta no estaba cubierta con el rastrillo, sino con una pieza que se movia horizontalmente y servia para impedir que se derramara la pólvora puesta allí; el serpentin, semejante al martillo de nuestras actuales armas de percusion, estaba colocado despues de la cazoleta, de modo que la curvatura quedaba vuelta á la cara del tirador: en el extremo superior del serpentin se colocaba la mecha ó cuerda encendida, y tirando del gatillo, la punta inflamada de la cuerda se acercaba á la ceba y le daba fuego. Tenia el arcabuz el defecto de ser muy pesado y por lo mismo poco manuable; para atender á este defecto, el arcabucero llevaba el forcon ú horqueta, palo delgado y cilíndrico armado de un regaton en un extremo, por el cual se hincaba en la tierra, y un fierro en figura de media luna por el otro extremo, destinado á sostener el arcabuz en el acto de apuntar ó encarar el arma.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

EL TEMPLO
DE
LA INMORTALIDAD.

I

Un caluroso dia,
Que el sol en el zenit reverberaba,
Yo desde una eminencia descubria
Un suntuoso edificio,
Que despues de un camino fatigoso,
El viajero encontraba.
¡Cuán majestuoso y bello descollaba!
Hácia él conducia
Elevada pendiente montañosa,
De horribles precipicios
Por doquiera cercada;
Sin una flor, un árbol ni una fuente,
De espinas y de zarzas tapizada.
Se marchitaba entre las pardas peñas
La desgraciada yerba que nacia;
El dulce canto de pintadas aves
Ni en la mañana resonar se oía.
Por ahí mil viajeros caminaban
Sedientos, fatigados;
Sus plantas los abrojos destrozaban,
Tostaba el sol sus frentes,
Y tropiezos y obstáculos hallaban
Cada paso que daban.
Veíanse á cada instante detenidos
Por espantosa colosal serpiente,
Que veía sus esfuerzos con enojos;
A cada paso ¡oh Dios! que adelantaban
Brotaban llamas sus airados ojos.
Y lanzábase airada en su camino
Vomitando veneno,
Y mas se enfurecia
Contra aquel caminante que veía
De paciencia y valor y audacia lleno.
Y al verlos su camino prosiguiendo,
Colérica, furiosa se arrastraba
Y sobre duras peñas se azotaba.
Otra tambien sus pasos perseguia
Menos furiosa, por hallarse ciega;
Pero vana, soberbia y atrevida,
Atentaba tambien contra su vida.
Monstruos mil sus esfuerzos ayudaban
Y los peligros ¡ay! multiplicaban,
Intentando oponerse así al destino
De aquellos á quien Dios tiene trazado
Tan áspero camino.
Al dar algunos los primeros pasos,
Temblando se apartaban;
Otros á la mitad de la pendiente
De angustia y de dolor se desmayaban,
Y pocos, sí, bien pocos
Eran ¡gran Dios! los que lograr llegaban.
Yo anhelando saber cuál era el premio
Que tras tanta fatiga se obtendria,
Quise mirar el interior del templo,
Pero la luz del sol me lo impedia.
Hice entonce un esfuerzo y fuí volando
Llevada por mi ardiente fantasía,
Y hé aquí lo que mi vista fatigada
Vió en aquella mansion afortunada.

II

De olivas y laureles rodëado
El soberbio edificio se levanta;
Se respira un ambiente perfumado,
Se pone sobre mármoles la planta.
Le circunda magnífica arquería
Labrada toda de luciente plata,
Adornada de rica pedrería
Que fiel un cielo de cristal retrata.
De oro son sus lámparas brillantes,
Sus columnas con ricos capiteles,
Y hay de rosas festones elegantes
Y coronas de mirtos y laureles.

Cien puertas de riquísimos cristales
Por cortinas de púrpura veladas;
Y se elevan cien torres colosales,
De verde siempreviva coronadas.

Tres tronos de magnífica grandeza
Circüidos de luz brillante y pura,
Y tres mujeres de sin par belleza
Ahí ostentan su mágica hermosura.

Tienen de luz la frente circundada,
Nada tiene del mundo sus semblantes,
Y á su talle gentil se ve ajustada
Blanca veste bordada de brillantes.

Son sus formas perfectas, atractivas,
Son sus ojos bellísimos, ardientes;
Y laurel inmortal y siemprevivas
Tambien se miran en sus régias frentes.

Encuéntrase su corte en su presencia,
Corte de génios nada mas formada;
Brilla en todos radiante inteligencia,
Todos tienen la frente laurëada.

Se encuentran en dorada galería
Y en diversas alturas colocados;
Se oyen himnos de mágica armonía
En loor de estos génios entonados.

III

No apartaba mis ojos
De cuadro tan grandioso,
Cuando ví que un viajero hizo su entrada
Con faz modesta y paso majestuoso.

Una de aquellas celestiales ninfas
A sus brazos llevóle con ternura,
Una palma le dió de siempreviva,
Y entre los hombres de su ilustre corte
Le señaló su asiento con dulzura.

La segunda ciñó su hermosa frente
Con un verde laurel inmarcesible,
Y le tendió los brazos
Con sonrisa graciosa y apacible.

Entonces la tercera tendió el vuelo,
Y con voz cuanto dulce poderosa,
Fué su nombre y sus triunfos pregonando;
Mil ecos sus palabras repitieron,
Mil trompas sus esfuerzos secundaron,
Y de un polo á otro polo, la escucharon.

Una hermosa mujer de faz severa,
Que en la puerta de entrada se veía,
Su nombre colocó con letras de oro
En las hojas de un libro en que escribia.

Yo quise penetrar dentro del templo
Por tan grande belleza deslumbrada,
Y dirigí mi paso hácia la puerta
Del deseo de gloria arrebatada;
Iba á lanzarme, ¡oh Dios! pero á mi paso
Se opuso otra mujer con faz airada.
«Solo se llega aquí por el camino,
Vuelve hácia atrás y emprende la jornada.»
Así la oí exclamar con voz de trueno,
Agitando su espada reluciente,
Y alzando majestuosa,
Llena de ira, la espaciosa frente.

¡Yo me volví llorando,
El rostro con las manos ocultando!

IV

A un lado del camino, avergonzada,
Abatida, sin fuerzas, me quedé;
Cuando en su áncora de oro reclinada
A una mujer hermosa contemplé.

Fijóme una mirada con tristeza,
Con dulzura en sus brazos me estrechó,
Y poniendo su mano en mi cabeza
Con voz angelical así me habló:

Valor, niña, valor, todo se alcanza;
Voy á explicarte lo que ves ahí:
Oye atenta mi voz; soy la *Esperanza!*
Fuerzas y apoyo encontrarás en mí.

V

Ese árido camino fatigoso
En que fijas tus ojos desolada,
Sembrado está de abrojos y de espinas;
De la *instruccion* y *del saber* se llama.
Es árido, espinoso,
Tan solo abrojos en su suelo se hallan;
Pero él solo hácia el templo nos conduce,
Tan solo es coronado el que le pasa.
Esa serpiente horrible, venenosa,
Que ha llenado de pavor tu alma,
Es la ENVIDIA feroz y ponzoñosa
Que en el cieno colérica se arrastra.
Ese horrible reptil solo merece
El desprecio de una alma bien formada;
Solo se debe en su infernal cabeza
Con altivo desden poner la planta.
Esa otra que ciega y orgullosa
Al caminante con furor ataca,
Mas despreciable es, menos temible,
A nadie puede herir; es la IGNORANCIA.
Todos esos peligros que te asustan,
Nada son para el génio, jóven, nada;
Si le sientes arder sobre tu frente,
Emprende con valor esa jornada.
¿Ves aquellas mujeres compasivas
Que al caminante ayudan, que le llaman?
¡Ellas te ayudarán, su auxilio implora!
Se llaman la PACIENCIA y la CONSTANCIA.
¿Viste aquella mujer bella y grandiosa,
Que en el trono mas alto está sentada?
¡Es la INMORTALIDAD, y si tú llegas,
Pondrá en tu mano vencedora palma!
La que ciñe un laurel á los que triunfan
Y que de luz se encuentra circundada,
Es la diosa querida de los génios,
Es su sacra deidad; GLORIA se llama.
La que tiende su vuelo por el mundo
Cantando del que vence las hazañas,
Y publica sus triunfos y virtudes
Con poderosa voz, esa es la FAMA.
La HISTORIA es la que viste que en un libro
Fiel el nombre del que llega guarda,
Y es la JUSTICIA aquella que severa
Del templo augusto te impidió la entrada.
Esos hombres ilustres, eminentes,
Que ves que ocupan la primera grada,
Son FILÓSOFOS, niña; ve cuál brilla
La luz de la verdad en su mirada.

Ellos fueron volando hasta los cielos,
En la fuente de Dios bebió su alma;
Bajaron luego al corazon del hombre
Y aprendieron ahí la ciencia humana.
Por eso ves que lo dominan todo;
Elevados por eso ahí se hallan;
Sócrates y *Platon* son los primeros:
Mira al grande *Leibnitz*, admira y calla.
Abajo mira en grupos diferentes
Y colocados en iguales gradas,
Todos los sabios que la tierra admira,
Todos los génios á quien ella aclama.
Ve con los matemáticos á *Arquímedes*,
Mira á *Newton* tambien, ¡antorcha clara!
Mira á *Scipion*, á *Arístides* y á *Bruto*,
Fanales puros de virtud romana.
Mira con los guerreros á *Alejandro;*
César y *Augusto* junto á él se hallan;
Ve á *Cárlos quinto*, á *Napoleon* el grande,
Y de Orleans la vírgen inspirada.
Mira con los poëtas á *Virgilio*,
Ve de *Homero* la frente iluminada,
Saffo, Milton, Petrarca, Dante y Tasso,
Schiller, Byron, Cervantes y Quintana,
Y entre ellos como estrella reluciente
A Juana Inés, la musa celebrada.
Mira á Fidias, á Apeles y á Murillo,
Rafael y Miguel-Angel ahí se hallan;
A Bellini conoce, á Donizetti,
Que del cielo las notas nos legaran.
Mira á los arquitectos inmortales
Que hicieron maravillas en la Alhambra,
Y aquellos que á los cielos, en Egipto,
Las inmensas Pirámides alzaran.
Mira á los escultores que animaron
El bronce, el oro, el mármol y la plata,
Y artistas mil, y sabios y escritores,
Y virtuosas matronas ilustradas.
Si con fuerzas te sientes, atrás vuelve,
Serás por mis palabras atendida;
Resuelta emprende el áspero camino,
A tu lado llevando á la Constancia.
Ve que Humboldt ya llegó; oye su nombre
Què ya publica por do quier la Fama,
Y mira caminando siempre firme
A Lamartine, el génio de la Francia.
Ahí va Jorge Sand, la Avellaneda,
La armoniosa dulcísima Peralta,
Víctor Hugo, Cousin, y tantos otros
Que ya conquistan la brillante palma.
Sigue con ellos la espinosa senda,
Camina con valor, no temas nada;
Emprende, pues, si quieres el camino,
Pues solo es coronado el que le pasa.

La vírgen dijo, y se alejó volando;
Yo quedé de dolor anonadada,
Y me alejé llorando del camino
Do se fué mi ilusion con la Esperanza.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

¡AMOR DE ANGEL!

NOVELA ORIGINAL POR EMILIO REY.

Amar y sufrir, ¿no es bastante
para llenar una vida?
G. G. DE AVELLANEDA.

CAPITULO I.

LA INCORONATA.

¡Lindísima es esa jóven de los velados ojos y del tendido cabello! ¡lindísimo el ángel de dulces miradas que sostiene en sus brazos! Un placer suavísimo, una beatitud infinita dilata las puras facciones de la jóven, mientras que la niña con las manecitas juntas, parece extasiada mirando correr las nubes del cielo, ó soñando quizás con los querubines sus hermanos.

¿Las conoceis? ¿quereis saber su historia? No es una de esas historias en que se enlazan los grandes crímenes con las grandes virtudes; no es uno de esos dramas fantásticos cuya lectura prensa el corazon, cuyas peripecias deslumbran la mente, no; es la pintura fiel, la narracion sencilla de la existencia de uno de esos séres amantes y hermosos bautizados con el mágico nombre de mujeres.

Se ha dicho siempre que las mujeres son débiles, y esto es un error. Su carácter es tímido para la accion, es verdad; pero en general son fuertes en su fondo, porque poseen esa fuerza pasiva para sobrellevar resignadas los dolores, á la que se deberia llamar, en nuestro entender, *la fuerza del sufrimiento.* Esos séres, cuya timidez les impide salvar el mas pequeño obstáculo material, cuando el infortunio tiende sobre ellos su mano de hierro, se encierran en sí mismos y apuran gota á gota, sin exhalar una queja, el dolor amarguísimo que los oprime; dolor que haria lanzar ayes de angustia á cualquiera de esos espíritus que se creen fuertes y valerosos.

¿Dónde está la verdadera fuerza? ¿en el que sufre en silencio y resignado los padecimientos que le agobian, ó en el que desahoga en gritos lastimeros las torturas de su alma?

Saber sufrir, padecer y callar, hé ahí el valor.

Aurelia era una jóven de carácter dulce como su nombre, tímida como las violetas de su jardin. Hija de nobles y opulentos padres, rodó su cuna de niña entre cortinajes de púrpura, bajo dorados artesones. Ya adolescente, la vida prestaba á sus ojos un horizonte magnífico, un delicioso y rico panorama. Acariciada por los suyos, halagada constantemente por los extraños, nada turbaba la dulcísima quietud de su pecho: cada sol al dorar su frente de ángel, la traia sonrisas y perfumes en sus rayos divinos......

¡Cuán feliz pasó Aurelia la edad de la adolescencia! Sus ojos todavía no habian derramado una lágrima amarga...... Si habia llorado, su llanto era el llanto del placer, que la arrancaban las caricias de su madre......

—Aurelia, hija mia, ven acá, le decia esta, y sentándola sobre sus rodillas, besaba una y otra vez con orgullo sus ojos, velados por largas y sedosas pestañas.

Entonces lloraba la madre de amor y de gozo, y la niña lloraba......

Las horas de felicidad duran muy poco, ruedan rápidas á hundirse unas tras otras en ese abismo espantoso que se llama eternidad......

Tres años habian pasado, y la hermosa adolescente era ya una jóven peregrina. La redondez de sus formas, la voluptuosidad de sus movimientos, sus ojos negros y brillantísimos, su frente serena y espaciosa, su esbelta garganta, su magnífico cabello, hacian de Aurelia una de esas bellezas ideales que Murillo y Corregio nos han dejado en sus lienzos llenos de vida; una de esas figuras encantadoras que crearon con su cincel Donatello y Benvenuto Cellini.

Aurelia era tan hermosa como puede serlo una mujer, y una mujer italiana.

Tranquilos se habian deslizado sus dias hasta entonces; no habia conocido aún esos ruidosos festines, esos saraos incitantes que rasgan poco á poco el cándido velo de la vírgen...... Los besos de su madre, las flores de su jardin, los cantos de sus pájaros, habian formado sus únicos y purísimos placeres.

Aurelia tenia quince años; se hallaba en esa edad delicada en que empiezan á gozar las mujeres de sueños halagadores que empañan el tersísimo cristal de su mente; en que empiezan á anhelar al compás de las desusadas palpitaciones de su corazon, esos deleites desconocidos é ideales á los que se sienten arrastradas sin conocerlo. Aurelia empezaba á comprender que ya no le bastaban para vivir los besos de su madre, las flores de su jardin y los cantos de sus pájaros; que necesitaba otro objeto que pudiera partir con ella las desconocidas agitaciones de su alma...... Sí, de su alma, que empezaba á abrirse al amor, como se abre la dahalia de Bombaya á los primeros halagos de las brisas primaverales......

Era el dia en que celebra la Iglesia la Concepcion Purísima de la inmortal María: una concurrencia numerosa y escogida llenaba las naves de la *Incoronata*...... Aurelia estaba arrodillada junto á su madre, sobre un cojin de rico terciopelo, y oraba con recogimiento, embriagada con las severas y melodiosas notas del órgano, y con el incienso que se desvanecia ante el altar en caprichosas y fantásticas nubes...... Ni un solo pensamiento profano turbaba la imaginacion de la vírgen......

De repente sintió algun movimiento detrás de sí, y vió que lo causaba un jóven, que sin pena alguna y con el mayor desenfado, pasaba atropellando á los fieles y distrayéndolos de sus oraciones. El jóven se apoyó en una columna. Aurelia lo miró con distraccion...... pero sus mejillas se colorearon de pronto al observar que el jóven fijaba en ella una intensa y devoradora mirada. Aurelia sintió como una conmocion eléctrica, como un sacudimiento galvánico, y cerró sus ojos un instante.—Cuando volvió á abrirlos, hubiérase podido notar en ellos una nueva y vivísima brillantez...... Era la luz del amor que habia alumbrado súbitamente su alma, y que se reflejaba en sus negras pupilas como su sol de Italia en las apacibles aguas de Prócida y de Ischia. Quiso seguir orando; sus labios murmuraban sencillas preces; pero por su imaginacion distraida cruzaban rápidos, bellos y tentadores fantasmas....

La funcion terminó. Aurelia salió acompañada de su madre. El jóven, que se hallaba ya en el pórtico, viólas montar en un blasonado carruaje y desaparecer con la violencia del rayo.

—¡Linda muchacha! murmuró el elegante, y sacudiéndose la charolada bota con el extremo de su baston, abandonó la *Incoronata*, tarareando entre dientes un voluptuoso wals, que era su favorito.

CAPITULO II.

LA ORGIA.

—¡Por la bella Sidonia!

—¡Por la aventura de Oton!

—No, ¡por la linda Felina!

—¡Chicos! vamos por partes, porque si no, no nos entendemos: brindemos por Sidonia, y luego seguiremos adelante......

—¡Dice bien! ¡dice bien! exclamaron en coro varias alegres y argentinas voces.

—Por nuestra amable anfitrion, por el cisne de San Cárlos, por la encantadora Sidonia! Y chocándose las abrillantadas copas, apuraron todos el dulcísimo licor de la afamada Capri......

—A este bueno de Lorenzo todo le gusta en regla, dijo un jóven de ojos azules, dirigiéndose á una hermosísima muchacha que tenia á su lado.

—Qué quieres, chico, son consejos de mi abuela. Soy rigorista, y amo el órden hasta en el desórden mismo; pero ahora te toca á tí, mi caro Oton...... ¿Mas qué es eso? ¿no me escuchas? ¿tan absorbido te tienen esos lindos ojos? ¡Inconstante! apuesto á que te has olvidado ya de tu desconocida de esta mañana.... ¡Vaya! pero si es toda una aventura.... No le creais una palabra, Felina...... no le creais. Estos poetas no aman á ninguna...... ó por mejor decir, las aman á todas......

—¿Quieres callarte? le contestó al fin Oton con aire risueño.

—Pero hombre, si es verdad...... ¿No me has dicho esta misma tarde en el *Vico de Sospiro* que te habia cautivado la bella desconocida? ¡Ah! *ma-*

ledetto! ¿te han hecho ya olvidar de ella esa boca de púrpura y esos ojos de azabache?......

—¡Lorenzo! tú me arruinas......

—¡Hola! caballerito Oton...... le dijo la linda italiana con ironía.

—No le creais, *signorina*, interrumpió este con viveza.

—¿Conque no me crea, eh? Pues ahora, chico, voy á contarlo todo; afuera enigmas.—Señores, ¿no sabeis lo que ha pasado á nuestro vate?

—¡Sepamos! ¡sepamos! dijeron algunos de los alegres convidados.

—¡Invenciones de Lorenzo!

—¿Dudais, no? pues bien, vais á saberlo todo, dijo con la mayor importancia;—entró á la *Incoronata* el amigo Oton esta mañana, á matar el tiempo...... segun él dice; pero de repente hete ahí que percibe una lindísima muchacha que le mira...... le mira...... y se sonroja......—era una verdadera *Madonna*, á guiarnos por sus alabanzas de poeta.

—¡Bravo! ¡bravo por el hijo de las Galias! exclamaron algunas frescas bocas.

—¡A la salud de nuestro Oton! ¡á la felicidad de sus amores! Qué, ¿no brindais? dijo el locuaz Lorenzo á la Felina.

—¿Y por qué no? contestóle esta entre séria y alegre, contemplando á Oton á hurtadillas.

Oton comprendió el golpe, dirigió una mirada á la Felina capaz de derretir una peña, y le dijo algunas palabras al oido.

—¡Ja! ja! ja! ja! ¿Lo cree vd. así? respondió esta con voz estridente. ¿Yo encelarme? ¿y por qué, amigo mio? Yo no me encelo mas que de los aplausos que prodiga el público á mis compañeras; y con voz metálica, aunque imperceptiblemente trémula:

—¡A la salud de Oton y á su poética aventura! dijo levantándose; y acercando el labrado vaso á su pequeña boca, apuró el rojo y brillante licor, menos brillante y rojo que sus húmedos y entreabiertos labios......—La Felina era una de esas voluptuosas mujeres de Frascati, ricas de formas y de sonrisas lascivas, diosas de la sensualidad y del deleite.

El festin continuó mas vivo y animado á cada instante. Imposible, ó muy difícil, nos seria describir con toda verdad aquella escena, alumbrada por cien ojos italianos. Aquello era un ruido incesante, una loca algazara: el chasquido de los corchos, el choque de las copas, los ruidosos brindis, las sonoras risas, los chistes picantes...... todo formaba una algarabía infernal, un conjunto indescriptible que hubiera dado mucho en que meditar á algun severo filósofo.

Epicuro era el dios á quien rendian ovaciones aquellos jóvenes alegres y aquellas reinas de la ópera y del baile.

De cuando en cuando se percibian algunas frases cortadas.

—Eres lindísima......

—¡Adulador!......

—¡Per Baco! sírveme *lácrima*, Pietro......—¡Ingrata! voy á ahogar en vino tus desdenes.

—¿De veras? no, no lo creo...... ¿y Giovanna?

—¡Giovanna! ¡quién se acuerda de ella!....... Vamos, hermosa mia, ya sabes que á tí sola amo: desde que te ví en tu papel de Sílfide..... ¿te acuerdas? ¡Qué bravos! ¡qué ramilletes!...... pues...... si estabas divina......

—¡Nunca!

—¿Nunca? esa frase no debia existir, Leonora..... ¡Nunca! ¿qué quiere decir *nunca?* ¿sabes tú explicármelo?

—Mira á Oton..... ¿no es verdad que es gallardo?

—No....... no me gusta la Francia....... desde que me separé de Dorville he hecho voto á la Madonna...... ¿te ries? pues sí, he hecho voto de no volver á querer......

—¿A nadie?

—¡Oh! tanto como eso..... á ningun frances.....

—El elíxir de amor...... ¿Sabes que el elíxir de amor lo bebo yo en tus ojos, Sidonia?......

—Me enloqueces......

—¡Oh! no, ya te he dicho que no......

—¡Ja! ja! ja! pues me gusta......

—Sí, dices bien.......la virtud ante todo....... ¿sabes que guardas un tesoro de moral demasiado grande para tus cortos años?......

—Estais insufrible..... Por hoy no puede ser.....

—¿Cuándo, pues, Lucía?

—Mañana..... mañana en Portici......

—¡Gracias!

—¿Oton? ¿conque dices que es rico?

—Muy rico...... viaja por placer......

—Bueno...... bueno...... convenidos.

El bullicio se aumentaba...... las libaciones del Siracusa y el Sorrento teñian de púrpura blancas mejillas y morenas frentes. La luz de las bujías de rosa reflejaba en magníficas espaldas, mas perfectas que las de la Vénus de Canova; se veian bajo la gasa las palpitaciones de los pechos, y de cuando en cuando se percibia apenas el sonido lúbrico de un beso, que iba á perderse entre el sonoro de la palpitante orgía .....

CAPITULO III.

AURELIA.

El marqués Adrian de Tavory, envuelto en una de tantas conspiraciones políticas como han agitado á la Francia desde fines del último siglo, habia ido á buscar un refugio bajo el cielo encantado de esa tierra de clásicos recuerdos que se llama Italia. Jóven y rico, pero de morigeradas y severas costumbres, despues de haber visitado como turista á Génova y Florencia, á Venecia y Roma; despues de haber admirado entusiasta todas las bellezas que la naturaleza y el arte han diseminado en aquel riquísimo suelo, fijó su residencia en la seductora Ná-

poles, en esa ciudad coqueta que se aduerme al murmullo dulce de las aguas del Puzzuolli!

Allí pasó algun tiempo entregado enteramente al estudio; pero fastidiado al fin de su triste vida de celibato, se unió en matrimonio, á la edad de treinta años apenas, con la *signora* Paula, hija de los ricos condes de Caprani.

Aurelia era el único fruto de este noble enlace, corriendo por lo tanto mezclada en sus venas la sangre francesa y la italiana.

Un doble cambio se efectuó en la vida de Aurelia desde el dia que contempló á Oton en la *Incoronata*. Una nube de tristeza se apareció en sú purísima frente, y las horas que antes se habian deslizado para ella tan dulces y rápidas, pasaban ahora con una pesadez mortal. Su madre, que la amaba con delirio, no dejó de percibir este cambio; y no comprendiendo la causa que lo habia motivado, preguntaba á cada instante á la hija de sus entrañas; pero Aurelia respondia siempre á las insinuaciones maternales con una dulcísima sonrisa:

—No tengo nada, madre mia: estoy triste, es verdad, pero no sé por qué; y dándola un amoroso abrazo, tranquilizaba un tanto el afan y el cuidado de la autora de su existencia.

Pasó algun tiempo de la misma manera; veíase á la jóven, siempre triste, entregarse á sus meditaciones en los mas apartados sitios de su lindo jardin, y aun podria haberse observado que brillaba una lágrima en sus ojos cuando sentada ante el sonoro clave, arrancaba del marfil sentidas y melancólicas notas, eco fiel de las que vibraban en su corazon agitado.

Aurelia amaba.

Serios temores empezó á inspirar á la tierna madre la prolongada tristeza de su hija; y atribuyéndola á la reclusion en que vivia, reclusion quizás demasiado austera para una jóven de su edad, que debia estar ávida de esos goces mentidos pero brillantes que la sociedad nos brinda, se propuso presentarla en todos los salones aristocráticos y procurarla cuantas diversiones le pudieran halagar.

—Aurelia, la dijo un dia, es preciso que ya hagas tu entrada en el mundo. Hemos recibido una invitacion para una fiesta que dan mañana en su quinta de Sorrento los príncipes de Tornano. ¿No tendrias gusto en asistir á ella?

—¡Iria con placer! contestó rápidamente la niña, figurándose gozosa que quizás lograria ver de nuevo al jóven que tan pronta como profundamente habia conmovido su corazon, tan tranquilo hasta entonces.

—Pues bien, hija mia, replicó la madre tomando entre las suyas sus pequeñas manos de alabastro; vé á escoger tu mas lindo trage y tus adornos mas preciosos, porque quiero que mi bella Aurelia no tenga rival en sus galas, como no lo tiene ni puede tenerle en hermosura.

....

....

En las primeras horas de la mañana siguiente se detenia ante la escalinata de la quinta de Tornano un magnífico carruaje, en cuyas portezuelas lucia un sencillo escudo que manifestaba la nobleza de la sangre de sus dueños.

La marquesa de Tavory y su hija descendieron de él, y subieron apoyadas en el brazo de un caballero, que bajó precipitadamente á su encuentro.....

Pasóse el dia entre mil encantos, en una continuada fiesta, en la que mostraron toda su exquisita cortesanía los opulentos anfitriones.

Ya al caer la tarde, cuando el sol adorna el azul purísimo del cielo con esas caprichosas cintas de púrpura y plata que semejan magníficos y delicados encajes, los alegres convidados se dirigieron á hacer una deliciosa excursion á los alrededores de ese exuberante y poético jardin que se llama Sorrento.

¡Sorrento! morada encantadora, paraíso terrenal creado por Dios para los artistas y los amantes!....

La luna brillaba ya con todo su esplendor, bañando con su blanca luz la esmeralda de los campos, cuando llegaron á la quinta los convidados de vuelta de su poético paseo.

Aurelia habia sido la reina de la fiesta; su gentil hermosura habia seducido á mas de un jóven, y habia eclipsado la de tantas otras damas, como su buena madre lo habia previsto en un arranque de generoso orgullo; pero en medio de su triunfo, en medio del murmullo de admiracion que se elevaba en su torno, la niña estaba triste aunque risueña, porque habia visto desvanecerse una dulcísima y seductora esperanza.

Su madre la veia sonreir y era dichosa, porque no adivinaba lo que pasaba en aquel corazon apasionado.....

Miles de bujías alumbraban los regios salones dispuestos para el baile con que debia terminar tan delicioso dia, y las dulcísimas cadencias de la orquesta sonora, y los suaves perfumes que exhalaban las flores encerradas en vasos etruscos de exquisita cinceladura, deleitaban el alma y embriagaban los sentidos blandamente.

La danza comenzó. Aurelia sentia el influjo de aquella atmósfera de aromas, de aquella música sensual, de aquellas palabras de amores que entre los rápidos giros del wals sonaban por primera vez en su oido; pero en medio de la dulce y desconocida turbacion que se apoderaba de todo su sér, aparecia radiante en su pensamiento la imágen del hombre á quien ya amaba......

De repente sonó una voz que repitió su corazon como un eco.

—Perdonadme, príncipe, decia, tuve que despachar alguna correspondencia para Roma.

—Nada de disculpas, sois un ingrato, mi jóven amigo...... ¡Abandonarnos así en todo el dia! ¿y por qué? por alguna calaverada quizás......

—¡Oh, señor!......

—Pero en fin, ya sois nuestro, ¿no es así? y os perdonaré por esta vez...... Ahora, mi caro Oton,

divertíos, gozad...... ¡Si viérais qué lindo ramillete de muchachas poseemos! Mirad, mirad si no á esa niña que pasa ahora ante nosotros......

—¡Mi bella de la *Incoronata!* murmuró Oton absorto.

—¡El ángel mio! suspiró Aurelia.

Y ambos se dirigieron una de esas miradas que no se pintan, una de esas miradas rápidas pero elocuentes, páginas brillantes en el delicado poema del amor!

Oton no escuchaba ya lo que le decia el príncipe; fijos sus ojos en la hermosa, siguióla con la vista en todas las vueltas de la danza, hasta que la vió sentarse graciosamente en un rico divan de raso y oro.

Entonces, y como despertando de un sueño:

—¿Quién es esa jóven? preguntó Oton al príncipe.

—¡Cómo!.... ¿es posible que no la conozcais?.... Vaya, amigo mio, ese es un crímen de lesa-hermosura, que yo debo reparar. Venid, venid; y tomándolo del brazo, se aproximó á Aurelia y á su madre.

—Señoras, dijo, tengo el honor de presentaros al caballero Oton de Lartigues.

Las dos damas saludaron con la cabeza; la madre con afectuosa benevolencia, Aurelia con el rubor en la frente.

—La señora marquesa de Tavory y la rosa de Nápoles, la bellísima Aurelia, su hija, prosiguió el príncipe volviéndose á Oton.

El jóven se inclinó. La marquesa se sonrió de orgullo al oir las alabanzas de su hija.

El príncipe fué á cumplimentar á algunos recien llegados.

Oton estaba ya *presentado*, como se dice en la buena sociedad.

—Caballero Lartigues, ¿pensais quedaros algun tiempo entre nosotros? le preguntó la marquesa afablemente.

—No lo sé aún, marquesa. Nápoles es una ciudad bellísima que me encanta; pero tal vez vaya á pasar el carnaval á Roma.

—Y hareis muy bien, caballero; es un espectáculo magnífico que hace recordar los buenos tiempos de la loca Venecia.

Cruzáronse aún algunas frases entre el jóven frances y la dama italiana. Hablóle esta de Francia, adonde acababa de marchar su noble esposo, de su deseo de visitar aquel bello país, y en fin, acabó por brindarle su casa de Nápoles con las señales del mas bondadoso afecto.

Resonó la música de nuevo, y á sus primeros acordes Aurelia atravesaba el salon del brazo de Lartigues.

¿No habeis sentido alguna vez esas emociones que agitan el corazon al vagar en ese vértigo que se llama baile, ciñendo la delicada cintura, oprimiendo la ardiente mano de la mujer querida? ¿No habeis sentido nunca en esos momentos de entusiasmo, el cálido aliento de vuestra amante, que besa, y acaricia, y quema vuestra frente? ¿No habeis gozado jamas en tales instantes de la viva luz de sus ojos, que prometen dulcísimos las soñadas dichas de un cielo? ¿No habeis temblado, en fin, de voluptuoso placer, al sentir que se agita y estremece en vuestros brazos el cuerpo hermoso de la mujer amada? Figuraos entonces las purísimas y embriagadoras sensaciones que gozaria Oton al sentir por vez primera el dulce contacto de su amante, al leer en sus ojos y en su frente el infinito amor que la inspiraba, al beber enloquecido vida y pasion en las ardientes emanaciones de aquella naturaleza vírgen y fogosa......

Oton pensó que aquella niña llegaria á fijar su carácter voluble, que llegaria á hacerle sentir ese amor divino con el que habia soñado.

Rico é independiente, habia consumido Oton sus años juveniles en esa nueva Babilonia que traga tantas fortunas y tantas vidas, en esa ciudad de calculadores egoistas que se llama Paris, donde se trafica con todo, hasta con los sentimientos mas nobles y mas dignos.

Oton habia derrochado una gran parte de sus riquezas en locas y embriagadoras bacanales. Habia buscado un amigo y una amante, y entre tantos hombres que le tendian su mano, y entre tantas mueres que le prodigaban sus sonrisas, no habia encontrado al fin ni un amor verdadero ni una amistad sincera. Entonces se lanzó á ciegas en el bullicio y la crápula; sofocó los elevados arranques de su corazon, que fué corrompiéndose poco á poco, y no buscó mas que goces materiales que al cabo le produjeron el cansancio y el hastío. Fastidiado al fin de sus Tullerías y de su Grande Opera, desapareció el mejor dia sin despedirse de nadie, y fué á visitar la Italia, donde le hallamos ahora, buscando un cielo mas límpido, mujeres distintas y placeres variados.

(*Continuará.*)

LA MUJER BLANCA.

LEYENDA MEXICANA

POR

D. JOSE MARIA ESTEVA.

(Fragmento.)

II

En el mismo momento en que sombrío
El entierro la calle atravesaba,
Una escena tristísima pasaba
Allá en las aguas del tranquilo rio.

La comitiva triste y lastimera
Que á la infeliz Elena acompañaba,
Lentamente bajaba
A la undosa ribera;
Y en silencio las jóvenes llegando,

Por el mudo dolor que las sofoca,
A la luz indecisa de la luna
En la piragua entraban una á una
Con Doña Clara y con la pobre loca.

No hay un solo rumor, y vagaroso
Ni al aire se oye murmurar siquiera;
Inmóbil se levanta la palmera,
Y triste y silencioso
Derrama el sauce su ramaje umbroso
De trecho en trecho en la feraz ribera.
Límpida el agua del tranquilo rio,
Por las ceibas gigantes sombrëada,
Reproduce las tintas del vacío;
Y entre la linfa bella,
Como en espejo de luciente plata,
La vespertina fulgurante estrella
Con el azul del cielo se retrata.

De la luna indecisa la luz pura
Débiles sombras donde quier formando,
Por la atmósfera extensa se dilata;
Se quiebra de la peña en la hendidura,
O del cerrado bosque en la espesura
Por las ramas abiertas penetrando,
Llega al fondo, de lo alto suspendida,
En luminosos rayos dividida.

Lejano, á veces, el ladrido se oye
Del perro de la choza, y de los grillos
El chirrido metálico y constante;
Y de los roncos sapos y las ranas
Que en la ribera habitan
Y al agua en saltos mil se precipitan,
El vocerío incesante.

En la choza que se alza en la ladera
Del escarpado monte ó la colina,
Se ve brillar la vacilante hoguera;
Y á la rojiza luz con que ilumina
El hogar apartado,
Confusos y distantes,
Bajo el techo pajizo del tinglado,
Como sombras se ven los habitantes.

Melancólica y triste está la noche;
Y los jazmines que en la márgen crecen
Agrupados al pié del «llorosoche»
O del laurel sombrío,
Al tibio ambiente, lánguidos se mecen,
O inclinan mústios el nevado broche
Sobre las aguas del callado rio.

La piragua resbala silenciosa
Por el cristal luciente,
Y al impulso que opone la corriente,
Gime ondëante el agua y temblorosa
Con la prora chocando diligente.
Sentadas en el débil barquichuelo
Y á Elena rodëando conmovidas,
Van las señoras, de profundo duelo
E inconsolable pena poseidas:
Hermosa la infeliz como ninguna
En su mudo y constante desvarío,
Ora levanta su mirada al cielo
Y en el disco la fija de la luna,
Ora la vuelve con marcado anhelo
Al sosegado rio;
Y la luz que desciende con tristeza
Y en el cristal del agua centellea,
Exaltando su pálida belleza
Sobre su trage de crespon blanquea.

Alguna vez el fúnebre silencio
Interrumpe en su afan la pobre loca,
Y en tono misterioso,
Como el del hombre que en la tumba evoca
Recuerdo doloroso,
Dice agitada y con la faz sombría:
Yo atajaré su voluntad crüel;
Y el sol, te lo aseguro, vida mia,
De ambos á uno alumbrará ese dia
A mí en la tumba ó en la tumba á él.

Luego calla otra vez; sus brazos cruza
Sobre su pecho, que el dolor agita;
Inclina, taciturna, la cabeza,
Y silenciosa, al parecer, medita.
Vuelve á poco á elevar la faz doliente,
Y busca por doquier con su mirada
El disco de la luna refulgente.
Allí debe de estar, dice en seguida;
Allí debe de estar; era mi encanto
Y era yo la esperanza de su vida:
Partir debo con él, las dos ya dieron;
Quitadme estos adornos que la causa
¡Ay! de mi angustia y de su enojo fueron.
Y al decir, con sus manos se desgarra
De su trage la tela vaporosa,
Y lanzarse pretende de su asiento
Al líquido elemento.

Sus amigas al punto la sujetan,
Y su madre, llorosa,
La acaricia y la besa cariñosa.
Dejadme ya partir, vuelve la loca
A decir, sus esfuerzos repitiendo;
Ved que la noche en su veloz carrera
Va con su sombra por doquier huyendo
Y el pobre Cárlos á las dos me espera.

Doña Clara, pensando que seria
Mas conveniente allí para calmarla
En nada contrariarla,
Vamos, vamos, Elena, le decia,
Cese ya tu amargura y tu quebranto;
Te espera cariñoso,
No perturbes tu calma y tu reposo
Ni te conmuevas y te agites tanto;
Anúnciale que llegas,
Y que al recuerdo de su amor te entregas
Con los acentos de tu dulce canto.
La pobre loca al parecer no oia
Lo que su madre conteniendo el llanto
Y haciéndole caricias le decia,
Y á sus esfuerzos sin cesar volvia,
Llenando á todas de terror y espanto.

Hubo un momento en que de aquella lucha
Cediendo á los esfuerzos, fatigada,
Se quedó taciturna y pensativa
En sus vagos recuerdos concentrada:
Con el negro y undívago cabello
Que el ambiente en desórden esparcia
Sobre su hermoso alabastrino cuello;
Con su pálida faz, y su mirada

A la par melancólica y sombría;
Con la luz de la luna que, brillando
Sobre la blanca gasa que envolvia
Aquel contorno de delicias lleno,
Por la tela rasgada descubria
Las bellas formas del nevado seno;
Y en su actitud callada y silenciosa,
La imágen del dolor, tierna y hermosa,
La desgraciada Elena parecia.

Su madre y sus amigas la miraban
En tan tristes momentos .
Y, calladas y atentas, observaban
Con terrible ansiedad sus movimientos....

....

Cual si nadie estuviese en torno suyo,
La mejilla en su mano descansando,
Alza, á poco, su voz como el arrullo
De tórtola que canta suspirando;
Y en la dulce y sentida melodía,
De encanto al par que de amargura llena,
La pobre loca, la infeliz Elena,
Así al objeto de su amor decia:

Declinando la luna,
Vierte callada
Su luz ya sobre el techo
De la enramada.
Ven, amor mio,
Que á la orilla te espero
Del claro rio.

Las sombras de la noche
Pasan ligeras,
Y suspiran las auras
En las palmeras.
Y en los jardines
Duermen las blancas rosas
Y los jazmines.

Todo en calma reposa:
Ven, amor mio,
A la márgen undosa
Del claro rio.
De amores muero:
Ven, que en tus negros ojos
Mirarme quiero.

Van las horas pasando
Una tras una,
Y á Occidente declina
Triste la luna.
Y sus postreros
Blancos rayos arrojan
Ya los luceros.

¿Por qué tardas, mi amado,
Cuando te espero?
Mira que si no llegas
De amores muero.
Ven, dueño mio,
Que en la márgen te espero
Del claro rio.

Murmuran blandamente
Los cocotales,
Y los cocúyos vuelan
Por los rosales.
Ya llega el dia
Y despiertan las auras:
Ven, alma mia.

Era tan dulce el amoroso acento
Con que Elena entonaba
La sentida cancion que daba al viento,
Que Doña Clara, oyéndola, lloraba,
Pues sin duda á su pecho destrozaba
El puñal de un atroz remordimiento.

Las amigas de Elena la veian,
Mientras triste cantaba, con ternura;
Que en su faz dolorosa descubrian
Y en los acentos que en silencio oian
El orígen fatal de su locura.

La pobre loca con afan cantaba,
Y aunque de vez en cuando enmudecia,
Cuando á la luna su mirada alzaba
Su interrumpido canto continuaba
Y los últimos versos repetia:
Ya llega el dia
Y despiertan las auras:
Ven, alma mia.

En tanto la piragua, resbalando
Sobre el terso cristal de su camino,
Los campos hácia atrás iba dejando,
En silencio avanzando
Hácia el punto final de su destino.

Ya las luces del pueblo, vacilantes,
Entre el bosque se ven diseminadas
Como estrellas que brillan inconstantes;
Y, tristes y sombrías,
Como chozas flotantes
Sobre el agua en desórden agrupadas,
De los baños se ven las enramadas.
Ya la casa de Elena se descubre,
Blanqueando sus muros en la altura
Medio perdidos en la sombra oscura
De las grandes higueras,
De los verdes frondosos tamarindos
Y del cerrado bosque de palmeras.

Todo se encuentra en silenciosa calma;
Y los acentos de la pobre loca,
Que algo tienen de lúgubre y sombrío,
Vagan perdidos por el hondo rio
O el murmurio del bosque los sofoca.

¡Quién pudiera creer, cuando salia
De la mansion aquella
La comitiva con la novia bella,
En la misma mañana de ese dia,
Tan festiva y alegre y bulliciosa,
Que al volver en la tarde con la esposa,
Tan triste y silenciosa volveria!

....

Al tocar la piragua en la ribera,
La loca, que en su canto proseguia,
Salta á la playa rápida y ligera;
Su madre y sus amigas la detienen
Ligeramente por entrambos brazos,
Y el descompuesto trage le sujetan
Que del talle gentil cuelga en pedazos.

La rápida pendiente que del rio
A la casa separa en la ladera
Del elevado cauce, tristemente
Sube la comitiva dolorosa;
Y á la luz que la luna derramaba
Suspendida en el cielo y silenciosa,
Nunca á Elena, que humilde caminaba,
Ni mas triste se vió ni mas hermosa.
Sus negros rizos, que en desórden caen,
Su espalda cubren y del blanco seno
Velan un tanto las turgentes formas
Que los girones del flotante trage
Descubiertas dejaron; su semblante,
Por la sombra bañado de la muerte,
Entre el negro cabello
Y á la luz de la luna se le mira
Pálido al par que doloroso y bello.
Cantando siempre con tenaz porfía
Y caminando cual flotante sombra,
Al subir, entre todas, la ladera
Que á la puerta conduce de su casa,
Los negros ojos y la frente inclina,
Sin ver en torno suyo lo que pasa,
Sin tener la conciencia que camina.

Los ecos de su canto, modulados
Por los murmurios del cercano bosque,
En el cauce sombroso se dilatan,
Y á lo lejos, la dulce melodía
Vaga repite entre el rumor confuso
Que forma el viento en la extension vacía:

Ya llega el dia
Y despiertan las auras:
Ven, alma mia.

A CELIA.

En el vecino prado
Que la violeta esmalta,
Donde los pajarillos
Que viven en las ramas
Saludan en su idioma
La aurora nacarada,
Se encuentra un bosquecillo
Donde las fuentes saltan,
Y en límpidas corrientes
Ruidosas se derraman,
Mezclando su murmullo
Al de las frescas auras.
Allí, una vez, oculto
Del bosque en la enramada,
Las gracias de mi Celia
Atento contemplaba.

Mi Celia es la mas pura
Y mas gentil zagala
Que vieron los pastores
Que habitan mi majada.
Sus ojos son tan bellos
Cual la bondad de su alma,
Su tez como la leche
Que ordeño de mis cabras,
Y su conjunto hermoso
Modelo de las gracias.

Saliendo de las flores
Las mariposas gayas,
En derredor de Celia
Alegres revolaban,
Posándose en su frente
Tan tersa como blanca,
Y huyendo cuando Celia
Quisiera aprisionarlas.

Celoso el dios Cupido
(Que en todas partes se halla)
Al ver que no lo busca
Mi cándida aldeana,
Y solo la entretienen
Las mariposas que ama,
La arroja con despecho
Los dardos de su aljaba;
Mas, sin herirla, todos
A su costado pasan.

Entonces yo, mirando
Tras una pasionaria
Un dardo bien oculto
En las espesas ramas,
Lo dí al hijo de Vénus,
Que en su arco lo prepara,
A Celia lo dirige
Y al punto la traspasa.
Mas, como inadvertido
Me puse á sus espaldas,
Tambien atravesóme
La flecha envenenada.

Cupido y mariposas
El prado abandonaban;
Mas antes les pregunta
Mi Celia acongojada:
¿Quién sois? «Ilusiones.»
¿Y tú? «Amor que mata.»
Desde entonces, por eso,
Enfermas nuestras almas,
Comprenden mutuamente
Sus amorosas ansias.
Por eso, si ella llora,
Mis ojos vierten lágrimas,
Y viendo su sonrisa
El gozo me arrebata.
Y todos los pastores
Que habitan mi majada,
Envidian mi fortuna
Porque mi Celia me ama.
¡Cuán dulce es el cariño
De dos que se idolatran!
¡Bendita sea mil veces
La flecha envenenada
Con que el amor hiriera
Por siempre nuestras almas!

MARIANO SOLÓRZANO.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El maestro mexicano Melesio Morales.—Sus triunfos en el teatro Pagliano de Florencia.—Su llegada á México.—Concierto que le será dedicado en el teatro de Iturbide.—La zarzuela.

México, Mayo 22 de 1869.

El acontecimiento mas notable de la semana ha sido la llegada del jóven maestro mexicano D. Melesio Morales, á quien su ópera *Ildegonda* ha hecho ya célebre en el mundo musical.

Las noticias del triunfo que en la representacion de esa obra obtuvo en el teatro Pagliano de Florencia y precedieron al maestro en México, fueron tales y tan unánimes, que no era de extrañarse que su llegada llamase vivamente la atencion pública.

En efecto, los periódicos mas acreditados de esta ciudad han reproducido á porfía las revistas musicales publicadas en la capital de la Italia, en las que se da cuenta del gran éxito que coronó la representacion de *Ildegonda*, y en que se hace completa justicia al relevante mérito del maestro mexicano, á quien no vacilan en comparar los inteligentes con Mercadante.

México se ha regocijado con este triunfo y se enorgullece de contar entre sus hijos al atrevido jóven que dejando los patrios lares, ha ido á la tierra clásica de las bellas artes, á probar que tambien en México hay genio, y ha logrado arrancar una rama de ese mismo laurel con que se han ceñido la victoriosa frente los Rossini, los Bellini, los Petrella y los Verdi.

La gloria de Morales refleja de lleno sobre su patria y viene á confirmar lo que se ha dicho varias veces hablando de la disposicion de los mexicanos para la música: «México es la Italia del Nuevo Mundo.»

En efecto, los hijos de este país tienen una organizacion privilegiada para cultivar el arte divino, y desde el humilde hijo del pueblo que improvisa canciones populares para expresar su amor, su odio, sus alegrías ó sus penas, hasta los inspirados maestros que han enriquecido el mundo musical con grandiosas creaciones que no desdeñarian los laureados compositores europeos, todos los que comprenden la música, todos los que sienten la belleza de la armonía, demuestran con su talento que son dignos de su reputacion.

Si esto se debe á la dulzura del clima ó á la índole especial de la raza mexicana, no sabremos decirlo; pero el hecho es así, y cada dia que pasa trae consigo un acontecimiento que viene á augurar al país un porvenir artístico magnífico y brillante.

Nuestra patria puede presentar ya en el catálogo del arte los nombres de Luis Vaca, de Paniagua, del viejo Gomez, de Beristain, y sobre todo, de Melesio Morales, como compositores.

Puede poner al lado de Listz y de Lubeck, á Leon, á Siliceo, á Balderas, al jóven Julio Ituarte, á Contreras, que son ejecutistas de primer órden, al mismo tiempo que compositores de sentimiento.

Puede presentar la *Marcha Zaragoza* de Aniceto Ortega, y preguntar á los pueblos guerreros de Europa si poseen entre sus himnos patrióticos ó sus tocatas triunfales, algo que vibre con mas poder en el alma, algo que excite el sentimiento guerrero con mayor fuerza, algo que haga buscar el combate con mas entusiasmo, que esa *Marcha Zaragoza*, que brotó del cerebro de Ortega como un incendio para abrasar los corazones, para dar sed de gloria y de muerte y para salvar á un pueblo. La *Marcha de Zaragoza* es la Marsellesa de México, y de hoy en mas será siempre nuestro toque de arremetida. La inspiracion de Ortega es hija de la victoria y no del dolor, y por eso sus armonías todas no se traducen en lamentos ni en quejas, sino en gritos de alegría, en acentos de triunfo, en arrebatos de entusiasmo. En la marcha Zaragoza se ve, no un pueblo que vacila y que se anima para combatir, sino un pueblo que camina erguido, soberbio y vencedor sobre el campo sangriento del combate y entre los cadáveres del enemigo aniquilado.

Aniceto Ortega puede envanecerse de haber inventado para su patria una arma poderosa é invencible.

Por eso, cuando pensamos en esto, sentimos mucho que algunas torpezas de que no es responsable el pueblo mexicano, sino algun amante de la novelería, nos hagan aparecer como convencidos de nuestra incapacidad para crear composiciones patrióticas.

Semejantes torpezas no se comprenden ni se explican sino diciendo que somos muy inclinados á desdeñar lo nuestro, muy afectos á admirar lo extranjero aunque sea inferior, y muy propensos á la idolatría, que es la mas estúpida de las ceguedades; que en nuestro país bien puede haber un genio deslumbrador, pues nosotros nos apresuramos á taparle con el manto del desprecio, para correr á ponernos de hinojos delante del primer recien venido de Europa á quien no conocemos, pero en cuya superioridad creemos á pié juntillas porque así lo aseguran unos cuantos papeles públicos.

Estamos acostumbrados á creer en las decisiones de la autoridad, repugnamos el libre exámen, hacemos aplicacion de nuestros principios religiosos á todas las cosas, y callamos, cuando de la region por donde nace el sol hay álguien que nos grite que creamos sin discutir.

Desde que un Papa tuvo que declararnos hombres para ser considerados como tales, no parece sino que de Europa deben soplarnos las opiniones, las creencias, el buen gusto y la simpatía ó la antipatía.

Hasta nuestros artistas distinguidos deben ser bautizados en aquellas fuentes de saber y de cultura, para que adquieran celebridad.

Esto es ridículo en fuerza de ser absurdo. Verdad es que de dia en dia desaparecen tan insensatas preocupaciones; pero todavía las hay, todavía vienen á arraigarse en el alma de gentes que debiamos suponer ilustradas y amantes de su país; toda-

vía, una que otra vez, asoman su cabeza entre las plantas fecundas y lozanas de la nueva era de progreso y de patriotismo que estamos atravesando.

Así, por ejemplo, próximo estaba el dia 5 de Mayo; era preciso que se compusiera un himno para celebrar las glorias del inmortal Zaragoza y del valiente ejército vencedor de los franceses. Entonces, en el Ayuntamiento de la capital, compuesto de personas realmente ilustradas y sensatas, se levantó una voz.

—¿Se trata de un himno patriótico? ¿se trata de una música nacional? ¿se quiere que haya una pieza que pueda cantar el pueblo mexicano para solemnizar sus triunfos? Pues entonces es preciso recurrir al maestro D. Joaquin Gaztambide, que como es español, es la persona mas á propósito para el objeto.

Y diciendo y haciendo, se corrió en pos del señor Gaztambide pidiéndole que se dignara poner música á un himno nacional, cuya letra se habia encargado al jóven poeta D. Justo Sierra.

El autor de *Catalina de Rusia* se prestó con la mayor deferencia á obsequiar los deseos del Ayuntamiento; pero debe haberse sorprendido grandemente al escuchar semejante solicitud. Ya se ve, en su tierra, en la altiva España, es seguro que á nadie se le habria ocurrido una idea mas antipatriótica y mas necia. Si en España para tener un himno al Dos de Mayo, no se hubieran encontrado maestros españoles que le pusieran música, es indudable que aunque hubieran estado en Madrid Rossini ó Verdi, habrian preferido los españoles contentarse con una *malagueña* ó con una *gallegada*, á cantar un himno nacional cuya música fuera obra de un extranjero.

Y á fé que habrian hecho santamente, pues hay cosas que no deben ser sino exclusivamente nacionales, so pena de que pierdan su mérito. Un himno patriótico debe ser tan nacional como la bandera.

Todo el mundo ha creido que fué una solemne torpeza la de acudir al maestro Gaztambide, muy respetable y muy afamado por cierto, pero que no es mexicano, para que él se sirviera enriquecernos con un canto nacional. Parece que el mismo maestro lo extrañó mucho, y preguntó, sin intencion de ofender y solo porque no le parecia posible, conociendo el carácter músico de los mexicanos, si no habia en la capital un profesor capaz de encargarse de la obra que se le encomendaba á él.

Tuvo muchísima razon si en efecto hizo tal pregunta, y en esto no hizo mas que inspirarse de sus sentimientos de español y de patriota.

Pero el apreciable maestro no debe dudar de que aquí haya quien componga no solo himnos, sino algo mas difícil y mas científico, solo que no se le busca. En México existen Balderas y Leon, Ortega y Valle, Contreras y Siliceo, á quienes pudo ocurrirse fácilmente; y el haber tenido que pedirse á un extranjero lo que pudo obtenerse del talento mexicano, debe atribuirse á la falta de sentido comun de no sé quién que lo propuso en el Ayuntamiento de la capital para honra y gloria suya. Este *no sé quién*, apasionado como un loco de la *zarzuela*, atropelló por todo, olvidó todas las consideraciones que hemos aducido, desdeñó á sus compatriotas, y entusiasmado con los coros de *cosacos* de la *Catalina* y con los de moros y cristianos de *La conquista de Madrid*, no quiso que su patria tuviese un himno, si no era del autor de aquellas dos obras.

Muy bien; así sucedió, y nada se dijo en contra, porque suele acontecer que á lo dispuesto por un regidor no se contesta por el público mas que *amen;* pero nosotros, estimando como estimamos personalmente al Sr. Gaztambide y sin discutir por un momento su bien conquistada reputacion artística, nos permitimos manifestar que, como canto nacional, preferimos el *Jarabe* y el *Sombrero ancho*, y aun el *Tzotzopizahuac*, á su himno y á todos los himnos del mundo que hayan compuesto los príncipes del arte musical.

Debemos no olvidar que ya antes de esta época se cometió la misma torpeza, pidiendo tambien una marcha nacional al pianista aleman Herz, quien la compuso y la dedicó á México, lo que no le impidió sin embargo ir á ofrecerla á otros países. Pero aquí se tocaba hasta 1863 como una marcha nacional siempre que se presentaba el Presidente de la República, y debemos dar gracias á Aniceto Ortega por haber compuesto su marcha Zaragoza, pues de otro modo aun seguiriamos oyendo la del maestro aleman. Así es que en el país de la música y de los músicos, se piden las piezas nacionales á extranjeros. Hay tambien que añadir que la música de nuestro himno nacional mas popular, es tambien obra del catalan D. Jaime Nunó.

Precisamente por estas amargas consideraciones ha sido para nosotros mas grata la ovacion que se hizo al jóven maestro Morales á su llegada á la capital, pues prueba que el desconocimiento del mérito mexicano no es obra del pueblo, sino de otros.

El pueblo ama sus glorias, y las proclama y adora con fanatismo.

Melesio Morales, despues de sus triunfos en Italia, pensó en volver á su patria, trayendo inéditas dos nuevas óperas, de las cuales, particularmente de *Carlo-Magno*, hace grandes elogios desde Paris el inteligente crítico musical Alfredo Bablot, que las conoce. Bablot dice que, hablando con imparcialidad, la música de Morales en *Carlo-Magno* solo es comparable con la de *Guillermo Tell* de Rossini.

Apenas se supo que llegaba á México Morales, cuando la Sociedad Filarmónica se preparó á recibirle dignamente; pero ni ella, ni nadie, creyó que el pueblo de la capital secundaria con tanto entusiasmo sus esfuerzos.

El dia 13 del presente mes una comision de la Sociedad Filarmónica mexicana, compuesta de los

socios profesores Balderas, Leon, Melet, Contreras, García Cubas, Muñoz Ledo, Larios, Ituarte (Julio), Fernandez, Montes, Chavarría, Ituarte (Daniel); de los socios literatos Elizaga y el que esto escribe, y de otros cuyos nombres no recordamos, á cuya cabeza estaba el presidente de la Sociedad, Dr. D. Gabino Bustamante, partió de México para Apizaco, ocupando un wagon que la empresa del camino de hierro dedicó expresamente á este objeto.

A la dicha comision se agregaron otras varias personas que por su amistad á Morales quisieron ser las primeras en darle la bienvenida. La apreciable señora de Melesio y su niño, así como otros deudos, eran de la comitiva.

Llegado el tren á Apizaco, el maestro vino á encontrar á sus amigos. Este momento de saludo al que tanto tiempo hacia estaba ausente de la patria, fué solemne y tierno. Inmediatamente despues, todos pasaron al *wagon* especial, y allí el que escribe estas líneas, por encargo de sus compañeros de comision, dirigió algunas palabras al ilustre compositor, dándole la bienvenida y anunciándole que la ciudad iba á recibirle con cariño y entusiasmo.

Melesio no contestó, conmovido como estaba fuertemente, y á fé que habia mil motivos para ello. Volver al país natal que ha dejado de verse por espacio de cuatro años, encontrarse en los brazos de una esposa querida y buena, recibir los besos de un hijo á quien se dejó pequeño y á quien se encuentra crecido ya; hallarse entre los viejos amigos de la juventud y del estudio; recibir las manifestaciones de la admiracion de un pueblo al que uno pertenece; en suma, sentirse halagado por la gloria y por la fama, todo esto es capaz de hacer estallar el corazon. El jóven maestro fué demasiado fuerte en no sucumbir ante tamañas sensaciones.

Pero á este primer instante y en marcha ya el tren para México, siguieron las conversaciones sobre los trabajos sufridos en Europa, sobre las contrariedades que hubo para la representacion de *Ildegonda*, y sobre los beneficios que el artista recibió de algunos compatriotas en Europa, cuando abandonado y extranjero no tenia mas recursos que su talento y su constancia.

Nosotros escuchábamos atentos y curiosos. Pero llegó Melesio al asunto de su triunfo en el teatro Pagliano, y entonces, sin anunciárnoslo con esa vanidad que estamos acostumbrados á observar en otros, y sin referirnos uno solo de los detalles que ya conociamos por los periódicos de Florencia, nos dijo sencillamente:—«La pobre *Ildegonda se salvó casualmente.*» Hé ahí cómo nuestro modestísimo compositor habla del éxito colosal de su ópera. La virtud de la modestia es la corona de su genio, y ella le hace brillar mas todavía.

Melesio Morales es muy conocido en México; pero para los que no le conocen, y sobre todo para nuestros lectores de los Estados, no estará de mas la descripcion de su persona.

Es un jóven como de treinta años, de estatura regular y mas bien pequeña que grande, trigueño, de fisonomía dulce y grave; pero en sus ojos negros y llenos de vivacidad, se descubre luego la mirada del pensador y del hombre de genio. Por lo demas, parece robusto y de una fuerza regular. A pesar de su exterior grave y serio á primera vista, Melesio es jovial, alegre, decidor y amante de las bromas, que sabe salpicar con no pocos dichos agudos. Sus viajes, su trato con tantos hombres ilustres, sus trabajos y el esfuerzo constante de su espíritu para sobreponerse á los obstáculos de que ha tenido sembrado su camino, han dado á sus observaciones un fondo de juicio y de autoridad que se respeta al través de la excesiva modestia con que él se apresura á corregir sus opiniones personales. En suma, Morales no parece un compositor distinguido y á quien la celebridad pudiera haber dado orgullo, sino un discípulo tímido y que habla para que le enseñen.

Si no viniera de Europa precedido ya por una justa nombradía, la modestia y el encogimiento habrian sido en su patria sus peores enemigos, porque aquí solo tienen éxito, para ciertas gentes, las reputaciones que se anuncian con repiques de misa mayor.

El tren llegó al paradero de Buenavista. Francamente, no esperaba la comision que sus anuncios publicados en México desde el dia anterior, produjesen tan viva curiosidad. Se creia que el recibimiento seria solemne, pero no tan pomposo ni tan magnífico. El gentío era inmenso, y solo se veian oleadas de cabezas humanas invadiendo la plataforma toda donde se hallan las casas de la estacion, y los lugares adyacentes. Como cuatrocientos carruajes habia allí tambien, ocupados por las familias mas distinguidas de México.

Tres músicas militares situadas en la plataforma, tocaron, al llegar el tren, el himno nacional y dianas. El maestro Morales asomó á la puerta del wagon, y tan pronto como la multitud le distinguió, atronó el aire con vivas á México y á Melesio Morales, que no pudo escucharlos sin una profunda emocion. Él á su vez saludó al pueblo con toda la ternura, con todo el entusiasmo del que vuelve á su patria y es recibido en triunfo.

Luego salió apoyado en el brazo de dos amigos; pero la muchedumbre amenazaba sofocarle, y tuvo que volver al wagon para reponerse é intentar la salida por el otro lado, menos lleno de gente. Aquello era un asedio formal.

Por fin, el maestro, siempre acompañado de sus dos amigos, salió por la puerta del wagon opuesta á aquella sobre la cual se precipitaba la multitud: esta, tomando á un caballero que llevaba un sombrero de bejuco por Melesio Morales, comenzó á abrazarle, á victorearle y á sofocarle. El desgraciado protestaba contra tal ovacion; pero la multitud es furiosa y ciega en sus odios y en su amor. Aquel caballero hizo una peregrinacion dolorosa desde el wagon hasta la casa de madera. Entretan-

to, Melesio, apenas conocido por unos cuantos, atravesaba mas tranquilamente por un costado de la plataforma y se dirigia por entre un dédalo de carruajes en busca del que estaba preparado para él. No pudo encontrarle en aquel momento, y se vió obligado á retroceder. Las familias que ocupaban los carruajes y que tenian fija la vista sobre la plataforma en donde la multitud aclamaba ruidosamente el nombre del compositor, al mirar con cierta indiferencia al principio á aquel jóven moreno, vestido de negro, que pasaba rápidamente sonriendo, pero densamente pálido y como huyendo, no podian menos de concluir por fijarse en él y sospechar que fuese el objeto de la ovacion popular.

No faltó quien le señalara por fin, diciendo:—Ese es Melesio Morales!.... ese es Melesio Morales! —Un instante despues, la muchedumbre se lanzaba como un torrente tumultuoso desde la plataforma, y en breve el maestro se vió rodeado y victoreado por todas partes. No hubo remedio, habia que entregarse á la furiosa admiracion del pueblo.

Melesio se vió obligado á subir en un carruaje y á dar la órden de partir; pero la multitud pretendió quitar las mulas y arrastrar ella la carretela abierta. Esto repugnó extraordinariamente al jóven maestro; suplicó, instó, se valió de los amigos á quienes habia invitado á acompañarle en el carruaje, para que obtuviesen que semejante deseo no se llevase á cabo. Todo fué inútil. Nuestra gente no comprende todavía, como debiera, la dignidad de un pueblo republicano. Todavía, despues de tantos años de lucha para hacerle comprender lo que vale, se acuerda de las maneras degradantes que le enseñaron, en tiempo de Santa-Anna, como fórmulas de entusiasmo y de afecto. No tienen en verdad la culpa estos infelices hombres de la clase pobre, de su abyeccion, sino los infames que les hicieron creer que para manifestar adoracion era necesario convertirse en mulas.

Esa tarde, los amigos de Morales decian, hablando á la muchedumbre, que repugnaba á los corazones republicanos ver á ciudadanos libres convertidos en bestias.

—Pues queremos ser bestias! respondian.

A esto no habia mas que bajarse del carruaje; pero la multitud se opuso tambien, y entónces no hubo mas recurso que resignarse.

La comitiva se organizó como fué posible, pues como se comprenderá, luego se apoderó del mando el primer gefe de peloton que tuvo mas audacia.

El carruaje de Melesio iba delante. Seguíale una numerosa cabalgata, y despues desfilaban los centenares de carruajes que habian ido á Buenavista. De este modo, entre aclamaciones inmensas, atravesó Melesio las calles principales de la ciudad hasta su alojamiento, en casa de su suegro el Sr. Landgrave, calle de la Aduana Vieja.

La entrada de Morales á su ciudad natal no pudo ser mas brillante ni mas grandiosa, y tuvo de superior á las entradas triunfales de los caudillos militares, que fué obra del entusiasmo y de la espontaneidad. Nadie dictó órdenes para ella, ni se necesitaban, y por la primera vez, quizás, el genio se ha visto elevado en México á la altura del poder y de la fortuna. Semejante hecho quedará consignado eternamente entre los sucesos verdaderamente raros que han tenido lugar en esta última época. Sea para bien.

Dentro de pocos dias, la Sociedad Filarmónica dedicará una funcion solemnísima al recien llegado, en el teatro de Iturbide.

El programa, apenas conocido todavía, es seductor; la funcion contendrá novedades de primer órden, y desde hoy auguramos que habrá sendas dificultades para obtener un asiento en aquel elegante teatro.

El himno de Melesio titulado *¡Dios salve á la Patria!*... la ovacion al distinguido maestro, y otras cosas muy tentadoras...... ¡hé aquí lo que veremos esa noche los que tengamos la fortuna de asistir!

Concluiremos nuestra crónica diciendo que la zarzuela sigue desvelando á unos cuantos que necesitan su poco de boleros para hacer la digestion y dormir.—Es mucha zarzuela la que hay en México, y para corromper el buen gusto es ya suficiente.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

EL GENIO.

Quiero cantarte ¡oh Genio!
Quiero cantar tus triunfos y tu gloria,
La horrible ingratitud que te persigue,
Lo grande é inmortal de tu memoria:
Venga mi arpa, sí, truene mi acento,
Y exprese el entusiasmo que yo siento.

Sobre plateadas nubes
Sentado Dios, al despuntar un dia,
Con generosa mano á los mortales
Sus magníficos dones repartia.
A unos daba valor, á otros riqueza,
A los otros virtudes ó belleza.

Y á un ángel contemplando
Con paternal, tiernísima mirada,
«Vé y muestra, dijo, al asombrado mundo
«Esa alma que te doy privilegiada:
«¡Tuya es la creacion; canta lo bello,
«Descubre la verdad, sé mi destello!»

Dijo así bondadoso,
Y el Genio al mundo dirigió su vuelo,
Y cumpliendo de Dios con el mandato,
Llenó de asombro el anchuroso suelo:
Y desde entonces, como sol brillante,
El mundo llena con su luz radiante.

Cual rápido cometa
Una senda nos marca luminosa;
Conmueve con su voz las sociedades;
Domina su mirada poderosa;
Lee el pasado, el porvenir prepara,
Y los misterios de natura aclara.

A Copérnico enseña
Que está el sol fijo y que la tierra gira;
Presta á Descartes su profundo acento,
Le cede á Dante su armoniosa lira,
¡Y de Homero hace oir á todo el mundo
El acento sublime, sin segundo!

A Guttemberg le inspira
El modo de grabar el pensamiento;
Hace volar á Humboldt atrevido
En medio al elevado firmamento,
¡Y prestando á Colon sus bellas alas,
Dió á Isabel de la América las galas!

Levántanse á su paso
Monumentos y estatuas colosales,
Y donde pone su fecunda planta
Se ven crecer laureles inmortales;
Y su acento al tronar fuerte, profundo,
Hace que avance conmovido el mundo.

Rápido pasa el tiempo
Sin destruir su nombre ni su gloria,
Y un siglo deja al otro por herencia
Sus palabras, sus hechos, su memoria.
¡Y dominando en todas las naciones,
Hace flotar triunfantes sus pendones!

Como la madre enseña
El nombre de su padre al hijo amado,
Una generacion enseña á la otra
De los genios el nombre venerado;
Que sobrevive siempre su memoria
Como un recuerdo de grandeza y gloria.

En cambio por herencia
Tiene la ingratitud, la desventura;
El camino do al mundo siembra flóres,
Espinas se le vuelve y amargura;
¡Que la envidia á su nombre tiende un vuelo
Y le intenta cubrir de angustia y duelo!

Pasa sobre la tierra
El cáliz apurando del veneno,
Y una herida ocultando dolorosa
Sobre su tierno, delicado seno,
Sufriendo desengaños y miseria,
Y mirando sin velo á la materia.

Recogen su palabra
Como fértil, riquísima semilla,
Y mientras mas grandioso es el tesoro,
Mas la calumnia con desden le humilla.
Reciben de su labio la grandeza
Y le vuelven el odio y la pobreza.

Espirando de hambre
El orgullo de Grecia un pan pedia;
Y el inmortal Cervantes, como Tasso,
Y Galileo, en la prision gemia.
¡Y una cadena con horrible saña,
Por un mundo á Colon le daba España!

Pero jamas consiguen
Matar la luz del claro pensamiento;
Aun mas alto le eleva el infortunio
Y triunfante se eleva al firmamento.
¡Siempre cual clara luz brilla su gloria,
Como el diamante entre la vil escoria!

A todo sobrevive,
Que le guia de Dios la augusta mano,
Y cual verde laurel entre zarzales,
Le hace crecer su aliento soberano.
¡Es su poder sublime, sin segundo,
Y solo morirá muriendo el mundo!

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

PARÁBOLAS

DE

FEDERICO ADOLFO KRUMMACHER.

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ALEMAN.

ADAM Y EL QUERUBIN.

Adam habia cultivado la tierra y habia formado un jardin lleno de árboles y plantas. Las espigas de su campo ondeaban al resplandor del sol poniente, los árboles estaban cubiertos de flores y de frutos. El padre del género humano y su mujer con los hijos, descansaban en una colina y miraban la magnificencia del campo y la del crepúsculo vespertino.

Entonces el Querubin, guardian del Eden, se puso entre ellos sin la flameante espada, y su rostro era apacible.

Los saludó y dijo: Hé ahí que no como antes crece para vosotros el fruto por sí mismo; con el sudor de vuestro rostro debeis trabajar y ganar el pan. Empero despues de la fatiga os alegrais del fruto ganado por vosotros mismos, y deliciosas resplandecen las espigas llenas.

Jehovah, el misericordioso, os ha dado el medio para que os formeis vosotros mismos un Eden.....

Cierto, dijo Adam, su bondad es grande, aun cuando castiga. Resignadamente trabajaremos bañados en el sudor de nuestro rostro. Empero antes estaba Jehovah mas cercano á nosotros y nos mostraba su rostro resplandeciente........ ¿Qué hemos recibido en cambio?

La Oracion, respondió el Querubin. Por el trabajo os concede el don terrenal—por la Oracion el celestial.

Y Adam levantó el rostro, juntamente su mujer y sus hijos, y daba gracias y oraba. Entonces se iluminaron sus ojos y dijo: El Señor es benigno y su bondad eterna.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

México, Mayo 17 de 1869.

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

(CONTINUA.)

IV

El ejército que vino á la conquista de México se reclutó entre los vecinos de la isla de Cuba, de órden de Diego Velazquez, gobernador de aquella colonia. No entraremos en la enojosa tarea de confrontar las diversas cifras que los autores asignan á este ejército; siguiendo la autoridad de Bernal Diaz del Castillo, asentaremos que al pasar revista en Cozumel, isla en la mar de la costa oriental de Yucatan, aquel se componia de quinientos ocho soldados—«sin maestres y pilotos é marineros, que «serian ciento y nueve, y diez y seis caballos é ye-«guas, las yeguas eran todas de juego y de carrera, «é once navíos grandes y pequeños, con uno que «era como bergantin, que traia á cargo un Ginés «Nortes, y eran treinta y dos ballesteros y trece «escopeteros, que así se llamaban en aquel tiempo, «é tiros de bronce (*diez, segun se saca de otros lu-«gares*), é cuatro falconetes, é mucha pólvora é pelo-«tas, y esto desta cuenta de los ballesteros no se me «acuerda bien, no hace al caso de la relacion, etc.»

El número total de los invasores ascendia, pues, á unos 633 hombres, supuesto que los marineros fueron armados como soldados despues que se dió con las naves al través. Deben rebajarse, sin embargo, los hombres que partieron á España en el único buque que fué librado de la destruccion. El puñado restante vemos que tenia una organizacion semejante á la de nuestros ejércitos actuales, dividiéndose en caballería, artillería é infantería.

La caballería, aunque en tan pequeño número, fué la arma de mayor provecho en los primeros tiempos de la conquista y por muchos años despues. Los ginetes, en lo general, estaban pesadamente armados; en las marchas servian de exploradores y formaban la descubierta, adelantados un gran trecho del cuerpo de los infantes; durante la batalla no acometian en un solo peloton, sino que la táctica adoptada en nuestro país prevenia que acometieran por pequeños grupos de dos ó tres hombres, que tomaban la lanza por el tercio de la asta, la enristraban poniéndola á la altura del rostro de los enemigos, y en esta posicion poniendo el caballo al trote se entraban por lo mas apretado de los contrarios, sin dar botes ni lanzadas, pues el objeto principal no era herir, sino atropellar y desordenar. A fin de poner mayor pavor en los indígenas, y para reconocerse de noche, los caballos llevaban los pretales adornados con gruesos cascabeles de cobre.

Bernal Diaz conservó los nombres de los caballeros, y aun los colores de los caballos, en la forma siguiente:

«El capitan Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en San Juan de Ulúa.»

«Pedro de Albarado y Hernando Lopez de Avila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera; y de que llegamos á la Nueva España el Pedro de Albarado le compró la mitad de la yegua, é se la tomó por fuerza.»

«Alonso Hernandez Puertocarrero, una yegua rucia de buena carrera, que le compró Cortés por las lazadas de oro.»

«Juan Velazquez de Leon, otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos la Rabona, muy revuelta y de buena carrera.»

«Cristóbal de Oli, un caballo castaño oscuro, harto bueno.»

«Francisco de Montejo y Alonso de Avila, un caballo alazan tostado: no fué para cosa de guerra.»

«Francisco de Morla, un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto.»

«Juan de Escalante, un caballo castaño claro, tresalbo; no fué bueno.»

«Diego de Ordás, una yegua rucia, machorra, pasadera aunque corria poco.»

«Gonzalo Dominguez, un muy extremado ginete, un caballo castaño oscuro muy bueno y grande corredor.»

«Pedro Gonzalez de Trujillo, un buen caballo castaño, perfecto castaño, que corria muy bien.»

«Moron, vecino del Vaimo, un caballo overo, labrado de las manos y era bien revuelto.»

«Vaena, vecino de la Trinidad, un caballo overo algo sobre morcillo: no salió bueno.»

«Lares, el muy buen ginete, un caballo muy bueno, de color castaño algo claro y buen corredor.»

«Ortiz el músico, y un Bartolomé García, que solia tener minas de oro, un muy buen caballo oscuro que decian el Arriero: este fué uno de los buenos caballos que pasamos en la armada.»

«Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío. Este Juan Sedeño pasó el mas rico soldado que hubo en toda la armada, porque trujo un navío suyo, y la yegua y un negro, é cazabe é tocinos; porque en aquella sazon no se podia hallar caballos ni negros sino era á peso de oro, y á esta causa no pasaron mas caballos, porque no los habia.»

Hemos visto que consistia la artillería en diez bombardas ó piezas de algun calibre, y cuatro falconetes, especie de culebrinas de dos y media libras de calibre. Las pelotas ó balas eran de piedra, tomadas generalmente de las rodadas en los rios y compuestas al intento. Los conquistadores no tenian otro modo de trasportar la artillería, que tirada por los mismos soldados; tan luego como se concertaron con los totonacas, y despues que penetraron al interior del país, se sirvieron de los indios para llevar los cañones, costumbre que prevaleció por mucho tiempo. El capitan de la artillería era Francisco de Orozco, soldado que habia sido en Italia, y encuentro nombrados como artilleros á Arbenga, Bartolomé de Usagre, Mesa, Juan Catalan, etc.

La infantería estaba dividida en once compañías. Formaba una separada la de los ballesteros, otra

la de los arcabuceros ó escopeteros, y las restantes eran de los soldados de espada y rodela. Cada individuo venia vestido con las armas defensivas que se habia podido proporcionar, aunque en lo general, como las piezas de hierro eran muy escasas y caras, usaban de sayos acolchados de algodon, que les bajaban hasta cerca de las rodillas y se llamaban *escaupiles*, corrupcion de la palabra mexicana *ichcahuepilli*. Cada compañía tenia su capitan, y un alférez conducia la bandera. Bernal Diaz nos relata, que Cortés—«mandó hacer estandartes y ban«deras labradas de oro con las armas reales y una «cruz de cada parte, juntamente con las armas de «nuestro rey y señor, con un letrero en latin, que «decia: Hermanos, sigamos la señal de la Santa «Cruz con fé verdadera, que con ella venceremos.»

El ejército reconocia como general á D. Hernando Cortés, y Cristóbal de Olid fué nombrado maestre de campo, empleo que corresponde á lo que hoy llamamos coronel. La tropa en marcha llevaba de comun una descubierta compuesta de caballería y de los peones mas sueltos ó ligeros: seguia luego el cuerpo principal, compuesto de la manguardia, en que iba regularmente la artillería; del centro en que se colocaban los bagajes, y la rezaga: el órden cambiaba segun el rumbo por donde era esperado el peligro. Prescott dice que pasaron con el ejército unos doscientos indios de Cuba; Bernal Diaz expresa terminantemente que no pasaron mas de cinco ó seis, que servian para cargar la mochila de su amo; los demas soldados tuvieron que llevar á cuestas aquella bolsa de tela ó de cuero en que conducian sus vestidos y su botin, hasta que ocuparon á los indígenas en cargarlas, poniendo á los tamemes siempre en el centro para que no fueran dañados, ni pudieran huir con la carga.

En la batalla, los rodeleros apoyaban á los ballesteros y á los arcabuceros; se mantenian unidos en las líneas sin dejarse separar por el empuje de los contrarios, y recibian el asalto á manteniente ó á pié firme, hasta que convenia avanzar. Los que usaban las escopetas y las ballestas tenian órden de no desperdiciar las municiones, tirando á terrero, es decir, á un blanco determinado y no al conjunto de los enemigos. La manera de colocarse para el encuentro era la que el general disponia, segun la táctica de la época; en América sabian los soldados ejecutar el caracol, evolucion que consistia en dar frente á todos lados como en el cuadro moderno. La señal de acometer la daba el gefe prorumpiendo en las palabras «Santiago, y á ellos;» ó bien, «Santiago, cierra España:» á esto llaman en las crónicas, dar el Santiago.

V.

Este pequeño ejército recibió algunos refuerzos, considerables los unos, insignificantes los otros por el número, aunque no por la oportunidad, de los cuales vamos á dar una ligera noticia.

I. Estando aún los castellanos en la recien fundada Veracruz, llegó de Cuba un navío, y por su capitan Francisco de Saucedo, por sobrenombre el Pulido, trayendo en su compañía á Luis Marin, que despues fué capitan, y diez soldados: Saucedo traia un caballo y Marin una yegua. (Bernal Diaz, capítulo LIII.)

II. Pocos dias despues apareció sobre la costa un buque de los de Francisco de Garay, y era enviado por Alonso Alvarez de Pineda ó Pinedo, capitan avecindado en Pánuco, con el fin de tomar posesion de la tierra: cuatro hombres desembarcaron al intento, que fueron el escribano Guillen de la Loa, y los testigos Andrés Núñez, carpintero de ribera, maestre Pedro el de la Arpa, y otro soldado. De los cuatro se apoderó Cortés, y ademas, de dos marineros que pudo sorprender, incorporando á los seis en el ejército. (Bernal Diaz, cap. LX.)

III. Diego Velazquez, gobernador de Cuba, reunió nuevo ejército, que puso á las órdenes de Pánfilo de Narvaez, con el fin de apoderarse de Cortés. La armada se compuso de diez y nueve navíos, con unas veinte piezas de artillería y mil cuatrocientos soldados, contándose ochenta de á caballo, noventa ballesteros y setenta escopeteros. (Bernal Diaz, capítulo CIX.) De todo ello se apoderó Cortés en Çempoallan, retornó á México con este mayor poder, y en gran parte lo perdió en la sangrienta derrota que los castellanos sufrieron la noche infausta á que apellidaron la Noche triste.

IV. Careciendo de noticias de Narvaez, Diego Velazquez para adquirirlas envió un pequeño buque al mando de Pedro Barba, del cual se apoderó Pedro ó Juan Caballero, puesto en la Veracruz por Cortés. Vinieron en la nave y tomaron partido por D. Hernando, el Pedro Barba, un Francisco López, que despues fué vecino y regidor de Guatemala, y trece soldados: trajeron un caballo y una yegua. (Bernal Diaz, cap. CXXXI.)

V. De la misma procedencia que el anterior y ocho dias despues, corrió la misma suerte otro navío llegado á la Veracruz, mandado por Rodrigo Morejon de Lobera, quien traia ocho soldados, seis ballestas, mucho hilo para cuerdas y una yegua. (Bernal Diaz, loco cit.)

VI. Estando en la guerra de Tepeyacac aportó á Veracruz un buque de los de la armada de Francisco de Garay, al mando de Camargo, con unos sesenta hombres flacos, amarillos y dolientes, que se internaron hasta reunirse al ejército de Cortés. Muchos murieron de sus enfermedades, y los soldados les dieron á todos el sobrenombre de *los panzaverdetes*. (Bernal Diaz, cap. CXXXIII.)

VII. Destrozada en Pánuco la armada de Garay, los infelices restos que escaparon y los refuerzos que se les enviaban, vinieron unos en pos de otros á buscar refugio á la Veracruz y á engrosar las fuerzas de Cortés; así que, poco despues que el anterior, llegó otro navío al mando de Miguel Diaz de Auz, con mas de cincuenta soldados, con siete caballos,

que tambien vinieron á ponerse á las órdenes del afortunado D. Hernando. Los soldados venian sanos, gordos y lucios, y á esta causa los aventureros de Cortés les pusieron *los de los lomos recios*. (Bernal Diaz, loco cit.)

VIII. A pocos dias llegó la nave en que venia por capitan Ramirez el Viejo, «y traia sobre cua-«renta soldados y diez caballos, y ballesteros y otras «armas.»—«Y los que traia el viejo Ramirez traian «unas armas de algodon, de tanto gordor, que no «las pasara ninguna flecha, y pesaban mucho, y pu-«símosles por nombre los de las albardillas.» (Bernal Diaz, ibid.)

IX. Acordado que el ejército se estacionaria en Tetzcoco, mientras se fabricaban los bergantines,—«viene nueva y cartas, que trujeron tres soldados, «de cómo habia venido á la Villa-Rica un navío de «Castilla y de las Islas de Canaria, de buen porte, «cargado de muchas ballestas y tres caballos, é mu-«chas mercaderías, escopetas, pólvora é hilo de ba-«llestas, y otras armas; y venia por señor de la mer-«cadería y navío un Juan de Búrgos, y por maestre «un Francisco Medel, y venian trece soldados; y «con aquella nueva nos alegramos en gran manera, «y si de antes que supiésemos del navío nos dába-«mos priesa en la partida para Tezcuco, mucho mas «nos dimos entonces, porque luego le envió Cortés «á comprar todas las armas y pólvora y todo lo mas «que traia, y aun el mismo Juan de Búrgos y el «Medel, y todos los pasajeros que traia se vinieron «luego para donde estábamos; con los cuales reci-«bimos contento, viendo tan buen socorro y en tal «tiempo.» (Bernal Diaz, cap. CXXXVI.)

X. Estando en la guerra de México,—«digamos «cómo en aquella sazon vino un navío de Castilla, «en el cual vino por tesorero de su majestad un Ju-«lian de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un «Orduña el viejo, vecino que fué de la Puebla, que «despues de ganado México trajo cuatro ó cinco hi-«jas, que casó muy honradamente; era natural de «Tordesillas; y vino un fraile de San Francisco que «se decia fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de «Sevilla, que trajo unas bulas de señor san Pedro, y «con ellas nos componian, si algo éramos en cargo «en las guerras en que andábamos; por manera que en «pocos meses el fraile fué rico y compuesto á Cas-«tilla; trajo entonces por comisario y quien tenia «cargo de las bulas á Gerónimo López, que despues «fué secretario en México; vinieron un Antonio Car-«vajal, que ahora vive en México, ya muy viejo, ca-«pitan que fué de un bergantin; y vino Gerónimo «Ruiz de la Mota, yerno que fué, despues de ganado «México, del Orduña, que asimismo fué capitan de «un bergantin, natural de Búrgos; y vino un Brio-«nes, natural de Salamanca; á este Briones ahorca-«ron en esta provincia de Guatemala por amotina-«dor de ejércitos, desde á cuatro años que se vino «huyendo de lo de Honduras; y vinieron otros mu-«chos que ya no me acuerdo, y tambien vino un Alon-«so Diaz de la Reguera, vecino que fué de Guati-«mala, que ahora vive en Valladolid, y trajeron en «este navío muchas armas y pólvora, etc.» (Bernal Diaz, cap. CXLIII.)

Otras partidas llegaron de menor cuantía, acerca de las cuales no encuentro muy puntuales noticias y que dejo de mencionar. Así la fortuna y los mismos enemigos de Cortés tuvieron cuidado de proporcionarle recursos, de reparar y aumentar su poder, ya que el atrevido general apenas tenia tiempo para combatir á sus contrarios.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

ROSAS HERMANAS.

Allá donde el sol derrama
Rayos de luz en las olas
Del lago y entre la grama,
Levantaban sus corolas
Dos rosas en una rama.

Dos capullos virginales
Que ocultos entre las hojas,
Escuchaban inmortales
Del ruiseñor las congojas
Y el canto de los turpiales,

Desplegaron su atavío
Del alba al puro concento,
Y entre el rumor somnolento
Que hace al caer el rocío,
Y al sacudirlas el viento.

—Hermana, dijo la una,
Estremeciendo importuna
Sus hojas llenas de esencia,
¿Qué tienes?—La indiferencia
Me dió al pasar la fortuna.

—¿Ni una luz hay en tu cielo?
—Si trajese una ilusion
El ángel de mi consuelo,
Se extinguiría con el hielo
Que tengo en el corazon.

—¿Y si alguno conmovido
Llega á tus plantas rendido
Con lágrimas en los ojos?
—Ceñiré su cien de abrojos;
No puedo dar mas que olvido.

—¿Y si el turbion se desploma
En tu cielo?—Nada doma
A quien amores no aguarda;
Solo el ángel de mi guarda
Bebe en mi cáliz aroma.

—Quédate en paz, dulce hermana,
Deslizando así tus horas
Al aire de la mañana,
Ya que tu sien se engalana
Con iris, nubes y auroras.

—Y á tí, ¿por qué la tristeza
Presta sombra á tu belleza,
Cuando ayer lánguidas flores
Como un pabellon de amores
Flotaban en tu cabeza?

Tú que siempre confundiste
Tu voz de zenzontle al trino,
¿Qué de tus cantos hiciste?
—Hermana, de un peregrino
Oí una endecha bien triste.

Canto de tribulacion,
Canto que da compasion
Porque pesares esconde.
—¿Y tu corazon responde?....
—Yo no tengo corazon!

—Aquel acento sombrío
¿No ha resonado en tu pecho?
—Me despertó el eco impío,
Y dejé el florido lecho
Como una nube de estío.

Siguió la queja importuna
Relatando sus congojas,
Si las escuché una á una;
Velé mi frente en las hojas
Como en celajes la luna.

Me contaron los jazmines
Que se perdió en los confines
El canto, allá en lontananza.
¡Ay! la flor de la esperanza
Nunca brotó en mis jardines!.....

Una ráfaga de viento
Sopló leve, y un momento
Estremeció aquellas flores
Que contaban sus amores
Con tan peregrino acento.

Yo no sé si entre la palma
Y circundadas de aroma,
Viven felices y en calma;
Solo Dios su rostro asoma
En el espejo del alma.

JUAN A. MATEOS.

Mayo de 1869.

YA VERÁS.

DOLORA

IMITACION DE CAMPOAMOR.

—Goza, goza, niña pura,
Mientras en la infancia estás;
Goza, goza esa ventura
Que dura lo que una rosa.
—Qué, ¿tan poco es lo que dura?
—Ya verás, niña graciosa,
Ya verás.

—

Hoy es un verjel risueño
La senda por donde vas;
Pero mañana, mi dueño,
Verás abrojos en ella.
—Pues qué, ¿sus flores son sueño?
—Sueño nada mas, mi bella,
Ya verás.

—

Hoy el carmin y la grana
Coloran tu linda faz;
Pero ya verás mañana
Que el llanto sobre ella corra....
—Qué, ¿los borra cuando mana?
—Ya verás como los borra,
Ya verás.

—

Y goza, mi tierna Elmira,
Mientras te dura la paz;
Delira, niña, delira
Con un amor que no existe.
—Pues qué, ¿el amor es mentira?
—Y una mentira muy triste,
Ya verás.

—

Hoy ves la dicha delante
Y ves la dicha detrás;
Pero esa estrella brillante
Vive y dura lo que el viento.
—Qué, ¿nada mas un instante?....
—Sí, nada mas un momento,
Ya verás.

—

Y así, no llores, mi encanto,
Que mas tarde llorarás;
Mira que el pesar es tanto,
Que hasta el llanto dura poco.
—¿Tampoco es eterno el llanto?
—Tampoco, niña, tampoco,
Ya verás.

MANUEL ACUÑA.

México, 1869.

MARÍA ANA

HISTORIA DE UN LOCO

DIARIO DE DON ALVARO

PRIMERA PARTE

EL PAÑUELO ENSANGRENTADO

(CONTINUA.)

CAPÍTULO III.

Lord Millon.

En efecto, tal padre, tal hijo; este lo era de un rival de Monpelas, que si no habia casado á su hija con un hijo de duque, habia dejado al suyo algunos millones, que este disipaba con tanta prontitud como paciencia y años habia empleado el padre en ganarlos.

Estos son los obreros del porvenir. Jóvenes desengañados antes de llegar á viejos, corazones áridos ó corrompidos: y no puede ser de otra manera; la sed del lujo, invadiendo todas las clases, las ha enervado: el honor, la rectitud, han pasado al estado de recuerdos, y el oro y la vanidad son los dioses á que se rinde culto.

La sociedad está compuesta de tres clases: la aristocracia, la clase media y el pueblo.

En el viejo y en el nuevo mundo las tres clases son lo mismo.

La aristocracia ridícula y egoista, la clase media pretensiosa y servil, el pueblo ignorante é imbécil.

En los siglos pasados la aristocracia la componian los mas audaces y los mas valientes. La clase

media eran los magistrados, los escritores, los comerciantes y los agricultores; el pueblo lo formaban los proletarios.

Los primeros eran los ejércitos, es decir, la fuerza brutal; los segundos, la fuerza moral y el filon que producia los impuestos, esto es, el dinero, sin lo cual ni ha marchado, ni marcha, ni marchará el mundo; la tercera contribuia á los fines de las otras dos.

En el dia, la aristocracia, encerrada en su egoismo, es una rémora para la marcha de las cosas; la clase media gasta su fuerza en querer imitar á la aristocracia, y ambas se burlan del pueblo.

¿Qué se puede esperar de tal estado de cosas en el porvenir? Creemos que la disolucion social.

Pero nos hemos apartado de nuestro cuento con estas digresiones; volvamos á él.

Un criado anunció á Lord Millon, y este apareció en la sala con una sonrisa estúpida, estereotipada en su rojizo rostro.

Sus ojos brillaron de entusiasmo al ver á *la Abuela*, quien al devolverle su saludo cambió con los concurrentes una sonrisa maliciosa.

El noble lord acababa de gustar media hora antes el placer de un excelente almuerzo, regado con champagne, en el café Riche.

Sus pómulos salientes brillaban con un rojo mas subido que de costumbre, sus miradas languidecian al contemplar á *la Abuela*, y su abultado vientre oscilaba de un modo muy visible.

Estaba soberanamente ridículo esa mañana.

Se adelantó á estrechar la mano de *la Abuela*, y con el aplomo que le daban sus millones, comenzó una andanada de galanterías, que la dueña de la casa detuvo con estas palabras:

—Callaos, querido lord, vuestra elocuencia compite con vuestra nobleza y amabilidad; pero ya me repetireis todo eso cuando estemos solos.

El lord no comprendió la ironía que encerraba aquella palpable alusion á su nobleza, y por el contrario, tomó como una muestra de señalado favor las últimas palabras.

—Me ama, se dijo á sí mismo. Es indudable.

—Milord, ¿sabeis lo que me han referido anoche en el *club?* dijo el jóven de quien hemos hablado, hijo de peluquero, y que llamaremos el vizconde del Heliotropo, título que habia comprado en Portugal y que él decia venirle de uno de sus abuelos maternos, compañero de Vasco de Gama.

—No lo sé, replicó el lord.

—¿No lo sabeis? pues os interesa á fé mia.

—¡Oh! oh! ¿de qué se trata?

—¡De vos!

—¡De mí! dijo ya abandonando su británica indiferencia el lord.

—¡Sí! de vuestra fotografía.

—¡Oh! el vizconde se chancea, es muy amable, dijo el noble lord.

—¡De vuestra fotografía! Milord la habrá regalado á alguna de sus apasionadas de la Opera. Sois cruel, Milord, en olvidaros por ellas de vuestros verdaderos amigos. Aun espero yo la vuestra, dijo *la Abuela*.

—No, no es eso, continuó con sarcástica sonrisa el vizconde hijo de peluquero.

El lord comenzó á sudar.

—¿Pues de qué se trata? dijo con curiosidad *la Abuela*.

—Milord, he visto vuestra fotografía, una fotografía de cuerpo entero, de esas que llaman de ampliacion, iluminada y de un parecido perfecto, á la puerta de Kent.

—¡Oh! eso no es extraño. Milord es una persona distinguida, y su fotografía á la puerta de Kent es una *reclamme* para el bello sexo, dijo *la Abuela*.

—Sí; pero para espantar la caza menuda, al menos del lado de Milord, tenia arriba este letrero: *Por no pagar*.

Todos fijaron sus ojos en *Lord Millon*, que sudaba y temblaba como un azogado, y cuyo rostro pasaba del color de la amapola al de la remolacha.

—Señoras, señores, prorumpió al fin con un esfuerzo supremo, pues su garganta se anudaba y sentia que el aliento le faltaba, no comprendo...... voy á la policía en el momento, á quejarme al comisario...... es un abuso que el fotógrafo insolente pagará caro, muy caro.

Y se levantó tambaleando, y tomando su sombrero salió, ó mas bien dicho, se precipitó fuera del salon, dando traspiés como un ébrio.

—Vizconde, ¿qué habeis hecho? exclamaron todos en coro; dadnos la clave del enigma.

—Voy á satisfaceros con gusto, dijo el vizconde, tomando aires de importancia y arrellanándose en su sillon.

Pero esto merece capítulo aparte.

GONZALO A. ESTEVA.

(*Continuará.*)

AURORAS.

Aparecióse á mi cariño incierto
Como memoria del Eden perdido,
En las noches de luna del desierto
Y en las blancas auroras de la vida.

I

Del Dios eterno á la primer sonrisa
Brotó la luz en la extension del cielo,
Y se agitó su trasparente velo
Al resbalar el céfiro y la brisa.

En lluvia de brillantes el rocío
Humedeció las hojas de las flores,
Saturando de aroma los vapores
Que alza el cristal del trasparente rio.

En pabellon de fuego el Oceäno
Trocó las sombras de la densa bruma;
Rizóse el mar, y diáfana la espuma
Bordó las olas del confin lejano.

Al ver la luz que la extension colora,
Y teñidas de púrpura las nubes,
Asombrados dijeron los querubes:
«Alabemos á Dios, esta es la AURORA.»

II

En la noche letal de mi existencia,
Cuya pavura el corazon asombra,
Aparece una imágen, una sombra
Que levanta el altar de mi creencia.

Yo acaricio esa imágen!.... mi albedrío
Encadena el afan del sentimiento;
La invoca sin cesar el pensamiento,
Sol inmortal en el cerebro mio!

En las opacas nieblas de la vida
Y entre esa luz que el corazon alcanza,
Hoy resplandece el íris de esperanza
En las tormentas de mi afan perdida.

Al mirar la vision encantadora
Volar en torno en luminosos giros,
Le digo al corazon con mis suspiros:
«Bendigamos á Dios, esta es la AURORA.»

III

Desde entonces acá, de este delirio
En el vértigo voy con mi amargura;
Eterno soñador de esa ventura,
Las espinas me hieren del martirio.

¿Adónde voy?.... mis cantos de poeta
Armónicos ayer, son un lamento;
Arcángel de mis sueños, el tormento
No mas tú sabes de mi fé secreta.

Culpo al destino!... si la dulce calma
Que tu existencia virginal respira
Interrumpen los ecos de la lira,
Es que se queja de pesar el alma.

Yo siempre te amaré!... cuando á deshora
Llegue tu imágen celestial y bella,
Le diré al corazon: «Sufre por ella;
De un mundo de dolor esa es la AURORA.»

Mayo de 1869.

¡AMOR DE ANGEL!

NOVELA ORIGINAL POR EMILIO REY.

(CONTINUA.)

CAPITULO IV.

SUEÑOS.

Dos meses habian corrido desde el encuentro que tuvo Oton con Aurelia en la quinta de los príncipes de Tornano. Dos meses en que halagaron constantes sueños de ventura la imaginacion acalorada de la hermosa niña, porque habia visto realizarse sus esperanzas de gloria. Su palacio de la calle de Chiaja, antes tan triste, le parecia ahora delicioso, porque en él le habia jurado Oton su cariño, y ella le habia abierto su amante pecho con toda la candidez de un ángel......

El fuego del amor prestaba nuevo lustre á la hermosura de la gentil napolitana.

Cuando del brazo de Oton atravesaba los cuadros de flores de su elegante parque; cuando sentada con él en ligera barquilla bogaba sobre las aguas del golfo, respirando el aromático ambiente que acariciaba sus rizos, un placer purísimo se apoderaba del alma de Aurelia, y una sensacion indefinida entorpecia dulcemente sus miembros...... Aurelia era muy feliz con su amor y con su inocencia...... Aurelia tenia fé en su amante, y esta fé la hacia ver el porvenir como un rico velo de rosa bordado de magníficos arabescos de oro.......

¡Cuán dichosos somos cuando la fé nos alienta! ¡cuán infelices cuando faltándonos nuestras mas dulces creencias, vemos desgajarse una á una las ricas ilusiones del alma! ¡Oh, sí! horrible es la vida sin la fé; el corazon que no cree, el corazon que no tiene una sola esperanza, ¿qué encantos puede encontrar en el árido camino de este mundo?

Vivir sin fé no es vivir, es vegetar.

La fé es la vida, es el amor, es la gloria. Sí,

A su celeste llama
El hombre vive porque siente y ama.

Aurelia tenia fé en el elegido de su corazon. ¡Pobre niña!

Lartigues amaba á Aurelia como no habia amado á ninguna, es verdad; pero su cariño no era tan elevado, no tenia tanta nobleza y abnegacion como el que se encerraba en el seno de la vírgen. Si Oton hubiese hallado á Aurelia algunos años antes, su amor hubiera sido digno del de la hermosa; pero el alma de Oton estaba ya gastada con los placeres de que habia abusado, y su corazon, marchito en crapulosas orgías, habia perdido su primitivo vigor. Lartigues se habia engañado á sí mismo: creyó al ver á Aurelia que se habia fijado para siempre; pero luego que hubo pasado su primera embriaguez, luego que se disiparon los primeros perfumes de aquel amor de ángel, su corazon volvió á latir inquieto en busca de otros goces y de otras mujeres.

La sencilla Aurelia no adivinaba el cambio de su amante.

Una noche entró Oton mas tarde que de costumbre en el palacio de la calle de Chiaja. Aurelia inquieta salió á recibirle á la puerta del salon.

—¿Por qué has tardado tanto, Oton mio? le dijo con dulzura infinita.

—He recibido una carta de Lóndres que me obliga á partir mañana, y he estado preparando mi marcha—contestó Oton sonrojándose.

Oton mentia.

—¡Partir! ¿te vas y abandonas á tu Aurelia? ¿Cómo podré yo vivir sin verte, ídolo mio? replicó la niña con húmedos ojos.

—Tranquilízate, Aurelia. Mi ausencia no será

muy larga. Pronto volveré á Nápoles, y entonces podrán realizarse nuestros deseos.

—¡Mamá! ¡mamá! ¿no sabes que Oton nos deja? gritó la niña sin ocultar sus lágrimas, dirigiéndose á su madre, que se hallaba en el fondo de la sala.

—¿Os vais, Oton? le dijo esta tendiéndole la mano con el mayor cariño.

—Señora, con harto sentimiento; pero un anciano tio me llama en su agonía, y no puedo resistir á las órdenes de un moribundo.

—¡Qué buen corazon! murmuró la pobre Aurelia. Pero dime, ¿no es verdad que volverás pronto? prosiguió con la mayor viveza y el mas inefable candor, contemplando á su amante.

—Sí, sí, Aurelia mia, muy pronto.

—¡Oh! ¡qué triste voy á estar sin verte! y tú, y tú tambien, Oton mio, ¡cuánto debes fastidiarte en aquella ciudad de brumas, con aquellas mujeres de hielo, sin corazon y sin alma!, ¡cuánto vas á extrañar á tu Aurelia!

¡Pobre ángel! Oton partia por voluntad propia. Oton despreciaba la felicidad que tenia al lado, abandonaba á aquella niña que alimentaba por él un amor tan puro y tan sublime...... por mirar los ojos azules y los rubios cabellos de aquellas inglesas sin corazon y sin alma, como las llamaba Aurelia en su inocencia!

....

Al dia siguiente, Oton atravesaba el tranquilo golfo de la pintoresca Nápoles.

(Continuará.)

LA MUERTE DEL ALMA.

JUNTO A UN ARROYO.

Perdona, arroyo, que osado
Sobre tu pura corriente
Apague la sed ardiente
Que mi garganta secó;
Perdona que en mi delirio,
Tu soledad profanando,
Me acerque á tí sollozando
Porque mi ensueño murió.
Soy poeta desgraciado,
Prisionero en la materia,
Que del cuerpo á la miseria
El destino cruel me ató.
Que de cansancio rendido
Busco una nueva dulzura
Sobre tu agua limpia y pura,
Porque mi ensueño murió.
El sol que espira en el cielo
Con su cauda de oro y grana,
La ruborosa mañana
Preludio de un nuevo sol,
El monte con su ladera
De blancas flores vestida,
Me inspiran sueño en la vida,
Porque mi ensueño murió.
Coronas hice de amores
Para adornar una frente
Que tersa y resplandeciente
Mil cantares me inspiró;
La mujer que la ostentaba
Me dijo con fiel ternura:
«Vé á buscar otra criatura,
Porque mi ensueño murió.»
¡Ay de mí! nada contemplo
En esta vida inclemente;
Me es el mundo indiferente,
Es mi verdugo el dolor;
Y en el retiro del campo,
Sobre malezas tendido,
Recuerdo mi bien perdido,
Porque mi ensueño murió.
Pasa, pájaro indeciso,
Que cual la ilusion de mi alma,
Saltando de palma en palma
Entonas cantos de amor:
Mañana al rayar el dia,
Si vuelves á este paraje,
Piensa en mi triste lenguaje
Y en mi sueño que murió.
Pasa tú, linda doncella,
De labio rojo y ardiente,
Recatando dulcemente
Ese seno encantador:
Quizá mañana le vendas,
Diciéndole á todo el mundo:
¿Qué importa el placer inmundo
Si ya mi ensueño murió?
Pasa tú, blanca inocencia,
Custodiando á una criatura
Sobre el mar de la amargura
Sin recelo ni temor;
Que al alzarse la tormenta
La criatura abandonada
Dirá gimiendo angustiada:
«Mi pobre ensueño murió.»
Pasa tú, pedante imbécil,
Que sueñas frente al espejo;
Mañana un sorbete viejo
Tal vez sea tu quitasol,
Y el lente que te alentaba
A erguir mucho la cabeza,
Te hará decir con tristeza:
«Mi pobre ensueño murió.»
Niña que en la cara llevas
A la aurora retratada,
Con albayalde blanqueada,
Con sombras de vermellon,
Cuando se arrugue tu frente
Dirás triste y compungida:
«No tiene aroma mi vida,
Porque mi ensueño murió.»
Como ráfaga ligera
La fortuna te ha llegado,
¡Oh mortal afortunado!
Que en mi mente se pintó:
Si por milagro en un dia
Te convences de tu nada,
Dirás con voz angustiada:
«Mi pobre ensueño murió.»

A. García Figueroa.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Funcion dramática en obsequio del maestro Morales.—Inauguracion de un nuevo tramo del ferrocarril.—EL RENACIMIENTO.—Los Sres. Diaz de Leon y White, nuevos editores.

México, Mayo 29 de 1869.

Dijimos en nuestra crónica pasada que la Sociedad Filarmónica habia dispuesto obsequiar al distinguido maestro Morales con un gran concierto que deberia tener lugar en el teatro Iturbide. Despues supimos que habia determinado ofrecerle antes una funcion dramática en el salon de la Universidad. En efecto, tal funcion se verificó el sábado pasado, y los alumnos de la clase de declamacion pusieron en la escena, bajo la direccion de su profesor el Sr. Lic. D. Luis G. Pastor, *Los lazos de la familia*, por Larra, y *El maestro de escuela*, caricatura que ha gustado mucho á nuestro público.

Los alumnos desempeñaron sus papeles muy bien, haciéndose notables particularmente las señoritas que tomaron parte en la representacion de ambas piezas.

La concurrencia era numerosísima y escogida. El Presidente de la República y su apreciable familia ocupaban los asientos de honor, así como el presidente de la Sociedad Filarmónica y el maestro Morales, que era el héroe de la fiesta.

Ademas de las piezas dramáticas mencionadas, se puso en escena una composicion nueva del ilustrado jóven D. Luis Muñoz Ledo, profesor del Conservatorio, cuyo título es *El último pensamiento de Weber*, y que ejecutaron perfectamente el jóven D. Daniel Ituarte y la señorita Doña Concepcion Carrion, tomando tambien parte la orquesta de la ópera, dirigida por el profesor D. Julio Ituarte, que fué el autor de la música, pues debe advertirse que la composicion es lírico-dramática.

Otra vez emitiremos nuestro pobre juicio sobre esta bella composicion de los Sres. Muñoz Ledo é Ituarte, á quienes suplicamos la hagan repetir. Por ahora, solo diremos que el diálogo es animado y lleno de pasion, que los pensamientos de que ha sembrado Muñoz Ledo su obra son hermosísimos, elevados, tristes á veces hasta hacer mal, poéticos siempre. *El último pensamiento de Weber* es una elegía llena de sentimiento; es el grito desgarrador del alma de un artista desgraciado, que ve extinguirse su vida, que el genio se esfuerza vanamente en prolongar, luchando contra las esperanzas desvanecidas, contra los pesares de la miseria, contra la indiferencia de un mundo que no le comprende y contra la agonía del desaliento.

Muñoz Ledo ha hecho aparecer á Weber en la escena en el momento en que, como un astro, fulguraba mas esplendoroso estando próximo á eclipsarse, y en que sus palabras eran dulces y tristes como el canto del cisne. Julio Ituarte ha compuesto sus melodías precisamente sobre el tema del sublime compositor aleman.

Fué una feliz idea la del autor de la pieza, al presentar en la última hora del ilustre anciano á esa encantadora niña, que es como el ángel de la gloria asistiendo á la agonía del talento infortunado, y que la señorita Carrion supo caracterizar admirablemente.

La composicion tiene, en nuestro concepto, algunos pequeños lunares, que ya en lo privado y en virtud de la amistad con que nos honra el autor, le hemos hecho notar. Quitados estos, *El último pensamiento de Weber* será siempre visto con sumo aprecio, particularmente por los artistas.

El público aplaudió, como era justo, la representacion y llamó al autor á la escena, que modesto en demasía, se resistió largo tiempo á recibir la merecida ovacion.

Debe mencionarse tambien una bellísima poesía de Don Luis G. Ortiz, dedicada á Melesio Morales, y que leyó con su robusta voz el jóven literato Don Justo Sierra.

La noche fué agradabilísima, y no dudamos que habrá dejado en el alma del distinguido maestro las memorias mas gratas.

El miércoles, víspera de Corpus, se inauguró un nuevo tramo del ferrocarril, de Apizaco á Santa Ana Chiautempan. Una numerosa concurrencia de invitados por el señor Escandon partió de Buenavista en un tren especial, y llegó á Santa Ana al medio dia. Allí, en una vistosa y alegre enramada, se habia preparado un *lunch* exquisito. El pueblo de Santa Ana hizo á los empresarios un recibimiento triunfal, los paseó por el pueblo y estuvo festejándolos con sus músicas y vivas durante dos horas.

La descripcion del camino, de los nuevos trabajos llevados á cabo por la empresa, del magnífico puente de hierro por donde atraviesa el tren una barranca profunda, y de todo lo ocurrido con motivo de la inauguracion, merece un artículo aparte, que preparamos para nuestro próximo número, agradeciendo desde hoy á nuestro amigo el señor Lic. Don Emilio Pardo y al señor Buchanan, ingeniero de la empresa, los apuntes que se han servido facilitarnos para nuestro expresado artículo, que será visto con curiosidad por los lectores de México y de los Estados.

Los fundadores y editores de este periódico, debemos anunciar que hemos vendido la propiedad de él á los señores Diaz de Leon y White, quedando nosotros como simples redactores desde hoy.

Hemos hecho este arreglo deseando el mejor servicio del público, pues creemos que con los nuevos editores el periódico saldrá con mayor regularidad y será administrado con una exactitud, de la que no podrán menos de felicitarse nuestros lectores.

El Sr. Esteva y nosotros, por nuestras ocupaciones respectivas, no podiamos atender cuanto hubiéramos deseado á la publicacion del *Renacimiento*. Se necesitaban personas á propósito para consagrarse

exclusivamente á una empresa que por haber sido bien acogida del público, debe tomar mayores proporciones y adquirir mejoras en su parte material y en su administracion. Nadie mejor que los Sres. Diaz de Leon y White pueden realizar todo esto, y en tal virtud, aun hemos prescindido de las utilidades que la propiedad del periódico nos podria proporcionar, en obsequio de nuestros suscritores y del progreso de una publicacion á la que tenemos un cariño paternal.

Suplicamos, pues, á nuestros distinguidos colaboradores nos sigan favoreciendo como hasta aquí con sus escritos, que en cuanto á nuestros compañeros de redaccion, han tenido la bondad de prestarse á continuar autorizando con su buen nombre El Renacimiento, pues ellos, como nosotros, no han tenido mas objeto que el de procurar el cultivo de las bellas letras en nuestra patria, y el sostenimiento de un órgano que las represente dignamente en el mundo literario.

Felicitamos á nuestros suscritores, porque ellos ganan en el cambio, y les prometemos, en nombre de los que nos han sucedido, que serán mejor atendidos de hoy en adelante, y que exceptuando esta modificacion, ninguna otra se verificará en el personal de los redactores y colaboradores.

Desde el número próximo los Sres. Diaz de Leon y White se colocarán en nuestro lugar y nosotros entraremos en el número de redactores, como lo hemos dicho. Nos despedimos, pues, en nuestra calidad de editores, manifestando nuestra profunda gratitud al público que tan bondadosamente se sirvió proteger el periódico que fundamos en Enero, y que no dudamos vivirá largo tiempo con el aprecio que se le dispensa por nuestros compatriotas.

Ignacio M. Altamirano.

MARÍA ANA

HISTORIA DE UN LOCO

DIARIO DE DON ALVARO

PRIMERA PARTE

EL PAÑUELO ENSANGRENTADO

(continua.)

CAPÍTULO IV.

Continuacion del anterior.

El vizconde del Heliotropio se habia visto humillado varias veces en su triunfal carrera en los salones *interlopes* y las *coulisses* de la Opera, por la rivalidad de Lord Millon, quien aplastaba bajo el peso de su colosal fortuna á la ya casi en ruina del título de Portugal.

Habia otro motivo de rencor entre ambos, y en lo cual, á fuer de justos é imparciales, debemos dar la razon al vizconde. Lord Millon era un triunfador insolente, y perseguia con sus sarcasmos á su adversario á cada derrota que este sufria.

Alguna vez el vizconde, reducida su paciencia á sus últimos atrincheramientos, pensó como *ultima ratio* en recurrir á la espada ó la pistola.

Pero aun cuando el antiguo oficial del ejército inglés no fuera un espadachin temible como hay muchos en Paris, nuestro vizconde adoraba su preciosa persona demasiado para exponerla en un duelo propuesto por él.

Esto no quiere decir que no se batiera. Por el contrario, tres duelos habia tenido ya en su vida.

El primero al sable (contaba apenas 20 años, y el arma la eligieron los padrinos); el segundo á la espada y el tercero á la pistola.

En el primero, motivado por una alusion indiscreta á sus blasones (un cerdo, con esta leyenda en latin: *Honni soit qui mal y pense*), terminó con una cuchillada baja de su adversario, que rasgándole el pantalon, hizo ver que usaba pantorrillas postizas nuestro vizconde.

En el segundo se trataba de la forma de su casaca, hecha en Lóndres, y le costó un pinchazo en cuarta baja, que no pudo parar, y le postró dos meses en cama.

Al levantarse cambió de maestro de esgrima, jurando que en el florete la guardia baja vale mas que la alta, porque en aquella hubiera parado la estocada de su adversario. Es verdad que entonces este pudo dirigirle una en cuarta alta, y atravesándole el pecho llevarlo á buscar otro sastre en otro planeta; pero esta reflexion no la hacia el vizconde.

El tercer duelo fué por una disputa en las carreras del Bois. Se trataba de quién corria mas, si Gladiateur ó una preciosa yegua inglesa del duque de Hamilton. En este tercer encuentro nuestro vizconde mató á su adversario. Estuvo soñando veinte noches con él; comenzó á creer en aparecidos; se puso flaco como un espárrago; veia todo color de sangre; tomó horror á yeguas y caballos; no podia soportar el estallido de una arma de fuego, ni la vista de una pistola, y fué necesario que viniera la invencion del *Tegethoff* á distraerle de sus preocupaciones, con lo cual recobró la salud.

Desde entonces tomó horror á los duelos, y juró no volver á batirse sino cuando lo retaran y por causas tan importantes como las de sus anteriores desafíos.

Así es que no encontraba motivo bastante para un lance en los sarcasmos de Lord Millon, quien conociendo el lado flaco del vizconde, siempre respetó sus blasones, su sastre y sus gustos hípicos. En lo primero, francamente, no hacia una gracia Lord Millon, que poseia otro cuadrúpedo en su escudo de armas, coronado con otra leyenda en la lengua de Horacio y Juvenal.

Devanábase los sesos el vizconde para inventar el modo de vengarse del Lord, cuando una noche en el «Club» oyó una conversacion entre dos chicos de la mejor sociedad, que jugaban al ecarté en una mesa inmediata.

—Estoy vengado! exclamó cuando estos acabaron de hablar; mañana sabrá *la Abuela* lo que he oido, y lo referiré delante de Lord Millon.

Esa noche, cuando despues de un cotillon á las dos de la mañana en casa de *Cora*, se retiró á su lecho, en vez de los fantasmas ensangrentados vió todo de color de rosa, y la cara de Lord Millon color de remolacha.

Hemos dejado al vizconde en casa de *la Abuela* y á su auditorio suspenso de sus labios.

El vizconde tomó un aire de circunstancias antes de comenzar su relacion.

La Abuela y sus visitas se impacientaban.

—Hablad, por Dios, vizconde, ó no sé adónde iremos á dar, dijo la dueña de la casa.

El vizconde sacó un habano de una petaca de cuero de Rusia, y lo encendió.

—En vuestros salones, señora, es permitido fumar, dijo con impertinencia y aspirando con delicia el aroma del puro entre dos bocanadas de humo.

—Querido vizconde, ¿de dónde salís esta mañana? ¿de alguna caballeriza? En verdad que os desconozco. Pero fumad y haced cuanto os plazca, con tal de que hableis, y pronto.

—Pues bien, señoras y señores, prestadme atencion. Habeis de saber que ese querido Lord tiene la manía de hacerse retratar á menudo.

—Como vos, sin duda, dijo la dueña de la casa.

—Sea, señora, contestó imperturbable el vizconde: habeis de saber, decia, que dias pasados estuvo en casa de Kent y se hizo un retrato del cual el fotógrafo quedó muy satisfecho, y lo mismo el Lord, segun allí manifestó. Pero hé aquí que Kent, sabedor de la fortuna colosal del Lord, le cobra mil quinientos francos por su efigie, y entonces este, que en medio de su esplendidez es mezquino en extremo, rehusó pagarlos y ofreció quinientos, alegando que el retrato no era de un parecido exacto. El fotógrafo se negó por supuesto á las pretensiones del Lord. Este le devolvió su efigie; Kent se presentó con ella en la casa del Lord, insistiendo en hacérsela tomar y en que le pagara sus mil quinientos francos, á la sazon que se encontraba allí de visita un agregado militar de la embajada de S. M. B., coronel tronado que mete la mano á menudo en la bolsa de Lord Millon, y queriendo demostrar á este que la gratitud existe al menos en el corazon de un tronera, arrojó á Kent escaleras abajo. Kent para vengarse ha hecho lo que he dicho ya, poner á su puerta el retrato del Lord con un letrero.

—¿Y qué hará el Lord ahora?

—Pagar y quitarse de ruidos. Sin embargo de que debe contar desde luego con que *El Charivari* y *El Evénèment* se ocuparán de su aventura.

El vizconde, muy satisfecho de haber al fin conseguido un triunfo oratorio en los salones de *la Abuela*, miró la hora en la esfera de su reloj, y tomando su sombrero se despidió con estas palabras:

—Voy al *Club*, á saber el resultado de este asunto.

—Supongo que nos pondreis al tanto del giro que tome, dijo *la Abuela*.

—Perded cuidado, señora, estoy interesado en ello.

—¡Ah, cruel! al fin os vengais de Lord Millon.

—Rie más el que rie á lo último, señora.

Pocos minutos despues el salon de *la Abuela* estaba desierto.

—Al fin he quedado sola, exclamó, *el Maestro* me espera: y llamando á su camarera cubrió sus marmóreos hombros con un riquísimo cachemira, se puso una gorra en la cabeza y pidió su carruaje.

—Decid á Juan que ponga al cupé á Nelly y Fille-de-l'Air, pues voy fuera de Paris, y es necesario correr mucho.

—¿Adónde irá la señora? pensó su camarera, rubia hija de Normandía, al verla partir.

GONZALO A. ESTEVA.

(*Continuará.*)

MOISÉS EN EL NILO.

(TRADUCIDA DE VICTOR HUGO.)

Y hé aquí que descendia la hija de Pharaon para lavarse en el rio, y sus doncellas andaban por la márgen del rio.

Exodo.

«Venid, hermanas mias;
A la primera luz del sol naciente
Tienen siempre las ondas más frescura;
Venid, los segadores
Reposan en su hogar tranquilamente;
Menphis eleva apenas sus rumores,
Y solitario el rio
Se encuentra en esta hora;
Nuestro casto placer bajo estas selvas
No tendrá mas testigo que la aurora.»

«En el altivo alcázar de mi padre
Brilla el arte doquier; pero estas playas
Donde en copia gentil de hermosas flores
Primavera vertió rico tesoro,
Mas bellas son á las miradas mias
Que una fuente de pórfido y de oro.
Son del alma la música querida
Esos cantos que vagan en el viento,
Y prefiero al magnífico perfume
Que en nuestra régia estancia se consume,
Del aromado céfiro el aliento.»

«¡Mansamente las ondas se deslizan!
¡Puros están los cielos!
Dejad flotar aquí plácidamente,
De las flexibles ramas suspendida,
Esa azulada gasa trasparente
Que á vuestro leve talle está ceñida.
Venid, quitadme los celosos velos;
Quitadme la corona de la frente,
Que á vuestro lado anhelo bullíciosa
Jugar entre las ondas
De la clara corriente rumorosa.»

«Presto venid, hermanas.....
¿Pero qué es lo que miro entre la niebla
Que envuelve en la mañana las campiñas?
Mirad al horizonte allá lejano....

Nada, nada temais, tímidas niñas:
Es el tronco sin duda de una palma
Que la corriente arrastra al mar incierto,
Y que á ver las pirámides camina
Desde el fondo ignorado del desierto.»

«Mas no; si á mi indecisa
Mirada fé le diera,
O de Hermes la barquilla,
O la dorada concha y reluciente
De la hermana de Osiris la creyera,
En las ondas bogando
De la ligera brisa al soplo blando.
¡Ah! pero es una leve navecilla
Do en inocente calma y lisonjera,
Miro un niño que duerme entre las ondas
Cual si en el seno maternal durmiera.»

«Va soñando; y el lecho de flotantes
Mimbres, do vaga sin cesar mecido,
Más parece en las olas inconstantes
De una blanca paloma el dulce nido.»

«Errante vaga á la merced del viento
En su lecho infantil; duerme inocente;
La onda le agita, y el movible abismo
En su tumba tal vez lo está meciendo.
¡Oh vírgenes de Menphis! ya despierta;
Venid, mirad que llora:
¿Qué madre pudo con estoica calma
Entregar al capricho de las olas
Al hijo de su alma?»

«Doquier las olas rugen;
Mirad, los brazos tiende,
Y una cuna de frágiles junquillos
Tan solo de la muerte lo defiende.
Quizás es hijo de Israël. Mi padre
Insensible á su afan los ha proscrito.
Mi padre es muy crüel, hermanas mias,
En proscribir airado la inocencia.
¡Débil y pobre niño!
Su infortunio despierta mi cariño.
Su madre seré yo con alegría;
Si no me debe á mí la luz del dia,
Me deberá á lo menos la existencia.»

De un poderoso rey bella esperanza,
Iphis así decia,
Cuando al cruzar del Nilo la ribera,
Su séquito inocente la seguia.
Y estas castas beldades que eclipsaba,
Cuando ella ansiosa despojó su frente
Del dorado y espléndido atavío
De sus velos magníficos, creyeron
Ver á la hija del sagrado rio.

Bajo su pié pequeño y delicado
Se estremece gimiendo el onda fria,
Y hácia el niño que llora abandonado,
Trémula la piedad sus pasos guía.
Coge altiva el flotante canastillo,
Y un generoso orgullo
Sobre su hermosa frente,
Al cándido pudor por vez primera
Se mezcla dulcemente.

Dividiendo despues las claras ondas,
Y á su paso quebrando las cañuelas,
Al ángel que ha salvado,
A la arenosa playa humedecida
Conduce lentamente;
Sus hermanas entonces una á una,
Al tierno niño en la graciosa frente,
A su vista admirada sonrïendo,
Dulces besos le dan tímidamente.

Tú, cuya vista con afan seguia
A tu hijo candoroso
Que el cielo protegia,
Ven aquí, ven aquí como extranjera,
Y estrechando á Moisés entre tus brazos,
Nada temas por tí, no han de venderte
Tus trasportes de amor, tu llanto tierno,
Porque Iphis todavía no conoce
La dulce dicha del amor materno.

En tanto que gozosa
Y triunfante la vírgen, al rey fiero
Llevaba al pobre niño
En maternales lágrimas bañado;
En el cielo, entre espléndidas estrellas,
Ante el trono de Dios en dulce coro,
Bajo sus alas con reflejos de oro
Sus frentes ocultando,
A los bellos arcángeles se oía
Los eternales himnos entonando.

«No gimas ya, Jacob, en esta tierra
De amarga proscripcion y desventura;
No mezcles mas tu llanto
Del turbio Nilo á la corriente impura,
Que ya el Jordan undoso
Te ofrece su ribera
Coronada de espléndida hermosura.
Próxima está la aurora
En que verá Gessen que vencedora
De su enemigo audaz, se aleja altiva
Esta tribu infeliz por tanto tiempo,
Por tanto tiempo sin cesar cautiva.»

«En este pobre niño abandonado,
La cariñosa vírgen ha salvado
De entre las ondas vagas,
Del Sinaí al profeta, al escogido,
Al que tendrá en sus manos suspendido
El fiero azote de tremendas plagas.»

Venid, mortales, inclinad la frente
Vosotros que orgullosos
Siempre habeis despreciado del Eterno
La alta justicia y el saber profundo,
Que á Israël una cuna salvar debe,
Y una cuna tambien salvar al mundo.

José Rosas.

Leon, 1866.

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

(CONTINUA.)

VI

Tiempo hace me propuse formar una lista general de los nombres de los conquistadores castellanos de México. Esta labor parecerá á muchos inútil y aun mentirosa. Acerca de lo primero no entro en disputa, y dejo á cada quien que opine á su gusto; por lo que respecta al segundo punto, diré cuáles son los materiales de que me he servido, y de su relato se podrá inferir si se pueden ó no saber con toda certidumbre los nombres y apellidos de muchos de los aventureros españoles.

Nació en mí la primera idea al leer el cap. CCV de la—*Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España, por el capitan Bernal Diaz del Castillo, uno de sus conquistadores*,—intitulado:—«*De los valerosos capitanes y fuertes soldados que pasamos dende la isla de Cuba con el venturoso y muy animoso capitan don Hernando Cortés, que despues de ganado Méjico fué marqués del Valle y tuvo otros ditados.*»

El material que de aquí saqué, aumentado con el que la lectura del libro me proporcionó, lo puse por órden alfabético de apellidos, ya porque así era mas fácil registrar la lista cuando se quisiera encontrar una persona determinada, ya porque muchas veces se encuentra citado únicamente el apellido sin el nombre de bautismo. En adelante tuve cuidado de apuntar cuanto relativo á este asunto hallaba en otros libros que merecieran la misma fé que el de Bernal Diaz, y de esta manera leí á Herrera, Torquemada, Gomara, Oviedo, las residencias tomadas á D. Hernando Cortés y á D. Pedro de Alvarado, los primeros libros del cabildo de esta capital, algunos documentos del Archivo general, etc., etc.

Debo confesar mi ignorancia; no sabia que se hubiera emprendido antes un trabajo análogo. Salí de mi error, y no mortificó poco mi vanidad, al encontrar que el Sr. D. José Fernando Ramirez poseia una copia de la nómina manuscrita de los conquistadores, que existe en el Museo nacional y perteneció al Sr. Panes. No lleva el nombre del autor, y yo sospecho que es la escrita por Bartolomé de Góngora en 1632, bajo el título de *Octava maravilla:* noticia es esta de que tambien me enteré muy tarde.

Despues supe igualmente que el Sr. D. Joaquin García Icazbalceta tenia un fragmento de otra lista, copiado del que le franqueó el Lic. D. Agustin Diaz, escrito en caractéres del siglo pasado, y trunco, supuesto que no contiene mas de hasta el primer nombre de la D. Ese fragmento lleva el título:—«Nombres de los capitanes, soldados y esforzados «varones que concurrieron á la conquista y pobla«cion de este imperio de Nueva España, sacados de «las historias de Gomara, Herrera, Torquemada, «diversos escritores coetáneos, y de varias memo«rias, reales cédulas y probanzas de algunos para «la solicitud de privilegios, por Bartolomé de Gón«gora, que escribió en 1632 la suya titulada:—«*Octava maravilla.*»—Del contexto de este párrafo, confuso en el final á mi entender, se puede creer que el trabajo es copia del fragmento de Góngora, ó bien que es otro diverso en el que se aprovechó el susodicho de 1632.

Sea como fuere, las dos listas mencionadas no son iguales, distinguiéndose en la calificacion y en las noticias relativas á algunas personas, en el número que contienen de conquistadores, y aun en los nombres aplicados á algunos individuos: ambas están formadas por órden alfabético de nombres. El hallazgo de estos papeles me fué de sumo provecho; tomando de ellos lo no poco que me faltaba, comparando y rectificando lo que tenia acopiado, dándole al conjunto la misma forma, logré al cabo formar una lista mucho mas correcta, y mas copiosa sin disputa que las dos que la habian precedido, quedando convencido ademas de que habian bebido en buenas fuentes y debia darse entero crédito á los autores de aquellas noticias. El resultado obtenido en este nuevo estudio, vió la luz pública en el Diccionario universal de historia y de geografía, tomo 2º, bajo el título de *Conquistadores de la Nueva España*, incluyendo tambien varios nombres de los conquistadores de Yucatan.

Esto pasaba el año 1853; en 1858 publicó el Sr. D. Joaquin García Icazbalceta el segundo volúmen de sus muy interesantes «Documentos para la historia de México,» y en él se registra de la página 427 á la 436, la—*Carta del ejército de Cortés al emperador.*—Acerca de la autenticidad de este documento, puede consultarse el libro que acabo de mencionar; lo que me importa indicar ahora es que la carta, escrita en 1520 cuando se hacia la guerra llamada de Tepeaca, antes de venir á poner cerco á la ciudad de México, está firmada por quinientas treinta y siete personas, ó mas bien por quinientas veintitres, si se suprimen catorce á que les falta el apellido. Este número era entonces el de la mayoría del ejército de Cortés, y hace la misma fé que si fuera lista de revista de una de nuestras tropas regladas.

Los conquistadores de Yucatan los tomé de la obra de Cogolludo, quien á su vez los sacó de los libros de cabildo de Mérida y de Valladolid.

Ademas de todo lo nuevo que me encontré en la carta de 1520, añado ahora los conquistadores de Chiapas y de Guatemala mencionados en la crónica de Remesal, quien igualmente los copió de los libros capitulares de aquellas provincias.

Todo ello reunido forma ahora mi lista de conquistadores. Los documentos en que se apoya son auténticos, y la crítica mas descontentadiza no podrá menos de admitir estos nombres y apellidos, como los que en realidad llevaron cuando vivos los aventureros á quienes respectivamente corresponden.

He dividido la nómina en siete fracciones. Puse en la primera á los soldados que vinieron á las órdenes de Cortés en la expedicion de 1519. Sube su número á seiscientos siete, y si se les unen los que firmaron la carta, procedentes de la misma época, el conjunto es superior á la totalidad del primer ejército invasor. Esto dimana de que los soldados querian tener la honra de ser de los primeros conquistadores; siendo notorio que habian asistido á la conquista, siempre que podian contar con que no se les haria oposicion, la mayor parte de los aventureros que vinieron con Narvaez, y de los que llegaron en los refuerzos sucesivos, prefirieron llamarse del ejército primitivo de Cortés, negando á sus verdaderos capitanes. De aquí que aparezcan tantos hombres de D. Hernando, y tan pocos respectivamente de Narvaez y de las demas partidas.

Forman la segunda fraccion los soldados de Narvaez, con un total de 387 nombres: hay que unir los que firmaron la carta de 1520; mas todos reunidos apenas dan una pequeña parte de este segundo ejército.

En la seccion *refuerzos*, tercera del órden por mí adoptado, se registran 147 nombres, entre los cuales van colocados siete nombres que he olvidado ó no he podido poner en lugar determinado.

He dicho antes que la tan repetida carta de Tepeaca la firmaron 523 soldados; estos forman la cuarta seccion, y puse al lado de cada uno la inicial que indica el nombre del capitan con quien respectivamente vinieron.

Las tres restantes secciones están dedicadas á los conquistadores de Yucatan, de Chiapas y de Guatemala. Evidentemente que nos pertenecen las dos primeras provincias, y por esa razon tienen cabida en lo que atañe á México; mas como no militan los mismos fundamentos en favor de Guatemala, se extrañará que la coloque en este lugar: la pongo, porque la expedicion que sometió aquel país salió de México, formada de los aventureros que sojuzgaron nuestra tierra y al mando de uno de los capitanes de mas nombradía, D. Pedro de Alvarado; ademas, esas mismas tropas sometieron la parte austral del imperio mexicano, llevando sus armas victoriosas hasta mas allá de las fronteras. Apunto para Yucatan 167 nombres, 134 de Chiapas, y 364 de Guatemala.

La lista enumera, pués, dos mil trescientos veinte y nueve nombres. La doy por lo que valga, y solo quiero hacer notar que he pasado como si fuera sobre ascuas sobre todos los puntos anteriores, de miedo de salir con un prólogo desemejado para una tan pequeña labor.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

LA CASCADA DE TIZAPAN.

Una montaña se endereza al borde del abismo; caprichosas rocas de granito se agarran á la montaña con sus enormes antenas de piedra, como temerosas de caer: por la cumbre de la serranía, soberbia, espantando con sus mugidos á las aves que huyen despavoridas al acercarse á ella, viene amplia y magnífica una corriente de agua.

De improviso el álveo se pierde, el rio aborda el precipicio, encréspase como si tuviera el vértigo de la altura, oscila un minuto, y desbaratando al fin su cauce en el vacío, brinca, se precipita, azota con furia gigantesca las peñas de la pendiente, y rueda por fin en lo hondo de la quebradura, jadeante, bañando sus nuevas riberas con una blanquísima sábana de espuma, en tanto que su hálito de brumas sube al cielo entre las alas multicolores del arco-iris.

Enmudeced á toda la naturaleza en torno de la maravilla, escuchad el grito del trueno que abriga en su líquida falda, y si algun otro que no sea Dios debe hablar allí, dad una voz á Chateaubriand ó una lira á Heredia.

Hé ahí una de las grandes fases de la naturaleza, hé ahí lo sublime, hé ahí lo que hace temblar.

En cambio, venid orillas de la corriente plácida, venid y sentaos cabe la ribera amiga, en cuyas doradas arenas brotan las flores y juegan las aves; venid junto al arroyo en cuyas guijas la paloma bebe agua mirando al cielo.

Allí la cascada es un juego de cristal, cuya caida quiebra dulcemente la tersa superficie del riachuelo, arrojando en todas direcciones lluvia de rocío que alfojara los débiles estambres de las flores.

Allí duermes tú entre los nevados borbotones de espuma, arrullada por el balido de la *cascatella*, por el susurro de los álamos y el suave piar de las alondras; allí, ¡oh musa de Teócrito y de Gessner! allí moras, exponiendo al alisio de la mañana tu arpa eólica, y mezclando á las misteriosas voces de la naturaleza la tuya argentina y melodiosa: ¡oh dulcísima hada de los campos, blonda y tierna poesía del idilio, hija de la calma del corazon y de las horas tranquilas!

Junto de soberbias construcciones llenas de esa severa poesía de la industria moderna, rodeada de un paisaje encantador, se halla la pintoresca cascada de Tizapan. De lo alto de la fábrica, que ha ido á buscar orillas de la corriente el alimento de sus enormes máquinas, se disfruta de un panorama bellísimo. Mirando hácia la capital, sobre las polícromas colinas que la rodean, vemos tenderse todos esos deliciosos pueblecillos del S. O. del Valle, los de blancos caseríos y perfumadas flores; á lo lejos, siguiendo la direccion de la cinta de hierro que parte de San Angel, levántase sobre sus gigantescos sabinos, Chapultepec, ese bardo de piedra que cuenta tan poéticas leyendas á los ecos conve-



Litog. de H. Iriarte

CASCADA DE TIZAPAN.

cinos, mientras vela armado de punta en blanco, sobre el tesoro de los aztecas: aun mas allá, tras una planicie entre cuyas múltiples ondulaciones se esconde Tacubaya, se mira, perdida un tanto en la bruma, á la Tenoxtitlan de nuestros abuelos.

Del otro lado las montañas cubiertas de largas procesiones de pinos, el Ajusco azul con su fugaz diadema de nubes, y al Oriente los dos volcanes con sus eternas coronas de hielo.

Empero, todo aquel paisaje tan rico en colorido, soberbio de variedad y de esplendor en sus líneas, en sus accidentes, en su cielo incomparable, parece formado como para servir de relicario á la primorosa caida de agua, que embarrancándose entre las flores, lamiendo los guijarros de su cauce, sombría y silenciosa allá en donde se proyecta la sombra de la fábrica, fresca y verde y traviesa bajo los árboles que se miran en sus linfas, por donde quiera que se la contemple, habla de poesía, invita á la paz de la vida, mientras empuja muellemente sus olas por el estrecho cauce.

¡Cuántas dulcísimas horas he pasado junto á tí queriendo comunicar á mi sangre el frescor de tus aguas! ¡Cuántos pensamientos mios han ido tras cada uno de tus prismas líquidos, hánse ahogado entre la rica pedrería de tu espuma, en esa mágica hora del crepúsculo en que el sol deja vacío á la contemplacion del mundo su inmenso lecho de púrpura!

En tí admiré otra de las infinitas fases de la naturaleza, no la que estremece, sino la que hace soñar.

JUSTO SIERRA.

A MAGDALENA.

Llégate á mí: de mis sueños
Halagüeños
Ven á ser la realidad.
Que respire yo un momento
Tu almo aliento;
Que me acoja tu bondad.

Ven: con tus labios de rosa,
Niña hermosa,
Pueda un instante juntar
Mis labios, y luego muera.
Dulce fuera
Así la muerte esperar.

Y tus ojos hechiceros
Cual luceros,
Me miren, y en tu mirar
Me revelen que tu alma
Dulce calma
Pueda á mi lado gustar.

Yo te adoro, niña bella,
Cual la estrella
El mago rey adoró;
Cual la victoria el guerrero
Que al acero
Y á su valor confió.

Te amo cual el mendigo
Al que abrigo
En su cabaña le dió;
Cual ama niño inocente
La madre que dulcemente
En sus brazos le arrulló.

Ven: tú serás mi consuelo,
Tú del cielo
Angel eres, bella hurí:
Quizá á la tierra viniste
Por el triste
Que cifra su dicha en tí.

Quizá acabarán mis penas,
Y serenas
Veré las horas pasar.
Sí, feliz seré á tu lado,
Bien amado,
El placer yendo á gozar.

Tú en los mios, yo en tus brazos
Fuertes lazos
Nos unirán siempre así,
Amándome cual te adoro,
Mas que el oro
Ama el avaro infeliz.

Yo no ambiciono riquezas,
Ni proezas
Quiero se cuenten de mí;
Yo ambiciono tu hermosura,
Mi ventura
Ambiciono como á tí.

Llégate á mí: de mis sueños
Halagüeños
Ven á ser la realidad.
Que respire yo un momento
Tu almo aliento;
Que me acoja tu bondad.

A. M. DE RIVERA Y MENDOZA.

Definicion de la palabra *Paleontología*.

Esta voz se emplea para designar la descripcion de los séres orgánicos, plantas ó animales, antediluvianos, y es propiamente un ramo de la *orictología*. La palabra está bien formada (aunque la acentuacion del Dicc. de la Academia es incorrecta), y se compone de las voces griegas *palaiós* antiguo, *ónta* los séres, y *lógos* discurso, significando literalmente tratado sobre los séres antiguos.

Ya se habia observado en la mas remota antigüedad la presencia de animales marinos en las mas altas montañas; pero no pudieron los antiguos explicar este fenómeno, por la escasez de sus conocimientos de geología. Es verdad que *Herodoto*, que encontró conchas marinas en los montes de Egipto y aun en las piedras con que están fabricadas las pirámides de Egipto, emitió la opinion que el mar debia haber antes cubierto aquel país; sin embargo, no parecia nada probable esta suposicion, y fué re-

servado á los tiempos modernos el explicar este fenómeno, debiéndose sin embargo advertir que aun hoy reinan nociones muy extravagantes sobre este punto, pues los hombres en general están mas inclinados á atribuir todo lo que no comprenden á milagros ó á revoluciones tremendas é inconcebibles, que á leyes naturales y constantes, las que producen necesariamente el mismo efecto hasta la eternidad.

Me permitirán mis lectores añadir algunas observaciones para demostrar la causa de estos fenómenos, repitiendo aquí algunas nociones que emití al procurar explicar en el artículo «Seismómetro» en mi *Compendio de raíces griegas*, el orígen de los volcanes y terremotos, y concluyendo con una breve enumeracion de los objetos que principalmente constituyen el dominio de la paleontología.

Si comparamos las montañas mas altas, los Andes y el Himalaya, con el volúmen total de la tierra, veremos que estas guardan la misma proporcion que las pequeñas desigualdades de la corteza de una naranja, comparadas con el volúmen de esta. La parte mas baja de la tierra es el mar. Pero ¿continúa el presente estado del mar y de la tierra siendo el mismo, ó está cambiando y modificándose continuamente?—Dirijamos nuestra atencion á algunos fenómenos que se verifican sin interrupcion desde miles de años: las lluvias arrancan la tierra de los montes; las heladas y desheladas despedazan las rocas; los rios llevan las tierras al mar, formando en sus embocaduras islas y llenando el fondo del mar á gran distancia de estas; los vientos llevan millones de quintales de polvo al mar; las plantas marinas se esfuerzan sin interrupcion en alzar el fondo; los polípos construyen bancos de coral desde el fondo del mar hasta la superficie; muchos animales y plantas están ocupados en formar la cal; en las bahías y ensenadas, abrigadas contra las corrientes violentas, se asienta la sal en inmensas cantidades, formando depósitos que mas tarde serán minas semejantes á la de *Wielitzka*. Así, todo el fondo del mar se cubre continuamente con capas nuevas de sedimentos de toda especie, encerrando dentro de su seno animales, plantas y cosas las mas heterogéneas. Pero cuando estas capas de *desigual peso y densidad se hunden* por el mayor peso *de una parte*, harán *levantamientos* en correspondiente proporcion *en otra parte*, y se formarán nuevas montañas y nuevos continentes, que parecerán salir del seno de la tierra, mientras que otras tierras bajarán continuamente, y al fin desaparecerán debajo de las aguas del mar. Habrá, pues, mar donde ahora hay tierra, y habrá nuevas tierras donde ahora se ve el profundo océano; así ha sido desde la eternidad. En la cima de los Alpes se encuentran las conchas del mar Atlántico; los alrededores de Paris fueron antes el fondo del mar ó bancos de coral, y la Laponia y otros países bajan tan visiblemente, que dentro de miles de años se habrán convertido en profundos mares.

Debemos al profesor *Ehrenberg*, no solo el descubrimiento de un mundo de *infusórios*, sino tambien la práctica demostracion de que la cal, la greda, las pizarras y el mármol consisten en animales marítimos.

En consecuencia de lo antes dicho, se pudiera considerar la tierra como un inmenso *cementerio* donde está enterrado lo que ha vivido antes y donde estará enterrado lo que vive ahora. La grasa de plantas, animales y hombres continuará formando en el seno de la tierra el petróleo; los rios enhuecarán las montañas de nuestros dias, llevándose la arena, la sal y el barro al mar, y se elevarán nuevas montañas desde el fondo del mar, que mas tarde servirán á los geólogos para estudiar el estado del mundo en nuestra época.

No hace mucho que se creia que solo habia vida y trasformacion en los animales y plantas; hoy sabemos que las rocas y todo lo anorgánico tiene igualmente vida, juventud, desarrollo, vejez y muerte; que importa que el tiempo empleado en uno ú otro de estos reinos sea diferente, y que un árbol necesite veinte años para su completo desarrollo, mientras que las estalactitas ó el cuarzo necesitan millares de años. ¿No ha observado cualquier químico que hay en las sustancias anorgánicas inclinaciones y repugnancias como entre los animales, lo que se llama *afinidad?* Consúltese sobre esta materia á nuestro sabio amigo el Sr. D. Leopoldo Rio de la Loza. *No extrañaremos entonces que las pequeñas partículas de una sustancia análoga sean atraidas por un cuerpo mayor, formado de la misma sustancia*, y parecerá natural que atribuyamos al cuarzo vida y desarrollo, cuando vemos que *descompone* las sustancias vecinas de él, atrayendo aquellas partículas que tienen afinidad con él, y dejando el resto para que forme otros cuerpos diversos; y entonces no nos admiraremos tampoco de encontrar cuerpos antediluvianos, *de los cuales una parte está bien conservada y la otra ya medio truncada ó trasformada.*

Esta última observacion nos aclara el fenómeno que en las montañas llamadas modernas se encuentren animales y plantas en casi perfecta conservacion, y que en las mas antiguas, ó las llamadas primitivas, todo está ya descompuesto y trasformado en combinaciones nuevas.

Volvamos ahora á nuestra palabra paleontología y examinemos brevemente lo que se ha encontrado en el seno de la tierra de un mundo antediluviano, como lo llaman generalmente, ó mas propiamente hablando, de las épocas pasadas de nuestra *tierra*, la que vive, se rejuvenece y envejece en un círculo no interrumpido.

Por el deseo de encontrar los metales preciosos se han hecho escavaciones en muchas partes de la tierra. Cuando en tiempos modernos se aprovechó de estos trabajos la ciencia, se dirigió la atencion de los sabios, no solo á los metales, sino tambien á otros objetos que salian de la profundidad de la tier-

ra á la luz. Se encontraron árboles enteros en forma de carbon, animales enteros y partes de plantas y de animales. Con estos descubrimientos y con sus exámenes se estableció la ciencia de la *paleontología.*

Se han encontrado grandes y variados tesoros de restos de animales y plantas, y aun esqueletos enteros de animales grandes, como los de ciervos, leones, rinocerontes, elefantes y mastodontes. ¿Cómo explicar la morada de estos animales en el seno de la tierra? Muchos geólogos procuran explicarlo por revoluciones repentinas, por cataclismos espantosos mas allá del recuerdo del género humano. Pero esto es poco conforme con nuestras ideas sobre la regularidad y estabilidad de las leyes del universo.

En la gran Sahára, donde el suelo generalmente consiste en un polvo finísimo, pues nunca llueve allí, los vientos llevan el polvo en una corriente continua de un lugar á otro, formando *montes* de fina arena y trasportándolos mas tarde á otros lugares, enterrando, cuando hay vientos fuertes, caravanas enteras con camellos, caballos y con todo lo que no sabe escaparse de aquella lluvia de arena. Despues de millares de años, cuando el *polo* de la tierra haya cambiado lo bastante (pues se ha calculado que cada 26,000 años se cambia completamente el eje de la tierra), y cuando los países árticos se hayan vuelto templados y los templados tórridos, se encontrarán los esqueletos de nuestros elefantes, rinocerontes y caballos, ahora sepultados en las arenas de la Sahára, y serán monumentos curiosos de una época pasada. ¿No podrá haber sucedido así con los mastodontes que se encuentran en la Siberia y en las regiones árticas de la América? ¿no fueron aquellos países en otra época semejantes á la Sahára? ¿no hay allí inmensos llanos de arena cubiertos de pinos, de arena ahora inmóbil por la modificacion del clima, pero antes movediza como las arenas de la Sahára? Ya no hay mastodontes, pero tampoco habrá dentro de miles de años ni elefantes ni rinocerontes, pues el hombre acaba con los animales de poca utilidad y de gran gasto, y conserva solo las razas útiles.

Parecerá á algunos plausible esta mi conjetura sobre la conservacion de animales antediluvianos grandes que ya no existen; pero ¿cómo explicar la desaparicion de animales inferiores, de conchas, de lagartos, de peces, etc., de los cuales se encuentran los esqueletos en el seno de la tierra, y de cuya especie ya no existe ni un solo ejemplar? No me atrevo á dar mi opinion sobre este fenómeno por ahora.

Examinemos ahora concisamente lo que constituye el dominio de la paleóntología, pues el objeto de este artículo es simplemente el de dar una definicion y explicacion de esta raiz griega; y los jóvenes que deseen tener una instruccion completa, pueden irse á la Escuela preparatoria de San Ildefonso (establecimiento grandioso, acaso el primero en su clase de toda la América, y honra de la nacion mexicana y del gobierno presente), donde se abren de balde á la juventud las puertas á la instruccion de todos los ramos de las ciencias.

Se deduce de las observaciones antecedentes, que en muchos casos será difícil determinar si un fósil con figura desconocida pertenece al reino vegetal ó animal, habiéndose declarado un mismo objeto por los mas distinguidos geólogos, ser *una hoja ó fruta,* y por otros ser *un animal* antediluviano.

Las sustancias vegetales resisten poco á la descomposicion, se cambian en *humus,* en sustancias bituminosas ó én carbon, segun que estuvieren impregnadas de otras sustancias vegetales ó minerales ó que hayan sufrido cierto grado de calor. Así se encuentran partes de plantas ó árboles, *phytolithi* (plantas petrificadas), lithoxylon (maderas petrificadas), lithophylla (hojas petrificadas) y carpolithi (frutas petrificadas).

De los árboles así encontrados se parecen algunos á nuestras encinas, sauces y pinos, otros difieren de todas las especies ahora conocidas. Las hojas y frutas no han podido conservarse generalmente con su forma primitiva; pero existen *impresiones* de ellos, y se encuentran en Alemania y en muchas otras partes de la tierra, ya sea en las montañas, ó ya á considerable profundidad debajo de la superficie de los llanos, principalmente en las cercanías de las minas de carbon; pero en general su forma está tan desfigurada ó tan diferente de las especies existentes, que han causado muchas disputas entre los geólogos.

El reino animal está representado en escala mucho mayor que el vegetal; pero considerando la fácil descomposicion de las carnes, es natural que debamos contentarnos solo con encontrar las partes mas sólidas, como son los dientes, los huesos, los cuernos, las conchas, etc., y principalmente aquellos productos del reino animal que conocemos con el nombre de *corales, madréporas, miléporas* y *alciónios.* Lo que nos sorprende es que ninguna ó muy pocas de las especies encontradas corresponden á las presentes; así, por ejemplo, del género *tubíporos* de nuestros dias no se ha encontrado ningun ejemplar entre los fósiles, y entre los antediluvianos hay muchas especies que no corresponden con las de la época presente. Las *madréporas* antediluvianas en particular son tan diferentes de las de hoy, que se duda muchas veces si se debe clasificarlas entre las *madréporas ó alciónios.* Su forma es generalmente la de cuernos, por lo cual las llaman *ceratítos* (griego, *keras,* cuerno), y cuando tienen la forma de estrellas circulares, *astroitas.* Los *miléporos* pertenecen al mismo género, pero son menos frecuentes y se han confundido muchas veces con los anteriores.

Uno de los géneros mas curiosos de los *zoófitos,* es el de las *encrinas* y *pentacrinas* (griego *krinon,* lirio), que durante mucho tiempo se creyó ser un lirio petrificado. De los *equínos* (griego *ejínos,* puerco espin, erizo), que es una especie de marisco semejante á la *estrella marina,* se han encontrado mas

de 40 especies, de las cuales hay muchas semejantes á las de nuestra época. De las innumerables conchas antediluvianas, la mayor parte existe todavía en nuestros mares, y otras parecen haber sido desfiguradas por el proceso de *atraccion* á que he aludido antes. No hablo de ninguna en particular de esta gran familia, de la que ya se han enumerado 150 especies.

La familia de los anfibios antediluvianos está representada en abundancia, principalmente la del género de *lacertas ó saurios* (griego *sauros*, lagarto); la mayor parte de ellos diferente de los que existen ahora. *Cocodrilos* de un tamaño enorme y de figuras horribles se han encontrado en muchas partes.

Aun mas llaman nuestra atencion los restos de grandes cuadrúpedos terrestres, como son los mastodontes, elefantes, rinocerontes, ciervos, todos de mayor tamaño que los del presente dia, y muchos otros animales desconocidos en nuestra época.

Aunque la mayor parte de estos tesoros zoológicos se han encontrado en los países vecinos á la zona helada, donde el frio ha contribuido á su conservacion, como en la Siberia y en la América septentrional, no se puede negar que la zona templada ha contribuido tambien con numerosos ejemplares que arrojan alguna luz sobre el estado del mundo en épocas remotas, y desearia que en el trabajo de nuestras numerosas minas se dirigiese la atencion de los sabios mineros salidos de nuestro colegio de Minería, no solo á los metales, sino tambien á los tesoros de la paleontología.

OLOARDO HASSEY.

A MI AMIGA C. C. DE G.

AL RIO CONCHOS.

Sigue apacible ¡oh rio!
Que tus cristales bellos
Despiden mil destellos
El sol al reflejar.
Corre, sigue sereno,
No cortes tu camino;
Sigue, que es tu destino
Unirte con el mar.

Sigue, sierpe de plata;
Por montes y vallados,
Desiertos y poblados
Tendrás que atravesar.
Vé lamiendo tu orilla
Al són de tu rüido,
Que es tu fin decidido
Unirte con el mar.

Cristal en la pradera,
Y en la cascada al verlas
Has de tornar en perlas
Tus aguas al lanzar.
Y despues incansable
Seguirás tu camino,
Que es tu invariable sino
Unirte con el mar.

Deseado, apetecido,
Halagador, galante,
Te mira siempre amante
El labrador marchar;
Tu líquido es su vida,
Su paz y su riqueza.
¡Hossana á tu grandeza!
Vé á unirte con el mar.

En tu límpido espejo
Retrata su hermosura
Esbelta criatura
Tu curso al contemplar.
Se mira y se sonríe,
Y su recuerdo santo
Te llevas entretanto
Como un tesoro al mar.

Mil garzas en tus bordes
Sus blancas alas ornan
Con perlas en que tornan
Tus aguas al nadar.
Son líquidos brillantes
Que al llegar á su cumbre
El sol, joyas de lumbre
Parecen al brillar.

La luenga rama inclina
El árbol, y un cariño,
Como un padre á su niño,
Haciéndote al pasar,
Te mira con ternura
Meciéndote en tu cuna:
Espejo de la luna,
Vé á unirte con el mar.

Tu música sublime,
Blandísimo murmullo,
Es celestial arrullo,
Tiernísimo cantar;
Es el suspiro suave
De un serafin dormido:
Al són de ese rüido
Vé á unirte con el mar.

Tú eres el confidente
De amantes trovadores,
Tú sus quejas de amores
Escuchas sin cesar.
Consuela su amargura
Tu agua al rielar la luna.
¡Qué bella es tu fortuna
El llanto al consolar!

Gracias guarda tu seno,
Tu ribera primorosa,
Pues delicadas flores
Vénse en ella brotar.
Su aroma perfumando
Tu curso bonancible,
Sigues manso, apacible,
A unirte con el mar.

¡Qué bello eres, oh rio!....
Al mirarte, tristura
Y llanto y amargura
Siento en mi alma reinar....

¡Cuán mas bello serias
Si la luz de unos ojos,
De tus prendas sonrojos,
Te alumbrara al marchar!

Dentro de una barquilla
En tu agua con mi dueño,
Haríame ¡qué sueño!
Amante deslizar.
Diríala mis amores,
Mis quejas una á una,
A la luz de la luna,
La brisa al susurrar.

Entretanto, si pasas
Por do mi amada mora,
Consuélala si llora,
Alivia su pesar.
Llévale mis recuerdos,
Mi amor en un suspiro.
¡Quién, siguiendo tu giro,
Pudiérala mirar!

Sigue adelante, sigue;
Yo, errante peregrino,
Cumplo con mi destino
De ausencia y de pesar.
Adios, sereno rio,
Mis confidencias hondas
Con tus discretas ondas
Sepúltense en el mar.

MANUEL G. PRIETO.

¡AMOR DE ANGEL!

NOVELA ORIGINAL POR EMILIO REY.

(CONCLUYE.)

CAPITULO V.

OTON.

¿Habeis estado en Lóndres?

¿Conoceis esa ciudad populosa, cuyas pesadas brisas vuelan cargadas con el acre y punzante olor del carbon de piedra? ¿Habeis pisado esas lodosas calles, donde vagan entre las sombras de la noche, como en exhibicion infernal, las criaturas mas bellas y mas prostituidas del globo?

Oton habia llegado á Lóndres y se habia entregado á toda clase de excesos: escéntrico por carácter, habia llamado la atencion de la opulenta aristocracia inglesa con sus extravagantes caprichos y sus rarezas infinitas, y era citado en el *Jockey club* y en todos los espléndidos salones, como un jóven del mejor humor y de las mas distinguidas maneras.

Sus aventuras con una linda actriz de *Covent-Garden* y con la bella lady Everard, una de las mas ricas herederas del condado de Devonshire, le habian elevado al apogeo de la moda, y era consultado, lo mismo en los amores que en las apuestas, por los mas gallardos *gentlemen* del Reino Unido.

Festejado por todos, Oton pasaba los dias en una completa embriaguez, que si no daba goces á su alma, agitaba al menos su corazon de fuego y entorpecia su cabeza volcánica.

Asthor-Place habia sido teatro de una de las escenas que mas habian contribuido á conquistarle el renombre de que gozaba, sobre todo entre la juventud, ávida siempre de escándalos. La bella lady Everard, de que hemos hablado, viuda de un anciano lord, habia visto á sus plantas á los mas apuestos galanes, sin que ninguno hubiera conseguido mover su corazon, y en su orgulloso triunfo se complacia la jóven lady en creerse invulnerable á los dardos de la alabanza y del amor. Pero Oton escucha en medio de una cena la exagerada pintura de su belleza y de su orgullo, y dirigiéndose á sus compañeros de placeres:

—Mil guineas á que antes de un mes soy correspondido por la linda lady Everard—dice quebrando una copa de champaña—y todos aplauden, aunque sonriéndose con cierto aire de duda.

—Aceptadas, contesta un estirado *gentleman*, seco y arrugado como sus pergaminos de nobleza, y cuyo principal gusto era proponer y aceptar apuestas, en las que invertia la mayor parte de sus pingües rentas.

Dánse un fuerte apreton de manos el frances y el hijo de Albion, y la apuesta queda cerrada.

Solo faltaba llevarla á cabo.

Ya mas en calma Oton, considera dificultades que no habia previsto al dejarse llevar de un rasgo de amor propio; pero su nombre está altamente comprometido y necesita ganar á toda costa.

Desde entónces Oton se dedica á hacer la corte á lady Everard, sin el menor disimulo; al contrario, parece que deseaba tuviesen sus amores la mayor diafanidad posible. Hácese presentar en su hotel, donde es acogido con toda esa severa pero graciosa urbanidad de la alta sociedad inglesa, y á los quince dias de tratar á lady Everard, vésele acompañarla en sus paseos á caballo, en su palco de la ópera, y en fin, en cuantas diversiones públicas ofrece la opulenta capital. No fué esto todo; una mañana el *Times* daba una noticia sorprendente, inconcebible: lady Everard, la orgullosa lady Everard, habia desaparecido la noche anterior al salir del teatro, y su raptor habia sido.... el jóven frances.

Oton ganó la apuesta. Es verdad que le costó á su vuelta á Lóndres, ver enterrada en su pecho la punta de un florete, cuya herida pudo ser grave; pero Oton, carácter raro y amante de toda clase de sensaciones, gozaba lo mismo en un baile ó en un almuerzo, que en los preparativos de un duelo á muerte. Lo que él deseaba era sentir, agitarse, conocer que vivia por los dolores ó los gustos que experimentaba.

....

Entretanto ocurrian estos acontecimientos, la pobre Aurelia habia pasado sus horas en esa ansiedad propia del que espera...... Solo una carta habia recibido, escrita por Oton á poco de su llegada á Lóndres, y aquel dia habia sido un dia de verdadero

gusto y felicidad para la niña...... Pero los meses volaban y el inconstante Oton no volvia..... Aurelia empezó á dudar del elegido de su corazon; empezó á comprender la indiferencia que le inspiraba y á sentir los tormentos horribles de los celos, de esa fiebre que agita continuamente á todos los amantes, porque como ha dicho muy bien García Gutierrez:

¿Cuándo viven sin celos
Los pobres enamorados?

El ángel de la fé plegaba sus alas blanquísimas, y se presentaba á los ojos azorados de Aurelia el fantasma descarnado y aterrador de la duda...... de la duda, es decir, de la muerte...... La pobre niña sufria mucho, pero sufria en silencio; ni una sola queja contra su amante brotaba de su labio, porque Aurelia conocia que no se apagaba su amor; sentíalo, al contrario, mas vivo y mas potente, latir en su pecho generoso y arder en su imaginacion deslumbrada. Aurelia amaba á Oton con ese amor de completa abnegacion y de entusiasmo que no comprenden ni pueden comprender las almas vulgares; con uno de esos amores divinos que suelen atraer las risas de la sociedad entera, porque los entes miserables que la componen, no pueden creer que sentimientos tan nobles y tan elevados se abriguen en el corazon de una pobre niña......

Nada hay generoso y grande que no pueda una mujer, ha dicho la Avellaneda; y nosotros repetimos ahora con la poetisa: *nada hay generoso y grande que no quepa en el alma de una niña apasionada.*

Cuando la madre de Aurelia se quejaba abiertamente de la singular conducta de Oton, la pobre abandonada salia siempre á la defensa de su amante, y ya con ingeniosas disculpas ó con caricias dulcísimas prodigadas á tiempo, calmaba la justa indignacion de la noble señora.

—¡Es un infame! decia la marquesa.

—¡Mamá! no insultes á mi Oton; ¿sabes acaso la causa de su silencio? ¿ignoras ademas cuánto le amo? ¿quieres hacerme sufrir con tan duras palabras? Mirá, mamá, yo siento aquí y aquí—y señalaba su corazon y su frente—que este amor durará lo que mi vida.

—¡Pobre hija mia!—y las dos mujeres se confundian sollozando en un tiernísimo y prolongado abrazo......

Mientras tanto, Oton se batia por lady Everard.

No hay que dudarlo; la mujer es mas capaz que el hombre de alimentar una de esas pasiones tan ardientes como generosas, tan intensas como desinteresadas, que consumen con fuego interno el pecho que las abriga, que opacan los ojos y los hunden en las órbitas, que hacen palidecer y doblegar la frente, que quitan á los labios su púrpura y sus risas....

¡Hay tan pocos hombres capaces, no ya de sentir, sino de saber apreciar tales pasiones!......

Sin embargo, nosotros conocemos á algunos que han sentido uno de esos amores intensos que llenan toda una vida....... una de esas pasiones locas, á las que se sacrifica sin dolor el nombre, la tranquilidad y el porvenir......

Pintar el dolor de Aurelia seria imposible; pero ya lo hemos dicho, sufria sin exhalar la queja mas leve contra su ingrato amante.

¿Oton la habia olvidado completamente? No; la imágen de la hermosa niña se levantaba de vez en cuando en su imaginacion distraida, y en esos instantes sentia como un remordimiento, si es que cabian remordimientos en aquella alma, elevada en otro tiempo, pero cuyos nobles resortes estaban ya gastados.

Paseos, comidas, espectáculos, aventuras de todas clases formaban la vida de Oton, vida de aturdimiento y ruido, sin un goce puro en medio de tantos placeres......

Abandonemos por ahora á nuestro jóven, que no tardaremos en encontrarlo bajo otro cielo menos nublado.

CAPITULO VI.

EN PARIS.

Aurelia, la bella napolitana, está en Paris.

Caida la administracion que habia desterrado á su padre, el nuevo gobierno se apresuró á llamar al seno de la patria al marqués de Tavory; pero tranquilo este en el dulce país de su esposa, se habia negado á volver á Francia, despreciando las ofertas que se le hacian. Al fin un correligionario político, un amigo de la infancia, habia subido al poder, y entonces no pudo ya rehusarse el marqués á sus repetidas instancias, y volvió al suelo querido donde habia visto la primera luz.

La llegada de Aurelia á Paris causó una verdadera sensacion en aquel pueblo ligero y novelesco. No se hablaba de otra cosa en los mas distinguidos círculos y en los salones mas aristocráticos, que de la hermosura y de las gracias de la jóven napolitana. La primera noche que se presentó en los *Italianos* obtuvo su belleza un verdadero triunfo, una ovacion completa: los *gemelos* de los mas apuestos *leones* se dirigian á su palco con tanta tenacidad, con fijeza tal, que era una verdadera impertinencia; baste decir que esa noche causó su divina aparicion en el teatro bastantes rompimientos amorosos, y quizá algunas hermosas niñas de cabellos de oro, al desprenderse, para acostarse, de sus ricas galas, prodigaron injustos epítetos arrancados por la envidia y por los celos.

Los nobles del antiguo régimen y la nobleza moderna, los literatos y los especieros enriquecidos, todos se disputaban el honor de ser presentados en el hotel del marqués de Tavory; todos anhelaban conocer de cerca aquella flor de ardientes climas que la fortuna habia traido á su Paris.

Los jóvenes veian en Aurelia una rara hermosura; los padres consideraban en ella *un buen partido*

Pronto llegaron á ser los salones de Tavory un punto de reunion de las principales notabilidades políticas, artísticas y literarias. Las *soirées* de la marquesa adquirian el mas justo renombre, y la pintura de su delicado gusto y magnificencia ocupaba muchos dias despues á los concurrentes á cada fiesta.

¿Habia olvidado Aurelia á su Oton en aquel mundo nuevo en que se encontraba? No: en medio de aquella existencia de brillantes goces, el corazon de la niña habia sabido conservar intacto su cariño á Oton, al que no desesperaba completamente ver de nuevo á su lado.

—¡Oh! ¡quizás volverá á mí!—pensaba á menudo, mientras algun fatuo la prodigaba necias galanterías, salpicadas con frases de una dulzura insoportable.

Entre los que aspiraban á la mano de Aurelia, el que mas distinguia esta y al que el marqués mas apreciaba, era al jóven vizconde Eduardo de la Marenne. De noble figura, maneras distinguidas y conocimientos nada comunes, sabia captarse el aprecio de todos, y era digno de la consideracion que le dispensaban el marqués y su hija. Eduardo no pudo gozar mucho tiempo de la proximidad de la italiana, sin sentir hácia ella un amor naciente, que fué echando raíces profundas con el trato continuo. Aurelia no se habia apercibido de esto; amando como amaba á Oton, no pensaba jamas en el amor de otro hombre; así es que atribuia el afecto de Eduardo á una amistad tan noble como sencilla; amistad que correspondia con franqueza, porque apreciaba las bellas cualidades del jóven vizconde.

Tímido por carácter, Eduardo no habia confesado á Aurelia la pasion que por ella sentia: habia, sí, dádosela á entender con ardientes miradas y con encubiertas frases; pero la niña veia solo en tales demostraciones el cariño de un hermano. No así el marqués; paso á paso habia seguido en su desarrollo el amor de Eduardo, y se complacia algunas veces en pensar que quizás algun dia daria á aquel recomendable jóven el dulce nombre de hijo.

La mano de Aurelia habia sido pedida al marqués de Tavory por los mas brillantes títulos; pero siempre encontró este una evasiva para responder á tales pretensiones, fundándose en su infinito amor á su hija, cuya separacion, decia, le seria imposible soportar.

Tocó su vez á Eduardo. Convencido de las simpatías que inspiraba á Aurelia, simpatías de pura amistad, como lo hemos indicado, pero las que el creia traducia segun sus deseos, resolvióse al fin, despues de infinitas luchas, á manifestar al marqués el estado de su alma, que demasiado conocia este, esperando de su labio la felicidad ó la desgracia de su vida entera. Adrian de Tavory escuchó al jóven con manifiesto gozo, dióle por su parte esperanzas, y convino que si Aurelia no se oponia, podria celebrarse el matrimonio al año siguiente.

—Pero aun falta saber la voluntad de mi hija.... habia dicho al vizconde al separarse.

—¡Oh! marqués....... creo que ella me ama!— respondió el jóven con húmedos ojos y timbrado acento......

El dia siguiente, al dar las doce en el reloj de Nuestra Señora, se hallaban en un lindo gabinete de un espléndido hotel de la Chaussée d'Antin el marqués de Tavory y Eduardo de la Marenne; el primero tendido en un magnífico sillon á la *renaissance*, y el segundo de pié á su lado, dirigiendo frecuentes miradas á una pequeña puerta de esculpido cedro.

—Vamos, no esteis impaciente, Eduardo—decia sonriendo el marqués al inquieto vizconde;—he mandado llamar á Aurelia, y no tardará en presentarse.

Efectivamente, apenas concluia de hablar, cuando la pequeña puerta mencionada se abrió suavemente, y se presentó en el umbral el elegante busto de la niña.

—¿Qué me quieres, papá? dijo deslizándose mas bien que andando sobre la rica alfombra;—y percibiendo al vizconde, que no habia visto de pronto:

—Buenos dias, Eduardo, le dijo tendiéndole la mano, que el jóven se apresuró á estrechar.

El marqués besó con ternura la purísima frente de su hija, y sonriendo al vizconde, la hizo sentar á su lado.

—Aurelia, tú sabes cuánto te amo, la dijo con tierno acento, y debes comprender, hija mia, cuánto debo interesarme en tu porvenir......

—¿Qué quieres decir, papá? interrumpió la niña, sobresaltada con una rápida idea que iluminó de súbito su mente.

—No me interrumpas, prosiguió el marqués:— solo fruto de mi feliz enlace y único vástago de mi noble casa, cifro en tí todas mis afecciones, todo mi cariño .....Dime, Aurelia, ¿entre tantos jóvenes como te abseguian, no se siente tu corazon inclinado á alguno?......

Eduardo, inmóbil, aguardaba la respuesta.

—¡Papá!......

Aurelia lo habia comprendido todo.

El marqués creyó ver en la exclamacion de su hija y en el carmin que tiñó su frente, una señal inequívoca de que amaba á Eduardo.

—Vamos, alma mia, nada me ocultes; te quiero á tí demasiado y aprecio lo bastante á Eduardo para desear la dicha de ambos; conque vamos, ya no hay mas que hablar á mamá, ¿no es así?

—¡Pero si yo no he dicho que le amo! exclamó la niña con breve acento, levantándose rápidamente.

Un rayo no hubiera causado mas efecto en el pobre jóven.

El marqués quedó tambien aturdido.

—Vizconde—prosiguió la niña con voz firme— sois mi amigo predilecto, mi hermano querido, y no debo engañar á un corazon tan noble como el vuestro; pero creedme, no puedo daros mi amor. Y vos,

padre mio, dijo animándose por grados, ya sabeis cuánto os venero y respeto; pero si no quereis causar la muerte á vuestra hija, no la obligueis á que os desobedezca una vez en su vida. Y con segura planta y frente altiva atravesó el gabinete y desapareció por la esculpida puerta.

La pluma es impotente para pintar ciertas sensaciones. Imagínese el lector lo que sentiria Eduardo de la Marenne.

El jóven abrigó una esperanza, la creyó realizada y la ve al fin desvanecerse como una nube......

Digno era el vizconde del amor de la italiana, más digno mil veces que el inconstante Oton de Lartigues. Y sin embargo, Aurelia no aceptaba al noble jóven, y entregaba su alma, su corazon y su pensamiento al que la posponia á sus locos placeres. Esa es la mujer......

CAPITULO VII.

SACRIFICIO.

—Mi caro Oton! ¿de dónde sales ahora? ¿qué te ha sucedido?

—Nada, Enrique; fastidiado de nuestro Paris, fuí á dar un paseo á Nápoles; estuve despues en Lóndres, y ya me tienes de vuelta, mas aburrido que nunca.

—¡Es posible! ¡Hombre feliz! ¿Conque has estado en Italia? Yo anhelaba visitar ese encantado eden; pero ya conoces á mi tio; me quiere tanto, que no me deja separar de él, por mas que se lo pido......

—¡Tio feroz! ¡tio insensible! Pero tú...... cuéntame......¿qué hay por acá de nuevo? ¿está Paris tan triste como cuando marché? Vamos, dime las novedades que han ocurrido......¿Todavía te es fiel tu querida? Y Laura, la incitante Laura, ¿cuántos sucesores me ha dado en mi ausencia?......Vamos, háblame francamente, chico. Ya sabes que soy filósofo y que nada me sorprende......

—¡Hombre! tú caminas por vapor......no tantas preguntas á la vez. Vamos por partes. Mi querida ha seguido siéndome...... cuasi fiel...... Tu Laura no ha tenido mas amantes desde que te fuiste, que un doctor aleman, un habitante del *país latino*, un actor de las *Variedades* y un retratista al daguerreotipo......Conque ya ves que no puedes quejarte: cuatro amantes en diez ó doce meses, me parece que es número muy moderado en el siglo del telégrafo eléctrico y de los caminos de fierro........

—¡Inconstante! ¡ingrata! ¡Cuatro amantes!...... Es una miserable coqueta, amigo mio.

—¡Qué pródigo estás de exclamaciones! Cálmate, chico; ¿no dices que eres filósofo? ¿Adónde está esa filosofía decantada? Ademas, ausente de Laura, ¿cuántas queridas no habrás tenido tú en esa Italia, entre esas mujeres de negros ojos y brillantes cabellos? Y entre las tristes brumas de Albion, ¿no te habrá encantado tambien alguna lánguida hermosura de azules pupilas? Vamos, Oton, seamos justos y no exijamos de la mujer la constancia que no somos capaces de guardar.

—Tienes razon, Enrique—contestó Oton con un movimiento de hombros que podia traducirse como conformidad ó desprecio—tienes razon, y mucha.... Hablemos de otra cosa..........¿Qué hay de la ópera? ¿sigue la Cruvelli entusiasmando con su voz divina?

—Como siempre....enloqueciéndonos á todos.

—¿Y las *soirées*? ¿cómo han estado este invierno? ¿no ha hecho su *debut* en el gran mundo alguna belleza? Vamos......dime......

—Sí, Oton, y una belleza espléndida, una criatura celestial, una hurí de Mahoma......

—Me admiras con tu entusiasmo, Enrique. ¿Y cómo se llama esa encantadora? ¿á qué familia pertenece?......

—¡Oh! no debes conocerla. Es una flor exótica acabada de trasplantar á nuestros jardines de invierno, es una divina belleza napolitana, es Aurelia de Tavory.

—¡Aurelia! ¿Aurelia está en Paris? exclamó Oton con viveza......

—Pues qué, ¿la conoces? le interrumpió Enrique asombrado.

—¿Que si la conozco? nunca me olvidaré del dia que la ví por vez primera, amigo mio; fué en la *Incoronata*......Pero......ya hablaremos de esto mas despacio, Enrique......Ahora dime, ¿tiene muchos adoradores la linda Aurelia?......

—Infinitos, Oton; pero el único cuyos homenajes son bien aceptados, es nuestro amigo Eduardo de la Marenne.

—¡Eduardo! ¿conque Eduardo es su amante? dijo Oton agitándose bajo una impresion extraña.

—Vaya! no hay quien lo ignore en todo Paris, y aun parece que su enlace se verificará muy pronto.

Los que conozcan un poco el corazon del hombre no extrañarán que Oton, que habia abandonado á la hermosa niña; que Oton, que habia pospuesto sus divinos amores á sus locas aventuras con Lady Everard; que Oton, que habia perdido el recuerdo de los dulces dias pasados en Nápoles á su lado entre los bulliciosos placeres y las continuas fiestas de Lóndres, sintiese revivir en su corazon á impulso de los celos, si no un amor apasionado, al menos un deseo vivísimo de no perder á la mujer que le habia querido tan tiernamente. ¿Habia en este deseo un sentimiento de amor propio? ¡Quién sabe!

Oton se propuso desde aquel instante ver de nuevo á Aurelia, arrostrar su justo desden si era preciso, pero hacer revivir á toda costa el amor que creia apagado en su pecho, y ser ante Paris el amante de aquella hermosura tan codiciada. Fijo ya en esta idea, se volvió sonriendo á Enrique.

—Chico, dame un cigarro, le dijo; y despues de un instante: oye, ¿te parece que vayamos á almorzar al café *Riche*? Allí entre la espuma del champaña

y el humo de los habanos, te contaré algunos pormenores de mi repentina excursion. ¿Aceptas?.....

—Con mucho placer, querido: y unidos del brazo abandonaron el boulevard en que se hallaban, y se dirigieron conversando con animacion hácia el punto designado.

....

¿Habeis encontrado alguna vez el dulce objeto que creíais perdido? ¿comprendeis el gozo de una madre al ver al hijo de sus entrañas despues de largos años de penosa ausencia? Pues ni aun así comprendereis el vivísimo placer que sintió Aurelia al volver á contemplar á su lado al ídolo de su corazon, al ángel de sus ensueños de vírgen...... Mucho sufrió la pobre niña...... su pecho se agitó con nuevo brio, acarició nuevas esperanzas, y se entregó sin reserva á complacer al hombre que adoraba....

Oton se habia engañado. Creyó que la jóven le habia dado al olvido; así es que en su primera entrevista en Paris, temió recibir de ella marcadas señales de indiferencia, si no de desprecio; pero su corazon latió de orgullo y de gozo al escuchar el profundo grito que exhaló la niña al lanzarse á sus brazos ebria de amor y de ventura......

Oton admiró á Aurelia y se sintió humillado al contemplarse tan inferior á aquella mujer, modelo de nobleza y de constancia.

Una lágrima brotó de sus ojos; lágrima viva, fiel expresion de lo que pasaba en su alma......

Dulcísimas horas pasaron juntos los dos amantes...... Aurelia gozó de esa felicidad sublime y espiritual que deben sentir los querubines allá en el cielo; Oton de ese placer material y etéreo á un tiempo mismo, único que agita á un corazon débil y gastado......

«El amor es la vida de las mujeres,» ha dicho Pablo Jacob al hablar de las obras de Jorge Sand, y ninguna mujer habia probado como Aurelia la absoluta verdad de este concepto. Aurelia no sabia mas que amar; pero al contrario de esas bellezas que por natural inconstancia no se fijan ni aman jamas á un hombre, sino que solo aman al amor y no al amante, al sentimiento y no al que lo inspira, habia entregado su alma entera al primer hombre que pobló de ilusiones su mente de niña, al primero que hizo latir su corazon lleno de fuego como los volcanes de su Italia.....—Y ese hombre, ese Oton al que tributaba un culto, una adoracion sin límites, no era capaz de corresponder á su amor con un amor igual, con un amor absoluto, con un amor de completa abnegacion y de férvido entusiasmo......

El arco-iris que brillaba en el azulado cielo que en su ilusion contemplaba la enamorada niña, iba á desaparecer de repente......apagábanse sus colores, y empezaba ya á percibirse ese rumor sordo que precede lo mismo á las tempestades del corazon que á las tempestades de la naturaleza.

Aurelia comenzó á notar en Oton una inquietud continua, distracciones frecuentes, y temió verse de nuevo abandonada por su cruel amante. Entonces redobló sus atenciones, su cariño hácia él, y pidió á Dios con lágrimas de fuego no la privase otra vez de la vista de su Oton querido......¡ Pobre Aurelia!......

Oton habia satisfecho ya su orgullo: se habia gozado con las ansias de sus rivales, con el continuo murmullo que la envidia llevaba á sus oidos, y sentia que su corazon, fijo por un instante en el amor de la italiana, anhelaba ya nuevos objetos, escenas diversas, sensaciones distintas...... Pero su posicion era comprometida: el marqués y la marquesa de Tavory, aunque solo por el inmenso cariño que tenian á su hija, habian dado al fin el consentimiento para su enlace; Paris entero lo aguardaba, y Oton, al que todos creian ansioso de contraerlo, Oton lo diferia con pretextos fútiles pero bien combinados...... Acometióle al fin un pensamiento infernal, y decidió sacrificar á su libertad á la pobre niña que tanto le amaba......

La tibia luz de la luna alumbraba una noche débilmente un jardin, en el que se veia á una mujer cubierta con una ligera bata blanca y con los cabellos en desórden; esta mujer se estremecia de amor entre los brazos de un jóven y lanzaba profundos suspiros entre cortadas frases......

—Adios, madre mia! adios, mi buen padre! decia llorando...... Adios, sociedad que me has deificado y me despreciarás mañana! adios!—Pero el jóven la hablaba con viveza, lanzaban sus ojos extraordinario brillo, y entonces la niña doblando la cabeza en su hombro, le decia con voz dulcísima:

—Bien, Oton, bien; tú lo quieres...... Vamos, amado mio, vamos!..... ¿Qué me importará el mundo al lado tuyo? Me amarás mucho, ¿verdad? me amarás mucho...... ya ves si yo te amo!......

—Sí, Aurelia, te amaré mucho....... ¿Recuerdas mi cancion «Amar es vivir?» Y el jóven murmuró estas estrofas en su oido:

Sentir nuestra sangre arder en las venas,
Y el pecho afanoso con fuerza latir,
Sentir unos brazos por blandas cadenas....
Eso, ángel querido, se llama vivir.

Oir de su amante el trémulo acento
Que suena mas dulce que el aura al gemir,
Mirar cuál palpita su seno violento....
Eso, ángel querido, se llama vivir.

Posar en sus labios los labios ardientes
Y en mágico beso sentirse morir,
Unidos los pechos, unidas las frentes....
Eso, ángel querido, se llama vivir.

—Gracia, amado mio—balbutió la jóven dándole un beso.

Oton prosiguió:

Sentir que los ojos se cierran á impulso
De insólito goce que el alma va á henchir,
Sentirse embriagado, sentirse convulso....
Eso, ángel querido, se llama vivir.

Sentir unos sueltos, sedosos cabellos
Rozar las mejillas y suaves bullir
Al cálido soplo que vaga entre ellos....
Eso, ángel querido, se llama vivir.

En dulces deliquios perder la memoria,
Y oir un «yo te amo» que el pecho va á herir....
Eso, ángel querido, se llama la gloria,
Eso, Aurelia mia, se llama vivir....

Aurelia se desmayaba de emocion en los brazos de su amante......Oton triunfaba..................

....

Profunda sensacion causó en Paris la desaparicion de Aurelia......

La marquesa de Tavory no pudo resistir á un golpe tan rudo, que heria á la vez su tierno corazon de madre y el acrisolado honor de su noble extirpe....

Poco tiempo despues descansaba en paz (si es que hay paz en la muerte) en un magnífico sepulcro del cementerio del Padre Lachaise.

Su esposo el marqués Adrian la siguió muy pronto.

EPÍLOGO.

Estamos en un pintoresco pueblecito de la Bélgica y á fines del año de 1850.

Es dia de descanso, y los labradores, cubiertos con sus mas hermosos vestidos, se pasean en una pequeña plaza bordada de árboles frondosos simétricamente colocados.

Una mujer hermosísima, con una niña de cuatro á cinco años de edad entre sus brazos, está sentada sobre un banco rústico, al que sirve de natural dosel la copa de un cedro gigante, á la entrada de una blanca casita situada en la misma plaza. Los labradores todos al pasar junto á la jóven, la saludan sonriendo y se quitan los sombreros con señales de respeto.

—¡Qué buena señora! dice uno al saludarla. Si no hubiera sido por ella, se hubiera muerto mi pobre Agueda!

—¡Y mi Andrés! Vaya, si es un ángel! añade otro; y todos encuentran una expresion, sencilla y candorosa como sus corazones, con que alabar á aquella á quien sin duda deben grandes beneficios.

La jóven es Aurelia.

La niña el fruto de su amor.

—¿Qué es esto, mamá? la dice la preciosa niña, arrugando con sus blancas manecitas una carta que Aurelia lee, pintándose en su rostro las mas dulces emociones.

—Carta de tu padre, hija mia, la contestó Aurelia, besando sus ojos.

—¿Papá? ¿qué, ya viene papá? ¡Oh! ¡cuánto lo voy á querer! y palmoteaba la niña con angélica gracia.

Aurelia continúa leyendo...... La carta concluye con estas palabras:

«Detesto mis pasados extravíos...... perdóname, Aurelia...... He buscado insensato la felicidad en el ruido del mundo, sin comprender que solo podia hallarla en tus brazos amantes, en medio de esa soledad tranquila. ¿Y tú no me aborreces?...... ¿no recuerdas á tu Oton? ¿enseñas á esa hija que no conozco, á pronunciar el nombre de su padre?..... ¡Perdon aún otra vez, Aurelia mia! ¡perdon! mañana tomo el camino de fierro para volar á tí, y muy en breve, sancionados por la Iglesia nuestros lazos, nos uniremos para no separarnos nunca...... ¡Adios! besa á mi hija.—Oton.»

Aurelia lleva á sus labios las letras del hombre que nunca ha podido dejar de querer, al que ha amado tanto y por el que tanto ha sufrido, y guarda la carta en el bolsillo de su delantal de seda azul.

La campana de la iglesia del pueblo llama á misa á sus habitantes, y los corrillos que forman los labradores en la plaza se van deshaciendo poco á poco y se dirigen todos alegres á cumplir el precepto divino.

Aurelia se levanta; va á entrar en su casa para tomar su libro de oraciones, cuando presa de una turbacion extraña, cae en su asiento al divisar á un ginete que se dirige á escape hácia ella.

—¿Qué hay, Genaro? dice levantándose de nuevo como empujada por un resorte.

—Señora, contesta el fiel criado apeándose y derramando dos gruesos lagrimones, se ha descarrilado uno de los trenes, y mi amo, mi pobre amo, se ha hecho pedazos......

Aurelia queda un instante como aterrada: despues, sin verter una lágrima, sin exhalar un suspiro, junta las manos de su hija y le dice con voz vibrante:

—¡Hija mia! ¡tu padre ha muerto!...... ruega por él!......

....

¿El amor de Aurelia de Tavory no es un amor de ángel?



Melesio Morales

MELESIO MORALES.

ESTUDIO BIOGRÁFICO.

I

Desde que llegó á México la noticia del espléndido triunfo obtenido por nuestro compatriota Melesio Morales en el teatro Pagliano de Florencia, en la representacion de su ópera *Ildegonda*, concebimos el pensamiento de escribir algunos apuntes biográficos que servirán mas tarde al escritor que esté llamado á dar á conocer á la posteridad la vida de un hombre que todavía en los dias de la juventud ha adquirido ya una celebridad europea.

Sentiamos infinito que se nos hubiesen anticipado en tan grata ocupacion algunos escritores extranjeros, y particularmente el autor del artículo publicado en el periódico florentino *L'Italia artistica*, el dia 9 de Marzo de este año, y tres dias despues de la representacion de *Ildegonda*. No obstante, como estos artículos no contenian, en su mayor parte, mas que el exámen y el justo elogio de la celebrada *partitura*, tocando superficialmente lo relativo á la vida de Morales, con el solo objeto de hacerle conocer al pueblo italiano, no desistimos de nuestro intento, con tanta mas razon, cuanto que podiamos disponer de mayores datos para nuestro objeto y hacer mas útil nuestro estudio, para estimular á la juventud y para consignar en el libro de la patria la historia de un hijo ilustre.

Pensábamos, y con justicia, que si en las naciones extranjeras, y particularmente en las de Europa, apenas aparece un hombre de genio, cuando en el instante se apresuran á darle á conocer la prensa, la poesía, la pintura, haciéndose ecos de la fama, ¿por qué en México no seria lo mismo, cuando alguno de nuestros compatriotas, venciendo terribles obstáculos, habia llegado, á fuerza de talento y de perseverancia, á conquistar un nombre y á llamar sobre él la atencion del mundo civilizado?

El maestro Morales, el autor de *Ildegonda*, es desde hoy un hombre célebre; él ha obtenido la sancion de su fama allí mismo donde recibieron el bautismo de la inmortalidad Rossini y Petrella, Bellini y Mercadante. Despues de haber ceñido su frente juvenil con los laureles que la Italia le ha brindado, no ha tenido mas que un solo deseo, que ha realizado por fin: poner á los piés de su patria este premio que le ha alargado la mano de la gloria.

¿Por qué, pues, la patria no recibirle como á un triunfador y no otorgarle todas las gratas recompensas que sus sacrificios merecen? ¿por qué no enaltecerle á los ojos de su pueblo, que se enorgullece de tenerle consigo, y por qué no derramar la luz de la publicidad sobre su vida, enriquecida ya antes de ahora con numerosos triunfos, é interesante por tantos sacrificios y por tantas pruebas dolorosas?

Se han escrito, á veces, volúmenes enteros para referirnos la vida de un hombre ilustre, cuyas mayores hazañas consisten en haber acuchillado á millares de hermanos suyos; de alguno de esos hijos de la Fortuna, cuyo pedestal ha sido, por lo comun, una hecatombe humana; y apenas hay unas cuantas líneas escritas por los historiadores para recordar á los mexicanos que con su inteligencia ó sus heróicos trabajos han llenado de gloria el nombre de la patria, sin verter en sus campos una gota de sangre y sin hacer derramar una sola lágrima á ninguna familia infeliz.

Semejante conducta causa pena, y tiempo es ya de que no continúe, puesto que ha llegado para México una época de mayor cultura, y puesto que la consolidacion de sus instituciones le permite apartar los ojos de sus glorias guerreras para fijarlos en aquellas que tambien elevan á una nacion en la consideracion del mundo, pero que no brillan sino bajo el cielo de la paz.

Los triunfos del arte deben ocupar un lugar al lado de los triunfos del heroismo, y los grandes artistas tienen derecho á la admiracion de sus conciudadanos, como lo tienen los salvadores de la patria, porque el genio y la virtud son los mismos, aunque se presenten bajo diverso aspecto.

Tales consideraciones pesan en nuestro ánimo para lanzar al público la biografía de Melesio Morales, no dudando de que los escritores de México, con mas capacidad que la nuestra, perfeccionarán este trabajo y le harán popular, en honra y gloria de nuestro país.

Nos es preciso manifestar que hemos tenido algun trabajo para formar nuestro pequeño ensayo. El mismo maestro Morales, con una bondad que le agradecemos, se ha servido facilitarnos algunas *páginas íntimas*, en las que ha consignado desde muy jóven sus recuerdos artísticos. Pero estas páginas, ricas en preciosas revelaciones, á veces no nos han dado suficiente luz, por la excesiva modestia del autor, que á pesar del carácter íntimo de sus apuntes, no ha podido hacer calificaciones que la justicia reclamaba. Hemos ocurrido, pues, á numerosas personas que han seguido la suerte de Morales con interes, y que, por decirlo así, han adivinado su porvenir. De estas personas hemos recibido informes exactos, juicios imparciales, y una vez reunido todo lo que hemos podido indagar, lo hemos compaginado, dando á la narracion una forma ligera, que quizás sea vista con benevolencia por los lectores del RENACIMIENTO.

II

Nacimiento de Melesio Morales.—Sus primeros estudios de matemáticas. Sus estudios de música.—Su primer maestro D. Jesus Rivera.—Academia de Don Agustin Caballero.—El profesor Don Felipe Larios.—Primeras composiciones de Morales.—Sus lecciones.—Su dedicacion al comercio.

Melesio Morales nació en México el dia 4 de Diciembre de 1838. Desde muy pequeño manifestó la mas decidida vocacion para la música; pero su

padre D. Trinidad Morales, deseoso de que abrazara la carrera de ingeniero civil, le dedicó al estudio de las matemáticas, haciéndole entrar en la Academia de San Cárlos.

Melesio no pudo vencer su repugnancia por este género de estudios, y convencido de que poco adelantaria en él, dejó la Academia y se consagró exclusivamente al cultivo de un arte para el que le hacian á propósito sus aspiraciones y su inteligencia privilegiada.

A los nueve años comenzó á recibir las primeras lecciones, siendo su maestro el Sr. D. Jesus Rivera, quien se las dió durante tres años, al fin de los cuales nuestro alumno, ya instruido en los rudimentos del arte, obtuvo permiso para cursar la academia que el laborioso D. Agustin Caballero (á quien tanto debe la juventud mexicana) habia establecido en la calle de la Canoa, y á la que concurria un gran número de discípulos. Allí Melesio estudió dos ó tres meses en calidad de alumno. A esa sazon, el Sr. Caballero establecia en su academia una cátedra de acompañamiento dirigida por D. Felipe Larios, y juzgando á Morales con la capacidad suficiente para cursarla, le hizo entrar en ella, de lo que no se arrepintió, pues al poco tiempo el jóven alumno obtenia el primer lugar entre sus condiscípulos.

Desgraciadamente la academia tuvo que cerrarse; pero el profesor Larios, que estimaba en alto grado la inteligencia de su discípulo, continuó dándole sus lecciones de *armonía* hasta que concluyó el curso, siendo el único que lo hizo, de siete jóvenes que con él lo habian comenzado.

Entonces Larios manifestó al padre de Melesio, que nada tenia ya que enseñar á su discípulo. Este, á los dos meses de tal suceso, y siempre con el mas vehemente deseo de seguir su carrera artística, dijo á su padre que «á pesar de conocer las reglas del acompañamiento, creia estar muy lejos aún de saber lo suficiente, porque el campo del arte musical era inmenso y él apenas habia aventurado los primeros pasos en el camino que debia atravesar.»

Con esta conviccion, Melesio se puso á buscar un maestro que le enseñase el *contrapunto;* pero fué en vano. Nadie quiso hacerse cargo de él, y entonces, con una especie de despecho, mirando que con una educacion musical trunca no pasaria nunca de ser una oscura medianía, se vió obligado á dedicarse al comercio.

A los doce años de edad habia hecho ya Melesio su primera composicion, que fué un wals. Poco tiempo despues compuso una polka, algunas canciones, redowas, mazurkas, cuadrillas y otras varias piezas ligeras, no pudiendo aún producir algo mas grande, por carecer de conocimientos. Acaso su pensamiento creador abarcaba mayor espacio; pero sus ideas no podian ser expresadas, por la carencia de reglas.

Muchas veces, con la intencion de conocer el juicio imparcial de sus oyentes sobre sus pequeñas composiciones, se sentaba al piano y decia: «Oigan vdes. esta mazurka de Thalberg.»

El auditorio aplaudia frenéticamente, y no podia menos de convenir en que Thalberg era sublime.

Pasado algun tiempo, Melesio desengañaba á los entusiastas, diciéndoles:—«Que Thalberg no cargue con la responsabilidad de esta composicion, porque es mia,» y volvia á ejecutarla.

Entonces el auditorio no la encontraba como antes y la recibia friamente. ¡Insensatez de los fallos del vulgo! Un nombre falsamente invocado, basta para decidir á los ignorantes en favor de cualquiera cosa, al paso que una creacion sublime morirá en el desprecio si no cuenta con la sombra tutelar de un nombre célebre. Así han permanecido oscurecidas infinitas obras maestras que no siempre la justiciera posteridad ha logrado arrancar de las tinieblas del olvido, y así viven y usurpan el trono de la reputacion multitud de obras medianas, tan solo porque deben su orígen á aquellos á quienes una fama justa ó injusta ha dado derecho para imponer su autoridad.

Pero tal manera de juzgar, que á cualquiera hubiese desengañado acerca de lo falso ó lo estúpido de los juicios humanos, á Melesio servia, por el contrario, de estímulo.

—¡Ah! se decia, es preciso ser grande hombre para que las composiciones de uno sean apreciadas.

Y su pasion por el estudio, y su sed de gloria, crecian con la edad y con estas pequeñas desilusiones.

A los trece años Melesio daba algunas lecciones de música que, como es de suponerse, le producian muy poco, pues que era casi un niño. A tal edad, el profesorado no puede ser productivo. Mas tarde, y cuando sus conocimientos fueron mayores, sus lecciones tambien fueron mejor estimadas. Con el producto de ellas el jóven pagaba á sus profesores de dibujo, de esgrima y de gimnástica, ayudando así á su padre en los gastos de su educacion.

Con lo que ahorraba determinó formar un fondo para marcharse á Europa á continuar sus estudios, y ademas se dedicó, como queda dicho, al comercio.

La ocupacion era ingratísima para quien no tenia amor sino al arte y á la gloria, para quien sentia en su alma arder la llama del genio, para quien no queria ser esclavo sino de la fama. Encerrarse, con semejante carácter, tras de un mostrador á hacer números y á calcular los precios de plaza, era suicidarse.

Morales se separó con horror de las regiones del abarrote y de la prosa.

Pero cuando esto sucedió, ya el artista, que con mil afanes habia economizado mil pesos, y que pensaba aumentarlos en el comercio hasta cuatro ó cinco mil para marchar á Europa, se encontró con que habia perdido su único capital y ademas sus lecciones. Estaba arruinado.

Calcúlense su tristeza, su desaliento, su pesar. La realizacion de sus esperanzas se alejaba cada

vez mas, y la miseria le ataba contra el sepulcro de la impotencia.

Entonces fué cuando dando tregua á sus penas y sobreponiéndose su númen á sus desdichas, Mele sio tomó la pluma y comenzó á componer su primera ópera «Romeo y Julieta.»

III

El profesor D. Antonio Valle.—La casa de Paniagua.—*Romeo y Julieta.*—La compañía de Maretzek.—Las óperas de Paniagua, Valle, Meneses y Morales.—La *Catalina* de Paniagua.—El Ayuntamiento de México en 1862.—Roncari.—La Tomassi y la Paniagua.—Los ensayos de la ópera.—Dificultades y burlas.—Los alumnos de la Academia de San Cárlos.

El profesor D. Felipe Larios, que ha manifestado siempre á Morales una gran predileccion, le aconsejó que se acercara al profesor D. Antonio Valle para recibir sus lecciones de instrumentacion, y que se dedicase exclusivamente á la música, sin pensar ya en otra carrera. Los amigos del jóven artista fueron de igual opinion; así es que Melesio, bien acogido por Valle, recibió de este siete lecciones.

Despues, como acababa de formarse una especie de Academia de música en casa del maestro Paniagua, Morales consiguió entrar en ella y dió allí lecciones de armonía á sus antiguos condiscípulos, que, como queda referido, no concluyeron el curso bajo la direccion de Larios, por la clausura de la academia de Caballero.

Entretanto, y como lo hemos dicho, Morales trabajaba en su ópera *Romeo y Julieta.* La historia de esta obra, de las dificultades que el autor encontró para representarla, y del éxito que obtuvo, merece un lugar aparte y marca una época interesante de la vida de nuestro artista.

Apenas habia concluido sus estudios de armonía bajo la inteligente direccion de Larios, cuando *entusiasta por el arte y sediento de gloria,* como él dice en sus apuntes de que hemos hecho mencion, tuvo deseos de componer una ópera.

Buscó libretos inéditos para trabajar en un asunto nuevo; pero no los encontró, ni tampoco quien hiciera uno adecuado á sus ideas, por lo que se vió precisado á componer sobre el muy conocido de *Julieta y Romeo.*

Su pensamiento al aceptar este asunto, no fué de ningun modo rivalizar con Bellini, Vaccai y Berliva, empresa que sobre ser muy árdua y atrevida, hubiera indicado de su parte una presuncion que estaba lejos de tener, sino que simplemente pensó ejercitar su fantasía para dedicarse mas tarde y con mayores conocimientos musicales, al género lírico–dramático.

Comenzó, pues, su empresa, á los diez y ocho años, y cuando se ocupaba en estudiar las reglas de la armonía: por esa razon empleaba en su trabajo muy pocas horas que le dejaban libres las lecciones que recibia y que daba. A los dos años, *Romeo y Julieta* estaba concluida.

El autor hizo oir algunos trozos de la *partitura* á sus amigos, quienes le instaron vivamente para que la pusiera en escena, á lo que él no se resolvia por el justo temor que le inspiraban sus pocos conocimientos en el arte, el tener que sostener la terrible comparacion con Bellini, Vaccai y otros eminentes maestros, y en suma, por inconvenientos todavía mas insuperahles.

A esa sazon llegó á México la compañía del empresario Maretzek, y los mismos amigos que habian aconsejado á Morales hiciera representar su ópera, con el intento de obligarle, se acercaron á la redaccion de varios periódicos, para que por medio de la prensa se solicitase lo que ellos habian solicitado en particular del autor. Así sucedió; la prensa de la capital comenzó á indicar á Maretzek que seria grato al público de México que se cantasen por su compañía, en el gran teatro Nacional, las óperas de Paniagua, de Valle, de Meneses y de Morales.

La compañía de Maretzek solo puso en escena la «Catalina de Guisa» del maestro Paniagua, y las otras óperas se reservaron, quedando en poder de Melesio «Romeo y Julieta.»

En la misma época, el jóven maestro instrumentó una, dos y tres veces las piezas de su partitura, y sin embargo, no quedó aún satisfecho de su obra; de modo que cuando cesó la temporada de ópera, se puso á hacer la instrumentacion por última vez.

Ya entonces la ambicion artística de Morales crecia con sus adelantos é iba mas allá todavía. Dejó su anterior reserva y se resolvió á hacer la prueba de su ópera, presentándola en el teatro Nacional, y muy pronto se le presentó una oportunidad favorable para realizar su propósito.

Era el año de 1862, año de agitacion y de gloria para la República mexicana; la invasion extranjera exaltaba el patriotismo, y el inmortal Zaragoza acababa con su valiente ejército de derrotar á los franceses en Puebla, el memorable 5 de Mayo.

Por todas partes no se oian mas que himnos de triunfo y gritos de entusiasmo; por todas partes el patriotismo creaba recursos para atender á las necesidades de nuestras tropas, que aguardaban la nueva acometida del enemigo. Colectábase dinero de mil modos para auxiliar á los hospitales de sangre, y las bellas hijas de México organizaban juntas para reunir donativos, y organizaban funciones públicas con tan humanitario y patriótico objeto.

La capital de la República daba, con este respecto, los ejemplos mas brillantes. Las funciones de teatro se sucedian unas á otras. Los artistas hacian conciertos, los poetas recitaban en la escena sus cantos á la patria, y los concurrentes atraidos por las novedades y por el objeto sagrado que tenian, depositaban su dinero en la entrada, contribuyendo así á la santa obra de la defensa de la nacion.

En el mes de Noviembre de ese año de 1862 se dieron dos funciones teatrales que patrocinó el Ayuntamiento de México, siempre á favor de los hospitales de sangre, y el éxito de ellas no pudo

ser mejor. Morales tomó parte en alguna de ellas, ejecutando en union de una señorita, á dos pianos, una fantasía y unas variaciones que tenia escritas hacia algun tiempo.

Pero no quiso limitarse á eso, y como hemos dicho, creyó encontrar una oportunidad favorable para dar su ópera, prestando al mismo tiempo un servicio á sus compatriotas que combatian.

A fines del expresado mes de Noviembre tomó su partitura y la dirigió al Ayuntamiento de la capital, con un ocurso, proponiendo la representacion de aquella obra mexicana á beneficio de los hospitales de sangre.

Desde este momento, que debia ser el primer paso de nuestro artista en su camino de gloria, comenzó para él ese sendero de penalidades, en cuyas zarzas, otro menos constante habria dejado todas sus esperanzas é ilusiones. Comenzaba para él la dolorosa peregrinacion del genio desconocido y menospreciado en su país; comenzaba para él ese dolorosísimo noviciado del que los grandes artistas salen con el corazon sangrando y del que necesitan sacar una corona de mártir para poder ascender á la gloria. ¡Oh! en esta parte Morales nada tiene que envidiar á los grandes hombres mas desdichados de la tierra; él ha apurado el cáliz de la amargura hasta las heces!

Volvamos á nuestra narracion.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(*Continuará.*)

AL DISTINGUIDO

COMPOSITOR MEXICANO

MELESIO MORALES.

Bien vengas el ave que en vuelo potente
Tus alas tendiste sonoras al mar,
Llevando á otra tierra, llevando á otra gente
Tu nombre y el nombre de México al par.

Bien vengas el ave canora y modesta
Que el cielo de Anáhuac fulgente abrigó;
Zenzontle parlero que vió mi floresta
Beber en sus fuentes, bañarse en su sol.

Te dió nuestra selva sagrada y austera
Sus ecos terribles, su voz el volcan,
Sus cantos de amores el agua parlera,
Las auras del valle su dulce llorar.

Tu sueño arrullaron de artista y de bardo
El canto de guerra, la voz del clarin,
Vertiendo en tu frente sus copas de nardo
Las driadas del bosque, la flor del jardin.

Mas ¡ay! de tu sueño de gloria divino
Llegó á despertarte la voz del dolor....
Dispiertas y miras tu amargo destino,
Tu patria en las garras de rudo invasor.

La llaman esclava, la hieren la frente,
Por débil el fuerte la insulta crüel,
Imbécil la llaman al verla doliente,
Cobarde la dicen y esclava tambien.

Entonces valientes, cual fuera otros dias
Que á Anáhuac llegaron los hijos del sol,
De bosques y llanos y sierras bravías
Los héroes brotaban al bélico són.

Las armas atruenan los cielos y tierra,
Del Golfo al remoto Pacífico mar;
Sus huellas de sangre dejando la guerra
Se ve, y á los libres sin tregua luchar.

Y en tanto que el fuerte patriota esforzado
Conquista del héroe la palma inmortal,
Tú gritas: «¡A Europa! tambien es soldado
«El hijo del genio que anhela triunfar!

«Yo iré hasta esa tierra de dioses y reyes,
«Allá, en ese Olimpo, tambien lucharé;
«Allá donde dictan gigantes sus leyes,
«De México el nombre triunfante diré.

«Verán que si blande terrible la espada
«El hijo esforzado del gran Guatimóc,
«Tambien del talento la palma sagrada
«Conquista, y del arte la gloria y blason.»

Dijiste: en tu frente brilló la auröola
Que el cielo ilumina y enciende la fé;
El arpa tomaste, y envuelto en la ola
De un mar de esperanzas, partir te miré.

Su vuelo de cóndor el genio divino
Te dió, y agitando su antorcha al volar,
Con fuego alumbraste tu negro camino,
Estela de fuego dejando al pasar.

E Italia la bella, verjel peregrino,
El lago entre flores do anidan sin fin
Los cisnes sonoros del arte divino,
Un nido de flores tejió para tí.

Las ninfas del Arno, «dejadle que cante,»
Dijeron, y atentas seguían tu voz;
Y atónita oyendo la tierra de Dante
De tu arpa los ecos, «¿quién es?» preguntó.

«Un hijo de Anáhuac,» las ninfas dijeron,
Y tantas y tantas con flores de Abril
Tu frente inspirada de mirtos ciñeron,
Que aun hoy sus aromas respiras aquí.

Tú entonce atrevido, del lauro sagrado
Que á Rossi y Bellini coronan la sien,
Un ramo frondoso del tronco arrancado
Trajiste á tu patria, triunfante tambien.

«Aquí está tu ofrenda,» dijiste en tu anhelo;
La patria con lauros tu ofrenda pagó.
¡Levanta tu frente; la gloria en el cielo
Grabó ya tu nombre, y el sol lo alumbró!

LUIS G. ORTIZ.

México, Mayo de 1869.

MARÍA ANA

HISTORIA DE UN LOCO

DIARIO DE DON ALVARO

PRIMERA PARTE

EL PAÑUELO ENSANGRENTADO

(CONTINUA.)

CAPÍTULO V.

Idilio.

A dos leguas de Paris, del lado de Fontainebleau, á orillas de un recodo que forma el Sena, perdida en medio de los bosques, sin que llegue hasta allí otro ruido que el murmurio de las ondas del rio, se eleva una casita blanca. En ella vivia aislada y sola, frente á frente de la naturaleza y de Dios, una familia compuesta de un hombre jóven aún, de una mujer, de un niño hijo de ambos, y de un criado anciano, fiel á sus amos como un perro y silencioso como una tumba.

El hombre era un sabio. Soñador político, soñador científico, soñador literario, buscó utopias al uso de la felicidad de los pueblos; quiso sorprender en la ciencia secretos imposibles, y pensó largos años que como en los tiempos de Tirteo, los hombres actuales se conmoverian con los cantos de un poeta; y á fé que él hacia versos dignos de aquel gran poeta épico.

¡Vanos ensueños! ¡delirios del entusiasmo! Elevado al poder por una revolucion, otra le arrojó de su pedestal. La ciencia dejó á la posteridad el cuidado de inscribir su nombre al lado de los de Franklin, Fulton, el marqués de Watt y tantos otros; pero en vida del sabio fué tan ingrata con él como para los demas. De sus versos solo sacó envidias y rivalidades miserables. Poco faltó para que nuestro sabio se volviese loco como de Watt.

Pero Dios tuvo misericordia de aquella grande alma herida, y le dió un amor para consolarle.

El sabio amó á una mujer buena, hermosa y pura, y se unió á ella, y huyendo de la sociedad, buscó un asilo para su dicha en el seno de la naturaleza y lejos de los hombres.

Dios bendijo su matrimonio y les envió una criatura rubia y rosada, de ojos de cielo y sonrisa de ángel.

El sabio, desengañado de todo, no amando sino á su familia y á la naturaleza, no creyendo sino en un Supremo Hacedor de todas las cosas, panteista por desencanto, se propuso no dar á su hijo otra educacion que la de la naturaleza, y redobló su aislamiento, temeroso, por aquella inocente criatura, del contacto corrosivo de los hombres.

En los últimos años en que se habia ocupado de la ciencia, obtuvo un gran descubrimiento, que le hubiera enriquecido fabulosamente y sido de gran utilidad para su país; pero él lo guardó en secreto con el mayor cuidado.

A menudo, pensando en él, se decia:

—Mi descubrimiento morirá conmigo. Si lo vendo, ¿qué me dará? ¿Oro? ¿gloria? ¿Para qué quiero el oro cuando no lo necesito? No vendria sino á causarme desazones que ya están lejos en el pasado. La gloria es una mentira, por lo menos en vida, y la póstuma de nada me sirve.

Por lo dicho, verá el lector que la codicia y el entusiasmo habian muerto en aquel corazon.

El sabio, prosiguiendo en sus reflexiones, decia:

—Mi descubrimiento es de aquellos que se señalan como la tempestad y la peste, por la destruccion. El gobierno que lo posea, la nacion que esté armada con él, será sin rival, sus enemigos se prosternarán delante, sus ejércitos serán invencibles, y la táctica y la estrategia, y el valor y la disciplina, y las cargas de la caballería, se estrellarán ante la mecánica y la química...... Pero por el oro que no deseo, por la gloria que es vanidad, ¿venderé yo mi descubrimiento? ¿Iré á causar males sin cuento, yo que vivo ahora desengañado, pero feliz? No, mil veces no; mi secreto morirá conmigo.

Y como para darse fuerza, sin embargo, contra aquella tentacion de San Antonio, depositaba un beso en la frente de su mujer, que sonriendo le miraba, y estrechaba á su hijo contra su corazon, y se dirigian al pequeño jardin que cultivaba el viejo criado.

Los años pasaron. El niño creció, los cabellos del sabio se pusieron grises, algunos hilos de plata surcaron los rubios y ondulantes de su mujer, y el criado se encorvó mas cada dia.

Así vivian el sabio, su mujer, su hijo y su anciano servidor.

El sabio, de la vida de esposo y padre; la mujer, consagrada á su marido, á quien reverenciaba como á un Dios, y á su hijo, á quien queria como á un ángel. El hijo desarrollándose y creciendo con la vida del campo y la naturaleza. El viejo criado viviendo de la vida de todos.

En su felicidad ignoraban que tenian la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza.

Lejos estaba el sabio de suponer que aquel descubrimiento que él guardaba con tanto anhelo, otro lo conocia en parte, y que él lo entregaria al fin todo.

El *Maestro*, por una verdadera casualidad, habia penetrado su secreto, y calculando las inmensas ventajas que produciria en manos de la asociacion de que era gefe, resolvió apoderarse de él á toda costa.

El instrumento de que se valió para llevar á cabo su resolucion, fué *la Abuela*.

Veamos cómo.

CAPÍTULO VI.

Friné.—Aspasia.

Desde la edad de oro del Paraíso hasta este prosaico siglo XIX, que se ha llamado del vapor y del telégrafo, y que se llamará del cable submarino,

del fusil de aguja, del Chassepot y de la ametralladora, la mujer ha sido á menudo el espíritu fatal causa de la perdicion del hombre.

No negamos por esto la influencia benéfica que la hermosa mitad del género humano ha ejercido en el corazon de la otra mitad.

Pero un poeta dijo:

Es la mujer del hombre lo mas bueno,
Es la mujer del hombre lo mas malo,
Su vida suele ser y su regalo,
Su muerte suele ser y su veneno.

Mujeres ilustres ha habido, como Isabel la Católica y Juana de Arco, que merecen el respeto y la admiracion de la posteridad. Pero tambien la historia cuenta los nombres de otras que, como Mesalina, Margarita de Borgoña, Catalina de Médicis é Isabel Tudor, son acreedoras al odio ó al desprecio que sobre su memoria pesa.

Sin la mujer, el mundo seria mas árido y triste que lo que es de por sí. Ella lo embellece y es la alegría de los hombres en las horas felices, y su consuelo en los dias de amargura.

La mujer es un ángel en el hogar, y allí es donde existe la única felicidad posible en esta vida.

Cuando en la mujer se desencadenan las malas pasiones, la historia nos dice de lo que es capaz en la senda del mal; pero aun así encontramos en ella, con raras excepciones, un fondo de sensibilidad que le es propio y que suaviza todo lo que la rodea. En Aspasia, la querida de Pericles, vemos la corroboracion de esto. Cortesana, ejerció sin embargo una grande y benéfica influencia en los hombres de Estado, en las artes, en las letras y en los destinos de Atenas.

Hemos visto salir á *la Abuela* de su hotel en su cupé.

Dos horas despues éste se detenia en el vestíbulo de una elegante casa de campo en los alrededores de Paris.

El Maestro, que la esperaba, tuvo con ella una breve conferencia, pasada la cual partió para Paris.

La Abuela quedó sola.

Sonó la campana. Una mujer apareció.

—La señora quiere sin duda cambiar de trage.

Y la nueva camarera presentó á *la Abuela* un precioso trage. Era una maravilla que acababa de salir del taller de Worms.

La Abuela sonrió.

—La señora me permitirá que quite el polvo que en el camino ha cubierto sus cabellos.

Y apoderándose de la exuberante cabellera de *la Abuela*, la hizo con la mayor maestría un tocado á la griega.

Una vez peinada, se puso el nuevo trage.

Con él *la Abuela* estaba bellísima.

—Cuando la señora guste, está servida la cena.

En aquel instante, un criado que llamó discretamente á la puerta anunció una visita.

—Que pase inmediatamente, ordenó *la Abuela* oyendo su nombre.

Presentóse un hombre vestido mas que modestamente. Su levita raida anunciaba por su hechura que habia salido de manos del sastre diez años atrás. La llevaba su dueño severamente abrochada hasta el cuello. Así dejaba ver un talle elegante, aunque un poco grueso por la edad. La cabeza ligeramente inclinada adelante, anunciaba en aquel hombre la costumbre del estudio.

Representaba cuarenta años, y todo él respiraba virilidad. Algunas arrugas surcaban su frente, y su tez era pálida como la de la mayor parte de los hombres que se dedican á trabajos intelectuales. Su cabellera un poco gris y echada atrás en desórden, como la de nuestro ministro Romero, era rala sobre las sienes y en medio de la cabeza.

Se aproximó á *la Abuela* y la saludó con torpeza y con cierta brusquedad afectada.

—Héme aquí, señora, al fin. Diez años llevo de no salir de mi retiro, y esta noche le he abandonado solo por vos.

La Abuela se levantó y le tendió la mano sonriendo.

Al tocar aquel cútis de raso, el hombre se puso pálido y retrocedió como herido por una descarga eléctrica.

—¿Qué teneis? ¿os poneis malo? dijo *la Abuela* deteniéndole con sus dos manos, y fijando en él una mirada impregnada de una voluptuosidad satánica.

El criado se presentó con una colacion servida.

—¡Oh! cenad conmigo. Una copa de este vino húngaro os hará bien. Es suave como el champagne. Cuando os anunciaron iba á tomar un refrigerio, pues llego de Paris y estoy fatigada. Ya veis que os trato sin ceremonia.

GONZALO A. ESTEVA.

(*Continuará.*)

SONETOS.

I

A UN ARROYO.

Del monte espeso en la musgosa falda
De agrios peñascos erizada á trechos,
Va el arroyo sonante bajo helechos
Y encinas que le dan sombra y guirnalda.

Limpio cristal aquí, se tiñe en gualda
De la siega arrastrando los desechos,
O con la arcilla de sus nuevos lechos
Cuando llega á ceñir la verde espalda.

¡Ay! del comun destino arrebatados,
Tú al Ponto, yo á encumbrar sierras altivas,
Los dos partimos por opuestos lados.

Dejo, como tus ondas fugitivas,
Estos sitios del ánima soñados,
De mi grata niñez memorias vivas.

1868.

II

LA LLUVIA.

En cielo y tierra abrasador estío
Quema el aire y agosta árbol y mieses,
Hace morir las aves y las reses
Y seco deja el cauce al hondo rio.

Inquieto mira al porvenir sombrío
Temiendo el labrador nuevos reveses,
Cuando Junio, el mas grato de los meses,
Le viene á dar con la esperanza el brío.

Vélase el horizonte en nube parda,
Y en retumbar el trueno en la alta sierra
Tras el vivo relámpago no tarda.

Y son, cuando la nube el paso cierra
Al sol y vierte el líquido que guarda,
Catarata el espacio y mar la tierra.

1868.

III

A UN ARBOL.

A LA SEÑORA DOÑA GUADALUPE PESADO DE SEGURA.

¡Arbol gentil desta gentil comarca,
Que alzas al cielo tu gigante cono,
Y á cuya base da riego y abono
Del manantial vecino el agua zarca!

De las aves alígeras que abarca
Tu espesa copa y tu florido trono,
La voz te aclama en acordado tono
De los excelsos árboles monarca.

De tu sombra benéfica en la zona,
De su mortal dolencia en el desmayo,
Recobró la salud bella matrona.

Tu régia gala en pago aumente Mayo,
Del sol la eterna luz te dé corona,
Te adule el viento y te respete el rayo!

J. M. Roa Bárcena.

San Angel, 1867.

CURIOSIDADES BIBLIOGRÁFICAS.

I

La biblioteca Elzevir.

Así se llama la exquisita coleccion que en 1853 comenzó á publicar en Paris el apasionado bibliófilo y editor Jannet. Se propuso dar ediciones parecidas á las de los Elzevir en el tamaño y en los tipos, y no solo imitó la forma, sino que hizo olvidar completamente á muchas ediciones antiguas que antes tenian gran valor por su escasez. Ademas, la imprenta ha llegado á un grado de perfeccion tal, que es inútil toda comparacion entre las ediciones de Jannet y las antiguas. Las de aquel son superiores en elegancia, correccion, clase de papel, tipos, y sobre todo, tienen gran valor como ediciones críticas. Y ya se sabe que las ediciones de los Elzevir solo se aprecian cuando están en perfecto estado de conservacion, con márgenes anchos, y que hay escasos ejemplares, pues muy poco valen si los requisitos anteriores les faltan.

Los autores que componen la coleccion Jannet son principalmente los de los siglos XV, XVI y XVII. Las ediciones de las «Cien novelas,» de «Des Périers,» «La Bruyère,» «La Rochefoucauld,» «Scarron,» etc., son ya clásicas, y algunas se han agotado.

El conjunto de los volúmenes de la coleccion Jannet es muy elegante. Bonitas viñetas á la antigua adornan el texto, el papel es de Holanda, y los tomos del tamaño 16vo. frances tienen un perfume que encanta á los bibliófilos.

Brunet, en el «Manuel du libraire,» cita con elogio todas las ediciones de Jannet, haciendo de ellas especial mencion.

II

La coleccion Pickering.

Esta coleccion de los principales poetas ingleses se debe al famoso librero inglés cuyo nombre lleva. Tambien se llama «Coleccion Aldina.» Salió á luz en Lóndres de 1830 á 1853, en 53 tomos en 12vo. Los primeros críticos de Inglaterra, Dyce, Mitford, Harris-Nicholas, etc., se encargaron de las noticias biográficas y de las notas. Las ediciones mas notables son las de Chaucer, Milton y Pope. Esta coleccion se reimprimió elegantemente en 1865-66, en papel muy fino y en un tamaño algo mas pequeño que el 12vo. frances; pero la primera edicion tiene mas valor.

III

La imprenta de Mame en Tours, y sus publicaciones.

La casa Mame es la primera negociacion de imprenta y librería que hay en Francia.

Ocupa mas de mil operarios, y hace negocios por dos millones anualmente. En 1866 publicó la admirable Biblia en dos tomos, folio mayor, ilustrados por Gustavo Doré. En la exposicion universal de Paris en 1867 presentó un ejemplar de dicha Biblia, en pergamino, y obtuvo la recompensa mas alta. La edicion se recibió con entusiasmo, y en pocos meses se agotó la primera, cuyo precio era de doscientos francos, y subió á quinientos despues de publicada la segunda edicion, la cual no salió tan perfecta por estar ya usados los clichés.

Nunca el genio de Gustavo Doré se habia ensanchado tan admirablemente como en las estampas que adornan la Biblia; nadie comprendió mejor que él á la antigüedad, y pocas veces se han visto esa riqueza de detalles, esa exactitud, esos efectos preciosos de luz y esa grandeza en el conjunto.

Por otra parte, los adornos de Giacomelli, variadísimos y exquisitos, la impresion tan clara, tan hermosa, los tipos tan nuevos y el papel tan escogido, hacen de la gran Biblia de Mame una joya tipográfica.

IV

Las ediciones de Ibarra.

El Quijote, en 4to. mayor, y el Salustio, en folio, atestiguan el grado altísimo de perfeccion al cual llegó la imprenta en España en tiempo de Ibarra. La ejecucion del Salustio, sobre todo, es admirable. Los ejemplares en papel fino con márgenes anchos, se estiman muchísimo y son demasiado escasos. Los pequeños grabados puestos al principio y al fin de cada libro, son de primer órden, lo cual se ve tambien en el Quijote en cuatro tomos.

V

Anacreonte y la edicion en 18vo. de Didot.

La única edicion verdaderamente notable de Anacreonte, al punto de vista tipográfico y como edicion crítica, que existia antes de 1864, era la políglota del Dr. Monfalcon, impresa en Lyon en 1835 por el ilustre Perrin, de un modo perfecto.

Pero como edicion de gusto y de lujo, la de Didot en 18vo. no tiene rival, ni podria ser sobrepujada. La adornan 54 pequeñas fotografías sacadas de los dibujos de Girodet, pintor que comprendió admirablemente el genio del poeta de Teos, y que tradujo sus odas en hermosos versos.

Las 54 fotografías son otras tantas maravillas del arte, y la ornamentacion del libro es preciosa.

VI

La coleccion Léfèvre.

Esta coleccion monumental encierra, en 73 tomos en 8vo. mayor, las obras de los principales autores franceses. Se distingue por su clara impresion, exquisito papel y gran correccion. Los textos están tomados escrupulosamente de los autógrafos ó de las ediciones originales; las notas son de los primeros críticos: Aimé Martin, Auger, Walckenaër, François de Neufchâteau, etc. Las noticias biográficas son tan extensas como lo requiere la importancia de ciertos escritores. Las ediciones mejores y de mas valor son las de La Fontaine, Racine, Corneille, Molière, Malherbe, Lesage y Fénélon.

Los ejemplares de esta coleccion en papel *jésus velin* son muy raros, y se pagan en Francia de 1,500 á 2,000 francos. Brunet pone á esta coleccion en el primer lugar, y le consagra un artículo especial.

VII

Las ediciones políglotas de Monfalcon.

Cuatro tomos componen esta coleccion y contienen: «La Imitacion de Jesucristo,» Horacio, Virgilio, Anacreonte y Safo. Del último tomo hemos hablado ya. Los otros tres, principalmente el Horacio, están perfectamente ejecutados. Contienen las mejores traducciones en seis ó mas lenguas distintas, y es notable la correccion con que están impresos. Las noticias biográficas y bibliográficas que acompañan á cada obra, son de suma importancia. Pero por desgracia, á causa de los grandes descubrimientos que se han hecho desde 1835 sobre varios puntos de historia literaria, las noticias biográficas de Horacio, Virgilio y del autor de la Imitacion, están algo atrasadas. La última principalmente está basada sobre una creencia falsa, y es que el autor de la Imitacion fué Juan Gerson, pues ya la crítica especial y mas competente ha demostrado que el autor del libro proclamado ser «el mas hermoso despues del Evangelio,» fué Tomás A. Kempis. Sobre este punto se puede consultar la gran biografía Didot.

VIII

Las obras impresas por D. Jonanst.

Este impresor ha sido llamado el Elzevir del siglo XIX, y á fé que el elogio no es mucho, pues fuerza es confesar la inmensa superioridad de sus producciones sobre las de los antiguos impresores de Holanda. Ultimamente han salido de sus prensas: un Larochefoucauld, un Gresset y un Régnier, impresos en los tipos del siglo XVI, á un número muy escaso de ejemplares. Estos tres tomos merecen la admiracion de todos los bibliófilos por su perfecta ejecucion, su elegante sencillez y por la excelente disposicion de los adornos, títulos, etc. Al ver estas muestras de la imprenta moderna, verdaderamente disminuye mucho la pasion que muchos bibliómanos profesan á las producciones de ciertos impresores antiguos, y muchas de ellas se ven hasta con desden.

Y en efecto, desde que Jonanst imprimió á Régnier, por ejemplo, las ediciones antiguas de este autor deben valer mucho menos.

IX

The portrait Gallery.

Así se llama una publicacion hecha en Lóndres, que contiene en tres tomos muchas biografías de los hombres mas notables, principalmente desde el siglo XV. Los retratos que adornan esta publicacion son de una ejecucion perfecta, grabados sobre acero como lo saben hacer en Inglaterra. La mayor parte están tomados de los cuadros de pintores contemporáneos ó de las estampas originales, y son tan auténticos como es posible. Esto le da gran mérito á la obra, y ademas, las biografías de los personajes mas ilustres están bien escritas.

VALENTIN UHINK.

LA PAZ.

ODA.

A MI QUERIDO HERMANO JUSTO.

¡No lo dudeis! las almas que dotadas
De un enérgico temple, al bien se lanzan,
El imposible en su carrera arrostran
Y el alto fin de su mision alcanzan.
José Antonio Cisneros.

¡Calle el clarin guerrero!
¡Calle su estruendo la batalla impía
Y envaine el rudo acero!
Que el Sol de la alegría
Anuncia ¡oh Patria! de la Paz el dia.

No en vano en la palestra
Luchando siempre, gladiador terrible,
Se fatigó tu diestra,
Pues tu esfuerzo invencible
Puso en tu sien laurel inmarcesible.

Pues tras duelos prolijos,
Rasgado al fin de tu esplendor el velo
Por tus valientes hijos,
Te alzaste sóbre el suelo
Dando tu frente su fulgor al cielo.

Tú, la infame coyunda
Que dobló tu cerviz ante el hispano
Quebrantaste iracunda,
Ahuyentando al tirano
La terrífica sombra de un anciano.

Tú, piloto inexperto
Entregado del mar á los azares,
Supiste hallar el puerto,
Y en épicos cantares
Ahogar el trueno de los roncos mares.

La clava del gigante
Que un Cincinato adormeció en la cuna,
Te hirió en fatal instante;
Luchaste sin fortuna,
Mas no empañó tu honor niebla importuna.

De la playa europea
Contra tí fulminados se lanzaron
Los rayos de Crimea....
Vinieron, contemplaron....
Y ante el fulgor de Mayo se apagaron.

....Y ocultos bajo un trono
La ergástula á tus piés, el cautiverio,
Llamábante en su encono....
Tú abriste el Cementerio,
Y pasaron los restos del Imperio.

Sangrienta fué tu historia;
Mas hoy al fin traspasas los dinteles
Del templo de la Gloria,
Que rosas y laureles
Riega risueña al pié de tus corceles.

De la guerrera trompa
Apagando el clamor en tus canciones,
Revístete de pompa,
Y al flamear tus pendones
Se postrarán ante ellos las naciones.

El Porvenir prepara
Otro estadio mas noble, otra pelea
Cual tu valor preclara,
Que alumbra con su tea
El soberano arcángel de la idea.

A tu brillante ejemplo
Los pueblos del moderno continente
Agólpense ante el templo,
Cual en páramo ardiente
Los peregrinos ante fresca fuente.

Y allí la fuente ignota
Do la riqueza su tesoro encierra,
Sus linfas nunca agota,
Que bajan á la tierra
Borrando el rastro de la horrenda guerra.

Honor al que primero
Pase ese umbral y á los altares de oro
Llegándose altanero,
Descubra ese tesoro
Y arranque al mundo entusiasmado coro.

¡Anáhuac! adelante!
Tú el primer paladin del Nuevo-Mundo,
Preséntate arrogante,
Y al destino iracundo
Haz temblar en el báratro profundo.

Tremolen tus titanes
Del Progreso la enseña, que acercando
La mar á los volcanes,
Vaya entre himnos cruzando
Y su diadema de vapor mostrando.

Comunica á tu acento
La rapidez que entre la nube oscura
El rayo da á su aliento,
Cuando en la excelsa altura
Su mirada-relámpago fulgura.

Arranca á las entrañas
De tu suelo magníficos metales,
Mármol á tus montañas,
Y abre en tus arenales
Venas de vida, múltiples canales.

El hierro insano emplea
En corvo arado que surcando el suelo
Con tardo buey se vea,
Y al rústico en su anhelo
Premie propicio en la cosecha el cielo.

Abre puertos seguros
Donde el comercio prosperando viva,
Y derriba los muros
Para sembrar la oliva
Que hermosos frutos te presente altiva.

Surquen naves gigantes
Tus anchos mares, de riqueza llenas,
Pregonando arrogantes
En comarcas ajenas
El oro y plata de tus ricas venas.

Y á su regreso, hermosas
Telas te traigan del remoto Oriente
Y joyas primorosas,
Que luzcan en la frente
De tus doncellas de mirada ardiente.

Funda escuelas, hospicios;
Ampara á la niñez que desvalida
Despéñase en los vicios,
Como la cierva herida
Salta al abismo por salvar la vida.

Grabado el pensamiento
Vaya do quiera su fulgor lanzando,
Cual en el raudo viento
Las semillas volando
Van terrenos lejanos fecundando.

Los odios y rencores
Cesen, ¡oh patria! Olvida la venganza
De bárbaros rigores,
Que ya la vista alcanza
El iris que en el cielo escribe: «Alianza.»

¡Juventud vigorosa,
A cuya frente el Porvenir ha dado
Su grandeza radiosa!
Avanza en paso osado,
Que eres de Anáhuac el primer soldado.

La Paz por recompensa
Derramará en la patria sus venturas,
Mientras en voz inmensa
Ante sus galas puras
Bendecimos al Dios de las alturas.

SANTIAGO SIERRA.

Veracruz, Setiembre 29 de 1868.

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

(CONTINUA.)

1

CONQUISTADORES QUE VINIERON CON CORTÉS.

Abrego, Gonzalo.
Acevedo, Francisco.
Acevedo, Luis.
Aguilar, Alonso de, dueño de la venta de Aguilar entre Veracruz y Puebla; se hizo rico, y en seguida profesó religioso domínico.
Alamilla, vecino de Pánuco.
Alaminos, Anton de, piloto, descubridor de las costas occidentales de Yucatan.
Alaminos, Anton de, piloto é hijo del anterior.
Alaminos, Gonzalo, paje de Cortés.
Alamos, Gerónimo.
Albaida, Anton de.
Alberza; le mataron los indios.
Alburquerque, Domingo.
Alcántara, Pedro.
Aldama Juan, de Carmona.
Almonte, Pedro.
Almódovar, Alvaro.
Almodovar, Alonso, hijo de Juan el Viejo.
Almodovar, hermano de Alvaro, y ambos sobrinos de Juan el Viejo; uno de ellos murió á manos de los indios.
Alonso Alvaro, de Jerez.
Alonso Luis ó Juan Luis, tenia por sobrenombre el Niño, por ser muy alto de cuerpo; le mataron los indios.
Alonso Martin, de Sevilla.
Alonso Martin, de Jerez de la Frontera.
Alonso Luis, maestre ginete y diestro en la espada.
Alpedrino, Martin de, portugués, ya anciano.
Altamirano, Diego, murió religioso franciscano.
Altamirano, Francisco, deudo de Cortés.
Alvarado, Juan, hermano bastardo de los cuatro de su apellido, Pedro, Gomez, Gonzalo y Jorge; murió en la mar yendo á comprar caballos á Cuba.
Alvarado, Pablo.
Alvarado, Hernando.
Alvarez Chico, Juan; le mataron los indios en Colima.
Alvarez, Melchor, de Teruel.
Alvarez Chico, Francisco, hermano del anterior, procurador mayor de la Villa Rica; murió en la isla de Santo Domingo.
Alvarez Rubazo, Juan, portugués.
Alvarez Vivano, Juan.
Alvaro, marinero, en obra de tres años tuvo treinta hijos en las indias; le mataron en Hibueras.
Amaya, vecino de Oajaca.
Amaya, Pedro.
Angulo; murió á manos de los indios.
Anton, Martin, de Huelva.
Aparicio, Martin, ballestero.
Aragon, Juan, vecino de Guatemala.
Arbenga, levantisco, artillero.
Arbolanche, buen soldado; murió á manos de los indios.
Arévalo, Luis.
Arguello; le cogieron vivo los indios que desbarataron á Escalante en 1519.
Argueta, Hernando de.
Arnega, artillero.
Arroyuelo, ballestero; murió á manos de los indios.
Astorga, anciano, vecino de Oajaca.
Asturiano, Francisco.
Avila, Alonso, capitan, el primer contador puesto por Cortés en la Nueva España; fué por procurador á la Española.
Avila, Sancho; murió á manos de los indios.
Avila, Luis, paje de Cortés; pobló en Michoacan.
Baldivia; le mataron los indios en 1519.
Baldovinos, Cristóbal; le mataron los indios.
Balnor; murió á manos de los indios.
Barrientos, Alonso, buen soldado.
Barrientos, Hernando, el de las granjerías.
Barrios, Andrés de, buen ginete, señor de la mitad de Metztitlan.
Barro, Juan, primer marido de Dª Leonor de Solis, ballestero.
Bartolomé Martin, de Palos.
Bautista, criado de Jorge de Alvarado.
Bautista de la Purificacion.
Benavidez, Nicolás.
Benitez, Juan, maestro de aderezar ballestas.
Berganciano, Juan.
Berrio, Pedro.
Benito, escopetero.

Blasco, Pedro, de quien fué la casa de Juan Velazquez de Leon, donde se edificó el convento de Sto. Domingo, y es la antigua Inquisicion y hoy la Escuela de Medicina.
Bonal, Francisco.
Botello, Blas, el Nigromántico; murió en la Noche triste.
Brica, Juan, sastre.
Briones, Gonzalo, buen ginete.
Bueno, Tomás.
Burgos, Rodrigo.
Burguillos, Gaspar, paje de Cortés, rico; se metió á novicio y dejó el convento; volvió despues y murió religioso franciscano.
Cáceres Delgado, Juan, señor de Maravatío.
Cáceres, Manuel, pobló en Colima.
Caicedo, Antonio, fué hombre rico.
Camacho de Triana, piloto.
Camargo, Toribio.
Cancino, Pedro.
Canillas, atambor en Italia y en México; murió en poder de indios.
Cano, Alonso.
Canto, Andrés del.
Carabaza, maestre de una nao.
Carmona, Juan, de Casalta, hermano del soldado del mismo nombre.
Carrasco, Gonzalo, compadre de Cortés.
Carrillo, Juan.
Carrion, Rodrigo de.
Cartajena, Juan de.
Carvajal Turrencaos, Antonio, murió en la toma del templo de Tlaltelolco.
Casas, Francisco de las, primo de Cortés.
Castellar, Pedro del.
Castellanos, Pedro, vivió en Veracruz.
Castillo, Antonio del.
Castro, Pedro.
Catalan, Alonso, buen soldado; murió á manos de los indios.
Catalan, Juan, artillero.
Casanori Gutierre.
Cermeño, Juan, piloto, hermano del soldado del mismo nombre; Cortés le mandó ahorcar en la Villa Rica el año 1519 porque se queria volver á Cuba. En algunas partes se le llama Diego.
Celos, Bartolomé; se le encuentra tambien con el apellido de *Celi*.
Cervantes, el Loco, chocarrero y truhan de Diego Velasquez; murió á manos de los indios.
Cevallos, Alonso de.
Clemente, aserrador.
Cieza, tirador de barra; le mataron los indios.
Cifuentes, Francisco.
Cordero, Anton.
Colmenero, Juan Estéban.
Coronado; murió á manos de los indios en Tepeaca, año 1520.
Correa, Diego, marinero.
Correa, Juan.
Coria, Bernardino de; descubrió á los que se querian volver á Cuba.
Coria, Diego de, vecino de México.
Cortés, D. Hernando, general del ejército, gobernador y capitan general de la Nueva España, marqués del Valle; murió en España.
Cortés de Zúñiga, Alonso.
Cortés, Juan, esclavo negro de D. Hernando.
Cortés, Juan, cocinero de D. Hernando; pudiera ser el mismo esclavo negro, aunque aparece como diverso.
Cortés, Francisco, pariente de D. Hernando.
Cristóbal Gil.
Cubillas, Juan.
Cuellar, Bartolomé, el de la Huerta.
Cuellar, Francisco, vecino de México.
Cuenca, Simon de, mayordomo de Cortés, regidor de la Vera-Cruz y en cuya casa estuvo preso Narvaez; matáronle los indios en Xicalanco con otros diez soldados.
Cuesta, Alonso de la.
Cuevas, Juan, señor de Xiquilpan.
Cuvieta, Sebastian de.
Chacon, Gonzalo, paje de Cortés y señor de Oxitlan.
Chavez, hombre de gran fuerza.
Chiclana, Anton de.
Dazco, Francisco.
Delgado, Alonso, buen escopetero.
Diaz, Bartolomé.
Diaz de la Reguera, Alonso.
Diaz, Gaspar; fué rico, abandonó sus indios y se metió á ermitaño en los pinares de Huexotzinco, atrayendo á otros que allí se pusieron á pasar la misma vida.
Diaz, Miguel, el Viejo.
Diaz, Domingo.
Diaz de Sotomayor, Pedro, bachiller.
Diaz del Castillo Bernal, el Galan, buen soldado y el historiador mas sincero de la conquista.
Durán, Alonso, algo viejo; ayudaba de sacristan y se metió á religioso mercenario.
Ecijoles, Tomás, italiano, intérprete y marido de Beatriz Hernandez.
Ecija, Andrés de.
Enamorado, Juan.
Enrique, murió sofocado por el calor de las armas.
Escalante, Juan, capitan, primer alguacil mayor de la Villa Rica; murió á manos de los indios en la batalla de Almería, con otros siete soldados.
Escalante, Pedro, rico y galanteador, fué buen religioso franciscano.
Escalona, Juan, capitan, murió en el cerco de México.
Escacena, Antonio, el Colérico.
Escobar, Alonso de, paje de Diego Velazquez; le mataron los indios.
Escobar, el Bachiller, médico, cirujano y boticario; murió loco.
Escobar, Juan, buen soldado, murió ahorcado por haber hecho fuerza á una casada.
Escudero, Pedro, fué ahorcado en la Villa Rica, de órden de Cortés el año 1519, porque se queria volver á Cuba: tambien le llaman Diego.
Escudero, Juan.
Espíndola, Juan de.
Espinosa, vizcaino; murió en poder de los indios.
Espinosa, el de la Bendicion.
Espinosa, natural de Espinosa de los Monteros, murió á manos de los indios.
Esquivel, Alonso.
Estéban, Martin, de Huelva.
Estéban, Miguel.
Estrada, Alonso, capitan.
Farfan, Luis, le mataron los indios.
Fernandez, Juan, alférez de Francisco Verdugo.
Fernandez, Juan, descubridor de Michoacan.
Fernandez, Juan, el Fraile.
Florines.
Florines, hermanos; les mataron los indios.
Francisco, indio mexicano, intérprete.
Franco, Pedro.
Fuenterrabia, Juanes de.

Galdin, piloto.
Galeote, Antonio.
Galindo, Juan, buen ginete, señor de Nextlalpan.
Galvez, Melchor, vecino de Oaxaca.
Gallardo, Antonio.
Gallego, Pedro, le sacrificaron los indios.
Gallego, Bartolomé.
Gallego, Gonzalo, galafate.
Gallego, Alvaro, vecino de México.
Gamez, Alonso.
García, Bartolomé, minero en Cuba; este y su compañero Ortiz pasaron el mejor caballo, que despues compró Cortés.
García Holguin, D. Juan, capitan de uno de los bergantines; prendió al rey Cuauhtemoc.
García, Estéban, marinero.
García, Ginés.
García, Juan, vivió en Veracruz.
García, Juan, de Lepe.
García, Julian.
García, Luis.
García Casavi, Pedro.
Garnica, Gaspar.
Garrido, Pedro.
Ginovés, Lorenzo, piloto, vecino de Oaxaca.
Godoi, Diego, escribano.
Gomez, Andrés, ballestero.
Gomez, Alonso, de Trigueros.
Gomez, Francisco, marinero.
Gomez de Herrera, Juan.
Gomez de Guevara, Juan.
Gonzalez de Nájera, Francisco, padre de Pero ó Pedro; murió en Guatemala.
Gonzalez, Diego, sacristan.
Gonzales Dávila, Gil, capitan, que mató á Cristóbal de Olid en Hibueras.
Gonzalez, Hernando, fundador en Oaxaca.
Gonzalez de Leon, Juan, marido de Francisca de Ordaz.
Gonzalez Reales, Juan.
Gonzalez, Juan, casado.
Gonzalez, Nuño.
Gonzalez, Pedro, de Trujillo.
Grado, Alonso de, tesorero del ejército y visitador general de indios, «y era hombre mas para entender en negocios que guerra, y este, con importunaciones que tuvo con Cortés, le casó con Doña Isabel, hija de Montezuma.»
Granado, Alonso Martin.
Granado, Francisco.
Griego, Juan.
Grijalva, Alonso.
Grijalva, Francisco.
Guia, Hernando.
Guia, Juan, de Palencia.
Guillen, Juan.
Guisado, Alonso.
Gutierrez, Antonio, marinero.
Gutierrez, Francisco, murió á manos de los indios.
Gutierrez, Antonio, de Almodovar, señor de Mizquihuala.
Gutierrez, Diego, señor de Coseatlan.
Gutierrez, Diego, encomendero de Huatulco.
Gutierrez Duran, Juan.
Guzman, Juan ó Estéban, camarero de Cortés.
Guzman, Pedro, el ballestero, maestre de aderezar ballestas.
Guzman, Gabriel.
Heredia, el viejo, vizcaino.
Hermosilla, Juan.
Hernandez, Santos, el Buen viejo, ginete batidor, natural de Soria.
Hernandez Puertocarrero, Alonso, de la casa del conde de Palma, natural de Ecija, capitan, primer alcalde ordinario de la Villa Rica; fué á España como procurador de Cortés.
Hernandez de Palo Alonso, viejo.
Hernandez Alonso, sobrino del anterior, ballestero; murió á manos de los indios.
Hernandez, hermano del anterior.
Hernandez, Diego, aserrador, trabajó en la construccion de los bergantines.
Hernandez Maya, Alonso.
Hernandez, Bartolomé, de la guardia de Cortés.
Hernandez Perez, Francisco.
Hernandez, Francisco, de la guardia de Cortés.
Hernandez, Francisco, escribano real ante quien renunció Cortés el cargo de general que traia de Diego Velazquez.
Hernandez de Herrera Garú, el Filósofo.
Hernandez de Mozquera, Gonzalo.
Hernandez Bejarano, Gonzalo; lo sacrificaron los indios en Tetzcoco.
Hernandez de Alaniz, Gonzalo, soldado valiente.
Hernandez, Gonzalo, de Palos, señor de la mitad del pueblo Morisco; vivió en Puebla.
Hernandez Montemayor, Gonzalo.
Hernandez Tavira, Juan.
Hernandez, Pedro, de Estremadura; no tenia la barba.
Hernandez, Pedro, el Mozo.
Hernandez de Córdoba, Rodrigo.
Hernandez, Santos, herrero.
Hernandez de Córdoba, Cristóbal.
Hernan, Martin, herrero, casado con Catalina Márquez, dicha la Bermuda.
Hernando, Martin, de Palos.
Hernando, Alonso, herrero: segun las noticias de Panes, «fué natural del condado de Niebla; quemáronle en México por judaizante en 1528; está su sambenito en esta catedral; fué marido de Beatriz Ordaz.»
Herrera, Alonso, capitan en los zapotecas; murió en el Marañon.
Herrera, Pedro.
Hoyos, Gomez de, vecino de Colima.
Hoyos, Gonzalo de.
Huemes, Miguel.
Hurones, Gonzalo.
Hurtado, Hernando.
Illan, Diego, encomendero de Culotepec.
Illan, Luis.
Inhiesta, Juan de, ballestero.
Ircio, Martin; vivió en Tepeaca.
Izquierdo; se avecindó en Guatemala.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

EL LUCERO DE LA TARDE.

¡Cuán bello eres, magnífico lucero,
Cuando al morir el sol tras de los montes,
Reverberas allá en los horizontes,
De los astros radiantes el primero!

Majestuoso y gentil, rasgando el velo
De las doradas nubes del Poniente,
Brillas como una lámpara pendiente
De la azulada bóveda del cielo.

Se dijera que vas haciendo alarde
Del fulgor de tus luces argentinas,
Cuando con tanta majestad caminas
Entre las rojas nubes de la tarde.

Ora un ángel risueño me pareces
Sobre un tapiz de flores reclinado;
Ora en medio del éter azulado
Cual monarca del cielo resplandeces.

Ora al tocar las diáfanas orillas
De un espacioso mar de ámbar y rosa,
¡Con qué expresion tan pura y misteriosa,
Con qué ternura indefinible brillas!

Así brillan los ojos de mi amada,
De la adorable vírgen que me inspira,
Y cuantas veces lánguida me mira,
Hermosa cual tu luz es su mirada.

Cuando al Ocaso tu esplendor resbala,
Miro ondular tus fúlgidos destellos:
Así ondulan en rizos sus cabellos
Arrullados del céfiro en el ala.

Tu luz reina en el alma y la encadena
Con vínculos tan dulces, que ya pienso
Que eres el fuego de ese amor intenso
Que me embriaga, me encanta, me enajena.

No hay astro como tú, fulgente estrella,
Del vasto cielo en el azul profundo;
Así tambien en la extension del mundo
No hay sér tan puro y tan gentil como ella.

Ella será por siempre la que guarde
La imágen de tu cándida hermosura;
Por eso yo, de mi alma en la ternura,
La he llamado el *Lucero de la tarde.*

José B. Santaella.

REVISTA TEATRAL.

LOS BUFOS HABANEROS.

Loado sea Dios, lector mio, porque al fin puedo reanudar contigo aquellas para mí agradables pláticas que semanariamente soliamos tener con motivo de las representaciones teatrales, pláticas que la *zarzuela* vino á interrumpir, por cuanto acerca de ese género te confieso francamente que no me ocurria nada que decirte, siendo como soy profano en el arte de la música, y ademas, enemigo de comparaciones que siempre son odiosas, como lo reza nuestro antiguo refran castellano. Ociosa habia quedado, por tales razones, mi pluma de crítico, esperando para volver al antiguo ejercicio la aparicion de una tercera entidad, que no trajese consigo la espinosa obligacion de dirimir contiendas entre dos compañías rivales. La deseada entidad apareció ya anoche en el teatro Iturbide, y de ella voy á hablarte, si bien muy por encima, así por la premura del tiempo, como por lo irracional que seria juzgar de una cosa partiendo solo de la primera impresion.

La compañía de actores denominados *Bufos habaneros*, acaba de introducir en nuestro teatro un género de representacion escénica nuevo entre nosotros, si bien puede considerarse en rigor como el mas antiguo, por cuanto en el fondo conserva los caractéres que el arte tuvo en su infancia.

En efecto, si recuerdas las comedias llamadas *Atellanæ* (que eran una imitacion, ó mas bien reminiscencia de las comedias satíricas de los griegos), resucitadas en Italia hácia la época del Renacimiento con el nombre genérico de *Commedia dell'arte*, y las comparas con las representaciones de los *Bufos habaneros*, hallarás entre unas y otras rasgos comunes, ó como si dijéramos aire de familia, si bien la semejanza es mayor respecto del género italiano. En las *Atellanæ* se trataba de representaciones improvisadas, cortas, satíricas y las mas veces licenciosas. En la *Commedia dell'arte* la representacion es tambien improvisada, y mezclada con cantos y bailes; pero en ella se trata del estudio y crítica de los caractéres reales representados por una coleccion de tipos invariables; séria y aun melancólica en el fondo, es jocosa en la forma, y realiza con toda exactitud el *castigat ridendo mores;* quizá este género sea el mas eficaz, por ser el mas popular, como que atrayendo á todas las clases con la sencillez de sus formas y con el aliciente de su estilo alegre, puede entregar al escarnio público en toda su desnudez, las extravagancias que el hombre comete en todas las edades de la vida y en todas las condiciones sociales.

Las diversas faces del hombre moral estaban personificadas en diversos tipos, cuyo número, harto reducido en su orígen, se aumentó despues con la creacion de otros nuevos, mas ó menos accesorios; así verás que Cassandro ó Pantalone representa el viejo ridículo; Arlequin todas las cualidades y todos los vicios brillantes; Pulcinella el egoista; Colombina es el ideal, la flor de la juventud y de la belleza; Leandro, el *bello* tonto; Flavio el amante discreto y simpático; Polidoro el amante rico, soberbio, descortés; Pedrolino ó Pierrot, es el esclavo, el proletario, el ser pasivo, siempre hambriento y siempre golpeado. Habia tambien el Notario, el Boticario, el Doctor, el Capitan Matamoros, la Criada y algunos otros de inferior categoría, pero que representaban alguna de las diversas condiciones sociales. Puestos en juego estos personajes, y obrando cada cual conforme á su carácter, improvisaban las representaciones, ateniéndose para la marcha de la accion á un croquis ó esqueleto que el director fijaba en un bastidor, y que los actores leian momentos antes de comenzar la funcion. Tal era, poco mas ó menos, la *Commedia dell'arte*, que ya casi no existe hoy y de la que nosotros solo tenemos una muestra en el *payaso*, y tal es la compañía de *Bufos habaneros*, que muy bien pudiera considerarse con algunas modificaciones como la resurreccion de la comedia italiana.

En efecto, los Bufos hacen como sus modelos la

crítica de los vicios y de las extravagancias, copian los tipos de los diversos pueblos, parodian á los actores célebres, así como las obras literarias de mas reputacion, y mezclan sus representaciones con cantos y bailes. No improvisan á medida que representan, pero se componen ellos mismos sus piezas, y á veces de un dia para otro. Hoy hacen la caricatura de un Parlamento como en el *Congreso de Haití*, mañana ridiculizan los vicios de la sociedad como en los *Negros catedráticos;* ora presentan de bulto la degradacion de las clases ínfimas como en el *Perro huevero*, ora excitan la conmiseracion en favor de los esclavos por medio de cantares melancólicos. Tienen, como en la *Commedia dell'arte*, sus tipos invariables, tomados casi siempre de la raza negra, pero en los que está personificada la humanidad. Así, el negro *catedrático* caracteriza la fatuidad, la pedantería, el orgullo ridículo; para representar al *pollo* insustancial, vicioso, ignorante, enemigo del trabajo, y consagrado solo al aliño de su persona, tienen el negro *Cheche;* el negro *Congo* es el Pedrolino italiano, es decir, el proletario, la víctima del poderoso, la inteligencia obtusa y refractaria á la ilustracion: fuera de estos tipos, que pudieran llamarse genéricos, tienen tambien el *guajiro*, análogo de nuestro *ranchero*, el *catalan* brusco, el bullicioso *andaluz*, y otros á medida de la necesidad. En suma, los *Bufos habaneros* constituyen un género de representacion escénica que explotado diestramente puede producir todos los buenos resultados que el teatro ha dado siempre en provecho de la moral, de la civilizacion y aun de la higiene. En los *Negros catedráticos*, que fué la obra con que aquella compañía hizo anoche su estreno, habrás podido notar el gran fondo de filosofía que se contiene en esa pieza, al parecer tan ligera, pero cuya intencion moral se revela de una manera harto clara por lo mismo que es tan sencilla; yo de mí sé decirte, que tras de los atezados rostros de aquellos negros, ví los rostros blancos de muchos conocidos y conocidas que andan por esos mundos.

Dejo para mas adelante el análisis de los trabajos que la compañía prepara, por no ser bastante una sola funcion para formar un juicio exacto; por ahora me limitaré á indicar al autor, D. Francisco Fernandez, que es á la vez actor inteligente, la conveniencia que resultaria de dar en sus obras á la accion alguna mayor viveza, en obsequio del interes dramático: personas hay á quienes pareció lánguida la obra de anoche. La ejecucion de esta fué esmerada en lo relativo á la propiedad con que resultaron interpretados los diversos caractéres, al decir de quienes han visto de cerca á los originales, especialmente el *catedrático* D. Aniceto, retrato de un negro apellidado Brindis, que existe en la Habana, y de quien son textuales la esquela de convite para el bautizo, y la mayor parte de las palabras dichas por aquel personaje.

Cuando el público se familiarice con el espectáculo de que venimos hablando y le tome sabor, yo fio en que acaso llegue á ser el favorito de nuestro pueblo, que tan aficionado es á la caricatura, y en general á todo aquello que se le presenta por el lado ridículo.

M. PEREDO.

Junio 3 de 1869.

UNA PASION ITALIANA.*

(CONTINUA.)

Pasado el primer momento de estupefaccion y asombro, me apresuré á pedir explicaciones á tan singular personaje sobre su presencia en mi alojamiento, cuando suponia yo, como todos los habitantes de Ajaccio, que debia estar preparándose á hacer el siempre penoso viaje á la eternidad. La explicacion fué corta y sencilla. Las autoridades de la isla no se habian atrevido á hacer gracia á Paoni, por las causas antes indicadas; pero no queriendo cargar su conciencia con la muerte de un hombre que á su parecer no habia obrado sino muy honradamente al cumplir una *vendetta*, le habian hecho escapar y seducido á mi criado para que se fingiera enfermo y buscara manera de que yo admitiese á Paoni á mi servicio. De ese modo, cuando llegara la hora de la ejecucion, ya Paoni se encontraria á salvo en alta mar. Terminada la explicacion, Paoni guardó un silencio lleno de dignidad, esperando que resolviera yo su suerte.

A la verdad, mi situacion no era nada agradable. Mas despues de reflexionar un poco, decidí prestarme á la evasion de Paoni. En efecto, su crímen era uno de esos crímenes que en Córcega parecen muy naturales, á causa de la extraña preocupacion de la *vendetta*, y por otra parte, los hombres á quienes habia matado eran unos bandidos que habian merecido la muerte mas de una vez. Admití, pues, á Paoni como criado mio, y como tal se embarcó conmigo.

Desde ese dia Paoni no quiso separarse de mi lado y siguió sirviéndome como criado. Mas un dia, estando en Roma, recibí de Venecia la noticia de que mi padre habia sido aprehendido por la policía, y esa noticia me hizo concebir el proyecto de hacer ingresar á Paoni entre los agentes ó espías del gobierno austriaco, pudiendo así estar al tanto de lo que se hiciera contra mi padre. El corso no dejó de mostrar repugnancia á hacer semejante papel; pero mis instancias vencieron esa repugnancia, y salió para Venecia. Una vez allí, pronto consiguió afiliarse en la policía, y desde ese dia ha permanecido en ella, ocupando ya hoy un puesto importante, debido á los servicios que ha prestado. Por su medio he sabido lo que se prepara contra vos.

—¿Y qué me aconsejais que haga?

—Que no os deis por entendido de nada, pero que prevengais á vuestro cónsul y al cónsul frances, que sé que es vuestro amigo, para que llegado el caso hablen en favor vuestro.

—Bien; voy á vestirme, para seguir vuestro consejo inmediatamente.

* En la pág. 168, línea 42, se dijo *carruaje* en vez de *góndola*.

—Os dejo, pues. ¡Ah! olvidaba deciros que esta noche da un concierto la princesa Vendramini y que me ha encargado os presente en él. Probablemente recibireis hoy el convite. Ya veis que tiene razon el marqués Castel-Nuovo en tener celos de vos, agregó el príncipe riendo.

No necesito decir con qué impaciencia esperé que llegara la noche. El príncipe Cavoni fué á buscarme y me condujo al *palazzo* Vendramini. Los salones de Francesca estaban deslumbrantes, mas yo no tuve ojos mas que para ella y para Angiolina. La princesa tenia un vestido de seda azul, y en la cabeza una pequeña y delgada diadema de brillantes, cuyos reflejos parecian mas vivos aún entre los negros cabellos de Francesca. Angiolina llevaba un vestido blanco de gasa con fondo de raso azul celeste, y como en la noche anterior, sus cabellos estaban entretejidos con perlas.

El concierto fué magnífico; mas apenas si fijé mi atencion en la música ni en el canto, hasta que llegó la vez en que Angiolina y Francesca debian cantar un duo de Romeo y Julieta. Apenas se escaparon las primeras notas de aquellas privilegiadas gargantas, cuando el mas profundo silencio reinó en el salon, y cuando todo el mundo quedó pendiente de los labios de las dos bellas y aristocráticas cantatrices. Angiolina poseia una deliciosa voz de soprano, llena de dulzura y armonía, la voz mas encantadora que he escuchado en mi vida. Francesca era un contralto de extraordinaria fuerza y energía, y su voz llenaba completamente el espacioso salon en que nos encontrábamos. Si en lugar de encontrarse al nacer en las primeras gradas de la escala social, hubieran mecido sus primeros años cunas menos ilustres, probablemente hubieran sido las dos mas grandes cantatrices que hubiesen jamas hollado el tablado de un teatro.

Al escucharlas, no me fijaba yo en las palabras del duo, sino solamente en sus fisonomías y en el sonido de sus voces, y me figuraba ver en Francesca el genio vengador de la Italia esclavizada, blandiendo la espada de la justicia el dia de la libertad, y en Angiolina el ángel pacificador de ese gran pueblo oprimido, pidiendo gracia para el vencido.

Cuando concluyó el duo, resonaron en el ámbito del salon los aplausos mas entusiastas y atronadores, y todos se lanzaron al encuentro de las dos bellas cantatrices, disputándose el honor de ser los primeros en felicitarlas. Yo permanecí en mi sitio sin moverme.

—¿Y bien? me dijo el príncipe Cavoni, ¿por qué no haceis lo que los demas y no volais á recoger las primeras sonrisas de Angiolina y de Francesca?

—No, le dije sonriendo, no iré á confundirme entre esa turba de admiradores, que no recogerán mas que una banal sonrisa ó un vano cumplimiento dirigido á todos y á ninguno. Así que pasado el primer momento de entusiasmo queden mas libres, iré á decirles lo que me han hecho sentir, y tal vez tenga la dicha de que se dignen fijar su atencion en mis palabras.

—Y por fin, ¿cuál de las dos preferís? me dijo el príncipe.

—No lo sé aún, contesté.

—Preferiré que os fijeis en la princesa, porque de otro modo probablemente os alejareis de Venecia.

—¡Cómo! exclamé, ¿alejarme de Venecia?

—Sí, porque la condesa Catani debe marchar pronto á Génova, y naturalmente la bella *contessina* la acompañará.

Cuando pude acercarme á Francesca y Angiolina, fuí á expresarles mi admiracion y mi entusiasmo. Ambas me trataron con esa dulce familiaridad italiana que encanta y atrae, y cuando salí del *palazzo* Vendramini estaba mas enamorado de ambas que cuando habia entrado en él.

Tal vez no se comprenderá cómo podia estar apasionado de dos mujeres al mismo tiempo, ni cómo podia identificar la imágen de ambas en mi imaginacion de tal manera, que venia á formar una sola de las dos. No trataré de explicarlo, mas así era; amaba á las dos con igual pasion. Solamente observé que cuando estaba en su presencia, ejercia sobre mí Francesca cierta misteriosa fascinacion, que me hacia sentir por ella una ligera preferencia, y que una vez lejos de su lado, recordaba con mas placer el cándido rostro de la angelical Angiolina. Inverosímil ó no, tal era mi situacion, y yo nunca he tratado ni trato de explicarla. Solo refiero lo que sentia.

Al dia siguiente al del concierto, me dijo el príncipe Cavoni que la condesa Catani habia resuelto definitivamente hacer un corto viaje á Génova para arreglar algunos asuntos de interes, y que partiria dentro de unos veinte dias ó un mes, á mas tardar. Esto me hizo apresurarme en estrechar mi amistad con las Catani, y lo conseguí bien pronto, pues unos quince ó veinte dias despues, ya era recibido por ellas bajo cierto pié de intimidad. Angiolina me trataba con cierta amistosa preferencia que me hacia concebir la esperanza de que algun dia llegara á amarme. No sé si fué debido á esa preferencia que me daba sobre los demas, ó á que mis relaciones con la princesa Vendramini no hubieran podido llegar al mismo punto de intimidad; pero el resultado fué que bien pronto me ocupé exclusivamente de Angiolina, y que apenas se fijaba mi atencion en Francesca cuando ambas estaban reunidas, lo que sucedia frecuentemente, pues eran amigas íntimas. Aquella especie de fascinacion que ejercia sobre mí al principio la presencia de Francesca, habia ido perdiendo su poder, y un momento creí que estaba verdadera y apasionadamente enamorado de Angiolina.

El viaje de la condesa Catani habia ido retardándose de dia en dia por diversos motivos, con gran júbilo mio y bastante contento del príncipe Cavoni, que ya habia tomado la costumbre, bien desinteresada por lo demas y debida solamente á la estrecha amistad que habia existido entre sus familias

desde tiempo inmemorial, de visitar diariamente á las Catani y de acompañarlas á casi todas las partes adonde iban; costumbre que me era muy útil, pues siendo tan conocida la amistad que me unia al príncipe, no se hacia extraña mi asiduidad en frecuentar el palacio de la condesa. El marqués Castel-Nuovo, al observar mi conducta se habia convencido de que yo no pensaba en Francesca, y habia llegado hasta cobrarme alguna amistad y estimacion, debida especialmente á mis cortos conocimientos de arqueología, que yo supe exagerar en un momento dado. El marqués Castel-Nuovo tenia una verdadera manía por las antigüedades, y conseguí captarme su aprecio obsequiándole con una coleccion de medallas romanas, que no sé cómo habia ido á dar mi poder, y con un ejemplar de la primera edicion del Dante, que encontré cubierto de polvo y enterrado bajo un respetable número de viejos libros forrados de pergamino, en la biblioteca del palacio Cavoni, libro que el príncipe tuvo la amabilidad de regalarme. Así pude bien pronto llegar á ser tambien amigo de Francesca, y se estableció una verdadera intimidad en nuestro pequeño círculo. Mas á pesar de tener mil ocasiones de hablar á Angiolina de mi amor, jamas me hubiera atrevido á hacerlo si Francesca no me hubiera impulsado á ello. Si hubiera ella previsto el porvenir, nunca me habria dado consejo semejante....... Mas no debo adelantarme á los acontecimientos.

Un dia nos paseábamos Francesca y yo por el jardin de la villa Catani, adonde nos habia invitado la condesa á ir á pasar dos ó tres dias, mientras que Castel-Nuovo, Cavoni, Angiolina y la dueña de la casa estaban sentados á alguna distancia en un precioso cenador, aspirando la fresca brisa de la tarde. Hablábamos del amor, conversacion siempre agradable para una mujer, y especialmente para una italiana, y me expresaba con tal entusiasmo, que la princesa me dijo sonriendo:

—Bien se conoce que estais enamorado.

—¿Enamorado? repetí.

—Sí, enamorado, contestó la princesa. Pues qué, ¿creeis que vuestro amor es un secreto para alguno de nosotros?

—Pero la *contessina*.......

—Angiolina lo sabe como los demas. Al hablarle yo de vos, negó que hubiera comprendido que la amábais, y me dijo que creia que me engañaba al suponerlo. Eso era natural, pues hay cierto secreto pudor en el primer amor de una mujer, que la hace querer ocultarlo en el fondo de su corazon, aun á los ojos de su mejor amiga. Mas despues......

—Perdonad, princesa, si os interrumpo, exclamé; pero habeis pronunciado una frase que...... hablais del primer amor de una mujer, como si fuera posible que Angiolina......

—¿Os amara? Pues qué, ¿no lo habeis comprendido aún?

ROBERTO A. ESTEVA.

(*Continuará.*)

EL POETA.

En este valle de dolor, un dia
Tomó el Señor, de los humanos séres,
Uno cuyas miradas fulguraban
Bajo el nublado cielo de su frente.
—Pulsa—le dijo—este laúd sonoro,
Mas valioso que el cetro de los reyes;
Avasalla los tiernos corazones;
Sobre las almas tu dominio ejerce.
Tuyo es el bosque con sus altos pinos,
Tuyo es el viento que las hojas mueve,
Tuyas las flores con su casta esencia,
Y tuya el ave que los aires hiende.
Para tí guarda la tranquila noche
El silencio, la paz, las auras leves,
Y la tarde sus nubes caprichosas
Y la hora del crepúsculo solemne.
Tú sabrás encontrar en los sepulcros
El misterio que halaga y que conmueve,
Tú comprender sabrás esos rumores
Que en el torrente mundanal se pierden.
Atomo desprendido de mi mano,
Incendiaré tu corazon, tu mente,
Y en la siniestra noche de la vida,
Estrella tú, deslumbrarás á veces.
Pero en cambio, del necio la sonrisa,
Del cáliz del dolor las agrias heces
Son para tí.... La envidia, la calumnia
Te seguirán como irritadas sierpes,
El pesar de los otros será tuyo,
Tuyos los sufrimientos con que mueren,
Y arrojarán á tu alma gota á gota
La hiel que en ellos la desgracia vierte.
Se mofarán de tus sentidos cantos
Los que elevarse como tú no pueden,
Los que se arrastran en inmundo vicio;
Si hablas de la virtud, dirán que mientes.
Libre tú, del esclavo los insultos
Lapidarán tu corazon valiente;
Apóstol del progreso, los tiranos
Odian tu voz, tus cantos escarnecen....
Mas las almas que sufren y que velan,
Los pechos que suspiran y que sienten,
Forman tu pueblo.... y á tu acento laten
Y al eco de tu canto se estremecen.
De gloria y de dolor es tu camino;
Nadie goza cual tú, y á nadie hiere
Con mas furor el mal; todos envidian
Ese poder que de los cielos viene....
Esas coronas que á lo lejos brillan,
Secan el corazon, queman la frente:
Poeta, ciñe tu inmortal corona,
Y cumple así tu misteriosa suerte.
.... Y el sér privilegiado, el sér que lleva
Una corona en su cabeza ardiente,
Cumple de Dios la voluntad suprema,
Reina en el corazon, canta y padece!

LUIS PONCE.

Tulancingo, 1869.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Gran concierto dado por la Sociedad Filarmónica mexicana en el teatro Iturbide en honor de Melesio Morales.—El teatro Nacional y la zarzuela.—El teatro Iturbide y los *Bufos habaneros*.—La funcion del miércoles.—La compañía ecuestre Albisu en la antigua Plaza de toros de Bucareli.—Los trapecios.—Montaño, el rival de Airec.—El globo.—Las bailarinas.—La Civili.—Nueva compañía dramática en embrion.

México, Junio 12 de 1869.

El lúnes pasado tuvo lugar en el teatro de Iturbide el gran concierto que la Sociedad Filarmónica mexicana habia dispuesto en obsequio del autor de *Ildegonda*.

Gran alboroto causó en esta capital la expectativa de tal concierto. Son tan pocas las novedades que hay ahora en México, que cuando algo extraordinario se prepara, todo el mundo palpita de impaciencia y de curiosidad.

Así es que cuatro dias antes del lúnes hubiera sido casi imposible hallar una localidad. Palcos, Dios los dé, lunetas ni por una onza de oro, una miserable silla colocada en un rinconcito era un hallazgo, y los miembros de la Junta directiva de la Sociedad anduvieron en esos dias asediados, perseguidos sin piedad, desesperados por no poder facilitar billetes á la muchedumbre que se los pedia. Pocas veces produce en México una funcion teatral semejante ruido. Debemos advertir que la Sociedad, con el objeto de contentar á todos no quiso distribuir sino tres billetes á cada uno de sus socios, y no repartió sino pocos palcos á determinados grandes personajes; pero aun así faltaron localidades, como hemos dicho.

El lúnes en la noche, Iturbide abrió sus puertas, por las que salió la luz á torrentes. A las siete y media el salon estaba lleno, y una multitud compacta se apiñaba en el vestíbulo, procurando gozar del espectáculo de cualquier modo.

Las mujeres bellas se contaban en el teatro por centenares, y gracias á Dios no eran esas que estamos acostumbrados á ver siempre en los palcos y en las plateas, y cuyos encantos han perdido, por la costumbre de contemplarlos diariamente, su mágia y su poder, corriendo la misma suerte que los gorgoritos de las zarzuelistas. Habia semblantes nuevos, ojos que nos sorprendieron como sorprenderian á un astrónomo nuevas estrellas que descubriera en el firmamento ya conocido; en suma, el círculo que estaba allí no era ese círculo perdurable, inmutable, estereotipado, que se ve en el paseo, en el teatro Nacional, en la Lonja, en el Casino, en las calles de Plateros por la mañana, en catedral en misa de doce los domingos, en el jardin de la plaza, en todas partes; ese círculo que parece condenado al estancamiento y á la inmortalidad, y que se traslada con sus *liones* y sus *lionas* íntegros, sin faltar uno, sin tener una sola alta y como si fuera una tribu nómade, á todas partes de la ciudad donde se canta, donde se baila, donde se reza, donde se critica y donde se pesca un constipado.

Hay tan poco movimiento de poblacion en esta hermosa capital, que francamente, la vida de placer que se pasa el antedicho círculo de gentes elegantes, se parece á la vida de aldea como una gota de agua á otra gota. Y no es que á ese grupo pequeño de afortunados esté reducida la sociedad que puede divertirse; no, nada de eso; la familia trashumante forma un guarismo reducidísimo en comparacion del pueblo de México. Pero es que el inmenso resto de poblacion no se exhibe sino de cuando en cuando en las grandes fiestas religiosas ó civiles, ó en una que otra ocasion extraordinaria, como la de que venimos hablando.

Entonces ¡qué de mujeres hermosas salen á luz, qué de palmitos encantadores se ven surgir entre la muchedumbre para perderse despues en las tinieblas del encierro! Tales apariciones, que podriamos llamar intermitentes, dejan siempre dulcísimos recuerdos, y vienen á consolar á los amantes de lo bello y de lo nuevo, de la profunda tristeza que les causa la vida contemplativa que tienen que guardar enfrente de la invariable tribu. De esta sociedad, pues, no por modesta menos buena, y de gran parte de la del gran tono, que por cierto se hallaba confundida, y no exageramos si decimos que opacada, se componia la concurrencia del teatro de Iturbide en la noche del lúnes. Podia decirse que todo México se hallaba allí representado. Los prohombres de la política, los príncipes de la riqueza, las reinas de la hermosura y de la juventud, los publicistas, los hijos de esa Bohemia encantadora y alegre de las bellas artes y la literatura, todos estaban allí, regocijados, satisfechos, orgullosos, porque la fiesta que se celebraba era una fiesta nacional, era el apoteosis del talento mexicano, y era un apoteosis en vida del héroe; cosa rara, porque lo que aquí ha sucedido generalmente es, que mientras ha vivido un hombre de genio, la indiferencia le ha relegado al olvido y la envidia le ha perseguido con rabia, y solo cuando la tumba ha apagado los rencores es cuando se ha tributado un elogio á su memoria y se le ha consagrado un busto de yeso, y se ha escrito su biografía, y se ha publicado su retrato, y se ha dicho con cierto pesar: ¡Lástima, valia algo ese infeliz! Es decir, primero se le ha hecho beber la cicuta y luego se ha decretado la estatua.

Melesio Morales es uno de los pocos afortunados que viviendo han sido proclamados hombres ilustres por sus compatriotas, y que han subido á un pedestal que la envidia no se ha atrevido á derrumbar con su pezuña de asno.

* * *

Casi todos los profesores de música con que cuenta la capital tomaban parte en el gran concierto. A las ocho el telon se alzó, y las dos orquestas de la ópera y de Santa Cecilia, dirigidas por el maestro Agustin Balderas, tocaron la marcha triunfal de Schiller, obra de Meyerbeer.

En seguida, las señoritas alumnas del Conserva-

torio, acompañadas por la orquesta y bajo la direccion del maestro Bruno Flores, cantaron el precioso coro de la ópera de Mercadante *Il Giuramento.*

Despues Emilia Serrano, jóven cuya fisonomía interesante animan dos grandes ojos negros, delgada, esbelta y modestísima, nos dejó escuchar su dulce y fresca voz, cantando el *aria* de la ópera de Pacini, *Saffo*, acompañada por la orquesta, bajo la direccion del maestro Balderas.

Los conocidos profesores Tomás Leon y Julio Ituarte, ejecutistas, como se sabe, de primer órden, tocaron en dos pianos un duo sobre temas de la ópera *Un ballo in maschera,* de San Fiorenzo, y con tal precision y maestría que no creemos puedan ser superados.

La simpática y graciosa Concha Carrion cantó en seguida un wals de Melesio, *Il Sospiro,* wals delicioso, lleno de pasion, de ternura, cuyas notas parecen traducir una historia del alma, pero no una historia amarga y terrible, sino mas bien una historia de dulces esperanzas desvanecidas, de goces inefables que se acabaron, pero cuyo recuerdo no produce desesperacion ni maldiciones, sino melancolía, una suave y resignada melancolía, que obliga al corazon á deshacerse en suspiros y á los ojos á mirar al cielo, nublados por el llanto.

Il Sospiro es como el adios á las venturas pasadas, y los que tienen algo que recordar, que lamentar un bien perdido, no pueden menos de entristecerse al oir esta queja, improvisada por el inspirado autor de *Ildegonda* tal vez en el momento en que suspiraba por la patria ausente.

Concha Carrion, tan apasionada, tan dulce, tan expresiva, y que comprende tan bien esos dolores del alma, supo traducir el pensamiento del maestro con una poesía, con un acento de vírgen enamorada, que encantaron.

Los profesores que componen el círculo orfeonista del Aguila Nacional, dirigidos por Julio Ituarte, nos hicieron despues oir las varoniles notas del coro llamado *La Saint-Hubert.* Las robustas voces de los orfeonistas formaban un conjunto grandioso. Precision, armonía, limpieza; estas cualidades no pueden disputarse á los artistas que componen la mejor Sociedad *coral* mexicana.

Despues, Soledad Vallejo cantó una aria de la ópera *La Giralda* de Cagnoni. Soledad Vallejo es una jóven hermosísima, gallarda, graciosa. Su semblante tiene un óvalo encantador, son sus ojos grandes, negros y dulces como los de una gacela, su nariz fina; su boca pequeña y recogida tiene el color fresco y encendido de la flor del granado, sus dientes son blancos y brillantes, su barba redonda y delicada tiene un hoyuelo, y el color suave y sonrosado del albérchigo ó del piñon que anima su tez, hace de esta jóven adorable un tipo de belleza enteramente mexicano.

Es la hurí del Anáhuac, la descendiente del blanco castellano de sangre azul y de la morena vírgen azteca de ojos de azabache y de sangre roja; es el ideal què sueñan en sus delirios de poeta Gonzaga Ortiz y Olavarría, Bandera y Rosas, Gonzalo Esteva y Estéban Gonzalez, todos, en fin, esos vates jóvenes y apasionados, cuya alma es víctima eterna de los trasportes que condenaron al martirio á Anacreonte y á Tibulo, á Petrarca y á Juan Segundo, á Garcilaso y á Parny, á Plácido y á Echeverría. Es el paraíso encarnado.

Con todo, Soledad tiene un aspecto modesto y digno, aspecto de una dama que no ha pervertido su gesto y sus modales haciendo sainetes. Por eso el murmullo que la acogió al presentarse en la escena, fué un murmullo de admiracion y de afecto respetuoso.

Decir que cantó admirablemente su *aria,* seria empeñarse en convencer de lo que ya se sabe. Soledad Vallejo canta como una artista consumada que es, y no adiciona las composiciones de los maestros con juegos de garganta ni con variaciones de su cosecha, es decir, no se toma facultades extraordinarias, sino que observa el órden legal, interpreta fielmente y no pone en apuros á la orquesta. Su canto es como su cútis, no necesita de agregaciones exóticas para agradar.

Tal es la hermosa Soledad Vallejo, á quien quisiéramos oir mas frecuentemente.

El maestro Bruno Flores fué el director mientras ella cantaba.

El profesor D. Luis Moran, á quien hacia tiempo que no veiamos en su puesto en la orquesta y á quien suponiamos enfermo, desterrado ó enclaustrado, se presentó en seguida á ejecutar en el violin unas variaciones, composicion de Allard sobre temas de la ópera *Norma;* las ejecutó perfectamente. Julio Ituarte le acompañó en el piano.

Despues hubo un intervalo de un cuarto de hora. Durante él los hombres que pudieron, salieron á refrescarse en los pasadizos peligrosos del teatro. Las señoras que tuvieron la mala fortuna de sentarse en el patio se quedaron á respirar la atmósfera espesa y ardiente que habia en el salon, convertido en horno.

La segunda parte del concierto fué la mas interesante, porque era el apoteosis de Morales. Se al[illegible] el telon, y el foro apareció perfectamente decora[illegible] y lleno con los coros de ambos sexos de la Socied[illegible] Filarmónica. En el proscenio se agrupaban dos c[illegible]ros de niños y niñas de seis á diez años; en medi[illegible] de ellos estaba colocado un *armónico* que iba á pu[illegible]sar el maestro Contreras; en el fondo habia una e[illegible]pecie de altar á la Patria, en medio del cual u[illegible] jóven, vestida de Libertad, tenia en las manos la ba[illegible]dera de México. Al pié de ella estaba la numero[illegible] banda militar del batallon de Zapadores.

En el sillon de director de orquesta se senta[illegible] el maestro Agustin Balderas. Iba á cantarse el hi[illegible]mo que Melesio Morales envió de Italia y que [illegible] intitula *Dios salve á la Patria,* himno que se [illegible] estrenado ya en el teatro Nacional, pero que h[illegible] estaba ensayado á presencia del autor, y que era [illegible] homenaje que él presentaba solemnemente á la p[illegible]

tria querida. El salon estaba silencioso. La orquesta comenzó la introduccion. Esta introduccion y el himno todo son dignos de estudiarse, porque encierran en sus magníficas notas la historia de las aflicciones, esperanzas y gloria de México.

La introduccion comienza desde luego haciendo oir los acentos embriagadores de la *Marsellesa*, canto de guerra que entusiasma no solo en Francia, sino donde quiera que se ama la libertad.

A estos acentos se mezcla bien pronto el *aire* popularísimo en México y que recuerda nuestra guerra de Reforma,—*los Cangrejos*, cancion burlesca cuya letra es de Guillermo Prieto y cuya música de Balderas, pero que servia de canto de combate á nuestro ejército en aquella época. Luego surgen, por decirlo así, de entre un diluvio de notas vibrantes y marciales, nuestras sonatas guerreras, que se pierden luego en un rumor confuso y tempestuoso parecido al de los combates. Entonces se oye el próximo estallido del cañon, algo como la voz de los caudillos excitando á los combatientes, los toques de guerra, los ayes de los moribundos...... nuevos cañonazos...... nuevo rumor confuso, y luego un silencio solemne y terrible...... Entonces las doncellas y los ancianos del pueblo elevan sus ojos al *Dios* de las naciones, y entonan una plegaria tristísima, dolorosa, en que el acento parece embargado por el llanto, en que el alma parece temblar en un lamento.... y despues doncellas y ancianos inclinan la frente y callan. El armónico hace oir su voz dulcísima, su voz destinada para sonar bajo las bóvedas de los templos y para elevarse á Dios. Entonces, cuando la ansiedad y la angustia parecen oprimir todos los corazones, y todas las esperanzas se fijan en el cielo, los niños y las niñas se postran de hinojos, cruzan las manos sobre el pecho, y con voz tierna y melodiosa entonan á su vez la plegaria, con los ojos fijos en el cielo, desde donde el Eterno parece escuchar misericordioso y lleno de amor el ruego de los inocentes!

Aunque uno lo resista, aunque uno sea escéptico, no puede menos de conmoverse al oir aquel ruego desgarrador. Aquello no es ya un teatro, aquello es un templo donde no se respira sino el santo perfume de la fé.... aquella es la música de la religion, la armonía sagrada que nos conmovió en nuestra niñez y que nos hacia ver en medio de la blanca nube del incienso y entre el resplandor de los cirios, la mirada dulce y severa del Dios de nuestros padres!

Los niños se levantan, los demas coros entonan de nuevo la plegaria..... despues la orquesta hace oir otra vez los rumores del combate, truena de nuevo el cañon, y por último, orquesta y bandas militares y coros, formando un conjunto vibrante y poderoso, dejan escuchar una armonía triunfal. La victoria ha coronado los esfuerzos de los combatientes. Dios ha escuchado la plegaria de los afligidos; ¡México es libre!

Tal es el himno de Melesio Morales: himno sublime si los hay, y que pocos escucharon en Iturbide sin tener los ojos humedecidos con el llanto del patriotismo.

Ese era el momento preparado por la Sociedad Filarmónica para la ovacion al maestro mexicano. Inmensos, atronadores aplausos resonaron en el salon, una lluvia de papeles de color con sonetos impresos (que reproducimos en este número) cayó sobre el patio.

Melesio fué llamado al palco escénico, y al verle aparecer por la primera vez en público despues de su entrada triunfal en México, los aplausos redoblaron, oyéronse mil *bravos*, y los gritos repetidos de *¡viva México! ¡viva el genio mexicano! ¡viva Melesio Morales!*

El autor de *Ildegonda* palidecia de emocion, y su fisonomía varonil presentaba todos los rasgos de la conmocion mas profunda.

El jóven D. Luis Muñoz Ledo, en nombre de la Sociedad Filarmónica, presentó á Melesio una corona. Despues le fueron presentadas por diversas personas otras muchas. El Sr. Muñoz Ledo le dirigió un sentido y elocuente discurso; en seguida la bella jóven actriz Doña María de Jesus Servin, alumna del Conservatorio, recitó en nombre de las alumnas condiscípulas suyas, una hermosa composicion poética, obra del conocido literato D. Justo Sierra, en honor del eminente maestro. Lo mismo hicieron despues el socio D. Teodoro Ducoing y uno de los artistas de la compañía de *Bufos habaneros* que actualmente trabaja en Iturbide.

Inútil es decir que á cada final de estas composiciones los aplausos confirmaban lo que acababa de manifestar la voz de los poetas.

Morales se retiró de la escena agobiado por la emocion. Su patria no se quedaba atrás en las ovaciones, y el teatro mexicano de Iturbide rivalizaba en entusiasmo con el teatro Pagliano de Florencia.

¡El triunfo artístico de nuestro compatriota no ha podido ser mas brillante!

*
* *

La tercera parte del concierto consistió en las piezas siguientes, que se ejecutaron con la maestría que las primeras:

Un wals titulado *El mexicano*, composicion del profesor D. Felipe Larios, el viejo maestro de Morales y tan venerado por este. Ese wals estaba dedicado al afortunado discípulo por Larios, que tenia quizás tanta emocion esa noche como Melesio mismo. *La Campana*, coro de Donizetti ejecutado por los individuos que componen el Orfeon popular. La romanza *Ohimé*, cantada por esa niña prodigiosa que se llama Adela Maza y que ha sido dotada por el cielo de una voz robusta y magnífica.

La obertura *Flores de México*, original del maestro D. Francisco Contreras, dirigida por su autor

El *duetto* de la ópera *Nabucodonosor* cantado por la Sra. Dª Jesus Mosqueira (que hacia tiempo no

hacia oir al público su agradable voz) y el socio D. Francisco Alfaro.

La polka con variaciones de Lamotte, titulada *La Estrella de Inglaterra*, ejecutada en la corneta-piston por el profesor D. José Rivas, acompañado por la orquesta.

Y el duo de la ópera *Ildegonda*, cantado por Concha Carrion y el socio D. Pánfilo Cabrera, acompañados por la orquesta bajo la direccion de Balderas.

Morales, comprendiendo que la sensacion que iba á experimentar le impediria dirigir al público la palabra respondiendo á las ovaciones que se le preparaban, hizo circular en el público una manifestacion de gratitud que es notable por su sinceridad y por las revelaciones que contiene, interesantes para la biografía del jóven maestro y para la historia del arte musical en México. En pocos renglones Morales ha manifestado que posee una alma noble y elevada, rica en sentimientos generosos. El que es agradecido no puede menos que ser virtuoso, y nuestro artista posee la cualidad de la gratitud en alto grado.

Ya verán por esto los Sres. Larios, Payno, Martinez de la Torre, Escandon, Terreros y Bablot, que sus empeños por favorecer al artista mexicano no han quedado oscurecidos, y la gratitud pública toma nota de semejantes servicios para honrar á los que los prestaron en bien de la República mexicana.

A las doce y media concluyó ese concierto, uno de los mas espléndidos que ha organizado la Sociedad Filarmónica.

***

El teatro nacional ya está poco concurrido. El gusto por la zarzuela se entibia, como no podia menos de suceder, despues de pasados los primeros dias de la novedad.

Por otra parte, el público mexicano no es como otros públicos que soportan veinte y cien representaciones seguidas de una misma pieza, lo cual se explica fácilmente diciendo: que como la *tribu invariable* es la única que asiste á los espectáculos teatrales, escucha con placer la primera vez una cosa, supongamos sea una obra maestra, saborea la segunda, platica, mirando al soslayo la escena, la tercera, bosteza la cuarta y no asiste la quinta.

Es preciso, pues, alimentar la curiosidad de la *tribu* con cosas nuevas y aun con género nuevo, pues todo le cansa pronto, y admirados estamos de que haya sufrido con paciencia doscientas y tantas zarzuelas que se le han dado en el Nacional y en Iturbide. Los eternos *liones* del Nacional saben ya de memoria las romanzas, duos y piezas concertantes de las zarzuelas todas, y algunas veces aun se dignan acompañar á los cantantes con voz acatarrada, lo que es un placer pasadero para el que lo hace, pero desapacible para el que lo escucha.

En cuanto á la compañía de zarzuela de Iturbide, se fué á llevar á la ciudad *angélica* sus armonías. Esa compañía era muy simpática, y el público la queria muchísimo; pero los *patacones* andaban asaz escasos por su contaduría. Con el cariño no se come; esto pensó la empresa de Iturbide, y dejó en alas del ferrocarril de Apizaco á la ruidosa México, para colocar su jaula de canarios en la desierta y callada ciudad de los Angeles, que parece por lo limpiecita, por lo blanca, por lo fresca y por lo calladita, un hermoso monasterio.

Que el dios de las semicorcheas sea favorable á aquellos artistas, que aquella tierra les sea leve y que oigan muchas misas en los mil y un adoratorios que aun permanecen en pié en la ciudad donde *rodaron las cunas* de los Cardoso, de los Lafragua y de los Zamacona.

***

La empresa de Iturbide dejó el teatro á los *Bufos habaneros*. ¡Pobres bufos habaneros! comenzaron por recibir una silba, no podremos decir preparada por quiénes, porque no lo sabemos, pero la recibieron. Este suceso dió lugar á dimes y diretes en la prensa, á recriminaciones, á disgustos y á hechos que pudieron echar á perder en un instante la buena y laboriosa obra concluida por el eminente D. José Valero, es decir, la completa fraternidad entre mexicanos y españoles, lo cual habria sido de sentirse grandemente, y nosotros los primeros lo hubiéramos lamentado, porque creemos haber cooperado, en aquella época de grata recordacion, con nuestros pobres escritos y trabajos, al laudable proyecto del ilustre actor español. Por fortuna el buen sentido público no dejó que tal descomposicion se verificara, y todo ha quedado en silencio........ incluso el teatro de Iturbide, al que no han concurrido sino unos sesenta ú ochenta aficionados á toda clase de diversiones.

Del género del nuevo espectáculo ya habló en una erudita revista que publicó el *Renacimiento*, nuestro Manuel Peredo. De la concurrencia y del éxito hablaremos nosotros con el sentimiento que causa la desgracia de infelices artistas que vinieron á un país extraño á procurarse un pan honradamente con su trabajo bueno ó malo, y que no le han podido encontrar.

En las funciones siguientes á aquella en que hubo silba, el público se mostró muy galante. Numerosos ramilletes volaron á la escena al aparecer los artistas, y cien aplausos les recompensaron de los pasados sufrimientos.

Pero ramilletes y aplausos no eran desgraciadamente á propósito para llenar los gastos, y se perdia en cada funcion una suma espantosa, segun estamos informados.

Por último, llegó la funcion del miércoles en la noche, y estaba escrito por la mano de la Fatalidad que esa habia de ser la última. Parece que el destino, con cruel sarcasmo, inspiró á los artistas la idea de poner en escena una pieza intitulada *¡Mise-*

ria y compañía! ¡Ay! esta habia de ser la desgraciada y la postrera.

El teatro tenia un aspecto de entierro. Los cuarenta concurrentes tenian una dolorida expresion de *padres agonizantes*, y se inclinaban taciturnos y soñolientos en sus asientos.

Faltaban todavía algunas piezas. Los individuos de la orquesta, que no tenian esperanza de ser pagados, destemplaron sus violines y desatornillaron con una calma implacable sus clarinetes y oboes, y levantándose con aire ceñudo desfilaron por la calle de en medio para no volver jamas!

Con aquella defeccion los artistas acabaron de perder la moral, y algunos se accidentaron. Los *padres agonizantes* vieron con ojo interrogador aquel desfile; pero armados con una paciencia de Job, con la paciencia que da el haber pagado su entrada y no querer regalar ni un céntimo de lo pagado, aguardaron......

Pasóse un buen rato y..... nada! A poco se alzó el telon y dos damas salieron á cantar la *Paloma*, aquella *Paloma* conocida nuestra y de cuyas notas no querriamos acordarnos.

La tal Paloma estaba muerta ya. Matóla una gracejada de Sanchez Ossorio en el teatro Nacional, hace dias; pero si aun le quedaba un soplo de vida, el golpe de gracia se le dió en Iturbide en la noche del miércoles. Entonces murió para siempre, sí; clavó el pico, recogió las alas y rodó con las patitas crispadas por el frio de la muerte.

¡Que jamas volvamos á oirla!

Despues de este percance, nuevo silencio, y al cabo de muchos minutos el telon volvió á alzarse, pero para avisar que uno de los artistas se habia indispuesto y que la funcion no podia terminarse.

El público, generoso como es, comprendió la inmensa desgracia de la desventurada compañía, y desfiló tambien en silencio, como habian desfilado los músicos. Y así se acabó esa historia.

¡Los bufos concluyeron ya!

* * *

No así la compañía ecuestre de Albisu, que vive, está muy robusta y tiene muy buenas entradas en la plaza de toros de Bucareli.

No es nuestro ánimo meternos á cronistas de acróbatas; pero sí debemos decir que, en concepto de todos, esta es la mejor compañía de ese género que haya venido á la capital de la República.

El bárbaro que trabaja en los trapecios hace erizar los cabellos cada vez que se lanza en busca de la muerte. Es un digno imitador de Leotard.

Montaño el mexicano, que se propuso imitar al célebre Airec, el rey del aire, le supera ya con mucho. Francamente, si esto da orgullo por ser ese artista mexicano, querriamos que nuestros compatriotas no imitaran ni sobresalieran en barbaridades.

El que sube en globo haciendo ejercicios gimnásticos, ¡Dios no lo quiera! pero parará en romperse la crisma. Su atrevimiento no causa mas que palpitaciones en el corazon. Pueden morirse mas de cuatro viejas y hombres sensibles con semejante espectáculo.

Las bailarinas debian ser nueve, segun noticias; no hemos visto mas que dos jóvenes, bonitas, pero cuyas piruetas nos tienen sin cuidado. Si las otras Taglioni no salen á luz, quedamos frescos.

* * *

La trágica tanto anunciada, la Civili, se halla en Puebla y llegará pronto. Sea bien venida.

Entretanto, sabemos que se organiza una nueva compañía dramática con algunos artistas españoles y otros mexicanos, y tienen buenas ideas para sus trabajos. ¡Que la suerte les sea menos adversa que lo ha sido con todos los que ha arrojado á nuestro suelo la revolucion de Cuba!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Las alumnas del Conservatorio de Música al maestro Melesio Morales.

Cuando tu hogar dejaste, como al volcan erguido
El cóndor para alzarse del sol radiante en pos,
Tus cánticos y el dulce recuerdo de tu nido
De lágrimas bañaron los ecos de tu adios.

Cuando tu hogar dejaste, la patria que moria
¡Ay! solo pudo darte sus ayes de dolor,
Las notas de su cielo, la mágica armonía
Que impregna sus espacios de música y amor.

Entonces reflejaba sobre tu frente inquieta,
Algo como el oriente de un mundo celestial;
Los ecos de ILDEGONDA decian: «un poeta;»
Los ángeles decian: «que pase el inmortal.»

Aguila, tú surcaste las nubes tempestuosas
Que cierran los senderos por donde vuela el sol,
Y al fin entraste al cielo de auroras fulgorosas
Y te bañó la gloria de espléndido arrebol.

Pero venció la patria, alzó la frente erguida,
Y tú que recordabas la historia de los dos,
En un cantar enviaste la historia de tu vida....
Dolor, triunfos, y luego el tránsito de Dios.

La patria ardió á tus voces cuál búcaro de aromas,
Y nuestros votos fueron á tí por sobre el mar,
Como parvada mansa de nítidas palomas
Cayendo sobre el arpa que acaba de sonar.

Los reyes, los señores del arte soberano
Pusieron entusiastas, tus notas al oir,
La clásica corona al pié del mexicano
Que un triunfo halló en el negro dintel del porvenir.

El ave peregrina en busca de la gloria,
El ave americana, bien venga al patrio hogar;
Unidos cantaremos su lucha y su victoria,
Incienso que él ofrece de México al altar.

Y escuche de las niñas que adoran la armonía,
La alegre bienvenida, la pura bendicion,
Como del ave jóven la humilde melodía
Que nada dice al genio y tanto al corazon.

J. S.

México, Junio 8 de 1869.

Al distinguido maestro Melesio Morales.

SONETO.

Mientras tu patria en la sangrienta arena
El paso disputaba y la victoria
Al vándalo del Sena, que en la escoria
Hundia la espada de Marengo y Jena;

Tú en la etrusca ciudad donde resuena
El Arno y canta su soberbia historia,
Arrancabas al genio y á la gloria
Himnos y lauros, aunque en tierra ajena.

Y en tanto que tu pueblo conquistaba
Sus libertades y su honor vendido,
Tu genio á nuestra raza vindicaba

Dando á la patria tu blason querido;
Mientras la gloria espléndida dejaba
Tu nombre en ambos mundos esculpido!

L. G. O.

A Melesio Morales, al autor de Ildegonda.

SONETO

Al verde lauro que extranjera mano
Ciñó entusiasta en tu inspirada frente,
Une el sacro laurél que reluciente
Brotó fecundo el suelo mexicano.

Es la sincera ofrenda del hermano,
Dulce expresion de su cariño ardiente,
Que al celebrar tu gloria indeficiente
Incienso quema al númen soberano.

¡Bien vengas ya! tu armónico concento
Resonando del Norte al Mediodía,
Pueble de triunfos el sonoro viento,

Y al escuchar tu célica armonía,
La Patria diga en orgulloso acento:
«Este es un hijo de la tierra mia.»

L. G. O.

A MELESIO MORALES.

SONETO.

Ayer movido por un rayo ardiente
De dulce inspiracion, dejara el suelo
Que le viera nacer, y en raudo vuelo
Hácia otro mundo se lanzó ferviente.

Allí ciñóse el lauro prepotente,
Y al desgarrar de su ambicion el velo,
La vieja Europa en el azul del cielo
Grabó su nombre y coronó su frente.

Hoy torna el genio á los paternos lares
Mostrando el esplendor de tanta gloria,
Al eco de los mágicos cantares.

Y yo, pobre de mí, gozoso acudo
Postrado al pedestal de su victoria,
Y en nombre de mi patria le saludo.

JACINTO VALDES.

FLOR MARCHITA!!

Al esclarecido compositor mexicano D. Melesio Morales.

ROMANCE.

¿Qué voz escucho que del almo cielo
Invade el orbe y los espacios puebla,
Y un nombre solamente reproduce,
Y entre sus pliegues aquilon lo lleva,
Para que mas veloz recorra toda
La inmensidad de la terrestre esfera?

¿Por qué, al oirla, de alegría el alma,
De inefable placer se siente llena? ....
¿Por qué, al oirla, trinan ruiseñores,
Dora la luna la feraz pradera,
Corren las aguas murmurando amores,
Apacibles, tranquilas y serenas,
Y un himno, en su loor, se escucha dulce,
Que desciende del cielo hasta la tierra?

¿Qué motiva, decid, tanta alegría?
¿Qué motiva tan mágica grandeza?
¿Por qué lucen brillantes como nunca
Las doradas vivísimas estrellas,
Y en la flor el rocío de la tarde
En torrentes conviértese de perlas,
Y que en el cielo Dios Omnipotente
Mejores ni mejor las poseyera?

¿Por qué suenan armónicos laúdes
Por las manos pulsados de hechiceras
Vírgenes puras, que vibrantes sones
Arrancan de sus sacras áureas cuerdas?

¿A quién cantan los pájaros, los hombres?
¿A quién cantan el rio y la pradera?
¿A quién rinde ovacion entusiasmado
Cuanto cobija la azulada esfera?

Es Melesio Morales, que ha llegado
A México feliz, de luengas tierras,
Cumpliendo el vaticinio de su patria
Al volver con la frente en lauros llena!

Reciba, pues, el pláceme ferviente,
Sublime, atronador, que le revela
Que inmarcesible gloria y lauro eterno
Es la justa ovacion que le rodea;
No desechando entre tan régias flores
Esta mi pobre, insustancial offrenda;
Culpando solo á su radiante genio,
A su brillante inspiracion perfecta,
El que haya osado en mi ignorancia loca
Cubrirme con las galas de poeta.

PERFECTO R. BELLO.

México, 6 de Junio de 1869.

Al distinguido maestro y eminente artista, Melesio Morales, á su regreso de Europa, los artesanos, sus admiradores.

Vuelve, vuelve hácia tus lares,
Que la gloria aquí te espera,
Y tu espléndida carrera
Con su luz alumbrará.
Ya magnífica prepara
Sus laureles á tu frente ....
Ven; la historia eternamente
Tu renombre ensalzará.



Litog. de Iriarte.

PUENTE DE SANTA CRUZ.

Ramal de Puebla

¡Genio azteca que en Italia
Desplegó sus áureas alas,
Ostentando ricas galas
Con que el cielo te dotó!....
¡Honra y prez de nuestra patria,
Nuestro orgullo, nuestro hermano!
Lo que vale un mexicano
Tu talento demostró.

De unos pobres artesanos,
Aunque ruda, sin cultura,
La expresion acepta pura
De sus almas, de su ardor.
Ven; reanuda con tu afecto
De amistad los tiernos lazos:
Ven; te esperan nuestros brazos,
Nuestros cantos, nuestro amor.

AL PÚBLICO MEXICANO.

Sensible á tantas pruebas de benevolencia, mi emocion es profunda, no puedo dominarla, y me seria imposible expresar verbalmente mi inmensa gratitud al público mexicano por la honra que me dispensa y por los favores de que siempre le he sido deudor.

El público mexicano fué indulgente conmigo desde los primeros pasos que dí en la escabrosa carrera artística; él me alentó en la lucha que me atreví á emprender contra todo género de dificultades. Por esto cuando los aplausos que se me prodigaron en Europa vinieron á recompensar mis esfuerzos, el tierno recuerdo del país natal dominó mi alborozo, mi pensamiento voló hácia México, y desde lo mas íntimo de mi alma dediqué ese rayo de gloria á la patria adorada.

La gratitud no es solo un deber sagrado, es el mas dulce é inefable de los sentimientos; ella desborda de mi corazon, y necesito expresarla. Es inmensa hácia el público que se ha mostrado tan bondadoso conmigo; pero no es menos viva y sincera hácia determinadas personas.

A la iniciativa y proteccion de algunos de mis compatriotas, debo el haber podido aumentar mis estudios en la hermosa Italia. Se me impuso silencio; pero ya es tiempo de quebrantarlo proclamando el nombre de mis generosos protectores, porque á ellos corresponden en gran parte las ovaciones de que he sido objeto, y que son tan superiores á mi humilde mérito.

Cuando intenté dar por primera vez en el teatro Nacional la ópera *Ildegonda*, se me presentaron obstáculos materiales que fueron muy difíciles de superar. Yo, pobre, sin influjo, sin apoyo, no habria podido nunca vencerlos, si no hubiese venido en mi auxilio el *Club Filarmónico*, que fué el núcleo de esta benemérita *Sociedad Filarmónica*, y merced á los esfuerzos de los miembros de ese club, y muy particularmente á los de mi malogrado amigo Jesus Dueñas y á los del Sr. D. Manuel Payno, pude someter al fallo del público de la capital, mi obra.

El Sr. Lic. D. Rafael Martinez de la Torre creyó conveniente que yo fuese á Europa á robustecer los conocimientos de armonía que debia yo á la paternal solicitud de mi modesto y sabio maestro el Sr. D. Felipe Larios; opinó de la misma manera el Sr. D. Antonio Escandon, y á estos dos señores debí el haber emprendido un viaje á Europa y el haber permanecido estudiando durante tres años; les debí, lo que es mas aún, la subsistencia de mi familia en todo ese tiempo..... Relato sencillamente el hecho sin agregar una sola palabra, y manifiesto débilmente con esta solemne declaracion, mi intenso, mi infinito agradecimiento.

Llegado que fuí á Europa, procuré representar mi *Ildegonda;* pero causas independientes de mi voluntad me impidieron realizar mi deseo. Llegó la época fijada para mi regreso al país, no podia por mas tiempo abusar de la bondad de mis protectores, y triste, abatido, casi avergonzado, partí de Florencia. Poseia tal vez un poco mas de instruccion, pero habia sido estéril en el viejo continente. Para sacarle algun fruto, lo que siempre consideré difícil, pues yo mas que nadie desconfiaba de mis producciones, era preciso hacer desembolsos, que segun el sistema que se sigue en Italia, exigen los empresarios á todo jóven maestro, en calidad de compensacion. Yo no tenia fondos.

A mi paso por Paris saludé al Sr. D. Ramon Terreros, á quien desde antes debia grandes favores, y al Sr. D. Alfredo Bablot, cuyos interesantes servicios tanto influyeron en el buen éxito de mi empresa. El Sr. Terreros, con una bondad y una delicadeza que nunca olvidaré, puso en mis manos una suma considerable y me hizo volver á Florencia.

La prensa de aquel país y la nuestra, á las que estoy reconocido, han hablado ya del éxito inesperado de mi obra. El eco de los aplausos florentinos resuena aún en mi corazon; pero no puedo atribuírmelos á mí solo; pertenecen al público mexicano, que fué mi primer protector, pertenecen á mis Mecenas, sin cuya benévola cooperacion no se habrian obtenido jamas.

Concluyo: las artes presentan mil recursos para dar gloria con su cultivo á las naciones. La aptitud musical es innata en los mexicanos; su feliz desarrollo depende de una proteccion eficaz é inteligente. Han dado un noble ejemplo las personas que mi gratitud acaba de señalar; toca hoy al Gobierno, como deber, prestar su apoyo poderoso á jóvenes mas dignos que yo, y todos fraternizando en un mismo sentimiento, nos uniremos para un fin comun, aspiraremos todos á realzar el nombre de nuestra patria y á darle el prestigio imperecedero, el esplendor grandioso de la gloria artística.

México, Junio 6 de 1869.—*Melesio Morales.*

INAUGURACION

DEL TRAMO

DE FERROCARRIL DE APIZACO Á SANTA ANA CHIAUTEMPAN.

Ofrecimos en una de nuestras crónicas pasadas consagrar un artículo al grato suceso de la inauguracion de un nuevo tramo del ferrocarril que se extiende de Apizaco hasta el pueblo de Santa Ana Chiautempan.

Cumplimos hoy nuestra palabra, aunque un poco tarde, á causa de habérsenos remitido apuntes que necesitábamos, hasta hace cuatro dias.

Nada hay mas grato para un escritor como la tarea de consignar en un periódico que va á ser leido en toda la República, un acontecimiento que al par que es importante por su solemnidad y su significacion en el progreso material del país, contribuirá á despertar en los amantes del trabajo el espíritu de empresa tan decaido en la época actual, y que sin embargo es el único remedio para la miseria que aqueja á la nacion.

Cada paso que se da en la senda del adelanto y del trabajo en México, debia ser celebrado y repe-

tido mil veces por todos los órganos de la publicidad, como se hace en las naciones cultas de Europa.

Las grandes fiestas de la industria y del trabajo no son una vana fórmula con que se halaga el amor propio del empresario afortunado y en que se hace ostentacion de una fortuna insolente; son los misterios de un culto á que se va acostumbrando al pueblo, y que mantienen su vigor, y que despiertan sus nobles ambiciones, y que le hacen entrever otros horizontes de bienestar y de riqueza, que la indolencia le encubre ó que el desaliento le hace ver muy lejanos, casi imposibles de alcanzar.

Por eso nosotros, sin meternos en el fondo de la cuestion del ferrocarril, que autoridades competentes en materias de hacienda han tratado ya, arrojando sobre el asunto la luz mas viva, sin decir una palabra que nos hiciera colocar de un lado ó del otro de los contendientes dando la razon al Gobierno y á la Empresa, ó á sus contradictores, solo nos limitamos á celebrar el hecho plausible de haberse dado un paso mas en la via férrea que debe unir á la capital de la República con el puerto de Veracruz.

El acontecimiento, como quiera que sea, es digno de ser publicado.

Los Sres. Escandon y Barron, pertenecientes á la Compañía empresaria, y los Sres. Martinez de la Torre, Pardo y Dondé, abogados de ella, invitaron á numerosas personas para que los acompañasen el dia 1º del presente á inaugurar el nuevo tramo.

Los invitados, en su mayor parte, estaban á las siete de la mañana en la Estacion de Buenavista. De allí partió un tren especial á las ocho para Apizaco, adonde llegó á las doce del dia. Inmediatamente continuó su camino, recorriendo ya el nuevo espacio construido, que abraza una extension de cuatro leguas.

De pié en la plataforma, observábamos los nuevos trabajos llevados á cabo por la Compañía. Entre estos, merecen singular mencion las cortaduras profundas que han tenido que practicarse para tender los rieles al través de colinas pedregosas, y el puente magnífico de Santa Cruz, por el que se atraviesa la honda barranca que se interpone en el camino.

El primer trabajo ha sido arduo y se ha hecho á fuerza de pólvora y de brazos, para cohetear las peñas durísimas que formaban la masa de las colinas en una grande extension. Nosotros veiamos á un costado y á otro del camino los enormes trozos de granito que atestiguan lo costoso y grave del trabajo emprendido para tender los rieles en medio de las entrañas de la peña viva, y no pudimos menos de quedar sorprendidos.

Al llegar al Puente de Santa Cruz, el tren se detuvo y nos apeamos para examinar esta obra colosal y soberbia. Vamos á trasladar aquí la descripcion íntegra del puente, que nos ha facilitado el Sr. Buchanan, ingeniero en gefe de la compañía.

«El puente se compone de dos armaduras principales, y está dividido en tres espacios de 60 piés cada uno; los rieles están apoyados sobre largueros de madera. Las armaduras principales tienen la forma de una T, y las banquetas para los camineros están apoyadas sobre escuadras puestas hácia afuera de las armaduras principales.

«El claro del centro es de una construccion algo mas ligera que los claros de los extremos, siendo esto necesario para cumplir con las prescripciones científicas en esta clase de obras.

«Los machones están compuestos de una combinacion rígida de fierros á escuadra y de fierros en forma de T, con tirantes de hierro redondo, remachados seguramente y ajustados sobre las bases de piedra.

«Las armaduras principales con la superestructura, descansan sobre la parte superior de estos pilares, en planchas de hierro colado, arreglado de modo que se deja un cierto espacio para el movimiento debido á la dilatacion del hierro. Se ha notado que esta dilatacion entre el dia y la noche, desde la colocacion del puente, es de cerca de 0,011.

«La mampostería de los estribos y machones está hecha con bastante esmero, y dichos estribos están cimentados en el tepetate duro que se encuentra bajo el lecho actual del rio.

«El peso del hierro batido en todo el puente no excede de 1,590 quintales.

«En la construccion de la parte de hierro, el modo adoptado para colocar las armaduras sobre los pilares fué el siguiente:

«Despues de concluidos los dos pilares, las armaduras, que ya estaban remachadas sobre el terraplen, fueron arrastradas sobre ruedas provisionales, colocadas en las partes superiores de los pilares hasta llegar á su sitio.

«El puente está calculado para soportar un peso cinco veces mayor del que se puede pasar sobre él en la explotacion ordinaria del tráfico.

«Los diseños para este trabajo fueron hechos en México por el ingeniero civil D. Guillermo Cross Buchanan, ingeniero en gefe de la Compañía, y la parte de hierro fué construida en Inglaterra, de conformidad con dichos diseños.»

Hasta aquí los informes del Sr. Buchanan.

El puente, bajo el punto de vista de la perspectiva, es hermoso, es gallardo. El rio que corre por entre la barranca, puede en sus crecientes subir sobre el nivel de la base de mampostería de los pilares, y ya por vez primera la ha cubierto, segun las huellas que observamos; pero no alcanzará á conmover aquella construccion secular.

Ya desde aquel punto se comienza á presentar un paisaje cada vez mas pintoresco y animado. Son las cercanías de la hermosa Puebla, con sus aldeas numerosas, con sus ricas haciendas de labor; son llanadas fértiles y extensas que sirven como de alfombra á la gigantesca montaña de la Malinche, que



Litog de Iriarte

VISTA GENERAL DE JALAPA.
Tomada del Sur de la Ciudad.

se destaca sobre el cielo lleno de luz como una pirámide de lapislázuli.

Junto á la Malinche y como un vástago hecho trizas, se levanta el cerro de *Quatlapanca* (que significa, segun Molina, lo mismo que *Quanatzinca*, esto es, *rayas del casco de la cabeza; cabeza partida* traducen otros). En efecto, el cerro se parece á una cabeza dividida; las puntas de sus peñascos, que se elevan rectos como columnas basálticas, son agudísimas, y solo las aves pueden trepar hasta ellas.

La cordillera de la Malinche por un lado y un dédalo de colinas y de cerros por el otro, cierran este magnífico cuadro del camino que sigue la locomotora, leon del progreso que pasa rugiendo majestuoso y dominador por entre aquellos monumentos hacinados por cien catástrofes antiguas, en derredor del valle de Puebla.

En diversos puntos juguetea bullicioso, á poca distancia del camino de hierro, un arroyo humilde y en cuyas orillas crecen pequeños arbustos y flores del campo.

Ese es el Atoyac. Aliméntanle los vertientes de la Malinche y le aumentan otros arroyuelos aun mas pequeños.

El Atoyac allí todavía es el niño humilde y risueño que apenas murmura y que parece agotarse con los ardores del estío.

Cerca de Puebla es ya un rio, pero que apenas lame la llanura y que se arrastra penosamente en su lecho de búcaro y de césped.

Pero se dirige al Sur, penetra en la region de las montañas, desciende á profundos valles por los que sus aguas se abren paso, silenciosas pero potentes..... Mas allá, los tributos de cien torrentes impetuosos le proclaman el rey de los rios del Sur; pasa al pié de los primeros peldaños de las montañas tlapanecas, tuerce á la derecha; dos inmensas cordilleras le extienden, para que pase, sus mantos de oro y de plata. Entonces el gran rio toma el nombre de Mescala, y corre anchuroso, soberbio, haciendo estremecer la tierra con sus rugidos gigantescos.

Despues atraviesa la tierra ardentísima que separa el Sur de Guerrero del Sur de Michoacan, y no pudiendo soportar la tierra la mole inmensa de sus aguas, se dirige al mar Pacífico para desembocar en él. Apártanse á su paso, como llenas de terror, las dos inmensas cadenas de la Sierra-Madre, que por allí pasan como dos procesiones de titanes; la costa aparece con su fecunda y exuberante vegetacion, y recibe al rey de las aguas, entre flores colosales y bosques de palmas y de caobas: el plano inclinado hace el curso del *Balsas* (que ese es el tercer nombre que ha tomado) mas rápido y grandioso. Al llegar al mar, al encontrarse con ese otro gigante mas grande que él, el Balsas se divide en dos brazos y forma un Delta pequeño pero hermoso. Uno de estos dos brazos desemboca por la Orilla, el otro por Zacatula, formando el puerto de Petacalco.

Así crece, así termina ese que vemos humilde y débil arroyo lamer los bordes del camino de fierro de Veracruz.

El tren llegó á Santa Ana Chiautempan. Los indígenas de aquel pueblo, comprendiendo por instinto el beneficio que reciben con el paso del ferrocarril, recibieron á los empresarios y á su comitiva con arcos de flores, cohetes y músicas.

Los pobres indígenas no miraban con aversion á este nuevo invasor, que llegaba rugiendo y agitando su colosal penacho de humo, como en señal de soberanía. Le reverenciaban con religioso respeto, y le saludaban quizá como á un enviado del cielo; y en efecto, el progreso es un enviado de Dios.

Los indígenas han cooperado con gran espontaneidad á los trabajos de la Empresa, y esta se complace en reconocer la simpatía que encuentra en todos los pueblos del tránsito.

Habíase preparado una enramada para tomar á su sombra el almuerzo de los convidados. Despues de satisfacer el apetito, comenzó la expansion del ánimo. Los concurrentes tuvieron la bondad de invitar al que esto escribe para pronunciar el primer bríndis. Hízolo así con la mejor voluntad; despues hablaron, y elocuentemente, los Sres. Pardo, Dondé, Martinez de la Torre, García Torres y redactores del *Trait d' Union* y del *Two Republics*. Los Sres. Zamacois y Mobellan recitaron muy hermosos versos, y el pueblo con el mayor entusiasmo se llevó despues á los empresarios á recorrer en triunfo el pueblo.

El tramo nuevo quedó, pues, solemnemente inaugurado, y la comitiva regresó despues á México.

La fiesta del 1º de Junio no es mas que la primera de esa serie que va á seguirse hasta solemnizar la conclusion del deseado camino en las playas de Veracruz. ¡Que el cielo nos dé vida para presenciar tan fausto acontecimiento! ¡que Dios proteja á la Empresa! ¡que el pueblo mexicano reciba en ello un estímulo que le haga ser grande y poderoso!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

JALAPA

ARTICULO I.

El distrito de Jalapa, en el Estado de Veracruz, es uno de los mas fértiles de la República, y su cabecera una de las ciudades mas bellas y pintorescas, no solo de México, sino de América toda.

Situada la ciudad de Jalapa á la falda del cerro de Macuiltepec, y en las últimas vertientes del célebre Nauhcampatepetl ó Cofre de Perote, que tiene al Poniente, este le hace sombra mucho antes de que el astro-rey del dia llegue á su ocaso. Al Oriente la vista se dilata en llanuras que van hasta el Golfo; por el Sur, cerros montuosos la circundan; y por el Norte, el Macuiltepec la defiende. Su latitud es de 19° 31′ 26″ Norte, y su longitud de 2° 10′ oriental de México. Su altura de 1576⅔ varas sobre el nivel del mar.

Su clima es en extremo agradable, gozándose

allí de una temperatura suave. En otra época, hasta pocos años hace, cuando los vientos del Norte soplaban en Veracruz en la estacion de invierno, las nubes, condensándose, iban á descargarse en Jalapa, produciendo una lluvia menuda que llaman allí *chipichipi*, ó la salud del pueblo; pero á consecuencia de considerables desmontes efectuados últimamente, tal fenómeno ha desaparecido en gran parte. El mayor calor no pasa de 20°, su mayor frio de 7°, y su temperatura média es de 18° Reaumur. En Mayo y Setiembre las lluvias son abundantes, y aumentan las corrientes del arroyo de Santiago y otros manantiales pequeños que riegan el terreno, en su mayor parte de greda y arena, y en alguna pedregoso, pero en todas sumamente fértil, produciendo infinidad de plantas que deleitan los sentidos con la variedad de sus flores, y frutas exquisitas.

Las aguas potables de Jalapa son deliciosas, en particular la de los manantiales de Techacapa, el *chorro* Santo, el Poblano y el de San Pedro. La ciudad se provee de ellas para el uso diario por medio de cañerías, excepto en el barrio del Calvario, que por estar situado en una altura ha estado privado hasta ahora de ese recurso, surtiéndose sus vecinos de dos pozos cavados á inmensa profundidad, ó bien yendo á traer el agua á los inmediatos manantiales de Jalitic y San Pedro.

Creemos de primera necesidad para ese barrio la introduccion, por medio de cañerías, de las aguas del rio de Sedeño.

La vista en general de Jalapa es muy bella, por estar edificada en terreno sumamente quebrado, que la hace en extremo pintoresca, ofreciendo sus edificios, sus jardines y colinas, asunto para el pincel de un paisajista de primer órden.

La ciudad es muy aseada. Sus edificios de uno y dos pisos, muy bonitos, distinguiéndose entre sus calles la Principal, que tiene casas como la de las señoras Fernandez, Bouchez, Pasquel, Losada Gutierrez y otras, que no desdecirian en la mas culta capital.

Entre sus edificios públicos se cuentan en primer lugar el palacio municipal, la catedral, el antiguo convento de San Francisco, que remeda una fortaleza del siglo XV, y hoy dia medio destruido por la barreta demoledora de la reforma; el teatro levantado por el español Don Antonio María Cauz, y los cuarteles del Vecindario y San José.

La casa de campo ó quinta de S. Isidro es un bonito sitio de recreo, donde el Sr. D. José M. Sanchez Bárcena habia logrado reunir verdaderas maravillas de horticultura, haciéndolo así un paseo agradable para las familias de la ciudad. Allí hemos visto plantas, flores y aun árboles sumamente raros y de tierras tan lejanas como el Japon ó el Cabo de Buena Esperanza y Australia.

El palacio municipal es el mejor edificio de esa clase que se encuentra en México. Comenzó á edificarse hace pocos años, merced á los esfuerzos de nuestro respetable amigo D. Antonio María de Rivera, antiguo presidente del Tribunal superior del Estado, y aun no está enteramente concluido. Delante tiene un *square* ó jardin, que á imitacion del de la plaza principal de esta capital, mandó construir el señor gobernador del Estado D. Francisco H. y Hernandez, contribuyendo para ello los vecinos de la poblacion.

La catedral es un edificio de tres naves, tiene 66 varas de largo, 36 de ancho y 33 de elevacion. Se construyó en 1773 como parroquia, y su costo fué de 42,668 pesos. Su construccion es defectuosa y su portada de un estilo churrigueresco.

El convento de San Francisco fué fundado por Cortés, y se concluyó en 1555, segun una inscripcion que existia hasta pocos años hace en una puerta que mira al Norte.

En los cuarteles de San José y el Vecindario, hermosos, amplios y sólidos edificios, pueden encontrar cómodo alojamiento doce ó catorce mil soldados.

Tambien es hermoso, con la melancólica hermosura del campo donde se duerme el sueño eterno, el cementerio. Allí descansan los que fueron, bajo un cielo de zafiro, y en medio de una atmósfera embalsamada con el aliento de flores delicadas. Sobre las tumbas se inclinan el zempasúchil de embriagador aroma, la mosqueta, el nardo de gentil tallo, los floripondios melancólicos como el crepúsculo vespertino, y los sauces que parecen derramar lágrimas con sus ramos que se doblegan hasta el suelo. Allí, en uno de aquellos blancos y modestos sepulcros, están los restos mortales de nuestra madre, abrigados bajo los brazos del símbolo de nuestra santa fé cristiana, que ella nos enseñó á amar y á bendecir en nuestra infancia.

....

En medio del cementerio, que está cercado por una tapia, se levanta una capilla comenzada á edificarse, si mal no recordamos, con las limosnas de algunas personas piadosas, y por el empeño del laborioso y antiguo vecino D. Francisco Peña, quien no vió concluida su obra, sorprendiéndole la muerte en medio de sus trabajos.

Entre los sepulcros, en general sencillos, sobresale por su elegancia uno de mármol de Carrara, que en un bajo relieve representa una jóven que conducida por un ángel sube al cielo. Este sepulcro encierra los restos de la señorita Amada Gutierrez, y fué levantado por su padre D. Francisco, á su vuelta de un viaje que hizo á Italia, de donde trajo el bajo relieve.

Los paseos públicos son el de la garita de Veracruz, el de la de Coatepec y la vasta llanura de los Berros.

Jalapa, * cuyo nombre significa en mexicano (Xalapam) rio de arena, fué fundado por los teochichimecas en 1313, doce años antes de la fundacion de

* Estos datos de su fundacion, que ignorábamos, los hemos tomado de la obra «Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz,» que nuestro erudito amigo el ingeniero D. Manuel Rivera [illegible] publicó en esta capital recientemente. Nosotros creíamos por nuestras noticias, que los españoles habian fundado á Jalapa.

México. Entonces solo existieron tres barrios, Santiago, el Calvario y San José, que los conquistadores españoles unieron mas tarde.

D. Hernando Cortés y sus tropas, desembarcando en Zempoala, pasaron en su marcha sobre México por Jalapa, subiendo la serranía del Cofre por Jico é Ixhuacan. (Véase Bernal Diaz, Gomara, Torquemada y Clavijero.)

Jalapa empezó á prosperar y tomó el título de villa en el siglo pasado, cuando por influencias en la metrópoli, del comandante D. Antonio Serrano, se celebraron allí las primeras ferias en 1720.

Despues y anteriormente, Jalapa ha estado tan íntimamente ligada en su historia con la del resto del país, que no necesitamos hablar de ella á nuestros lectores para que la conozcan. Por sus calles ha visto pasar desde aquel gran capitan D. Hernando Cortés hasta el virey O'donojú, el emperador Iturbide, el intrépido Miramon y Maximiliano, que vivo la visitó primero, y luego cadáver, de paso para Europa, descansó en la plaza de San José, donde se levanta una columna en honor de Alcalde y García, que como Daoiz y Velarde, los héroes españoles del 2 de Mayo, murieron por su patria. ¡Inexcrutables designios los de la Providencia divina! ¡El ilustre descendiente de los Hapsburgos, héroe-mártir de la causa de la monarquía, descansando muerto ante esa columna que encierra los restos de dos héroes-mártires de la independencia y de la libertad de México! Alcalde y García fueron fusilados por los americanos en 1847.

En un segundo artículo continuaremos ocupándonos de la ciudad, de sus pintorescos alrededores, haciendas inmediatas, producciones, recursos propios con que cuenta, contribuciones que paga y otros datos interesantes.

GONZALO A. ESTEVA.

MELESIO MORALES.

ESTUDIO BIOGRÁFICO.

(CONTINUA.)

El ocurso de Morales se leyó en cabildo y se acordó favorablemente. Entonces, confiado en la resolucion del Ayuntamiento y en la seguridad de que contaba con el patrocinio de tan respetable corporacion, que habia tomado á su cargo todos los gastos que se requerian para poner en escena la nueva ópera, Morales arregló todo lo necesario para la representacion, empeñando su palabra con los cantantes, cuerpo de coros, copiantes, orquesta, etc.

Roncari, marido de la Sra. Tomassi, que se prestaba (mediante una retribucion de ochocientos pesos por un mes) á desempeñar el papel de Romeo, manifestó al jóven maestro que tenia poca confianza en las promesas del cuerpo Municipal, y le propuso tomar á su cargo la empresa, con la condicion de que las utilidades se repartirian, sin pensar en los hospitales de sangre. Morales no aceptó.

Pero pasóse el tiempo; los ensayos de la ópera continuaban, llegó el fin del mes de Diciembre, y el Ayuntamiento, sin consideracion alguna á las promesas que habia hecho, y sin tener en cuenta los compromisos que Morales habia contraido confiado en ellos, le ordenó «que suspendiese sus trabajos porque ya no le era posible seguir protegiéndole, en virtud del próximo relevo que debia verificarse á fines del año.»

¡La proteccion municipal se habia reducido á bellas palabras que habian sido causa de que se contrajesen graves empeños por parte del autor!

En vano respondió este que se hallaba en una posicion difícil por haber comprometido su crédito con mas de cien personas que habian emprendido ya serios trabajos para la representacion, que ofrecia verificar el 8 de Enero de 1863, y que ademas parecíale que podia relevarse el personal del Ayuntamiento sin que las disposiciones dadas por él corrieran el peligro de ser revocadas por su sucesor, pues era una la persona moral: nada consiguió, y sin el auxilio de Roncari evidentemente se habria visto asediado por los acreedores, y *Romeo y Julieta* habria quedado quién sabe hasta cuándo sepultada en el olvido. Por fortuna el empresario italiano hizo lo que no quiso hacer la autoridad mexicana.

Ya Morales habia retirado su solicitud hecha al Ayuntamiento, y proseguia sus ensayos confiando en su suerte, cuando una tarde refirió al buen Roncari sus cuitas y desengaños. Roncari se sonrió con lástima, y le dijo estas ó semejantes expresiones:

—«Morales, yo me esperaba tal desenlace, y por eso indiqué á vd. que no debia confiar en las hermosas palabras. Un hombre de genio como vd. no se halla bien aquí. Vd. no encontrará por ahora mas que la envidia y el desden en su derredor; cuando pueda, márchese á Europa, en donde será estimado como merece, por sus talentos. Acuérdese vd. de que *nadie es profeta en su tierra.* En cuanto á su ópera, tranquilícese vd., pues yo la haré representar. *Cuente vd. con mi proteccion.*»

Las sensaciones que el jóven compositor experimentó en ese momento, son difíciles de explicar. ¡Verse desdeñado por sus compatriotas, por los que debian estimularle en la carrera de la gloria, y sostenido y protegido por un extranjero! El desengaño era cruel, la verdad era dura, pero la palpaba, y la palpaba con el corazon destrozado.

Morales regó con lágrimas de dolor este primer paso de su trabajosa carrera, y aceptó resignado la proposicion de Roncari, quien, debe confesarse con sinceridad, fué generoso y dijo una verdad como un templo, por mas que los que amamos la honra de nuestra tierra, la sintamos en el alma.

Continuaron, pues, los ensayos; pero como era preciso que se hicieran con todos los cantantes reunidos, surgió repentinamente una dificultad, de las que son comunes en ese mundo del teatro, tan lleno de singularidades y de pequeñas pasiones.

Marianita Paniagua (prima-donna de la ópera

mexicana) no queria ensayar en casa de la Tomassi, y esta, como artista superior á aquella, y mas antigua, tampoco podia admitir el papel inferior de ensayar en la casa de su antagonista. Ninguna de las dos cedió, y este orgullo femenil, que mas de una vez ha hecho perder los estribos á Rossini, á Verdi y á todos los príncipes del arte, poco faltó para que tambien hubiese hecho zozobrar en su principio la reputacion de nuestro novel maestro, que se salvó merced á un expediente que venia á resolver todas las dificultades. Propúsose alquilar un piano con el objeto de hacer ensayar á las dos artistas en un terreno neutral, en el teatro.

Pero despues de muchos afanes en que empleó ocho dias, no logró conseguir mas que un mal piano, convertido por los achaques del tiempo en *guitarron*, pero el único que los amantes de la gloria artística quisieron facilitarle *alquilado*.

Citó entonces para ensayar en el teatro Principal.

Roncari entretanto cumplia su palabra suministrando todos los recursos pecuniarios que eran indispensables.

Habíanse hecho ya cuatro ensayos en el teatro Principal; pero como ninguno de los artistas sabia su papel, á excepcion de la Tomassi, el maestro no se decidia á fijar el dia de la representacion. Uno de los cantantes, Solares, se disgustó profundamente de semejante tardanza, diciendo que le veia mal principio á la tal ópera.

Despues de discusiones harto desagradables, se convino por fin en que se pondria en escena en la noche del dia 8 de Enero de 1863; pero llegó esta, y la ópera todavía no se habia ensayado con orquesta. La representacion era imposible.

Esta nueva dificultad de la falta de ensayos de orquesta, dependia de que los papeles no estaban aún concluidos, porque aunque se habian encargado con mucha anticipacion al copiante, la mujer de este se hallaba moribunda, y él, en semejante estado, en lo que menos pensaba, como era natural, era en el estreno de *Romeo y Julieta.*

No hubo recurso: se dejó para el 11 del mismo mes la representacion. Entretanto Morales quiso tener seguridad en lo pactado con Roncari, ya que este iba á encargarse de la contaduría.

Pero Roncari se negó á firmar el contrato obstinadamente, y de esto resultó un altercado que puso en peligro, por tercera ó cuarta vez, la desventurada *partitura*, pues se mandaron suspender en el acto todos los trabajos emprendidos.

La Tomassi fué entonces quien salvó á *Romeo y Julieta* de este nuevo escollo, pues interesada ya en la ejecucion de la obra, por las simpatías que le habia inspirado la singular perseverancia del jóven compositor, habló á su marido, quien despues de reconciliarse con aquel, le ofreció que la ópera se daria á toda costa y sin pararse en dificultades, pero siempre que no le obligase á firmar documento alguno. Morales no tuvo otro recurso que hacer esta última concesion.

Inútil es decir que á consecuencia de la suspension antedicha, el estreno de la ópera no pudo verificarse tampoco el dia 11, y se señaló el 23, citando antes á la orquesta para ensayar en el teatro.

Era el dia en que iba á hacerse el reconocimiento de orquesta, y estaban ya reunidos todos los profesores que la componian, en espera del maestro.

A las doce del dia llegó este al teatro Nacional, y vió que la compañía dramática estaba ensayando *La Pata de Cabra.* Preguntó á qué horas concluiria el ensayo, y se le contestó que á las dos de la tarde.

—Ya vdes. lo ven, señores, hasta las dos de la tarde tendremos el teatro desocupado; sírvanse vdes. venir á esa hora, dijo Morales á los individuos de la orquesta.

Entonces el guarda–casa se le acercó.

—Si vd. no me trae una órden del dueño del teatro, no ensaya vd., le dijo á su vez imperiosamente.

Morales citó á los de la orquesta para el dia siguiente, y mientras, fuése á ver á D. Fernando Batres, quien en el acto dió la órden respectiva al guarda–casa.

Al dia siguiente llegó Morales con los profesores á la hora citada; pero los individuos de la compañía dramática dijeron: que sin una órden escrita del Sr. Batres, no permitirian que la ópera se ensayara.

Y los anuncios de la funcion para el dia 23, andaban ya circulando y fijándose en las esquinas!

Los actores añadieron todavía: que no dejarian ensayar sino hasta el lúnes próximo (era juéves). Los profesores de la orquesta, en presencia de tantos obstáculos, acabaron por fastidiarse; y á fé que tardaron mucho, pues generalmente no están dotados de la virtud característica de Job.

No contentos con expresar su mal humor en términos generales, se propasaron hasta á herir la delicadeza del maestro, que ninguna culpa tenia; pero con algunas razones, los ánimos se calmaron y se citó de nuevo para el lúnes.

El tiempo que se perdia era precioso, y Morales no podia verle pasar sin profunda pena; así es que determinó ensayar por las noches. En la del viérnes, la orquesta se hallaba reunida en el teatro para ensayar por la primera vez.

Para dar cuenta á nuestros lectores de lo que pasó esa noche malhadada, nada podemos hacer mejor que insertar un trozo de los apuntes que nos ha facilitado Morales. Este trozo, con su elocuente sencillez, pinta al vivo la escena que deseamos describir.

«En mi vida, dice el maestro, he sufrido un temor, una congoja, un desasosiego, un no sé qué tan horrible, como esa noche; habia yo probado mis arias, duos y piezas concertantes con calma; los coros, la reunion de ellos con las partes principales, etc., todo con el mayor acierto y sangre fria; pero era la prueba de orquesta, y mis fuerzas físicas y morales me abandonaron desde el momento en que pisé ese lugar respetable de *Director de orquesta*,

que desde que México es México solo habian ocupado grandes maestros europeos y *uno solo mexicano*, Paniagua, que habia salido triunfante. Era la noche en que mi reputacion filarmónica iba á descender ó á elevarse; era el momento en que exponia mis facultades al aprecio ó mofa de mis compañeros y del público; era, en fin, el momento en que jugaba yo para siempre, si puedo expresarme así, mi nombre y mi porvenir.

«Y aunque por sí solo el acto era temible, mas lo agravaban las circunstancias siguientes: primera, el ser el libreto de mi ópera *Romeo y Julieta*, sobre el cual habian escrito sus inmortales obras Bellini, Vaccai y otros maestros célebres, y segunda, la nulidad de mi reputacion, que puede decirse que ni habia nacido.

«Por fin, sonó el primer acorde, el segundo, y en la segunda pieza comenzaron las disonancias, que por la primera vez se atribuyeron á mi inexperiencia é ineptitud. Es de advertir que la mujer del copiante estaba muriéndose, y con eso está explicado que no yo, sino el dicho copiante, era el autor de aquellas disonancias. Despues lo conocieron los compañeros, y el copiante lo confesó sinceramente. Pero el hecho es que en ese instante la risa asomó á los labios de todos los músicos, burlones por carácter, y mi obra empezaba á caer en ridículo.

«A la consideracion del lector dejo el figurarse los comentarios y la burla que siguieron á la prueba de orquesta de mi desgraciado *Romeo*. Yo tuve la desgracia de oir muchas frases que estaban muy lejos de ser una lisonja. De bestia no se me bajó un punto, y por cierto que segun la torpeza que manifesté esa noche, habia justicia para aplicarme el calificativo.

«Cité á los profesores para el lúnes próximo, y en el intermedio de uno á otro ensayo, ni dormí, ni comí, ni hablé...... ni nada; un bruto vivia mas que yo, pues el *fiasco* que habia hecho me habia reducido á la insensatez. Me sentaba y fijaba los ojos en un lugar, sin separarlos para nada, durante dos ó tres horas, sin que nadie ni nada distrajera mi pensamiento. Y al fin, hacia yo esta reflexion: ¡tanto estudiar, tanto perder el tiempo, tanto desvelo, tanto afan y tanto trabajo, para caer en un instante en ridículo! Sin embargo, seguiré en mi empresa aunque el mundo entero se oponga. Una obra hizo fiasco...... así se aprende; otra acaso sea mejor recibida, y la aprobacion que mereciere recompensará los sufrimientos que me ocasiona la primera...... ¡Adelante!»

En los renglones precedentes está retratada el alma de Morales, con sus penas, sus aspiraciones gloriosas y su heróica perseverancia. Sin la tenacidad de que el jóven maestro se halla dotado, sin ese valor á toda prueba, que tiene, para triunfar, que ser mas grande que el valor del guerrero, Morales fuera solamente una medianía, porque la fuerza de voluntad es la marca del genio, y esa fuerza de voluntad él la ha tenido para luchar contra las dificultades de toda especie que se atravesaban en su camino de artista.

Así pues, armado con sus nuevas resoluciones y cobrando mayores fuerzas, como Anteo, á medida que su caida era mas terrible, se decidió á sobreponerse á todos los obstáculos, y presentóse el lúnes en medio de la orquesta, severo, tranquilo y dispuesto á corregir todo lo que encontrase desarreglado, y á acallar las murmuraciones para siempre.

Los papeles de los músicos estaban ya algo corregidos, y por eso el trabajo para ponerlos en órden fué menor.

Comenzóse por el preludio en toda forma, y el público aplaudió por la primera vez. Siguiéronse despues el primer coro, la cavatina del tenor, la del contralto. El maestro corregia todo con escrupulosidad. Los semblantes que esperaban burlones las disonancias del primer ensayo, iban poniéndose serios y sorprendidos observando los efectos de la combinacion entre el instrumental y las voces.

Escucháronse el duo, el coro del segundo acto y el quinteto. Entonces se verificó un cambio completo en los individuos de la orquesta, y desde Delgado, primer violin, hasta el timbalero, se pusieron á aplaudir frenéticamente.

Llegó el tercer acto, y al concluirlo, la opinion general era favorable á la nueva ópera. Los profesores de la orquesta felicitaron calurosamente al compositor, y muchos individuos del público y amigos y conocidos de Morales le aseguraron que habian quedado satisfechos al oir la partitura, pues no esperaban una cosa semejante.

La emocion que experimentó Morales en tales momentos es indescribible. Haberse visto burlado en el ensayo anterior, haber luchado contra su propio desaliento durante tantas horas mortales, haberse lanzado al último combate contra el destino, y haber salido victorioso...... aplaudido por los mismos que le habian escarnecido...... esto era para trastornar el cerebro, de orgullo y de alegría!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(*Continuará.*)

LAMARTINE.

Onorate l'altissimo poeta.
DANTE.

Una gran esterilidad literaria es el carácter distintivo en Francia, de la generacion que ha sucedido á aquella que en otra época hacia estremecer al mundo con las estrofas sublimes de Hugo, llorar con los melancólicos cantares de Lamartine y reir de placer con los versos alegres y voluptuosos de Musset, el Beranger del gran mundo.

Todos aquellos hombres, aquellos poetas han desaparecido, en la tumba algunos, otros en el destierro adonde los ha arrojado su bien amada Francia, que no tiene el derecho de llamarlos suyos desde el punto en que cerrándoles las puertas de su hogar, los obligara á pedir una patria al universo.

En la resurreccion, quizá tardía, pero seguramente inevitable, del genio de ese pueblo, la Providencia

ha querido dejar todo el trabajo y toda la gloria á una nueva prole, y como en los cielos á la proximidad del dia apáganse las estrellas, van así apagándose en el cielo de la Francia los astros de esa magnífica constelacion que otro tiempo derramara sobre el mundo civilizado torrentes de luz, con una prodigalidad de que no hay ejemplo en la historia del pensamiento humano.

La literatura europea está en una época de transicion. Parece que el frances no encuentra ya inspiracion en su amor á la gloria y á los combates, en su pasion por la mujer y el vino, en la historia de su pasado de martirio por una idea, de heróicos sufrimientos para adquirir una efímera grandeza: que el español perdió ya el arpa en que cantara sus Pelayos y sus Cides, sus góticos feudos y los cármenes de sus vegas, sembradas aún de los maravillosos despojos de la civilizacion mahometana, los ojos de fuego de sus señoras y el caballeresco amor de sus hidalgos, y que no hay ya para el italiano maravillosa armonía en los espacios, luz inefable en los horizontes, recuerdos gigantescos en sus anales, escritos aún en esos incompletos libros de piedra que se llaman ruinas.

Como otra vez al frente del generoso movimiento iniciado en la época en que concluyó el despotismo de hierro del primer Bonaparte, hoy tambien la Francia se ha puesto á la cabeza de esa literatura mal sana que se manifiesta en versos de *boudoir* y en novelas de mancebía, que pregonan el olvido de toda virtud en medio del placer y el maleamiento de todo arte en medio del refinamiento. Si se descubre una que otra intencion recta, alguna preocupacion sinceramente artística, es en la escuela de esos jóvenes cirujanos de la sociedad, que analizan los hombres y las cosas de su época con cierta elegante crueldad, no exenta desgraciadamente de impudor y crudeza. Al frente de esa secta literaria, que acaso encierre algunos de los elementos precursores de la literatura por venir, debe colocarse á Alejandro Dumas (hijo), delicioso autor de dramas y novelas implacables, que son en el fondo lecciones de clínica social, vivificadas por la mas rica imaginacion y profesadas en el mas fascinador de los lenguajes.

Fuera de esta escuela, en pro de la cual hay mucho y muy bueno que decir para osar calificarla desfavorablemente, la literatura, lo mismo que la pintura, que la música, se expresa por medio de un diluvio de composiciones venenosas, en que se disfraza con cierto gracioso amaneramiento el cínico halago de todo lo que es sensual é impúdico en la naturaleza humana. Estos son inequívocos signos de decadencia.

Por desgracia, el pueblo frances, que desde hace siglos desempeña en la historia el papel del *medium* de los espiritistas, haciendo con su lenguaje, que parece creado para la propaganda, propiedad del género humano lo que fuera una inspiracion de pocos; el pueblo vulgarizador por excelencia, como diria Dumas, ha generalizado en todas las naciones cultas ese género tanto mas terrible, cuanto que preconizando una perezosa indiferencia, enseña á reir de la duda misma, de la duda que imprimió á la última época de la literatura francesa, ese carácter ardiente y apasionado, en donde pueden palparse las huellas de una noble lucha, henchida de arranques admirables y de elocuentes protestas.

Nosotros, que creemos en el progreso porque somos cristianos, tenemos la conviccion profunda de que estamos en un período de transicion.

Mañana quizá deba inaugurarse esa gran civilizacion que dará una sola alma á la humanidad. La abolicion de la geografía política por medio del aerostato obediente al hombre; la fusion progresiva de todas las leyes primordiales de la naturaleza en una sola; el completo aniquilamiento de las monarquías y la augusta universalizacion del racionalismo cristiano, hé aquí para nosotros los elementos que compondrán la clave de ese arco triunfal por bajo el cual pasará algun dia el género humano en su perpetua peregrinacion hácia el ideal, hácia Dios.

Resucitarán entonces en el corazon de las generaciones los recuerdos de esos hombres que tenian el privilegio de hablar el idioma del cielo, cuyos sueños eran visiones del futuro, para cada uno de los cuales habia habido una pentecostés, en que el espíritu de Dios, descendiendo en lenguas de fuego sobre su cabeza, hacia temblar las cuerdas de su lira, que en acordes divinos enseñara á los mortales las mas puras expresiones del culto de lo eterno y de lo único, del amor.

En la inmensa poesía de su destino comprenderá la humanidad la historia de lágrimas, de dolor y desaliento de esos sacerdotes de lo bello viviendo en medio de extraños en su propio hogar, de esas aves cantoras que venian por el rumbo del cielo dejando en su paso por la tierra una estela de armonía dulce y pura como la primera oracion de un niño, ó airada y sublime como la voz de los antiguos profetas.

Para el recuerdo de esos hombres habrá altares, y en medio del agapa sagrada vendrá de las alturas el *Surgite, mortui*, que tornará la vida á esas arpas hundidas en el polvo del sepulcro, cuya vida fué un himno y cuyo premio fué el dolor, á quienes la antigüedad llamó vates, á quienes nosotros llamamos poetas.

En ese llamamiento á la resurreccion del espíritu, el ángel de las tiernas melodías, de la inspiracion casta y melancólica, pronunciará el nombre del poeta cuya vida conocen todos los que han recorrido las páginas de oro de sus obras, pero cuyos rasgos culminantes estudiaremos aquí, con el profundo respeto que merece una de las mas bellas existencias de nuestro siglo, cuya muerte, que habríamos querido ver indefinidamente aplazada en la mente del Señor, ha llenado de duelo y consternacion al mundo.

«El ideal de una existencia humana siempre ha

sido para mí la poesía del amor y de la felicidad al principio de la vida; el trabajo, la guerra, la filosofía, la política, toda la parte activa que requiere lucha, sudor, sangre, abnegacion, valor, en la medianía de ella; y por la tarde, en fin, cuando baja el dia, cuando el ruido se extingue, cuando descienden las sombras, cuando el reposo se avecina y la labor ha terminado, entonces otro género de poesía, la poesía religiosa, la que desprendiéndose enteramente de la tierra aspira únicamente á Dios, como el canto de la alondra por sobre las nubes. No comprendo, pues, al poeta sino en dos edades y bajo dos aspectos: á los veinte años en forma de un hermoso jóven que ama, que sueña y que llora, en espera de la vida activa; á los ochenta años bajo la figura de un anciano que en sus soles postreros se arrima á la pared del templo y envia como precursores al Dios de su esperanza, los éxtasis de resignacion, de confianza y de adoracion que sus dilatados dias hicieran rebosar de sus labios.»

Hé aquí lo que escribia, próximo ya al último tercio de su vida, en el encantador prefacio de sus *Meditaciones*, el gran poeta que acaba de entregar su alma al Dios de su esperanza.

Ignoramos si cuando el año de 1848, al dia siguiente de un gran cataclismo político y social, en cuyas febriles evoluciones el poeta representó un gran papel; ignoramos, deciamos, si cuando trazó en ese prefacio inmortal las líneas que hemos traducido, hacia constar las aspiraciones, los sueños y las esperanzas de sus años juveniles; ó si al describirnos lo que para él era el ideal de una existencia humana, las reminiscencias de un reciente pasado brotaban bajo su pluma cuando tan cerca estaba de la edad en que las sombras descienden y en que la faena ha terminado.

Nos proponemos investigar hasta dónde fué conforme con ese tipo sublime la vida del hombre con quien mejor hemos sentido, con quien tanto hemos soñado.

JUSTO SIERRA.

(*Continuará.*)

REVISTA TEATRAL.

EL CONCIERTO DE LA SOCIEDAD FILARMÓNICA.

No pretendo hablarte, lector amigo, del concierto con que la *Sociedad Filarmónica mexicana* obsequió el lúnes pasado á nuestro Melesio Morales; no pretendo hablarte, digo, como quien hace el juicio crítico de un espectáculo teatral ordinario, en que el espectador conserva la libertad de aplaudir ó de censurar, y usa de esos derechos sin restriccion ninguna. Ni el carácter de la funcion que nos ocupa, ni la situacion respectiva de las personas que con sus talentos contribuyeron al fin propuesto, autorizan á la crítica para ejercer su accion públicamente, así tuviera gran copia de fundadas razones para censurar lo que de censurable hubiese hallado en aquella que á la verdad no era sino una fiesta de familia. Tratábase, en efecto, de solemnizar, como mejor se pudiera, la vuelta del hijo querido, que afrontando riesgos, salvando distancias, apurando el cáliz de todas las amarguras, acababa de arrancar, con solo el poder de su genio, á la inteligente admiracion de remotos pueblos, los honores de un triunfo tan completo como legítimo, honores cuyo esplendor habria de reflejarse en la frente de México, la madre infortunada del ya ilustre maestro.

Y aquí es bien que de paso y someramente explique yo, lector amigo, en qué consiste el mérito del triunfo alcanzado por Morales, explicacion que tú no necesitas si eres mexicano é imparcial, pero que acaso no vendrá sino de molde para contestar á la desdeñosa sonrisa con que la envidia y la malevolencia de propios ó extraños pudieran acoger las entusiastas manifestaciones de nuestra cariñosa admiracion hácia el autor de *Ildegonda*.

Sube de punto el mérito de la victoria en cualquiera línea, conforme son mayores y mas poderosos los obstáculos, á la vez que es mas escasa la suma de elementos favorables; para quienes así vencen se ha inventado un calificativo especial, se les llama *héroes*. En las luchas del arte cabe tambien el heroismo, y de ese género son las que Morales ha sostenido para dar cima á su empresa. En efecto: llamarse Mozart, Beethowen ó Rossini, y conquistar por cada obra una corona, un aplauso por cada nota, glorioso es pero no extraordinario: el genio en semejantes condiciones ya no combate, porque los enemigos quedan aniquilados en el primer encuentro, ó los convierte en parciales el prestigio de una reputacion justamente adquirida; el genio es entonces una divinidad, que asentada en el pedestal adonde se elevó con mas ó menos contrariedades, recibe el merecido incienso que en honor suyo hace quemar perpetuamente la multitud dominada por aquel poder sobrehumano. Pero desprenderse del seno de las masas, atravesar el Océano sin mas apoyo que la fé, penetrar á la tierra clásica del arte, sin nombre, sin timbres, sin ayuda, escalar atrevido y solo el templo de la inmortalidad y hacerse erigir allí un altar al lado de los semidioses de la música, esto es ya traspasar los límites de lo ordinario, esto es marcar el triunfo con el sello del heroismo.

¿Quién era Melesio Morales momentos antes de que la orquesta del teatro Pagliano de Florencia hiciese oir los primeros acordes de *Ildegonda?* Un compositor á quien nadie conocia, un extranjero oscuro y pobre, oriundo de esta tierra sobre la cual pesaba por entonces el anatema de la Europa monárquica; era el talento luchando solo y encadenado, y cuerpo á cuerpo, como el *Tlahuicole* de nuestra antigua historia.

Cuando el maestro, sobreponiéndose á sus martirios, empuñó la batutta, que como la vara de Moisés iba á hacer brotar un torrente de armonías, no contaba con un solo auxiliar entre el público florentino, el mas inteligente de Italia; no habia allí para él ni un corazon amigo predispuesto favora-

blemente á escuchar benévolo su obra. La desconfianza del empresario, el juicio severo é inflexible de la crítica, la indiferencia de la multitud, quizá tambien la envidia de los émulos, hé aquí, lector amigo, el acompañamiento de Melesio Morales en aquellos solemnes momentos. Si habia, pues, de elevarse hasta el cielo de la gloria, tenia que hacerlo desde el fondo de un abismo.

Y se elevó radiante, y en el primer impulso: aun no se levantaba el telon, aun no comenzaba realmente la ejecucion de la ópera, y ya aquel público inteligente y desapasionado, con solo oir la introduccion de *Ildegonda* habia rendido el tributo de su admiracion al talento desconocido, llamando á Morales á la escena para proclamarle *maestro* entre el estruendo de sus víctores. Desde este punto comenzó la serie de ovaciones, llegando hasta el número de once en solo aquella noche. Al siguiente dia Florencia regaba con sus lauros y con sus flores el camino triunfal del ilustre mexicano, del oscuro hijo del pueblo, ennoblecido con la mejor de las ejecutorias. La importancia, pues, del triunfo alcanzado por Morales, consiste en haberse hecho dar solemnemente, por sí solo, y mediante el exclusivo esfuerzo de su talento, la investidura de *maestro* en la tierra de Rossini, de Bellini y de Donizetti.

Pero este triunfo no le pertenecia exclusivamente, ó mas bien, los rayos de su gloria no debian limitarse á inundar de luz solo su nombre, porque al lado de ese nombre estaba el de México, al lado del ciudadano estaba la patria; por eso el laurel que Florencia entusiasmada colocaba en las sienes de Morales, debia proyectar su fresca sombra por cima de los montes y de los mares, sobre la tierra del artista, sepulcro de sus antepasados, nido de sus amores, cuna de sus hijos.

La *Sociedad Filarmónica Mexicana* habia sido la primera en profetizar al *maestro* la espléndida ovacion del teatro Pagliano; y al darle el abrazo de despedida, pudo con verdad decir al bajel que le conducia: «Llevas á César y su fortuna.» Por eso ella fué la primera en abrir al triunfante viajero las puertas del hogar doméstico, honrándose con ser la mensajera de las caricias y de las bendiciones de la madre patria; por eso se apresuró á cubrir con las rosas de su cariño y de su admiracion las espinas del traspuesto sendero.

El concierto del lúnes no podia ser, de consiguiente, sino una fiesta de familia, y el teatro la sala del hogar, sin que los artistas tuviesen allí otro carácter que el de hermanos, á quienes se encomendaba la dulce mision de saludar con el himno de la bienvenida al hermano que en lejanas tierras acababa de hacer honrar el nombre de la madre comun. Ves aquí por qué dije al principio que el carácter de esa fiesta la ponia fuera del alcance de la crítica, y esta es la razon por la cual no entraré en pormenores al hablarte del concierto en este mi artículo; no obstante, si crees que el cronista debe consignar lo que allí se hizo, para memoria de los que asistieron y para conocimiento de los ausentes, yo te ofrezco que en mi próxima revista verás satisfecho tu deseo, á cuyo fin tengo la fortuna de contar con los apuntes de persona capaz de formar juicio exacto sobre la materia.

Limítome, pues, por ahora á mencionar aquí las ovaciones especiales que en esa noche se rindieron á nuestro ilustre compatriota.

No bien hubo concluido la ejecucion de la sinfonía-himno *Dios salve á la patria*, que como sabes fué una de las primeras ofrendas enviadas por Morales á su país desde Italia, el numeroso y brillante concurso llamó á la escena al *maestro*, quien á pocos momentos apareció en ella en medio de las mas entusiastas aclamaciones. Allí, rodeado por la comision de la *Sociedad Filarmónica*, por los miembros del *Orfeon del Aguila*, por los humildes artesanos que componen el *Orfeon popular*, y por las alumnas y alumnos del Conservatorio, recibió primeramente una corona que aquellas le ofrecieron, en cuyo acto nuestra querida artista la Srita. Servin leyó con dulce entonacion uno de esos bellísimos cantos que Justo Sierra sabe arrancar de su inspirada lira. En seguida nuestro buen amigo Luis F. Muñoz Ledo presentó á Morales una corona de plata y una primorosa batutta de plata y oro, obsequio de los artesanos del *Orfeon popular*, dirigiéndole una alocucion corta, sentida y elegante. Despues, la compañía de *Bufos habaneros*, que ya generosamente habia cedido el teatro para la funcion, tuvo la galantería de ofrecer al *maestro* una preciosa corona de laurel por conducto de los Sres. Valdés y Bello, artistas de esa compañía, quienes en aquel momento leyeron sucesivamente dos composiciones poéticas; el público mostró su gratitud por tan delicado rasgo, victoreando á Cuba. Por último, un niño, primo de Angela Peralta, presentó á Morales un sencillo laurel, en nombre de su familia. Entretanto, caia de lo alto una lluvia de versos, obra de Luis G. Ortiz, y la gran orquesta mezclaba los arrebatadores acentos de la *diana* á los frenéticos aplausos del alborozado público.

Morales expresó su agradecimiento en un impreso que fué distribuido al terminarse la ovacion; en ese impreso, cuyo estilo modesto honra á su autor, consigna los nombres de los Sres. Escandon, Martinez de la Torre, Payno, Dueñas y Terreros, á quienes públicamente se confiesa deudor de los beneficios que le impartieron en lo tocante á su subsistencia y la de su familia mientras luchaba contra la adversidad en el extranjero: dió con eso Morales una prueba de que en su alma andan hermanados el talento y la virtud.

Dios sabe lo que para Morales guarda el porvenir; pero si algun dia la desgracia viene á derramar nueva hiel en el caliz de su vida, tiene ya el recuerdo de esa noche feliz para endulzar ámpliamente las mas acerbas amarguras.

Junio 10 de 1869.

M. Peredo.

MELESIO MORALES.

ESTUDIO BIOGRÁFICO.

(CONTINUA.)

Despues de este ensayo feliz siguieron el del mártes al medio dia y el de la noche, pues Morales juzgó que era preciso duplicarlos para que la ejecucion fuese regular.

En uno de estos ensayos ocurrió un incidente que pudo ser fatal á Morales, si el corazon de los artistas de México no hubiese sido superior á miserables pequeñeces.

Es el caso, que los alumnos de la Academia de San Cárlos, entusiastas por las glorias de México, y que habian contribuido tanto á la buena acogida que se dispensó á la *Catalina* del maestro Paniagua, deseando conocer la nueva ópera para preparar una ovacion á Morales, se presentaron á la puerta del teatro, solicitando entrar. Morales, que deseaba hacer los primeros ensayos sin testigos, para tener libertad de corregir, hizo que se les negase el permiso sin saber quiénes eran, por lo cual se retiraron asaz disgustados. Despues supo el maestro que eran jóvenes estusiastas, cuyos aplausos ó desaprobacion influirian mucho en el éxito de su obra, y temió, como era natural, que el desagrado que involuntariamente les habia causado con su negativa, le fuese perjudicial.

Sin embargo, no fué así, como lo veremos mas adelante, y los alumnos de la Academia, patriotas ante todo, supieron olvidar el anterior desaire y manifestar francamente su admiracion hácia el jóven maestro, cuando se representó por primera vez *Romeo y Julieta.*

Los ensayos siguieron bien; pero en la noche del miércoles nueva contrariedad. La Tomassi y la Paniagua, que eran nada menos que Romeo y Julieta, estaban de tal manera roncas que no pudieron cantar. Fué preciso diferir la representacion pública para el dia 27. Solo faltaban, en concepto del maestro, tres ensayos con cantantes y banda. Uno se hizo el viérnes, y no salió malo; el otro debia verificarse el sábado en la noche, pero los de la orquesta, que hasta allí habian sido exactos, faltaron esa vez. Era necesario que se dijera que *Romeo y Julieta* habia encontrado tropiezos hasta la última hora.

Semejante falta se agravaba todavía por la circunstancia de hallarse el teatro lleno de personas que habian comprado localidades para el dia del estreno, y que habian querido asistir á ese ensayo á fin de conocer la nueva *partitura.* Tuvo que darse una satisfaccion á concurrencia tan respetable; pero Morales, que habia sufrido con paciencia las contrariedades anteriores, no pudo soportar la última: se hallaba fatigado, exasperado, su resistencia se agotó, y el domingo siguiente cayó postrado en cama con una enfermedad terrible del estómago. La asistencia eficaz que los médicos y su familia le prodigaron, no fué bastante á producirle alivio, y así gravemente enfermo se vió obligado á dirigir el ensayo general.

Esperábale en ese momento una emocion gratísima, que era al fin una recompensa por sus largos y dolorosos afanes.

Oigámosle otra vez:

«El rato del ensayo general fué uno de los mas dichosos de mi vida. En ese instante vi realizados una gran parte de los ensueños de catorce años. Las circunstancias que motivaban mi contento eran las que va á conocer el lector, y dejo á su calificacion la grandeza de mis sensaciones, porque yo no puedo hacerlo.

«Cuando nací mi padre era guitarrero; crecí mecido en humildísima cuna (cuyo recuerdo me satisface, pues contemplo lo largo del camino que he recorrido *á pesar de mi adverso destino y solo por la fuerza de mi voluntad*).

«Muerta mi madre cuando solo contaba yo cuatro años, pasé la niñez en la tristeza mas profunda, entregado al vaiven de la fortuna. Presumo que esta me ha querido poco, pues para llegar á ser lo poco que soy, ¡cuánto no he tenido que luchar! ¡qué de esfuerzos y de constancia no he necesitado!

«Era tierna mi edad todavía cuando mi padre me dedicó á la música; en corto tiempo aprendí las primeras nociones. Llevaba un año de aprender cuando en mi corazon sentí un vacío inmenso, mi imaginacion forjóse mil ilusiones, dejóse sentir en mi alma un deseo vehemente é indomable; ¡yo ansiaba gloria! Yo queria verme aplaudido por mis compatriotas, yo queria ver ornada mi frente con la corona de la gloria artística; en fin, yo conocia que mi alma no estaba templada para la vida oscura y confundida entre la muchedumbre. Me creí nacido para inmortalizar mi nombre, ó al menos para pretenderlo, y el sueño de un porvenir venturoso arrebataba mi alma. Lector, no lleves á mal esta franca expresion de mis sentimientos íntimos. Cualquiera que haya saboreado ese cáliz amargo y embriagador que se llama deseo de gloria, comprenderá la verdad de lo que sufrí en esta época de mi juventud.

«Como llevo dicho, me hacia la ilusion de considerarme hombre de carrera, aceptado dignamente en la sociedad, aplaudido por un público inteligente, dirigiendo una obra mia apreciada, teniendo pendientes de mi batutta á cien ó doscientas personas y conmoviendo el corazon de mil oyentes. En este dia vi realizado todo esto, más acaso, puesto que habia logrado arrancar la aprobacion de los mas respetables profesores de México, puesto que dirigia á ciento setenta personas que componian el total de cantantes, coros, bandas militares y profesores. Mi emocion subió de punto cuando oí gritar de todas partes con entusiasmo ¡viva México!, y unido al nombre de mi adorada patria oí victorear el oscuro y humilde mio.

«Mi pobre padre no pudo ver concluir el espectáculo: acabado el segundo acto, á voz en cuello

los profesores, el público, todos los que asistian al ensayo me llamaron al palco escénico. Subí, y los aplausos, los vivas, atronaron el salon. Mi padre, he dicho que no pudo dominar sus sentimientos, y para no mostrarlos públicamente se salió á los pasadizos del teatro á dar suelta al llanto de placer que le ahogaba y que le hacia en ese instante el mas feliz de los mortales. Mis amigos se llegaron á mí para abrazarme, y muchos de ellos no me podian hablar porque lloraban. ¡Dia feliz como ninguno de mi vida! Yo doy gracias al Altísimo porque me concedió ver realizados, en parte, mis sueños de tantos años!»

Nada podia expresar con mas elocuencia las sensaciones de nuestro jóven compositor, que estas frases llenas de vida, de sentimiento y de ternura. Campea en sus palabras palpitantes la modestia, prenda que distingue á Morales; pero tambien habla su corazon lleno de esperanzas y de nobles deseos. La gloria, en fin, ha iluminado con sus relámpagos de fuego estas páginas del alma en que el jóven artista ha depositado sus confesiones.

IV

Primera representacion de *Romeo y Julieta*.—Derrota de los franceses en Tampico.—Aguacero.—La Paniagua.—Ovacion.—Segunda representacion.—Nuevas dificultades.—Tercera representacion.—López el queretano.—El Jarabe.—Himno de D. José M. Loreto.—El Ayuntamiento.—Los periódicos.—Concierto en casa de D. Ignacio Jáuregui.

A pesar de las esperanzas que el último ensayo hizo concebir, la suerte tenia que ser contraria á Morales.

Llegó el dia de la representacion, y cuando se creia que el teatro iba á llenarse, dos circunstancias imprevistas y casuales vinieron á impedirlo: una de ellas fué que llegó en ese mismo dia la noticia de haber sido derrotados los franceses en Tampico por fuerzas mexicanas, y otra la de haber caido una lluvia molestísima en la tarde y aun en la noche. A la hora de comenzarse la funcion el frio era intenso, y comenzó á caer una lluvia de nieve.

Algunos, por temor de las masas populares que recorrian las calles con músicas, celebrando el triunfo de nuestras armas y gritando «mueras á los franceses,» y otros por no exponerse á la inclemencia del tiempo, se encerraron en sus casas y no pensaron en concurrir al estreno de la nueva ópera. Así es que el teatro no se llenó como era de esperarse. Todavía mas: la representacion se comenzó, y la Paniagua estaba enferma del pecho y del estómago, la escena mal dirigida, y el cuadro en general tenia un miedo atroz: la ejecucion salia mal, aunque iba pasando por la indulgencia del público.

Al disponer la escena del último acto, la Paniagua, agobiada por el sufrimiento, dijo:—«Dios me acompañe, porque me siento malísima.»

Morales, ya con esta preocupacion, vino á su lugar de la orquesta, y el acto comenzó.

Desde las primeras notas de la prima-donna, pudo conocerse que el tal acto iba á hacer *fiasco*, y así fué. Desentonacion tras desentonacion desfiguraron de tal modo el último duo, que la concurrencia salió del teatro disgustada.

Luego que Morales entró en el foro, la Tomassi le recibió llorando y le dijo:—«Maestro, no se incomode vd., por Dios, yo no he tenido culpa de esto; ya vd. ve..... la Paniagua está enferma.......»

En efecto, Marianita se hallaba en su cuarto malísima. Ya sea para curarse del estómago, ya para animarse en la escena y vencer el temor, habia tomado alguna medicina que la habia puesto en peor estado.

No obstante, la desgraciada ejecucion de la ópera no habia sido un impedimento para que el público demostrase su aprecio al autor y su aprobacion á la obra. Morales fué llamado tres veces á la escena, se le arrojaron numerosos ramilletes, la orquesta y las bandas militares tocaron dianas, y las dos artistas la Tomassi y la Paniagua, le presentaron, á nombre de dos sociedades, coronas que aun conserva como un recuerdo de gloria.

La entrada fué suficiente para cubrir los gastos, y quedó un sobrante de cien pesos.

La prensa al tercer dia de la funcion habló muy honrosamente de la *partitura*, y estimuló al autor para que continuase componiendo.

Pasados algunos dias se anunció la segunda representacion de *Romeo*.

Para esta hubo nuevas dificultades: Morales la anunció, y confiado en la buena disposicion con que se habian prestado á cantar los artistas de la compañía mexicana, les llevó el programa nuevo á la casa de Paniagua, para que estuvieran listos.

Paniagua entonces le dijo que Solares estaba resuelto á no repetir la ópera si no se le daban por la primera representacion cien pesos, por la segunda ochenta y cincuenta por la tercera. Que Marianita (por ser Morales amigo de la casa) no repetiria tampoco si no se le pagaban ciento cincuenta pesos por la primera representacion, cien por la segunda é igual cantidad por la tercera.

Sorprendido Morales por tan extraña como imprevista manifestacion (y decimos imprevista, porque cuando acudió á Paniagua para pedirle que su compañía cantase *Romeo*, se negó á firmar contrato alguno en que se estipulase paga), fué á ver á Roncari para poner en su conocimiento lo que ocurria.

Roncari fué á hablar á Paniagua y á los cantantes, procuró persuadirlos diciéndoles que se trataba de la honra de México y de sus adelantos artísticos, al mismo tiempo que de estimular á un jóven compositor á seguir una carrera difícil y gloriosa. Todo fué inútil; los cantantes permanecieron obstinados, y Roncari vino por fin á decir á Morales:

—Estos señores no oyen razon alguna; entiéndase vd. con ellos si puede, porque yo he agotado todos mis discursos: en cuanto á Elisa (la Tomassi), cantará sin retribucion cuantas veces quiera vd.; ya que sus paisanos no procuran estimularlo,

los extranjeros haremos algo en favor de vd. Y se despidió.

Morales quedó afligido. Recibia una leccion durísima, y tanto mas, cuanto que veia puestos en paralelo los sentimientos de un extraño con los de sus compatriotas. Al fin su corazon es mexicano, y se lastimaba al palpar esta realidad dolorosa.

La funcion, á pesar de las nuevas dificultades, se arregló y se dió, pero con el teatro vacío. Los altos personajes políticos, los ricos, los empleados á quienes se habian dedicado algunas localidades, las devolvieron desdeñosamente, y el producto total de la entrada no ascendia sino á trescientos cincuenta pesos!

Semejante contrariedad aumentó el malestar moral del maestro, y aun el físico, porque su enfermedad se agravaba. Así, aunque fué muy aplaudida su obra, y aunque la ejecucion esta vez fué mejor, nada pudo consolarle de la pena que sentia al ver el teatro desierto y al conocer la indiferencia de sus paisanos.

Por último, esperando reparar las pérdidas que habia sufrido en la segunda representacion, anunció la tercera á su beneficio, aumentando el espectáculo con una pieza de saxofon, tocada por Ortiz, otra de guitarra ejecutada por López el queretano, un himno compuesto por D. José María Loreto y que este le habia dedicado, y una marcha nacional que iba á estrenarse esa noche, y que, como el *Romeo*, era obra suya.

Los periódicos de la capital habian recomendado anticipadamente esta funcion de beneficio, excitando al público á concurrir á ella. Hasta la víspera del dia señalado ninguna localidad se habia devuelto, pero pocas horas antes de la funcion comenzaron las devoluciones una tras otra. Todo el mundo rehusaba aceptar un palco, hasta los amigos del autor.

A las ocho no habia en el patio mas que diez personas, en los palcos terceros tres ocupados, y alguna gente en la galería. Todo lo demas se hallaba desierto de una manera lamentable.

Algunas localidades no fueron devueltas, pero tampoco pagadas; otras se ocuparon pero no se pagaron nunca, y el producto de la entrada ascendió á 681 pesos, con lo que no podian cubrirse ni los gastos, pues entre la funcion anterior y esta se perdieron 370 pesos. ¡El estímulo era poco eficaz para que Morales siguiese escribiendo óperas!

López, el guitarrista, conociendo que el público parecia cansarse, pidió permiso para ejecutar su pieza en el tercer entreacto, lo que concedido, se presentó en la escena y fué acogido bien. Pero al concluir *El Carnaval de Venecia*, que fué la pieza ejecutada, algunas voces pidieron *El ave* (probablemente *El ave en el árbol*). El público, que no escuchó bien, secundó los primeros gritos pidiendo *el Jarabe* á voz en cuello.

¡El Jarabe! ¡el Jarabe! no se oia otra cosa en el salon, y el público apoyaba sus gritos, dando enormes patadas en el pavimento y palmoteando con frenesí.

Calcúlese cuál seria la emocion de un autor que habia estado meditando y componiendo una ópera, que habia emprendido sendos trabajos para ponerla en escena, que habia sufrido mil contrariedades, sostenido por la esperanza del aplauso público, y que al presentarla, cuando debia suponer á sus oyentes conmovidos, ocupados al menos en analizar la nueva música, los veia perneando como unos locos, y les oia gritar desaforados *¡el Jarabe!*

Habia con eso lo bastante para perder el juicio, ó para renunciar de una vez á la carrera artística.

Morales, con el infierno en el alma, ocupó su asiento de director de orquesta, el telon se alzó para que la ópera continuara; pero oyendo que el público seguia pidiendo *el Jarabe*, arrojó desesperado la batutta, cerró la *partitura* y se dirigió al escenario para indicar á López que repitiera su pieza. Así lo hizo, y el público se tranquilizó, aunque no quedó muy contento, porque lo que deseaba era oir los *sonecitos de la Retama* y *de la Pradera!* No estaba esa noche de humor aristocrático como otras veces, sino que parecia excitado por el blanco licor inventado por la reina *Xochitl*.

¡Dios libre al arte musical de estos antojos del público mexicano!

Seria capaz en tales momentos de interrumpir el *Stabat Mater* de Pergolesio ó de Rossini, para que le cantasen las *Habas verdes* ó la *Guacamaya*.

Volvamos á la ópera. Concluyó con toda la felicidad posible despues del *Jarabe;* el público, raro en sus caprichos, llamó á Morales á la escena, le aplaudió con furor, y le hizo permanecer allí en una actitud embarazosa, mientras se tocaba por la orquesta el himno de Loreto. Despues la Tomassi le presentó una corona de laurel, en nombre de los alumnos de la Academia de San Cárlos. El triste autor de *Romeo* recibió todas estas muestras de entusiasmo con gratitud; pero su corazon estaba destrozado por los recuerdos del *Jarabe*, por la devolucion de las localidades y por el espectáculo del teatro vacío.

Fué un apoteosis parecido á una azotaina. Fué un triunfo parecido al de los mártires cristianos del tiempo de Neron y de Decio.

El Ayuntamiento de la capital presidia en cuerpo la funcion. Estaba compuesto de las mismas personas que el anterior; aquel que tan bonitamente dejó á Morales comprometido, segun referimos arriba.

Pues bien, en esta noche en que se habia dignado ocupar su palco, se le ocurrió entusiasmarse; vínole al magin la idea de proteger el talento mexicano y de fomentar los adelantos del arte divino; los honorables munícipes estaban nerviosos al oir las notas de *Romeo y Julieta*. Morales habia logrado, por esa noche, repetir el milagro de Orfeo.

Uno de los regidores se bajó del palco, corrió en busca de Morales, le tomó del brazo, y casi arrastrándole le condujo al seno de la ilustre corporacion.

Allí cada uno de los entusiastas concejales le hizo mil protestas de admiracion y de aprecio, cada uno le abrazó con efusion paternal; trajéronse vasos de *punch* y se pronunciaron elocuentes brindis, que evidentemente las musas escucharon haciendo gestos de indignacion: por último, el Ayuntamiento prometió solemnemente (tan solemnemente como antes) tomar á su cargo una funcion por la tarde, con el objeto de que Morales reparase todas sus pérdidas. ¡Noble efecto del *punch!*

Morales, que iba ya enseñándose á conocer lo frágil de las cosas humanas, aunque habia apurado tambien algunos tragos de la peligrosa mixtura, se permitió dudar de la palabra de aquellos padres del pueblo, y salió del palco tan desconsolado como antes.

Hizo muy bien en desconfiar, porque con la última nota de *Romeo* y con los últimos humos del licor se extinguieron los recuerdos de la famosa promesa. Nunca volvieron á pensar en ella los munícipes, ni en Morales, ni en la música.

En lo que sí pensaron fué en patrocinar el baile de Carnaval llamado de Vieja, que se hizo á pocos dias, el cual tomaron á su cargo pagando todos los gastos y arreglando todo lo que era preciso con un empeño sin igual.

La prensa, que generalmente ha sido la única en México que ha alentado á los artistas, lamentó en alta voz la indiferencia pública para con el jóven compositor, y un periódico, *El Heraldo*, inició la idea de abrir una suscricion para salvar á Morales de los terribles apuros en que iba á verse.

El maestro, altivo como todo artista, no sabia cómo protestar contra tal proyecto, que le parecia humillante, pues se veia en la dura alternativa de aparecer como un mendigo recibiendo el producto de la suscricion, ó como un ingrato rehusándola. Felizmente el carácter mexicano vino á librarle de esta situacion comprometida. Al dia siguiente de aquel en que se indicó esta idea, nadie se acordó de ella, y tanto las promesas municipales como las manifestaciones de la prensa, no fueron mas que *palabras, palabras, palabras*, como dijera Hamlet.

Una gota de miel vino, sin embargo, á endulzar este cáliz de amargura que Morales estaba apurando ya hacia algun tiempo. Los amigos del maestro, artistas casi todos, dispusieron obsequiarle con un concierto particular en la casa del Sr. D. Ignacio Jáuregui.

El 14 de Febrero de ese mismo año tuvo lugar el concierto compuesto de trece piezas vocales é instrumentales que se ejecutaron alternativamente por señoritas y caballeros.

A la una de la noche Morales escuchó un himno que le estaba dedicado y que cantaron los artistas que allí se hallaban. Despues cada una de las señoritas le ofreció una rosa con una pequeña moneda de oro, una niña le colocó en el ojal de la casaca un escudo á manera de condecoracion, y otras dos niñas le ofrecieron una corona de laurel. Sus amigos, los testigos de sus penas y de sus trabajos, le abrazaron derramando lágrimas y alentándole á seguir sin desfallecer en la carrera que habia emprendido.

¡Noche feliz para Melesio, y que le recompensó de sus anteriores amarguras!

V

Ildegonda.—Casamiento de Morales.—Representacion de *Ildegonda.*—D. Jesus Dueñas.—D. Manuel Payno.—Maximiliano.—Partida de Morales para Europa.

Cualquiera otro que se hubiera sentido con menos vocacion que Morales para el arte musical, habria renunciado á sus glorias, teniendo en cuenta sus sinsabores, y hubiérale bastado el recuerdo de la historia de *Romeo* para curarse de la manía de escribir óperas; pero nuestro novel compositor estaba lanzado, y las dificultades, lejos de arredrarle, le estimulaban á seguir. Volvió, pues, á tomar la pluma, que yacia en reposo durante la representacion de la primera *partitura*, y púsose á escribir las primeras escenas de *Ildegonda*, de esa *Ildegonda* que habia de ser aplaudida con frenesí en el teatro Pagliano de Florencia, y que habia de valer á su autor una reputacion en Europa.

Durante este tiempo en que Morales trabajaba en su nueva composicion y cumplia veinticuatro años de edad, contrajo matrimonio con una virtuosa señorita, hija de una familia distinguida de México, y hasta el año de 1866 no procuró poner en escena su nueva *partitura*, que estaba ya concluida.

En esa época habia llegado á la capital de la República (todavía ocupada por el gobierno imperial y por el ejército frances) una gran compañía de ópera, de la que era empresario un antiguo conocido, Biacchi.

La nacion se hallaba entonces en plena guerra, era el penúltimo año del imperio y se combatia por todas partes, lo que no impedia, como es de suponerse, que la ruidosa México se distrajera, sin cuidarse de los peligros que la amenazaban.

El teatro estaba concurridísimo, segun sabemos, y se aplaudia á Angela Peralta, con tanto mas entusiasmo, cuanto que con esto el público queria dar una muestra de su amor á las glorias nacionales.

Entonces Melesio presentó su *Ildegonda* á Biacchi para que la pusiera en escena; pero el empresario extranjero se negó si no se le garantizaba el pago de una fuerte suma de dinero para cubrir sus gastos. Morales estaba mas pobre que nunca, pues los pequeños intereses de su familia habian desaparecido y él apenas vivia con el producto de sus lecciones.

Reunir, por lo mismo, la cantidad exigida, era poco menos que imposible.

Por fortuna Morales se encontró con un amigo de una resolucion á toda prueba, que le alentó, que le sostuvo y que le ayudó á vencer todos los obstáculos. D. Jesus Dueñas fué este amigo, y en union de él, Morales luchó por espacio de muchos meses

á fin de conseguir su objeto. En compañía de Dueñas vió á numerosas personas opulentas, demandando su apoyo para la representacion de *Ildegonda*, y recibió los desaires con que la indiferencia de los ricos contesta regularmente á las solicitudes del talento.

Al cabo de tantos dias de no encontrar mas que frialdad por todas partes, solo se encontró, merced á los esfuerzos de sus amigos, á dos hombres que se decidieron á ayudarle. Estos dos hombres eran uno mexicano y otro extranjero. El primero D. Manuel Payno, el segundo...... Maximiliano, que por política ó por temperamento se mostraba protector de las bellas artes, en su deleznable imperio.

Payno ofreció una fianza por la cantidad que Biacchi exigia para la representacion de *Ildegonda*, y Maximiliano ofreció pagar lo que faltase del producto de la entrada para cubrir los gastos.

Con tales garantías la *Ildegonda* se puso en escena, y no hay necesidad de hablar del éxito que obtuvo; fué magnífico y valió á su autor un mas espléndido triunfo que el que habia obtenido en la representacion de *Romeo*.

Sin embargo, hubo que acudir á las personas comprometidas para que completasen los gastos, porque no se cubrieron con las entradas.

Desde esa vez, Morales no pensó mas que en dirigirse á Italia á perfeccionar sus estudios, y estimulado, como él mismo lo dice, por su amigo Dueñas y por el Sr. Martinez de la Torre, y protegido por ellos y por el Sr. Escandon, partió para Europa, de donde no debia volver sino coronado con los laureles de la gloria.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(*Concluirá.*)

BALADA.

¿Le conoceis acaso,
Decidme, niñas?
Es el lirio mas bello
De estas campiñas;
Miel de panales,
Ramillete de flores
Primaverales.

Cual ramaje del fresno,
Galan del prado,
Es su oscuro cabello
Todo rizado;
Ancha su frente
Y tranquila cual cielo
De Mayo ardiente.

No penseis que sus ojos
Son de centella,
No, que brillan cual luna
Con luz tan bella,
Que nunca hieren;
Mas ¡ay! de la que triste
Solo les vieren.

Como en sazon y frescas
Las dulces pomas,
Son sus rojas mejillas,
Su aliento aromas;
Y es tan gallardo
Cual en tallo oloroso
Flexible nardo.

Le conocí una siesta;
Bajo los tilos
Acarraba sus cabras,
Mientras tranquilos
Mis corderillos
Triscando retozaban
Por los tomillos.

Con su rabel cantaba,
No, que gemía;
Así era de doliente
Su melodía;
Lloraba el triste
Porque dizque en el mundo
Dicha no existe.

Sus ojos y mis ojos
Solo un instante
Se miraron, y en fuego
Dulce y constante
Nuestras dos almas
Se unieron, como juntas
Crecen dos palmas.

Desde entonces maduros
Frutos y flores,
La aurora halla en mi choza,
Y á los albores
Salgo al collado
Do siempre me esperaba
Mi bien amado.

Pero ya no me aguarda....
¡Penosa idea!
Se alejó una mañana
De nuestra aldea,
Y en agonía
Paso la noche oscura
Y el claro dia.

A la opuesta ribera
De nuestro rio,
Dijéronme que á excusas
Se fué el impío,
Y que muy bellas
Hay allí mil zagalas
Cual las estrellas.

¡Ay! ¿por qué me dijeron?
Si no dijeran,
Hoy los terribles zelos
No me afligieran.
Traidor, impío,
¿Por qué á excusas, ingrato,
Cruzaste el rio?

Si otra pastora linda
Causa mi duelo,
Que llore como lloro
Permita el cielo;
Y tú, inhumano,
Lleves siempre en el seno
Aspid tirano.

¿Pero verdad, mi dueño,
Que no has partido?
¿Que solo entre las lilas
Te has escondido?

Ven, ya mi pecho
Palpitando te ofrece
Su blando lecho.

¡Vieras cuánto he llorado,
Dulce amor mio!
Pregunta á las palomas,
Al bosque, al rio;
Ven, ya no lloro,
Y si lloro es de dicha;
Ven, mi tesoro.

Bésame con el beso
De tu rosada
Boca, que dulce mana
Miel regalada;
Pero en los ojos,
Para que ya no viertan
Llanto de enojos.

Los lavaré en la fuente
Con agua pura,
Para que no te cuenten
De mi amargura,
Y que he llorado
Porque tú de mi choza
Te has apartado.

No los viste llorando,
Que si los vieras,
¡Ay! yo sé que á otros campos
Jamas partieras
Ni me dejaras,
Pues al verme llorando
Tambien lloraras.

La mitad de mi lecho
Yace vacío,
Y no tu blando aliento
Se mezcla al mio;
Tiendo la mano
Y entre la sombra busco,
Mas busco en vano.

Y en voz baja, muy baja,
«Ven, yo te digo,
Aun reposa la alondra,
Ven, dulce amigo;
Cuando la aurora,
Te avisaré, si duermes,
Que llega el hora.»

«Aun no caen las estrellas,
Y en los rediles
Ni balan los corderos,
Que en los pensiles,
Todos süaves
Son nocturnos rumores,
Suspiros de aves.»

«Duérmete sosegado,
Duerme, alma mia,
Yo velaré á tu lado
Hasta que el dia,
El alba pura
Anuncie tras los montes
Con su blancura.»

¡Ay! mitad de mi lecho
Yace vacío,
Y no su blando aliento
Se mezcla al mio;
Tiendo la mano
Y en la sombra le busco,
Mas busco en vano....»

—Cantaba así una niña;
De pronto el cielo
Cubrióse con horrible
Crespon de duelo;
Bramaba el viento,
Y ella aterrada queda
Sin movimiento.

A un árbol se guarece
Que vistió Mayo;
Mas sobre él retronando
Se lanza un rayo,
Y en mil pedazos
Queda el tronco deshecho,
Y hojas y brazos....

En medio á la tormenta,
De angustia lleno,
Un pastor á una hermosa
Lleva en su seno;
Cruza el collado
Y de una blanca choza
Llega al cercado.

«Despiértate, alma mia,
La dice el triste,
Ya el huracan los robles
Fiero no embiste;
Ya el puro cielo
Esmalta el arco-iris
Con limpio velo.

«No estoy, mi vida, ausente,
Ya estoy contigo,
Es mi amoroso seno
Quien te da abrigo.»
Mas ella escuálida
Yace como un cadáver
Pálida, pálida....

Él le habla y no responde,
Se aflige y llora,
Y exánime juzgando
Ya á su pastora,
Un postrer beso
Sobre la frente pálida
Le deja impreso.

A este beso de fuego
Volvió á la vida,
Y ¡ay! dijo suspirando,
¿Dó estoy perdida?
—No, que en el seno
Solo estabas soñando
De tu Fileno....»

De besos y palabras
Ecos se oyeron,
Porque los dos pastores
Mucho dijeron;
Pero se entraron
En su choza, y las sombras
Los ocultaron.

1868.

LUIS G. ORTIZ



A. DE LAMARTINE

LAMARTINE.

I

Alphonse Prat de Lamartine nació en Mâcon el 21 de Octubre de 1791.

Nadie ha hablado de su infancia y de su juventud con la gracia, con la abundancia de colorido poético que él mismo. En los libros que con tanta razon ha llamado sus *Confidencias*, encontramos á cada paso alusiones á sus primeros años, á su familia, á su país natal; ¡risueños cuadros trazados con el lenguaje mas bello que haya salido de humanos labios, y en los cuales se ostenta la eflorescencia de todos los recuerdos, la expansion de todas las armonías en derredor de un templo, su casa de Milly, en presencia de un tabernáculo, la memoria de su madre!

La familia de Mr. de Lamartine era de noble alcurnia. Su padre, viejo gentil-hombre de provincia, ex-mayor de un regimiento de caballería de Luis XVI, legitimista austero cuyas creencias habíanse convertido en una especie de culto al través de la revolucion francesa, que habia herido á la familia real con desgracias solo comparables en grandeza á los acontecimientos que daban en Europa la supremacía moral á la Francia de Mirabeau y de los Girondinos, la supremacía militar á la Francia del *Corso*, para quien la fortuna habia forjado una prodigiosa corona en Marengo y Austerlitz.

El noble anciano se ocupaba del cultivo de sus tierras y de hacer una crítica constante y por lo general justa del soldado advenedizo que trastornaba á su antojo el mapa del mundo, para quien era ligero el cetro de Carlo-Magno, que tenia en poco la ambicion de César, pero que hacia pesar sobre su imperio el mas ruinoso de todos los despotismos, el de la gloria.

En el corazon de su madre, á quien el poeta ha dedicado inmortales páginas, tenian mayor cabida los sentimientos generosos que germinaban en el fondo de las singulares catástrofes que se habian sucedido en la época de la revolucion. Y esto tiene una explicacion fácil. Mme. de Lamartine, hija de una sub-preceptora de los hijos de Felipe de Orleans, habia recibido en aquella casa, célebre ya por su afecto á los principios filosóficos, una educacion conforme en mucho con la que recibian los príncipes, y las doctrinas que con tan tierna elocuencia propagaba J. J. Rousseau, debian hacer profunda mella en aquella alma naturalmente poética y cristiana.

A cada paso, y desgraciadamente con una complacencia que podria justificar ciertas críticas, si no se trasparentara bajo un velo un tanto mundanal, la adoracion sin límites del poeta por su madre, Mr. de Lamartine nos la retrata con rasgos imperecederos.

«Se encuentra en ella, dice, esa sonrisa interior de la vida, esa ternura inagotable del alma y de la mirada, y sobre todo, ese rayo de luz tan lleno de la serenidad de la razon, tan impregnado de sensibilidad, que corre como una caricia eterna de sus ojos, un tanto profundos y velados, como si no quisiese derramar toda la claridad, todo el amor que guarda en ellos.»

Otra vez nos la pinta á las puertas del templo, de este modo:

«Tenia mi madre, en la elevacion y elegancia de su talla, en la flexibilidad del cuello, en la posicion de la cabeza, en la finura de su piel, que se ruborizaba con las miradas como á los quince años, en la pureza de sus facciones, en la sedosa suavidad de su cabellera negra derramándose bajo su sombrero, y sobre todo, en la irradiacion de la mirada, de los labios, de la sonrisa, ese invencible atractivo que es á un tiempo el misterio y el complemento de la verdadera belleza.»

Un eminente escritor frances, hablando de los retratos que Lamartine nos ha dejado de su madre, y despues de citar uno de ellos, dice que la piedad casta, santa, verdaderamente filial, no analiza así. * ¿Negareis acaso el amor del hijo, expresado en sus obras con una elocuencia que solo puede venir de la verdad? Pues dejad que haya manifestado su adoracion en rasgos arrebatadores; Dios le dió el don del lenguaje maravilloso.

La primera educacion del jóven *estaba toda en los ojos mas ó menos serenos y en la sonrisa mas ó menos franca de su madre. Solo le pedia ser bueno y sincero. El no tenia ninguna dificultad en serlo. Su alma, que no respiraba sino la bondad, no podia producir otra cosa. Nunca tuvo que luchar ni consigo mismo ni con los otros. Todo le atraia, nada le obligaba.*

El mismo ha contado que las primeras nociones del arte divino se fueron depositando en su corazon escuchando leer á su padre las tragedias de Voltaire, mientras su madre adormecia á la menor de sus hijas y él fabricaba flautillas de saúco, para tocar al dia siguiente con sus compañeros. Ademas, la poesía llena de uncion sublime de los salmos de David, que su madre le recitaba con su voz dulcísima, la cadencia del verso, en fin, que parece corresponder á un ritmo que canta en nuestra alma, todo esto encendia en su corazon el crepúsculo de la irradiacion espléndida que habia de hacer del niño mimado de su familia el niño mimado de la Francia.

Cuando concluyó sus estudios de latinidad, en medio de los cuales su estro poético pareció abandonarle, el jóven Lamartine comenzó una vida de montañés, á la que desde pequeño estaba acostumbrado, y que le llevaba de los bordes de los lagos suizos á las sonoras playas de la Italia. Entonces leia mucho al Tasso y á Ossian, el Homero de sus primeros años, segun él dice.

En medio de aquellas peregrinaciones, la melancolía del cantor de Malvina, las aspiraciones, los sueños, la necesidad de amar, la contemplacion de la naturaleza, iban revelando al poeta en el bello

* M. de Sainte-Beuve. Conv. de Lundi.

adolescente que recorria los Alpes, *épris d'ombre et d'azur*, como ha dicho Víctor Hugo.

En los largos inviernos pasados en la habitacion de su padre, á fuerza de leer versos, Lamartine quiso imitarlos. Escribió así cinco ó seis tragedias, bosquejó cuatro ó seis poemas épicos y uno ó dos volúmenes de elegías amorosas en el género de las de Tibulo y de Parny.

Por entonces hizo el jóven poeta un viaje á Nápoles. El maravilloso esplendor de ese cielo italiano, la belleza, la música, el colorido de aquel país de bendicion, impresionaron profundamente al jóven. Ese período de fabricantes de versos que tienen todos los poetas, pasaba para él á los primeros latidos de su corazon. Llegó á Nápoles y conoció á Graziella. El poeta habia nacido.

Habia mirado por fin esa gran maravilla que se llama la Naturaleza, habia por fin escuchado esa gran lira que se llama el corazon. Lamartine amaba. El amor por la linda coralista de Prócida fué el preludio del poema, lleno de inspiracion y de dolor, que acaba de cerrarse en el cementerio de Saint-Point.

Lamartine ha conservado en su lenguaje y en su imaginacion toda la luz de los horizontes de Italia. En sus estrofas hay la música de los lagos saboyanos, los gemidos de los pinos alpestres, la poderosa aspiracion al ideal que hace melancólico el pensamiento del hombre que mira los cielos serenos y profundos, y esa solemnidad que da la contemplacion de las ruinas de pasadas grandezas.

En las mejores poesías de Lamartine se descubre un rayo del sol que todos los dias alumbra la tumba de Virgilio. *El Lago*, *El Crucifijo*, *El Canto de amor*, para nosotros las tres perlas de las *Meditaciones*, que son la perla entre las obras del gran poeta, y *Graziella* y *Raphaël*, que son los mas poéticos episodios que tiene la literatura moderna, llevan la huella de Italia, del país de la melodía, del genio, de la inspiracion. El nombre de Lamartine va mejor al par de los del Petrarca, del Tasso y Manzoni, que de los de Racine, Corneille y Beranger.

Cuando se sintió trasfigurado por el fuego de las pasiones reales, lo primero que hizo fué arrojar sus versos al fuego, convencido de que lo que hay de mas divino en el corazon del hombre nunca sale de él, falto de lenguaje para ser articulado en la tierra. El alma es infinita, y los idiomas no son sino un pequeño número de signos arreglados por el uso para las necesidades del vulgar de los hombres. Son instrumentos de veinticuatro cuerdas para resonar con millares de notas que la pasion, el pensamiento, los ensueños, el amor, la oracion, la naturaleza y Dios, hacen oir en el alma humana. *

Renunció entonces á cantar, *no porque le faltaran melodías interiores, sino voz y notas para expresarlas.*

Pasados los solemnes momentos de la revolucion francesa, en que la *Marsellesa*, los *Girondinos* y el *Chant du départ* expresaban en estrofas sublimes los sueños de libertad y los gritos de angustia de la patria, cuando Napoleon se ciñó la corona imperial, la poesía resintióse en extremo del genio de la época, y se volvió toda incienso para aquel semidios, mientras un paganismo de convencion inundaba con sus ideas galantes y rastreras, con su amable escepticismo, el cerebro de los que entonces se creian poetas, y cuyos nombres, ya anunciados bajo el reinado de Voltaire, resucitaron en la época imperial. Estas exhumaciones de un pasado muerto para siempre, se llamaban Delille, Fontanes, Chenier (J.), gente toda que venia en línea recta del siglo XVIII, y que se apasionaba por la forma y el colorido, nunca por el alma ni por el ideal.

El mismo compositor de *Atala*, ese divino preludio de la poesía moderna, no dejaba de haberse inficionado un tanto, como puede observarse en eso que nosotros llamariamos *dilettantismo* cristiano y que en lugar de hacer de *El Genio del Cristianismo* un gran poema religioso, lo convirtió en un bellísimo tratado de estética de la religion.

La Francia estaba fatigada de la poesía sensual. La catástrofe de 1814 hízola al fin respirar libremente, al mismo tiempo que esa asombrosa sucesion de acontecimientos dejaba en el alma de la sociedad europea una hondísima impresion que le hacia buscar la mano de Dios, allí de donde antes se habia creido ausente.

El espectáculo de tanta grandeza y de tanto infortunio, únicos en la historia del mundo, hizo volver los corazones hácia Dios, las mujeres al templo y las lágrimas de piedad á los ojos de aquella sociedad que renacia á la vida, despues de veinte años en que el despotismo de la libertad y el de la fuerza se sucedian en monstruoso encadenamiento.

Los que han leido *Raphaël* saben la completa trasfiguracion que se operaba entonces en el corazon de Lamartine. La Beatriz de su juventud habia aparecido como una vision celeste á los ojos de su alma, y la pasion que nos ha contado en su inmortal libro, purificaba sus labios, como el carbon encendido los del profeta hebreo, dejándolos dignos de cantar las glorias del Señor.

Durante aquel año de éxtasis y de dolor compuso muchas de sus meditaciones. A su vuelta de Saboya, en donde habia conocido á Julia, fijó el poeta su residencia en Paris. Muy conocida es la historia del último diamante que poseia Mme. de Lamartine y que dió á su hijo para que pudiera vivir en la gran capital, pues su padre no habia podido señalarle mas de doscientos francos mensuales, dice E. de Mirecourt.

Cuando hace ocho años leimos por primera vez el *Raphaël*, no le encontramos defecto alguno, y cuando despues hemos conocido severas críticas de ese poema maravilloso, las hemos rechazado con disgusto, como si sintiéramos que toda la lógica del

* Meditations poétiques. Pref.

mundo no puede tener razon frente á tanta poesía, á tanto amor, á tanta felicidad. El instrumento de veinticuatro cuerdas ha hecho en ese libro los prodigios que le pedia el poeta. No hay párrafo, íbamos á decir estrofa, en esas páginas de los veinte años, que no evoque un sueño, que no despierte un recuerdo, que no atraiga un suspiro ó provoque una lágrima. ¡Cuánto se puede amar, Dios mio! ¡Qué acopio de felicidad guardas en la tierra para el que une sus miradas á las miradas de una mujer, haciéndolas subir á tí en esa doble plegaria del alma! ¿Conque existe el amor? ¿conque es cierto que el alma infinita del poeta es una cuerda del arpa de tus alabanzas ¡oh Señor! que tendida de un punto á otro del cielo, vibra en la tierra con el aliento de la mujer?

Todo esto nos deciamos mientras nos deleitábamos con el lirismo apasionado de ese Rafael, en cuya primera página debia escribirse *El Lago*, y á cuyos últimos suspiros debia mezclarse esa lágrima de los cielos que se llama *El Crucifijo;* todo esto nos deciamos leyendo aquella revelacion espléndida de Dios, y poniendo una flor en cada hoja, escribiendo un verso en cada márgen, deseábamos al cerrar el libro, casi aprendido de memoria, que la humanidad entera no tuviese sino un solo regazo para dormir sobre él nuestros primeros sueños de poeta.

Por eso hemos rechazado las críticas, por eso hemos bendecido tanto á ese *inmortal*, y se lo hemos perdonado todo, por eso guardamos el *Raphaël* junto con los manuscritos de nuestro padre, cerca de los recuerdos de una madre que fué tambien la felicidad de nuestra infancia, y que es el culto de nuestra juventud.

Beranger hablaba á la cólera y á los sentidos del pueblo el año de 1820, y reinaba en el olimpo frances. Lamartine tenia que luchar contra ese rival, y llegó por fin á vencerle.

En la época de su pasion por la mujer que ha celebrado en sus versos con el nombre de Elvira, Lamartine habia ido á ver á Mr. Firmin Didot para suplicarle se hiciese cargo de la edicion de sus *Meditaciones:* Didot habia rehusado, y el jóven poeta lleno de desaliento no volvió á pensar en su humilde coleccion.

Las instancias de sus amigos triunfaron por fin, y en 1820 aparecian en un modesto volúmen. En poco tiempo se consumieron 45,000 ejemplares, y el editor Nicole hizo su fortuna.

El corazon de la Francia, dice J. Janin, latió doblemente al nombre de Dios y al nombre de Elvira. *El poeta fué derecho al corazon, y tuvo suspiros por ecos y lágrimas por aplausos.*

La impresion que el celebérrimo folletinista del *Journal des Débats* resintió al leer las primeras poesías de Lamartine, puede explicar la que resintió la sociedad francesa. Oigamos lo que dijo hablando de *las Meditaciones* en su idioma de oro:

«Mis ojos ofuscados como mi corazon, descubrieron ese nuevo mundo poético. ¡Conque por fin en un mismo libro están reunidos todos los sentimientos del alma y todas las pasiones del corazon, todas las felicidades de la tierra y todos los éxtasis del cielo, todas las esperanzas del tiempo presente y todas las inquietudes del porvenir!... ¡Conque hé ahí un poeta cristiano que no copia ni la Biblia, ni Lefranc de Pompignan, ni J. B. Rousseau! ¡Y antes al contrario, ora como se canta, se aproxima sin miedo al Dios terrible.... habla del cielo como es preciso hablar á las inteligencias de la tierra; se acerca al mismo tiempo á nuestra alma y á nuestros sentidos, y para que lleguemos mas fácilmente á la patria celeste, pone en nuestras manos la palma de oro! Y este mismo cristiano, tan confiado y tan apacible á los piés del Creador, se arrodilla ante la creatura, y entonces tambien encuentra adoraciones sin fin, arrobamientos castos, y se trasporta hasta mas allá de las nubes, hasta mas allá del cielo adonde fué San Pablo...... Fué un instante feliz de calma, de reposo y de serenidad para el pueblo de Francia, aquel en que descubrió, en fin, en un órden de ideas mas elevadas, lejos, muy lejos de la cólera, de la venganza, de la orgía y de toda especie de maldiciones, esa casta y murmurante poesía que solo hablaba del cielo ó de los mas inocentes amores de la tierra...... A un tiempo habian sido derrotados Delille y la escuela descriptiva, Parny y la escuela sensualista, Voltaire y la ironía, Lebrun y el epigrama.... El hombre no ha sido creado para una cancion eterna de duda y de amor. Tú le has dado, Dios mio, otro fin mas lejano y mas dificil de alcanzar. El hombre ha sido creado para la esperanza y el amor puro. Las *Meditaciones* de Mr. de Lamartine fueron, pues, el triunfo y la expiacion de la poesía.»

Poco tiempo despues de la aparicion de sus primeros versos, el poeta contrajo enlace con una bella señora inglesa, compañera fiel de su vida, muerta hace cinco años, y á la que pertenece este pensamiento inmortal grabado al pié de su estatua esculpida por A. Salomon: *Es mejor acompañar á los grandes hombres en el dolor que en la prosperidad.*

Despues de las primeras *Meditaciones* aparecieron las segundas, con *Sapho*, el *Poeta moribundo*, el *Crucifijo* y el *Ultimo canto de là peregrinacion de Childe Harold*, en donde resalta toda la ternura y aficion que el poeta resentia por Lord Byron, con cuyo estro melancólico tenia tantos puntos de contacto, y á quien ya habia dedicado unos versos magníficos que intituló *El hombre.*

En seguida publicó las *Armonías poéticas*, bellísima obra en que resaltan las tendencias al ideal del poeta cristiano, y en que la influencia de Byron se resiente menos. Esta coleccion, que tuvo un éxito brillante, fué escrita en Italia, adonde hacia algun tiempo habia sido enviado nuestro poeta en calidad de secretario de embajada.

Poco despues pasó á Florencia, en donde á consecuencia de ciertas palabras atribuidas á Byron al abandonar la Italia, en el canto de Ch. Harold, Lamartine tuvo un duelo con el patriota general Pepe,

en el cual recibió una fuerte estocada, obteniendo, á pesar de eso, el perdon del general italiano, de su amigo el gran duque de Toscana. Este asunto nos ha sido contado detalladamente por el poeta en *Fior d'Aliza.*

Acababa de ser nombrado Lamartine embajador en Grecia, cuando estalló la revolucion de Julio de 1830. Legitimista de corazon, aunque muy afecto á las ideas liberales, el ilustre poeta, despues de acompañar con sus piadosos votos á aquella desgraciada familia de los Borbones, sobre la que parecia pesar la ira de Dios, rechazó noblemente la oferta que el nuevo gobierno le hizo de conservarle el nombramiento, y jamas se le vió acercarse á la familia de Orleans, á la cual, sin embargo, estaba ligado por su madre.

Mr. de Lamartine no desistió por eso de hacer un viaje al maravilloso Oriente, poética y santa peregrinacion con la que habia soñado desde niño. Disponiendo entonces de una brillante fortuna, pudo comprar un buque, á bordo del cual se embarcó en Marsella con su esposa y su adorable hija Julia, que no debia volver á las playas francesas, y cuya muerte habia de causar el dolor que ha dejado una huella mas profunda en el alma del poeta.

Notable coincidencia; los dos mas grandes poetas del siglo, Víctor Hugo y Lamartine, el águila y el cisne, como dice Cormenin, debian hallar los mas conmovedores acentos de su lira cantando la temprana muerte de sus dos hijas.

El poeta hizo su viaje ocupándose de los hermosos caballos, las bellas mujeres y los sonoros versos, mientras no moria su hija; triste y desolado despues, atravesó el Asia menor, en cuyas montañas descendia el Señor, á cuyos desiertos venian los ángeles para mostrar á Agar el manantial oculto donde reanimó á su pobre hijo proscrito y muriéndose de sed, cuyos rios salen del Paraíso terrestre, en cuyo cielo se veian á los ángeles subiendo y bajando por la escala de Jacob. Un viaje á Oriente era para el poeta como un gran acto de su vida interior, y construia eternamente en su pensamiento una vasta epopeya, cuya escena principal serian esos hermosos lugares. Le parecia que las dudas del espíritu, las vacilaciones religiosas, debian encontrar allí su solucion y su apaciguamiento. *

En Jerusalem recibió el poeta la noticia de su eleccion en los distritos de Bergues y Mâcon simultáneamente, y se dispuso á regresar á Paris.

La primera época de su vida literaria concluyó con su *Viaje á Oriente*, libro soberbio, en donde al lado de notables contradicciones y de teorías extrañas y opuestas frecuentemente, brilla un lenguaje digno del Oriente por el colorido, las contemplaciones sublimes, los rasgos de poesía profunda y soñadora, y los pensamientos que cuadran, por su elevacion y su solemnidad, á los maravillosos espectáculos que desarrolla á la vista del peregrino ese país que ha sido dos veces la cuna de la humanidad.

* Voy. en Orient.

El hombre que habia dado todo su corazon á la poesía, iba á dar toda su inteligencia á la patria. La lucha, el trabajo, el valor, la abnegacion, la política, lo esperaban. El poeta del corazon se habia eclipsado. El poeta de la tribuna iba á comenzar.

JUSTO SIERRA.

(*Continuará.*)

ROMANCE
DE
LA MUERTE DE TEZOZOMOC.

A MI QUERIDO AMIGO ANTONIO GARCIA Y CUBAS, EN RECUERDO DE CARIÑO.

Al abrigo de la noche,
Del gran Ixtlixuch el hijo
De Tetzcuco para Chalco
Sale errante y fugitivo:

No porque valor le falte
Para arrostrar el peligro;
Mas él es solo, y en cambio
Son muchos sus enemigos.

Tezozomoctli los manda,
De Ixtlixuchitl asesino,
Y si tan mal trató al padre,
Peor trataria al hijo:

Que es, mal que pese al tirano,
El heredero legítimo
Del reino de Acolhuacan
Por Xolotl establecido.

Huyendo va, y sin embargo
Halla donde quiera asilo,
Que sus vasallos adoran
Al príncipe fugitivo,

Y esperan de su valor
Y su talento y buen juicio,
Que él llegará á libertarles
Del tirano aborrecido.

No ignora Tezozomoc
Que corre tan gran peligro,
Pues mil veces en sus sueños
Háselo el cielo advertido.

La conciencia le remuerde
Por su traicion y delito,
Y por la fiebre abrumado
Le atormenta su delirio.

Sueña que Nezahualcóyotl,
En águila convertido,
Abrele el pecho y le arranca
Vida y corazon indigno;

Luego, le ve en la figura
De un leon enfurecido
Que bebe en su mismo cuerpo
La sangre del asesino.

En vano lucha en su sueño
Por olvidar su delirio,
Y despertando aterrado
Llama en socorro á sus hijos;

Tecuhtzintli y Tayatzin
Llegan de Maxtla seguidos,
Y así les dice el anciano
De su miedo poseido:

«Vive Nezahualcoyotl
Que de mi víctima es hijo,
Y aquí viene á recobrar
Su antiguo reino perdido.

Buscadle, y si le encontrais
Matadle en el punto mismo,
Y pues yo reiné matando,
Matando reinen mis hijos:

No tengais de él compasion
Si quereis reinar tranquilos;
Ved bien que si os lego un trono,
Al crímen lo habeis debido.

No olvideis que del tirano
Los buenos son enemigos,
Y que es en las malas causas
La mejor arma el delito.

La muerte siento que llega;
Voy á dejaros, mis hijos;
Como sucesor del reino
A tí, Tayatzin, elijo.

Eres hijo de un tirano
Y por tal aborrecido;
Vé que no traten en tí
De castigar mi delito.

Te lego un pueblo á quien atan
Cadenas del despotismo;
¡Ay de tí si un eslabon
Llega á romper decidido!

Vela si quieres dormir;
No olvides que eres mi hijo,
Y que es en las malas causas
La mejor arma el delito.»

Habla así Tezozomoc
A la eternidad vecino,
Que arrepentirse no cabe
En tirano tan inícuo.

Súbito sus ojos giran,
Brillan cual opaco vidrio;
En tanto sobre su reino
Forman proyectos sus hijos.

Gritos le arranca la idea
De su muerte al asesino,
Y la corte aduladora
Acude al oir sus gritos.

Allí está Tezozomoc,
Tan anciano y tan flaquizo
Que es su vejez quien le mata
Y su espíritu intranquilo.

En una especie de cuba
Que forman mimbres tejidos,
De blanco algodon cardado
Llena, se encuentra metido.

Envuelto vedle entre el humo
Por copalli producido,
Y ni el calor de las teas
Corta de su muerte el frio.

La corte sumisa adora
De Ixtlixuch al asesino,
Que aunque le ven moribundo,
Miedo tuviéronle vivo.

En tanto Tezozomoc
Exhala el postrer suspiro,
Y libre Netzahualcóyotl
Se ve de tal enemigo.

«¡Ha muerto Tezozomoc!»
Repite la plebe á gritos,
«Libres somos, que el tirano
A la muerte ha sucumbido.»

Esto escucha Tayatzin,
Y á ser tirano propicio
Exclama: «el tirano ha muerto,
Pero le sucede el hijo.»

Enrique de Olavarría.

Junio 10 de 1869.

JALAPA

ARTICULO II.

Por real cédula de Madrid á 18 de Diciembre de 1791, el rey D. Cárlos III concedió un escudo de armas á Jalapa. En el centro de este figura el cerro de Macuiltepec, á cuya falda está la ciudad, y cercado el escudo de una orla en campo de oro con seis hojas ó guías que significan el fruto de la purga; un lucero sobre el cerro indica el clima benigno de la comarca, y el caduceo de Mercurio y el cuerno de la abundancia que lo acaban, con el laurel y palma que lo circundan, dicen la prosperidad á que llegó Jalapa por el comercio en tiempo de las ferias, y la fertilidad y galanura de su suelo.

Jalapa es la sede del obispado de Veracruz. El actual y primer obispo electo lo es el Illmo. Sr. D. Francisco Suarez Peredo, ejemplo de caridad evangélica. Hizo su entrada en Jalapa en el año de 1864 y fué acogido del modo mas entusiasta por el vecindario, esforzándose todas las clases de la sociedad jalapeña en demostrar su amor al virtuoso y venerable prelado, quien ha sabido corresponder dignamente al cariño de sus diocesanos. A semejanza de aquellos esforzados jesuitas que recorrian los desiertos del Paraguay arrostrando toda clase de peligros, exponiéndose á perecer ahogados en los inmensos rios que atravesaban en un frágil esquife, y á menudo á nado; á ser presa de las fieras en que abundan aun en el dia los bosques americanos, ó á sufrir como el beato Julian de Lizardi los horrores del martirio, el obispo de Veracruz, á pesar de su edad avanzada, y sobreponiéndose con el vigor de su espíritu á la salud delicada de su cuerpo, recorre frecuentemente su diócesis, montado en una pobre caballería y sin mas compañía que la de uno de sus familiares y un mozo, visitando los mas apartados pueblos de indios de la Sierra, y no temiendo exponerse á los rigores de la terrible enfermedad del vómito, cuando ha ido á la parroquia de Veracruz.

La instruccion pública está en Jalapa al nivel de las ciudades mas cultas del país, contando con un Colegio Nacional, un Seminario y varios establecimientos particulares de educacion para niños de uno y otro sexo.

El Colegio Nacional fué fundado en 1843 por el empeño del Sr. Lic. D. Antonio M. de Rivera, su director, y merced á él se ha sostenido hasta el dia. Se han cursado en él latinidad, filosofía y derecho,

y cuenta con un buen gabinete de física y una biblioteca. En ese establecimiento han hecho en parte su carrera algunos hijos ilustres del Estado veracruzano, como lo son los Sres. Alba, Rivera, Casas y Huidobro Gonzalez.

El Seminario fundado por el señor obispo Suarez Peredo cuenta un número considerable de alumnos.

Entre los establecimientos de educacion particulares se distinguen el del antiguo profesor D. Teodoro Kerlegand, y los de los Sres. Perez y Muñiz.

Existe tambien una escuela pía establecida desde el año de 1824 con el rédito de ocho mil pesos que legó al efecto el Sr. D. Manuel de la Rosa.

Jalapa cuenta con un hospital de hombres y otro de mujeres. En este se asisten regularmente de 12 á 20 enfermas. El hospital de hombres contiene dos salas para enfermos, con 32 camas, y ademas una sala de inspeccion, bien ventilada y con una buena coleccion de instrumentos quirúrgicos. Los hospitales deben mucho en su adelanto al celo con que los vió el Sr. Dr. D. Cárlos Casas en el tiempo que estuvieron bajo su direccion.

La ciudad cuenta tambien con una casa de asilo para mujeres y un hospicio de pobres.

El alumbrado público es bueno. Se compone de 129 faroles y se usa para ellos del gas fabricado por el industrioso y activo D. Pedro M. Luelmo, que tiene por contrata con el Ayuntamiento ese ramo. Los vecinos pagan por el alumbrado una contribucion de 3 p$\frac{o}{o}$ sobre las fincas urbanas, establecida en 20 de Mayo de 1827.

Hay dos asociaciones ó juntas de caridad, una de hombres y otra de señoras; ambas imparten beneficios positivos al desvalido. De la de señoras es presidenta la Sra. Dª Josefa Ignacia Esteva, y de la de hombres el Sr. D. Angel María de Rivera. Los fondos de las dos asociaciones consisten en la cuota mensual que paga cada socio.

Rico el distrito de Jalapa en minerales de toda clase, existe en la ciudad una diputacion de minería, de que ha sido presidente el Sr. D. Pedro de Landero, á cuyos trabajos incesantes se deben en su mayor parte los adelantos de la minería en aquella parte del país.

Las oficinas federales que existen en la ciudad, son: la aduana, la recaudacion de contribuciones, la administracion de correos y la direccion del camino nacional.

Los juéves y domingos se celebra el mercado en Jalapa. Ese dia los indios de los contornos concurren á vender en la plaza sus verduras, frutas y productos de caza. Entre las verduras se cuenta el chayote, coles, camote, calabaza, yuca y otra multitud de vegetales, ya del país, ya extranjeros, como espárragos, alcachofas, zanahorias, etc. De frutas hay una variedad infinita, en que sobresalen por su sabor exquisito el mamey, la piña, chirimoya, anona, jinicuil, ahuacate, durazno, pera, etc., etc. Al fin de estos artículos pondremos una lista de las frutas y flores que se dan en Jalapa.

La caza que abunda allí es la de *temazate* (que pertenece al género del venado), conejo, jabalí, y diversidad de aves, como codornices, perdices, *chileanchas*, *chachalacas*, etc., etc.

La pesca que del rio de Jacomulco se expende en Jalapa, consiste en el suculento bobo, trucha y langostines. Los ostiones que se venden allí se cogen en *la Mancha*. Tambien suele llevarse el pescado de Veracruz.

Hay una infinidad de pájaros de hermoso canto y de variado plumaje, desde el chupamirto (colibrí), zenzontle, turpial, clarin de la selva, jilguero y *bandera mexicana* ó solitario.

El zenzontle es el ruiseñor de América. El solitario tiene un canto triste y gutural; pero su bellísimo plumaje ofrece los colores de nuestro hermoso pabellon nacional. Es una ave rarísima y en extremo desconfiada, que vive sola; por consiguiente es muy difícil cogerla viva, y ademas muere á los dos ó tres dias de estar prisionera.

En un tercer artículo continuaremos ocupándonos de Jalapa y sus alrededores.

GONZALO A. ESTEVA.

(Continuará.)

TUS OJOS.

Por Dios, advierte, niña, sin enojos,
Sin enojos advierte,
Que si fijas en mí tus negros ojos,
Vida me das ó muerte.

Que el corazon por ellos fascinado
Pierde la dulce calma,
Y tu mirada amor apasionado
Luego enciende en el alma.

Y si bien para aquel que brotar hace
En tu alma conmovida
Sentimiento que crece no bien nace,
Es el amor la vida;

¡Ay! para aquel que tus desdenes llora,
Compasion á su suerte
Pidiendo en vano á la deidad que adora,
Es el amor la muerte.

ROBERTO A. ESTEVA.

ROCIO DE PRIMAVERA.

JAROCHA.

Ya en la colina la Primavera
Con su cestillo de lindas flores
Apareció;
Ya los turpiales en la palmera
Forman su nido, ya canta amores
El ruiseñor.

En la mañana cuando las brumas
Desaparecen y al horizonte
Vánse á perder,

Y la cascada besos de espuma
Le da á las ceibas, y el alto monte
Brillar se ve;

Entonces, niña, de un arroyuelo
Del Paraíso, líquidas perlas
Se ven rodar,
Y la violeta que adorna el suelo
Abre sus broches para acogerlas
Con tierno afan.

Y abre su cáliz ya la azucena
Que el bosque adorna; sílfide hermosa
Se baña allí;
Su cuerpo enjuga con la verbena,
Su trage viste de blanca rosa
Para partir.

Es el rocío para las flores
Un don divino con el que el cielo
Vida les da;
Es ambrosía, que los amores
Allí entre aromas con tierno anhelo
Guardando van.

Y aquese llanto, dulce bien mio,
Que ora derrama por vez primera
Tu corazon,
Ese es, mi vida, tambien rocío
Con que se anima la primavera
De nuestro amor.

R. DE ZAYAS ENRIQUEZ.

Medellin, Marzo de 1869.

UNA PASION ITALIANA.

(CONTINUA.)

—¡Angiolina amarme! exclamé. No es posible, princesa; seria demasiada felicidad.

—Y bien, me contestó riendo Francesca, preguntádselo á ella misma.

En la noche de ese dia, que despues de tomar el té los habitantes de la *villa* se retiraron á sus respectivos aposentos, me dirigí al jardin, donde sabia que probablemente debia encontrar á Angiolina, fuese sola, fuese acompañada de Francesca.

En efecto, allá en el fondo del jardin, á la sombra de árboles seculares, se levantaba un pequeño *kiosko*, que siempre estaba herméticamente cerrado y de cuya llave no se separaba nunca la *contessina*, no permitiendo la entrada en él sino á contadas personas. En ese *kiosko* no habia mas muebles que un pequeño piano, un divan corrido que ocupaba todo el largo del aposento, y una pequeña y preciosa estatua de la Vírgen María. Angiolina, imitando, tal vez sin saberlo, una costumbre de las damas de la aristocracia rusa, llamaba á aquel *kiosko* su santuario, é iba á orar en él todos los dias despues que todo el mundo se habia recogido en la *villa*. Algunas veces tocaba y cantaba piadosas y tiernas canciones, y mas de una vez en las altas horas de la noche esas lejanas armonías habian llegado hasta mí arrullando mis ensueños.

En cuanto á mí, habia obtenido un dia que Angiolina me permitiese entrar en su santuario de una manera casual. Siempre he visto con un cariño y respeto singulares esa sublime creacion del catolicismo de la Vírgen Madre. ¡Vírgen y Madre, y Madre de Dios! En esas pocas palabras se encierra un mundo de pensamientos. La Vírgen María es el tipo ideal de la mujer que sin dejar de ser pura y casta, llega á ser esposa y madre. Así en ella se encierran las tres faces bajo las cuales debe ser considerada la mujer, siendo la de madre la mas sublime de ellas. Siempre que veo una imágen de Nuestra Señora siento palpitar con violencia el corazon, y las lágrimas se agolpan á mis ojos corriendo silenciosamente por mis mejillas, porque recuerdo que mi bella y virtuosa madre, cuando niño, me hacia prosternar ante la venerada imágen de la Vírgen Madre, y tomando mis manecitas entre las suyas, me hacia repetir las tiernas palabras del arcángel: *Dios te salve, María*...... ¡Benditos sean los puros y santos recuerdos de la infancia!

En el extranjero, la imágen de la Vírgen no solo me representaba los recuerdos de la infancia, sino que me parecia encontrar en ella algo de mi patria y de mi madre adorada, y así aun con mayor enternecimiento y respeto veia la sagrada imágen. Un dia nos hizo entrar la condesa Catani á su aposento para hacernos ver una *Purísima*, de no recuerdo qué gran pintor, y mi fisonomía debió mostrar tal emocion y tal respeto, que Angiolina no pudo menos de notarlo.

—Mucho os conmueve la vista de la *Madona*, me dijo. No os creia tan religioso.

Y en la tarde, al pasear por el jardin conmigo y con Francesca, la *contessina* nos hizo dirigirnos al *kiosko*, y al llegar á él abrió la puerta y me hizo entrar, diciéndome:

—Entrad. Sois digno de penetrar en él.

Estaba seguro de encontrarla esa noche en el *kiosko*, y á él me dirigí. En efecto, pronto escuché su voz encantadora que entonaba las sublimes estrofas del *Stabat Mater*. La puerta del *kiosko* estaba completamente abierta, pues Angiolina no creia que nadie sino su madre ó Francesca pudieran turbar su soledad. Yo me detuve en el umbral, y fascinado por el ferviente entusiasmo con que Angiolina dirigia al cielo sus piadosos acentos, bajo el peso de una poderosa emocion, me dejé caer de rodillas. Tal vez hice algun ruido, ó por una secreta simpatía sintió algo de mi emocion, pues Angiolina suspendió su canto y se volvió hácia la puerta. Al verme dejó escapar un grito de sorpresa.

—¿Vos aquí? exclamó.

—Necesitaba hablaros, dije levantándome y acercándome á ella.

—¿Pero á estas horas y en este sitio solitario? dijo ruborizándose y con embarazo é inquietud.

—No estamos solos, Angiolina, contesté señalando la imágen de la Vírgen; la Madre de Dios está con nosotros.

Una sonrisa brilló en los labios de Angiolina, y me dijo con voz mas tranquila:

—Y bien, ¿qué me queríais?

—Deciros que os amo y que no puedo vivir sin vuestro amor.

Angiolina se ruborizó y dejó caer la cabeza sobre su pecho. Levantándola en seguida y fijando en mí la pura mirada de sus bellos ojos, me dijo:

—¿Estais seguro de amarme verdaderamente y para siempre?

—Sí.

—Jurad entonces amarme siempre, dijo tendiendo la mano hácia la *Madona*.

—¿Y vos lo jurareis tambien? exclamé.

—Sí, me dijo.

Y tomándonos de las manos nos prosternamos ante la *Madona* y juramos amarnos eternamente. ¡Vanos juramentos que habia yo de olvidar bien pronto, quedándome el eterno remordimiento de mi infame perjurio!......

Al dia siguiente la condesa Catani me habló con mas cariño y mas familiaridad que antes. Comprendí que Angiolina le habia referido la escena del *kiosko*, y que aprobaba nuestro amor. Francesca, por el contrario, mostró cierto embarazo al dirigirme la palabra, y su semblante revelaba algun secreto pesar. Evitó cuidadosamente proporcionarme ocasion de hablarla en particular, y una vez que no pudo excusarse de que lo hiciera, al comenzar á hablarle de Angiolina me interrumpió diciéndome con una forzada sonrisa:

—Cuidado, señor mio, no olvideis que el mayor mérito de los antiguos caballeros era la discrecion. No me reveleis vuestros secretos.

Y se alejó de mí. Nada comprendí de este manejo, y suponiendo que seria uno de esos caprichos femeniles que no se comprenden ni se explican, no fijé mas mi atencion en él.

En la noche de ese dia hice mis confidencias al príncipe Cavoni, á quien consulté sobre la conducta que debia observar respecto de la condesa.

—La misma de siempre. No os aconsejo que pidais la mano de Angiolina, porque es esa una formalidad inútil por ahora. Pedid á vuestro país los documentos que necesiteis, y el dia que lleguen yo me encargaré de arreglar vuestro casamiento.

ROBERTO A. ESTEVA.

(Continuará.)

VIOLETAS.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA ELENA PONCE

MÉRIDA.

En vuestro libro, señora,
Dais á mis versos lugar;
Mas ¿podrá la noche entrar
En el templo de la aurora?

¿Podrán las pobres violetas
Habitar en los verjeles
Donde rinden sus laureles
Tantas almas de poetas?

¡Oh! disculpad mi osadía,
Que mi admiracion abona,
Si pongo en vuestra corona
Las flores del alma mia.

Astro sois vos que en el suelo
Derrama puro esplendor;
Yo no mas el soñador
Que contempla absorto el cielo.

En vos el númen fulgura,
Y en esta hora suprema
Esa luz es un poëma
De sencillez y hermosura;

Y en mí, la humilde cancion
Que hoy alzo hasta vos, Elena,
Es la lira en que resuena
La voz de mi corazon.

Dejad que entusiasta cante
A tan rara maravilla,
Y en esta ofrenda sencilla
Soberbio altar os levante.

Dejad que en vuestro portento
Mi inspiracion se reanime,
Que el culto de lo sublime
Transfigura el pensamiento.

Yo que en hora de dolor
Dejé los nativos lares,
Dejé sus frescos palmares
Y su cielo encantador,

Que conservo en mi memoria
Como una nube de estrellas
Los ojos de sus doncellas
Y sus títulos de gloria;

Que me arrullé con la brisa
De sus playas tropicales,
Y de su alba entre los chales
Ví misteriosas sonrisas;

Yo que recibo en la bruma
De esta playa triste y sola
Un recuerdo en cada ola,
Un ensueño en cada espuma,

Suelo creer que el alma alcanza
La esperanza de mi vida.....
Vuelo á mi patria querida
Que se pierde en lontananza,

Cruzo cual rápido alcion
El mar inquieto y sombrío.....
¡Ay!.... que es tan dulce extravío
Extasis de la ilusion.

En este incesante anhelo
Se enajena el alma mia.....
Tus alas ¡oh fantasía!
Para emprender ese vuelo.

Alas ¡ay! y si al llegar
Vida me deja el contento,
¡Patria!.... mi ardoroso aliento
Te hará por fin despertar;

Ceñirás tu frente altiva
Del íris con la guirnalda,
Cuyos broches de esmeralda
Serán fulgores de oliva;

Y el clamor del himno santo
Que eleve á la Paz tu suelo,
Será el premio de mi anhelo,
Será el eco de mi canto.—

Vos que con galas de flor
Teneis alma de paloma,
Vos que brindais puro aroma
A ese Eden encantador,

Ojalá halleis en mi acento
La voz de sus ruiseñores,
El perfume de sus flores,
La luz de su firmamento.

Sí, que mi cantar distante
Es amor patrio que llora,
Es.... un rayo de esa aurora
Que inunda vuestro semblante.

Vuestro libro aquí teneis;
Si mis flores encontrais,
Deshojadlas..... si gustais,
Pero al vate no culpeis.

Yo quedo, soñando, aquí.
¡Olas! llevadla mi adios!
¡Violetas! sois de los dos!
Dadla recuerdos de mí.

SANTIAGO SIERRA.

Veracruz, Abril 15 de 1869.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

Fruto del estudio que he hecho de la historia de mi país, han sido algunos apuntamientos en que he consignado los hechos que mas llamaron mi atencion, ya porque se refieren á los sucesos políticos, ya á los fenómenos naturales, ya á cosas que son solamente objeto de curiosidad ó de diversion. En estas noticias todo está mezclado, porque en vez de haberles dado un riguroso órden cronológico, las he agrupado por los dias del mes en que acaecieron, añadiéndoles el año respectivo.

De esta manera he formado un calendario histórico, ó efemérides, en que solo tienen cabida los acaecimientos de mi patria. No soy el primero que emprende esta tarea en México, pues desde hace muchos años diversas personas han llevado diario de los sucesos notables, y aun hoy mismo llena sus páginas anualmente con materiales idénticos, una de las publicaciones mas populares, el Calendario de Galvan. Así pues, sin pretender el privilegio de descubridor, solo he querido, y este es el título con que me presento, recoger los datos esparcidos y formar un cuerpo que sirva de solaz á los lectores del RENACIMIENTO.

Si la compilacion es ó no de utilidad, díganlo las análogas hechas desde muy antiguo por los pueblos mas civilizados de Europa. Lo que yo sabré decir es, que la lectura de las efemérides despierta la curiosidad, y por el deseo de saber extensamente un hecho que ha llamado la atencion, se ocurre á las obras históricas y se cobra gusto á su lectura. No es esto lo único que se puede decir en favor de unas efemérides; pero me contento con ello, porque no trato de hacer una disertacion, sino en pocas líneas el anuncio de mi trabajo, para que no resulten una promesa pomposa y un cumplimiento mezquino.

Doy mis efemérides por lo que valgan; como una lectura útil ó como de mera curiosidad. Las comenzaré desde 1º de Junio, y cuando la publicacion llegue á estar corriente con la fecha en que ve la luz pública este periódico, pondré el semanario correspondiente á cada número.

Baste ya con lo dicho y pongámonos á la labor, pidiendo á los benignos lectores que perdonen los defectos en que pueda yo incurrir.

JUNIO.

Este mes, cuarto del año *Romuleo*, se deriva de *Junius*, por estar dedicado á la diosa Juno.

1º

1176.—Terminó la monarquía Tolteca, segun los cálculos del historiador M. Veytia, despues de 397 años de existencia, en cuyo período tuvieron ocho reyes.

1584.—Con esta fecha se confirmó la licencia, concedida anteriormente, para la construccion de la Universidad.

1683.—Fué encerrado en un calabozo D. Antonio Benavides, fingido visitador. Este suceso hizo gran ruido por aquellos dias.

1783.—Hubo auto de fé en Santo Domingo, en que salieron de la Inquisicion trece reos, diez hombres y tres mujeres; dos por blasfemos, dos por haber celebrado misa sin órdenes y los demas por casados dos veces.

En la misma fecha el virey pasó á la Academia de San Cárlos á distribuir premios entre los alumnos.

1786.—Salió el virey con su esposa y familia para el paseo de San Agustin de las Cuevas, regresando el dia 10. Esta noticia no tendria nada de particular si no copiase el párrafo que sigue y da idea de las costumbres de la época. Hélo aquí: "Este paseo (se refiere á la salida del virey) fué de lo que nunca se habia visto, porque no fué diversion, sino confusion: hubo dos dias de toros, peleas de gallos, fandangos en todas las casas y en las plazas y calles, y en todas juegos de todas clases; de modo que desde que se conquistó el reino no se habia visto cosa semejante y virey mas aplaudido que el conde de Galvez."

1848.—Pronunciamiento del padre Jarauta en la ciudad de Lagos. En el plan revolucionario se desconocia al gobierno de D. José Joaquin de Herrera, proponiendo que los Estados reasumiesen su soberanía, para que acordaran los medios de reemplazarlo, y que los gobernadores deberian designar la persona ó personas que se pusiesen á la cabeza de las tropas.

1853.—Decreto sobre arancel de aduanas marítimas.

1857.—Un decreto del gobierno general autoriza la construccion de un camino de fierro en el Estado de Guanajuato, que úna su capital por un lado con Querétaro, y por el otro con el pueblo de la Piedad.

2

1774.—Cédula del rey de España, por la que aprueba el establecimiento del Montepío, que con el fondo de 300,000 pesos fundó D. Pedro Romero de Terreros, abriéndose al público el 25 de Febrero del siguiente año.

1792.—Fué ahorcado un soldado del regimiento de la Corona en la plazuela de las Vizcainas, y despues de haberlo descolgado y conducido al cuartel, volvió en sí y duró con vida algunas horas. Si hubiera vivido, ya estaba dada la órden por el virey Revillagigedo para que lo volviesen á ahorcar.

1827.—Fr. Joaquin Arenas, que conspiraba en favor de los españoles, es fusilado en el puente de Chapultepec.

1853.—Falleció D. Lúcas Alaman, siendo ministro de Relaciones, cuyo empleo habia desempeñado otras veces. Era natural de Guanajuato y nació el 18 de Octubre de 1792.

—Un decreto de esta fecha restablece las alcabalas.

3

1573.—Real órden de Felipe II para que los curas y demas ministros de la *Nueva-España* informen sobre las costumbres, ritos y antigüedades de los pueblos.

1654.—Los indígenas del partido de Jiquimilco trajeron una gran campana para la catedral, que inmediatamente fué colocada en la torre y se estrenó en la noche con el toque de *queda*.

1687.—Se supo que los soldados de la armadilla se sublevaron contra el gobernador de Veracruz y los vizcainos; pero habiéndose puesto de parte del gobierno los mulatos, lo sostuvieron y mataron á tres de los rebeldes.

1696.—Murió el Lic. Diego Calderon, presbítero, ministro de la Inquisicion. Escribió un diario de acontecimientos notables desde Febrero de 1675 hasta fines de Mayo de 1696.

1717.—Falleció en México el trigésimoquinto virey D. Fernando de Alencastre Noroña y Silva, duque de Linares, marqués de Valdefuentes.*

1825.—Se sanciona la Constitucion del Estado de Veracruz.

1833.—Deja la presidencia D. Antonio López de Santa-Anna para perseguir á las fuerzas del general Durán, que se habia pronunciado en Chalco.

4

1794.—Falleció en esta capital el Lic. D. Francisco Javier Gamboa, natural de Guadalajara. Este entendido abogado escribió unos comentarios á las ordenanzas de Minería, que se hallan traducidos al inglés. Un diario de aquella época da la noticia de su muerte en los siguientes términos: "Murió en México el Sr. regente D. Francisco Javier Gamboa, y al siguiente dia 6 fué sepultado en San Francisco con una pompa extraordinaria, asistiendo, ademas de la real audiencia, los colegios de San Ildefonso, de escribanos, de abogados, y hasta soldados de la Corona, cuyos gefes, porque se les antojó (es decir, los cabos), mandaron echar armas á la funerala, por lo que fueron arrestados."

—Nació en Huajuapan, Estado de Oajaca, el general D. Antonio de Leon, quien despues de haber prestado importantes servicios á su país, falleció en la memorable batalla del Molino del Rey.

1812.—El general mexicano Galeana derrotó en Citlala á los comandantes españoles Añorve y Cerro, tomándoles 300 prisioneros y 200 fusiles.

1844.—Ocupó la presidencia como presidente constitucional D. Antonio López de Santa-Anna.

1863.—Acampó en la garita de San Lázaro alguna fuerza de cazadores de Vincennes.

5

1528.—El ayuntamiento de México en acuerdo de este dia, teniendo en consideracion que en esta ciudad de *Nueva-España* hay necesidad de plantar viñas, y porque Fernando Damian es el primero que ha traido simientes y plantas, le hicieron merced de toda la tierra que pudiese sembrar de sarmientos y árboles en camino de Chapultepec, en unas laderas que no están labradas.

1812.—El general Rayon es derrotado por los españoles en Tenango.

1859.—El general Velez derrota á Arteaga cerca de Guanajuato.

1863.—El teniente coronel de Potier se encarga del mando militar de la plaza de México.

6

1656.—Llegó un correo de Veracruz con la noticia de que al salir del puerto de la Habana los galeones de la plata que se despacharon el año anterior, se fué á pique la "Almiranta" con cinco millones de plata, ahogándose 400 personas.

1686.—Fué todo el cabildo eclesiástico á San Agustin de las Cuevas, por convite del virey, conde de la Laguna. En este año fué con dos oidores, y se dijo que *se jugaba allí mucho.* Tal vez esta fué la primera ocasion que se jugó en Tlalpam y dió orígen á las fiestas que conocimos y que por fortuna han desaparecido entre nosotros.

1693.—Faltó el pan en la ciudad, y mandó el corregidor á los panaderos amasasen para las cinco de la tarde, cuya disposicion hizo que los muchachos de la capital victorearan á dicho corregidor.

1811.—Fueron pasados por las armas en Chihuahua los patriotas D. José Ignacio Rancon, capitan veterano de Lampazos; D. Nicolás Zapata, mariscal; D. José Santos Villa, coronel; D. Mariano Hidalgo, tesorero y hermano del cura, y D. Pedro Leon, mayor de plaza.

* A algunas personas parecerá ridículo que ponga los títulos de estos personajes; pero como en varias de nuestras historias se suelen designar á los vireyes por sus títulos, he creido útil ponerles todos sus dictados.

1846.—Abrió sus sesiones el Congreso extraordinario electo con arreglo á la convocatoria de 26 de Enero. Fué nombrado su presidente perpetuo D. Anastasio Bustamante.

1856.—Se declaró insubsistente el decreto de Santa-Anna que restableció á los Jesuitas en la República.

IGNACIO CORNEJO.

GLOSA

DE

UNA COPLA DE JORGE MANRIQUE.

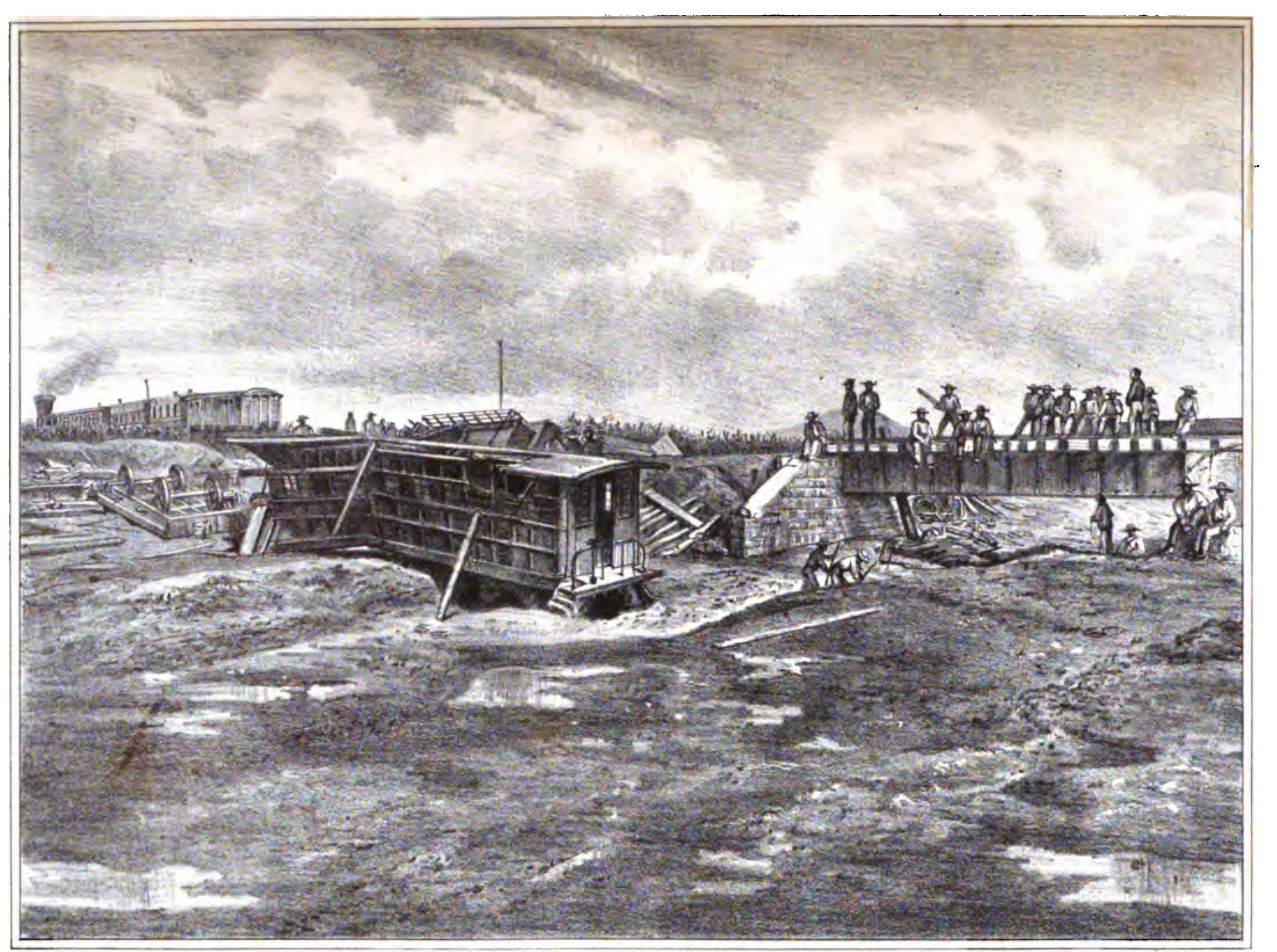
En el valle de dolores
Va peregrinando el alma
Sin consuelo;
Porque es un valle sin flores
Donde se pierde la calma,
Triste suelo.
Pues que se pasa la vida
La amargura de la muerte
Meditando,
«Recuerde el alma dormida,
«Avive el seso y despierte
«Contemplando.»

Entra el alma á la existencia
Con mil bellas ilusiones
Y dulzuras;
Mas al perder la inocencia,
Tormento dan las pasiones
Y amarguras.
¡Adios, ilusion querida!
Qué triste quedo al perderte,
Sollozando!
«Cómo se pasa la vida,
«Cómo se viene la muerte
«Tan callando!»

Luna, fuente de tristeza
Que llenas los corazones
De poesía,
¿Cómo veré tu belleza
Si huyeron las ilusiones
Del alma mia?
Hermosa brillaste ayer
Por el poder encantado
Del amor.
«¡Cuán presto se va el placer,
«Cómo despues de acordado
«Da dolor!»

¡Oh qué triste es la memoria
De algun goce que es perdido
Y no volvió!
¿Qué es la vida transitoria?
Un tristísimo gemido
Que pasó.
¡Oh qué horrible es comprender
Cómo todo está gastado
Y sin color!
«¡Cómo á nuestro parecer
«Cualquiera tiempo pasado
«Fué mejor!»

MANUEL DE OLAGUÍBEL.



Litog. de Iriarte. Tomada de una Fotografia de Vallejo y Cª

BARRANCA DEL MUERTO
(Linea de Puebla)
Despues del desastre del 17 de Junio.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Ultimos dias de la Primavera.—Tacubaya.—San Angel.—Tlalpam.—Coyoacan.—Mixcoac.—San Cosme.—Chapultepec.—El estío en México.—Las aguas.—Desgracia en el ferrocarril de Apizaco:—Consternacion.—El teatro Nacional.—Beneficio de la Sra. Zamacois.—Marta.—El teatro Iturbide.—Estreno de la Sociedad lírico-dramática.—La Sra. Serra en la *Payesa de Sarria*.—El Sr. Navarro.—La Sra. Civili en Puebla.—Su próxima llegada y apertura del teatro Principal.—El violinista Delgado.—Bibliografía.—Epítome *ó modo fácil de aprender el idioma nahuatl*, por el Lic. Faustino Chimalpopoca.—*Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*, por el ingeniero Manuel Rivera, miembro de la Sociedad de Historia natural.—*Las Emparedadas*, novela por el general Riva Palacio.—*Luceros y nebulosas*, coleccion de poesías por Rivera y Rio.—*Los dramas de Nueva-York*, por el mismo.—*La Naturaleza*, periódico de la Sociedad de Historia natural.

México, Junio 26 de 1869.

Hé aquí que el sol, mas ardoroso que nunca en los últimos dias de la primavera, amenazando abrasar la ciudad, ha obligado á las gentes á buscar sombra y frescura en los campos, en los risueños pueblecillos que bordan el valle de México por los lados del Sur y del Oeste, y que se tienden al pié de la gigantesca cordillera, como aquellos cestillos de flores que los antiguos aztecas ofrecian á los númenes de sus montañas, de sus rios y de sus lagos.

Esos pueblecillos son: Tacubaya, que se asienta en el último peldaño de la sierra de las Cruces, con sus parques aristocráticos, con sus opulentas *villas*, adonde van á descansar de sus afanes y cuidados los Lúculos de México; San Angel, el lindo San Angel, que se recuesta al pié del brumoso Ajusco, con sus cármenes encantados y sus bosques sombríos de manzanos, de perales y de cerezos: el lugar en donde parecen darse cita las jóvenes mas bellas de la capital, que pierden allí su reserva y gazmoñería, para tomar el alegre aspecto de las pastorcitas de Wateau. San Angel es el teatro de los idilios y de los amores á quince años, es el asilo de los Dafnis y de los Amintas, de los Nemoroso y de los Rafael. Allí en derredor de las fuentes murmuradoras, sobre la alfombra de musgo y de trébol, á la sombra de los árboles, embriagándose con el aroma de las mosquetas y de las rosas, escuchando el concierto de las aves y mirando los ojos negros y la boca de grana de las hermosas, se piensa en la Arcadia y se suspira por la serenidad de aquellos tiempos en que no habia mas ocupacion que comer, amar y cantar.

En San Angel todavía se dice enamorando:

«Flérida para mí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ajeno,»

y palpitan los corazones de los mancebos á la sola aparicion de un vestido de muselina que se pierde entre los troncos de los manzanos. ¡Deliciosa mansion de la inocencia y de la alegría! Todo toma en San Angel el aspecto de una pastoral, los paseos, los goces de la vida íntima, los trages, los amores y los festines. Allí un almuerzo podrá remedar *las bodas de Camacho*, pero nunca tendrá el carácter de los banquetes de Tacubaya. En San Angel, los que eran *liones* y *lionas* en México, se convierten en pastorcitos de Gessner y regalan sus estómagos juveniles con fresas en leche. En la soberbia Tacubaya al contrario, se aparenta desdeñar la vida campestre en medio del campo, y solo se toma de los parques y de los jardines el aire puro, para dar vida á los cansados pulmones, y de los estanques el agua suficiente para bañarse la cabeza encendida por el *kirschwasser*. En Tacubaya tienen su lugar el refinamiento y las grandes emociones. Allí se comen hígados de ganso, trufas y ostras, se bebe vino del Rhin, Champagne y rom de Jamaica, se juega en grande y se hacen combinaciones políticas y mercantiles, *inter pocula*, como dijera un antiguo romano.

En los parques de Tacubaya se encuentran lacayos de librea, se pasea todavía en carruaje y se divierten las gentes con circunspeccion y tiesura. En San Angel no hay nada de esto; se acepta la vida del campo con toda su sencillez y su franqueza. De modo que Tacubaya no es mas que la decoracion teatral, mientras que San Angel es la realidad del campo.

Hay otros pueblos igualmente buscados por los que tienen calor en México. Tlalpam, tambien al pié del Ajusco, antes muy concurrido y muy en moda, con bellos y extensos jardines, pero en la actualidad muy silencioso y muy triste. Coyoacan, á pocos metros de San Angel y parecido á este. Mixcoac, hermosísima aldea, callada, fresca, sombría, que se esconde entre los bosques como un nido de alondras, y que encierra en su seno preciosas casitas, y para nosotros recuerdos dulcísimos al par que tristes, que nos hacen amar este lugar con predileccion. Tizapam, lindo bosque de manzanos, en que un filósofo ó un literato como Rousseau ó como Julio Janin, fijarian con gusto su morada. En la orilla occidental de México está el barrio de San Cosme, fresco, amplio, lleno de huertos muy lindos, pero que hoy puede decirse que es tan urbano como la misma capital, porque poblándose esta de dia en dia precisamente por esa parte, el carácter campestre de San Cosme va perdiéndose á gran prisa.

Por el lado de Tacubaya hay, como se sabe, un lugar quizás el mas hermoso y el mas poético de los alrededores, Chapultepec. Al pié del antiguo bosque de los sultanes aztecas se hallan las famosas albercas, frecuentadas hoy por los extranjeros y por la juventud mexicana que ama los baños y la natacion. Nada es comparable con estas albercas anchas, profundas, de aguas cristalinas y puras, en las que se refleja el azul del cielo y en cuyas orillas no falta mas que un poco de verdura y de flores, y casas á propósito para los que se bañan.

A consecuencia de la estacion y por el tránsito constante de las gentes que marchan á los baños ó á sus casas de campo, el ferrocarril de Tlalpam, á pesar de su terrible nombradía, está en perpetua actividad. A cada cuarto de hora se oye el rugido

del vapor que anuncia la salida de los trenes, ocupados siempre hasta la plenitud por centenares de personas que, huyendo del calor, se aventuran á romperse la crisma en el camino, ó por lo menos á concluir su viaje á pié entre el polvo ó la lluvia, por los frecuentes descarrilamientos que acaecen con frecuencia en esa via.

Tal es la vida de los mexicanos en los últimos dias de la primavera y los primeros del estío.

¡El estío! ¡Ah! hélo aquí, pues, que llega con sus mañanas radiantes y calurosas y con sus tardes nubladas y sombrías, con sus aguaceros abundantes y con sus noches húmedas y negras. Los primeros truenos han resonado en las montañas y repentinamente en medio de la siesta: cuando el sol parecia derramar fuego y el cielo se asemejaba á una bóveda de bronce, un toldo colosal de nubes oscuras ha venido á cernirse en el espacio, opacando la luz del medio dia, y ha abierto sus senos para verter un torrente de lluvia sobre la tierra sedienta. El bienhechor estío vuelve como todos los años á proteger la fecundacion de las plantas. Las sementeras le aguardaban lánguidas y marchitas; los grandes árboles de las florestas necesitaban de su auxilio para robustecer su savia; los rios se arrastraban penosamente en sus lechos de arena, casi agotados por el sol de Mayo, y las praderas iban á tostarse si las vertientes de las montañas no vinieran pronto á concluir con su benéfica ayuda la obra de la primavera.

A las primeras lluvias todo vuelve á animarse. Sementeras y prados y montañas se revisten de nuevas galas y ostentan una mas vigorosa lozanía. Brotan y crecen los nenúfares al borde de las fuentes y en medio de las ciénegas, y en breves dias se ve por todas partes desarrollándose, multiplicándose hasta lo infinito, engalanando las llanuras, los pantanos, los rios y hasta la mas pequeña porcion de tierra vegetal, toda especie de plantas palustres, fluviátiles ó silvestres, que toman todas las formas, todos los colores, todos los tamaños, colosales unas veces hasta formar bosques, pequeñas otras hasta esconderse debajo de una piedrecilla ó entre una grieta microscópica.

En las colinas de los alrededores de México brotan á la entrada del estío y con mayor espontaneidad que en la primavera, las olorosas retamas de flores de oro y las caléndulas de gualda y de carmin; en las cañadas que se forman de las arrugas de la cordillera, se produce con exuberancia la *yerba de San Juan*, ó *hiperycon*, tan recomendado por Dioscórides y tan ensalzado por Paracelso por su eficacia para ciertas enfermedades, y de que los indígenas gustan mucho porque les sirven sus ramas largas y flexibles y sus flores amarillas de punzante aroma, para adornar el atrio de sus templos y los altares de sus santos caseros.

En los jardines, es la estacion de los claveles, de las mosquetas, de la madreselva y de todo género de trepadoras, entre las que se distingue la llamada *manto de la Vírgen*, que aquí, como en los climas cálidos, comienza á mostrar en este tiempo sus hermosas flores azules en abundancia.

En fin, es la estacion en que se saborean la cereza y la frambuesa, y en que comienzan á deleitar con su sabor exquisito la pera y el durazno.

En la tarde, al anochecer, si teneis una ventana que dé á un bosque, vereis entrar en una bocanada de aire impregnado de lluvia, algunos insectos de formas extrañas y diversas. Son escarabajos, son los mensajeros del estío, que en Abril eran larvas, en Mayo ninfas, y que el soplo ardiente del mes de Junio ha trasformado en insectos voladores, desarrollando sus alas y perfeccionando sus aparatos digestivos. Constituyen una larguísima familia, en cuya clasificacion han empleado su vida Lineo y Fabricio, Cuvier y Swammerdan.

La primavera los anima con su calor maternal, el estío los mantiene con su frescor y con su savia. Veréislos volar entre el ramaje de los árboles, ó pegarse al líquen de las peñas, ó colgarse de los nelumbios de los lagos, ó arrastrarse entre la yerba, brillando al sol de la mañana con sus coseletes de oro y de esmeralda.

Durante la noche, la llanura y las copas de los árboles parecen regados de polvo de oro que brilla por intervalos. Hé ahí otra familia de insectos, *lámpiros* de diversas especies, que el soplo de las noches de estío hace vivir, rebullirse y poblar el aire, formando las figuras mas fantásticas y caprichosas.

Así pues, el estío tiene, como la primavera, sus plantas, sus flores, sus aves y su cohorte de escarabajos y de luciérnagas. De todo ello saca fruto y deleite la gente que aburrida de la ciudad se marcha al campo á contemplar la naturaleza.

En la ciudad, el tiempo de aguas es triste, especialmente en las tardes, que es cuando por lo regular las nubes se dignan regar las calles y las casas. El tránsito por aquellas es penoso, pues en México se convierten en pantanos ó en lagunas fétidas y malsanas. El Ayuntamiento se afana constantemente en componer los empedrados y banquetas; pero este trabajo, como el del Sísifo de la Mitología, tiene que renovarse inútilmente todos los años, porque la situacion especial de México y los defectos de su antigua nivelacion, impiden que pueda establecerse la corriente de las aguas pluviales con regularidad y permanencia. Desde la fundacion de México por los aztecas, y despues en el tiempo de los vireyes, se está luchando con este gran inconveniente, y se horroriza uno cuando lee, por ejemplo, en las crónicas del padre Betancourt, los espantosos desastres causados por las inundaciones en los primeros tiempos del gobierno colonial.

A pocos dias de celebrar nosotros la inauguracion de un nuevo tramo del ferrocarril de Veracruz, tenemos que consignar la noticia de una terrible desgracia.

El juéves 17 del presente, el tren que habia re-

cogido á las cuatro de la tarde á los pasajeros de Puebla en Santa Ana Chiautempan, se dirigia á México. Caia en los llanos de Apam un fuerte aguacero; algunos dicen que una manga de agua se desató allí. Hay una barranca á milla y media de Otumba, que los indígenas llaman «del Muerto,» que atravesaba el ferrocarril sobre un puente de hierro. Como la barranca creció extraordinariamente, la avenida, para abrirse paso, arrancó el terraplen en que reposaban los durmientes á un lado del puente, dejando este en pié. De ese modo los rieles quedaron en suspenso, y para mayor peligro, tal circunstancia no podia conocerse, por el declive de la vía y por la lluvia. No podia, pues, verse el abismo en que las dos cintas de hierro, como el puente de Mahoma, quedaban en el vacío.

A mayor abundamiento el guarda-carril, desprovisto de casilla en que guarecerse de la intemperie, se habia refugiado á alguna distancia debajo de un maguey. El tren, en consecuencia, avanzó sin recelo no viéndose ninguna señal alarmante, y al llegar á los rieles suspendidos, la locomotora se hundió, arrastrando en pos de sí dos de los carros, que se hicieron trizas, causando la muerte á los maquinistas, á varios pasajeros, cuyo número algunos hacen subir á treinta y otros á nueve, é hiriendo malamente á otros muchos. El accidente fué espantoso de ver. Las víctimas perecian entre el agua y el fuego. Los carros de atrás se escaparon casualmente. En uno de estos venia el administrador del camino ó algun dependiente, quien en el acto mandó poner un telégrama á México; pero el hilo estaba roto, y fué preciso caminar mas allá para poner el aviso. Eran como las cinco y media de la tarde.

Los pasajeros sanos y los heridos tuvieron que apearse y que atravesar la nueva barranca formada por la creciente, por un puente provisional de vigas. Ya del lado de México, permanecieron con los piés dentro del agua y bajo la lluvia, muertos de hambre y de horror, hasta las diez ú once de la noche en que llegó otro tren de México con los médicos y algunos auxilios.

Montaron en él los que pudieron, unos heridos y otros maltrechos, y llegaron á Buenavista á la una y cuatro minutos de la mañana, no encontrando allí mas que tres coches del sitio, en los que penosamente fueron conducidos al centro de la ciudad.

Al dia siguiente se trajeron á México los cadáveres de hombres, mujeres y niños que pudieron encontrarse entre los escombros, el lodo y los pedazos de la locomotora y carros.

Tal fué el espantoso accidente del ferrocarril acontecido el juéves 17, y cuyo relato hacemos segun los informes de uno de los pasajeros salvados, por un favor de la Providencia, de la catástrofe. México, como es de suponerse, se llenó de consternacion, y Puebla debe hallarse en idéntico estado.

A cuadro tan lúgubre deben sucederse en nuestra crónica otros risueños. Tal es el carácter de una revista semanaria y el deber del cronista, que está obligado á escribir con una sola pluma historias de amargura y de placer, de desastres y de fiestas.

El viérnes 18 se dió en el gran teatro Nacional la funcion de beneficio de la simpática cantatriz Dª Elisa Zamacois. La concurrencia fué brillante y numerosa, no habia asiento vacío en ninguna de las localidades del vasto salon.

La Sra. Zamacois fué saludada diversas veces con ruidosos aplausos, y obsequiada por los españoles en general y por los vascongados sus compatriotas en particular, con magníficos regalos, que segun sabemos consistieron en dos coronas, un ramillete cargado de onzas de oro y un soberbio diamante.

Notamos que de parte del público mexicano no se le arrojó ni un solo ramillete, cosa rara, pues los mexicanos jamas dejan de hacer tales manifestaciones de galantería en la funcion de gracia de una artista, cualquiera que sea su nacionalidad, cualquiera que sea su talento.

Y sin embargo, la señora Zamacois ha sido una favorita para el público de México, y solo su habilidad ha sido capaz de salvar á la compañía de zarzuela del Nacional, de la ruina á que la habrian condenado el cansancio y el fastidio de la tribu de marras, de la legion perenne de los espectáculos.

Se escogió para esa noche la zarzuela *Marta*, que es una abreviacion de la preciosa partitura de Flotow. La señora Zamacois tal vez habria hecho mejor en preferir para su beneficio *La Hija del Regimiento*, que aunque dada repetidas veces, hace lucir mas su habilidad como artista. Casi todos recordaban tiernamente esa noche á las inolvidables Natali.

La *Marta* mutilada no hace muy buen efecto. Algunos inteligentes se preguntaban: ¿para qué se descomponen así las buenas óperas, convirtiéndolas en tristes zarzuelas? Cuando se ha oido, como en México, la ópera entera, la zarzuela no podia menos de escucharse con poco placer. Por otra parte, los artistas de zarzuela no son generalmente aptos para cantar la música de ópera, que requiere mayores facultades. Decimos que no son generalmente, porque es justo confesar que la Sra. Zamacois se destaca del cuadro del Nacional, y ella sí es capaz de ejecutar las obras líricas; pero sin conjunto, la música de *Marta* no salió siempre bien, no podia salir bien. La Sra. Zamacois, á pesar de tener una voz de *mezzo-soprano* y haber sido escrito el papel de *Marta* para un *soprano-sfogato*, procuró cantar bien y obtuvo diversos aplausos. Se esmeró en la romanza del segundo acto, aunque no pudo dar á esa pieza, que como se sabe es una cancion escocesa muy sentimental, toda la dulce melancolía que debe tener.

Por estas razones que someramente hemos apuntado, los artistas del Nacional habrán observado que el público dejó pasar friamente el primer acto y no se mostró tan entusiasta como siempre en los

sucesivos; y gracias al talento de la beneficiada y á la simpatía que ha inspirado, la zarzuela se aplaudió algo, lo que si no hubiera sucedido nos habria causado pena, porque la Sra. Zamacois es una artista inteligente, amable, que ha tratado de complacer al público mexicano trabajando con esmero, y que, en nuestro humilde concepto, ha adquirido una justa reputacion. Deseamos que lleve de este pobre y buen país los mas gratos recuerdos, como los han llevado casi todos los artistas extranjeros que nos han visitado.

———

El teatro de Iturbide, despues de la fúnebre despedida de los malhadados *Bufos*, ha vuelto á abrir sus puertas. Una compañía compuesta de artistas españoles y mexicanos, de simples actores, de cantantes y de bailarines, ha comenzado allí sus trabajos sin anuncios pomposos y sin pretensiones. Trata solamente la *Sociedad lírico-dramática* de agradar al público mexicano, y para lograr su objeto estudia, se empeña y organiza sus funciones amoldándose al gusto que ha observado en la concurrencia que asiste á los espectáculos teatrales. Las entradas no corresponden á la buena voluntad de los modestos artistas; pero creemos que á medida que vayan siendo conocidos, Dios mejorará sus horas. La compañía se estrenó representando *La Payesa de Sarriá*, uno de los mas bonitos y bien combinados dramas de Eguilaz, que en nuestra opinion atrevida, tiene pocos.

La Payesa de Sarriá, que analizará Peredo en su revista teatral con mas autoridad que nosotros, requiere una actriz jóven y de grandes facultades, exigencia difícil de llenar, porque en la escabrosa carrera dramática, como nos decia muy bien un dia el eminente D. José Valero, nuestro inolvidable amigo, no se sabe bastante sino en la vejez, cuando la voz está débil y el cuerpo fatigado.

Pues bien; hé aquí que una jóven actriz, pálida, de rostro dulce, triste y modesto, en quien no podiamos haber adivinado grandes disposiciones y experiencia para interpretar las mas fuertes emociones dramáticas, se nos presenta en el primer acto declamando simplemente bien; pero en el segundo, en que hay luchas difíciles, pasiones violentas y transiciones escabrosas, la jóven repentinamente deja su dulzura y timidez habituales, se inspira, se trasforma, y hace retratar en su semblante, en su gesto dramático, en su voz, en su ademan, todos los sentimientos de la mujer enamorada, celosa, indignada, heróica en sus furores y en sus sacrificios. Estaba realizando el ideal de Eguilaz.

El público, lleno tambien de emocion, la saludó con triple salva de aplausos y la llamó dos veces á la escena. Esta jóven actriz española se llama Adela Serra, y ya se habia estrenado en la compañía de zarzuela de Iturbide; pero no habia llamado la atencion, porque positivamente en la zarzuela no puede brillar el talento dramático. La Serra hace mal en mortificarse estudiando el canto; tiene voz débil para él, y haria mejor en no consagrar su talento sino á la declamacion. Sus dotes la llaman á la carrera dramática. Todavía es muy jóven, todavía le falta mucho que aprender y que estudiar; que no se envanezca, y que continúe, no lanzándose á los grandes papeles como una actriz consumada, sino á los de su cuerda hasta poseerlos. Que se limite á los de dama jóven; ya vendrá para ella el tiempo de dominar los superiores.

Dícennos que Adela Serra ha acompañado algun tiempo á la célebre Civili, trabajando en su compañía como dama jóven. No extrañamos por eso su modo de declamar verdaderamente artístico y fundado en la naturaleza y en la verdad; nos explicamos sus maneras teatrales, su entonacion trágica, la gracia de sus actitudes escénicas, y hasta sus gritos, que no son esos gritos que parecen enseñados con un pito de barro y que ni imitan la naturaleza y destrozan los oidos, sino que son los gritos apagados y terribles del espanto ó del dolor.

Si el arte de la Serra no es mas que lo aprendido de la Civili, si no es mas que un rayo de aquel astro, mucho bueno debemos esperarnos del modelo, y esto nos hace aguardarle con impaciencia.

Hemos vuelto á ver en la misma compañía á nuestro antiguo amigo Navarro, actor cómico de la compañía de Valero y que agradó bastante entonces como ahora. Representó *La familia improvisada*, y luchando con los recuerdos de otros actores aplaudidos, lo fué tambien muchas veces.

Los demas compañeros no tuvieron en sus papeles respectivos oportunidad de lucirse; pero son conocidos los unos y parecen regulares los otros.

———

La famosa Civili se halla en Puebla, como anunciamos el otro dia, y ha dado allí algunas funciones, mereciendo los mas grandes elogios de los periódicos de aquella ciudad. Al decir de estos, así como de amigos nuestros que hace poco llegaron y que la vieron representar el drama *Sor Teresa*, nada hemos visto en México semejante á la eminente trágica. Cuentan que es hermosa, que tiene una figura arrogante y magnífica; pero que sobre todo esto, sus facultades artísticas son grandes, muy grandes, y que sobresale en la compañía que la rodea, no porque los demas actores sean ínfimos, sino porque ella es demasiado superior. Los amigos que esto nos refieren, lejos de pecar por sobrado propensos á la admiracion, son conocidos por su severidad excesiva en el modo de juzgar. Así pues, creemos que el teatro Principal, que es donde ella va á trabajar, dentro de pocos dias va á hacerse de moda y á verse concurrido por el gran mundo de México. ¡Pobre y respetable teatro Principal! No será la primera vez que ve, en estos tiempos, brillar sus antiguos palcos con los esplendores de la belleza y con los atractivos del lujo, ni que contempla reunida en su patio á la flor y nata de la juventud mexicana.

———

Una notabilidad, que podemos llamar nuestra, ha llegado en estos dias á México, el violinista

D. Eusebio Delgado. Este artista se fué á Paris hace algunos años, con el objeto de estudiar cerca de los grandes maestros y de darse á conocer del mundo artístico de aquella capital. En efecto, su deseo se realizó, y hemos podido ver en varios periódicos parisienses que Delgado fué bien acogido y obtuvo lisonjeros aplausos en los conciertos que dió en el salon *Herz*. Despues, provisto de un nuevo y brillante archivo, suspirando por su patria adóptiva, donde ha formado su reputacion artística, regresó á ella con el pensamiento de arreglar todo lo necesario para traer una compañía de ópera, empresa que deseamos se lleve á cabo.

Entretanto, Delgado se prepara á dar algunos conciertos, que esperamos llamarán la atencion.

———

Hoy nuestra revista bibliográfica es rica. El movimiento literario no cesa, y vemos con gusto que á las obras de puro recreo van mezclándose las de utilidad práctica.

El señor Lic. D. Faustino Chimalpopoca, cuya gramática de idioma mexicano anunciamos ya hace tiempo, acaba de publicarla y ha obtenido del ministerio de Justicia é Instruccion pública la propiedad literaria de su interesante obra.

Titúlase *Epítome ó modo fácil de aprender el idioma nahuatl.* Le hemos examinado, aunque superficialmente, y le recomendamos á los aficionados á la historia nacional, que sin saber la lengua mexicana en vano querrán interpretar debidamente los mas autorizados monumentos antiguos. El Códice Mendocino, por ejemplo, publicado tan magníficamente por Lord Kinsborough, contiene en sus estampas la Cronología del imperio azteca, escrita con jeroglíficos, á los que se mezclan no pocos signos fonéticos, y encierra tambien el texto que acompaña á las estampas, algunos errores en la interpretacion, que causan serios embarazos y dificultades al estudioso, quien solo puede resolverlos acertadamente con el conocimiento del idioma. La misma necesidad hay del conocimiento de la lengua para la interpretacion del *Tonal-Amatl*, del manuscrito de Tepexpan, del libro de los tributos y en general de todos los monumentos aztecas.

Por esta razon, el señor Chimalpopoca ha prestado un gran servicio á la ciencia histórica nacional, y nosotros nos alegramos de haberle hecho vivas instancias para que publicase su *Epítome*, pues él con una modestia excesiva se resistia á hacerlo. El libro es tan útil y su precio tan módico, tan insignificante, que creemos hacer una buena indicacion á los gobiernos proponiendo que se compre para las escuelas de los numerosos pueblos de indígenas, que tanto necesitan de instruccion y que tienen mayor aptitud de recibirla en su lengua que en la castellana, á cuyo aprendizaje se resisten, y cuyo carácter les es desconocido. Los comerciantes de esos pueblos, los sacerdotes, los propagandistas de cualquiera idea, los hombres políticos aventajarian mucho con conocer el *nahuatl*, que los pondria en relacion con un gran número de habitantes de la República, en la cual es notorio que están en mayoría las razas indígenas.

———

El aplicado é instruido ingeniero D. Manuel Rivera comienza á publicar su erudita y concienzuda *Historia de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*, de la cual hemos recibido las primeras entregas, de hermosa impresion. Así pues, el Estado de Veracruz cuenta ya con tres historiadores modernos. El eminente D. Miguel Lerdo de Tejada, D. Joaquin Arróniz (hijo) y D. Manuel Rivera. Será una lástima que tan brillante ejemplo no sea imitado por los escritores de otros Estados. Nosotros confesamos ingenuamente que debemos á la noble envidia que nos causó la obra de nuestro amigo Arróniz, el habernos consagrado al *Ensayo histórico sobre Cuernavaca*, que estamos concluyendo, aunque en menores dimensiones y mil veces inferior en mérito, para dedicarlo á la Sociedad de Geografía y Estadística, de la cual tenemos la honra de ser miembros.

———

A estas obras de estudio siguen otras de diversion y de solaz. El general Riva Palacio, cuyo númen parece inagotable, comienza ya á publicar, despues de sus *Piratas del Golfo*, otra nueva novela intitulada *Las emparedadas*, cuyo asunto promete ser interesantísimo.

———

Rivera y Rio está concluyendo la publicacion de su volúmen de poesías *Luceros y Nebulosas*, que ha hecho ilustrar con lindas estampas litográficas, y que contiene leyendas originales, traducciones del inglés y del aleman, y cantos que el destierro, la indignacion ó el amor han inspirado á este poeta ya conocido.

———

Ademas, anuncia su novela *Los dramas de Nueva-York*, concluida que sea *El hambre y el oro*, de la que hablamos en una de nuestras revistas.

———

Por último, las ciencias naturales van á enriquecerse con la publicacion de un órgano ilustrado y dirigido por los estudiosos y entusiastas miembros de la *Sociedad de Historia natural*, corporacion que tiene un grande, un inmenso porvenir en la República, y que pronto disfrutará de una envidiable reputacion en todo el mundo civilizado. No decimos mas porque honrados tambien por esta reunion científica con un diploma de socio, que en verdad no merecemos, se creeria que nuestras apreciaciones eran interesadas ó apasionadas; pero evidentemente la *Sociedad de Historia natural* recien inaugurada, viene á llenar un vacío importante y á explotar los inmensos tesoros científicos que encierra nuestro vírgen y fecundo suelo.

El prospecto del periódico *La Naturaleza* es interesante por mil títulos, y se revela en él luego el trabajo de una pluma experta y brillante, que supo elevarse á la altura de su encargo. El primer

número del periódico ha llamado la atencion; los sabios le han estudiado con afecto, los profanos le hemos devorado con ansia de saber. ¿Cómo escribir entre tales personas? Esto aflige por una parte, pero estimula por otra, y esa no es la menor de las ventajas que produce la publicacion de un órgano como *La Naturaleza.*

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

UNA FIESTA EN TACUBAYA.

Una de esas espléndidas fiestas de que es tan amante la sociedad mexicana y de que hacia ya largo tiempo que se encontraba privada, ha tenido lugar el miércoles 16 en la casa de los Sres. Escandon, en Tacubaya.

Se puede asegurar que la *villa* Escandon es la casa de campo mas hermosa del país. Apenas se atraviesan sus umbrales, el golpe de vista mas encantador se presenta á los ojos del que penetra en ella. El jardin es precioso, y una suave y bien enarenada rampa permite á los carruajes penetrar hasta el pórtico de la casa, que está situada en una altura, y cuya arquitectura pertenece completamente al estilo itálico. En el centro de la casa hay un extenso y pintoresco patio, cubierto por una cúpula de cristal sostenida por elegantes columnas, que lo mismo que las paredes, están estucadas. Ese patio está rodeado de salas y gabinetes en los que se encuentra una galería de pinturas, tal vez la mas numerosa y bella de México.

Los invitados se reunieron en la tarde á orillas de un precioso lago que está situado en el centro del jardin, y allí, sobre el verde musgo, se sirvieron los tamales nacionales y el tradicional atole de leche. Las jóvenes, cual un enjambre de mariposas, jugueteaban sobre la fresca yerba las unas, y las otras recorrian el lago en un elegante esquife. Pronto los acordes de la música indicaron que debiamos dedicarnos á rendir homenaje á Terpsícore, y se bailaron algunas piezas en el jardin.

Al anochecer, la fiesta campestre propiamente dicha terminó. La concurrencia se dirigió á la casa y penetró en los lujosos salones brillantemente iluminados. El patio que sirve en general de sala de recepcion, estaba magníficamente adornado. El gigantesco candelabro del centro, formado por un artístico grupo de tres figuras de bronce de tamaño natural, que sostienen una jardinera, estaba dispuesto con sumo gusto.

A las nueve y media se sirvió en los corredores del piso alto una exquisita cena, cuya sola lista hubiera merecido, en verdad, la aprobacion del famoso Brillat-Savarin. Pero como servir tan espléndida cena á doscientos convidados era cosa larga y los jóvenes de ambos sexos estaban impacientes por bailar, á la mitad de ella volvieron á bajar al patio la mayor parte de los concurrentes, para entregarse á las delicias del baile hasta las cuatro de la mañana.

Para hacer comprender lo magnífico de ese baile, baste saber que allí se encontraban la señorita Concha Landa, que reune á la distincion de la inglesa y la elegancia de la francesa, la inimitable gracia de la mexicana; las tres señoritas Vivanco, que compararse pudieran con las Gracias; las bellas señoritas Buch y Echeverría, Elguero, María Lozano, Gonzalez Buch, Angela Bringas, Pancha Campero, Margarita Collado, Luisa Lonergan, y en fin, las principales hermosuras de México, entre las cuales faltaban las señoritas Gutierrez de Estrada, Cervantes Cortazar y Lascurain, que no pudieron asistir al baile.

Los Sres. Escandon deben estar satisfechos, pues han obsequiado á sus amigos con una brillante fiesta, cuyo recuerdo conservarán siempre en su memoria, porque les han hecho pasar algunas de esas horas de felicidad y de placer que tan raras son en la vida.

R.

Junio 27 de 1869.

CASCADA DE REGLA.

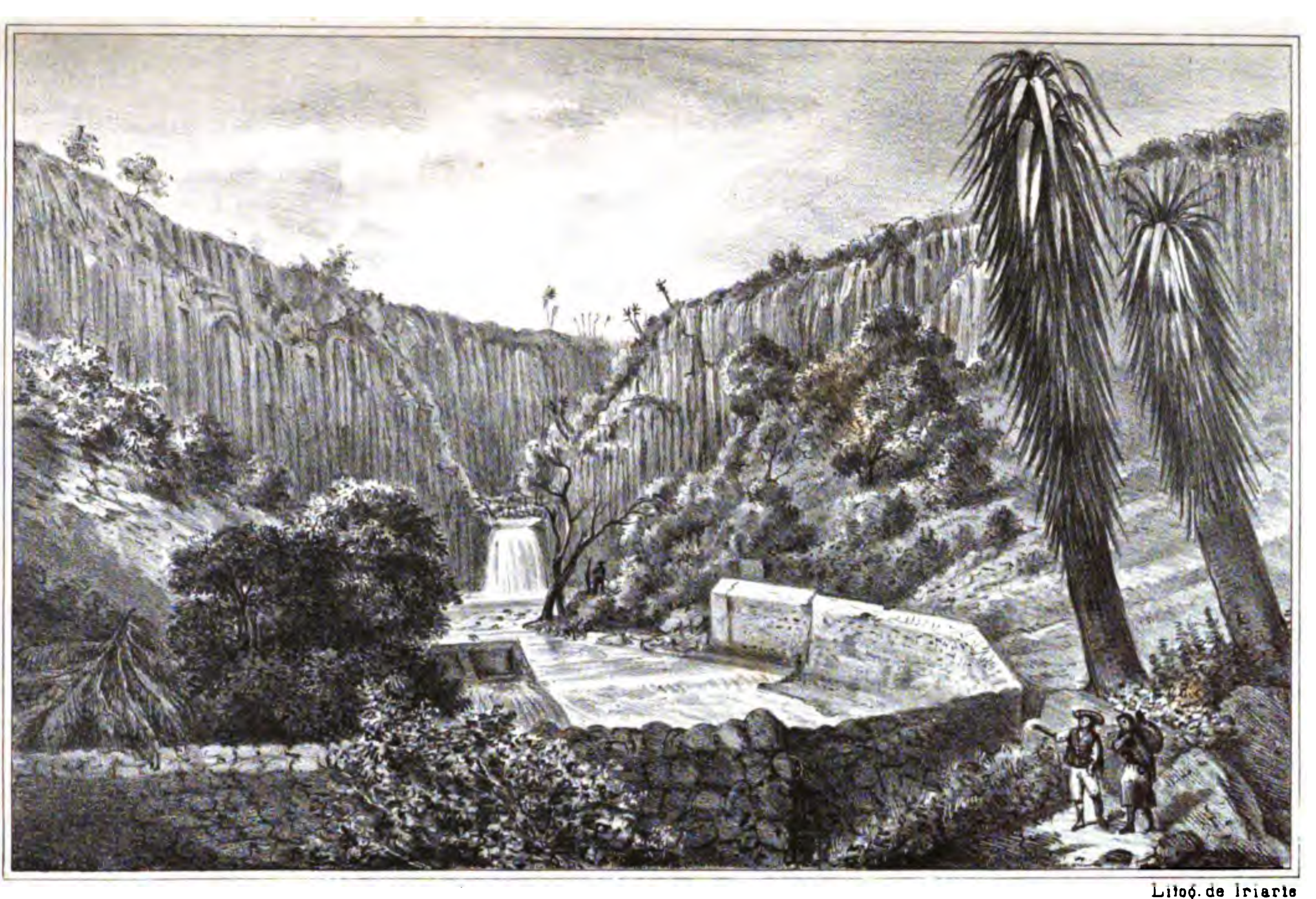
....

Siguiendo el desarrollo de la Cordillera del Real y Pachuca, que se dirige al N. O., se presentan el Zumate, las Ventanas y multitud de rocas aisladas de caprichosa figura. Despues, la Sierra de Zimapam, y otros colosos, que se pierden en el azul del horizonte, al unirse esta Cordillera con la Sierra-Madre.

Al Norte se ve un suelo distinto del que se admiró al Sur. Contémplase primero á la llanura del Grande, limitada al Norte por la Barranca y al Sur por el rio del Cármen, extenderse al N. O. hasta morir al pié de los montes del Zoquital. Despues al hermoso valle de Huazcazaloya, donde serpentean caprichosamente los rios que lo fecundan, y donde aparece la hacienda de San Miguel con sus elevadas chimeneas, y cercada por su poblado bosque; finalmente, la Sierra Alta que limita al horizonte por este rumbo. Al pié de la vertiente austral de esta enorme Sierra, se desarrolla la inmensa boca de la Barranca Grande, oscura y profunda, mostrando el terrible abismo que hace vacilar al que desee poner el pié sobre sus soberbias alturas.

Al Oriente está el espléndido valle de Tulancingo, donde relucen varias lagunas entre el hermoso verde de sus cultivados campos: en este valle aparecen multitud de pintorescas haciendas y las blancas torres de varios pueblos. Casi en el centro del Valle se agrupa la bella poblacian de su nombre, iluminada por el sol de México, que le da aquel tinte seductor de una ciudad oriental.

Cuando la vista se ha fatigado de admirar el horizonte, descendiendo al suelo encuentra un sorprendente fenómeno. Sobre los barrancos que hienden estas alturas, se levantan las peñas del Jacal y los Metlapiles, al Norte de los Pelados; al N. E. las



Litog. de Iriarte

CASCADA DE REGLA.

del Horcon y del Águila, al Este los Peñascos de las Navajas, quedando al Sur y Oeste los referidos Pelados.

Todos estos grupos de rocas y cerros forman un anfiteatro colosal, cuyo diámetro puede estimarse en mil ó mil quinientos metros, y que muchos han considerado como el cráter de un volcan formidable.

La peña del *Jacal* aparece bajo la figura de una choza, distinguiéndose en su parte superior los dos planos inclinados reunidos por una arista, y que representan el techo. La base del Jacal es cuadrangular, y las paredes hácia el Norte y centro del anfiteatro, ostentan un grupo de columnas basálticas, talladas en la roca, y cuya altura es de catorce á diez y seis metros.

Los *Metlapiles*, separados del Jacal por la cañada que da nacimiento al rio de Izetla, se elevan verticalmente á una enorme altura; están cortados á pico hácia el Sur, en una longitud de cien á ciento cincuenta metros, y en toda ella presentan columnas basálticas de forma cilíndrica, las cuales tienen un diámetro menor en la parte superior é inferior, semejando al útil llamado *metlapile* que emplean las mujeres de nuestros indios para moler el maiz cocido. La altura de estas columnas puede calcularse en cuarenta ó cincuenta metros. Al Oriente de los Metlapiles se encuentran algunas rocas aisladas de varias formas; una de ellas está taladrada, ofreciendo una ventana ogival de cuatro á cinco metros de abertura.

El *Horcon* es una roca cuya altura no es menor de sesenta metros; su forma es cilíndrica; la mesa superior es de una grande anchura y está surcada por una rígola ó canal que le da la figura de la viga que nuestros hombres de campo llaman *horcon.* Esta roca ostenta tambien columnas basálticas de diversa forma y altura. Algunos vecinos de Huazcazaloya que se han atrevido á subir á la mesa, aseguran que su extension es mayor que la de la plaza de aquella poblacion; esto es, que su diámetro puede llegar á cien ó ciento veinte metros.

La peña del *Aguila* se encuentra al N. E., en el espacio que separa á los Metlapiles del Horcon, y un poco atrás de estas dos alturas.

La peña del Águila presenta un grupo de rocas terminadas en punta, y cuya elevacion es mayor que las del Jacal, los Metlapiles y el Horcon. Lo inaccesible de estos picos ha dado orígen á su nombre, pues á la verdad solo la reina del viento puede posarse orgullosa sobre estas rocas que desafian la fuerza, el valor y genio del hombre.

Las *Navajas* al S. E. del Horcon y separadas de él por varias barrancas, se levantan sobre la orilla izquierda del rio de Hueyapam. Las Navajas son un grupo enorme de acantilados que ofrecen hácia el centro del anfiteatro las columnas basálticas que caracterizan á las peñas mencionadas.

Los *Pelados*, al Sur y Oeste, son unos altos cerros de aspecto diferente. Estos se encuentran cubiertos por los renuevos de multitud de ocotes, y en toda su extension se halla la obsidiana en grandes cantidades. Al pié de sus faldas y en el orígen del rio de Huayapam se encuentra la girolita oculta entre la tierra vegetal.

Por lo dicho, puede imaginarse cuánta es la extraordinaria hermosura y grandeza de este anfiteatro, que en la mayor parte de su desarrollo ostenta grandes grupos de columnas basálticas cilíndricas y cuadrangulares. ¿Qué mano omnipotente esculpió en la dura roca estas columnas de colosales dimensiones? ¿O cómo fué que se formaron en el cataclismo que cambió el aspecto de aquel suelo?......

Debe notarse aún que siguiendo el Izatla rio abajo, se hallan en ambos lados rocas aisladas de figuras caprichosas, y que á veces semejan estátuas gigantescas de veladas matronas, cuya forma, casi perfecta, parece haber salido del buril de un artista.

El *Bosque de San Miguel*, distante dos mil quinientos metros de Huazcazaloya, se encuentra al costado oriental de la hacienda del mismo nombre. Este bosque, propiedad de la casa Escandon, se halla hermoseado por la fecunda naturaleza y por la mano del hombre. Es grato extraviarse entre las numerosas callejuelas que lo atraviesan en todas direcciones. Ahí se camina bajo el verde techo formado por copados fresnos; se aspira el suave aroma de fragantes flores, y la vista, limitada por todas partes, no puede penetrar la misteriosa oscuridad producida por la espesura de la maleza, por mil elegantes arbolitos y por el robusto tronco de los sauces. Las armonías de las aves canoras; el susurro de las hojas; el murmurio de las cascadas artificiales; el imponente silencio del agua, que violentamente corre por hondos canales, y el vivo placer que origina la contemplacion de las galas de la naturaleza, despiertan en el corazon del hombre un violento horror á la corrompida sociedad, y un sentimiento desconocido de libertad individual, egoista y salvaje.

En este bosque existen los abundantes manantiales de agua pura que va á mover las ruedas hidráulicas de San Miguel. Varias personas han calculado la cantidad de agua brotante; Burkart la fija en seis mil *galons* por minuto, ó sean 1249,2 piés cúbicos mexicanos, ó 270.79 metros cúbicos en el mismo tiempo.

El agua brota por cuatro ó cinco puntos diferentes. En torno del que produce mayor cantidad se ha construido un extenso baño, conocido generalmente con el nombre de *Ojo de agua.* Este semeja á la alberca de Chapultepec; pero es mas poético y de mayores dimensiones, aunque de menor profundidad; ésta es de dos á cinco metros; su longitud es de ciento cincuenta metros, y su anchura de ochenta. El *baño* situado en el centro del bosque, está oculto por éste en toda su extension. Dan sombra á sus orillas los sauces y los fresnos, y las adornan los delgados tules y otras plantas acuáticas.

En uno de los ángulos del Ojo de agua aparece un hermoso cenador ó *kiosko*, que termina por una glorieta de baile, tapizada por el verde musgo, y cu-

yo techo lo forman las espesas ramas de los álamos. En el ángulo opuesto se halla otro baño, donde entre las uniones de las canteras del pavimento, surgen manantiales purísimos. A diez metros al Oriente, interrumpe el silencio del bosque la ruidosa cascada artificial hecha por el Sr. D. Juan Orozco, á quien mucho debe la belleza de este lugar.

En el baño flota una ligera góndola ó barquilla, que no pocas veces altera su tranquila superficie impulsada por femeniles manos. Finalmente, el baño está iluminado por los rayos del sol que en dorados hilos penetran á través de los árboles.

La *cascada de Regla*, distante mil metros de San Miguel, se encuentra en el rio de Huazcazaloya aumentado con las aguas del Izatla, Ojo de Agua, San Gerónimo y San José. Antes de la cascada las aguas corren por un hondo cauce en medio de la llanura. Aquí se encuentran ya las columnas basálticas que se han visto en las Navajas; guardan aquí diversas inclinaciones y son de menor diámetro y longitud. Repentinamente el rio se ahonda y ensancha, formando un vasto y profundo anfiteatro que parece hecho á propósito para mirar ampliamente la cascada. El anfiteatro se halla cercado en toda su extension, por altísimas columnas que se elevan verticalmente desde el fondo del rio hasta el nivel del llano. Contemplando este imponente espectáculo desde el cauce del rio, el alma se sublima buscando ansiosa al autor de semejante prodigio. El ruido atronador de las aguas despeñándose con furia; el torbellino de blanca espuma que forman al caer sobre la dura roca; las altas y pesadas columnas desafiando al rayo aterrador y á las convulsiones del suelo, y que amenazan precipitarse violentas sobre la cabeza del observador, producen en este eléctricos estremecimientos de temor ó de placer. El anfiteatro tiene en su mayor longitud doscientos treinta y cuatro metros; su anchura cerca de la cascada, es de ciento diez y seis metros, y la mayor en el centro, de doscientos doce. La altura de las columnas al Poniente es de veinticinco y de treinta y cuatro metros, y cerca de la cascada de veinticuatro. Al Oriente, las columnas cerca del salto, se elevan hasta treinta metros, y despues varían entre veinticinco y treinta y cinco metros. La altura de la cascada es de seis á siete metros. La forma general de las columnas basálticas es cuadrangular.

Es muy punible que los ingleses que administran la hacienda de Regla, desmintiendo el carácter de sus compatriotas, ardientes admiradores de todo lo grande, hace tiempo que están derribando las columnas del Oriente para utilizarlas, por la dureza del basalto, y dividiéndolas despues en grandes fragmentos, para que estos sirvan de piedras voladoras en los arrastres ó tahonas.

Repito que las aguas de Regla corren hasta su confluencia con la Barranca, sobre un cauce obstruido por columnas basálticas de la misma especie de las de las Navajas y la cascada: debo agregar que iguales columnas se encuentran en el borde austral de la Barranca, pero de dimensiones verdaderamente colosales.

¡Cuán vasto campo de estudio ofrecen al geólogo la cordillera y sus dos vertientes! Ahí están la girolita y la obsidiana de los Pilados, los basaltos de las Navajas, de la Cascada y de la Barranca; las minas de ópalo del rio de Izatla, la tierra roja arcillosa del Grande y otros raros fenómenos que le descubrirán importantes secretos, con los que se enriquecerá la ciencia y se honrará nuestra patria.

(Memoria de los trabajos ejecutados por la comision científica de Pachuca en el año de 1864.—Dirigida por el ingeniero Ramon Almaraz.)

MELESIO MORALES.

ESTUDIO BIOGRÁFICO.

(CONCLUYE.)

VI

Llegada de Morales á Paris.—Su partida á Florencia.—El empresario Marzi.—La Sociedad Filarmónica mexicana.—La guerra en México.—Compromisos.—La condesa ***.—Proposiciones de Calvi y Berti.—Cartas de México.—El himno *Dios salve á la Patria*.—Nuevos compromisos.—El préstamo de Arce.—Los mexicanos en Paris.—D. Ramon Terreros.—Representacion de *Ildegonda* en el teatro Pagliano.—Composiciones de Morales en Italia.—Regreso á México.—Conclusion.

Llegó Melesio á Paris, y en el mes de Abril de 1866 D. Cárlos Landa y su abogado Mr. Lafroi manifestaron empeño en que se representase la *Ildegonda* en el teatro lírico de aquella capital, para lo cual el empresario Carvalho estaba bien dispuesto; pero habiendo sido consultados sobre el particular el maestro Rodolfo Mattiozzi y el crítico Gasperini, fueron de opinion que perteneciendo la música de *Ildegonda* al género italiano, contaria con mayores probabilidades de éxito representándose en Italia.

Por esta razon partió nuestro artista á Florencia en Junio de 1867, y despues de haber reformado su obra en la parte instrumental, la propuso al empresario Luciano Marzi, que estaba entonces en Venecia. Marzi contestó aceptando, y como para llevar á cabo el arreglo Morales necesitaba [illegible]ero, escribió á un amigo imponiéndole d[illegible]ida-des. Esto fué en Diciembre de 1866 [illegible]cios públicos se complicaban en México, [illegible] testacion no fué favorable. Sin em[illegible] ranzas de Morales no se extinguieron [illegible] tiempo que escribia á aquel caballer[illegible] de otra persona de México en que le [illegible] bre de la Sociedad Filarmónica, recu[illegible]acer representar sus obras y para viajar [illegible]ania.

El Sr. Martinez de la Torre le ac[illegible] una carta (que llegó á Florencia en [illegible]867) que hablase al Sr. Escandon, reside[illegible]es en Paris; pero á Melesio no pareció con[illegible]oles-tar á su protector, y se contentó co[illegible]os recursos ofrecidos por la Sociedad.

La guerra contra el Imperio con[illegible] pla-zas de Querétaro, de México y Ve[illegible]taban

sitiadas, por lo que se interrumpieron las comunicaciones con el extranjero.

Esto fué favorable á Morales, porque sus acreedores consideraron la situacion en que se hallaba y esperaron. Los acreedores eran aquellos con quienes el autor de *Ildegonda* habia hecho negocios para la representacion de su ópera.

Entretanto no perdió el tiempo; mandó hacer un libreto sobre el asunto de la *Cabaña del tio Tom;* prometió á Marzi que se pondria *Ildegonda* en el teatro Pagliano, llegada la estacion de otoño, y ordenó á los copistas que trabajasen ya en sacar copias de la *partitura.* De modo que sus compromisos eran los siguientes: pagar ochocientos pesos por el *libretto*, dar una compensacion de 2,500 ó 3,000 francos á Marzi para poner la ópera, y pagar á Miniati, copiante, 600 francos por sus trabajos: necesitaba, pues, una suma de 4,400 francos.

Durante la falta de correspondencia mantuvo relaciones con los empresarios Morini, Perales, Lucca y Monari, con intencion de repetir las representaciones de *Ildegonda* en Venecia, Bolonia y otras ciudades de Italia. Monari aun le propuso contratarle como concertador en su teatro de Venecia.

En Febrero de 1867, la condesa *** habia ofrecido poner en escena y cantar la *Ildegonda*, que Morales le ofreció para que se utilizaran sus productos en obras de beneficencia; pero habiendo sabido que el maestro era mexicano, le dió sus excusas y prefirió cantar la *** que su mismo autor concertó.

La condesa hizo bien en preferir la obra de un compatriota; pero Morales sintió todo lo amargo de su situacion, viéndose sin crédito, solo por ser mexicano. Los empresarios le decian:—«México no goza de estimacion entre los europeos, y presentar por vez primera la obra de un mexicano, seria exponerse á tener el teatro vacío.»

Era el mes de Agosto de 1867, y los recursos ofrecidos por la Sociedad no llegaban. Morales siguió trabajando, y durante este tiempo compuso otras dos óperas, *Carlo-Magno* y *Gino Corsini.*

En Setiembre, Marzi, que se preparaba á inaugurar la temporada de otoño, hizo saber á Melesio que no podia esperar mas tiempo, y que era preciso, ó cerrar el contrato para poner en escena la *Ildegonda*, ó resignarse á quedar fuera de compromiso.

Morales, no teniendo recursos todavía, y despues de ocurrir en vano á varios amigos, se vió obligado á conformarse con lo segundo.

Calvi y Berti le propusieron representar la ópera en el teatro Goldoni, del cual eran empresarios; pero como no era de primer órden, Morales, consultando con su maestro Mabellini (desde que llegó á Florencia continuaba sus estudios bajo la direccion de tan eminente profesor), respondió, por insinuacion de este, que no aceptaba.

En Noviembre de 1867 llegaron á Florencia cartas de México. La familia de Morales le pintaba los horrores del sitio que habia sufrido la ciudad; un amigo le decia: *«Vuélvete si no quieres perecer de hambre en país extraño; tus protectores están perseguidos.»*

Semejante noticia afligió mucho á nuestro artista, á quien el Sr. Escandon no cesó de proteger un solo instante. Volverse al país dejando su crédito comprometido en Italia, le era penoso; quedarse allí sin esperanza de poner en escena su obra, era tambien horrible.

En tan angustioso estado, solo le quedaba la esperanza en la Sociedad Filarmónica. Pocos meses antes habia enviado á México su himno *Dios salve á la Patria.*—Quizás al escucharlo se acuerden de mí y cumplan su promesa, sacándome de apuros, decia.

La Sociedad, entretanto, nos consta que hacia esfuerzos para auxiliar á su compatriota; pero eran inútiles: todo se estrellaba contra la indiferencia pública. Podia organizar algunos conciertos con tan laudable fin; pero tal vez estos conciertos no producian lo bastante para enviar alguna suma considerable á Melesio. El hecho es que solo pudieron llegarle de la patria bendiciones de sus amigos y elogios de la prensa.

Los acreedores le asediaban constantemente. No tuvo mas recurso que rechazar el libretto que habia mandado componer sobre el asunto de la *Cabaña del tio Tomás*, so pretexto de que no estaba segun sus instrucciones; pero al copiante hubo que pagarle haciendo dolorosos sacrificios.

Y despues habia que regresar á México; pero ¿cómo? ¿sin haber hecho nada? ¿sin haber logrado poner en escena su ópera?...... Este pensamiento era desesperante. Resolvióse, pues, á pedir al Sr. Escandon otros seis meses de pension para seguir luchando. Escandon se los acordó.

Hasta Marzo del presente año, Morales no volvió á escribir música, y solo se ocupó en gestionar lo relativo á la representacion de *Ildegonda.*

En Abril de 1868, toda la Italia se preparaba á solemnizar el matrimonio del príncipe Humberto, heredero de la corona. Entonces, aprovechando la oportunidad, Morales ofreció á Conti, empresario del teatro Pagliano, su ópera, y fué aceptada, firmado el contrato respectivo, y los estudios comenzaron.

Pero Conti quebró á poco tiempo, y desapareció esta nueva esperanza. Morales, confiando en la representacion ya próxima de su ópera, habia recibido de su amigo Arce, en calidad de préstamo, una suma de tres ó cuatro mil francos, de los que habia invertido la mitad en gastos indispensables para la representacion. Así pues, esta cantidad quedó perdida.

El golpe fué rudo, y nuestro compatriota, agobiado ya por tantas desventuras, cayó postrado en cama á consecuencia de un derrame de bilis.

Cuando se levantó dejó á Florencia y se dirigió á Paris desesperado. El Sr. Escandon le dijo que permaneciera en Europa hasta Marzo de 69, y en-

tonces comenzó á poner en juego otros recursos. Alfredo Bablot, antiguo amigo suyo y que estaba deseoso de que ilustrara su nombre, se encargó de conseguir entre los mexicanos residentes en Paris un empréstito de mil duros.

Algunos ofrecieron contribuir; pero otros se negaron abiertamente.

Era el fin de Diciembre de 1868, y Morales habia perdido su última esperanza, cuando D. Ramon Terreros le llamó y le dijo:—«Melesio, yo veo que está vd. muy afligido, y esta afliccion de artista me agrada. Vd. con hambre mostraria una cara alegre, mientras que temiendo el ridículo, sufre: váyase vd. á Florencia, triunfe vd. y sea feliz.» Y al decir esto, Terreros temblaba de emocion. Bablot, que tal cosa presenciaba, se habia conmovido tambien al ver el desprendimiento de ese hombre generoso, que tomando de su cartera cinco billetes de á mil francos cada uno, los puso en manos del jóven artista y salió de la casa de Bablot (en donde tenia lugar esta entrevista), despues de dar un abrazo á su protegido y de decirle:—«Dios lo bendiga á vd...... ¡Adios!»

Morales volvió á Florencia, estudió de nuevo su ópera, la concertó, la hizo poner en escena en el Pagliano, y todo el mundo sabe lo demas: alcanzó un triunfo estrepitoso, fué saludado como maestro y con gran entusiasmo por el público florentino.

Al fin de tantas penas habia logrado alcanzar el objeto ardientemente deseado en su vida...... tenia reputacion. Mas aún, habia honrado á su patria haciendo admirar en el extranjero el genio mexicano.

¡La gloria suya era gloria de México!

Despues de ese acontecimiento regresó contento á su país natal. Ya hemos referido á nuestros lectores cómo se recibió al distinguido maestro al llegar á México, y cómo el pueblo le condujo triunfalmente desde la estacion de Buenavista hasta su casa. Hemos hablado tambien de los dos conciertos dispuestos en su honor por la Sociedad Filarmónica. Sus compatriotas le han prodigado cuantos honores se acostumbra tributar á los hombres ilustres.

Vamos ahora á concluir.

Admiradores del jóven maestro, no creemos, sin embargo, que ha hecho todo lo que tiene que hacer en la carrera de la gloria. Comienza apenas; pero comienza de una manera brillante. Es preciso que prosiga, y que prosiga con el mismo ardimiento que ha guiado sus primeros pasos.

Él es demasiado juicioso para que deje de comprender que el que confiado en los primeros triunfos se echa en brazos de la indolencia, se pierde. Los aplausos son muchas veces el escollo mas terrible del talento. Se cree, al oirlos, haber llegado á la cumbre, cuando no se ha hecho mas que franquear los primeros escalones, y si no hay bastante fuerza para sobreponerse á los halagos del entusiasmo popular, y para seguir trabajando con teson, la carrera queda trunca y se desciende sin remedio.

Por otra parte, Morales debe reflexionar seriamente sobre su situacion. En México, triste es decirlo, pero es cierto, los artistas son parias; no tenemos ni bastante poblacion ni bastante cultura para poder ofrecer á un artista un porvenir capaz de hacerle grata la vida. Un gran pintor aquí no tiene mas recurso que hacer retratos para vivir, ó que ponerse á iluminar fotografías. Un escultor, aunque tenga el genio de Praxiteles, tiene que resignarse á hacer bustos de diputados ó de mercaderes ricos, ó imágenes de santos segun la idea de una vieja devota ó del cura de un pueblo de indígenas.

Un músico eminente, por mas grandes que sean sus conocimientos en armonía, se verá forzado á dar lecciones de piano en las casas ó en las escuelas de amigas, y recibirá *una onza de oro cada mes*, cuando mas.

Se venderán sus walses, sus polkas, sus danzas; pero sus óperas le producirán poco, porque no tenemos ni podemos tener un teatro lírico constantemente en trabajo. Hasta la zarzuela, que ha parecido un género mas sabroso á la multitud, se ve abandonada.

Para hacerse no solo una gran reputacion artística, sino tambien una fortuna, es necesario volver á Europa y seguir luchando. Verdad es que para el hombre de genio, la gloria es lo primero; la fortuna es cosa secundaria; pero aun para conseguir esta gloria se necesita otro teatro que el nuestro: hablamos en materia de bellas-artes.

Y todavía en Europa, es preciso tener mucha fortuna para conquistar la vida independiente y regalada de Rossini, ó la popularidad y buena acogida de que disfruta Petrella. A veces hay que meterse á cervecero como Thalberg, y no es raro morir en la miseria, como Weber.

Pero habiendo comenzado como Morales, el porvenir es lisonjero, la fortuna no es difícil. Necesítanse solamente constancia y fuerza de voluntad, y de estas dos cualidades nuestro compatriota ha dado relevantes muestras. Que prosiga y que tenga fé.

Los trabajos concluidos por Morales en Europa, son: cincuenta y dos piezas para piano, para piano y canto y para orquesta. La reforma de la *Ildegonda*.—Una misa solemne y dos óperas sérias. Ademas, la sinfonía-himno *Dios salve á la Patria*.—Una sinfonía-concierto en cuatro tiempos.—Una sinfonía-vapor.—Y un curso de contrapunto, durante dos años, bajo la direccion del ilustre Mabellini.

No pondremos punto en este ensayo biográfico sin mencionar que el eminente maestro italiano re-

galó á su discípulo su retrato, en el que puso la siguiente dedicatoria:

«Al mio ottimo amico mtro. Melesio Morales, in pegno di sincera amicizia ed ammirazione.

MABELLINI.»

«Firenze, 23 7bre. 1868.»

Estas pocas palabras son todo un juicio, toda una condecoracion para nuestro compatriota.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

EL POLLO TEMPRANERO.

Conozco un pollo
De esos que hay muchos,
Medio elegante,
Medio palurdo,
Medio risueño,
Medio ceñudo,
De gran copete,
Negro y pasudo,
De angostas piernas,
De rectos muslos,
De escasa barba,
De secos puños,
De grandes ojos
Como los buhos.
Este es un pollo
Que los palurdos,
Que saben de esto
Segun calculo,
Los consideran
Como cambujos
Y tempraneros;
Porque á su turno,
Muy mas temprano,
Mas que otros muchos
Hacen la aleta
Sin disimulo.
No hay gallinero
En que haya uno
De estos polluelos,
Que no sea un mundo
De galanteos
Y de espeluznos
Y de reyertas
Y de seguros
Inconvenientes,
Riñas y sustos.
Ya las gallinas
Temen al tuno
Del tempranero
Como á ninguno.
A todas pica
Sin disimulo,
Se cree entre todas
Como el gran turco,
Pica casadas
Cual copetudo
Señor de hechizos;
Y en el reflujo
De sus intrigas
Y sus tumultos
Y sus desmanes,
Se cree el muy chulo
Don Juan Tenorio
De nuevo cuño.
Ya los que tienen
Algun jonuco
Para gallinas,
Se están al husmo
De ver qué pollo
Da en el absurdo
De ser, cual dicen
Por el estudio,
Un tempranero
De esos que hay muchos;
Y si entre todos
Pillan á alguno,
Le descuartizan
Sin mas escrúpulo.
¡Maridos, viejos,
Padres adustos,
Tutores, tias,
Guardas y eunucos,
Mucho cuidado
Con esos tunos!
Que es necesario
Ser muy astuto;
Porque si entre ellas
Se mete alguno,
Arma de fijo
Fiero tumulto,
Y las gallinas
Con tanto susto,
Hasta á los gallos
Cubren de luto,
Crias se pierden,
Se pierden juntos
Algunos huevos
Por el barullo;
Ya mas de un gallo
Se ha puesto mudo,
Flaco, sin plumas
Y taciturno,
A consecuencia,
Segun calculo,
De un tempranero
De esos que hay muchos.
Algunas pollas
Que en lo futuro
Por ponedoras
Valdrian mucho,
Se han vuelto estériles
De tanto susto,
Sin dar ni un huevo,
Sin dar ni fruto.
Con que, entendedlo,
Ricos, palurdos,
Tutores, padres,
Y argos astutos.
Mucho cuidado
Si en vuestro rumbo
Hallais un pollo
Tieso, cambujo
Y tempranero
De esos que hay muchos,
Pilladle pronto,
Con disimulo,
Y el largo cuello
Torcedle al punto.

FACUNDO.

MARÍA ANA

HISTORIA DE UN LOCO

DIARIO DE DON ALVARO

PRIMERA PARTE

EL PAÑUELO ENSANGRENTADO

CAPÍTULO VI.

Friné-Aspasia.

(CONTINUA.)

El criado colocó en un velador la cena y se retiró.

La Abuela tiró del cordon de la campana. Presentóse la misma camarera que la habia ayudado á vestir.

—Podeis recogeros, y que todo el mundo haga lo mismo, ordenó aquella.

Nuestro sabio quedóse hondamente preocupado. En su tempestuosa vida habia combatido con los hombres, y á menudo con las dificultades de la ciencia. Recordaba en aquel momento que en alguna revolucion el pueblo entusiasmado le habia lapidado en nombre de la libertad; que otra vez en el del órden, un gobierno centralista le habia encerrado largo tiempo en una mazmorra, por perturbador del sosiego público; que un ministro ofendido le habia tenido allí á pan y agua; que habiendo en un periódico de oposicion criticado al ejército como una institucion peligrosa para la libertad, llamándole instrumento de la tiranía y otras ternezas por el estilo, un general ofendido le administró una paliza por mano de sus subordinados; que un drama social en el que como autor suyo fundaba grandes esperanzas de gloria literaria y política, habia sido ignominiosamente silbado la noche de su estreno por sus enemigos políticos, segun le aseguraron sus correligionarios; pero en toda su laboriosa vida jamas se habia encontrado nuestro sabio en lance tan apretado como el de verse frente á frente de aquella Vénus-Cípria, y solo con ella á la media noche, delante de una cena apetitosa y en una cámara que embriagaba con la atmósfera de un templo del amor. Enemigo del ejército, hubiera preferido sin embargo revestir el odiado uniforme, y con las divisas antidemocráticas de coronel subir á la cabeza de una columna de zuavos al asalto de una torre como la de Malakoff.

Debió encontrarse tan mal en aquel momento, que sin saber lo que hacia, tomó un vaso y se echó á pechos su contenido de Johanisberg-cabinet de 1831, sin respirar siquiera.

La Abuela, que con la perspicacia de su carácter le habia estado observando atentamente, y leido en su fisonomía como en un libro abierto lo que pasaba por él, se sonrió maliciosamente y le dijo:

—¡Ah! preferís el Rhin al vino de Hungría.

El sabio oyó aquella voz como los muertos oirán la trompeta del ángel en el dia tremendo del juicio final; y si no hubiera estado cerrada la puerta de la cámara, hubiera echado á correr para afuera como un loco, á pesar de la secreta fascinacion que ejercia sobre él *la Abuela*.

Se producia en él un fenómeno fisiológico. Tenia la conciencia del peligro de su situacion, que su moralidad rechazaba; temia el ridículo en que lo ponia su timidez natural á los ojos de *la Abuela*, y se sentia clavado allí por una influencia física superior, por una corriente magnética que iba de aquella Aspasia á él.

Sobreponiéndose sin embargo á todo por un esfuerzo supremo, y tomando por fin lo que él creia un partido desesperado, resolvió rechazar los halagos de aquella sirena, y ser, si necesario era, otro José con aquella mujer de Putifar; y aquí, haciendo un aparte, diremos en descargo de José, que hace cinco años se encontró en Egipto y fué trasportado á Francia, donde nosotros lo vimos á su arribo, el busto de aquella virtuosa señora: era una mujer desprovista de hermosura totalmente, á juzgar por él. Así verá el lector cómo era mas crítica la situacion de nuestro sabio que la del casto José cuando abandonó su túnica en manos de la infiel esposa del magnate egipcio. *La Abuela* era en aquel momento una mujer de veinticinco años, y habia llegado al apogeo de su hermosura. Era el modelo acabado de las formas, como aquellas hetairas de la Grecia antigua en que la raza conservaba toda su pureza; ¡época feliz, en que no se había inventado ni el corsé ni la crinolina! A su hermosura plástica reunia *la Abuela* la gracia, el talento y el ardor de su sangre, que como una poderosa corriente magnética desbordaba sobre los hombres que se le acercaban y á quienes ella queria vencer. Como Volta con su pila galvanizaba cadáveres, ella con su aliento hubiera levantado á los muertos de sus tumbas.

Y sin embargo, la hermosura de *la Abuela* no era perfecta. Un crítico severo hubiera encontrado que su talle era un poco grueso, sus ojos pequeños, lo mismo que su frente, su nariz incorrecta, su boca grande, su tez de color encendido, y sus piés no muy aristócratas. Pero á pesar de esos pequeños lunares, aquella mujer era arrebatadora. Por sus venas corria la sangre goda y morisca de los españoles, de cuya raza descendia por su padre, mezclada con la de los aztecas, de cuya descendencia era su madre. Su organizacion poderosa tenia las cualidades y los defectos de esas dos razas. Imperiosa y tenaz, pero astuta y flexible para llegar á su fin; egoista y calculadora por naturaleza, amante del lujo y avara á la vez; gastando millones y economizando en pequeñeces; valiente y audaz hasta la temeridad; vengativa y rencorosa; arrostrando por todo, hasta pisotear su propio decoro por satisfacer sus caprichos; voluptuosa por índole, pero voluptuosa como Margarita de Borgoña, de amor como de vino y de sangre; dudando de todo, no creyendo en nada; habiendo sido causa de la muerte de su padre y de la locura de su madre, y teniendo á la cabecera de su lecho en vez de un devocionario el libro del «Príncipe» de Maquiavelo; fingiendo servir y sirviendo á *La Orden*, pero sirviéndose mas á sí misma, y creando, por espíritu de hacer mal, elementos disolventes en el seno de la asociacion; hé ahí á *la Abuela*, hé ahí aquel demonio en forma de hada, que iba á encerrar en un anillo de fierro á nuestro sabio, con la misma facilidad con que una araña encierra en su tela un insecto para chuparle despues la sangre.

A triunfar la ayudaba poderosamente la hora, la misteriosa influencia de la noche, el poderoso excitante del licor y hasta la cámara misma en que se encontraban.

Figúrese el lector un lindo cuartito en que los muebles eran de rosa, y los forros, como las cortinas de la pieza y del lecho que allí estaba, de damasco amarillo. Sobre las consolas habia flores cuyo aroma excitaba los sentidos. La luz de las bujías caia á torrentes sobre la cara hechicera y el cuello de cisne, y los hombros y los brazos marmóreos de *la Abuela*, cuyos ojos brillaban, cuyos labios se entreabrian como dos hojas de rosa para dejar ver una doble hilera de perlas; cuyo seno oscilaba con palpitaciones de placer. Y aquella mujer, aquella magnífica belleza, destacándose sobre el damasco amarillo y la oscura madera de rosa, cuyos colores la favorecian maravillosamente, formándole un marco digno de tal cuadro.

En aquel instante, el sabio, contemplándola extático, olvidaba sus propósitos, su moral, su mujer, su hijo, todo. El genio del mal se apoderaba de él.

Todos tenemos en nosotros mismos el gérmen de lo malo y de lo bueno, dos principios opuestos que se combaten constantemente. Nuestras inclinaciones naturales en general son malas; pero están contenidas, refrenadas por la educacion, por la moral y por los principios religiosos, base de todo lo bueno. Pero en momentos dados, raros por fortuna, el mal, es decir, los sentidos, ahogan en nosotros el sentimiento del bien; la materia domina al espíritu, y entonces olvidándolo todo, nos dejamos arrastrar á excesos que deploramos amargamente luego que pasada rápidamente la excitacion material, vuelve á ocupar su lugar de costumbre el principio del bien; entonces viene el remordimiento que nos lacera, y con él el arrepentimiento que nos regenera, y nos da experiencia y fortaleza para no volver á caer en el pecado.

Gonzalo A. Esteva.

(Continuará.)

REVISTA TEATRAL.

LA SOCIEDAD LIRICO-DRAMATICA.

Vuelve ya Talía, lector amigo, vuelve á nosotros con aquel apacible encanto que adormece nuestros pesares, con aquellas gracias hechiceras, que siendo juntamente flores y frutos, tienen para el corazon un tesoro de inocentes alegrías, y para la inteligencia el provechoso y suave alimento de la enseñanza moral y filosófica. Vuelve ya Talía; pero la buena, la legítima, la de raza pura, la madre del arte, la fiel amiga de Alarcon, de Moratin, de Gorostiza, de Breton, de Tamayo y Baus, la casta musa inspiradora de los buenos sentimientos y de las buenas doctrinas, la que aconseja riendo, la que corrige acariciando. Recobra ya el puesto que solo á ella corresponde, y que hubo de ceder temporalmente á su hermana bastarda la Talía zarzuelesca, toda oropel, toda hojas, toda ruido y toda aturdimiento, polluela insustancial que todo lo fia al deslumbrante efecto de sus postizas galas, y á quien sigue no muy de lejos en su vida de mariposa el hastío, último resultado de un placer infecundo y efímero.

Venga, pues, en buen hora, que por mi fé que grande falta hacia, cuando no fuera mas que para restablecer en nuestro público el buen gusto, seriamente amenazado de corrupcion y de gangrena. Y aquí te ruego no me tengas por pesimista, ni achaques á intencion dañada ese mi sombrío pronóstico; pero la verdad es que al contemplar al público en la zarzuela, no he podido menos de torcer el gesto, dándome, como me dió, muy mala espina esto de verle aplaudir y celebrar la *Galatea*, el cual síntoma parecióme de inminente gravedad.

Habíame propuesto no escribir una sola palabra tocante á la zarzuela en especie; pero solté ya una prenda, y conforme á la costumbre mia, que te es notoria, de no asentar un dicho sin apoyarle bien ó mal, permíteme que someramente y por via de digresion te explique mi juicio adverso á la *Galatea*.

Y en primer lugar te advierto, que no hago mérito de la música, porque ignoro lo que ella vale; ni de la ejecucion, porque sobre esto no se puede pedir mas á los artistas que de ella se encargaron, especialmente á la Sra. Zamacois, quien puso en juego todas sus facultades, desde su talento hasta la belleza plástica de sus formas. Yo me ocupo exclusivamente de la obra como pieza literaria, por ser ella el alma, la sustancia, lo que deja en el ánimo una impresion mas duradera.

¿Qué es la *Galatea*? ¿á qué género pertenece? ¿cuáles son sus tendencias filosóficas y morales? Hé aquí las preguntas que naturalmente se ocurren al espectador con respecto á cualquier obra que en la escena se le ofrece; preguntas de no difícil contestacion en la generalidad de los casos, pero que en el presente las deseadas respuestas están muy lejos de ser satisfactorias. En efecto: quién dice que es un mito, quién que es una caricatura de las costumbres actuales; este asegura que es solo la representacion de la mujer pagana; el otro la clasifica de plano entre las comedias que en el teatro latino se llamaban *tabernariæ;* álguien, menos sufrido y enemigo de meterse en honduras, la llama simplemente *disparate;* y yo, que en cada una de tan diversas opiniones hallo algo de verdad, para llamarle de alguna manera le aplico el nombre de *zarzuela,* ó como si dijéramos pájaro anfibio, agua de *todas frutas*, cajon de sastre, mezcolanza, en fin, indefinible.

Mira tú ahora si de tales principios resultarán buenos fines, cuando comenzamos por no saber de qué se trata. Tuve un amigo, que cuando no acertaba con la explicacion de un hecho, solia contentarse con exclamar: «¡altos juicios de Dios!» Présteme mi amigo su muletilla, que otra cosa no tengo para contestar á aquello de ¿qué es la *Galatea*, y á qué género pertenece? ¡altos juicios de Dios!

Visto ya que no sabemos qué cosa es la *Galatea*, tratemos siquiera de averiguar para qué sirve, ó lo que es igual, cuáles son las tendencias filosóficas y morales de la obra. Búscase en toda obra dramática (ó al menos debe buscarse) algun resultado práctico, mas ó menos trascendental; despues de ver la *Galatea*, ¿quieres decirme, lector amigo, cuál es la parte de enseñanza (de la buena se entiende) que tú y los tuyos llevábais en el alma al volver á la casa? Yo de mí sé decirte, que mi parte era igual á cero. ¿La *Galatea*, es un mito? Nada, pues, debe importarte el saber que el escultor Pigmaleon se enamoró de su estatua, es decir, idealizó su creacion, y que la halló despues tan repugnante que hubo de hacerla pedazos con el mismo martillo que antes diera aquella forma al mármol. Alambicando en este sentido el asunto, con trabajo sacaremos de él dos máximas. Primera: *tras de las ilusiones viene el desengaño;* noticia es esta que de muy antiguo te la vienen dando todos los poetas llorones, y que está ya colocada entre las que por antítesis se llaman *frescas*. Segunda: *la mujer gobernada solo por los instintos sensuales, se convierte en un monstruo repugnante;* esta sí que es una verdad, y de las mas trascendentales, y si resaltase de la obra con el esplendor eficaz de toda verdad, yo pondria sobre mi cabeza la *Galatea*, y este mi artículo no seria sino el panegírico mas cumplido y entusiasta. Pero por desgracia no es así: los aplausos frenéticos del público, el afan con que acude á las representaciones de *Galatea*, y la expresion de los rostros despues de terminada la obra, no indican ciertamente que fuese repugnancia lo que en los ánimos produjo aquella mujer, á pesar de su embriaguez degenerada en borrachera; y cuenta con que ese es el efecto que suele causar, no solo en nuestro público, sino en el de otros países, con lo cual revela su orígen frances por aquello de presentar al vicio dorado y tentador. La intencion, pues, del autor

habrá sido muy recta y muy santa; pero si sale contraproducente, tórnase en dañina y punible. Me dirás que esos aplausos son arrancados exclusivamente por el talento con que la actriz detalla la obra, y no por la obra misma; tanto peor, y eso es lo dorado y lo tentador de que te hablé antes: en *Galatea* es imposible hacer esas distinciones que en otras obras sí pudieran hacerse; por ejemplo, quien aplaude á la Ristori en *Medea*, admira á la actriz y juntamente aborrece á la parricida, lo cual nada tiene de violento, por cuanto se trata allí de un crímen; pero en *Galatea* no hay crímen, sino vicios, y de los mas socorridos y que cuentan con mayor número de adictos. Dime tú ahora, lector mio, con la mano en el pecho, si aborreces á *Galatea*, perdonándome si te desmiento en caso de ser afirmativa tu respuesta.

Consideremos á la *Galatea* como la representacion de la pagana, á quien el sensualismo priva de los encantos que á la mujer da la verdadera virtud; resulta entonces un tipo perfecto, verdadero, pero absolutamente estéril de doctrina, hoy que el cristianismo y la civilizacion ponen á la mujer á cubierto de aquella situacion: bajo este punto de vista, pues, la *Galatea* es inútil, conservando siempre los inconvenientes que no ha mucho apunté.

Si nos inclinamos á considerar la obra en cuestion como una caricatura de las costumbres actuales, desde luego hay que hacer una distincion: ¿esas costumbres son las de la mujer en general? no por cierto: ¿son las de la mujer perdida? quizá sí, pero en tal caso la leccion moral de la *Galatea* resulta inconducente, porque no es de suponerse que las señoras que concurren á nuestro teatro necesiten que se las amoneste en aquel sentido; no tiene, pues, la *Galatea* ninguna de las ventajas de la caricatura, y sí sobrados inconvenientes.

Pasando ahora del fondo á los detalles, no podrás negarme que en la *Galatea* no hay una sola escena que no pudiera figurar dignamente en cualquiera de las novelas mas licenciosas de Paul de Kock, á vueltas de tal cual rasgo delicado, como el del espejo y el de la lira.

En resúmen, la *Galatea* es una obra en la que se echan de menos la moralidad, la filosofía práctica y aun el mérito literario.

Y sin embargo, lector mio, esa es la obra aplaudida, esa la celebrada, esa la que tan buenos provechos ha dado á la empresa; dime tú si no tengo razon para temer que se haya estragado el gusto de un público que con tales obras goza; dime si no la tengo para alegrarme con el alma por la restauracion de la buena comedia, de la comedia sana, que instruye, deleita y moraliza.

Pero basta ya de digresion, que sobrado larga resultó esta mia, y tanto, que no me deja espacio para hacer, como pensaba, el análisis de las dos excelentes obras que hasta ahora lleva desempeñadas la «Sociedad lírico-dramática» en el teatro Iturbide. Esa sociedad, compuesta de artistas ya conocidos del público, y aun ventajosamente, se presentó modesta é hizo su estreno el sábado 19 con el bellísimo drama de Eguilaz *La payesa de Sarriá*, uno de los mejores que, en mi humilde concepto, ha producido el afamado poeta español. El papel de la protagonista, el de mas viso en la obra, estuvo á cargo de la Sra. Serra: esta jóven artista, que ya en el *Relámpago* habia dado indicios de su talento, confirmó plenamente en la *Payesa* el favorable juicio que entonces mereció del auditorio. Artistas hay cuyo sobresaliente mérito excita en los espectadores la admiracion y el entusiasmo, y á quienes se tributa de una manera imprescindible el incienso de los elogios, el laurel consagrado al genio, pero nada mas; la Sra. Serra debe á la naturaleza favores de mas valía, porque si su talento conquista legítimamente los aplausos del público, esos aplausos no brotan nacidos de solo la admiracion, sino juntamente del cariño: la Sra. Serra tiene el raro privilegio de inspirar desde luego, y sin excepcion, á sus oyentes, una profunda simpatía. Bella, dulce, modesta, se atrae irresistiblemente los corazones; por eso al terminar el primer acto de la *Payesa* no habia un solo espectador de uno y de otro sexo que no la amase ya. Pero no fué solamente su agradable rostro, su voz tierna é insinuante, su apostura decorosa lo que así le conquistó el afecto del público; fué asimismo el talento con que supo interpretar las diversas pasiones que dominan sucesivamente al personaje de Eulalia, desde los mas suaves deliquios del amor hasta los arrebatos mas vehementes de los celos; así salió airosa de tantas y tan difíciles transiciones, especialmente en el segundo acto, en que las luchas de afectos se suceden á cada instante, y así arrancó tantos y tan entusiastas aplausos. El Sr. Villena, á quien un accidente en la voz impidió desarrollar todas sus facultades artísticas, demostró, sin embargo, en esa noche, que es un actor de mérito, y que pertenece á la buena escuela, así en el decir como en el accionar; reveló ademas que es un inteligente director, por la arreglada manera con que fué conducida la obra. El Sr. Navarro, á quien conoce y estima el público desde la época del inolvidable Valero, interpretó concienzudamente, como suele, el difícil personaje de Pujadas, mezcla de grotesco y de terrible, en cuyo desempeño hubiera fracasado lastimosamente otro actor menos hábil y experto. Los demas actores contribuyeron acertadamente al buen éxito; en mi siguiente revista seré mas extenso acerca de los que ahora no nombro por faltarme ya espacio.

En suma, lector amigo, la nueva compañía promete horas de verdadero y provechoso solaz, y merece por mil títulos la proteccion del público; si amas el arte, si estás persuadido de la mision civilizadora del teatro, vé al de Iturbide, que allí te aguardan las mejores obras del repertorio moderno, nuevas en su mayor parte y desempeñadas con esmero; trozos de buena música italiana y española, y hasta pequeñas zarzuelas nuevas por vía de apén-

dice, y sin mas pretension que la de dar variedad al espectáculo. Concede, pues, tu favor á este, que por cierto lo merece, y yo te fio que con ello has de ser tú quien mas gane.

M. PEREDO.

Junio 22 de 1869.

UNA PASION ITALIANA.

(CONTINUA.)

Algunos dias despues de la escena del *kiosko*, la condesa y la *contessina* Catani partieron para Génova, adonde las acompañó el príncipe Cavoni. Este último me manifestó que la condesa Catani le habia dicho que me hiciera comprender que el bien parecer me impedia acompañarlas á Génova, y que era preciso que no saliera de Venecia sino quince ó veinte dias despues. Por tanto, me ví obligado á separarme de Angiolina. Nuestros adioses fueron desgarradores, y ya para partir me dijo:

—Tengo el presentimiento de que esta separacion, que debe ser momentánea, va á causar mi desgracia. ¡Ojalá y me engañe!

Yo le contesté con mil juramentos de fidelidad y constancia.

—¿Y vos, me olvidareis? la pregunté; ¿la ausencia no disminuirá vuestro cariño?

—Loin des yeux, près du cœur, * me contestó en frances, llevando la mano á su corazon.

Venecia quedó desierta para mí, y la única persona en cuya sociedad encontraba agrado, era Francesca, y como el marqués Castel-Nuovo estaba convencido de que no tenia pretensiones ningunas sobre ella, no puso obstáculo alguno á mis asíduas visitas al *palazzo* Vendramini. En cuanto al príncipe, ya he dicho que poco ó nada se ocupaba de su mujer, y rara era la vez que le encontraba en su compañía.

Los primeros dias despues de la partida de las Catani, la princesa demostraba afectarse mucho con la tristeza y dolor que yo mostraba por la ausencia de Angiolina, y yo se lo agradecia, suponiendo inspirado ese sentimiento por la amistad que á ambos nos tenia. Mas pronto observé que mi tristeza no solo la afectaba, sino que le causaba cierta impaciencia, cierto embarazo inexplicables, y que evitaba siempre que habláramos de Angiolina, no haciéndolo generalmente sino con manifiesta repugnancia cuando se veia obligada á ello. Algunas veces se ponia á hablarme de Angiolina llenándola de elogios y declarándola digna de mi amor; mas lo hacia agitada y como venciéndose para hacerla justicia. No comprendia yo nada de esto, y hacia mil extravagantes suposiciones, cuando un acontecimiento casual vino á darme la clave del enigma.

Una noche que encontré en el *palazzo* Vendramini al príncipe y al marqués Castel-Nuovo, propuso la princesa salir á dar un paseo á la luz de la luna. El príncipe Cavoni al salir de Venecia habia puesto su góndola á mi disposicion, y nunca salia yo sino en ella. Como podia retardar nuestro paseo el esperar á que dispusiesen la góndola de la princesa, propuse que hiciéramos uso de la que yo habia llevado, y mi proposicion fué aceptada.

En la tarde del dia siguiente se me presentó Giuseppe, el gondolero del príncipe Cavoni, con un precioso librito de memorias de tafilete con manecillas de oro, que dijo haber encontrado en el fondo de la góndola. Examiné el libro curiosamente, pero no pude descubrir armas ni cifra alguna que me indicasen quién era su dueño; mas una divisa grabada entre los adornos de oro que tenia el tafilete, llamó mi atencion:

Loin des yeux, près du cœur.

Esas habian sido las últimas palabras pronunciadas por Angiolina al separarse de mí. No pude resistir á mi curiosidad, y abrí el libro. Tal vez hice mal, pues lo probable era que perteneciese á alguna de las tres personas que me habian acompañado la noche anterior, y lo natural era que me informara antes de abrir ese libro, que tal vez encerraba un secreto.

Las primeras hojas contenian versos, y versos muy hermosos. En esa dulce y suave lengua italiana, que parece haber sido creada para el amor, expresaba la persona que los habia hecho, sus sufrimientos causados por un amor oculto y resignado á sacrificarse. Pronto comprendí que esos versos eran de una mujer, y habiéndome hecho la impaciencia de mi curiosidad saltar algunas páginas, me encontré con una especie de diario en que se hablaba de Angiolina y de mí. Devoré esas páginas y quedé estupefacto, asombrado...... La que habia escrito aquellas hojas me amaba en secreto, y la que habia perdido ese libro era indudablemente Francesca.

No sé qué revolucion operó en mí la lectura de aquellas líneas; pero al ver en ellas expresado un amor tan noble, tan generoso, tan ardiente, y al mismo tiempo tan casto y tan puro, me sentí extraordinariamente conmovido, y mi emocion llegó á tal punto al recorrer la última página, que el libro se deslizó de mis manos á mis rodillas, y de estas al suelo, y dejando caer la cabeza entre mis manos, me puse á pensar en lo feliz que seria si los rojos labios de Francesca pronunciaran esas ardorosas palabras de amor que se habian escapado de su pluma. Debo aquí hacer una observacion. Despues de la partida de Angiolina, la presencia de Francesca habia vuelto á ejercer sobre mí la fascinacion de otro tiempo. ¿Habia disminuido la ausencia mi amor por Angiolina? ¿amaba acaso á Francesca? No lo sé, nunca he podido darme cuenta de lo que pasó entonces por mí; solo podré decir que de pronto recogí el libro de memorias, y que oprimiéndolo sobre mi corazon, volé en busca de la góndola, que siempre tenia Giuseppe lista á mi puerta, y que saltando en ella,

* Lejos de los ojos, cerca del corazon.

—Al *palazzo* Vendramini, exclamé.

Recordé en el tránsito que el príncipe Vendramini y el marqués Castel-Nuovo habian hablado la noche anterior de una excursion científica á no sé qué punto cercano de Venecia, y que debian estar ausentes dos ó tres dias, y sentí cierto secreto placer al pensar que iba á encontrar á Francesca sola.

Al llegar al *palazzo* Vendramini apenas si dí tiempo á un criado para anunciarme, pues marchando sobre sus huellas, penetré en el salon en que se encontraba la princesa, casi al mismo tiempo que él. Francesca estaba indolentemente reclinada en un sofá, y al ruido que causó mi entrada se enderezó sobresaltada. Apenas hubo dejado caer las cortinas de la puerta del salon y retirádose el criado que me anunciara, cuando me lancé á los piés de Francesca, presentándole su libro de memorias. Francesca dejó escapar un grito de angustia y ocultó su rostro entre las manos.......

La noche nos encontró con las manos entrelazadas al lado uno del otro, sin pronunciar una palabra, entregados á la felicidad de sentirnos amados y sin necesitar decírnoslo. La llegada de un criado que entró con luces, vino á sacarnos de nuestra inmobilidad. Francesca pareció despertar de un sueño, y alejándose de mí, me dijo apenas desapareció el criado:

—Acordaos de que vos sois el futuro esposo de Angiolina y de que yo soy la princesa Vendramini. Adios, añadió tendiéndome una mano y con voz entrecortada por los sollozos, adios para siempre. No debemos volver á vernos.

Yo caí de rodillas á sus piés y le rogué tuviera piedad de mí y me permitiera volver á verla. Mas ella se negó á todo.

—No, me dijo; si os volviera á ver, no tendria tal vez fuerzas para sacrificar al deber mi felicidad y mi vida. Adios.

Y se lanzó fuera del salon. Yo quedé inmóbil, mudo, aterrado, y maquinalmente salí del *palazzo* y entré á la góndola.

—¿Adónde vamos, *excelenza?* me preguntó respetuosamente Giuseppe viendo mi silencio.

—Recorramos los canales, contesté.

Trataba de distraerme, y no queria por eso volver á mi casa. Hácia la media noche no pude resistir al deseo de contemplar siquiera las ventanas de Francesca, y dí órden á Giuseppe de hacerme desembarcar en una calle vecina al *palazzo* Vendramini. Salté á tierra, ordenándole que me esperase.

El palacio estaba en la mas completa oscuridad. Dí vuelta á su alrededor, y á espaldas del mismo examiné atentamente las paredes del jardin. Lo hacia maquinalmente y sin darme cuenta á mí mismo del objeto que me guiaba; mas de repente me ocurrió la idea de saltar aquellas tápias é ir á contemplar las ventanas de la alcoba de Francesca, que sabia yo caian al jardin, y poner en práctica mi proyecto fué obra de un momento. Una vez en el jardin, me dirigí hácia una luz que brillaba en una de las ventanas. Pronto distinguí una sombra en esa ventana. Tuve la idea que era Francesca la que se encontraba allí, y me lancé hácia la ventana.

—Francesca, exclamé.

—¡Alberto!

Y tendió sus brazos hácia mí por un impulso irresistible; mas reponiéndose inmediatamente de su emocion, me dijo con voz severa:

—¿Quién os ha permitido llegar hasta aquí?

—Perdonadme, Francesca......

—Os perdono, mas alejaos inmediatamente.

—No, no me alejaré. Ya que he llegado hasta aquí y que esta debe ser la última vez que os vea, os diré lo que es necesario que os diga.

—Pero ¡Dios mio! exclamó Francesca llena de angustia, alejaos. Alguno pudiera veros.

—Y bien, apagad vuestra luz y nadie podrá verme, siendo la noche tan oscura.

Despues de un momento de indecision, Francesca entró á apagar la luz. Mientras lo hacia, la vista de un árbol, cuyas ramas tocaban al balcon, me inspiró la idea de llegar á él, y subiendo rápidamente, me dejé caer en el balcon en el momento en que Francesca volvia. Dejó escapar un grito de angustia y de sorpresa. Yo caí á sus piés...........

....

Aquella noche, los ángeles hermanos de Francesca, se alejaron de ella velando su rostro avergonzados.

....

ROBERTO A. ESTEVA.

(*Continuará.*)

UNA GOTA.

IMITACION.

Desde el verjel donde brotar se viera,
Césped y flores á la par regando,
Del mar á la ribera
Llegó una clara fuente suspirando.
En voz de trueno el padre de los rios,
¿Qué quieres, le pregunta, necesitan
Tu escasa vena los imperios mios
Que de Este á Ocaso espléndidos se agitan?
«¡Ay, no! tímida exclama
La dulce fuente en sonoroso acento;
Mas te vengo á ofrecer lo que el sediento
En vano ansioso á tu poder reclama;
Una *gota*, es verdad, pero muy pura.»
—¡Oh, tú, que entre placeres y ventura
Reinas, mi ninfa impía,
¿Jamas acogerás en tu ternura
Una gota de amor del alma mia?

LUIS G. ORTIZ

(Veladas literarias.)

CRÓNICA DE LA SEMANA.

La fiesta de San Juan.—Aventuras del ferrocarril de Tlalpam.—Un apóstol frances.—*Offenbach y Rigolboche.*—La música bufa y la *cancanomanía.*—Triunfos del *cancan* en Europa.—Triunfo del *cancan* en México.—*Los dioses del Olimpo.*—La Gomez y las cancaneras españolas.—Los viejos.—El rito griego en casa de Payno.—Beneficio de la Civili en Puebla.—El canto 33 del *Infierno* del Dante.—*El Infierno* ilustrado por Doré.—La Sociedad Filoiátrica.—Nueva librería.—Beneficio de Adela Serra.

México, Julio 3 de 1869.

En esta semana no sabiamos cómo escribir nuestra revista ni cómo hablar de ciertas cosas, cuando hallándonos en un saloncito que frecuentamos, donde se toma té, se fuma y se platica alegremente, oimos la siguiente conversacion:

—Las antiguas costumbres se pierden, nuestra aficion á jugar á los soldaditos se disminuye, decia un personaje serio y ya entrado en años. Ahí tienen vdes. que ha pasado la fiesta de San Juan, tan bulliciosa en otro tiempo, y que hoy apenas ha llamado nuestra atencion, gracias á la existencia de tantos Juanes, cuyo cumpleaños ha sido preciso celebrar. Todavía nuestros chicos gustan de ceñirse el sablecito, de ponerse el uniforme de general ó la gorra de granadero, y de tocar el tambor y el clarin; pero ya no hay aquel entusiasmo, aquel delirio, aquel frenesí que trastornaban la cabeza de los muchachos obligándolos á tomar las armas y á lanzarse á los combates, que concluian generalmente con el sacrificio de algunas víctimas y con lamentaciones de las familias imprudentes que habian excitado las pasiones guerreras de los nenes. En mi tiempo, quiero decir, en mi juventud, la ciudad entera, el dia de San Juan, se convertia en un campo de Agramante, y no pocas veces representaba en miniatura la situacion de la patria, trastornada por la guerra civil. Los muchachos, por legiones, invadian las calles, ocupaban las plazas, dominaban las alturas; formábanse bandos, nombrábanse caudillos y se daban acciones terribles á pedradas, á cuchilladas, á garrotazos, resultando no pocos heridos, y á veces muertos. Cada barrio era un Estado en revolucion, cada plazuela un campo de batalla, cada portal una fortaleza.

De este modo se ensayaban los chicos en el papel que habian de representar mas tarde en las guerras intestinas.

Todavía el año de 61 se veian, el dia de San Juan, pequeños pelotones de *blusas rojas* y de *guardias nacionales*, todavía en tiempo del imperio salian á lucir los pequeños *zuavos* y los *cazadorcitos de Africa*, pues naturalmente los muchachos imitaban los uniformes de la época.

Hoy el furor bélico se amortigua y la inclinacion al *paisanaje* y á los juegos de la paz ha contagiado hasta á los niños.

Marte no es ya el tentador de las escuelas.

Por otra parte, las poéticas tradiciones sobre la aparicion de las ondinas aztecas en las albercas de Chapultepec y en los lagos del valle, los baños á la madrugada que hacian peregrinar á nuestro pueblo fuera de la ciudad ó á las casas de baños cantando las *mañanitas*, que es la cancion clásica del dia de San Juan, todas estas costumbres, digo, heredadas de nuestros antepasados los españoles, van extinguiéndose de dia en dia.

Apenas en uno que otro puerto de la República, en uno que otro pueblo del interior se conserva la piadosa costumbre de levantarse la gente á la madrugada y correr á las riberas del mar para zabullirse en las ondas sin distincion de sexos y esperar á la hora del alba el canto de la sirena; apenas en una que otra aldea se levantan las muchachas á recoger de sus puertas las flores que sus amantes ponen en la velada, como lo dice el conocido cantar español:

Mañanita de San Juan,
Madruga, niña, temprano,
Para darle el corazon
Al galan que puso el ramo,

ó para ver florecer la yerbabuena, porque ya saben vdes. que en la madrugada de San Juan es cuando la yerbabuena florece y cuando cuajan la almendra y la nuez. Tambien lo dice otro cantar:

«La mañana de San Juan
Cuaja la almendra y la nuez.»

En México, las *mañanitas* no se cantan mas que en los suburbios y en las pulquerías, y solo las galopinas y los mozos de cordel se levantan de madrugada para ir á bañarse en las albercas, en las Delicias, en el Sol, en las Culebritas, ó en cualquiera de esas dichosas casas donde hay un estanque para gentes ó para caballos. Allí suele improvisarse un bailecillo, los bañadores se embriagan, las bañadoras se cortan la punta del cabello para que crezca, y la fiesta del Bautista comienza en el Jordan y acaba en la taberna. Pero repito, la costumbre va perdiéndose. Los mexicanos, no ya los del gran tono, sino hasta los pobres, son demasiado perezosos para dejar las sábanas tan temprano. Eso no se hace mas que en las aldeas. En cuanto al orígen histórico de estas guerras de los muchachos en México, es curioso, y vdes. van á saberlo en un instante.

—Querido señor, dijo un jóven, nos ha espetado vd. un enorme discurso sobre la fiesta del precursor de Cristo. ¿Va vd. á asesinarnos contándonos una antigüalla? Ahórrenos vd., por su vida, ese capítulo de historia que ya otros han tratado y que conocemos. No gustamos de oir consejas; queremos crónica de actualidad, chismografía de ahora, tanto para entretenernos, como por dar materia á este pobre cronista del *Renacimiento*, que se ha impuesto la tarea de charlar semanariamente de la manera mas frívola é inútil para distraer á sus lectores.

El grave personaje tan brusca y tan incivilmente interrumpido así, calló y púsose á buscar entre los tertulianos alguno que quisiera oir su sábia disertacion.

———

Entretanto otro sugeto tomó la palabra y dijo:

—¿Quieren vdes. noticias frescas? Pues un accidente del ferrocarril de Tlalpam......

—Pero, hombre, si eso no es fresco; eso es tan antiguo, tan antiguo, como las locomotoras que se usan en ese camino, como los rieles que lo forman; es una vieja leyenda de nodriza.

—Pero aguarden vdes., déjenme hablar, que lo que voy á referir es algo extraordinario, algo curioso, algo que completa divinamente las aventuras del ferrocarril de Tlalpam.

—Bien, comience vd.

El sugeto continuó así su narracion:

—Al accidente tremendo y espantoso que hace pocos dias ocurrió en el ferrocarril de Apizaco, y en virtud del cual perdieron la vida, de la manera mas horrorosa del mundo, cerca de treinta personas desdichadas, ha sucedido el accidente del ferrocarril de Tlalpam, que nada tiene de trágico, sino que por el contrario, mas bien pertenece á ese género medio que se halla colocado entre el drama y la comedia, como quien dice entre el llanto y la risa, y del cual es la representacion fiel la desventura de un petimetre que atravesando una calle patitieso y erguido, pavoneándose delante de lindas muchachas, resbala de repente en una losa y cae patas arriba, sin poderlo remediar. Rien los circunstantes de semejante desdicha, y rie tambien el desdichado, tratando de ocultar su confusion y su pena.

Pues, señor, ya saben vdes. que el ferrocarril de Tlalpam se descarrilaba todos los dias. Quizá por eso vd., señor cronista del *Renacimiento*, nos espetó en su revista pasada una repeticion tal vez intencional. Nos dijo vd. de este modo: «*los frecuentes descarrilamientos* que con *frecuencia* acaecen en esa via.» ¿Quiso vd. indicar acaso, con ese adjetivo y ese adverbio, que la frecuencia de los descarrilamientos era superlativa?

—No, no señor, respondimos nosotros; sea vd. indulgente y perdone esa falta. Es uno de esos descuidos en que suelen incurrir los gacetilleros, como yo. Escribí de prisa, no corregí; la culpa toda es mia.

—Pues mire vd., yo completaria la frase así, imitando el estilo de los libros de caballerías, de que se burla Cervantes: *Los frecuentes descarrilamientos que con frecuencia acaecen en esa via, obligan á los viajeros á frecuentar á pié el lodazal del camino de Tlalpam.*

Volviendo á mi cuento: como yo vivo en San Angel y tengo necesidad de ir allá todos los dias, he podido sufrir los diarios percances con que el antojo de las venerables locomotoras amenizaba nuestro monótono camino. Era, á pesar de todo, un pasatiempo agradable. Figúrense vdes., íbamos fastidiados á veces, con el movimiento del carro y con la uniformidad del paisaje ya conocido, queriamos dormir; pero de repente...... ¡zas!...... un brinco, un brinco terrible que nos sacudia los huesos. ¿Qué es esto, gran Dios? nos preguntábamos azorados.

—Nada, se nos respondia, que la locomotora se ha salido de los rieles y discurre á su sabor por entre las piedras del costado del camino. No hay cuidado, continuarán vdes. á pié, y como va á llover, andarán vdes. aprisa y llegarán pronto.

Allí era el crugir de dientes; pero en fin, aquello era variado, y obligaba á uno á hacer un ejercicio feroz que facilitaba la circulacion de la sangre y mantenia siempre en vigor la economía animal.

Pero ayer la cosa fué mas rara y mas grave. Ibamos para Tacubaya á todo vapor, como alma que se lleva el diablo, cuando al llegar cerca del lugar en que se cruzan los dos caminos, el del ferrocarril de vapor y el de las mulitas, la locomotora se paró, no sin dar el indispensable respingo, que nos hizo ver estrellas.

—¿Qué hay? preguntamos, segun la costumbre establecida.

—Hay que la máquina está parada y se niega á andar.

Así era, en efecto. La máquina dijo: «Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo de aquí,» y el infeliz maquinista hacia esfuerzos desesperados para obligarla á dar un paso mas. ¡Inútil trabajo!

—Al menos una mula que se atasca, decia un hombre gordo que acababa de llegar del Interior y habia atravesado *la Charca de Salamanca*, una mula que se atasca, señor, tiene la ventaja de que presenta cola que puede estirarse, y así se ayuda uno á salir del atolladero; pero este demonio de máquina, que dizque tiene fuerza de cincuenta caballos, no tiene ni el rabo de uno que pudiera agarrarse para sacarla poco á poco del mal paso.

—Esta máquina es *la burra de Balaam*, añadió un viejo mal humorado.

La ocurrencia pareció buena, y los pasajeros convinieron en llamar á la famosa locomotora *la burra de Balaam.*

Pero no hubo mas recurso que apearse. Los viajeros, que eran muchos, bajaron á contemplar el paisaje risueño, á pisar la verde pradera, que estaba mas fresca con la lluvia, y por último, á recibir el baño gratis que esta les proporcionaba con bondadosa oportunidad.

La máquina no se movió. Los pasajeros, de grado ó por fuerza, tuvieron que concluir su viaje á pié.

¿Qué le habia pasado á la máquina? Cuestion es esta que no me atreveré á abordar sino haciendo las salvedades mas escrupulosas, porque sucede regularmente que cuando un pobre cronista vulgariza por escrito ó de palabra la inconveniencia de algun hecho público, ó refiere con imparcialidad un suceso, vienen á poco sobre él una respuesta atrabiliaria, un sermon furioso y una nube de razones, documentos y silogismos, que prueban que todo fué bien hecho, y que uno es un animal en ver mal las cosas. De tal modo, en este pobre país y ejerciendo el oficio de escribir revistas, tiene uno que ver con los ojos del doctor Pangloss, para batir palmas

á todo, aun á riesgo de que tambien le acusen de no prodigar mas que alabanzas.

Cuentan, pues, que se mandó poner la máquina á todo vapor, que el maquinista objetó que no habia agua, y que entonces se le dijo que por eso mismo marchara á todo vapor; que él replicó que el vapor tenia que salir del agua, y que con todo, se le mandó obedecer, por cuya razon se fundieron varias piezas de la máquina, y fundidas no podian funcionar, como es de suponerse.

Esto debe ser un cuento absurdo.

Otros dicen que se rompieron varias piezas, lo cual da igual resultado.

El hecho es que no teniendo la empresa del ferrocarril de Tlalpam otras máquinas con que sustituir á la burra de Balaam y á su hermana, que tambien se habia inutilizado, y no teniendo tampoco la empresa del ferrocarril de Apizaco ninguna locomotora vieja que vender, el tránsito por el mencionado camino se ha suspendido, se ha concluido, y si no ha muerto tiene catalepsia, ó cuando menos reumas, y...... no queda mas que rogar al Señor que en su infinita bondad le mande el alivio!

Entretanto, para los vecinos de Tacubaya hay el recurso del ferrocarril de las mulitas; para los de Mixcoac, San Angel y Tlalpam no hay otros que el antiguo y desdeñado ómnibus, ó los cuatro piés del nobilísimo caballo, ó los dos de la propia persona. Algunos pensaban en el velocípedo; pero al ver que los atrevidos que han ensayado este elegante y vistoso vehículo se han aplastado las narices en las calles planas y suaves de la Alameda, han renunciado á tan absurda idea, relegando al tal velocípedo al mismo rincon en que yacen el *Café cantante*, *los Bufos habaneros* y todo lo que aquí no ha pegado.

—De modo que el ferrocarril de Tlalpam no existe ya, preguntaron algunos.

—Acabo de decirlo, no existe; es decir, existe; pero en este tiempo de aguas no trabajará por falta de locomotora. [1]

—Vean vdes. lo que es el progreso actual, amigos; las costumbres se pierden, saltó otra vez diciendo el grave personaje de la historia de San Juan; en mis tiempos, es decir, en mi juventud, se caminaba en un coche de sopandas, pausado, lento y majestuoso, donde estaba uno seguro. Si venia uno de Puebla á México, se confesaba, comulgaba y se despedia de toda la parentela, y hacia ocho dias en el viaje; pero llegaba á la capital con los huesos sanos. Hoy el viaje es de unas cuantas horas, segun me dicen, pero debe uno confesarse, testar y despedirse tambien, por si se le antoja á una nueva manga de agua llevarse el terraplen de otro cualquier punto del camino de hierro, como se llevó el de la barranca del Muerto. Hoy se hace uno la ilusion de ir en alas del vapor á Tlalpam, y en efecto, sale de aquí en ellas; pero concluye volando menos que un gallo, porque se anda á pié la mitad del camino. Ahora sí que puede decirse del ferrocarril de Tlalpam que tiene arranque de vapor y parada de asno.

A mis antiguallas me atengo, ciudadanos modernos; yo iré á Tlalpam, pero iré en caballito de paso, como mis mayores.

———

Concluida la historia del ferrocarril de Tlalpam, los tertulianos en coro pidieron crónica teatral.

—Esa me toca á mí, contestó un amigo nuestro muy conocido en México por sus numerosas aventuras galantes, por su sibaritismo y por su humor siempre alegre. Es este amigo un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, buen mozo, á pesar de que en su semblante pálido se notan las huellas de una vida de disipacion y de placer; un poco calvo; en sus ojos azules y generalmente apagados, se descubre á veces la llama de las pasiones sensuales, y en su boca fina y que está flanqueada por dos patillas rubias y espesas, parece estereotipada una sonrisa burlona. Se diria que es Mefistófeles, mas jóven y mas á la moda.

Inútil es decir que se viste con la mayor elegancia, porque hombres como él no parecen nacidos sino para el lujo.

Esto en cuanto á su físico; en cuanto á su moral, es un tipo del siglo XIX. Ha viajado mucho, ha visto mucho; hijo de una familia de costumbres austeras, él sacudió desde muy temprano como si fuera una carga enfadosa, toda idea de moral y de religion, y se dedicó al placer material, sin perder el tiempo en andar vagando por las regiones del sentimiento y del ideal, sin cuidarse del porvenir, sin preocuparse de las cuestiones que afectan al bienestar del género humano.

En el Bajo-Imperio habria pasado su vida entre las delicias del baño y las vigilias del triclinio, vaciando ánforas de Falerno y confundido entre los libertos, los gladiadores y las bailarinas andaluzas. Habria dado asunto con su vida á los Apuleyo y á los Petronio.

En tiempo del Directorio ejecutivo en Francia, habria sido un *increible*.

En México es simplemente un hombre gastado que procura divertirse, que suspira por Paris y que se entretiene en hacer la propaganda de la *civilizacion francesa*. Es un mensajero de todas las cosas nuevas y atrevidas, es un apóstol del refinamiento, un enemigo mortal de las preocupaciones, un hombre, en fin, *comm'il faut*. Sirve de modelo á los pollos y aun á los gallos que no conocen á Europa, los cuales le imitan con furor, con fanatismo. Su opinion es un dogma, da la ley en los salones.

Tal es nuestro ilustrado amigo. Conocido su carácter, oigámosle hacer la crónica de teatros:

—Señores, debemos felicitarnos por un acontecimiento que indudablemente va á influir en el progreso del gusto mexicano, en su perfeccion me atrevo á decir. Hacia tiempo que me lamentaba yo de

1 A la hora en que sale esta revista el tránsito continúa, pero solo con la hermana de la *burra de Balaam*, que se halla un poco aliviada de sus males.

esta especie de inocencia silvestre, de esta candidez inverosímil, de esta gazmoñería claustral que caracterizaban al público que concurre á nuestros pobres teatros. Todavía aquí se lloraba con los dramas y se tomaban lecciones de moral en las comedias.

¡Qué horror! Estaban vdes. atrasados un siglo respecto de Europa, y si es verdad que arreglaban sus trages y sus peinados á los figurines franceses, no hacian lo mismo con su corazon y con su gusto. Eran vdes. paletos americanos vestidos á la parisiense, cuando mas.

Pero la luz llegó al fin al oscuro espíritu de vdes. Están redimidos del mal gusto y de la ignorancia. No mas preocupaciones.

¡Saludemos, sombrero en mano, la aparicion de los dos misioneros de progreso y de alegría que acaban de meterse atrevidamente en el tablado del teatro Nacional! *Offenbach* y *Rigolboche* están ya entre nosotros. Despojemos nuestros jardines para arrojar flores á sus piés, y pesquemos una bronquitis gritándoles: *¡Hosanna!*

El viejo y maligno compositor y la gordinflona bailadora de *cancan*, habian tardado mucho en visitarnos, y ya era tiempo de que vinieran á reanimar nuestro espíritu abatido y á encender nuestra sangre americana, que se cuajaba en las venas.

¿No sabian vdes. que esta pareja era la predestinada á hacer la felicidad del mundo moderno? ¿No sabian vdes. que la vieja Europa, decadente y gastada, que se tendia moribunda de tedio, oyendo la música clásica como un *De profundis*, y las declamaciones del teatro como sermones estúpidos, solo ha podido conmoverse con el choque galvánico que han producido en ella *Offenbach* con sus extrañas armonías y *Rigolboche* con sus furiosas contorsiones?

No hay duda; este siglo, que los pedantes han llamado del vapor y del telégrafo, no debe llamarse sino de la caricatura y del *cancan*.

Pregunten vdes. cuál ha sido la fiebre de entusiasmo que ha producido el que yo llamaré gran género en el antiguo mundo. La Francia, como es natural, se enloqueció al verle nacer en su seno; despues la Italia le abrió sus puertas, imponiendo antes silencio á las empalagosas melodías de Bellini y á las desgarradoras creaciones de Verdi; la Alemania, la filosófica Alemania, arrojó sus abultados libros, olvidó á Mozart y aplaudió el original matrimonio de su descendiente y de la hija de las calles de Paris; los cosacos de San Petersburgo sintieron, aun sobre los hielos del Newa, abrasarse su sangre ante la tropa de *cocottes* que la Francia les enviaba; la gravedosa Inglaterra perdió los estribos y se puso á palmotear, acaudillada por los lores, cuando la irresistible pareja atravesó el estrecho en alas de la alegría. Todavía mas; *Offenbach* y su flexible compañera saltaron de un brinco los Pirineos y se plantaron en medio de ese pueblo serio y majestuoso, católico y enemigo de bromas, severo con los itanos y con los sacrílegos, que se llama España, y la España ha olvidado en un tris á las beldades tapadas de Don Pedro Calderon, por las beldades desnudas del *Ranelagh*. España está atacada de *cancanomanía*.

No hace mucho, en el pasado Abril, un austero cronista madrileño, Bustillo, decia lo siguiente en el *Museo Universal* á propósito del estreno de *Barba azul:*

«*Barba azul* no llega al punto culminante, por decirlo así, al *desideratum*, al *bello real* (porque *ideal* no puede llamarse) de los acérrimos defensores y aun adoradores del *cancan*, que es el remate y digno coronamiento de la perversion del gusto artístico, que ha saltado los Pirineos con toda la desnuda gracia de la famosísima *Rigolboche*.»

Y mas adelante:

«Confiemos en que el estómago español no ha de poder soportar por mucho tiempo los manjares fuertes *confeccionados* por los cocineros anti-literarios de la Francia.»

Pues á pesar de esta opinion, á pesar de que Enrique Gaspar ha saltado tambien á la arena combatiendo contra el furor *cancanero* con su comedia *La Cancanomanía*, yo aseguro que este permanecerá allí por mucho tiempo. Es un destino fatal.

El *cancan* ha pasado á los Estados-Unidos y ha puesto frenéticos á los yankees; por último, ha entrado en México, y aquí, donde yo me temia que fuese desairado, aquí, donde yo he visto en otros dias, y aun el año pasado, prohibirse el *cancan* en los bailes de Carnaval; aquí, donde yo he visto á las señoras abandonar sus palcos en esas noches de locura cuando, despues de las doce, tres ó cuatro confiteros franceses se permitian una pirueta sospechosa; aquí, repito, ¡oh milagro de la regeneracion del gusto! al aparecer en la escena el antes aborrecido baile, ha sido recibido con una salva inmensa de aplausos y de bravos, con un delirio indescribible, con una embriaguez que habria matado de emocion á *Rigolboche* misma.

El público se ha rehabilitado ante mis ojos; desde hoy comprendo todo lo que vale, y agradezco á la suerte esta compensacion de lo que he sufrido oyendo en Europa calificar de inciviles á mis compatriotas. Ya podré defenderlos, y el triunfo del *cancan* será mi razon perentoria.

Pues sí, señores, tenemos á *Offenbach*, tenemos el *virus cancanero*, tenemos ya gusto en materia de arte.

Los dioses del Olimpo, que es un arreglo al español de la pieza del célebre autor titulada *Orfeo en los infiernos*, se ha estrenado en el teatro Nacional, se ha repetido despues una noche, y luego el mártes en la tarde, siempre con millares de aplausos, siempre con un éxito colosal.

La música de *Offenbach* pareció desde luego sabrosa. ¡Oh! una vez que se prueba esta manzana fatal, es inútil luchar contra su veneno. Ya verán vdes. adónde vamos á parar.

Todo el mundo salió encantado del teatro Nacional. Yo de mí sé decir que idólatra de la zarzuela,

aunque mas idólatra de la ópera-cómica francesa, sentí el alma anegada en un mar de delicias.

Los artistas, aunque careciendo de la chispa francesa, estuvieron felices, admirables. La Zamacois como siempre, Aznar soberbio en su papel de Pluton; hasta Carratalá agradó, al extremo de arrancar numerosos aplausos. El congreso de los dioses hizo desternillar de risa al público, la linda corista que hizo el papel de Diana estuvo encantadora; pero el triunfo grande, portentoso, sin rival, fué el que obtuvo la Gomez, que hizo el papel de Juno y que levantó un pedestal en el gran teatro de México al *cancan*, que antes no habia podido conseguir un miserable pasaporte.

La Gomez, digna discípula de Rigolboche, se eleva en *Los dioses del Olimpo* hasta el apogeo. A poco mas, con una contorsion mas, el público electrizado habria dejado los asientos, habria corrido al proscenio y la habria paseado en triunfo por las calles.

Mucha fortuna tendrá la Civili si con su talento para la tragedia logra obtener una ovacion del público mexicano igual á la que obtuvo la Gomez con su talento *cancanero*. Este triunfo se ha obtenido en las tres noches de la representacion de *Los dioses del Olimpo;* pero el de la tarde del mártes fué todavía mas espléndido. Habia delirio en el público. Y todavía hay que advertir que las cancaneras españolas que bailan *jaleos* y *gallegadas*, no pueden nunca *cancanear* como las francesas. Cuando en México se vea á una francesa, habrá una revolucion. Por ahora es preciso conformarse con la Gomez.

La Gomez desde hoy será la artista predilecta de los mexicanos, Offenbach el autor favorito, y no perdemos la esperanza de ver á alguna mas atrevida bailadora tocar con la punta del pié las bambalinas del escenario. Estamos en el principio, y demasiado buenos son los auspicios bajo los cuales se ha inaugurado la *cancanomanía*, para que dejemos de esperar grandes cosas.

¿Se pone vd. cabizbajo, cronista del *Renacimiento?* ¿va vd. á hacer la guerra al nuevo género, predicador impertinente de moral? Perderá vd. su tiempo, amigo mio; la crítica es un dique de barro ante la corriente poderosa del gusto frances. Piense vd. que está predestinado el mundo á sufrir el yugo de la moda francesa en todo. México habrá podido combatir la intervencion política de la Francia; pero será impotente para combatir la intervencion *moral*. Vestimos á la francesa, comemos á la francesa, vivimos á la francesa, pensamos á la francesa. Trages, peinados, joyas, alimentos, libros, música, bailes, todo lo debemos recibir de Paris. Nuestra sangre era americana antes; pero hoy con los filtros franceses parece tambien francesa. La locura mayor que se aplauda en Paris, indispensablemente tendrá acogida en México, y tendrá acogida con el furor de la imitacion. Los que inventan son menos fanáticos que los que imitan.

Así es que la música de *Offenbach* y el *cancan* van á reinar como déspotas, y siempre que se pongan *Los dioses del Olimpo*, ó la *Bella Helena*, ó *Barba azul*, ó cualquiera de las numerosas creaciones de ese Goya de la música, el teatro estará lleno, y no crea vd. que solo de hombres, sino tambien de señoras, pues vd. lo ha visto. De las piezas de *Offenbach* puede decirse lo que decia Escardeon de las piezas licenciosas de Ruzzante: *Ad audiendas eas, hominum tam mulierum concursus.*

Conque resignarse.

—Yo no me resigno, gritó exaltado por la cólera el antiguo personaje que contó la tradicion de la fiesta de San Juan, no me resigno, y declaro que no me divierten esas indecencias, aunque se aplaudan en Paris. Prefiero *El campanero de San Pablo* y todos los dramones de mi tiempo, á esa jerigonza inmoral y corruptora que pretende acabar con todo pudor y con todo miramiento; ¡no iré al teatro!

—¿Y qué importa? en cambio irá todo el mundo. Vd. es el único viejo que se espanta de Offenbach. Para esto que vdes. los gazmoños llamarian la epidemia francesa, como para el cólera-morbo, no hay antídoto posible.

Nosotros no pudimos dejar de entristecernos al escuchar la profecía del libertino, que mucho tememos se realice.

El sábado pasado, es decir, hace ocho dias, los sacerdotes del rito griego se instalaron en la casa de Manuel Payno, para consagrarse al culto de la gastronomía.

Prieto ha pintado ya á Payno, y el retrato le salió tan bonito que el modelo no ha podido aceptarle sino mediante algunas correcciones inspiradas por la modestia. Tambien ha descrito la casa del patriarca del rito.

Pocas palabras añadiremos nosotros. La casa no es un recuerdo de Atenas, pero es la mansion de un hombre de talento y de gusto. En los salones hay magníficos y exquisitos muebles, soberbios cuadros, entre los que admiramos uno original del Poussin, objetos de arte por donde quiera, recogidos en los viajes de nuestro Anfitrion.

En los corredores, plantas preciosas, flores raras y bellas; en el estudio, la revelacion de todo lo que vale el gusto de un literato distinguido. Las paredes tapizadas de libreros de nogal conteniendo valiosos libros, lujosamente encuadernados, ediciones buscadas por los bibliófilos; allí se ven los poetas clásicos, al lado de los historiadores y de los economistas, y de manuscritos de historia de México: sobre los estantes el ornitólogo puede contemplar una coleccion de aves del país perfectamente disecadas.

En fin, se respira allí el perfume del bienestar y del gusto refinado.

A la una los misterios comenzaron. Ya se sabe lo que son las comidas de Payno, espléndidas, suculentas. Sale uno en ellas de la monotonía del estilo frances y se sorprende con los manjares de carácter mexicano, pero condimentados de una manera particular. No hay la costumbre en el rito de ha-

cer libaciones á Diana; se bebe por la amistad, por la patria, y cuando Aristófanes ha dicho un epígrama delicado, ó Sócrates ha pronunciado un apotegma profundo, ó Tucídides ha contado alguna anécdota de las muchas que guarda en su memoria, ó Anacreonte recita con voz alegre una oda á Baco ó á las Gracias, se hace de cuenta que se toma el vino de Naxos ó de Chio en copas myrrhinas y se apura el borgoña ó el Rin con ternura y delicia, cerrando los ojos y haciendo un gesto lo mas griego posible, en caras que francamente no parecen griegas.

Otra vez hablaremos de esta reunion, la mas constante de las reuniones de amigos en México, y por la cual espera uno el sábado con regocijo é impaciencia.

Hay por ese estilo unas reuniones en Morelia, que se llaman *Chiarini*, y de las que es el alma el poeta Gabino Ortiz, á quien pudiéramos llamar el Anacreonte michoacano. Tenemos á la vista una graciosísima zarzuela de Ortiz, intitulada *Chiarini*, que es un cuadro palpitante de aquella alegre sociedad. Mal haria quien calificase estos banquetes amistosos de *orgías*. Son las fiestas de la amistad, las inocentes y dulces expansiones de corazones que han sufrido y que compensan de algun modo sus dolores pasados con las confidencias de la fraternidad y del talento.

Sabemos que la Civili ha dado su funcion de beneficio en Puebla, y que ha alcanzado un triunfo magnífico. Introdujo una novedad en la escena mexicana, y es haber recitado con su voz vibrante y poderosa el canto 33 del *Infierno* del Dante, aquel en que refiere Ugolino sus horrorosas angustias en la torre de Pisa, donde murió de hambre con sus hijos.

Cuentan que al llegar al terrible verso

«*Ahi dura terra, perché non t'apristi*»

el auditorio se estremeció de emocion, á pesar de que no comprendia bien el italiano. Nuestro actor Morales se entusiasmó y dirigió una alocucion á la célebre trágica. Si esta repite tal escena, bueno es que haga traducir los versos recitados y que reparta la traduccion en el público, como lo hace la Ristori con los libretos de sus tragedias.

A propósito del *Infierno*, los bibliófilos deben procurarse un ejemplar de la edicion del *Infierno* y del *Purgatorio*, que ha ilustrado Gustavo Doré. Los periódicos de Paris avisan que el segundo está concluido, no faltando mas que el *Paraíso*.

Es una obra soberbia y que hará el adorno de cualquier salon, mejor que esos juguetes ridículos de porcelana, que esas pequeñeces de cristal que vemos en las mesas de algunas casas.

La *Sociedad Filoiátrica*, otra reunion de sabios médicos, que se ha propuesto proteger á la humanidad doliente y á los alumnos de la Escuela de Medicina, ha comenzado á publicar un periódico intitulado *El Porvenir*, lleno de interesantes artículos. Merece la mas grande recomendacion, así como son dignos de la gratitud pública los ameritados profesores que en beneficio de su país han emprendido una tan útil tarea.

Para concluir, daremos un nuevo aviso á los bibliófilos y á los jóvenes literatos. Se ha abierto frente al hotel del Bazar y en una de las piezas interiores del patio del antiguo convento del Espíritu Santo, una nueva librería sucursal de la de Garnier hermanos de Paris. Allí se venden los libros con una baratura sin igual, y con poco dinero pueden un estudiante ó un aficionado proporcionarse una regular coleccion de clásicos ó de obras de recreo. El solo precio de la *Historia* de César Cantú en una bella edicion y que insertamos en nuestra seccion de anuncios, dará una idea de la comodidad con que se vende en la nueva casa.

Adela Serra prepara su beneficio para la semana entrante. Será magnífico. Melesio Morales dará una pieza nueva. Clapera cantará, y creemos que el público acudirá en masa.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

LA POLLA TEMPRANERA.

Lector benévolo:
Porque conozcas
La nueva raza
De nuestras pollas,
Voy á contarte
De ellas la historia.
De entre las clases
Que algunos nombran
Pollas á secas,
Las hay muy monas;
Las hay políticas,
Las hay pelonas,
Unas son oros
Y otras son copas,
Unas son libres
Y otras son mochas,
Unas son santas
Y otras demócratas;
Pero es la raza
Peor de todas
La tempranera,
De cuya historia
Vas á imponerte
Si te acomoda.
La tempranera,
Segun la copia
Que te acompaño,
Es una polla
De diez y siete,
Gallarda moza,
De gran castaña,
De falda angosta,
De altos tacones,
Cara de rosa,
Muy picaresca,
Muy primorosa,
Esclava siempre
De última moda;
No tiene pero
Ni en cuanto á ropa,
Ni en cuanto á cara,
Ni en cuanto á modas,
Ni en cuanto á pico,
Ni en cuanto á cola;
Pero es la niña
Tan ardorosa
Y apasionada,
Que es una estopa
Junto á las chispas;
Y no hay persona
Del sexo feo,
De barba poca
O mucha barba,
O muchas onzas,
O muchos coches,
O muchas drogas,
Que si le lanza
Mirada torva,
De esas que entienden
Todas las pollas,
Al punto mismo
Se vuelve loca
Como en comedia,
Y se sofoca,
Y cacarea
Como persona:

Toda se quiebra,
Toda se esponja,
Y abre las alas
Y abre la boca,
Llora y suspira,
Tose y se enoja,
Se pone bizca,
Se pone roja,
Se pone verde,
Se pone ronca,
Y esas son cartas,
Y esas son trovas
Cuasi incendiarias,
Cuasi espantosas.
¡Qué trapicheos
Y qué congojas,
Y qué de citas
Y qué zozobras
De «amor ó muerte,»
«Veneno ó boda,»
«Daga ó casaca,»
«Cura ó mazmorra:»
«Te adoro, Alfredo,
«Mata á tu polla;
«Tú eres el único,
«Tú eres mi historia,
«Tú eres mi bálsamo,
«Tú mi reforma,
«Mi independencia,
«Mi ley, mi norma;
«Mátame, Alfredo,
«Tú eres mi autócrata.»
La ley es esta
De nuestra polla
La tempranera,
La picarona:
Que como nunca
Tuvo persona
Que la imbuyera
Máximas doctas,
Ni la enseñara
Moral ni historia,
Ni los preceptos
Del sacro dogma,
Porque en el dia
Son esas cosas
Las fruslerías
Y las bicocas
Que solo usaban
Frailes y monjas;
Hoy el progreso
Ya es otra cosa,
No es necesario
Culto ni dogma,
Que bien vivimos
Con la reforma.
Tal es el credo
De nuestra polla
La tempranera,
Que tanto goza
Con sus conquistas,
Que no son pocas,
Pues tiene pollos
Que á todas horas
Le arrancan cartas
Estrepitosas
De «amor ó muerte,»
De «muerte ó boda.»
Madres vetustas,
Tias celosas,
Viejos tutores
Que cuidais pollas;
Mucho cuidado
Con esas locas
Si en tempraneras
Dan á sus solas;
Porque se vuelven
Tan perniciosas,
Que hasta á los gallos
Les dan camorra,
Y nunca ponen,
Ni con penosa
Santa tarea
Los nidos forman,
Porque si pone
Una que otra
Tal ó cual huevo,
Nunca se logra,
Porque se ahuera....
¡Jesus, qué cosas!
¡Mucho cuidado
Con estas pollas!
Son.... tempraneras,
Son.... ¡primorosas!

FACUNDO.

Algunas observaciones sobre *Onomatopeya*.

Entre las muchas palabras compuestas de raíces griegas y cuyo significado no corresponde á sus voces componentes, pertenece esta.

Onomátopeya se compone de *ónoma*, nombre ó apellido, y de *poiéo*, hacer, ó *poiía*, hechura, formacion. Los ingleses dicen *onomatopoeía*, los alemanes *onomatopöie* y los franceses *onomatopée;* pero nosotros hemos puesto una *y* en lugar de la *i*, acaso para facilitar la pronunciacion de esta voz rara.

La palabra, en su acepcion generalmente convenida, significa formar palabras que imitan el sonido de la naturaleza. Así tenemos, por ejemplo, en español las voces *miau, zas;* en inglés *buzz, crack;* en aleman *puff*, etc., que son verdaderas *onomatopeyas* en este sentido de la palabra.

Pero como en griego *ónoma* significa nombre ó apellido de una persona, no debia con propiedad emplearse esta voz para palabras que no son mas que *interjecciones* ó sonidos arbitrarios sin verdadero significado suyo propio, sino para los apellidos ó nombres de personas, siendo parte de la *onomática* ó de la *onomatología*. Sin embargo, como es voz aceptada y generalizada, la dejaremos por fuerza correr con su primer significado impropio, añadiendo solo algunas observaciones sobre las dos otras acepciones, que algunas veces y casi excepcionalmente se le dan.

Nuestro amigo el muy apreciable y distinguido literato el Sr. D. Francisco Pimentel, en su obra sobre las lenguas indígenas de México ha dedicado algunos renglones, en cada una de las lenguas americanas, á las voces onomatopeyas, dando en ellos á esta palabra su segundo significado, que es formar *verdaderas* palabras (y no solamente *interjecciones* como en su primer significado), cuya pronunciacion es una imitacion de los sonidos de la naturaleza.

Se ha supuesto que un hombre abandonado á sí mismo y relegado al trato con los animales, imitaria sus sonidos y formaria una lengua de puras voces onomatopeyas; pero esta suposicion no es de sostenerse cuando se trata de una lengua *entera y verdadera*, pues vemos que justamente las lenguas mas antiguas tienen el menor número de semejantes voces, que entre las mas modernas hay algunas que no tienen casi ningunas, y que otras tienen muchas voces de esta especie, sin insistir ademas en que no hay probabilidad de que se haya jamas formado una lengua por solo unos cuantos individuos separados de la sociedad humana. Pasaré, pues, á la consideracion del tercer significado de la palabra *onomatopeya*, que es: formar palabras *nuevas*, ó tales como las que entran en el dominio de la *neología*.

Ningun hombre es perfecto, porque no posee en conjunto todas las cualidades espirituales y corporales del *hombre*, y ninguna lengua es perfecta, porque expresa solo lo que existe y se perfecciona al paso y en proporcion del desarrollo de la nacion que la habla. Si tenemos la vanidad y el error de creer que se puedan encerrar en un Diccionario del dia todas las palabras y expresiones de una lengua viva, pronto seremos desengañados por la experiencia, pues la lengua vive y se aumenta con nuevas palabras á medida que vengan nuevas ideas, nuevas invenciones y nuevas combinaciones ó modificaciones de ideas. Es, pues, un absurdo lo que se ha procurado hacer con los Diccionarios de las Academias francesa y española, el fijar como regla que ninguna palabra es buena si no está sancionada por tales Diccionarios. La mejor prueba de esto es el aumento continuo de voces nuevas admitidas en aquellos libros.

El trabajo de las Academias francesa y española

cer libaciones á Diana; se bebe por la amistad, por la patria, y cuando Aristófanes ha dicho un epígrama delicado, ó Sócrates ha pronunciado un apotegma profundo, ó Tucídides ha contado alguna anécdota de las muchas que guarda en su memoria, ó Anacreonte recita con voz alegre una oda á Baco ó á las Gracias, se hace de cuenta que se toma el vino de Naxos ó de Chio en copas myrrhinas y se apura el borgoña ó el Rin con ternura y delicia, cerrando los ojos y haciendo un gesto lo mas griego posible, en caras que francamente no parecen griegas.

Otra vez hablaremos de esta reunion, la mas constante de las reuniones de amigos en México, y por la cual espera uno el sábado con regocijo é impaciencia.

Hay por ese estilo unas reuniones en Morelia, que se llaman *Chiarini*, y de las que es el alma el poeta Gabino Ortiz, á quien pudiéramos llamar el Anacreonte michoacano. Tenemos á la vista una graciosísima zarzuela de Ortiz, intitulada *Chiarini*, que es un cuadro palpitante de aquella alegre sociedád. Mal haria quien calificase estos banquetes amistosos de *orgías*. Son las fiestas de la amistad, las inocentes y dulces expansiones de corazones que han sufrido y que compensan de algun modo sus dolores pasados con las confidencias de la fraternidad y del talento.

Sabemos que la Civili ha dado su funcion de beneficio en Puebla, y que ha alcanzado un triunfo magnífico. Introdujo una novedad en la escena mexicana, y es haber recitado con su voz vibrante y poderosa el canto 33 del *Infierno* del Dante, aquel en que refiere Ugolino sus horrorosas angustias en la torre de Pisa, donde murió de hambre con sus hijos.

Cuentan que al llegar al terrible verso

«*Ahi dura terra, perché non t'apristi*»

el auditorio se estremeció de emocion, á pesar de que no comprendia bien el italiano. Nuestro actor Morales se entusiasmó y dirigió una alocucion á la célebre trágica. Si esta repite tal escena, bueno es que haga traducir los versos recitados y que reparta la traduccion en el público, como lo hace la Ristori con los libretos de sus tragedias.

A propósito del *Infierno*, los bibliófilos deben procurarse un ejemplar de la edicion del *Infierno* y del *Purgatorio*, que ha ilustrado Gustavo Doré. Los periódicos de Paris avisan que el segundo está concluido, no faltando mas que el *Paraíso*.

Es una obra soberbia y que hará el adorno de cualquier salon, mejor que esos juguetes ridículos de porcelana, que esas pequeñeces de cristal que vemos en las mesas de algunas casas.

La *Sociedad Filoiátrica*, otra reunion de sabios médicos, que se ha propuesto proteger á la humanidad doliente y á los alumnos de la Escuela de Medicina, ha comenzado á publicar un periódico intitulado *El Porvenir*, lleno de interesantes artículos. Merece la mas grande recomendacion, así como son dignos de la gratitud pública los ameritados profesores que en beneficio de su país han emprendido una tan útil tarea.

Para concluir, daremos un nuevo aviso á los bibliófilos y á los jóvenes literatos. Se ha abierto frente al hotel del Bazar y en una de las piezas interiores del patio del antiguo convento del Espíritu Santo, una nueva librería sucursal de la de Garnier hermanos de Paris. Allí se venden los libros con una baratura sin igual, y con poco dinero pueden un estudiante ó un aficionado proporcionarse una regular coleccion de clásicos ó de obras de recreo. El solo precio de la *Historia* de César Cantú en una bella edicion y que insertamos en nuestra seccion de anuncios, dará una idea de la comodidad con que se vende en la nueva casa.

Adela Serra prepara su beneficio para la semana entrante. Será magnífico. Melesio Morales dará una pieza nueva. Clapera cantará, y creemos que el público acudirá en masa.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

LA POLLA TEMPRANERA.

Lector benévolo:
Porque conozcas
La nueva raza
De nuestras pollas,
Voy á contarte
De ellas la historia.
De entre las clases
Que algunos nombran
Pollas á secas,
Las hay muy monas;
Las hay políticas,
Las hay pelonas,
Unas son oros
Y otras son copas,
Unas son libres
Y otras son mochas,
Unas son santas
Y otras demócratas;
Pero es la raza
Peor de todas
La tempranera,
De cuya historia
Vas á imponerte
Si te acomoda.
La tempranera,
Segun la copia
Que te acompaño,
Es una polla
De diez y siete,
Gallarda moza,
De gran castaña,
De falda angosta,
De altos tacones,
Cara de rosa,
Muy picaresca,
Muy primorosa,
Esclava siempre
De última moda;
No tiene pero
Ni en cuanto á ropa,
Ni en cuanto á cara,
Ni en cuanto á modas,
Ni en cuanto á pico,
Ni en cuanto á cola;
Pero es la niña
Tan ardorosa
Y apasionada,
Que es una estopa
Junto á las chispas;
Y no hay persona
Del sexo feo,
De barba poca
O mucha barba,
O muchas onzas,
O muchos coches,
O muchas drogas,
Que si le lanza
Mirada torva,
De esas que entienden
Todas las pollas,
Al punto mismo
Se vuelve loca
Como en comedia,
Y se sofoca,
Y cacarea
Como persona:

Toda se quiebra,
Toda se esponja,
Y abre las alas
Y abre la boca,
Llora y suspira,
Tose y se enoja,
Se pone bizca,
Se pone roja,
Se pone verde,
Se pone ronca,
Y esas son cartas,
Y esas son trovas
Cuasi incendiarias,
Cuasi espantosas.
¡Qué trapicheos
Y qué congojas,
Y qué de citas
Y qué zozobras
De «amor ó muerte,»
«Veneno ó boda,»
«Daga ó casaca,»
«Cura ó mazmorra:»
«Te adoro, Alfredo,
«Mata á tu polla;
«Tú eres el único,
«Tú eres mi historia,
«Tú eres mi bálsamo,
«Tú mi reforma,
«Mi independencia,
«Mi ley, mi norma;
«Mátame, Alfredo,
«Tú eres mi autócrata.»
La ley es esta
De nuestra polla
La tempranera,
La picarona:
Que como nunca
Tuvo persona
Que la imbuyera
Máximas doctas,
Ni la enseñara
Moral ni historia,
Ni los preceptos
Del sacro dogma,
Porque en el dia
Son esas cosas
Las fruslerías
Y las bicocas
Que solo usaban
Frailes y monjas;
Hoy el progreso
Ya es otra cosa,
No es necesario
Culto ni dogma,
Que bien vivimos
Con la reforma.
Tal es el credo
De nuestra polla
La tempranera,
Que tanto goza
Con sus conquistas,
Que no son pocas,
Pues tiene pollos
Que á todas horas
Le arrancan cartas
Estrepitosas
De «amor ó muerte,»
De «muerte ó boda.»
Madres vetustas,
Tias celosas,
Viejos tutores
Que cuidais pollas;
Mucho cuidado
Con esas locas
Si en tempraneras
Dan á sus solas;
Porque se vuelven
Tan perniciosas,
Que hasta á los gallos
Les dan camorra,
Y nunca ponen,
Ni con penosa
Santa tarea
Los nidos forman,
Porque si pone
Una que otra
Tal ó cual huevo,
Nunca se logra,
Porque se ahuera....
¡Jesus, qué cosas!
¡Mucho cuidado
Con estas pollas!
Son.... tempraneras,
Son.... ¡primorosas!

FACUNDO.

Algunas observaciones sobre *Onomatopeya*.

Entre las muchas palabras compuestas de raíces griegas y cuyo significado no corresponde á sus voces componentes, pertenece esta.

Onomátopeya se compone de *ónoma*, nombre ó apellido, y de *poiéo*, hacer, ó *poiía*, hechura, formacion. Los ingleses dicen *onomatopoeía*, los alemanes *onomatopöïe* y los franceses *onomatopée;* pero nosotros hemos puesto una *y* en lugar de la *i*, acaso para facilitar la pronunciacion de esta voz rara.

La palabra, en su acepcion generalmente convenida, significa formar palabras que imitan el sonido de la naturaleza. Así tenemos, por ejemplo, en español las voces *miau, zas;* en inglés *buzz, crack;* en aleman *puff*, etc., que son verdaderas *onomatopeyas* en este sentido de la palabra.

Pero como en griego *ónoma* significa nombre ó apellido de una persona, no debia con propiedad emplearse esta voz para palabras que no son mas que *interjecciones* ó sonidos arbitrarios sin verdadero significado suyo propio, sino para los apellidos ó nombres de personas, siendo parte de la *onomática* ó de la *onomatología*. Sin embargo, como es voz aceptada y generalizada, la dejaremos por fuerza correr con su primer significado impropio, añadiendo solo algunas observaciones sobre las dos otras acepciones, que algunas veces y casi excepcionalmente se le dan.

Nuestro amigo el muy apreciable y distinguido literato el Sr. D. Francisco Pimentel, en su obra sobre las lenguas indígenas de México ha dedicado algunos renglones, en cada una de las lenguas americanas, á las voces onomatopeyas, dando en ellos á esta palabra su segundo significado, que es formar *verdaderas* palabras (y no solamente *interjecciones* como en su primer significado), cuya pronunciacion es una imitacion de los sonidos de la naturaleza.

Se ha supuesto que un hombre abandonado á sí mismo y relegado al trato con los animales, imitaria sus sonidos y formaria una lengua de puras voces onomatopeyas; pero esta suposicion no es de sostenerse cuando se trata de una lengua *entera y verdadera*, pues vemos que justamente las lenguas mas antiguas tienen el menor número de semejantes voces, que entre las mas modernas hay algunas que no tienen casi ningunas, y que otras tienen muchas voces de esta especie, sin insistir ademas en que no hay probabilidad de que se haya jamas formado una lengua por solo unos cuantos individuos separados de la sociedad humana. Pasaré, pues, á la consideracion del tercer significado de la palabra *onomatopeya*, que es: formar palabras *nuevas*, ó tales como las que entran en el dominio de la *neología*.

Ningun hombre es perfecto, porque no posee en conjunto todas las cualidades espirituales y corporales del *hombre*, y ninguna lengua es perfecta, porque expresa solo lo que existe y se perfecciona al paso y en proporcion del desarrollo de la nacion que la habla. Si tenemos la vanidad y el error de creer que se puedan encerrar en un Diccionario del dia todas las palabras y expresiones de una lengua viva, pronto seremos desengañados por la experiencia, pues la lengua vive y se aumenta con nuevas palabras á medida que vengan nuevas ideas, nuevas invenciones y nuevas combinaciones ó modificaciones de ideas. Es, pues, un absurdo lo que se ha procurado hacer con los Diccionarios de las Academias francesa y española, el fijar como regla que ninguna palabra es buena si no está sancionada por tales Diccionarios. La mejor prueba de esto es el aumento continuo de voces nuevas admitidas en aquellos libros.

El trabajo de las Academias francesa y española

es muy respetable; pero hay un error si se quiere hacer de un Diccionario el árbitro y juez de todo escritor independiente. Horacio dijo hace dos mil años en su Arte poética, que las palabras son como las hojas de los árboles, que caen y se rejuvenecen; las viejas se desprecian y las nuevas están en honor. ¿Por qué no aplicar una observacion tan antigua á nuestra lengua?

La crítica es una ciencia respetable, pero poco cultivada entre nosotros; es el resultado del profundo estudio de toda la literatura. Ella manifiesta las aberraciones del ingenio, las hermosuras y defectos de una composicion; enseña el modo de evitar las faltas en que han incurrido los talentos precoces ó ardientes. Nadie puede escribir bien sin atender á los preceptos de la crítica. Véase la obra magnífica sobre crítica, de Lessing. Pero en nuestros dias vemos frecuentemente que por *crítica* se entiende buscar solo los defectos, reales ó imaginarios, limitándose generalmente á corregir *una palabra ó una frase*. Si se emplea una palabra que no está en el Diccionario de la Academia, dan un grito estos así llamados críticos, lo consideran como un pecado bastante grande para condenar al autor y á todo lo bueno que haya escrito, acusándole de ignorar su propia lengua. En el aleman no hay Diccionario de Academia, pues aquella nacion pensadora no se ha dejado esclavizar por un gremio de directores de la lengua. ¿Pero cuál es el fin y objeto de las observaciones que preceden? Es el siguiente, y el que me parece de grande importancia y me indujo principalmente á escribir este articulito:

Si una palabra está bien formada segun la analogía y el genio de la lengua; si expresa una modificacion de un pensamiento para la cual no existe otra palabra en la lengua, entonces sea bien venida, nos enriquece, nos adelanta, y no despreciemos de ningun modo este esfuerzo de los hombres de talento que procuran emancipar á nuestra lengua y libertarla del reino tiránico de un Diccionario.

En este caso la lengua española, tan rica y tan á propósito para adelantar, no será una lengua medio muerta, sino una lengua viva y de progreso. Los que no han reflexionado sobre lo que es una lengua, dirán que el español ya es perfecto y que no necesita de ayuda ni de aumento. Pero esto no es verdad, pues ahora es mas rica que hace 500 años, y despues de 500 años será mas rica, mas hermosa y mas perfecta de lo que es ahora, á pesar de todas las trabas imaginables.

Pero ¿quién tiene el derecho, ó tiene todo el mundo el derecho de formar palabras nuevas?

No es permitido á cualquier escritor mediano emplear palabras nuevas; pero los genios sobresalientes, los escritores eminentes, como en el dia entre nosotros los Altamirano, los Ignacio Ramirez, los Prieto, etc., tienen el derecho de emplearlas, pues los pensadores independientes tienen un estilo independiente suyo propio, y muchas veces necesitan palabras nuevas para expresar ideas nuevas, y si forman palabras adecuadas, hacen un verdadero servicio á la lengua, y honor á la palabra *onomatopeya* en su tercer significado.

OLOARDO HASSEY.

LAMARTINE.

II

Tiempo hacia que Lamartine deseaba entrar de lleno en la carrera política. Antes de su viaje á Oriente, escribia estas notables palabras, que mal disimulan el pensamiento del autor:

—«El pasado es un sueño: ¿á qué llorar inútilmente? ¿á qué compartir una falta que no hemos cometido? Es preciso entrar de nuevo en las filas de los ciudadanos; pensar, hablar, obrar, combatir con la familia de las familias, con el país.»

Frases son estas que tienen una significacion especial, si se atiende á las circunstancias que rodeaban al poeta. No pretendemos que el solitario de Saint-Point hiciese en ellas un homenaje al poder, como otros han pretendido. En la noble alma de Lamartine habia una profunda antipatía hácia esa especie de traicion de Luis Felipe á la rama primogénita, que durante la Restauracion no habia cesado de intrigar por el destronamiento de sus reales parientes, á pesar de sus calorosas protestas de adhesion.

El poeta lírico de la Francia debia vengar con su elocuencia y en un momento supremo á aquella familia que desde niño habia venerado, y que la revolucion de 1830 expulsara del trono de sus abuelos, para colocar en él al rey positivista y amigo del dinero, que era entonces el ideal del monarca por quien suspiraba la *bourgeoisie* francesa.

Mal debia avenirse el cantor de Elvira con aquella familia de mercaderes reales, á quien desde luego consagró una especie de odio exento de vilezas, pero no por eso menos implacable. Luis Felipe y sus ministros sonreian de la posicion que el poeta habia tomado respecto de la corte: si hubieran podido leer en el porvenir, ¡cuánto no habrian temblado al conocer la fatal influencia que aquel iluso iba á ejercer sobre sus destinos!

Las palabras precitadas de Lamartine eran una declaracion al país, que no dejó de escucharlas con gran extrañeza; y creyendo sin duda que no eran sino una veleidad de poeta, nególe sus votos en los departamentos electorales de Dunkerque y Tolon el año de 1831.

Aquella derrota decidió al poeta á realizar su viaje. Los electores de Dunkerque merecieron un voto de gracias, pues habian proporcionado á la literatura moderna uno de sus mas bellos libros.

Durante su viaje, el poeta, al decir de algunos biógrafos, no dejó de estar en correspondencia con sus derrotados electores. En las elecciones generales de 1837 el partido legitimista le dió sus votos,

y Lamartine entró á formar parte de los poderes nacionales.

No sin inquietud vió la Francia tomar parte en la lucha política á su gran poeta, y esta inquietud se prolongó durante algun tiempo.

Como orador, los primeros pasos del nuevo representante fueron bastante insignificantes; por lo menos, no era ese estilo mas bien abrillantado que brillante, como dice Timon, de equívoco colorido, falto de sencillez, sentencioso, ilógico, metafísico, y por consiguiente vago en extremo, el que esperaban todos del poeta de las incomparables dulzuras, de la profunda y pura inspiracion. Lamartine era frio, compasado y elegante; su modo de decir parecido al de los doctrinarios de la escuela de M. Guizot, sin las tendencias eminentemente positivistas, sin las sérias convicciones que daban y que darán aún tanta fuerza á esos hombres que yo llamaria los matemáticos de la política.

Como político, nuestro poeta colocóse desde luego en una posicion en la que se afirmó cada vez mas durante el reinado de Luis Felipe, y que si hacia concebir esperanzas á las opiniones que se dividian la cámara, disgustó sobremanera á sus comitentes legitimistas.

Esto equivale á decir que Lamartine se aisló de todos los partidos. Su amor á lo grande, á lo bello, á lo generoso, empezó á hacer dócil su alma á las inspiraciones del espíritu democrático, y lo que al principio era una vaga fórmula política, fué tomando paulatinamente las proporciones de un programa.

En aquel aislamiento habia algo de orgullo, quizá mucho, una cierta desconfianza de sí mismo y de su conciencia política, una especie de transaccion entre los principios adonde su alma de poeta lo arrastraba, y las rancias y caballerescas tradiciones de su familia realista.

El poeta quiso conservar su fé política como en una balanza perfectamente nivelada. Imposible! no son las tempestades políticas ni las encontradas corrientes que arrastran en su seno, quienes pueden respetar este equilibrio artificial, mas de una vez tentado por los hombres de Estado y nunca con éxito. M. de Lamartine hacia entonces en su interior lo que mas tarde debia pretender hacer con la Francia, para desgracia de entrambos.

Cuando el platillo de la balanza comenzó á inclinarse del lado de la democracia, fué cuando se reveló el grande orador. Sus fórmulas conservaban aún cierto sello de vaguedad y de abstraccion, indicios ciertos de debilidad política. Así es que en su programa encontrábanse formuladas de este modo sus creencias: «Lo que yo quiero es la constitucion orgánica y progresiva de la democracia entera, el principio expansivo de la caridad mutua y de la fraternidad social, organizada y aplicada para satisfacer los intereses de las masas.»

Esto es oscuro en extremo; pero de todas maneras no eran esos los principios que profesaba el poder, ni mucho menos los legitimistas.

El programa político publicado en Octubre de 1843, no solo lo colocó en las filas de los mas obstinados enemigos del sistema encarnado en Luis Felipe, sino en las del partido radical y socialista. La popularidad de M. de Lamartine empezaba á tomar grandes proporciones. Sus discursos sobre la traslacion de las cenizas de Napoleon, sobre las fortificaciones de Paris, sobre la abolicion de la esclavitud, el libre cambio, los caminos de fierro, el derecho de visita, etc., provocaron entusiastas aplausos de la democracia francesa, y sobre todo, de *l'extreme gauche* de la cámara, á la cual íbase inclinando el orador.

En verdad, á pesar de sus liberales doctrinas, muchas veces se escapaba de manos del diputado un voto favorable al poder, aun cuando el orador hubiese hablado en contra; pero estas extrañas veleidades se le perdonaban en gracia del mal que su melodiosa elocuencia ocasionaba al gobierno.

Desde entonces la figura parlamentaria de Lamartine creció hasta adquirir proporciones colosales. Al principio iba á la cámara con sus discursos sabidos de memoria; despues fué el improvisador mas prodigioso de que puede gloriarse la Francia. Aquella lengua de oro vertia torrentes de armonía en la expresion, en el pensamiento, en el sonido. La inmensa seguridad que habia adquirido en la tribuna le daba una noble sencillez que lo llevaba derecho á su objeto, sin desdeñar por eso una pompa de imágenes que fascinaba, y arrastrando tras de sí á su auditorio. La cuestion mas árida, la que menos roce podia tener con los altos pensamientos del alma y con los bellos sentimientos del corazon, adquiria, en cuanto el poeta la tocaba con su palabra mágica, una elevacion, una serenidad, por explicarme así, de que jamas habia habido ejemplo. El *último gran señor*, como lo llama Cormenin, imprimia á las cuestiones que trataba, siquiera fuesen del mas prosaico interes, una majestad extraordinaria, atrayéndolas hasta la altura prodigiosa en que se cernia su inteligencia, iluminándolas con los reflejos de su incomparable fantasía, vivificándolas con los destellos de grandiosos pensamientos, empapándolas de armonía con el colorido de su palabra, con la música de su voz, y el pobre harapo recogido por la tierra, trocábase en el cielo del poeta, en el manto de seda recamado de oro con que el demócrata arropaba la augusta figura de la Libertad, de la Fraternidad del género humano.

Cuando aquel hombre hablaba en la tribuna nacional, de la tolerancia, de la caridad, de la humanidad, la Europa, el mundo entero escuchaba palpitante de entusiasmo y aplaudia con lágrimas de admiracion aquellas revelaciones sublimes del espíritu democrático, aquella fusion de la poesía y del porvenir, como en los mejores dias de las *Meditaciones* y de las *Armonías poéticas*.

Un no sé qué de inspirado habia en la frente de aquel apóstol de las nuevas ideas, una uncion dulce y profunda en sus labios, una delicadeza nobilísima

en sus maneras. La figura parlamentaria de Lamartine es del todo excepcional, y el célebre autor del *Libro de los Oradores* escribia á principios de 47: «Si Lamartine llega á desaparecer de la cámara, su lugar quedará vacío para siempre; parece que con él saldria la soberbia elocuencia de las imágenes, la poesía de los negocios, la viva defensa de las tésis sociales, la generosidad de las teorías populares y lo caballeresco de los grandes sentimientos.»

Ya hemos dicho que en sus discursos el orador se inclinaba cada vez mas del lado del partido republicano y aun del socialista. Sin duda entonces era cuando M. Guizot, la figura mas austera en la historia de la tribuna y del pensamiento en Francia, escribia en un libro de notas, olvidado el 24 de Febrero sobre la mesa del despacho de Relaciones, estas ó semejantes palabras: «Cada vez que oigo á M. de Lamartine, me siento mas lejos de él.»

Lejos, muy lejos debia encontrarse entonces el doctrinario severo y concienzudo, que hablaba en nombre de los intereses de la dinastía, á la que creia vinculada la suerte de su país, del florido y magnífico orador que empezaba á comprender que la caida de Luis Felipe influiria mucho en los destinos de la humanidad.

Lamartine ha dicho en el prefacio de sus *Meditaciones*, que solo comprendia al poeta en la juventud y en la edad madura. Ahí y en otras varias partes ha procurado inculcar en el ánimo de sus lectores la idea de que pasada la juventud, su lira se habia roto, de que en su vida de poeta debia haber una gran solucion de continuidad, en la cual empezaria y concluiria su vida política. Ambicioso como todos los hombres de corazon, Lamartine, profundamente preocupado sin duda por la opinion general de que un poeta jamas podrá ser hombre de Estado, opinion recientemente confirmada por la marcha política del ministerio Chateaubriand durante la Restauracion, se esforzaba en hacer comprender al país que la época de los versos habia pasado para él; y en efecto, despues de ese conmovedor poema en que se mezclan el drama y la novela, llamado por su autor: *Jocelyn;* despues de los *Recueillements poétiques*, publicados en Bruselas por Gosselin, la lira cuyas melodías habian encantado al mundo, yacia muda y empolvada bajo los tilos hospitalarios de Saint-Point.

Vanos esfuerzos! Lamartine habia nacido poeta, y en los lagos, en las montañas, en el mar, en el desierto, en la tribuna, en la historia, en la calle, en el poder, no debia hacer otra cosa que cantar. Sus tendencias republicanas, sus improvisaciones radicalistas, no eran hijas sino de su alma de poeta. Los hombres del lado izquierdo, cuya bandera habia salido hecha pedazos del 19 Brumario y de Waterloo, cuya historia empezaba por el drama y se continuaba por el martirio, que hablaban en nombre de todo lo que era bueno y de todo lo que sufria, cuyas miradas se reposaban con una fé inquebrantable en el porvenir de los pueblos, debian seducir el corazon apasionado y generoso del poeta, y cuando se hizo el intérprete de las santas aspiraciones de aquel partido, su instinto le hacia buscar en ellas el lado poético, y una vez en este terreno, su elocuencia, brotando en raudales de su alma, marchaba serena y luminosa, como la nave que impelida por un viento favorable, surca majestuosa las olas de un mar tranquilo.

El dogma democrático, santificado por las persecuciones, poetizado por el heroismo y por la gloria, debia hallar en él un sacerdote elocuente y convencido, y la causa de la República, que es el cristianismo político, debia elevarlo por un momento á la mayor altura que pueden alcanzar los hombres.

Tanto en la tribuna como en el templo, lo mismo sobre la tumba de Elvira que en la escalinata del *Hotel-de-Ville*, Lamartine debia aparecer acompañado de una lira, porque esa lira era su mismo corazon.

Y preciso es confesarlo, nosotros nos hemos alegrado profundamente de que el poeta jamas haya dejado de serlo. ¡Cuánto hubiera perdido la literatura universal si el autor de *Jocelyn* se hubiese trocado en un Pitt ó en un Talleyrand!

Entretanto, llegaba el año de 1847. Luis Felipe llevaba hasta el extremo, con el ministerio Guizot, la política de la resistencia. El país entero pedia las reformas electorales, y el buen rey, aconsejado por su ministro ciego de orgullo, se hacia el sordo. Olvidaba ó fingia olvidar quién le habia dado la corona y cómo se la habia dado. El partido republicano trabajaba sin descanso. El contingente que le llevó su nuevo adepto M. de Lamartine, fué gigantesco, casi decisivo: *Los Girondinos*.

En esta obra reaparecia por fin el poeta con todas sus brillantes cualidades. Descripciones bellísimas, cuadros inimitables palpitantes de sentimiento y de colorido, grandes pensamientos, rasgos inmortales, himnos de triunfo y de amor á la libertad; hé aquí lo que mas resalta en esa obra, que será perpetuamente leida. Su autor se dedica en ella á revindicar ante la historia la memoria de aquellos hombres que aun no pueden verse sino al través de un terrible reflejo de sangre. La pasion que habia en Francia entonces por estudiar la revolucion, era verdaderamente extraordinaria. En *Los Girondinos*, Lamartine enarbolaba francamente la bandera de la República junto á la tribuna de Vergniaud, en las ruinas del trono, en los campos de batalla, en el ministerio de Danton, y sobre la tumba de Robespierre y de Saint-Just depositaba como una piadosa oracion un sublime llamamiento á la República y á la Libertad.

Si en ese libro célebre se tiene pocas veces en cuenta la verdad histórica, nosotros creemos que el espíritu de la gran Revolucion se encuentra exactamente comprendido. ¡Acaso era necesaria el alma de un poeta para entrever el alma de aquella época asombrosa en que la Francia balbutia la primera

estrofa de su libertad en medio de un delirio sangriento!

Algunos han reprochado á Lamartine el haber apelado á tan terribles recuerdos para hacer de ellos un arma de partido. Desde el punto en que se nos conceda lo que nadie ha negado hasta ahora, es decir, la sinceridad de las opiniones del grande hombre, no comprendemos por qué no habia de usar franca y lealmente de armas lícitas para derrocar al gobierno cada vez mas ciego, cada vez mas personal que pesaba sobre la Francia.

La nacion respondió á *Los Girondinos* con el canto de la Marsellesa, y desde entonces, comprendiendo el gobierno que la revolucion moral iba á consumarse, se preparó para hacer, en un momento dado, una resistencia tal que ahogara la insurreccion en su cuna.

Durante el período de los banquetes reformistas, uno de los héroes de aquellas fiestas que debian provocar la caida de la monarquía de Julio, fué Lamartine. En una de esas reuniones pronunció aquellas memorables palabras que recorrieron la Francia de boca en boca, electrizando todos los corazones: «Si el gobierno no cumple su deber, decia, la Francia, que ha tenido las revoluciones de la libertad y las contrarevoluciones de la gloria, tendrá la revolucion de la conciencia pública, *la revolucion del desprecio.*»

El gabinete no cedia, y la oposicion redoblaba sus ataques. Por fin, en Febrero de 1848, un banquete reformista es suspendido, la poblacion se agita, la oposicion protesta; cunde la alarma en la capital. «Iré á ese banquete, decia Lamartine, aun cuando solo me acompañe mi sombra.» La agitacion, calmada un momento con la caida del ministerio, crece de nuevo; *la marea sube, sube,* decia en aquellos instantes Mr. Thiers. La marea subió y hundió al trono. Trabóse la batalla en las calles de Paris. El rey, aconsejado por E. de Girardin y Montpensier, abdica en su nieto el conde de Paris, y huye. La cámara, á una proposicion de Lamartine y Ledru-Rollin, desconoce la Regencia: un gobierno provisional se instala en el Hotel-de-Ville, y la República es proclamada. Así habia acabado en un momento y sin dejar vestigios, aquella potente monarquía de diez y ocho años, que con todo y haber sido mala, no deja de ser la mejor que haya habido en Francia.

Aquí comienza para Lamartine una vida de lucha sin tregua y de popularidad tan inmensa cuanto efímera.

Todas las pasiones contenidas desbordaron, todas las utopias fueron bruscamente llevadas á la realidad, todas las heces sociales, todas las miserias, todas las aspiraciones, todos los odios se conmovieron y vinieron á flotar en la superficie de la vida pública. Lamartine se multiplicaba; comprendió que para la salvacion de aquella República, á la que tenia ya un amor de padre, era preciso luchar, tal vez morir; nada le arredraba. El 25 de Febrero una muchedumbre inmensa se presenta ante la casa municipal; agitada por las pasiones mas tremendas, aquella multitud frenética, rugiente y espantosa, propone al Gobierno provisional la adopcion de la bandera roja, símbolo del comunismo: Lamartine se encarga de responder. En medio de los gritos, de las balas, de las amenazas de la turba delirante que le rodea, el ilustre poeta llega por fin á hacerse escuchar. *Esta bandera de sangre*, clama con una voz vibrante y poderosa, *esta bandera de terror que rechazaré hasta la muerte, solo ha dado la vuelta al Campo de Marte, arrastrada en la sangre del pueblo, en 91 y en 93, y el estandarte tricolor ha dado la vuelta al mundo, con el nombre, la gloria y la libertad de la patria.*

Un *hurra* inmenso acoge las palabras del orador, y la bandera del 10 de Agosto y de Valmy flota entre los gritos del gentío electrizado.

Ese dia Lamartine salvó á la Francia; preciso era conservar la República. Nombrado ministro del exterior, lanzó un manifiesto á la Europa, en que asegurando á los gobiernos una política de paz, invitaba á los pueblos oprimidos á romper sus cadenas. La Europa entera se sacudió en las angustias de la libertad; los ejércitos de la República francesa permanecieron inactivos en vez de asegurar la existencia de la Francia republicana, ayudando á todas las insurrecciones liberales y procurando su triunfo, cosa no muy difícil entonces. La eleccion de los representantes diplomáticos y de los empleados de su ministerio, fué tal vez mas deplorable que la de ninguno de sus colegas. En el interior, él fué quien mas contribuyó al aplazamiento de las elecciones, medida fatal que produjo una asamblea sin confianza alguna en las nuevas instituciones. Cuando la famosa manifestacion de la guardia nacional, el poeta-ministro no aprovechó aquella favorable coyuntura para imprimir una marcha firme y enérgica á la política del gobierno; en fin, tanto en el exterior como en el interior, Lamartine, por una política falsa que tan pronto lo ligaba con los mas viles representantes de la demagogia como parecia alentar las esperanzas del partido conservador, llegó á minar del todo la prodigiosa popularidad que sus primeros pasos le habian adquirido. Desde entonces su estrella política declinó rápidamente. Al otro dia del 24 de Febrero, Lamartine habria sido presidente de la República; diez meses despues, Luis Bonaparte obtenia para la presidencia 5.434,226 votos, en tanto que el héroe de Febrero solo obtenia 7,910: severa leccion para todos aquellos que sin la indispensable fuerza de conviccion se aventuran por una via en donde desde los primeros pasos se presentan dificultades prácticas que no siempre pueden salvarse con expedientes sentimentales.

La disolucion de la asamblea el 2 de Diciembre de 51, alejó á Lamartine para siempre de los negocios públicos.

Cuando dió en ellos el primer paso, pareció querer rechazar con cierta altanera impaciencia el dictado de poeta que sus inmortales cantos le habian

merecido; entonces no podia figurarse que cuando la posteridad lo llamase al tribunal de la Historia, solo al poeta se perdonaria la triste influencia que tuvo el hombre público en los destinos de su país.

JUSTO SIERRA.

(Continuará.)

¡PENSAD EN DIOS!

Vosotros los que en medio del quebranto
Atravesais el mar de la existencia
Inundados los ojos en el llanto,
Cubiertos de dolor,
Pensad en aquel Sér que de su trono
Circundado de luz y de grandeza
Os mira en vuestro luto y abandono:
¡Pensad, pensad en Dios!

Tú, huérfano infeliz, que sin amparo,
Sin el tierno cariño de una madre
Que te sirva en el mundo como un faro,
Navegas sin timon;
Tú, jóven, que en el mar de las pasiones
Has entregado á una alma fementida
Que mate tus risueñas ilusiones,
Tu vírgen corazon,
No abandoneis del pecho la esperanza,
Que hay un cielo de paz y bienandanza;
¡Pensad, pensad en Dios!

Tú, víctima engañada por un hombre
Que mancilló la flor de tu pureza,
Y que te dió en lugar de ilustre nombre,
Miseria y deshonor.
Y tú, esposa de un hombre corrompido
Que te deja en el mundo abandonada
Por un amor adúltero y mentido
Que impuro lo encendió,
Poned allá en el cielo vuestros ojos
Y no mireis del mundo los abrojos;
¡Pensad, pensad en Dios!

Madre, que sobre un lecho, moribundo
Ves espirar un hijo idolatrado,
Y que lo acercas con dolor profundo
Hácia tu corazon.
Anciano, que ante el peso de los años
Al suelo inclinas la abatida frente,
Lamentando terribles desengaños
Tu fé que se perdió,
No olvideis que hay un cielo de ventura
Do no existen el llanto ni amargura;
¡Pensad, pensad en Dios!

Tú, prisionero triste, que encerrado
En mefítico y negro calabozo,
Tienes el corazon despedazado
Y muerta la ilusion;
Y tú que desterrado en otro suelo
Recuerdas siempre de la patria amada
El verde prado, el zafirino cielo,
Sin esperar perdon,
No inclineis á la tierra vuestra frente,
Ocurrid á ese Sér Omnipotente;
¡Pensad, pensad en Dios!

Vosotros todos, séres desgraciados,
Que pisais una senda de dolores
Sin consuelo en el mundo, abandonados;
Bajeles destrozados
Que navegais sin vela y sin timon,
En la region de luz y venturanza
Felices hallareis una corona;
Pero poned en Dios vuestra esperanza,
¡Pensad, pensad en Dios!

A. HIGAREDA.

Junio, 1869.

UNA PASION ITALIANA.

(CONTINUA.)

Mas noto que el baile está para concluir, pues esos dos jóvenes que acaban de pasar junto á nosotros, hablaban del cotillon. Voy, pues, á referiros apresuradamente los acontecimientos ulteriores á esa noche de felicidad y de amor.

Pronto el marqués Castel-Nuovo comenzó á sospechar nuestro amor, pues una pasion jamas puede ocultarse completamente. Desborda del corazon, y un diestro observador, impulsado por los celos, adivina bien pronto lo que se ha tratado de ocultarle. Una vez que la sospecha y los celos se apoderaron de su alma, hizo espiar todos mis pasos.

Francesca fué á pasar algunos dias á su *villa*, y el príncipe se quedó en Venecia, en donde le retenian doblemente sus negocios y sus placeres. Todas las noches me conducia á la *villa* Vendramini la góndola del fiel Giuseppe, y estaba de vuelta en Venecia antes de que asomaran en el horizonte los primeros destellos de la aurora. Una noche estábamos Francesca y yo en su retrete, ella reclinada en un sofá, yo sentado á sus piés en un taburete; ella jugando distraidamente con mis cabellos, entre los cuales pasaba sus blancos y afilados dedos, yo contemplándola admirado y no encontrando palabras con que expresar mi admiracion. De repente un violento empuje hizo saltar la falleba de la puerta del balcon, y las dos hojas se abrieron con estrépito. El marqués Castel-Nuovo apareció en el quicio, mas pálido y sombrío aún que de costumbre, y fijó en nosotros su acerada y fria mirada. Francesca se enderezó un instante, dejando escapar un grito de angustia y de sorpresa, y volvió á caer en el sofá medio desmayada; yo, enderezándome rápidamente cual si el choque de una pila de Volta me hubiera hecho saltar de mi asiento, me lancé al encuentro del marqués.

—¿Qué venís á hacer aquí, y con qué derecho penetrais de ese modo en este recinto? exclamé.

—Y vos, ¿con qué derecho habeis penetrado en la *villa*, y qué es lo que haceis aquí?

Yo quedé confundido, mas un poderoso auxiliar vino á mi socorro. Una naturaleza tan fuerte y enérgica como la de Francesca, no podia abatirse tan fácilmente. En el primer momento la debilidad de la mujer habia triunfado; mas en seguida, volvien-

do sobre sí, tomó rápidamente una decision, y adelantándose hácia el marqués, dijo señalándome:

—El señor ha penetrado en la *villa* porque yo le he concedido el derecho de penetrar aquí, y se encuentra en mi aposento porque yo lo he querido.

El marqués no encontró nada que contestar.

—En cuanto á vos, ni os he dado el derecho de penetrar aquí, ni quiero que permanezcais un momento mas en mi aposento. Salid.

—¿Y si me negara á ello?....exclamó el marqués con voz ahogada por la cólera.

—Si os negárais á hacerlo, exclamé acercándome á él y tomándolo de un brazo, os arrojaré por el balcon á la menor indicacion de la princesa.

Mi amenaza hizo recobrar al marqués toda su sangre fria.

—Ta, ta, ta, mi hermoso paladin, tengamos calma si gustais. Si me arrojais por el balcon, toda Venecia sabrá probablemente mañana lo que ha pasado aquí esta noche. Mas como no es ese mi objeto, me apresuro á retirarme. Por lo demas, os prevengo que me vengaré, y de una manera terrible. Adios, ó mejor dicho, hasta la vista.

Y lanzándose al balcon con una agilidad que no se hubiera podido sospechar en él, desapareció.

Francesca y yo quedamos aterrados......

Al dia siguiente, al desembarcar, cuatro esbirros se arrojaron sobre mí, y antes que pudiera hacer el menor movimiento, atado de piés y manos, con una mordaza en la boca y envuelto en una capa, fuí arrebatado rápidamente por la orilla del canal. En cuanto al viejo Giuseppe, que habia permanecido en la góndola, ni tuvo tiempo para acudir á mi socorro, ni hubiera podido serme de mayor utilidad.

Sentí que mis raptores se detenian un momento: uno de ellos lanzó un silbido, y oí el ruido de una puerta que se abria. Pronto me desembarazaron de la capa y me dejaron tendido en el suelo en medio de un aposento lujosamente amueblado, en el que penetró bien pronto el marqués Castel-Nuovo.

—Y bien, ¿qué os habia dicho, valiente paladin? Ya veis que estais en mi poder. Nada mas espero al príncipe Vendramini, á quien he escrito, para juzgaros y ejecutar vuestra sentencia.

Yo hice un movimiento de rabia y traté de romper mis ligaduras.

—No os canseis inútilmente, querido amigo. Estais demasiado bien atado, y ahora no podríais arrojarme por un balcon como queríais hacer en la *villa* Vendramini. Mas oigo ruido. Debe ser el príncipe. Hasta muy pronto.

Quedé solo, entregado á mil dolorosos pensamientos. No temia por mí tanto como por Francesca. ¿Cómo protegerla?

La puerta del aposento volvió á abrirse y penetró en él el príncipe Vendramini, quien cerró tras de sí la puerta dando doble vuelta á la llave, y acercándose á mí desató mis ligaduras y me quitó la mordaza.

—Sentaos y hablemos, me dijo con voz grave.

Jamas habia visto al príncipe bajo un aspecto tan serio y severo. Su voz tenia cierta gravedad y cierto imperio que no le conocía. Sentíme subyugado ante aquel hombre ofendido por mí, y ocupé confuso el asiento que me señalaba.

—El marqués me ha contado todo, prosiguió el príncipe. No culpo á la princesa por haber tenido un amante. La conducta escandalosa é indigna de mis canas, que me ha hecho abandonar la sociedad de mi esposa por la de cantatrices y artistas, le ha dado en cierta manera el derecho de obrar como ha obrado. Tampoco os culpo á vos por haber sido ese amante. Llegó un momento en que la princesa no pudo soportar mi abandono, en que buscó á su alrededor una distraccion, y su mirada cayó sobre vos como podia haber caido sobre otro cualquiera. Solamente condeno en ella su profundo disimulo; en vos, haberme traicionado, cuando os habia admitido en el número de mis mejores amigos.

—Príncipe...... murmuré.

—Podria obligaros á darme una satisfaccion; mas ¿qué ganaria con ello? Vos no podríais matarme sin deshonraros, é iríais simplemente al sitio del combate para haceros matar. Para eso valdria mas hacer lo que queria el marqués, asesinaros aquí y enterrar vuestro cadáver en el jardin.

El príncipe fijó en mí su mirada al pronunciar esas palabras, y no notando en mí movimiento alguno de temor, me tendió la mano diciendo:

—Sois valiente. Un hombre como vos no faltará á sus juramentos. Juradme por vuestro honor que partireis al amanecer y que no volvereis jamas.

—Pero......

—Juradlo, interrumpió el príncipe, y yo en cambio os juraré que nunca me daré por entendido con Francesca de lo que ha pasado; juradlo, y os dejaré en libertad al momento.

—Mas reflexionad que......

El príncipe frunció las cejas é hizo un movimiento de disgusto.

ROBERTO A. ESTEVA.

(*Continuará.*)

REVISTA TEATRAL.

Verdades hay, lector amigo, que no por muy antiguas ni por harto sabidas han de callarse, sobre todo cuando el repetirlas no está bajo ningun aspecto fuera de sazon. Oportuno y acertado andará quien recuerde la saludable influencia del teatro en las buenas costumbres, hoy que la moralidad, por causas que no me toca averiguar, está desgraciadamente entre nosotros punto menos que arrrinconada y desatendida. Pluguiera á Dios, lector mio, que este mi aserto mereciese con justicia la calificacion de exagerado; pero bien sabes tú que no es así, tú, que en las gacetillas de los periódicos y en las conversaciones particulares vas adquiriendo dia

por dia la triste y desconsoladora certidumbre de que el vicio y el crímen cunden ya con la espantosa rapidez del cáncer en el cuerpo de esta sociedad, cuyas costumbres han sido siempre tan sencillas y tan puras. Y cuenta que en la suma de crímenes perpetrados, no figuran por la frecuencia solamente aquellos que la falta de educacion engendra en los corazones mas ó menos inclinados al mal, y en quienes la desgracia es hasta cierto punto lógica é inevitable; crímenes hay cuya relacion escuchamos con tanto asombro como pesar, por estar sus autores colocados en condiciones bastante poderosas para librarles de tamaña desventura. ¿Cómo y por qué la influencia de esas condiciones tutelares se va nulificando lastimosamente? Cuestiones son estas de alta filosofía, que ni yo alcanzo, ni aunque supiera me corresponderia dilucidar, sin salirme de mi humilde esfera de cronista teatral. Que el mal existe, es una verdad indisputable; que existen juntamente los remedios preventivos ó radicales, verdad es innegable tambien. Toca escogerlos y aplicarlos á quienes tienen la mision de velar por la salud pública. Yo señalaré solamente uno, cuya bienhechora influencia está confirmada por la observacion en el trascurso de los siglos: el teatro.

No entraré en prolijas consideraciones para probar que es aquel remedio uno de los benéficos; básteme apuntar estas dos solas. Primera: el teatro es la escuela en donde mas fácil se hace el inculcar las máximas de la sana moral, porque es el lugar adonde el público acude sin esfuerzo y sin repugnancia. Segunda: la corrupcion del teatro, ya como síntoma precursor, ya como concomitante, ha coincidido siempre con la corrupcion de las costumbres.

El teatro, pues, exige la proteccion de cuantos acepten como una verdad, que la moral es la base de la felicidad pública y privada; el gobierno, el particular que benefician ese espectáculo, se benefician indirectamente á sí mismos.

Tiempos hubo en que tal recomendacion era excusada; los gobiernos fomentaban la *comedia* con subvenciones que no importaban gran menoscabo en el erario; el público acudia numeroso: si el remedio no llegaba á producir todos sus saludables efectos (que sí producia), quedaba al menos la satisfaccion de haberlo intentado con buena voluntad.

Pero me dirás que esa satisfaccion bien puede cabernos, por cuanto en el espectáculo que hoy está de moda, abunda, y con creces, la proteccion de un público numeroso, ya que no la del gobierno, con la cual, segun parece, no cuenta. ¿Y crees tú, lector bueno, que el teatro, tal como hoy le tenemos, sea el apetecido, el eficaz remedio? Nuestro teatro no es hoy el amigo maduro que en sabrosa plática nos da útiles lecciones, acertados consejos, pareciéndonos á veces que es su voz la de nuestra propia conciencia; no, no es sino el camarada disipado y locuaz, que nos ayuda á gastar nuestro dinero de café en café, de baile en baile, y á veces de orgía en orgía. No es este el remedio, no; son las píldoras de miga de pan con el rótulo *Morison*.

Y para que veas que no pondero desmesuradamente en uno ó en otro sentido, hazme el obsequio de comparar á la *zarzuela* y á la *comedia* en lo tocante á la sustancia, al provecho, al mérito real, por lo que tienes observado en la larga temporada de la una, y en el corto espacio que ha mediado desde que resucitó la otra con la actual compañía dramática de Iturbide. Desde las *Hijas de Eva*, estrenada el año pasado, hasta los *Dioses del Olimpo*, repetida anoche, llevas oidas algunas docenas de zarzuelas; señálame una sola, la mejor de ellas, escudriñemos, y yo te aseguro que no nos será dado sacar de su asunto un consejo útil, una máxima trascendental, un ejemplo provechoso. Por el contrario; de las cinco funciones que hasta ahora lleva hechas la compañía de Iturbide, en cuatro por lo menos se te han ofrecido sanas, oportunas y morales doctrinas: aquel marqués en la *Payesa de Sarrió*, asediando con torpe intento á la buena Eulalia, y procurando su deshonra por todos caminos, sin llegar á saber que aquella víctima de sus tramas era su propia hija, sino hasta el momento en que la ha hecho aparecer no solo impura, sino ladrona, es un terrible ejemplo de que el malvado halla siempre su castigo, y muchas veces infligido por su propia mano.

Una leccion análoga se te ofrece en el precioso proverbio *Del enemigo el consejo*, original de Zamora y Caballero. Aquel Don Diego que aconseja, y estimula, y auxilia á su sobrino para llevar á cabo el rapto de una jóven, conforme al sistema que él mismo habia seguido con la que es su esposa, halla su castigo pagando con la pena del Talion, puesto que aquella jóven es precisamente su hija, y sufre de consiguiente los mismos disgustos que él habia causado años atrás.

Las funestas consecuencias de la sed del lujo, plaga que hoy cuenta no pocas víctimas, se te muestran con espantosa verdad en *La mala semilla*. Y por último, aquel Agustin de Rojas en *El Caballero del milagro*, personificacion del veleidoso y del ingrato, te conmueve hondamente al contemplar cómo un carácter semejante, no raro por desgracia, labra su propia infelicidad y juntamente la ajena.

Si pasamos ahora á considerar esas obras bajo el punto de vista literario, no hallaremos sino muchas bellezas que admirar, y que son la dulce miel con que se nos envuelve la amargura de tan terribles y severas lecciones. Deleitar es muy fácil; halagar las pasiones y embellecer al vicio, facilísimo tambien; eso lo consigue cualquier mediano escritor de la escuela francesa moderna; pero deleitar con provecho, presentar la severa figura de la virtud engalanada con las rosas de la poesía, poner el ingenio con todos sus primores al servicio de la moral, obra es esta que no es dado llevar á cabo felizmente sino á aquellos poetas que siguiendo las luminosas huellas de

Alarcon labran su propia gloria al par que la de las letras españolas.

Pues si á la suma de tan bien combinados atractivos añades el esmero que en la ejecucion ponen los artistas, descontentadizo habrá de ser quien no declare distraccion amena, al par que provechoso goce, el espectáculo con que hoy nos brinda la modesta compañía de Iturbide.

Y ya que de ejecucion hablamos, justo es tributar el mas cumplido elogio á la Sra. Serra por el talento con que ha sabido interpretar los distintos personajes que á su cargo han estado hasta ahora; ya en la *Payesa* mostró suficientemente sus felices disposiciones para el drama; en la *Mala Semilla* y en el *Caballero del milagro* no estuvo menos inspirada, especialmente en las transiciones, que parecen ser su fuerte; y es que tiene esa flexibilidad de talento propia de los grandes actores, que le permite expresar con toda verdad y como sin esfuerzo los afectos mas encontrados; solo así se explica el que haya desempeñado con tanta perfeccion, en una sola pieza, *La Casa de campo*, cuatro tipos tan opuestos, distinguiéndose en los que lo son mas, el de la romántica y el de la lavandera. La Sra. Serra es ya el ídolo de los concurrentes al teatro Iturbide, á cuyo salon afluye el público cada vez mas numeroso, atraido por la justa nombradía de la tan modesta como inteligente y simpática actriz. Digna es tambien de elogio nuestra Conchita Mendez, cuyo talento no necesita sino atinada direccion, que hoy no le falta, y así lo demostró en las difíciles escenas del segundo acto en el *Caballero del milagro*, en las cuales estuvo verdaderamente feliz. Los Sres. Villena, Navarro, Bravo y Perez, trabajando concienzudamente como suelen, dan lleno al conjunto. El Sr. Grau ha cantado con el gusto que ya le conoces, y el Sr. Góngora, maestro y director, que una noche ejecutó en el piano una preciosa melodía suya, mereció como ejecutante y como compositor los elogios de los inteligentes. Por último, aun la pareja de baile es digna de recomendacion, notándose los visibles adelantos que ha hecho la Srita. Perez, esa otra simpática niña á quien todos hemos visto crecer, y que por eso mismo alcanza el cariño del público.

Cuando esto leas, ya habrás visto la *Virtud á prueba*, bellísima comedia de Enrique Gaspar, de cuyo exámen me ocuparé con gusto en la próxima revista.

M. Peredo.

Junio 28 de 1869.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

JUNIO.

(CONTINUA.)

7

1533.—Entraron á México los religiosos agustinos.

1692.—Se supo en México que el obispo de Puebla D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, prendió al tesorero de su iglesia D. Juan de Mier y Salinas.

1792.—Fué dia de Corpus, se estrenó la campana grande de Catedral, llamada Santa María de Guadalupe. En este dia estrenaron los dragones del regimiento de España el uniforme amarillo, que antes fué azul.

1812.—Entra Morelos segunda vez en Chilapa, y para castigar á los que se hubieran adherido á los españoles, mandó diezmar á los prisioneros.

1856.—Se ahogó en el rio de Tepic D. Salvador de Iturbide, hijo segundo del libertador de México.

1866.—Se inauguró la casa de Maternidad fundada por la princesa Carlota.

—En la misma fecha se inauguró el ferrocarril de Chalco hasta San Angel.

8

1651.—Disturbio el dia de Corpus en catedral entre el virey y el cabildo. Este suceso, que llamó mucho la atencion, se halla consignado en un diario antiguo, cuyo extracto, bastante curioso, dice así: "Habiéndose prevenido por la ciudad y regimiento de ella lo necesario para salir en procesion, y habiéndose cantado la misa en la catedral, presente el virey Alva de Liste, la real audiencia y visitador general de este reino D. Pedro de Galves, corregidor y ciudad, etc., habiendo empezado á salir la procesion por la plaza del Marqués, quiso el dicho virey poner seis pajes con hachas inmediatos á la custodia, quitando el lugar al cabildo de la iglesia, á lo cual se le replicó y se le dieron ejemplares que habian sucedido en tales ocasiones, y para ello le informó el maestro de ceremonias; y sin embargo, persistió en su intento, á que el cabildo, que estaba en su sala capitular, respondia como es justo. El virey, considerando que el cabildo no venia en su designio, se levantó de su silla con escándalo del pueblo, y llamó á los oidores y fiscal, y se fué á hacer acuerdo á palacio, dejando por guarda de la custodia á todos los alcaldes del crímen, corregidor y regimiento." El acontecimiento referido, que pudo tener fatales resultados, terminó por obedecerse la órden del virey.

1692.—Gran tumulto en México; quemaron los amotinados el palacio, casas de cabildo y la cajonería de la plaza. Hay varias versiones sobre el orígen del tumulto, y todas convienen que el principal fué la escasez de trigo y maiz. Pero lo que dió mas motivo á los descontentos fué la muerte de una india que, segun unos, falleció ahogada por la mucha gente que concurria á la alhóndiga, y segun otros, la mataron á palos un mulato y un mestizo repartidores del maiz. Los deudos de la muerta trataron de quejarse con el arzobispo, y habiéndoseles dicho que ocurrieran al virey, la guardia del palacio no les permitió la entrada, y este fué el pretexto para sublevarse al grito de ¡viva el rey y muera el mal gobierno!

—Se sintió en México un temblor de tierra.

1782.—Sacaron de la Acordada cuatro hombres, dándoles *doscientos* azotes por las *acostumbradas*, siendo la primera justicia pública que hizo el capitan Santa María.

1817.—El general español Mina, que defendia la independencia de México, derrota en el Valle del Maiz al gefe realista Villaseñor.

1823.—Las Chiapas instalan su junta provisional gubernativa.

1859.—Un decreto establece que los escribanos sin el certificado de alcabala, no extiendan escrituras de bienes raíces.

1868.—Quedó establecida la comunicacion telegráfica entre México y Guadalajara.

9

1642.—El obispo de Puebla, D. Juan de Palafox y Mendoza, hizo arrestar al virey D. Diego López Pacheco Cabrera y Bobadilla, marqués de Villena y duque de Escalona, y conducirlo preso al convento de Churubusco.

1691.—A la media noche llovió y granizó con tal fuerza, que las sementeras de Tacuba y otros pueblos se perdieron, así como los trigos que habia depositados en los molinos de los alrededores de esta capital, y aun varias de sus calles se inundaron, cuyo mal duró hasta fines del año, que fué muy lluvioso.

1692.—Con motivo del tumulto del dia anterior, y habiendo sido incendiado el palacio, el virey fué á vivir á las casas del marqués del Valle, y á las mismas habitaciones fueron conducidos los oidores, escoltados por tropa. En la tarde se organizaron ocho compañías de infantería y cuatro de caballería.

1819.—Murió el célebre escultor D. José Zacarías de Cora, natural de Puebla. En México dejó señales de su talento en algunas de las estatuas de piedra que coronan las torres de la catedral.

1859.—Decreto sobre procedimientos para pago y embargo de los deudores de la hacienda pública.

10

1642.—Tomó posesion del vireinato de Nueva-España el 18º virey D. Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla.

1649.—Se hizo á la vela la flota que estaba en Veracruz, conduciendo al obispo Mendoza. Durante los cinco meses de su gobierno como virey, trabajó mucho, pues era muy activo y desinteresado; pero su celo no siempre fué dirigido por la prudencia, como se vió en sus ruidosas disputas con los jesuitas.

1673.—Dedicacion de la iglesia de Capuchinas en esta capital. En Marzo de 1861 fué abierta á través del convento la bonita calle que hoy lleva el nombre de Lerdo.

1687.—Amaneció una mujer española junto á San Francisco muerta, con veinte puñaladas, y un hijo suyo de 14 años, degollado. Se creyó que el asesino habia sido un negro; fué preso, y los alcaldes de corte le dieron tormento toda la noche, con órden del virey de que si confesaba, inmediatamente lo ahorcasen.

1692.—A consecuencia del tumulto del 8 de este mes, se publicó bando, pena de la vida el que anduviesen juntas cinco personas, y se puso una horca nueva donde estaba la antigua, que incendiaron los sublevados. Prendiéronse en este dia indios y mestizos hombres y mujeres que andaban con ropa de la robada en los cajones. El local que se destinó para cárcel fué un aposento de la casa del marqués del Valle de Oajaca.

1788.—Se publicó en esta capital la residencia del virey conde de Galves con muy poca pompa y aparato. Al nuevo virey, D. Manuel Antonio Flores, le pusieron el siguiente pasquin:

Señor Flores,
Peor usted que sus antecesores.

1842.—Abrió sus sesiones el Congreso constituyente, electo por la convocatoria de Diciembre de 1841, bajo la presidencia de D. Juan José Espinosa de los Monteros.

1858.—Ejecucion de Pablo Moreno por haber robado una casa de la calle de la Santísima. En la propia calle fué ejecutado, conforme á la ley de 30 de Abril del mismo año.

1859.—Un decreto señala tres meses para presentar los créditos de la ley de 30 de Noviembre de 1850.

1863.—Entrada de Forey á la capital, á la cabeza de sus tropas.

1865.—Se declaró á Túxpan habilitado para el comercio de altura. El decreto de 28 de Abril de 1826 lo abrió al comercio exterior con el carácter de receptoría.

11

1662.—Infraoctava de Corpus. Dispuso el virey que la comedia que se debia representar en el teatro del cementerio de catedral, segun costumbre, la representasen sobre tarde en el patio de palacio, por estar indispuesta la vireina.

Esta efeméride parecerá á álguien de poca ó ninguna importancia; para mí es todo lo contrario, pues nos enseña que ya en 1662, y aun antes, segun se infiere por la relacion del suceso, se usaban en México las comedias. Tal vez tendré ocasion de fijar la fecha en que se representó la primera en esta capital.

1687.—El provincial de San Agustin dispuso que se quitara á los padres maestros el duplicado de pan y carne que se les daba.

1692.—Arcabucearon á cuatro indios de los que habian incendiado el palacio en 8 de este mes, colgando sus cadáveres de la horca á cuyo pié fueron ajusticiados. Amaneció mucha ropa tirada por los barrios. En la tarde pasó revista la tropa en la plazuela del Marqués con el conde de Santiago y su comandante D. Teobaldo Giraldo.

La noche anterior los amotinados quemaron el coche y las mulas del corregidor, y hubieran quemado tambien al dueño; pero tuvo la precaucion de ocultarse.

1791.—Sacaron á la vergüenza á D. José Luis Castañeda, con una calavera pintada en el pecho, y en la espalda un papel que decia su delito. El delito que le hizo digno del castigo, fué haber llevado á los corredores de palacio una calavera en un tompeate con un memorial para el virey.

1833.—Se ofreció un premio de 100,000 pesos, la gratitud nacional y una condecoracion al que libertase al presidente Santa-Anna del cautiverio en que lo tenian los Sres. Arista y Durán, aumentando el gasto hasta medio millon de pesos si eran muchos los que intervenian en esta empresa.

1859.—Decreto que dispone se divida el Departamento de Michoacan en tres, llamados Michoacan, Maravatío y Uruapan.

1861.—Decreto declarando presidente de la República á D. Benito Juarez. El cómputo de votos dió: 5,171 por Juarez, 1,957 por Lerdo (M.) y 1845 por Gonzalez Ortega.

12

1753.—Se estrenó en la torre de la iglesia de Santo Domingo una hermosa campana llamada "Nuestra Señora del Rosario."

1756.—Se bendijo la iglesia de San Camilo en esta capital. En el convento anexo á este templo se halla establecido desde 1861 el Seminario Conciliar.

1846.—Fué reelecto por el Congreso extraordinario, para presidente de la República, D. Mariano Paredes y Arrillaga.

1861.—Fué ejecutado en Guadalajara el presbítero Gabino Gutierrez, por reaccionario armado, indultado y reincidente.

—Sale Gonzalez Ortega con sus tropas á combatir la reaccion.

1864.—Entrada en esta capital del príncipe Maximiliano y su esposa Carlota.

13

1572.—Se embarcaron en Cádiz los jesuitas que vinieron á establecerse en Nueva-España.

1689.—El virey D. Gaspar de Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, y su esposa Dª Elvira de Toledo, dedicaron en la iglesia de Santo Domingo de esta ciudad una capilla á la Vírgen de Atocha, regalándole ornamento y un cáliz.

1813.—Es hecho prisionero por los españoles, por una traicion, en San Juan Amaxaque, Villerías, gefe de una partida de insurgentes.

1858.—Se pronuncian en Jalapa; Echeagaray reprime la sublevacion fusilando á los que la promovieron.

1861.—Se publica un bando del gobierno del Distrito sobre armas prohibidas.

14

1690.—Se jugaron toros en el parque de palacio, figurando entre los lidiadores el conde de Santiago y algunas otras personas distinguidas de aquella época. Un toro revolcó é hirió á un criado del referido conde.

1692.—Gran tumulto en Tlaxcala por falta de maiz, siendo gobernador D. Fernando de Bustamante y Bustillo. Los amotinados incendiaron el palacio de gobierno, y dieron muerte á varios españoles.

1699.—Auto de fé en la Inquisicion; un diario antiguo lo describe en los siguientes términos: "Domingo 14, dia de la Santísima Trinidad, hubo auto particular del Santo Oficio en Santo Domingo, en que hubo diez y siete penitenciados, y el uno D. Fernando de Medina, álias Alberto Moison Gomez, que por judío, hereje, rebelde, frances, fué relajado y quemado vivo: cuatro mujeres, la una por casada dos veces, otra por rebatizante, y las dos por hechiceras; un lego de San Diego por haberse casado, dos blasfemos, el uno casi hereje."

1861.—La comision del Congreso encargada de abrir dictámen sobre traslacion de los poderes federales de México á otra poblacion, opina por la negativa, fundándose en razones muy poderosas.

1863.—Decreto nombrando prefecto político y municipal de México, y Ayuntamiento.

1864.—Maximiliano, acompañado de su esposa, hizo una visita al Hospicio de pobres de esta ciudad.

1865.—Disposicion para que los ladrones en cuadrilla ó en despoblado, sean juzgados por las cortes marciales; los demas delitos por la justicia ordinaria.

—El cura de Orizava, Dr. Lara, fué suspendido de órden de su prelado, por recibir una pension de 318 pesos que para subvenir á las necesidades de su parroquia le asignó Maximiliano. El obispo creyó que el cura se ingeria en cuestiones que debian resolverse por la autoridad eclesiástica.

IGNACIO CORNEJO.

(Continuará.)

CRÓNICA DE LA SEMANA.

En un salon.—El pudor.—La danza habanera.—Las pollas.—Otra vez el apóstol frances y el cancan.—*Galatea.*—La alberca Pane.—Escena acuática y mitológica.—El baile de los niños desnudos.—*Pan y toros.*—*Lo positivo.*—La Sociedad *Pedro Escobedo.*—Apertura del Instituto de educacion secundaria para señoritas.—La Srita. Dª Belen Mendez, directora.—*L'homme qui rit*, nueva obra de Víctor Hugo.—Un cuadro del Sr. Zamacois.—La Sociedad Filoiátrica.—El *Periquito.*—Llegada de la Civili.

México, Julio 10 de 1869.

Otra vez nos hallábamos en un salon; pero en él habia señoras y habia niñas. De estas, unas habian hecho ya sus primeras pruebas en el arte de amar, otras acababan de ponerse el vestido largo, muy largo, como lo desean las pollas que por tanto tiempo han andado rabicortas sufriendo la intemperie. Pero todas ellas estaban condecoradas aún con la hermosa banda que el padre de los dioses concedió á su hija Vénus como el mejor adorno que en su alto concepto debia tener la belleza.

Queremos decir que todas ellas tenian pudor. El pudor, sin necesidad de que nosotros lo digamos, es el mas lindo velo que cuadra á un rostro juvenil, es la corona que da mayor majestad á la belleza de una matrona, es la primera virtud que busca en su dama el hombre juicioso, y aun es una cualidad que con mas afan desea encontrar el libertino en la mujer destinada á su hogar.

Quede sentado, pues, que aquellas señoras tenian pudor, al menos así lo podian asegurar en caso necesario, y en último extremo habrian sido capaces de arrancar con sus uñas los ojos del audaz que les hubiese negado tan santa virtud.

Verdad es que allí cualquiera mamá consentia en que su *pollita* bailase una danza habanera. Ya se ve, como que se ha declarado que la danza habanera es un baile muy decente y que no peca contra el pudor. La razon es muy sencilla: la *danza habanera* es cierto que es hija legítima de la danza licenciosa que bailan los negros en Africa, y que reproducen en la Habana; pero es una hija mas moderadita, mas civilizada; conserva de su madre solo el carácter y la intencion, pero no la desenvoltura, y merced á ese progreso, y á que es cuarterona y á que viste sedas y se adorna con ricas joyas, puede traspasar los umbrales de los salones aristocráticos.

Verdad es que al bailarla algunos jovencitos de México se permiten mover el brazo de sus compañeras, á guisa de aspa de molino de viento ó de rueda de noria; pero como esto lo acostumbraban algunos oficiales de la Legion extranjera, naturalmente conserva el *cachet* del gran tono, y tampoco peca contra el pudor.

Tambien debemos decir en honor de las mamás, que no habian tenido inconveniente en que sus niñas vinieran muy escotadas, casi con el busto desnudo. Esto se halla autorizado en el mundo, y lo grotesco seria que una jóven hermosa de quince años no mostrara á los ávidos ojos del sexo feo mas que dos pulgadas del pecho. Sobre todo, los figurines que vienen de Paris y las revistas de la moda presentan á las duquesas, á las reinas, en una desnudez griega. Es claro: si no luce una mujer la *belleza plástica de sus formas*, no sabemos qué pueda lucir.

Hasta allí nada habia de malo. Debemos añadir que en el salon de que hablamos se bailaba.

Pero en los entreactos se platicaba. Ahora bien: nuestro grande amigo el patricio del Bajo-Imperio, el *increible*, el apóstol de la moda francesa, se hallaba allí, seductor como siempre, lleno de gracia, fascinando con su elocuencia y con su chispa á las hermosas, y bailando de un modo que naturalmente le habia conquistado las simpatías de las bailadoras, y le habia valido el honor de ser deseado, como pareja, por las mas infatigables.

Nuestro *lion*, en los intervalos de descanso tomaba asiento en medio de las bellas y les platicaba mil cosas encantadoras, por lo cual habia un círculo siempre en su derredor, que parecia un círculo de ángeles. Alguna mamá despreocupada ó incorregible cotorra, de esas que gustan de que se las confunda con sus hijas y de que se les pregunte si son hermanitas suyas, de esas que luchan desesperadamente con el otoño de su vida antes de dejarse dominar por él, solia, decimos, mezclarse entre la turba juvenil, agobiando á preguntas al *apóstol* y riendo á carcajadas de sus ocurrencias.

A estas conversaciones sabrosas y divertidas llamaba nuestro amigo *clases*. En efecto, en semejantes clases las pollitas aprenden mucho, mucho. ¡Cuán útil es para las familias un hombre de estos! es un tesoro! Pues bien, en uno de los entreactos del baile de esa noche, el *increible* daba clase.

En su derredor se agrupaban mas de diez preciosas criaturas de quince á veinte años.

Cerca de él se hallaban cinco ó seis mamás, y tal vez alguna abuela; nosotros no lo sabemos á punto fijo, porque hoy le es fácil á cualquiera abuela confundir sus viejos encantos con los de sus nietas.

Las hermosas oyentes parecian escuchar con regocijo y curiosidad; hasta habian impuesto silencio á sus abanicos.

De repente una celestial rubita que estaba poco menos que desnuda, haciendo un movimiento de impaciencia en su sillon, dijo dirigiéndose á una bella señora que se paseaba hablando en voz baja con un caballero de lentes:

—Mamá, ¿no oyes lo que dice Enrique? (así se llama el *apóstol*) Ven, acércate; esto es interesante.

—Y bien, ¿qué dice Enrique, mi vida?

—Pues dice que en Paris se está bailando el *cancan* en los salones, y que las señoras de las mejores familias lo bailan con furor.

—¿Sí? ¿Es cierto eso, Enrique?

—Indudable, señora; yo podré mostrar á vd. los periódicos que me han llegado últimamente de Paris y que traen revistas de modas y revistas de salon. En todos ellos verá vd. que la música de *Offenbach* es la que está en boga.

—¿Pero eso es en todas partes?

—¡Oh, señora! ¿Cree vd. que se hacen revistas de los bailes de los especieros? La música de Offenbach se usa en los grandes salones, y se baila *cancan* por el *high-life* del mundo elegante, como se dice allá. Las marquesas divinizan este baile inmortal. Por supuesto no es el *cancan* de Mabille, vd. sabe lo que es Mabille; no es el grosero *chahut* de los estudiantes y de las muchachas de poco juicio, sino el *cancan* decente, el *cancan* aristocrático: vamos, ese *cancan* es al otro, al ordinario, lo que la danza que nosotros bailamos aquí es á la danza de negros de la Habana. Ya vd. ve que nada tiene de particular.

—Ciertamente, contestó la mamá. Con bailarlo un poco mas moderado que la Gomez......

—Enrique, volvió á decir la rubita, ¿no hay aquí en México quien toque la música de Offenbach?

—¡Cómo si hay! repuso el *lion;* todo el mundo puede tocarla: yo la toco, solo que es preciso saber bailar, y aun no se introduce la moda; pero ya se irá introduciendo...... no estamos lejos, segun mis cálculos.

—¡Dios nos ampare! interrumpió con cierto enojo una señora mayor que estaba ahí cerca. Apenas hemos podido tolerar esa atrocidad en el teatro, y habiamos de sufrirla en los salones!

—¡Siempre la preocupacion oponiéndose al paso del progreso! Señora, vd. es demasiado severa con la moda. Desgraciadamente para sus enemigos, ella dicta leyes desde Paris, y su dictadura es irresistible.

—Tiene vd. razon, por desgracia es así, replicó la señora. Pero si es una preocupacion el pudor, yo deseo que la conserven mis hijas. Será una preocupacion útil.

Con semejante sentencia, las niñas se pusieron de mal humor, la mamá de la rubita se alejó del grupo con el señor de los lentes, haciendo una muequita de desden, y Enrique se levantó con cierta violencia y se dirigió á nosotros, guiñando malignamente un ojo.

—¿Qué les parece á vdes. de esta tia impertinente? nos dijo. Estas damas de los tiempos pasados, que si estuvieran en edad, con los miembros flexibles, se pondrian á la vanguardia de la moda y bailarian no solo el *cancan*, sino el *rondó* de los antiguos faunos; como hoy son hojas de otoño que no pueden reverdecer, como hoy son fósiles que no interesan mas que al geólogo, levantan la voz contra toda alegría, se oponen á todo adelanto, son cornejas que maldicen al sol...... Por estas tias tenemos en México una juventud femenina que parece una legion de recoletas; ¡qué horror! Las viejas convertirian á la buena sociedad mexicana en un beaterio. Cantarian las muchachas maitines y bailarian danzas religiosas como las hebreas delante del Arca de la Alianza. ¡Ah, qué viejas! Desearia yo encontrar la fuente de Juvencio para bañarlas en ella. Ya veriamos.

Y diciendo esto tomó del brazo á alguno y se dirigió á la pieza del *buffet* cantando en voz baja estos versos de Montemont:

Les jeux galants, les amoureux tournois
Ne sont plus faits, dit-on, pour la vieillesse;
Et les transports d'une folle jeuneusse
Savent mieux plaire á des piquants minois.

Todo el grupo de *gallos* y *pollos* le siguió. Una vez que estaban en la mesa, entre una y otra libacion Enrique dijo á sus alumnos:

—Despues de todo, queridos, la propaganda progresa rápidamente; y pese á los buhos de los viejos torreones de ese castillo que los tontos llaman enfáticamente *la moral*, esta ciudad, digna de mejor suerte, se civiliza, las gentes se hacen razonables, y las discusiones que aun tenemos con las estantíguas del tiempo de Revillagigedo, son las últimas luchas que la preocupacion agonizante se ve obligada á sostener para que no se diga que no ha quemado su último cartucho al morir.

Procuremos que nuestra gente del buen tono sea la primera en sacudir esa armadura espantosa de las antiguas costumbres, que todavía se adhiere al cuerpo de su víctima con obstinacion; digámosle que la *despreocupacion* hoy en ciertas materias, es precisamente un distintivo aristocrático. Ya adelantaremos despues en las demas clases.

La gazmoñería pierde terreno. Miren vdes., desde que se representó en el teatro Nacional la *Galatea*, yo me regocijé en el fondo de mi corazon. Esa zarzuela es una sátira sangrienta contra las decantadas virtudes de la mujer, sátira muy bien hecha, y que parece la venganza de un corazon despechado y escéptico. En la *Galatea* se representa á la mujer desarrollando por instinto y sin que nadie se los enseñe, pues que nace de una piedra, vicios que, segun el autor, son innatos; la perfidia, la ingratitud, la avidez de dinero, la venalidad, el sensualismo grosero, la embriaguez crapulosa, todos los crímenes, en fin, en su mas repugnante aspecto.

Y sin embargo, esa sátira fué aplaudida con delirio!

Yo me dije:

Comenzamos.

Despues vinieron *Los dioses del Olimpo*, se presentó el *cancan*, fué idolatrado, y yo añadí:

Progresamos.

Hoy todo el mundo pide música de Offenbach y *cancan*.

¡Magnífico! vamos viento en popa. Ahora verán vdes. cómo la despreocupacion da pasos agigantados. Voy á referir á vdes. un hecho reciente que lo comprueba.

El domingo en la mañana la alberca Pane estaba de fiesta. Se hacia allí el reparto de premios de natacion de yo no sé qué colegio. Por supuesto los jóvenes hacian prodigios nadando.

Muchísimas señoras y señoritas, lujosamente ataviadas, asistian á aquel espectáculo encantador, agrupadas en las orillas de la alberca.

Despues de los ejercicios de natacion los bañadores salieron del agua, y en una especie de saloncito donde hay una barra eléctrica, se pusieron á bailar desnudos.

La escena era preciosa; se reproducian los cuadros de la Mitología; pequeños sátiros bailando junto á las fuentes. Una música tocaba danzas; los bañadores seguian el compás con toda la sencillez africana.

Y las señoras y las señoritas formaban círculo en derredor de los jóvenes faunos, mirando aquello sin ruborizarse.

Hace veinte años esta escena hubiera sido imposible. Las gazmoñas de aquella época habrian corrido al ver á un hombre desnudo.

—Perdone vd., Enrique, dijo un pollo, es preciso rectificar algo; los bañadores bailaron en efecto, pero no estaban desnudos; tenian calzones de punto.

—Esto es; tenian bragueros que apenas les llegaban á los muslos: pues á pesar de eso, no los habrian visto las mujeres mogigatas de otro tiempo.

—Todavía perdone vd., Enrique, añadió el pollo; tengo que advertir á vd. que los bañadores eran todos niños......

—Sí, niños de veinte años abajo; algunos tenian bigote: ya vd. lo ve, á veinte años todavía está uno en la inocencia y pueden vestirle las señoras como á un rorro; pero, sin embargo, las beatas de otro tiempo no habrian visto á un niño de veinte años bailar desnudo. Habrian dicho que eso estaba bueno en esta época para los comanches.

—Insisto en interrumpir á vd., repuso el pollo algo mohino; todas las señoras y señoritas que allí se hallaban, eran de las familias de los alumnos, madres ó hermanas de ellos. Ya vd. ve que nada tiene de particular.

—En efecto, nada tiene de particular que una hermana contemple en tal estado á sus hermanos. Entre familia no debe haber etiqueta. Lo único que hubieran podido decir las escrupulosas de otra época es, que las hermanas de uno de los desnudos, no lo eran de los demas, y que si podrian permitirse mirar á su deudo en cueros, pecarian mirando á los que no eran sus deudos. Pero, en fin, hombre, vd. ¿por qué insiste en corregirme?

—Enrique, insisto porque, francamente, mis hermanas estuvieron allí, y me avergüenzo de ello, porque nadie querria ver aceptado el progreso que vd. predica, en el seno de su familia.

—Querido, es vd. un anacronismo viviente, respondió el *apóstol*...... De todos modos, el progreso es notable, porque el ejemplo de los baños extranjeros ha fructificado aquí. El arte plástico ganará en ello, y nos lisonjea la consideracion de que si antes solo podiamos lucir delante de las hermosas, caracoleando en un rocin, ó haciendo el oso en una calle, ahora podemos ser admirados, hablo de los que tenemos buenas formas, en los baños públicos. La sencillez del paganismo vuelve con todas sus seducciones.

—¡Chut!..... dijo uno, y señaló á álguien detrás de nosotros.

La vieja del salon, la mogigata, se habia aparecido en union de otras, y estaba oyendo á Enrique con indignacion.

Despues se retiró diciendo en voz alta y con un gesto dramático:

—¡Qué cosas tan extraordinarias están pasando en México de seis meses á esta parte! ¡Dios me ampare, pero esto es la decadencia moral!

El coro de jóvenes tuvo que sofocar una carcajada por no faltar al respeto á la irritable anciana.

En el teatro Nacional se puso en escena, en una de las últimas noches, la barahunda con honores de zarzuela, intitulada *Pan y toros*. Dicen que ha sido muy aplaudida en Madrid. Puede ser. Aquí nadie comprendió sus bellezas.

Casi no tiene música; pero en cambio no tiene tampoco argumento, á no ser que aquí hayan suprimido el que vió el público de Madrid.

A nosotros solo nos consta que esa noche de la representacion de *Pan y toros*, los cuadros se sucedian en la escena del Nacional con la rapidez de las vistas de un kaleidoscopio. Toreros, frailes, mendigos, manolos, borrachos, marqueses, marquesas, princesas, cómicas, bailarinas, soldados, corchetes, rufianes, hermanos de cofradía, conspiradores, duendes, vestiglos, granujas, y cuanto Dios crió, iba y venia por el tablado, como si este fuera un hospital de locos. Por allí andaban, á lo que pudimos comprender, un corregidor muy pícaro, una princesa muy enredadora, otra princesa muy tonta, un oficial muy lloron, y Goya, el pintor famoso, que como un capricho póstumo tuvo el de venir á enredarse en ese belen incomprensible. Al último llega Jovellanos, que despues de haber escrito tan buena prosa y tan buenos versos mientras vivió, sale de la tumba arrastrado de los cabellos por el autor, á decir un mal discurso para dar fin á la zarzuela.

En cuanto al valido Don Manuel Godoy, cuyo nombre se menciona lo menos unas seiscientas veces, es el mas hábil de los personajes, puesto que se queda oculto entre las telarañas de los bastidores.

Pero con excepcion de Godoy, toda esa gente que hemos mencionado entraba en la escena y salia de ella siempre que le daba la gana, hablaba, chillaba, cantaba, bailaba, lloraba y reia sin saber por qué, mientras que el ilustrado público aguantaba todo, tambien sin saber por qué.

Se nos figura que así como el pueblo romano del tiempo de los Césares se contentaba con que le diesen, segun Juvenal, *panem et circenses*, y el pueblo español del tiempo de Cárlos IV, segun Jovellanos, *pan y toros*, el público mexicano, segun la compañía del Nacional, se contenta con que le den *cualquiera cosa*, con tal de que le canten un poquito y le hablen otro poquito, aunque no entienda nada.

En cuanto á la ejecucion de tamaña jerigonza, debe haber estado acertada, puesto que el público

no silbó á los artistas. Un viejo que se sienta cerca de nosotros en el patio, nos dijo:

—La pieza, no puede negarse, es soporífica y no tiene argumento; pero en eso consiste precisamente su ventaja; porque como nosotros no venimos al teatro á divertirnos, ni á devanarnos los sesos buscando argumentos, sino á procurarnos el sueño de que tanto necesitamos, ahí tiene vd. que esta zarzuela es la mejor que se nos puede dar. Yo he dormido como un canónigo, y me voy á mi casa cabeceando. Vdes. los jóvenes no conocen todavía el mérito de un mamarracho como este.

En efecto, debe convenirse en que *Pan y toros* ofrece á los que no pueden dormir, inmensas ventajas.

En Iturbide la concurrencia es muy escasa; pero los actores se esmeran como si tuviesen el teatro lleno. ¡Pobres artistas! Los aplausos que se les prodigan los agobian, la gloria les sonrie con toda la coquetería posible; pero la Fortuna anda como gato, huyendo por los techos sin querer entrar por la puerta del teatro. Los empresarios cantan todo el dia en voz baja el conocido duo de Campanone y D. Pánfilo:

Caro amigo, convengamos, etc.

Es lamentable este desden del público. Y sin embargo, en Iturbide se ve resplandecer el arte dramático.

Adela Serra ha representado *Lo positivo*, linda pieza traducida del frances, que hemos analizado el año pasado en una de nuestras revistas publicadas en el *Siglo XIX*. Buenas actrices han desempeñado el difícil papel de Cecilia en *Lo positivo;* pero debemos decirlo con justicia y en honor de la Serra, ninguna ha estado tan feliz. Los concurrentes, verdaderamente conmovidos en la escena final del acto segundo, lo confesaron unánimemente así, y aplaudieron con furor á la bella y hábil artista.

Cuando se presente en otro teatro por la primera vez, recomendamos á Adela que escoja *Lo positivo*. Es su caballo de batalla, segun lo que hemos visto.

¡Y esa noche, Iturbide estaba solitario, solitario!

La benemérita Sociedad *Pedro Escobedo*, fundada el año pasado y compuesta de laboriosos profesores de medicina, celebró su primer aniversario el domingo 4 del corriente en uno de los salones de la Escuela de Medicina. El secretario Dr. D. Pedro Bonilla dió cuenta de los trabajos llevados á cabo por la Sociedad en el año que acaba de trascurrir. Importantísimos son estos trabajos, y han influido poderosamente en el bienestar y mejora de los habitantes de la capital. El presidente honorario D. Leopoldo Rio de la Loza leyó un discurso, en que, como siempre, reveló un nuevo descubrimiento científico, sometiéndolo á la consideracion de los sabios.

Las Sociedades todas de México estaban allí representadas por comisiones, y se leyeron muy buenos discursos.

La Sociedad *Pedro Escobedo*, fundada para hacer bien á la humanidad que sufre, es digna de res peto, y honra á la patria.

El mismo domingo se inauguró el Instituto de educacion secundaria para señoritas, primer establecimiento nacional de su especie que se abre en esta ciudad. A propósito, debemos decir que en Guadalajara hace algunos años que existe uno.

La funcion fué solemnísima, y tuvo lugar en uno de los salones del antiguo convento de la Encarnacion. La directora Srita. Dª Belen Mendez leyó un discurso que llamó mucho la atencion por las elevadas ideas que contiene y porque expone un programa de educacion enteramente conforme con el verdadero progreso de nuestra época.

La eleccion de la Srita. Mendez, que á su raro talento y á su buena instruccion reune las indispensables cualidades de acendrada virtud y afable y dulce carácter que la hacen á propósito para formar el corazon delicado de las niñas, ha parecido á todos acertada, y mucho tiene que esperar la sociedad mexicana de los trabajos de esta apreciabilísima profesora en favor de la juventud.

De hoy en adelante, y siguiendo fielmente el plan propuesto por la señorita Mendez, la mujer pobre de México no tendrá por único porvenir el trabajo estéril de la costura, ó el triste de la servidumbre ó la miseria ó algo peor, sino que podrá rivalizar con el hombre en ciertos ejercicios, ó aventajarle por su mayor aptitud en otros.

Ademas, la sociedad entera ganará con tener madres de familia mas ilustradas y mujeres mas útiles. Los que comprenden la importancia de la educacion de la mujer en un pueblo republicano y culto, no pueden menos de regocijarse de un acontecimiento tan plausible como la apertura del expresado colegio.

Gracias á Dios, esto nos consuela de la tristeza que producen las escenas de *Galatea*, de los *Dioses del Olimpo* y de la *Alberca Pane*.

Víctor Hugo ha concluido ya una nueva obra, *L'homme qui rit*, que ha dado á sus antiguos editores Lacroix-Vervoeckhoven y Compª, quienes la han vendido al librero Augusto Panis, residente en Paris calle de Lafayette núm. 52.

Segun los anuncios de la *Revue de deux mondes* de Mayo, el citado librero ofrece á sus compradores la ventaja siguiente: Al que le compre por valor de 100 francos de libros de un catálogo que acompaña, le regalará la obra de Víctor Hugo. Para eso, los compradores en México tendrán que dirigirse á Mr. Isidoro Devaux, Gabinete de lectura, 2ª calle de San Francisco núm. 4.

Ademas, los Sres. Gonzalez y compañía, editores,

parece que han comenzado á publicar por entregas la misma novela traducida al castellano.

Tenemos gusto en hacer saber á nuestros lectores que no reciban el periódico frances *L'Ilustration*, que en su número del 22 de Mayo del año presente, que acaba de llegar á México, trae un grabado, copia de un magnífico cuadro del artista español Zamacois, discípulo del célebre Meissonnier, y residente en Paris, en donde sus obras artísticas le han valido una lisonjera reputacion. El cuadro se intitula *La rentrée au couvent*, ha sido expuesto en este año, y es hermosísimo, á juzgar por el grabado, que naturalmente no es mas que un pálido reflejo del original.

La Ilustracion dice las siguientes palabras á propósito de este cuadro:

«En cuanto al cuadro del Sr. Zamacois, cuyo grabado reproducimos tambien, seria necesario para analizarle convenientemente, estudiar una á una las francas fisonomías de todos esos frailes á quienes una colecta abundante ha puesto sin duda de buen humor. Nos falta espacio para apreciar dignamente esta pintura, en la que se encuentran el ingenio y la originalidad que caracterizan el talento del autor.»

El Sr. Zamacois, autor de *La rentrée au couvent*, es hermano de la señora Zamacois, que nos canta en el teatro Nacional, y de nuestro amigo D. Niceto, literato muy conocido en México y establecido desde hace años aquí.

Parece que en la familia todos tienen su especialidad; pero es innegable que la mas alta reputacion pertenece al pintor residente en Paris.

Dijimos en nuestra crónica anterior que la Sociedad Filoiátrica estaba formada por profesores de medicina. Debemos corregir diciendo que es una reunion de jóvenes estudiantes, muy estudiosos y muy aprovechados, que tiene tambien por objeto el auxilio mutuo.

Nos ha causado sumo placer la lectura de algunos números del *Periquito*, periódico dedicado á los niños y que se publica en Mérida (Yucatan), redactado por el Sr. D. Ildefonso Estrada y Zenea.

En México, donde abundan publicaciones de todo género, no hay una consagrada al recreo é instruccion de los niños, como se acostumbra en Alemania y en los Estados-Unidos. Es de sentirse esta falta, porque un periódico de la niñez seria muy útil, y creemos que tendria excelente acogida. Pequeños artículos históricos y científicos, en que las mas elevadas nociones se pusieran al alcance de la tierna inteligencia de la niñez, ejemplos morales, lecciones de economía doméstica y de urbanidad, juntamente con pequeños y lindos grabados, hé aquí lo que creemos que podria formar el fondo de semejante publicacion.

Felicitamos al Sr. Zenea por su feliz pensamiento, y sentimos que en Yucatan se nos adelanten en esta clase de periódicos.

La Civili llegará á esta capital el lúnes próximo. Parece que se le prepara una entusiasta recepcion. Ha tomado ya el gran teatro Nacional, y se estrenará en la escena mexicana haciendo el papel de *Sor Teresa*, en que dicen que está admirable.

Ya no iremos, pues, á poblar las tenebrosas y olvidadas regiones del teatro Principal, es decir, ya no será necesario escondernos á guisa de buhos en aquellos palcos, para admirar á la sublime trágica. No abandonaremos el amplio y magnífico salon del Nacional. En todo caso, quienes van á salir son la alegre *Rigolboche* y el maligno viejo *Offenbach*, echados por la formidable maza de *Melpómene*, que va á entrar á grandes pasos en la escena, espantando á aquel par de perdularios.

¡Qué gusto!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

LA MALDICION DEL BARDO.

DE UHLAND.

Allá en remotos tiempos, un castillo
Se elevaba soberbio y majestoso
Dominando altanero la campiña
Y las ondas del mar. Régia corona
De perfumadas flores le formaba
Espléndido jardin, donde las fuentes
Del arco-iris los colores varios
Tomaban al saltar.
Allí orgulloso
Moraba un rey en posesiones rico,
Y do quiera triunfante; se sentaba
En trono excelso imaginando horrores,
Torva la vista y arrugado el ceño.
Temblaban al mirarle sus vasallos,
Pues cuanto el rey mandaba era un castigo,
Y era una muerte cuanto el rey firmaba.

Dos bardos peregrinos, cierto dia
Llegaron á su alcázar; uno jóven
De ojos azules y cabellos de oro,
El otro anciano y de cabellos grises;
Obediente corcel este regia
Llevando el arpa, y á su lado alegre
El rozagante jóven caminaba.

El viejo dijo al jóven:—«Está presto,
Las canciones mas dulces recordando,
Tome tu voz las notas mas sonoras,
Expresen ellas el dolor y el gozo,
Que es preciso que al rey empedernido
Conmueva el son de nuestro canto acorde.

Ya están los dos cantores en la sala
Donde brillan de mármol las columnas;
Con su esposa el tirano está en el trono,
Ornado de esplendente pedrería;
Ella, dulce y serena, cual los rayos
De la argentada luna.
Al fin el arpa
El viejo pulsa con maestra mano
Arrancándole mágica armonía;

Resuena entonces del mancebo hermoso
La dulce voz, el celestial acento,
Y el canto del anciano vibra triste
Como el coro de espíritus lejanos.

Cantaron á la alegre primavera,
Al tierno amor y los ensueños de oro,
La libertad y dignidad del hombre;
Cantaron todo aquello que conmueve
El corazon.
La turba palaciega
Que cercaba á los bardos, olvidaba
Sus cortesanas mofas prodigarles.
Ante Dios se humillaban los guerreros.
La reina, que escuchaba con deleite,
Arrojó como prueba de entusiasmo
A los piés de los bardos peregrinos
La blanca rosa que llevaba al seno.

—«Despues que habeis mi pueblo pervertido
¿Tratais de seducir hoy á mi esposa?»
Clamó con ira el rey, trémulo el cuerpo,
Y ciego de furor lanzó su espada,
Que centelleante hirió del jóven bardo
El pecho, del que en vez de cancion dulce
Un mar brotó de sangre enrojecida.

Y así como huracan que se desata
Disipa la neblina, así los nobles
Que escuchaban del bardo los cantares,
Tambien desparecieron. Pronto espira
El jóven en los brazos del maestro.
Envuélvele solícito en su manto,
Sobre el corcel que trajo le coloca
Y del castillo sale.
Ante la puerta
El anciano de nuevo se detiene,
Y tomando aquella arpa, la mas rica
Que acompañara á trovador alguno,
Contra la alta columna del castillo
Frenético la estrella. Y en voz ronca
Que retumba en los ámbitos inmensos
Del altivo palacio, luego exclama:

«¡Maldicion sobre tí! Que nunca suenen
Ni la voz del cantor, ni un instrumento
De dulce son en esos tus salones;
Que tan solo el gemido del esclavo
Y rüido que forman sus cadenas,
Tu silencio interrumpan, y que pronto
De la venganza el genio tus paredes
En escombros sepulte dentro el cieno.»

«Y vosotros, jardines encantados
Donde brilla la alegre primavera,
¡Sed malditos tambien! Mirad el rostro
Desfigurado ya de este cadáver;
Y plegue al cielo que cayendo mústias
Vuestras plantas mireis; y que esas fuentes
De cuyas linfas recibís la vida
Presto secas estén, y que mañana
Un árido desierto seais tan solo!»

«Desdichado de tí, monarca infame,
Rey asesino, maldicion del bardo,
Que todos tus esfuerzos por la gloria
Por conquistar laureles, vanos sean.
En las tinieblas de la noche oscura
Del pasado sumérjase tu nombre.
Que seas como el último gemido
Que en su estertor el moribundo exhala.»

Así clamó el anciano. Escuchó el cielo.
Y hoy las murallas derruidas yacen
Con sus portales y sus altas torres
Por el suelo. Tan solo una columna
Se encuentra en pié, de los pasados tiempos,
Del esplendor perdido dando muestra.
Pero rota se mira ya en su base;
Del huracan á impulsos una noche
Caerá tambien.
En vez de esos jardines
Donde aromosas flores se mecian,
Tórrido yermo sus escombros cerca;
Ni un árbol hay que sombra les prodigue,
Ni una fuente siquier donde se calme
La sed ardiente que su arena abrasa;
Ni una sola cancion del rey malvado
Conserva la memoria; ni hay un libro
Que de los héroes las hazañas cuente,
Que al monarca en sus páginas registre.
«*Tu nombre hundido y olvidado sea!*»
Aquesta fué la maldicion del bardo.

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

Medellin, Febrero de 1869.

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

(CONTINUA.)

Jaca, Alonso Martin.
Jaen, Cristóbal de.
Jaen, Gonzalo.
Jaramillo, Cristóbal, tio de Juan.
Jerez, Cristóbal.
Jimenez, Gonzalo; pobló en Oaxaca.
Jimenez, Hernando, de Sevilla.
Juan Martin, de Villanueva.
Juan Martin; le mataron á pedradas los indios de Tlaltelolco.
Juan, genovés.
Juan Aparicio.
Juarez, Juan, cuñado de Cortés.
Julian Francisco.
Juliano Juan.
Láres, buen ginete, murió en la Noche Triste.
Láres, ballestero; murió en la Noche Triste.
Lariz, Luis, de quien fué el famoso caballo de Cortés llamado el *Molinero*.
Lazo, Pedro.
Lázaro, herrero.
Ledesma, Francisco.
Lencero, sobrenombre de un soldado que fué dueño de la venta de *Lencero* (hoy el Encero) entre Veracruz y Puebla; se metió religioso mercenario.
Leon, Alvaro, cetrero de Cortés.
Lerma, parece ser diverso del capitan Hernando; aburrido de Cortés se metió entre los indios y no se volvió á saber de él.
Lepuzcano, Rodrigo, vecino de Colima.
Lezama, Hernando, capitan.
Limpias Carvajal, Juan de, capitan de uno de los bergantines; ensordeció en la guerra de México.

Lópex de Jimena, Gonzalo, murió á manos de los indios.
Lópex de Jimena, Juan, alcalde mayor de la Vera-Cruz.
Lópex, Roman; perdió un ojo y murió en Oaxaca.
Lópex de Avila, Hernan, tenedor de los bienes de difuntos; se fué rico á España.
Lópex, Alvaro, carpintero, vecino de Puebla.
López, Gerónimo, vivió en Tetzcoco.
López, Diego, ballestero.
López Morales, Francisco, de Sevilla.
López Sanchez.
López Alcántara, Pedro.
López, Pedro, ballestero, diverso de otro del mismo nombre y ejercicio; murió en la Española.
López, Bartolomé, vecino de la Villa Rica.
López Cano, Rodrigo.
López, Roman, alférez de Andrés de Tápia; pobló en Oaxaca.
López, Cristóbal.
López, Iñigo.
Luco, Alonso, de Peñaranda y señor de Chiautla.
Lugo, Luis del, el Chismoso.
Luis Martin.
Llerena, García de.
Madrid, el Corcovado, buen soldado; murió en Colima ó Zacatula.
Magallanes, Juan, portugués, buen soldado y bien suelto peon; murió en el cerco de México.
Maldonado, Alvaro, el Fiero.
Maldonado, Manuel, el Bravo, señor de Jicotepec.
Maldonado, Pedro; vivió en Veracruz.
Mallorquin, Anton.
Mallorquin, Gabriel.
Manusco, Rodrigo, maestresala de Cortés.
Manzanilla, Pedro, indio de Cuba y hermano de Juan; murió á manos de los indios.
Márquez, Juan, capitan de los indios que iban contra Narvaez.
Márquez, Juan, gallego.
Martin, Juan, por sobrenombre Narices; murió á manos de los indios.
Martin el bachiller, que dijo en México la primera misa.
Martinez, Hernando, y
Martinez, su hermano, murieron á manos de los indios en la costa del Sur.
Martinez Villeras, Juan, fué á la conquista de los zapotecas.
Maya, Antonio.
Mazariegos, Diego de, conquistador de Chiapas.
Medel, Francisco.
Medina, Francisco, capitan en una entrada, natural de Aracena; le mataron los indios en Xicalanco, con otros quince soldados.
Medina, Juan, repostero de Cortés.
Mejía, Diego.
Mejía, Gonzalo, tesorero.
Mejía, Francisco, artillero mayor, señor de Iguala.
Melchorejo, indio de Yucatan que servia de intérprete y se huyó en Tabasco.
Montes de Alcántara, Juan.
Meneses, Pedro, paje de Cortés.
Mérida, Antonio de
Mesa, artillero; murió ahogado en un rio.
Mesta, Alonso de la; murió en poder de indios.
Mezquita, Diego de la; vivió en Oaxaca.
Mezquita, Martin de la
Miguel Estéban, camarero de Cortés.
Milla, Francisco.
Millan, Juan.
Miranda, Francisco.
Monjaraz, Gregorio, hermano del capitan Andrés, ensordeció en la guerra de México; buen soldado.
Monjaraz, Martin, tio del anterior.
Monjaraz, Pedro, paje de Cortés.
Monroy, Alonso, se mudó el apellido en Salamanca; le mataron los indios.
Montañés, Pedro.
Monte, Hernando de
Montejo, D. Francisco de, adelantado y conquistador de Yucatan; murió en Castilla.
Montero, Francisco.
Monterroso, Blas.
Montesinos, Juan.
Montes, Pedro de.
Mora; murió en los peñoles de Guatemala.
Morales; anciano, cojo, alcalde ordinario de la Villa Rica.
Morales, Cristóbal, de la compañía de Tapia.
Morante, Cristóbal.
Moreno Medrano, Pedro, vecino y alcalde ordinario de la Vera-Cruz; se pasó á vivir á Puebla.
Moreno, Isidro.
Morillas; le mataron los indios.
Morla, Francisco de, capitan, buen ginete; murió en la Noche triste.
Morcillo, Alvaro; vivió en Guatemala.
Morcillo, Francisco, señor de Indaparapeo.
Moron, Alonso, músico.
Moron, Pedro.
Mosco, Sebastian.
Motrico, Alonso de.
Motrico, Diego, marinero.
Nájara, Juan (diverso), el Sordo.
Nájara, el Corcovado, muy valiente; murió en Colima ó en Zacatula.
Nao, Rodrigo de la.
Napolitano, Luis; vivió en Tetzcoco.
Narvaez, Gonzalo.
Navarrete, vecino de Pánuco.
Niebla, Hernando.
Niño, Domingo.
Nortes, Ginés; murió á manos de los indios de Yucatan.
Núñez de Mercado, Juan; cegó y se avecindó en Puebla: hay otros conquistadores del mismo nombre y apellido con quienes puede confundirse.
Núñez Mercado, Juan, paje de Cortés; fundó en Oajaca.
Núñez, Andrés, capitan de uno de los bergantines.
Núñez Sedeño, Juan, pobló en Oajaca.
Ocampo, Diego.
Ocaña, Alonso.
Ocaña, Francisco.
Ochoa, paje mozo de D. Hernando.
Olea, Hernando, criado de Cortés.
Olea, Cristóbal, esforzado; salvó la vida de Cortés en Xochimilco, saliendo mal herido; al salvarle por segunda vez en las calzadas de México, pereció en la demanda.
Oliver, Antonio.
Olvera, Diego.
Oña, Pedro de.
Orduña, Pedro de.
Orteguilla, anciano y padre de
Orteguilla, «paje que fué del gran Montezuma;» le mataron los indios.
Ortega, Juan, paje de Cortés.
Ortiz, tocador de vihuela y enseñaba á danzar.
Osorio, de Castilla la Vieja, buen soldado; murió en la Vera-Cruz.
Ovando, Diego.

Paez, Francisco Bernal.
Palomares, Nicolás de.
Paniagua, Gomez de.
Paredes, Bernardino.
Paz, Pedro, primo de Cortés.
Paz, Rodrigo de, primo y mayordomo de Cortés.
Pedro Martin, de Coria.
Pedro Francisco.
Peinado, Antonio.
Peña, Pablo, por sobrenombre Peñita el pulido, encomendero de Tetela.
Peñaflor, Alonso.
Peñalosa, Diego.
Peñalosa, Francisco, ballestero, señor de la mitad de Malinalco.
Peñate, Alonso, marinero.
Peñate, marinero, hermano del anterior.
Perez, Juan, capitan; quedó por Cortés en Tlaxcala.
Perez Maite, Alonso; le mataron los indios.
Perez Pareja, Alonso.
Perez, Hernan.
Perez de Arteaga, Juan, intérprete; los indios le decian Malinche.
Perez, Alonso, de Béjar.
Perez Cardo, Francisco.
Perez García.
Perez de la Higuera, Juan.
Perez, Martin, de Badajoz.
Peton de Toledo, Pedro.
Pinedo, Cristóbal, criado de Diego Velazquez y buen soldado; huia de México para pasarse al campo de Narvaez, y los indios le mataron de órden de Cortés.
Pizarro, Diego, pariente de Cortés, «capitan que fué en entradas;» murió á manos de los indios.
Pizarro, Pablo; murió en la Noche triste.
Plazuela, sobrenombre.
Polanco, natural de Avila y vecino de Guatemala.
Ponce, Diego; le mataron los indios.
Porras Holguin, Diego de.
Portillo, Juan, capitan de uno de los bergantines.
Portillo, Cárlos, soldado de la guardia de Cortés; murió religioso franciscano.
Portillo, Francisco.
Prado, Alonso.
Prado, Juan de.
Proaño, Diego Hernandez de.
Quemado, Bartolomé.
Quesada, Bernardino.
Quesada, Rodrigo.
Quesada, Cristóbal.
Quevedo, Francisco.
Quintana, Francisco.
Quintero, Juan; se hizo rico con sus encomiendas de indios, y despues se metió á religioso franciscano.
Rabanal, montañés; murió en poder de los indios.
Ramirez, el Viejo.
Ramirez, Gregorio.
Ramos, Martin.
Ramos de Lares, Martin.
Ramos López, Juan.
Rangino; matáronle los indios.
Rapalo, Batista, vecino de Colima.
Redondela, Francisco de la.
Reguera, Alonso de la.
Reina; pobló en Colima.
Remo, Juan, escopetero.
Retamales, Pablo; murió á manos de los indios en Tabasco.
Reyes, Diego.
Ribadeo, á quien decian por sobrenombre Beberreo, por ser borracho; le mataron los indios.
Rico Valiente, Juan.
Rico de Alanís, Juan (diverso).
Rio, Antonio.
Rio, Juan del; se volvió á Castilla.
Rio, Pedro del.
Rivas, Gregorio de.
Rivera, Juan Martin de.
Rodriguez Magarino, Francisco, capitan de uno de los bergantines.
Rodriguez, Gonzalo, portugués, vecino de Puebla.
Rodriguez, Alonso, minero en Cuba; le mataron en los Peñoles.
Rodriguez, Alonso, casado.
Rodriguez, Alonso, archero de Cortés.
Rodriguez Bejarano, Juan.
Rodriguez Hernando, de Palos.
Rodriguez Donaire, Juan.
Rojas, Antonio.
Rojas, Andrés.
Roman, Rodrigo.
Romano, Pedro.
Romero, Bartolomé.
Rosas, Andrés, buen ginete del campo de Alvarado.
Ruano, Juan, soldado valiente; murió en la Noche triste.
Ruiz, Alonso, de Badajoz.
Ruiz, Márcos, de Sevilla.
Ruiz de Monjaraz, Pedro.
Ruiz Requena, Pedro; vivió en Zacatula.
Ruiz, Cristóbal, ballestero.
Saavedra, Pedro.
Saavedra Ceron, Andrés, primo de Cortés.
Sagredo.
Saldaña; murió en Tabasco sin llegar á México.
Salazar, Juan, paje de Cortés; murió en la Noche triste.
Salcedo, Francisco, el Pulido.
Salinas García.
Salvatierra, Francisco.
Salvatierra, Pedro.
Sanchez, Benito, ballestero.
Sanchez, Estéban.
Sanchez García, de Fregenal.
Sanchez, Gaspar.
Sanchez Colmenares, Gil.
Sanchez, Gonzalo.
Sanchez, Juan, de Güelva.
Sanchez, Luis; pobló en Tetzcoco.
Sanchez Farfan, Pedro, capitan.
Sandoval, Gonzalo de, valiente capitan y amigo de Cortés.
Santa Clara, vecino de la Habana; murió á manos de los indios.
Santiestéban, Pedro, ballestero.
San Juan, el Entonado, por ser muy presuntuoso; murió en poder de indios.
San Juan, de Vichilla, gallego.
Santa Cruz, Burgales.
San Pedro, Diego.
Santa Cruz, Diego; gobernó el estado de Cortés en ausencia de este.
San Lúcas, Gaspar de.
Santiago, Gregorio de, criado de Rangel.
San Sebastian, Juan de.
Saucedo, Francisco, «natural de Medina de Rioseco, y porque era muy pulido le llamábamos el Galan;» murió en la Noche triste.
Sedeño, Juan.

Sedeño, Juan; eran tres en el ejército.
Segura, Rodrigo; vivió en Puebla, donde murió de 120 años.
Serna, Alonso de la; tenia una cuchillada en la cara.
Serrano de Cardona, Antonio, regidor de México.
Serrano, Pedro, ballestero; le mataron los indios.
Sindos de Portillo, natural de Portillo; tuvo buenos indios en encomienda y en seguida se metió á religioso; en Durango dejó buena memoria bajo el nombre de Fr. Cintos. Se le dice Candos ó Cindos.
Solís, Diego, paje de Antonio de Quiñones; vivió en Guadalajara.
Solís Barraza, Pedro, señor de Oculma.
Sopuerta, Diego Sanchez de.
Sotelo, Antonio, capitan de uno de los bergantines.
Soto, Pedro de.
Suarez, Diego.
Suarez, Lorenzo, portugués, por sobrenombre el Viejo; mató á su mujer y murió fraile.
Suegra, Juan de.
Taborda, Diego de.
Talavera, Alonso de; murió en poder de indios.
Tapia, Andrés de, capitan de cuenta.
Tapia, Pedro; murió tullido.
Tarifa, Hernando.
Tarifa, Francisco. Tres Tarifas vinieron con Cortés, segun Bernal Diaz; uno consta adelante y estos dos: de ellos uno fué vecino de Oajaca; al otro llamaban *el de los Servicios*, y al último *el de las Manos blancas*, porque no fué para la guerra.
Tavira, Bartolomé.
Tellez, Francisco, el Tuerto, padre de la Pachuca.
Terrazas, Francisco, mayordomo y capitan de la guardia de Cortés.
Tirado, Juan, marido de Andrea Ramirez.
Tirado, Juan; á su costa hizo edificar la ermita de los mártires entre San Hipólito y San Diego.
Tirado, de la Puebla.
Tobar, Martin.
Torre, Alonso de la.
Torre, Juan.
Torres, Diego, de la probanza de Garnica.
Torres de Córdoba, Juan, viejo y cojo; se quedó en Zempoala cuidando la imágen que allí pusieron los españoles.
Torres, Juan, soldado viejo de Italia.
Torres, Juan, de Almodovar.
Torrecicas, criado de Cortés; le mataron en la Noche triste y perdió una yegua cargada de oro.
Tostado, Miguel.
Tostado, hermano del anterior.
Toro, Juan de.
Trejo, Rafael de.
Trejo, Alonso Martin de, vecino de Colima.
Tuvilla, Andrés, cojo; murió en la Noche triste.
Umbría, Gonzalo, piloto y buen soldado; Cortés le mandó cortar los dedos de los piés en 1519, porque se queria volver á Cuba.
Utrera, Pedro de.
Urbeta, Pedro de.
Usagre, Bartolomé, artillero
Valdovinos, Cristóbal.
Vallejo, Pero de.
Vallecillo, capitan.
Valenciano, Pedro; de cuero de tambor hizo naipes para el juego de los soldados, durante la primera entrada á México.
Vandada.
Vandada, hermanos y ya viejos; murieron en poder de indios.
Varela, buen soldado.
Varela Valladolid, Juan.
Vargas, Hernando, paje de D. Luis de Velasco el primero.
Varillas, Fr. Juan de, religioso mercenario.
Vazquez, Alonso.
Vazquez, Martin.
Vazquez, Martin, repostero del tesorero Estrada.
Veintemilla, Mateo de, vecino de Colima.
Velasco, Melchor.
Velazquez de Leon, Juan, capitan; murió en la Noche triste.
Velazquez, Alonso Martin, albañil.
Vello, Juan, botiller de Cortés.
Velez, Juan.
Vendabal, Francisco Martin de; vivo le llevaron los indios á sacrificar.
Vera, Miguel.
Vera, Basco.
Veraza, Miguel.
Verdugo, Francisco, capitan de uno de los bergantines.
Villalobos, Gregorio.
Villacorta, Melchor.
Villadiego.
Villarreal, Antonio de, marido de Isabel de Ojeda; se mudó el nombre en Antonio Serrano de Cardona; fué regidor de México.
Villandrando.
Villanueva, Bernardino.
Villanueva, Alonso Hernando; le mancó de una lanzada Alonso de Avila.
Villafuerte, casado con una parienta de la primera esposa de Cortés.
Villasinda, Rodrigo; se metió religioso franciscano.
Xiuja, Pedro.
Yañez, Alonso, albañil.
Yañez, Alonso, carpintero.
Zafra, Cristóbal Martin de.
Zamora, Alonso.
Zamorano, Nicolás, señor de Ocuila.
Zavallos, Francisco.
Zaragoza, anciano.
Zuazo, Alonso de.

MUJERES.

Dª Marina, intérprete, llamada la Matilzin ó Malinche.
Hernandez, Beatriz.
Vera, María de.
Hernandez, Elvira.
Hernandez, Beatriz, hija de la anterior.
Rodrigo, Isabel.
Márquez, Catarina.
Ordaz, Beatriz.
Ordaz, Francisca.

II

CONQUISTADORES QUE VINIERON CON NARVAEZ.

Abarca, Pedro de.
Acedo, Bartolomé.
Agandes, Diego.
Aguado, Juan Martin.
Aguilar de Campo, Juan.
Alaniz, Gonzalo, escribano.
Alfaro, Elías, ó Martin Soldado.
Alvarez Santaren, Juan.

Alva, Lorenzo.
Anton, Martin, el Tuerto.
Aparicio, Martin, ballestero.
Aponte, Estéban de.
Arévalo, Alonso.
Arévalo, Melchor.
Arévalo, Pedro.
Arriaga, Antonio de.
Armenta, Pedro, aserrador.
Avalos, Melchor.
Avilés, camarero de Narvaez.
Avilica.
Aznar, Antonio.
Aztorga, Bartolomé.
Ballesteros, Rodrigo.
Bandoy, Juan.
Barba, Pedro, capitan de uno de los bergantines.
Bautista, genovés.
Becerril, Santiago.
Benavidez, Alonso.
Benitez, Alonso.
Berlanga, Diego García de.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

LOS CELOS.

(Idilio de Gessner.)

La llama mas devoradora, la serpiente mas cruel que las Furias arrojan en nuestro corazon, es la pasion de los celos. Alexis lo experimentó. Amaba á Dafné y era amado.

Alexis era moreno y de una belleza varonil. Dafné era bella como la inocencia y blanca como la azucena que se abre al nacimiento de la aurora. Estos amantes afortunados se habian jurado una ternura eterna. Vénus y los amores parecian derramar sobre ellos sus mas dulces favores.

El padre de Alexis acababa de escapar de una enfermedad peligrosa.—«Hijo mio, dijo al jóven, yo he hecho voto de sacrificar seis ovejas al dios de la salud: parte, pues, y conduce las víctimas á su templo.»

Habia dos grandes jornadas que hacer para llegar al templo de Esculapio. Alexis derramó un torrente de lágrimas al separarse de su pastora. Le dijo que tenia vastos mares que atravesar. Triste y pensativo conducia sus ovejas delante de ella, y alejándose de la aldea suspiraba en todo el camino como la llorosa tórtola. Pasaba por los mas bellos prados, y no los veia. Los paisajes mas risueños se ofrecian á sus ojos; pero insensible á su belleza, no sentia sino su amor y no veia mas que á su amante. La veia á la sombra, al borde de los arroyos; la oia repetir el nombre de Alexis y le respondia con sus suspiros. Así es que atravesaba senderos solitarios siguiendo á sus ovejas y quejándose de que no tuviesen la ligereza de la cabra.

Llegó al templo. Ofrecidas las víctimas y consumado el sacrificio, voló en alas de su amor para volver á su morada. Pero al pasar unos matorrales se clavó una espina en la planta del pié. Apenas el dolor le dejó la fuerza necesaria para arrastrarse á la cabaña vecina. Un pastor benéfico le recibió, y aplicó á su herida yerbas saludables.—¡Oh dioses!...... ¡qué infortunado soy! decia sin cesar. Sombrío y meditabundo contaba suspirando cada minuto. En fin, una divinidad enemiga derramó en su corazon el veneno de los celos.—¡Dioses! decia murmurando y arrojando miradas feroces en su derredor..... ¡dioses!....... ¡qué sospecha! ..... ¡Dafné pudiera serme infiel!....... ¡Pensamiento injusto, odioso! pero Dafné es mujer y bella. ¿Quién puede verla y resistir á sus encantos? Hace largo tiempo que Dafnis no suspira sino por ella!..... El es hermoso. ¿Quién no ha escuchado los dulces acentos de su voz? ¿quién toca la lira como él? Su cabaña está cerca de la de Dafné, y no está separada sino por una sombra deliciosa....... Lejos de mí........ ¡ah! lejos de mí, pensamiento desgarrador.!....... ¡Ay! tú te grabas profundamente en mi corazon, y me persigues noche y dia!

Muchas veces la imaginacion exaltada de Alexis le muestra á su pastora deslizándose con paso tímido bajo la sombra en que Dafnis confía á los ecos sus lamentos y sus penas. La ve con los ojos lánguidos ahogar con trabajo los suspiros que hacen palpitar su seno. Un instante despues la ve dormirse bajo un enramado de jazmin. Dafnis la sigue, la ve, se atreve á acercarse á ella....... sus ávidas miradas devoran sus atractivos; le toma la mano, la besa; Dafné, no despierta: Dafnis besa sus mejillas, besa sus labios, y ella todavía no despierta!....... gritó Alexis trasportado de furor. Pero qué horribles imágenes estoy creando yo mismo! ¿por qué no soy ingenioso sino para atormentarme con el mas cruel suplicio? ¡Injusto, ingrato! ¿por qué no pienso sino en lo que puede manchar su inocencia?......

Era ya el sexto dia que duraba este tormento, y la llaga de Alexis no estaba enteramente cerrada; pero nadie puede detenerle. Abraza á su bienhechor, resiste á todo lo que la hospitalidad puede ofrecer para retenerle todavía: perseguido por las Furias, párte, corre, vuela, á pesar de su dolor.

Ya la noche habia caido; pero á la claridad de la luna descubre la cabaña de Dafné. ¡Ah!.... de hoy en adelante, dijo él, huid, pensamientos odiosos, huid lejos de mí. Allá es donde habita la que me ama. Hoy ¡oh dioses! hoy todavía lloraria yo de alegría en su seno. Diciendo estas palabras aceleraba sus pasos. Sin embargo, vió á Dafné que avanzaba hácia la enramada que conducia á su cabaña.—Es ella, ¡oh Dafné, eres tú!......—Es tu talle elegante, ese es tu andar ligero, ese es tu vestido, mas blanco que la nieve. Es ella, ¡oh dioses!...... Pero ¿adónde va en este momento? Para las tímidas pastoras es peligroso exponerse así en los campos. Puede ser que impaciente por verme venga al camino á mi encuentro. Apenas acababa de decir esto cuando un jóven pastor salió de la enramada para seguirla. Púsose á su lado, y Dafné posó tiernamente su mano en la del jóven. Entonces él le dió un pequeño cesto de flores que ella tomó bajo su brazo con una gracia encantadora; despues se alejaron juntos de la ca-

baña, á la claridad de la luna. Alexis, lleno de horror, se mantenia distante,. y todo su cuerpo temblaba.—¡Dioses inmortales! ¡qué veo! ¿Es esto verdad? ¿lo que me ha agitado tan cruelmente, es cierto? ¿una divinidad amiga me lo habia predicho?........ ¡Desdichado!...... ¿Quién eres tú, dios ó diosa? Tú que me has hecho presentir mi desgracia, véngame, ¡ah! véngame; castiga á mis ojos esta perfidia y déjame morir de dolor! •

Con los brazos entrelazados, Dafné y el pastor seguian el camino del bosque de mirtos que rodea el templo de Vénus. La luna alumbraba sus pasos, y su faz anunciaba una dulce inteligencia.—Ellos van bajo la sombra de los mirtos, decia Alexis furioso; á la sombra misma de.estos mirtos ella me ha jurado tantas veces una fidelidad eterna. Hélos ahí en el bosque. ¡Cielos! ¡ya no los veo!........ Ocultos en el follaje espeso, tal vez van á sentarse en el césped. Pero no, ya vuelvo á verlos; el vestido blanco de Dafné brilla á la claridad de la luna al través de los tallos grises y de las ramas; se detienen. Hé ahí un asilo encantador; y este musgo es tan fresco!...... Pérfidos!..... descansad!.....jurad en presencia de Febea..... jurad vuestros culpables amores!....... Puedan las Furias arrojar el espanto en medio de vosotros. Pero no, escuchemos. Los ruiseñores repiten los acentos mas tiernos, y las tórtolas suspiran en su derredor. Sin embargo, no es todavía aquí donde suspenden su marcha. Van hasta el templo de la diosa; quiero acercarme, quiero verlos, quiero oirlos.

Entonces entró en el bosque de mirtos y los vió avanzar hácia el templo, cuyas columnas de mármol blanco, alumbradas por la luna, resaltaban con su brillo entre las sombras de la noche.—¿Y á qué, dijo Alexis, atravesar estos santos lugares?.... ¿La diosa del amor protegeria la mas negra. perfidia? Entonces la jóven pastora subió las gradas del templo. Con el cestito de flores debajo del brazo atravesó los pórticos, y el mancebo se quedó debajo del primer arco. Alexis se aproximó, siempre á favor de la oscuridad. Temblando de horror y de desesperacion, se deslizó bajo la sombra de una columna, y apoyándose contra ella vió distintamente á Dafné que iba hácia la estatua de Vénus. El mármol era tan blanco como la leche, y la lámpara de la noche lo alumbraba enteramente. La diosa, inclinada hácia atrás con una majestad graciosa, parecia evitar los ojos atónitos de los mortales, y desde su altura sublime arrojar una mirada de bondad á aquellos que ofrecen incienso en sus altares. Dafné se postró de hinojos al pié de la diosa, colocó la guirnalda delante de ella, y dijo con el acento mas tierno y mas doliente:—«Escucha ¡oh dulce diosa protectora de los amores fieles! escucha mi oracion. Recibe favorablemente las flores que me atrevo á ofrecerte; están todavía humedecidas con el rocío de la tarde y con mis lágrimas. Hoy hace seis dias que Alexis está ausente de mí. ¡Oh diosa benéfica!..... que vuelva á mis brazos. Protégele en su camino y condúcele tan fiel y tan tierno como era cuando me dejó. Tráele pronto, para que yo le apriete contra mi seno palpitante de amor.» Alexis oyéndola vió frente á frente de él al jóven pastor, cuyo semblante alumbraba entonces la luna. Era el hermano de Dafné. Tímida y temblorosa no habia querido exponerse á los peligros de la noche yendo sola al templo de Vénus.

Alexis abandonó la columna que le ocultaba y apareció de repente á los ojos de su amada. Dafné, muda de placer y Alexis trasportado de alegría y de vergüenza, cayeron juntos, al pié de la diosa, con los brazos entrelazados!

Traducido para el *Renacimiento.*

EL ATOYAC.

A VICENTE RIVA PALACIO.

Abrase el sol de Julio las playas arenosas
Que azota con sus tumbos embravecido el mar,
Y opongan en su lucha, las aguas orgullosas,
Al encendido rayo, su ronco rebramar.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce Primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forma en tus riberas
De ceibas y parotas el bosque colosal:
Y plácido murmuras al pié de las palmeras
Que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.

En este Eden divino, que esconde aquí la costa,
El sol ya no penetra con rayo abrasador;
Su luz, cayendo tibia, los árboles no agosta,
Y en tu enramada espesa, se tiñe de verdor.

Aquí solo se escuchan murmullos mil suaves,
El blando ruido que hacen tus linfas al correr,
La planta cuando crece y el canto de las aves,
Y el aura que suspira, las ramas al mecer.

Osténtanse las flores que cuelgan de tu techo
En mil y mil guirnaldas para adornar tu sien:
Y el gigantesco loto, que brota de tu lecho,
Con frescos ramilletes, inclínase tambien.

Se dobla en tus orillas, cimbrándose, el papayo,
El mango con sus pomas de oro y de carmin;
Y en los ilamos saltan, gozoso el papagayo,
El ronco carpintero y el dulce colorin.

A veces tus cristales se apartan bulliciosos
De tus morenas ninfas, jugando en derredor:
Y amante las prodigas abrazos misteriosos
Y lánguido recibes sus ósculos de amor.

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares,
Y en tu salvaje templo comienza á oscurecer,
Del ave te saludan los últimos cantares
Que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

La noche viene tibia; se cuelga ya brillando
La blanca luna, en medio de un cielo de zafir,
Y todo allá en los bosques se encoge y va callando,
Y todo en tus riberas empieza ya á dormir.

Entonces en tu lecho de arena, aletargado
Cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,
Tambien te vas durmiendo, apenas alumbrado
Del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas muelle; ni turban tu reposo
Del remo de las barcas el tímido rumor,
Ni el repentino brinco del pez que huye medroso
En busca de las peñas que esquiva el pescador.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
Ni el ronco que á los aires los caracoles dan,
Ni el *huaco* vigilante que en gritos lastimeros
Inquieta entre los juncos el sueño del caiman.

En tanto los cocuyos en polvo refulgente
Salpican los umbrosos yerbajes del *huamil*,
Y las oscuras malvas del algodon naciente
Que crece de las cañas de máiz, entre el carril.

Y en tanto en la cabaña, la jóven que se meco
En la ligera hamaca y en lánguido vaiven,
Arrúllase cantando la *zamba* que entristece,
Mezclando con las trovas el suspirar tambien.

Mas de repente, blandos empiezan los bordones
Del arpa de la costa con incitante son,
A preludiar distantes la flor de las canciones,
La dulce *malagueña* que alegra el corazon.

Entonces, de los *Barrios* la turba placentera
En pos del arpa el bosque comienza á recorrer,
Y todo en breve es fiestas y danza en tu ribera,
Y todo amor y cantos y risas y placer.

Así contento duermes y sin sentir las horas:
Y de tus gratos sueños en medio del sopor
Escuchas á tus hijas, morenas seductoras,
Que entonan á la luna, sus cántigas de amor.

Las aves en sus nidos, de dicha se estremecen,
Los floripondios se abren su esencia á derramar;
Los céfiros despiertan y suspirar parecen;
Tus aguas en el álveo se sienten palpitar.

¡Ay! ¿quién, en estas horas, en que el insomnio ardiente
Aviva los recuerdos del eclipsado bien,
No busca el blando seno de la querida ausente
Para posar los labios y reclinar la sien?

Las palmas se entrelazan: la luz en sus caricias
Destierra de tu lecho la triste oscuridad:
Las flores á las auras inundan de delicias....
Y solo el alma siente su triste soledad.

Adios, callado rio: tus verdes y risueñas
Orillas no entristezcan las quejas del pesar;
Que oirlas solo deben las solitarias peñas
Que azota, con sus tumbos, embravecido el mar.

Tú queda reflejando la luna en tus cristales
Que pasan en los bordes tupidos á mecer
Los verdes ahuejotes y azules carrizales
Que al sueño ya rendidos, volviéronse á caer.

Tú corre blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó,
Y duerman tus remansos en la mullida alfombra
Que alegre Primavera de flores matizó.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

1864.

REVISTA TEATRAL.

Desde que nuestro Alarcon, lector amigo, regeneró el teatro español haciéndole dar un gran paso en el sentido de la moral y de la filosofía, é iniciando en el siglo XVII la buena comedia moderna, pocos autores dramáticos de nuestra era han comprendido su alta mision y desempeñádola con tan feliz acierto como D. Enrique Gaspar, uno de los poetas filósofos mas notables de nuestros dias. Dotado de ese talento especial característico de los grandes pensadores, de esa finura de percepcion que abarca en una sola ojeada todos los detalles del objeto, aplica esas no comunes dotes al estudio del corazon humano, le analiza en sus instintos, en sus sentimientos, en sus pasiones, en su grandeza y en su abyeccion, para trazar despues esos deliciosos cuadros de la vida tan llenos de verdad, tan fecundos en doctrina provechosa, cuadros con que la virtud enriquece y engalana las indestructibles paredes de su augusto templo.

Enrique Gaspar no gasta inútilmente las fuerzas de su ingenio, no pule y perfecciona sus modelos para el provecho de unos pocos, no restringe el influjo de su enseñanza á un círculo limitado; sus lecciones de moral práctica abarcan la generalidad de los casos, tienen aplicacion directa en todas las condiciones de la vida social, sin que las circunstancias especiales de los personajes que pone en accion, vengan á amenguar en lo mas mínimo la eficacia del buen ejemplo. Busca, por eso, sus asuntos en la intimidad del hogar doméstico; reproduce la vida de la familia; hace obrar al corazon allí donde la máscara es inútil, donde el hombre quien quiera que sea se muestra tal cual es; donde todos los dias se consuman en la sombra y en el secreto, desde los hechos mas sublimes hasta los mas indignos; pinta el poeta, en suma, sucesos que á cada uno de los espectadores han acontecido ó pueden acontecer. Verosímiles, altamente morales, profundamente interesantes; tales son las cualidades que distinguen á las comedias de Enrique Gaspar, tales son las que descuellan con especialidad en la última de las que conocemos, la *Virtud á prueba*, estrenada el viérnes pasado en el teatro Iturbide.

Una mujer virtuosa, buena, de alma delicada y noble, á quien su marido, hombre abyecto, cobarde

y miserable, trata indignamente, y á la cual adora con idolatría un jóven de altas prendas, es la protagonista de la comedia. Colocada entre la villanía del uno y la nobleza del otro, su corazon naturalmente se va interesando mas y mas por quien la ama, á medida que se desvia de quien no la estima; la lucha que con tal motivo entablan su corazon y su conciencia, es el asunto de la obra; el triunfo de la virtud sobre el sentimiento culpable, es el fin moral.

La accion se inicia por medio de una exposicion de las mas ingeniosas que hasta ahora he visto; parte de ella queda hecha sin violencia en un diálogo, y el resto se completa en la accion misma á mediados del primer acto; cuando este se termina, ya queda despertado el interes, con la particularidad de que todos los personajes principales están en situacion, incluso el marido, que hasta entonces todavía no ha llegado á aparecer.

Para formar y conducir la trama, el poeta pone incesantemente en íntimo contacto al marido y al amante, obrando cada cual conforme á su carácter. Margarita (la esposa), colocada entre ambos como punto objetivo, palpa el contraste que se forma entre la bajeza del uno y la elevacion de alma del otro; de aquí la lucha entre el amor que la impulsa y el deber que la retiene. Para que la accion sea mas verosímil, para que el vencimiento llegue á ser mas meritorio, la virtud flaquea por un momento, si bien en trance dificilísimo; pero aquello fué solo una ráfaga de la que nadie, casi ni el amante, llegó á apercibirse. La lucha llega á su colmo en las últimas escenas de la obra, cuando el amante, que ya habia puesto en inminente riesgo su vida por salvar la del marido, renuncia á un matrimonio ventajoso por amor á Margarita, y esto en los momentos en que el marido acaba de cometer la última infamia, arrancando á su esposa el patrimonio de sus hijas para formar con él una pension á su querida, y abandonándola. Entonces es cuando Margarita hace el supremo esfuerzo de un alma próxima á sucumbir; y el amante, que ha sido testigo de tan heróico sacrificio, cae de rodillas á sus piés proclamando el triunfo de la virtud con estas palabras: «¡Yo, yo solo la defenderé á vd., señora, de hoy mas, hasta contra mí mismo! yo haré que vd. se conserve pura, digna de sus hijas!»

La moraleja está expresada en un cuadro final delicadísimo, que no resisto al placer de copiar:

CONDE.—*¡Ah! para unos impunidad completa...... para otros solo sacrificios! ¿Y dónde...... dónde está la recompensa?*

MARGARITA.—(Con sencillez llevándose la mano al corazon.) *¡Aquí!*

CECILIA.—(Colocando entre ambos á la niña.) *¡Y aquí!*

(Margarita abraza á la niña tiernamente. Cae el telon.)

Tal es la bellísima comedia de Enrique Gaspar, engalanada ademas con todos los primores literarios que el buen gusto puede apetecer, y que hacen de ella una de las mas valiosas joyas del teatro moderno.

Esmerado desempeño tuvo por parte de los artistas que la estrenaron en el teatro Iturbide. La señora Serra, especialmente, realizó de una manera cumplida el tipo adorable de la mujer virtuosa; tuvo magníficos detalles de ejecucion, notablemente en el final del segundo acto y en todo el tercero, sin que hubiera ni un solo efecto dramático que no fuese perfectamente comprendido y hábilmente interpretado por la simpática artista. Rasgos igualmente notables tuvo el señor Villena, tal como el de la última escena del segundo acto; los demas actores les secundaron ventajosamente, mereciendo los honores de la llamada, y numerosos aplausos. Pero donde alcanzó la señora Serra uno de sus mas legítimos triunfos, fué en *Lo positivo*, preciosa comedia de Tamayo y Baus, que te es harto conocida. Difícilmente habrá quien interprete con mayor perfeccion el personaje de Cecilia, niña mimada y caprichosa á quien sucesivamente dominan encontrados afectos, y que por esto mismo exige mayor talento en quien lo desempeña; pero la señora Serra salió airosa de los mil escollos que ese papel ofrece, y así coronó el público sus esfuerzos con entusiastas *bravos* y palmadas, llamándola dos veces á la escena.

Para el próximo domingo prepara la compañía de Iturbide un espectáculo de gran mérito; se trata del magnífico drama de Hartzembusch, titulado: *El mal apóstol y el buen ladron*. Por una lamentable desgracia, los asuntos sagrados mas conmovedores han pasado por nuestros teatros punto menos que en caricatura, gracias al infeliz ingenio de los poetastros que los han sacado á luz: los pastores de Belen, San Dimas, San Felipe de Jesus, Pilatos, Júdas y otros personajes de la historia sagrada han aparecido siempre falseados y puestos en ridículo, cometiéndose una doble profanacion, la religiosa y la literaria. El Sr. Hartzembusch, el venerable maestro de los maestros, tomó á su cargo el desagravio, y á fé que lo hizo cumplido; trazó con pincel inspirado las bellísimas figuras de Dimas y de Betsabé; hizo destacar con las severas tintas de Rembrandt los negros contornos de Júdas, de Gestas y de Barrabás; realzó brillantemente los personajes de Pilatos, de Procla su mujer, y de Longinos; y poniendo en accion estos y otros caractéres históricos, rehabilitados por su admirable talento, puso en escena el terrible drama del Calvario, con toda la dignidad, con todo el decoro, con toda la sublimidad del mas grave y patético de los asuntos. No te figures que vas á presenciar una de nuestras farsas de sayones en Semana Santa, ni que se te ofrece un sermon dialogado, no; la obra tiene todo el interes, todos los efectos dramáticos, todas las bellezas de estructura que puedan apetecerse en la mejor tragedia, sin que falte el amor, elemento indispensable, segun los clásicos, en las representaciones teatrales. Aun el aparato escénico es grandioso, y me constan los preparativos que para el efecto se hacen en nuestro teatro; yo te conjuro á que no

faltes á este espectáculo, digno por mil títulos de tu admiracion, y en el cual obtuvieron el gran Valero, y la no menos grande Teodora Lamadrid, uno de sus mas espléndidos triunfos en el centenar de representaciones que de esta obra se hicieron en la capital de España.

M. PEREDO.

Julio 6 de 1869.

EPÍSTOLA.*

AL C. ANDRÉS QUINTANA ROO.

¿Por qué despiertas, caro Andrés, ahora
La voz del canto en mi afligido pecho?
Huyeron ¡ay! á no volver los dias
En que benigna la celeste musa
Férvida inspiracion me prodigaba
Para cantar amores inocentes
O del saber y Libertad las glorias.
En los campos bellísimos de Cuba,
Entre sus cocoteros y sus palmas,
Yace muda tal vez la ebúrnea lira
Que allí pulsó mi juventud fogosa.
Mas tú lo quieres; y aunque torpe, frio,
Mi labio cantará, que en lazo puro
Ligónos amistad inalterable:
Cuando la usurpacion tronaba fiera,
Apoyada en el hierro y los delitos,
Los dos entonces combatirla osamos,
Con fuerza desigual; y por tu acento
Noble, inspirado, resonó en mi lira
Himno de honor á tu proscrita gloria.
En tanto decenviros inhumanos,
Apóstoles de error y tiranía,
Viles fundaban infernal imperio
De calumnia, traicion y asesinato,
De reinar instrumentos; ya los vimos
Adquirir en contrato ignominioso
La cabeza de un héroe; sus verdugos
A lentos tribunales reemplazaron,
Y el despotismo bárbaro á las leyes.
Corrió la sangre; desplegó sedienta
La delacion sus ominosas alas,
Y provocó, para notar traidora
De las víctimas tristes el despecho,
Las querellas, el llanto, los suspiros.
Colmóse aqueste cáliz, y del crímen
Vengador, aunque lento, inevitable,
Tronó por fin el indignado cielo.
El hijo de Mavorte y la fortuna,
Que en la márgen del Pánuco gloriosa
Al ibero invasor ha poco hacia
Morder, muriendo, la salobre arena,
De libertad el estandarte sacro
A los aires desplega; ya vencido,
Ya vencedor, combate doce lunas
Del pueblo capitan: sangre á torrentes
Riega de Anáhuac los feraces campos,
Hasta que por su base desquiciada,
La colosal usurpacion impía
Con fragoroso estrépito desciende.
Entonces nuestras almas abatidas
Iluminó benéfica esperanza,
Como entre nubes en Oriente rie,
Precursora del sol, cándida estrella.
¿Lo recuerdas, Andrés? Tú me excitabas
A celebrar el venturoso dia,
Y aun el mismo adalid en tus hogares,
De admiracion universal objeto,
Para apurar el cáliz de fortuna
Pidió á mi lira de victoria el canto.
Yo, yo tambien, alucinado entonces,
Quise cantar; mas la rebelde musa,
Présaga fiel de males venideros,
Prestar no quiso inspiracion al labio.
Por todas partes proclamar se oia
De la razon el adorable imperio....
¡Fútil, vana esperanza! El despotismo,
Aunque menos feroz y sanguinario,
Volvió á tender su abominable cetro,
Confundiendo á culpados é inocentes
En ostracismo bárbaro; furiosa
Tronó do quier la pérfida venganza;
Organizóse destructor sistema
De expoliacion y de rapiña infame
Y holláronse del hombre los derechos.
Empero el mismo gefe, cuyo brazo
De los tiranos desarmó la furia,
Impuso dique al popular torrente,
Prometiéndonos régimen estable
De paz, concordia, libertad y leyes.
Mas luego audaz en dictador se erige,
Cuando falaz, impúdica lisonja
De Washington glorioso, le apropiaba
La pura, noble, celestial grandeza.
Perturbador eterno de su patria,
Ciego campeon, de la virtud ó el crímen,
Por ansia de mandar; feliz soldado,
Sin genio ni virtud, nunca su mente
Del patriotismo iluminó la llama:
Imprudente, ligero, voluptuoso,
De insaciable codicia devorado,
Adorador no mas de la fortuna,
Pérfido, ingrato, débil, sostenido
En la ardua cumbre del poder supremo
Por odio universal que menosprecia,
Es enigma profundo, pavoroso.
¿Será posible que en la muda noche
No turbe su descanso la presencia
De quince mil espectros, inmolados
Por él á Libertad, y que le piden
Cuenta espantosa de su sangre? En vano
La despreciable adulacion incensa
Sus yerros y delitos: en la Historia
El brillará, pero con luz sombría,
Cual infausto, mortífero cometa;
Y su musa imparcial daràle asiento
Entre Mario tal vez y Catilina.
Ante su torvo ceño se desploman
Los templos de Minerva, y los reemplaza
Una torpe, decrépita estructura,
Depósito caduco, monumento
De diez siglos de error, en cuyas torres
Vuela, insultando á la razon humana,
Del goticismo bárbaro la enseña.
Legisladores sin mision, vendidos
A servidumbre dura y afrentosa,
Atropellan frenéticos la santa
Majestad inviolable de las leyes,
Para erigir el execrado solio

* Tenemos el mayor placer en publicar esta magnífica composicion del gran poeta D. José María Heredia, que hasta ahora permanecia inédita, y que debemos á la bondad del distinguido literato cubano D. Juan Clemente Zenea, quien pensaba publicarla en la magnífica edicion que prepara de las obras del cantor del Niágara. Que nos perdone si nos anticipamos á su pensamiento en obsequio de los lectores de nuestro periódico.

Donde al saber y libertad proscriban,
En insolente alianza coligados,
La profanada cruz y el hierro impío.
El bien comun y las sagradas leyes
A la ambicion sacerdotal se inmolan:
El insano, espirante fanatismo
Rugiendo ante la luz, ya reanimado
Vuelve á tronar; y estúpidos reprimen
La libertad del pensamiento humano
El duro potro y la voraz hoguera.
¿Y el opulento Anáhuac para siempre
Será ludibrio y compasion del orbe?
Despues que con esfuerzo generoso
Y torrentes de lágrimas y sangre
Destrozó del ibero el torpe yugo,
¿Habrá de ser irremediable presa
De vil supersticion y tiranía,
O anárquico furor? Desesperado
Como el sublime historiador de Roma,
Tal vez me inclino á blasfemar, y pienso
Que cual nave sin brújula ni carta,
En turbio mar sin fondo y sin orillas,
El hombre vaga, y que inflexible, sorda,
Ciega fatalidad preside al mundo.
¡Sagrada Libertad! augusta diosa,
Del cielo primogénita, del orbe
Decoro, gloria y bendicion; mi pecho
Te idolatró desde la simple infancia;
Por tí supe luchar con los tiranos
Adolescente aún, y fiel contigo
Me desterré de mi oprimida patria.
Legislador en turbulento cáos
Fortuna seductora me brindaba
La omnipotencia bárbara del crímen;
Mas yo rehuséla: con aliento inútil
Defendí tus derechos, y constante
De la silla curul bajé gozoso
Por no violar tus sacrosantas leyes.
A pesar de los crímenes y males
A que, inocente, de pretexto sirves,
Yo te idolatro: pasan los delitos,
Y en tí mi fé subsiste inalterable.
La demagogia furibunda brama
Profanando tu nombre, cual calumnian
Supersticion y fanatismo al cielo;
Mas á tiranos viles y facciosos
Devora el tiempo audaz, y tú serena
Sobre sus tumbas inmortal sonríes.
Perdona, Andrés, si tétrica mi lira
En vez de afectos plácidos te envia
De nuestros tiempos el horrible cuadro.
Huyamos este suelo delicioso,
Que de celeste maldicion objeto,
Es ¡ay! al genio, á la virtud infausto.
La industria de los hombres, la rudeza
Puede vencer de inhospitales climas,
No de inmortalidad y de ignorancia
El pavoroso destructor imperio.
En las rocas helvéticas y nieves,
Y en el vecino Septentrion helado,
Cubren, fecundan á felices pueblos
De libertad las alas protectoras.
Allá volar anhelo; las orillas
Del Delaware, el Hudson y el Potómmac
Asilo me darán, seguro puerto,
Do lejos de tiranos y facciosos,
Bajo el imperio de las leyes viva
Feliz, tranquilo, ni señor ni esclavo.

1835.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

JUNIO.

(CONTINUA.)

15

1650.—Necesitando los jesuitas quien los representase en Roma, fueron electos los sacerdotes mexicanos Baltasar López y Diego de Salazar. Esto nos demuestra que ya en 1650 teniamos en México hombres capaces de representar una corporacion en que habia personas muy entendidas. En efecto, el diario de donde tomo el apunte dice así: "Miércoles 15 de Junio hicieron los religiosos de la Compañía de Jesus su congregacion para nombrar procurador general para la curia romana, y fueron electos los padres Baltasar López, catedrático que fué de prima de teología, y actual secretario de la provincia, y Diego de Salazar, catedrático de vísperas de teología, ambos doctísimos y criollos."

1651.—Octava de Córpus. El virey D. Luis Enriquez de Guzman, que ocasionó un fuerte disgusto entre el gobierno político y el eclesiástico, segun dijimos en la efeméride correspondiente al 7 del presente mes, hizo cumplir su órden de que sus pajes alumbrasen á la custodia entre el cabildo. Este tuvo que ceder, y á los pajes alumbradores se les llamó "luces del virey."

1654.—Se notificó una real cédula á los prelados de las religiones, en que el rey manda que "los religiosos doctrineros que hubieran recibido colacion de sus doctrinas, no sean removidos por el provincial, sin consulta del virey y del ordinario."

1699.—Sacaron á la vergüenza siete reos; cinco por casados dos veces y dos por sospechosos de judaismo.

1701.—Fueron azotados dos indios por hallarse en el baratillo, y habiendo en dicho local mas de doscientas personas, solo estos dos infelices fueron castigados. Vemos que todavía á principios del siglo pasado la pena infamante de los azotes se hallaba en boga.

1794.—Desembarcó en Veracruz el virey marqués de Branciforte. Hablando de la llegada de este personaje, dice el suplemento á los tres *Siglos de México*, del padre Cavo, lo siguiente: "Con mucha anticipacion se previno por la corte que no se le registrase su equipaje, que llegó dentro de poco, y esto dió luego á conocer que traia una riquísima factura de géneros preciosos para venderlos por altos precios, y comenzar á hacer su fortuna, objeto principal con que se le enviaba."

1817.—El general español Mina, que habia abrazado la causa de la Independencia de México, es atacado en este dia por Armiñan en la hacienda de Peotillos, distante como quince leguas de San Luis Potosí. El primero no tenia á sus órdenes mas que 172 hombres, y el segundo mandaba un cuerpo de 700 infantes y 1,000 caballos. Despues de un reñido combate triunfaron las fuerzas de Mina con una pérdida de cincuenta y seis hombres entre muertos y heridos.

1848.—Las fuerzas pronunciadas al mando del general Paredes ocupan á Guanajuato. Paredes procuró aumentar sus fuerzas y reemplazar á los individuos de la administracion que acababa de derrocar, para lo cual dispuso que una junta de vecinos respetables, constituida en asamblea, eligiese un gobernador interino: la eleccion recayó en el Lic. D. Manuel Doblado.

1857.—La sociedad francesa establece en el hospital de San Pablo un departamento para curar á sus nacionales.

1859.—Ley orgánica con el carácter de provisional, para el gobierno de los departamentos y territorios.

1861.—"Tuvieron un encuentro las fuerzas del gobierno con las de Galvez en el monte de las Cruces, en el que fué atravesado de una bala el Sr. Degollado. Fué sepultado en Huisquilúcan por órden de Galvez, el que se dice asistió con su oficialidad. El Sr. Schiafino pronunció un discurso encomiástico. Este mismo señor escribió á México y remitió un libro de memorias del finado, que publicó la prensa. El Sr. Degollado fué generalmente sentido; poseia cualidades que lo hacian apreciar aun de sus contrarios. Buen talento, constancia en la defensa de su causa aun en las mayores adversidades; servicios y laboriosidad por ella, que alguna vez no fueron debidamente apreciados; rectitud en sus principios morales; aversion al derramamiento de sangre y al desórden, que si se cometió por sus subordinados, fué por lo inevitable del estado de guerra, y por su misma condescendencia y mansedumbre." (Galvan.)

16

1567.—Cédula de Felipe II nombrando un tribunal especial para que conociese de la conjuracion del marqués del Valle. Las personas nombradas para formar dicho tribunal fueron los Licenciados Jarava, Alonso Muñoz y Luis Carrillo. De estos tres individuos solo los dos últimos llegaron á México, habiendo fallecido Jarava durante la travesía.

1692.—Se supo en México la sublevacion de Tlaxcala de 14 de este mes. El virey envió para apaciguar á los amotinados á un clérigo llamado D. Luis de Mendoza.

1702.—A las seis de la tarde se comenzó á tocar rogativa por la salida de la flota para España. Entre los pasajeros iba el conde de Moctezuma con su familia y la friolera de cincuenta millones de pesos.

1829.—Tratados de amistad, navegacion y comercio concluidos entre la República mexicana y el rey de los Países Bajos.

1854.—Fué nombrado ministro de Hacienda D. Manuel Olazarraga.

1863.—Decreto de Forey, disponiendo el nombramiento de un gobierno nacional.

1868.—Por renuncia de D. Antonio Martinez de Castro fué nombrado ministro de Justicia é Instruccion pública D. Ignacio Mariscal.

17

1681.—Se supo en México la muerte del obispo de Campeche D. Juan de Escalante y Turcios. En aquella época la muerte de un obispo llamaba mucho la atencion.

1692.—Por aviso del obispo de Puebla se supo que el tumulto de Tlaxcala habia terminado, muriendo mas de cien indios, dos españoles y un sacerdote, y que el alcalde mayor degolló mas de sesenta indios.

1755.—Una fuerte lluvia anegó la mina de la Joya, en el Real del Monte, causando pérdidas considerables á D. Pedro Terreros, propietario de dicha mina.

1785.—Tomó posesion del vireinato de México el cuadragésimo nono virey D. Bernardo de Galvez, conde de Galvez. Su aire galante, festivo y caballeroso (dice Bustamante), no menos que el de su esposa, jóven hermosa á par que amable, le atraian una benevolencia general é ilimitada.

1788.—Se publicó en México un bando para que el virey D. Manuel Antonio Flores firmara con estampilla.

1796.—Un bando de esta fecha hizo saber al público de la capital que se iba á colocar en la plaza mayor una estatua ecuestre de bronce, del rey Cárlos IV.

1854.—Falleció en esta capital la señora Doña Enriqueta Sontag, condesa de Rossi. Este acontecimiento causó mucha pena, y solo fué comparable con el entusiasmo que produjo su aparicion en el teatro.

1868.—Falleció en esta capital el Sr. Lic. D. Gabriel Sagaseta, siendo rector del colegio de Abogados. Sus funerales fueron muy suntuosos.

18

1655.—En un diario antiguo encuentro la siguiente noticia, que por curiosa copio textualmente; dice así: "Viérnes 18 de Junio, en la real Universidad tuvo un acto un religioso mercedario que presidió el maestro Fr. Juan de Herrera, en romance, á que asistió el virey y vireina, y ocurrió á la novedad todo el reino. Notóse mucho por ser cosa no usada en la Universidad; dispúsolo así el dicho Fr. Juan de Herrera, por ser, como es, capellan del virey, y le asistió de dia y parte de noche: arguyó D. Juan Manuel y otros de audiencia en romance, y los religiosos asimismo."

1687.—El alcalde ordinario D. Francisco Moscoso tuvo una disputa con el teniente corregidor, cuyo resultado fué que ambos se dieron de palos hasta romper sus bastones.

En la misma fecha fué ahorcado Miguel Sedano, por haber asesinado á una española y á su hijo, el 10 de este mes.

1690.—Se concluyó la iglesia de San Bernardo, y en el estado que la conocimos fué costeada por D. José Retes Lagarche. El convento ha desaparecido, dando lugar á varias casas particulares y á una calle que se llamó de la Perla y hoy se le dice de Ocampo, para perpetuar la memoria de un mexicano que ha dado buen nombre á su país, por sus importantes trabajos científicos, especialmente en botánica. Tuvo un fin desgraciado, pues habiendo sido extraido de su hacienda de Pomoca por Lindoro Cajiga, fué fusilado en Almolonga el 3 de Junio de 1861.

1768.—Llegaron á Veracruz, procedentes de España, los regimientos de infantería de Saboya, Flandes y Ultonia.

Nació en la villa de Zamora (Michoacan) el poeta Fr. Manuel Martinez Navarrete; fué franciscano y murió el 17 de Julio de 1809, siendo guardian del convento de Tlalpujahua.

1788.—Hubo un baile en el teatro, dedicado á los hijos del virey. Un cronista de la época lo describe así: "En la noche hubo en el coliseo un baile que se hizo para festejar á los hijos del señor virey, y á cuyo baile se entraba con boletos; tal festejo nunca se habia visto, al cual solo entraban las personas de distincion; pero hubo entre las señoras su etiqueta, por lo que no concurrieron las de, primera clase, sino las de segunda, y tercera, y cuarta y quinta. Duró hasta las cuatro de la mañana el tal baile; fué, siendo virey el Sr. Flores, y sus hijos eran D. José, D. Manuel y D. Juan; juez del coliseo el Sr. oidor D. Cosme de Mier."

1848.—El padre Jarauta es hecho prisionero por las fuerzas del general Bustamante, y fusilado inmediatamente. En la noche, D. Mariano Paredes y demas personas que figuraron en el pronunciamiento de Jarauta, desaparecieron dejando la ciudad de Guanajuato á disposicion de las tropas del gobierno.

1856.—Se presentó en el Congreso constituyente el proyecto de la Constitucion política de la República.

1858.—Falleció en San Luis Potosí el general Osollo, víctima de una fiebre tifoidea. Sus funerales fueron bastante lucidos.

1865.—Las tropas republicanas mandadas por los generales Arteaga, Riva Palacio y Régules, rompen el fuego sobre Uruapan, cayendo esta plaza en su poder el dia siguiente.

1866.—Accidente ocurrido en el ferrocarril de Chalco; hubo un muerto y diez heridos. Maximiliano fué á la Diputacion á ver los heridos, y distribuyó 500 pesos entre las familias de estos desgraciados.

19

1583.—Falleció el quinto virey de México, D. Lorenzo Suarez de Mendoza, conde de la Coruña. El padre Cavo coloca este suceso en 1582; yo sigo á D. Lúcas Alaman, que lo pone en 1583.

1611.—Tomó posesion del gobierno de México el duodécimo virey D. Francisco García Guerra, de la órden de predicadores, arzobispo de esta diócesis.

1658.—En este dia se celebró con repiques, etc., el buen éxito que tuvo la tropa que el duque de Alburquerque envió á la isla de Jamaica.

1792.—A las ocho de la mañana se sintió en esta capital un temblor de tierra.

1824.—A las seis de la tarde de este dia fué fusilado en Padilla el libertador de México D. Agustin de Iturbide.

1858.—Se sintió en México, á las nueve y cuarto de la mañana, y en muchas poblaciones de la República, un fuerte temblor de tierra. En la capital tuvimos varias desgracias, y segun Galvan, hasta la oracion de la noche de ese dia se habian recogido 19 cadáveres. La mayor parte de los edificios quedaron maltratados, y especialmente la iglesia del Sagrario, la de San Fernando y la garita de Peralvillo (hoy de Corona.)

Fué fusilado en Zacatecas, de órden de Zuazua, el español Diaz Teran, por espía de Osollo.

1865.—Murió en Nueva-York D. Manuel Doblado, que hemos visto figurar en el pronunciamiento de Jarauta y Paredes como gobernador de Guanajuato: como ministro de Relaciones firmó en 1862 los preliminares de la Soledad.—"De un gran talento y habilidad en los negocios, fué dueño muchas veces de la situacion del país."

1867.—Fueron fusilados en el Cerro de las Campanas el príncipe Maximiliano y los generales Miramon y Mejía.

1869.—A las dos de la mañana de este dia falleció en la Habana el Sr. Lic. D. José María Lacunza; tuvo un papel importante en nuestras contiendas políticas.

Ignacio Cornejo.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

La zarzuela.—Ultimas funciones en el Nacional.—El tenor cómico Carratalá.—Juicio de un hombre serio sobre el público mexicano.—El género bufo en Grecia, en Roma, en Italia, en España, en Inglaterra, en Francia.—Las señoras de México.—El siniestro del vapor Guatimotzin en el lago de Texcoco.—La *Sociedad Católica*.—El circo Chiarini.—Adolfo Buislay y el paso Léotard.—El *clown* Rodriguez.—El gran teatro Nacional.—Llegada de la Sra. Civili.—Banquete.—Descripcion de la eminente trágica y de sus compañeros.

México, Julio 17 de 1869.

La zarzuela se ha despedido ya. Sus últimas funciones han sido muy concurridas, y el desempeño en ellas ha sido esmerado por parte de los artistas, que han muerto como los gladiadores romanos, con gracia.

Decimos esto, no solo por los artistas de ambos sexos que desde un principio fueron simpáticos, sino aun por Carratalá, á quien nosotros, imparcialmente hablando, encontramos chistoso desde un principio; pero á quien el público no le encontró chiste sino hasta los últimos dias. En efecto, no parece sino que los buenos y honrados parroquianos de la zarzuela trataron de pagar con usura al mal comprendido tenor cómico, en las últimas funciones, todos los aplausos que le habian escaseado en las primeras. No habia cabriola suya que no produjese hilaridad; no habia gesto que no se le hiciese repetir; hasta sus menores palabras entusiasmaban al público y le ponian fuera de quicio.

Desde que salia Carratalá á las tablas hasta que caia el telon, eran dignas de contemplarse las caras de los concurrentes de todos sexos, edades y categorías. Una risa inextinguible, risa homérica, como dijera un clásico, daba á los semblantes un aire de felicidad, de beatitud, de inmensa delicia.

El caso es que Carratalá, que lo repetimos, es un verdadero gracioso en nuestro humilde concepto, y que podia haber partido de México resentido por la anterior frialdad del público, debe irse muy contento en atencion á las últimas ovaciones.

Nos alegramos de que la concurrencia del Nacional haya dado, aunque tarde, esta prueba de buen sentido.

En cuanto á los demas artistas, han sido estimados en esta capital, mereciendo especial mencion la simpática y hábil señora Zamacois, el distinguido tenor Pratz, el Sr. Aznar, muy buen actor aunque mediano cantante, su esposa la bella Sra. Castro, y la risueña y amable Sra. Gomez, que podemos asegurar supo conquistarse numerosas simpatías por sus buenas gracias.

La compañía del Nacional ha sabido distraer al público mexicano durante tres meses, y si no hubiera sido porque su repertorio se agotó, el público que, ya lo hemos dicho otra vez, no es mas que uno é invariable, habria continuado favoreciendo á la empresa con su concurrencia constante.

Damos, pues, el adios amistoso á la zarzuela.

La noticia de la conclusion de la zarzuela llegó, como es natural, al salon de que hablamos en nuestra revista antepasada. Ya lo dijimos, allí no hay señoras, ni se habla de política, ni se bebe, ni se juega, ni se toma té con mas interes que el de perfeccionar la digestion. Se reunen hombres serios, jóvenes que aspiran al título de graves, y van, en calidad de trompetas de la fama y de gacetilla ambulante, dos ó tres chicos que tienen aún los cascos á la gineta, como nuestro Enrique.

El *lion* insistia, como de costumbre, en sus juicios sobre el público mexicano, pretendiendo demostrar que lo que él llama sus predicaciones, progresaban.

Pero en la noche de que venimos hablando asistia á la tertulia un hombre serio, un hombre de juicio, ni preocupado ni cínico, ni devoto ni materialista, ni enemigo de la moda ni idólatra de las locuras; sino prudente, reflexivo y conocedor exacto de nuestro carácter y de nuestros gustos.

Este, pues, cuando Enrique acabó de hablar con la ligereza que le es característica, tomó la palabra con gran reposo y dijo:

—Yo formo del público mexicano y de su carácter un juicio diverso, y ni le hago el inmerecido elogio de creerle en la cúspide de la ilustracion, pero ni tampoco le juzgo pervertido y desmoralizado.

El público mexicano es simplemente un público bueno, y cuyo gusto no está formado todavía.

La circunstancia de ser México una ciudad aunque populosa relativamente, incapaz de poseer una cantidad de concurrentes á los espectáculos, que pudiera dividirse en diversas fracciones á cada una de las cuales debiera atribuirse una inclinacion dominante, hace que no pueda considerarse á su público sino como muy pequeño y siempre el mismo.

En los grandes centros de poblacion que hay en el mundo, como Paris, Lóndres, Viena, hay público para todas partes, y de ahí viene el que un género que fracasaria enteramente en el teatro de la clásica tragedia, es aplaudido y reina en los teatros pequeños en donde se va expresamente á reir. Los que amando la gran música gritarian: ¡sacrilegio! oyendo las singulares creaciones que deleitan á cierta clase de gentes en los teatros de segundo órden, pueden y tienen oportunidad de saborear las *partituras* clásicas todos los dias en los teatros líricos. Así, hay para todos los gustos espectáculos diarios. Los apasionados al arte dramático, al género bufo, á los ejercicios gimnásticos y ecuestres, á los volatines, á todo, tienen su lugar propio, y en él se deleitan, juzgan y pueden decidir con autoridad. No es difícil á veces que los que aman un género emigren á otro teatro en busca de nuevas emociones. Esto es cuestion de golosina; pero la variacion es temporal y muy efímera, y cada fraccion se mantiene compacta, porque marca, por decirlo así, una categoría social, pues á medida que el género es mejor, exige en su público mayores recursos y mas alta representacion.

Así el *gandin* que concurre al teatro de *boule-*

vard á saborear las fuertes sensaciones que produce cierto baile muy usado en Mabile y antes en casa de Markouski, y elevado tanto tiempo hace á la escena pública, no siempre puede ir al gran teatro de la ópera, y el *habitué*, como se dice allá á los *Funámbulos*, no lo es de la ópera cómica.

Algunas veces un género domina por un tiempo limitado, si no en todos los teatros, al menos atrayendo al público en general á determinado sitio, como ha sucedido con la tragedia, con el drama romántico, con el drama social, con la comedia política, con la música alemana, y últimamente con la música de *Offembach;* pero estas dictaduras á la moda pasan mas ó menos pronto y se restablece de nuevo el estado normal, volviendo cada público á su puesto.

Tal es el carácter del público de las grandes capitales.

Pero en México, aunque la poblacion cuente con mas de doscientos cincuenta mil habitantes, y aunque los que tienen posibilidad de concurrir sean muchos, el hecho es que no gustan de proteger el teatro, ni de gastar en él, y por eso el número de concurrentes es pequeñísimo, increible, atendido el censo de la poblacion.

Puede asegurarse que no pasan de dos mil los que componen la concurrencia constante de los teatros. Hablo de los de primer órden como el Nacional, Iturbide y el Principal. Ciertamente que hay otros mil que van á los de tercer órden en los barrios, y puede asegurarse, sin temor de exagerar, que son tan constantes como los primeros. Pero estos, ya lo vemos, son poquísimos.

Ademas, forman un conjunto heterogéneo, porque se compone de algunos propietarios, de muchos empleados, de pocos comerciantes, de mas pocos artistas, de uno que otro escritor y de ningun artesano; á no ser los domingos, en que concurren muchos aficionados de esta clase interesante y buena.

Ahora bien; en tal conjunto dominan tambien todas las opiniones políticas y artísticas, cualquiera que sea la forma de gobierno que rija. Las primeras no importan mucho para la aceptacion de tal ó cual género; ni tampoco importan las segundas, que previa alguna discusion, vienen á reasumirse en una sola: divertirse.

Y como tampoco tenemos teatro lírico permanente, ni dramático, ni bufo, sino que de Europa nos vienen de cuando en cuando, ya una compañía de ópera, ya otra dramática, ya, por último, otra de zarzuela, las admitimos alternativamente sobre el mismo tablado, y las aplaudimos á una tras de otra con el mismo fervor, sin desdeñarnos de tributar nuestros homenajes, hoy á un gran trágico y mañana á un bufon; hoy á la Sontag y á la Peralta, y mañana á la que nos cante unos boleros ó nos baile un zapateado.

De este modo, en el teatro Nacional ó en el de Iturbide reasumimos todos los teatros habidos y por haber, mientras que nosotros, sin cambiar de trage, nos convertimos unas veces en idólatras de la música italiana ó alemana, otras, de las bellezas dramáticas, otras de los gorgoritos de la zarzuela y otras del *cuando* de un payaso ó de las contorsiones de un acróbata.

¿Cómo formarse un gusto dominante así? ¿Cómo aceptar ó rehusar tal ó cual género, cuando es el único que se nos presenta? Nos divertimos, y eso es todo.

Por eso se equivocaria cualquiera que pretendiese deducir de los aplausos que el público tributa al actor ó al zarzuelista, á la prima-donna ó á la bailarina, que tiene un gusto refinado ó pervertido.

Por desgracia no conocemos mas que á una que otra notabilidad y á muchas medianías. Estas últimas no han podido hacernos conocer lo supremo que hay en cada género, para que pudiésemos comparar con justificacion.

Sin embargo, en lo poco que conocemos, y merced á que la Europa nos envía, aunque de tarde en tarde, las muestras de sus progresos artísticos, nuestro gusto no es del todo malo. En cada género podemos escoger lo mejor y decidir con algun fundamento; y por atrasado que se halle el público mexicano, es con todo el mas competente, si se compara con el de otras capitales de la República, á las que no suelen visitar sino las medianías que salen de aquí. Exceptúanse Veracruz y Puebla, que hallándose en el camino para México, suelen obtener las primicias de los grandes talentos extranjeros.

Recapitulando, no puede, en mi concepto, decirse que el público de México tenga un gusto mas ó menos pervertido. Tiene un gusto tal como debe producirlo un conjunto tan variado y tan heterogéneo de espectáculos, de emociones y de genios artísticos.

Su inclinacion es como su gusto, versátil y poco profunda. Porque es natural: ayer Arjona iba creando con sus trabajos la aficion á la comedia; pero se fué pronto y vino Valero que hizo comprender las bellezas del drama y en general la excelencia de la declamacion; pero á poco nos invadió la zarzuela y nos hizo saborear su mixtura, no siempre agria: hoy llega la Civili, y vamos á admirar las grandezas de la tragedia y las gracias de la comedia de costumbres; mañana vendrá la ópera y volveremos á hacernos *dilettanti*, y mas tarde se nos plantará un arlequin en la escena y nos cantará unas coplas, y bajaremos con él desde las nubes de la música sublime hasta los basureros de la feria.

No nos inclinamos con preferencia á nada; tomamos lo que se nos presenta, comemos como los viajeros la comida que se nos da, y no podemos andarnos en remilgos, so pena de pasar las noches paseando como locos en las calles ó bostezando como tontos en nuestras casas.

Respecto de la música de Offembach y del *cancan*, que vd. dice, Enrique, que ha agradado con furor en estos últimos dias, lo que hay es lo siguien-

te. La música de Offembach no honra al arte; pero es bonita, es graciosa, es chispeante, hace reir mucho. Es la bufonería en semicorcheas. El mundo entero, no solo México, es aficionado á la caricatura, á la sátira, al ridículo, y lo ha sido siempre.

Debe vd. advertir que es el género bufo el que ha dado orígen precisamente al teatro, y que sobre el carro de las vendimias es donde Thespis, pintarrajeada la cara con las heces del vino, representó el primer papel, poniendo en caricatura á los hombres y á los dioses.

Mas tarde los griegos escuchaban riendo los coros burlescos de las comedias de Aristófanes, ó aplaudian en las plazas públicas á los cantantes que ridiculizaban los cantos de Homero ó las teorías de los filósofos.

El pueblo romano era grave en los tiempos de la República. En la época de los Césares, sus tiranos, para agradar al pueblo, solian ya subir á las tablas á representar el papel de histriones. Las piezas llamadas *atelanæ*, apenas nacieron en una modesta ciudad de la Italia cuando recorrieron el imperio triunfalmente.

En la Edad–média no reinó otra cosa que la llamada comedia italiana, dando orígen á las mil y una especies de bufones, algunas de las cuales, como la del payaso, del arlequin, del polichinela, del fanfarron, del notario, etc., han llegado hasta nuestros dias, ya en su tipo tradicional, ya trasformadas por las costumbres del siglo XIX.

En España, los *pasos* de Juan de la Encina y los entremeses de Juan de Timoneda dieron orígen al teatro, elevado á tanta altura por Lope, Tirso, Calderon de la Barca y Alarcon. Pero el entremés siguió al lado de la gran comedia y llegó á ocupar un lugar muy subido en el siglo pasado con D. Ramon de la Cruz.

En el teatro inglés, los *minstrels* caminan al lado de los personajes sangrientos de Shakespeare, haciendo parodias de la venganza de Hamlet, de los amores de Julieta y Romeo y de los terrores de Macbeth.

La bufonería es un acompañante necesario de todo lo serio y melancólico. ¿Qué mucho, pues, que el género de Offembach, que viene á poner en ridículo tantas grandezas falsas ó verdaderas y tantas figuras que aterran al mundo, haya hecho reir al mundo mismo?

Ese género es siempre una sátira sangrienta y cínica que golpea la cara del público como un látigo, es á veces una venganza, otras una blasfemia encubierta; pero siempre es chistosa y no puede menos de hacer reir. Es quizás la expresion mas neta del desencanto, del excepticismo, del materialismo, de la corrupcion del siglo XIX. Es la risa de Rabelais puesta en música, y la burla de Voltaire traducida en *cancan.* Hay algo de reproche y de insulto en las piezas de Offembach, algo de soberanamente despreciativo y humillante, algo que subvierte el órden moral, es la sedicion contra las tradiciones del pudor y del respeto.—Offembach es el *gamin* insolente que hace bailar al género humano, y que concluye con lanzarle á la cara un puntapié furioso.

Pero sobre todo esto el género es altamente divertido, y es irresistible donde quiera.

Aquí ha gustado con justicia.

Pero seamos imparciales; ha gustado á los hombres. Las señoras, las señoras de México, modelos de pudor y de delicadeza, teniendo en el corazon un tesoro de sentimientos dignos y elevados, no han podido soportar ni la caricatura cantada ni la caricatura bailada. Han asistido en sus palcos y en el patio; pero no han gozado, han tenido disgusto. Gracias á Dios, las mujeres de México podrán ser poco ilustradas, pero aun tienen moralidad y virtud. Se las podrá tachar de gazmoñas, pero jamas de descaradas; y cualquiera de los géneros corruptores que viene de Europa á invadirnos, se encuentra todavía en el alma de la mujer mexicana al ángel guardian del pudor y de la dignidad.

De modo que todo eso que vd. ha dicho, caro Enrique, sobre el progreso de sus ideas en el sexo femenino, no pasa de meros deseos. Todavía no estamos en el grado de *civilizacion* que vd. y los de sus inclinaciones querrian.

A los hombres sí ha gustado mucho ese espectáculo teatral. Los hombres están en su derecho para aplaudir, su sexo es fuerte, y su frente no lleva ningunas flores delicadas que puedan marchitarse á la sola vibracion de un canto lúbrico, ni sus pupilas se hieren á la vista de una contorsion deshonesta.

Quizás han estado exagerados nuestros jóvenes en su entusiasmo por Offembach y el *cancan*, y se han afrancesado sin motivo. Deliren en buen hora con semejante género los hombres gastados, los libertinos de alta clase, los que llevan el tósigo del placer en las venas; pero aquí la juventud es cuasi inocente, es pura. Con excepcion de tres ó cuatro verdaderos libertinos, los demas lo son en teoría solamente: son *libertinos platónicos.*

¿El tipo es inverosímil?

De ninguna manera: en México existe, y demos por ello gracias al cielo.

He concluido, caballeros, y mi discurso está á discusion.

El hombre serio obtuvo de la tertulia muestras de simpatía. Enrique permaneció callado.

El viérnes 9 de Julio tuvo lugar un suceso digno de mencion, y que viene á completar la serie de accidentes con que el cielo se ha dignado afligir á las empresas que han fiado al vapor sus esperanzas. Es singular esta sucesion de desastres. Primero el del ferrocarril de Apizaco, despues el del ferrocarril de Tlalpam, hoy el del vapor «Guatimozin,» que comenzaba sus viajes á Texcoco.

No podemos hacer nada mejor para instruir á nuestros lectores sobre el último suceso, que copiar

un párrafo del *Siglo XIX* del sábado 10 del presente, que contiene la relacion exacta de lo ocurrido, hecha por un testigo ocular.

Dice así:

EXPLOSION EN EL «GUATIMOC.»—Ayer á las doce y cuarto del dia, el depósito de vapor de la máquina del «Guatimoc» se desprendió de la caldera, haciendo un terrible estrépito; despedazó la parte central de la cubierta y todas las obras interiores del buque, y fué á caer á larga distancia del lugar en que aquel se encontraba.

Una serie de casualidades influyeron en que no perecieran ninguna de las cuarenta personas que se encontraban á bordo.

La compañía de navegacion inauguraba sus trabajos, y habia invitado á los ciudadanos presidente de la República y secretarios del despacho.

Momentos antes del siniestro, los CC. Juarez, Iglesias, Mejía, Balcárcel, Muñoz Ledo Luis, Saavedra, Zárate y otros, se separaron del centro de la cubierta, y se retiraron hácia la popa. Los CC. Romero é Inda se hallaban en la proa, y otros habian bajado de la cubierta, con el objeto de ver el grado de presion que llevaba el vapor.

El manómetro señalaba 15 libras menos que las que marcaba la válvula de seguridad, de suerte que no habia motivo para temer un desastre.

La diseminacion de la concurrencia fué la causa favorable para que no hubiera desgracia ninguna, si se exceptúa la de unos arañazos que algunas astillas hicieron á una criada.

La sorpresa que causó la explosion, que nadie temia ni esperaba, sobre todo despues de seis viajes de prueba que habia hecho el vapor, fué otra razon para que nadie pereciera, pues los que se hallaban á bordo se quedaron atónitos con el suceso; dando lugar esa suspension de ánimo, á que pasaran los primeros momentos sin que nadie procurara salvarse violentamente, lo cual tal vez habria causado la pérdida de algunas vidas.

Examinada despues la máquina, no cabe duda en que el siniestro se debe á la mala calidad del material con que estaba construido el depósito del vapor.

Sabemos que á pesar del desastre que hemos referido la compañía no desmaya, y que está resuelta á llevar adelante la empresa.

En el hecho acontecido llama la atencion la buena fortuna que acompaña al ciudadano presidente de la República, quien sale siempre ileso de todos los peligros.

Ha comenzado á publicarse un nuevo periódico, *La Sociedad Católica*, redactado por una reunion de escritores respetables y distinguidos ya en la república de las letras, con el objeto de sostener las ideas del catolicismo. Nos alegramos mucho de su aparicion, y creemos que deben alegrarse todos los que amen verdaderamente la libertad de la prensa y la discusion filosófica y tranquila de toda clase de opiniones. La prensa debe ser una liza abierta á los campeones de cualquiera idea, y cuando estos son ilustrados, sinceros, caballerosos como los redactores de *La Sociedad Católica*, causa placer asistir como espectador al combate, ó mezclarse en él como contrario ó como partidario.

Los artículos del primer número que hemos visto se recomiendan por la belleza del estilo y por la erudicion que encierran. Hemos leido entre ellos un notable estudio del jóven escritor D. J. Cuevas, sobre la célebre poetisa mexicana *Sor Juana Inés de la Cruz.*

Hablemos ahora de diversiones públicas. Que no se extrañe que hagamos mencion del circo Chiarini, porque vale la pena.

No asistimos la primera vez en que el jóven Adolfo Buislay ejecutó el paso Léotard. Algunos amigos nos dieron tales noticias, que llenos de curiosidad fuimos á verle.

Y quedamos asombrados. Adolfo Buislay es una verdadera notabilidad, una gran notabilidad.

Imposible de describir las terribles emociones de que fuimos presa al verle ejecutar su espantoso salto. Ese hombre vuela, ese hombre se burla de la muerte, y hace experimentar al espectador un sentimiento de interes y de terror inmenso.

En breves palabras describiremos ese trabajo imperfectamente, porque es preciso verle. No hay pluma que pueda pintar semejante cuadro. El corazon palpita de angustia solo al recordarle, y se hiela la sangre en las venas.

Se comprende cómo el famoso Léotard ha adquirido tanta reputacion en Francia. Adolfo Buislay se ha colocado á su nivel.

En dos ángulos opuestos del patio cuadrado y elegante del circo Chiarini, se colocan dos pilastras á gran distancia. A algunos metros de cada pilastra cuelgan dos trapecios volantes á una altura considerable.

Adolfo Buislay, que es un jóven hercúleo y de fisonomía interesante, sube por una escalera á una de las pilastras. Una vez allí, le empujan, meciéndole, uno de los trapecios que él coge con ambas manos, y espera que se ponga en movimiento el trapecio de enfrente.

Un compañero (regularmente el padre de Adolfo), lanza este trapecio con direccion á la pilastra en que Adolfo espera.

El trapecio solo hace un movimiento semicircular y llega hasta el centro del patio. Debe advertirse, que calculado el mecimiento de ambos trapecios dirigiéndose al centro, quedan, al encontrare, á una distancia de tres metros y algunos centímetros.

Ahora bien; cuando Adolfo ve dirigirse hácia él el trapecio de enfrente, se lanza asido del suyo, y al llegar al medio del patio lo suelta, y describiendo en el aire una horizontal de tres metros y cincuenta centímetros, alcanza al otro, y asiéndose de él va á descansar en la pilastra opuesta.

Despues se lanza colgado de las piernas, y por supuesto con la cabeza y brazos abajo, llega al centro, se desprende, y trazando entonces con su cuerpo una curva en el aire, se lanza al otro trapecio, y sin descansar en la pilastra se deja arrebatar de nuevo por el movimiento de la barra; pero entonces ya no viene de frente sino de espaldas y sin ver nada de lo que va á encontrar. ¡Ese momento es

horrible! Llega al centro, y desprendiéndose con un movimiento instantáneo que da en el aire, se pone de frente y coge el trapecio, que los espectadores miran con terror, próximo á escaparse de las manos de aquel saltador prodigioso.

No es esto todo, y como si quisiera llevar el terror hasta el colmo, vuelve á lanzarse, pero como arrebatado de una furia; atraviesa el patio, alcanza el trapecio opuesto, llega á la otra pilastra y no hace mas que tocarla; se lanza de nuevo, y cuando llega al centro, suéltase, y precipitándose de cabeza en el vacío, da una vuelta completa con todo su cuerpo, y cuando uno cree verle caer y estrellarse contra el suelo desde tan grande altura, le divisa de repente asido ya de la movible barra que con una rapidez de relámpago ha logrado alcanzar al fin de su terrible maroma.

Tal es el paso Léotard.

El público ve todo esto atónito y temblando de angustia.

Por supuesto los aplausos mas frenéticos estallan en el salon despues de tan tremendo espectáculo.

Nosotros no hemos visto nada semejante.

Despues de tan angustiosas emociones el público descansa y se ríe con las chuscas ocurrencias del *clown* Rodriguez, que es el favorito de los mexicanos.

El gran teatro Nacional va á presentarnos ahora en su escena á una gran notabilidad extranjera, á la célebre trágica Carolina Civili, que ha llegado á la capital el lúnes 12 del corriente, despues de recorrer un camino que la admiracion pública le alfombró de lauros y de flores.

En la tarde del citado lúnes, un gran número de literatos y artistas esperaba á la eminente actriz en la estacion de Buenavista. El tren llegó á la hora de costumbre, la Civili se apeó, fué saludada con entusiasmo por los que la esperaban, y ocupando un carruaje particular que se le tenia preparado, se dirigió con toda la comitiva al hotel de Iturbide, donde se alojó con su esposo el distinguido actor Palau, y con el resto de su compañía.

A las siete y media el empresario Sr. Nin y Pons obsequió á la Sra. Civili, actores y actrices de la compañía, y á los amigos que habian ido á encontrarlos, con una comida servida por Omarini en el gran salon del hotel. El banquete fué espléndido y estuvo animadísimo. Se pronunciaron muchos bríndis notables por los Sres. Peredo, Mateos, Olavarría, Marin, y preciosos versos por los Sres. Gonzaga Ortiz y Sierra.

Tambien nosotros dirigimos algunas palabras de bienvenida á la distinguida viajera, que llega á nuestra patria con la frente ceñida por la corona del genio, y trayendo en su alma los ricos tesoros del teatro clásico, las grandiosas tradiciones del arte sublime de Talma y la Rachel. Carolina Civili es jóven y hermosa: en sus ojos azules y expresivos se adivina la inteligencia mas elevada. Sus cabellos rubios forman un cuadro encantador al óvalo majestuoso y bello de su semblante. Su boca es pequeña, su nariz fina, su cutis blanquísimo, su frente despejada y bien hecha, su aire grave y modestísimo. Esa cabeza en que resplandece el talento, reposa sobre un cuello robusto y erguido y sobre un cuerpo elevado, majestuoso, gallardo. La naturaleza ha formado á esta mujer para la tragedia. Los personajes trágicos deben parecer altos, y así los concibieron los antiguos griegos que inventaron el coturno para hacer mas grande la talla de sus actores.

Ademas de estas cualidades físicas, la Civili posee otras morales que revelan desde luego á la noble dama, de esmerada educacion y de relevantes virtudes. Tiene una, sobre todo, que encantó á los que la conocieron y trataron: la modestia. Manifestó que tenia el mayor empeño en ser agradable al público mexicano, que esperaba la veria con su habitual indulgencia y la aconsejaria con su conocida ilustracion. Cuando una notabilidad artística se expresa de este modo, aumenta su valía.

Su esposo el primer actor Sr. Palau, es un jóven de gallarda presencia y de finísimos modales.

En la compañía vienen la Sra. Quintana, jóven bella y graciosa, nuestra Anita Cejudo que fué contratada desde Puebla, la Sra. Aguilar y la Sra. Miguel, nuestro actor Morales, el actor cómico Muñoz que ha agradado mucho en Puebla, nuestro amigo Manuel Estrada y otros cuyo nombre no recordamos.

A la hora en que sale esta revista, debe haber aplaudido ya el público á la eminente trágica en *Sor Teresa*, drama que segun sabemos es malo, y que solo puede salvar el talento de la hábil artista, como lo salva tambien la Ristori.

Nosotros auguramos á Carolina que el público mexicano inteligente y galante va á quererla con entusiasmo, y que ella va á ser la sucesora en nuestro cariño, del inolvidable D. José Valero.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

EN SU TUMBA.

"Ut flos ante diem, flebilis occidit."

Ayer la ví brotar fresca y lozana
Como una flor que acarició la aurora,
Cuando al primer albor de su mañana
El puro cáliz de su pecho abrió.
Hoy de la muerte á la fiereza impía
Mi pobre vírgen se agostó por siempre,
Como la débil flor que al medio dia
Sobre su tallo mustio se dobló.

M.

México, 1859.

LA FLOR DE LA INOCENCIA.

Sobre un tapiz de verdura
Que regaba un arroyuelo,
Levantó la frente pura
Una flor cuya hermosura
Reflejaba la del cielo.

De sus encantos ufana,
Respiraba con cariño
La brisa de la mañana,
Que resbalaba liviana
Sobre sus hojas de armiño.

Y admirando hechizo tanto
La luz que en el rojo Oriente
Desplegaba el regio manto,
Envió del alba en el llanto
Un beso de oro á su frente.

Nunca el alba placentera
Contempló tal gallardía
En la galana pradera,
Y nunca la primavera
Tuvo tan risueño dia.

Jamas melífluos cantores
Trinos tan dulces lanzaron
Enamorando á las flores,
Cual mirlos y ruiseñores
Cuando brotar la miraron.

Las aves y mariposas
En su derredor volaban
Del rico néctar ansiosas,
Menospreciando á las rosas
Que su abandono lloraban.

Y fué de ver el anhelo
Con que bajando en bandadas
Por demostrarle su celo,
Iban hasta el arroyuelo
Las aves enamoradas.

Pero era tal el candor
De su virginal esencia,
Que sus protestas de amor
Encontraron á la flor
Resguardada en su inocencia.

Entonces todas juraron
Su candidez respetar;
Un tierno adios murmuraron
Y al dulce nido tornaron
Devorando su pesar.

Vino la noche sombría,
Y en la corola serena
De la flor que se mecia,
Arrullándola decia:
«Duerme ya, blanca azucena.»

En tanto, un jilguero infiel
Al juramento prestado,
Volvió pérfido al verjel,
Y por apurar su miel
Cantó amoroso á su lado.

El reposo del beleño
Interrumpió la cancion
Con enamorado empeño;
Despertó la flor del sueño
Y escuchó con atencion.

¿Qué fué lo que aquel jilguero
Dijo á la azucena hermosa
En gemido lastimero,
Que ella el cáliz hechicero
Cerró al punto temblorosa?

Yo lo pregunté á la fuente
Que la escena contemplaba
Murmurando tristemente,
Y respondió su corriente
Que el blando césped regaba:

«Iba la flor á aceptar
Del ave infiel el amor,
Cuando una sombra cruzar
Sintió en su frente, y mudar
De repente de color.

El ave huyó desairada,
Y la flor, de angustia llena,
Vió la sombra sonrosada
Que la dijo reposada:
«Yo soy tu ángel, azucena.»

«Dí tu nombre, ángel querido,»
Murmuró la dulce flor
Volviendo al color perdido;
Y el ángel enternecido
Contestó: «soy el pudor.»

Santiago Sierra.

Veracruz, Octubre 15 de 1868.

DAFNÉ Y CLOÉ.

(Idilio de Gessner.)

Dafné.—Ya la luna se eleva detrás de las oscuras montañas; ya su luz brilla al través de los árboles que coronan la cima. ¡Qué calma se respira en este lugar! Cloé, quedémonos todavía algunos momentos; mi hermano tendrá cuidado de conducir los rebaños al redil.

Cloé.—Este bello lugar me encanta, la frescura de la tarde es deliciosa; quedémonos todavía algunos momentos.

Dafné.—¿Ves, Cloé, cerca de esa roca el jardin del jóven Alexis? Vamos á mirar, ademas, el vallado de rosas que le rodea. Este es el jardin mas hermoso de todo el contorno; no hay lugar cuyo aspecto sea tan risueño, no hay lugar que esté tan bien cultivado.

Cloé.—Vámonos, Dafné.

Dafné.—Ningun pastor entiende tan bien como Alexis la cultura de las plantas, ¿no es verdad, Cloé?

Cloé.—No; ninguno.

Dafné.—Todo es fresco, todo es florido aquí, tanto la parte que se extiende sobre la llanura como la que se eleva á lo largo de esta cerca. Allá se desliza una corriente pura, se precipita de lo alto

de la roca y murmura al través de las sombras del jardin. Mira la punta de aquella roca; mas allá de la cascada es donde Alexis ha construido una pequeña enramada de madreselvas. Desde el fondo de este asilo se debe contemplar bien el hermoso espectáculo de las vastas campiñas.

CLOÉ.—Dafné, tú elogias con entusiasmo: sí, todo lo que vemos es encantador; el jardin de Alexis es el mas bello de todos los del contorno. Sus flores son las mas hermosas: no hay fuente cuyo murmurio sea tan dulce y cuya agua sea mas fresca.

DAFNÉ.—¡Pero tú sonries, Cloé!

CLOÉ.—No, Dafné, no. Contempla esta rosa que he cortado: ¿su perfume no es mas dulce que el de todas las rosas del mundo? ¿Seria mas suave si el amor mismo la hubiese cuidado?

DAFNÉ.—¡Cloé!

CLOÉ.—Bien; ¿para qué sofocar el suspiro que hace palpitar tu seno?

DAFNÉ.—Ven, maligna, retirémonos.

CLOÉ.—¡Tan pronto! no: este lugar me agrada, estoy bien aquí. Escucha, oigo ruido; allá bajo la espesa sombra de lilas no seremos descubiertas: ¿le ves?..... Es Alexis, es el mismo; dime secretamente al oido: ¿no es mas bello que todos los pastores de estos contornos?

DAFNÉ.—¡Ah! ¡déjame!......

CLOÉ.—No, no te dejaré ir. Mírale, medita, suspira. Seguramente alguna pastora ha robado su corazon. Jóven, tu mano tiembla en la mia: no temas nada, aquí no hay lobos.

Las jóvenes pastoras permanecian abrazadas bajo la espesa sombra de lilas, cuando Alexis, sin saber si era escuchado, elevó su voz graciosa y cantó así:

—«¡Oh tú luna pálida y tranquila, sé testigo de mis suspiros! Y vosotras, apacibles florestas, ¡cuántas veces habeis murmurado cerca de mí el nombre de Dafné! Tiernas flores que difundís vuestros aromas cerca de mí, el rocio de la tarde brilla en vuestras hojas, y mis mejillas están humedecidas con las lágrimas del amor. ¡Ah! ¡si yo me atreviera!...... ¿que puedo decirle?..... *Dafné, yo te amo mas que la abeja ama á la primavera.* Yo la encontré el otro dia en la fuente; acababa de llenar de agua un cántaro pesado. Déjame llevar esta carga bastante pesada para tí, le dije con voz trémula.

—¡Qué bueno eres!......replicó ella; y todo tembloroso tomé el cántaro. Tímido y ahogando mis suspiros, caminé á su lado con los ojos bajos, sin atreverme á decirle: *Dafné, yo te amo mas que la abeja á la primavera.* Débil narciso, tú inclinas tristemente la cabeza á un lado! La mañana te ha visto todavía con toda tu frescura, y hé aquí que ahora estás marchito! Así es como veré consumirse mi juventud si Dafné desdeña mi amor. Entonces, encantadoras flores, variadas plantas, hasta ahí llegarán mis delicias, el objeto de mis cuidados mas dulces; privadas de cultura os secareis, porque la alegría se desterrará para siempre de mi corazon. Ahogadas por la zizaña, la zarza y el espino os cubrirán con su funesta sombra: y vosotras que llevais tan sabrosos frutos, árboles plantados por mis manos, despojados de toda vuestra gala, vuestros tallos secos se inclinarán tristemente en este lugar salvaje, y yo pasaré el resto de mis dias en los suspiros y en las lágrimas. Puedas tú, cuando mis cenizas reposen aquí, puedas tú encontrar en los brazos de un esposo amable y dichoso, el colmo de la felicidad en los placeres mas embriagadores. ¡No!.... imágenes de desesperacion, ¿por qué venís á atormentar mi espíritu? Yo veo todavía lucir algunos rayos de esperanza. ¿Dafné no sonrie con aire gracioso cuando paso delante de ella? Sentado el otro dia en la pendiente de la colina, tocaba yo mi caramillo mientras que ella atravesaba la pradería vecina: entonces detuvo sus pasos. Apenas la descubrí cuando mis labios temblaron, mis dedos erraban inciertos en el caramillo, y ya no pude modular mas que sonidos confusos; sin embargo, Dafné se quedó para oirme. ¡Oh! si su esposo un dia la condujese bajo vuestras sombras, entonces, flores amables, realzad el brillo de vuestros colores, prodigadle todos vuestros perfumes: tiernos arbustos, inclinad hacia ella vuestros ramos y ofrecedle los frutos mas dulces.»

Así cantó Alexis: Dafné suspiró y sintió su mano temblar en la mano de su amiga; pero Cloé, llamando al jóven pastor:

—Alexis, le dijo, Dafné te ama. Héla aquí bajo las sombras de las lilas: ven, que tus besos recojan las lágrimas de amor que bañan sus mejillas.

El pastor acudió con aire tímido; ¿pero puedo describir sus trasportes, cuando Dafné confusa y agitada sobre el seno de Cloé, le confesó su amor?

(Traducido para el *Renacimiento.*)

PENSANDO EN ELLA.

For why should we mourn for the blest?
BYRON.

¿Por qué tanto suspiro y duelo tanto?
¿Por qué verter á su recuerdo el llanto,
¡Oh alma mia! si tus ojos ven
Entre las nieblas del pesar profundo,
Que un condenado hay menos en el mundo
Y un arcángel hay mas en el Eden?

¿No ves cruzar la imágen de tu amada
Pura y feliz la bóveda azulada
Por dó las nubes y los astros van?
¿No ves de su semblante los destellos?
¿Por qué afligirte entonces por aquellos
Que ya en la luz del paraíso están?

Mírala ya en el cielo; hasta su planta
En tus horas mas lúgubres levanta
Tu esperanza cristiana y tu oracion.
Y que renazcan de tu fé las flores,
Ella vela por tí, sufre y no llores,
No llores mas, mi pobre corazon.

M.

México, 1869.

A LOLA.

EL SOL DE MEDIO DIA

Surcando del espacio
el cóncavo infinito, el sol esparce
sus esplendentes rayos de topacio,
y la natura dora
que antes de nacar coloró la aurora.

La que fué siempre de los prados gala,
la aromosa violeta,
la que al ambiente su perfume exhala
y á los amantes con su flor regala,
entre las hojas de su verde tallo
ocúltase modesta
huyendo el sol de la abrasada siesta.

Ya el trinar de los dulces pajarillos
no suena en la arboleda;
durmiéndose entre azahares y tomillos
dejaron de cantar los ruiseñores,
y tan solo se escucha en la alameda
murmurar los arroyos bullidores.

Recógese la vaca en el establo,
el retozon cordero cae rendido,
y la ovejuela mansa
exhala melancólico valido
y sobre frescos céspedes descansa.

Perezosas, las nubes sonrosadas
tiéndense en el azul del firmamento,
y las brisas calladas
reclínanse á dormir enamoradas
sobre las alas del tranquilo viento.

Doblando su corola
aman ó duermen las pintadas flores,
y la bella zagala,
que con su amor á su zagal regala,
suspirando de amores
hace morir de amor á los pastores.

¡Todos felices son cuando en el cielo
el sol de medio dia
su luz esparce y su calor envia!

Tan solo yo padezco
frio mortal que el corazon me yela,
y tan solo á mis ojos el sol claro
los puros rayos de sus luces vela.
Tan solo para mí, Dolores mia,
no tiene luz el sol del medio dia.
A mí tan solo, celestial Dolores,
el hielo y las tinieblas dan enojos,
que mi luz y calor son tus amores
y el sol divino de tus claros ojos.

Enrique de Olavarría.

Julio 15 de 1869.

LAMARTINE.

III

La vida de los hombres llamados á jugar un papel en las cosas de este mundo, solo una vez llega á su apogeo: pasado el instante supremo, lo que ayer fuera sol empieza á ser crepúsculo, lo que ayer irradiacion, hoy niebla; no de otra manera esos misteriosos peregrinos de la inmensidad que llamamos cometas al aproximarse al foco solar adquieren proporciones de astro, tienden su cauda en los cielos como una haz de fuego, y á poco van disminuyendo hasta perderse en la insondable noche del cosmos.

Quiso el destino hacer que Lamartine confundiera los instantes mas luminosos de su gloria con esa hora sublime del pueblo frances en 1848. Los dos apogeos, el del poeta y el de la Francia, no perdieron nada al confundirse. Por el contrario, la revolucion de Febrero reflejó no se qué rayo épico y grandioso sobre la frente del vate, que hizo á su vez de los primeros vagidos de la República, un canto tan bello ¡ay! como fugaz.

Cuando el águila fué de nuevo encerrada en su jaula de fierro, el poeta encontró primero una amarga decepcion: la impopularidad, y luego una tristísima prosa: la miseria.

Su cuantiosa fortuna habia desaparecido como por encanto, durante su participacion en la vida política.

Desde entonces dos cosas le preocuparon constantemente: recuperar su popularidad, reparar su fortuna.

Su genio no le habia abandonado, pero en las obras inmortales con que ha enriquecido al mundo, se marcan fuertemente dos elementos casi extraños á las primeras, á las mas bellas concepciones de su vida de poeta. Nótase en la mayor parte de los numerosos volúmenes que escribió desde el año de 1848 hasta poco antes de su muerte, cierto cansancio en las ideas, que le ha obligado frecuentemente á desleir, digámoslo así, los pensamientos mas notables de sus composiciones en larguísimas páginas, y el deseo perenne de presentar bajo las fases mas hermosas su personalidad misma. ¡Triste espectáculo el de un grande hombre convertido en su propio panegirista!

Este deseo llegó á ser para él una obsesion. A cada paso se traiciona en sus escritos la necesidad incomprensible en su gran corazon, de llamar la atencion sobre su persona como hombre, como poeta, como político, como historiador, y este espíritu sube á tal grado, que llega á ser como inconsciente en él, y tanto, que hablando de los hombres grandes de otros tiempos, les imprime un sello particular que de algun modo se los asimila.

Todos sus escritos, lo mismo en las Confidencias que en la Historia de Turquía, igualmente en

el Consejero del Pueblo que en el Curso familiar de Literatura, que cierra con una constelacion la vida comenzada en las Meditaciones con un rayo de sol, y no parecen sino el ropaje espléndido con que el poeta se afana en revestir la imágen de un dios: Lamartine.

A veces se nos figura que en el fondo de esta inmensa debilidad existe no sé qué ansiedad por el porvenir, no sé qué temor instintivo por el fallo de las generaciones. Como si el poeta, sintiendo pesar sobre sus hombros una tremenda responsabilidad, quisiera defenderse él mismo recordando en ese misterioso proceso todos sus méritos, realzando todas sus grandezas.

¡Qué dolorosa suerte la de verse obligado á recurrir, para llenar sus necesidades, á ese mezquino jornal del pensamiento: la de verse en la imprescindible necesidad de cambiar por un poco de oro la médula de su cerebro y la sangre de su corazon! Hay no sé qué martirio sordo y espantoso en la existencia de ese anciano, á cuya aureola inmortal de poeta se enlazaba la santa aureola de la desgracia, obligado á renovar sus heridas y á mostrarse desnudo en el teatro del mundo para poder pagar sus deudas y partir con su noble compañera y con sus amigos los pobres, el amargo pan del duelo y de las lágrimas.

¡Él, cuya mano en tiempos felices habia dejado llover sobre tantos el oro y la fortuna, verse obligado á un ímprobo trabajo en los dias que habia creido de reposo y de oracion, en los años en que las sombras descienden y en que el trabajo enferma, años que consagraba en sus sueños de poeta á la adoracion del Señor y á los serenos coloquios con lo infinito!

Es conmovedor en verdad el sacrificio de ese hombre agotando la poesía para subvenir á la prosa; haciendo el Rafael, ese evangelio de amor, para comer durante un año; arrancando de su alma las *Confidencias* para no convertir en mercancía la santa casa de Milly.

Mucho se ha reprochado al poeta el haber revelado al mundo aquellas páginas de su alma. Oigámosle:

«La escritura estaba sobre la mesa. Con una sola palabra iba yo á enajenar para siempre aquella porcion de mis ojos (Milly). Temblaba mi mano, se turbaba mi vista, mi corazon desfallecia..... Ponia de un lado de la balanza la tristeza de ver ojos indiferentes recorriendo las fibras palpitantes de mi corazon desnudo enfrente de miradas sin indulgencia, y del otro el laceramiento de ese corazon, del cual aquella escritura iba á arrancar un pedazo con mis propias manos. Era necesario hacer un sacrificio de amor propio, ó un sacrificio de sentimiento. Puse la mano sobre mis ojos é hice la eleccion con mi corazon......»

No bien se habian publicado las conferencias, cuando la crítica empezó á cebarse encarnizadamente en él. A la cabeza de aquella falanje estaba M. de Sainte-Beuve, cuyo poema: *Volupté* no puede sin duda, y á pesar de su gran mérito, compararse al menos célebre de los fragmentos de Lamartine. M. de Sainte-Beuve parece que tomó á su cargo el justificar la prevision del poeta cuando este se figuraba ver ojos indiferentes fijándose sin indulgencia en las fibras de su corazon. Poniendo en juego sus maravillosas facultades analíticas, como que se complacia en profanar aquel depósito sagrado. Entre los mil defectos que encontraba al autor de las Meditaciones, figuraba en primera línea lo que los sabios han dado en llamar *falta de sobriedad.*

«¿Qué es esto? dice Víctor Hugo hablando del mismo reproche hecho á Shakespeare, ¿una recomendacion para un doméstico? No. Es un elogio para un escritor. Cierta escuela llamada *séria*, ha enarbolado en nuestros dias este programa de poesía: *sobriedad.* Parece que toda la cuestion consiste en preservar la literatura de indigestiones. En otro tiempo se decia: fecundidad y potencia; hoy se dice: tisana.

....

«El lirismo es espirituoso, lo bello emborracha, lo grande se sube á la cabeza, lo ideal produce vértigos: quien de él sale, no sabe ya lo que hace; cuando habeis caminado sobre los astros, osareis rehusar una subprefectura; no teneis ya sentido comun; capaces sois de rehusar una curul en el senado de Domiciano: * no dareis al César lo que es del César, y llega á tal punto vuestra locura, que os atreveríais á no saludar al señor *Incitatus*, cónsul y caballo. Hé allí lo que os aconteceria por haber bebido en esa mala parte el Empíreo. Os volveis orgullosos, ambiciosos desinteresados. En consecuencia, sed sobrios. Está prohibido frecuentar la taberna de lo sublime.

«La libertad es un libertinaje. Limitarse, bien; castrarse, mejor. Emplead vuestra vida en retenerос............

«...... Preferimos lo que no es bastante á lo que es demasiado. En adelante, se obligará al rosal á contar sus rosas. Se invitará á la pradera á usar menos margaritas. Orden á la primavera de moderarse. Los nidos caen en el exceso. ¡Ola! florestas, no tantos gorriones, si os place. La via-lactea nos hará el favor de numerar sus estrellas, tiene muchas. Tomad ejemplo del gran *Cierge Serpentaire* del Jardin de plantas, que solo florece cada cincuenta años. Hé ahí una flor recomendable.»

Y poco despues agrega: «El poeta, ya lo hemos dicho, es la naturaleza. Sutil, minucioso, ténue, microscópico como ella, inmenso. Ni es discreto, ni reservado, ni avaro. Es simplemente magnífico. Expliquemos esta palabra: simple.

«La sobriedad en poesía, es pobreza; la simplicidad, grandeza. Dar á cada cosa la cantidad de espacio que le conviene, ni mas ni menos, hé ahí la simplicidad. Toda la ley del gusto está en esto.

* M. de Sainte-Beuve es senador del imperio frances.

Cada cosa puesta en su lugar y dicha con su palabra. Con solo la condicion de mantener cierto equilibrio latente y de conservar cierta misteriosa proporcion, la complicacion mas prodigiosa, ya en el estilo, ya en el conjunto, puede ser simplicidad. Estos son los arcanos del gran arte. Solamente la alta crítica, la que tiene por punto de partida el entusiasmo, penetra y comprende tan sábias leyes. La opulencia, la profusion, la irradiacion llameante, pueden ser simplicidad. El sol es simple.»

Despues de las confidencias, las publicaciones de M. de Lamartine se sucedieron. Historia, biografía, poesía, cursos de literatura, nada era inabordable para el gran pensador que llevaba á todas las cuestiones la inefable luz de su genio y el encanto irresistible de su palabra.

El manso arroyuelo, en cuyas aguas consoladoras y puras habia mitigado su sed de amor y de melancolía, el pueblo hijo de Voltaire, si habia perdido en las tempestades algo de su limpieza primitiva, habíase, en cambio, trocado en un gran rio que, enseñoreándose de todas las regiones, desaparecia tranquilo y majestuoso en el porvenir, en el Océano.

¿Y qué importaba al noble poeta la crítica injusta, la mofa rastrera, si tenia en su favor á los jóvenes y á las mujeres, es decir, el principio de la posteridad?

Parecia que Dios habia destinado á la fatiga los últimos dias del hombre que lo habia presentado á la humanidad, no entre los rayos y los truenos como Isaías, sino sobre un trono de flores, entre los dulces y balsámicos perfumes del alba.

Se equivocaba, pues, el poeta, cuando en el prefacio de sus Meditaciones, hablándonos del ideal de la vida, ideal que evidentemente habia buscado, parecia prever para el último tercio de su existencia dias de descanso y de paz.

En vano el sultan de Turquía le regaló el año de 51 bellísimas posesiones en el Asia menor; inútilmente recurria á suscriciones en Francia y en Europa: nada bastaba para cubrir sus deudas, y aquel anciano á quien el continente debió haber construido un templo, consumia sus dias y sus vigilias en un trabajo rudo, en verdad, pero que no bastaba á debilitar la llama de su genio.

Este siglo, que ha visto tantas grandezas hundidas de súbito en la desgracia, debia presenciar la del sublime poeta, con solo la diferencia de que las otras han sido hechas por los hombres, y la grandeza de Lamartine venia de Dios.

Preguntaos ahora de qué procedia esa repugnancia invencible hácia la vida, que se nota en sus últimos escritos. El poeta, con todo, vivia resignado en su lecho de dolor, y su alma parecia desprenderse poco á poco de su cuerpo para volar en las regiones serenas del Señor.

Su miseria no agotaba su caridad. Cuenta uno de sus biógrafos, que habia tal desórden pecuniario en casa del poeta, que una vez M. Dargaud, uno de sus íntimos amigos, marchó á instalarse en ella, pidió las llaves del *secretaire* en donde acostumbraba Mme. de Lamartine guardar el dinero, y una vez tomadas estas precauciones salio á la calle por unos momentos.

No bien el excelente M. Dargaud habia salido, cuando se presentó una de esas jóvenes que hacen la colecta para los pobres. El poeta y su esposa se vieron las caras, pues ninguno de los dos poseia un céntimo. De repente Mme. de Lamartine llama á uno de sus criados y le ordena que rompa la cerradura del *secretaire;* hecho esto, la angelical señora saca un billete de trescientos francos, único resto de dinero que quedaba en la casa, y lo entrega á la jóven. Lamartine entonces se acercó á su mujer, y sin decir una palabra cubrió sus manos de besos. En seguida se sentó á su escritorio, para tener que comer al dia siguiente.

Desde la muerte de aquella criatura celestial, que habia sido su amiga inseparable y tierna, Lamartine sintió que le faltaban las fuerzas para vivir.

El 28 de Febrero de este año, á los veintiun años dia por dia de la inmortal escena del pabellon rojo en el Hotel de Ville, el *altísimo poeta* espiró entre los brazos de sus sobrinas, que tanto lo habian amado.

Poco antes de morir, Lamartine exigió que no se celebrase en Paris ninguna ceremonia fúnebre en honor suyo. Habia dicho:—«No, en el momento en que la Eternidad, en que el Porvenir se revelarán, en fin, para mí, no quiero que se venga á turbar mi éxtasis por el rumor de vanas palabras y de mezquinos pensamientos del mundo.»

Acatando su familia estos deseos, dispuso que su cuerpo se trasladase á Saint-Point, colocando dentro del ataud y poniendo sobre el pecho del cadáver, en cuya frente resplandecia una calma celestial, un crucifijo de ébano, que *Julia* le habia legado al morir, y al cual dedicara el poeta su inmortal elegía: *El Crucifijo.*

Desde Macon á Saint-Point, los habitantes de todas las aldeas vecinas venian por las montañas y los valles, con los curas á la cabeza, á arrodillarse al paso del féretro, trayendo como tributos al que tanto los habia querido, flores y espigas de los campos, y lágrimas y plegarias de sus corazones.

Alejandro Dumas escribia por esos dias esta carta:

Uno de los mas grandes hombres entre nosotros acaba de morir.

¡Lloremos!

El poeta que cantó la sombra, el sol, los arroyuelos, los lagos, los bosques, el mar, acaba de cerrar los ojos á las maravillas de la creacion.

Esta vez al menos la naturaleza no ha sido ingrata: se ha velado; ha llorado.

¿Qué ha sido de esa alma, espejo de los cielos? ¿En qué estrella ha ido á brillar? ¿En qué noche habrá ido á apagarse? Oh poeta! tú que viviente quisiste penetrar los misterios de la muerte, desde el fondo de la tumba ¿no podrás decirnos el gran secreto de la eternidad?

—Morir,—dormir,—soñar,—Tal vez?

Cuando dos hombres como tú y Shakespeare han interrogado á la muerte y ella no ha respondido, es porque es muda.

Pero tú no fluctuabas como Hamlet, tú creias como Polyucto; tu muerte ha sido dulce y llena de esperanza; has cerrado los ojos como cristiano y te has dicho:

Tendré la recompensa allá arriba de los dolores que los hombres me han hecho padecer aquí abajo.

Les he dado mi alma y la han desconocido; les he dado mi cuerpo y lo han flagelado; les he dado el sangriento sudor de mi miseria y lo han insultado.

Por un dia de triunfo que solo he debido á mi abnegacion por ellos, los hombres me han proporcionado una agonía de diez años.

He extendido la mano como Homero, no teniendo ni un hijo que lo hiciese por mí, y aquellos á quienes he salvado de la anarquía y del pillaje, me han dicho:

Tú has sido ministro seis meses, por qué no te hiciste rico cuando estabas en el poder?

Mas en vuestro seno, Dios mio, en vuestro celestial esplendor lo olvidaré todo; mas aún, seré recompensado por todo.

GLORIA IN EXCELSIS DEO.

Y si te has engañado, orgulloso; si tú, ¡barro despreciable! te has creido una fuente divina; si nuestra alma es efímera como nuestro cuerpo; si la muerte es la nada, si al cerrar los ojos has dejado de ver la luz para siempre, si con los latidos de tu corazon ha cesado todo recuerdo del pasado; si justificando, en fin, la palabra del Cristo: «polvo eres y en polvo te has de convertir,» poeta, ¿cuál será tu remuneracion? apóstol, ¿cuál será tu recompensa? mártir, ¿cuál será tu premio?

Esa reaccion que se opera en favor de los muertos, esa aureola que parece circundar sus sepulcros, esa victoria de la conciencia pública sobre la calumnia envidiosa, no la verás tú.

Ese ruido que, para los que todavía vivimos, continúa alrededor de los sepulcros, tampoco lo escucharás.

El que desciende á la fosa, baja entre dos imposibilidades

Una imposibilidad física: *la inmortalidad del alma.*

Una imposibilidad moral:—*la Nada.*

Si el muerto es un hombre de genio, la cuestion no se aclara, se complica.

¿Hácia quién, ó á qué tender las manos?

—Hácia Dios.—La razon pregunta: *¿dónde está Dios?*

—Hácia el cielo: la ciencia dice que no hay tal cielo.

¡Bienaventurados los que han vivido en los tiempos benditos en que todavía se creia.

Felices aquellos que, al ver un cadáver envuelto en su mortaja, le dicen: *¡hasta la vista!*

Pero desgraciados los que solo dicen *adios* al amigo, al colocarlo en su ataud.

¡Ay! yo soy de esos desesperados que dicen *adios.*

Adios, Lamartine.—Adios.

Nosotros, que pertenecemos á ese público de jóvenes que el poeta tenia de su lado, y que para él era el principio de la posteridad; nosotros que nos extasiaremos siempre contemplando la huella de incomparable armonía que ha dejado esa lira al quebrarse; nosotros, que en nombre de muchos lo disculpamos, mas aún, lo perdonamos, mas aún, lo bendecimos, ante esa tumba sagrada, acariciando en nuestro corazon el recuerdo del poeta, hoy dormido en nuestras lágrimas, no diremos *adios*, sino *hasta la vista.*

JUSTO SIERRA.

Julio, 1869.

CAMPAÑA DE ZACATECAS. *

(INÉDITA.)

¿Escuchais? De trompeta sonora
A esta parte retumba el acento,
Y en las alas del rápido viento
La responde lejano clarin.
De caballos é infantes la marcha
Estremece la mísera tierra,
Y entre bárbaro grito de guerra
Todos ánsian laurel y botin.

A chocar ambas huestes se animan,
Una y otra rugiendo amenaza;
El acero al acero rechaza,
Y la muerte se acerca veloz.
Se aproximan, se mezclan; entre ambas
Desparece fugaz el terreno;
Cada cual del contrario en el seno
Clava y hunde la espada feroz.

¡Cielo! ¿Cuál de las haces que luchan
Invadió nuestro suelo sagrado?
¿Cuál, decid, generosa ha jurado
A la patria salvar ó morir?
Extranjera, ¿cuál es? ¡Ah! ninguna:
De la santa piedad en ultraje,
Un orígen, un culto, un lenguaje,
Una ley, no los pueden unir.

Y ¿cuál ¡ay! fratricida su brazo
Descargó sobre el otro primero?
Del combate sacrílego, fiero,
El motivo execrando, ¿cuál es?
Nadie sabe: á morir, á dar muerte
Todos ya sin rencor han venido,
Y vendidos á un gefe vendido,
Se degüellan, é ignoran por qué!

¿No tendrán esos tristes guerreros
Hijas, madres, hermanos y esposas?
¿Pues por qué furibundas, llorosas,
No los vienen del campo á sacar?
¿Por qué callan de Dios los ministros?
¿Cómo apáticos, mudos, los viejos,
Con prudentes, humanos consejos,
No refrenan ardor tan fatal?

¡Veteranos! en sangre del pueblo
No empapeis vuestras manos furiosas;
Reservad esas armas gloriosas
A librarlo de vil opresion.
No incurrais en atroz fratricidio
Por un gefe cual pérfido ingrato;
Al vil trono que sueña insensato
No sirvais de sangriento escalon.

Ved cual huyen dispersos en torno
Como aristas que el viento atropella;
Mas en vano; los sigue y degüella
De reserva la hueste fatal.
El cobarde, infeliz, fugitivo,
Cuando piensa escapar de la lucha,
A su espalda frenético escucha
El caballo enemigo bufar.

Goza en tanto el imbécil caudillo
Embriagado en su mísera gloria,
Y tremendo clamor de victoria
Del que muere sofoca el gemir.

* Nuestros lectores nos agradecerán la publicacion de esta poesía del grande Heredia, que permanecia inédita tambien. El tirano á quien con tan terrible energía increpa, es el general Santa-Anna, que venció en Zacatecas á los soldados defensores de las leyes.

Aun asordan el campo confuso
Los aplausos funestos de Marte,
Y del bárbaro triunfo á dar parte
Mensajero se advierte salir.
Donde quier se detiene un instante,
Mil curiosos en torno se juntan,
Y con fútil anhelo preguntan:
¿Qué agradables anuncios traerá?
De dó viene sabeis, infelices,
¿Y ventura esperais? ¡inhumanos!
—Que asesinan hermanos á hermanos
Es la horrenda noticia que da!
¡Ah! de luto cubrámonos todos....
Mas ¡oh mengua! ¡oh baldon! ¡oh delitos!
Ya resuenan de júbilo gritos,
De venganza al aplauso feroz.
¡Oh maldad! sacerdotes impíos
De la patria en el duro quebranto,
Alzar osan estúpido canto,
Fieros himnos que insultan á Dios.
Tú, tirano, traidor á las leyes,
Vanamente reinar imaginas;
Entre sangre, sepulcros y ruinas,
Trono infame podrás erigir.
Pero ¡tiembla! severa te marca
Libertad con su sello divino;
De Iturbide el sangriento destino
Te reserva fatal porvenir.
Libertad fulminó vengativa
De este mundo á los héroes gigantes
Iturbide y Bolivar; y aun antes
El coloso de Francia cayó.
¿Y tú piensas, enano perjuro,
Quabrantar sin castigo las leyes?
¿La diadema ceñir de los reyes?....
¡Mengua eterna á tan negro baldon!

José María Heredia.

LA CAZA DE AMOR.

El arco en la mano,
A espalda el carcax,
Salió mi zagala
Al campo á cazar;
Y allí, tras robusto
Gigante baobal,
Al tímido gamo
Se puso á acechar.
La vi, y escondíme
En rudo zarzal;
Mas ella, creyendo
La presa encontrar,
La flecha en el arco
Levanta, y audaz
Dispara, me hiere
Y riendo se va.
Mas luego á la hermosa,
Cupido rapaz
Que al campo viniera
Tambien á cazar,
Oculto la espera,
La hiere al pasar;
Heridos quedando
Zagala y zagal.

Antonio Dominguez.

PENSAMIENTOS.

Las buenas maneras son los signos masónicos de la decencia en todo el mundo.

La fina educacion es la mitad del camino en cualquiera negocio.

La buena educacion es como el perfume de las rosas, se percibe desde lejos.

En una persona desaseada, hasta los pensamientos tienen mal olor.

Asearse con esmero, no es cuestion de opinion política, sino de higiene y de educacion.

Procurar parecer bien, es una prueba de estimacion de sí mismo.

El valor no es la bílis, pero sí es la dignidad.

Si veis á un hombre que se enfurece contra todo el mundo, abordadle sin cuidado, es un sér inofensivo.

La envidia es la impotencia irritada por el mérito ajeno.

El envidioso, á los hombres susceptibles causa cólera, á los reflexivos tan solo inspira lástima.

La envidia hace sufrir al envidioso mas que al censurado la censura.

Observad á las prostitutas, hablan mal de todas las mujeres; observad á los malvados, hablan mal de todos los hombres. Es un triste consuelo para esas dos clases de gentes.

Si la culebra pudiese hablar, seria el mayor calumniador del leon. Los hombres reptiles por eso persiguen con su lengua á las almas superiores.

Confesar el mérito de otro, es probar que uno lo tiene. Negarlo injustamente, prueba que no pudiendo uno elevarse, pugna por poner á todo el mundo á su nivel.

El celo, hijo de la desconfianza, es hermano de la credulidad.

El celo se espanta con poco y se convence con menos.

UNA PASION ITALIANA.

(CONCLUYE.)

—¿Cómo? exclamó. Cuando obro como pocos obrarian en mi lugar, ¿aun dudais?

—No, le contesté, no dudo ya. Comprendo lo noble é infinitamente generoso de vuestra conducta; pero me parece cobarde ese abandono......

—¿Acaso abandonais á la princesa cuando la amenaza algun peligro? interrumpió. ¿No os ofrezco que seguiré siendo para ella lo que he sido hasta hoy?

—Y bien, acepto, contesté.

—Entonces debo deciros que podeis partir dentro de unas cuantas horas, pues el marqués Castel-Nuovo siempre tiene alguna embarcacion ligera á su disposicion, de órden del gobierno austriaco. Mas como temo alguna celada de ese buen marqués, permitidme que no me separe de vos hasta que esteis á bordo de ese buque y que haya hablado con su capitan.

En efecto, el príncipe me acompañó á mi alojamiento, y al amanecer me hizo embarcar, con mi equipaje, á bordo de un ligero yatch. Ese buque debia llevarme á Ancona, y de allí pensaba yo partir para Génova.

Cuando estuvimos en alta mar, el capitan se acercó á mí y me dió una carta.

De parte del marqués Castel-Nuovo, dijo.

Hé aquí esa carta:

«Os prevengo, mi hermoso paladin, que haríais muy bien en no ir á Génova, pues tengo noticias fidedignas de esa ciudad, y Angiolina está á punto de olvidaros, lo que hará con tanta mas razon cuanto que no faltará quien le haga conocer vuestra traicion y la de Francesca.»

«CASTEL-NUOVO.»

Llegaba aquí mi amigo Alberto, cuando fué interrumpido por las oleadas de gente que atravesaba el gabinete en que nos hallábamos. El baile habia concluido. El tumulto inevitable en esos casos, las voces de las personas que se llamaban mutuamente con objeto de reunirse, los gritos de los cocheros, el rodar de los carruajes que partian produjeron tal ruido, que quedé aturdido un momento. Cuando me volví hácia mi amigo Alberto, este habia desaparecido, y buscándolo con la vista le distinguí dirigiéndose á un grupo, en cuyo centro se encontraba aquella Angela de quien hablé al comenzar esta historia. Comprendí que aquella noche no podria saber mas de Alberto, y me retiré reflexionando en la inconstancia de los sentimientos humanos.

Algunos dias pasaron, y mis ocupaciones me impidieron volver á ver á Alberto, y lo que hice fué comenzar á referir esta historia á los lectores del *Renacimiento*, con intencion de hacer mas adelante que se me refiriese el desenlace. Ultimamente encontré á Alberto en la calle:

—Me alegro de haberte encontrado, me dijo, pues mañana salgo para Veracruz con intencion de embarcarme para Europa, y no hubiera tenido tiempo de ir á despedirme de tí.

—Pero recuerda que me debes referir el desenlace de la historia......

—Te escribiré. Adios, que estoy de prisa.

Y desapareció. Aun estoy esperando que cumpla Alberto su promesa; en cuanto lo haga, lo comunicaré á mis lectores.

ROBERTO A. ESTEVA.

NOTA. Próximamente se publicará en el 2º tomo del *Renacimiento*, una novela intitulada LAS CUATRO SOTAS, en la que volverán á aparecer algunos de los personajes de UNA PASION ITALIANA.

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

(CONTINUA.)

Berrio, Francisco.
Berrio, Pedro.
Bermudez, Baltasar, casado con Dª Iseo Velazquez de Cuellar, sobrina de Diego Velazquez.
Bermudez, Agustin, alguacil mayor de Narvaez.
Bernal, Juan; pobló en Oaxaca.
Bonilla, Alonso de.
Borgoña, Estéban de.
Borja, Antonio de.
Briones, Pedro, capitan de uno de los bergantines.
Briones, Francisco.
Bustamante, Luis.
Calero, Diego; pobló en Michoacan.
Cano, Juan, marido de Dª Isabel Moctezuma y progenitor de la casa de Cano-Moctezuma.
Cantillana, Francisco.
Cantillana, Hernando, por quien se dijo el refran: *el diablo está en Cantillana.*
Cañamero, Juan.
Cansono, Diego; le mataron los indios en Oaxaca.
Cardonel, Alonso.
Carrascosa, Juan.
Carrillo, Jorge; pobló en Tetzcoco.
Carrion, Hipólito de.
Castaño, Juan.
Castillo, Diego del.
Castillo, Pedro. De estos Castillos á uno le decian por mote *el de los pensamientos*, y al otro *el de lo pensado.*
Cerezo, Gonzalo, paje de Cortés.
Cisneros, Juan, (á) Bigotes.
Cimancas, Pedro, vecino de Colima.
Corbera, Asencio.
Cordero, Gregorio.
Collazos, Pedro de.
Coronel, Juan.
Corral, Juan.
Cuadros, Pedro de.
Cuadros, Francisco.
Cuellar Velez, Juan.
Chavarrin, Bartolomé, vecino de Colima.
Chavelas, Francisco.
Chaves, Hernando.
Dávila, Rodrigo.
Dias de Medina, Bernardino.

Diaz Peon, Diego.
Diaz de Alcalá, Diego.
Dias Galafate, Francisco.
Diaz de Azpeitia, Juan.
Diaz de Peñalosa, Ruí.
Domingo, genovés.
Dominguez Arias, Francisco.
Duero, Andrés de.
Ebora, Sebastian de, mulato.
Escalona, Francisco, el Mozo.
Escalona, Pedro.
Escobar, Pedro, marido de Beatriz Palacios.
Espinosa, Rodrigo de.
Estéban, genovés.
Evia, Rodrigo de, vecino de Colima.
Fernandez, Juan, vecino de Colima.
Fernandez de Ocampo, Juan.
Flandes, Juan de.
Flores, Francisco, señor de Iguala.
Fuente, Hernando.
Fuentes, alférez de Narvaez; murió en el combate de Cempoallan.
Fuentes, Diego; pobló en Pánuco.
Galan, Juan.
Galeote, Gonzalo.
Gallego, Alvaro, sastre.
Gallego, Andrés.
Gallegos de Andrada Juan, casó con Dª Isabel Moctezuma, y del matrimonio provienen los Andrada-Moctezuma.
Gallo, Gomez.
Gamarra.
García, Alonso, albañil.
García, Diego.
García, Domingo.
García, Anton, pregonero.
García de Alburquerque, Domingo.
García de Beaz, Juan.
Garrido, Diego, vecino de Colima.
Garrido, Juan, negro, el primero que en México sembró y cogió trigo.
Garro, Pedro, capitan.
Garzon, Francisco.
Gerónimo, Martin.
Ginés, Martin.
Godoy, Gabriel.
Goleste, Antonio.
Goleste, Alonso.
Gollorin, Francisco.
Gomez, Alonso; vivió en Teopantlan.
Gomez, Pero, vecino de Colima.
Gomez de Jerez, Hernan, buen ginete.
Gomez de Almazan, Juan.
Gomez, Juan, barbero.
Gomez, Rodrigo.
Gonzalez de Portugal, Alonso.
Gonzalez, Bartolomé, herrero.
Gonzalez Ruí, regidor de México.
Gonzalez de Heredia, Juan.
Gonzalez de Trujillo, Pedro.
Gonzalez, Diego, poblador de Tasco.
Gonzalez de Nájara, Hernando.
Gonzalez, Juan, de Cádiz.
Grande, Francisco.
Guia, Juan, de Piedrahita.
Guia, Juan, negro de Narvaez que introdujo las viruelas en México.
Guerra, Martin.
Guidela, negro truhan de Narvaez.
Gutierrez, Alvaro, de Almodovar.
Gutierrez de Salamanca, Hernan.
Gutierrez, Diego, señor de la mitad de Tequixquiac.
Gutierrez, Pedro, de Segovia.
Gutierrez, Francisco, herrero.
Gutierrez, Pedro, de Valdelomar.
Guzman, Luis.
Hernandez de Alanís, Gonzalo.
Hernandez, Pero.
Hernandez Carretero, Alonso.
Hernandez, Blas.
Hernandez Niño, Diego.
Hernandez Balsa, Francisco.
Hernandez, Gonzalo, de Zamora.
Hernandez Rendon, Gonzalo.
Hernandez, Gonzalo, de Fregenal.
Hernandez Hermoso, Gonzalo.
Hernandez, Juan.
Hernandez, Martin, de Benalcazar.
Hernandez Roldan, Pedro.
Hernandez, Pedro, sastre.
Hernandez, Cristóbal, alguacil.
Hernandez, Cristóbal, portugués.
Herrera, Bartolomé.
Hurtado, Alonso, espía de Narvaez.
Irejo, Alonso Martin.
Jara, Cristóbal, señor de la mitad de Axuluapa.
Jerez, Pedro de.
Jimenez, Alonso, de Sevilla.
Jimenez de Herrera, Alonso.
Jimenez, Francisco, escopetero.
Jimenez, Juan; murió en la noche triste.
Jimenez, Juan, de Trujillo.
Juan, vizcaino.
Juan, molinero.
Juan, Paje.
Lara, Juan.
Lázaro, Martin.
Ledesma, Juan.
Leon, Juan, clérigo.
Leon, Andrés de.
Leon, Diego.
Leon, Gonzalo.
Lerma, Lope.
Lezcano.
Limpias Carbajal, Juan.
Limon, Juan.
Lobo de Sotomayor, Ruí, señor de Acanapécora en Michoacan.
López, Alonso, poblador en Jalisco.
López, Alonso, de Vaena.
López, Andrés, de Sevilla.
López, Anton, vecino de Colima.
López, Francisco, de Luguerra.
López, Garcí, clérigo.
López de Avila, Hernando, señor de Cuicatlan.
López, Francisco; vivió en Guatemala.
López, Juan, de Ronda.
López, Pedro, de Palma.
Lorenzo, genovés.
Lozano, Pedro.
Lozano, Francisco.
Lozano, Juan.
Loza, Pedro de.
Lozana, Pedro de.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

REVISTA TEATRAL.

Explorando yo, lector amigo, la opinion del pú-lico de Iturbide, tocante á *El mal apóstol y el buen adron*, drama estrenado en la noche del domingo iltimo, debo declararte que pocas veces y sobre po-as materias he hallado tan completa divergencia omo acerca de la obra de Hartzembusch. Tiénen-a los unos por excelente, táchanla los otros de ansada y endeble; niñas hubo que la calificaron le *pastorela para viejas*, así como hubo niñas á quie-es conmovió profundamente, sin que me sea dado oder determinar hasta qué punto tuvo ó no tuvo nfluencia en ello el espíritu zarzuelesco y canca-ero. Ni aun entre la gente literata pude hallar uni-ormidad de juicio, con todo y ser ella la que mas lementos tiene para apreciar las bellezas de una omposicion dramática: quién, conformándose con a opinion de un distinguido escritor español, dice ue esta obra, como la mayor parte de las de Hart-embusch, es mas académica que teatral, más para eida que para representada; quién, por el contra-io, afirma que de una y de otra manera merece el plauso y la admiracion; quién, por último, asegu-a no haberse hecho cargo de ella por solo la repre-entacion del domingo. Por mi parte, lector mio, lebo hacerte la sincera confesion de que al pesar os fundamentos de tan diversas opiniones, no dejó le vacilar mi propio dictámen, inclinándose ya á ın lado, ya hácia el otro, de tal suerte que no me s posible ahora formular mi humilde juicio de una nanera neta y explícita. La verdad es, que el *Mal póstol* pertenece á ese género de obras de suyo tan lelicadas, que exigen para que su mérito sea cono-ido y apreciado, un desempeño inteligente aun por arte de los simples comparsas; sin el hábil con-urso de todos y cada uno en su respectiva línea, alta la armonía del conjunto, trúncase el efecto, asan desapercibidos los primores, y la obra langui-lece y muere. En obras de esta clase no basta pa-a el buen éxito que los principales actores inter-reten atinadamente sus respectivos caractéres, co-no no asegura el triunfo en un combate la sola ericia de los capitanes: un actor secundario que lesquicia á su personaje, un comparsa torpe y mal erjeñado, un juego de telones hecho fuera de opor-unidad, bastan para matar la obra mas perfecta, carreándole un injusto descrédito. Si tal sucedió l domingo con el *Mal apóstol*, si la premura con ue se puso en escena una obra que exigia mas nu-nerosos y prolijos ensayos, influyó en que el éxito o fuese tan lisonjero como anhelaba la buena vo-untad de aquella Compañía, justo es suspender el uicio acerca del drama de Hartzembusch en sí, y cerca de su desempeño en el teatro Iturbide. In-línome á ello, esperando oir otra vez en mejores ondiciones los bellísimos versos del ilustre poeta spañol, y reservando para entonces el exámen crí-ico que la obra merece.

Llegó ya á la capital la Sra. Civili, calificada de eminente artista por quienes han tenido ocasion de apreciar su talento, así en el otro continente como en el nuestro; ya los amantes del arte verdadero han dado el saludo de la bienvenida á la hermosa dama que hoy nos visita, y que viene á recoger en nuestra escena una corona de ese mismo laurel con que tan gustosamente hemos ceñido las sienes del gran Valero y de los que como él han recibido del cielo la sacra inspiracion. A la hora en que esto leas, ya tu inteligente aplauso habrá sancionado en la capital de la República la gloriosa fama que precede á la eminente artista italiana, á quien deseo una serie no interrumpida de halagüeños triunfos.

M. Peredo.

Julio 13 de 1869.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

JUNIO.

(CONTINUA.)

20

1660.—Se tuvo noticia en esta capital de la muerte del conde de Salvatierra, que fué virey durante los años de 1642 á 1648. Segun Alaman, gobernó con moderacion y justicia. En el convento de San Francisco de esta capital se le hicieron honras muy suntuosas el 28 del mismo mes y año.

1790.—El virey Revillagigedo pasó revista en palacio á todos los operarios de la casa de moneda, que eran como 500 hombres.

En el mismo dia, y en el patio del propio palacio, se probó una bomba de incendio, que se dijo ser muy buena.

1811.—El Lic. D. Ignacio Aldama es fusilado en Monclova. Hermano de D. Juan, tuvo el grado de mariscal de campo y fué nombrado embajador cerca del gobierno de los Estados-Unidos. El gobierno español dió tal importancia á su persona, que lo exceptuó, así como á los otros caudillos de la independencia, del indulto concedido á los que abandonasen las filas de los insurgentes.

1813.—Los patriotas de Béjar, mandados por D. Bernardo Gutierrez, atacan y derrotan completamente, en un lugar llamado el Alazan, en las inmediaciones de aquella ciudad, á mas de 1,000 hombres de caballería mandados por el infame Elizondo. Este logró escapar con unos 400 hombres.

1826.—Murió en Burdeos, pobre y destituido de sus empleos y condecoraciones, el quincuagésimo cuarto virey de México D. Miguel José de Azanza.

1856.—Decreto declarando ocupacion la que solo habia sido intervencion de los bienes eclesiásticos de la diócesis de Puebla.

1861.—Se abrió de nuevo al público la iglesia de San José, que habia sido arruinada por el terremoto de Junio de 1858.

21

1527.—El ayuntamiento de México ordena que ningun oficial que usase su oficio en la ciudad, juegue los dias de trabajo á los bolos ó á la pelota, pena la primera vez de diez pesos de oro, la segunda veinte pesos y veinte dias de cárcel, y por la tercera destierro perpetuo de la ciudad.

1785.—Este dia y el siguiente se representaron en esta capital dos comedias, gratis, en celebridad de la llegada del virey conde de Galvez. Las piezas representadas fueron *El desden con el desden* y *El enemigo de las mujeres*.

1789.—Auto de fé en la iglesia de Santo Domingo, en el que sacaron cuatro blasfemos, un celebrante y un hereje, con su sambenito. El auto duró hasta las tres de la tarde, y al dia siguiente fueron sacados los reos por las calles acostumbradas, recibiendo doscientos azotes.

1793.—Se estrenó en esta ciudad la escuela de niñas establecida en el colegio de las Vizcainas.

1801.—Fuertes lluvias que duraron varios dias, ocasionando innumerables pérdidas en diversas poblaciones de la provincia

del Nuevo Santander, hoy Estado de Tamaulipas. En punta de Lampazos cayeron cuarenta y cuatro casas; 15,000 cabezas de ganado menor perecieron en la inundacion, perdiéndose todas las sementeras.

1856.—En el Estado de San Luis Potosí se subleva D. Manuel Céspedes, posesionándose de Rio-Verde.

1867.—Las tropas que sitiaban la capital, al mando del general Porfirio Diaz, entran en la ciudad.

—En la misma fecha el cuartel general nombró una comision municipal que funcionó como ayuntamiento, siendo su presidente el Lic. D. Antonio Martinez de Castro.

22

1564.—En carta de esta fecha, el virey D. Luis de Velasco, enemigo del segundo marqués del Valle, informó á Felipe II, que segun la cuenta formada por el libro de tasas, existian en los pueblos del marquesado mas de sesenta mil indios que debian producir 84,387 pesos de renta anual, cantidad que superaba en cuarenta y siete mil y tantos pesos á la primera concesion hecha á D. Hernando Cortés. Tal vez esta carta fué una de las causas que contribuyeron á la conjuracion que se llamó del marqués del Valle.

1694.—Se observó en México un eclipse de sol.

1754.—Para comenzar á construir la iglesia de la Enseñanza se compraron en 39,000 pesos las fincas que estaban en el lugar que hoy ocupa dicho templo. El convento sirvió de prision algunos meses, y hoy es palacio de Justicia.

1811.—El general mexicano Rayon es atacado en las lomas de los Manzanillos, cerca de Zitácuaro, por los españoles al mando de Emparan: estos fueron obligados á retirarse con pérdidas considerables.

1858.—El general Pueblita ataca la ciudad de Guanajuato.

23

1524.—Entran en esta capital los religiosos franciscanos, siendo la primera órden monástica que se estableció en el país.

1526.—Los dominicos entran en México, alojándose en el convento de San Francisco.

1687.—Murió en la cárcel de corte el caballero de Cristo D. Antonio Sousa; se cree que fué ejecutado en secreto por ladron de camino real, pues se enterró en Santo Domingo á puerta cerrada.

1691.—Se mandó abrir un puente en la calzada de Guadalupe y la compuerta de Villasegura, porque estaban expuestas á inundarse las monjas de San Juan.

1786.—En este dia ajusticiaron en el Egido de la Acordada seis hombres, tres ahorcados y tres agarrotados, quemando despues sus cadáveres.

1850.—Tratado entre México y los Estados-Unidos sobre el istmo de Tehuantepec, firmado por los comisionados D. Manuel Gomez Pedraza y Mr. R. P. Letcher.

1857.—Las fuerzas pronunciadas que acaudillaba D. Tomás Mejía, capitulan en la cuesta de la Calentura. El general Rosas Landa mandaba las tropas del gobierno.

1861.—El general D. Leandro del Valle es fusilado en el monte de las Cruces. Nació en esta capital el 27 de Febrero de 1833.

1865.—Fueron muertos en Zitácuaro el general Pueblita y el comandante Salas.

24

1664.—El Popocateptl arroja una gran cantidad de humo, lo que no se habia visto desde 1530.

1666.—Se estrenó el cimborrio de catedral, y en la tarde se hizo la jura del rey Cárlos II.

1685.—En la tarde de este dia, y á pesar de la lluvia, se puso por el arzobispo Aguiar y Seijas la primera piedra de la iglesia de San Bernardo.

1786.—Se ejecutaron en el Egido, con la *pena de fuego*, tres reos, por el real tribunal de la Acordada.

1794.—Se abrió la calle de Revillagigedo. Un diario de la época se expresa así: "Se abrió una calle por órden del virey, desde la esquina que llaman de Castera á la Alameda, á la cual se le dió el nombre de *calle de Revillagigedo*, y con él es hoy conocida, y se abrió en un dia."

1856.—El gobernador de Jalisco D. Ignacio Herrera y Cairo se niega á entregar el mando al comandante general D. José Guadalupe Montenegro.

25

1671.—En la albarrada de San Lázaro quemaron dos mulatos y tres negros, que fueron traidos del obraje de Juan de Avila, en el pueblo de Mixcoac.

1767.—Expulsion de los jesuitas. Para dicha expulsion se publicó el siguiente bando: "Hago saber á todos los habitantes de este Imperio, que el Rey nuestro Señor, por resultas de las ocurrencias pasadas, y para cumplir la primitiva obligacion con que Dios le concedió la Corona, de conservar ilesos los Soveranos respetos de ella, y de mantener sus leales y amados Pueblos en subordinaciou, tranquilidad y justicia, ademas de otras gravísimas causas que reserva en su Real ánimo; se ha dignado mandar, á Consulta de su Real Consejo, y por Decreto expedido el veintisiete de Febrero último, se *extrañen de todos sus Dominios de España é Indias, Islas Philipinas y demas adyacentes, á los Religiosos de la Compañía, assí Sacerdotes, como Coadjutores ó Legos, que hayan hecho la primera Profesion, y á los Novicios que quisieren seguirles; y que se ocupen todas las temporalidades de la Compañía en sus Dominios.* Y habiendo S. M., para la ejecucion uniforme en todos ellos, autorizado privativamente al Excmo. Señor Conde de Aranda, Presidente de Castilla, y cometiéndome su cumplimiento en este Reino, con la misma plenitud de facultades, asigné el dia de hoy para la intimacion de la Suprema Sentencia á los Expulsos en sus Colegios, y Casas de Residencia de esta Nueva-España, y tambien para anunciarla á los Pueblos de ella, con la prevencion de que, estando estrechamente obligados todos los Vassallos de qualquiera dignidad, clase y condicion que sean, á respetar y obedecer las siempre justas resoluciones de su Soverano, deben venerar, auxiliar y cumplir esta con la mayor exactitud y fidelidad; porque S. M. declara incursos en su Real indignacion á los inobedientes, ó remisos en coadyuvar á su cumplimiento, y me veré precissado á usar del último rigor, y de execucion Militar contra los que en público, ó secreto hizieren, con este motivo, conversaciones, juntas, asambleas, corrillos, ó discursos de palabra, ó por escrito; pues de una vez para lo venidero deben saber los Súbditos de el gran Monarca que ocupa el Trono de España, que nacieron para callar, y obedecer, y no para discurrir, ni opinar en los altos assumptos del Govierno. México, veinticinco de Junio de mil setecientos sesenta y siete."—"El Marqués de Croix."

1782.—Hubo una junta en Palacio, á la que concurrieron doce personas, y en la que se trató, por primera vez, de negocios relativos á la Academia de San Cárlos.

1792.—Fué asesinado en Mérida D. Lúcas de Galves, capitan general de Yucatan.

1856.—Decreto sobre desamortizacion de bienes de corporaciones.

26

1523.—Cárlos I de España expide real cédula para imponer una contribucion llamada tributo, á los indígenas del Nuevo Mundo

1650.—Entró en esta capital el visitador D. Pedro de Galves, y se alojó en la calle del Reloj, en la casa que fué de la marquesa de Villamayor.

1727.—Benedicto XIII, por bula de esta fecha, ordena que en el convento de Corpus-Christi, de esta ciudad, solo se admitan indias caciques y nobles, y no españolas.

1785.—A las dos y media de la mañana se sintió en México un temblor de tierra.

1811.—Fueron fusilados en Chihuahua los patriotas D. Ignacio Allende, generalísimo; D. Juan Aldama, teniente general; D. Mariano Jimenez, capitan general, y D. Manuel Santa María, mariscal y gobernador de Monterey.

27

1650.—A las tres de la tarde de este dia llegó á Chapultepec el virey conde de Alba de Liste, donde fué recibido por el corregidor y regimiento de esta ciudad.

1689.—A las diez y media de la mañana se sintió en México un temblor de tierra.

1698.—Se fugaron de la cárcel de corte ocho presos, tres de ellos fueron aprehendidos y castigados con doscientos azotes.

1788.—Como á las dos de la tarde de este dia se sintió en México un temblor de tierra.

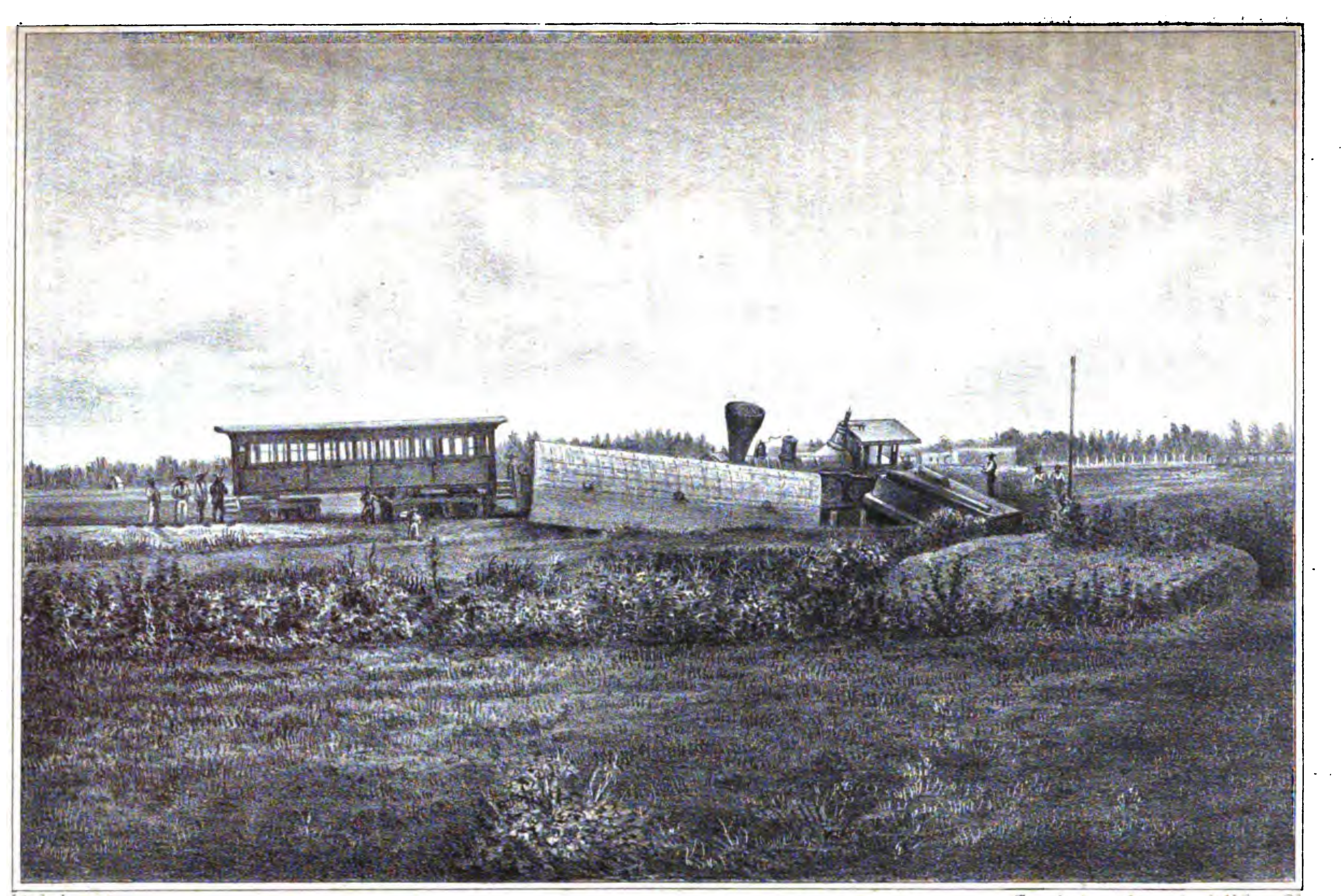
1811.—Fueron fusilados en Chihuahua los patriotas D. José María Chico, abogado; D. José Solís, intendente de ejército; D. Vicente Valencia, director de ingenieros; y D. Onofre Portugal, brigadier.

1814.—Murió en batalla, junto á Coyuca, el valiente gefe D. Hermenegildo Galeana.

1843.—Por decreto de esta fecha se mandó demoler el Parian.

IGNACIO CORNEJO

(*Continuará.*)



Lit. de Iriarte. Tomada de una fotografía de Vallejo y Cª

FERRO-CARRIL DE TLALPAM.
Catástrofe del 15 de Julio.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

La Sra. Civili en el gran teatro Nacional.—Las primeras representaciones.—El público juzgado por un personaje muy severo.—Siguen las aventuras del ferrocarril de Tlalpam.—Un yankee.—Bibliografía.—«Violetas,» Semanario de literatura publicado en Veracruz.—«Memorias de Maximiliano» traducidas por D. Lorenzo Elízaga.—Las mismas, traducidas por D. Luis Mendez y D. José Linares.

México, Julio 24 de 1869.

La eminente actriz italiana, Sra. Civili, se ha presentado ya en la escena del gran teatro Nacional, y ha ejecutado los dramas *Sor Teresa*, *María Estuardo;* las tragedias *Epicaris*, *Sofronia* y la comedia *La casa de campo*.

Los elogios que de su talento artístico se nos habian hecho, no han sido exagerados; antes, en nuestro concepto, han quedado inferiores á la verdad. La Civili es una artista en toda la extension de la palabra, posee inmensas facultades, domina las dificultades de sus escabrosos papeles y cautiva á su auditorio.

Hasta ahora, cada representacion ha sido un triunfo para ella, y el entusiasmo público ha ido creciendo cada vez que se le admira un nuevo rasgo, cada vez que se estudia un nuevo detalle de su juego escénico, cada vez que se examina una nueva faz de su carácter dramático.

Se estrenó con *Sor Teresa*, drama que hizo un pobre abate italiano, que por lo visto no es un Alfieri. La pieza es malísima, llena de inverosimilitudes, de diálogos eternos, de golpes teatrales torpes, y por último, que tiene un estilo banal, pesado y de una vulgaridad deplorable. Con todo, el asunto es bueno en el fondo y se presta á una fábula dramática, que un ingenio superior podria aprovechar con buen éxito; pero el infortunado abate no hizo con él sino una lastimosa composicion.

Pues bien; representando semejante drama, cualquiera actriz mediana habria fracasado con seguridad, habria sido silbada en todas partes; la Civili solo ha sido capaz, no solo de salvar al autor sino de levantar la pieza, hacer olvidar su deformidad y obtener un triunfo espléndido y ruidoso.

Al salir á la escena la hermosa actriz, con solo presentarse fascinó desde luego. Era una monja majestuosa, bella, que mostraba en el semblante pálido y marchito las huellas profundas de un sufrimiento recóndito, constante, mortal. El público la saludó con entusiasmo.

Despues, en las escenas que siguieron, pudieron contarse las salvas de aplausos por docenas; el público condenaba el drama y admiraba á la artista.

Parece que con la intencion de dar una gran prueba de su mérito, la empresa habia querido designar el drama *Sor Teresa* para la primera representacion.

Si así fué, logró su objeto completamente.

En la segunda funcion dióse *María Estuardo*, drama del ilustre poeta aleman Schiller, traducido al castellano con la supresion de algunas escenas. Entonces sí pudo verse á la trágica á la altura de una obra magnífica, y el triunfo que obtuvo fué mayor que el de la noche pasada. Se conoce que desempeñaba su papel con entusiasmo, porque debe suponerse que los artistas trabajan con mayor gusto cuando interpretan un gran pensamiento, que cuando tienen que dar vida á un papel raquítico y absurdo.

En *Epicaris*, tragedia muy mediana tambien, puede decirse que la Civili estuvo superior con mucho á la obra; y con aquella muerte por envenenamiento, cuyos detalles fueron de una verdad aterradora, la admiracion del público fué inmensa.

En *Sofronia*, tragedia en un acto, de Zorrilla, la Civili se elevó hasta la sublimidad. Guardamos para una revista en forma nuestro estudio dramático sobre la pieza y la representacion, remitiendo por hoy á nuestros lectores á la concienzuda y elegante crítica de Manuel Peredo, que probablemente aparecerá en este número, ó con seguridad en el siguiente. Nos contentamos con referir que los aplausos fueron repetidos durante la representacion, y que al final de ella la Civili fué llamada á la escena tres veces consecutivas, honor que ninguna artista ha tenido en el gran teatro Nacional, de cinco años á esta parte, y que muy rara vez dispensa el público inteligente de México, aun en sus momentos de extravío y de aberracion, como por ejemplo cuando profesa exageradas simpatías á los zarzuelistas ó á los bufones.

Despues, el público se sorprendió. Habia admirado en la Civili á la trágica, y se resistia á creer que sus dotes, que solo parecian aplicables al gran género, pudiesen tambien aprovecharse en los papeles ligeros y graciosos de la comedia. Al menos, no es lo comun.

Pero las dudas se disiparon. La Civili en la *Casa de campo* es inimitable, particularmente en el tipo de la cantatriz francesa, que no creemos se pueda hacer mejor, pues la Civili reune para desempeñarle dos cualidades que le son peculiares: habla frances con la misma facilidad con que habla castellano y con que maneja su lengua propia que es la italiana.

Así es que el tipo sale perfecto.

La ovacion que el público le tributó fué no menos que la anterior en *Sofronia*. La Sra. Civili debe estar contenta. Ninguna artista antes que ella ha recibido mas pruebas del entusiasmo de los mexicanos.

Hasta los mas desdeñosos respecto del género dramático, hasta los que hacen gala de despreciarlo todo, hasta los que se creen en el *nec plus ultra* del buen gusto en materia de arte, han estado satisfechos y no han podido menos de confesarse vencidos por el mérito indisputable de la Civili.

Nosotros, ¿qué tenemos que decir? Somos idólatras del arte dramático, y si no nos juzgamos infalibles en nuestro gusto, evidentemente no nos hacemos el poco favor de considerarnos iguales á esos especieros para quienes la jerigonza de una música extravagante ó las bufonadas groseras de un his-

trion, encierran la sublimidad de la belleza artística.

No: nosotros nos consideramos un poco arriba de ese estado intelectual que se necesita para ir al teatro á abrir las quijadas en una risa tan estúpida como el placer que la produce.

Nosotros creemos que el teatro tiene una mision altamente civilizadora y moral, y que en un pueblo que quiere pasar por culto, es preciso que se mantenga digno de su carácter, y no se profane, ni se degrade admitiendo en sus tablas espectáculos que solo la perversion del gusto y la decadencia de las buenas costumbres han dejado subir desde el entarimado del *café cantante*, ó la tienda de lona de la feria, hasta la majestuosa escena del teatro dramático.

Nosotros creemos firmemente en el porvenir del arte en México, aunque suframos desazones al ver esta indiferencia para lo útil y lo bello, y este entusiasmo por lo malo y nocivo que reinan hoy desgraciadamente en una gran parte del público mexicano.

Vendrán mejores dias, y compóngase ó no se componga la isla de Cuba, volverán á pasar el mar, abandonando nuestro suelo, los misioneros de corrupcion y de mal gusto que el estado actual de la perla de las Antillas nos ha arrojado á docenas, para desgracia del arte dramático.

Así pues, nosotros hemos saludado con gusto la aparicion de la Civili en la escena mexicana, porque ella, aunque sea de paso, nos mostrará las tradiciones del buen teatro, y dejará útiles lecciones á nuestros artistas, al mismo tiempo que contribuirá á la educacion del público.

Por esa razon fuimos tambien apasionados admiradores del eminente D. José Valero, que tanto bien nos hizo, y á quien vimos alejarse con el mayor pesar, no solamente porque era nuestro amigo, sino porque era un apóstol de civilizacion y de moralidad, y un excelente maestro.

Por esa razon tambien sentimos que Arjona, que trabajó en nuestro teatro durante el imperio, se hubiera visto abandonado, desdeñado, segun nos cuentan, pues que semejante acogida le debe haber dado una muy triste idea de la ilustracion mexicana.

Teniendo estas opiniones, no pudimos menos de sorprendernos cuando habiendo salido á fumar á los corredores del teatro, se nos acercó un amigo nuestro muy querido, y que nos trata con una franqueza que mas de una vez nos ha sido útil, y nos dijo bruscamente:

—Y bien, ¿qué dices de esto?

—¿Qué he de decir? Estoy contento; tú sabes muy bien que soy apasionado del arte dramático.

—Pues mira: justamente por tal razon extraño mucho que en tu última revista te hayas mostrado un poco aficionado á la zarzuela.

—¡Yo aficionado á la zarzuela! ¡Hombre! no sé de qué lo hayas podido deducir.

—Lo deduzco de tu manera de hablar de la compañía que ha salido del teatro Nacional; hay algo de agua de rosa en tus palabras y en tu despedida, se diria que sientes que se vaya; te muestras poco cuerdo en alguna opinion sobre ciertos artistas, eres inconsecuente, en fin, contigo mismo, que nunca has estimado como bueno y útil este género de diversiones, desde que escribias revistas con el seudónimo de *Próspero*, cuando estaba aquí la compañía de zarzuela de Villalonga y Reig. Entonces llamabas á la zarzuela la *chinaca del arte*.

—Hijo mio, respondí, habrás observado que yo, gacetillero cortés ante todo, acostumbro tratar bien á todos los que trabajan en el teatro, y hago una distincion entre el individuo considerado socialmente y el artista. Tal vez me veo obligado á censurar á este; pero guardo la consideracion debida á su carácter personal, porque creo que no entra en el dominio del escritor público. Ahora bien; cuando un actor, zarzuelista, acróbata ó payaso se marcha de México, lamento su partida ó me alegro mucho de ella, segun que creo que el género que cultivaba nos era útil ó perjudicial; pero siempre consagro algunas palabras corteses y afectuosas al individuo que, procurando ganar el pan honradamente, se ha dedicado á un ejercicio que civiliza mas ó menos, que divierte mas ó menos. Tengo en consideracion entonces que los hombres ó las mujeres que han tomado tal profesion, no han creido seguramente mas que hacer bien; no han sospechado que perjudicaban á la moral, ni al buen gusto, ni al arte. Tal vez no han tenido facultades para otra cosa que para aquella á que se han consagrado, y deseosos de procurarse una modesta fortuna, ó solamente los recursos para vivir, han hecho esfuerzos por captarse las simpatías del público, buscando tambien gloria y renombre los verdaderos artistas, y solamente dinero los que no lo son. De todos modos, el individuo es estimable para el público, y en tal concepto, acostumbro dirigir tiernos adioses á los que se van, sin que tal enternecimiento indique preferencia por el género que cultivan, pues cuando quiero expresarlo así, me sobran palabras para declararlo, como lo hice á la partida de Valero.

Con los demas he cumplido un deber de cortesía, que me importa muy poco agradezcan ó no, pues ya supondrás que ellos no le darán valor ninguno, ni yo mismo creo que le tengan mis pobres escritos.

Así hablé de Villalonga y Reig cuando partieron para el Interior, así de Sanchez Ossorio cuando salió para Toluca; de Castillo, de Eduardo Gonzalez, de los Nelson, de todos, en fin, los que cultivando su arte mas ó menos mal, ó mas ó menos bien, nos han entretenido algunas noches. Te ruego, pues, que tomes mis palabras en su verdadero valor.

—Quedo satisfecho, me dijo mi amigo, y te absuelvo despues de tu explicacion. Ahora, escúchame. Tú has referido en tu última revista lo que opina un hombre que llamas *serio*, acerca del público mexicano.

En efecto, su opinion es sensata; pero me parece muy azucarada, es decir, muy suave, muy indul-

tlapiques y de los *axolo*
el P. Alzate, con los ᴗo para congraciarse con todos.
de trabar conocimie menor, no ha de haber juicio
Naturalmente ne se lleve á su juzgado, que no
agitacion nos pusprudente arreglo; si es agente de
y echamos á ano ha de haber enlace que no lleve á
Pane, donde unra, no ha de haber pecado mortal que
un puesto de grano de anís: tiene una flema el buen
mento en unle envidio. ¿Te acuerdas del Cándido de
Despue Pues el alma de maese Pangloss debe ha-
noxtitlanmetido en el cuerpo, con su optimismo sis-
Al eto, ó bien la del discípulo Cándido con su in-
muchale bobería.
tos —¡Hombre, no hables así, que es un hombre res-
cotable!
vi —Respetable ó no, lo mismo da: yo gusto de abordar las cuestiones con franqueza y de *llamar al gato, gato*, como Boileau.

Ahora bien: dejando aparte lo que dice sòbre las señoras de México, pues en eso estoy de acuerdo con él, y les hago justicia, debo manifestarte que en algunas cosas no tiene razon.

Pase lo del carácter del público en las grandes capitales, como Paris, Lóndres, Viena; pase tambien lo de la antigüedad del género bufo, y detengámonos en aquello de que el gusto del público mexicano no está formado aún.

Brava disculpa para justificar sus inclinaciones, su versatilidad y su falta de criterio!

¿Pues qué tiempo necesita un pueblo para formar su gusto?

Seguramente que tu hombre serio no quiso hablar del pueblo pobre, porque entonces le concederia yo razon. El pueblo pobre carece de instruccion, y mal ha podido recibirla en un país agitado continuamente por las revoluciones, y en que los gobiernos no han podido invertir gran parte de las rentas públicas en abrir escuelas, y difundir así la ilustracion en las clases menesterosas.

Este pueblo no concurre al teatro nacional, porque lo subido de los precios de entrada le cierra las puertas. El pobrecito se contenta con su teatro de Hidalgo, con su jacalon de Recabado, con sus circos ó con la Alameda.

Debió haber hablado del pueblo que posee bienes de fortuna, del pueblo que teniendo una educacion regular, y medios de divertirse, concurre á los teatros principales de la capital.

Pues bien; este público á quien tú llamas algunas veces *legion perpetua*, me parece que ha tenido ya el tiempo suficiente para concluir su educacion en materia de arte, me parece que ha visto buenos modelos para poder comparar, y ha recibido suficientes lecciones para tener criterio.

En el género lírico ha oido á excelentes cantantes, y ha saboreado las composiciones clásicas de la escuela italiana, de la alemana y de la francesa. Conoce el estilo de Rossini, de Bellini, de Verdi, conoce el de Mozart y el de Meyerbeer, conoce el de Auber y el de Gounod. Todavía mas; este público que tiene el instinto de lo bueno en música, va despues de oirlas en el teatro, á repetir en los salones las mas hermosas piezas de los grandes maestros, y las interpreta con facilidad y destreza. El público de México es conocedor.

En el género dramático conoce las obras de Quintana, de Moratin, de Breton, de Hartzembusch y de Tamayo; conoce bien traducidos los dramas de Victor Hugo y de Casimiro Delavigne, las comedias morales de Emilio Augier y de Victoriano Sardou; conoce, en fin, lo bueno de esta época teatral, sea de la escuela que se llamó romántica, sea de la escuela moderna.

Y bien; con lo que ha visto hay lo bastante para formarse el gusto y para saber distinguir lo que le aprovecha y lo que le daña.

¿Por qué, pues, explícame, al cabo de tantos años de estar conociendo lo bueno, si sabe que en el teatro solo puede oirse la gran música puesto que deleita y enseña, y verse la buena comedia ó el drama, puesto que corrigen aterrando ó satirizando, no protege estos espectáculos y corre delirante á aplaudir la zarzuela, que ni deleita, ni enseña, ni corrige, porque es un género bastardo? ¿Por qué se precipita en los salones de títeres, que en otros países solo frecuentan las nodrizas, las niñeras y los muchachos tontos?

¿Por qué despues de haber oido á la Sontag, á la Alba, á la Peralta, á Salvi, á Beneventano, á Marini, á Padilla, y de haber visto á Valero, á Arjona, á Matilde Diez, ha de venir á parar en admirador de las armonías de la zarzuela, de las contorsiones del *cancan* ó de las gracias de Pioquinta?

Es para arrancarse el escaso mostacho que Dios nos dió. Pero es la verdad, amigo; el público es modorro ó está pervertido, y ambos extremos no hablan muy alto que digamos en favor suyo.

Tienes la prueba de lo que digo en el abandono en que se dejó á Arjona, en que cuando trabajaba Valero en el Nacional, se quedó sin gente en el último abono, por haber llegado á Iturbide la mala compañía de zarzuela de Villalonga y Reig, y por último, en que no cabia la concurrencia en el teatro cuando se daban Galatea ó los Dioses del Olimpo, y en que ahora hay muy poca gente cuando la Civili nos hace contemplar los primores del arte dramático.

Ahora que hablo de Villalonga, te referiré la opinion de uno de los zarzuelistas de aquella compañía, que indica perfectamente el gusto público.

—Amigo X*** le dijo una vez un sugeto, está vd. inconocible. Yo he visto á vd. desempeñar perfectamente algunos papeles en la compañía de Arjona y ahora me parece vd. atrasado, no estudia vd.

—¡Ca! respondió el zarzuelista, qué voy á estudiar. Yo he comprendido que eso no vale para nada. En efecto, cuando vine con Arjona, creia yo ser un actor regular, estudiaba yo, dirigíame el distinguido actor, y trabajábamos con empeño y con el deseo de honrar el arte........ y ya vd. vió, el teatro estaba solo y no teniamos pesetas. Hoy, yo sé que canto mal, pues es claro, canto de los diablos; no

estudio, hago cabriolas, me tiene sin cuidado el apuntador, y yo suplo, ó quito ó corrijo lo que quiero.... yo no honro al arte, yo lo profano, yo lo insulto; pero, amigo, el público no cabe en el teatro, el público aplaude á rabiar, y mis bolsillos están repletos.

¡Vaya vd. ahora á buscar gloria! Zarzuela y patacones, *esta es la fija.*

¡Qué triste es para nuestro público semejante razonamiento!

De modo que puedes decir á tu hombre serio que no se ande con mieles, ni con lisonjas. El público mexicano tiene formado ya su gusto, pero lo ha pervertido. Lo que debe decirse es que merece una distincion. Una parte de él es inteligente, ilustrado, y conserva bien las tradiciones de lo bello: esa parte es la que ves ahora en el teatro.

Cuenta, hijo, cuenta á las personas del patio, apúntalas en una lista, y luego vuelve tus ojos á los palcos. Las familias que en ellos están, deben ser lo granado de la sociedad ilustrada de México.

Otra parte del público es la que podemos llamar *el público de Galatea y de los Dioses del Olimpo.*

Esa falta, y solo viene cuando las actrices salen medio desnudas y bailan *cancan* y dicen que tienen *el furor de las bacantes.*

—Chico, no seas severo; debes pensar que hay miseria, que las quincenas se retrasan, que los negocios......

—Déjate de cuentos: ¿Qué tienen que ver los ricos con las quincenas, ni con la miseria, ni con los negocios? Eso cuando mas podrá decirse de los pobres pelaires que dependen del Tesoro; pero de los propietarios...... Mira, para probar que su falta de gusto es la que les impide venir, trae de nuevo á la compañía de zarzuela, y anuncia *Galatea.* Verás si la miseria y las quincenas y la falta de negocios impiden venir á todo el mundo. Desengáñate. Aquí no todo lo que brilla es inteligencia.

—Pero piensa en que las gentes entristecidas durante el dia con sus asuntos, no quieren entristecerse tambien en las noches, sino disipar un poco su mal humor.

—Hijo, esa es una vulgaridad que todo el mundo repite y que da vergüenza oir. El arte distrae siempre, á no ser que me pruebes que solo lo malo y lo inmoral y lo chavacano entretienen el espíritu. Por otra parte, ¿acaso en Paris no hay negocios? ¿acaso cuando se va al teatro frances á ver las obras clásicas, es que se ha pasado el dia en la ociosidad? En Lóndres, cuando las gentes corren á ver los dramas del gran Shakespeare, ¿es acaso porque estuvieron divirtiéndose todo el dia en la taberna?

No parece sino que esas gentes de México salen de la cárcel para ir al teatro, ó ganan un jornal en las fábricas, que las deja llenas de fatiga.

Muy al contrario: en Paris, solo van á ver bailar *cancan* las *biches* ociosas y los *gandins* á quienes mantienen sus familias. Es la holganza aburrida que busca una distraccion inmoral, un excitante, un afrodisiaco.

Pero alzan el telon...... ¿vamos? No te olvides de tomar nota de palcos y patio, y en tu revista próxima publica el nombre de esas personas, para honor de la ilustracion mexicana.

Las aventuras del ferrocarril de Tlalpan continúan tan divertidas como siempre, y el público mexicano se distrae con los descarrilamientos y caidas de los trenes en las acequias, como podría distraerse con las bellaquerías de un caballo cerrero.

La famosa *burra de Balaam* cada dia se... mas caprichosa, mas arisca, mas endiablada... nuestra... se contentaba con plantar á sus ginetes en... antes del camino, para que se fueran por donde les dió la gana; hoy, no bastándole tan mediana diversion, deja caer en las acequias para tener el gusto de ver á sus víctimas bañarse, á guisa de cerdos, en agua fangosa y pestilente. ¡Pícara burra!

¡Y quién sabe hasta dónde irá á parar en sus antojos! Cada noche, mientras que descansa en su pesebre, se está cavilando é inventando una nueva diablura que poner en práctica al otro dia. Nada extraño será que un dia de estos, echando á paseo á los rieles y al rumbo de San Angel, se lance por su izquierda ó por su derecha, y vaya á meter á los desdichados viajeros en el lago de Chalco ó en el de Texcoco, ó en el tular de los potreros. La maldita burra es capaz de todo. En los Estados-Unidos ó en Bélgica ya habrian matado al insurgente animalito; pero en México somos muy aficionados á la *guasao*, y nos engreimos con todo, con tal de que sea divertido.

Bajo este punto de vista no puede disputarse al ferrocarril de Tlalpan la primacía.

En uno de los dias de la semana pasada estábamos tristes, y para distraernos un poco nos propusimos viajar á Tlalpan en busca de emociones, que creimos seguras.

Nos metimos en un carro, y la burra echó á andar. Ibamos impacientes en espera de lo desconocido. ¿Qué nos irá á suceder? nos preguntábamos.

De repente sentimos que la burra respingaba, dimos un salto en nuestros asientos, y se nos volteó el mundo. Teniamos el techo del carro á nuestros piés, y los bancos sobre nuestras cabezas. Un grito horrible y un ruido espantoso nos aturdian. Apenas tuvimos tiempo de abrir los ojos, parecia que una catapulta inmensa nos habia lanzado. Veiamos el cielo por algunas ventanillas de arriba, y por las de abajo entraba el agua á chorros, mezclada con césped, con plantas acuáticas y con millares de ranas. Naufragábamos entre el lodo, luchábamos con las verdes ondas de la acequia, habiamos pasado las fronteras del imperio de los *atepocates.*

Por fin, con ayuda de las yerbas de la orilla de la acequia y con esfuerzos desesperados, logramos salir por las ventanas, y escapamos todos chorreando agua, eso sí, y agua que no era de Colonia.

Nos habiamos refrescado lindamente, y ademas habiamos luchado por escapar del reino de los *mes-*

lapiques y de los *axoloti pisciformes,* descritos por el P. Alzate, con los cuales estábamos muy lejos de trabar conocimiento.

Naturalmente nuestro mal humor se disipó, la agitacion nos puso de buen talante, tuvimos apetito y echamos á andar á pié con direccion á la alberca Pane, donde una excelente mujer tiene un jacalillo y un puesto de enchiladas, que devoramos en un momento en union de otros quince compañeros mártires.

Despues de lo cual nos volvimos á la hermosa Tenoxtitlan en busca de baños calientes y ropa limpia.

Al entrar en la ciudad poco faltó para que los muchachos nos apedrearan, pues estábamos cubiertos de lodo de los piés á la cabeza; mandamos traer coches simones, pero los cocheros luego que nos vieron se taparon las narices y se volvieron á toda priesa, dejándonos en aquellos callejones de Dios.

No hubo remedio, tuvimos que afrontar la situacion y entramos en la ciudad y llegamos á nuestras casas, en las que nuestros hijos nos recibieron riéndose. De todo esto tiene la culpa la *burra de Balaam.*

En cuanto á esta, se quedó metida en la acequia hasta que á fuerza de palancas, tornos y cables pudo salir, para continuar su vida de travesuras.

Algunos dias despues volvimos á viajar á San Angel.

Apenas habia yo entrado en el wagon cuando me ví frente á frente de un yankee, grave y meditabundo, que asomándose á la ventanilla y mascando tabaco, hundia la mirada en el paisaje del camino de Tacubaya que pasaba rápidamente á nuestra vista.

Despues de algunos instantes, me preguntó:

—¿Habla vd. inglés?

—Muy mal, le respondí.

—Pero lo entiende vd?

—Algo, le repliqué.

—Bien: yo no hablo español; pero como vd. entiende inglés, le hablaré en esta lengua.

—Como vd. guste.

—¿Vd. vive en el campo?

—No; ¿y vd.?

—Tampoco: yo soy un hombre aburrido espantosamente de la vida, pero que tengo ideas religiosos muy arraigadas; detesto el suicidio, pero me agradaria morir por cualquier accidente. Con tal intencion ando viajando hace una semana por el ferrocarril de Tlalpam. Pero me voy convenciendo de que no lograré mi objeto, y sí romperme las costillas ó las piernas, ó quedar sin dientes ó sin narices, y esta idea es desesperante.

Este ferrocarril no es el caballo brioso que sabe estrellar á su ginete contra las rocas; es el jumento que se sacude y no hace mas que magullar al desgraciado que lo monta. Yo estuve el otro dia cuando nos bañamos en la acequia.

—Es verdad; ya me acuerdo de haber visto á vd. enlodado y con sus largos cabellos cubiertos de césped, como un dios acuático.

—Pues hien, ya vd. vió; lodo, perrazos, fastidio, eso fué lo que tuvimos, y la muerte...... la muerte...... no vino nunca. Las grandes desgracias no son propias del camino de Tlalpam.

En esta caricatura de *rail-road* todo debe ser pequeño y risible, nada trágico ni grandioso. Es la zarzuela de los ferrocarriles.

Por otra parte, en el país de vd. se ven cosas verdaderamente singulares. Ahí ve vd. la máquina que nos conduce, amarrada con reatas, como si fuera carro de basura, y sin embargo, no nos hace saltar. Si en Norte-América se vieran este tren y esta máquina, y estos rieles, y este modo de andar, y estas caidas en las zanjas, de seguro que habria para que se estuvieran riendo quince dias mis conciudadanos.

Ya vd. supo lo que pasó el otro dia con un vapor en el lago de Texcoco. Estalló la caldera, y dejando á los pasajeros sanos y salvos, solo se llevó los pastelillos á la Moctezuma, como llama mi paisano Maine Reid en una de sus novelas á los *tamalitos.*

Solo en este país se camina con una máquina que lleva vendajes y fajeros de cáñamo, y solo en este país se contenta una caldera que hace explosion, con llevarse los tamalitos.

Yo todavía recorreré una semana el camino de Tlalpam, y si no me muero, me trasladaré al de Apizaco. Allí, aun cuando sea de tarde en tarde, suele romperse uno el alma, y en el presente tiempo de aguas confio demasiado en que me quitaré de penas.

Cuando decia esto el yankee, nos deteniamos en Tacubaya, donde tuve que quedarme á almorzar.

Con el mayor placer anunciamos la aparicion de un nuevo periódico literario que ve la luz pública en Veracruz, y del cual son redactores amigos muy queridos nuestros. Llámase el periódico *Violetas,* nombre de bautismo que se nos debe algo á nosotros, y son los redactores los conocidos poetas y literatos D. Manuel Diaz Miron, D. Antonio F. Portilla, el simpático y jóven poeta Santiago Sierra, hermano menor de Justo, que posee un gran talento como este, y nuestro Rafael Zayas, aquel chico un poco aleman y gran bohemio que comenzó improvisando octavas octosílabas, seguidillas costeñas y leyendas descabelladas, y hoy está escribiendo dulcísimos versos, lindos artículos, y un estudio sobre la literatura alemana que nos ha dedicado, que aceptamos con orgullo y que reproduciremos en las páginas del 2º tomo del RENACIMIENTO, como una obra digna de leerse.

Estos jóvenes, pues, son las vestales de la literatura en el Estado de Veracruz, y despues de un silencio de algunos meses, habiéndose visto obligado á suprimir *La Guirnalda,* volvieron á aparecer con las *Violetas,* publicacion mas elegante, mas europea, mas llena de interes. La forma es preciosa. Cada domingo, á las siete de la mañana, las bellas hijas de Veracruz se encuentran en su toca-

y seis páginas en 4º mayor formando un cuaderno muy bonito y encerrando deliciosas trovas, interesantes leyendas y agradables estudios.

Estas violetas son mejores que las otras, porque su perfume llega hasta el alma y porque no se marchitan nunca. Una hermosa adorna con ellas no solo la mesa de mármol de su aposento sino su inteligencia. El amor es el agua que necesitan para mantenerse fragantes y lozanas.

Damos el parabien á nuestros queridos colegas por su feliz pensamiento, y les prometemos cumplir con nuestro deber de colaboradores, enviándoles desde aquí las *cinerarias* que arrancaremos del campo ya estéril de nuestra juventud.

A un tiempo en dos imprentas diferentes, traducidas por diversas personas, se están publicando las *Memorias de Maximiliano.*

Una traduccion ha sido hecha por el conocido escritor D. Lorenzo Elizaga directamente del inglés. Esta se publica en la imprenta de los Sres. Diaz de Leon y White, editores del *Renacimiento*, por entregas semanarias de 36 páginas en 4º menor y de elegante impresion, como todo lo que sale de esa casa.

La otra traduccion es obra de los Sres. D. Luis Mendez y D. José Linares, y está hecha del francés, saliendo de la imprenta del Sr. Escalante, tambien por entregas semanarias de brillante impresion.

Ambas se recomiendan por el nombre de los traductores y por los primores del trabajo tipográfico.

Las *Memorias de Maximiliano* son apuntes de viaje, escritos en un lenguaje poético, fluido y lleno de gracia.

Es de todos conocida la elevada educacion que habia recibido el príncipe, así como su amor á las bellas letras, su aficion á los viajes y su capacidad como marino. Así pues, sus memorias tienen un poderoso encanto, y sus notas sobre los diferentes lugares que visitó, se recomiendan por su exactitud y delicadeza.

Maximiliano publicó este libro en aleman, hízose de él una edicion de pocos ejemplares para regalar á los amigos. Despues, la casa de Austria ha hecho una reimpresion abundante, y de esta nueva edicion se hicieron las diversas traducciones que hoy se ponen en castellano.

No dudamos de que serán leidas con interés por todo el mundo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Los tontos tienen el corazon en la boca, los prudentes tienen la boca en el corazon.

(Proverbio chino.)

En este mundo solo hay una cosa mayor que todas las vicisitudes y que todos los pesares, el corazon humano.

Bulwer.

A LAS RUINAS DEL PALENQUE.

ELEGÍA.

Hoy bajo los escombros confundido
Yace en las sombras del eterno olvido
¡Oh de ambicion y de miseria ejemplo!
El Dios, el sacerdote, el mismo templo.

OLMEDO.—*Canto á la batalla de Junin*

Como el bardo que errante por el mundo
Se detiene delante los escombros
De la ínclita Numancia,
Y arrebatado en éxtasis profundo,
Canta de la fortuna la inconstancia,
Así, altos monumentos,
A vosotros elevo mis acentos
Para entonar el canto que á mi lira
Vuestra imponente majestad inspira;
En las alas del viento conducido
Mi espíritu se lanza, y atrevido
Penetra en las rüinas silenciosas,
Cuya historia se encuentra sepultada
Del olvido en las sombras tenebrosas.

Esta mansion desierta y solitaria
Que en su silencio aterrador y helado
Parece una grande urna funeraria
Guardando los despojos del pasado....
¿Quién la formó? en dónde están los hombres
Que asentaron aquí? ¿sus altos nombres
Perecieron tambien en el olvido?....
¡Silencio!.... soledad!.... nada responde
A mi voz, que se pierde cual gemido
Del viento, por los ecos repetido.

¿En dónde está ese pueblo de titanes
Que levantó tan altos monumentos,
Impasibles y mudos al embate
De los siglos, los hombres y elementos?
¿Dónde los genios, dónde los varones
Que alzaran esos templos,
Esas fuertes murallas y bastiones
Para dejar la fama de su gloria?
Sus nombres se han borrado para siempre,
Ni aun vestigio quedó de su memoria....

Solo esos muros quedan proclamando
De un incógnito pueblo la existencia
Y su poder y grande inteligencia.

Mas ¡ay! el hombre en vano se fatiga
Al levantar con atrevida mano
Palacios y pirámides eternas,
Muestra tan solo de su orgullo vano....

El tiempo hace olvidar hasta su historia;
Su fama que él creyó imperecedera,
Su nombre, sus hazañas,
Son todo vanidad.... todo quimera....

¡Oh! si pudiera, de la tumba fria
Evocara la sombra de algun sabio
Que ilustrara mi débil fantasía,
Y llamando recuerdos olvidados,
Descifrara los signos misteriosos
Por maestros buriles trabajados
En los altivos muros
De esos templos soberbios y grandiosos.

Mas doquiera silencio: la alegría
Huyó de estos magníficos salones,

Que tal vez algun dia
De la brillante orquesta á la armonía
En medio de la noche iluminados
Se vieron animados,
Por juventud feliz engalanada
De espléndido ropaje y pedrería.

Los patios solitarios
Dó se alzan al presente
Los seculares pinos majestosos
Tal vez en otros tiempos ostentaron
Jardines caprichosos
Y flores perfumadas,
Que las vírgenes bellas escogieran
Para adornar sus frentes nacaradas.

Los inmensos palacios levantados
Para altiva morada de los reyes,
En soledad eterna sumergidos
Y en páramo espantoso convertidos!....

....

Quizá cuando la noche
Tiende en la tierra velo funerario,
En el espacio vaguen silenciosas,
Envueltas en su fúnebre sudario,
Las sombras de los hombres que pasaron
Y otro tiempo estas ruinas habitaron!

Y en procesion fantástica y solemne
Se dirijan en grupo hasta el santuario,
Y allí postrados, en ferviente lloro
A sus manes entonen triste coro,
Que resuene en la bóveda sombría
Como canto de luto y de agonía.

Y luego al penetrar por las ventanas
Los rayos de la luna misteriosa,
Se disipe la turba pavorosa,
Oyéndose despues como un lamento
Tan solo el rebramar del sordo viento.

Quién sabe si allá en tiempos muy remotos
La gente que estas ruinas habitara
Abandonó sus lares,
Para escapar al formidable acero
De las huestes feroces de un guerrero.

....

O acaso por el hambre perseguida
Fué á buscar una tierra hospitalaria,
Y allí como extranjera recibida
Su descendencia hoy vive como el paria,
Vagando como el mísero mendigo,
Sin hogar y sin patria y sin abrigo.

¿Mas á qué interrogar con osadía
Este solemne asilo de la muerte,
Si ninguno responde á la voz mia?....
Si perdida en un mar de conjeturas
Mi alma congojada,
Se queda en las tinieblas sepultada....

¡Quedad allí, soberbios monumentos,
Restos brillantes de ignorada historia!
Desafiad á los siglos y elementos,
Mientras yo, bardo errante, con mi lira
Este cántico entono á vuestra gloria!....

A. Hicareda.

JOHANNISBERG.

A JUSTO SIERRA.

Pese á quien pesare, tus *Cristales de Bohemia*, Justo amigo, son una coleccion de artículos mas preciosos que todas las colecciones que en ricos aparadores de nogal se ostentan, de esbeltas copas y de botellas graciosas fabricadas en las montañas de Bohemia.

Al recibir los primeros números de El Renacimiento, vi con un gozo indefinible que me dedicabas tu coleccion de artículos; dabas con ellos un mentís á ese proverbio necio que pretende que á muertos y á idos no hay parientes ni amigos, como si la separacion no fuese el crisol de la amistad y del cariño.

Al ver tu galantería, vine á mi casa, me recliné muellemente en un divan, encendí el *merschaum* de mi *narghilé*, aquel que tú me conoces, y destapé una de esas botellas de cuello largo, y que á no ser por su color verde-oscuro, compararia con una garza, por lo gracioso de su forma; una de esas botellas que tienen una etiqueta de cartulina blanca, y en la que con letras de oro se lee: Johannisberg, 1848.

No era un frasco de cristal, no; era de vidrio del Rhin, empolvado á causa de su larga estancia en perpetua tranquilidad en la bodega; la humedad habia borrado un poco las letras de la etiqueta; pero como nunca me he guiado por las apariencias, apenas fijé mi atencion en esos pequeños detalles.

Aquella botella contenia el néctar delicado que se extrae de las uvas maduradas á orillas del Rhin.

Siempre me ha parecido una costumbre tonta la de usar copas de metal ó de cristal de colores para libar el vino.

No hay nada mas bello que un vaso diáfano, incoloro, para que pueda *trasparentar* el licor.

El vaso de cristal verde para tomar vino del Rhin, es un capricho.

La copa de esmeralda para libar el vino de oro, diria un poeta.

Pero yo prefiero la copa de cristal sin color alguno para tomar el jugo de las uvas.

Goëthe, ese demonio aleman, en la acepcion verdadera de la palabra, escribió su Fausto, poema inmortal, admiracion de todo el mundo, inspirado por el Johannisberg y el Hockheimer.

Todavía vemos en Leipzig la taberna de Auerbach, en donde el Maestro bosquejó su obra maestra; ahí estaban todavía las viejas y renegridas pinturas que representan las principales escenas de la vida del doctor Juan Fausto, que inspiraron la idea del poema dramático al jóven estudiante.

Francamente, el vino del Rhin no me ha inspirado nada; puede que tampoco me llegue á inspirar nunca; pero no obstante, tengo una pasion decidida por él y por el tabaco turco.

Fumo y bebo, y me considero feliz.

¿Tengo mis ideas? ¿y quién no?

¿Quieres encontrar la imparcialidad?

A mi juicio, la hallarás en una plaza de toros.

¿Quieres encontrar una idea?

Búscala en el fondo de tu pipa que se apaga.

¿Quieres encontrar la felicidad?

Búscala en el fondo de la botella...... pero antes de haber apurado el último vaso.

Yo tengo un amigo á quien aprecio mucho.

Hicimos amistad de la manera mas rara del mundo.

Estaba yo en Berlin, en uno de esos jardines espléndidos donde el arte compite y sobrepuja hasta cierto punto á la misma naturaleza.

Un humeante beefsteack se ostentaba en un elegante plato de porcelana delante de mí, excitando mi apetito. Una de esas largas botellas que te acabo de describir, alzaba su erguido cuello al lado de una copa pequeña, que formaba una antítesis á su lado. La botella parecia orgullosa de su ventaja sobre el vaso.

Un estudiante de capa roida y raida, como decia el personaje de no sé qué zarzuela, de larga melena coronada por una especie de solideo, me miraba de hito en hito.

Aquel personaje me parecia ser mas pobre que una rata, mas taciturno que un flamenco y mas bebedor que un bávaro.

Los alemanes son sumamente sociales.

Al ruido que producia la cascada de ópalos líquidos que se precipitaba de la botella á mi copa, levantó el estudiante su melancólico rostro.

Su nariz se dilató de una manera desmesurada.

Sacó la lengua y la pasó voluptuosamente por sus labios.

En seguida se limpió maquinalmente los labios con el reverso de la manga de la levita.

Traté de hacer amistad con aquel personaje.

No habia duda; aquel debia ser un gran catador, y un catador no es nunca un hombre vulgar.

A los cinco minutos de haber intentado hacer amistad con él, otra botella reemplazaba á la primera y habia dos copas en lugar de una.

Poco despues la segunda botella habia seguido á la primera.

Nada mas alegre que el rostro del buen teuton, al columbrar el cuello de la tercera hija del Rhin.

Daba gusto oirle hablar.

Aquel hombre era un pozo de ciencia y de poesía.

Se acabó el vino, se acabó su humor.

Quedó de nuevo callado, triste; era aleman.

Era un cuerpo muerto al que un alma caprichosa habia prestado un rayo de vida.

Entonces comprendí todo el poder del vino del Rhin.

Por eso lo escancio ahora en una copa de cristal de Bohemia para leer tus artículos.

Y en efecto, para digerir *Cristales de Bohemia*, nada me parece tan á propósito como una botella de Johannisberg de 1848.

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

LA SALIDA DEL SOL.

Del sol naciente ya brotan
Los primeros resplandores,
Dorando las altas cimas
De los encumbrados montes;
Las neblinas de los valles
Hácia las alturas corren,
Y de las rocas se cuelgan
O en las cañadas se esconden.
En ascuas de oro convierten
Del astro-rey los fulgores
Del mar que duerme tranquilo,
Las mansas ondas salobres.
Sus hilos tiende el rocío
De diamantes tembladores
En la alfombra de los prados,
Y en el manto de los bosques:
Sobre la verde ladera
Que esmaltan gallardas flores,
Elevan su frente altiva
Los enhiestos girasoles,
Y las caléndulas rojas
Vierten al pié sus olores.
Las amarillas retamas
Visten las colinas donde
Se ocultan pardas y alegres
Las chozas de los pastores.
Purpúrea el agua del rio
Juega en el musgo borde,
Que con sus hojas encubren
Los plátanos cimbradores;
Mientras que allá en la montaña,
Flotando en la peña enorme,
La cascada se reviste
Del íris con los colores:
El ganado en las llanuras
Trisca alegre, salta y corre,
Cantan las aves, y zumban
Mil insectos bullidores
Que el rayo del sol anima,
Que pronto mata la noche.
En tanto el sol se levanta
Sobre el lejano horizonte,
Bajo la bóveda limpia
De un cielo sereno. Entonces
Sus fatigosas tareas
Suspenden los labradores,
Y un santo respeto embarga
Sus sencillos corazones.
En el valle, en la floresta,
En el mar, en todo el orbe
Se escuchan himnos sagrados,
Misteriosas oraciones,
Porque el mundo en esta hora
Es altar inmenso, en donde
La gratitud de los séres
Su tierno holocausto pone:
Y Dios, que todos los dias
Ofrenda tan santa acoge,
La enciende del sol que nace
Con los puros resplandores.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

1864.



Lit. de H. Iriarte. Tomada de una Fotogr.ª de Valleto y C.ª

BARRANCA DE METLAC
(Linea de Veracruz.)
Proyecto de un puente.

METLAC.

La via férrea de Veracruz á México corre de Levante á Poniente. Si en un momento dado pudiera suprimirse una inmensa porcion de terreno del lado del Norte, desde la franja dentada que forman los durmientes de la vía, hasta veinte ó treinta kilómetros de distancia, podria entonces abarcarse á un tiempo el milagroso trabajo del hombre incrustado en hierro, sobre el pavimento colosal de la naturaleza.

Seria el corte longitudinal de una gradería Olímpica. En la extremidad del poniente, las accidentadas llanuras de la mesa central, cubiertas de maguelles, de cactus y de pinos, esos melancólicos gigantes de las regiones frias, engalanadas con un cielo azul, armónico y de un brillo incomparable, con el cielo que cobija á México, la azteca dormida sobre un inmenso cráter convertido por la naturaleza en un nido de flores en medio de su anfiteatro de polícromas montañas, reproduciendo su belleza en el espejo de sus lagos y vigilada por esos dos titanes que para verla mejor rasgan el éter con sus cimas de hielo, enormes abanicos de plata nevada que refrescan las noches del Valle; con el cielo que acaricia á Puebla, poético y silencioso convento, que como todos los conventos de América, ha trocado frecuentemente sus cánticos religiosos por los himnos bélicos y el clamor de sus campanas por el estallido de los cañones, las campanas de la guerra.

Una árida pendiente, formada por cadenas de estériles valles, ondula hasta las cercanías de Orizava. Las cumbres de Acultzingo destacan en el cielo su soberbia silueta; por su falda los hombres han hecho una vía romana siguiendo las huellas de las águilas, semejante desde lejos á una serpiente blanca que por en medio de panoramas indescribibles se precipita sobre los cafetales que rodean ese terruño del Eden, que se llama Orizava.

Descendamos aún por entre los platanares y los mangueros, los plantíos de tabaco, los cañaverales y esa multitud de *orchideas* de tan diversos colores y formas, esa muchedumbre de pájaros que parecen flores que vuelan, y sigamos bajando; de improviso se presenta un abismo, una enorme solucion de continuidad: la barranca de Metlac. En el borde horizontes de montañas, pavimentos de verdura; á lo lejos *la tienda de cristal del Orizava*, como dice Ramirez; bájase aquí por un camino que serpea en la roca; allí por una serie de pequeños despeñaderos que en un instante conducen al suelo, un riachuelo pasa junto á los pueblecillos que duermen en el fondo; la naturaleza es magnífica en derredor de esa tremenda grieta del suelo; las lianas, colgando de los árboles, bajan agarrándose de los mamelones arenosos, hasta unirse con los árboles de la profundidad; el reptil de la vegetacion, desempeña allí funciones fraternales. Pero un tren de vapor no puede ni con mucho hacer lo que las lianas. El tren tiene que salvar la barranca.

Un dia de estos se agruparán muchos hombres en el fondo de aquel abismo, y á poco se levantarán de entre ellos algunos enormes cimientos de cantería, sobre los cimientos gruesos postes y ligaduras de fierro; luego, en el momento en que esos gigantes de cien metros de altura se den las manos, la locomotora pasará como una exhalacion por sobre las profundidades de la barranca, el silbido de esa águila se confundirá con el del tucan, y el carbon de piedra, ese incienso de la industria humana, dejará su rastro, semejante á una nube, en el cielo tranquilo de Metlac.

Salvado aquel obstáculo, el tren bajará por la falda de ese maravilloso *belvedere* que se llama el Chiquihuite y á poco tocará en las arenosas playas de Veracruz, en cuyo mar duerme la fiebre amarilla, ese terrible dragon de las Hespérides mexicanas.

JUSTO SIERRA.

EL TIEMPO QUE YA PASÓ.

Pasamos la primera mitad de nuestra vida soñando con la segunda, y la segunda llorando por la primera.

ALFONSO KARR. (*Fá sostenido.*)

........Cuánto atormenta
Del bien perdido la infeliz memoria.

L. G. O.

¿Quereis, los que desengaños
Habeis sufrido en la vida,
No renovar mas la herida
Que el sufrimiento os abrió?
Poned un espeso velo
A vuestra pasada historia,
No llameis á la memoria
El tiempo que ya pasó.

Si habeis la dicha probado,
Si habeis gozado algun dia
De un amor todo poesía
Que un sér amante os juró;
Y hoy ese amor, esa dicha
Mirais convertida en duelo,
¡Ah!.... no levanteis el velo
Del tiempo que ya pasó.

Si habeis creído algun dia
En la amistad santa y pura,
Y fingiéndoos ternura
Alevosa os engañó....
No recordeis los halagos
Que con perfidia os vendieron,
Y gozar tanto os hicieron
En el tiempo que pasó.

Olvidad vuestras venturas,
Vuestros plácidos amores;
Son recuerdos punzadores
Pensar en el bien que huyó.
Olvidad aun las quimeras
De una esperanza soñada....
Olvidad.... no quede nada
Del tiempo que ya pasó.

Mas ¡ ay ! que imposible fuera
Arrancar de nuestra alma
Recuerdos de dicha y calma
Que otro tiempo nos brindó.
Y aunque el alma sufra mucho,
En el sufrir halla encanto;
Por eso recuerda tanto
El tiempo que ya pasó.

Y á la memoria traemos
Desde nuestra edad primera,
Hasta la ilusion postrera
Que la dicha nos fingió.
Y así pasamos la vida
Entre duelos y amarguras,
Recordando las venturas
Del tiempo que ya pasó:

Recordando con tristura
Aquella edad de inocencia,
Epoca de la existencia
En que el placer nos sonrió;
En que al sufrimiento ajenos,
Al engaño y la malicia,
Cruzábamos con delicia
El tiempo que ya pasó.

En la edad de los amores
Nos forjamos sueños de oro,
Y al despertar.... triste lloro
La realidad nos brindó;
La realidad inflexible
Con todas sus decepciones,
Ajando las ilusiones
Del tiempo que ya pasó.

La realidad que rasgando
De nuestra ilusion el velo,
En vez del soñado cielo
Lo mas triste nos mostró.
Amistades ultrajadas,
Amores no comprendidos,
Que creyéramos sentidos
En el tiempo que pasó.

Y al ver que el engaño impera
En este mísero mundo,
Del alma en lo mas profundo
La amargura nos hirió.
Y en cada cruel desengaño
Del alma una flor dejamos....
¡Ay!.... por eso suspiramos
Por el tiempo que pasó.

Porque en el tiempo que pasa
Hay un desengaño menos,
E instantes hubo serenos
Que ilusion nos sonrïó;
Y el mundo nos lo mostraba
En nuestro febril empeño,
Bajo un paisaje risueño,
En el tiempo que pasó.

De la mas galana rosa
El bello color tomaba,
Y el cuadro un cielo ostentaba
Donde un sol puro brilló.
Sol de esperanza divina
Que dicha y paz ofrecia,
Y hermoso resplandecia
En el tiempo que pasó.

Despues.... llegan los engaños,
Con ellos la duda avanza,
Y el sol de nuestra esperanza
Con su capuz ofuscó....
Y aunque un momento apartamos
De la duda el denso velo,
Ya no vemos puro el cielo
Como en tiempo que pasó.

Porque siempre al desgraciado
Todo le habla de amargura,
A su alma todo tortura,
Cuando la ilusion murió.
Y cruel pesar acibara
Para siempre su existencia,
Al ver que huyó su creencia
Con el tiempo que pasó.

Porque hay dolores profundos
Que nos desgarran el alma....
Y no vuelve á gozar calma
Quien una vez la perdió.
Y al recuerdo de la dicha
Vertemos amargo llanto,
Mas no vuelve ya el encanto
Del tiempo que ya pasó.

Y aunque llore el desdichado,
Ni el llanto borra dolores
Ni reanima ya las flores
Que el cruel pesar marchitó.
Solo le queda al que sufre
Su esperanza guiar al cielo,
Y suspirar en su duelo
Por el tiempo que pasó.

MARIA DEL PILAR MORENO.

Toluca.—1869.

LA NAVEGACION.

(Idilio de Gessner.)

Se va, se va el buque que lleva á Dafné á riberas lejanas. ¡Ah! que al menos el céfiro y los amores vuelen alrededor de ella.—¡Olas! saltad ligeramente en torno del buque, cuando sus tiernas miradas se fijen en vuestros alegres juegos. Dioses!..... entonces será cuando piense en mí. Que las aves que cantan en los bosques de las riberas no canten sino para tí; que las rosas y los breñales agitados por los vientos ligeros, te llamen bajo su sombra! ¡Oh mar! que tu superficie brillante sea siempre apacible. Nunca un objeto mas bello fué confiado á tus olas; la imágen del sol que se refleja en las aguas es menos pura que su belleza. Vénus no tenia tanto atractivo cuando saliendo de la blanca espuma de los mares, ocupó su argentada concha. A su aspecto, encantados los tritones olvidaron sus bulliciosos juegos y á las ninfas coronadas de juncia.

No buscaron ya las miradas inquietas ni la sonrisa graciosa de las celosas ninfas; sumergidos en el éxtasis mas dulce, sus ojos siguieron todavía á la amable diosa que se perdia en las sombras de la ribera!.....

(Traducido para *El Renacimiento.*)

NO ME OLVIDES.

La noche miraba al mundo por entre su velo oscuro con millares de ojos cintilantes, y el Danubio rodaba silenciosamente por su lecho de piedra llevando sobre sus ondas cristalinas las hojas secas del Otoño. Al solemne murmurar del rio se mezclaban los confusos rumores de la selva y los ecos lejanos de una cancion alegre.

Mirad ya descender de la colina á los amantes, cubiertas las sienes de flores y embriagándose en el dulce perfume del amor; ¡que bella es la frente del mancebo bajo su espesa y rizada cabellera negra, y cómo brilla su mirada de fuego donde se refleja la majestad del leon y la candidez del adolescente!

En buen hora vengas tú, tímida vírgen de las baladas alemanas; en buen hora vengas trayendo á estas riberas las rosas de tus mejillas, hada fantástica nacida de la luz y la armonía; tus ojos encantan mas que los de la noche, porque en ellos se recrea la pureza de tu alma; tus cabellos son dos alas de oro bajo las que se abriga el plumon de cisne de tu frente: dime: ¿diéronte acaso los genios de tu infancia esa sonrisa angelical que por tus labios vaga, como si el boton de un clavel se entreabriera al soplo de las auras?

Cantad y reid.

Estais en el alba de vuestra primavera, el cariño os une con su lazo de ilusiones; entrad al festin de la vida con la frente erguida y satisfecha, porque aun no puede el dolor arrugarla ni el desengaño cubrirla con sus nubes. La naturaleza entera os sonríe. ¿No escuchais cuán sosegado se desliza el rio bajo las copas de los fresnos? Es que quiere contemplar despacio vuestra dicha, para ir á contarlo á los pálidos lirios de Funfkirchen y á las blancas azucenas de Treuenbourg.

* * *

Karl y Adela se adoraban.

Un año hacia que allí, mientras las ovejas descansaban y las golondrinas huian del invierno, los jóvenes se confiaron mútuameute los sentimientos de sus almas; aquel amor puro y tierno que se resumia casi exclusivamente en la ternura de la mirada, en el beso rápido y pudoroso, parecia vivir bajo un cielo solamente suyo.

Ambos comprendian que hay mas expresion, mas elocuencia en los éxtasis divinos del silencio, en sentir oprimida la mano por la del ser idolatrado, en escuchar distintamente las palpitaciones de su corazon, que en esa charla insustancial y frívola que redunda toda en perjuicio de la poesía del sentimiento, porque la imaginacion no puede, por rica que sea, traducir á un lenguaje digno el poema cantado por el amor en el alma.

Y luego, los ósculos callados, simultáneos, en que ambas existencias se fundian en una sola, ¿no hablaban con mas dulzura que todas las frases inventadas por los hombres? Aquel amor era un amor de ángeles, porque Karl y Adela eran inocentes.

Bajaban, pues, la falda de la colina, unidos por las manos y cantando alegres; jamás habia sonreido tanta dicha en sus semblantes; parecia que un Sol invisible doraba sus rostros prestándoles nuevos encantos.

Y en efecto, la boda debia celebrarse al dia siguiente, y ya el anciano padre de Karl habia mandado extraer de las bodegas algunas lindas botellas de Palugay, y prometia á sus numerosos convidados que no faltaria bastante buena cerveza de Baviera.

Los jóvenes suspiraban recordando algunos sueños en que la imágen de Karl les habia aparecido entre las flores y las músicas del matrimonio.

Los mozos de la aldea daban el parabien á su feliz amigo, y no faltaba algun desesperado que fuera á trovar en las soledades del bosque los desdenes de Adela.

A su paso, Karl recogia por los senderos una porcion de florecillas que iban á adornar las rubias y fragantes trenzas de su amada, y esta pagaba sus flores con esos supremos fulgores de la mirada que solo irradian de un alma de mujer llena de amor y de inocencia.

¿Qué venian á hacer de noche á las orillas del Danubio?

Venian huyendo de la fiesta, porque necesitaban meditar á solas en su felicidad y en su porvenir; su porvenir, Paraíso en que por fin iban á entrar llevando como un incienso de virginidad sus mas queridos ensueños.

De repente un grito destemplado resonó por el aire, cortándolo con sus ondulaciones siniestras.

—¡La lechuza!—murmuraron estupefactos los enamorados, deteniéndose al borde del Danubio.

Karl fué el primero que habló.

—No temas, Adela; nos habremos equivocado: y luego ¿por qué creer en ese mal agüero, si estamos ciertos de que seremos completamente dichozos dentro de pocas horas?

La niña apoyó su linda cabeza en el hombro del mancebo, y quedó pensativa fijando su dulce mirada en un grupo de florecitas azules que brotaban casi dentro del rio.

Entretanto el jóven la miraba apasionadamente y aspiraba con placer el aliento de Adela; esta, sintiendo fijas en ella aquellas dos llamas se estremecia tambien, y bajaba los ojos pudorosamente.

—Adela mia—balbutió por fin Karl—¿qué haremos así que nos veamos unidos y en nuestra linda casita cubierta de enredaderas, que parece un nido de tórtolas?

—¡Oh Karl! nos amaremos mucho; iremos por la mañana á apacentar nuestros rebaños, descansaremos al medio dia entre los árboles del collado, y de noche vendremos á estos lugares deliciosos y de tantos recuerdos para nosotros. Luego nos retiraremos corriendo por entre los manzanos, llegaremos á nuestro *nido de tórtolas* y nos pondremos á cantar mirando las estrellas.

Karl levantó á la niña entre sus brazos y estampó tres besos llenos de fuego, en su frente, sus labios y su cuello.

Luego la depositó respetuosamente en el suelo. Todos los astros del firmamento parecian brillar con mas intensidad; diríase que la bendicion de los cielos bajaba sobre aquellas dos almas puras y amorosas.

Adela se inclinó hácia el rio y dijo con voz conmovida á su amante:

—Karl, esta es una noche de eterna memoria. Dame aquellas flores azules que brotan ahí abajo; las prenderé en mi pecho y las conservaré siempre como un recuerdo bendito.

El jóven, loco de alegría, apoyó su pié en una de las piedras salientes de la orilla, é inclinó el cuerpo para alcanzar aquel ramo anhelado; logró alcanzarlo, pero la piedra cedió imprevistamente, Karl vaciló, dió un grito y cayó al rio.

Karl era un buen nadador, pero la corriente era muy fuerte en aquel paraje; habia recibido una contusion muy fuerte......

La muerte se acercaba fria y espantosa.

Adela queria precipitarse en pos de su amado para morir junto con él, y daba gritos lastimeros.

En tan supremo instante, Karl encontró aún un poco de fuerza para sacar la mano del rio, tirar á la orilla las florecillas azules y decir á su novia entre las ansias de la agonía:

—*Vergiss-mein-nicht.*

¡No me olvides!

Sus fuerzas se agotaron poco á poco, dirigió su última mirada á Adela, y desapareció bajo las aguas.

El Danubio siguió corriendo silenciosamente.

En aquel momento la luna aparecia entre los fresnos figurando cascadas de plata sobre las hojas. Uno de sus rayos mas tristes fué á besar las lágrimas de Adela, que arrodillada sobre el césped parecia una flor en oracion.

Sus ojos se fijaban en el cielo, y entre sus manos temblaba el ramo de «No me olvides.»

SANTIAGO SIERRA.

Veracruz, Julio 5 de 1869.

SONETO.

Á....

¡Qué negros son tus ojos, amor mio!
¡Qué dulce tu mirada ruborosa!
Tus labios como pétalos de rosa
Húmedos con la lluvia del rocío.
Cuando mi corazon está sombrío,
Yo pienso en tí, mi vírgen cariñosa,
Y tu imágen serena y luminosa
La sombra ahuyenta del pesar impío.
Porque tú eres la luz de mi ventura;
Para olvidar del mundo los enojos
Bástame ver tu angélica hermosura;
Bástame la mirada de tus ojos,
Una sola palabra de ternura,
Y el dulce beso de tus labios rojos.

MANUEL M. FLORES.

Á LA NOCHE.

Noche callada y triste,
Muda testigo de la pena mia!
Ven, y el cielo reviste
Con tu tiniebla fria;
Que si pavor profundo
Inspiras solo al bullicioso mundo,
Mi corazon en su mortal desvelo
Halla en tus negras horas
El que siempre le das triste consuelo.

Ven, noche, ven ligera,
Tú sola de mis penas compañera;
No temas que me espante
Tu silencio solemne y pavoroso;
Que cuando se levante
Mañana esplendoroso
Para traer el sol un nuevo dia,
Me hallará, noche umbría,
Como siempre llorando,
Mas tus amigas sombras esperando.

Porque solo en tus brazos,
Solo á favor de tu tiniebla oscura
Puede mi corazon hecho pedazos
Derramar el raudal de su amargura;
Porque ese mundo aleve
Sorprender en mis párpados no debe
Mi lastimero llanto;
Por eso con tu manto
Mis lágrimas encubro, noche umbría,
Muda testigo de la pena mia.

¡Ay del triste que vaga
Por el mar de la vida,
Como nave perdida
Al empuje cediendo de cada ola,
Sin estrella ni guia, errante y sola,
Y en su bogar incierto
Ni aun llega á divisar lejano el puerto!
¡Ay del alma que gime
Lejos del bien perdido,
Sofocando su íntimo gemido!

Porque hay dolores mudos,
Hay heridas que vierten gota á gota
Sangre del corazon despedazado;
Y esa sangre que brota
Hay que ocultarla al mundo despiadado
Que al contemplar nuestros pesares ríe,
Porque solo comprende
El amor que se compra y que se vende.

Por eso busco ¡oh noche!
Tu fria oscuridad, tu negra calma;
Porque en tí deposito
Los secretos de mi alma;
Y de mi amor proscrito
La historia lastimera
A tí no mas la cuento ¡oh compañera
Constante del que llora
Lejos, muy lejos ¡ay! del bien que adora!

Tú no me venderás, noche sombría;
Y cuando se despierte
A continuar su bacanal orgía
Ese mundo mañana,
No le dirás que hiel y sangre vierte
Mi corazon herido ya de muerte;
Ni tu brisa liviana
Descubrirá el secreto
Que va matando al corazon inquieto.

Mas si á tu sombra amiga
Mis pesares confio;
Si nada mas á tu silencio fio
El ¡ay! de mi quebranto,
Dí que viste mi llanto,
Al ángel de mi amor que perdí triste;
Díla que voy muriendo
Su idolatrado nombre repitiendo.

Ella tambien, cual yo, sin esperanza,
Amargo el cáliz del dolor apura;
Ella tambien, serena, indiferente,
Presenta al mundo la marchita frente,
Mientras que la amargura
De sus eternos dias
Encubre con fingidas alegrías.

Llévale ¡oh noche! en las veloces alas
De tu callada brisa mis suspiros,
Y encubre con tu velo
Las lágrimas de amargo desconsuelo
Que la infeliz derrama;
Y si acaso me llama
En su honda soledad, si á su memoria
Viene la triste historia
De nuestro ayer perdido,
Lleva á su alma el olvido,
Con el tranquilo sueño
Que en las almas derrama tu beleño.

MANUEL PEREDO.

Diciembre de 1867.

AMAR.

(TRADUCCION LIBRE DE ALFREDO DE MUSSET.)

....¿Qué me importá la muerte?..... qué la vida?.....
Quiero amar, y de amor palidecer;
Por un beso tan solo, yo daria
La idea que siento en mi cerebro arder.

Quiero por mi mejilla enflaquecida
De la pasion las lágrimas sentir;
Quiero gozar la incomprensible dicha
De por amar con frenesí, sufrir.

Quiero contar que en pos de un desengaño
Juró no amar mi corazon jamas;
Y que ahora es el juramento que hago
No vivir un instante sin amar.

Corazon desbordado de amargura,
Despójate de orgullo y de desden;
Rasga ya la mortaja que te enluta,
Vuelve á la vida y al amor tambien.

Despues de haber sufrido—es el destino—
¡Ay! es preciso sin cesar sufrir;
Despues de haber amado ¡ay! es preciso
Amar, y siempre amar, hasta morir.

MANUEL M. FLORES.

LOS CÉFIROS.

(Idilio de Gessner.)

PRIMER CÉFIRO.—¿Por qué vagar sin designio, entre las rosas? Ven, vamos al fondo del valle á volar juntos. En sus sombras se esconden ninfas que se bañan en las trasparentes aguas del estanque.

SEGUNDO CÉFIRO.—No, no quiero seguirte. Ve á soplar al derredor de tus ninfas; un cuidado mas lisonjero me detiene aquí. Yo refrescaré mis alas en el rocío que baña estas flores, y recogeré sus agradables perfumes.

PRIMER CÉFIRO.—¿Hay cuidado mas dulce que el de mezclarse á los juegos de las ninfas, que no respiran sino alegría?

SEGUNDO CÉFIRO.—Una jóven bella como la mas jóven de las Gracias, pasará dentro de poco por este sendero. A la vuelta de cada aurora, llevando debajo del brazo una cesta llena, va á la cabaña que está en la cumbre de la colina. ¿La ves? es aquella en cuyo techo de musgo se reflejan los primeros rayos del dia. Allá es adonde Melinda lleva el consuelo á la indigencia. Una mujer virtuosa, pero enferma y pobre, ocupa esa humilde cabaña. Dos niños en la primera flor de la inocencia llorarian de hambre al pié del lecho de su madre infortunada, si Melinda no fuese su ángel tutelar. Contenta por haber consolado á los que sufren, va á venir con sus bellas mejillas animadas por un sentimiento de alegría, y con sus ojos bañados todavía con las lágrimas de la piedad. Yo espero su vuelta en este grupo de rosales. Desde que la vea aparecer volaré á su encuentro, y mis alas, repartiendo alrededor de ella los mas suaves perfumes, refrescarán sus mejillas ardientes, y besaré las lágrimas prontas á escapar de sus ojos. Hé aquí el cuidado que me detiene.

PRIMER CÉFIRO.—Me has conmovido. ¡Qué dulce es el cuidado que te detiene! quiero como tú refrescar mis alas con el rocío que baña estas flores; como tú quiero recoger sus perfumes, y como tú quiero tambien, á la vuelta de Melinda, volar delante de ella. Pero héla ahí que sale de la arboleda. Bella como la mañana de un hermoso dia, la virtud sonríe en sus labios de rosa, su gallardía es igual á la de las Gracias. Vamos, despleguemos nuestras alas. Yo no he refrescado jamás unas mejillas tan bermejas ni un conjunto mas encantador.

(Traducido para *El Renacimiento.*)

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

(CONTINUA.)

Lugo, Alonso del.
Lugon, Pablo de, vecino de Colima.
Luis, genovés.
Madrid, Francisco.
Maestre, Juan Br., ginete.
Maldonado, Francisco Pedro.
Marmolejo, Antonio.
Márquez Juan, ballestero.
Marta, Pedro de.
Martin, Sastre.

Martinez, Valenciano.
Martinez Gallego, Juan.
Martinez, Zebrian.
Mata, Alonso de, ballestero de Cortés y regidor de Puebla.
Mata, Alonso, escribano de Narvaez, quien notificó la venida de este á Cortés, y por ello fué puesto preso.
Mayorga, Baltasar de.
Mazas, Cristóbal.
Medel, Hernando.
Medina, Francisco.
Medina, Juan Tello de.
Mejía, Aparicio.
Melgarejo, Márcos, clérigo.
Mendez de Sotomayor, Hernando.
Mendez de Sotomayor, Juan, buen ballestero.
Miguel de Santiago.
Miguel, Francisco de, el chismoso.
Mino, Rodrigo, artillero.
Monge, Martin, vecino de Colima.
Montalvo, Alonso; vivió en Puebla.
Montero, Diego de.
Morcillo, Andrés.
Morico, Pedro.
Mora Jimenez, Juan.
Morales, Cristóbal.
Morales, Estéban.
Morales, Juan.
Morales, Miguel.
Najára Leiva, Juan.
Najára Moreno, Pedro, zapatero.
Navarro, Felipe.
Nieto, Gomez.
Niño de Escobar, Alonso, señor de Otumba un dia, y al siguiente le ahorcó el factor Salazar.
Nortes, Ginés.
Noburias, Francisco.
Núñez, Juan, vecino de Colima.
Núñez Trejo, Diego, de Sevilla.
Núñez de Guzman, Diego.
Núñez de San Miguel, Diego, vecino de Tepeaca.
Núñez, Juan, de Sevilla.
Núñez de Cuesta, Juan.
Oblanco, Gonzalo,
Ocampo, Andrés.
Ocampo, Alvaro.
Ochoa de Verazu.
Ojeda, Cristóbal.
Olmos, Francisco, marido de Beatriz Bermudez de Velasco.
Ordaña, Francisco.
Orozco Melgar, Juan.
Ortiz de Zúñiga, Alonso, capitan de ballesteros.
Ortiz, Estéban.
Osorio, Juan.
Ovalle, Juan.
Ozma, Hernando.
Padilla, Hernando.
Palma, Miguel de la.
Pantoja, Juan, capitan de ballesteros y señor de Ixtlahuaca
Pardo, Bartolomé.
Pardo, Rodrigo.
Payo, Lorenzo.
Papelero, Anton.
Pedraza, Maese Diego.
Pedro Martin.
Pedro Pablo.
Peña Vallejo, Juan de la, señor de Teticpac y factor por 1529.
Peña, Francisco de la, aserrador.
Peñaranda, Alonso.
Perez, Hernan.
Perez, Francisco, el Sordo.
Perez, Francisco, de Sevilla, sastre.
Perez, Hernando, piloto.
Perez de Gama, Juan, señor de la mitad de Tacuba.
Perez, Juan, sastre.
Perez, Juan, intérprete.
Peral, Pedro.
Pineda, Diego.
Pinto, Nuño.
Pinzon, Juan.
Polanco, Gaspar.
Porras, Francisco.
Porras, Pedro Martin.
Portillo Salado, Juan.
Portillo, Pedro Alonso de.
Portillo, Vasco de.
Portocarrero, Pedro.
Prieto, Sebastian.
Quijada, Diego.
Quintero, Alonso, vecino de Colima.
Romero, Francisco.
Ramirez, Pedro, marinero.
Rascon, Alonso.
Retes, Gonzalo.
Robles, Juan.
Robles, Pedro.
Rodas, Nicolás de.
Rodeta, Francisco Santos de la.
Rodriguez, Alonso, de Jamaica,
Rodriguez Cano, Gonzalo, alguacil mayor del campo de Narvaez, encomendero de Xochimilco y caballerizo mayor de Cortés.
Rodriguez de la Magdalena, Gonzalo; vivió en Puebla.
Rojas, Diego, alférez de Narvaez; murió de capitan en Guatemala.
Romero, padre del primer Dean de Puebla.
Romo, Juan.
Ronda, Anton de, vecino de Colima.
Rosas, Juan, el cazador.
Ruiz de Guevara, Juan, clérigo.
Ruiz de Alanís, Juan.
Salamanca, Gaspar.
Salas, Bartolomé.
Saldaña, Alonso.
Saldaña, Pedro de.
Salderan, Gomez de.
Salcedo, Diego.
Salcedo, Juan, el Romo.
Salces, Bartolomé.
Sanchez Farfan, Pedro, marido de María Estrada, con quien pobló en Toluca.
Sanchez, Diego, de Sevilla.
Sanchez de Ortega, Diego.
Sanchez, Francisco, tambor.
Sanchez Ortigosa, Hernan.
Sanchez Gaspar, de Cuellar.
Sanchez, Gaspar, de Salamanca.
Sanchez, Leon de Tregenas, marinero.
Sanchez Garzon, Miguel.
Sanchez, Cristóbal, maestre de una de las naos.
Sancho, asturiano.
Sandoval, Alvaro.
Santa Clara, Bernardino de, tesorero.
Santos, Francisco, vecino de Colima.
Santa Ana, Anton, vecino de Colima.

anto Domingo, Miguel de.
antiago, Vizcaino, marinero.
antaren, Jorge.
ebastian del Campanario.
ifontes, Francisco de, vecino de Colima.
oto, Cristóbal; vivió en Puebla.
oto, Sebastian de.
uarez, Mendo.
ablada, Hernando.
apia, atabalero.
apia, Luis.
avira, Andrés de.
ejada, Alonso de.
errazas de Mayorga.
erraeta, Anton.
irado, Juan, el Airado.
obar, el comendador.
orres de Córdoba, Juan.
ostado, Juan.
Tostado, Pedro.
Tovilla, Andrés de la.
Trujillo, Rodrigo de.
Trujillo, natural de Leon.
Utrera, Alonso de.
Vadillo, Rodrigo de.
Valdés, Luis.
Valdovinos, Juan.
Valenciano, Pedro.
Valiente, Alonso, secretario de Cortés.
Valverde, Francisco.
Vanegas, Cristóbal.
Vazquez de Monterey, Gonzalo.
Vazquez, Juan, ballestero.
Veintemilla, Sebastian.
Velazquez, Diego, sobrino del gobernador de Cuba del mismo nombre.
Velazquez de Lara, Francisco.
Velazquez Mudarra.
Velazquez de Valhuerta.
Vera, Juan de.
Vergara, Alonso de.
Villandrando, Rodrigo.
Villafeliz, Leonardo.
Villagran, clérigo que murió luego que se ganó México
Villafuerte, Juan de.
Villafaña, Antonio; conspiró contra Cortés, y fué ahorcado en Tetzcoco.
Victoria, Alonso de.
Victoria, Cristóbal de.
Yuste, Juan, capitan; le mataron los indios.
Yerraeta, Antonio.
Zamora, Diego.
Zamora, Alvaro, intérprete.
Zamora, Francisco.
Zaragoza, Miguel de.
Zárate, Bartolomé.
Zentino.

MUJERES.

Estrada, María de.
Bermudez de Velasco, Beatriz.
Palacios, Beatriz, parda.
Juana Martin.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

REVISTA TEATRAL.

La aparicion de la Sra. Civili, marca, lector amigo, una nueva era en nuestra escena. De las dos formas primordiales de imitacion activa, la tragedia y la comedia, puede decirse que en México solo la segunda era conocida, al menos por la generacion presente; verdad es que nuestros padres aplaudieron en el antiguo teatro Principal la *Andrómaca*, el *Sila*, el *Oscar*, el *Otelo* y tal vez alguna otra; verdad es tambien que en años posteriores, en el reinado del romanticismo, hemos visto en escena aquellos dramas lastimosos cuya índole se asemejaba un tanto á la de la tragedia, por la imitacion de pasiones violentas y por el derramamiento de sangre hecho con tan cruel profusion; pero ni aquellas dejaron en el gusto y en la memoria una huella durable, ni estos venian modelados segun las formas clásicas trazadas en la práctica por los poetas griegos y en la teoría por Aristóteles y Horacio. *Edipo*, cuyo recuerdo permanece todavía fresco en la memoria de los amantes del arte, admiradores del gran Valero, es la única tragedia legítima cuyas bellezas habia saboreado el público de nuestros dias, si bien no por completo, en virtud de que aquel insigne actor no juzgó oportuno dar á su declamacion la entonacion y el colorido que le correspondian, conforme á las tradiciones de Talma y de Maiquez; tal declaró al menos á sus amigos. Así, pues, la tragedia genuina, la clásica, con su carácter especial, con sus formas bien definidas, no ha desplegado en nuestra escena su imponente grandeza, sino hasta el advenimiento de la Sra. Civili, digna heredera del coturno que en el teatro español calzó la Rita Luna, y la Rachel en el frances.

Y aquí tienes, lector mio, una de las razones con que pudiera explicarse esa injusta aversion que en una parte de nuestro público se nota hácia la tragedia, aversion dimanada de no conocer este género sino por el descrédito que le habia acarreado la suma dificultad que hay para interpretarle dignamente, por la suma facilidad con que se pasa de lo sublime á lo ridículo. Es la tragedia de suyo tan delicada, exige tantos y tan profundos conocimientos, más aún que para la comedia; requiere, en fin, dotes tan especiales en el poeta, que muy de tarde en tarde y en escaso número aparecen obras maestras en tan difícil género, no sin que se libren de incurrir en lastimosos defectos, aun aquellos raros ingenios á quienes la fama galardona justamente con el laurel de Melpómene. No es menos escabroso el sendero, y por lo mismo poco frecuentado, para el actor trágico, á quien no le basta simplemente el talento de imitacion con que se representan y finjen los personajes comunes y las pasiones ordinarias; está llamado á imitar acciones graves acontecidas en altos personajes; tiene que expresar pasiones violentas, que sufrir terribles catástrofes,

y todo con la mayor elevacion en pensamientos y en lenguaje; necesita, pues, que á las facultades morales acompañen las condiciones físicas indispensables, para quedar en todo y por todo al nivel de la grandeza y de la sublimidad que caracterizan á los asuntos trágicos.

Hé aquí por qué ha sido en todas épocas tan difícil sobresalir en la tragedia, así en la esfera del poeta como en la del actor, y á esas dificultades se debe precisamente la supremacía de este género. Una tragedia bien escrita y bien ejecutada, es el último esfuerzo del arte, porque allí no cabe la medianía, porque allí todo tiene que ser forzosamente grande.

Considerada ahora la tragedia en su influencia sobre el espectador, no cabe duda que obra en una esfera mas elevada que cualquiera otro género dramático, sin limitarse, como asientan sus calumniadores, al mezquino resultado de producir una estéril angustia. Siendo uno de sus intentos causar terror y juntamente conmiseracion, pone en ejercicio la sensibilidad, y ya se sabe que el corazon está mejor dispuesto á los buenos sentimientos, cuanto mas conmovido. La natural tendencia que el hombre tiene á engrandecerse, á salir del mezquino círculo de lo vulgar, halla un estímulo, y á veces un ejemplo, en los heróicos hechos que la tragedia se encarga exclusivamente de representar. La virtud y el crímen se ofrecen á la vista del espectador con proporciones gigantescas, y de ese modo les percibe mejor, creciendo para la primera el amor hasta la adoracion, y para el segundo la repugnancia hasta el odio; por eso los personajes, al salir de las manos del trágico, llevan irremisiblemente, ó la aureola inmortal del ángel, ó el estigma indeleble del réprobo.

Las bellezas de forma en la tragedia son parte á cautivar poderosamente la razon, por el ingenioso artificio de la fábula; la imaginacion, por la novedad y esplendor del aparato escénico; el oido, por la armonía del verso, que tiene que ser elegante y sonoro, y por el ritmo casi musical de su entonacion peculiar; la vista, en fin, por la belleza artística de las actitudes que el actor ha de presentar siempre, acercándose á lo ideal más que en ningun otro género.

Así es como la tragedia halaga, así es como produce esa extraña mezcla de placer y pesadumbre; así es como ha venido ejerciendo desde los tiempos de Sófocles el soberano imperio de la escena, y así es como hoy nos subyuga y domina desde su altura la Sra. Civili, la grande artista que con la radiante antorcha de su inspirado genio descubre á nuestros ojos tantas bellezas artísticas hasta hoy ignoradas.

La Sra. Civili realiza el ideal de la actriz trágica; las grandes figuras creadas por los poetas hallan en ella una completa encarnacion; su elevada estatura, su belleza severa y majestuosa, su continente grave, corresponden á la grandeza de los tipos que interpreta; su voz sonora, robusta, insinuante, modula todos los tonos de todas las pasiones, desde la ternura del amor hasta el desbordamiento de la ira; á veces arrulla como la tórtola enamorada, á veces ruge como la leona herida; sabe el secreto de hablar sin palabras; en su rostro refleja fielmente todos los afectos, desde el mas leve hasta el mas intenso; en él se pintan todas las luchas, hay expresion en todo su cuerpo; pero su especialidad es la muerte, produciendo todo el horror de la verdad, con los detalles mas minuciosos en cada caso. Pero la gran prueba, la prueba irrecusable de su talento, es arrebatar al auditorio con obras detestables: la artista que hace brotar bellezas en *Sor Teresa*, es una grande artista.

Fáltame espacio para analizar, como intentaba, las dos tragedias *Epicaris* y *Sofronia*, las cuales merecen detenido exámen, con especialidad la primera, nueva absolutamente entre nosotros; reservo ese trabajo para mi próximo artículo, en el cual podré extenderme algo mas sobre los admirables detalles de ejecucion de la eminente artista, así como tambien sobre el mérito del Sr. Palau, excelente actor, y de los demas miembros de la compañía, entre los que es notable el simpático actor cómico Sr. Muñoz.

La compañía de Iturbide hubo de suspender sus trabajos, con gran pesar de los aficionados á la buena comedia; pero si aprecias como es debido el talento de la distinguida actriz Sra. Serra, yo te conjuro á que no faltes á la funcion que en beneficio suyo tendrá lugar la semana entrante en el teatro Nacional, y en la cual tomará parte la Sra. Zamacois, quien se ha prestado á cantar la magnífica *Ave María* de Gounod; el excelente barítono Sr. Clapera contribuye tambien con su talento á la ejecucion de la zarzuela nueva titulada *El Vizconde*, sin que falten otras novedades de atractivo, que oportunamente verás en los programas. Bien merece la simpática é inteligente artista una numerosa concurrencia.

No terminaré sin consignar una observacion, lisonjera por mas de un título: el público va mostrando cada vez mas interes por la tragedia, con lo cual da una prueba patente de que ni le falta inteligencia, ni está su gusto tan estragado como era de temerse á consecuencia de las aberraciones literarias, que en forma de zarzuela se le habian propinado en estos últimos tiempos.

M. Peredo.

Julio 22 de 1869.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El baile del Casino español.—Una carta de Luis Gonzaga Ortiz.—El gran teatro Nacional.—Rumores sobre zarzuela.—El beneficio de Adolfo Balslay en el Circo Chiarini.

México, Julio 31 de 1869.

Invitados á la tertulia del Casino español, tuvimos el sentimiento de no asistir á ella, porque graves ocupaciones nos lo impidieron; pero suplicamos á nuestro buen amigo y hermano Luis Gonzága Ortiz, que se encargara de ver por nosotros, y que empapando despues su pluma en la esencia de violeta con que acostumbra escribir sus artículos y sus versos, nos hiciese una descripcion de las bellezas del baile, que nuestras amables lectoras y curiosos lectores nos agradecerian, tanto mas, cuanto que las tertulias del Casino español son siempre acontecimientos en el mundo de la juventud y de la elegancia.

El enamorado poeta cumplió con nuestro encargo, y nos ha enviado la carta que insertamos á continuacion, para recreo de nuestros suscritores.

En ella verán sus nombres las bellas huríes que poblaron aquel paraíso, y encontrarán su retrato dibujado de mano maestra, por quien, adorándolas, no hace mas que fotografiarlas constantemente en su pensamiento y en su corazon.

La carta dice así:

«Tu casa, etc.

«Querido hermano: pensaba, segun te dije, escribir un largo artículo sobre el último baile del Casino; pero desde aquella noche, no sé si feliz ó desgraciada, me siento mal; mal de aquí, del lado del corazon...... De este corazon que ve ya arrugarse mi frente, y que se empeña en palpitar cual otro tiempo cuando Dios queria...... Este mal, digo, me impide escribir aquel artículo, y te contentarás con esta carta, en que te daré una ligerísima idea de aquella fiesta.

«A los tres cuartos para las diez que yo llegaba al magnífico edificio en que se encuentra el Casino, su bellísima escalera espiral, que se eleva aérea como dos gruesas serpientes enlazadas, sentia gozosa, si esto puede pasar como una licencia poética, los deliciosos piecesitos delicadamente calzados de satin blanco, de una multitud de ángeles que, como en la escala de Jacob, subian al cielo, es decir, á aquellos magníficos salones de blanco y oro, sencillos y elegantes. Estos ángeles, envueltos los unos en sendos mantos de púrpura, los otros en orientales beduinas blancas como la nieve, y los de mas allá en sus celestes clámides, cual si se abrigasen con un pedazo de cielo, al llegar al corredor se despojaban de sus espesos capuces, y entonces aparecian sus lindas cabezas coronadas de flores y diamantes, y de las cuales se escapaban como cascadas de azabache los negros y rizados cabellos que, como temblando, no cesaban de besar aquellos senos y aquellas espaldas bellas y terribles como una tentacion. Los talles y virginales formas quedaban libres, los ángeles, sin tocar el suelo y casi como volando, llegaban á los salones, donde la azulada luz de la esperma, el eco melodioso de la orquesta y aquel ambiente embalsamado por el perfume de las flores y el aliento de la hermosura, daban á aquel recinto la apariencia de un paraíso oriental; acaso de algo mas ideal y vaporoso, tal vez de una mansion misteriosa y encantada de hadas y semidiosas.

«Imposible seria, mi buen hermano, que yo pudiera pintarte aquel conjunto encantador; pero tú sabes la elegancia y gusto con que se preparan esas tertulias, la belleza de las flores de este Eden tropical, y la ideal elegancia con que ellas se atavían para ir á derramar su cáliz de aroma y de ambrosía, en esas noches en que los jóvenes, como traviesos y susurrantes céfiros, vuelan en torno de ellas, las hacen agitarse, suspiran y desfallecen á fuerza de amor, de quejas y de apasionados besos...... besos de céfiro se supone, puesto que no hacemos mas que valernos de una figura retórica.

«¡Qué lujo y buen gusto reinaban en la tertulia! ¡qué animacion! ¡qué bullicio y qué deliciosa locura! Aquellos grupos de figuras jóvenes y bellas, volando al compás de un wals, dulce y melancólico como los ecos de las márgenes del Rhin; despues aquellas niñas reclinadas y como adormecidas sobre los hombros de sus compañeros, semejaban amorosas madreselvas enredadas al gallardo arbusto, mientras la música suspiraba una habanera: los otros...... ¡ay! mejor es callar; siento que el pulso me tiembla y que la pluma quiere escapar de mis dedos...... Es que la envidia me devoraba; yo queria lanzarme á aquel torbellino, queria amar, queria ser feliz, é iba á arrojarme en él, cuando tirándome del faldon de la casaca álguien, me detuvo..... Era la Ancianidad que con un dedo flaco me enseñaba algunas canas en mi cabeza, sin decir una sola palabra..... Entonces la vergüenza subió á mi mustia frente, busqué el rincon menos iluminado del salon y me senté á llorar, no con las lágrimas de los ojos, sí con las lágrimas del corazon......

«Allí, enfrente de mí, pasaba Tula G. F., como una creacion de Hoffmann; tras ella Isabel R., como uno de los ángeles rubios de Rafael; luego María H., cómo una sultana de Zorrilla; despues Angela I, como el tipo ideal del corazon, y en seguida Concha C., y Amada L., y Elena C., y Concha P., y Elvira, y Lupe, y Adela, y todo un cielo con sus legiones de ángeles, arcángeles y serafines...... Despues no ví mas; aquella luz y aquel ambiente me narcotizaron......

«Aquella alegría duró toda la noche, en cuyo tiempo los exquisitos vinos, sabrosas golosinas y apetecidos helados, no dejaron de circular abundantemente.

«Casi triste estaba yo, de pié y cerca de una puerta, cuando mi amigo H,* hombre ya, pero soñador como un niño, se acercó á mí tambien melancólico.

—«Te diviertes? le dije.

—«No, me contestó, yo no bailo; hace un instante era dichoso porque hablaba con P*, que me bañaba con la luz de sus ojos y me daba la vida con su sonrisa; pero se paró á bailar, me dejó á guardar su abanico, que aquí está, dijo, abriendo la solapa de su casaca para mostrarme del lado del corazon aquel abanico, que con gran disimulo besó, agregando; pero P* seguramente se fué, porque la busco, no la encuentro, y mi alma está triste, muy triste......

—«Viejo y haciendo el idilio? le dije, ¿estás enamorado de P*?

—«Hace un año, me contestó el infeliz exhalando un suspiro, que mas parecia un gemido.

«Yo, que huyo de los poetas y de los locos, dejé á mi amigo suspirando, me fuí por otro lado, y poco despues salia del baile; eran ya las cuatro de la mañana, y sin embargo las danzas no cesaban. La tertulia habia sido espléndida, como todas las del Casino, todo el mundo habia estado contento y feliz, y damas y caballeros dejaban con pesar aquel recinto delicioso. Contenta y satisfecha debe estar la colonia española, que puede jactarse de reunir en su Casino lo mas bello de nuestras flores, lo mas elegante de nuestra sociedad. ¡Qué velada tan animada y tan preciosa! cuántos recuerdos debe haber dejado en mas de cuatro corazones.

«Al dia siguiente de la noche del baile, por la mañana, mi amigo H* llegó á mi casa, y estaba todavía triste como la noche de la tertulia. Se sentó sin hablar, cerca de donde yo escribia, y despues de un rato, viendo un ramillete de flores sobre mi escritorio, pues tú sabes que estas amigas de mi alma no faltan donde yo escribo, donde leo, y hasta cerca del lecho donde sueño; viendo uno de los ramilletes me dijo: Gonzaga, ¿querrás regalarme esas preciosas flores?

—«Con mucho gusto, le contesté; tómalas.

—«Gracias, dijo: en seguida tomó papel, pluma, y escribió algunas líneas. Cuando terminó me dijo: lee esta carta, y luego préstame á tu criado para que lleve estos objetos á su destino. La carta decía así:

«P.*

«Tengo el gusto de remitir á vd. su abanico, que por una distraccion me dejé la otra noche conmigo. Si alguna vez al abrirle oye vd. un rumor que acaso le sea desconocido, serán ecos de los suspiros y los besos que le dí, mientras pude tenerle sobre mi corazon.

«Envio á vd. tambien esas flores; flores que vivirán un solo dia, pero un dia feliz, porque le pasarán bebiendo la luz de los lindos ojos de vd., y adormecidas con su embriagador aliento.

«Queda á los piés de vd., P.*, su pobre amigo.

H.*»

«Luego mi amigo sacó del bolsillo del costado el querido abanico, le dió un beso y me le entregó para que le enviase.

«Ganas me dieron de reir con la lectura de esta carta; mas yo sé respetar las locuras del amor, y callé.

«Este niño, travieso y mal educado, se burla de la edad, y entonces suele ser terrible.

«Respecto de aventuras, es cuanto yo pude ver y saber; ¡pero cuántas semejantes habrá habido aquella noche!

«Adios, querido amigo mio; larga ha sido la epístola, y se propone no molestarte con una palabra mas, tu hermano

«Luis Gonzaga.»

En el gran teatro Nacional ha seguido la Civili haciéndose admirar en la tragedia y en el drama, particularmente por su habilidad consumada en imitar las horrorosas peripecias de la muerte.

En esta parte la Civili parece haber estudiado profundamente los varios caractéres que segun sus causas presenta la agonía. En *Sor Teresa* nos hizo presenciar los últimos momentos de una *aneurismática;* en *Epicaris*, la heroina muere atormentada por un veneno preparado por la famosa Locusta, y como los venenos antiguos eran puramente vegetales, y de los que llaman los médicos *tetánicos*, ocasionan á la víctima una rigidez y un estertor que la Civili imitó con una espantosa fidelidad. *Sofronia* muere de una puñalada que le da su marido, y la Civili reprodujo el grito y las convulsiones que distinguen esta muerte. En la *Dama de las Camelias* Hortensia muere consumida por la tísis, y la Civili, tanto en la agonía como en todas las escenas del último acto, se hizo aplaudir con furor, por su ejecucion, y á pesar de que su robustez física no podia convencer enteramente de la enfermedad.

A propósito de esta agonía se suscitó una grave discusion entre espectadores que eran facultativos. Decian unos, que el hipo que la Civili imitó, como en *Sor Teresa*, no era característico de la agonía del que moria de tísis. Sostenian otros lo contrario, diciendo que aunque no era lo comun, era verosímil, pues se presentaba á veces, por lo cual la artista aprovechaba la excepcion como mas á propósito para presentarla en escena.

Cuestion es esta sobre la cual nos guardaremos muy bien de fallar, pues toca ya la esfera de la ciencia médica, en la cual somos completamente profanos.

En *La mujer adúltera*, la muerte no tuvo nada de particular, sea porque la Civili no quisiese reproducir alguna de las agonías anteriores, sea porque hubiese comprendido que el público estaba ya fatigado, pues en efecto la pieza no agradó por ser larga, pesada y de un desenlace torpe y frio.

La empresa hará bien en mezclar á los dramas en cinco actos y del género terrible, algunas comedias de costumbres, en las que la ligereza del diálogo, la gracia de los chistes y la novedad del argumento vengan á aliviar el ánimo de los espectadores, de

las impresiones dolorosas que le dejan la tragedia y el drama. Es preciso reir un poco entre puchero y puchero, y hacer que el público admire el arte, presentando en la cara, como el muchacho de que habla el poeta Stacio,

Mixtæ risu lacrimæ.

De otro modo, la melancolía constante fatiga, así como la alegría invariable se hace empalagosa.

No hemos hablado hasta aquí del resto de la compañía que trabaja en el Nacional.

El Sr. Palau, esposo de la Sra. Civili, y primer actor y director, es bueno, tiene modales muy escogidos y gallarda figura. Hubiéramos querido que en algunas escenas en que convenia la voz sorda y reconcentrada, no hubiese gritado. Hay expresiones, tanto en la vida real como en el teatro que la imita, que cobran mayor energía á medida que se pronuncian en voz mas lenta y sorda.

Comprendemos que el Sr. Palau tiene á veces necesidad de esforzar su voz para no parecer pálido ante la Sra. Civili, que tiene la suya naturalmente fuerte y poderosa; pero cuando no exista esta circunstancia, no creemos que el Sr. Palau se halle en tal necesidad.

Por lo demas, hay papeles en que el Sr. Palau está muy bien, y se conoce en él al verdadero artista.

El jóven actor cómico, Sr. Muñoz, es en nuestro concepto muy bueno. Con una talla pequeñita y una figura simpática, este artista modesto é inteligente sabe sacar ventajas á sus papeles, y se capta desde luego las simpatías del público. Agrada mucho, y hace reir porque no exagera ni desnaturaliza los tipos con bufonadas de mala ley.

Como Muñoz debieran ser todos los graciosos, y no nos encontraríamos por ahí con tanta frecuencia á esos desgraciados cuyos chistes nos arrancan lágrimas de desesperacion.

La Sra. Aguilar es una jóven agradable, simpática y que ha gustado en los papeles, bien insignificantes por cierto, en que se ha presentado al público.

Creemos que esa actriz puede hacer algo mas.

Del Sr. Morales seria inútil hablar, por ser harto conocido. De Anita Cejudo tenemos que decir que la encontramos adelantada y cada vez mas inteligente. Ha procurado curarse de los defectos que tanto lamentábamos que hubiera contraido en la pobre escuela que tuvo en México. Así, hemos notado con gusto que no tiene ya el *hipo* que tanto dañaba su declamacion, y sus movimientos escénicos son ya mas expeditos y adecuados. En suma, esta amable artista, observa, comprende, y de este modo adelantará cada dia.

Los demas artistas han desempeñado papeles tan pequeños, que no es posible juzgarlos por ellos.

La concurrencia es escasa, y solo los domingos se ve el teatro lleno; con todo, las familias que hemos visto en los palcos primeros, son de lo mas distinguido de México, y las mencionaremos para que se vea que el gusto por el arte dramático no se halla del todo extinguido en la capital.

Son las familias Gutierrez Estrada, Camacho, Suarez Teruel, Fischer, Priani, Buch, Goytia, Rubio Mosso, Hornedo, Collado, Gargollo, y Goribar y Sr. Pimentel. Son pocas, es verdad, y de sentirse es que las demas que pueden concurrir al teatro no tengan gusto mas que para saborear la zarzuela.

Corren voces de que la zarzuela pronto aparecerá de nuevo en la escena del teatro Principal. ¡Dios lo quiera! porque mientras eso no sea, este público se muere de melancolía. Ya no es posible que tenga consuelo sino con la zarzuela, y si es música de Offembach, mucho mejor, y si se baila al mismo tiempo *cancan*, esa será la suprema dicha.

Pues sí señor, se le dará gusto, y cumplido. Los empresarios, segun sabemos, han encargado de Paris la *Bella-Helena*, *Barba-azul*, la *Gran-duquesa* y otras ante las cuales *Los Dioses del Olimpo* son niños de teta. Las cancaneras se ensayan todos los dias, y están recibiendo lecciones de una cierta personita recien llegada de Paris, muy linda, muy viva de genio, muy ligera en sus contorsiones, y que bebió en las aguas purísimas de Mabile, bajo la direccion de las mas aventajadas discípulas de Rigolboche y de Finette su rival.

Esta misionera de civilizacion es un prodigio, segun dicen, y aunque le cuesta trabajo, va dominando las organizaciones rebeldes de las hijas de otros países.

Así pues, alegraos, polluelos barbilampiños, temblad de emocion, viejos sátiros, encanecidos por la crápula ó por el ascetismo de una vida de barbarie que llevásteis en vuestra mocedad; alegraos, sobre todo, vosotros los que esperais pescar algo á consecuencia del refinamiento que va á introducir el *cancan*.

Esta emancipacion de las añejas costumbres, esta amplitud en nuestros principios van á hacer dar un cuarto de conversion á los usos sociales y aun á los mas tímidos sentimientos del corazon mexicano.

El corazon bailará tambien *cancan*, y el violin de Offembach va á producir en esta *menagerie* del público de México el mismo saludable efecto que la lira de Orfeo en otros tiempos.

¡Evohé!

Nos enloquecemos de antemano con esta sola expectativa.

En el Circo-Chiarini, Adolfo Buislay, el rival de Léotard, ha dado su funcion de beneficio, que estuvo concurridísima al grado de no haber asientos ya para la gente. Y esto, á pesar de que la tarde habia sido muy lluviosa y de estar la noche horrible.

Todos los acróbatas alados y rampantes estuvieron felices y obtuvieron estrepitosos aplausos; pero

vobre todos Montaño, que ha dejado á Airec atrás, muy atrás en el trapecio volante, y Adolfo Buislay, cuyos vuelos hicieron temblar al público mas de seinte veces.

Esa noche las bailarinas del Circo-Chiarini, acompañadas de Velarde y de otros tres, bailaron un *cancan;* pero hagámosles justicia, ese *cancan* fué lo mas honesto que puede darse, y no hubo serios motivos de alarma. De este modo, los acróbatas han dado una leccion de compostura á los antiguos cancaneros del teatro Nacional, y la prueba de ello es que algunos ancianos calvos y de ojos ribeteados de púrpura, dijeron alargando el labio inferior, y encogiéndose de hombros al ver ese baile.

—Psss...... si eso no es *cancan*, ni nada, estas bailarinas no saben jota.

Debe advertirse, y esta es una observacion de un parisiense, que las bailarinas salieron con un vestido muy corto, de modo que al lanzar el pié hasta la altura de su cabeza, no producian sino el espectáculo comun y que hemos visto cien veces en los teatros, mientras que si hubiesen sacado el vestido largo, el movimiento habria sido extraordinario y habria producido una sensacion muy diversa. Reflexiónese sobre la distincion del parisiense, y se verá que tiene razon. Advertiremos ahora que en la zarzuela próxima las cancaneras saldrán, como es natural, con el vestido largo.

El Señor tenga piedad de los viejos calvos y de los polluelos imberbes.

Nada mas ha habido de particular en la semana que acaba de trascurrir.

De hoy en adelante nuestras crónicas serán pequeñitas, pues vamos á consagrar nuestro tiempo á artículos de otro género, que hemos descuidado un poco por estas charlas semanarias que ocupan mas lugar del que merecian en las páginas del RENACIMIENTO.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Á ELISA.

SONETO.

(IMITADO DE PETRARCA.)

¡Bendito ¡oh niña! el venturoso instante
De aquella hermosa noche placentera,
En que escuché tu voz por vez primera
Y ví la dulce luz de tu semblante!
¡Bendita el aura que en su vuelo errante
Mis suspiros te lleva lisonjera!
¡Bendita la ilusion, niña hechicera,
Que en tí cifró mi corazon amante!
¡Bendito el valle que te ofrece flores,
Y el fresco césped de tu planta alfombra,
Y la luz que te ciñe de fulgores!
Bendito el árbol que te da su sombra,
Y el raudal que te arrulla con rumores,
Y mi trémulo labio que te nombra.

JOSÉ ROSAS.

CAROLINA CIVILI.*

I

En estos momentos la hermosa capital, cuyo constante deseo de novedades tan frenético es, que hastiándose rápidamente de cuanto se le ofrece, lo abandona y desdeña todo por todo, como niño caprichoso, posée en su seno nada menos que á la segunda actriz del Teatro actual de entrambos Mundos, CAROLINA CIVILI: despues de la Ristori, nadie sino ella. Indudablemente al leer estas líneas, todos habreis pronunciado su nombre, y la mayor parte, concurriendo como hombres de buen gusto al Teatro Nacional, habreis presenciado su estreno con *Sor Teresa*, la noche del juéves 15 del actual. No es otro el móvil de todas las conversaciones; y en paseos, tertulias y cafés, no de otra cosa se habla sino del lisonjero éxito con que la eminente trágica italiana españolizada ha sido acogida por el numeroso público concurrente á su primera presentacion. Los *bohemios* de la literatura y las personas de ideas é ilustracion, sonrien de satisfaccion y de placer, porque contemplan posible de restaurarse el depravado gusto del público actual, que tan lastimosamente se habia dejado seducir y malear por ese género zarzuelesco, deshonra de las letras castellanas y miseria del arte de Donizetti y Rossini. Los manes sagrados de Lope de Vega, Calderon, Alarcon y Gorostiza tornaron á asentar sus reales en el recinto del gran teatro, de donde habian sido vergonzosamente arrojados por los mercaderes del Arte: y de hoy mas se respirará allí el nutritivo aroma de la buena escuela. La grande obra emprendida por D. José Valero no será malograda, porque otra nueva eminencia del Arte se ha encargado de sacarla adelante. Pero demos á nuestros lectores amables una idea, si bien ligera, de la vida artística de la eminente trágica.

El poético cielo de la encantadora Italia cobijó con sus manchas de azul y nácar la cuna de Carolina, cuyos ojos vieron por vez primera la luz en Florencia en 1841, contando por lo tanto al presente veintiocho años de edad. Su padre pertenecia á una de las mas distinguidas familias italianas: estaba unido en matrimonio con una hermana de la célebre trágica Sra. Santoni, quien, admirada de las excelentes disposiciones y particular inteligencia de su pequeña sobrina, comenzó á darle provechosas lecciones. Desde luego profetizó que aquella niña habria de ser un verdadero Genio de la escena, donde tanto brillaba ella, y en 1857 la hizo contratarse como primera actriz en la compañía del Real Teatro Carignan de Turin, que dirigia el famoso Gustavo Módena, siendo recibida por el público con el mayor entusiasmo. Hizo su primera salida, y obtuvo los primeros laureles en su carrera á la corta edad de diez y seis años.

* Habiamos pensado escribir un estudio biográfico de la Sra. Civili, pero habiendo aparecido en la *Iberia* un hermoso artículo del Sr. *Olavarría*, sobre el mismo asunto, hemos preferido copiarle en obsequio de nuestros lectores.



CAROLINA CIVILI.

Desde entonces comenzó la larga serie de sus triunfos. Las empresas de todos los teatros se disputaban la adquisicion de la nueva artista para sus compañías, y todos los principales teatros de Italia fueron á su turno colmándola de las entusiastas muestras de su admiracion. Así trabajó en el del Ré, en Milan; el Valle, en Roma; San Benedetto, en Venecia; La Armonía, en Trieste; el Nicollini, en Florencia, y el Carolino, en Palermo. En pocos años la reputacion de la actriz quedó sentada en la Italia entera, y espontáneamente fué colocada por el entusiasmo general en uno de los primeros y mas elevados puestos del Arte.

Los espectadores, dice una pequeña relacion que tenemos á la vista, le prodigaban cada noche las mas estrepitosas ovaciones, la prensa los mas ardientes elogios, y los principales periódicos repartieron su retrato litografiado. La admirable y poderosa voz de la actriz, su aspecto majestuoso, reunido á su peregrina belleza y á su tierna juventud, causaban un efecto indescribible en los italianos, que cubrian de flores la escena durante las representaciones de *Adriana Lecouvreur*, de *Gismonda de Mendruio*, de *Medea* y de *María Estuarda*.

A la edad de veintidos años, en 1863, fué contratada por el empresario Sr. Dominiconi como primera actriz de la compañía modelo que, segun disposicion del gobierno, debia trabajar en Roma, ingresando entonces, con gran contento de los moradores de la Ciudad Eterna, en la Compañía Real Romana. Excusado es repetir cuán grande seria el entusiasmo y fanatismo de los romanos por la eminente actriz, quienes la proclamaron como uno de los mas gloriosos timbres del Teatro Italiano contemporáneo, dándole lugar al lado de la Ristori y considerándola superior á la Santoni, su profesora. Separándose de la escuela de la última el atrevido Genio de la Civili, imaginó crearse un género aparte; y sin olvidar los excelentes preceptos del arte clásico que profesa, dió á su peculiar escuela todo el valor del progreso y gusto moderno, llegando, segun la relacion citada, á brillar y resplandecer en él con luz propia y deslumbradora.

A principios de 1864 la invitó á recorrer la España el conde Leoni; y Carolina, deseosa de recorrer el mundo del Arte, y dotada de una inmensa simpatía por el pueblo español, aceptó gustosa la proposicion, saludando en Barcelona la querida tierra de España, hoy su patria de adopcion.

A fines de Mayo la Sra. Civili pasó á Madrid; y acerca de esta época de su vida artística podemos hablar sin inspiracion ajena, por haber tenido la ventura de ser testigos de ella.

En los primeros dias de Junio se estrenó en la capital de España con la magnífica tragedia clásica intitulada *Norma*.

La Sra. Civili comenzaba á trabajar con malos auspicios, pues no podia haber elegido peor temporada que la del verano. La temperatura de Madrid es extremosa: en los meses del invierno, el frio y las aguas son exageradas, y en verano el calor es excesivo. Estando en consecuencia los teatros de la capital construidos expresamente para la época del frio, en verano es materialmente imposible soportar cuatro horas dentro de ellos, con la aglomeracion de gentes y luces. Por esta causa el año cómico en Madrid termina á fines de Mayo, y durante Junio, Julio y Agosto permanecen en receso, teniendo que salir á recorrer las provincias, los actores Madrileños, so pena de trabajar en la capital á teatro vacío. Cuantas empresas se forman en tal época en Madrid, quiebran indispensablemente.

Carolina dió su primera funcion con el teatro casi vacío: tan solo habian acudido los verdaderos amantes del arte, los periodistas y muchos actores, guiados estos mas bien que por el deseo de conocer á la actriz, por su envidiosa condicion que los impelia á buscar en aquel Genio manchas y defectos que arrojarle á la cara, empañando su reputacion.

Se alzó el telon, y su presencia grave y majestuosa, ornada de su espléndida belleza, arrancó al indiferente corazon de los espectadores un aplauso nutrido y general; su primer triunfo le habia conquistado antes de pronunciar una palabra. Nos excusamos de referir á los lectores amables los incidentes de la representacion: básteles saber que las ovaciones fueron tantas como las escenas donde tomó parte, uniendo á aquellas las que se le hacian al final de los actos. Los escasos espectadores salieron entusiasmados y propalando con los mas bellos y animados colores el mérito desconocido de la grande actriz: los envidiosos actores fueron los que mas sorprendidos quedaron. Al dia siguiente toda la prensa repetia con sus millares de lenguas los triunfos y méritos de la artista italiana, demostrando que el efecto dado por ella á la tragedia Norma, era muy superior al que daba á la composicion lírica la bellísima música del inmortal maestro Bellini. Resultado de esto fué que la segunda representacion de la eminente trágica produjo un lleno colosal en el Coliseo del Príncipe, donde trabajaba, y el público la escuchó fascinado, olvidándose hasta del peligro en que estaba de morir asfixiado. Siguió la representacion de *La Dama de las Camelias*, y el público volvió á invadir las localidades del teatro de la calle del Príncipe, y declaró frenéticamente entusiasmado, que una sola de las escenas de Carolina, valia por todos los *trompetazos* de la ópera de Verdi.

Para apreciar debidamente la extension del triunfo obtenido por la señora Civili, debemos hacer notar á nuestros lectores amables, que la trágica italiana declamaba en su propio idioma, desconocido para la mayor parte de aquel público, pues ni allí, ni en ningun otro país fuera de Italia, es bastante conocido el bello idioma del Dante y de Ariosto, para formar un tan numeroso público de inteligentes. Pero la señora Civili se hacia comprender hasta en el último de sus detalles, y con la expresion acompañaba de tal modo sus palabras, que podemos

asegurar que el público salia del teatro conociendo la pieza como si se le hubiese representado en castellano.

El reconocimiento de Carolina hácia el público de Madrid fué tan inmenso como las ovaciones recibidas, y allá en el misterio de su generosa alma de artista meditaba el modo de manifestar su gratitud y cariño á los españoles.

Presto recibió inspiracion de su genio, y en una de sus representaciones, sin anunciarlo previamente, salió á la escena en uno de los entreactos, llevando en la mano un libro querido de los españoles y de todos los pueblos ilustrados, y abriéndole, leyó con vibrante y poderosa voz *El dos de Mayo*. El público todo se estremeció, todos los corazones latieron con violencia sin igual, y la sangre acudió á la cabeza de los espectadores, dejando frios sus cuerpos. A poco la exaltacion general no reconocia límites, y al escuchar aquellos versos de la sublime é inspirada oda de D. Juan Nicacio Gallego,

¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo:
Y al grito heróico que en los aires zumba
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico son la régia frente,
Y del Patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
....

El teatro parecia venirse abajo, estremecido por el ruido atronador de los aplausos y los bravos! Cómo saldria aquella noche el público del teatro del Príncipe, podrán por sí solos comprender nuestros lectores. La actriz italiana, recitando en castellano con una perfeccion admirable la oda al *Dos de Mayo de 1808*, acababa de conquistarse para siempre el amor de los madrileños. La numerosa concurrencia á su teatro, de allí en adelante le siguió pidiendo todas las noches la repeticion de la oda, que la complaciente actriz recitaba siempre con la misma perfeccion, y los ánimos se enloquecian al escuchar aquel canto sublime de libertad. Entonces fué cuando el gobierno de Isabel II, cobarde y temeroso, prohibió la repeticion de la lectura de la oda, pretestando escándalos en el teatro!!!!! Carolina Civili, mas y mas agradecida al público, trató de poner en escena una pieza en un acto, en castellano, y por un rasgo atrevido peculiar á todos los genios, eligió lo mas difícil, estudiando inmediatamente la pieza traducida y arreglada al castellano por un actor español, intitulada la *Casa de Campo*. En dicha obra, conocida del público de México, la actriz que la toma á su cargo debe desempeñar cuatro diferentes tipos, entre ellos una manola ó lavandera de la clase baja de Madrid, tipo dificilísimo de imitar por una actriz extranjera, y en el cual habian logrado merecidos elogios las actrices españolas Dª Matilde Diez y Dª Teodora Lamadrid. Sin embargo, la señora Civili triunfó de todas las dificultades y obtuvo un éxito en extremo favorable. En la ejecucion de la *Casa de Campo*, no se sabia qué admirar mas en ella, si el acierto con que usaba de sus poderosas facultades, ó la perspicacia de su instinto para entonar frases cuyo sentido aun no podia conocer perfectamente. Se anticipaba al pensamiento del libro; ataba su lengua al yugo de una pronunciacion siempre difícil, casi imposible cuando no hay práctica ni costumbre; en los modismos adivinaba la entonacion y el colorido, y no solo imitaba los caractéres y los tipos, sino que los reproducia con una mágica exactitud. ¡Tal es el influjo de su vigoroso genio!

Así se expresaban los periódicos de Madrid cuando la señora Civili manifestó su intencion de retirarse durante algun tiempo, del Teatro, á fin de dedicarse al estudio del castellano, halagada por la idea de admitir como patria adoptiva la patria de los Maiquez, Latorres, Guzmanes y Romeas. En un tiempo Caprara habia hecho cosa semejante.

ENRIQUE DE OLAVARRÍA.

POBRE NIÑA!

Medrosa á mi puerta llama;
Aquí está triste, abatida....
Va á llorar....tiene hambre....dadle,
Dadle pan: ¡pobre mendiga!

Las aves llevan al nido
Los alimentos que ansían,
Y esta hija, para la madre
No tiene pan.... ¡pobre niña!

¡Cómo observa de las otras
Los juegos y la alegría!
Mientras cantan, mientras ríen,
Ella, la infeliz, medita.

En húmeda paja yace
La jóven madre que espira:
No habla, no llora, mas tiene
Miradas que martirizan.

En la sombra se descubre
La figura de una niña,
La enferma vuelve los ojos
Hácia ella....es la mendiga.

Los áridos labios posa
En sus pálidas mejillas,
Se abrazan y lloran tristes:
¡Pobre madre y pobre niña!

Ese bautismo de lágrimas
Es la sentencia sombría
Del destino, amarga suerte!
Dios te acompañe, mendiga!....

Llorar, llorar cuando apenas
Luce en su aurora la vida;
Recoger lo que otros dejan
Cuando alegres se sacían!

Ay! nacer en la miseria,
Nacer cual yerba maldita
Para morir en el fango
Entre zarzas y entre espinas!

Ay! nacer para sufrir,
Nacer para humilde víctima:
¿De que crímen el castigo
Sufres tú, mísera niña?....

Aquí está! De hambre y de frio
Tiembla débil y suspira....
Mientras otros niños hacen
Sus ricos vestidos trizas.

Ella limpia sus harapos,
Y los añade y los cuida:
Otros arrojan el pan,
Y ella lo alza, pobre niña!

Ay de tí, pobre hoja seca!
Quién sabe adonde caminas;
Ay de tí, nube que arrastra
El huracan de la vida!

Ay de tí, débil paloma
Que en esta atmósfera giras,
¿Qué harás tan triste y tan sola
En esta noche sombría?

Mañana, mejor te fuera
En vez del sol y la brisa,
Descansar en las tinieblas
De la húmeda tierra fria.

Hoy las lágrimas que viertes
Calman tu sed y te alivian,
Pero mañana, quién sabe
Si ni lágrimas tendrias!....

Tan desgraciada, y no lanza
Ni una mirada de envidia,
Ni una queja: vedla sola,
Demanda pan: ¡pobre niña!

....Tu inocencia te proteja
Quien te hizo nacer mendiga;
O derrame en tí sus dones,
O te arrebate la vida.

Ay! como el beso ya helado
De tu madre que agoniza,
Mis versos te doy; tambien
Está enferma el alma mia.

Sigue en paz sobre la tierra
Ese camino de espinas,
Que por él, irás del cielo
A la morada tranquila.

Desde allá, si aun vivo, vierte
Sobre mi frente abatida
Gotas de rocío....paga
Mi humilde pan, pobre niña!

LUIS PONCE.

666.*

(CESAR NERO.)

Empero los adivinos le habian prometido que á su caida reinaria sobre el Oriente: otros le habian asignado el reino de Jerusalen....

[*Suet.*, *Nero XL.*]

Veinte años despues de su muerte, apareció un aventurero que se decia Neron. A favor de este nombre supuesto, fué muy bien recibido entre los Partos, y recibió de ellos grandes auxilios.

[*Suet.*, *Nero LVII.*]

El gran rèy de Roma la grande, el hombre igual á Dios—engendrado por Júpiter y Juno la diosa—que solicita los aplausos cantando en los teatros sus himnos melífluos, que ha matado tantos sin contar á su propia madre—vendrá de Babilonia terrible é impío.—La multitud y los grandes le harán séquito....

[*Orac. Sibil. V.*]—[*Bajo el reinado de Trajano.*]

El año del Señor de 543, reinando en Oriente el emperador Justiniano, de eterna celebridad y equívoca reputacion, algunos soldados que habiamos servido en el ejército romano durante la última gloriosa campaña que contra el rey de Persia habia sostenido Belisario, tuvimos necesidad absoluta de permanecer en Antioquía para curar nuestras heridas recientes. Mientras la corte bizantina seguia entregada á las facciones de cocheros que hacia poco estuvieron á punto de causar la pérdida del Imperio á Justiniano, nosotros, hijos del Occidente que hacia largo tiempo habiamos olvidado en medio de nuestras desdichas, la habilidad de los *Verdes* ó de los *Azules*, nos entregamos con placer á las deliciosas vacaciones que la buena estacion y las larguezas de Belisario nos permitian disfrutar.

En aquellos tiempos de fé y devocion, era una romería obligada para todo buen creyente la de la iglesia y monasterio llamado la Mandra de San Simeon.—En el santuario, situado á trescientos estadios de Antioquía, se veneraba la columna en que aquel varon extraordinario pasó cerca de treinta años, siempre en pié, predicando y orando. Como un siglo hacia que el *Stillyta* habia dejado de existir, y aun la fama de su milagrosa vida era el orgullo y consuelo de la Iglesia patriarcal de la Siria.—Nosotros, en cuanto nos sentimos un tanto aliviados, reunidos á una de las numerosas caravanas que de todos los puntos del Imperio se dirigian al santo lugar, llegamos á aquel monte en donde habia tenido lugar la escena mas extraordinaria que puede presentar la naturaleza humana, subyugada por el fanatismo y espiritualizada por el éxtasis.

Nosotros, que en nuestra calidad de occidentales nunca tuvimos el fervor religioso de los habitantes de aquellas regiones, mezclábamos cierta timidez á las demostraciones de respeto que los peregrinos prodigaban frente á la columna de aquel suicida.

Pronto abandonamos la iglesia para recorrer la galería que la rodeaba. Acompañábanos un jóven cenobita, que á nuestro ruego nos condujo á la habitacion del santo Eutiquio, que habia conocido al prodigioso penitente, y que era fama leia en las almas de los hombres como en un libro abierto. Tu-

* Que cualquiera que tenga inteligencia calcule el número de la bestia, es el número de un hombre, y este número es 666.—(*Apocalip.*, *XIII*, 18.)

vimos que aguardar á que el varon de Dios concluyera sus preces. En seguida nos hizo sentar á su lado con grande afabilidad y dulzura, pero sin despegar del mas jóven de nuestros compañeros su mirada penetrante.

—¿Cómo os llamais? le dijo al fin.....

—¿Mi nombre cristiano, padre mio?

—No, no, tu nombre pagano, el nombre de tu familia hace tres siglos.

El sacerdote aguardaba la respuesta con grande ansiedad. Nuestro camarada se habia puesto densamente pálido.

—Padre mio, replicó al fin, si es cierto que el Señor os ha dado el dón de leer en las almas, ved en la mia el nombre que rehusa pronunciar mi boca.

—Hijo mio, no es necesario ver tu alma para conocer la sangre que corre por tus venas: basta el color de tu barba......

Nuestro camarada tenia en efecto la barba de color de cobre.

—Aenobarbus...... murmuró el asceta.

Nuestro primer movimiento fué retirarnos de aquel sobrino de Neron. Este se arrojó llorando á los piés del sacerdote.

—¿Estos que te acompañan son amigos tuyos, jóven?

—Son mis hermanos.

—Entonces esperadme un instante.

Al salir Eutiquio nos arrojamos en los brazos de Enobarbo, que nos relató en pocas palabras cómo por la línea paterna descendia de Lucio Domicio, á quien un ángel le habia acariciado las mejillas cambiando para toda su descendencia el color de la barba. Lucio Domicio habia sido tambien abuelo de Neron.

Concluia su história nuestro camarada, cuando entró Eutiquio trayendo en sus manos un rollo de pergamino atado con un cordon de púrpura: Este escrito, nos dijo, fué entregado al santo por un pastor de Efeso, que le habia encontrado bajo una piedra en el bosque. Solo Dios sabe quién lo escribió: leed.

Eutiquio tornó á ponerse en oracion. Nosotros nos sentamos en grandes sitiales de cedro del Líbano, y yo comencé la *lectura.*

La fiel Actea y las nodrizas Eclogé y Alexandra llevaron al monumento de los domicios el cadáver del César. Depositáronlo en el sepulcro, y despues de regarlo con flores y con lágrimas, se retiraron las nodrizas hácia Antium, villa natal de los Enobarbos, y la inconsolable jóven hácia las catacumbas, en donde sus oraciones subian al Excelso dia y noche, para hacerlo propicio al espíritu de su imperial amante.

A poco de haberse alejado aquellas piadosas criaturas, una sombra, negra como una nube de humo, cubrió el mausoleo. La claridad con que inundaba la luna el campo de Marte, el Capitolio y la mole inmensa de Roma, hacia resaltar mas la pavorosa oscuridad que lo envolvia. Aquella sombra, que se prolongaba como un fantasma inmenso por toda la colina de los jardines, era la de una mujer que se acercaba lentamente al lugar en que yacia el emperador. Cuando hubo llegado, salvó la balaustrada de mármol de Thasos y acercándose á la tumba, que era de pórfido y bronce, aplicó sobre la puerta el anillo que llevaba con la efigie de Augusto, la enorme plancha de bronce giró sobre sus goznes y la visitante nocturna se perdió bajo la bóveda sepulcral. A poco apareció trayendo sobre sus hombros un cadáver envuelto en la gran túnica blanca bordada de oro que llevaba el César durante las calendas de Enero. Depositó su carga al pié del altar que decoraba el monumento, y sin demostrar la menor fatiga sacó de debajo de su pénula un frasquillo de oro cuyo contenido derramó todo en la boca del cadáver. Desnudóle en seguida el pecho, y examinando con suma atencion una herida que el muerto tenia sobre el corazon, aplicó sobre ella la mano, pronunciando palabras extrañas y como si evocara á Luna-Hécate, la divinidad protectora de los envenenadores y de la mágia. En el instante mismo un movimiento convulsivo agitó el cuerpo del César, que empezó á respirar. La mujer se incorporó. *Ave, César*, murmuró en voz baja, *he cumplido mi promesa*. Y dichas estas palabras se ocultó en la tumba, cuyas puertas se cerraron lentamente.

Una hora habia pasado cuando las puertas del monumento tornaron á abrirse, y tornó á mostrarse en el dintel aquella mujer misteriosa. Una figura blanca se alejaba precipitadamente por el Campo de Marte, mirando fijamente al cielo.

Una nube negra cortaba en aquel momento el disco de la luna; parecia una águila inmensa.

—Guíalo, águila imperial, y que cumpla su destino lejos de mí: yo tambien lo amaba.

Así dijo aquella infeliz prorumpiendo en llanto, sin advertir que algunos soldados de la guardia pretoriana que traian la órden de arrojar al Tiber el cuerpo de Neron, se acercaban cautelosamente.

Tres dias despues la plebe romana arrastraba á las gemonias el cadáver de Locusta.

La nube, semejante al águila imperial, se dirigia constantemente al Oriente, siguiendo un camino contrario al de la luna. No faltaron en Roma adivinos, acaso los mismos que profetizaban á Neron el reino de Jerusalen, que propagaran entre la plebe, que amaba mucho al último César, la noticia de su resurreccion y de su pronta vuelta del Oriente á la cabeza de un ejército de Partos. La idea cristiana fermentaba en las entrañas de la ciudad eterna, preparando la terrible erupcion que habia de hacer con el paganismo, lo que el Vesubio con Pompeya y Herculano. Los dioses habian desaparecido del Olimpo, y aquel pueblo que reia ante los templos de sus ídolos y levantaba altares á Calígula, el Júpiter Lacial, se revolcaba en el cieno de los placeres torpes y de las torpezas sin nombre. El hijo del alma cristiana entonaba un *Alleluya* cuando se

le decia que Neron venia á renovar en proporciones mil veces mas espantosas el incendio de 64, y decia: *¡Maldicion, maldicion sobre tí, ciudad impura de la tierra latina! Bacante, que juegas con tus víboras, te sentarás viuda al pié de tus colinas, y solo quedará el Tiber para llorarte, meretriz!*

El pueblo tambien se regocijaba con la vuelta del César, porque tornaria á embriagarse con los espectáculos inmensos, y los cristianos servirian de nuevo para iluminar las calles de Roma, y la voz del hijo de Agripina dejaríase oir dulce y celeste en los ámbitos del teatro.

Pero el tiempo pasaba, y con él los soldados que habian intentado recoger la herencia del postrer pariente del divino Julio.

Por fin, un hombre de fierro subió al trono imperial. Flavio Vespasiano.

El pueblo rey empezaba á perder la esperanza; el pueblo cristiano leia y repetia sin cesar los versículos del libro nuevo de *Boanerges*, llamado: Revelacion (Apocalipsis).

El imperio romano, figurado en la bestia gigantesca que salia del seno del mar, llevando como Satanás seis diademas (Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Neron, Galba) y diez cuernos (Africa, España, Galia, Bretaña, Germania, Italia, Grecia, Asia, Asiria, Egipto), vivia aún; pero la cabeza permanecia cortada y los momentos de horrible desolacion que debian preceder al reino milenario, no empezaban á señalarse en la clépsidra por gotas de sangre en vez de gotas de agua, como todos los creyentes lo esperaban.

El profeta de Patmos lloraba de dolor con la noticia de la pérdida y total destruccion del templo de Jerusalen, sin que nadie les hubiese socorrido.

Por entonces hubo mas allá del Eufrates una gran conmocion; el antiguo amigo de los Partos, el César Claudio Neron, iba á lanzarse sobre Roma con el ejército profetizado en el libro de Juan, el ejército de las langostas convertidas en hombres y que llevaban corazas de fierro y cascos dorados, de donde caian cabelleras largas como las de las mujeres.

Los cristianos aprestaban los *Alleluya*, el momento supremo se acercaba.

Por entonces, un hombre vestido con una clámide blanca bordada de oro, se paseaba por la playa que rodea la ciudad de Efeso. El cielo estaba purísimo, el mar estaba como el cielo. Su superficie, como un inmenso *Velarium*, llevaba por la inmensidad el azul luminoso de sus pliegues. Era de mañana; las brisas de la Grecia cargaban de perfumes la atmósfera de aquellas comarcas. Involuntariamente se disponia uno á escuchar el son de la lira jónica, en medio de aquella soledad, como el canto del ruiseñor en medio del bosque.

La mirada del hombre de la clámide blanca se fijaba intensamente en el Occidente, y exclamaba:

«¡Oh Grecia mia, patria del alma y del amor! ¡Oh! tú que surgiste del Océano al son de los cantos de Orfeo, y balbutiste tus primeros himnos sobre la lira de Homero. ¡Oh! tú, madre divina de la poesía y del arte, mañana pisaré tu suelo sagrado al frente de invencibles legiones, y romperé las cadenas que mis soldados rebeldes han forjado de nuevo para tí. Mañana en la Grecia libre, Claudio Neron recobrará su imperió.»

Entonces resonó en sus oidos una música distinta de las demas que hasta entonces habia escuchado, era un coro de voces infantiles que se exhalaba en notas suaves y de una mágica dulzura; era una plegaria.

El primer artista del mundo se dirigió, como impelido por una fuerza superior, hácia el lugar de donde aquella música venia.

Un sentimiento desconocido agitaba su alma. De cuando en cuando se detenia trémulo de emocion, y como si temiera perder la mas ténue nota de aquella salmodia de los cielos: «¿Voy á llorar, ¡oh Júpiter! te habrás por fin compadecido de mí? exclamaba aquel hombre.

Llegado ya al lugar de donde salian las voces, el de la clámide blanca hallóse á un anciano de imponente mirada y de barba blanca como la nieve del Líbano:

—Detente, le dijo, detente infeliz. Ve en busca de tus ejércitos y apréstate á la horrible matanza; pero el Señor no quiere que te acerques al lugar Santo. Este es su templo, el templo cuyo pavimento inmaculado cubriste con la sangre de sus mártires.

—¿Sabes quien soy, cristiano?

—Tú me mandaste sacrificar en Roma, yo soy Pablo.

¡Oh anciano, perdon! iníciame en los misterios de tu culto, yo tambien quiero ser nazareno.

—Dios mio, tu misericordia es infinita. Apiádate del hijo de Belial.

—¿Tu Dios era rey de los judíos?

—Mi Dios no tiene su reino en este mundo.

—Padre mio, si quieres convencer mi alma, ruégale que deje salir las lágrimas que me queman el corazon.

—Así sea, murmuró Pablo.

El caminante cayó de rodillas, un raudal de llanto corria de sus ojos.

—Ahora, ve á confundir tus lágrimas con el mar, cristiano, y espera tu perdon. Entra al Océano y anda, si tienes fé.

El de la clámide blanca penetró en las olas sin vacilar.

Al otro dia se supo que una inmensa conspiracion iba á estallar en toda el Asia, á tiempo que los Partos pasaran el Eufrates.

Los marineros habian visto en medio del mar una inmensa roca árida y pelada, semejante al cráneo de un hombre, surgir de improviso en el Océano, mientras en el cielo se balanceaba una inmensa nube negra, semejante al águila imperial.

El agua de los rios llegó á amargarse tanto como

el agua del Océano. El profeta de Patmos decia: El primero de los pecadores debe estar llorando sus culpas. *Beati qui lugent.* (Felices los que lloran.)

Dos siglos y el tercio de otro siglo habian pasado, y las aguas seguian amargas, árida la roca, sombría é inmensa el águila que se mecia en las alturas.

Por ese tiempo (Octubre de 313), una aurora maravillosa iluminó el Occidente; á los primeros rayos del sol se deshizo la nube semejante al águila en una lluvia fresca y bienhechora; la roca se convirtió en un ramo de flores que se reflejaba en el terso cristal de las aguas; un coro resonó en torno de ella, semejante á las plegarias que entonaban á Dios los niños cristianos, y en medio de la irradiacion del cielo el mundo entero pudo leer debajo de la imágen de la Cruz, estas palabras: *in hoc signo vinces*, palabras que anunciaron á Constantino su victoria, y la misericordia de Dios á Claudio Neron.

Justo Sierra.

Julio, 1869.

LAS ABEJAS.

Ya que del cármen en la sombra amiga
Fuego vertiendo, el caluroso estío
A buscar un refugio nos obliga
Cabe el remanso del sereno rio;
Ven, pobre amigo, ven y descansando
De la ribera sobre el musgo blando,
Oirás del labio mio
Palabras de amistad, consoladoras,
Que calmarán la bárbara tristeza
Con que insensato en tu despecho lloras.

¡Lamentas de los duelos la crudeza,
Tú, cuyos quietos y dorados dias
Aun alumbra risueña la esperanza,
Tú, cuya confianza
Inocentes placeres y alegrías
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú jóven, tú feliz, tú á quien halaga
Con sus preciosos dones la fortuna,
Tú á quien el mundo seductor embriaga
Sus flores ofreciendo una por una;
Tú á quien la juventud, hermosa maga
Dulcemente convida
A disfrutar la dicha tentadora
Que en sus ardientes frutos atesora
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar, deja que el llanto
Del débil viejo la mejilla abrase,
Y que la espina del tenaz quebranto
Su congojado corazon traspase.

Tú, jóven, ¡á gozar! la sangre hirviente
Sientes bullir aún; la vida es bella,
Y en sus campos el sol resplandeciente
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? dí, ¿por qué inclinabas
Callando tristemente
La dolorida frente?
¿A la pérfida acaso recordabas?
Inexperto doncel, ¿de qué te quejas?
¿Por qué llorando de la vil te alejas?
¿Qué ventura has perdido?
¿Qué tesoro escondido
En ese corazon perjuro dejas?
¿Por qué cuando en un dia
Primera vez miraste
De esa traidora la belleza impía,
El terrible fulgor no vislumbraste
De la maldad que en su mirada ardia?

Ni amor, ni virtud santa
Abriga esa mujer, vicio temprano,
Como á las gentes que en la corte habitan
Ya corrompió su corazon liviano;
Si amor á buscar fuiste
Entre el pérfido mundo cortesano,
Por eso ahora ¡ay triste!
Lloras el tiempo que perdiste en vano.
¡Amor allí no existe!

Allí cual frescas, perfumadas rosas
Al corazon se ofrecen las hermosas.
¡Ay de quien su perfume
Aspira incauto, y de confianza lleno
Pronto en la duda y tedio se consume
Al negro influjo del mortal veneno.

¡Amor no existe allí!.,.. la dulce niña
Cuando asoma el pudor por vez primera
En su frente de ángel, y su pecho
Sincero amando, palpitar debiera;
De infame corrupcion con el ejemplo,
No al sentimiento puro le consagra,
Porque del oro le convierte en templo.
¿Qué dicha? ¿qué placeres
Esperas tú encontrar de esas mujeres
En el vendido seno
A los ardores del cariño ajeno,
Cuando su impura llama
Si nace, solamente
Al soplo vil del interes se inflama?
Huye la corte, amigo, y la ventura
Ven á buscar aquí, dó la inocencia
Te ofrecerá en la flor de la hermosura
Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
Libando su dulzura
Cambiará tu existencia;
Del tédio sanarás que te aniquila,
Y la virtud amando, suavemente
Tu vida pasará cual la corriente
De ese arroyo tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores
De este cármen umbroso y escondido,
Afanosas buscando las abejas
El nectar delicioso, apetecido?
Mira cuál van dejando desdeñosas
De su brillo á pesar y su hermosura
Las flores venenosas.
Ellas buscan quizá las mas humildes,
Las que ocultas tal vez en la espesura
De las agrestes breñas
Apenas se distinguen, ó en la oscura
Grieta se esconden de las rudas peñas;

Ellas no creen que al ostentarse ufanas
Aquellas que parecen
Con mayor altivez y mas colores
Sean tambien las que ofrecen
Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,
Pobre insecto, es verdad; pero dotado
Por el próvido cielo
De un instinto sagaz y delicado,
Y en el jardin del mundo
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida,
Deja la flor pomposa, envanecida
Que á la virtud en su soberbia insulta;
Busca á la que se oculta
Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana
Tu corazon sedujo; tú la amaste,
Y alimentando tu pasion insana,
Tu puro corazon envenenaste.
Olvídala, y que presto
Ya despertando de tu error funesto
Puedas hallar la miel de los amores
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
Nuestras montañas y risueños prados,
La que garbosa con diadema negra
De cabellos rizados
Su tersa frente candorosa ciñe
Que el alba pura con sus lampos tiñe.
La de los ojos grandes y rasgados,
La de los frescos labios purpurinos
Que rien, mostrando deslumbrantes perlas,
La de turgentes hombros y divinos
Que la Vénus de Gnido envidiaria,
Mírala, ¿no enloquece tu alma, jóven,
Como hace tiempo enloqueció la mia?
¿La faz de tu perjura es comparable
Y su pálida tez marchita y fria
Do la salud y la color simula
Comprado afeite, con la faz rosada
De esta vírgen del bosque
Do la sangre purísima circula
Con el calor y el aire de los campos
Y con la grata esencia
Que en su redor esparce la inocencia?
Dime, ¿á apagar su fuego esa mirada
Con el trémulo labio no provoca?
¿Quién al verla sonriendo no querria
Libar la miel de su encendida boca?
¿Quién no deseara con delirio ciego
Estrecharla en sus brazos un instante?
¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su seno blanco y palpitante?
¿Y dónde hallar la dicha que asegura
Su fé constante y pura?

Estas flores, amigo, ansioso busca,
Abeja del amor, y no te cuida
De los torpes placeres
Que te ofrece la corte corrompida,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida.

I. M. A.

1863.

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

(CONTINUA.)

III.

REFUERZOS.

(GARAY.—SALCEDA.—PONCE DE LEON.—ALDERETE.—DUDOSOS.)

SOLDADOS DE GARAY.

Loa, Guillen de la, escribano.
Maestre, Pedro, el de la arpa.
Núñez, Andrés, carpintero de ribera.
Camargo, Diego de, comandante de una de las naos de Garay; llegó á Veracruz el año 1520 con unos sesenta hombres flacos, amarillos y dolientes, por lo cual les llamaron los *panzaverdetes*.
Diaz de Auz, Miguel, capitan de otra de las naos de Garay; fondeó en Veracruz el año 1520, poco despues del anterior, con mas de cincuenta hombres bien acondicionados, á quienes llamaron *los de los lomos recios*.
Ramirez, el Viejo, tercer capitan de Garay; llegó á Veracruz en 1520, con unos cuarenta soldados, á los que les pusieron *los de las albardillas*. Los soldados de estas diversas partidas que encuentro mencionados, son:
Alonso, Martin, portugués.
Alvarez, Alonso.
Anguiano, Antonio, encomendero de Pungarabato.
Arcos, Gonzalo de, pregonero.
Arcos, Hernando.
Avila, Alonso, encomendero de Malacatipu.
Azamir Diego; murió en Goatzacoalcos.
Bacaraez, Pedro de.
Becerra, Andrés.
Berra, Pedro de.
Bola, Martin.
Bueno, Alonso.
Carbajal, Hernando.
Castillo, Francisco, marinero.
Castro, Andrés.
Chico, Pedro.
Delgado, Juan.
Escalona, Pedro de.
Francisco, Martin, el hortelano.
García Bravo, Alonso.
Guisado, Francisco.
Hernandez Morallos, Francisco.
Hernandez de Zahorí, Gonzalo.
Hernandez Puebles, Alonso.
Herrera del Lago, Alonso.
Hidalgo, Alonso.
Huelamo, Alonso.
Inhiesta, Juan de.
Leon, Diego.
López, Pedro, portugués.
Macías, Alonso.
Madrid, Alonso de.
Mallorquin, Juan.
Martinez, Rodrigo, artillero de Camargo.
Márquez, Juan, el fundador.
Motrico, Francisco.
Niño, Juan.
Ocampo, Bartolomé.
Ochoa, Juan.
Olvera, Martin, piloto.
Orduña, Alonso.
Perez, Bartolomé.
Plaza, Juan de la, de Valencia.

Rodriguez, Francisco, de Guelva, marinero.
Rodriguez, Ginés, marinero.
Ruiz, Juan, de Salamanca.
Sanchez Agraz, Lorenzo.
Usagre, Bartolomé, y su hermano.
Usagre, Diego, artillero de Camargo.
Velasco, Pedro de.
Veintemilla, Antonio.
Yerraeta, Antonio.

SOLDADOS DE SALCEDA.

Morejon de Lobera, Rodrigo, trajo ocho soldados enviados por Diego Velazquez en socorro de Pánfilo de Narvaez, y despues fué capitan de uno de los bergantines. Las noticias de Panes dicen que trajo un refuerzo con Salceda, y se conservan de aquellos aventureros los nombres siguientes:
Alonso, Ruí, marinero.
Angulo, Juan.
Arteaga, Domingo.
Bejarano, Diego.
Berganciano, Pedro.
Cabezon, Cristóbal, vecino de Colima.
Floriano, Gerónimo.
García de Rivera, Francisco.
Gallego, Pedro, aserrador.
Godoy, Bernardino.
Juan, Lorenzo.
Orduña, Francisco.
Paradinas, Sebastian.
Perez, Juan, el Mozo.
Ponce, Pedro.
Ramirez, Gonzalo.
Rodriguez, Gonsalo, de Sevilla.
Ruiz, Gil Alonso.
Salvatierra, Rodrigo de.
Sanchez, Antonio, vizcaino.
Sanchez, Martin, de Murcia.
Tirado, Juan.
Tobar, Juan, criado de Cortés.
Tomás, genovés.
Vargas, Alonso.
Villanueva, Pedro, vivió en Puebla.

SOLDADOS DE PONCE DE LEON.

Ponce de Leon Juan, adelantado de la Florida, trajo á la conquista socorro de armas y soldados. Así se expresan las noticias de Panes, y mencionan los nombres siguientes:
Aguilar, Juan, vecino de Colima.
Alanís, Alonso.
Campo, Blas de.
Conillen, Francisco, calcetero.
Encina, Juan de la.
Hernandez, Luis, de Sevilla.
Izquierdo, Martin.
Milles, Juan.
Mora, Alonso de.
Núñez, Anton.
Rodriguez, Francisco, (á) Pablo sabio.
Rustiñan, Juan de.
Santa María, Gerónimo de.
Villacinda, Rodrigo de.
Zambrano, Alonso.

SOLDADOS DE ALDERETE.

Alderete, Julian, camarero del obispo de Burgos D. Juan de Fonseca, presidente del consejo de Indias; vino con tres navíos y doscientos hombres, llegando al puerto el 24 de Febrero 1521: fué el primer tesorero real. De sus soldados se conservan los nombres siguientes:
Altamirano, Lic. Juan, primo de Cortés.
Añasco, Rodrigo de.
Arias, Antonio.
Bartolomé, Martin.
Bejarano, Sebastian.
Bonones; le ahorcaron por amotinador en Guatemala.
Cabra, Juan.
Carvajal, Antonio, ya viejo, capitan de uno de los bergantines.
Diaz de la Reguera, Alonso, vecino de Guatemala.
Espinosa, Martin.
Franco, Alonso; pobló en Zapotecas.
Gallego, Diego, de Vigo.
Gallego, Lope.
Gomez de Miguel, Pedro.
Gutierrez, Francisco, de Madrid, sacristan.
Lope, Gerónimo, comisario de las bulas.
Lúcas, genovés, piloto.
Marmolejo, Luis.
Melgarejo, de Urrea, Fr. Pedro, religioso franciscano. Bernal Diaz dice que era natural de Sevilla, «y trajo «unas bulas de señor san Pedro, y con ellas nos com«ponian si algo éramos en cargo en las guerras en que «andábamos; por manera que en pocos meses el fraile «fué rico y compuesto á Castilla.» Fué, pues, el primer comisario de bulas, y como tal las trajo á Tetzcoco; Fr. Bartolomé de Olmedo le dió de cintarazos por ciertas palabras que habia dicho en un sermon, como lo testificaba Mota.
Moreno, Blas.
Ochoa, Gonzalo, paje de Cortés.
Orduña, el Viejo, vecino de Puebla; despues de la toma de México trajo tres ó cuatro hijos que casó bien.
Paez, Lorenzo.
Prisa, Martin de la.
Ruiz de la Mota, Gerónimo, de Burgos, capitan de uno de los bergantines.
Ruiz, Márcos, de Moguer.
Sedeño Goltero, Juan.
Talavera, Juan de.
Talavera, Pedro.
Ubidez, Pedro de.

SOLDADOS DE QUIENES NO SE SABE A PUNTO FIJO CON QUIEN VINIERON.

Azamir, Diego; murió en Coatzacoalcos.
Caballero, Pedro.
Hernandez, Diego, de la probanza de Magarino.
Huerto, Juan del, vino con Calahorra.
Hojeda, Dr. Cristóbal, curó de sus quemaduras á Cuauhtemoc.
Rivera, Diego, vino con Mota.
Valdiviero, Juan, tronco de la casa de San Miguel, de Aguayo; vino con Mota.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

A ISABEL.

(EN EL BAILE DEL CASINO.)

No mas baile, ven conmigo,
Linda Isabel de mi vida,
Mira que me causa angustia
Tu color y tu fatiga.
Todo tu rostro está ardiendo
Del jericó con la tinta,
Y respiracion apenas
Alcanza tu boca linda.
No mas baile. ¡Oh maldecido
Vals que así la precipitas
A que en una vuelta armónica
Acaso deje su vida!
¡Tente, por Dios! ya no valses,
¿Eso es bailar? es horrísona
Tempestad que en sus furores
Arrastra á la golondrina.
Isabel, como no bailes,
Como no bailes, mi vida,
Te voy á decir mas versos
Que abril trae flores y brisas.
Te llevaré á mis jardines,
Y en la gruta mas sombría,
Formada por las mosquetas
Que con su aroma convidan,
Cortaré todas mis flores,
Las mas frescas y mas lindas,
Que serán lecho de aromas
A tus formas peregrinas.
Te coronaré de mirtos,
De *no me olvides* y lilas,
Escanciándote el Falerno,
Por ver si la danza olvidas.
Y la erástoma mas bella
Que hayas oído en tu vida,
Te cantaré entre suspiros
Si solo una vez me miras.
Y despues vendrán las sombras,
Y luego la noche fria,
Y despues la blanca luna,
Y luego las brisas tibias,
Y entónces.... pero por Dios,
Isabel del alma mia,
Deja ese volar horrible,
Deja la danza maldita;
Mira que me estás matando
De celos, de ansia y de envidia!...
¿Sigues?... ¡ay! Qué sueño tengo.
Buenas noches, vida mia.

LUIS GONZAGA.

REVISTA TEATRAL.

El gran Racine, autoridad competente en materia de tragedias, dice hablando de este género de composicion: «basta que en ella la accion sea grande, que los personajes sean heróicos, que las pasiones estén en lucha, y que todo se resienta de esa tristeza majestuosa, que constituye todo el placer de la tragedia.» Conforme á estas reglas examinarémos si te place, lector amigo, la *Epicáris*, tragedia del poeta español Bonafost, estrenada por la Sra. Civili en nuestro teatro.

La accion es la siguiente: una liberta griega llamada Epicáris, á quien Neron privó de su padre, de sus bienes, y de su libertad, se encuentra en Roma animada de una sola pasion, la venganza de tamaños desastres. Con tal objeto conspira en su casa, en union de algunos senadores y patricios, contra la vida del emperador; mas Volusio, amante favorecido de la griega, sabe por ella la trama, aunque no los nombres de los conjurados, y temeroso de verse complicado si el caso se descubre, revela el secreto á Neron, quien hace prender á Epicáris, salvándose los demas. Epicáris confiesa su intento, pero rehusa obstinadamente entregar á los que la ayudaban, á pesar de la tortura, de las promesas de libertad, y aun de los supremos honores que con su amor llega á ofrecerle Neron si declara. Condenada á perecer en el Circo, se envenena y muere con su secreto.

Esta accion, repartida en tres actos, es, como se ve, de las mas sencillas, cualidad que no rebajaria ciertamente el mérito de la obra, puesto que no solo los poetas antiguos sino tambien los modernos han logrado producir tragedias de merecido renombre, fundadas en acciones mucho mas sencillas que esta. Fáltale, sin embargo, una cualidad esencialísima, sin la cual aparece como un cuerpo muerto y helado, segun la expresion de Martinez de la Rosa; fáltanle la lucha y contraste de pasiones, que es precisamente lo que despierta en el espectador la curiosidad y el interes. Una sola pasion domina á Epicáris, la venganza: firme en su propósito, y puestos ya los medios, logrará su fin sea cual fuere su destino; presa, atormentada, muerta, el plan tiene que llevarse á cabo sin ella; su silencio mismo deja á sus parciales la libertad de accion; ¿dónde está, pues, la lucha? qué esfuerzos tiene que hacer en un sentido ó en otro? entre qué afectos encontrados ha de vacilar su corazon?

Ha de morir de todos modos, descubra ó no á sus cómplices; pues si bien se le ha prometido en el primer caso la vida y la libertad, es promesa de un Neron, y Epicáris sabe perfectamente á qué atenerse sobre el particular: una vez en poder de su enemigo desde el fin del primer acto, no le queda mas sino continuar callando para satisfacer al menos su anhelo; nada hay, pues, de extraordinario en el sacrificio que involuntariamente hace de su existencia, ni llega á la catástrofe combatiendo heróicamente, sino vencida como cualquier personaje vulgar; resistió al tormento, hé aquí la única lucha; pero no es esta de las que conmueven é interesan tan hondamente como se necesita en un asunto trágico. En el suicidio de Epicáris no hay esa grandeza que se admira en el de Lucrecia ó en el de Caton: Epicáris toma el veneno solo para evitarse los horrores de la muerte en el Circo. La accion, pues, en esta tragedia, está muy lejos de presentar la primera de las cualidades que Racine exigia á las buenas composiciones de este género.

Pasando ahora á los personajes, el de la prota-

gonista paréceme bien sostenido, ya en cuanto al carácter moral que representa, ya en cuanto á la pasion que le domina. La entereza que demuestra Epicáris al ser reducida á prision, y despues en presencia del emperador, le da cierta belleza poética de buen efecto, que es lo único que le capta las simpatías del auditorio.

En toda obra dramática, los personajes de mera invencion han de ser verosímiles; pero los históricos tienen que ser mas aún, tienen que ser verdaderos: el Neron de la *Epicáris* no es un verdadero Neron, tal como le conocemos por el retrato que dejó á la posteridad el terrible pincel de Tácito. Neron era cruel hasta la monstruosidad, pero con una crueldad fria, hipócrita, pérfida; asesinaba sonriendo, escudriñaba tranquilo las entrañas palpitantes de su madre, muerta por órden suya, presenciaba cantando el incendio de Roma, se divertia sereno en un festin iluminado con los cuerpos de los cristianos; ese era el verdadero Neron, el que imperó en Roma en el primer siglo de nuestra era, el que puso en escena con tanta exactitud el autor de *Británnicus*. Pero el Neron de *Epicáris* es un tirano de melodrama, griton y furibundo, que se deja decir sendas injurias una, dos, y tres veces, que se digna interrogar y conminar como cualquier alcalde, á una liberta extranjera, y que por último se permite el lujo de horrorizarse á la vista del cadáver de Epicáris, cuando llevaba ya enviada por su mano á los infiernos á casi toda su familia, y cuando estaba ya terminando su brillante carrera de tigre con piel humana. Con razon el inteligente actor Sr. Palau representa á ese Neron con tan poco agrado.

Hay otro precepto de los maestros en el arte, acerca de los caractéres trágicos, y es el de no presentarlos nunca envilecidos y bajamente repugnantes, precepto que olvidó el autor de *Epicáris* al crear á su Volusio, el amante de la griega. No bien acaba de presentarle con el atractivo de galan enamorado, cuando le desacredita y desluce sin remedio, haciendo de él un delator miserable, que por un miedo egoista traiciona sin necesidad á la mujer que acababa de premiar su amor; logra con eso hacerle despreciable á los ojos del espectador, á quien no interesa ni su tardío arrepentimiento ni su merecido fin.

Por lo que toca á la estructura dramática, no hay verdadero mérito sino en la exposicion, que está hecha conforme á las reglas. Como que falta la lucha de pasiones, como que el ánimo de los oyentes no vacila entre el temor y la esperanza, no estando la cuestion sino apenas oscura é incierta, resulta que la *Epicáris* carece realmente de nudo ó trama, y que el desenlace por lo mismo no sobreviene inesperado y sorprendente, dimanando de tan mala disposicion, que la obra en su conjunto parece desmayada y endeble. Pocos golpes teatrales la embellecen, siendo el mejor la terrible noticia que Neron da á Epicáris de que el delator es su amante. Hay un pasaje que en otras circunstancias produciria grande efecto, pero que aquí no le tiene ni aun mediano, y es cuando Epicáris cree que el tumulto que se oye por fuera es ocasionado por el asesinato del tirano; poseida de júbilo exclama:

«*¡Murió Neron! ¡la humanidad es libre!*» y acto continuo penetran á la escena los lictores gritando: «¡plaza al emperador!» Los oyentes participarian sin duda de la alegría y del desaliento que sucesivamente animan á la protagonista, si no supiesen de antemano que Neron no pereció presidiendo las fiestas de Céres. La versificacion en lo general es fácil y armoniosa, si bien no siempre se mantiene en la entonacion elevada que el género requiere. Las escenas 4ª y 5ª del tercer acto, en que Epicáris delirante cree estar ya en el Circo, es exactamente igual á la situacion análoga de *Sofronia*, en la tragedia de este nombre; ignoro á quién de los dos poetas deberá imputarse el plagio. La imprecacion de Epicáris á Neron en el final de la obra, está asimismo tomada de la que dice Agripina en el *Británnicus* de Racine. En suma, la tragedia del Sr. Bonafost es una obra mediana, si bien no debe olvidarse que en este género es muy difícil producir obras notables.

Distinguióse en la ejecucion, como suele, la eminente trágica que hoy nos encanta, y á su talento debe el autor de *Epicáris* el buen éxito que su obra alcanzó en nuestro teatro. Pocos personajes cuadran tanto á las facultades de la Sra. Civili como este de la altiva griega, cuyo porte majestuoso, cuyos arranques enérgicos, cuya soberbia entereza sabe interpretar cual ninguna artista de su género alcanzaria á hacerlo con tan completa perfeccion. Tuvo en toda la obra rasgos admirables que seria imposible enumerar; pero los mas artísticos, los que arrebataron mas poderosamente al auditorio, fueron el «*te aborrezco*» del segundo acto, el delirio del tercero, y sobre todo la muerte; el envenenamiento por los tósigos llamados *tetánicos*, que eran los que probablemente empleaba la famosa Locusta, fué imitado por la gran artista con minuciosa exactitud, sin que faltase uno solo de los síntomas característicos. El público, justo apreciador del mérito, la tributó una entusiasta ovacion. El Sr. Palau hizo esfuerzos por sacar airoso á aquel Neron de brocha gorda; si no logró su intento, culpa fué solo de quien tan mal dibujó á ese conocido personaje.

No terminaré sin cumplir con un deber de justicia, consignando la grata observacion do los visibles progresos que en el dificil arte va mostrando nuestra inteligente Anita Cejudo, honra de la escena nacional, y en cuyo talento, tan bien dirigido hoy, tenemos fundadas nuestras mas lisonjeras esperanzas. Iguales elogios se deben de justicia á nuestro modesto y estudioso Morales, que en la *Sofronia* nos dejó satisfechos. El jóven y simpático Sr. Muñoz se ha conquistado ya el cariño del público por el talento y la gracia con que dirige y desempeña las piezas cómicas, en cuya ejecucion le secundan atinadamente las Sras. Aguilar y Quintana, y los demas actores.

Y con esto, queda á Dios, lector amigo, hasta mi próxima revista, en la que elegiré lo mas notable que hasta entonces se haya puesto en escena, para asunto de nuestra habitual conversacion.

M. PEREDO.

Julio 28 de 1869.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

JUNIO.

(CONTINUA.)

28

1794.—Se estrenaron en Palacio dos salas de la audiencia, reedificadas, y entapizadas con raso amarillo. El virey regaló un reloj para que cuando sonasen las horas se acordasen de él.

1817.—Los realistas se apoderan del fuerte de Palmillas.

1856.—Se publicó en esta capital el decreto de 25 de este mes, sobre bienes de corporaciones civiles y eclesiásticas.

1861.—Se apodera Márquez de la ciudad de Pachuca.

1868.—En la noche de este dia se comenzó á derribar la iglesia de San Andrés para abrir una nueva calle.

29

1664.—Tomó posesion del vireinato de México D. Diego Osorio de Escobar y Llamas, obispo de Puebla, vigésimocuarto virey.

1836.—Los pronunciados en Huajuapan por la federacion, se apoderan de los suburbios de Oajaca.

1843.—Se sintió en esta ciudad un temblor de tierra.

1857.—El gobierno general reprueba la capitulacion de la Sierra-Gorda, y separa del mando al general D. Vicente Rosas Landa que la habia celebrado.

1868.—Se instaló en esta ciudad la sociedad médica "Pedro Escobedo."

30

1520.—"Muere violentamente Moctezuma Xocoyotzin, octavo rey de México; segun algunos historiadores á manos de sus súbditos, segun otros á las de los españoles. Subió al trono en 1502. Alvarado Tezozomoc y D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, son de opinion que Moctezuma pidió y recibió el bautismo por mano de Fr. Bartolomé de Olmedo, tomando por nombre Cárlos, siendo sus padrinos Cortés y los capitanes Olid y Alvarado."

1681.—Salió de esta capital el arzobispo y virey D. Fr. Payo Enriquez de Rivera.

1692.—Comenzaron las audiencias en Palacio, la de lo civil en la sala de tributos; la criminal en la sala del consulado.

1857.—Manifiesto del general D. Juan Alvarez, sobre los sucesos que tuvieron lugar en las haciendas de San Vicente y Chiconcuac.

1858.—Ocupacion de San Luis Potosí por las fuerzas de Zuazua.

JULIO.

Este mes se llamó en el calendario romano *Quintilis*, por ser el quinto mes de año Romuleo; despues se le dijo *Julius*, en honor de Julio César que nació el 12 de este mes.

1º

1650.—Se pregonó en la plaza principal y calles acostumbradas de esta capital, un auto del virey, en que se dijo que el 20 del corriente se habia de hacer á la vela para los reinos de Castilla, la flota que estaba surta en el puerto de Veracruz.

1652.—Este dia se supo en México que los vecinos de la provincia de Campeche tenian preso al gobernador D. García de Valdés, por las graves molestias que generalmente inferia á todos.

1675.—Accidente ocurrido en una de las acequias de esta capital. Un diario de la época que tengo á la vista, lo describe en los siguientes términos:—"*Muertes:* Lúnes 1º, estando limpiando la acequia real, enfrente de Verdiguel, cayó la cerca de ella, y mató cinco indios y maltrató á mas de veinte; S. E. les mandó decir muchas misas: enterráronles en San Francisco en la capilla de los indios."

1679.—El padre rector de San Pedro y San Pablo bendijo en la iglesia de San Gregorio la primera piedra para la iglesia de Loreto.

1682.—Fué azotado en esta capital un mulato, y le cortaron las orejas, por ladron ó cómplice en el robo de una lámpara.

1685.—Se abrió la iglesia de San Gregorio, del colegio de la Compañía de Jesus.

1692.—La compañía de mulatos aprehendió á cinco indios en San Pablo y San Ciprian, barrios de esta ciudad, cuatro de ellos armados de flechas. En su poder se encontró alguna ropa de la robada en el tumulto del 8 de Junio anterior.

1727.—Nació en una hacienda cerca del pueblo de Jiquilpan (límite de la diócesis de Michoacan y Guadalajara) el padre Diego José Abadiano, de la Compañía de Jesus; escribió entre otras obras un compendio de álgebra, que quedó manuscrito, y una geografía hidráulica ó descripcion de los rios mas famosos de la tierra. Falleció en Italia el 30 de Setiembre de 1779. Uno de sus biógrafos, al hablar de su muerte, se expresa así. "El padre Abadiano, muriendo desterrado, tuvo á lo menos el consuelo de haber dejado un nombre ilustre entre los literatos de su siglo, de haber honrado á su país, presentando á la Europa sus escritos como una prueba de la cultura é ilustracion de México."

1756.—Tuvo el virey una junta en la que se trató de fortificar el presidio de Panzacola, y entre otros asuntos que se arreglaron se determinó que se enviasen doscientos hombres recogidos entre gente ociosa y baldía, y parte de operarios, carpinteros, herreros y albañiles.

1787.—D. José Velasco, capellan de Santa Teresa la Nueva, en esta capital, bendijo en dicha iglesia el estandarte de los tres gremios, tocineros, panaderos y curtidores.

1823.—Se separa Guatemala de México, constituyendo una nueva república, bajo la denominacion de *Provincias unidas de la América del Centro.*

1850.—Comenzó la acuñacion de moneda en el edificio conocido con el nombre de Apartado.

1855.—Se estrenó solemnemente el puente de fierro inmediato al Santuario de la Piedad, el primero de esta clase construido en la República, bajo la direccion del ingeniero D. Juan Bustillos.

1856.—Decreto autorizando al colegio de Minería, á la Academia de San Cárlos y á la Escuela de Agricultura para expedir el título de agrimensor.

1857.—Inauguracion del ferrocarril entre México y Guadalupe Hidalgo. Este acontecimiento se fija por algunas personas el 4 del mismo mes; yo lo he tomado de la "Memoria para el plano de México," escrita por el Sr. D. Manuel Orozco y Berra.

2

1526.—Llegó á México el Lic. Luis Ponce de Leon, nombrado juez para residenciar á Cortés. Este, con la política que lo caracterizaba, y acompañado de Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, fué á recibirlo á la entrada de la ciudad.

1607.—Hizo su entrada pública en esta capital el undécimo virey D. Luis de Velasco el II, nombrado por segunda vez. Nativo de esta ciudad, sirvió el vireinato del Perú en 1595, y el gobierno español para premiar sus buenos servicios le concedió el título de marqués de Salinas, y por último fué llamado á ocupar el alto puesto de presidente del Consejo de Indias.

1685.—A las tres y media de la mañana de este dia se sintió en esta ciudad un temblor de tierra bastante fuerte.

1692.—En esta fecha se organizaron doce compañías de tropa, cuatro del comercio para que *asistan* al virey, y las otras ocho formadas por los artesanos, se repartieron por toda la ciudad.

1791.—En este dia fué trasladada al cementerio de catedral la gran piedra que representa el calendario azteca.

1818.—El Lic. y general D. Ignacio López Rayon, que figuró mucho en la primera época de nuestra independencia, fué sentenciado á muerte por un consejo de guerra compuesto de siete capitanes, siendo fiscal el de igual clase D. Rafael Irazabal. Tuvo la fortuna de no morir fusilado, pues falleció de un ataque al cerebro el 2 de Febrero de 1832.

1857.—Un decreto de esta fecha autoriza á Mr. Fouché, para establecer una colonia denominada Eureka, en el estero de la Llave, Estado de Veracruz.

1863.—Se publicó por bando la lista de los notables.

1867.—Cayó una *manga* de agua en las inmediaciones de Guanajuato, causando grandes estragos y la muerte de varias personas y muchos animales.

3.

1650.—Hizo su entrada pública en esta ciudad el vigésimo primero virey D. Luis Enriquez de Guzman, conde de Alba de Liste, marqués de Villaflor. Un cronista de la época describe la entrada de este personaje, en los siguientes términos: "Domingo 3 de Julio de este año, (1650) entre las cinco y seis de la tarde entró el señor virey en esta ciudad y le fueron á recibir á la iglesia de Santa Ana, extramuros de esta ciudad, la real Universidad en forma, el regimiento, alcaldes ordinarios y corregidor, tribunales de cuentas y real audiencia, todos á caballo, y le trajeron en esta forma hasta llegar á la boca de la calle de Santo Domingo, donde acostumbra la ciudad recibir los vireyes, y en ella estaba un arco de dos rostros con la fábula de Proteo, que segun la poesía, se la acomodó á la genealogía y descendencia del señor virey; todo lo cual hizo el licenciado D. Alonso de Alavez Pinelo, teniente de corregidor del reino, abogado de la real audiencia: llegado á este puesto, se le explicó lo pintado por un farsante, y habiendo acabado y hecho las demas ceremonias acostumbradas, entró por debajo del dicho arco, y teniendo los regidores el palio pasó por debajo de él y luego lo arrimaron; tomaron las bandas del caballo en que venia, el lado derecho D. Gerónimo de Bañuelos, corregidor de esta ciudad, y el izquierdo D. Gaspar de Zapata, alcalde ordinario de esta ciudad: traia puesto el señor virey un vestido bordado de oro sobre camalote de aguas, pardo, muy costoso, y todos los caballeros de hábito de su familia venian con vestidos bordados de mucho valor, y cercaban á S. E. todos sus pajes y criados españoles, con librea de terciopelo verde de Castilla, calzon, ropilla y capas de paño verde guarnecidas de una franja de oro bordado: llegó á la boca de los portales de los Gorreros, donde ocupaba todo su ancho un tablado de dos varas de alto, con sus gradas que miraban á las casas del marqués del Valle y que vertian á la catedral, donde estaba un sitial de terciopelo carmesí y almohadas: salió, habiendo llegado el señor virey á él, el señor arzobispo vestido de pontifical y su cabildo con capas blancas, cruz, ciriales y la clerecía, y salió á dicho puesto y le dió á besar la cruz de reliquias, y volvieron á la catedral, y antes de entrar se le explicó la fábula de Hércules que estaba pintada en la portada, por un farsante, y su verso: poesía y loa compuso el padre Matías de Bocanegra, de la Compañía de Jesus: entró en la catedral, y habiéndole cantado el *Te-Deum laudamus*, oracion, y echado la bendicion episcopal, salió de ella el virey y tribunales, y entró en su carroza y se fué á palacio. Costó el arco de la ciudad 2,000 pesos y el de la catedral 1,005 pesos, que le pasaron al conde de Calimaya; colgáronse las calles desde Santa Catarina Mártir hasta la catedral de sedas y lienzos de pincel, y concurrió á este acto todo el reino."

1675.—El virey D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, acompañado de la audiencia, salió para Tacuba con objeto de visitar la obra del desagüe.

1677.—"Se remató la vara de alguacil mayor de abajo, en arrendamiento, en Juan Diaz de Medina, por seis años, á 600 pesos."

1765.—Falleció el señor arzobispo Rubio y Salinas. Su entierro fué muy solemne, y en el que el entonces virey, marqués de Cruillas, hizo marchar una fuerza respetable como nunca se habia visto en México.

1783.—Sacaron de la Acordada dos hombres para darles garrote, y uno de ellos fué arrastrado y encubado.

En la misma fecha del siguiente año sacaron de la Acordada 28 hombres y una mujer, dándoles doscientos azotes.

1786.—Se sintió en esta capital un temblor de tierra.

1795.—"Hubo una folla real en el coliseo, cuyos productos se cedieron por donativo al rey."

1819.—El guerrillero mexicano Andrés Delgado (á) el Giro, fué muerto por las tropas realistas en las cañadas de Landin, entre el pueblo de Santa Cruz y Chamacuero. Segun Bustamante, murió á los veinticinco años de edad, y en su corta carrera militar recibió veintisiete heridas.

1858.—Se hizo cargo del ministerio de gobernacion D. Manuel Fernandez de Jáuregui.

4

1526.—Se reunió el ayuntamiento de esta capital en la parroquia que estaba en la plaza, reconociendo por gobernador al Lic. Luis Ponce de Leon, cuyo empleo debia ejercer durante la residencia de Cortés.

1536.—Siendo virey D. Antonio de Mendoza, se promulgaron las ordenanzas de tierras y aguas.

1654.—Se colocó en la torre de catedral, presente el virey D. Francisco Fernandez de la Cueva, una campana traida del pueblo de Guayapa, entonces doctrina de los dominicos, cuyo costo fué de 900 pesos.

1786.—Fué sacado de la Acordada un español y le dieron doscientos azotes por ladron, escalador ó incendiario.

1858.—"Falleció el Sr. D. Valentin Gomez Farías, sugeto muy notable por su exaltacion en el partido liberal á que siempre perteneció, por los cargos públicos que desempeñó, principalmente la primera magistratura, como vicepresidente en épocas azarosas, y por su honradez, firmeza de principios y desinteres. Su cadáver fué llevado á Mixcoac para ser sepultado en la huerta de su casa, y lo acompañaron hasta la garita, desde su habitacion, calle de San Bernardo, muchísimas personas, principalmente del partido liberal, á pié. La comitiva era presidida por el Sr. Forsyth, ministro americano."—(*Galvan.*)

1867.—Disposicion del gobierno del Distrito, comunicando la del cuartel general, para que se presentasen como presos en el convento de la Enseñanza, los notables, consejeros, etc. A los generales y gefes se les señaló para prision los conventos de Santa Brígida y Regina.

5

1653.—Llegó un correo de Veracruz con noticia de estar á la vista de dicho puerto la flota compuesta de once navíos, y trae entre sus pasajeros al nuevo virey D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque, y al abad de Roncesballes para arzobispo de México.

1753.—En la noche de este dia robaron una lámpara de plata del convento de Jesus María, en esta ciudad. La lámpara pesaba sesenta y cinco marcos.

1821.—Fué depuesto el virey D. Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, encargándose del mando el director de artillería D. Francisco Novella.

1833.—Deja Santa-Anna la presidencia para tomar el mando del ejército, sustituyéndolo en el gobierno D. Valentin Gomez Farías.

1859.—Toma de Tlacolula por las fuerzas del general Robles.

6

1529.—Cédula fechada en Barcelona, en la que se concedió á Cortés el título de marqués del valle de Oajaca, donándole varios solares en esta ciudad, entre los cuales estaba el que hoy ocupa el palacio nacional.

1654.—En este dia comenzaron á visitar los hospitales el virey y la audiencia.

1692.—Edicto del arzobispo de esta diócesis contra los regatones de maiz y trigo.

1694.—Azotaron á un mulato que se paseaba por la plaza de esta ciudad vestido de mujer y con zapatos de *palillo*.....

1789.—A las dos menos cuarto de la tarde se sintió en esta capital un temblor de tierra.

1857.—El ministerio de Fomento reglamenta el deslinde y mensura de los terrenos baldíos.

1865.—Se instaló en esta capital la Academia de ciencias.

—Ley sobre explotacion y laboreo de sustancias minerales no metálicas.

IGNACIO CORNEJO

(*Continuará.*)

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Falta de noticias.—La fiesta de los Angeles.—El teatro.—La zarzuela.—Rumores sobre la ópera.—Vuelta de Valero y de la Cairon á México.—Inauguracion del busto de Guatimotzin en el paseo de la viga.—Fiesta en honor del baron de Humboldt.

México, Agosto 7 de 1869.

Un periodista que se impone la obligacion de escribir revistas semanarias en México, sin tocar el asunto político, se ve muy apurado á veces para llenar su comision.

La vida de México es fastidiosamente monótona; y si en Paris, que es el centro del mundo bullicioso, donde cada semana hay un escándalo que referir, ó la llegada de una celebridad extranjera de que hablar, ó un libro nuevo que anunciar, los cronistas se desesperan, y no pocas ocasiones se ven obligados á llenar con anécdotas mal zurcidas sus artículos; en esta pobre ciudad de México, llamada por los payos *el segundo cielo*, y por los poetas la *reina del Anáhuac*, los cronistas bostezan y se duermen buscando en vano un acontecimiento cualquiera con que entretener á sus lectores.

Hénos aquí en tal posicion. Tenemos sobre nuestra mesa ocho cuartillas de hermoso papel *Lacroix*, esperando que las llenemos con cuentos y con tonterías. Pero nada....... nada recordamos, ni nada nos ocurre.

La semana se ha deslizado sin novedad, como una de esas horas de indiferencia que no dejan huella en el ánimo, y de cuyo trascurso no nos apercibimos, sino porque al consultar nuestro reloj nos encontramos con que el minutero ha recorrido ya sesenta pequeños espacios del gran círculo de las horas.

Y ¿de qué hablaríamos ahora, aunque quisiéramos hacer un esfuerzo para vencer nuestra infecundidad?

¿De la fiesta de Nuestra Señora de los Angeles? Pero no ofrece ya nada de particular. Antes, segun sabemos y recordamos, solian ocurrir en esa fiesta famosa, por lo menos sus veinte ó treinta homicidios, despues de la procesion y cuando los devotos se hallaban exaltados por las libaciones del *blanco de almendra* ó del *colorado de tuna*.

Ademas, era enteramente seguro que á las cuatro ó cinco de la tarde cayese un aguacero espantoso que hacia disolver á la concurrencia entre porrazos, gritos y carreras, lo cual divertia á nuestro pueblo, que no encontraba inoportuno del todo el abundante baño, despues de la soberana turca que en honor de la milagrosa imágen se habia propinado.

Las cosas han pasado hoy de otro modo. En primer lugar, hubo, es verdad, una concurrencia muy grande, pero siempre menor que la de otros tiempos; y luego no ha habido ni sangre ni agua.

Sobre esto disertamos en tono quejumbroso una vieja conocida nuestra y nosotros.

Habiamos almorzado en una casa del barrio de los Angeles, con una apreciable familia amiga nuestra, y en compañía de unos diez ó doce *puros* de los antiguos tiempos, amigos de la francachela popular, y hondamente aficionados al *pipian verde*, á los tamalitos, á los frijoles chinos y al curado de piña y de apio.

¡Qué banquete, gran Dios! Renunciamos á describirle, porque esa es la especialidad de Fidel, que sabe pintar los guisados de un modo que se hace agua la boca. Nosotros, á pintarlos preferimos comerlos, como lo hicimos honrada y discretamente, en la casa de los Angeles. Despues del almuerzo y de oir las hermosas canciones con que acompañados de una guitarra nos obsequiaron nuestros amigos los antiguos puros, entre las cuales hubo un duo que no se nos olvidará nunca, salimos á discurrir por la calle y plazuela de los Angeles, que ese dia se hallan casi intransitables, por el gentío.

Allí, entre los puestos de *pulque*, de frituras, de frutas, de dulces y de buñuelos, nos encontramos uno, en el que presidia una vieja conocida nuestra, muy honrada, muy gorda, muy barbuda y muy decidora. Llámase la tia Ramona, y es devotísima de Nuestra Señora de los Angeles, y muy buena fabricante de empanadas, buñuelos y fiambre. Luego que la vimos, corrimos á saludarla.

—Señora Ramona ¿cómo va? ¿qué dice la fiesta?

—¿La fiesta? Buena está la fiesta, niño, ya vd. la ve. Vdes. han acabado con la devocion. Dios se los tome en cuenta.

—Pero señora, hay gente, hay alegría, hay bulla, no creo que pueda vd. quejarse.

—Sí, mucha gente: le digo á vd. que...... hay para dar gracias á Dios. ¿Qué no ve vd., señor de mis pecados, qué clara está la calle, qué vacía la plaza? ¡Cuándo en otros años habia de suceder esto! Toda la capital estaba aquí, las señoras mas ricas y mas decentes y que cargan mas lujo, venian en coche ó á caballo y se paseaban por aquí con los señores caballeros, y vamos........ todito el mundo se alegraba entonces. Todavía me acuerdo, era yo muchacha; pero ahora poco á poco ha ido poniéndose esto triste y han dejado la fiesta solo para los pobres. Vea vd. qué poca gente rica viene, y eso con qué asco y con qué remilgo, y como quien se pasea entre léperos y pinacates. Se me figura que ni hay tal fiesta, ni tal bulla; ¿qué procesion ha habido, á ver, dígame vd.? Ya se está acabando la tarde y no he visto pasar ni un muerto, cuando en otros años, quizás...... lo menos unos veinte ó treinta salian de aquí cadáveres. ¿Yo? cuándo habia de tener á estas horas, como tengo, todas esas golosinas allí enfriándose de balde; ya habria yo acabado, me hubiera ido á rezar un ratito á Nuestra Madre y Señora, y luego habria yo venido á gustar y á divertir con mi sobrino que está allí enfrente, con mi sobrina y sus primos y demas conocidos. ¿Qué dice vd. no mas qué fiesta? Ni siquiera agua ha habido como otros años, nada; esto ya no es ni sombra...... Vdes. tienen la culpa.

La charla de la tia Ramona dará una idea aproximada de lo que es actualmente la fiesta de los Angeles.

Despues de ella, ¿de qué hablariamos? ¿del teatro? Tendriamos que decir que cada dia sigue mas solitario y silencioso. Decididamente el arte dramático está en eclipse, y no tenemos inconveniente en confesarlo: la vergüenza no es para nosotros.

A propósito, comienzan ya á aparecer artículos con el objeto aparente de censurar á la Sra. Civili, pero con la verdadera mira de desprestigiar el espectáculo dramático. Si fuésemos á combatir esos artículos, nos seria fácil demostrar que la pasion los ha inspirado juntamente con el deseo de que no domine por ahora, en la escena mexicana, otro expectáculo que el corruptor de la zarzuela y del *cancan*.

Pero no emprenderemos esa tarea, que seria por demas enojosa é inútil, puesto que los argumentos contrarios no nos convencerian, y los nuestros no convencerian tampoco á los que tal escriben, ni á gran parte del público que está poseido de una especie de delirio que le hace buscar en el *cancan* la suprema ventura.

Tan cierto es esto, que hemos venido observando desde hace dias, síntomas raros y singulares de la inclinacion del público.

Por ejemplo: la otra noche la orquesta del Nacional tocaba un *pot-pourri* musical, compuesto de retazos de óperas y zarzuelas.

El público oyó en silencio los bellos trozos de Fausto, de Ernani, del Trovador, etc.; pero cuando la orquesta comenzó á tocar la marcha, galopa, ó el diablo sabe qué, del segundo acto de los *Dioses del Olimpo*, que no es mas que *cancan*, estallaron mil aplausos en el salon, y todos los espectadores se volvieron del lado donde la Gomez (la cancanera) estaba sentada en un palco, y la saludaron con un entusiasmo religioso. La orquesta tuvo que repetir el *cancan*.

Ya antes, en el beneficio de la Sra. Serra, habiamos notado que al aparecer la señora Zamacois, que iba á cantar el *Ave María* de Gounod, el público la saludó con *una sola* salva de aplausos, mientras que al aparecer la Gomez, que hacia el papel de la vieja en la Colegiala, no solo hubo una, sino veinte salvas, y gritos y bravos y locura, al grado de que la buena señora no podia hablar.

Se la saludaba como á una aparicion maravillosa, como á una deidad, lo cual indica que no se quiere de la zarzuela precisamente el canto, sino el baile deshonesto, ni se quiere cualquiera música, sino la de *Offembach*. La Zamacois misma, cuya voz es tan hermosa, parece eclipsada por la Gomez, que no se puede negar es simpática, pero que se ha hecho adorar tan solo por sus movimientos en el *cancan*.

Lo hemos dicho una vez, y lo repetimos, la Gomez es la diosa de la época, la mujer á la moda. A eso hemos llegado.

Así es, que no nos lisonjeamos de que nuestras predicaciones tengan resultado favorable. Al contrario, con ellas sucede lo que con ciertos libros de moral que se confian á los niños para aborrecer los pecados y evitarlos; producen un efecto diametralmente opuesto.

De manera que los zarzuelistas nos debian estar profundamente agradecidos.

Lo conocemos: la zarzuela ha destronado al arte dramático, y el *cancan* ha destronado á la zarzuela.

El *cancan* tiene ya en nuestro teatro un templo y un altar. Los antiguos dioses lares de la escena mexicana han bajado de sus pedestales y se han escurrido avergonzados, cediendo el puesto de honor á este dios esencialmente gálico, que no sabemos hasta cuándo caerá, y cuyo culto gana prosélitos todos los dias.

Quédanos la esperanza remota de que vendrán mejores tiempos, en los que el público se habrá curado ya; aunque es difícil, porque la *cancanomanía* es una pústula gangrenosa de imposible curacion. Dígalo si no la Francia, y dígalo la España, donde los escritores, ya que no pueden atajar el virus cancanero, al menos aconsejan á los concurrentes que no lleven al teatro *á sus hijas*, lo mismo que se prescribe una precaucion sanitaria contra la peste.

En fin, ello dirá. Nosotros protestamos contra la invasion, y seguiremos haciéndole una guerra cruda, aunque hagamos el papel de Juan en el Desierto, y aunque las falanjes de libertinos que concurren al teatro aplaudan mas rabiosamente á medida que gritemos mas alto. El deber del escritor público nos veda la transaccion con la inmoralidad, y nos coloca en un puesto en el que tenemos que afrontar la rechifla de la muchedumbre insensata. Tenemos el valor de oponernos al torrente.

En cuanto á los amigos del *cancan*, quisieran que pudiera decirse del teatro de México, lo que el terrible Juvenal decia de los teatros romanos:

....« ¿Cuneis an habent spectacula totis
Quod securus ames, quodque inde excerpere possis
Chironomon Ledam molli saltante Bathyllo,
Tuccia vesicæ non imperat: Appula gannit.
Sicut in amplexu: subitum et miserabile longum.
Attendit Thymele: Thymele tunc rustica discit.»

No queremos traducir estos versos, y preferimos presentarlos con el velo de la lengua latina. Que los padres de familia que saben, los traduzcan.

Lo repetimos: los libertinos quisieran que nuestro teatro se hallara á esa altura para aprovecharse de la buena disposicion de las Tuccia, de las Appula y de las Thymele.

Nosotros no podemos cometer ese crímen que nos haria indignos de pertenecer á la prensa de un país honrado.

Responderemos, por último, á los que nos creen apasionados admiradores de la Civili, diciendo: que no lo somos, pero que nos envanecemos de ser apasionados admiradores del arte dramático.

No creemos á la Civili á la altura de la Rachel ni de la Ristori; vemos que tiene grandes defectos, pero con todo y ellos la preferimos á todas las zar-



Litog. de Iriarte.

VOLCAN DE COLIMA
(Erupcion del 12 de Junio de 1869.)

zuelistas y cancaneras juntas, porque á pesar de su gordura, de su acento italiano, de su horrible imitacion de la agonía, de su voz fuerte y molesta, es mas útil aún en el teatro, que esos canarios infecundos y que esas contorsionistas lascivas que solo divierten y corrompen.

Y no solo preferimos á la Civili, sino que para decirlo de una vez, preferimos á Pepa García, á Anita Cejudo, á Mata, á Morales, á Padilla, á Capilla, á todos los actores, en fin, por inferiores que se supongan, pero de cuyo trabajo el público puede al menos sacar lecciones provechosas. Y aunque siguiendo la opinion de algunos, convengamos en que el teatro no es escuela de moral, al menos no concederemos que sea escuela de disolucion.

Y *laus Deo.*

La compañía de zarzuela va á trabajar en el teatro Principal. Todo México irá allí á ver el *cancan.*

Pero algun dia las señoras negarán á sus tiernas hijas haber asistido á semejante espectáculo, como negarian haber leido el *Baroncito de Faublas* ó la *Hermana Ana.*

En cambio de esta noticia ingrata, se dice que Angela Peralta vendrá en el próximo invierno á México, con una compañía de ópera. Dios lo haga. Esa es la música clásica, la música que enseña y que civiliza.

En cambio, tenemos seguridad de que Valero, con otra compañía dramática, sucederá á la ópera en el gran teatro, pues se prepara á regresar á México en el verano del año entrante. El ilustre actor español y su bella y simpática esposa Salvadora Cairon, volverán á elevar al teatro dramático á la altura en que le dejaron, y de la que ha descendido por los tirones de la zarzuela.

Dentro de poco se inaugurará en el paseo de la Viga el busto de Guautimotzin, último emperador azteca. La fiesta que se prepara con este motivo parece que será espléndida, y que presentará novedades agradables.

La Sociedad de Geografía y Estadística ha organizado tambien una fiesta en honor del baron de Humbolt. Esta solemnidad de la ciencia atraerá un concurso escogido, y será un acontecimiento en los tiempos actuales en que parece que el público busca los placeres de mala ley. El discurso respectivo está encomendado al distinguido escritor Don Ignacio Ramirez, cuyo solo nombre basta á despertar la curiosidad y la impaciencia. Dios quiera que se inventen otras solemnidades que hagan salir al pueblo de la capital del torcido sendero de diversiones, por el que parece correr con una furia semejante á la de los antiguos sacerdotes de Cibeles.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

VOLCAN DE COLIMA.

(Traducido para el «Renacimiento» y anotado por Ignacio Cornejo.)

El volcan de Colima, situado próximamento á los 19° 25′ de latitud Norte y 105° 50′ de longitud Oeste (de Paris), dista diez leguas de la ciudad del mismo nombre, y casi lo mismo de Zapotlan el Grande, poblacion que pertenece al Estado de Jalisco. Por cualquier lado que se trate de llegar á este cono volcánico, se encuentran obstáculos naturales que á primera vista parecen insuperables, y solo por medio de guías prácticos en el terreno pueden vencerse las dificultades: estos guías se encuentran con tanta mayor dificultad, cuanto que el volcan nunca ha sido examinado sino de lejos, y su cumbre rara vez ha sido hollada por la planta humana. Los obstáculos de que hablamos, son: del lado de Colima inmensas barrancas abiertas en la misma base del volcan, por las que corren torrentes impetuosos y que dejan entre sí pequeñas porciones de tierra, tan estrechas, que seria peligroso, si no imposible, pasar por ellas; del lado de Zapotlan es necesario atravesar una cadena de montañas bastante elevada, entre las que domina un pico de una altura considerable (4,304^{ms}) llamado el *Volcan de nieve*, segun la singular costumbre que tienen en México de dar el nombre de volcan á toda cima elevada. [1] Las faldas de la montaña están cubiertas de una abundante vegetacion, y no sin trabajo se puede abrir camino á través del bosque. Ademas, para llegar al volcan de Colima es preciso pasar casi por la cumbre del *Volcan de nieve* [2] y bajar en seguida por rápidas pendientes las faldas de la misma montaña.

En medio de un recinto circular, ó mas bien de un circo de rocas, se ve el cono; cuya masa imponente y perfectamente regular se destaca admirablemente del círculo rocalloso. Este cono, del todo aislado, se compone de escorias rojizas, fragmentos movedizos, cenizas, trozos de escoria negruzcos, y en fin, de algunos peñascos de mayores dimensiones, desprendidos de la cumbre durante las erupciones. Su base puede tener un diámetro de 1,800^{ms} La ascension del cono es bastante penosa: en la base, las rocas porfíricas, ó mas bien sus fragmentos, son mas consistentes por estar retenidos por una especie de vegetacion de líquen y musgo que se podria tomar á primera vista por un mortero; pero poco á poco la pendiente llega á ser muy fuerte (87°), y el suelo se compone de guijarros rodados ó apilados, de escorias, de cenizas y de arena muy fina, que se desprenden bajo los piés con excesiva facilidad.

El cono ės de una perfecta regularidad; sin embargo, la pendiente varia un poco á medida que se

1 Los autores del presente trabajo se equivocan, creyéndonos incapaces de saber lo que es un volcan, y tomando un ejemplo aislado como regla general.—(N. del T.)

2 Conservaremos á esta montaña el nombre que lleva en el país, para simplificar el lenguaje y evitar errores.—(N. de los AA.)

llega á la cumbre, subiendo la inclinacion hasta 39 y 40°.

Mientras mas cercano está el vértice, los restos volcánicos van siendo de menores dimensiones, y hay lugares en que se reducen á un polvo muy fino, mas ó menos rojo, segun su grado de escorificacion. La mayor parte de estos restos pertenecen á rocas porfíricas; hemos encontrado algunos que son bastante curiosos: sobre la masa porfírica se distinguen cristales prismáticos de azul de añil, que nos parecieron ser de óxido de fierro; los ejemplares de esta clase son bastante raros.

Un poco abajo de la cúspide se observa una ligera depresion rodeada de un muro de rocas porfíricas; estas rocas están llenas de fisuras y canales que indican una accion gaseosa bastante reciente; ademas, están cubiertas de una sustancia blanquizca *aluminosa*, en la cual se pueden distinguir algunas partículas de azufre. Esta depresion presenta todos los caractéres de una accion gaseosa extinguida hace poco tiempo.

El borde exterior del cráter propiamente dicho, está formado por una especie de muralla, tambien de pórfido, levantado en el momento de la erupcion principal, y anterior á las deyecciones cineritas. El pórfido que constituye esta muralla es del todo análogo al de las crestas que rodean la base del cono, y parece no haber sufrido alteracion sensible.

El cráter, en cuanto á su forma, tan regular como el cono exterior, parece un embudo, ó mas bien una verdadera cubeta. Su mayor profundidad es de 250^{ms}, y la menor distancia al fondo de 125^{ms}. Está formado de dos partes:

1º Un plano inclinado de 50 á 60 metros de altura vertical con una pendiente de 30°, interrumpido por algunas rocas de dimensiones bastante considerables.

2º Un segundo plano inclinado, cuya pendiente llega á 40° ó 41, y que conduce al fondo del embudo.

La figura general del cráter es casi la de un círculo; sin embargo, tiene un diámetro mayor que se dirige de N 55° E, á S 55° O, y tiene 500 metros de largo; el otro perpendicular solo tiene 450 metros, y el del fondo es de cerca de 50.

Los lados interiores del cráter están cubiertos de restos escorificados y de rocas porfíricas negruzcas un poco vitrificadas en la superficie, algunas veces rojizas y amarillentas, cuyos colores son debidos á una ligera capa de azufre. Las *fumorolas* que se distinguen á gran distancia son abundantes; hemos contado veintiun puntos principales de donde se desprenden emanaciones gaseosas. Las que arrojan vapores con mas abundancia se encuentran sobre el lado exterior Noroeste del cráter, casi en la cresta; hemos tomado en varios lugares la temperatura de estas *fumorolas;* en todas el termómetro nos ha acusado de 76° á 78° (C.); sin embargo, las del declive interior, que llegan casi al fondo, tienen una temperatura un poco mas elevada, que sube á 80°.

Hemos estudiado en los lugares mismos la composicion de estas *fumorolas*, y sin poder dar una análisis cantitativa exacta, estamos casi ciertos de la cualitativa; hemos tenido cuidado de llenar de gas algunos tubos en los que se habia hecho el vacío, y será posible conocer su composicion exacta cuando se quiera.

La mayor parte de las *fumorolas* están compuestas de vapor de agua, pues al sumergir nuestros tubos frios en su interior, se cubrian inmediatamente de numerosas gotitas; el mismo fenómeno se reproducia con el termómetro: ademas, este vapor es tan abundante, que en todos los puntos de donde salen las *fumorolas* se han formado pequeñas masas de lodo líquido. El ácido sulforoso se encuentra en pequeña cantidad en el gas, apenas se percibe su olor; sin embargo, las rocas cercanas están cubiertas de una ligera capa de azufre cristalizado. En cuanto al ácido sulfídrico, no hemos percibido su olor, y el papel impregnado de acetato de plomo no ha dado ni aun indicios. Las *fumorolas* son ligeramente ácidas, pues enrojecen el papel azul de tornasol. El gas que de ellas se desprende parece difícil de respirar, y creemos que contiene una gran proporcion de ácido carbónico y de azoe, porque una cerilla en ignicion sumergida en la *fumorola*, se apagaba rápidamente. En fin, una experiencia hecha con algunas gotas de amoniaco nos demostró la ausencia completa de ácido clorhídrico.

La intensidad de las *fumorolas* es muy variable; las del fondo, ó mas bien las del declive que está cerca del fondo del cráter, son poco abundantes, mientras que las del borde exterior salen con un zumbido bastante fuerte y producen una especie de nube que, en ciertos momentos, es muy densa y hace pensar alguna vez á los habitantes lejanos, que el volcan está en erupcion y arroja grandes columnas de humo. Las *fumorolas* están todas repartidas de un solo lado del cráter, ó mas bien sobre una sola semicircunferencia. En el fondo, como en la cresta, esta semicircunferencia se extiende del E. N. E. al O. S. O.

La altura del punto culminante del volcan es de 3886 metros sobre el nivel del Océano Pacífico.

La altura barométrica que nos ha servido para determinar su altitud, es la siguiente:

$$H = 482.\overset{mm}{}80;\ T = 12°\ 5;\ t = 9°\ 5.$$

Esta observacion fué hecha á las tres de la tarde. La temperatura, como se ve, es bastante baja, y durante la noche el termómetro debe descender varios grados bajo cero, pues habiendo dormido en una barranca situada próximamente á la altura de la base del cono ($3157^{ms.}$), el termómetro á las 4^{hs} 30^{ms} de la mañana marcaba 3° 5 bajo cero. Este instante que precede á la salida del sol, es ciertamente el mas frio de la noche.

La altura del cono sobre su base es de 714 metros.

El estado higrométrico en su vértice, á las tres de la tarde, se puede determinar por la observacion siguiente:

Termómetro seco...... 9° 5.
Idem húmedo.......... 5° 8.

El pico vecino, llamado *Volcan de nieve*, de que diremos algunas palabras, nos parece sin duda alguna formar parte del sistema de levantamiento general de las montañas que corren á lo largo de la costa, y en particular de la gran cadena metalífera de Jalisco, solo que este levantamiento presenta una particularidad notable. Al N. E. del volcan de Colima existe una especie de herradura formada por altas rocas porfíricas cortadas á pico, que como ya hemos dicho, sirven de recinto al cono mismo. Al contrario, por la parte del S. O. y del O. las rocas escarpadas disminuyen mucho en altura, y se distinguen inmensas barrancas, que tal vez se ensancharon y cuya forma cambió un poco sin duda en el momento del levantamiento del cono, pero que eran anteriores al mismo levantamiento. El movimiento que ha dado orígen al cono, ha hecho levantar bruscamente las masas porfíricas que formaban la pendiente de la gran cadena del lado Norte, y no encontrando la misma resistencia del lado del mar, ha conservado casi la forma anterior. Este hecho se explica tanto mejor, cuanto que esta cadena es, por decirlo así, el borde extremo de la gran *mesa* mexicana, y el volcan se ha elevado sobre los últimos contrafuertes de esta *mesa*, rompiendo bruscamente las rápidas pendientes que se unen al Océano Pacífico.

Ninguna corriente de lava se encuentra en el volcan de Colima; pero cerca de Zapotlan, á una legua al Sur, se distingue un pequeño cráter que ha producido una enorme corriente de lava, de aspecto basáltico; este cráter, cuya elevacion sobre la *mesa* es de cerca de 250 metros, lleva el nombre de volcan de *Apastepetl*. Dos leguas al N. O. del volcan principal se encuentran dos conos adventicios de poca elevacion que han arrojado corrientes de lava. En cuanto á las últimas erupciones del volcan de Colima, no hemos podido recoger ninguna noticia cierta; sin embargo, hemos oido decir que en 1828 tuvo una fuerte erupcion de cenizas; no sabemos hasta qué punto sea cierta esta indicacion. La vegetacion que cubre las corrientes de lava antes citadas, y el tamaño de los árboles que en ellas han enraizado, indican su antigüedad.

El *Volcan de nieve* ya mencionado, visto de Zapotlan á distancia de 8 ó 9 leguas, parece un volcan extinguido, siendo un pico rocalloso muy elevado; no obstante, aparece en su cima una depresion crateriforme que nos hizo vacilar, y fué preciso subir á dicha montaña para asegurarnos de su naturaleza.

Despues de haber recorrido durante hora y media la toba de la mesa de Zapotlan, en la direccion S. S. O., entramos á una region de arcillas rojas y amarillas, que se elevan á los lados del pico, y en las que se nota una exuberante vegetacion. Esta vegetacion se prolonga hasta 1,500 metros sobre la llanura, y en este lugar se ve con claridad la roca constituyente de la montaña. Dicha roca es un pórfido cristalino con tintes negruzcos y cristales blancos de feldespato, muy análogo, por no decir idéntico, al que encontramos en el *Nevado de Toluca*. La pendiente de la montaña, hasta entonces muy débil, comienza á ser un poco fuerte (28°), y llega á 31° cerca de su cresta. Antes de llegar al punto culminante conservábamos algunas ilusiones sobre la naturaleza de esta montaña, que desde abajo tiene la apariencia de un volcan; pero al llegar á la cúspide todas nuestras ilusiones desaparecieron, y vimos que la depresion que se distingue desde Zapotlan, forma simplemente dos inmensas gargantas, de las que una origina las barrancas de Atenquique y de Beltran, dirigiéndose al S. E., mientras que la otra forma igualmente algunas barrancas y se dirige hácia el N. E. El punto culminante de la primera garganta se llama la *Joya*, y el de la segunda le dicen de la *Calle*. Ambas barrancas están cruzadas por torrentes que, aunque salen en direcciones diametralmente opuestas, vierten sus aguas directamente en el Océano Pacífico.

Al cabo de dos horas de marcha y despues de haber atravesado las profundas gargantas antes citadas, llegamos al pié de una enorme masa rocallosa que forma la cima del pico. A 3,954 metros cesa toda vegetacion arborescente, y se encuentra nieve de trecho en trecho, especialmente en los lugares expuestos al Norte y que reciben poco los rayos solares. El límite inferior de la nieve está á cerca de 350 metros de la cima; pero como estábamos en el invierno, esta observacion no basta para poder determinar su límite sobre el pico; sin embargo, segun las noticias tomadas en la localidad, de algunos indígenas exploradores de la nieve, creemos que el límite de las nieves perpetuas estaria á 300 metros bajo el punto culminante, lo que da para el límite inferior 4,004 metros, número bastante aproximado al que se observa generalmente en los trópicos. El punto culminante de la montaña está formado por una enorme arista porfírica, compuesta de rocas tajadas á pico, muy difíciles de escalar; sin embargo, conseguimos trepar á ellas y pudimos tomar su altura, que es de 4304 metros sobre el nivel del mar.

El Sr. Humboldt, segun podemos recordar, asigna al volcan de Colima una altura de 13,000 piés, sin designar exactamente la montaña á que se refiere, y que es indudablemente el *Volcan de nieve*. Otros observadores que lo han examinado probablemente un poco lejos, le dan 3,500 metros de elevacion; creemos que la altura determinada por el Sr. Humboldt y la nuestra, que no difieren mas de una veintena de metros, se acercan mas á la verdad; tanto mas cuanto que el barómetro Fortin, de que nos servimos para esta determinacion, se halla to-

davía en perfecto estado, y confrontó perfectamente con los instrumentos fijos que pudimos consultar en nuestro camino.

El panorama que se presenta al llegar á la cumbre, es imponente; por cualquier lado que se mire abarca un inmenso horizonte: al Noreste se ve mas allá de las colinas que se encuentran cerca de Guadalajara; al Noroeste toda la gran cadena de montañas en que están situadas las ricas minas de Jalisco; en esta misma direccion y hácia lo lejos, el Océano Pacífico deja ver sus aguas, que se van perdiendo poco á poco hasta desaparecer completamente por el Sur; al Este se distingue Michoacan, con sus innumerables cadenas montañosas, todas paralelas al mar; por último, en lontananza aparece un pico nevado, que es la gran montaña de México, el Popocatepetl. En la altura que nos ocupa se observa perfectamente el estrechamiento de la gran *mesa* mexicana; al Oeste de México se termina bruscamente á veinte ó treinta leguas de la capital y se ensancha considerablemente, aumentando la latitud.

En la cúspide, á las dos de la tarde, el aire estaba bastante frio (6° 2) C., y rarificado. Esa gran sequedad hace que la sangre refluya á la cabeza y al corazon, sin producir, no obstante, efectos fisiológicos muy marcados. La roca del vértice es absolutamente la misma que la de toda la montaña, pórfido negruzco, mas ó menos cristalino, segun el grado de alteracion de su superficie.

La posicion del pico está mal indicada en las cartas; nosotros le colocamos, con respecto á Zapotlan, al N. 45° E.; en los planos se encuentra colocado al N. 20° E., y mucho mas lejos de Zapotlan de lo que está realmente.

En resúmen, el volcan de Colima es uno de los mas hermosos de México, por su forma completamente regular, su elevacion, y por hallarse su cono bien aislado de las montañas que lo circundan. Se encuentra exactamente sobre el mismo paralelo que el volcan de Toluca, el Popocatepetl, el Orizava y el Tuxtla. El mas reciente de los volcanes del país, el Jorullo, se ha levantado sobre la misma línea, y esta gran fisura volcánica, dirigiéndose del Este al Oeste sin alejarse sensiblemente, es uno de los principales rasgos de la geología de México.[3]

3 Lo mismo que en la mayor parte de los volcanes, existen sobre la vertiente Suroeste del de Colima fuentes termales, cuyas aguas ligeramente sulfurosas tienen una temperatura de 42° c. (N. de los AA.)

AUG. DOLFUS. E. DE MONTSERRAT.

Setiembre de 1866.

TABLA HIPSOMÉTRICA Y METEOROLÓGICA DEL VOLCAN DE COLIMA.

MARZO DE 1866.

	HORA DEL DIA.	Altura del Barómetro.	Termómetro del Barómetro.	Termómetro seco.	Termómetro húmedo.	ALTITUD.
Volcan de Fuego, cima	3^h de la tarde.	mm 482. 80	12°5	9°5	5°8	m. 3886
Id. base del cono	$9^h 30^m$ de la mañ.	528. 50	15. 2	14. 1	„	3172
Volcan de nieve, cima	$1^h 30^m$ de la tarde.	459. 25	10. 1	6. 2	„	4304
Id. cresta, lado Norte	9^h de la mañana.	510. 70	14. 1	12. 3	8 2	3453
Id. límite de la vegetacion arborescente.	$12^h 30^m$ de la tar.	476. 60	11. 4	9. 2	„	3954
Volcan de nieve, límite de las nieves	„	„	„	„	„	4004
Id. barranca entre los dos picos	$6^h 30^m$ de la mañ.	529. 50	2. 1	2. 0	—1 0	3157
	5^h de la tarde.	„	„	11. 5	„	„
	4^h de la mañana.	„	„	—3. 5	„	„
Zapotlan el Grande	3^h de la tarde.	639. 40	20. 8	21. 5	„	1523
Colima	9^h de la noche.	722. 10	25. 5	25. 4	„	447

NOTAS.

El objeto que me propongo al anotar el artículo anterior, es proporcionar algunas datos que se escaparon á los viajeros, quienes tal vez no tuvieron los libros necesarios para consultar; mas sea de esto lo que fuere, entro en materia.

En el primer párrafo del citado artículo asignan para la latitud del volcan de Colima 19° 25′ N., y 105° 50′ para la longitud, contada probablemente del meridiano de Paris (pues el original no lo dice). Como no indican quién determinó estas cordenadas geográficas, he consultado las diversas obras en que se pudiera hallar, y solamente encuentro en las posiciones geográficas recogidas por los señores Orozco, Chavero y Jimenez, en la pág. 41, lo siguiente: «Volcan de Colima, latitud Norte 19° 30′ 25″ y 4° 27′ 55″2 de longitud del meridiano de México.» Esta posicion fué determinada por la primera comision de límites. Llamo la atencion de los lectores sobre la longitud, pues se halla referida á nuestro meridiano, mientras que la asignada por los autores de que vengo hablando, está contada del de Paris.

En cuanto á la altura sobre el nivel del mar, asignan los autores 3886 metros para el volcan de fuego; Beechey le da, sin designar el punto preciso, 3668, segun los datos de D. Eduardo Pierron, pág. 57. En el tomo I, tercera edicion del *Boletín* de la Sociedad de Geografía y Estadística, pág. 304, me encuentro una nota que trata de esta cuestion, y dice textualmente: "El volcan de fuego fué especialmente examinado en 1834 por órden del gobierno político del Territorio y de la municipalidad de

Colima, por una comision compuesta de los alemanes D. Eduardo Harcort y D. Mauricio Rugendas, y de los mexicanos D. Mariano Estrada y D. P. Parga, y los resultados de esta expedicion se comunicaron al cuerpo municipal en varios documentos. Daremos una idea, de ellos. aunque muy sucinta,

Resultado de las observaciones geométricas:

	Leguas.	Varas
Distancia del volcan á Colima	7	2200
Idem del Nevado á Colima	8	
Del volcan al Nevado	0	3225
Altura del volcan sobre Colima	0	4059
Idem del Nevado sobre Colima	0	4300
Idem del volcan sobre el mar	0	4260
Idem del Nevado sobre el mar	0	4510
Idem de Colima sobre el mar	0	210
Diámetro del cráter del volcan	0	150

Resultado de las observaciones geológicas:

1ª El volcan no presenta otra piedra mineral que de orígen volcánico.

2ª El hermoso pórfido que allí se encuentra presenta gran variedad de colores, desde el blanco hasta el negro.

3ª Se halla todavía en actividad el volcan, segun se observa por los vapores azufrosos y calientes que salen de sus lados y del cráter, los que no se ven sino de cerca, por cuyo motivo se ha creido apagado; pero es probable que haga otra erupcion. La última que tuvo no dejó señal alguna de haber producido lava.

4ª Nada se encuentra de mineral que pueda ser de alguna utilidad.

5ª El poquísimo azufre que se ve, no sirve.

6ª El aspecto que presenta el cráter es demasiado triste."

Reducidas á metros algunas de las alturas anteriores y comparadas con las de Dollfus y Montserrat, se notan enormes diferencias.

Hablando de las últimas erupciones del volcan de Colima, dicen los autores que no pudieron recoger ninguna noticia cierta. Yo encuentro en el tomo 10º del Diccionario universal de Geografía y Estadística, etc., pág. 920, lo siguiente, que da idea de las erupciones conocidas: "*Colima* (volcan de), cercano á Zapotlan el Grande, en el Departamento de Guadalajara, es una elevada montaña con dos bocas en su cima, ambas en actividad. Ha tenido varias erupciones y ocasionado fuertes temblores. En 25 de Mayo de 1806 causó un movimiento de tierra que se extendió á grandes distancias, y desplomó el templo parroquial de Zapotlan, el cual sepultó bajo sus escombros á multitud de personas. En 31 de Mayo de 1818 causó otro estremecimiento que derribó las cúpulas de las torres de la catedral de Guadalajara y arruinó la villa de Colima."

Actualmente está en erupcion: un parte telegráfico recibido en esta capital el 19 del pasado, nos hizo saber este suceso, que en Europa hubiera llamado fuertemente la atencion, y se habrian nombrado comisiones científicas que informaran sobre un acontecimiento que no se repite con frecuencia.

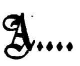
Segun las relaciones de varios periódicos, que tengo á la vista, la erupcion comenzó á las nueve y media de la noche del 12 de Junio, viéndose salir del cráter del volcan una llama como de veinte varas de alto, y despues siguió despidiendo humo. Las noticias que he recogido no dicen nada sobre temblores de tierra, que generalmente acompañan á estos fenómenos geológicos, no obstante que segun las mismas relaciones se han abierto algunas bocas que arrojan productos volcánicos. Para que los lectores se puedan formar idea de esta erupcion del volcan de Colima, copiaré un párrafo publicado en un periódico de esta capital, y dice así: «EL VOLCAN DE COLIMA.—Segun las últimas noticias, este volcan presenta un aspecto amenazador. Los vecinos de la cercana hacienda de San Márcos han tenido que abandonar sus habitaciones. Una persona que estuvo en San Márcos el 23 del pasado (Junio), dice que la tierra se ha levantado formando un nuevo volcan cerca del antiguo. En la hacienda de Huescalapa se han abierto dos bocas que arrojan humo; una en el patio de la casa de la hacienda, y otra en un potrero.»

Por el párrafo anterior se ve que la erupcion de que venimos hablando es de bastante importancia, y ojalá que personas inteligentes visiten el lugar del fenómeno, para poder saber todos los detalles de un acontecimiento que puede causar la ruina de multitud de familias.

Termino mi tarea suplicando no se me tenga por presumido al anotar un trabajo hecho por personas competentes.

México, Julio de 1869.

IGNACIO CORNEJO.



SERENATA.

Bella como en tus labios
Una sonrisa,
En el azul del cielo
La luna brilla;
La luna brilla
Mientras á tí sus cantos
El alma envía.

De la noche el silencio
Solo interrumpe,
De mi laúd sonoro
La trova dulce;
La trova dulce
Que se llevan las auras
Sin que la escuches.

Sal, niña, á tus balcones,
Aunque la luna
Al ver tu faz divina,
Nuble la suya;
Nuble la suya
Envidiando tus gracias
Y tu hermosura.

Ah! tú no sabes, niña,
Cuánto te quiero,
Para mí son tus ojos
De amor un cielo;
De amor un cielo
Do las mas dulces dichas
Tan solo encuentro.

Tanta armonía tiene
Tu voz süave,
Que al escuchar tu canto
Callan las aves;
Callan las aves
Para aprender sus trinos
De tus cantares.

Me han dicho que las flores
Mucho te agradan;
Yo en mis jardines tengo
Las mas preciadas;
Las mas preciadas,
Pero la reina de ellas
Tan solo falta.

Flor preciosa de mi alma!
Si allá á su huerto
Pudiera trasplantarle
Tu amante tierno;
Tu amante tierno
Lo viera en paraíso
Tornado luego.

Angel de mis amores!
El lecho deja;
Verás de la mañana
La blanca estrella;
La blanca estrella,
Espejo de tus ojos,
Niña hechicera!

Mas no escuchas mis trovas....
Adios, mi vida,
Llévete mis suspiros
La dulce brisa;
La dulce brisa
Que en tu balcon las flores
Blanda acaricia.

Mañana al contemplarlas,
Tierno bien mio,
Deja para mí en ellas
Solo un suspiro;
Solo un suspiro,
Guardado de esas flores
Entre el rocío.

J. M. Bandera.

México, 1869.

MI AMOR Á ELISA.

SONETO.

(Imitacion de Petrarca.)

Cuando entre altiva gracia seductora
Miro al divino amor en su semblante;
Cuando escucho su voz tierna y vibrante
Y crece el dulce afan que me enamora,
Bendigo el sitio y la feliz aurora
En que mi corazon latió anhelante,
Y mi trémula voz murmura amante:
Dichoso el que cual yo tierno la adora.
De este inefable y amoroso anhelo
Dimana la ilusion que en lontananza,
En dicha ofrece convertir mi duelo:
En él cifrada está mi bienandanza,
Y en alas de la fé me lleva al cielo
Por la senda de luz de la esperanza.

José Rosas.

LAMENTOS DE CAIN.

PARÁBOLAS DE FEDERICO ADOLFO KRUMMACHER.

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ALEMAN.

Cuando Cain habitaba el país de Nod, al otro lado del Eden, hácia el Oriente, estaba un dia sentado debajo de un terebinto y tenia la cabeza apoyada en las manos, y suspiraba. Su mujer, empero, salió en busca de él y llevaba en brazos á su hijo de pecho Hanoch. Luego que le hubo encontrado permaneció largo rato junto á él, debajo del terebinto, oyendo el suspirar de Cain.

Y le dijo: Cain, ¿por qué suspiras y te lamentas sin cesar?—Entonces se espantó, levantó la cabeza y dijo: ¡Ah! ¿eres tú, Zila?—¡Hé ahí que mi pecado es mas grande para que se me pueda perdonar! —Y habiendo dicho esto inclinó de nuevo la cabeza y se tapó los ojos con las manos.

Su mujer, empero, dijo con dulce voz: ¡Ay! Cain, el Señor es misericordioso y de suma bondad.

Cuando Cain oyó tales palabras se espantó de nuevo y dijo: ¡Oh! ¡tambien tu lengua ha de ser para mí una espada que me traspase el corazon!—Empero ella contestó: Lejos de mí tal cosa. Oyeme ¡Cain! y mira en derredor. ¿No florecen nuestras semillas, y no hemos cosechado ricamente por dos veces? Por ventura ¿no es el Señor propicio, y en su clemencia no nos ha colmado de bienes?

Cain respondió: Para tí, ¡Zila! para tí y para tu Hanoch, no para mí. Solo en su bondad reconozco cuán apartado estaba de él cuando...... maté á Abel.

Entonces le interrumpió Zila diciendo: ¿No cultivas tú el campo, Cain, y echas la semilla en el surco, y te alumbra la aurora como en el Eden, y el rocío reluce en las flores y en las espigas?

¡Ay! Zila, pobre mujer mia, replicó Cain; en la aurora solamente veo la ensangrentada cabeza de Abel, y en el rocío que pende de cada espiga miro una lágrima, y en cada flor una gota de sangre. Y cuando el sol sale veo tras de mí, en mi sombra, á Abel la víctima, y delante de mí á mí mismo que le sacrifiqué.—¿No tiene el murmullo del arroyo una voz que gime por Abel, y no llega á mi rostro, en el soplo del viento frio, su aliento? ¡Ay! mas terrible que la palabra de furor que entre el trueno me gritaba diciendo: ¿dónde está tu hermano Abel? es para mí espantosa la dulce voz que por todas partes me circunda.—Y viene la noche, ¡ay! y me ciñe como un sombrío sepulcro, y en derredor de mí hay un reino de muertos que á mí únicamente encierra. Solo el medio dia es mi hora, cuando el sol me quema la cabeza y mi sudor gotea en los surcos y no me cubre ninguna sombra.

Entonces dijo Zila: ¡Oh, mi querido Cain! Mira, allí vienen nuestras ovejas. Blancas como los lirios del campo y llenas las ubres de leche, alegres

brincan hácia el redil, al resplandor del crepúsculo de la tarde.

Cain, viendo por allí con fija mirada, exclamó: ¡Ay! ¡son los corderos de Abel! ¿No están teñidos en la sangre de Abel? Balando lloran por Abel. ¿No es la voz del lamento? ¿Qué podria pertenecer á Cain?

Entonces, llorando Zila, dijo: ¿No soy yo acaso Zila, tu mujer que te ama?

El, empero, replicó: ¿Cómo puedes amar á Cain que á sí mismo no se ama? ¿Qué tienes tú de mí sino lágrimas y suspiros?—¿Cómo podrias amar á Cain que mató á Abel?

Entonces le presentó á Hanoch, su pequeñuelo, y el niño se sonreia al ver á su padre.

Al instante se echó Cain sobre su rostro, debajo del terebinto, y sollozando exclamó: ¡Ay! ¿tambien he de estar mirando la sonrisa de la inocencia? Esa no es la sonrisa del hijo de Cain, es la de Abel —¡Es la sonrisa de Abel á quien mató Cain!

Así exclamó y quedó mudo, postrada en tierra la frente. Zila, empero, se apoyó en el terebinto—pues temblaba mucho—y sus lágrimas corrieron por la tierra.

José Sebastian Segura.

México, Julio 30 de 1869.

CAROLINA CIVILI.

(CONCLUYE.)

II

La privilegiada artista perseveró en su propósito, y un año despues (1865) abria al público las puertas del *Teatro de Variedades* en la calle de la *Magdalena*, al frente de una compañía española.

El lúnes 19 de Junio de aquel año, lo mas selecto de la buena sociedad de Madrid ocupaba como por ensalmo las localidades del precioso y pequeño teatro del Liceo Piquer, fundado á expensas del distinguido escultor de aquel nombre, quien en su tiempo habia visitado á México, dejando grata memoria entre los artistas de la República. La concurrencia que por billetes de convite habia acudido, era tan numerosa, que el bello salon del teatro era imposible á contenerla. ¿Sabeis cuál era el motivo de tamaña afluencia de gente? Carolina Civili, accediendo á los deseos de los socios del Liceo Piquer, se habia prestado gustosa á desempeñar en español, en union de los jóvenes aficionados, el bello drama intitulado *Una ausencia*. La sublime actriz hubo que contener, por así decirlo, sus portentosas dotes: aquel espacio era pequeño para que el águila cerniera todo su vuelo. Ademas, la acompañaban en el desempeño de la obra actores de aficion, designados entre los mas distinguidos de la seccion dramática; y por mucho que fuera el acierto con que interpretaran sus papeles, como en efecto lo fué, si la Civili hubiera desatado el torrente de sus recursos, el cuadro y la unidad hubieran desaparecido. Por estas razones la Civili no esforzó su voz, ni pudo desarrollar sus medios de accion en tan reducida escena; y á pesar de esto, ¡con cuánta claridad en la frase y con qué sorprendente inteligencia no demostró la extraordinaria facilidad de que dispone para trasplantar á nuestro Teatro las matizadas flores de su ingenio! Dijo su parte con la seguridad, el sentimiento y el colorido propios de una posesion absoluta, que la Civili no podia aún tener, pero que tan en breve debia de conseguir. Arrebató, en fin, á la concurrencia, y al final de la ejecucion el escenario quedó cubierto de flores, cayendo tambien á los piés de la heróina de tan difícil triunfo, una elegante corona. No hay duda, decia dias despues el ilustrado cronista del *Museo Universal*, Carolina Civili puede ser en un término no lejano tan española como italiana: puede señalar una nueva éra de gloria para la escena de nuestro país.

Al presente, la prediccion se encuentra enteramente realizada.

Carolina siguió trabajando en *Variedades* al frente de una compañía de actores españoles, entre los que figuraban los Sres. Quintana, Delgado, Alisedo y Capo, todos ellos apreciables, pero muy débiles para medirse con la distinguida trágica, que por esta época estrenó el drama del Sr. Ventura de la Vega, intitulado *Amor de madre*. Al mismo tiempo conservó su compañía italiana, y á gusto del público alternaba sus representaciones en ambos idiomas. Los autores comenzaron á escribirle obras nuevas, que con la mayor complacencia ponia ella en escena, haciendo aplaudir hasta las mas insignificantes y faltas de mérito.

La prensa periodística, que haciéndose eco de los deseos del público, habia animado á la Sra. Civili á dedicarse al Teatro Castellano, veia por fin realizados sus ensueños: los distinguidos literatos D. Antonio García Gutierrez y D. Julio Nombella, principales instigadores de tamaña empresa, contemplaban con satisfaccion su triunfo.

Al terminarse la temporada, y á solicitud de los moradores de Valladolid, pasó á aquella ciudad, y en el Teatro de Calderon dió, con el mayor éxito, un cierto número de representaciones.

La relacion impresa que tenemos á la vista nos suministra los siguientes apuntes:

«Concluido su compromiso en Valladolid, el Sr. Diestro, empresario del Teatro Principal de Valencia, se apresuró á contratar á la eminente actriz, pues todos los públicos de las primeras poblaciones de España manifestaban grandes deseos de conocer á ese prodigio del Arte, al que tanto elogiaban todos los periódicos de Madrid, y con tanta justicia.

«Concluida la temporada de Valencia, pasó otra vez á Andalucía, recorriendo sus principales poblaciones. Los andaluces, efecto acaso de su carácter impresionable, hicieron con Carolina lo que no se ha hecho con ninguna actriz: allí fué obsequiada con infinidad de coronas, flores y serenatas.

«Contratada por el empresario D. Juan Molina, pasó despues á Galicia, recorriendo las poblaciones de la Coruña, Ferrol, Santiago, Pontevedra, Vigo y Orense, en donde fué acogida con el mismo entusiasmo que en todas partes.

«Concluido el verano en Galicia, le propuso el Sr. Molina hacer otro viaje artístico por las principales poblaciones de España, y Carolina accedió á los deseos del activo empresario. Empezó la nueva expedicion en Santander, recorriendo luego Bilbao, Vitoria, Balladolid, Leon, Burgos y Salamanca, en cuyo punto la célebre artista contrajo matrimonio el 10 de Febrero de 1868, con el simpático y aventajado actor D. Juan Manuel Palau. Para comprender, dice la relacion citada, el fanatismo que hizo en esta poblacion, era preciso haber visto el entusiasmo que reinó en la tradicional Ciudad de los Sabios el dia de la boda. Las familias mas distinguidas se ofrecieron á disposicion de la célebre actriz, y el pueblo felicitaba afanoso al ídolo que él se habia creado en el Teatro.»

Carolina derramaba lágrimas de gozo por la parte que todos tomaban en su dicha.

Desde Salamanca siguió recorriendo, de triunfo en triunfo, las principales poblaciones de España, hasta que llegó Málaga, en cuyo punto firmó el contrato del gran teatro de Tacon de la Habana.

Bajó despues á Cádiz, donde antes de partir para América dio algunas funciones en el teatro Principal, despertando el entusiasmo mas frenético en los gaditanos. El 15 de Setiembre de 1868 la Sra. Civili partió de la bella Cádiz, llorando al mismo tiempo dos grandes pesares: el uno, abandonar la querida tierra de España; y el otro, despedirse de su apreciable y cariñosa madre, anciana respetable, cubierta de venerables canas..... ¡Que pronto vuelva á abrazarla!......

El 3 de Octubre del mismo año Carolina llegó á la Habana, precedida de su fama europea, y el 8 del mismo dió su primera funcion en el gran teatro de Tacon, presentándose con el conocido drama intitulado *La Dama de las Camelias*. El inmenso teatro se encontraba de bote en bote, y tan grande éxito logró, que al final de la representacion el público sembró de flores el escenario, la llamó muchas veces á la escena, y hasta las señoras agitaban entusiasmadas sus pañuelos.

Habia anunciado su segunda funcion para el 10 de Octubre, cumpleaños de la ex-reina Isabel de Borbon, destronada por la voluntad del pueblo dos dias despues de la salida de España de Carolina, el 17 de Setiembre. Era capitan general de la Isla el Sr. Lersundi, adicto á la majestad caida; y siendo costumbre en tales dias colocar en el teatro los retratos de los ex-reyes, y no queriendo dejar de exhibirlos ni exponerlos á la burla del público, solicitó de la Sra. Civili que suspendiese la funcion de aquella noche. Demasiado sabemos cuáles son as solicitudes de los gobernantes: la prudente acriz dejó de dar la funcion, teniendo que devolver la gran entrada, ya obtenida, que ascendia á mas de dos mil pesos. El Sr. Gutierrez de la Vega, gobernador de la Habana, se cuidó de solicitar la suspension de la funcion, mas no de indemnizar á los perjudicados. Por segunda funcion trasferida al domingo siguiente, puso en escena la *Sofronia* y la *Casa de Campo*. Por tercera dió *Amor de madre;* por cuarta *María Estuarda.*

El público la hizo cada noche una ovacion entusiasta y sin par, suscitándose entonces en la prensa de la Habana la cuestion de comparaciones entre la Ristori y la Civili: la segunda obtuvo sobre la primera grandes triunfos en ciertas piezas, y todos convinieron en que despues de la Ristori nadie sino la Civili podia disputar con ventaja el laurel del Arte. En la *Judith* el público llegó al extremo del entusiasmo.

Para daño de la empresa comenzaron las alarmas y los asesinatos en la ciudad, donde el dia 10 se tuvo noticia de haberse dado el grito de insurreccion cubana en Yara, el 8 del mismo mes. Las familias comenzaron á retraerse de salir de sus casas, y á los bellos espectáculos de la compañía Civili se sucedieron los dramas sangrientos de *Villanueva* y el *Louvre.*

Despues de visitar con los triunfos de costumbre las poblaciones de Matanzas y Cárdenas, el apreciable empresario D. Luis Nin y Pons le propuso abandonar la isla para visitar nuestra querida México, y ella aceptó gustosa, guiada de sus simpatías por este país. En consecuencia, la compañía salió de la Habana el 23 de Abril de 1869, dando su primera funcion en el hermoso teatro de Veracruz, el 30 del mismo mes, con el drama *Sor Teresa.*

El inteligente público veracruzano tributó con el mayor entusiasmo sus honores á la eminente trágica, que sintiéndose repentinamente indispuesta, y temiendo el terrible vómito, salió á toda prisa para Jalapa. El dia 20 de Mayo daba su primera funcion poniendo en escena la tragedia *Epicaris*. Renunciamos á reseñar las ovaciones obtenidas en dicho punto por la distinguida actriz. El dia de su beneficio representó el *Amor de madre.* Hé aquí cómo el *Despertador*, ilustrado periódico jalapeño, describió la ovacion hecha á la artista:

«Concluido el primer acto de *Amor de Madre,* fué llamada á la escena la eminente actriz, y una lluvia de ramilletes de flores naturales cayó á sus piés, arrojados por las bellas jalapeñas y por todos sus admiradores. El escenario quedó literalmente tapizado de bouquets, y dos preciosas niñas fueron á ofrecerle una corona y un bouquet de flores artificiales, que en vistosas cintas tenian impresa su dedicatoria. En ese momento el Sr. Dr. Huidobro, y despues de él el simpático jóven Estrada, leyeron dos poesías en que saludaron entusiastas al genio en su apogeo. Ambas composiciones fueron escuchadas con religioso recogimiento, y frenéticamente aplaudidas. Multitud de poesías impresas fueron

arrojadas de las galerías, y su coleccion completa enriquecerá el álbum de esta actriz, de la que Jalapa guardará eterno recuerdo.»

El dia 7 partió la compañía de Jalapa para Puebla, donde llegó el 8 del mismo Junio, dando la señora Civili su primera funcion el dia 11, estrenándose con *Sor Teresa*. El inteligente público poblano se entusiasmó de tal manera, que rogó abriese abono al empresario, Sr. Nin y Pons, quien habia pensado no detenerse sino unos cuantos dias en la ciudad de los Angeles para dirigirse á México. Los poblanos llenaban todas las noches de funcion el Teatro Principal, donde la Sra. Civili trabajaba. En su beneficio puso en escena *Amor de Madre*, la *Casa de Campo*, y recitó tan admirablemente como sabe hacerlo, el magnífico canto 33 del infierno del Dante, donde el conde Ugolino refiere el bárbaro suplicio dado á él y á sus hijos por el arzobispo Ruggiero en la torre llamada *del Hambre*. Al recitar Carolina aquel verso lleno de dolor y desesperacion,

¡Ah! dura terra per che non t'apristi!

la sangre pareció helarse de terror en las venas de los oyentes.

El públicó solicitó verla trabajar en el gran teatro de Guerrero, y Carolina dió en él su última funcion: en uno de los entreactos, el ilustrado gobernador de Puebla, D. Ignacio Romero Vargas, rindiendo al genio y al arte un tributo que le honra altamente, ofreció á la Sra. Civili una elegante corona de oro y una excelente, composicion en verso, que publicada en Puebla, ha sido reproducida por algun diario de la capital. Tal fué la galante despedida de los poblanos.

El lúnes 12 de Julio, en la sencilla estacion de Buena-Vista, salida del ferrocarril de Apizaco, línea de Puebla, una lucida y numerosa concurrencia compuesta de muchos literatos, periodistas, actores y personas particulares, esperaba la llegada del tren de las seis de la tarde, que debia conducir á México á la eminente actriz, de mucho antes precedida por su renombre universal.

Al aproximarse la máquina, la muchedumbre se agolpó al anden disputándose las primeras filas, por el placer de ser los primeros en saludar á la distinguida actriz.

Los escritores pasaron al *wagon*, y despues de los saludos y felicitaciones de bienvenida, el maestro y mentor de los literatos, Sr. Altamirano, la tomó del brazo y la condujo al elegante carruaje dispuesto de antemano. A su paso era saludada con entusiasmo por la concurrencia, correspondiendo ella con suma galantería á las muestras de general simpatía: llevaba aquella tarde un elegante vestido de seda verde y negro: su presencia majestuosa, su porte distinguido, la dulce y al par enérgica mirada de sus hermosos ojos azules, su galante sonrisa, todo, en fin, en ella cautivó el ánimo de cuantos la rodeaban. El carruaje de la actriz, seguido de otros muchos, llegó al elegante hotel de Iturbide, y en una de sus habitaciones, los concurrentes á su arribo se despidieron de ella, ofreciéndola una vez mas sus votos y simpatías, y felicitándose de su llegada á México.

A las siete y media de la noche tuvo lugar en el gran salon del hotel un espléndido banquete con que el empresario Sr. Nin y Pons obsequió á la Sra. Civili, actores de la compañía y literatos y periodistas de la capital. El servicio estuvo magnífico, y á la hora oportuna el Sr. Altamirano, con esa elegante y sentida elocuencia que tan justamente le ha conquistado el renombre de gran orador, saludó á la eminente actriz y felicitó á México de poseerla en su seno: despues, el erudito é inimitable crítico de teatros, el Sr. Peredo, pronunció un pequeño bríndis, notable por sus elevados pensamientos de una bella originalidad: á continuacion, Justo Sierra, ese poeta de mirada de águila y de inspiracion de fuego, arrancó á su lira uno de esos ecos sublimes y brillantes que le han captado el aplauso general. Indistintamente fueron despues brindando por la Sra. Civili, por su apreciable esposo el Sr. Palau, y por el resto de los actores de la compañía, los distinguidos escritores Sr. Mateos, Ortiz y Marin, y aun nosotros mismos mezclamos á las ovaciones que la actriz recibia, nuestro pobre y humilde saludo. La Sra. Civili correspondia á todos ellos con galantes y sentidas frases, en las que resaltaban su talento y exquisita modestia. Y debiendo haceros su retrato, engarzaré, en la pobreza de estas líneas, la perla desprendida de una pluma respetable y querida, donde veréis descritos con una perfeccion admirable los rasgos característicos de la sublime actriz, moral y físicamente.

«Carolina Civili es jóven y hermosa: en sus ojos azules y expresivos se adivina la inteligencia mas elevada. Sus cabellos rubios forman un cuadro encantador al óvalo majestuoso y bello de su semblante. Su boca es pequeña; su nariz fina; su cútis blanquísimo; su frente despejada y bien hecha; su aire grave y modestísimo. Esa cabeza, en que resplandece el talento, reposa sobre un cuello robusto y erguido, y sobre un cuerpo elevado, majestuoso, gallardo. La naturaleza ha formado á esta mujer para la tragedia. Ademas de estas cualidades físicas, la Civili posee otras morales que revelan desde luego á la noble dama de esmerada educacion y de relevantes virtudes. Tiene una, sobre todo, que encantó á los que la conocieron y trataron: la modestia. Manifestó que tenia empeño en ser agradable al público mexicano, que esperaba la veria con su habitual indulgencia y la aconsejaria con su conocida ilustracion. Cuando una notabilidad artística se expresa de ese modo, aumenta su valía.»

Tal la ha descrito la brillante pluma del Sr. Altamirano en las columnas del Renacimiento.

Aquí terminamos nuestros humildes apuntes biográficos de la eminente actriz: incompleto es en verdad nuestro trabajo, puesto que únicamente nos he-

mos circunscrito á relatar los hechos; pero ni nuestra pobre ciencia alcanza á mas, ni parecen ser necesarios mas pormenores, pues creemos firmemente, con un distinguido escritor español, que, *para un artista no hay mejor biografía que la narracion de sus victorias*. Digna tarea de ilustrados críticos es extenderse en apreciaciones de otro género: nosotros, entusiastas admiradores de la Sra. Civili, no sabríamos hacerlas, y solo nos cumple invitar á los que hayais tenido la bondad de leer estos apuntes, á que acudais á admirar este nuevo prodigio del arte, asegurándoos que gozareis en extremo, pues no os queremos hacer la ofensa de consideraros ciegos partidarios de ese género estúpido y despreciable denominado zarzuela.

ENRIQUE DE OLAVARRÍA.

México, 25 Julio de 1869.

¡YA SÉ POR QUÉ ES!

DOLORA.

Á ELMIRA.

Era muy *niña* María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué se sonrien
Las flores tan dulcemente,
Cuando las besa el ambiente
Sobre su aromada tez?
—Ya lo sabrás mas delante,
Niña amante,
La contesté yo.... despues!
Y mas tarde, una mañana,
La niña pura y hermosa,
Al ver reir á una rosa,
Me dijo: *¡Ya sé por qué es!*
Y la graciosa criatura,
Blanca y pura,
Se ruborizó.... y despues,
Ligera como las aves
Que cruzan por la campiña,
Corrió hácia el bosque la niña,
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Y yo la seguí jadeante,
Palpitante
De ternura y de interes;
Y.... oí un beso dulce y blando,
Y una voz despues del beso,
Qne fué á perderse en lo espeso,
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Era muy *jóven* María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué la azucena
Se abate y llora marchita
Cuando el aura no la agita
Ni besa su limpia tez?
—Ya lo sabrás mas delante,
Niña amante,
La contesté yo.... despues!
Y mas tarde ¡ay! una noche
La jóven, de angustia llena,
Al ver triste á una azucena,
Me dijo: *¡Ya sé por qué es!*
Y ahogando un suspiro ardiente,
La inocente,
Me vió llorando.... y despues,
Corrió al bosque, y en el bosque
Esperó mucho la bella,
Y al fin.... se oyó una querella,
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Era muy *linda* María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué se sonríe
El niño en la sepultura,
Con una risa tan pura,
Con tan dulce sencillez?
—Ya lo sabrás mas delante,
Niña amante,
La contesté yo.... despues!
Y.... murió la pobre niña,
En vez de llorar, sonriendo,
Y voló al azul, diciendo,
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*

Ya lo ves, mi hermosa Elmira,
Quien delira
Sufre mucho, ya lo ves!
Y así, ilusiones, mi encanto,
Ni acaricies ni mantengas,
Para que al llorar no tengas
Que decir: *¡Ya sé por qué es!*

M. ACUÑA.

México.—1869.

CONQUISTADORES DE MEXICO.

(CONTINUA.)

IV

CONQUISTADORES QUE FIRMARON LA CARTA DE 1520.

(Las letras que van despues de cada nombre indican: la *c* Cortés; la *n* Narvaez; la *g* Garay; la *p* Ponce; la *ca* Camargo; la *s* Salcedo y la *a* Alderete.)

Abarca, Pedro de. *c.*
Abascal, Pedro de. *n.*
Aguilar, Gerónimo de, intérprete. *c.*
Aguilar, García de. *c.*
Aguilar, Hernando de. *g.*
Aguilar, Francisco; murió religioso dominico. *c.*
Aguilera, Juan de. *n.*
Alanía, Pedro de. *c.*
Alburquerque, Francisco de. *c.*
Alcántara, Juan de. *c.*
Alduines, Alonso de.
Aleman, Gaspar. *n.*
Almodovar, Juan de, el viejo. *c.*
Alonso, Andrés, de Málaga. *p.*
Alonso Andrés, (*diverso*) *n.*
Alonso, (*en blanco el apellido.*)
Alonso, (*en blanco el apellido.*)
Alvarado, Pedro de, capitan en México, comendador de Santiago, conquistador de Guatemala; murió en Jalisco. *c.*
Alvarado, Gomez de. *c.*
Alvarado, Gonzalo de. *c.*
Alvarado, Jorge de, capitan en el campo de Tlacopan, y en Guatemala teniente de capitan general: los cuatro eran hermanos. *c.*

Alvarado, Francisco de. *c.*
Alvarez Chico, Rodrigo, veedor en el ejército. *c.*
Alvarez, Alonso. *n.*
Alvarez, Juan, el Manguillo de Güelva. *c.*
Alvarez, Pedro, marinero, de Sevilla. *c.*
Alvarez, Juan. *n.*
Alvarez Galeote, Juan; comiéronle los indios. *n.*
Aparicio, Juan de. *c.*
Arcos Cervera, Gonzalo de. *n.*
Arévalo, Francisco de. *c.*
Arnés de Sopuerta, Pedro del. *c.*
Arriaga, Juan de. *n.*
Arizavalo, Antonio de. *n.*
Asturias, Pedro de las. *c.*
Avalano, Juan.
Avesalla, Hernando de, escribano de S. M.
Avila, Lope de. *n.*
Avila, Juan de, señor de Chilhuatla. *n.*
Avila, Juan de, (*diverso*) *n.*
Avila, Rodrigo de. *n.*
Avila, Gaspar, buen ginete, vivió en Tasco. *n.*
Avo, Juan de.
Axeces, Juan de.
Ayamonte, Diego de. *c.*
Badajoz, Gutierre de, capitan en el sitio de México. *n.*
Badales, Diego. *n.*
Baez, Pedro. *c.*
Ballesteros, Juan. *c.*
Ballesteros, Francisco. *n.*
Bamba, Cabeza de Vaca, Pedro. *n.*
Balderrama, Gomez de. *c.*
Barahona, Sancho de. *c.*
Barahona, Martin. *n.*
Barco, Francisco del. *c.*
Barco, Pedro del. *n.*
Bartolomé, Fray; la firma no lleva el apellido de Olmedo: era religioso mercenario. *c.*
Basurto, Alonso. *n.*
Becerra, Alvaro. *c.*
Bellido, Juan. *n.*
Bello, Alonso. *n.*
Benavente, Pedro de. *n.*
Benitez, Sebastian. *c.*
Bermúdez, Diego, piloto de Narvaez.
Bernal, Francisco. *n.*
Bernal, Francisco de. *n.*
Bibriesca, García de. *n.*
Blanes, Pedro. *n.*
Bono, Juan. *c.*
Bono de Quexo, Juan. *n.*
Bravo, Anton. *c.*
Bueno, Juan. *n.*
Burgueño, Hernando. *p.*
Cabello, Alonso.
Cabra, Juan de. *c.*
Cabrero, Hernando. *c.*
Cáceres, Juan de. *c.*
Calvo, Pedro. *g.*
Calvo, Pedro (*diverso*). *n.*
Campos, Andrés. *n.*
Campos, Bartolomé de. *n.*
Cárdenas, Luis, el Hablador. *c.*
Cárdenas, Juan de. *c.*
Cárdenas, Alonso de. *n.*
Carmona, Juan de. *c.*
Carmona, Estéban de, hermano del anterior. *c.*
Caro Gutierrez, Garcí, ballestero. *c.*
Casas, Martin de las. *c.*
Casanova, Francisco de. *n.*
Castañeda, Rodrigo de, intérprete, alferez real nombrado por la primera audiencia. *c.*
Castellano, Diego. *c.*
Castillo, Alonso de. *n.*
Castro, Francisco de. *n.*
Ceciliano, Juan. *c.*
Centeno, Pedro. *n.*
Cermeño, Juan.
Cervantes, Leonel de, comendador de Santiago, estuvo en el principio de la conquista, se fué á España y regresó á México en 1524 trayendo á sus seis hijas; la mayor, Dª Isabel de Lara, casó con el capitan D. Alonso Aguilar y Córdoba; Dª Ana Cervantes, casó con el alférez real Alonso de Villanueva; Dª Catalina, con el capitan Julio de Villaseñor Orozco; Dª Beatriz Andrada, con D. Francisco de Velasco, caballero del órden de Santiago; Dª María, con el capitan Pedro de Ircio; Dª Luisa de Lara, con el factor Julio Cervantes Casanuz: de estos matrimonios vienen muchas de las principales familias de México. *c.*
Cisneros, Alberto de. *n.*
Colmenero, Estéban. *c.*
Contreras, Alonso de. *c.*
Corral, Cristóbal del, primer alférez que hubo en México; murió en Castilla. *c.*
Cortés de Mérida, Gonzalo Hernando. *c.*
Cuellar, Juan de, buen ginete, casó con Dª Ana hija del rey de Tetzcoco. *c.*
Cuellar, Juan (*diverso*), vecino de México. *n.*
Cueva, Simon de. *n.*
Chavez, Martin de. *n.*
Dava, Lorenzo.
Cristóbal Martin, el Tuerto. *c.*
Cristóbal Martin, el de Huelva. *c.*

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)

REVISTA TEATRAL.

La trabajada y azarosa existencia del antiguo pueblo hebreo, lector amigo, pasando alternativamente y sin cesar por todas las grandezas y por todos los infortunios, desde la suprema gloria del conquistador hasta la suprema desgracia del esclavo; de ese pueblo sin semejante, que hablaba cara á cara con su Dios, y que recibia de él inmediatamente todas las órdenes, así para derrotar con mas estrategia á sus numerosos enemigos, como para arreglar la forma, color y adorno de sus trajes; la existencia de ese pueblo, en quien lo maravilloso habia llegado á ser lo normal, hace que su historia sea un manantial fecundo en asuntos dignos de la epopeya y de la tragedia, formas poéticas cuyo espíritu es el heroismo.

Pero aun cuando todos esos asuntos convidan por su grandeza á que se les celebre con la lira de Homero ó con la de Eurípides, no todos se prestan fácilmente á producir, y mucho mas en la escena, el efecto que el trágico busca con su talento en el ánimo del espectador; y es porque la imaginacion queda encerrada en estrechos límites al penetrar á un campo como el de la historia sagrada, á la cual tie-

ne el poeta que guardar un doble respeto: el que exige la verdad, considerado ese libro como historia, y el que exige la fé del creyente si se consideran esas páginas dictadas por Dios. Así es que el ingenio no alcanza mas que á embellecer el asunto con las galas de la poesía; pero no le es dado ni complicar la trama, ni acumular las peripecias, ni hacer mas sorprendente la catástrofe, si ya el divino texto no trae marcados todos esos recursos dramáticos. Y así me explico yo, lector bueno, cómo es que Absalon, Saúl, Esther, Athalía, personajes trágicos del antiguo Testamento, han sido sacados á la escena por distintos autores y en diversas épocas con brillante éxito; mientras la accion sublime de Judith, la heróica libertadora de su pueblo, apenas ha sido tratada en el teatro por Metastasio, en su pequeño drama *Betulia liberata*, y por Giacometti en la tragedia italiana *La bella Giuditta*, que traducida por Bonafost viste puesta en escena el domingo pasado. Examinemos someramente esta última, por ser la única que nuestro público conoce.

La accion es sencillísima, tan sencilla como la presenta la Biblia; el poeta no se ha apartado, ni podia, de la sagrada narracion, si bien ha realzado los incidentes y aprovechado todo el interes que buenamente despierta el suceso. Abrese la escena con las súplicas que el pueblo de Betulia hace á Osías, su gefe, para que entregue la ciudad á Holofernes que la sitia, por cuanto ya las penurias del asedio, y especialmente la falta del agua, han abatido el ánimo de los defensores. Osías, que no ha perdido la fé en el Dios de sus mayores, para ganar tiempo pide que se aguarde el remedio cinco dias mas. Con esto y con el feliz hallazgo que de una fuente acaba de hacer Judith, viuda natural de Betulia, cálmanse un tanto los amotinados; pero al bendecir el Pontífice á la viuda por aquel beneficio, le recuerda con intencion profética el hecho de Jael. Semejante recuerdo viene á decidir á Judith á llevar á cabo el heróico proyecto de salvar á su pueblo dando muerte al general enemigo; para cuyo intento, ignorado de todos, da las disposiciones preliminares.

Hecha de este modo la exposicion, el desenlace está previsto, no ya solamente porque el público lo sabe de antemano, sino porque no se anuncian esos obstáculos que constituyen la trama ó nudo, y que mantienen y acrecientan el interes. Ni podia ser de otra manera: esos obstáculos tenian que ser invencion del poeta, invencion que aquí no le consiente el sagrado libro; no hay, pues, intriga posible, no hay curiosidad excitada, no queda al asunto mas atractivo que el que le da su natural belleza poética.

La lucha de afectos en el corazon de Judith se reduce, por una parte, al anhelo de salvar á su pueblo, y por la otra á la repugnancia con que la mujer casta emplea los artificios de la seduccion, y al horror que por el homicidio experimenta la mujer delicada y virtuosa. En la manifestacion de esta lucha, á decir verdad, estuvo el poeta feliz.

La cuestion propuesta en la obra, es: «¿llevará á cabo Judith su atrevido intento?» Para que en obsequio del interes quedase por algun tiempo esa cuestion indecisa y oscura, necesitábase un obstáculo, como suele hacerse en todo drama; uno solo se presenta aquí, y es la prision de la viuda, pedida por el pueblo, á causa de haber resultado envenenadas por los asirios las aguas de aquella fuente que ella descubrió, y cuyo crímen se le imputa. Si se llevase á cabo la prision, entorpeciendo y retardando de este modo los planes de la protagonista, tendríase ya el nudo, fluctuando de consiguiente el ánimo del espectador entre el temor y la esperanza; pero no es, ni pudo ser así, respetando la verdad histórica, con lo cual el enredo no llega á formarse, si bien tal incidente aumenta las penas de la heroina y le capta mayor conmiseracion, como que tiene sobre sí un nuevo sufrimiento, la calumnia.

En el tercer acto ya Judith aparece en la tienda de Holofernes, á quien han inspirado vehemente amor los encantos de la hermosa hebrea. Este acto se emplea todo en exponer el carácter del general asirio, reservando para el cuarto la consumacion de la catástrofe; division innecesaria, puesto que no hay inconveniente en que todo lo que resta se comprenda en uno solo, y sí lo hay en retardar un desenlace que ya no puede ni debe sorprender al auditorio. Sea como fuere, en el cuarto acto Holofernes embriagado muere á manos de Judith, y aquí realmente está terminada la tragedia, por cuanto queda ya resuelta la cuestion: logró Judith su intento, nada hay ya que saber, nada mas habrá de presenciar el público sino la vuelta de la triunfante heroina á su libertado pueblo; pues si bien es verdad que la honra de la hebrea aun está entre los suyos manchada, por cuanto las apariencias la condenan, y se hace necesaria una espléndida glorificacion, no debió dejarse enfriar el interes con la interposicion de un entreacto. Metastasio comprendió, en mi concepto, esta situacion mucho mejor que su compatriota Giacometti: la muerte de Holofernes, la fuga de su ejército y el triunfo de la protagonista, se representan ingeniosamente en un mismo acto y sin interrupcion, con lo cual es mas completo el efecto, al que da mayor brillo el magnífico cántico de Judith con que termina la obra. En la de Giacometti el final parece tibio y desmayado, no obstante el bellísimo arranque patriótico que Judith expresa en muy buenas octavas. En suma, la *Judith* es una tragedia bastante bien conducida, así en lo tocante al fondo como en lo relativo á los medios, pero no conmueve tan hondamente como debia; no disgusta, pero no cautiva; creo, en fin, que el buen éxito debe esperarse mas bien de la lectura que de la representacion.

Los caractéres están perfectamente dibujados y sostenidos, y aquí es donde, en mi concepto, lució el poeta su habilidad: Judith, grande en su castidad,

en su fé, en su heróica firmeza; Holofernes, terrible en su aspecto, bárbaro en sus costumbres, soberbio hasta el extremo de contarse entre los dioses, arrebatado hasta el furor, incapaz de compasion; los demas personajes, dignos, elevados, manteniéndose siempre á la altura de la tragedia. Hay un personaje episódico, la esclava Azaria, favorita de Holofernes, cuyos celos pudiera haber explotado el poeta ventajosamente; pero ese personaje no resulta útil, sino cuando mas para mostrar la versatilidad del caprichoso tirano; aun así está bien dibujado su carácter.

Hay en la *Judith* trozos verdaderamente bellos: los monólogos de la protagonista en el segundo y cuarto acto, las octavas finales, y toda la parte de Holofernes. La versificacion toda es armoniosa, se mantiene en una entonacion siempre elevada, y ofrece el sabor bíblico y el orientalismo en giros y en imágenes, tal cual debia ser conforme al precepto de Horacio, que previene hacer hablar á los personajes segun su patria y condicion. Cumplido elogio merece el Sr. Bonafost, traductor de la obra, por haber desempeñado su tarea con feliz acierto. Lástima es que ambos poetas no alcanzasen á conquistar para su obra mejor éxito en la escena, á lo cual sin duda contribuyen las trabas inherentes al asunto mismo.

En la ejecucion distinguióse, como suele, la eminente artista Sra. Civili, cuyo talento supo hallar efectos donde el vulgo no llegaria ni á sospecharlos; tal fué el momento en que contempla las galas con que ha de ataviarse, y consulta luego al espejo para ver si su belleza conserva todavía todo el poder de que necesita; escena muda detallada tan admirablemente como las demas de este género que se ofrecen en la obra. El Sr. Palau caracterizó su Holofernes satisfactoriamente, aun en el vestir propio y magnífico; la escena de la embriaguez, tan delicada en una tragedia, tan llena de peligros por muy vecina al ridículo, fué un verdadero triunfo para el apreciable actor, quien salió de ella airoso, arrancando un merecido aplauso; los demas actores estuvieron bien, habiendo sido coronado el desempeño del cuarto acto con los honores de la llamada.

Prepárate lector amigo, para saborear muy pronto las bellezas de *Virginia*, y de la *Locura de amor*, obras magníficas, como de Tamayo y Baus; dispuesta está ya tambien la *Norma*, en que tanto brilla, segun la opinion de inteligentes testigos, el talento de nuestra querida y admirada artista; ruégote, por último, no faltes á la próxima representacion de la *Can-canomanía*, preciosa y terrible sátira de Enrique Gaspar, que viene muy de molde hoy que nuestro público está amenazado de esa epidemia, por no llamarle *epizootia*, en la cual el sentimiento y la inteligencia quedan ahogados entre las mofletudas pantorrillas, auténticas ó apócrifas, de una bailarina mas ó menos afrodisiaca.

M. Peredo.

Agosto, 2 de 1869.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

JULIO.

(CONTINUA.)

7

1520.—Batalla de Otumba entre los mexicanos y los españoles, quedando vencedores los segundos.

1650.—Entre dos y tres de la tarde salió del colegio de San Pablo de esta ciudad "una máscara de todos los estudiantes de estudios mayores y menores, á lo faceto, con ridiculidades de trages y atravesaron la ciudad, y se decia era en hacimiento de gracias de la venida del señor virey...."

1684.—En este dia se supo la muerte del virey y arzobispo D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, acaecida en el monasterio del Risco en España, el 8 de Abril del mismo año.

1689.—Se opuso el Dr. Montayo, en la Universidad, á la clase de cirujía. Segun la anterior noticia, existió la citada cátedra y tal vez despues fué suprimida, pues en 20 de Mayo de 1768, por un real decreto se mandó establecer en el Hospital Real.

1781.—Un correo de Veracruz trajo la noticia de haber habido una sublevacion en Panzacola, y á consecuencia de ella perecieron ciento veinte hombres.

1783.—"Llevaron preso con soldados y de órden del arzobispo Núñez de Haro, al colegio de Tepotzotlan, al Sr. Dr. D. Gregorio Cansío, cura de la Soledad de Santa Cruz." Debe haber llamado bastante la atencion este suceso, pues aunque ya en aquel siglo el poder real se habia sobrepuesto al eclesiástico, todavía era escandaloso un hecho como el que he copiado.

1785.—Sacaron de la Acordada veinte hombres y una mujer, á los primeros dieron doscientos azotes, y la segunda solo salió á la vergüenza.

1792.—Dieron doscientos azotes á seis reos de la Acordada.

1857.—"El obispo de Durango suspende de oficio y beneficio al cura de Chinipas, por haber jurado la constitucion y no querer retractarse del juramento."

1859.—Manifiesto del gobierno que residia en Veracruz, firmado por el presidente Juarez y sus ministros Ocampo, Lerdo (M.) y Ruiz.

1863.—Junta preparatoria de los notables. Al dia siguiente se instalaron.

8

1675.—Funcion de gracia celebrada en esta capital por haberse concluido el desagüe. El diario de donde tomo la noticia, se expresa en los términos siguientes: "Lunes 8, fué S. E. con la real audiencia, tribunales y ciudad, á dar gracias, á la iglesia, por haberse acabado el desagüe: hubo misa y *Te-Deum Laudamus*, y repique, y fué la Compañía de Jesus á asistir."

1701.—En la tarde de este dia visitó el Arzobispo el lugar donde se halla la iglesia de Santa Teresa la Nueva, que estaba ocupado por algunas casas y un muladar. El fundador de este monasterio fué D. Estéban de Molina, y se puso la primera piedra el 21 de Setiembre del propio año, dedicándose el templo el 25 de Enero de 1815.

1703.—Se hizo una excavacion en la esquina del cementerio de catedral que da á la calle de San Francisco, con objeto de desenterrar unas barras de plata, que segun el dicho de un negro, pertenecian á su amo Nicolás Landa. Las dichas barras no se encontraron, sino únicamente una gran piedra labrada "al uso antiguo de los indios." El hallazgo no ha de haber agradado mucho á los buscones.

1756.—El virey marqués de las Amarillas, concurrió á la Universidad al acto llamado de estatuto: la siguiente relacion que copio textualmente da idea de aquella funcion literaria. "La tarde del 8 asistió S. E. en la Real Universidad al acto de estatuto, que le dedicaron por la primera visita: cupo de turno el presidirlo al Dr. D. Nicolás de Torres, catedrático de prima de medicina y presidente del real tribunal del protomedicato; fueron réplicas los cuatro catedráticos de esta facultad: acompañaron á S. E. los señores de la real audiencia y demas tribunales; fué recibido por su rector y mas de ochenta doctores con sus insignias, bajo de palio: hizo oracion en su capilla, y pasó á su ostentoso general, el que se hallaba ricamente aderezado: concluido el acto que tuvo el Br. D. José Velasco, médico examinado, repartieron á S. E. y demas señores sus propinas, á los alabarderos, criados mayores y menores; fué esta funcion régia, concurriendo á ella comunidades, prelados, colegios y nobleza."

1781.—Auto de fé en la iglesia de Santo Domingo: salieron ocho personas, siete hombres y una mujer por casados dos veces; al dia siguiente fueron sacados por las calles los hombres, dándoles doscientos azotes; á la mujer no la sacaron.

1785.—Fueron sacados de la Acordada, para darles garrote por ladrones, tres reos.

1786.—Se publicó bando para que ningun dueño de esclavos los marcase ni en la cara ni en el cuerpo.

1794.—A las cuatro de la mañana de este dia salió del palacio de México el virey conde de Revillagigedo, dirigiéndose á San Cristóbal Ecatepec para entregar el mando á su sucesor, marqués de Branciforte.

1796.—Se publicó en esta ciudad bando para que se pudiese elaborar y vender el aguardiente.

1814.—Los realistas se apoderan de Pátzcuaro y muere el gefe insurgente Felipe Arias.

9

1689.—Se supo en esta capital el fallecimiento de la reina de España, y que la escuadrilla de Lorencillo se dirigia sobre Campeche y Veracruz.

1703.—Se publicó un bando fijando los precios á que habian de venderse los artículos de consumo, como papel, fierro, etc., imponiendo severas penas á los contraventores. Un diario de la época da la noticia anterior del modo siguiente: Lunes 9, á las diez, se publicó bando del señor virey, mandando bajar los precios á algunos géneros que habian encarecido los mercaderes, que fueron el papel, que estaba á 14 pesos la resma, que lo puso en 6 pesos; el azafran que estaba por 60, en 20; el fierro 25 pesos el quintal que estaba por 40; la canela que está la libra á 12 pesos en 6, con pena por la primera y segunda vez, al que lo quebrantare, y por la tercera confiscacion de bienes y destierro conforme la persona. Asimismo se publicó bando del corregidor, mandando dar veintidos onzas de pan blanco por medio real, que daban diez y seis."

1746.—Se hizo cargo del gobierno de Nueva-España D. Francisco de Güemes y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo. Hablando de este virey, dice el Sr. Alaman: "El conde de Revillagigedo mejoró mucho la administracion de la real hacienda y aumentó sus productos, sin olvidarse de sus propios intereses, pues reunió un gran caudal. En España fué ascendido al alto grado de capitan general del ejército y presidente del consejo de Guerra."

—Falleció en Madrid, en el palacio del Buen Retiro, el rey Felipe V, de sesenta y tres años de edad, y despues de cuarenta y seis de reinado.

1859.—Prestaron juramento los ministros D. Isidro Diaz, que fué de Justicia, y D. Cárlos de la Peza y Peza, de Hacienda.

10

1650.—Auto de fé en Santo Domingo. La relacion que copio en seguida da á conocer este acontecimiento con bastantes detalles. "Domingo 10 de Julio celebró el tribunal de la santa Inquisicion un auto de dos personas en el convento de Santo Domingo de esta ciudad: el uno fué un negro esclavo que fué de Juan de Orostiaga, vecino de ella, por haber dicho que los judíos tenian ventura y otras cosas, y el otro fué un español de nacion que desde edad de dos años le enseñaron sus padres la ley vieja de México, y en sus confesiones declaró no ser bautizado; y habiendo sido preso desde 1642 estuvo por determinar su causa hasta el presente, que fué sacado en auto público con sambenito de dos aspas, vela verde en las manos y soga en la garganta, y fué condenado á sambenito perpetuo y diez años de galeras, y á trescientos azotes, y luego el lúnes siguiente se le dieron por las calles públicas de esta ciudad."

1661.—Se pregonó un auto del gobierno, en que mandaba se volviese á formar el batallon que anteriormente se habia levantado, ordenando á todos los que habian sido capitanes de él, "largasen las capas, tendiesen banderas y juntasen sus soldados, pena de 2,000 pesos."

1690.—"Nombró el virey y dió comision á los vecinos ricos de México, para que prendan y ronden de noche." En este año era virey D. Gaspar de Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve.

1692.—Se supo en esta capital que habia habido un tumulto en Guadalajara, y que los amotinados apedrearon á dos oidores.

1724.—Se bendijo la iglesia de Corpus-Christi de esta ciudad; fué su fundador el virey marqués de Valero.

1734.—Falleció en México el pintor, presbítero Juan Rodriguez Juarez, llamado el Apeles mexicano.

1856.—En este dia recibió el Sr. general D. José María Yañez, de mano del presidente D. Ignacio Comonfort, una espada de honor que le dedicaron los vecinos de Tepic, Sinaloa y Mazatlan, por su buen comportamiento en el suceso que tuvo lugar en Guaymas, con los filibusteros mandados por el conde de Rousset.

1860.—Apareció un cometa en el horizonte de esta capital.

1863.—La junta de notables proclama el gobierno monárquico.

11

1650.—Se bendijo la iglesia de San Lorenzo de esta capital; en el convento se halla hoy establecida la escuela de artes y oficios.

1783.—Se publicó bando, con mucha solemnidad, en el que se hizo saber que el rey perdonaba los tributos atrasados que debian los indios pobres.

1794.—Se separó del gobierno de Nueva-España el quincuagésimo segundo virey D. Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo.—Este virey, á quien México debe mucho, por sus acertadas disposiciones, era natural de la Habana.

1832.—Se suicidó en Padilla el Sr. general D. Manuel Mier y Teran.

1859.—Se celebraron en la catedral de esta ciudad, por disposicion del gobierno, unas honras solemnes por el general Osollo. La oracion fúnebre la pronunció el Dr. Ormaechea.

12

1668.—Falleció en esta ciudad el Br. D. Antonio Calderon Benavides, fundador de la congregacion de San Felipe Neri. Los cronistas de la época en que vivió hacen muchos elogios de él.

1670.—En esta fecha el claustro de doctores propuso al virey que se nombrasen dos profesores, uno para la lengua mexicana y otro para la otomí, pues segun estaba establecido, un profesor debia servir las dos clases. El virey, con parecer del fiscal, acordó la division, asignando para sueldo de cada catedrático ciento cincuenta pesos.

1684.—Fué ahorcado en esta capital el fingido visitador D. Antonio Benavides (á) el Tapado.

1692.—Bando que dispone se muden los indios á los barrios y que no estén entre los españoles.

1794.—Tomó posesion del vireinato de México D. Miguel de la Grúa Talamanca y Brancifort, marqués de Brancifort.

1855.—Inundacion en el pueblo de Metztitlan, ocasionada por las lluvias, que segun Galvan duraron cuarenta y tres dias consecutivos. Por fortuna solo tres personas perecieron.

1856.—Fué reconocido oficialmente por el gobierno mexicano el Sr. D. Miguel de los Santos Alvarez, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de España.

1859.—Decreto sobre nacionalizacion de bienes del clero secular y regular, supresion de las órdenes de religiosos regulares, etc., firmado en Veracruz por los Sres. Juarez, Ocampo, Ruiz y Lerdo de Tejada, D. Miguel.

13

1814.—Se instaló en esta capital la diputacion provincial.

1836.—Los pronunciados de Huajuapan son derrotados por las fuerzas del general D. Valentin Canalizo.

1855.—Un decreto de esta fecha declaró villa el pueblo de Maravatío.

1865.—Reglamento para la construccion del ferrocarril entre esta capital y el puerto de Veracruz.

1867.—Orden para que se cambiaran los nombres de las garitas de esta ciudad.

14

1683.—Hubo fuegos artificiales frente al palacio de esta ciudad, para celebrar el bautismo de un hijo del virey D. Tomás Antonio de la Cerda y Aragon, conde de Paredes, marqués de la Laguna.

1692.—Se publicó bando para que no hubiese baratillo en la plaza.

1736.—El general Canalizo, que el dia anterior derrotó á los pronunciados de Huajuapan, manda fusilar á los principales prisioneros.

1858.—Se descubrió en Puebla una conspiracion.

1867.—En este dia llegó á Veracruz la familia del actual presidente D. Benito Juarez.

IGNACIO CORNEJO



Lit. de Iriarte.

TIVOLI DE S. COSME

(Cenador llamado: "Cabaña de Robinson)

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El Robinson.—Los calaveras.—La cuestion teatral.—El Circo Chiarini.—Una página del libro de la condesa Kollonitz.—El violinista Delgado.—Noticias del mundo musical.

México, Agosto 14 de 1869.

Una de las novedades que el buen Mauricio Porraz introdujo en el Tívoli de San Cosme, despues de recibirlo de Fortuné, ha sido el *Robinson.*

Acaso no os habrá ocurrido, queridos lectores, visitar ese hermoso lugar de recreo y de provecho llamado el Tívoli de San Cosme, y por eso ignoreis qué cosa es el *Robinson.*

Por tal motivo, nuestro litógrafo ha querido daros una estampa que representa esa chuchería, que no dudamos servirá de modelo para otras de su especie. Y nosotros tambien vamos á daros una idea de ella.

El Tívoli de San Cosme, ya lo habreis oido decir, ó ya lo habreis visto, es un bellísimo parque con grandes y frondosos árboles, con fuentes bullidoras y alegres, callecitas de arena, pequeñas colinas sembradas de violetas y de musgo, y que oculta debajo de sus sombrías bóvedas de verdura, lindos cenadores de diversas formas y tamaños, capaces de contener, ora tan solo á la amorosa pareja que desee encerrarse en un delicioso *tête à tête* y escondida en un nido de enredaderas y de flores, ora á la comitiva nupcial que venga á celebrar allí la comida de boda, ora á la Diputacion entera de un Estado, como Jalisco ó Guanajuato, que desee combinar sus trabajos parlamentarios entre botella y botella, ora, por último, á la numerosa hermandad masónica cuando celebra su banquete solsticial.

El Tívoli es un templo en que se sacrifica á la diosa *Gourmandise* ó á la musa *Gasterea*, como la llamaba Brillat-Savarin, todos los dias y á todas horas. Cualesquiera que sean los pesares que aflijan á la pobre México, ellos no evitarán que reine en el Tívoli el bullicio del festin.

Sobre todo, en política, ocupa el Tívoli un puesto importante, como que allí se fraguan planes, se hacen reconciliaciones y se combinan ataques y defensas.

La verdad es que la frescura y la belleza del sitio convidan á hablar de todo, y particularmente los sentimientos de amor y de amistad parece que encuentran allí savia de que alimentarse. Respirando aquel aire puro, oyendo el murmullo de los árboles mecidos por una brisa ligera, y el delicioso ruido que se levanta en las sartenes de Porraz, sin duda alguna que la sangre se rejuvenece y circula con mas vigor, el corazon se ensancha y la dicha va en aumento á medida que un criado perfectamente aseado os va poniendo en la mesa de un cenadorcito verde y alegre como una jaula de canario, la tortilla, las chuletas, los pescados, las trufas, el rojo vino de Burdeos, el dorado de Hungría, el blanco de Champaña, el frutero cargado de gamboas, de duraznos y de uvas, y despues el café, el elixir del alma, el néctar de los dioses, que se precipita humeante en la blanca taza de porcelana, para venir despues á producir en el cerebro ese efecto al que sin duda se deben centenares de sublimes pensamientos.

Despues de un almuercito como este, si uno no es un gloton que come de una manera brutal, para quedarse haciendo una digestion trabajosa como la del *boa constrictor*, se siente uno feliz, *el cuerpo y el alma gozan de un bienestar particular*, como dice el autor de la *Fisiología del Gusto.* Y entonces, como es natural, vienen los deseos de hablar, de hacer confidencias, de pensar en las cosas felices y de amar sobre todo, de amar á Dios en sus criaturas.

Por eso el Tívoli es el dulce asilo de los corazones enamorados.

Mauricio Porraz, con el objeto de hacer mas grata esta Tebaida del amor y de la gastronomía, ha aumentado sus adornos levantando estatuas entre los árboles y las flores, haciendo *kioskos* elegantes, y sobre todo colgando de los árboles mas altos del parque un nido para los amantes, un refugio entre las hojas y los pájaros, un verdadero capricho de hombre de gusto. Este es el Robinson.

Muy usado en Europa y en los Estados-Unidos, en México todavía no se ha ocurrido á nadie introducirlo. Verdad es que como aquí tenemos tantas montañas, tantos bosques, tantos árboles, tantas casitas perdidas como nidos de alondras entre la vegetacion, un capricho de estos casi era inútil. Pero en fin, en la capital, donde hay menos verdura, no estaba de mas semejante refinamiento.

Porraz clavó entre tres enormes fresnos un saloncito capaz de contener á veinte personas, le comunicó con la tierra por medio de una escalera bonita y pintoresca, y hé ahí que la region de las aves fué invadida por los humanos. Se sube de comer á estos como á San Simeon Stilita, por medio de una cuerda y de una carretilla, y se les deja en todo el aislamiento apetecible para los placeres de la sobremesa.

A propósito del Robinson, voy á referiros una cosa que nada tiene de particular, pero que os dará materia para una adivinanza.

En la semana pasada almorzábamos en el Tívoli en union de varios jóvenes *dandys llenos de ingenio.* Ocupábamos un cenador.

A las once de la mañana entró un carruaje magnífico tirado por dos caballos soberbios.

Los *dandys* se asomaron, y como se precian de conocer todos los carruajes particulares de México,

—¡Ah! es X...... dijeron; es X...... que vendrá de aventura.

En efecto, se abrió la portezuela, y un jóven (*dandy* tambien) como de veinte años, de estatura regular, rubio, con bigotes encerados y rigorosamente vestido á la última moda, bajó y dió la mano á una señora que se apresuró á salir.

Los *dandys* asomaron todos la cabeza para conocerla.

La señora era alta, esbelta, vestida de negro, y el velo de su sombrerito le cubria el rostro.

—¡Canario! dijeron los chicos curiosos: ¿qué es esto? ¿quién es ella?

—¡Ah! ya..... dijo un fatuillo de estos que todo lo saben y que tratan de tú por tú con todas las muchachas bonitas de México, y que á mas tienen pretensiones de hombres de mundo.—¿Saben vdes. quiés es?.... Pues es Fulana, que aprovecha la ausencia del bueno de Mengano que se fué á su hacienda.... Pero hombre, esto es indiscreto, ¡venir á Tívoli!

El caballerito rubio y la señora se dirigieron al Robinson.

La señora tenia lindos botincitos de raso negro, y una pierna fina y torneada.

Los comentarios siguieron á cual mas audaz, á cual mas disparatado, á cual mas inverosímil. Cada elegante de aquellos calumnió cuanto pudo á todas sus conocidas, á sus amigas, aun á sus parientes.

Nada hay mas peligroso para la reputacion de las mujeres honradas, como una aparicion de esta especie, que da lugar á estúpidas sospechas.

—Es delgada como un huso, decian; no hay duda...... es Fulana.

—Sí, pero el modo de andar es de Citana.

—Caballeros, ese sombrero le he visto yo ayer á mi querida amiga Mengana.

—¡Oh! no saldrá de aquí sin que la conozcamos.

Levantáronse en tumulto los chicos aquellos, y fueron á preguntar á los lacayos quién era la bella desconocida.

Los lacayos dijeron que no la conocian, y no quisieron responder mas.

Dirigiéronse á los mozos que iban á servir la mesa del Robinson.

—El señor nos ha prohibido subir, respondieron.

No hubo remedio; los elegantes se pusieron de emboscada en su cenador, y calumniando á todo México, permanecieron largo rato. La comida del Robinson seguia subiendo, segun la manera establecida por San Simeon el Stilita.

En el Robinson no se oia mas ruido que el de los cubiertos. Alguna vez la risa fresca y juvenil del caballero rubito.

La impaciencia devoraba á los de abajo.

De repente el rubito se asomó por uno de los lados del Robinson, y copa en mano, gritó:

—Queridos, suplico á vdes. que tomen conmigo una copa.

—Iremos á tomarla contigo.

—Sea, los espero.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(*Continuará.*)

Compendio de la Historia del Diablo.

Su nacimiento, su juventud, su imperio y su decrepitud.

Agosto 24, San Bartolomé.
Hoy está suelto el diablo.
Política Moderna, tom. 69.

Mis investigaciones sobre raíces griegas me han presentado palabras, que aunque conocidas de todo el mundo, no son muy fáciles de explicacion en cuanto á su orígen y á su significado exacto. Entre estas me llamó la atencion la palabra *satanas* ó *diablo*, y resolví escribir algunos renglones sobre su etimología, para este periódico literario, sabiendo que entre sus numerosos lectores hay hombres que se interesan por todos los ramos del saber y de la ciencia, ya sean positivos, ya abstractos.

Sin embargo, tratándose de un personaje tan grande, debo pedir indulgencia á mis lectores si mi estilo poco castizo y muy pobre de floreo es inadecuado para un tratado de esta importancia.

I

NACIMIENTO Y JUVENTUD DEL DIABLO.

El género humano, con sus lenguas y sus religiones, vino del Asia, y en consecuencia debemos tambien buscar allí el nacimiento del *Diablo*.

Los *Orientales* tenian un gran ejército de *demonios*, á los que atribuian efectos, ya *benéficos* ya *maléficos*, y que se dividian en consecuencia en *buenos* y *malos*, siendo el significado primitivo de la palabra demonio solamente, *divino, sobrenatural*. Así *Siva* ó *Shiwa* (en el Sanscrit significa *feliz*) es una de las divinidades mas grandes del Hindostan, es la diosa que vivifica, desarrolla y *destruye* al mundo.

En la mitología griega y romana no existe el *verdadero diablo*, sino solo *demonios*; y como los mismos dioses griegos no son figuras perfectas de *moralidad*, no existia aún el verdadero contraste entre las divinidades buenas y malas. Los *Titanes* ó hijos de la tierra peleaban contra Júpiter; es el combate de las pasiones mundanas contra las ideas divinas; las *Furias* (en griego *Euménides*, propicias, risueñas) eran tres (Tisífone, Megéra y Alecton), y eran *empleadas* por los dioses para castigar á los *criminales*; pero eran *adoradas* por los hombres buenos; *Hécate* (segun la creencia de los romanos) era la diosa de las *expiaciones*, y azotaba á los *criminales*; las *Lámias* griegas eran monstruos misteriosos, que tomaban la figura seductora de doncellas para *seducir y devorar* á los *extranjeros*.

Se ve, pues, que entre todas estas creaciones de la imaginacion griega no existe el *Diablo* como personaje poderoso é independiente. El verdadero padre del *Diablo* es el famoso filósofo persa *Zoroastro*, el que en sus estudios abstractos reconoció en la naturaleza dos poderes separados é independientes, á los que presenta bajo la figura de dos grandes dio-

ses, *Ormuz*, el dios bueno, y *Ahriman*, el dios malo. Esta doctrina constituyó la esencia de la sabiduría de los antiguos *Caldeos*.

Los *Judíos* no tenian al principio ningun *diablo*, pues no se le menciona en los libros de *Moisés;* pero en la cautividad de Babilonia hicieron conocimiento con *Ahriman*, á quien llevaron consigo á su vuelta á la Palestina, hermoseando su figura, antes puramente filosófica, con un vestido nuevo, llamándolo *Beelzebul*, el dios que vive en el lodo, ó el dios de las moscas (palabra corrompida del dios *Baal* de los Asirios); es un dios bastante feo, el que apesta todo lo que se le acerca. Pero los poetas y sacerdotes judíos modificaron pronto á este *Baal, diablo extranjero*, para convertirle en uno *nacional*, y así nace del Beelzebul el *Satán* ó *Satanás* con los epítetos altisonantes de *Belial*, príncipe del infierno, *Samaél*, el destructor, *Lúcifer* ó *Luzbel*, príncipe de las tinieblas, y *Asmodi*, diablo del matrimonio.

En conexion con esta personificacion del mal desarrollaron los judíos la doctrina de los *ángeles malos*, dándoles por *capitan* á Satanás, el que bajo la figura de una serpiente sedujo á los primeros hombres en el paraíso, y á quien atribuyeron las enfermedades nerviosas y del cútis, como, por ejemplo, la epilepsía, explicando todo de un modo religioso-cruel, y asegurando que el diablo vivia personalmente en los hombres afectados de estas enfermedades, las que á causa de su ignorancia les causaban sorpresa y horror por su apariencia y por su curacion dificil. El diablo de *Job* es un simple criado de dios, como entre los griegos las Euménides.

No haré mencion de otros mil diablos de otras naciones, como son el *Mictlanteucli* de los mexicanos, del *Diablo blanco* de Africa y de *Locke* de la Escandinavia, sino que pasaré de una vez de este período, que se puede llamar la *juventud del Diablo*, al segundo de mayor importancia por sus grandiosas y casi increibles hazañas.

II

IMPERIO Y DECREPITUD DEL DIABLO.

Hasta ahora se nos presenta el *Diablo* con una forma variable, nada determinada, sin carácter pronunciado, significando, ya en las Indias la fuerza destructora y creadora de la naturaleza; ya el conjunto de los *males físicos* en la Persia; ya el efecto de la desobediencia del pueblo á sus gobiernos teocráticos en la Judea; ya un *instrumento de castigo* para los criminales de la mitología griega. Fué reservado al cristianismo la gloria de haber dado á este personaje una forma constante, de haber concedido á este príncipe vagabundo, ambicioso y astuto, un reino, un cetro y un poder determinado. Los cristianos no pudieron negar la existencia del Diablo cuando leian los Evangelios, ni era fácil á los cristianos racionalistas eliminar al Diablo del Nuevo Testamento por medio de sofismas y explicaciones arbitrarias: allí estaba el tentador de Jesucristo, que no se desdeñaba de entrar en una manada de puercos; allí está como personaje vil, plebeyo, sin tener aún nada de aristocrático en sus acciones ni en su porte, pero el cual pronto creerá indigno de su título de príncipe el ocuparse en cosas de tan poco momento. Se acerca ya la época nueva en que el pobre *Ahriman* saldrá de su rincon de la Persia y empezará á mezclarse en los negocios políticos y civiles de toda la Europa, esforzándose con su acostumbrada astucia y habilidad para establecer un trono grandioso y un imperio universal, que ha de durar cerca de dos mil años, pero que caerá al fin, aunque lentamente, para no elevarse nunca de nuevo. A esta época se llama el *Imperio del Diablo*, y á la época de su decadencia la llamaré su *decrepitud;* esta última es contemporánea á la época del Renacimiento literario.

La palabra *Satanás* (del hebreo *sâtân*, contrariar) fué traducida por los griegos por *diábolos* (del verbo *diaballo*, confundir, calumniar); los romanos aceptaron la misma palabra griega, escribiendo *diábolos*, y nosotros, hijos de los romanos, le llamamos *diablo*.

Hay una diferencia radical entre el *diablo jóven* de la antigüedad y el *diablo viril* de los tiempos posteriores: aquel era un dios de la naturaleza, este es un dios *moral;* aquel nos quemaba las casas, nos causaba enfermedades, nos robaba el dinero; este no se dirige á las cosas esteriores, es mas fino, mas astuto, mas perverso, se dirige á nuestra *alma* para arrebatarla, confundirla y atormentarla; aquel obraba para un momento, este para la eternidad. ¡Qué espanto tan general en la cristiandad! es el *Anticristo!* es el autor de todos los males morales! es el nuevo *Titan* que combate en lugar de Júpiter ó Saturno contra el mismo Jesucristo! Pero así como Titan fué vencido, tambien el Diablo lo será. En verdad los combates que se necesitará dar serán terribles, pero la victoria es segura; las armas serán diferentes por la diferencia de las épocas, pero el efecto final será el mismo. Júpiter empleaba, segun su costumbre, el rayo y su fuerza física, echando algunas montañas sobre los Titanes; pero nuestro Diablo se hubiera burlado de este. En lugar de los rayos de Júpiter se presentan *héroes, hombres pios, los sacerdotes de Cristo*, le exorcizan con fórmulas establecidas por la Iglesia, le espantan y le ponen en fuga haciendo la señal de la cruz con sus dedos. La batalla milenaria se generaliza en toda la extension de la cristiandad; el Diablo se defiende palmo á palmo, se necesita echarle de cada casa nueva donde trata de anidarse; del pecho de cada recien nacido inocentito á quien intenta corromper; muchos hombres pobres fueron vencidos; cada *santo* ha tenido que combatir personalmente con él, venciéndole al fin, como consta por el *advocatus diáboli* en las actas de canonizacion; no desprecia ni aun á los heresiarcas, pues *Lutero* pudo solo deshacerse de este terrible huésped tirándole el tintero á la cabeza.

Vemos, pues, que es muy valiente y muy activo nuestro Diablo moderno; nada teme, excepto la señal de la Cruz. ¡Qué situacion tan comprometida la de la cristiandad! ¿Qué culpa tiene un pobre pecador, cuando conoce de antemano al verdadero causante de sus pecados? Es natural, pues, que si alguno cometia crímenes y confesaba lisa y llanamente que el *Diablo* le habia tentado y seducido, con echar toda la culpa á aquel príncipe maligno, estaba casi libre de pena. Lo peor es que el Diablo se presenta continuamente bajo nueva figura; sin embargo, ya conocemos muchos de sus disfraces. Los mas perfectos diablos modernos son el *Abadonna* de la Mesiada de Klopstock y el *Mefistófeles* del Fausto de Goethe.

El Diablo, en la época mas floreciente de su Imperio, evitaba, pues, como lo hemos visto, al *clero* cristiano, acordándose de sus continuas derrotas. Pero con su gran astucia buscó otro terreno para sus hazañas infernales, haciendo *alianza secreta* con cierta clase de hombres, y sobre todo de *mujeres viejas* que le daban un albergue cómodo y agradable, es decir, con las *brujas*. ¡Cuánta sangre ha de correr en los combates de esta guerra de nueva especie! ¡Cuántas pobres se dejaron seducir! ¡Hasta la doncella de Orleans! El espíritu cristiano no desmayó, sin embargo, con este nuevo ataque del astuto Diablo. Para todo hay remedio. Se levantaron hombres nuevos, de un celo y de una ciencia antes desconocidos, que olfateaban al Diablo: *los buscadores de brujos* y *la Inquisicion*. *Conrado de Marburgo* fué el primero y el mas célebre *juez de brujas*. ¡Qué combate tan grandioso sigue y dura *dos siglos!* Solo en *Carcasonne*, en Francia, se encontraron entre 1320 y 1350 mas de 400 brujas. De Francia pasó la persecucion á la Suiza y Alemania, donde quemaron vivos á los convictos, y se formó poco á poco un sistema bien arreglado para *juzgar y castigar* á las brujas, tan eficaz en sus resultados, que en cinco años se mataron en la pequeña ciudad de Bamberg 600; en Würzburgo 900, y que se pudo establecer en Inglaterra un *gran dignatario* bajo el nombre de *Buscador general de brujas*. No he podido encontrar un libro cuyo autor haya hecho una enumeracion aproximativa y verídica del número total de brujos quemados, que seria un monumento incontrovertible en honor de la *razon humana* y del *talento* de las generaciones antepasadas. Lo cierto es, que al *Diablo Moderno* no le dejó contento una persecucion tan activa. Como prueba de esta verdad, vemos que su *Imperio Universal* está en visible decadencia, y que su autoridad es ya casi nula: es la época de su *decrepitud*. Su gloria pasó; pero la historia universal le mencionará siempre con admiracion y pavor, pues su gobierno fué el mas largo que se menciona en los anales del género humano; en comparacion de él no es nada la insignificante historia de Cambises en la Persia, de Neron en Roma, de Cristian en Dinamarca, de Mulei Ismael en Marruecos. No se ha podido calcular aún el año en que morirá; pero yo sé de cierto, que sus poderosos enemigos son: la *ilustracion de la nacion*, las *escuelas nacionales* y la *proteccion á los periódicos literarios* como el Renacimiento. Sin embargo, no nos fiemos de este astuto enemigo encarnado; puede tomar otra forma nueva para perseguir á los hombres; ya no tiene miedo á los sacerdotes, ya no se oculta en las brujas; pero segun todas las apariencias persigue ahora á la humanidad como *político*, bajo el nombre de igualdad y hermandad en la *política*, y en la clase baja procura insinuarse con el baile del *cancan* y con otras diversiones públicas de este género.

NOTA.—Mientras que estaba escribiendo estos renglones, permanecia la sonrisa de burla en mi rostro; ahora que los acabé, quieren brotar las lágrimas de mis ojos, considerando lo que es el *hombre* y su *decantada sabiduría;* sin embargo, *valor*, y *adelante!*

Olgardo Hassey.

LA HOJA SECA.

—De tu rama desprendida
Hoja marchita y sin vida,
¿Adónde vas?
—No lo sé.
El huracán desatado
Me arrebató en soplo airado
Del roble donde broté.

Desde entonces incesante
A la merced voy errante
Del aura ó del aquilon;
—Así van tambien de mi alma
Entre tormentas y calma,
Las hojas de la ilusion.

—A su antojo he recorrido
Desde el monte hasta el ejido,
Desde el erial al verjel;
Y voy adonde reposa
La hermosura de la rosa
Y la gloria del laurel;

Do va cuanto el mundo encierra
Para no volver jamas......
Voy al polvo...... que en la tierra
Todo es polvo...... y nada mas.

Manuela L. Verna.

Jalapa, Agosto de 1868.

FRAGMENTO DEL CANTO XXXIII

DEL INFIERNO DEL DANTE

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL ITALIANO

PARA LA DISTINGUIDA ARTISTA CAROLINA CIVILI

POR MANUEL PEREDO.

La bocca sollevò dal fiero pasto
Quel peccator, forbendola a' capelli
Del capo ch' egli avea diretro guasto;

Poi cominciò: tu vuoi ch' io rinnovelli
Disperato dolor che 'l cuor mi preme
Già pur pensando pria ch' io ne favelli.

Ma se le mie parole esser den seme
Che frutti infamia al traditor ch' io rodo,
Parlare e lagrimar mi vedrai insieme.

Io non so chi tu se', nè per che modo
Venuto se' quaggiù; ma Fiorentino
Mi sembri veramente quand' io t' odo.

Tu dei saper ch' io fui 'l conte Ugolino,
E questi l' arcivescovo Ruggieri:
Or ti dirò perch' i' son tal vicino.

Che per l' effetto de' suo' ma' pensieri,
Fidandomi di lui, io fossi preso
E poscia morto, dir non è mestieri.

Però quel che non puoi avere inteso,
Cioè come la morte mia fu cruda,
Udirai, e saprai se m' ha offeso.

Brieve pertugio dentro dalla muda
La qual per me ha il titol della fame,
E 'n che conviene ancor ch' altri si chiuda,

M' avea mostrato per lo suo forame
Più lune già, quand' io feci 'l mal sonno
Che del futuro mi squarciò 'l velame.

Questi pareva a me maestro e donno,
Cacciando il lupo e i lupicini al monte
Perchè i Pisan veder Lucca non ponno,

Con cagne magre studiose e conte;
Gualandi con Sismondi e con Lanfranchi
S' avea messi dinanzi dalla fronte.

In picciol corso mi pareano stânchi
Lo padre e i figli, e con l' agute scane
Mi parea lor veder fender li fianchi.

Quand' io fui desto innanzi la dimane,
Pianger senti' fra 'l sonno i miei figliuoli
Ch' erano meco, e dimandar del pane.

Ben se' crudel, se tu già non ti duoli
Pensando ciò ch' al mio cuor s' annunziava:
E se non piangi, di che pianger suoli?

La boca separó del feroz pasto
El pecador aquel; la enjugó luego
Con los cabellos mismos
De la cabeza que roido habia,
Tras lo cual comenzó de esta manera:
«Quieres que yo renueve aquella fiera,
Desesperada angustia, que me oprime
El corazon aun sin que el pensamiento
Salga espresado en forma de lamento.
Pero si mi relato
Semilla habrá de ser que fructifique
Para el traidor á quien estoy royendo
Infamia solo, me verás llorando
Al paso mismo que te vaya hablando.
No sé quién eres tú, ni qué destino
Aquí te trajo; que eres florentino
Tu acento me revela, y de esa suerte
Quien soy debes saber: soy Ugolino.
Aqueste es el malvado
Arzobispo Ruggieri, á quien en pena
Con eterna crueldad estoy ligado.
Inútil es contarte, que por causa
De sus perversas miras prisionero
Fuí yo, que de él fiaba, y lastimero
Fin tuve; lo que ignoras,
Lo que contarte nadie habrá podido,
Vas á saber de mí: verás que ha sido
Espantosa y cruel la muerte mia,
Verás si para odiarle razon tengo.
Ya en la angosta abertura practicada
En mi prision (que *Torre* fué llamada
Del Hambre por mi caso,
Y en la que muchos otros todavía
Habrán de perecer) la luz del dia
Varias veces halló mezquino paso,
Cuando una horrible pesadilla tuve
Que de mi porvenir rasgó los velos.
Soñé que este, Ruggieri, en son de amo
A un lobo y sus hijuelos
Cazaba en aquel monte que de Luca
La vista á los pisanos intercepta;
Iban delante con lebreles flacos,
Pero ágiles y diestros,
Los Gualandi, Sismondi y los Lanfranchi.
Tras no larga carrera, ví que el lobo
Y sus hijos rendíanse cansados,
Y que los destrozaban
De los perros los dientes afilados.
Desperté: de la aurora
Los rayos no apuntaban,
Y á mis hijos oí que sollozaban
Durmiendo, que gemian,
Y que pan me pedian.
Muy duro habrás de ser si no te mueve
Ya á compasion anuncio tan funesto;
Si no lloras por esto,
Si de esto no te dueles,
¿Con qué lástimas, dí, llorar tú sueles?
Despertaron mis hijos, ya cercana
Conociendo la hora en que solia

Già eran desti, e l' ora s' appressava
Che 'l cibo ne soleva essere addotto,
E per suo sogno ciascun dubitava.

Ed io senti' chiavar l' uscio di sotto
All' orribile torre; ond' io guardai
Nel viso a' miei figliuoi senza far motto.

Io non piangeva, sì dentro impietrai:
Piangevan elli; ed Anselmuccio mio
Disse: tu guardi sì, padre: che hai?

Però non lagrimai nè rispos' io
Tutto quel giorno ne la notte appresso,
Infin che l' altro sol nel mondo uscio.

Come un poco di raggio si fu messo
Nel doloroso carcere, ed io scorsi
Per quattro visi il mio aspetto stesso;

Ambo le mani per dolor mi morsi:
E quei pensando ch' io 'l fessi per voglia
Di manicar, di subito levorsi,

E disser: padre, assai ci fia men doglia
Se tu mangi di noi, tu ne vestisti
Queste miseri carni, e tu le spoglia.

Quetàmi allor per non farli più tristi:
Quel dì e l' altro stemmo tutti muti:
Ahi dura terra, perchè non t' apristi?

Poscia che fummo al quarto dì venuti,
Gaddo mi si gittò disteso a' piedi,
Dicendo: padre mio, che non m' ajuti?

Quivi morì; e come tu mi vedi,
Vid' io cascar li tre ad uno ad uno,
Tra 'l quinto dì e 'l sesto: ond' io mi diedi

Già cieco a brancolar sopra ciascuno,
E due dì li chiamai poi che fur morti:
Poscia più che 'l dolor potè il digiuno.

Quand' ebbe detto ciò, con gli occhi torti
Riprese 'l teschio misero co' denti
Che furo all' osso come d' un can forti.

Ahi Pisa, vituperio delle genti
Del bel paese là dove 'l sì suona;
Poi che i vicini a te punir son lenti,

Muovansi la Capraja e la Gorgona,
E faccian siepe ad Arno in su la foce,
Sì ch' egli anneghi in te ogni persona.

Che se 'l conte Ugolino aveva voce
D' aver tradita te delle castella,
Non dovei tu i figliuoi porre a tal croce.

Innocenti facea l' età novella,
Novella Tebe, Uguccione e 'l Brigata
E gli altri due che 'l canto suso appella.

Venir el alimento cada dia,
Cuando sentí que de la horrible torre
Cerraban por de fuera
La entrada; á mis hijuelos
Fijo entonces miré, sin que saliera
De mi pecho una vez; yo no lloraba,
Mas por dentro sentia
Que en piedra el corazon se convertia.
Ellos sí que lloraban, y mi Anselmo
«Qué tienes, dice con acento blando,
«Que nos estás ¡oh padre! así mirando?»
Yo empero no lloré, ni dí respuesta
Ni en este dia, ni en la noche aquesta,
Hasta que un nuevo sol alumbró al mundo.
Mas cuando á lo profundo
De aquella cárcel dolorosa un rayo
De la luz penetró, y en el desmayo
De aquellos cuatro rostros ví el aspecto
Del propio rostro mio,
En mi dolor sombrío
Las manos me mordí mudo y rabioso;
Y ellos, pensando que tal vez el hambre
A tal extremo me conduce, súbito
Se levantan y dicen: «nuestra pena
Menos dura será, padre, si comes
De nosotros; la carne que nos diste
Tómala, pues con ella nos vestiste.»
Mi angustia entonces dominé, temiendo
Ver su dolor con mi dolor creciendo.
Mudos el dia aquel y el otro dia,
Su pena cada cual en l' alma encierra.....
¡Ay! ¿por qué no te abriste, dura tierra?
El cuarto dia llegó, y entonces Gaddo
A mis piés desplomado
Cayó; mas al decirme:
«Padre mio, ¿por qué no me socorres?»
Espiró...... y uno á uno
Ví perecer los tres que me quedaban,
Mientras el quinto y sexto dia pasaban.
Entonces cegué yo, y anduve á tientas
Durante otros dos dias
Entre sus cuerpos yertos,
Llamando á voces á mis hijos muertos.
Y luego...... ¡el hambre pudo
Más que el dolor agudo!»
Cuando tal dijo con mirada torva,
Del arzobispo el miserable cráneo
Volvió á tomar, y en él hincó furioso
Los dientes, que hasta el hueso penetraron
Como penetran los de un can rabioso.
¡Ay! Pisa, vituperio de las gentes
Habitadoras del país hermoso
Donde resuena el *sí* melodioso!
Si en castigarte tan remisos andan
Tus vecinos, sacúdanse las rocas
De Gorgona y Capraja, y en las bocas
Del Arno dique sean,
Con que tus moradores
Inundados se vean.
Que si el conde Ugolino
La fea mancha de traidor llevaba,
Si en verdad tus castillos entregaba,
No debiste jamas á sus hijuelos
Con tan atroz martirio dar la muerte.
Niños eran Brigata y Uguccione,
Niños los otros dos que ya he nombrado:
¡En niños ora tu venganza cebas,
En inocentes, oh moderna Tebas!

LAS TRES FLORES.

CUENTO ALEMAN.

I.

—¿Crees, Lisbeth, en los juramentos de amor?

—Yo creo, Ludwig, en el poder de un padre.

—¿Te acuerdas de las doradas horas que pasábamos en los grandes bosques de Ehrenfels?

—Ah!

—No hay que decir mas ..... cuando se ama!

—Ah!

—¿Conque todo está decidido? ¿mañana es la boda?......

—Mañana.

—¿Y tú amas al nuevo esposo, á Enrique, hijo del conde Fausto?

—Me caso con él.

—Puedes casarte con él sin amarle, puesto que me has amado sin casarte conmigo.

—Ludwig, tus palabras son duras......

—Lisbeth, las tuyas eran falsas.

—Un dia me decías: «Aunque me pidieses mi sangre ó mi vida, Lisbeth, tú la tendrias.

—Y un dia tú me dijiste: «Todo lo que quieras de mí, aunque sea mi corazon, aunque sea mi mano, Ludwig, tú lo tendrás.

—Yo contaba sin los otros, Ludwig.

—Yo contaba sin tí, Lisbeth.

—Mi padre nos separa.

—Dios nos unirá.

—¡Nunca!

—Y Lisbeth la bella olvidadiza dejó caer la cabeza sobre su mano, calló y se puso á llorar.

Una de sus lágrimas cayó abrasadora sobre la frente de Ludwig, su triste amante, que suspiraba bajo el balcon de su ventana. El llevó la mano á su frente y recibió esta lágrima—«perla caida de los negros ojos de Lisbeth»—y vencido por el dolor y por el amor, porque mucho amaba Ludwig, le dijo con una voz mas dulce:

—¿Por qué me habeis hecho venir?

—Para cambiar nuestros adioses......

—Adios, Lisbeth.

—Y......tambien para pediros mi anillo de oro.

—La única cosa que me quedaba de tí.

—La niña le dió; la jóven le vuelve á tomar.

—La jóven es muy prudente; la niña lo era menos.

Lisbeth no dijo nada; pero extendió la mano, ahogando un suspiro.

—Hé le aquí, dijo Ludwig.

Ludwig era alto, la ventana estaba baja. Se enderezó sobre la punta de los piés, ella deslizó su mano á través de las barras del balcon, y él puso el anillo de oro en su dedo meñique.

—Ludwig, teneis un gran corazon.

—Yo no sé, Lisbeth...... pero te amaba.

—Quisiera pediros todavía una cosa.

—Pídela.

—Se ha hablado de nosotros mucho; es necesario que vengais á la boda; estareis alegre!......reireis!...... se verá que ya no me amais.

—Para eso...... nunca!

—Lo quiero.

—No conteis con ello; jamás, jamás.

—Te lo ruego.

—Me has dicho «tú»...... vendré.

—Gracias, querido Ludwig.

—Concédeme una gracia á tu vez.

—Habla.

—Bailarás un wals conmigo.

—¿Cuál?

—El primero despues de media noche.

—Sea.

—Lisbeth, Lisbeth, decia una voz en el interior de la casa...... ¿en dónde estás?

—Aquí estoy; adios, adios, querido Ludwig.

La pequeña mano blanca envió un beso en la sombra. Las luces recorrieron todos los pisos, despues las ventanas se cerraron, y tornóse negra la casa del baron de Walder, padre de la hermosa Lisbeth.

Sin embargo, Ludwig marchaba triste en la oscuridad; atravesó el puente de San Juan Nepomuceno, y siguiendo las riberas sombrías del Moldaw, se dirigió lentamente hácia la isla de los Cazadores, que lleva el rio en sus húmedos brazos como un canastillo de flores y de verdura.

Lisbeth destrenzó sus hermosos cabellos, consagrando un último pensamiento al primer amor de sus años juveniles. Reprimió los impulsos de su corazon y quiso dormir. El sueño no vino, y ella oyó sonar, una despues de otra, las horas de la noche. En el momento en que la primera campanada de media noche resonaba en la torre de San Veit, en la noble iglesia del Hardschin, le pareció que alguno habia suspirado muy cerca de ella.

—Es el viento que se queja entre los árboles, pensó Lisbeth.

Pero era una noche de Mayo oscura y tranquila; no habia ni un soplo en el aire, y las tiernas hojas dormian medio plegadas en las ramas inmóbiles.

Nada turbó ya el silencio. Lisbeth ocultó su cabeza llena de miedo bajo la almohada, y se durmió pensando.

II.

Es de mañana. Praga se despierta alegre; la noche levanta sus velos de estrellados pliegues; la bruma fina y ligera rueda sobre los techos; la aguda flecha de las altas iglesias desgarra al pasar, cual si fuesen blancos vellones, las lentas nubecillas; los primeros rayos del sol quiebran sobre la cima de los monumentos su punta de oro que resalta como relámpago. Acá y acullá cuelgan y flotan en el aire esos ligeros hilos caidos de los invisibles husos de la Vírgen, que parecen atar la tierra con el cielo; las veletas parlotean y saludan al viento dando vueltas

sobre su enmohecido pié, y las mil voces argentinas de las campanas suben al cielo, como un enjambre de abejas zumbadoras.

En la casa de Walder, van, vienen, se agitan. Las criadas corren por los aposentos, los caballos piafan en el patio, los músicos tocan en la calle.—Se diria que la ciudad entera se casaba. Es que Lisbeth es muy bella y Enrique está muy enamorado, y cada uno se alegra de estas nupcias del amor y de la belleza.

La novia apareció un poco pálida como todas las novias, pero mas bella que ninguna.

Enrique se adelantó á su encuentro.

—¿Y tu ramo, amada mia, tu ramo de blancas flores, imágen de tu alma, hermosa y pura?

—El ramo, mi querido señor, le habeis olvidado.

—No por cierto, yo mismo le he cogido en el jardin de mi padre, sobre los ribazos de Wioshrad, desde la madrugada.—Míralo.

Y llamó:

Un escudero con los colores del conde, mitad rojo y mitad negro, puso delante de la jóven un cofre de ébano.

—Abre, dijo el novio, dándole una llavecita de plata.

Tomó ella la llave; su mano temblaba un poco; abrió no obstante, pero en lugar del ramo blanco, no encontró sino tres flores en el cofre de ébano: una *primavera*, una *verónica azul* y una *inmortal*.

En ese dulce lenguaje de las flores, que no tiene por palabras sino los colores y los perfumes, la primavera es la esperanza, la verónica es la fidelidad, y la inmortal es la constancia.

El novio pareció sorprendido, sorprendido y enojado. Pero él mismo habia guardado la llave de plata, y no pudo acusar á nadie. Solamente tomó el ramo y quiso arrojarlo por la ventana.

—No, no, dijo Lisbeth, así me agrada, y puso las tres flores en su cintura.

Una hacanea blanca esperaba á la novia al pié de la gradería, enteramente cubierta de oro y de terciopelo y caparazonada de seda. Dos jóvenes pajes tenian en su mano las flotantes riendas.

Se pusieron en marcha. La comitiva se mostró en toda su pompa sobre los bordes del rio.

Lisbeth no percibió á Ludwig, pero en el momento en que la brillante comitiva comenzó á subir la colina sobre la cual está construida la antigua catedral, oyó sonar la tierra y retumbar el lejano galope de un caballo. «¡Es Ludwig! pensó ella, pero continuó su camino sin atreverse á volver la cabeza.

Llegaron muy pronto á las puertas de la iglesia; la novia bajó y entró precediendo la multitud de nobles y de bellas. Todos se colocaron en la larga nave colgada de soberbias telas y sembrada de flores. Los coros de músicos cantaban sus mas hermosos himnos, y el órgano juntaba á estos cantos su gran voz que sucesivamente estallaba como un trueno, ó suspiraba como una mujer.

El sacerdote bajó del altar y se adelantó para bendecir á los esposos. Lisbeth por dos veces se volvió hácia la nave.

—¿Qué tienes? le preguntó su madre con una vocecilla seca; no es allí donde debes mirar.

—Madre, ¿quién es ese hombre vestido de duelo que está puesto de rodillas cerca del tercer pilar?

Yo no veo sino la estatua de bronce de San Wenceslao; pero, atencion, á tí te toca responder!

—Lisbeth de Walder, ¿aceptais por esposo al caballero Enrique de Stolberg?

—Sí, respondió Lisbeth, con una voz tan débil que el sacerdote apenas la oyó.—Y ella lanzó una mirada hácia el tercer pilar. Nada vió.—Me he engañado, pensó bajando rápidamente los ojos; pero notó que no habia mas que dos flores en su cintura. —La primavera habia desaparecido.—¡La dulce flor de la esperanza!

III.

El festin de la boda fué alegre. Los convidados se oprimian alrededor de las largas mesas; un ciervo entero se levantaba en medio del aderezo de la mesa con sus altos cuernos cargados de flores y de frutos; los escuderos trinchaban los cabritos rellenos de alfóncijos y hacian pasar en platos de plata los faisanes de alas de oro y de cabeza de púrpura. Los vinos generosos circulaban en las copas espumosas; el rosado vino de Hungría, el blanco de Alemania y el rojo de Francia.

Cuando se habian hecho abundantes libaciones, cuando mas de un convidado, deslizándose suavemente de su silla, yacia debajo de la mesa, trajeron un «Wiedorcomo» antiguo; era un vaso inmenso adornado de esmaltes de vivos colores, especie de copa de Hércules que contenia la embriaguez de veinte hombres; se le llenó hasta el borde de *tokay* real, y los dos padres brindaron primeramente por la dicha de sus hijos, ¡por la dicha y el amor! Todos los convidados hicieron lo mismo y el *wiedorcomo* volvió á los esposos cargado de votos.

Enrique le ofreció á su jóven esposa; pero apenas Lisbeth hubo tocado su borde con su rosado labio, cuando la copa se vació como por un bebedor invisible. Ella se volvió.—¿Qué veria?—Yo no lo sé; pero puso un dedo sobre su boca, con ese gesto que dice: «Silencio y cuidado.»

—Y ni una gota para mí, dijo el esposo con tono de dulce reproche: brindaré, pues, por mi felicidad en una copa vacía.

—La desposada no tiene mas que una flor en su ramillete, dijo una voz entre la multitud.—La verónica habia desaparecido, la flor de la fidelidad.

IV.

Llegó la noche: las mesas fueron quitadas: se derramaron perfumes; se encendió la aromada cera sobre los candeleros de hierro dorado; heraldos de armas, grandes como gigantes, inmóbiles como rocas, se mantenian en las puertas elevando en sus

manos antorchas de resina. Ya las orquestas resuenan y los dulces preludios, conmoviendo las almas, invitan al placer.

Bailan.

Tados admiran la inefable gracia de Lisbeth, y su talle flexible y sus movimientos armoniosos, y su cuerpo todo obedeciendo á las dulces leyes de la medida y de la cadencia.

Tiene el encanto del ave que vuela. Sus alas no se ven, pero se adivina que las tiene.

Sobre el pavimento luciente dan vueltas sus piés ligeros. Nada puede hacerse, sino mirarla; se siente uno feliz. Pero de tiempo en tiempo, con mucha frecuencia quizá, su mirada inquieta se vuelve hácia la puerta de entrada, ó consulta furtivamente la aguja del reloj grande, cuyo péndulo de oro va y viene en su caja de madera negra.

El baile estaba en todo su brillo.

Jamás fiesta tan espléndida habia animado el antiguo palacio de los Walder, y nadie, excepto la jóven desposada y tal vez el esposo, pensaba en que era ya media noche.

Sin embargo, las violas y los oboes preludiaban un wals. Tres ó cuatro caballeros se adelantaron hácia Lisbeth.

—Ni á vos, dijo ella al primero; ni á vos, ni á vos tampoco...... á nadie; he prometido!

Y miró el reloj.

Nadie entró: los jóvenes se retiraron respetuosamente.

La primera de las doce campanadas se dejó oir en el timbre sonoro.

La mirada de Lisbeth brilló, y la flor de la sonrisa se abrió en su boca. Pero no eran ni la mirada ni la sonrisa de los vivos. Se hubiera dicho que sonreia á los ángeles y que miraba al cielo.

Adelantó una mano que ninguno de los convidados se atrevió á tomar, levantóse de la silla, é hizo dos pasos como para ensayar el compás.

La orquesta habia comenzado el wals, y los danzantes, en enlazadas parejas, giraban en armonioso torbellino.

En medio de ellas, la novia se lanzó sola.—Con el brazo izquierdo suspendido y como apoyado en la espalda de un caballero invisible, la cintura doblada ligeramente, la mano derecha delante, extendida y como abandonada á la blanda presion de una mano amiga.

Walsaba.

Los hombres la admiraban, las mujeres la envidiaban; nunca habia estado mas bella que entonces. Un compás perfecto conducia todos sus movimientos: una expresion celestial trasfiguraba su semblante; habíase tornado etérea y diáfana, como esas hijas del aire que caminan sobre los juncos de los lagos sin inclinarlos siquiera. En lugar de fatigarse, como las otras, en el rápido círculo, parecia encontrar en él nuevas fuerzas, y sentirse mas ligera á cada vuelta que daba. Su talon tocaba de tiempo en tiempo el suelo que no abandonaba la punta de su pié. Las otras se habian detenido para verla mejor.

Ella walsaba siempre.

Su vestido se levantaba en torno de ella, y la seguia flotando como blanco vapor, dejando ver su menudo pié y sus hermosos tobillos; su cabeza volvíase á medias sobre sus espaldas, y sus ojos se adormecian en la vaguedad del éxtasis.

Nadie se atrevia á detenerla. El jóven esposo hizo una señal á la orquesta, y en lugar de volver á comenzar el tema del wals sin fin, fué amortiguando poco á poco su compás: los oboes no hicieron oir mas que una nota lánguida y entrecortada por los suspiros, y las violas se extinguieron en un dulce estremecimiento.

Lisbeth volvió á su asiento, y antes de tomarlo hizo una gran reverencia.

Enrique se acercó á ella.

—¿Por qué, le dijo, por qué, amor mio, has bailado sola cuando tantos señores te invitaban?

—¿Sola, amigo mio?..... Yo he bailado con ese caballero del jubon negro, de la negra toca y de las plumas negras.

—¿En dónde está que no le veo?

—Allí, cerca de la pared; ahora nos mira.

—¡Es extraño! yo no le veo, ni nadie le ha visto: ¿cómo se llama?

—Se llama Ludwig, dijo Lisbeth ruborizándose.

—¡Ludwig!...... corazon mio; pero Ludwig ha muerto.

—¡Muerto! ¿y cuándo...... en dónde?

—Ayer á media noche los marineros han encontrado su cadáver entre las cañas, cerca de la isla de los Cazadores.

Lisbeth inclinó la frente, y mirando su cintura, percibió que habia perdido su tercera flor. La *inmortal*, la flor de la constancia.

—¡Ah! murmuró con una sonrisa extraviada, Ludwig ha muerto, y yo......tambien estoy muerta.

Y cayó en los brazos de Enrique.

Traducido por I. M. A.

HUMORADAS.

El bien hecho fuera de propósito, es peor que e. mal. Alguno ha dicho que el infierno está empedrado de buenas intenciones.

Un corazon de oro es cosa desconocida en el dia. En el siglo XIX somos demasiado positivistas para que existan corazones de oro. Solo existen corazones dorados por el procedimiento Ruoltz. Tienen la misma apariencia que los de oro, y cuestan menos. Eso no quita que todos los hombres proclamen que tienen corazones de oro, y que traten de venderlos lo mas caro posible.

Las lágrimas son las perlas del alma. No tienen precio. Mas ¿quién puede vanagloriarse de haber hecho derramar jamas una lágrima verdadera?

La mujer es un rico plato cuya salsa es el amor.

El amor, idealmente considerado, es la identificacion de dos almas.

El amor, realmente considerado, es la identificacion de dos intereses.

Un poeta es un loco que dice sus locuras en verso. Si las dijera en prosa, se le encerraria en San Hipólito.

Un hombre de genio es un hombre que goza mas y padece mas que los otros hombres.

Un idiota es un hombre que goza menos y padece menos que los demas.

Y á pesar de eso todos quisiéramos ser genios y nadie quiere ser idiota.

Sentir y pensar son las dos cosas para que ha sido creado el hombre.

En la niñez se siente mucho y se piensa poco.

En la juventud se siente tanto como se piensa.

En la vejez se siente poco y se piensa mucho.

La dicha está en razon inversa del sentimiento.

Quien no siente nada, no sufre nada.

Tambien está la dicha en razon inversa de la inteligencia.

Quien piensa poco, sufre poco.

La dicha es una felicidad momentánea.

La felicidad una dicha eterna.

La felicidad ha sido inventada por los hombres para que tenga un objeto la vida humana.

Es una cosa realmente hipotética.

La dicha ha sido inventada por los hombres para poner la felicidad á su alcance.

Es una cosa hipotéticamente real.

Por eso hay muchos hombres que se creen dichosos; pero jamas habrá ninguno bastante loco para creerse feliz.

Si el hombre pensara en que el placer de hoy no ha de dejarle recuerdo alguno mañana, no buscaria el placer con tanto ahinco.

Una vez que ha pasado un placer, no deja recuerdo alguno en el alma.

Todo dolor deja en ella eternas huellas de su paso.

Por eso hablamos siempre de nuestros dolores, y rara vez de nuestros placeres.

ROBERTO A. ESTEVA.

EL CANCAN.

A IGNACIO M. ALTAMIRANO.

No mas, no mas, Ignacio, con sermones
Ni con textos latinos
Intentes de moral darnos lecciones;
Sepulta ya tus doctos desatinos
En un rincon de la memoria, y sufre
El sensato desden y la rechifla
De emancipada gente
Que ya ni ayo ni mentor consiente.
Dígote por mi fé, que me arrepiento
De haber seguido la torcida senda
Por donde tú caminas;
En achaque de teatros, desatinas
Si crees que al decoro
Hasta en la escena ha de rendirse culto;
Eso fué bueno para el siglo de oro,
En que el oro mostrábase do quiera,
No como hoy que va escurriendo el bulto.
Del *gas* y del *vapor* el siglo es este,
Y cueste lo que cueste,
A tí, y á mí, y á todos nos precisa
A andar á toda luz y á toda prisa.
¿No es siglo de las luces? pues que vea
Todo cuanto hay que ver quien tenga ojos;
Ni á la inocencia permitido sea
El tiránico abuso
Que ante sus ojos una venda puso.
¡Niños, mirad! que si la luz sin tasa
Os ofende, es dolor que pronto pasa.
Hoy la cuestion vital, la interesante,
Es marchar adelante
Sin que nos dé cuidado
El cómo, ni por dónde, ni á qué punto,
Cual suele hacer el potro desbocado;
Que al fin entre correr y desbocarse
La diferencia es poca:
Un freno mas ó menos en la boca.
¿Ni quién frenos tolera
En esta que alcanzamos feliz era
Del adulterio libre, y del suicidio,
En que á San Pablo sustituye Ovidio?
¡No mas oscuridad! rásguese el velo
Con que el pudor gazmoño se cubria,
Porque al fin en el dia
No hace falta el pudor, hijo del cielo;
Ya su rojo matiz Paris nos manda
En tarrillos de clase superfina:
Un peso el *rubor* vale,
Y dura mucho, y mas barato sale.
¿El siglo de los *libres pensadores*
No es este? pues pensemos
Con amplia libertad, y averigüemos
Cuanto escondido entre las sombras yace;
A esta generacion no satisface
El misterio prudente
Con que la añeja gente
Tales y cuales cosas encubria.
¡Fuera la hipocresía,
Fuera la virtud vana;
Que es mejor que vivamos desde niños
A la pata la llana!

En clase de misterios no se admitan
Sino los que algo valen,
Los que ofrecen ganancia
A pescadores en el rio revuelto,
Los misterios Ciprinos,
Que ora la amable Francia
Para ilustrar á imberbes libertinos
Renueva sin tapujos en la escena;
Por eso á boca llena
El *cancan* se celebre como es justo,
Y huya el pudor adusto
Cuyos principios son no enseñar nada.
¡Fuera el pudor tirano!
¡Caiga al fin de su mano
El cetro con que siglos há regía
(Y por desgracia rige todavía),
Al corazon humano,
Y en especial al pueblo mexicano!
¡Fuerza es que el oprimido se levante,
Y que de la victoria el himno cante!
¡Es preciso que venza
Alguna vez la pobre Desvergüenza!
¡Y vencerá! preludio de su historia
Es el dulce *cancan* que nos inflama
Con su *canicular* brillante llama.
¡Honor al nuevo rey, al *cancan* gloria!
Todo eso, y mucho mas, díjome ha poco
Cierto señor, muy respetable y tieso,
Tan respetable que hasta peina canas,
Y es decidido amante del progreso,
Cuanto enemigo acérrimo de vanas,
Necias preocupaciones.
Convenciéronme al punto sus razones,
Cuya clara verdad salta á la vista,
Y héteme convertido en *cancanista*.
Neófito soy; pero verás que ardiente:
Ya te me pongo enfrente,
Mi ex-maestro y amigo;
Prepárate á escuchar las que te digo
Cuatro verdades frescas:
Primera, que no sabes lo que pescas;
Segunda, que los fines
Del *cancan* no se tuercen con latines;
Tercera, que no muestras grande acierto
Predicando en desierto;
Y cuarta, que ya es mengua
En contra del *cancan* soltar la lengua.
Abjura como yo, abjura, Ignacio;
No te vean mis ojos tan reacio
En aplaudir, cual todos, ese baile
Capaz de hacer saltar á un santo fraile.
Tienes con lo que se hacen los sermones,
¿Y así al *cancan* te opones?
¡Te abandono, infeliz! quédate haciendo
Pucheros en la insípida tragedia;
Mientras yo, sacudiendo
Mi estupidez de antes,
Clamo á grito pelado: *¡el cancan viva!*
¡Luz para todos, luz, no haya ignorantes!
¿Qué digo? no los hay en la edad nuestra:
Solo tú te quedaste para muestra.

M. PEREDO.

Agosto, 10 de 1869.

LA SIRENA.

(RECUERDOS DEL MAR.)

Vista desde la rada, Campeche parece una paloma marina reposando con las alas abiertas á la orilla de las olas. Allí no hay ni rocas, ni costas escarpadas. El viajero extraña cómo el mar tranquilo de su bahía se ha detenido al borde de aquella playa que no le presentaba mas obstáculo que la débil cintura de algas que el agua deposita lentamente en la ribera.

El cielo de un azul puro y luminoso ó espléndidamente matizado por las caprichosas nubes, el fresco verdor de las colinas, los graciosos y blancos caseríos de la falda, la cintura mural que rodea á la ciudad, y el mar rayado de oro, por donde vuelan las embarcaciones como parvadas de palmípedos blancos que al alba se desparecen en derredor de sus nidos colgados en los escollos, hacen riente y pintoresco el cuadro del puerto cuando el viajero trueca en belvedere la popa de algun buque que gana el largo.

Pero cuando la rada de la muy noble y leal ciudad, como dicen los blasones coloniales de Campeche, toma verdaderamente un aspecto encantador, lleno de vida y de colorido, es el dia de S. Juan, dia sagrado en todos los países y en todos los tiempos, porque coincide con la fiesta solsticial del estío.

Ese dia todos los habitantes de la ciudad corren á la playa, las murallas y los miradores están coronados de gente, la muchedumbre desborda por el muelle, todo con el objeto de mirar y deleitarse en esa alegre fiesta del mar que se llama *el voltejeo*.

Al misterioso murmullo de las olas se mezcla el ronco y triste sonido del caracol, la trompeta del Océano, que suena por donde quiera que se desliza una barquilla. El mar, recordamos haberle visto siempre nublado en ese dia, toma aires de rey, y la bahía se hincha en todas direcciones, como si debajo de cada ola respirara un gigantesco cetáceo.

Eso, como debe suponerse, importa muy poco á aquellas gentes, que sin cuidarse de los elementos, y fiadas en el cariño que S. Juan profesa á los hijos de Campeche, se embarcan hombres, mujeres y niños en débiles esquifes, y recorren la rada, cantando al son de la música, tremolando banderas y gallardetes, gritando, bebiendo é improvisando aquí y allí *regatas*, en medio de los aplausos de seis ó siete mil espectadores.

Pero lo que de mas notable tiene el dia 24 de Junio, no es el voltejeo, ni la alegría ni la fiesta, no; en ese dia acontece algo de mas notable y misterioso.

Al rayar el alba, canta la sirena.

Aunque todos los escritores de la antigüedad convienen en que las sirenas eran mitad mujer y mitad ave, la idea de darles una cola de pescado, fundada tan solo en aquel verso de Horacio:

Desinit in piscem mulier formosa superne,

ha prevalecido sobre todo entre el vulgo, que siempre se ha ocupado mucho de esta caprichosa creacion de la mitología.

El canto de la sirena en la bahía de Campeche el dia del solsticio, es una fábula en cuyo orígen hay una leyenda.

Vamos á contarla:

Hace cerca de un siglo, cuando apenas firmaba en Aranjuez el rey Cárlos III los preliminares de la ereccion de la villa de Campeche en ciudad, por los grandes servicios prestados á la corona por el comercio de la dicha villa en las guerras contra los salvajes, y sobre todo contra los filibusteros que inundaban aquellas comarcas y para poder continuar en ella *un comercio cuantioso y boyante, con cerca de diez y siete mil personas de poblacion en cuasi tres mil familias establecidas en ella, y no pocas del primer lucimiento y distincion, que aspiran á continuar sus lealtades, imitar y aun adelantar si pueden, los justos impulsos que han heredado de sus antecesores,* dice el texto de la Cédula; por ese tiempo, deciamos, vivia en el barrio esencialmente marino de la villa, en San Roman, una bruja de siniestra catadura, y que al decir de las abuelas de por allí debia contar uno ó dos siglos de existencia, pues cuando ellas habian entrado en el uso de la razon, sus padres les contaban que desde niños conocian á aquella mujer con la misma facha con que por entonces se paseaba desde su casa hasta el fortin de San Fernando construido á dos tiros de fusil de la ciudad.

La gente del barrio, aunque no sentia la menor simpatía por aquella mujer encorvada hasta el suelo, sin pelo, cejas ni pestañas, con dos ojos que brillaban con el fuego sombrío de los carbunclos, cuya boca parecia un rasguño hecho de oreja á oreja por la punta de un alfiler, y sobre la cual se buscaban como para darse un beso, la punta de la nariz y la punta de la barba capaces de perforar la cerviz de un toro; tal era su agudeza.

Ya dijimos que todos ignoraban de dónde habia venido á las playas campechanas aquel insigne trasgo; pero no por eso faltaban las suposiciones. Unos aseguraban que habia llegado á la península en calidad de esclava del conde de Peñalva, de inícua memoria, y que los terribles regidores que formaron la *Santa Hermandad* para castigar al infame mandarin, despues del asesinato de este por la heróica esposa de Don Felipe Alvarez de Monsreal, habian hecho quemar á la esclava en una plaza de Mérida y arrojar sus cenizas al mar; pero que en virtud del pacto que *la tia Ventura* (así se llamaba) tenia hecho con el diablo, aquellas cenizas habíanse reconvertido en carne, y el dia menos pensado aquella vieja habia venido por sobre las olas montada en un mango de escoba y se habia establecido en el barrio de San Roman.

Otros decian que era el alma del terrible filibustero Diego el Mulato, condenada por Dios á esperar en los arrabales de Campeche el perdon que su celestial amante, Conchita Montilla, imploraba para él.

Un sacerdote de la Compañía de Jesus habia pensado que pues aquella mujer tenia un marcado acento italiano, debia ser una adepta de la inmortalidad, de la famosa escuela del conde de Bolsena, que se proponia encontrar el elíxir de la vida, elíxir del que sin duda habia gustado la tia Ventura.

Sea de esto lo que fuere, el caso es que ya por temor ó ya por respeto de aquellas buenas gentes á tan avanzada vejez, nadie se metia con la bruja.

Una cosa sí les llamaba mucho la atencion. Todas las noches que soplara el tibio y perfumado terral, ó el águila de la tempestad se agitara en las turbulentas ráfagas del *chiquinick*, el hijo del *Simun* africano, la tia Ventura se sentaba á la puerta de su barraca, frente al mar, y á poco un dulcísimo canto que era como el acompañamiento angélico de los sollozos de la brisa, y á cuyas primeras notas la tempestad se callaba como para escuchar mejor, inundaba de incomparable armonía los ecos convecinos.

La música lo suaviza todo, es el esfumino de ese dibujo eterno que se llama la naturaleza. El mito órfico continúa al través de todos los tiempos. Las grandes y las pequeñas cosas de la naturaleza, el hombre y la sensitiva, el Océano y el cocuyo, todo tiene un momento dulce, una sonrisa ó una lágrima, y ese instante es esencialmente musical: ¿sabemos acaso todo lo que hay de misterios de infinita melodía en las trovas eolicas de la brisa que agita los pístilos de un lirio?

Yo recuerdo cuán tremenda impresion resentí la primera ocasion que ví un cadáver; pero tambien recuerdo, que cuando en su presencia escuché una deliciosa estrofa musical, aquel cadáver irradiaba para mí no sé qué serenidad dulcísima. Lo que me habia hecho estremecer me hizo llorar. El muerto sonreia y era la suya una inefable sonrisa.

Volvamos á la tia Ventura.

Las mujeres, que son implacables, decian que la pobre vieja tenia guardado en una jaula un pájaro que cantaba en la noche de aquel modo; los jóvenes espiaron y aun registraron la barraca de la tia, y solo encontraron un dibujo en la tosca pared, hecho con carbon, y que representaba el perfil de una mujer celestial; pero ni pájaro, ni jaula, parecieron por ahí.

—Se lo habrá comido, decian las mujeres, y le canta por dentro.

—Sí, decian los hombres, lo tiene dentro porque Dios colocó un ruiseñor en su garganta.

Quedó, pues, establecido que la tia Ventura tenia una voz de ángel.

Era la noche del 23 de Junio de 1772. Guardaba el fortin de San Fernando un jóven alférez, casi un niño, de gallarda apostura é intrépido corazon. Despues de examinar con atencion el horizonte con su catalejo de marina, sin descubrir nada que fuera alarmante, echó su capa sobre el suelo, desciñóse

la espada, y apoyando su hermosa cabeza sobre un saco de pólvora, como si fuera una simple almohada, se puso á contemplar la luna exhalando suspiros que por lo tiernos bien se conocia que salian de su corazon.

En el espacio no habia una sola nube, y apenas algunas estrellas. La luna daba al cielo tintas nacaradas y convertia al mar en un inmenso baño de diamantes.

Las olas jugaban con las rocas que rodean el baluarte, rodeándolas con sus brazos de encaje y articulando misteriosos vagidos.

El jóven, arrullado por el perpetuo y sonoro balanceo del mar, se durmió. Soñó que un genio le brindaba su vara mágica para penetrar en el fondo del mar; soñó que penetraba en el elemento líquido y bajaba de ola en ola, como por una escalinata de esmeraldas, hasta llegar á una roca soberbia que parecia la cresta de hielo de una montaña. En la falda de aquel témpano crecian inmensos árboles que se doblegaban al menor movimiento de las olas, y entre cuyas hojas, que llegaban á la superficie del mar como inmensas cintas, se pegaban los moluscos y retozaban los cetáceos, águilas de aquel bosque submarino. Un *partèrre* de flores de coral se extendia frente á la entrada. Seguian las suaves gradas de esmeralda que le condujeron á un salon que tenia estalactitas de diamante en vez de columnas, y en medio del cual habia un gran estanque de agua dulce formado por las aguas del Mississippi, del Bravo, del Pánuco y del Grijalva, que surgian en forma de cascadas por entre los cristales multicolores que formaban las paredes; alrededor de aquel estanque crecian flores, todas trasparentes y pálidas, con sus troncos cubiertos de prismas de sal y en cuyas hojas caia constantemente el rocío del Océano: las perlas.

En una gruta esplendidamente iluminada por la fosforescencia de las olas, habia una urna, sobre la cual brillaban las estrellas de Cáncer y de la cual brotaba un canto delicioso, divino; dentro de aquella urna debia haber un coro de ángeles, los ángeles del mar, cuyos ecos llevan las olas á la playa en los dias bonancibles.

—Quién canta? preguntó el jóven.

—La urna, respondió el genio, y mira su sombra.

El alferez vió que la sombra de la urna tenia la figura de una mujer bellísima. Si los que osaron registrar la cabaña de la tia Ventura hubieran podido ver aquella sombra, inmediatamente habrian recordado el perfil de mujer, pintado con carbon en las paredes de la barranca.

En ese instante el jóven despertó. Su asombro fué inmenso. La urna cantaba con su voz, acompañada en las palmeras por el terral, subia á los cielos con una cadencia indecible. Una de esas voces que nos recuerdan cantando los besos maternales, el hogar ausente, los hermanitos muertos, los primeros besos apasionados en las miradas del primer amor.

El alférez se incorporó; la voz venia del pié del baluarte; echado sobre la cortina del fuerte, miró hácia abajo. Una fantasma negra se movia al piéde una palmera. ¿Era el fantasma ó el árbol el que cantaba?

El jóven bajó. El fantasma movióse y se acercó á la orilla de la playa. Siguióle el mancebo. El ente vestido de negro entró á una barquilla; tras de ella continuó andando el alférez; la barquilla navegó: el canto de aquella vision continuaba suave, ardiente, fascinador; el jóven entró en el agua. A poca distancia la barquilla se detuvo. Acércose el oficial; una vieja horrible, nada menos que la tia Ventura, era la que cantaba dentro del esquife. El jóven quiso retroceder, pero era la hora del reflujo. El dia se acercaba, la marea arrastraba en su camino al jóven. Y luego el canto seguia, suave, ardiente, fascinador.

El jóven nadó un instante hasta que logró agarrar el borde de la barca, y se precipitó dentro de ella. La vieja no cesaba de cantar:

«El amor, el alma del mundo, tocará con el beso de sus labios, el rostro marchito de la inmortal y el ángel de la belleza coronará de nuevo su frente con el fuego que enciende la hoguera del placer, en la cual los que se aman se consumirán como la mirra en el perfumero.»

El jóven apartó su vista de aquella mujer y la fijó en el mar. La luna mandaba desde su trono occidental sus oblícuos rayos á la barquilla; pero ¡oh prodigio! la sombra de la anciana era semejante á la sombra de la urna, bella como la primer vigilia de amor.

El jóven buscó con su sombra la que se retrataba en el agua para confundirse con ella.

Las dos se acercaban..... se acercaban...... Al fin un beso preñado de juventud y de voluptuosidad resonó en los ámbitos. El mancebo tiene en sus brazos una mujer de los cielos. La anciana habia desaparecido, quedaba en su lugar una vírgen, como jamas la soñó cerebro humano.

Pero en aquel instante rugió la tormenta en el cielo, el huracan hizo oscilar la tierra, la rada entera se convirtió en una sola oleada, y se alzó lenta, inconmensurable, negra. «Piedad, Dios mio, exclamaba aquella niña; ¿qué no te bastan cinco siglos de sufrimientos? qué, todavía no puedo ser amada?»

No: respondió un trueno en la altura.

La oleada llegó y hundió barquilla y amantes en el abismo.

A poco reapareció en la superficie una mujer, cuya inmensa cola de pescado escamada de oro, resplandecia á la luz del sol naciente. Aquella forma monstruosa gemia; sus ojos miraron llorando en torno de sí, y luego hundióse de nuevo.

Era la fiesta de San Juan. Desde entonces los pescadores oyen cantar á la entrada de la rada ese mismo dia:

«El amor es el alma del mundo; ven, si quieres consumirte de placer en mi seno, como la mirra en el perfumero. Ven.»

La Sirena! dicen los pescadores, y haciendo la señal de la cruz, huyen.

Justo Sierra.

A MI AMIGO IGNACIO M. ALTAMIRANO.

TÍTIRO.

ÉGLOGA PRIMERA DE VIRGILIO.

MELIBEO.

Venturoso pastor, que ora tendido
Al pié del haya de ramaje umbroso,
Tu dulce canto ensayas, y armonioso
Los bosques alegrando y el egido.
Yo, desterrado de mi hogar querido,
Mis campiñas dejé triste y lloroso,
Vagando, sin amigos y quejoso,
Solo y ausente del paterno nido.
Tú, Títiro, entretanto, á la serena
Sombra acostado de la fresca umbría,
Cantas siempre y feliz, libre de pena;
Enseñando á la selva y fuente fria,
De Amarilis el nombre, que tu avena
Tierna repite de la noche al dia.

TÍTIRO.

¡Oh dulce amigo y triste Melibeo!
A un dios debo este bien, pues de pesares
Exento respirando, sus altares
En honrar con fervor es mi recreo.
A menudo le ofrece mi deseo,
Salido del redil ó mis hogares,
Un corderillo cuya sangre á mares
Sobre el ara esparcir dichoso veo.
El permite á mis cándidos rebaños
Tranquilos discurrir por la verdura,
Libres de fieras y al temor extraños.
Y á mí en plácida calma y la ventura,
Libre tambien del mundo y sus amaños,
Cantar como me place en la espesura.

MELIBEO.

No envidio tu ventura, antes la extraño,
Pues llenan nuestros campos los dolores.
Míralo en mí, que enfermo á otros verdores
Lejos de aquí conduzco mi rebaño.
Mira esta pobre cabra que acompaño;
Sobre una dura roca en los calores
Y entre esos avellanos cimbradores
Dos mellizos dejó; ¡todo en mi daño!
Mil veces me avisó mi desventura,
¡Ay infeliz! el rayo destrozando
La encina, y la corneja en su tristura
Que con siniestro vuelo iba cantando.
Mas, ¿quién es ese dios que tal ventura
¡Oh Títiro feliz! te está brindando?

TÍTIRO.

Roma, aquella ciudad así llamada
¡Oh amigo! en mi ignorancia yo creia
A nuestro pueblo igual, donde la cria
Llevamos á vender de la manada.
Así la cabra al hijo comparada,
Este siempre á la madre parecia,
Y el potranco á la yegua, y yo veia
Una á la otra ciudad asemejada.
Mas, Roma á tanta altura alza la frente
En medio á las ciudades por mas bella,
Que es de todas las otras diferente;
Y cual alto ciprés, alta descuella,
Comparada á los miembros que la gente
Cruzando el bosque por los campos huella.

MELIBEO.

¿Y qué motivo te llevó á ese suelo?

TÍTIRO.

La libertad, que aunque tardando, un dia
Bondosa me miró cuando caia
Canecida mi barba como el hielo.
Ella vino á la fin, y es mi consuelo
Despues que mi Amarilis me tenia
Bajo su yugo, y me dejó la impía
Galatea tambien en triste duelo.
Y agora soy feliz, más que lo fuera
Cuando adorando á Galatea, en descuido
Mi interes puse y libertad entera.
En vano mi redil abastecido
De vianda y leche á Mantua sostuviera,
Que en mi mano el dinero no he sentido.

MELIBEO.

Verdad que siempre me admiré escuchando
Cuando á tus dioses y Amarilis triste
A la vez invocabas, á quien diste
Otra vez de tu huerto el fruto blando.
Títiro, ausente de tu tierra estando,
Aquellos pinos que creciendo viste,
Los prados y la fuente que perdiste,
Todo en voz del dolor te está llamando.

TÍTIRO.

Mas ¿qué pudiera hacer si de otra suerte
Hallar la libertad nunca podria
Ni al dios que sus favores en mí vierte?
Aquí ví al jóven por quien mi alma pia
El incienso hace arder; le imploré, y fuerte
Yerba dió al hato y la torada mia.

MELIBEO.

Así tus campos, venturoso anciano,
Siempre conservarás bien defendidos
Por esa estéril roca y los tendidos
Lagos do el junco se levanta ufano.
No tus ganados buscarán en vano
Pasto sabroso y tierno, ni perdidos
La hembra verá á sus hijos y afligidos
Por el contagio del redil cercano.
Viejo feliz, aquí sobre la orilla
Del rio que tú conoces y las fuentes
Sacras, disfrutarás de la sencilla
Y fresca sombra y plácidos ambientes,
Cuando el fecundo sol que en lo alto brilla
Derrame por do quier rayos ardientes.
En tanto que, bajo el cercado ameno
Que guarda tu heredad, irá liviana
De Hibla la abeja por libar temprana
La miel que el lirio atesoró en su seno.
Y tambien los pichones cariñosos
Que son tu dulce encanto y tus amores,
No dejarán de suspirar quejosos;
Mientras la tortolilla entre verdores
Gime en tristes arrullos y amorosos
Oculta entre los olmos cimbradores.

TÍTIRO.

Sobre los aires se verá primero
Pastar al libre ciervo, y olvidada
Dejar la mar el pez, por la trillada
Y reseca ribera, ó el otero:
O cambiando de patria al Ponto fiero
Beber en el Arar la onda azulada,
O al Germano en el Tígris, que borrada
Su imágen fuese de mi seno entero.

MELIBEO.

Nosotros de estos sitios, desolados
Irémos, infelices, á la ardiente
Africa, Scitia ó Creta desterrados.
¡Ay! ¿y será que nunca tristemente
La dulce choza y reino tan amados
Veamos y el campo y la paterna fuente?
¿Un bárbaro soldado, aquesta tierra
Impío cosechará, que cultivamos
Con tanto afan? Hé aquí lo que ganamos
En la lucha civil y hórrida guerra!
Ved para quién sus gérmenes encierra,
El campo que sudando preparamos;
Planta ora, amigo, peras, ó los ramos
De tus sarmientos á la cepa aferra.
Vosotros, mis ganados tan dichosos,
¡Errantes discurrid por la espesura!
Desde mi fresca gruta en los musgosos
Peñones, no os veré ya por la altura,
Ni guiados por mi voz quitar sabrosos
Del sauce ó del citiso la verdura.

TÍTIRO.

Si esta noche te place, aquí conmigo
Bien pudieras pasarla, y dar reposo
De ojas en blando lecho, á tu cuidoso
Cuerpo encontrando sosegado abrigo:
Frutas tengo maduras, dulce amigo,
Y muy tiernas castañas que el nevoso
Invierno nos regala generoso,
Y blanca leche que partir contigo.
Ven, pues, que ya de las pajizas chozas
A lo lejos se eleva por los vientos
El humo en espirales caprichosas;
Y desde los peñascos cenicientos
Bajan las tristes sombras silenciosas
Creciendo al extenderse por momentos.

LUIS G. ORTIZ

CONQUISTADORES DE MEXICO.

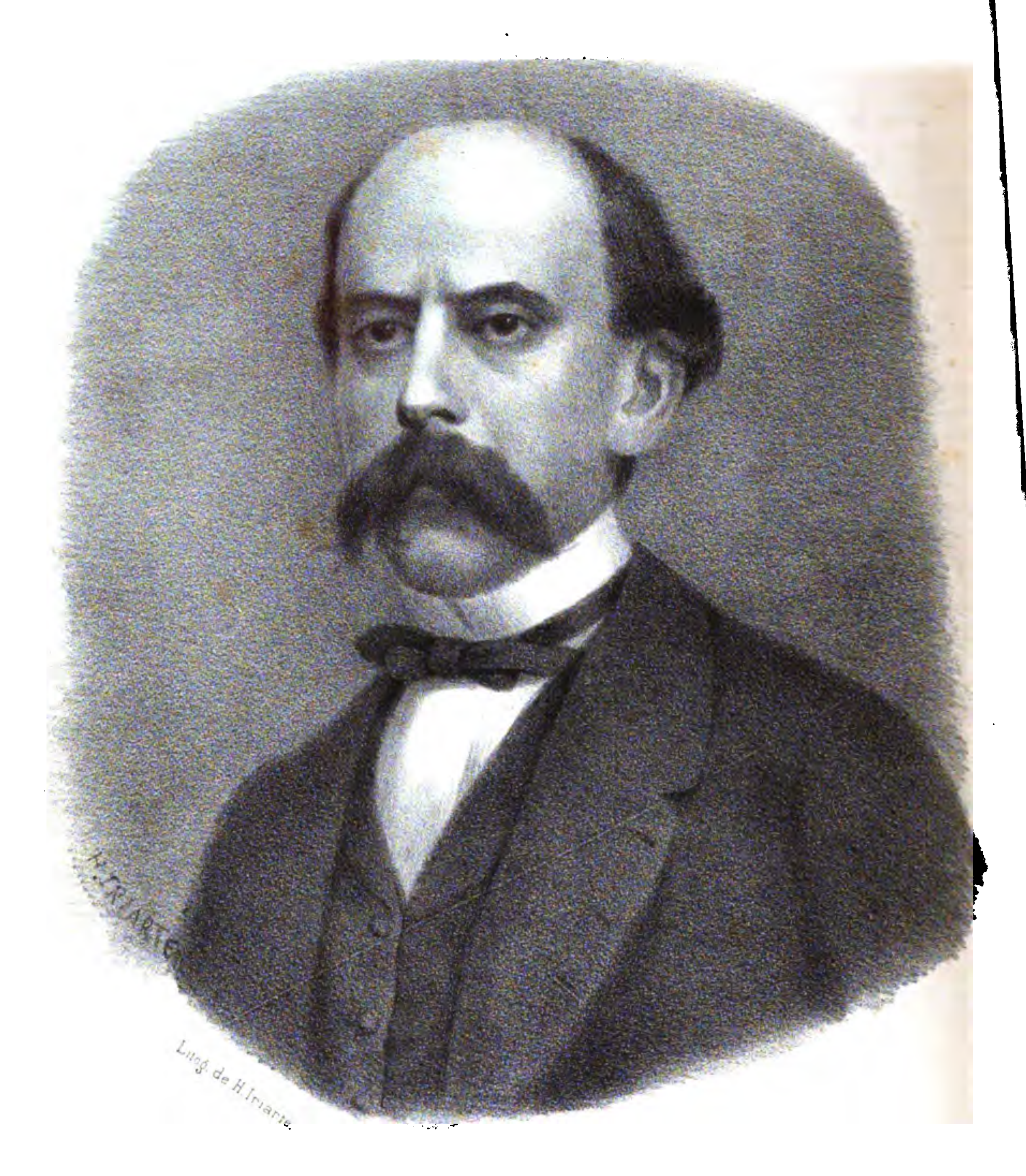
(CONTINUA.)

Cristóbal Martin, de Sevilla, marinero. *n.*
Cruz, Martin de la. *n.*
Dávila, Alonso de, hermano de Gil Gonzalez, quién mató á Olid en Hibueras; fué por procurador á España, á nombre de Cortés. *c.*
Daza de Alconchel, Francisco. *c.*
Diaz, Diego. *n.*
Diaz, Juan, Clérigo. *c.*
Diaz, Cristóbal, buen ballestero. *n.*
Diaz, Juan, tenia una nube en un ojo, y estaba encargado del rescate y de las vituallas de Cortés; le mataron los indios. *c.*
Diaz, Francisco, *n.*
Diego. (*el apellido en blanco.*)
Diego, Martin, ballestero de Uveda. *c.*
Diego, Martin, (*diverso*). *n.*
Dircio, (*ó de Ircio*) Martin, vivió en Tepeaca, llamado por los españoles Segura de la Frontera. *c.*
Dolanos, Francisco. *n.*
Dolí (*ó de Olid*), Cristóbal, capitan y maestre de campo, se rebeló contra Cortés en Hibueras, y murió degollado en Naco. *c.*
Domingo, Martin. *c.*
Dominguez, Gonzalo, buen ginete; murió á manos de los indios. *c.*
Dominguez, Pedro. *n.*
Dorantes, Martin. *c.*
Dozma (*ó de Ozma*), Henando. *n.*
Duero, Sebastian de. *n.*
Durán, Juan. *n.*
Durán, Juan. *n.*
Durán, Juan, (*diverso*) sacristan. *n.*
Eibar, Andrés de. *n.*
Escalona, Lúcas de. *n.*
Escobedo, Francisco de. *n.*
Espíndola, García de. *n.*
Espinar, Juan de. *n.*
Espinosa, Juan de, vizcaino. *c.*
Estéban, Can (*en blanco*).
Estrada, Francisco de. *n.*
Esturiano, Alonso. *n.*
Evía, Francisco de. *n.*
Farfan, Andrés. *n.*
Farfan, Cristóbal. *n.*
Fernandez, Diego. *n.*
Fernandez, Rodrigo. *n.*
Fernandez Macías, Juan. *n.*
Fernandez, Alonso. *n.*
Fernandez, Pedro, secretario de Cortés en 1519. *c.*
Fernandez, Martin. *n.*
Fernandez, Pedro. *n.*
Fernandez, Alonso (*diverso*). *n.*
Fernandez, Alonso (*diverso*). *n.*
Fernandez Pablos, Alonso. *n.*
Fernandez, García. *n.*
Flamenco, Juan. *c.*
Flores, Cristóbal, capitan de uno de los bergantines. *c.*
Flores, Francisco, vecino de Oaxaca. *c.*
Francisco, Martin, despensero de Cortés. *c.*
Francisco de (*el apellido en blanco*).
Francisco de (*el apellido en blanco*).
Fraile, Juan. *n.*
Franco, Bartolomé. *n.*
Frias, Luis de. *c.*
Frias, Hernando de. *n.*
Fonseca, Diego de. *a.*
Gabarro, Anton. *c.*
Galeote García, Alonso. *c.*
Gallardo, Pedro, marinero de Salcedo.
Gallardo, Pedro (*diverso*). *n.*
Gallego, Francisco, carpintero. *ca.*
Gallego, Cristóbal. *c.*
Gallego, Francisco, (*diverso*), maestre de una de las naos de Cortés. *c.*
Gallego, Benito, vecino de Colima. *ca.*
Gamboa Cristóbal, Martin de, caballerizo de Cortés. *c.*
Gaona, Tomás de. *c.*
García, Martin, archero de Cortés. *c.*
García, Martin (*diverso*); murió en Hibueras. *n.*
García Mendez, Juan. *n.*
García, Francisco, teniente. *c.*
García, Francisco, espadero. *n*

García, Andrés, de la Oliva. *c.*
García, Pedro, de Jaen. *n.*
García, Alonso, de Algarrovillas. *n.*
García, Juan, herrero. *n.*
García Camacho, Juan. *n.*
García Gonzalo. *n.*
García Juan, de Bejar. *c.*
García, Francisco (*diverso*). *n.*
García (*no se entiende*).
Garrido, Cristóbal. *n.*
Gentil Rey, Nuño. *n.*
Giblaltar, Alonso de. *n.*
Gil, Francisco de. *n.*
Ginovés, Bautista. *n.*
Ginovés, Ramon. *c.*
Ginovés, Márcos. *n.*
Ginovés, Domingo. *n.*
Gomez, Nicolás. *c.*
Gomez Pedro, de Jerez. *n.*
Gomez, Miguel. *n.*
Gomez, Juan, de Lepe. *c.*
Gomez Cornejo, Diego. *n.*
Gomez Juan, de Bejar. *n.*
Gomez, Domingo. *n.*
Gonzalez, Alonso, de Galicia. *c.*
Gonzalez, Alvaro. *n.*
Gonzalez, Alvaro, (*diverso*). *n.*
Gonzalez de Harinas, Alcázar, Pedro. *n.*
Gonzalez, Rodrigo. *n.*
Gonzalez, Lorenzo. *n.*
Gonzalez Sabote, Pedro. *c.*
Gonzalez Nájara, Pedro. *c.*
Gonzalo, Martin. *n.*
Gordillo, Gonzalo. *n.*
Grijalva, Sebastian de, alguacil. *n.*
Grijalva, Juan de. *n.*
Gutierrez, Hernan. *n.*
Gutierrez, Gomez. *n.*
Gutierrez, Gonzalo. *c.*
Gutierrez de Valdelomar, Pedro. *n.*
Gutierrez, Pedro, de Sevilla. *c.*
Gutierrez, Gaspar. *n.*
Gutierrez Nájera, Alonso. *n.*
Guzman, Cristóbal de. *c.*
Guzman, Pedro de, pasó al Perú. *c.*
Hallaus, Hernando.
Hernandez, Blasco. *n.*
Hernandez Pedro, de Niebla. *c.*
Hernandez Cristóbal, carpintero. *c.*
Hernan, Martin. *n.*
Herrera, Alonso, de Jerez; murió en el Marañon. *c.*
Hidalgo, Alonso. *g.*
Hoces, Andrés de. *n.*
Holguin, Diego. *n.*
Illescas, Hernando de. *n.*
Ircio, Pedro de, capitan. *c.*
Jaen, Martin de. *n.*
Jaramillo, Juan, capitan de uno de los bergantines, y marido de Dª Marina ó la Malitzin. *c.*
Jerez, Hernando. *n.*
Jerez, Alonso de. *c.*
Jerez, Juan de, vivió en Veracruz. *c.*
Jibaja, Pedro de.
Jimenez, Miguel, artillero de Cortés.
Jimenez, Juan, hermano del anterior; uno de ellos murió á manos de los indios. *c.*
Juan, Bautista, indio de Cuba. *c.*
Juan (*el apellido en blanco*).
Juan (*el apellido en blanco*).
Juan (*el apellido en blanco*).
Juan (*el apellido en blanco*).
Juarez, Mendo. *n.*
Juarez, Diego. *n.*
Juarez, Hernando. *n.*
Lagos, Gonzalo de; murió en poder de indios. *n.*
Larios, Juan. *n.*
Ledesma, Alonso de. *n.*
Leiva, Juan de. *n.*
Leon, Juan de, vecino de la Veracruz; no estuvo en la guerra. *c.*
Lerma, Hernando de, capitan, ya anciano. *c.*
Lobato, Cristóbal. *n.*
López Lúcas, Juan. *n.*
López Juan, ballestero, de Zaragoza. *c.*
Dópez, Juan (*diverso*), de Sevilla. *c.*
López Francisco, correo de á pié entre México y Veracruz. *c.*
López, Pedro, ballestero.
López, Francisco (*diverso*), de Marchena. *c.*
López, Bartolomé, archero de Cortés. *c.*
López, Gonzalo. *n.*
López, Martin, el que puso fuego al aposento en que se defendia Narvaez en Cempoala; sirvió de maestro para la construccion de los bergantines. *c.*
Lópex Gabriel, Simon. *n.*
Lorcá, Sebastian de. *n.*
Lores Baena, Alonso.
Lozano, Hernando. *n.*
Luis, (*el apellido en blanco*).
Lugo, Francisco de, capitan. *c.*
Llanimpinto, Hernando de.
Llanos, Hernan. *n.*
Llerena, Diego de. *n.*
Maldonado, Francisco, el ancho. *n.*
Maestre, Juan, Cirujano de Narvaez.
Maestre, Pedro, el de la arpa. *c.*
Maluendo, Pedro de, mayordomo de Narvaez.
Madrigal, Juan de. *c.*
Mancilla, Juan de, regidor de México, y encomendero de Tetela. *n.*
Manzanilla, Juan de, indio de Cuba y vecino de Puebla. *c.*
Marin, Luis, capitan en el sitio de México. *c.*
Márquez, Francisco. *n.*
Marroquí, Francisco. *n.*
Maya, Juan de. *n.*
Mayor, Juan *n.*
Medina, Gonzalo de, botiller de Cortés; murió religioso franciscano. *c.*
Melgarejo, Juan. *n.*
Mejía, Gonzalo, por sobrenombre el Rapapelo, porque decia que era nieto de un Mejía que andaba á robar en tiempo del rey D. Juan. *c.*
Mendez, Juan. *n.*
Mendía, Pedro de. *n.*
Mendoza, Alonso de. *c.*
Moguer, Rodrigo de. *ca.*
Moguer, Juan de. *n.*
Mola, Diego de. *n.*
Mola, Andrés de, levantizco. *n.*
Molina, Anton de. *n.*
Montañés, Lúcas.
Montañés, Juan.
Montaño, Francisco, alférez de Pedro de Alvarado en el sitio de México. *n.*

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Continuará.)



Emilio Castelar

EMILIO CASTELAR.

¡Oh heróico pecho
Que en tan bello afanar tu aliento empleas,
Vé impávido á tu fin!

QUINTANA.

Por las verdades que dulces como la ternura y piadosas como la fé escuchábamos de los labios maternales, en la época risueña de la infancia; por la religion evangélica de la Libertad y de la Fraternidad, identificada dentro del alma con nuestros recuerdos, con nuestro amor, con nuestras esperanzas; por el fervor de la juventud, que toda llena de reminiscencias del cielo diviniza cuanto es grande y generoso, tememos ser apasionados hablando de Castelar.

Pero no pretendemos hacer un juicio que requiere fuerzas intelectuales fuera de nuestro alcance, y que por otra parte nos lanzaria mas allá del programa de abstension de nuestro Semanario, no; al escribir estas líneas somos sencillamente los humildes obreros encargados de engastar en la corona literaria del RENACIMIENTO un nombre, un diamante.

Hay en el mundo una Iglesia que tiene por historia un martirologio, cuyo principio se confunde con las leyendas de las edades primitivas; que fué católica (universal) antes de ser cristiana, y cuyo gran móvil, la libertad de conciencia, encontró su fórmula divina en el nazareno Jesus; los sacerdotes de esa comunion, aun tienen que ser misioneros en los centros de la civilizacion del siglo XIX; misioneros y mártires, para quienes el pan del destierro es frecuentemente el pan cotidiano, á cuyos labios se acercan esponjas empapadas en la hiel del insulto y de la calumnia, á quienes se ata á una roca en medio de la Mancha, ó se condena á *garrote vil*, ó se fusila en el monte de las Cruces, ó se destroza en Mentana; que tienen por feligreses á todos los pueblos de la tierra; que no tienen la tiara, pero tienen el Evangelio; que no tienen el poder, pero tienen la inteligencia; que no tienen la fuerza, pero tienen el sacrificio: Iglesia inmortal cuyo triunfo es indefectible en el porvenir, y cuyos apóstoles nunca mueren, porque su recuerdo reaparece, en la mente de los hombres, radiante como el sol por los intersticios del nublado, en esos tremendos *surgite mortui* que se llaman las revoluciones.

Hé aquí la Iglesia á que pertenece Emilio Castelar, y á cuya cátedra ha llevado un contingente inmenso: su talento y su palabra.

Castelar es un gran poeta: nunca en la tribuna española se ha levantado á tan alto grado esa palpitante elocuencia de la imágen y de la figura: no solo les da vida á sus ideas con su palabra maravillosa, sino que les da una vida exuberante, una vida que se desborda en pompa de estilo y en inagotable riqueza de color y de brillo.

La elocuencia se ha comparado frecuentemente á un rio. La elocuencia de Castelar es el rio que brota de las alturas en donde se ciernen las águilas, y que se precipita por un cauce de granito, fecundándolo todo, retratando allí las románticas ruinas del viejo castillo feudal; aquí el terruño tranquilo en donde el labrador ha levantado á la sombra de los árboles su humilde y pintoresca choza, rodeando por do quiera paisajes encantados, haciendo del iris un arco de triunfo, despeñándose en soberbias cataratas, y siempre radiante pero siempre profundo, atravesando el desierto y la ciudad hasta perderse en ese otro mundo ocultado por Dios dentro de un inmenso globo de cristal: el mar.

Ese género de decir, que nosotros llamariamos panorámico, es esencialmente el género de nuestro siglo. En la época presente, la existencia de una nacion se mezcla mucho con la de las demas; bello resultado de ese providencial fenómeno de la historia: el agrupamiento del género humano. El auditorio del genio está en todas partes. En determinados momentos las naciones civilizadas han ocupado moralmente las galerías de las Cortes constituyentes. Entonces hablaba Castelar. Era preciso recorrerlo todo, abarcarlo todo, y sus magníficas improvisaciones han sido el fiel reflejo de la época en que vive. Todo mezclado, y sin embargo, no la confusion, sino la fusion. La necesidad de hablar á este auditorio que el orador no veia, pero que sabia que le escuchaba, hace brotar espontáneamente del cerebro del orador la imágen, ese idioma universal, ese medio de realizar lo que han llamado los teólogos el don de lenguas.

Para la lucha titánica que tiene que sostener diariamente contra sus adversarios políticos, el republicano español posee un poderosísimo auxiliar: la historia. Es asombroso verdaderamente su saber en esta materia. ¡Honor al hombre que del profundo estudio del pasado ha llegado á sacar la fé inquebrantable en el porvenir; al que en medio del caos ha rasgado los velos que cubrian al sol; que detrás de las catástrofes de las naciones ha oido la voz misteriosa que decia: «adelante,» y ha sabido componer con los gemidos de la humanidad vacilante, un himno al progreso y á la libertad!

Y para llamar poeta á Emilio Castelar, no nos apoyamos solamente en su extraordinaria imaginacion, no; sobre ella hay otra cosa sublime, el sentimiento. La sinceridad de las convicciones dan á la espresion una ternura incomparable, un cariño por todo lo bello y lo bueno, que arranca las lágrimas.

Y lo que decimos del orador decimos del hombre de pluma: no hay para nosotros ninguna diferencia. La cátedra, el papel y las cortes son para él una tribuna: el profesor, el escritor y el diputado se confunden en el apóstol.

Quiera el cielo conservar para honra de España y bien del género humano, al jóven tribuno, sobre cuya inspirada frente ha depositado el ángel de la democracia sus mejores coronas; quiera el cielo conservarle para orgullo de las letras castellanas y para

el triunfo de la idea moderna, que emancipada de los hierros de la tiranía y de los errores de sus padres, ha sabido colocar sobre todas las soberanías, sobre la soberanía del rey y sobre la soberanía del pueblo, la única que viene de Dios: la soberanía del hombre.

JUSTO SIERRA.

LA VIRTUD Y LA BELLEZA.

EN UN ALBUM.

Deja que en tu álbum escriba
De amistad una memoria,
Y ¡ojalá de mí te acuerdes
Cuando contemples sus hojas!
No cantaré tu belleza,
Hija de mi patria hermosa,
Que muchos por tus encantos
Sus dulces trovas entonan.
Si como ellos te cantara,
Te cantara sin lisonja,
Pues juventud con sus flores
Tu linda frente corona.

Pero dí, ¿qué es el encanto?
¿Qué la hermosura preciosa?
Es una mísera flor
Que al fin el viento deshoja.
No así la virtud sublime
Que tu alma sensible adorna,
Que esa diosa en sus altares
Siempre los hombres adoran,
Y por eso ¡ay de la jóven
A quien incauta enamoran!
Mañana llorará triste,
Si la virtud no atesora.
Porque ella es para las almas
Que con su perfume adorna,
Lo que en la concha cerrada
Es una perla preciosa.
Permite así que mis versos
De tu álbum deje en las hojas,
Y no te olvides jamás
De esta mi pobre memoria.

GERTRUDIS TENORIO ZAVALA.

Diciembre de 1868.

SIRIO Y LAS PIRAMIDES DE EGIPTO.

Como estamos convencidos de que ningun modo hay tan seguro de difundir los conocimientos científicos, como el de presentarlos bajo una forma agradable y curiosa, por decirlo así; como tampoco ninguna lectura es mas útil á la inteligencia que aquellas en que constan los grandes progresos del entendimiento humano, los descubrimientos maravillosos y las revoluciones que se efectúan en el terreno de las ciencias, nos atrevemos á escribir el presente artículo, llenos de temor, porque no somos voto en la materia, pero con un noble objeto.

Eminentes sabios en Europa y América se han dedicado á una santa empresa: *vulgarizar* la ilustracion, y arrancar la sabiduría de ese lecho árido y espinoso en que la habia encadenado el régimen escolástico, para arrojarla hermosa y cubierta de flores á las masas ávidas de instruccion; así, el ilustre Arago popularizó la ciencia de los cielos; Luis Figuier en «El sabio del hogar,» en «La tierra antes del diluvio» y otros libros, ha alcanzado espléndidos triunfos, poniendo al alcance de todas las capacidades lindos estudios de la naturaleza que debian ser los únicos de la juventud. Juan Macé ha enseñado la aritmética demostrada á niños de seis á siete años, y ha dado un curso de fisiología á una niña mientras esta jugaba con sus muñecas; Julio Verne, adoptando la forma atractiva de la novela, nos ha hecho acompañarle en admirables paseos por los campos de la geología y la geografía; Milne Edwards y Geoffroi Saint-Hilaire han hecho la historia natural con mayor claridad y tino que Lineo y Lafitau; Brasseur de Bourbourg nos ha revelado los misterios de nuestras ruinas milenarias en un lenguaje encantador y sencillo; y sobre todos, Michelet ha estampado á esa grande obra el sello sublime de la poesía mas tierna, descubriendo páginas inmortales en «El amor,» «La mujer,» «El pájaro,» «El insecto.»

Y nosotros, que solo contamos con una gran aficion á la lectura, pigmeos invisibles de que jamás la ciencia tendrá noticia, ofrecemos á nuestros lectores los frutos que nacen en nuestro pensamiento de esa curiosidad que nos anima, sin mas deseo que el de que se comprenda el móvil que nos guia: somos humildes; la censura justa nos alegrará, pero la mofa no nos preocupará un solo instante.

Cuando tendemos la vista por el firmamento en las noches magníficas de los trópicos, ¡qué mundo de ideas se agita en nuestra imaginacion ante el soberbio espectáculo de lo incomprensible! Multitud de reflexiones confusas van y vienen por el cerebro, y al fin desesperamos de arrancar á la creacion su estupendo secreto. Allí, en medio de una constelacion que desparrama sus estrellas sobre la azul cortina del espacio, se enciende esa lámpara misteriosa que los astrónomos llaman Sirio. Si al través de los treinta y cuatro billones de leguas que la sepa-

ran de nuestro planeta tiene una luz tan viva, es porque indudablemente es mucho mayor que ese sol que nos alumbra, y reanima el sér de la naturaleza. Hé ahí, pues, otra maravilla inventada por el Criador para abismar nuestra mente en la contemplacion de tanta grandeza.

Vamos á ver cómo el hombre, cuando una grosera supersticion embargaba su espíritu, quiso dar á tan distante estrella un papel singular en la comedia que representan sobre el mundo todas las generaciones.

Hay en Egipto grandes monumentos destinados por sus antiguos habitantes á causar la admiracion y asombro de la posteridad. Entre ellos están las famosas Pirámides, cuya altura causa el vértigo, dentro de las cuáles yacen las cenizas de los reyes arquitectos, y á cuyo pié se alzó el Déspota del Siglo un arco de triunfo mas gigantesco que ellas.

Los egipcios, que embrutecidos por el yugo otomano no han comenzado á despertar hasta el reinado de Mehemet-Alí, el glorioso abuelo del actual virey, han hecho grandes progresos de algun tiempo á esta parte, en diversas ciencias, entre otras la astronomía, uno de cuyos sabios mas distinguidos actualmente es Mahmoud-Bey, director del Observatorio de Alejandría, y bastante conocido por varios trabajos de importancia, entre los cuales uno, el mas interesante, es el que publicó en 1862 sobre el orígen de las Pirámides.

«Hacia largo tiempo—dice el autor—la impresion indefinida que produce el aspecto de aquellas construcciones funerarias, su orientacion exacta de los cuatro puntos cardinales, la inclinacion constante de sus lados, en una palabra, toda esa regularidad calculada, me habian inspirado la idea de que las Pirámides debian tener alguna secreta relacion con los astros y las potencias del cielo.»

Pronto se le presentó ocasion de hacer observaciones á este respecto; habiendo adivinado el virey sus deseos, le llamó á su palacio de Gizeh, y le encargó de estudiar la situacion de las Pirámides, á fin de deducir algunas conclusiones sobre su orígen y objeto. Mahmoud-Bey fué á levantar su tienda al pié de la mayor, la de Cheops. Allí pasó cuatro dias y cuatro noches, en compañía de dos *effendis*, amigos suyos, que acudieron á ayudarle en sus investigaciones.

El aspecto de los astros, que de la noche en la serenidad espléndida brillaban con todo su fulgor en un cielo sin vapores, y que parecian venir uno despues de otro á saludar á esos inmortales monumentos de la gloria ó del genio de la humanidad, y la contemplacion de sus movimientos silenciosos, hicieron sin duda que el astrónomo fijara su vista con atencion en Sirio, la mas fúlgida de las estrellas.

¡Cuál no seria su sorpresa al verla irradiar casi perpendicularmente sobre el lado Sur de las Pirámides!

Esta observacion equivalia á una revelacion; Mahmoud se acordó de sus antiguas conjeturas, y repasándolas en su memoria, se detuvo pronto en una idea precisa. Las Pirámides debian ser monumentos dedicados á alguna divinidad astrológica, representada por la estrella del Perro.

Tales meditaciones le condujeron á una serie de medidas y observaciones, de que los resultados han confirmado de una manera inesperada la explicacion del objeto y utilidad de aquellas enormes muestras de la arquitectura egipcia. Lo mas sorprendente fué que hasta entonces se notó que todos los sepulcros y edificios fúnebres que aun se ven en Menfis y sus cercanías, están orientados de la misma manera que las Pirámides. La Esfinge misma fija sus ojos de granito en el Levante.

«Para confirmar mis primeras deducciones, dice Mahmoud-Bey, fuí durante la primavera de este año, el dia del equinoccio, á observar el sol en Gizeh. Ese dia el astro-rey debia levantarse justamente en el punto Este, y ponerse tambien en el verdadero Oeste, en todos los lugares del mundo, porque pasaba por el Ecuador celeste.»

Y así fué.

Subieron el ilustre astrónomo y un amigo poco tiempo antes de que el sol desapareciera en Occidente, y se colocaron de manera que ningun trozo de los escombros que rodean la pirámide pudiese llegar á ocultarles el sol. La línea sobre la cual los dos observadores estaban colocados, era horizontal y paralela al lado Este-Oeste de la base; iba, pues, á encontrar el cielo en el horizonte, justamente en el punto Oeste.

«En el momento de la puesta del sol—sigue el astrónomo—el espectáculo mas bello se ofreció á mis ojos; sus rayos dorados se acercaban poco á poco á la cabeza de mi compañero, como una corona divina que los ángeles iban á ceñirle, y lo ví insensiblemente ocultarse á mis miradas bajo el horizonte. Este fenómeno curioso pudo acaso haber llamado la atencion y conducido á servirse de las Pirámides como de *gnómones*,[1] á fin de conocer el principio de la primavera y del otoño, pues fuera de estas estaciones el fenómeno no tiene lugar.»

La concordancia de las observaciones del geómetra egipcio con las medidas tomadas por Bunsen y Jomard sobre otras seis pirámides, no podia ser obra del acaso. Así, pues, habia una regla secreta que habia dictado las medidas á los constructores de aquellas obras: averiguarla fué el empeño de Mahmoud-Bey, y ya veremos lo que sacó en consecuencia.

Los ingenieros del tiempo de los Faraones no calculaban ciertamente los ángulos de sus edificios conforme á las leyes de la mayor estabilidad, como los arquitectos modernos; la orientacion de las Pirámides y la identidad tan bien observada de su inclinacion, debian tener relaciones misteriosas con algun astro divino.

Los antiguos pueblos del Egipto no adoraban en

1 Puntas agudas de hierro que colocaban los antiguos en ciertos parajes para medir la altura del sol, y servian por consiguiente de cuadrantes.

el fondo, aunque sí bajo formas diferentes, mas que un solo dios, Ammon–Ra. De él emanaba una infinidad de otros dioses chicos ó grandes, segun el número y grado de sus atributos respectivos. A los ojos de los egipcios, los astros eran las moradas, ó mejor dicho, las almas de esos séres divinos. Sábese que este pueblo creia en la inmortalidad del alma y en otra vida; un dios estaba encargado de juzgar á los hombres despues de su muerte, y de apuntar el resultado de este juicio; los animales que veneraba, eran imágenes vivas de las diversas deidades celestes. El perro representaba el dios *Sothis*, juez de los muertos, que se figuraban como un *cynocéfalo*, es decir, hombre con cabeza de perro. El dios Sothis tomaba la forma de un chacal para condenar á los malvados á los infiernos ó á una pena eterna, y entonces era ya el dios infernal Tifon, nombrado *Ceth* en lengua egipcia, lo que quiere decir, *astro ó perro;* los griegos pronunciaban *Soth* y Sothis, y de esta palabra se deriva el nombre de *Sirio*, estrella principal de la constelacion del *Perro*.

El Perro Anubis ó el Mercurio egipcio, *Toth* [1] ó el gran Hermes, son igualmente manifestaciones del perro celeste de la mitología egipcia. El símbolo que designa á Sothis se encuentra tambien á menudo junto á la figura de la diosa Isis, á la cual Sirio estaba consagrada. No hay, pues, duda de que esta estrella representaba al dios de los muertos.

Las divinidades del Egipto, como los santos del catolicismo, se dividian los patronatos de ciudades y países; cada monumento estaba consagrado á cierto dios. Segun Mahmoud–Bey, las Pirámides pertenecian á Sothis, y aunque Duphis afirma que eran propiedad del sol, Figuier, de quien tomaremos otros datos, le opone estas observaciones:

1ª Siendo las Pirámides monumentos funerarios, es natural atribuirlas á la divinidad, que tenia mas union y contacto con los muertos, es decir, al juez Sothis, que daba las recompensas ó penas eternas;

2ª Se encuentran en las catacumbas pequeñas pirámides votivas, colocadas junto á las momias, y que llevan grabada la imágen del cynocéfalo;

3ª El símbolo de Sothis es un triángulo ó faz de pirámide, al lado de una estrella colocada bajo una media luna, lo que es una nueva prueba de la union que existia entre la forma piramidal y el perro celeste;

4ª En fin, la tradicion dice que las pirámides han sido erigidas por el gran Hermes, que no es otro mas que Sothis.

El perro celeste, ó Sothis, habia, por lo demas, hecho el papel mas importante en la antigüedad egipcia. Presidió á la creacion del mundo; anunciaba la crecida del Nilo, y la primavera, por las circunstancias de su salida ó puesta; era el guardian del cielo, el rey de los astros, y por su posicion impedia que el sol se sumergiese en los abismos de la region austral, á la que este astro se aproxima en invierno.

La conclusion principal de Mahmoud-Bey, es que las pirámides estaban sometidas á Sirio Sothis.

Por lo demas, la medida angular de sus fases concuerda admirablemente con la altura meridiana de Sirio. Segun los principios de la astrología, Sothis, para juzgar á los muertos, debe aparecer en lo mas culminante de su trono, que debe corresponder á su altura en el cielo; porque la accion de un astro es tanto mas poderosa cuanto sus rayos se acercan mas á la perpendicularidad sobre el objeto sometido á su influencia. Ahora, el paralelo de Sothis, ó su trono, está opuesto á la faz meridional de la pirámide, y cuando el astro pasa por el meridiano, sus rayos caen á plomo sobre el plan de este lado. Se puede, pues, admitir, que esos inmensos sepulcros han sido construidos de manera que presentaran perfectamente uno de sus lados á las miradas del astro–juez.

Copiaremos textualmente á Figuier en lo que dice respecto á la edad de las Pirámides.

«La latitud de Gizeh es de 30 grados. La distancia polar de Sirio es hoy de 106 grados 31 minutos; su distancia del horizonte Norte cuando pasa por el meridiano de Gizeh es, pues, de 136° 31′. Ahora la inclinacion del lado Sur de las Pirámides hácia el horizonte, siendo de 52° y medio, resulta de aquí que los rayos de Sirio la encuentran hoy bajo un ángulo de 84°. ¿En qué época este ángulo era exactamente igual á 90°, es decir, á un ángulo recto?»

Por un cálculo muy fácil, basado en la precision de los equinoccios, Mahmoud–Bey encuentra que esta circunstancia ha tenido lugar 3300 años antes de Jesucristo.

Todo lo que hasta hoy sabemos sobre la edad de las Pirámides, va de acuerdo perfectamente con el resultado obtenido por el astrónomo egipcio. Los mejores historiadores árabes colocan el diluvio 3100 años antes de la éra cristiana, y la construccion de las Pirámides tres ó cuatro siglos antes del diluvio. Estos autores, lo mismo que el astrónomo Ebn–Jounis, parecen haber fundado su opinion en una leyenda muy en boga entonces, que decia haber sido encontrado un papiro en el convento de Ebn–Hermes, cerca de las Pirámides; que un viejo Kopto del convento de Kalamoun, habia explicado aquel texto el año 225 de la Egira, cuyo año, añade la tradicion, resultaba ser el 4331 de la fundacion de las Pirámides, y el 3941 del diluvio, segun el mismo papiro. Mr. Jomard habla de esto en su grande y célebre Memoria sobre las Pirámides.

Bunsen, fundándose en los fragmentos de Manethon, etc., habia encontrado que la cuarta dinastía de esos historiadores acaba el año 3810 antes de nuestra éra; y los reyes Cheops, Chephren, que han construido las dos Pirámides mas grandes de Menfis eran de esta dinastía, que no duró mas que 155 años. Así, el orígen de las Pirámides se re-

1 Segun Ciceron y Diodoro de Sicilia; segun el ilustre arqueólogo frances Mr. de Champollion, Toth quiere decir *Congregacion*. Se referian entonces á todas las estrellas que componen la constelacion del Perro.

monta á 3400 años poco mas ó menos antes de Jesucristo, segun el arqueólogo aleman. Esta cifra concuerda maravillosamente con la que acaba de dar el sabio astrónomo africano Mahmoud-Bey.

Parece, pues, cierto que las Pirámides son monumentos religiosos, de 5200 años de edad; esta puede leerse aún en el astro Sirio, que los ha visto nacer.

El espíritu de observacion hace dar grandes pasos á la ciencia; antes del libro de Mahmoud-Bey, aun se creia que las Pirámides eran simplemente hipógeos reales, ó monumentos destinados á detener la invasion de las arenas del desierto. Ahora, lo imponente de su aspecto cede ante la risa que causa su orígen, una de las extravagancias mas grandes que han inventado las supersticiones.

SANTIAGO SIERRA.

Veracruz, Abril 12 de 1869.

RECUERDOS DE LA NIÑEZ.

Eras muy niña, señora,
Y yo era tambien muy niño
Cuando libres en el campo
Como dos aves vivimos.

¿Te acuerdas? Tu blando lecho
Dejabas muy tempranito,
Y yo por seguir tus pasos
Dejaba tambien el mio.

Apenas el sol naciente
Doraba los altos riscos
Iluminando los valles
Con sus fulgores divinos,

Hácia el bosque mas cercano
A nuestro campestre asilo,
Con la inocencia en el alma
Alegremente corriamos.

Y bajo aquel cielo de hojas
De diverso colorido,
Bajo aquel follaje hermoso
De la primavera hechizo,

Reclinados sobre el césped
Sabrosamente mullido
Y recamado de perlas
Por la mano de Dios mismo,

Junto al tronco predilecto
Que al pasar bañaba el rio
Repitiéndome tu imágen
En su cauce cristalino,

¡Oh! cuántas horas pasamos
De incesante regocijo,
Sin pensar mas que en las flores,
En las aves y en sus nidos.....

Si alguna vez te ocurria,
Como le ocurre á los niños,
Algo en que yo era impotente
Para llenar tu capricho;

Posaba mis tiernos labios
Sobre tu frente de armiño,
Y así calmaba tu afan
Y así se calmaba el mio.

Mas si yo por halagarte
Me arrojaba al precipicio
Sin conocerlo mil veces
Mas que por tu noble instinto,

Llorabas y yo reia;
Pero á tus leyes sumiso
Me volvia, te besaba,
Y tú...... hacias lo mismo.

Y entre un beso y otro beso
Y una frase y un cariño
Continuaban nuestros juegos......
¡Aquel era el Paraíso!

Despues...... tú sabes, Isaura,
Que nos separó el destino;
Pero que ausente soñaba
Con nuestros juegos de niño.

¿Por qué ahora al encontrarme
Con un ángel que es prodigio
De hermosura y gentileza,
Tu aspecto me causó frio,

Y desden y hasta despecho?
¿Se pueden dar al olvido
Aquellas glorias pasadas,
Aquellos tiernos suspiros,

Aquella dulce inocencia,
Aquel amor infinito,
Aquel bosque delicioso,
Aquel tronco y aquel rio?

¿Por qué me ocultas, Isaura,
El inocente cariño,
La bulliciosa franqueza
Con que en el campo vivimos?

—Porque al verte me contengo,
Porque ahogo mis suspiros,
Porque anhelando abrazarte,
Disimulándolo vivo.

Porque hay ojos que me acechan,
Ojos que son mi martirio.
Porque me encuentro casada......
—Reniego de tu marido.

JULIAN MONTIEL.

LA ROSA DE CALDRES.

POR ALPENBURG.

Cuando los caballeros eran todavía soberanos en sus castillos, el señor de Caldres, en Val-de-Non, tenia una hija de admirable belleza: todas las gracias estaban reunidas en aquel sér angelical; su corazon era tan puro como el rocío de la mañana, y su alma tan bella como su rostro. Iba frecuentemente al través de los bosques que rodeaban la morada de su padre, en busca de las mas lindas flores que sabia dibujar y pintar con una verdad y gracia exquisitas; pero un dia, en una de sus escursiones, trepó por una roca tan escarpada, que no pudo volver á bajar. Sorprendida por la noche y la tempestad, se hallaba en grave peligro de muerte, cuando á sus tristes lamentos acudió un jóven pastor de la montaña, quien logró salvarla, no sin peligro de su

propia existencia. Agradecida la virtuosa jóven, le manifestó candorosamente su reconocimiento, y mas tarde acabó por amarle. El pastor la devolvió amor por amor, y pronto aquellos jóvenes corazones solo palpitaban el uno por el otro.

La hija del caballero, tan sencilla como hermosa, no creía que nada pudiese impedir que se enlazara con su salvador. ¿Pueden acaso existir para el amor distancias y categorías? Para dos almas que aspiran á su union, no hay imposibles; su deseo es ley, y si una fuerza superior destruye su anhelo, antes que ceder se aniquilan en su propio fuego. Pero cuando la jóven reveló á su padre el amor que sentia por el hijo de un pechero, se apoderó del orgulloso señor tan violenta cólera, que hizo estremecer á la cándida vírgen. En vano fueron las súplicas y amenazas; la jóven amaba de veras, y si no atendió á las unas, despreció las otras. Viendo tal resistencia, su padre, furioso, mandó encerrarla en un aposento abovedado en lo alto de la torre de homenaje. La infeliz jóven no debia salir de él sino amortajada y ceñida con la corona de las vírgenes. Cuando las lágrimas se secaban en sus mejillas, buscaba un alivio á su dolor dibujando en las desnudas paredes de su triste cárcel, las mas hermosas flores de la montaña, cuyo dulce recuerdo habia quedado grabado en su mente; pero al cabo de un año y un dia sucumbió al pesar de su amor contrariado, y se la encontró muerta mirando al cielo. Su semblante tenia una expresion de indecible beatitud, y dijérase que se hallaba recostada sobre un mullido lecho de flores.

Es fama que mas tarde se la vió durante el dia volver á su encierro; oíanse sus tristes suspiros, y por la noche, al través de la angosta puerta de su cárcel, en la cual no entró despues de su muerte ninguna alma viviente, veíase brillar una suave claridad. Aquellos suspiros y aquel resplandor cesaron, no obstante, en el mismo dia en que murió el jóven pastor, víctima tambien de su amor perdido. El desapiadado caballero, devorado por el pesar, arrastró una corta y penosa existencia. Fué sepultado en el panteon de sus antecesores; pero ningun recuerdo fué grabado en su losa funeraria: su nombre es ignorado.

Hoy dia, cuando un viajero ha sabido inspirar entera confianza á las personas que habitan todavía al pié de la torre de homenaje del castillo, la única parte del edificio que ha quedado en pié, le hacen subir la escalera de caracol que conduce á la cárcel de la mártir del amor, en lo alto de la torre, y le enseñan en medio de las paredes que ha ennegrecido y roido la accion destructora del tiempo, y entre las flores medio borradas que la mano de la vírgen habia bosquejado, una rosa deshojada cuyo cáliz está royendo un gusano. Es la última flor que dibujó la pobre niña, ya en las ánsias de la muerte.

Esta triste víctima del amor y del nacimiento, es conocida por los habitantes de la comarca con el nombre de «La Rosa de Caldres.»

DUERME EN PAZ!

En la muerte de la Srita. Luz de la Llave.

I

Murió la dulce niña!
Fresca azucena
Entreabriendo su blanca
Corola apenas;
El cierzo helado
De la muerte implacable
Tronchó su tallo.

Murió la dulce niña!
Fúlgida estrella
Que en el cielo sombrío
De mi existencia
Ví aparecerse,
Y despues eclipsarse
¡Ay! para siempre.

Inocente paloma
Que al postrer sueño
Te entregas resignada
Triste diciendo
Tu blando arrullo:
Que el placer no probaste
Nunca del mundo;

Al cielo yo te envío
Donde volaste,
Mis sentidos, mis tiernos,
Tristes cantares;
Tu sueño eterno
Amorosos y dulces
Arrullen ellos.

II

¡Qué bien has hecho, niña,
Qué bien has hecho
En dejar este mundo,
Donde un momento
De dicha breve
Cuesta tantos y tantos
De padeceres!

¡Qué bien has hecho, niña!
¿Qué es esta vida
Horrible, sino cáliz
Lleno de acíbar?
¿Y qué es la tierra
Sino solo de abrojos
Penosa senda?

III

¡Cuántos lloran tu muerte!
Justo es llorarla;
De ángel era tu rostro,
De ángel tu alma;
Niña, por eso,
Adonde están los ángeles
Tendiste el vuelo.

Duerme en paz, dulce amiga;
Si tu cabeza
De espinas la corona
Ciñó en la tierra;
Dios en la gloria
Te dió la de las Vírgenes
Santa auréola.

J. M. B.

México, Agosto 12 de 1869.

MÉXICO.

A MI AMIGO D. MANUEL PEREDO.

Muy lejos de este suelo, cual perla primorosa
Guardada entre una concha de límpido cristal,
Rodeada de esmeraldas, osténtase la hermosa
Sultana de la América, señora de Anahuác.

Parecen sus montañas de nieve coronadas,
De nácar grandes moles luciendo sobre el mar,
Y elévanse las otras cual mágicas oleadas
Que intentan de los astros los tronos escalar.

Es México, la vírgen risueña americana
Que tiene por espejos mil lagos de cristal,
Y tiene nubes bellas de ópalo y de grana
Que van sobre sus sienes doseles á formar.

Es ella quien por lecho disfruta mil jardines
De flores aromosas, de célico primor,
Y duérmese al arrullo de lindos colorines,
Y es ella quien al beso despierta del Señor.

Es México, la hermosa, la estrella mas brillante
Que osténtase en el cielo del mundo de Colon,
Mas grata y deliciosa que la onda susurrante,
Gentil como las hadas y tierna cual la flor.

Es ella quien cautiva, quien roba corazones,
Quien tiene para todos delicias y placer;
Es ella la que finge doradas ilusiones,
Deleites no soñados, amores del Eden.

Dejad que me extasíe pensando en ese cielo
Que dióle sus encantos al triste trovador;
Dejad que yo recuerde mis horas de consuelo,
Dejad que yo suspire la dicha que voló!

Ciudad de los palacios, la cuna encantadora
De cisnes armoniosos que cantan el amor,
Si un ángel me prestara su cítara sonora,
Qué dulce fuera entonces el canto que te doy!

Tú fuiste del proscrito el suelo hospitalario
Que goces y ventura tan solo le brindó;
En tí vivió olvidado de su existir precario,
Y allí, bajo tu cielo, sus penas olvidó.

Tu fuiste el árbol bello, en cuya verde rama
El ave ya cansada, tranquila reposó,
Y tuvo con tu sombra la sola dicha que ama,
Cantar sus ilusiones, sus penas y su amor.

Tú fuiste cual la fuente que encuentra el peregrino
Que sufre los tormentos horribles de la sed;
Tú fuiste cual la palma que mira en el camino
El pobre caminante cercano á perecer.

Yo triste caminaba llorando mis dolores,
Al suelo doblegando cansada la cerviz;
Mas quiso mi destino que viese yo tus flores,
Tus bosques y tus lagos, y rióme el porvenir.

Por eso te amo tanto, por eso mis cantares
Celebran tu grandeza, tu pompa sin igual;
Por eso mis suspiros cruzando van los mares
Y llegan á tu seno ¡ay! tristes á posar.

Si un día de mi suelo aléjame el destino,
¡Oh México preciosa! yo al punto correré
En busca de tu cielo, tu cielo peregrino
Do mi alma disfrutára delicias y placer.

Pues tú eres cual ondina, cual mágina sirena
Que arroba con su hechizo divino, angelical;
Pues tú eres la coqueta que á todos enajena,
A todos das tus besos y tus caricias dás.

Aquel que entre tus brazos miró correr las horas,
Por mas que no le quieras pensando va en tu amor;
Por mas que sean tus besos caricias seductoras
Que luego nos infiltran la duda y el dolor.

. . . .

Dejad que me extasíe, pensando en ese cielo
Que dióme sus encantos, sus auras de placer;
Dejad que yo recuerde mis horas de consuelo,
Dejad que yo suspire la dicha de ese Eden.

FRANCISCO SOSA.

Mérida: 1869.

LA FLOR MARCHITA.

Flor del tallo desprendida
Y entre el polvo deshojada,
Cual la esperanza arrancada
Del árbol del corazon:
Te aleja el áspero cierzo
Del huerto donde naciste;
—¿Dónde vas, imágen triste
De una alma sin ilusion?

—«Voy donde el viento me arrastra:
No conozco mi camino.»
—¡Así te lleva el destino
Por la existencia, mujer!
Yo en el polvo de la ruta
Mañana estaré perdida,
—«Tú en la ruta de la vida
Caminas á padecer.»—

—Perdiste flor tu perfume
Y perdiste tus colores,
¡Ay! como pierde sus flores
El creyente corazon.
Dejaste de ser hermosa
Desque en el polvo caiste,
Solo eres la imágen triste
Del alma sin ilusion.»

Porque es la flor la imágen de la vida,
De la vida infeliz de la mujer
Para el amor y la ilusion nacida:
Cuando el dolor la rompe..... va perdida
Al llanto, al infortunio y al no ser.

MANUELA L. VERNA.

Jalapa, Setiembre de 1868.

CONQUISTADORES DE MEXICO.

(CONTINUA.)

Montero, Diego, cocinero de Cortés.
Monjaraz, Andrés de, capitan; estaba buboso. *c.*
Morales, Alonso de. *c.*
Morales, Juan de. *ca.*
Morales, Martin de. *n.*
Morales, Francisco. *n.*
Moralesnestros, Francisco.
Montes, Alonso. *n.*
Morcillo, Alonso. *n.*
Moreno, Diego. *n.*
Moreno, Pedro, de Aragon; pobló en la Puebla. *n.*
Moreno, Juan, de Lepe. *p.*
Moro, Alonso. *n.*
Muda, Julian de la. *c.*
Muñoz, Gregorio. *n.*
Muñoz, Juan. *n.*
Muñoz, Hernan. *n.*
Naipes, Diego. *c.*
Nájara, Rodrigo de. *c.*
Nájara, Juan de, buen soldado, ballestero. *c.*
Napolitano, Felipe. *n.*
Nasciel, Alonso de.
Navarrete, Alonso, buen soldado, señor de Coyuca, paje de Cortés; murió religioso agustino.
Navarro, Juan. *n.*
Nieto, Pedro. *n.*
Nortes, Alonso. *n.*
Núñez, Andrés. *c.*
Núñez, Alonso. *n.*
Ocaña, Pedro de. *n.*
Ochoa de Elexalde, Juan. *n.*
Ochoa de Azúa. *n.*
Ojeda, Luis de. *s.*
Ojeda, Alonso de, de Badajoz. *c.*
Olanos, Sebastian. *n.*
Oliveros, Francisco, cetrero de Cortés.
Ordaz, Diego de, capitan de los soldados de espada y rodela, comendador de Santiago, murió en el Marañon. *c.*
Orozco, Francisco de, capitan de la artillería. *c.*
Ortiz, Cristóbal. *c.*
Ortiz, Juan. *n.*
Ortiz, Alonso. *n.*
Oredo, Martin de. *n.*
Oviedo, Bernardino de. *n.*
Pacheco, Cristóbal, vecino de México. *c.*
Palacios, Nicolás.
Palma, Pedro de. *c.*
Paredes, Bartolomé de. *n.*
Pardo, Bartolomé; murió en poder de indios. *c.*
Pastrana, Alonso de. *p.*
Payno, Lorenzo. *n.*
Paz Martin. *n.*
Paz, García. *n.*
Pedro de (*el apellido en blanco*).
Pedro de S. (*el apellido en blanco*).
Peña, Rodrigo de. *c.*
Perez el Bachiller, Alonso. *n.*
Perez el Bachiller, Alonso. (*diverso*) *n.*
Perez, Agustino. *n.*
Perez, Juan. *n.*
Perez de *Aquitiano*, Juan. *c.*
Perez, Juan (*diverso*), mató á su mujer que se decia la hija de la Vaquera.
Perez, Alonso. *n.*
Perez, Alvaro. *n.*
Perez Cuenca, Benito. *n.*
Pilar García del, intérprete. *n.*
Pinzon, Ginés. *c.*
Pinzon, Juan. *c.*
Placencia, Juan de. *n.*
Ponte, Estéban de. *n.*
Porcallo Vasco. *n.*
Porego, Hernando. *n.*
Porras, Diego de. *c.*
Porras, Hernando de, cantor. *c.*
Porras, Diego de. (*otro*) *n.*
Porras, Sebastian de. *c.*
Porras, Bartolomé de. *n.*
Portillo, Andrés de. *n.*
Portillo, Alonso de. *n*,
Puebla, Bartolomé Alonso de la. *n.*
Puente, Alonso de la. *c.*
Puerto, Juan del, marinero. *c.*
Puerto, Martin del. *n.*
Quemada, Anton de. *c.*
Quintero, Alonso, trajo á Cortés en su buque á Santo Domingo, y despues vino con él á la conquista.
Quintero, Francisco. *c.*
Quiñones de Herrera, Alonso. *n.*
Quiñones, Antonio, capitan de la guardia de Cortés. *c.*
Ramirez, Rodrigo. *n.*
Ramos de Torres, Juan. *n.*
Resiño, Juan Anton. *n.*
Rellero, Gonzalo. *n.*
Rengel, Rodrigo, capitan, y señor de Cholula; fué para nada, y murió de bubas. *c.*
Rico de Alanis, Juan; buen soldado; lo mataron los indios. *c.*
Rico, Juan. *n.*
Rieros, Alonso. *a.*
Rio, Alonso del, de Sevilla. *n.*
Rixoles, Tomás de. *c.*
Rivera, Juan de. *c.*
Rivera, Hernando de. *n.*
Robles, Hernando de. *s.*
Robles, Gonzalo de. *n.*
Rodas, Pedro de. *n.*
Rodas, Anton de. *n.*
Rodriguez de Villafuerte, Juan, capitan de uno de los bergantines: segun las noticias de Panes, «fué desbaratado en el pueblo de las Troxes, que es en los Motines; fundó el Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, por mandato de Cortés.» *c.*
Rodriguez de Escobar, Pedro, señor de Ixmiquilpan. *c.*
Rodriguez, Juan, de Sevilla. *a.*
Rodriguez, Cristóbal, trompeta. *c.*
Rodriguez Carmona, Pedro.
Rodriguez, Juan (*otro*), ballestero de Narvaez.
Rodriguez, Francisco. *n.*
Rodriguez, Nicolás. *n.*
Rodriguez, Francisco (*otro*), carpintero. *c.*
Rodriguez, Pedro. *n.*
Rodriguez, Juan. (*otro*) *n.*
Rodriguez de Prado, Hernando. *n.*
Rodriguez, Sebastian, señor de la mitad de Malinalco, ballestero. *c.*
Rojas, Hernando de. *n.*
Rojo, Tomás. *n.*
Roman, Bartolomé. *p.*
Romero, Alonso, vecino de la Vera Cruz. *c.*
Romero, Pedro. *c.*
Romero, Pedro. (*otro*) *n.*

Romero, Pedro. (*otro*) *n*.
Rubio, Juan. *n*.
Rubio, Diego. *n*.
Ruiz, Pedro, de Guadalcázar. *c*.
Ruiz de Viana, Juan. *n*.
Ruiz de *Yesares*. Diego.
Sabiote, Pedro. *c*.
Salamanca, Juan de, se portó briosamente en la batalla de Otumba. *n*.
Salamanca, Alonso de. *g*.
Salamanca, Diego de. *n*.
Salamanca, Francisco Miguel. *n*.
Salamanca, Alonso de. (*otro*) *n*.
Salazar, Rodrigo de. *c*.
Salazar, Francisco de. *n*.
Salcedo, Sancho de. *n*.
Saldaña, Antonio de. *n*.
Salgado, Juan. *n*.
Salinas, Gerónimo. *n*.
Salvatierra, Alonso de. *a*.
Samos, Gutierre de. *n*.
Sanabria, Diego. *n*.
Sanchez, Pero.
Sanchez Gonzalo, portugués, valiente soldado. *c*.
Sanchez, Bartolomé, encomendero de Coyotepec, en Oaxaca. *c*.
Sanchez de Montejo, Alonso. *n*.
Sandoval, Gonzalo de, capitan, alguacil mayor, y aun gobernador de la Nueva España, murió en Palos al ir á España. *c*.
San Martin, Francisco de. *n*.
San Miguel, Melchor de, repostero de Cortés.
Santana, Juan de. *n*.
Santa Cruz, Francisco de. *n*.
San Remon, Juan Cárlos de. *p*.
Santiago, Diego de. *n*.
Santiago, Bernardino de. *g*.
Santiesteban, Andrés, viejo, ballestero, vecino de Chiapa. *c*.
Sedeño, Juan, natural de Arévalo; trajo un navío suyo, una yegua, un negro y muchas vituallas. *c*.
Sedeño, Gregorio. *n*.
Segura, Martin de. *n*.
Sepúlveda, Pedro de. *n*.
Silva, Antonio de. *n*.
Sobrino, Gonzalo. *s*.
Solís, Francisco de, capitan de artillería, alcaide de las Atarazanas, y señor de Tamazulapa. *c*.
Solís, Gonzalo de. *c*.
Solís, Pedro de, por sobrenombre Tras-de-la-puerta. Ignoro si serán los mismos; pero Bernal Diaz menciona ademas á Solís el de la huerta ó sayo de seda, Solís el anciano, Solís casquete. *c*.
Solís, Francisco, repostero de plata de Cortés.
Solórzano, Juan de. *n*.
Soldado, Martin. *n*.
Soto el de Toro, Diego de, mayordomo de Cortés.
Tamayo, Bartolomé. *n*.
Tápia, Andrés de, capitan. *c*.
Tápia, Hernando de. *n*.
Tápia, Juan de. *n*.
Tarifa, Gaspar de. *c*.
Tebiano, Gerónimo. *n*.
Terron, Juanes. *n*.
Tillalo, Guillen.
Tomboria, Juan.
Toledo, Alonso de. *s*.
Toral, Hernando de. *n*.
Torres, Hernando de. *c*.
Torres, Alonso de. *n*.
Trevejo, Juan de, *c*.
Trujillo, Alonso de. *a*.
Trujillo, Hernan de. *n*.
Trujillo, Andrés de. *s*.
Trujillo, Pedro de. *s*.
Uriola, Gonzalo de. *n*.
Utrera Núñez, Francisco de. *n*.
Valdenebro, Diego de, encomendero de Capula. *c*.
Valencia, Pedro. *n*.
Valiente, Andrés. *c*.
Valladolid, Rodrigo de, el gordo, murió á manos de los indios. *c*.
Valladolid, Juan de, murió á manos de los indios. *c*.
Valladolid, Juan de. (*otro*) *n*.
Valte, Gonzalo de.
Valle, Juan del, soldado valiente, por lo que el emperador le concedió armas. *c*.
Vargas, Francisco de. *c*.
Vazquez de Tápia, Bernardino, capitan. *c*.
Vazquez, Francisco. *c*.
Vazquez, Francisco. (*otro*) *n*.
Vega, Francisco de, boticario. *c*.
Veintemilla, Anton de, *c*.
Vejer, Benito de, atambor en Italia y en México. *c*.
Velazquez, Francisco, el Corcovado. *c*.
Velazquez, Luis, murió en Hibueras. *c*.
Velazquez, Francisco. (*otro*) *n*.
Velez, Martin. *n*.
Velez de Avella, Juan. *n*.
Vergara, Juan de. *p*.
Vergara, Martin de. *n*.
Villafranca, Antonio de. *n*.
Villacorta, Juan de. *g*.
Villalobos, Pedro de, se fué rico á España. *c*.
Villanueva, Bartolomé de. *c*.
Villanueva, Alonso de, secretario de Cortés, y progenitor de la casa de los Villanueva Cervantes. *c*.
Villanueva, Alonso. *n*.
Villar, Pedro de. *n*.
Villarroel, Anton de, ayo de Don Hernando. *c*.
Villarreal, Diego de. *n*.
Villasanta, Miguel de. *n*.
Villaverde, Pedro de. *n*.
Villoría, Pedro de. *n*.
Vizcaino, Pedro. *c*.
Vizcaino, Juan. *n*.
El Vizcaino.
Volante, Juan. *n*.
Xanuto, Bartolomé. *c*.
Xorista, Pedro de. *n*.
Yajestas, Juan de.
Yerena, Alonso de. *n*.
Zamorano, Pedro. *a*.
Zamudio, Juan, señor de Piaxtla. *c*.
Zamudio, Juan (*otro*), señor de Michmaloyan. *n*.

V

CONQUISTADORES DE YUCATAN.

(Historia de Yucatan, compuesta por el M. R. P. Fr. Diego López Cogollvdo, Lector jubilado, y padre perpetvo de dicha Provincia, &c. En Madrid: por Juan García Infanzon, Año 1688. Capítulos XIV y XVI.)

VECINOS DE MERIDA.

D. Francisco de Montejo.	Alonso Pacheco.
Alonso de Reynoso.	Alonso López Zarco.
Alonso de Arévalo.	Alonso de Ojeda.
Alonso de Molina.	Alonso Rosado.

Alonso de Medina.
Alonso Bohorques.
Alonso Gallardo.
Alonso Correa.
Andrés Pacheco.
Andrés Yelves.
Bartolomé Rojo.
Beltran de Zetina.
Baltasar Gonzales, portero de cabildo.
Baltasar Gonzalez.
Diego Briseño.
Diego de Medina.
Diego de Villareal.
Diego de Valdivieso.
Diego Sanchez.
Estéban Serrano.
Estéban Martin.
Estéban Iñiguez de Castañeda.
Francisco de Bracamonte.
Francisco de Zieza.
Francisco de Lubones.
Francisco de Aiceo.
Francisco Tamayo.
Francisco Sanchez.
Francisco Manriquez.
Francisco López.
Francisco Quiroz.
Fernando de Bracamonte.
Gaspar Pacheco.
Gaspar Gonzalez.
Gonzalo Mendez.
García de Aguilar.
García de Vargas.
Gomez de Castillo.
Gerónimo de Campo.
Hernando de Aguilar.
Hernando Muñoz Baquiano.
Hernando Muñoz Zapata.
Hernando de Castro.
Hernando Sanchez de Castilla.
Juan de Urrutia.
Juan de Aguilar.
Juan López de Mena.
Juan de Porras.
Juan de Oliveros.
Juan de Sosa.
Juan Bote.
Juan Doncel.
Juan de Salinas.
Jann Cano.
Juan de Contreras.
Juan de Magaña.
Juan Vizcaino.
Juan de Barajas.
Juan Ortiz.
Juan Vela.
Juan Gomez de Sotomayor.
Juan Ortiz de Guzman.
Juan de Escalona.
Juan de Rey.
Juan de Portillo.
Juan Farfan.
Juan López.
Juan Priego.
Juan Caballero.
Jorge Hernandez.
Jácome Gallego.
Maese Juan.
Luis Diaz.
Lúcas Paredes.
Lope Ortiz.
Lic. Maldonado.
Melchor Pacheco.
Miguel Hernandez.
Martin de Iriza.
Martin de Iñiguez.
Miguel Rubio.
Melchor Pacheco, el Viejo.
Nicolás de Gibraltar.
Pedro Diaz.
Pedro Castillo.
Pedro Galiano.
Pedro Alvarez.
Pedro de Chavarría.
Pedro Diaz Poveda.
Pedro Muñoz.
Pedro de Valencia.
Pedro Franco.
Pedro Fernandez.
Pedro García.
Pedro Alvarez de Castañeda.
Pedro Hernandez.
Pablo de Arriola.
Rodrigo Alvarez.
Rodrigo Nieto.
Rodrigo Alonso.
Rodrigo Camiña.
Sebastian de Burgos.

VECINOS DE VALLADOLID.

Francisco de Montejo, capitan, justicia mayor.
Alonso de Arévalo, regidor.
Alonso de Villanueva, regidor.
Alonso Baes.
Alonso Gonzalez.
Alonso Parrado.
Andrés Gonzalez de Benavides.
Anton Ruiz.
Alvaro Osorio.
Baltazar de Gallegos, mayordomo.
Blas Gonzalez, regidor.
Blas Gonzalez (*otro*).
Bélez de Mendoza.
Bernardino de Villagomez, alcalde.
Diego de Ayala.
Damian Dovalle.
Estéban Ginovés.
Mícer Estéban.
Francisco de Zieza, alcalde.
Francisco Lugones, regidor.
Francisco Hérnandez Calvillo.
Francisco de Palma.
Francisco Hurtado.
Francisco Ronquillo.
Gonzalo Guerrero, regidor.
Gaspar Gonzalez.
Giraldo Diaz.
Juan de la Torre, regidor.
Juan de Cuenca, escribano.
Juan de Azamar.
Juan López de Mena.
Juan Núñez.
Juan Enamorado.
Juan Gutierrez Picon.
Juan de Cárdenas.
Juan de Contreras.
Juan López de Recalde.
Juan Boto.
Juan de la Cruz.
Juan Morales.
Juan Palacios.
Juan Rodriguez.
Luis Diaz, regidor.
Márcos de Salazar.
Márcos de Ayala.
Martin Ruiz Darce.
Martin Garrucho.
Martin Recio.
Martin de Velasco.
Miguel de Tablada.
Pedro Diaz de Monxibar, regidor.
Pedro de Molina, procurador.
Pedro Zurujano.
Pedro de Lugones.
Pedro Coztilla.
Pedro Durán.
Pedro de Valencia.
Pablos de Arriola.
Rodrigo Cisneros.
Santiestéban.
Toribio Sanchez.

VI

CONQUISTADORES DE CHIAPAS.

(Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, de la Orden de nuestro Glorioso Padre Santo Domingo...., por el presentado Fray Antonio Remesal...... En Madrid, año de M.DC.XIX.—Libro V, capítulos XIII y XIV.)

VECINOS DE VILLAREAL.

Aguilar, Alonso de, bachiller, regidor.
Alcántara, Juan.
Alvarez, Fernan.
Arenas, Alonso de.
Baeza, Luis de.
Beltran, Juan.
Borrega, Alvaro.
Cabrera, Luis de.
Cáceres, Gerónimo, escribano.
Calvache, Diego de.
Calveche, Diego de.
Casanova, Francisco de.
Cea, Gonzalo de.
Cea, Gonzalo de (*otro*).
Centeno, Antonio.
Comontes, Francisco de.
Coria, Bernardino de, regidor.
Chavez, Francisco, regidor.
Escobar, Juan.
Escovedo, Andrés de.
Espinosa, Lope de.
Estrada, Pedro, regidor, encomendero de Çinacantlan y hermano de Luis Mazariegos,
Francallo, Pedro.
García, Diego.
Gentil, Pedro.
Gil, Francisco, regidor, capitan.
Gonzalez, Pedro, clérigo y cura.
Gonzalez, Ambrosio.
Gonzalez de Paradinas, Sebastian,
Granado, Alonso Martin.
Granado, Andrés Martin.
Gutierrez, Alvaro.
Gutierrez, Francisco.
Hernandez, Diego.
Hernandez, Francisco.
Hernandez, Luis.
Hidalgo, Alonso.
Hilera, Francisco.
Holguin, Diego.
Holguin, Diego (*otro*).
Home, Juan,
Horozco, Pedro de, alcalde.
Juan Bautista.
Juan, Ginovés.
Juan, Martin.
Lintorne, Francisco, regidor.
López Rui.
López, Martin.
Lozano, Fernando.
Luna, Luis, alcalde, capitan.
Luna, Juan.
Marin, Juan.
Marroquin, Francisco.
Mazariego, Luis Alfonso, hijo del conquist. Diego.
Mellado, Cosme.
Mezana, Andrés de.
Morales, Cristóbal, mayordomo.
Moreno, Francisco.
Moreno, Pedro.
Orduña, Juan.
Ortega, Diego de.
Ortés, Francisco.
Perez, Anton.
Perez de Vocanegra, Hernan.
Porras, Juan de, procurador.
Puerta, Diego de la.

Quintero, Miguel.
Regidor, Pedro.
Rengifo, Francisco.
Rodas, Nicolás de.
Rodas, Victoria de.
San Pedro, vizcaino.
Sanchez Montesinos, Pedro.
San Estéban, Pedro.
Solís, Gonzalo.
Solís, Francisco.
Solórzano, Pedro de.
Talabera, Juan de.
Tobilla, Andrés de la,
Torre, Antonio de la, alguacil mayor.
Villareal, Diego de.
Villacastin, Blas.
Vizcaino, Pedro.

OTROS CONQUISTADORES.

Albacete, Benito de.
Arandia, Juan.
Baeza, Diego de.
Castellanos, Pedro de, clérigo.
Comontes, Cristóbal de.
Dominguez, Francisco.
Enriquez de Guzman, Don Juan, capitan.
García, Alonso.
Guecho, Martin.
Guerva, Baltasar, capitan.
Gomez de Sotomayor, Juan.
Griego Negrete, Martin.
Gutierrez, Pedro.
Hernandez Calvo, Diego.
Larios, Alonso.
Lorda Caranda, Martin de.
Maese, Gerónimo, cirujano del ejército.
Maese, Juan, barbero.
Marin, Luis, capitan.
Marroquin, Bartolomé.
Marticote, Francisco.
Mazariego, Diego, capitan y gefe del ejército.
Mendez de Sotomayor, Juan
Muñoz de Talabera, Juan.
Olmedo, Juan de,
Orozco Acevedo, Pedro.
Ortés de Velasco, Francisco, alférez.
Ortés de Velasco, Hernando
Paradinas, Cristobal de.
Portillo, Juan de, sacristan.
Ramirez, Pedro.
Rengifo, Luis.
Rivera, Alonso de.
Saenz Marroquin, Francisco.
Salamanca, Rodrigo.
San Pedro de Pando.
San Martin, Francisco.
Santiestéban, Pedro de.
Santacruz, Gaspar.
Sanchez, Rodrigo.
Sanchez, Anton.
Sanchez, Juan.
Sobrino, Gonzalo.
Solís, Estéban.
Suarez, Diego.
Valderrama, Bernardino de.
Vargas, Juan de.
Vera, Juan de.
Villarreal, Diego (*otro*).
Villaviciosa, Hernando de.
Zarza, Diego Martin de la.
Zúñiga, Hernando, maestre de campo.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

(Concluirá.)

LOS DESTERRADOS.

BALADA.

I

Blanca paloma—que al soplo helado
Del crudo Bóreas—en tu palmar,
Triste y confusa—tendiste al aire
Las níveas alas—sobre la mar.

Pobre avecilla—que adios dijiste
A nuestro cielo—de azul turquí;
Cual la del arca—mística y bella
Vertiendo amores—llegas aquí.

Bendita seas—porque me traes
Dulces recuerdos—del suelo aquel.
Donde sus prados—son todo flores
Y son sus flores—urnas de miel.

Tu voz semeja—vaiven sonoro
De agua que brota—del peñascal,
Céfiro errante,—brisa que gime
Por el extenso—cañaveral.

Indica vírgen—de negros ojos
Hija de Cuba—¡ bendita tú!
De boca fresca—como el caimito,
De tallo esbelto—como el bambú.

Vierte un momento—de tu pupila
Sobre mi pecho—suave calor,
Que en el desierto—de su desgracia
Los desterrados—viven de amor.

II

Ven á mi lado,—mi voz te llama,
Ven con tu blanca,—límpida faz:
Ven y no tardes—y habla de Cuba
Con el arrullo—de la torcaz.

Ya cinco veces—la luna llena
Sobre las nubes—temblando ví.
¡ Ay cuánto tiempo—sin ver la patria!
¡ Ay cuánto tiempo—sin verte á tí!

Tengo en el alma—desde muy jóven
Vago recuerdo—de tu candor;
Hoy compañeros—en infortunio
Quiero ser, niña,—tu trovador.

Quiero que escuches—la ronca esquila
Que suena al toque—de la oracion.
En el misterio—dulce y solemne
De aquellas horas—de bendicion.

Oiremos juntos—en vagos sueños
El sordo grito—del mayoral,
El canto triste—del africano
Y los murmullos—del manantial;

Sobre las verdes—hojas del plátano
Oirás de lluvia—lento rumor....
Ven, que gozando—con sus recuerdos
Los desterrados—viven de amor.

III

Ay! que se han ido—ay! que no vuelven
Aquellas horas—de amor ideal,
Dulces misterios—que solo saben
Los *guardarayas*—del cafetal.

Pero al hallarte,—cerré mi alma
A los deliquios—que ya perdí,
Como sus hojas—al aire cierra
La temblorosa—*morivivi*. *

Yo soy la palma—que busca á Cuba
Sobre los aires....—deténte aquí:
Pica las flores—de mi follaje,
Pára tu vuelo....—pósate en mí.

¿Ves cómo esmalta,—limpio rocío
El de mis hojas—verde tapiz?
Es que la noche—y es que la aurora
Lloran al verme—tan infeliz.

Cómo se agitan—mis frescas ramas,
Mis verdes hojas—¡ cómo se van!....
Bate las alas,—que ya se acerca
Doblando arbustos—el huracán.

Mas no te vayas,—que si asesino
Nos hiere el rayo—desolador,
¡ Dios nos espera!—porque sufriendo
Los desterrados—mueren de amor.

ALFREDO TORROELLA.

Mérida, 1869.

* Así se llama en Cuba á la *sensitiva*.

Costumbres de la Frontera del Norte.

(De Nuevo Laredo á Bagdad.)

UN BAILE DE AFUERA.

I

Tose ronca la tambora
Junto á la orilla del *riyo:*
Vamos al fandango, niñas;
Vámonos al baile, amigos:
Y guardando entre las piedras
Diabólicos equilibrios,
Y casi desbarrancado
Y en si caigo ó trastabillo,
Me escurro entre unos jacales
Y llego al deseado sitio.
Cielo claro, estrellas lindas,
Aire sosegado y tibio,
Un terraplen, unas vigas,
Al centro cuatro morillos
De que penden seis faroles
Con resplandor tan exíguo,
Que parecen en sus lazos
Mucho mas muertos que vivos:
Era un alumbrado adrede
Para ejercitar el tino,
Al columpiarse inconstante
De proceder tan ambiguo,
Que por el ministro Lerdo
Parecia dirigido,
O por algun contratista
De esos que en la guerra vimos
Con ínfulas de Gobierno
Por los Estados-Unidos;
Pero para los amantes
Eran faroles amigos,
Como esos buenos parientes,
Como esos primos y tios
Que nos dan fulgor y sombras
En citas y compromisos:
Casi en cuclillas sentadas
Las diosas de aquel Olimpo,
Forman orla, marco, adorno
Del lugar del regocijo
Donde la música impera
A sombrerazos y gritos,
Altercando el clarinete
Con el agudo requinto,
Y sonando la tambora
De estertor con el ahoguío,
Para alcanzar una flauta
Que va persiguiendo á un pífano.
Tras ese asiento cuadrado
Tan inmóbil y continuo,
Se alza un muro, muro espeso
Del género masculino.
Son de talleres del Norte
Los fieltros y los vestidos,
Con pretensiosas levitas,
Pantalones de cuadritos,
Los botines de resorte,
Corbata y paños de lino.
No hay rebozados jorongos,
Ni cueras de ante con brichos,
Ni garbosas calzoneras
De menudos botoncillos,
Repicando de contento
Al bailarse el *tapatío*,
Ni esa rabona chaqueta,
Faja, calzon escurrido
Y tacon con herradura
De mis guapos *leperitos*,
De esos de la frente crespa,
De esos de los ojos vivos,
Que cuando *relampaguzan*
Dan de amores calosfríos.
Iba diciendo.... tras esos
Que de galanes describo,
Por el alma mexicanos,
Por el forro cuasi-gringos,
Hay un mas espeso cuadro,
Otro cerco mas tupido
De rancheros fuertes, gordos,
De esos rancheros de brío,
Cual resplandor el sombrero,
Con la pistola en el cinto,
Y con su camisa blanca,
Sin chaleco ni adminículos,
Desparpajado el semblante,
Gran papada, dientes limpios,
Con la bondad en las almas,
Siempre para el pleito listos,
Y que al lucero del alba
Le dicen cuántas son cinco.
Salpican esta muralla
Dándole preciosos visos,
Los señores de mas rango,
Las damas del alto quirio,
Que en la multitud se embozan
Para mirar escondidos.
Dando pasos cautelosos,
Dispersos, en sesgos giros,
Vénse tunos como tordos
Que revuelan sobre el trigo,
Para aprovechar felices
Del cuidador los descuidos.
Y vénse, invadiendo siempre,
Salir y entrar en el círculo
Yankees, rancheros, que sueltan
Ternos á cada pujido,
Desgoznados y sin centro,
Yéndose siempre de hocicos,
Imitando á los compadres
En desvergüenzas y gritos;
Pero atentos en el baile
Y con las damas cumplidos.
En dos ángulos opuestos,
Con mesa y manteles limpios,
Osténtanse dos cantinas
Con mescal y con refino,
Dulces de azúcar y pasas,
Panes y aprensados higos,
O sabrosas enchiladas,
O tamales de tocino,
Y claro *café con dulce*,
En la limpia moca hervido;
Y allí son los altercados
Y los convites de amigos,
Los obsequios de las damas,
Los festejos á los niños,
Y allí se encienden disputas
De recortados políticos,
O bien en círculo extenso
Hombres, mujeres y niños,
Sobre la menuda yerba
Meriendan con regocijo....

Ya que habeis visto la escena
Y sus actores al vivo,
Vedla entrar en movimiento
De la danza á los sonidos.

II

Revista de ellos y ellas.

Apenas dan los apuntes
De que es dancita habanera,
Los festejosos preludios
De la estrepitosa orquesta,
Cuando todos los galanes
Al centro del cuadro vuelan,
Y se esparcen animados
Buscando sus compañeras:
Allí todo se confunde,
Tipos, y fachas, y fechas.
El tendero almibarado,
De corbata y leva negra;
El refornido carrero
De botas de enormes suelas
Sobre el pantalon calzadas,
De belduque y camiseta;
El legítimo costeño
Que de limpieza blanquea....
Tiene calzon abultado,
Con dos enormes orejas
Abajo de la pretina,
Al márgen de las caderas;
Esos hombres semi-tonos
Que en todos los bailes entran,
Que á los viejos dicen *tatas*,
Que á todo el mundo tutean,
Y de quienes las bonitas
Siempre resultan parientas;
Ellos se muestran galantes,
Sensibles se muestran ellas,
Y en pié el principio esperando
Podemos ver las bellezas.

Buen busto, breve cintura,
Como el tallo de la adelfa,
Gentil cuando sosegada,
Y remeciéndose esbelta.
Una manita y un brazo,
Anuncios de pié y de pierna,
Que la malicia adivina
El recto juicio sospecha,
Y á las que dijera un santo
Ne nos inducas etcétera.
Ancha frente y abultada,
Cuello erguido, tez morena,
Y unos ojos celestiales,
Sonrojo de las estrellas;
Son unos ojos con habla
Que ya mandan y ya ruegan,
Cuya luz la piel resiente
Como si una mano fuera,
Y así son cuando acarician,
Y así cuando desesperan,
Dando esperanzas al novio,
O desquiciando á las viejas.
Las pestañas tan tendidas,
Que dan noche á esas estrellas,
Y convidan al misterio
Y á las pasiones internas;
Pero que en el baile, vivos
Y audaces relampaguean,
Y de amor despiden rayos
Que deslumbran y que queman;
Y aléjome de esos ojos,
Porque al rayar los cincuenta
Son de peligro de muerte
Recordar tales lindezas.

III

¡Ya es tiempo, maestrito!

No espereis en esos grupos,
Que de entusiasmo palpitan,
El *jarabe* turbulento
Que los muertos resucita,
Ni el *currucú* del palomo,
Ni del *durazno* la chispa,
Ni del lindo *sombrero ancho*
Las coplas provocativas:
No señor, bailan *scotisch*,
Se pasean las cuadrillas,
Y cuando mas, se rempujan,
Compases de las dancitas,
Y es que tampoco hay rebozos,
Ni bandas, ni pantorrillas,
Sino en el tocado flores,
Túnicos de muselina,
Botincito americano,
Zapatones con hebillas,
Y albos pañuelos de lino
Que sobre la frente agitan;
Pero en la dama, ¡que encantos!
¡Qué abandono! ¡qué delicia!
Las llevan sus compañeros;
Fugaces con ellos giran
Como tallos de rosales
De la corriente en la orilla,
Que se doblegan y ceden
Y juegan, y con delicia
Se alzan erguidas y tornan
A columpiarse en las linfas,
O como en movible rama
Tórtola medio dormida
Se remece voluptuosa,
Se estremece cuando vibra,
Abandonándose ufana
Al capricho de las brisas.
Los compases se aceleran,
Los ojos, ardiendo brillan,
Suenan palmas los mirones,
Los danzantes vierten risas,
Carcajean los rancheros,
Los muchachos gritan ¡viva!
En el centro están los guapos
Y están danzando las lindas.
Pero miremos qué queda
Siendo ornato de las vigas.
Son las raices, las ancianas,
Son las madres de familia,
El tápalo á la cintura,
Derribada la camisa,
El *tabaco* entre los labios,
Y su chico en las rodillas,
Dejando un pecho al desgaire
Que el *nene* insaciable esprime,
Cual si fuese sobrepuesto
Colgado de una costilla;
Mientras en medio los grupos
Y saltando por las vigas,
Hierven párvulos y adjuntas

Que saltan, retozan, chillan,
Dando *grátis* al curioso
De Adan y Eva efigies vivas.
Entonces, echando menos
A esas hembras pica pica,
Refugio de pecadores,
Por demas caritativas,
Consuelo de los viajeros,
Crédito de las boticas,
Conoce el alma que se halla
En un festin de familia,
Y el placer y la inocencia
El tierno cuadro iluminan;
No es el baile, no el festejo
En que cabe la malicia
Y en que los castos placeres
A su soplo se disipan;
Son del hogar los solaces,
Son de esas aves que anidan
Bajo nuestro propio techo,
Y para nosotros trinan.
Es la anciana á quien se llama
Con dulce voz la mamita,
Es el viejo que regaña
Más que obsequia y acaricia,
Amigo de nuestro padre,
Su mujer, nuestra madrina;
Es esa fuente amorosa
En nuestro huerto escondida,
Que refrescó nuestros labios
Cuando entramos en la vida.
¡Oh dulce ramo de afectos,
Grupo de flores queridas,
Dulce gérmen de la patria,
Agua de noble valía
En que duerme sin zozobra
De nuestro sér la barquilla;
¡Oh espansion! ¡Oh santo gozo!
Cómo el alma enternecida
Se extasiaba al contemplarte;
Yo solo, yo sin familia,
Sintiendo de mis pestañas
Las lágrimas suspendidas.
Pero ¿qué ocurre?—La dama
Sus compases precipita,
Y á la vez el aire pueblan,
Y á un tiempo en las almas vibran
De los que bailan las voces,
De los muchachos las risas,
De los tunos la chacota
Que hace á lo lejos cosquillas,
De cantores las balonas
En torno de las cantinas....
Es una bola de gusto.
Frescos rostros, almas limpias,
Y desnudas las virtudes
Que dan á Mier tanta estima.
¡Pueblo amado! hospitalario,
Dios por siempre te bendiga;
Centuplique tus ganados,
Los granos cuaje en tus milpas,
Llene á tus hijos de dones,
Felices haga á tus hijas,
Que así se colman los votos
De mi alma reconocida.

FIDEL.

Setiembre de 1867.

REVISTA TEATRAL.

Entre las muchas observaciones que los asíduos concurrentes á nuestros teatros tienen hechas, lector amigo, es una de ellas la de que en toda funcion de las llamadas *de beneficio*, hay tal desgracia en la eleccion de las obras para el intento preferidas, que por lo comun el público sale justamente disgustado, ó por el ningun mérito de la composicion ó por el desacierto en el desempeño, ó por ambas circunstancias á la vez; y es que al artista *beneficiado* le sucede lo que nos sucede á todos en la vida, que cuando mas empeño tenemos en agradar y complacer, es precisamente cuando mas nos falta el aplomo y el tino en la eleccion de los medios, con lo cual nuestro afan resulta casi siempre contraproducente. Esa constante observacion, confirmada por la experiencia de tantos años, origina la mala prevencion de los espectadores hácia las funciones de *beneficio*, y da lugar á que involuntariamente tuerza el gesto quien recibe el anuncio de una fiesta de esa clase. Pero en esto, como en todo, hay excepciones, y como tal debe contarse la representacion del drama *La locura de amor*, que á beneficio de la Sra. Civili tuvo lugar en el Teatro Nacional la noche del juéves 12 del corriente.

Excelente la obra, excelente el desempeño, debió quedar y quedó en verdad satisfecho y halagado el inteligente auditorio que en esa noche, como en todas las demas, acudia á sancionar con sus entusiastas y reiterados aplausos, el mérito de la distinguida artista.

Estando colocado en el órden natural, primero el poeta que su intérprete, comencemos por examinar la obra.

Es *La locura de amor* un drama del género histórico, parto feliz del ingenio de Tamayo y Baus, y cuya protagonista es la reina de Castilla Doña Juana, apellidada *la loca;* el asunto, el inmenso y hasta desacordado amor que esta desdichada mujer profesó á su marido Don Felipe el *Hermoso;* y el fin moral, presentar de bulto los atroces martirios con que al alma tortura toda pasion exaltada, ya sea esta pasion el amor ó los celos, por mas que en su favor tenga las condiciones de legítima y fundada.

Con tales elementos combinó Tamayo el plan de su drama, desarrollándole de tan feliz manera, que el mas severo crítico quizá no echará en él de menos ninguna de las condiciones que el buen gusto literario exige en obras de ese género.

En su calidad de drama histórico, está fielmente respetada por el poeta la verdad, así en hechos como en caractéres. Comienza la accion en los últimos dias de Don Felipe I, cuando despues de tenaces, reiteradas, y muchas veces infructuosas tentativas, logra al fin ocupar solo el trono de Castilla, excluyendo de él y poniendo en reclusion á su esposa, la legítima heredera de los reyes católicos. Las intrigas de sus parciales, la corrupcion de la corte, el

escandaloso favor que á los flamencos daba sobre los castellanos, todos los acontecimientos, en fin, que prepararon su proclamacion en Burgos, y que hubieron de verificarse en no reducido espacio de tiempo, el poeta los reune sin violencia, con la habilidad de quien conoce los secretos del arte y le es ya familiar su empleo, para presentar en conjunto los hechos preparatorios en una exposicion ingeniosa y clara. Cuando termina el primer acto, ya el espectador conoce á fondo á los personajes, con sus pasiones, con sus intentos; sabe el punto adonde cada cual se dirige, y la parte que toma en la intriga; tiene los primeros hilos de la trama, y no le resta mas sino ir presenciando el choque de tantos, tan diversos y tan encontrados afectos; excitado el interés desde este momento, va acrecentándose progresivamente hasta el fin, mediante una serie de efectos teatrales dispuestos con maestría para sorprender y conmover hondamente al auditorio.

De los tres caractéres dominantes en la obra por su importancia en el desarrollo del plan, dos son históricos: la reina y Don Felipe; el tercero es de mera invencion: Aldara, la hija del destronado rey moro de Granada. El primer personaje representa el amor y los celos, llevadas ambas pasiones hasta la exaltacion; Tamayo, al presentarle en escena hizo de él un verdadero retrato, como que tomó fielmente los rasgos consignados en los historiadores mas fidedignos; los detalles, la amplificacion, son el resultado del estudio mas concienzudo sobre la fisiología de las pasiones. Retrato fiel es asimismo el personaje de aquel rey disipado, frívolo, ambicioso, ingrato, tan vulgar en sus vicios como en sus escasas buenas cualidades, y cuya figura, incapaz de brillar en la historia con resplandor propio, no se dejaria percibir si no la iluminara la llama de aquel inmenso amor, que por cierto no merecia. Aldara no existe en la historia, es una creacion exclusiva del poeta; no fué esa jóven mora quien inspiró tan violento amor á Don Felipe y tan vehementes celos á Doña Juana, sino una dama flamenca; pero el poeta necesitaba para la armonía de su cuadro una figura de mujer realzada con las tintas mas fuertes, capaz de formar pareja con Doña Juana; una mujer, en fin, de pasiones terribles, como no podian caber en el corazon de una flamenca, como solo podia abrigarlas el corazon de una mora: para luchar con la leona de Castilla era indispensable la pantera del desierto. Así la concibió el poeta, y así le dió el ser, dotándola de una energía salvaje en su venganza, en su odio y en su amor. Pero como no hay obra humana que sea perfecta, como hasta en lo mas pulido hay lunares, en el drama de Tamayo el lunar y la imperfeccion están precisamente en esa Aldara, tan bella por su misma indómita fiereza: el carácter de Aldara pierde hácia el fin su atractivo, no se sostiene como debia, decae y cambia; la terrible mora vengativa y celosa, la altanera y fanática hija del Africa, no promete ser en los primeros actos la humilde novicia del último, renunciando á su odio, á su venganza, á sus creencias y aun á su amor, sin motivo plausible; natural hubiera sido verla morir de coraje cuando su rival la insulta, cuando el que ella ama la desprecia; pero repugna á la verosimilitud una fiera que repentinamente se trueca en dulce y humilde, una hiena que se amansa y domestica en un momento sin el influjo de fuerza superior.

Sea como fuere, los caractéres de los tres personajes están perfectamente dibujados. Pinta el poeta el amor de Doña Juana á su esposo en estos términos: «Te amé cuando te ví; más cuando me llamé esposa tuya; más cuando fuí madre de tus hijos. Existe el que me dió el sér, existen las prendas de mis entrañas, hay un Dios en el cielo que á todos nos redimió con su sangre. Pues bien; óyelo y duélete de esta infeliz: en mí tiene celos la hija de la esposa, la madre de la esposa, celos de la esposa la misma cristiana...... Y oigo que la voz de la reina Isabel me dice: piensa en tus sagrados deberes, y yo pienso en tí; ama á tu pueblo, y yo á tí te adoro; conserva mi herencia, auméntala si es posible, civiliza, regenera, salva, y mi corazon solo responde *amo* en cada uno de sus latidos.» Pinta la terrible explosion de sus celos en la escena en que llega hasta el punto de intentar batirse á estocadas con Aldara.

El amor de esta al capitan, y sus celos, están pintados con estos rasgos: «¿Por qué te conocí? quizá hubiera logrado la gloria de morir por odio á los cristianos, y no que hoy moriré, quizá, de amargura por haber amado á uno solo.....» Y mas adelante: «Le perdonaria que no me amara; que ame á otra, no puedo, no quiero perdonárselo.» Para mostrar su altivez hace el poeta que ella diga á su amante: «Idos, dejadme; necesito llorar, y antes me moriré que llorar delante de vos.»

Con no menos maestría está bosquejado el carácter versátil, ambicioso é ingrato de D. Felipe, y tanto en este como en los otros dos, y en los demas secundarios, cuidó el poeta de ofrecer magníficos detalles que hacen de cada cual una figura acabada. Dije antes que los efectos teatrales mas conmovedores y sorprendentes están preparados y combinados con admirable destreza en todo el curso de la obra, pero muy especialmente en los finales de cada acto; con lo cual, y con las bellísimas situaciones dramáticas presentadas oportunamente, no puede sino mantenerse vivo el interes, no menos que halagado el gusto y cautivado el corazon. Si á todas estas exquisitas bellezas agregas esa locucion tan correcta y sabrosa, esos giros de lenguaje tan castizos y originales que caracterizan el estilo de Tamayo, y que hacen no echar de menos la cadencia armoniosa de la rima, puedes asegurar que *La locura de amor* es un excelente drama histórico, que seria quizá perfecto si el carácter de Aldara no resultase inútilmente falseado en el último acto; aun así, esta obra en nada rebaja la envidiable y merecida gloria del ilustre autor del *Drama nuevo*.

Justo es ahora consignar aquí, que si Tamayo

creó admirablemente el personaje de Doña Juana, no menos admirablemente fué interpretado en nuestra escena por la eminente artista que ya en España, y á la vista del autor, compartió con él los aplausos de aquel público. El nuestro hizo justicia al talento de la Sra. Civili, celebrando con entusiastas y unánimes ovaciones el desempeño de los mas notables pasajes; la verdad es que la señora Civili en esa noche estuvo verdaderamente inspirada, al expresar los diversos afectos que dominan sucesivamente á la protagonista, desde la cólera en su mas violento arrebato, hasta la ternura en su mas dulce é inefable expresion. Difíciles y numerosas transiciones se ofrecen á cada paso en el papel de la reina loca; pero no pasó una sola que no hubiese sido hecha con toda la intencion concebida por el poeta; transiciones que yo de buen grado consignaria en este artículo, si para ello no fuera preciso mencionar todas las escenas en que la eminente artista tomó parte. Su primera salida fué saludada con prolongados aplausos; volaron á sus piés multitud de ramilletes y palomas; fué llamada á la escena repetidas veces, y por último recibió un modesto laurel que los escritores mexicanos le ofrecieron, laurel que á ruego de estos conservó en sus sienes mientras tenia al público absorto con la terrible narracion de la muerte de Ugolino, escrita por el inmortal Dante, y recitada por la señora Civili, que para el efecto personificó á la musa inspiradora del poeta florentino.

La señora Civili se ha despedido ya del público mexicano; pronto se despedirá tambien de nuestra tierra y de los numerosos y sinceros amigos que en ella deja. Considerada como artista, no vacilo en darla por última vez la calificacion de eminente, en lo cual, si me he engañado, si exagero, exageracion y engaño seria este del que han participado cuantos acudieron á admirar su talento. La mayor ó menor afluencia de espectadores no arguye en pro ni en contra del mérito de los artistas: afluencia, y grande, ha habido siempre en los *jacalones* de Don Chole y en el teatro de *América;* pero el aplauso entusiasta y unánime, las ovaciones espontáneas de ochocientas ó mil personas de la clase mas ilustrada de la sociedad, eso sí arguye en pró del talento y del mérito, y esas pruebas palmarias sí las recibió la señora Civili desde la primera noche hasta la última; no recuerdo yo haber conocido en nuestros teatros á otra artista á quien se hayan tributado como á la señora Civili, los honores de la *llamada* dos y tres veces en cada funcion y casi al final de cada acto; si el público es juez competente, si su fallo es el único aceptable, á él me he atenido y atengo, y con él me escudo cuando rindo el tributo de mi admiracion á la artista celebrada y aplaudida por el público de mi país.

Consigno aquí gustoso los anteriores hechos, de cuya verdad pueden responder cuantos han concurrido últimamente al teatro Nacional; y los consigno, para que la distinguida artista extranjera que nos honró con su visita, conserve un recuerdo grato de México, tan grato como lo es el que á su vez deja en quienes supieron admirar su talento artístico, y apreciar sus relevantes prendas personales.

M. Peredo.

Agosto, 19 de 1869.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

JULIO.

15

1524.—El cabildo de México concede licencia al carcelero para que los viérnes y domingos de cada semana pueda pedir limosna para los pobres de la cárcel.

1673.—Se solemnizó en esta capital con fuegos artificiales y otras demostraciones de regocijo la beatificacion de S. Fernando.

1682.—"Envió recado el señor arzobispo al Dr. Butron, que renunciase la mayordomía del hospital del Amor de Dios para nombrar á otro." Aquí se verificó lo de *renuncias ó te echo.*

1692.—"Se repitió el bando para que los indios vivan fuera de la ciudad, y lo van obedeciendo."

1784.—Concurrió el virey y su esposa á la Universidad al acto que segun costumbre les dedicaban. "Hubo una gran música y buen refresco...."

1840.—Pronunciamiento en esta capital, acaudillado por los Sres. D. José Urrea y D. Valentin Gomez Farías. Las tropas del gobierno estaban mandadas por el general D. Gabriel Valencia.

1867.—Hizo su entrada en esta ciudad el gobierno republicano. En el mismo dia se publicó un manifiesto del presidente.

1869.—Se estrenó en el Gran Teatro Nacional la trágica italiana Carolina Civili, en la tragedia *Sor Teresa.*

16

1566.—Fueron presos en esta ciudad el marqués del Valle, sus dos hermanos D. Martin y D. Luis, y algunas otras personas que estaban complicadas en la revuelta que se llamó *Conjuracion del marqués del Valle.*

1650.—En la tarde de este dia se verificó la dedicacion de la iglesia de San Lorenzo, para cuyo objeto salió de catedral una gran procesion. En la noche hubo fuegos artificiales.

1664.—"Se pregonó un bando prohibiendo el tener, traer, hacer, usar de carabinas, escopetas, mosquetes y otras armas de fuego, dentro y fuera de la ciudad, so graves penas."

1692.—Se publicó bando para que no anduviese por la ciudad despues de las oraciones ningun indio.

1794.—De órden del virey Branciforte se quitó una caja que habia en el cuerpo de guardia de alabarderos para recibir los memoriales; dicha caja fué puesta en la época de Revillagigedo.—En la misma fecha se dispuso el régimen que se habia de observar en los memoriales, y que se diera audiencia á todos, para lo que se señalaron cuatro dias cada semana: "mártes y viérnes desde las siete de la noche para hombres, y miércoles y sábados para mujeres, sin distincion de personas."

1859.—Ley que expresa el plan de hacienda conocido con el nombre de Peza, por apellidarse así su autor.

17

1683.—Salió de esta capital con direccion á Veracruz el virey D. Tomás Antonio de la Cerda y Aragon, conde de Paredes, marqués de la Laguna.

1797.—"El dia 17 de este mes se mandó por bando del Sr. virey marqués de Branciforte, que se echase leva de gente para el ejército, cosa que no se habia visto."

1869.—Fueron sepultados con gran pompa en el panteon de San Fernando, los restos de los generales Arteaga y Salazar. Se leyeron discursos y poesías, siendo el orador oficial el Sr. D. Ignacio M. Altamirano.

Ignacio Cornejo.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El Robinson.—Los calaveras.—La cuestion teatral.—El Circo Chiarini.—Una página del libro de la condesa Kollonitz.—El violinista Delgado.—La Civili.—El 2º tomo del *Renacimiento*.

(CONCLUYE.)

México, Agosto 28 de 1869.

Nunca habiamos interrumpido nuestras Crónicas semanarias, y cuando nos vimos obligados á hacerlo por la primera vez en la semana antepasada, no creimos que algo nos impediria continuar inmediatamente.

Pero el suceso trágico ocurrido en el pórtico del teatro Nacional el domingo 15 del corriente en la noche, y del que fuimos testigos por desgracia, nos impidió continuar oportunamente, no solo á causa de la herida que recibimos, ligera por cierto, sino tambien por la impresion que dejó en nuestro ánimo el triste desenlace de aquel incidente.

Nuestros lectores nos perdonarán, pues, y nos permitirán que no concluyamos nuestra narracion comenzada, á propósito del *Robinson*, pues no nos sentimos dispuestos, por ahora, á contar historias alegres.

La cuestion á propósito de las funciones teatrales, que en los últimos dias tomaba un giro peligroso y desagradable para los escritores, ha cesado ya, gracias á Dios. Nosotros deseariamos que otra vez, al discutir el mérito de los artistas y de los diversos géneros que pueden presentarse en escena, no se descendiese jamás al terreno personal, y vedado á quien desea triunfar con las armas de la razon.

En cuanto á nosotros, cuya *santa cólera* se decia por algunos que habia sido provocada por los artículos publicados en favor de la zarzuela, protestamos no haber sentido incomodidad alguna. No acostumbramos á encolerizarnos por tan poca cosa, ni menos por aquello que no nos importa personalmente. Al contrario; tenemos gusto en ver los fundamentos en que se apoyan las opiniones contrarias á las nuestras; pues algunas veces sacamos de esto fruto, y otras nos afirmamos mas en nuestra creencia al ver lo falso de las que se nos oponen.

En el Circo Chiarini han seguido las funciones muy concurridas: los acróbatas se han dado sendos golpes, lo que no les ha impedido continuar haciendo sus peligrosos equilibrios y saltos. Todas las noches de funcion el público pide el *cancan*.

A propósito de este baile, queremos citar una página de un curioso libro que ha llegado á nuestras manos, traducido al inglés, y que se intitula: La Corte de México, *por la condesa Paula Kollonitz*, dama de la emperatriz Carlota. Dice así: «El general Bazaine tambien dió un gran baile para el cual dispuso el patio de su casa, que con sus pilares y galerías presentaba un bellísimo aspecto. Todo estaba adornado con flores, ramos, banderas y otros trofeos; y como el único techo que habia era de lona, la atmósfera permaneció muy fresca. El hermoso jardin se prestaba muy bien á una excelente iluminacion y á los fuegos artificiales, que en México han alcanzado un alto grado de perfeccion. El baile, sin embargo, fué poco alegre. Las tarjetas de invitacion habian sido redactadas en una forma que comprometia: el tocado estaba prescrito, y se añadia que solo debia admitirse á aquel que entregase su tarjeta, rechazándose á los que llegasen despues de las nueve de la noche. Al mismo tiempo los ayudantes se habian permitido hacer algunas observaciones personales al tiempo de invitar, y se habia excluido á los mas importantes personajes; las señoras habian sido invitadas sin sus maridos y las hermanas sin sus hermanos. Muchas no vinieron, y otras lo hicieron solo por el respeto á la imperial pareja. La conmocion fué universal. El que es ahora el mariscal Bazaine, mostró mas que ninguno una arrogancia y una falta de buena educacion como se ve pocas veces; y por desgracia otros muchos oficiales siguieron su ejemplo. Tan pronto como la corte se retiró, la mayor parte de la reunion se retiró tambien, y hemos oido decir despues que la reunion francesa que permaneció allí, habia concluido el baile con un *cancan.*» *

Por esto, se ve que ya el *púdico* baile frances se habia instalado en tiempo del imperio, no en los circos ni en los teatros, sino en los salones del mariscal frances, á los que concurria la sociedad mexicana.

En cuanto á lo de ir al baile las señoras de México sin sus maridos y hermanos, la condesa Kollonitz lo asegura, y si no es cierto, los aludidos podrian rectificarlo.

El hábil artista D. Eusebio Delgado, que hace algunos años marchó á Europa con el objeto de perfeccionar sus estudios en la música, se presentó por primera vez despues de su vuelta, en el teatro Nacional, y ejecutó en el violin tres piezas que fueron aplaudidas furiosamente por el público.

Todo el mundo conviene en que Delgado ha adelantado notablemente, y que su ejecucion ha ganado en dulzura, en estilo y en expresion.

Este profesor es una verdadera notabilidad, que puede competir con las mas célebres de Europa.

La distinguida actriz Carolina Civili ha concluido ya sus trabajos en nuestro teatro, y partirá próximamente de México. Nosotros, que hemos sido los primeros en apreciar su talento, le damos el saludo de despedida mas cordial; le deseamos que siga recogiendo en su carrera abundantes laureles, y sentimos que el público mexicano, enamorado hoy de otros géneros teatrales, no permita perma-

* The Court of Mexico. By the Countess Paula Kollonitz lady-in-waiting to the Empress Charlotte. Fourth edition. London: Saunders, Otley, and Co.—66 Broock Street. W. 1868. Chapter VII.

necer mas tiempo entre nosotros á la hermosa y hábil artista.

Por fin la zarzuela y el *cancan* habrán aparecido ya cuando salga esta crónica, en la escena del Gran Teatro; y los *chicos y chicas* que forman ese todo inteligente al que hemos llamado otra vez *Juan Diego*, tendrán *gaudeamus* como lo desean y como lo merecen.

Ahora tenemos que anunciar á nuestros lectores que con esta entrega se cierra el primer tomo del Renacimiento, y que la próxima pertenecerá al segundo.

Los editores, mas y mas animados cada dia por la acogida que el público dispensa á nuestra publicacion, están decididos á mejorarla en cuanto sea posible, no omitiendo para ello ningun sacrificio.

Para el segundo tomo cuentan ya con algunos elementos que no tuvieron al principio. Se ha hecho venir de Europa una gran cantidad de papel expresamente para El Renacimiento; de manera que la impresion será mas hermosa que en este primer tomo en que se tuvo que hacer uso del papel que pudo conseguirse. Las estampas serán mejor ejecutadas, pues con el objeto de que los dibujantes tengan el tiempo suficiente para sus trabajos, se ha reunido una coleccion de magníficas fotografías y dibujos que se les darán con la debida anticipacion. Esto en la parte material. Además: en el segundo tomo saldrán á luz numerosos artículos inéditos sobre antigüedades mexicanas, obra de algunas comisiones científicas, ó bien de personas muy conocidas por su competencia en esta clase de trabajos, como el Sr. D. Manuel Orozco y Berra. Tales artículos serán acompañados de hermosas vistas ó copias de Monumentos.

Tambien se publicarán: una traduccion que el distinguido poeta D. José María Roa Bárcena acaba de hacer en versos castellanos, del poema de Lord Byron, intitulado *Mazeppa*, y otra de los *Idilios de Bion de Smirna*, que hizo directamente del griego el P. Montes de Oca, y que prometimos publicar en el primer tomo, lo que no se verificó por causas independientes de nuestra voluntad. Otros muchos artículos biográficos y de costumbres saldrán en el segundo tomo; continuando ademas en él, y en la forma que hasta aquí, el *Estudio Crítico sobre los poetas mexicanos*, del Sr. Pimentel, y *El Angel del Porvenir*, del Sr. Sierra. Contamos entre lo mas interesante que tenemos preparado, con una leyenda bíblica y una coleccion de *Traducciones del aleman*, hechas por el Sr. Segura, y con nuevas *Lecciones sobre Gramática general y literatura*, escritas por el Sr. Ramirez.

En suma, procuraremos que nuestra publicacion sea compuesta casi toda de materias originales, circunstancia que la ha distinguido desde el principio, de otras publicaciones de igual género que se han hecho en los tiempos pasados en la República: pues si alguna vez hemos dado lugar en nuestras columnas á pequeñas traducciones, estas han sido tan pocas que no llegan á diez, y ademas algunas de ellas tienen el mérito de estar hechas en versos castellanos.

En nombre de los editores damos las gracias á los que han protegido nuestro Periódico Literario, y les ofrecemos trabajar empeñosamente por hacernos cada dia mas dignos de su benevolencia.

Ignacio M. Altamirano.

LA GRATITUD. *

Canto por cuenta ajena; mas mi lira
Que nunca al poderoso himnos entona,
Ni busca una corona
Con humillante adulacion comprada,
Hoy dispuesta y templada,
Prévia la invocacion de quien la inspira,
Va á ponderar con melodioso acento
De un corazon el puro sentimiento.
Y mientras se dispone
La que antes me sopló musa divina,
Y con afan se pone
La hinchada crinolina
Que abulte la su falda vaporosa
Blanca y color de rosa,
La de los dias de fiesta,
Aguzaré el cacúmen
Aunque me exponga luego á que me emplumen.
Que iba á cantar os anuncié por junto;
« Enterados, ¿mas cuál es el asunto?
« Diréis; ¿qué nueva hazaña
« De los héroes de México ó de España,
« Va á anunciarnos tu trompa
« Con tanto circunloquio y tanta pompa?
« ¿Quién es el personaje
« Que en frailesco sillon y escaño cojo,
« Bajo ese nebuloso cortinaje
« De algun balcon despojo,
« Atrae nuestras miradas
« Curiosas y abismadas?
« ¿Será tal vez indómito guerrero,
« Cuyo potente acero
« Por quítame esas pajas
« Repúblicas é imperios hace rajas,
« Y á la cabeza de ginetes bravos
« Trae séquito de príncipes esclavos?
« ¿O tal vez es un sabio,
« Que armado de tremendo telescopio,
« De colosal retorta y de astrolabio,
« Ha descubierto el modo
« De convertirlo todo
« En el rubio metal con que las onzas
« Se fabrican, y causa tantos males
« Cual registran del mundo los anales? »
Nada de eso, señores, nada de eso;
No habeis dado en el hito,
Y torpes sois, deveras lo confieso;
Por lo cual necesito
Como siempre ilustraros,

* En una ovacion casera, dispuesta en la forma que aquí se describe, por una viuda agradecida, á quien le habia arreglado la declaracion de su montepío, leí esta composicion; ahora la publico á instancias de mis amigos, sin darle mas valor que el que pueda tener una mera broma.

Y con mi docta verba colocaros
En el bueno y legítimo camino,
Que al discurrir torcísteis tan sin tino.
Ese que veis allí tan mal sentado
Que derecho ó de lado
Está temiendo, y con razon, hundirse,
Ya al fin puede decirse:
¡Es Alvarez...!!! mas nó el de Toledo,
El sanguinario duque de Alba altivo;
Es Alvarez á secas, que si escudo
Nobilísimo de armas no posee,
(O quizá lo posea
Y ni él mismo lo crea)
Sin tanta faramalla ni grandeza
Lleva en el corazon alta nobleza.
¿Sabeis qué hizo? pese á su modestia
A contároslo voy en dos tirones,
Por mas que yo sea un bestia
Y me lo prueben con dos mil razones:
No deshizo escuadrones
De numerosa y enemiga hueste,
Supliendo, como muchos, á la peste;
Ni con trompis y leyes
A paseo mandó pueblos y reyes;
Ni en la mentida alquimia
Perdió su tiempo, ni hizo nada en suma
De todo eso que és tan solo espuma.
Removiendo legajos
Con ciento veinticinco mil trabajos,
Y bajando y subiendo
Las anchas escaleras
Del nacional palacio, en que deveras
El mas reseco suda,
¡Arregló el montepío de una viuda!
Y esta viuda que digo, agradecida
A quien tras mil afanes
Le procuró no el pan sino los panes,
Le dispuso una fiesta
(No se puede negar) harto modesta,
Pero con la que quiso
Su gratitud inmensa demostrarle;
Y á mí para encomiarle
Me nombró placentera,
Por mas que álguien dijera
Que por boca de ganso
Al bienhechor habló.—Dije, y descanso.

M. PEREDO.

LIBRO DEL ALMA.

A DÉLTIMA.

A tí, que desde lejos escuchas mis canciones,
Llevadas en las alas del aura tropical,
Cual oigo yo en la playa los misteriosos sones
Que exhalan de su espuma las olas de la mar;

A tí, niña hechicera de mis ensueños de oro,
En cuyos ojos liba la inspiracion su luz,
A tí dedico un libro que es mi único tesoro;
Sus páginas son himnos, su música eres tú.

Acaso á tus oídos mi acento débil llegue
Cual hálito espirante de triste ruiseñor;
Acaso entre el perfume de tus cabellos juegue
Perdido como un rayo del moribundo Sol;

Entonces, ángel mio, mirando tu sonrisa,
Fulgor de esa tu boca de perlas y rubí,
Las rosas de Jalapa dirán que entre la brisa
Sentiste dulce aroma llegar de otro pensil.

¡Oh, sí! su aroma puro te dá mi pensamiento;
Recójalo en su cáliz tu vírgen corazon,
Que así como un reflejo de luz del firmamento,
De mi alma ¡oh niña! brotan los cantos del amor.

Yo soy un peregrino; me lleva el desconsuelo
Cual átomo de arena que arrastra el huracan;
Acoge mis canciones, y á tí, que eres el cielo,
Sus alas de armonías alegres tenderán.

Con mis suspiros, niña, de blando y triste arrullo,
A tus brillantes ojos el sueño haré venir,
Y á la nocturna sombra con plácido murmullo
Los himnos de los astros descenderán á tí.

Con música vibrante yo arrancaré á mi lira
Mil notas melodiosas que ensalcen tu beldad,
O apenas susurrante como en la selva espira
El beso misterioso del aura y el rosal.

A tu infantil antojo, mi cántico atrevido
Te llevará á las puertas floridas del Eden,
O del errante génio remedará el gemido
Que se oye entre las ruinas gigantes de Balbeck.

El bardo tiene en su alma tesoros de armonía;
Su voz en que resuenan la risa ó el dolor,
Susurra como el aura por la arboleda umbría
O gime cual los ecos del postrimer adios.

De ignotos mundos tiene los velos en su alma;
De los amores sabe la pena y el afan,
Y pueden sus concentos turbar ó dar la calma
Y en besos y suspiros ardientes palpitar.....

En cada línea traza mi temblorosa mano
Un sueño de esperanzas, un mundo de ilusion,
Y canto sin tristeza porque recuerdo ufano
Que el mundo de mis sueños es templo de tu amor.

Acepta de este libro la tierna y pura ofrenda;
En él como entre estrellas tu imágen brillará,
Y mientras de la vida cruzamos en la senda,
Mis pobres versos, niña, tu gloria cantarán.

Adios, y no me olvides; la estrella solitaria
Del cielo de mi vida, recuerda que eres tú,
Y que desde esta playa te lleva mi plegaria
El aura entre sus alas de trasparente tul.

La tarde está sombría: recibe mis canciones,
Perfumes que arrebata la brisa tropical,
Mientras escucho triste los misteriosos sones
Que exhalan de su espuma las olas de la mar.

SANTIAGO SIERRA.

Veracruz, Julio 18 de 1868.

FLORENCIO DEL CASTILLO.

(ESTUDIO BIOGRÁFICO.)

Debiamos á nuestros lectores el presente estudio biográfico sobre Florencio M. del Castillo, cuyo retrato se ha publicado en este tomo, y la causa de haberle retardado no ha sido nuestra negligencia, sino la sensacion penosa que nos causa el recuerdo del pobre mártir de Ulúa, á quien estuvimos ligados por los vínculos de la mas tierna amistad.

Tal razon nos hizo alejar, de dia en dia, el momento de escribir estas líneas consagradas á la memoria de un escritor distinguido que fué honra de las bellas letras mexicanas; y de un patriota sincero que despues de haber prestado eminentes servicios á su país, selló la pureza de sus principios republicanos ofreciéndose como víctima inmaculada en las aras de la libertad.

Florencio M. del Castillo nació en México el dia 27 de Noviembre de 1828, y era hermano del Sr. Lic. D. José María del Castillo Velasco, digno magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nacion, y uno de los mas distinguidos escritores de México.

El Sr. D. Demetrio del Castillo, padre de ambos, conociendo la precoz inteligencia de Florencio, se empeñó en cultivarla desde los primeros años, y mas que todo, en desarrollar sus inclinaciones siempre puras, para lo cual se prestaba la dulzura de carácter del niño, y la inocencia de su alma siempre vírgen.

Florencio comenzó á estudiar medicina, cuya carrera prefirió á la de la abogacía que le inspiraba una gran aversion; á la militar y á la eclesiástica que le repugnaban tambien. Sabido es que en aquella época no habia otras carreras que emprender en México.

Pero aun los estudios médicos pronto fatigaron á Florencio, que no se sentia verdaderamente con vocacion sino para el cultivo de las bellas letras. Desde que tenia nueve años, su ocupacion favorita fué la literatura, y dividia su tiempo estudiando los clásicos y escribiendo en pequeñísimos cuadernos, que él mismo empastaba, ó bien un cuento fantástico ó la descripcion de escenas que nunca habia visto y que imaginaba solamente, ó bien ligeros artículos en que parecia vaciar los vagos deseos de su corazon ó las poéticas aspiraciones de su alma. Pero en estas concepciones infantiles se podian descubrir ya algunos pensamientos profundos, que eran como el gérmen de los que admiramos en sus hermosas novelas.

Un poco mas tarde, y abandonados ya sus estudios de medicina, se dedicó libremente á sus tareas literarias; y entonces fué cuando comenzó á llamar la atencion por sus bellísimos artículos publicados en varios periódicos de literatura, y por sus lindas novelas que le atrajeron, con justicia, la simpatía, la aprobacion y la admiracion de todos los que aman lo bello y lo bueno.

Estas Novelas son bien conocidas en México, y nosotros, para hablar de ellas, no haremos sino repetir lo que hemos dicho, analizándolas en un pequeño libro que publicamos el año pasado. *

En esta obrilla, recordando á los novelistas mexicanos que han escrito antes de la época actual, colocamos ó Florencio M. del Castillo, por órden de tiempo, despues de Fernando Orozco, y dijimos lo siguiente. «Florencio del Castillo es sin duda el novelista de mas sentimiento que ha tenido México, y como era ademas un pensador profundo, estaba llamado á crear aquí la novela social. Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores, son la revelacion de su genio y de sù carácter. En esas leyendas no se sabe qué admirar mas, si la belleza acabada de los tipos, ó el estudio de los caractéres, ó la exquisita ternura que rebosa en sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, ó bien la elegancia y fluidez del estilo, ó la verdad de las descripciones, que son como fotografias de la vida en México.

«Cada una de sus heroinas es un ángel de bondad y de dulzura, porque Florencio pensó, y con razon, que para hacer amar la virtud á la mujer, no era preciso calumniar ó condenar á esta, sino por el contrario iluminarla con los rayos del sentimiento, poetizarla, hacerla divina. Así, en sus leyendas no se vé una sola de esas mujeres extraviadas, violentas, imperiosas, ulceradas por los vicios, y aborrecibles: ninguno de esos ejemplos de mujer maldiciente y procaz que van vertiendo por donde quiera el veneno de su corazon, y haciéndose semejantes á las víboras por la fetidez del aliento de su alma. No: Florencio era asaz delicado para levantar del lodo esos reptiles y mostrarlos á la sociedad, que harto los conoce, y vuelve el rostro con repugnancia al encontrarlos.

«Las heroinas de Florencio son jóvenes virtuosas, apasionadas, melancólicas, con esa melancolía que hace llorar, y no aborrecer el mundo, con esa melancolía que da dulzura al alma de la mujer, como la blanda luz de la luna da un color suave á su semblante. Ellas aman, y sufren y luchan, y lloran en silencio; pero jamás se desesperan, jamás se sublevan contra el destino, jamás sucumben vergonzosamente, jamás se hunden en la perdicion. En esas vírgenes pálidas y enamoradas cree uno ver ángeles, y se adivinan tras de ellas las alas de la inocencia plegadas por la resignacion y el dolor, pero dispuestas á abrirse para remontar al cielo. Florencio tampoco ha ido á buscarlas en los palacios de los grandes de la tierra: nó; quizás pensó que allí el lujo y el bienestar endurecen el corazon y solo despiertan los sentidos. Generalmente las encontró entre las clases pobres, entre las que sufren, entre las que no tienen mas goces que los del amor casto y sincero. Así como estas mártires de la desigualdad social, nos figuramos nosotros á aquellas mártires de la fé religiosa á quienes la admiracion de

* Revistas literarias de México.



FLORENCIO M. DEL CASTILLO.

los primeros cristianos colocó junto al trono de Dios en el cielo y sobre los altares en la tierra! Los perfiles que dió Florencio á sus vírgenes son los mismos que dió Rafael á las suyas idealizando el tipo moral, como este idealizó el tipo físico.

«Por lo demás, Florencio es un poeta en la extension de la palabra; pero un poeta melancólico. Nadie como él supo, con sus novelas, conmover tanto y dejar una impresion de honda tristeza, porque ese es el carácter de su poesía. Sus leyendas no concluyen en matrimonios, ni en abrazos, ni en agradables sorpresas: todas ellas se desenlazan dolorosamente como los poemas de Byron; pero diferenciándose del poeta inglés, en que la desdicha de sus héroes no produce desesperacion ni deja en el alma las tinieblas de la duda, sino simplemente una tristeza resignada, porque Florencio no era excéptico.

«En ternura y en pasion, las novelas de Florencio pueden rivalizar con *Pablo* y *Virginia*; pueden rivalizar con *Werther*, llevando á este la ventaja de la moralidad; pueden compararse con *Graziella* ó con el *Rafael*, de Lamartine, aventajándoles tambien en el estudio social y en la intencion, y por esta razon pueden compararse con algunas de las creaciones de Balzac.

«En esto no exageramos: otros mas autorizados que nosotros han hecho las mismas observaciones ya, y nosotros no somos mas que el órgano de la opinion general de los inteligentes.

«Tales son las bellísimas leyendas del escritor republicano que murió mártir de su fé. Son varias, y se intitulan: *El cerebro y el corazon*, *La corona de azucenas*, *¡Hasta el cielo!*, *Dolores ocultos*, *La hermana de los Angeles*. Todas, menos la última, se publicaron en una elegante edicion, precedida de un hermosísimo prólogo de Guillermo Prieto, y se han reimpreso varias veces. *La hermana de los ángeles* apareció despues.

«Para nosotros cada una de estas novelitas es un ramillete de azucenas y de cinerarias, ofrecidas por la mano de un apóstol ó de un mártir.»

Algun literato extranjero, haciendo el juicio crítico de autores mexicanos contemporáneos, ha llamado á Castillo el *Balzac* de México; y en efecto, aunque las obras de nuestro novelista sean pequeñas y poco numerosas, sin duda alguna son excelentes estudios sociales, y no es temerario creer que si la muerte no hubiera sorprendido á Florencio en la flor de sus años, habria podido, quizás, elevar en el mundo literario de su patria, un monumento grandioso como el que levantó el autor frances en un círculo mas amplio y con mayores elementos.

Hemos dicho que los estudios literarios eran la ocupacion favorita de Florencio; pero aun entre estos habia algunos que amaba con predileccion: tales eran, la fisiología y las obras de los moralistas. Tambien dedicó no pocos dias á la historia de su país, y escribió un breve compendio de la historia antigua de México, que se recomienda por su belleza de estilo y por sus buenas apreciaciones.

A pesar de que sus escritos se distinguen por un tono sentimental y melancólico, ¡cosa rara! Florencio se interrumpia á veces para escribir algunas composiciones jocosas, chispeantes de gracia, inimitables, que andan esparcidas en algunos periódicos y calendarios. Varios de sus amigos pensábamos que este género era su fuerte, y que en él hubiera podido brillar de una manera notable; pero cuando solíamos decírselo á Florencio, movia él la cabeza y nos decia—nó, yo no puedo escribir con la risa en los labios, yo soy el traductor de los dolores del pueblo; yo sufro con sus penas, y toda alma que padece simpatiza con la mia, que tiene una extraña predisposicion á la tristeza.

Y así era en efecto: aunque Florencio pertenecia á esa familia de *Bohemios* de la literatura, que generalmente apuran todos los sufrimientos de la vida, no podia llamarse realmente desgraciado; y si alguna vez se tenia por tal, era porque las aspiraciones de un alma privilegiada como la suya, encuentran mil contrariedades en un mundo donde todo es fria realidad y repugnante pequeñez.

La imaginacion de los poetas, su modo de sentir diverso que el del comun del vulgo, les hace correr en pos de un ideal sublime, que se rompe y desbarata al tocar la realidad, teniendo igual suerte que el *Ixion* de la fábula que, al precipitarse en los brazos de su soñada diosa, no encontró mas que nube y mentira.

Florencio debió sufrir mucho, porque no solo era un poeta sino un amigo de la humanidad; un liberal sincero, y un patriota entusiasta. Soñaba con lo bello, deseaba la mejora y el progreso en las clases que sufren, ansiaba el engrandecimiento de México, y combatió siempre con todas sus fuerzas por conseguir que se practicasen en nuestro pueblo las grandes ideas de libertad, únicas que hacen felices á las naciones.

Era entonces el tiempo de la lucha; tiempo tempestuoso y terrible en que el furor de los partidos se disputaba el poder, y con él la dominacion de las antiguas ideas ó de las nuevas, por cuyo planteamiento luchaban los demócratas, entre los cuales se contaba Castillo.

Entonces el periodismo era un campo de batalla en que los adalides enarbolaban la bandera que debia ser defendida despues por la espada de los guerreros; la polémica no era mas que el prólogo del combate, y el protagonista sellaba muy pronto sus ideas derramando su sangre frente á los cañones enemigos, y en los cadalsos, ó perdiendo la libertad en las oscuras prisiones en que el odio procuraba sepultar el talento.

Florencio fué periodista: tal vez al principio aceptó esta ocupacion como un medio de proporcionarse recursos para vivir, bien mezquino por cierto en nuestro país; pero mas tarde hizo del periodismo un arma, y fué combatiente en favor de sus principios. Esto, como era natural, le acarreó grandes persecuciones y sinsabores. El partido enemigo le encar-

celó varias veces y le desterró otras, haciéndole sufrir todas las angustias de la miseria. Hubo una ocasion en que por una miserable cuestion periodística se vió obligado él, cuyo carácter era tan dulce, á aceptar los peligros de un duelo, tanto mas sensible cuanto que se ponia frente á frente de otro escritor distinguido y por mil razones apreciable.* En cambio tambien se hizo digno, por sus servicios y por sus trabajos en la prensa, de ser nombrado miembro de varias sociedades literarias, regidor y últimamente diputado al congreso de la Union; pero no debemos omitir que á pesar de tales distinciones, Florencio ni por un instante dejó de ser aquel jóven modesto, humilde y lleno de abnegacion que habiamos conocido.

Vino la guerra de intervencion: Florencio salió de México con su hermano el Sr. Lic. Castillo Velasco, para prestar sus servicios á la santa causa de la patria; pero á los pocos meses faltaron los recursos á los dos hermanos, y Florencio quiso venir á México para vender una casa, su única riqueza, que habia comenzado á edificar, privándose literalmente hasta de los alimentos, con mil afanes, con sacrificios tan dolorosos como ignorados. La venta era difícil, los dias pasaban, la pobreza iba en aumento; debia, para completarse la obra, venir la prision y luego el destierro.

El dia 2 de Agosto de 1863, una partida de zuavos, dirigida por un esbirro mexicano, vino á sacar á Florencio de su casa, á arrebatarle á su jóven esposa, ídolo de aquella alma de niño, y á sus pequeños hijos, que eran su delicia. Se le encerró en un calabozo, se le puso incomunicado, y se hizo uso con él de todo ese refinamiento de barbárie que empleaban los invasores con nuestros patriotas prisioneros.

A los pocos dias se le notificó que debia salir de México para ser confinado en el Castillo de Ulúa, y se permitió á su familia despedirse de él. ¡Ay! aquella despedida debia ser eterna! Se nos ha referido con este motivo un episodio tiernísimo, y que aunque pertenece á la intimidad de familia, queremos hacer conocer á nuestros lectores. La anciana madre y los hermanos de Florencio le llevaron á la prision algunos escasos recursos pecuniarios y ropa. El mas pequeño de los hijos del señor Lic. Castillo Velasco, que tenia cuatro años entonces, abrazó llorando á Florencio, y le dijo:—«Tio, yo no tengo mas que esto, tómelo vd.»—y le alargó una pequeña moneda de plata, que Florencio recibió ahogándose de emocion.

Despues partió para Ulúa: á poco enfermó allí del vómito. Los *civilizados* franceses no le permitieron ir al hospital de Veracruz sino en los momentos de la agonía. Al embarcarse en el bote que le llevaba á la plaza, se despidió de Fernando Sort, su compañero de prision, le hizo sus últimos encargos, y luego, entregándole algunos retratos de familia, le dió la monedita del niño, que habia conservado como una reliquia, encargándole mucho que la entregara en México á su familia.

Todo esto carece de interes para las almas vulgares y mezquinas, mas para los que hemos amado á Florencio, y para los que respetamos hasta la última palabra de nuestros patriotas y de nuestros mártires, esta narracion debe ser recogida y regada con las lágrimas de la fraternidad.

Florencio murió en el hospital de Veracruz, solo, completamente solo. Su cadáver, envuelto en una sábana, fué arrojado en el cementerio, y nunca ha podido averiguar su familia donde está sepultado.

Allí se perdió aquel hombre modesto, adornado de tantas virtudes, dotado de elevada inteligencia y animado por un patriotismo sin tacha, que le hizo preferir la muerte á renegar de su fé política.

Debemos á la invasion francesa, entre tantas desgracias que nos harán siempre odiarla y maldecirla, la pérdida de ese jóven é insigne escritor que era una de las mas bellas esperanzas de la patria, un ornamento de la literatura, un modelo de amigos y un tesoro para la sociedad. Las cenizas de ese mártir ilustre yacen hoy ocultas bajo la tierra de un cementerio humilde; pero su bendita memoria tendrá siempre un santuario en el alma de los que respetan la virtud, de los que aman las bellas letras y de los que sienten arder en su corazon la llama del patriotismo.

Ignacio M. Altamirano.

* D. Félix María Escalante.

EN UN ALBUM.

Puro cual de las flores el aroma
Es tu divino aliento;
Tierno como la voz de la paloma
Tu melodioso acento.

Son de marfil tus dientes, y de grana
Tus dulces labios rojos:
No es mas bella la luz de la mañana
Que la luz de tus ojos.

Prestaron á tu faz encantadora
Su gracia los amores,
Y en tus mejillas colocó la aurora
Sus rosados colores.

Es tan flexible tu gentil cintura
Cual la gallarda palma;
Sobre tu frente angelical y pura
Refléjase tu alma.

. . . .

Quiera el cielo que nunca los dolores
Agosten tu belleza,
Y no empañen del mundo los rigores
Tu célica pureza.

Guillermo A. Esteva.

1866.

UN EPISODIO
DE LA
HISTORIA DE LOS REYES CATOLICOS. *

(La locura de la reina Doña Juana de Castilla, segun nuevos documentos.)

La perseverancia de un sábio aleman, G. A. Bergenroth, llegó á hacerse franquear las puertas del archivo secreto de Simancas, y otra de las leyendas relativas á los reyes católicos ha venido por tierra dejando en su lugar una verdad horrible, pero imposible de refutar. Juana, reina legítima de Castilla, no debe llamarse ya Juana la Loca, sino la Mártir. En lugar de una novela sentimental ha quedado un mudo y espantoso drama de cuarenta y nueve años; en lugar de la supuesta locura de amor, documentos fehacientes han revelado un crímen, un crímen inaudito de medio siglo, un crímen fraguado por el padre, aprobado por el esposo y llevado á cabo por el hijo, con una inflexibilidad capaz de trastornar la razon. El padre se llamaba Fernando el Católico; Felipe el Hermoso el marido, y el hijo, Cárlos V de Alemania y I de España.

Hé aquí la leyenda: .

Juana, hija de Fernando é Isabel, reyes católicos de España, se casó á los diez y siete años de edad con Felipe de Borgoña, apellidado el Hermoso y que era en realidad uno de los mas gentiles caballeros de su tiempo. Juana concibió por su esposo una pasion sin límite, y como Felipe era muy disipado, la jóven reina se volvió casi loca de celos. Cuando el rey murió á los 28 años de edad, Juana resintió tan profundo pesar, que jamás quiso separarse del cadáver de su esposo á quien creia dormido, hasta que cuando se hubo apagado hasta el último vislumbre de razon en la noche de aquel dolor inmenso, la reina de Castilla fué encerrada para siempre en el palacio de Tordesillas, en donde murió á los 75 años de edad y á los 49 de haber perdido la razon.

Veamos ahora la historia. No necesitaremos hacer grandes apreciaciones; los lectores las harán muy mas cumplidas que nosotros. Hechos como el que vamos á relatar no necesitan comentarios.

Doña Juana tuvo una juventud bastante apenada á causa del fanatismo religioso de su ilustre madre Isabel. Su recto corazon y su natural buen sentido, sublevaban á la jóven contra los atentados de la inquisicion. Este modo de pensar, tan conforme entonces con el de muchos españoles, le atrajo severos castigos por parte de su madre. Hé aquí lo que el marqués de Denia escribia á Cárlos V el 25 de Enero de 1522, desde Tordesillas, prision de la infeliz reina: *Si V. M. quisiera emplear contra ella* (Doña Juana) *la tortura, eso seria por muchas consideraciones hacer un servicio á Dios, y al mismo tiempo una buena obra para con la misma reina. Las personas de sus disposiciones necesitan de ello, y vuestra abuela* (Isabel) *castigaba de la misma manera á su hija, la reina nuestra señora.*

El mayor enemigo de Juana, cosa que ella ignoró toda la vida, era su propio padre Don Fernando. Este digno bisabuelo de Felipe II cuidó de fomentar el natural desafecto que por los motivos indicados nació entre Doña Isabel y su hija, pues ésta, despues de casada, llegó en materias religiosas hasta el grado de rehusar la confesion, segun las relaciones de Fray Tomás de Matienzo, monge enviado por la reina de Castilla á Bruselas, residencia de Felipe el Hermoso, con el objeto de procurar la salvacion del alma de Doña Juana.

¿Qué objeto se proponia con esa intriga Don Fernando? Hélo aquí: el rey de Aragon tenia, como tantos otros reyes en diversos países, dos ideas fijas: el engrandecimiento y la concentracion absoluta de la monarquía. Como profundo político, conocia que era preciso aprovecharse de la reciente victoria de la autoridad real sobre la nobleza, para asentar definitivamente la monarquía española sobre bases inquebrantables, aprovechándose de los grandes humillados para maniatar al pueblo, el antiguo aliado de los reyes, y buscando, sin pararse en los medios, el ensanche del reino español, para rodear el trono de imperecedero prestigio. De entonces data el encadenamiento de ese noble pueblo de España, que apenas ayer ha roto, definitivamente, esperamos en Dios, sus terribles cadenas.

Para la obra gigantesca que Fernando se proponia llevar á cabo, era preciso separar de la sucesion del trono á su hija Doña Juana, que no solo hubiera relegado á Fernando á su antiguo reino de Aragon, sino que por sus tendencias heterodoxas habria dado un golpe mortal á la Santa Inquisicion, tan útil á los reyes como odiosa para los pueblos. El primer resultado de esta intriga sombría fué un proyecto de regencia presentado á las cortes de Toledo y confirmado poco despues por la Santa Sede, proyecto por el cual Isabel, en vista de la grande experiencia de su esposo, lo nombraba regente vitalicio de Castilla, en el caso en que Juana estuviese ausente, poco dispuesta ó *inepta*. Esta palabra, esta singular prevision que no se funda en nada, indican claramente que Fernando se habia fijado en el modo de alejar á su hija de la corona: la locura.

Lo que es tambien incontestable, es sin duda el profundo amor que Juana profesaba á su esposo, amor que dió lugar á algunos lances romancescos en la época de su viaje á España y nacimiento del infante Don Fernando.

Muerta la reina de Castilla, el rey de Aragon toma posesion de la regencia en Medina del Campo y luego ante las cortes reunidas en Toro. El rumor de la locura de Doña Juana, venido de los labios de Don Fernando, habia cundido por todas partes. Felipe el Hermoso protestó contra aquel absurdo, y penetró en España en demanda de la corona de Castilla, acompañado de su mujer y seguido de un ejército al que muy pronto se reunieron numerosos par-

* K. Hildebrand. R. des deux mondes.

tidarios. El astuto Fernando tomó en el acto un partido: ir en busca de su yerno para cederle todos sus derechos.

La entrevista de los dos soberanos duró dos horas. Cuando Felipe salió de la iglesia en que habia tenido lugar, estaba convencido real ó aparentemente, de que su mujer, de cuya razon no habia dudado un momento en diez años que habia vivido con ella, estaba loca de atar, ó mejor dicho, era víctima de una enfermedad *que consideraciones de decencia y de dignidad impedian indicar á las claras.* ¡Pobre Doña Juana, cuyo amor inmenso por el hombre brutal que habia llegado á golpearlo, era calificada de delirio sexual!

El hermoso Felipe habia caido en el lazo que su suegro le tendió. Segun las piezas encontradas en el archivo de Simancas, inmediatamente despues de la entrevista, Doña Juana fué encerrada como loca. Entonces Don Fernando hizo una protesta, publicada mas tarde, en que declaraba que queria ayudar á su hija Juana, *injustamente aprisionada por su esposo.* Como se vé, el maquiavélico monarca, como diríamos ahora, se habia valido de su yerno para desembarazarse de su hija. Al salir de España encargó á Mosen Luis Ferrer, que cuidara mucho de sus hijos queridos. En efecto, Felipe murió poco tiempo despues, envenenado, segun la opinion de todo el mundo, pues aunque los médicos declararon lo contrario, tuvieron cuidado de enterrar sin examinarlas las entrañas del duque.

Ninguno de los historiadores contemporáneos hace mencion del extravío mental de Doña Juana, en el momento de la muerte de Felipe, ni aun Maquereau, oficial de la casa de Flandes que da largos detalles sobre la muerte de su amo. Solo en la historia de Cárlos V, por Sandoval, escrita á principios del siglo XVII, aparece por primera vez una mencion categórica del hecho, pero no sin poner ántes estas dos palabras: *pues dicen.* Es de recordar que cuando murió Felipe, Doña Juana estaba ya encerrada como loca que antes su marido la habia tambien maltratado y encerrado, á consecuencia de un enredo amoroso que la reina habia sorprendido en Bruselas, y que es sin duda el que ha aprovechado para la trama de su *Locura de amor* el eminente dramaturgo español Don Manuel Tamayo y Baus.

La viuda de Felipe tuvo numerosos pretendientes, y el rey Don Fernando, para evitar un matrimonio, escribió á todas las cortes, cartas en que manifestaba su profundo dolor por la muerte de su yerno y la locura de su hija. Este es, dice con razon Bergenroth, el orígen de toda la leyenda.

En cuanto á la tradicion que supone á Doña Juana viajando con el cadáver de su esposo, del cual no se queria separar, ella no indica que la infeliz viuda hubiera perdido la razon; era solo un exceso de amor, semejante á los de su hermana Isabel cuando la muerte de su esposo Don Alonso. Pero evidentemente la reina no fué la que inventó ese viaje, sino Don Fernando, para herir las imaginaciones populares, haciendo parecer cierta la locura de su hija. Hé aquí una prueba; llegada de Burgos á Tordesillas aquella fúnebre comitiva, se depositó el cadáver de Don Felipe en la iglesia de Santa Clara, mientras se concluia el sepulcro que le estaba destinado en Granada, y durante veinticinco años Doña Juana no puso un pié en dicha iglesia, separada de su habitacion por un centenar de pasos; en sus conversaciones con su carcelero, conversaciones que existen relatadas fielmente en el archivo de Simancas, habla de Felipe muy sencillamente y como de una persona muerta.

Pero lo que sobre todo indica que aquellos viajes fúnebres eran combinados con un objeto especial, es una carta del mismo marqués de Denia, gobernador de Tordesillas, en la cual se ordena que la reina sea conducida de noche, por la fuerza y en una litera, y al mismo tiempo se hace marchar á su lado el carro fúnebre de Felipe. Estos espectáculos debian convencer á los leales castellanos de la locura de Doña Juana y por consiguiente de la legitimidad de la regencia en 1507 y de la de Cárlos V en 1518, 1522 y 1527.

La cautividad de Doña Juana en Tordesillas fué horrible, ya lo hemos dicho. Se la habia secuestrado en una cámara que no tenia un solo intersticio por donde la luz penetrara, y que se alumbraba dia y noche con una sola lámpara. De allí no salia nunca, y su hija Doña Catalina escribia á su hermano (19 de Agosto de 1521), que *por el amor de Dios permitiese que la reina su soberana pudiese pasearse en el corredor á lo largo del rio, ó en aquel en que se guardaban los tapices, y que no se le impidiese refrescarse en el salon.*

Cárlos hizo á su madre dos visitas, absolutamente ineficaces para aliviar su reclusion. Don Bernardino de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y conde de Lerma, nombrado, como hemos dicho, gobernador de Tordesillas con poderes discrecionales, mantenia con el rey, ademas de una correspondencia oficial para ser leida en el consejo privado del rey, una particular que solo Cárlos V leia y que se ha encontrado en Simancas.

El emperador aprobaba la absoluta reclusion de su madre. *Es preciso,* escribía á Denia, *que en lo que á S. A. concierna, no escribais á nadie mas que á mí, y que envieis las cartas con un mensajero seguro, pues que el asunto es para mí tan delicado.* Denia respondia jurando, *que nadie sabria nada del verdadero estado de la reina;* y hablando del infante Don Fernando, hermano de Cárlos, *aun cuando,* dice, *permaneciera cien años en este país, no le comunicaria nada de lo que aquí pasa.*

Es necesario, repetia en otra carta hablando de ciertas indiscreciones de las damas de la reina, *es necesario no emplear en el palacio mujeres casadas, sobre todo cuando son esposas de los consejeros privados, porque es indispensable que lo que aquí pasa quede ignorado del mundo entero, y particularmen-*

te de los consejeros privados, y pide *órdenes severas porque sin ellas el secreto no podria guardarse.*

Era tan difícil el que se permitiera á los hombres entrar en la prision, que en 1519, cuando Juana se vió sériamente enferma, su carcelero escribia á Cárlos V: *S. A. ha tenido durante diez dias una fiebre violenta, y deseaba que se llamase un médico; pero como la fiebre ha disminuido, no le he llamado.*

¡A los diez dias!

Cuando Juana se quejaba ó se mostraba fria en materias religiosas, se le aplicaba *la cuerda*, tormento que consistia en colgarla por los brazos de una cuerda, hasta que sus huesos quedaban casi desarticulados. Hé aquí un fragmento de la correspondencia mencionada, que data del 11 de Octubre de 1527: *Si V. M. ordena que S. A. sea tratada con consideraciones, V. M. obrará como buen hijo. Debe, empero, quedar convencido de que yo, en mi calidad de vasallo, haré lo que crea útil á S. A.* Ya hemos visto antes lo que Denia creia útil á la infeliz viuda.

¿Y qué objeto tenia esta horrible persecucion? Uno muy simple.—Obtener de aquella mujer indomable en medio de los mas crueles dolores, *su abdicacion.* Mientras esto no sucediese, el reinado de Cárlos seria siempre precario, y el dia que se supiese el verdadero estado de la reina, toda la Castilla se levantaria como un solo hombre para arrojar al usurpador y á sus cómplices los extranjeros.

¿Cuáles son, entretanto, las señales de locura de la reina? Irregularidad en las comidas, largas estancias en el lecho, un tocado desarreglado. ¡Esto se reprochaba á una mujer encerrada para toda la vida en una tumba! En cuarenta y nueve años, aquella santa solo tuvo un arrebato de violencia contra una criada.

Pero un acto de aquella vida apenada debia venir á aclarar mas aún aquel crímen para la historia: la conducta de Juana durante la rebelion de *los comuneros.*

En primer lugar, he aquí la opinion de los heróicos compañeros de Padilla, expresada por el flamenco Adriano, futuro papa, en una de sus cartas al emperador: *Casi todos los servidores y oficiales de la reina, declaran que S. A. ha sido tratada injustamente, y que ha sido retenida por la fuerza durante catorce años en esta fortaleza, bajo pretexto de que su razon está turbada, mientras que en realidad ha sido siempre tan razonable y de buen sentido como al principio de su matrimonio.*

En las transacciones celebradas con sus libertadores, se mostró siempre llena de prudencia y de tino, y tanto que los rebeldes invitaron al ministro de Cárlos V, al astuto Adriano, á que viniera á Tordesillas á convencerse. Con todo, la reina, despues de multitud de consejos de templanza y moderacion, rehusó su firma á los rebeldes, diciendo que nadie la podria disgustar con su hijo, y que él tendria cuidado del bien del reino.

La pobre mujer esperaba verse libre. Despues de Villalar, los nobles vencedores se decidieron en su favor; pero la llegada de Cárlos desbarató todos sus deseos.

La segunda cautividad de Juana fué doblemente rigurosa. Denia, irritado con los insultos de los comuneros, redobló sus crueldades. La reina se vió separada hasta de su propia hija, que fué á ser reina de Portugal. Entónces la razon de la infeliz prisionera empezó de veras á alterarse; pero aún en medio de sus extravíos, siempre rehusó firmar todo lo que se le presentaba; lo cual indica que se le habia querido hacer firmar algo de imposible para aquella grande alma: la abdicacion.

Por fin, si la inteligencia, á pesar de sus frecuentes alucinaciones, permanecia firme y lúcida, el cuerpo estaba quebrantado. Despues de horribles enfermedades, la reina murió el 12 de Abril de 1525.

Que otros ensayen la defensa de Cárlos V, por sus ideas políticas que lo arrastraron á un atentado que no le sirvió para nada. Yo creo que el que de tal modo desconoce los sentimientos naturales, no merece la defensa de ningun hombre honrado, y que el genio del monarca que decia que los reyes debian sacrificar su conciencia, quedará siempre á discusion junto al crímen que someramente hemos pintado, reasumiendo un interesante estudio, hecho por un escritor que ha comprobado los documentos uno por uno.

JUSTO SIERRA.

Agosto 19 de 1869.

ELEGÍA.

Flor hermosa ayer nacida
En el pensil de la vida,
Y hoy sin colores, inerte,
Estás, pobre flor, dormida
En la mansion de la muerte.

Ayer te alzabas graciosa
Sobre tu tallo gentil;
Eras ayer, tierna rosa,
La flor mas pura y hermosa
Que se hallaba en el pensil.

Hoy sin aroma, sin vida,
Vas por el viento arrastrada;
Hoy entre el polvo perdida,
De tu tallo desprendida
Yaces, rosa, marchitada.

¡Feliz tú! No conociste
Los dolores ni el pesar;
En la tierra te dormiste,
Cándida vírgen, y fuiste
En el cielo á despertar.

Paloma inocente y pura
Tu patria no era este suelo,
Y remontaste tu vuelo
A la region de ventura,
A tu patria, que es el cielo.

GUILLERMO A. ESTEVA.

1868.

EN LA MUERTE
DE PEDRO ILDEFONSO PEREZ.

«El trovador que ayer cantar oiste
Con voz enamorada,
No existe ya, no existe;
Al son de su arpa melodiosa y triste
Llegó hasta el fin de la postrer jornada.

Sobre él inexorable el hado ciego,
Descargó sus furores
Sin escuchar su ruego,
Cuando su corazon brotaba fuego,
Cuando su pecho respiraba amores.

¡Ay! cuando acaso el porvenir riente
La paz le prometia
Que acarició en su mente,
Y vislumbraba en el rosado Oriente
La venturosa luz de un nuevo dia!

¡Mentirosa ilusion....! negra fortuna
Cual suele se gozaba
Sin compasion alguna,
Mirándole perder una por una
Las flores que del alma le arrancaba....

....

¡Ahora....! duerme en el sitio sosegado
Donde tranquilas moran
Las sombras del pasado....
¡Allí, donde sus ojos han llorado!
¡Allí, donde serán los que hoy le lloran!

II.

¿Qué es el poeta....? qué es? bella ó sombría
Pasa su vida en la fugaz corriente
De la pueril edad.—Brota armonía
El mundo por doquier.... su alma no siente;
No siente nada el corazon—un dia
Cual nunca, ante sus ojos, esplendente
Naturaleza entera se levanta....
Y abre su labio y se estremece y canta!

....

Apenas traspasaron quince abriles
De alegre infancia la dorada puerta,
Se oyeron sus cantares juveniles,
Ecos de un corazon que se despierta,
Soñando en esa flor de los pensiles
Pura y lozana sobre el tallo abierta;
Flor que á mirar en su delirio alcanza
Toda perfume...., amor, toda esperanza!
La fé del porvenir.... la luz hermosa
De un sol de gloria que á lo lejos gira;
El beso maternal y la amorosa
Beldad gentil que por su amor suspira;
La religion, la patria cariñosa,
La creacion infinita y una lira
Entre un raudal de inspiracion sujeta....
¡Eran el mundo todo del poeta!

Y embebecido de placer cantaba
Las ilusiones de su bien presente;
Su blanca estrella en el zafir brillaba
Iluminando su serena frente
Con bienhechora luz.... ante él se alzaba
Risueño el horizonte.... el vago ambiente
De perfumes le cerca.... y placentera,
Brota á sus piés la alegre primavera!
Oh! fugaz primavera! tus primores
Cuán breves son y tus felices horas!
Ayer ornabas el verjel de flores,
Hoy escondida en sus abrojos lloras.
Al perderse tus galas, tus colores,
Tus perfumadas brisas seductoras,
Perdió tambien el bardo su alegría....
¡Tú mas risueña tornarás un dia!

III.

Pero él sintió desde entonces
De su alma huir para siempre,
La esperanza.... esa esperanza
Que una vez no mas se pierde....
¡Qué de ilusiones marchitas
En malogrados placeres!
¡Qué de recuerdos que evoca
La realidad del presente!
El cantó con voz sentida
Sus desengaños solemnes;
Que era cantar su destino
Y era suspirar su suerte....

IV.

Era su canto el canto adolorido
De la torcaz paloma arrulladora;
Otras veces el lánguido gemido
Del pardo ruiseñor que busca y llora
La dulce compañera que en el nido
Su generoso amor burló traidora;
Amor que un tiempo embelesó á la ingrata,
Amor sin esperanza, amor que mata.
Ora su voz robusta, omnipotente
De los héroes traia la memoria,
Y ante el tropel de entusiasmada gente
Sus hazañas cantó, cantó su gloria.
¡Mártires nobles de la edad presente,
Gala y honor de la moderna historia;
Dignos del bardo que ensalzó sus nombres,
Digno él tambien de tan ilustres hombres!
El murmullo del aura sonoroso
Ora su acento plácido remeda,
O el eco fugitivo y misterioso
De la nocturna brisa en la arboleda;
Ora el zumbar del trueno fragoroso
Que despeñado entre las nubes rueda,
Ya el estampido sordo del torrente
Que se despeña en catarata hirviente.

....

Tal la existencia del cantor corria
Tal vez tranquila, persiguiendo acaso
Vago fantasma que ante él huia
Y siguió infatigable paso á paso....
—¡Ay del poeta....! el moribundo dia
Llega y el almo sol vuela á su ocaso....
El edificio humano se derrumba
Y abre su seno bienhechor la tumba!

V.

Le ví cruzar, tristísimo viajero,
De la mundana vida
El áspero sendero;
Llorando en vano por su amor primero,
Buscando en vano su ilusion perdida.

Le oí, mil veces, con festivo acento
De su dolor profundo
Burlar el sentimiento.....
¡Cómo sus carcajadas daba al viento
Para que el viento las llevara al mundo!
Solo, despues, en noche silenciosa
Entre el opaco velo
De nube vagarosa,
Iba á mirar su estrella misteriosa
Perdida casi en el azul del cielo!
Y al fin despareció.... (¿Qué habrá sentido
Su corazon gigante
En su último latido....
Cuando toda esperanza se ha perdido,
Cuando la eternidad está delante?)
Y al fin despareció.... Cubra en buen hora
Su luz pálida y bella
La nube asoladora,
Si detrás de esa nube hay una aurora,
Si detrás de esa estrella hay otra estrella!
La estrella de su gloria que fulgura
Sobre su losa fria
Con luz eterna y pura.....
Luz que se extinguirá cuando en la oscura
Noche del tiempo desparezca el dia!

VI.

Mas torna, lira, á tu rincon, y espera
Resignada entre el polvo del olvido,
Que te vuelva á pulsar cuando Dios quiera.
He cumplido un deber, que un deber era
Dar una ofrenda al trovador querido.
Ella en mi canto cruzará los mares....
Reciban la oracion que hago á su nombre
Los que le lloran en mis patrios lares....
....
....
¡Gloria al poeta!.... Gloria á sus cantares!
Paz á la tumba donde duerme el hombre!

José Peon Contreras.

México, Abril 10 de 1869.

A UNA NIÑA.

Crece una flor sobre la orilla de un abismo, y crece en el desamparo, en la soledad. ¿Sabes cuál es su destino, niña? Ver caer, uno á uno sobre su trémula sombra, los pétalos perfumados que la coronan; sentir que la fiebre de la tristeza aniquila su ser, y que el sol de su brillante juventud se apaga para siempre.

Tu destino es el destino de la flor. Tu vida será brillante, pero efímera, y el jardin en que se han deslizado los hermosos dias de tu niñez se convertirá en tu sepulcro. En lo efímero de tu ser yo he comprendido la poesía de tu existencia, y en la fatalidad de tu destino, lo transitorio de la felicidad y de la belleza.

Deja que la flor se deshoje, que su cáliz se cierre, que caiga sobre el polvo sin revelar si el frio de la noche ó los rayos del sol la marchitaron.—Mañana tus ilusiones de niña se desvanecerán como una sombra engañosa; tu vida se consumirá en el fuego del deseo y en el tormento de la impotencia; y cuando caigas herida por el desengaño, y abandonada por la esperanza, nadie comprenderá tu dolor, nadie comprenderá que en cada una de tus lágrimas se encierra una parte de tu existencia, una revelacion de tu historia.

Hé ahí tu porvenir. ¿Por qué lo deseas, niña? ¿Quieres alejarte de lo pasado, huir de lo presente, para encontrar la nada en el porvenir, y la desesperacion y el dolor en el camino del desengaño? No corras tras esas visiones espléndidas, pero mentidas, de tus sueños de amor y de felicidad. ¿Quieres que al tocar la realidad de la vida la fiebre de la angustia queme tu frente de ángel?

¡Mujer! Si abres tu corazon al amor, si te entregas á sus ardientes delirios de placer, tu belleza se marchitará, tu cabeza encanecerá en breve. El amor es un veneno que el hombre te presenta en una copa de oro. La sociedad te hace su esclava: el hombre su víctima. La dependencia y la privacion serán tu destino irrevocable. El deseo abre á tus piés un abismo; el deber solo te ofrece una vida de sacrificios, de sufrimiento mudo y de agonía secreta..... ¡Oh! Tu destino es el castigo espantoso de la primera culpa de tu sexo.

Por eso cuando me hablas de amor y de felicidad, mi frente se oscurece y lloro en mi corazon. Por eso cuando me pides canciones de placer, yo arranco á mi arpa esas armonías fúnebres, esas vibraciones dolorosas que conmueven tu corazon y sorprenden tu inteligencia vírgen.

No me preguntes dónde fueron mis sueños de jóven. Pregunta á la hoja que se desprende del árbol adónde va; á dos olas que se separan ántes de llegar á la playa, por qué no corren juntas á su destino.

Yo he crecido como una planta sin abrigo, en medio de las tempestades y del furor de los vientos.—Yo he envejecido en la vida del sentimiento, en el combate de las pasiones, en esa lucha de mi vida intelectual con mi vida material.—Yo no tengo pasado, ni presente, ni porvenir; un pensamiento ha ocupado toda mi vida, una esperanza la ha dirigido. Yo, en fin, cruzo este valle de lamentaciones y de dolor, como el ave errante la extension del árido desierto, como la gacela herida, dejando un rastro de lágrimas.

No temas la muerte ¡oh niña! La muerte es, ya te lo he dicho, el reposo de la existencia, el sueño del descanso tras esos dias de duda, de vacilacion y de fiebre. La lava de las pasiones calcina el cerebro, marchita el corazon, y morir, niña, morir en la aurora de la juventud, cuando el ángel de los sueños brillantes vela aún en el cabezal de nuestro lecho, es llegar á la felicidad de dormir eternamente sin agitacion y sin dolor.

¡Niña! ¡Espera en Dios! ¿Qué harias si la esperanza te abandonase en medio de esta tierra de miseria y de lágrimas? Correr como un riachuelo extraviado en su curso, que se precipita entre las olas

de un mar borrascoso para dejar en cada una un pedazo de su existencia sin tumba y sin reposo.—¡Espera en Dios!

Cuándo mi cabeza se incline sobre el polvo de los sepulcros; cuando yo haya cumplido mi destino; cuando mi alma se haya exhalado con la última vibracion de mi arpa, con la última esperanza de mi corazon herido, piensa en mí, que he llorado sobre tus huellas, y espera en Dios que recibirá sobre su corazon tus lágrimas y las mias.

MANUEL DIAZ MIRON.

EN LA MUERTE

DE LA NIÑA CÁRMEN ARELLANO.

A MI AMIGO AGUSTIN ARELLANO.

¿Por qué llorais su partida
Si en otro mundo mejor
Goza ventura cumplida,
Y no la dicha fingida
De este mundo engañador?

¿Su muerte por qué llorais?
¿Acaso porque la amais?
¿No veis que al llorarla así
Una dicha deplorais
Que no podeis darle aquí?

No turbe mas vuestro llanto
De su sepulcro la calma;
Si la amais, no lloreis tanto,
Que así robais á su alma
De la ventura el encanto.

A una hija tambien perdí
Y como vos la lloré;
Mas luego la voz oí
Con que mi cristiana fé
Me dijo al oído así:

« Cese ya tu desconsuelo,
« Cese tu pena prolija;
« ¿No ves que al perder á tu hija
« Ganaste un ángel al cielo,
« Que con él se regocija?

« No llores, que la corona
« De gloria ciñendo está.
« Es ante Dios tu patrona,
« Y si algo ante El te abona
« Es que por tí pide allá. »

Así me dijo la fé
Cuando de mi hija me habló;
Yo, que su voz escuché,
En vez de llorar, rezé....
Desde entonces rezo yo.

De mí el ejemplo tomad:
Por ese ángel no lloreis,
Lo que yo hago imitad;
Cuando afligidos esteis
Haced como yo.... ¡rezad!

LUIS G. PASTOR.

ADIOS A JALAPA.

Tierra de bendicion, tierra querida,
Para siempre quizá de tí me alejo,
Y con mi adios te dejaria mi vida
Pues que de mi alma la mitad te dejo.

Adios tu azul y trasparente cielo,
Y tus tardes dulcísimas y bellas,
Y las noches de amor bajo tu velo
De sombras voluptuosas y de estrellas.

Adios, Jalapa, cándida paloma
Que lánguida se anida sobre flores,
Entre los bosques de fragante aroma,
Soñando dichas y cantando amores.

Dulce te besa cuando nace el dia,
Suave te arrulla suspirando el viento,
Y te inundan las aves de armonía,
Y de astros te corona el firmamento.

Y de tí se enamora quien te mira,
Y no te olvida quien de tí se aleja,
Y en cada adios que el corazon suspira
Algo del mismo corazon te deja.
. . . .

¡Cuántas veces al rayo de tu luna,
Cercado de dulcísimas visiones,
He soñado la gloria y la fortuna
Al arrullo de amor de mis canciones!

¡Cuántas veces tambien el alma quiso
Al verte á tí, jardin de las delicias,
La mujer sin rival del Paraíso
Para morir de amor con sus caricias!

Y acaso la encontré.... ¡Quizá su sombra
Ví de una noche en la profunda calma!
Una mujer.... Mi labio no la nombra,
Pero la llevo aquí, dentro del alma!

¡Una mujer! La crió mi fantasía,
La soñó mi ilusion, mi amor ansióla....
La encontré, la adoré, la llamé mia,
Y en mi alma vive inolvidable y sola.

Ella es mi sér, la fé que me cautiva,
La amo con mi alma, con mi vida entera,
Con inmensa pasion mientras que viva,
Con inmensa pasion cuando me muera!

¡Y la dejo tambien....! Luz de mi cielo,
Unica flor de mi marchita vida.
Solo y errante en apartado suelo,
¿Que haré de mi alma entre los dos partida?

Sin tí, ¿qué seré yo? Sombra que vaga
Perdida entre la noche y el desierto,
Lámpara de esperanza que se apaga,
Corazon ¡ay! en desamparo muerto.

Cuando esté lejos de tus ojos bellos,
Ojos queridos que por mí lloraron,
Acuérdate ¡ay! que con pasion en ellos
Mis labios tantas lágrimas secaron.

Acuérdate ¡ay! que con la fé del niño
Me entrego de tu amor á la confianza,
Que es la vida de mi alma tu cariño,
Y el alma de mi vida tu esperanza.

Acuérdate ¡ay! que tu divino nombre
Lo sollozó mi boca balbuciente;
Que mi primera lágrima de hombre
Al decirte mi adios.... cae en tu frente!
....
....

Adios, Jalapa, búcaro de rosas,
Manantial á la sombra de la palma,
Encantada mansion de las hermosas,
Recuerdo eterno del amor del alma.

Ni una lágrima ya.... Pero llorando
Siento que está mi corazon herido....
Mañana triste partiré llevando
Solo el recuerdo de mi Eden perdido.

Adios, Jalapa, tierra bendecida,
Nido primaveral de mis amores,
Que vuelva á verte.... y á encontrar perdida
Una modesta tumba entre tus flores.

MANUEL M. FLORES.

Jalapa, Noviembre de 1867.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

MANUAL DE TESTAMENTOS Y JUICIOS TESTAMENTARIOS.—Obra escrita sobre las doctrinas de los mejores autores, y arreglada á un plan sencillo y al alcance de todos.—Por el Lic. Rafael Roa Bárcena.—Segunda edicion.—México.—Eugenio Mailleffert, editor, calle de Tiburcio núm. 2.—1869.

Esta interesantísima obrita, de tanta utilidad para los estudiantes y para los abogados, se agotó en su primera edicion, y por eso el Sr. Mailleffert, antiguo editor, se vió obligado á reimprimirla.—Está de venta á precio muy cómodo.

LA MUJER BANDIDO, por Julio Boulavert.—Se publica por los Sres. Gonzalez, Neve y Cª, por entregas semanarias, lo mismo que la *Juventud de Enrique IV*, y otras novelas que ha publicado dicha casa, y de las que hemos hablado en este Boletin.

EL PASTELERO DE MADRIGAL, DON JUAN TENORIO Y LA MALDICION DE DIOS, por Fernandez y Gonzalez.—Imprenta de Juan Nepomuceno del Valle, Puente de San Pedro y San Pablo núm. 8.—1869.

EL TEATRO, Enciclopedia dramática.—México, en la misma casa.—1869.

Esta es una coleccion de piezas dramáticas que D. Alfredo Cortazar publica en la casa del Sr. Valle, por entregas semanarias de ocho páginas en 4º mayor, y regular papel.

SACERDOTE Y CAUDILLO, novela histórica por Juan A. Mateos.—México.—Imprenta de Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2.—1869.—Esta última novela del Sr. Mateos se está publicando aún por entregas semanarias de 32 páginas en 4º, esmerada impresion y buen papel: con láminas.

LOS PIRATAS DEL GOLFO, novela histórica por V. Riva Palacio.—México.—1869.—Manuel C. de Villegas, editor.

Esta novela como las anteriores del mismo autor, forma un volúmen en 4º, de buen papel y esmerada impresion: con láminas.

LAS DOS EMPAREDADAS. Memorias de los tiempos de la Inquisicion, por V. Riva Palacio.—México: 1869.—Manuel C. de Villegas, editor.

Igual á la anterior.

VENGANZA Y REMORDIMIENTO, novela histórica por Enrique Olavarría y Ferrari.—México.—1869.—F. Diaz de Leon y Santiago White, editores.—2ª de la Monterilla núm. 12.

Esta novela, como *El Tálamo y la Horca*, del mismo autor, forma un volúmen en 4º, de buen papel y hermosa impresion: con láminas.

MAURICIO EL AJUSTICIADO Ó UNA PERSECUCION MASÓNICA, por Lorenzo Elízaga: José M. Aguilar y Ortiz, editor.—1ª de Santo Domingo núm. 5.—1869.—Imprenta de la Constitucion social.

Esta novela aun está publicándose por entregas semanarias de 32 páginas, buen papel y esmerada impresion.

QUERÉTARO. Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano, escritas en francés por Alberto Hans, y traducidas, con notas y rectificaciones, por Lorenzo Elízaga.—México.—Imprenta de F. Diaz de Leon y Santiago White.—2ª de la Monterilla núm. 12.—1869.

Un volúmen 12º francés de 240 páginas, de hermosa impresion y buen papel, con una estampa litográfica.

QUERÉTARO. Apuntes del Diario de la Princesa Inés de Salm Salm.—México.—1869.—Tipografía de Tomás F. Neve, callejon de Santa Clara n. 9.

Esta publicacion curiosa forma un cuaderno de 52 páginas en 4º menor, regular papel.

FÉLIX DE SALM SALM. Mis Memorias sobre Querétaro y Maximiliano.—Obra traducida del inglés por D. Eduardo Gibbon y Cárdenas.

Cuaderno de 36 páginas 4º menor, papel francés.—México.—Tomás F. Neve, impresor, callejon de Santa Clara núm. 2.—1869.

ULTIMAS HORAS DEL IMPERIO.—Obra escrita por el general Manuel Rodriguez de Arellano, traducida del francés y seguida de las consideraciones del Sr. N. Hugelman.—Cuaderno de 32 páginas en 8º—México.—Tipografía Mexicana, calle de Donceles núm. 26.—1869.

ELEMENTOS BREVÍSIMOS DE GEOGRAFÍA UNIVER-

SAL, por José María Rodriguez y Cos, dedicados á los preceptores y preceptoras de la República mexicana.

Un cuaderno de 23 páginas en 8º—México.—Tipografía de Tomás Neve, callejon de Santa Clara núm. 9.—1869.

BREVES OBSERVACIONES sobre la moderna novela, titulada: *Monja, Casada, Vírgen y Mártir.* (Opúsculo publicado en la «Revista Universal.»)

Un cuaderno de 121 páginas en 4º—México.—Imprenta Literaria, 2ª de Santo Domingo núm. 10. —1869.

EL HOMBRE QUE RIE, por Víctor Hugo. Version española por Manuel Valle.—México.—Gonzaléz y Cª, editores.—Callejon de Santa Clara número 9.—1869.

Esta obra está publicándose por entregas semanarias de 32 páginas en 4º menor, buen papel y esmerada impresion.

CURSO ELEMENTAL TEÓRICO-PRÁCTICO DE TENEDURÍA DE LIBROS, partida doble, escrita por Bernardino del Raso.—México.—1869.—S. S. Ponce de Leon, impresor, callejon de Santa Clara n. 6, letra A.

LEY DE JURADOS EN MATERIA CRIMINAL, PARA EL DISTRITO FEDERAL.—México.—S. S. Ponce de Leon, impresor, callejon de Santa Clara núm. 6, letra A.

TRES CUESTIONES SOBRE CUBA, por José García de Arboleya.—México.—Imprenta de F. Diaz de Leon y Santiago White, 2ª de la Monterilla número 12.—1869.

TRATADO ELEMENTAL DE ARITMÉTICA PRÁCTICA Y DEMOSTRADA, *para uso de las escuelas de instruccion primaria y secundaria de la República, de los comerciantes, y de las personas que se dedican al estudio de las Matemáticas,* escrito por el ingeniero Miguel M. Ponce de Leon, antiguo alumno de la escuela de Minas de México, profesor de matemáticas en el Ateneo Mexicano, y miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Historia Natural. —México.—Imprenta de la «Revista Universal,» calle de Donceles núm. 26.—1869.

Esta útil obrita forma un cuaderno de 157 páginas, de buen papel y regular impresion.

EL HAMBRE Y EL ORO, novela original de José Rivera y Rio, adornada con estampas litográficas, publicada por J. Rivera (hijo) y Cª—México: 1869. —Imprenta de J. Rivera (hijo) y Cª, calle del Teatro Principal núm. 4.

Esta novela forma un volúmen en 4º, de buen papel y esmerada impresion.

LOS DRAMAS DE NUEVA-YORK, novela original de José Rivera y Rio, adornada con estampas litográficas.—México.—Imprenta litográfica y tipográfica de J. Rivera (hijo) y Cª, calle del Teatro Principal núm. 4.—1869.

Esta novela se está publicando aún por entregas semanarias de 32 páginas en 4º, de buen papel y buena impresion.

LUCEROS Y NEBULOSAS, coleccion de composiciones poéticas de J. Rivera y Rio, ilustrada con estampas litográficas, tiradas á dos tintas.—J. Rivera (hijo) y Cª, editores.—México.—Imprenta de J. Rivera (hijo) y Cª, calle del Teatro Principal núm. 4.

Esta coleccion se ha publicado por entregas de 24 páginas en 4º, de buen papel y correcta impresion, y forma un volúmen.

EPÍTOME *ó modo fácil de aprender el idioma Nahuatl, ó lengua mexicana,* por el Lic. Faustino Chimalpopoca.—México: 1869.—Tipografía de la viuda de Murguía é hijos, Portal del Aguila de Oro.

Esta preciosa é interesante obrita, que está llamada á popularizar en México la enseñanza clásica de la hermosa lengua de los aztecas, forma un pequeño volúmen en 16º, de 124 páginas, en buen papel y buena impresion.

RECUERDOS DE MI VIDA. *Memorias de Maximiliano,* traducidas por D. José Linares y D. Luis Mendez.—México.—F. Escalante y editores, Bajos de San Agustin núm. 1.—1869.

Esta obra se publica por entregas de 36 páginas, de buen papel y hermosa impresion.

MANUAL RAZONADO DE PRÁCTICA CIVIL FORENSE MEXICANA, obra escrita con arreglo á las leyes antiguas y modernas vigentes, á las doctrinas de los mejores autores y á la práctica de los tribunales, bajo un plan nuevo y al alcance de todos, por Rafael Roa Bárcena, abogado de los tribunales de México, quien la ha destinado al uso de los colegios y de toda clase de personas.—Tercera edicion sacada de la segunda que fué revisada, corregida y aumentada por el mismo autor.—México.—Eugenio Maillefert, editor, 1869.—Impreso por F. Diaz de Leon y Santiago White, 2ª de la Monterilla número 12.

Esta obra forma un volúmen de 456 páginas en 4º menor.

DISERTACION *leida en la Sociedad mexicana de Historia Natural,* por Francisco Pimentel, miembro de varias sociedades científicas y literarias de México, Europa y Estados-Unidos de América.—México.—Imprenta de F. Diaz de Leon y Santiago White, 2ª Monterilla núm. 12.—1869.

Forma un cuaderno de 36 páginas en 4º, de buen papel y elegante impresion: el autor hizo de ella una reducida edicion particular.

HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA DE JALAPA *y de las revoluciones del Estado de Veracruz,* escrita por el ingeniero Manuel Rivera, miembro de la Sociedad de Historia Natural. Acompañada de un plano de aquella ciudad, levantado por el autor, é ilustrada con algunas vistas fotográficas.—México: 1869.—Imprenta de Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2.

Esta interesantísima publicacion está saliendo aún por entregas de 32 páginas en 4º, de buen papel y elegante impresion.

FERNANDO MAXIMILIANO DE HAPSBURGO. MEMORIAS DE MI VIDA. Traducidas del inglés por Lo-

renzo Elízaga.—México.—Imprenta de F. Diaz de Leon y Santiago White, 2ª de la Monterilla número 12.—1869.

Se está publicando aún por entregas de 36 páginas, en buen papel.

CODIGO CIVIL *del Estado de Veracruz Llave*, presentado en proyecto á la H. Legislatura, por el presidente del H. Tribunal Superior de Justicia, C. Lic. Fernando de Jesus Corona, y mandado observar por el decreto núm. 127, de 17 de Diciembre de 1868.—Edicion oficial.—Veracruz.—Imprenta del «Progreso.»—1869.

Forma un volúmen de 628 páginas en 4º menor, que se publicó en el folletin del periódico oficial de Veracruz, «El Progreso;» pero se hizo una tirada aparte en mejor papel y mas elegante impresion.

BREVES APUNTES *sobre la obstetricia en México.* Tésis sostenida por D. Juan María Rodriguez.—México.—Imprenta de José M. Lara, calle de la Palma núm. 4.—1869.

Forma un cuaderno de 48 páginas.

ESTUDIO SOBRE EL ABORTO EN MÉXICO. Tésis para el concurso á la plaza de adjunto á la cátedra de clínica de obstetricia, de la escuela de Medicina de México, por Francisco S. Menocal.—México.—Imprenta de J. M. Lara.—1869.

Forma un cuaderno de 44 páginas en 4º.

BIBLIOTECA PARA TODOS. En esta galería de novelas que publican los infatigables editores, Sres. Delanoé Hermanos, han ido apareciendo sucesivamente las obras siguientes:

La Duquesa de Montpensier y El Hermoso Galaor, por Ponson du Terrail. *El hijo del Ajusticiado y La hija del Piloto*, por J. Boulabert.

Los voluntarios de Garibaldi, por Blanquet.

Los cuatro Enriques, por Beauvallet.

Actualmente publica por entregas semanarias: *Un crímen de Juventud*, por Ponson du Terrail, y *Los voluntarios de 93*, por Zaccone.

Las versiones castellanas son del Sr. D. Manuel Ituarte.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

¡FUÉ MENTIRA!

Que tú me amabas, traidora,
Me juraste por tu fé:
De tu voz engañadora
La promesa seductora
¿Dó se fué?

Fué vano mi loco intento.
En vano en tu amor creí.
¡Era tu amor fingimiento!
Palabras que lleva el viento
¡Ay de mí!

La promesa que me hiciste
De amor, un dia fatal,
Fué la palabra que diste
Tambien de amor, (lo sé triste)
A un rival.

Y al confundirse tu aliento
Con el suyo, (lo sé bien)
Dijiste en aquel momento
Lo mismo que á mí (y no miento)
A él tambien.

A tu casa me citaste,
Y en tu casa no te hallé;
Dime, ¿cuando á ella llegaste
La suya no abandonaste?
¡Ya lo sé!

Mas ¿por qué mi alma delira
Con tu corazon traidor?
¿Para qué pulse la lira,
Si solo fué una mentira
Tanto amor?

¡Ah, ingrata! mas me valiera
No haberte visto jamás,
Que ver trocada en quimera
Mi pasion mas verdadera
Y eficaz.

Fué tu amor cual fátuo fuego
Que en la densa oscuridad
Al que lo vé, deja ciego;
Mas desaparece luego
Y se vá.

Y el mio era tan intenso
Como jamás lo sentí,
¡Puro, santo, grande, inmenso!
De él en aras quemé incienso
Para tí.

¡Ay! ¿por qué mi alma delira
Con tu corazon traidor?
¿Para qué pulso mi lira,
Si solo fué una mentira
Tanto amor?

Porque aun siéndolo me halaga
Su vacía vanidad,
Porque mi existencia embriaga,
Y creo que es su idea vaga
Realidad.

Porque sin tu amor no puedo
Alma de mi alma, vivir;
Porque á su imperio yo cedo,
Y al perderle tengo miedo
De morir.

Mas cesa ya, dulce lira,
Calla mi estro inspirador:
Y tú, corazon, suspira,
¡Porque solo fué mentira
Tanto amor!

LUIS G. PASTOR.

EN LA MUERTE

DE

LA SEÑORITA LUZ DE LA LLAVE.

Humo que al morir la tarde
Sube al pié de la montaña;
Nube que en luz el sol baña
Cuando en el ocaso arde;
Sombra que en vistoso alarde
Al lanzarse en raudo vuelo
Proyecta un ave en el suelo;
Rocío en campestre alfombra
Fuiste, y nube, y humo, y sombra
Antes de partirte al cielo.

Niña que, en los negros mares
Del mundo temprana estrella,
Brillaste cándida y bella
Mas que un ramo de azahares;
De los últimos cantares
Que ensalzaron tu hermosura
En tus dias de ventura
El postrer eco aun resuena,
Y, desprendida azucena,
Yaces en la sepultura!

Del cierzo inclemente herida
Tu frágil forma, quebróse,
Y en sueño eterno adurmióse
En el albor de la vida.
De las hojas la caída
En el otoño sombrío,
Blanco nenúfar de un rio,
Tú no aguardaste siquiera;
Te abrasó, palma extranjera,
Con su calor el estío!

Luz te llamaron, y fuiste
Luz de bondad, luz de amores,
Cuando al valle de dolores,
Astro errante, descendiste.
¿Quién á este valle, hoy tan triste
De no ver tu rostro amigo
Que en su oscuridad y abrigo
Esconde un sepulcro ya,
Quién, dime, le volverá
La luz que se fué contigo?

J. M. ROA BÁRCENA.

Agosto, 24 de 1869.

CONQUISTADORES DE MEXICO.

(CONCLUYE.)

VII

CONQUISTADORES DE GUATEMALA.

(Son los mismos conquistadores de México, mandados por D. Hernando Cortés, á las órdenes de D. Pedro de Alvarado.—Remesal. Libro I, capítulos III, IV y XVI.)

VECINOS DE LA CIUDAD DE SANTIAGO.

Diego de Rojas, alcalde.
Baltasar de Mendoza, alcalde.
Don Pedro Portocarrero, regidor.
Domingo de Zabarrieta, regidor.
Juan Perez Dardon, regidor.
Hernan Carrillo, regidor.
Reguera.
Pero Gomez.
Juan Perez.
Bartolomé Gonzalez.
Juan Gonzalez de Huelva.
Gaspar Polanco.
Alonso Cano.
Juan de Alcántara.
Alonso Martin Asturiano.
Alonso Gomez de Pastrana.
Reinosa, sacristan.
Juan Martin Granado.
Alonso Gallego.
Bartolomé Gomez.
Diego Diaz.
Diego Diaz (*otro*).
Juan Vazquez.
Gaspar Luis.
Holguin.
Julian.
Juan Gonzalez.
Cristóbal Rodriguez Pino.
Cristóbal Ruiz.
Hernando Pizarro.
Hernando de Alvarado.
Monroy.
García de Aguilar.
Gaspar Arias.
Alonso de Ojeda.
Diego Gonzalez.
Alonso Soltero.
Alonso Gonzalez Nájera.
Juan Gallego.
Juan Ginovés.
Joanes de San Sebastian.
Juan Griego.
Bartolomé Gonzalez, ballestero.
Cristóbal de Mafra.
Pedro Franco.
Cristóbal Martin.
Pedro Sirgado.
Pedro de San Estéban.
Juan del Valle.
Diego Quijada.
Hernando de Andrada.
Veintemilla.
Francisco Lópes de Marchena.
Francisco de Orduña.
Pedro Gonzalez Montesinos.
Martin de la Mezquita.
Juan de Valdivieso.
Miguel Quinteros.
Alvaro Alonso Nortés.
Gonzalo de Solís.
Francisco de Chaves.
Bernardo de Oviedo.
Pedro de Aragon.
Pedro Abarca.
Diego Gonzalez Herrero.
Ignacio de Bobadilla.
Diego Franco.
Francisco Dominguez.
Pedro Moreno.
Alonso Hernandez de Zafra.
Pedro Gutierrez.
Diego de Usagre.
Juan Moreno.
García Dávalos.
Mármol.
Pedro Alonso de Portillo.
Pedro de Olmos.
Diego Ponce.
Alonso Gutierrez de Badajoz.
Pedro de Lequeita.
Juan de Verástegui.
Joanes de Fuenterrabia.
Juan de Escobar.
Lozano.
Isidro de Mayorga.
Juan de Nevás.
Diego López de Toledo.
Diego de Aguilar.
Martin Rodriguez.
Juan de Ortega.
Francisco Rodriguez.
Diego de Salvatierra.
Juan de Carmona.
Estéban Daponte.
Cristóbal de Salvatierra.
Salinas.
Alonso de Salvatierra.
Paladinas.
Venancio.
Pedro de Alvarado, adelantado.
Francisco de Arévalo, regidor.
Hernando de Alvarado, regidor.
Gonzalo de Alvarado, alguacil mayor.
Reguera.
Jimenez.
Juan Vazquez.
Juan Rodrigues.
Diego de Rojas.
Don Pedro.
Dardon.
Cueto.
Ulloa.
Becerra.
Carrillo.
Cepeda.
Bizcarreta.
Monroy.
Franco.
Juan Martin.
Gaspar Arias.
Cristóbal de Salvatierra.
Juan Moreno.
Diego Dias.
Rodrigo Dias.
Francisco Lópes.
Andrés Lazo.
Alonso de Medina.
Pedro Moreno.
Andrés de Ulloa.
Pereda.
Cristóbal Rodriguez.
Cristóbal de Robledo.
Diego Gonzalez Hierro.
Pedro de Mendoza.
Diego de Santa Clara.

Salinas.
Juan Medel.
Juan Alvarez Portugués.
Anton Martin.
Calveche.

PERSONAS QUE DESPUES SE ASENTARON POR VECINOS DE LA CIUDAD.

Gonzalo Dovallo.
Juan Godinez, clérigo.
Holguin.
Reguera.
Juan Paez.
Francisco Hernandez.
Juan Vazquez.
Juan Rodriguez.
García Copos.
Liaño.
Cristóbal Rodriguez.
Alonso Martin.
Juan Gomez.
Salazar.
Molina.
Resino.
Avila, alguacil.
Santos García.
Francisco Copos.
Gonzalo de Solis.
Espinosa.
Pulgar.
Juan Márquez.
Eugenio de Moscoso.
Julian de la Muelá.

VECINOS INSCRITOS A 18 DE MARZO DE 1528.

Pedro de Cueto.
Diego de Rojas.
Gonzalo Dovalle.
Antonio Diosdado.
Francisco Gonzalez.
Hernando de Chavez.
Juan Durán.
Francisco de Porras,
Juan Paez.
Gaspar Aleman.
Pedro Núñez.
Blas Lac.
Diego Diaz.
Fardon.
Polanco.
Monroy.
Acuña.
Francisco Hernandez.
Francisco de Oliveros.
Hernando de Espinosa.
Juan Rodriguez.
Alonso de Loarca.
Juan Gonzalez.

A LOS 19 DE MARZO DE 1528.

Juan Barrientos.
Martin Izquierdo.
Andrea de Rodas.
Miguel de Trujillo.
Sebastian del Mármol.
Blas López.
Bartolomé Medina.
Andrés Núñez.
García López.
Juan Martin.
Pedro Gomez.
Hernan Perez.
Berlanga.
Diego de Alvarado.
Juan de Lunar.
Francisco de Morales.
Gonzalo de Salinas.
Alejo Rodriguez.
Diego de Santa Clara.
Francisco Calderon.
Juan Resino.
Francisco de Arévalo.
Barahona.
Pedro de Valdivieso.
Reguera.
Francisco Dávila.
Cristóbal de Salvatierra.
Francisco Jimenez.
Gutierre de Robles.
Alvaro Gonzalez.
Andrés de Ulloa.
Juan Alvarez de Trujillo.
Eugenio de Moscoso.
Gaspar Arias.
Diego de Llanos.
Castillo.
Juan de Pereda.
Juan Márquez.
Juan de Liaño.
Gaspar Luis.

A 20 DE MARZO DE 1528.

Juan de Alcocer.
Maestre Francisco.
Gomez de Ulloa.
Bartolomé Becerra.
Alonso Cabezas.
Bernardino Venancio.
Melchor de Alvarado.
Pedro de Paredes.
Cristóbal Robledo.
Hernando de la Barrera.
Velasco.
Gonzalo Perez de Liebana.
Alonso de Santa Clara.
Diego Guillen.
Francisco de Cebreros.
Francisco López.
Juan de Aragon.
Veintimilla.
Alonso Larios.
Alonso de Herrera.
Rodrigo Lombardo.
Alonso de Montalvan.
Pedro de Garro.
Juan Vazquez de Osuna.
Domingo Portugués.
Francisco Jimenez.
Diego de Santa Clara.
Juan Martin.
Juan Ginovés.
Juan Ramos.
Pero Gutierrez.
Juan Martinez.
Juan del Escobar.
Lobo.
Alonso de Huelamos.
Diego López de Toledo.
Diego López de Villanueva.
Bernardino de Artiaga.
Gonzalo Gónzalez.
Pedro Diaz.
Juan Freile.
Francisco Núñez.

A 6 DE JULIO DE 1528.

Juan de Ledesma.
Hernando de Andrada.
Hernando de Illescas.
Alonso del Pulgar.
Francisco de Chavez.
Anton Morales.
Francisco Flores.
Juan de Torres.
Diego Escalante.

INSCRITOS HASTA EL AÑO DE 1541.

Francisco de Quirós.
Alonso de Escobar.
Jorge de Bocanegra.
Anton Ruiz.
Juan de Chavez.
Francisco de Morales.
Ignacio de Bobadilla.
Hernando de Andrada.
Juan de Carmona.
Luis de Moscoso.
Gomez de Alvarado.
Luis del Vivar.
Francisco Hernandez, clérigo.
Alvaro Gonzalez.
Juan Gomez Camacho.
Martin Rodriguez.
Rodrigo Lombardo.
Juan de Ortega.
Gabriel de Cabrera.
Juan Ortiz.
Juan de Castro.
Alonso de Castellanos.
Lic. Marroquin, cura.
Br. García de Barrientos, clérigo.
Martin de Martiato.
Juan de Santa Ana.
Martin de la Breña.
Hernando de Hortes.
Diego de Sandoval.
Pedro de Maza.
Hernan Gonzalez de Gibaja.
Br. Almaraz.
Rodrigo de la Barrera.
Alonso García de Triana.
Juan de Alva.
Melchor de Velasco.
Gonzalo de Alvarado.
Francisco Gordillo.
Maese Pedro.
Juan Ramirez.
Juan de Villalon.
Diego de Salamanca.
Pedro Hernandoz.
Lic. Rodrigo de Sandoval.
Blas de Cisneros.
Alvaro de Paz.
Pedro Vazquez.
García de Salinas.
Rodrigo de Salvatierra.
Andrés García.
Jorge Endrino.
Juan de Leon.
Diego de Meneses.
Blas Hernandez, clérigo.
Pedro Hernandez Picon.
Zarzoso.
Rodrigo Matamoros.
Juan Bautista.
Lorenzo de Villegas.
Gerónimo de Toledo.
Pedro de Cuellar.
Diego de Carraza.
Josepe.
Diego de Valhermoso.
Juan de Ortega.
Bartolomé Gallego.
Rodrigo de Almonte.
Antonio Núñez.
Alonso.
Juan Luis.
Pedro de Vide.
Cristóbal Gaboa.
Alonso de Velasco.
Pedro Jimenez.
Anton Jimenez.
Diego Jimenez, mercader.
Gomez Diaz.
Andrés de Herrera.
Lúcas de Robles.
Juan Fernandez.
Diego Hernandez, escribano.
García de Aguilar.
Pedro de Marchena.
Alonso Hernandez.
Doctor Cota.
Maese Pedro.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

(CONTINUA.)

JULIO.

18

1664.—En este dia mandó el corregidor á sus ministros que derramasen todo el pulque que encontraran en las pulquerías de esta ciudad. Se dispuso que el citado licor se vendiese en partes públicas y no dentro de las casas.

1794.—Se sintieron en esta capital dos temblores de tierra, uno antes de las diez de la mañana y otro á las doce y media del dia.—En la misma fecha comenzó el virey Branciforte á dar audiencia á los hombres, y el 19 del propio mes á mujeres, desde las siete de la noche hasta las ocho.

1796.—El virey marqués de Branciforte puso la primera piedra del pedestal para la estatua ecuestre de Cárlos IV.

1811.—El obispo de Durango opina que D. Miguel Hidalgo y Costilla debia morir.

1867.—Fué traido á México el cadáver del general Miramon y depositado en el panteon de San Fernando

19

1692.—Se prohibió por bando la venta del pulque en toda la Nueva España, con pena á los españoles de 200 pesos de multa y á los indios azotes y obraje.

1785.—"El dia 19 de Julio de 1785, le regaló el teniente coronel D. Pedro Salcedo al señor virey, un enano que tenia de cuerpo una vara escasa, y era de edad de diez y nueve años: sabia hacer el ejercicio perfectamente y tocar en la caja todos los toques de ordenanza."

1809.—Se hizo cargo del gobierno de Nueva España el quincuagésimo octavo virey D. Francisco Javier de Lizana y Beaumont, arzobispo de México.

1824.—A las seis de la tarde de este dia fué fusilado en Padilla el libertador de México D. Agustin Iturbide.*

1858.—Desórdenes verificados en el colegio de Minería por algunos de sus alumnos, que fueron imitados por los de Medicina y Agricultura.

1859.—Instalacion del consejo de gobierno del Departamento del Valle de México.

20

1526.—Falleció en México el Lic. Luis Ponce de Leon, que habia sido nombrado juez para residenciar á Cortés. Nombró para sucederle al Lic. Márcos de Aguilar.

1596.—Falleció en el pueblo de Santa Fé, á inmediaciones de esta capital, el venerable Gregorio López. Este hombre, verdaderamente notable por su inteligencia y virtudes, escribió varias obras, entre las que llama la atencion su tesoro de medicina impreso en México en 1672. En 1674 se hizo una segunda edicion que tengo á la vista, impresa en esta misma ciudad por Francisco Rodriguez Lupercio, mercader de libros.

1672.—"En 20 (de Julio) sacó la cátedra de astrología y matemáticas el Lic. D. Cárlos de Sigüenza, con setenta y cuatro votos y los sesenta de exceso, y se le dió posesion el mismo dia."

1867.—Nombramiento del Ministerio, compuesto de los Sres. Lerdo de Tejada (S.) para Relaciones y Gobernacion; Martinez de Castro, Justicia é Instruccion pública; Iglesias, Hacienda; Balcárcel, Fomento; y Mejía, Guerra.

21

1552.—Falleció en Lima D. Antonio de Mendoza, primer virey de México.

1778.—Real cédula mandando incorporar á la corona el apartado de oro que pertenecia á los particulares.

1821.—Llegó á Veracruz el sexagésimo segundo y último virey de México, D. Juan O'Donojú.

1855.—El general Güitian es derrotado en las inmediaciones del Saltillo por las fuerzas de D. Santiago Vidaurri.

22

1688.—"Juéves 22, ejecutó el Santo Oficio á Miguel de Vera, por 30,000 pesos, y lo tiene preso en la sala de cabildo."

1695.—Disposicion del virey para que se aderezasen las casas de Chapultepec y de Otumba.

* Por una equivocacion puse este acontecimiento en la misma fecha del mes de Junio, debiendo ser en el presente.

1701.—"Viérnes 22, hubo auto dentro de la Inquisicion; dicen pasearon un caballero de hábito por casado dos veces, la última en peligro de muerte."

1834.—Capitula la ciudad de Puebla con el ejército sitiador, concluyendo así, despues de un largo asedio, el desconocimiento al nuevo gobierno establecido.

23

1666.—Se celebraron en México las exequias del rey Felipe IV con gran solemnidad.

1692.—"Miércoles 23, echaron bando para que los indios anden en su trage, descalzos y sin capote, y que se presenten los mestizos y no traigan espadas."

1794.—Se publicó en México el primer bando del virey Branciforte, en el que se mandaba que los cocheros no estuviesen montados en las mulas estando el carruaje vacío, sino que tuvieran el cabestro en la mano, imponiendo por primera vez á los contraventores doce reales de multa; por segunda un mes de calzada con grillete, y por tercera las penas que parecieran convenientes.

1843.—Comenzó la demolicion del edificio llamado "El Parian."

1859.—Ley sobre el matrimonio civil, sus formalidades, etc. Esta ley fué publicada en esta capital, así como todas las de Reforma, el 28 de Diciembre de 1860.

24

1681.—El obispo de China D. Fr. Juan Durán, bendijo la iglesia de Santa Isabel. El convento está hoy convertido en habitaciones particulares, y en el templo se halla una fábrica de sedas.

1738.—Se estrenó públicamente en esta ciudad el instrumento llamado *Odómetro* construido por D. Juan de Palafox Calva y Galvez, relojero, natural de Puebla.

1815.—El coronel realista Mijares se apodera del Puente Nacional.

25

1689.—Dedicacion de la iglesia de San Andrés; al principio se llamó de Santa Ana.

1795.—"Se hizo en México salva de artillería por ser dia del patron de España Sr. Santiago, y fué á peticion del Sr. brigadier y comandante de artillería D. Pablo Sanchez, siendo el primer año que se hace."

1859.—Murió el Sr. Dr. D. José Agustin Dominguez, obispo de Oajaca.

1860.—Circular del ministro D Ignacio Llave contra los vagos y los piquetes sueltos que con pretexto de la Constitucion cometen algunos desmanes.

26

1526.—En cabildo de este dia concede el Ayuntamiento de México á Juan de la Torre la facultad de construir un meson entre Taximaroa é Ixtlahuaca.

1681.—Se abrió al público la iglesia de Santa Isabel.

1695.—"Hubo pleito entre los pajes y criados del virey, en su salon, y envió desterrados á unos á la Veracruz y á otros á sus oficios."

1702.—Fuerte huracán en México que maltrató muchas vidrieras.

1857.—Se publica un manifiesto del general D. Juan Alvarez.

27

1694.—Se sintió en esta ciudad un temblor de tierra á las seis y media de la mañana.

1814.—Los realistas atacan á los insurgentes en Cilacayoapan, y son derrotados los primeros.

1839.—Se hacen cargo de los ministerios de Hacienda y Justicia los Sres. D. Javier Echeverría y D. Luis G. Cuevas.

1852.—Fué nombrado gobernador provisional de Jalisco el Lic. D. Gregorio Dávila.

1867.—Por decreto de esta fecha se fracciona el ejército en cuatro divisiones denominadas del Centro, Oriente, Norte y Occidente, y mandadas por los generales Régules, Diaz (P.), Escobedo y Corona.

28

1797.—"El dia 28 de este mes entró en México, reducido á cuadro, el regimiento de Nueva España que habia venido de la Habana, y dió guardia en palacio."



Litoǵ de Iriarte

VISTA DE CUERNAVACA

1846.—Se hizo cargo del gobierno de México el general D. Nicolás Bravo, por haberse concedido licencia al presidente Paredes para mandar el ejército.

1867.—Falleció en esta capital el Sr. Dr. D. Basilio Arrillaga á la edad de setenta y ocho años. Al siguiente dia fué sepultado en el panteon de los Angeles.

29

1678.—"Este dia en la noche, dicen se apareció á una india en Guadalupe un indio en penas, y le pidió misas y que hiciese algunas restituciones: pidióle señas para el vicario y le dejó estampada una mano en la puerta."

1682.—A las once de la noche de este dia se sintió en México un temblor de tierra.

1811.—Fué degradado en Chihuahua por el comisionado episcopal D. Francisco Fernandez Valentin, el héroe mexicano D. Miguel Hidalgo y Costilla

1855.—Salió de esta capital para los Estados-Unidos la familia del entonces presidente Santa-Anna, por cuyo motivo se comenzó á susurrar la salida del citado general fuera de la República.

30

1661.—A las diez y tres cuartos de la mañana se sintió en México un temblor de tierra de Norte á Sur.

1672.—Estando lloviendo á las once y tres cuartos del dia, se sintió un temblor de tierra en esta ciudad.

1781.—Llegó un correo del interior con la noticia de que el pueblo y mineral de Bolaños se habia perdido á consecuencia de las fuertes lluvias que lo inundaron.

1794.—"Vinieron á este real palacio de México los indios de Santa Anita con una danza, vestidos de pluma, para festejar al Sr. virey Branciforte."

1867.—Fué conducido á Veracruz en el pailebot "Juarez" D. Antonio López de Santa-Anna para ser juzgado.

31

1564.—Falleció el segundo virey de Nueva España D. Luis de Velasco, el primero de este nombre, habiendo servido el gobierno durante catorce años. Fué sepultado en la primitiva iglesia de Santo Domingo.

1734.—Se puso la primera piedra del colegio de San Ignacio, conocido con el nombre de "Las Vizcainas."

1856.—Circular del ministerio de la Guerra que prohibe se castigue á la tropa con palos.

1857.—Se bendijo la fábrica de gas establecida en el paseo de Bucareli. Asistió el presidente, ayuntamiento y gobernador á dicha ceremonia.

1858.—Se retiró de la legacion mexicana en Washington el Sr. D. Manuel Robles Pezuela.

1860.—Fué muerto en la hacienda de San Gregorio, estando en compañía de Vidaurri, Zuazúa. "El Lic. Lázaro Ayala, autor del acto, fué sentenciado á muerte por Vidaurri el 12 de Agosto siguiente."

IGNACIO CORNEJO.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ESTAMPAS.

SU COLOCACION.

NOTA.—Las cuatro estampas sobrantes de las repartidas en las 35 entregas, pertenecen á la *Biografía y Crítica* del Sr. Pimentel.

ÍNDICE GENERAL

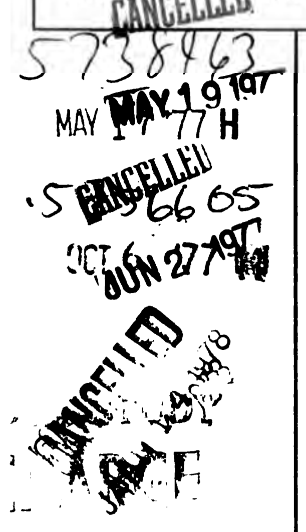
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO PRIMERO DEL RENACIMIENTO.

ARTICULOS EN PROSA.

POESIAS.






CANCELLED
CANCELLED